

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Moderna



TESIS DOCTORAL

**Los panteones reales del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.
Muerte, sistemas sepulcrales y construcción de imagen dinástica,
(1563-1833)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Andrés Merino Thomas

Directora

Virginia León Sanz

Madrid, 2016



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Moderna

TESIS DOCTORAL

**LOS PANTEONES REALES DEL MONASTERIO
DE SAN LORENZO DE EL ESCORIAL**

**MUERTE, SISTEMAS SEPULCRALES
Y CONSTRUCCIÓN DE IMAGEN DINÁSTICA
(1563-1833)**

Andrés Merino Thomas

Directora: Dra. Virginia León Sanz

**MADRID
2015**

A Alejandra, Belén, Ignacio, Pedro y Tomás,
alegría de mis días.

AGRADECIMIENTOS

Sería innecesario recordar que la redacción y responsabilidad del presente trabajo corresponden a su autor, fruto de años de trabajo ilusionado. Sin embargo, buena parte de los aciertos que benévolos historiadores y amables lectores aquí encuentren lo son gracias a personas sin cuyo apoyo no hubiera sido posible ni su culminación, sino su mismo inicio.

Esta tesis no habría visto la luz sin el consejo paciente y la comprensión exigente de mi directora, la Dra. Virginia León Sanz. Su visión, siempre rigurosa y práctica, ha sido un privilegio. A ella debo la experiencia grata de haber vivido guía y libertad en la investigación, lección de equilibrio cuyo fruto he de conservar.

También quiero agradecer la orientación inicial del Dr. Fermín Marín Barriguete, necesaria para enfocar la primera recopilación de las fuentes.

Estoy en deuda con el ánimo y los consejos de la Dra. Carmen Mínguez García, así como con la orientación en materia de epigrafía de la Dra. María Ruiz Trapero, que ya no está con nosotros.

Deseo agradecer la generosa disposición del personal del Archivo del Palacio Real de Madrid, la Real Biblioteca del Monasterio de san Lorenzo de El Escorial y la Biblioteca Nacional, de quien he recibido un extraordinario trato humano y profesional.

Hay gracias que son debidas porque fueron recibidas. Mis padres, Cristina y Basíledes, con admirable sacrificio y dedicación me proporcionaron, octavo de dieciséis hermanos, educación y formación, en un hogar donde no ha faltado convivencia y libros, muchos libros. Ellos, como el resto de mi familia, saben lo que hay detrás de estas palabras, que quieren recordarlo y agradecerlo. Tendré siempre presente su apoyo y buen humor, como el de tantos amigos que han soportado tiempos de comunicación *no verbal* y *carros de Faetón*.

Y una última mención agradecida a quien sembró inquietudes hacia una vocación de historiador, mi tío Enrique Lampreave († 2004). Él me llevó por primera vez, tenía yo once años, al panteón de Reyes del monasterio de san Lorenzo de El Escorial, en una de las decenas de excursiones a reales sitios y muchos otros lugares de nuestra geografía, donde comenzaron tantas preguntas sobre nuestras dinastías regias.

ÍNDICE

RESUMEN / ABSTRACT.	13
ABREVIATURAS Y SIGLAS.	15
TABLAS.	17
INTRODUCCIÓN.	19
I. METODOLOGÍA.	21
II. HISTORiar LA MUERTE.	33
A. De la Escuela de los Anales a las aportaciones de la historia de las mentalidades.	33
B. El estudio de la mentalidad ante la muerte a través de cláusulas e inventarios en la historiografía española.	68
Primera parte.	
MUERTE DEL REY, MUERTE EN PALACIO.	89
Capítulo 1. EL REY TAMBIÉN MUERE.	91
1.1. Un lugar donde morir.	92
1.2. Cómo se muere. La conciencia del propio óbito en la real familia.	100
1.3. Morir de. Las causas de los óbitos regios.	111
1.4. Acompañar la muerte regia. Un tránsito solidario.	135
Capítulo 2. EL TESTAMENTO REGIO COMO EXPRESIÓN RELIGIOSA.	141
2.1. Historiografía sobre los primeros testamentos reales de la Edad Moderna en España.	144
2.2. Mentalidad ante la muerte e imagen regia a través de los clausulados.	148

2.2.1.	El santoral testamentario regio español de los siglos XVI y XVII.	159
2.2.2.	El triunfo de la eucaristía como sufragio.	199
2.3.	Significación y valoración del testamento real en el marco de la historia de las mentalidades.	221
Capítulo 3.	EL ÓBITO COMO ACONTECIMIENTO VELAR EN PALACIO.	227
3.1.	De la espera de los tránsitos a la muerte repentina.	227
3.2.	La elección de mortaja: el hábito como lienzo de eternidad.	234
3.3.	La capilla ardiente en la Edad Moderna.	244
Capítulo 4.	LAS EXEQUIAS REALES COMO CEREMONIA DE HONRAS.	253
4.1.	Historiografía en torno a un mundo conceptual y un universo estético y simbólico.	254
4.2.	El sentido del túmulo en la construcción de la imagen funeraria.	275
4.3.	Sonidos para la muerte del rey. La campana.	306
 Segunda Parte.		
	LOS PANTEONES DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL COMO SISTEMA SEPULCRAL DE LA MONARQUÍA DE ESPAÑA.	313
Capítulo 5.	LA TUMBA DEL REY DE ESPAÑA Y LOS SISTEMAS SEPULCRALES.	315
5.1.	El sepulcro del monarca.	318
5.2.	Los sistemas sepulcrales. Propuesta de un concepto.	332
5.3.	Los sistemas sepulcrales durante el reinado de Carlos V como antecedentes proyecto filipino.	338
Capítulo 6.	FELIPE II Y EL MONASTERIO DE SAN LORENZO COMO SISTEMA FUNERARIO DINÁSTICO.	353

6.1.	El Escorial como proyecto sepulcral.	353
6.2.	Los primeros traslados a la iglesia <i>vieja o de prestado</i> .	358
6.3.	Las cámaras primitivas bajo el altar mayor.	379
6.4.	Los cenotafios del altar mayor como antesala funeraria e imagen dinástica.	397
Capítulo 7.	EL REINADO DE FELIPE III Y EL SISTEMA SEPULCRAL PROVISIONAL.	407
7.1.	Un panteón iconográfico.	407
7.2.	Entre alejamiento y majestad. Los depósitos hasta 1617.	417
Capítulo 8.	FELIPE IV Y EL PANTEÓN DEFINITIVO.	433
8.1.	Una cámara barroca para la imagen funeraria dinástica.	433
8.2.	Los lutos del Rey Planeta.	445
	8.2.1. De infantas, archiduques y príncipes saboyanos.	448
	8.2.2. Los duelos desde 1640 hasta el final del reinado.	465
Tercera parte.		
LA APORTACIÓN DEL CEREMONIAL FUNERARIO A LA IMAGEN DINÁSTICA.		481
Capítulo 9.	LA CONDUCCIÓN DE RESTOS MORTALES A EL ESCORIAL, RITO Y CEREMONIA RELIGIOSA EN LA CORTE.	483
9.1.	Aproximación historiográfica a la Corte como espacio ceremonial.	484
9.2.	La formación escrita del ceremonial funerario.	497
	9.2.1. El sepelio regio en las etiquetas de 1651.	504
	9.2.2. La entrega de los restos mortales a la comunidad jerónima.	513
9.3.	La aplicación del ceremonial: Carlos II y el cierre provisional del ciclo sepulcral Austria.	529

Capítulo 10.	LA NUEVA DINASTÍA Y LA UTILIZACIÓN DEL CEREMONIAL FUNERARIO Y EL SISTEMA SEPULCRAL EN LA IMAGEN DE LA MONARQUÍA.	541
10.1.	Felipe V ante El Escorial.	542
10.2.	Los sistemas sepulcrales precedentes como fuente de legitimación dinástica.	546
10.3.	Los sistemas atípicos del siglo XVIII.	570
	10.3.1. La Colegiata de La Granja de San Ildefonso.	571
	10.3.2. El monasterio de las Salesas Reales.	579
Capítulo 11.	EL SISTEMA SEPULCRAL ESCURIALENSE EN EL FIN DE LA EDAD MODERNA.	589
11.1.	Los hijos y nietos malogrados de Carlos III.	591
11.2.	Los sepelios de la familia de Carlos IV.	615
11.3.	Los panteones regios en la crisis de la imagen de la dinastía.	625
	11.3.1. Fallecimientos y entierros de reales personas durante el reinado de Fernando VII.	627
	11.3.2. La salida de la comunidad jerónima.	642
	CONCLUSIONES.	647
	FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.	659
I.	FUENTES PRIMARIAS.	661
II.	FUENTES MANUSCRITAS E IMPRESAS.	664
III.	BIBLIOGRAFÍA.	667

RESUMEN

Estudio de la importancia histórica del panteón real y los demás espacios que configuran el monasterio de san Lorenzo de El Escorial, construido a iniciativa de Felipe II entre 1563 y 1584, como lugar de creación y proyección de imagen funeraria de la monarquía de España, durante la Edad Moderna, a partir de la mentalidad ante la muerte de los soberanos españoles, sus consortes y familiares, y el depósito de sus restos mortales en el mismo, cuya custodia era confiada a su comunidad jerónima.

ABSTRACT

This study analyses the historical significance of the Royal Pantheon and the other rooms that form the Royal Site of San Lorenzo de El Escorial, built on the initiative of Philip II between 1563 and 1584, as a place of historical creation, projection and evolution of funerary image of the Spanish Monarchy, during the Modern Age, taking into consideration the attitude towards the death of the Spanish sovereigns, their spouses and other relatives, and the placing of their mortal remains in the Monastery, whose custody was entrusted to the monks of the Order of St. Jerome.

ABREVIATURAS Y SIGLAS

Abreviaturas

cit.	cita / citado
dir.	director
coord.	coordinador
ed.	editor / edición
fol.	folio
int.	introducción
leg.	legajo
op.	obra
p. / pp.	página / páginas
secc.	sección
ss.	siguientes
s/f	sin foliar / sin paginar
t.	tomo
<i>vid.</i>	véase
v. / vol.	volumen

Siglas

AGP	Archivo General del Palacio Real de Madrid
AGN	Archivo General de Navarra
AHN	Archivo Histórico Nacional
AMGu	Archivo Municipal de Guadalajara
AMV	Archivo Municipal de Viana
AGS	Archivo General de Simancas
BNE	Biblioteca Nacional de España
BPRM	Biblioteca del Palacio Real de Madrid
CODOIN	Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España
RBME	Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

TABLAS

	PÁG.
I. Santos intercesores citados en los testamentos de monarcas españoles en los siglos XVI y XVII.	162
II. Evolución del número de misas en testamentos de reales personas entre 1497 y 1815.	213
III. Hábito elegido para amortajamiento de miembros de las dinastías regias españolas, entre los siglos XV y XVII, con indicación del año de óbito.	240
IV. Tipos de tela y colores de los forros exteriores de las cajas mortuorias depositadas en el panteón primitivo (1586).	248
V. Lugares de enterramiento de familiares de Felipe II en España en 1559, por orden cronológico de fallecimiento.	359
VI. Familiares de Felipe II sepultados entre 1573 y 1583 bajo el altar de la iglesia vieja o de prestado, por orden cronológico de fallecimiento.	386
VII. Distribución de los restos regios en el panteón primitivo bajo el altar mayor de la basílica de El Escorial en noviembre de 1586.	393
VIII. “Panteón iconográfico familiar” de Felipe III. Lienzos de la galería de retratos de El Pardo tras el incendio de 1604.	414
IX. Reforma del proyecto de la galería de retratos del Palacio Real de El Pardo, “Panteón iconográfico familiar” de Felipe III tras la muerte de Margarita de Austria en 1611.	416

X.	Familiares de Felipe III sepultados en la bóveda intermedia entre 1598 y 1617, por orden cronológico de fallecimiento.	423
XI.	Reales personas sepultadas en El Escorial entre 1621 y 1665.	446
XII.	Familiares de Carlos II sepultadas en los pudrireros y panteones de San Lorenzo entre 1665 y 1700 por orden cronológico de fallecimiento.	530
XIII.	Familiares de Felipe v sepultados en los pudrideros y panteones de San Lorenzo entre 1709 y 1740 por orden cronológico de fallecimiento.	548
XIV.	Hijas de Carlos VII de Nápoles (Carlos III de España) nacidas y fallecidas entre 1740 y 1755 enterradas en la Real iglesia de Santa Clara (Nápoles).	592
XV.	Familiares de Carlos III sepultados en el monasterio de El Escorial entre 1760 y 1788 por orden cronológico de fallecimiento.	596
XVI.	Familiares de Carlos IV sepultados en el monasterio de El Escorial entre 1788 y 1808 por orden cronológico de depósito en los panteones.	617
XVII.	Reales personas depositadas en los pudrideros de San Lorenzo entre 1817 y 1833 por orden cronológico de fallecimiento.	631

INTRODUCCIÓN

I. METODOLOGÍA

Es objetivo de la presente investigación abordar la relevancia histórica del panteón real y las demás cámaras sepulcrales que alberga el monasterio de san Lorenzo de El Escorial, construido a iniciativa de Felipe II entre 1563 y 1584, como lugar de descanso y de proyección de la imagen funeraria de la monarquía de España, durante la Edad Moderna, a partir de la mentalidad ante la muerte de los soberanos españoles, sus consortes y familiares, y el depósito de sus restos mortales en el mismo, cuya custodia fue confiada a su comunidad jerónima.

Buscamos hallar, tanto a través de claves psicológicas como de formas externas, el modo en que las reales personas, hombres y mujeres al fin, vivieron, como cada uno de los súbditos de los reinos de la monarquía, al momento del tránsito. Queremos saber cómo se abordó el óbito en el marco de una sociedad en la que la fe caracterizaba los aspectos cotidianos y políticos, en la que la muerte centraba un importante capítulo de la expresión de la religiosidad. Una sociedad que incorporó, mediante homenajes de lealtad tras aquellos óbitos, la imagen de sus monarcas a la de la propia monarquía, mediante una determinada estética funeraria.

El tema escogido y lo que estimamos que podría ser su desarrollo centró la búsqueda de fuentes inéditas para nuestra investigación en el Archivo de la Real Biblioteca del monasterio de san Lorenzo de El Escorial. En él hemos encontrado no pocos documentos, si bien el grueso de lo conservado originariamente por la comunidad jerónima, fue trasladado, como buena parte de la documentación referida a la Casa del Rey y lo referido a lo funerario durante la Edad Moderna, al Archivo del Palacio Real de Madrid, donde se conserva en la actualidad.

Las fuentes manejadas procedentes de la biblioteca escurialense se refieren, principalmente a la construcción del panteón definitivo. Contamos también con cédulas y cartas de personal palatino dirigidas al prior en previsión de traslados de restos mortales o comunicando los mismos. De especial interés han resultado las que nos han proporcionado información sobre distribución espacial en el interior del monasterio, que revelan hasta qué punto la comunidad jerónima se ponía a disposición de la real familia, más allá de un mero papel de anfitrión, y sobre la celebración de funerales aniversarios.

La búsqueda culminó, por tanto, en el Archivo General del Palacio Real. Tres son las secciones donde hemos encontrado los documentos con mayor peso en nuestra

temática: la Histórica, la correspondiente a Patrimonios y la que agrupa los Reinados. Es nota característica la dispersión, dentro del propio archivo, de los documentos. Con el notable esfuerzo del personal, inmerso en la sistemática y clasificación de los fondos para su mejor acceso, los que hacen referencia a los aspectos funerarios de la monarquía de España se encuentran en variadas secciones como Enfermedades, Fallecimientos y Entierros y Honras fúnebres. Los documentos que aportamos, fuentes primarias, muestran en su mayoría cercanía de sus autores a los hechos que refieren. La inclusión de consideraciones personales de los firmantes aparece generalmente plenamente identificada y distinguible en el cuerpo principal del documento, lo que permite su correcta individualización y estimación contextual a la hora de interpretar e interrelacionar las mismas.

El archivo conserva en la caja 56 de su sección Histórica un expediente que nos ha resultado de especial utilidad. Encuadernado con tapas de pergamino, cuyo título original reza “En este cuaderno están escritos los nombres de las personas Reales que están enterradas en este monasterio con una breve relación del día de su nacimientos muertes y Traslación a este Monasterio”, está protegido por un pliego en el que puede leerse “Cuaderno forrado en pergamino, a donde constan los nombres de las Personas Reales que están enterradas en el panteón del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, con una breve relación del día de su nacimiento, fallecimiento y traslación, dando principio con el Emperador Carlos V y terminando con el Infante Don Eduardo Felipe María, hijo de los Serenísimos Señores Infantes Don Francisco de Paula Antonio y doña Luisa Carlota. Nota: Este Cuadernos (sic) ingresó en este Archivo entre otros papeles y documentos del Real Monasterio del Escorial, y colocado en la Sección Histórica, de acuerdo con el beneplácito del Excelentísimo Señor Intendente de la Real Casa y Patrimonio”. Sin paginar, para facilitar su consulta fue clasificada en los ficheros como “Lista de personas reales enterradas en el Panteón de San Lorenzo de El Escorial desde Carlos I al Infante Eduardo Felipe María”¹. Estructurada en sucesivos registros, ordenados salvo puntuales excepciones por orden de la llegada de los restos mortales a las cámaras sepulcrales, su redacción se asemeja a la de un obituario, en el que cada entrada o referencia personal es nombrada como “llave”, por llevar asociada la referencia al número que se colocaba en la bolsa que guardaba la del féretro en la que se había conducido al monasterio. Junto al número de cada llave se indicaba como título de

¹ AGP, *Histórica*, Fallecimientos y entierros, Caja 56, Expte. 5, *Lista de personas reales enterradas en el Panteón de San Lorenzo de El Escorial desde Carlos I al Infante Eduardo Felipe María*.

registro el nombre de la real persona, generalmente con su dignidad como monarca, príncipe o infante, fuera mujer o varón.

En las notas a pie de página, mencionaremos por tanto el número de la llave y el título correspondiente a la real persona, omitiendo la sección Histórica, el número de Caja (56) y Expediente, con objeto de agilizar la lectura. Su idioma es el castellano, incluyendo en no pocas llaves citas y expresiones en latín. No exento de errores, la acumulación de sus redactores y estilos motiva notables diferencias de grafía y extensión de cada entrada. Procedente del monasterio de El Escorial, fue remitido al Archivo General del Palacio Real de Madrid. Comenzó a escribirse en la primera década del siglo XVII, en la que un jerónimo recogió todos los sepelios anteriores, siendo concebido para uso interno de la comunidad monástica. Se cerró con una última anotación en junio de 1834, poco antes de su exclaustración.

De especial relevancia son también, conservadas en el mismo archivo, actas de traslado de restos mortales a El Escorial, tanto las referidas a las primeras “traslaciones” ordenadas por Felipe II en 1573 y 1574 al primer espacio provisional, la denominada iglesia *vieja* o de *prestado*, como las que a partir de entonces, de manera individual, jalonarán el resto de la Edad Moderna en lo que a lo sepulcral se refiere. Constituyen un corpus documental fundamental para trazar las características comunes del ceremonial funerario regio, como veremos, como complemento a lo contemplado en las etiquetas de 1651, también conservadas en el Palacio Real.

La conservación material de las fuentes consultadas tanto en El Escorial como en Palacio es, en general, buena, propia de cierta calidad de soportes y tintas usadas, si bien hay excepciones que han impedido la obtención de datos. Una situación especialmente compleja es la de las fuentes económicas y contables, cuya importancia como vía de futura investigación hemos descubierto y valorado: siendo abundantes, los documentos de minutas de presupuestos y gastos que ocasiona la muerte se encuentran muy diseminados dentro del archivo. Así, de la de un monarca pueden obtenerse en las carpetas o legajos correspondientes a su reinado, mientras que en su sucesor están en las correspondientes a administración, cuando no en la sección Histórica.

Las fuentes impresas han hecho posible la reflexión y propuesta de hipótesis e interpretaciones desde una amplia perspectiva. Ha sido fundamental atender a la relevancia del concepto de muerte y a su análisis por parte de tratadistas, cronistas e historiadores, que contribuyeron a mostrarnos como quedó fijada la percepción de una realidad biológica en los parámetros religiosos y sociales. Tras dedicar un largo estudio

inicial al estado de la cuestión, hemos penetrado de lleno en su repercusión en la imagen dinástica mediante el tratamiento de óbito y testamento en la historiografía, tanto de manera específica en ensayos como en las biografías de las reales personas de la Edad Moderna, compaginando la más reciente con las obras clásicas de referencia, comprobando que en algunos casos la perspectiva ha sido enriquecida con notables aportaciones, mientras que escasea en algunos monarcas y otros miembros de las dinastías Austria y Borbón, ayunos de monografías. Junto a los perfiles biográficos, ha resultado de especial utilidad acudir a obras generales de referencia en torno a periodos históricos, o por contenidos temáticos.

El estudio de la imagen funeraria nos ha guiado, además de hacia una observación directa de los sepulcros regios, a estudios de historia del arte especialmente útiles en lo que a iconografía y análisis epigráficos se refiere, que además de facilitarnos una visión conjunta, descubriendo atractivas perspectivas en el marco estético, planteaban con frecuencia la dificultad de mantener un equilibrio entre lo descriptivo y lo valorativo. En todo caso, nos han proporcionado una amplia visión sobre el valor de los símbolos en la transmisión del mensaje a través de la estética funeraria, además de datos complementarios, cuando no fundamentales, para nuestra interpretación de hechos concretos. Como en otras áreas, las monografías artísticas han supuesto un soporte bibliográfico que nos ha dado acceso a ciertas fuentes, de forma secundaria, a las que no habríamos podido tener acceso de otro modo, tanto de repertorios en archivos como de estudios específicos.

A la búsqueda de una sistemática ágil y a la vez rigurosa, hemos ordenado el contenido sustantivo de nuestra investigación en once capítulos, agrupados en tres partes, a los que precede un estudio introductorio de contexto historiográfico en torno a la historia de la muerte, en el que presentamos la evolución de los estudios en torno a al óbito, preguntándonos hasta qué punto es absolutamente cierto que los historiadores españoles comenzasen a investigar sobre ello en el último tercio del siglo XX y como resultado del influjo de la escuela francesa de los Anales, así como la relevancia del testamento como fuente en el marco de la historia de las mentalidades tiene un carácter absoluto, pudiendo atender a otras ricas fuentes, como los inventarios.

Hemos presentado el hecho del óbito como realidad que tiene lugar en palacio en cuanto espacio físico, centrándonos en lo que rodea la enfermedad como causa, si bien primando las circunstancias y la psicología y el conjunto de actitudes personales y colectivas ante el tránsito, que tanto a que definen la historia de las mentalidades y de la

religiosidad. Para ello reflexionamos sobre la muerte como hito cronológico, capaz de marcar etapas históricas y servir de relevante coordenada temporal.

Dedicamos un largo capítulo al testamento de los monarcas, de manera específica, como expresión depurada de su concepción de la muerte. Abordamos tanto la visión subjetiva del propio fin a través de sus protagonistas como el contenido de sus últimas voluntades, con especial incidencia en lo que denominamos santoral testamentario –el elenco de intercesores a los que acuden los monarcas ante el juicio final- y las eucaristías que contemplan en las mismas como sufragio por su alma, dos aspectos relevantes que permiten la valoración de las fuentes testamentarias en el marco de la historia funeraria regia española en la Edad Moderna. Con ello nos será posible establecer un contexto del óbito como acontecimiento, como hito objeto de difusión primera en el interior de palacio y, posteriormente, en los reinos, distinguiendo aspectos como la privacidad de la muerte y comunicación del hecho histórico.

Ello nos permitirá interpretar aspectos en principio de sentido íntimo como el amortajamiento, o la disposición de la capilla ardiente. En rico contraste, el acercamiento a la exteriorización del dolor a través de las exequias reales, nos ha posibilitado hallar en nuestra investigación uno de los más ricos panoramas historiográficos sobre el sentido del túmulo en la construcción de la imagen funeraria en los reinos de la monarquía de España, así como esbozar la función del sonido en esta misma expresión del dolor, a través de la campana.

Al dedicar la segunda parte a la génesis y construcción de los panteones de El Escorial, era necesario proponer un capítulo, a modo de introducción, que estableciese de forma genérica no sólo los antecedentes sepulcrales inmediatos al monasterio de san Lorenzo, sino parámetros conceptuales que pudiesen facilitar la reflexión y propuesta de hipótesis y teorías. Tras abordar una teoría general sobre la tumba del rey como tal, hemos propuesto un concepto teórico –sistema sepulcral-, que concebimos como medio material de prolongación de la imagen funeraria de la monarquía a través de lo funerario. Empleando dicha herramienta, hemos presentado los sistemas que durante el reinado de Carlos V influyeron en la génesis de los proyectos de su sucesor citando, cuando ha sido necesario, aquellos sistemas visitados por monarcas posteriores que decidieron sobre su reforma o el depósito de familiares en los mismos.

El protagonismo de Felipe II en la concepción de lo que se convertiría en el gran sistema sepulcral de la monarquía de España durante la Edad Moderna centra un capítulo que ha de comenzar en el propio monasterio de El Escorial, como proyecto

funerario en sí, entre las varias funciones con el que nace por voluntad de su fundador. Nuestra investigación se ha referido al mismo en lo que al óbito se refiere, lo que centra el relato de su proceso constructivo en los espacios que se dedicaron a albergar restos de reales personas, es decir, la denominada iglesia vieja o de *prestado*, y el espacio bajo el altar mayor, o la simbología íntimamente relacionada a la imagen funeraria, como es la recogida en los cenotafios ubicados a ambos lados del altar mayor. A partir de los depósitos de los primeros familiares del monarca, habremos comenzado ya a desbrozar esa visión que Felipe II tuvo de la imagen funeraria de la monarquía, una sistemática que se ha revelado especialmente útil, pues de la mano de las fuentes hemos podido trazar con sincronía una evolución histórica de la adecuación de los espacios y reinados.

El capítulo dedicado a su sucesor, Felipe III, en continuación con el paralelismo en lo cronológico y el acercamiento al lugar efectivo de los depósitos de restos mortales, recoge lo que entendemos pudo ser un ensayo de panteón iconográfico alternativo, en ese mismo contexto de imagen funeraria, que quizá pueda explicar el paréntesis del monarca en la construcción de un panteón definitivo, que no puso en marcha hasta el final de su reinado. Dedicamos el siguiente a un Felipe IV a quien se asocia, con justicia, la terminación material del gran sistema sepulcral escorialense. La descripción del panteón de reyes supone la comprensión y razonamiento del proyecto, que se prolongó durante 34 de sus 44 años de reinado, en el que vivió frecuentes lutos.

La tercera parte, en convivencia con el seguimiento cronológico de los depósitos en el panteón de reyes y cámaras de consortes que no fueron madres de sucesores y otros familiares, desarrolla la aportación del ceremonial funerario a la imagen dinástica. Para ello nos ha parecido fundamental situar ese mismo ceremonial en el marco en el que se desarrolla, la Corte, precisando un contexto historiográfico que pusiera de relieve la importancia de los distintos perfiles de la noción. A continuación, hemos descrito la formación escrita del ceremonial funerario en las etiquetas de 1651, sin olvidar en conjunto de testimonios de costumbres y usos que tradicionalmente venían ejecutándose en el monasterio, a través de las fuentes. Este primer capítulo referido a la importancia del ceremonial funerario para la monarquía de España concluye precisamente con la aplicación la aplicación del mismo durante el reinado del último Austria, Carlos II.

El capítulo décimo analiza los interrogantes que plantea la llegada de los Borbones al trono español, a principios del siglo XVIII. La nueva dinastía se encuentra ante un sistema sepulcral consolidado. De especial interés resulta reflexionar sobre la actitud de Felipe V y sus primeros sucesores ante El Escorial. Mientras constatamos que

el árbol genealógico de la real familia vuelve a ser frondoso y del mismo nacen y caen hojas y ramas, reflexionaremos en torno a si la continuidad en el uso de la tradición escurialense se debió a ausencia de espacios alternativos o más bien el deseo de emplear el panteón de san Lorenzo como fuente de legitimación dinástica. A todo ello añadimos el razonamiento de la excepcionalidad de dos panteones del siglo XVIII, el del propio monarca y su segunda esposa, Isabel de Farnesio, en La Granja de san Ildefonso, y el de su hijo y su consorte, Fernando VI e Bárbara de Braganza, en el monasterio de las Salesas Reales, en Madrid.

A la última etapa de la Edad Moderna en lo que a imagen sepulcral se refiere se reserva el capítulo final. El recorrido por las circunstancias de la muerte y sepelios de las reales personas durante los reinados de Carlos III y Carlos IV, lejos de una idea de normalidad, ofrece una rica casuística. Metodológicamente ha exigido la combinación de criterios cronológicos con la contextualización de rasgos como la frecuencia de hijos malogrados, lo atípico de muchas de las circunstancias de los óbitos y actitudes y decisiones –y omisiones- en principio sorprendentes de ambos monarcas, cuyos motivos hemos intentado desentrañar. Por último, nos hemos preguntado en qué medida la crisis de la imagen de la monarquía, al finalizar el segundo de los reinados, la guerra de la Independencia o la presencia de Fernando VII en el trono alteraron la historia del panteón. Y viceversa. Porque nuestra investigación concluye con la salida de la comunidad jerónima del monasterio de san Lorenzo, momento en el que, entendemos, concluye la Edad Moderna en lo que a la imagen funeraria de la monarquía se refiere.

En no pocos aspectos del presente trabajo hemos optado por lo que podríamos denominar como una metodología “dual”, basándonos en ejes en los que ha sido fundamental la coherencia de sus polos. Así, debíamos distinguir entre el acercamiento puramente personal al hecho del óbito como fin de la existencia del individuo y, por otro lado, un punto de vista social o comunitario, reflejando actitudes, comportamientos, ritos anteriores, coetáneos y posteriores al tránsito. Para la presentación, análisis y valoración de esta aparente dicotomía nos propusimos contar con el contenido de fuentes variadas que rodean la historia de la cultura en torno a la muerte, tanto escritas – actas, cartas, relaciones, comunicaciones-, como materiales –cajas mortuorias, hábitos o mortajas, mármoles de lápidas y sepulturas-, que entendemos enriquece su tratamiento.

Otro eje lo constituye la doble observación de la trayectoria de cada monarca con respecto a su propia muerte y a la de sus cercanos. Hemos presentado contrastes entre los propios óbitos regios y los de los familiares de los soberanos, al proporcionar

un estudio sobre los testamentos de los titulares del trono y contemplar, más adelante, como disponían el sepelio de sus hijos y familiares, con actitudes que reflejan una especial mentalidad ante su fin.

Un tercer eje metodológico viene constituido por el contraste entre la individualidad de cada muerte regia y la integración de los restos de los fallecidos en el sistema sepulcral. Si a la hora de contemplar el hecho luctuoso atendemos, incluso con mención a datos biográficos, a proporcionar exclusividad a los personajes, la exposición del ceremonial al que quedan sujetos hará que queden inmersos en la imagen funeraria de la monarquía, perdiendo, en cierta medida y si se nos permite la expresión, una porción de su personalidad. Esta nota característica será menos apreciable en el caso de soberanos y consortes del panteón regio, si bien más acusada en las restantes reales personas, que permanecieron durante la Edad Moderna en el resto de cámaras sepulcrales del monasterio.

Toda investigación histórica tiene necesariamente que acotar un periodo de tiempo y espacio determinado. Resulta relativamente sencillo trazar las coordenadas cronológicas del presente estudio, claramente enmarcadas entre el final del siglo XV y el primer tercio del XIX. Aunque corramos el riesgo que penetrar en discusiones todavía hoy abiertas sobre datación convencional de épocas, debemos recordar que el comienzo de la Edad Moderna ha sido fijado por la mayoría de los historiadores, y asumido en escuelas de investigación, en 1492, la fecha del descubrimiento de América. En cuanto a sistemas sepulcrales regios se refiere, entendemos que la Edad Moderna en nuestro país comienza en otra fecha no menos simbólica. Nos referimos, claro está, a la muerte de Isabel la Católica, en octubre de 1504. Su consideración de fundadora, junto al rey Fernando, de la España moderna, generalmente aceptada, nos hace pensar que es la fecha de su óbito la más indicada para deslindar, también en las cuestiones relativas a imagen funeraria de la monarquía, el tránsito de la Baja Edad Media a la Moderna. Abordar la existencia de panteones y sepulcros regios en los reinos peninsulares durante los últimos siglos medievales, responde en la práctica totalidad de los casos al deseo de presentar antecedentes para su contraste, como fuente de comprobación de la evolución de la mentalidad ante la muerte.

Los mismos criterios han sido empleados para la delimitación del fin del periodo escogido. Se sostiene que en 1789 concluye simbólicamente el Antiguo Régimen y la época de esplendor de las monarquías absolutas, lo que no supone el término, como veremos, del gran sistema sepulcral de la monarquía de España, en la que perduró el uso

del preexistente, cuya custodia siguió encomendada a la misma orden religiosa, hasta que la situación política hizo insostenible su continuación en 1835, fecha en que concluiría, en la práctica, la Edad Moderna, en lo que a lo funerario regio se refiere. Dos años antes, había fallecido Fernando VII, el último monarca del periodo sepultado en los panteones escurialenses.

Tras precisiones cronológicas conviene realizar algunas en torno a los espacios. Nuestra investigación se centra en El Escorial y otros panteones regios españoles que le precedieron y siguieron. Las alusiones a sistemas sepulcrales en otras monarquías europeas, han sido realizadas por varios motivos. En primer lugar, por referirse a soberanos, principalmente consortes, que a pesar de haber ocupado el trono español no descansan en el sistema sepulcral escurialense, o ni siquiera dentro de nuestras fronteras. En segundo lugar, con el objeto de contextualizar momentos concretos en la época que analizamos, referidos a dinastías coetáneas a los Austria y Borbón.

Desde su conformación en los albores de la Edad Moderna, el conjunto de reinos y otros territorios que han compuesto la formación política plural a cuya cabeza estaba el monarca español ha carecido de nombre. Respondiendo a la necesidad que siente todo historiador de adjetivar su realidad, aun cuando se les denominó “la Monarquía” y no contaban con un nombre legal, y ante la variedad de opciones con la que se ha descrito, tales como “Monarquía Católica”, “Monarquía Hispánica” o “Monarquía Española”, hemos preferido el uso frecuente de “Monarquía de España”, de especial significado político, como subrayase Díez del Corral².

Conceptualmente, nuestro análisis gira en torno a la figura del monarca propietario, entendido como la persona física titular de la soberanía, su consorte como tal o como detentador circunstancial de la regencia y los principales descendientes de ambos. Mayor complejidad reúne delimitar conceptualmente la noción de familia real, algo ni siquiera claro a tenor de la legislación vigente a principios ya del siglo XXI, pero necesario en nuestro estudio, que se refiere a la muerte de sus miembros y su elevación en la imagen religiosa y artística. No se trata, como pudiera parecer, una cuestión numérica, pero sí objetiva. Familia Real no es –ni lo fue nunca- lo mismo que Familia del Rey. Como es sabido, Familia del Rey es término que en ocasiones llegó a abarcar al conjunto de servidores o funcionarios o cortesanos, en matices casi paralelos

² DÍEZ DEL CORRAL PEDRUZO, Luis: *La monarquía hispánica en el pensamiento político europeo. De Maquiavelo a Humboldt*, Madrid, 1976, pp. 538 y 539, cit. en BARRIOS PINTADO, Feliciano: “Donde no se ponía el Sol”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 31.

a lo que significó etimológicamente el concepto de familiar de la Inquisición, como persona adscrita a algunos de los oficios de la institución. Naturalmente, en ambos casos la ligazón no era precisamente de carácter sanguíneo, nota que sí será característica y definitoria en estas páginas. La acuñación del término Real Familia, procedente del siglo XVI, encontrará mayor frecuencia de uso durante los siglos XVII y XVIII, si bien no hemos encontrado documento alguno que de forma directa defina quién era y a partir de quien no se era Familia Real, aunque sí podríamos inferir de su contenido tal consideración, al establecerse, por ejemplo, partidas presupuestarias para soberanas viudas, reinas madres o infantes de España, o distribuciones de personal de Casa. Y sobre todo, lo que pudiera parecer un contrasentido, no ha sido extraño en nuestra investigación hallar documentos de contenido netamente funerario que otorgan a personajes la condición de familiares reales o al menos familiares del rey, en cuestiones como honores en honras, ubicación de sepulcros o inclusión en espacios funerarios propiamente regios. Podemos encontrar en la Edad Moderna unanimidad en cuanto a la consideración de que son Familia Real los soberanos y sus ascendientes y descendientes en línea directa, al igual que los parientes consanguíneos colaterales hasta cierto grado, en teoría casi infinito, lo que supone afirmar que los lazos de parentesco medieval y lejano permitieron hasta bien entrado el siglo XIX tratamientos casi legendarios como el de *primo*, calificativo regio –y generalmente, real- en las relaciones de muchas de las testas coronadas de toda Europa. En el caso presente, el estudio de la memoria sepulcral de la monarquía de España, debemos hacer una interpretación restrictiva del término, en principio reservado a los monarcas, sus hijos y los hijos del sucesor. Sin embargo, hemos de contar con excepciones que provocarán alusiones a hijos de infantes, sobrinos de los monarcas, cuñados y, como veremos, hijos no matrimoniales de los soberanos. Por ello, como norma general, el punto de partida y llegada será el elenco de personas regias que aguardan el descanso eterno en las criptas de El Escorial, de nuevo en ejercicio de realismo práctico y concreción de análisis.

En lo referido a los términos relacionados con el lenguaje mortuario, hemos encontrado frecuentemente vocablos en desuso en el español actual, sobre los que el propio contexto arroja sentido. Cuando no ha sido así, hemos procedido a su definición. Distinta cuestión es la posible confusión que la riqueza en el vocabulario de las fuentes pudiera arrojar dudas por la polisemia de las palabras, como el empleo de “tumba”, como modalidad abarca desde el enterramiento a ras de suelo o sepulcro llano al exento, incluyendo la alusión al catafalco para exequias. En el ejemplo citado, el propio

contexto matiza su sentido, siempre teniendo en cuenta que los monarcas españoles entre los siglos XIII y XX han sido depositados en sepulturas exentas, es decir, sarcófagos, fueran o no ornados. Otros términos ofrecen mayor confusión, como “funeral”, que en un sentido podría ser empleado como entierro o sepelio, en el sentido de inhumación de restos mortales; en otros, como “aniversario”, tras el transcurso de determinado tiempo tras un óbito, que en el caso de doce meses adoptaba generalmente el nombre de “cabo” o “cabo de año” y, por fin, como exequias u honras por los monarcas. Tercer y último ejemplo es tomar la parte por el todo: emplearemos en ocasiones el término histórico “cuarto real” para describir el espacio en el que tuvo lugar un óbito, cuando sabemos que se refiere al castillo o alcázar en el que se enclavaba, o más bien al área específica de la residencia en el que habitaban las reales personas o, en algunas fuentes, el personal inmediatamente adscrito a su servicio.

Hemos procurado respetar en lo posible la grafía original al reproducir los textos procedentes de las fuentes, si bien ha sido necesario adaptarla en algunos casos que hacían imprescindible su comprensión, o añadir el resto de palabras mediante corchetes. La consideración rigurosa de las abreviaturas tal y como aparecen en los documentos, especialmente en materia de tratamientos y dignidades de la real familia, nos parecía una forma de fidelidad a la generosidad de las fuentes al proporcionarnos información sobre la imagen de la monarquía que hemos acudido a buscar y que esperamos, al haber encontrado, haber sabido transmitir.

II. HISTORiar LA MUERTE

El tratamiento de la realidad de la muerte en la historia puede presentarse hoy como un ejercicio cuando menos inconveniente, en tiempos en que el óbito ha dejado de abordarse como realidad universal y se intenta esconder la incomodidad de un hecho biológico que afecta a todo ser humano. Analizar la importancia del tránsito en épocas pretéritas podría, con ese planteamiento, no ser ni siquiera morboso, sino inútil, pues se confunde muerte con la noción de dolor. Sería por tanto un error para cualquier historiador. No obstante, iniciar cualquier acercamiento al estado de la cuestión es comprobar que psicología, actitudes, costumbres y tradiciones sobre el tránsito son claves para comprender la historia de las mentalidades del hombre en la Edad Moderna.

A. De la Escuela de los Anales a las aportaciones de la historia de las mentalidades

La idea e instrumentalización de la muerte en las sociedades occidentales durante la Edad Media y Moderna son temas plenamente consolidados en la historiografía. Abundantemente explorada desde el segundo tercio del siglo XX por los autores franceses de la Escuela de los Anales, la materia alcanzó en nuestro país un notable desarrollo en los 80 y 90 con notables acercamientos y estudios, viviendo hoy, también en el marco de un liderazgo en la historia de las mentalidades, un esfuerzo por mantener su auge en un equilibrio sostenido entre renovación y fidelidad a los pilares que justificaron su nacimiento y desarrollo. Nos proponemos comprobar hasta qué punto esta afirmación corresponde a la realidad mediante un recorrido razonado por las aportaciones que no pocos historiadores han realizado en el universo del óbito.

En 1924, Huizinga incluía, en un amplio estudio sobre arte medieval, un ensayo de apenas veinte páginas en torno a idea del fin de la vida, hoy considerado, en lo historiográfico, *protoevangelio* sobre la historia de la muerte³. Frecuentemente aludido en cualquier estado de la cuestión que antecede a publicaciones, el historiador holandés centraba el deceso como realidad estimable y objeto de detenida observación, en el

³ HUIZINGA, Johan: *Herbst des Mittelalters. Studien über Lebens und Geistesformen des 14. und 15. Jahrhunderts in Frankreich und in den Niederlanden*, Munich, 1924; *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Madrid, 1996 (ed. español).

contexto del tiempo, en el marco relacional del ideal caballeresco, del amor cortés, de la religiosidad, del simbolismo de cada rincón del Medievo. De la capacidad que la Baja Edad Media había tenido, en cierta manera, de idealizarse a sí misma al pie del sepulcro. Todo ello con un estilo poético propio del ducado de Borgoña, que le era tanpreciado, abonando decididamente el campo para la aparición y desarrollo de la historia de las mentalidades. Era un acierto fundamental: constatar que historiar la conciencia de finitud abriría una vía amplia para conocer cómo se vivía el fin.

La obra y debate, aún hoy vivos, que mantuvieron los pioneros Ariès y Vovelle, sobre la actitud del hombre ante la muerte, es considerado con justicia punto de partida y referencia obligada. El primero, además de dirigir la publicación de un conjunto de acercamientos a la concepción del óbito en Occidente⁴, dedicó una detallada y específica monografía a la actitud del hombre ante el tránsito⁵. Una de sus más sugestivas aportaciones caracteriza las principales *edades* históricas que, desde el fin del Imperio Romano, habían marcado la actitud del europeo con la realidad del fin de la vida. Así, sin cambios bruscos y de manera no uniforme en todos los espacios geográficos, de la muerte *amaestrada* de la Edad Media, se habría pasado a la muerte *propia*, en la Edad Moderna, para atravesar a la muerte *ajena* del Romanticismo y desembocar en la muerte *prohibida* actual.

Febvre, creador junto a Bloch de la Escuela de los Anales, ya había reclamado en la década de 1940 que se trabajase intensamente en el fin de la vida en el marco de la historia⁶. Braudel no respondió a esa llamada pero Vovelle, como decimos, lo hizo con pasión, penetrando en las actitudes y concepciones colectivas ante la muerte como “ideología” y contribuyendo al alumbramiento de una historia de las mentalidades, superando en su obra lo que podríamos denominar una historia meramente cultural del deceso y proponiendo tres niveles para llegar al conocimiento de la historia del óbito: la muerte sufrida (el hecho físico en sí); la muerte vivida (el conjunto gestual que acompaña de la enfermedad al sepulcro y al más allá, como las prácticas funerarias) y el discurso de la muerte (corpus de ideas, ideológico, científico, filosófico, que la sociedad

⁴ ARIES, Philippe: *Essais sur l'histoire de la mort en Occident du Moyen Âge à nos jours*, París, 1975; *La muerte en Occidente*, Barcelona, 1982. Emplearemos la edición ARIES, Philippe, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad media hasta nuestros días*, Barcelona, 2011.

⁵ ARIES, Philippe: *L'homme devant la mort*, París, 1977; Utilizamos la edición ARIES, Philippe, *El hombre ante la muerte*, Madrid, 2011.

⁶ BURKE, Peter: *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1984*, Barcelona, 1994.

tiene sobre la muerte)⁷. No dudaría en mantener intenso debate académico con Ariès, al que atribuyó en los 80 resumir tanto el contexto histórico de las actitudes ante la muerte que pierde de vista sus coordenadas, clasificando el óbito dentro de un inconsciente colectivo que abandonaba el componente ideológico real, sin ligazones factuales.

La muerte se consolidó como área no menor en la historia de las mentalidades. En 1980, Le Goff subrayaba la importancia del óbito como objeto histórico y su encuentro con otras importantes áreas como la demografía o la historia de las sensibilidades. El historiador ponía también el énfasis en la ventaja disciplinar de una materia a la que podemos acercarnos de forma transversal, en distintos periodos cronológicos⁸. Precisamente Chiffolleau analizaba a continuación, en la misma obra, numerosos aspectos sobre la temática, de manera paradigmática, en una región francesa: imágenes de la muerte, la conciencia de crisis que suponía la masiva parca a consecuencia de epidemias, la representación visual del óbito, la sepultura como vinculación con los antepasados, el papel de los santos como intercesores-intermediarios, en encargo de sufragios por el alma del difunto o la visión del purgatorio en el común de los fieles⁹.

En este plano de mentalidad y auto-conciencia del propio fin se enmarca la existencia del *ars moriendi*, el libro que acompaña al buen morir, género literario vinculado históricamente al tránsito cristiano, nacido en aquellos siglos, que perdurará, como veremos, también hasta la Edad Moderna, del que sin duda Chartier será significativo exponente historiográfico¹⁰. En nuestro país el tema será abanderado por medievalistas de referencia como Mitre, que analiza su razón de ser en relación a otras cuestiones, de las que trataremos¹¹. Adeva¹² profundizó en aspectos como su estructura

⁷ VOVELLE, Michel: *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIII^e siècle. Les attitudes devant la mort d'après les clauses de testaments*, París, 1973 ; “La mort et l’au-delà en Provence, d’après les autels des âmes du Purgatoire (XV^e-XX^e siècle)”, *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 24 (1969), p. 1602-1632; *Mourir autrefois. Attitudes collectives devant la mort aux XVII^e et XVIII^e siècles*, París, 1974; *La mort et l’Occident, de 1300 à nos jours*, París, 1983.

⁸ LE GOFF, Jacques: “Prefacio”, en CHIFFOLEAU, Jacques: *La comptabilité de l’au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d’Avignon à la fin du Moyen Âge* (vers 1320-vers 1480), Roma, 1980, p. V.

⁹ CHIFFOLEAU, Jacques: *La comptabilité de l’au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d’Avignon à la fin du Moyen Âge* (vers 1320-vers 1480), Roma, 1980.

¹⁰ CHARTIER, Roger: “Les arts de mourir, 1450-1600”, *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 31 (1976), pp. 51-75.

¹¹ MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: “La preparación de la muerte en torno a 1300 (Algunos elementos configuradores del “ars moriendi” en Occidente)”, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 7-8 (1986-1987), pp. 219-243.

¹² ADEVA MARTÍN, Ildefonso: “Ars bene moriendi. La muerte amiga”, en AURELL CARDONA, Jaume PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*,

interna y origen histórico, que cifra en los inicios del siglo XIV previos al Concilio de Constanza, subrayando su apogeo en un XVI en el que Trento supuso su consagración definitiva, hasta que paulatinamente fueron sustituidos en el imaginario colectivo por el sermón fúnebre, de imposible tratamiento en el presente trabajo por su extensión, o la propia hagiografía de los personajes, como recogería González Lopo¹³. El valor de un *ars moriendi* no radicaba sólo en enseñar a morir de manera individual, sino en contribuir, como expone Pascua Sánchez, a “la funcionalidad social del discurso sobre la muerte en la sociedad del Antiguo Régimen”¹⁴. Los *arte bene moriendi* continuaron siendo objeto de interés historiográfico, constituyendo un pilar básico en los estudios sobre el morir en la Edad Moderna. Su uso constituyó, como se destaca en acercamientos como el de Haindl, una actitud “valiente, pacífica y positiva” ante el tránsito¹⁵.

A principios de los 80 no pocos historiadores se sintieron fascinados en España e Iberoamérica por el estudio de la mentalidad ante el hecho de la muerte, subrayando su carácter novedoso y su sugerente potencial académico e investigador, como recuerda Egido¹⁶. Conviene no confundir aquella década con el comienzo estricto de los estudios sobre el tema pues, como subraya Azpeitia, ya a mediados de siglo desde otras disciplinas, como la literatura y la filosofía, se habían abordado aspectos históricos del tránsito¹⁷. Buen ejemplo de ello es Lida de Malkiel acercándose a la imagen post-mortem, estudiando la idea de la fama en los siglos del medievo, proporcionando claves para entender herramientas literarias para la conservación de la imagen personal entendida como reputación, es decir, en tanto que sanción social colectiva cercana al sentido de honor, que perduraría durante centurias en la Castilla del verso romance, proporcionando páginas de excelencia¹⁸. Otro campo con notables precursores fue la

Pamplona, 2002, p. 295-360; “Cómo se preparaban para la muerte los españoles a finales del siglo XV”, *Anuario de historia de la Iglesia*, 1 (1992), pp. 113-138.

¹³ GONZÁLEZ LOPO, Domingo: “El ritual de la muerte barroca: la hagiografía como paradigma del buen morir cristiano”, *Sémata. Ciencias sociais e humanidades*, 17 (2006), pp. 299-320.

¹⁴ PASCUA SÁNCHEZ, María José de la: “La muerte y sus discursos en la España del Antiguo Régimen”, *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 8-9 (1996-1997), pp. 149-174.

¹⁵ HAINDL UGARTE, Ana Luisa: “Ars bene moriendi: el arte de la Buena Muerte”, *Revista chilena de estudios medievales*, 3 (2013), pp. 89-108.

¹⁶ EGIDO LÓPEZ, Teófanés: “La nueva historia de la muerte”, *Revista de espiritualidad*, 40 (1981), pp. 43-65.

¹⁷ AZPEITIA MARTÍN, María: “Historiografía de la “Historia de la muerte”, *Studia historia. Historia medieval*, 26 (2008), pp. 113-132.

¹⁸ LIDA DE MALKIEL, María Rosa: *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, México, 1952. En la misma línea abundarían años después Díez de Revenga Torres, Francisco Javier: “Dos aspectos del tema de la muerte de la literatura del siglo XV”, *Anales de la Universidad de Murcia*, vol. XXIX (1970-

historia del Derecho, en el que es de justicia constatar la existencia de significativos ensayos anteriores, meritorios por adelantar, desde una visión de gran rigor académico, nociones y debates que hoy seguimos desentrañando desde la historia de las mentalidades. Así, en 1932, García de Valdeavellano trataba ya claves y detalles funerarios en un ensayo sobre derecho hereditario medieval¹⁹ y Rubio se preguntaba sobre los condicionantes de las donaciones post-mortem en el medievo castellano y leonés con un lenguaje atento a la mentalidad y deseos de los testadores²⁰. Pocos años después, Maldonado se acercaba a la institución de las herencias a favor del alma²¹ y Orlandis se preguntaba sobre la posibilidad de elegir lugar de reposo en el medievo español, presentándolo como acto personal en el marco de las disposiciones testamentarias²².

Con lo expuesto vamos a comprobar si efectivamente podría afirmarse que, con antecedentes, los 80 habrían sido una etapa de recepción, difusión y comienzo del desarrollo de la historia de la muerte en nuestro país, como consecuencia del influjo de la historia de las mentalidades de la Escuela de los Anales. Ciertamente, los estudiosos españoles que se acercaron al óbito durante las edades Media y Moderna quedaron inmersos en los esquemas de la historia social y cultural que hemos citado, con deuda en sus investigaciones iniciales a los pioneros, a los que consideraron clásicos en la materia y de los que se consideraron deudores en metodología y categorías conceptuales. Incluso en la selección de las fuentes para sus investigaciones.

En una proporción verdaderamente significativa de la historiografía sobre la muerte hay un documento que no deja de aparecer citado entre las fuentes primarias, ya desde los acercamientos de la Escuela de los Anales. Lo hace de forma transversal, en distantes espacios y tiempos. Nos referimos al testamento, considerado clave para explorar el universo mental y actitudinal ante el fin de la vida. No todos los autores consideraron relevante individualizar su concepto y características, así como la evolución cronológica de sus principales requisitos formales y materiales, tarea

1971), pp. 91-117; GARCÍA ÁLVAREZ, Emilio, "Del morir y de la muerte en las Coplas de Jorge Manrique", *Ciencia Tomista*, vol. CVI (1979), pp. 303-318.

¹⁹ GARCÍA DE VALDEAVELLANO, Luis: "La cuota de libre disposición en el Derecho hereditario de León y Castilla en la Alta Edad Media", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 9 (1932), pp. 129-176.

²⁰ RUBIO, José Antonio: "Donationes post obitum" y "donaciones reservato usufructo" en la alta Edad Media de León y Castilla", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 9 (1932), pp. 1-32.

²¹ MALDONADO Y FERNÁNDEZ DEL TORCO, José: *Herencias a favor del alma en el Derecho español*, Madrid, 1944.

²² ORLANDIS ROVIRA, José: "Sobre la elección de sepultura en la España medieval", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 20 (1950), pp. 5-49.

realizada desde una perspectiva histórica y jurídica por Gómez Navarro, que subraya la esencia de un documento que desde su nacimiento ha de ser por naturaleza acto libre y expresar la voluntad del otorgante con respecto a lo que se ha de hacer tras su muerte con lo que le ha pertenecido²³. Sin embargo, como decimos, no pocos ensayos lo catalogan como fuente primera –y a veces única- de cara a conclusiones generales. A ello se suma que la generalización del método cuantitativo imposibilitó en ocasiones una visión más rica que la meramente estadística. Ante las últimas voluntades por escrito, el analista debía sentir no solo el interés específico por un instrumento individualizado en el marco de una historia cronológica, sino abordarlo desde la perspectiva psicológica, de personal posición ante el óbito. No siempre los historiadores consiguieron avanzar más allá de la cuantificación y llegar a una interpretación y conclusiones a partir de las mandas testamentarias, como hiciera el propio Vovelle con las series notariales de la Provenza del siglo XVIII²⁴, Chaunu, centrándose en las últimas voluntades en París durante la Edad Moderna²⁵ o, según hemos visto, Chiffolleau en la región de Avignon²⁶.

Es opinión extendida en nuestra historiografía que fue con la influencia de la Escuela de los Anales cuando comenzó a emplearse el testamento como fuente para el acercamiento a la historia de la muerte. Y no faltan ensayos historiográficos que sostienen que a partir de la corriente francesa comenzaron a desarrollarse en España estudios sistemáticos de protocolos notariales, cuyo comienzo suele señalarse en la obra de Barreiro Mallón, comenzados los 70 del siglo XX²⁷. Es del todo cierto que en aquella década el influjo de la metodología gala se asentaría, haciendo posible la realización de numerosas monografías y ensayos, que de manera sostenida han ido recorriendo hasta hoy la geografía testamentaria española, quizá con una centuria privilegiada en el

²³ GÓMEZ NAVARRO, María Soledad: “Testamento y tiempo: historia y derecho en el documento de última voluntad”, *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 10-11 (1998-1999), pp. 49-72. La historiadora expone la importancia histórica de la validez jurídica de testamentos que no incluyen la identificación de herederos.

²⁴ VOVELLE, Michel: *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIII^e siècle. Les attitudes devant la mort d'après les clauses de testaments*, Paris, 1973. El historiador serió casi 20.000 testamentos de la región para plantear su tesis sobre la evolución de la religiosidad en la etapa inmediatamente anterior a la revolución francesa.

²⁵ CHAUNU, Pierre: “Mourir à Paris (XVI^e-XVII^e-XVIII^e siècles)”, *Annales E.S.C.*, 31 (1976), pp. 29-50; *La mort à Paris*, Paris, 1978.

²⁶ CHIFFOLEAU, Jacques: *La comptabilité de l'au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du Moyen Âge (vers 1320-vers 1480)*, Roma, 1980.

²⁷ BARREIRO MALLÓN, Baudilio: “El sentido religioso del hombre ante la muerte en el Antiguo Régimen: un estudio sobre archivos parroquiales y testamentos notariales”, en *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas*, Santiago de Compostela, 1973, vol. V, Santiago de Compostela, 1975, pp. 181-197; “La nobleza asturiana ante la muerte y la vida”, en *II Coloquio de Metodología Aplicada*, Santiago de Compostela, 1982, pp. 27-60.

análisis, el siglo XVIII, sin duda por el volumen de documentación conservado. Querríamos en todo caso subrayar aportaciones que no hemos encontrado citadas en las bibliografías manejadas por los autores mencionados. Nos referimos a “El principio religioso en los antiguos testamentos valencianos” y “Testamentos valencianos de la época foral”, de Manglano, aportaciones de 1945 y 1948, respectivamente, que asombran por la amplitud de su casuística y perspectiva²⁸. Abordando una selección de últimas voluntades levantinas desde el siglo XV al XVIII, ambos estudios son absolutamente equiparables a los realizados posteriormente, penetrando de forma sistemática tanto en la estructura y contenido de su clausulado, con agudas consideraciones sobre permanencias y cambios en las ideas y mentalidad ante la muerte en la Edad Moderna, como la evolución de las expresiones estereotipadas que ya permitirían hablar de variedad de formatos en la redacción, relevancia de las mandas pías o abundancia de peticiones de presencia de pobres en los cortejos fúnebres, cuestiones que no se plantearon en los primeros que se publicarían en nuestro país, con declarado influjo de los historiadores franceses, como decimos, años más tarde. Constatar la sorpresa que supone encontrar, casi con treinta años de anticipación sobre lo que se venía afirmando, estudios perfectamente trazados sobre la actitud ante el tránsito en la península, nos lleva también a afirmar que, de forma cronológicamente paralela a la segunda generación de los Anales, España ya contaba con experiencias historiográficas en esta materia.

Nuestro asombro no termina aquí. Aunque sus obras no puedan ser adscritas a una historia de las mentalidades, una serie de investigadores españoles sacaron a la luz durante el segundo tercio del siglo XX testamentos bajomedievales y modernos poniendo de relieve el extraordinario valor de los datos contenidos en las series documentales, de cara a una labor interpretadora de la realidad de la época. Subrayamos que se trata de ensayos sobre testamentos individuales, objeto de acercamientos concretos, con análisis y reflexiones, empleados para el trazado de apuntes biográficos, lo que ofrece un sugestivo elemento para el debate. Estudios en ocasiones meramente paleográficos, siempre subrayando la relevancia de lo hallado en orden a personaje y contexto, los trabajos constituyen claro antecedente de la historia de la muerte y, en

²⁸ MANGLANO CUCALÓ DE MONTULL, Jesús, BARÓN DE TERRATEIG: “El principio religioso en los antiguos testamentos valencianos”, *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia i Història*, 3 (1945), pp. 20-29; “Sobre testamentos valencianos en la época foral” [3], *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, 22 (1948), pp. 158-179; “Sobre testamentos valencianos en la época foral” [2], *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, 21 (1948), pp. 77-95; “Sobre testamentos valencianos en la época foral” [1], *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, 20 (1948), pp. 1-13.

nuestra opinión, penetran de lleno en categorías de la de las mentalidades, al abordar cláusulas derivadas de las creencias, los sufragios, la elección de sepultura o los criterios para distribución de bienes. Son aportaciones realizadas en la década de los veinte, como las del agustino Barreiro²⁹; de los cuarenta, de Pérez³⁰ o los cincuenta, de Martínez Quesada³¹, cuya nota común son introducciones previas de florida redacción, a la que siguen las reproducciones literales de los documentos, a modo de trofeos historiográficos a presentar ante los lectores.

El elenco de historiadores y obras de referencia con elencos testamentarios en sede notarial como pilar central va parejo a buena parte de la fecundidad historiográfica bajomedieval y moderna de nuestro país en las dos últimas décadas del siglo XX y los primeros años del XXI. Para la Baja Edad Media, subrayaron la importancia de otorgarlo no solo como gesto *ante mortem* sino como documento con contenido sustantivo Coria³² o Cantera³³. Años después, Aurell contextualizaría su relevancia en la búsqueda del futuro en un equilibrio espiritual y material³⁴. Martín Cea subrayó patrones de conducta formales en la documentación notarial, aunque concluyó que cada grupo social utilizaba diferentes estrategias sustantivas, a modo de pautas colectivas, en la búsqueda de salvación eterna, que cifra en el contenido de los “discursos escritos”³⁵.

²⁹ BARREIRO, P. Agustín, O.S.A.: “El testamento del doctor Francisco Hernández”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 94 (1929), pp. 475-497. El hallazgo del testamento hace posible trazar la mentalidad ante la muerte del naturalista (Puebla de Montalbán, Toledo, c. 1514 – 1578), que incluye en su herencia a una hija extramatrimonial, constata la existencia de deudas propias y ajenas que deben ser incorporadas a la masa hereditaria. Hernández ejerció la medicina en el monasterio de Guadalupe. Felipe II le encomendó el estudio de la flora y fauna en Nueva España, a donde viajó en una expedición en 1570, regresando siete años después y comprobando que su grandiosa obra no era valorada para su publicación y pasaba al menos a engrosar la Biblioteca de El Escorial.

³⁰ PÉREZ, Pero: “Testamento de Doña Isabel de Aguilar”, *Revista del centro estudios extremeños*, XIV, 1 (1940), pp. 15-32. A pesar de la brevedad del estudio previo a la reproducción del testamento de la viuda de Lorenzo Suárez de Figueroa, embajador en Roma y Venecia, signado en Badajoz en junio de 1519, el autor reflexiona sobre las herencias a favor del alma, las mandas pías y la fundación de capellanía y beaterío con bienes de su herencia.

³¹ MARTÍNEZ QUESADA, Juan: “Documentación de la capellanía y enterramiento del Presidente don Juan de Ovando”, *Revista de estudios extremeños*, v. XIV, 1 (1958), pp. 145-158. Se trata de un estudio en torno a la fundación de la capellanía del sepulcro en la iglesia de san Mateo, en Cáceres, del presidente del Consejo de Indias y luego primer presidente del Consejo de Hacienda Juan de Ovando, fallecido en 1575, a través de su testamento y otros documentos.

³² CORIA COLINO, Jesús: “El testamento como fuente de estudios sobre mentalidades. Siglos XIII a XV”, *Miscelánea Medieval Murciana*, IX (1982), pp. 194-219.

³³ CANTERA MONTENEGRO, Margarita: “El testamento bajomedieval”, *Historia 16*, 161 (1989), pp. 32-38.

³⁴ AURELL CARDONA, Jaume: “La impronta de los testamentos bajomedievales: entre la precariedad de lo corporal y la durabilidad de lo espiritual”, en AURELL CARDONA, Jaume, PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte: actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, p. 77-94.

³⁵ MARTÍN CEA, Juan Carlos: “El modelo testamentario bajomedieval castellano y su reflejo en los diferentes grupos sociales”, *Edad Media. Revista de historia*, 6 (2003-2004), pp. 103-156.

El testamento como fuente documental de la Edad Moderna fue estudiado también en sus claves religiosas por la ya citada Gómez Navarro³⁶.

Sostiene Àries que en la evolución del hombre frente a la muerte, los cambios, “o bien son muy lentos en sí mismos, o bien se sitúan entre largos periodos de inmovilidad”³⁷. Para presentar un vasto panorama de los estudios de testamentos de forma geográfica y local, es necesario tener en cuenta la pervivencia de los modelos formales y espirituales de la Baja Edad Media en la Moderna, que aconsejan contemplar la evolución de las últimas voluntades desde una perspectiva amplia. No nos ha extrañado, por tanto, comprobar que estudios en diferentes zonas y periodos, aún abarcando buen número de testamentos, arrojen paralelas conclusiones con matices que señalan pequeñas especialidades, precisamente, en función de variables cronológicas o espaciales.

Es lógico que las series documentales notariales atrajesen en buena medida los estudios locales, que han centrado en Navarra Leroy³⁸ o Baldó, García de la Borbolla y Pavón³⁹. Esta última analizó años más tarde, en detallados estudios específicos, las expresiones de intercesión divina de los testamentos navarros de los últimos siglos del Medievo, subrayando la evolución desde las alusiones genéricas a Dios hacia Jesucristo como Persona concreta de la Trinidad, al que se puede acceder directamente o rogando la mediación garantizada de la Virgen y, seguidamente, la muy cualificada de los arcángeles y santos, especialmente los mártires⁴⁰. Para la Edad Moderna testamentaria en el antiguo reino pirenaico contamos con el acercamiento de Silanes⁴¹.

Al hilo de series de testamentos riojanos entre los siglos XIII y XV, Cantera traza lo que podríamos denominar una *filosofía testamentaria*, al penetrar en la mentalidad del ser humano al reflejar una serie de preocupaciones en sus últimas

³⁶ GÓMEZ NAVARRO, María Soledad: “Acción y regulación: sobre el sentido religioso del testamento en la Edad Moderna”, *Anuario jurídico y económico escorialense*, 33 (2000), pp. 697-712.

³⁷ ÀRIES, Philippe: *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad media hasta nuestros días*, Barcelona, 2011, p. 16. El autor invita al historiador a no tener miedo de abarcar los siglos hasta llegar incluso al milenio con el fin de evitar anacronismos de comprensión.

³⁸ LEROY, Béatrice: “La mort et la vie chretienne en Navarre au XIV^e siècle (Étude de testaments de la seconde moitié du XIV^e siècle)”, en *De la Iglesia y de Navarra. Estudios en honor del Prof. Goñi Gaztambide*, Pamplona, 1984, pp. 245-257.

³⁹ BALDÓ ALCOZ, Julia, GARCÍA DE LA BORBOLLA GARCÍA DE PAREDES, Ángeles, PAVÓN BENITO, Julia: “Registrar la muerte (1381-1512). Un análisis de testamentos y mandas pías contenidos en los protocolos notariales navarros”, *Hispania*, 219 (2005), pp. 155-226.

⁴⁰ GARCÍA DE LA BORBOLLA GARCÍA DE PAREDES, Ángeles: “El recurso a la intercesión celestial en la hora de la muerte: un estudio sobre los testamentos navarros”, *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 26 (2005), pp. 151-168; *La “Praesentia” y la “virtus”: la imagen y la función del sano a partir de las fuentes hagiográficas castellano-leonesas del siglo XIII*, Santo Domingo de Silos, 2002.

⁴¹ SILANES SUSAETA, Gregorio: “Comportamientos ante la muerte en la Pamplona moderna a través de los testamentos”, *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, 7 (2000), pp. 165-194.

voluntades, desbrozando especialmente el espíritu religioso de las mandas pías que se articulaban en el encargo de misas y oraciones, la eventual fundación de capellanías, las donaciones a monasterios e iglesias y las limosnas a ordenes y cofradías⁴².

García Herrero se adentró en la prolijidad de muchos testamentos bajo-medievales aragoneses, que contenían disposiciones y previsiones de una amplitud que permite calificarlos como prolijos⁴³, si bien contamos con acercamientos de últimas voluntades en ámbitos locales, como Calatayud, de Rubio⁴⁴, o la zona de Daroca, de Rodrigo Estevan⁴⁵. De la situación en el reino de Aragón en la Edad Moderna contamos con una perspectiva cronológica más amplia, aunque igualmente local, en el estudio de vida cotidiana y las series de Jaca y su entorno entre los siglos XV y XVIII, que ofreció por Gómez de Valenzuela⁴⁶.

El rico panorama en Cataluña fue estudiado por autores como Tó⁴⁷ o Piñol⁴⁸; los componentes del Equip Broida concluyeron que en la Barcelona bajomedieval la mujer que testaba pertenecía a diversos grupos sociales, no solo a estamentos privilegiados, si bien la documentación aportada no parece revelar excesiva variedad⁴⁹. Para Lleida, Fité establece líneas generales sobre lo funerario a través del análisis de las últimas voluntades de una dama de la baja nobleza de finales del siglo XIV, situándolas en el contexto general de las costumbres de sepultura y ceremonial de entierro y misas⁵⁰. Borràs, en un estudio sintético en torno a una serie de veinte testamentos del principado

⁴² CANTERA MONTENEGRO, Margarita: “Derecho y sociedad en La Rioja bajomedieval a través de los testamentos (siglos XIII-XV)”, *Hispania*, 165 (1987), pp. 33-82; “Religiosidad en la Rioja bajomedieval a través de los testamentos (siglos XIII-XV)”, *Berceo*, 110-111 (1986), pp. 111-154; “Notas sobre los libros en los testamentos riojanos medievales (siglos XIII-XV)”, *Mayuqa: revista del Departament de Ciències Històriques i Teoria de les Arts*, 22 (1989), pp. 89-94.

⁴³ GARCÍA HERRERO, María del Carmen: “Ritos funerarios y preparación para bien morir en Calatayud y su comunidad (1492)”, *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 59-60 (1989), pp. 89-120; “La muerte y el cuidado del alma en los testamentos zaragozanos de la primera mitad del siglo XV”, *Aragón en la Edad Media*, 6 (1984), pp. 209-245; GARCÍA HERRERO, María del Carmen, FALCÓN PÉREZ, María Isabel: “En torno a la muerte a finales de la Edad Media aragonesa”, *En la España medieval*, 29 (2006), pp. 153-186.

⁴⁴ RUBIO SEMPER, Agustín: “Piedad, honras fúnebres y legados piadosos en Aragón (Calatayud) en la Baja Edad Media”, en SERRANO MARTÍN, Eliseo: *Muerte, religiosidad y cultura popular: siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, 1994, pp. 241-277.

⁴⁵ RODRIGO ESTEVAN, María Luz: *Testamentos medievales aragoneses: ritos y actitudes ante la muerte (siglo XV)*, Zaragoza, 2002.

⁴⁶ GÓMEZ DE VALENZUELA, Manuel: *Testamentos del Valle de Tena (1424-1730)*, Zaragoza, 2003; *La vida cotidiana en el valle de Tena (en los siglos XI, XVII y XVIII)*, Zaragoza, 1992.

⁴⁷ TÓ I FIGUERAS, Lluís: “L'evolució dels ritus funeraris a Catalunya a través dels testaments (segles X-XII)”, *Lambard. Estudis d'art medieval*, 3 (1983-1985), pp. 75-96.

⁴⁸ PIÑOL ALABART, Daniel: *A les portes de la mort: religiositat i ritual funerari al Reus del segle XIV*, Reus, 1998.

⁴⁹ EQUIP BROIDA: “Actitudes religiosas de las mujeres medievales ante la muerte: (Los testamentos de Barcelonesas de los siglos XIV y XV)”, en MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángela (coord.): *Las mujeres en el cristianismo medieval: imágenes teóricas y cauces de actuación religiosa*, Madrid, 1989, pp. 463-476.

⁵⁰ FITÉ I LLEVOT, Francesc: “Entorn al testament de Brunissèn d'Alentorn y alguns costums funeraris de la Lleida Medieval”, *Acta històrica et archaeologica mediaevalia*, 26 (2005), pp. 659-676.

en el XV, no es claro al conceptualizar las últimas disposiciones de los difuntos como testimonios de la religiosidad de la burguesía y la baja nobleza. Tras clasificar las invocaciones iniciales como fórmulas estereotipadas sin interés religioso, afirma que responden a una realidad intensamente vivida, sin dejar clara su posición sobre la cuestión a pesar de incidir en la profesión de fe, alusiones a la Virgen y especiales devociones de la totalidad de los testadores⁵¹. La Mataró que testa en el siglo XVIII, fue desbrozada por López i Miquel, con sugerentes reflexiones sobre la voluntad de reposar en sepulturas cercanas a reliquias en los templos⁵².

El equilibrio entre aspectos económicos y espirituales navegó durante siglos. Así lo atestiguan dos acercamientos puntuales pero rigurosos y profundos al universo comercial valenciano que testa, en contraste, en plena baja Edad Media, como atestigua Piqueras Juan⁵³, que trabajó sobre una amplia muestra de 83 testamentos y doce codicilos, o en el siglo XVIII, lo que acredita Muñoz Navarro⁵⁴.

Como estamos comprobando, la investigación de la historia de la muerte derivó pronto hacia una imprescindible toma de contacto con su buque insignia como fuente, el testamento, que desde la historia económica y, con notable relevancia, la historia de la religiosidad, no ofrecía en lugares distantes, en un periodo amplio que abarcaba prácticamente medio milenio, llamativas diferencias. Así lo apreciaron quienes analizaban últimas voluntades en Cádiz de los siglos XV (García Guzmán y Abellán Pérez⁵⁵) o XVI (Espinosa de los Monteros⁵⁶), la Huelva (Pulido⁵⁷), el Jaén (Rodríguez

⁵¹ BORRÀS I FELIU, Antoni: “Els testaments catalans del segle XV, testimoni de la vida religiosa de la burgesia catalana i valenciana d'aquell segle”, *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 26 (2005), pp. 1051-1062.

⁵² LÓPEZ I MIQUEL, Olga: *Actituds col·lectives davant la mort i discurs testamentari al Mataró del segle XVIII*, Mataró, 1987; “La sensibilitat religiosa davant la mort a finals del segle XVIII. El cas de Mataró”, *Manuscripts. Revista d'història moderna*, 3 (1986), pp. 175-193; “La mort a Mataró: 1690-1800”, *Pedralbes. Revista d'història moderna*, (1986), pp. 231-235.

⁵³ PIQUERAS JUAN, Jaime: “Disposiciones espirituales y modelo familiar en los testamentos medievales valencianos: Una aproximación económica. 1381-1450”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 39 (2012), pp. 241-258.

⁵⁴ MUÑOZ NAVARRO, Daniel: “Religiosidad y comportamientos económicos ante la muerte de los comerciantes de telas al por menor en la Valencia del XVIII”, *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia i Història*, 58 (2008), pp. 239-245.

⁵⁵ GARCÍA GUZMÁN, María del Mar, ABELLÁN PÉREZ, Juan: *La religiosidad de los jerezanos según sus testamentos (siglo XV)*, Cádiz, 1997.

⁵⁶ ESPINOSA DE LOS MONTEROS SÁNCHEZ, Francisco, “La religiosidad popular gaditana a través de las disposiciones testamentarias del siglo XVI”, *Trocajero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 17 (2005), pp. 147-162.

⁵⁷ PULIDO BUENO, Ildelfonso: “La documentación testamentaria en Huelva en el siglo XVII: una aproximación a su estudio”, *Archivo Hispalense*, 202 (1983), pp. 115-140.

de Gracia⁵⁸) o la Sevilla del XVII (Aguado de los Reyes⁵⁹, Rivas Álvarez⁶⁰), la Málaga (Reder Gadow⁶¹), la Córdoba (Gómez Navarro⁶²) o la Murcia (Peñafiel Ramón⁶³) del XVIII. Porque a la misma Murcia, si bien de la Baja Edad Media, en las últimas voluntades de sus pobladores se había dedicado Bejarano⁶⁴, y de forma aún más local, Álvarez Fortes, en la serie documental de una parroquia de Elche⁶⁵, y Vidal Fernández, en Lorca, y también con un conjunto de series notariales durante el mismo periodo, que subraya su valor como texto conciliador entre hombre y divinidad o las parroquias más populares escogidas como lugar de sepultura⁶⁶. En la misma región, ya referido a plena Edad Moderna, encontramos un estudio cuantitativo, de 1987, de Alemán, a partir del cual pudo realizar los subsiguientes, correspondiente a mentalidades colectivas, en los que incluyó interesantes conclusiones en torno a la actitud comunitaria de solidaridad a través de las cofradías o a la inclusión de pobres entre los beneficiados en las últimas voluntades de élites murcianas. Estos desfavorecidos serían asociados a las comitivas mortuorias, participando el día del entierro en lo que el historiador entiende como caridad *funeraria*, de carácter no espontáneo, vinculada al estatus, auténtica estrategia de prestigio social y espiritual familiar a la que el otorgante se incorpora⁶⁷.

⁵⁸ RODRÍGUEZ DE GRACIA, Hilario: "Hacer testamento en Jaén durante el siglo XVII", *Boletín de Estudios Giennenses*, 149 (1993), pp. 73-104.

⁵⁹ AGUADO DE LOS REYES, Jesús: "La vida y la muerte en el barroco sevillano a través de las fuentes notariales", *Estudis històrics i documents dels arxius de protocols*, 15 (1997), pp. 151-166.

⁶⁰ RIVAS ÁLVAREZ, José Antonio: *Miedo y Piedad: testamentos sevillanos del siglo XVIII*, Sevilla, 1986.

⁶¹ REDER GADOW, Marion: *Morir en Málaga. Testamentos malagueños del siglo XVIII*, Málaga, 1986.

⁶² GÓMEZ NAVARRO, María Soledad: "La documentación notarial y su utilización en el estudio de la muerte y la religiosidad: los testamentos por "abintestatos" en Córdoba durante la segunda mitad del siglo del siglo XVIII", *Archivo hispalense*, 210 (1986), pp. 49-62.

⁶³ PEÑAFIEL RAMÓN, Antonio: *Testamento y buena muerte. Un estudio de las mentalidades en la Murcia del siglo XVIII*, Murcia, 1987; "Aproximación al estudio de los testamentos en el siglo XVIII: el murciano ante la muerte", *Áreas*, 6 (1986), pp. 95-101.

⁶⁴ BEJARANO RUBIO, Amparo: *El hombre y la muerte. Los testamentos murcianos bajomedievales*, Cartagena, 1990; "La elección de sepultura a través de los testamentos medievales murcianos", *Miscelánea medieval murciana*, 14 (1987-1988), pp. 333-347; BEJARANO RUBIO, Amparo, MOLINA MOLINA, Ángel Luis: "Actitud del hombre ante la muerte: los testamentos murcianos de finales del siglo XV", *Miscelánea medieval murciana*, 12 (1985), pp. 185-202.

⁶⁵ ÁLVAREZ FORTES, Anna María: *El sentit de la mort en l'Elx medieval: un llibre de clàusules testamentàries de l'església de Santa Maria (1294-1444)*, Alicante, 1997; "El testament com a font de la història religiosa i social: notes per al seu estudi a Elx a l'època foral", *Festa d'Elx*, 49 (1997), pp. 189-221; "El sentit de la mort per a l'home de l'Elx medieval", *Festa d'Elx*, 42 (1990), pp. 19-38.

⁶⁶ VIDAL FERNÁNDEZ, Rafaela: "Devoción y muerte en la Lorca bajomedieval", en SEGURA ARTERO, Pedro (coord.): *Actas del Congreso La Frontera Oriental Nazarí como Sujeto Histórico (s. XIII-XVI)*, Almería, 1997, pp. 571-582.

⁶⁷ ALEMÁN ILLÁN, Anastasio: *Entre la Ilustración y el Romanticismo. Morir en Murcia, siglos XVIII y XIX*, Murcia, 2002; "Comportamientos funerarios y estatus social de una élite de poder local: Murcia, siglo XVIII", *Studia historica. Historia moderna*, 22 (2000), pp. 171-211; "Sociabilidad, muerte y religiosidad popular: Las cofradías en Murcia durante el siglo XVIII" en BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos (coords.): *La religiosidad popular*, vol. 2, Barcelona, 1989, pp. 361-383. "Actitudes colectivas ante la muerte en Murcia durante el siglo

En Huelva, Zalamea la Real centró el estudio en el que, mezclando con acierto el método cuantitativo y con fructíferas lógica y sistemática, García García puso de relieve la distinta actitud testamentaria de hombres y mujeres y, sobre todo, la detección de variables de emulación entre grupos sociales⁶⁸. Gómez Navarro también estudió el óbito en Córdoba a través de testamentos entre el Renacimiento y el siglo de la Ilustración⁶⁹.

Si Rojo Alboreca se centra en la mujer testadora de la Extremadura bajomedieval⁷⁰, Testón girará hacia el hombre que lo hace en el Cáceres del siglo XVII, con un artículo inmerso en el método cuantitativo⁷¹. Además de ofrecer útiles notas introductorias sobre la capacidad histórica requerida para otorgar últimas voluntades, Soleto cuenta con un ensayo adentrándose de lleno en el testamento del XVIII en Badajoz. Sus cuatro catas de diez años, comenzando en 1700, 1730, 1760 y 1790, son esfuerzos que le permiten conclusiones generales y específicas, no tanto sobre el contenido de los mismos, sino sobre las circunstancias externas que hacen que menos de un 20% de la población dicte últimas voluntades, o que las crisis de mortandad por epidemias no motive especiales repuntes o decrecimientos en la firma de testamentos, pues el segmento de población que sufre el óbito, generalmente perteneciente a sectores desfavorecidos, no solía signarlos⁷².

A la Castilla del siglo XV dedica su esfuerzo Carlé, que insiste no en estudiar los testamentos, sino Castilla y también cómo se entendía la muerte en Castilla a través de ellos⁷³; en series testamentarias del Madrid de la misma centuria se ubicará Romero⁷⁴. Un amplio y detallado estudio sobre la forma externa a la que los escribanos comenzaron a adaptar las últimas voluntades, en el Madrid de la Edad Moderna a

XVIII", *Cuadernos de Historia Moderna*, 9, (1988), pp. 95-120; "La muerte en la sociedad murciana a finales del Antiguo Régimen: un estudio cuantitativo de testamentos", *Contrastes. Revista de Historia Moderna*, 3-4 (1987-1988), pp. 71-90.

⁶⁸ GARCÍA GARCÍA, Francisco: "El Ritual de la muerte en Zalamea la Real en la segunda mitad del siglo XVIII", *Huelva en su historia*, 11 (2004), pp. 139-174.

⁶⁹ GÓMEZ NAVARRO, María Soledad: *Materiales para la experiencia del morir en la Córdoba del Antiguo Régimen: historiografía, heurística, metodología*, Córdoba, 1998; *La muerte de la provincia de Córdoba: inventario de escrituras notariales de Córdoba, Montilla y Fuente Ovejuna (1650-1833)*, Sevilla, 1996; *Un estudio de mentalidades: la muerte en la provincia de Córdoba desde la segunda mitad del seiscientos hasta el final del antiguo régimen*, Córdoba, 1995.

⁷⁰ ROJO ALBORECA, Paloma: *La mujer extremeña en la Baja Edad Media: amor y muerte*, Cáceres, 1987.

⁷¹ TESTÓN NÚÑEZ, Isabel: "El hombre cacereño ante la muerte: testamento y formas de piedad en el siglo XVII", *Norba. Revista de arte, geografía e historia*, 4 (1983), pp. 371-382.

⁷² SOLETO LÓPEZ, Antonio, "Sociología testamentaria en Badajoz durante el siglo XVIII", *Revista de estudios extremeños*, vol. 46, 1 (1990), pp. 171-230.

⁷³ CARLÉ, María del Carmen: "La sociedad castellana del siglo XV en sus testamentos", *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), pp. 537-549.

⁷⁴ ROMERO FERNÁNDEZ-PACHECO, Juan Ramón: "Morir en Madrid a fines del siglo XV: Economía monástica y mentalidades religiosas", *Anuario de estudios medievales*, 19 (1989), pp. 573-586.

comienzos del siglo XVI, debemos a Cabezas. La historiadora abordó cómo sucesivas pragmáticas de los Reyes Católicos regulando la tarea de los responsables de la fe pública mejoraron no sólo el archivo y conservación documental de los protocolos, que hizo posible que los primeros testamentos madrileños que se conservan en series notariales lo sean desde 1503, sino otro aspecto no menor, como la normalización del tamaño del soporte papel, que pasó a folio. A ello se sumó la notable introducción de cláusulas estereotipadas, a las que fueron sumándose los notarios de la villa: invocación divina inicial, identificación del otorgante, preámbulo expositivo, contenido sustantivo o disposición ordenada en cláusulas –que contenían las importantísimas sobre entierro y misas- e identificación clara de albaceas y herederos. Sobre la abundante casuística, llena de variantes y excepciones, la autora ofrece numerosos ejemplos, con especial incidencia en la necesidad de testigos, lo que configura un panorama sustantivo de intento desde el poder político de adaptación de la mentalidad ante la muerte a requisitos formales⁷⁵. De gran interés sería comprobar si esa voluntad regulatoria logró sus objetivos, un interrogante al que Esteves Santamaría intentó dar respuesta mediante el fruto de sus estudios sobre más de mil quinientos testamentos en Madrid y sus alrededores. Entre sus conclusiones destacan la constatación de la frecuencia de testamentos abiertos o nuncupativos, es decir, aquellos cuyo contenido era conocido por todos los presentes en el momento de su otorgamiento, generalmente el escribano, los testigos y el testador, o la escasa proporción, un 6%, de personas sanas que testaban, lo que probaría que a pesar de la insistencia de las autoridades, las últimas voluntades se dejaban para el momento postrero, recogiendo incluso situaciones como muertes sobrevenidas de disponente –“llegando aquí spiró la otorgante”-. El estudio arroja además interesantes datos, como que todos los documentos consultados que contienen deseo de una sepultura específica señala el interior de un templo y nunca un cementerio, lo que indica que quien testaba contaba con medios para ser enterrado en lugar caracterizado eclesialmente, destacando entre ellos las parroquias la de san Ginés y entre los monasterios el de san Francisco, seguido de lejos por el de san Felipe el Real⁷⁶.

Sobre una de las urbes más cercanas a la que pronto se convertiría en capital de la monarquía, a orillas del Tajo, contamos con estudios peculiares. Toledo, vinculada a

⁷⁵ CABEZAS FONTANILLA, Susana: “Los testamentos y codicilos más antiguos de Madrid: estudio paleográfico y diplomático”, en GALENDE DÍAZ, Juan Carlos, SANTIAGO FERNÁNDEZ, Javier de (dir.): *La muerte y sus testimonios escritos. IX Jornadas Científicas sobre Documentación*, Madrid, 2011, pp. 9-35.

⁷⁶ ESTEVES SANTAMARÍA, María del Pilar: “Prácticas testamentarias en el Madrid del siglo XVI: norma y realidad”, en GALENDE DÍAZ, Juan Carlos, SANTIAGO FERNÁNDEZ, Javier de (dir.): *La muerte y sus testimonios escritos. IX Jornadas Científicas sobre Documentación*, Madrid, 2011, pp. 37-60.

la Iglesia incluso en su trazado urbano, ofrecía un reto en torno a la mentalidad ante la muerte de sus élites eclesiásticas como sede arzobispal primada. Barrios Sotos quiso conocer los testamentos de los clérigos y fieles vinculados a su catedral en el siglo XIV⁷⁷, y Sánchez González penetró de lleno en la mentalidad religiosa del cabildo a través de las últimas disposiciones de dignidades, canónigos y racioneros durante el barroco post tridentino, tanto en lo referido a los aspectos formales y clausulares de los documentos, como a la salvación del alma –entierro, honras, sufragios- y la distribución y destino final de la masa hereditaria, el auxilio a familiares y deudos. Constituye notable aportación del autor la importancia de plantear en cualquier acercamiento si un documento de últimas voluntades es indicador fiable de la mentalidad del testador ante la muerte o responde más bien a un modelo estereotipado, cuestión no menor que dará respuesta a la hora de comprobar si nos hallamos realmente ante una mentalidad o un mero seguimiento de costumbres impuestas en la comunidad social⁷⁸. Con todo, Toledo ha venido siendo en lo historiográfico paradigma de mentalidad castellana, como demuestra la visión de Rodríguez de Gracia⁷⁹. Y ese mismo espíritu está muy presente en las últimas voluntades que signaban las oligarquías salmantinas, estudiadas por López Benito⁸⁰, y otros testamentos de la localidad de Peñaranda de Bracamonte, que abordó Sánchez González⁸¹, en el mismo espíritu de identificar sus mentalidades, ya al alborear la Edad Moderna. En Soria, contamos con estudios sobre las actitudes ante la muerte también de carácter local, como el que dedicó Rubio a Ágreda, en la Baja Edad Media y el comienzo de la Moderna⁸².

El testamento femenino en el Valladolid de los albores de la Edad Moderna centrará la atención de Olivera Arranz e Izquierdo García, que concluyen interesantes notas como la frecuencia de últimas voluntades femeninas por la diferencia de edad de los contrayentes, que solía motivar mayor número de viudas que debían testar, así como

⁷⁷ BARRIOS SOTOS, José Luis: *Vida, Iglesia y Cultura en la Edad Media. Testamentos en torno al cabildo toledano del siglo XIV*, Alcalá de Henares, 2011.

⁷⁸ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Ramón: “Religiosidad barroca y sentimientos ante la muerte en el Cabildo catedralicio de Toledo”, *Studia historica. Historia moderna*, 18 (1998), pp. 299-320.

⁷⁹ RODRÍGUEZ DE GRACIA, Hilario: “Análisis de algunos inventarios y testamentos toledanos”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 26 (1991), pp. 121-146.

⁸⁰ LÓPEZ BENITO, Clara Isabel: “La oligarquía salmantina en los inicios de la edad moderna: actitudes ante la vida y la muerte”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 12 (1992), pp. 31-42.

⁸¹ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Ángeles: *Mentalidad social y religiosa a través de las fuentes testamentarias: Peñaranda de Bracamonte (1580-1598)*, Memoria de licenciatura inédita, Salamanca, 1988.

⁸² RUBIO SEMPER, Agustín: “Breve aproximación al comportamiento de los agredenses ante la muerte en el siglo XIV”, en VAL VALDIVIESO, María Isabel del, MARTÍNEZ SOPENA, Pascual (coords.): *Castilla y el mundo feudal: homenaje al profesor Julio Valdeón*, vol. III, Valladolid, 2009, pp. 521-524; “Morir en Ágreda (1500-1520)”, *Edad Media*, 6 (2003-2004), pp. 91-102.

el cambio de mentalidad en el siglo XV, en el que comienza a ser frecuente el otorgamiento no tanto por enfermedad o cercanía al óbito sino por libre decisión. Las historiadoras hablan de un “microuniverso femenino” en torno a la muerte, sobre todo en lo referido a la preparación de los cuerpos o la disposición de participantes en el cortejo fúnebre. Pero sin duda lo más destacable del ensayo es, en el análisis del testamento concreto de la viuda de un corregidor de la capital vallisoletana, la absoluta capacidad de obrar de la signataria, que a plena voluntad intenta solucionar mandas pendientes no solo de antepasados de su familia política, sino conflictos familiares previsibles en torno a su propia sucesión, revelando una relación plena entre mentalidad ante la muerte y capacidad de disponer por parte de la mujer en la Castilla de la época⁸³. García Fernández propone interesantes comparaciones y aparentes contradicciones entre el mundo urbano y rural, con sólidas conclusiones sobre las manifestaciones externas del luto en la que fuera sede de la corte a principios del siglo XVII. La principal ciudad castellana de la cuenca del Duero sirve al historiador como marco cualitativo y cuantitativo, un escenario que explora minuciosamente para conceptualizar y contextualizar varias realidades de las que no solo el testamento sino, como veremos, el cortejo fúnebre o el encargo de misas *post mortem*, nos son de extraordinaria utilidad. Su análisis de las últimas voluntades, también en el siglo XVIII, clasifica el testamento como medio de manifestar jerarquía de prioridades y deseos no solo materiales, sino voluntad de salvación en el marco de una mentalidad histórica colectiva de expresar por escrito una creencia religiosa común⁸⁴.

En la vecina Palencia, la Baja Edad Media en lo testamentario fue objetivo de Martín Cea, que revisó series notariales en Paredes de Nava, en la comarca de Tierra de Campos⁸⁵. Pensamos que los elementos socioeconómicos pesan más en la trayectoria investigadora de Bartolomé, que analiza las provincias de Palencia y León durante el XVIII, pero es indudable que su contribución al acercamiento a lo testamentario vincula

⁸³ OLIVERA ARRANZ, María del Rosario, IZQUIERDO GARCÍA, María Jesús: “Testamentos femeninos vallisoletanos: la voz airada de Beatriz García de Villandrando”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 18 (1991), pp. 263-296.

⁸⁴ GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo: “Vida y muerte en Valladolid. Un estudio de religiosidad popular y mentalidad colectiva: los testamentos”, en ÁLVAREZ SANTALÓ, Carlos, BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, (coords.): *La religiosidad popular*, vol. II, Barcelona, 1989, pp. 224-246; “Herencias y particiones de bienes en Valladolid durante el siglo XVIII: Testamentos e inventarios post-mortem”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 8 (1988), pp. 72-108.

⁸⁵ MARTÍN CEA, Juan Carlos: “La muerte a fines de la Edad Media: el ritual funerario en los testamentos paredesños del siglo XV”, en CALLEJA GONZÁLEZ, María Valentina (coord.): *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, 27, 28 y 29 de abril de 1989, vol. II, Palencia, 1990, pp. 627-642.

de manera indisoluble el universo hereditario a la mentalidad de permanencia de la voluntad del difunto en un conjunto de obligaciones religiosas para los vivos⁸⁶.

El testamento sirve para acercarse a la relación entre familia y herencia, como demostró Lorenzo Pinar en su estudio de la Zamora de la Edad Moderna, al ubicarlo como elemento regulador, por excelencia, de la disposición de los bienes en evitación de discordias futuras, que pudieran reducir el montante de lo disponible a la muerte del causante y dilatar el cumplimiento de su última voluntad y, empleando la terminología de la época, llevar *descargada* la conciencia e ir *descansado*⁸⁷.

Portela y Pallarés giran la mirada hacia Galicia que testó entre los siglos XII y XIV⁸⁸, al que se añadió dos décadas más tarde el trabajo de Andrade⁸⁹ y el mucho más específico de Ríos Rodríguez, sobre los testamentos de la catedral de Ourense en los siglos XII y XIII⁹⁰. Un historiador argentino, Calderón, ofreció sugestivos ensayos sobre dos interesantes aspectos en torno a testamento y mentalidad. El primero, sobre las últimas voluntades de la mujer en la Galicia bajomedieval. El segundo dedicado a la evolución de la mentalidad nobiliaria gallega en el siglo XVI, observando las diferencias entre la redacción de los testamentos de Sancho de Ulloa, conde de Monterrey, fallecido en 1505, y Gómez Pérez de las Mariñas, capitán general de Filipinas, que lo hizo en 1593. Halló los elementos de continuidad y novación en la voluntad de conservación y fortalecimiento del núcleo familiar y el régimen hereditario, subrayando el valor de la consanguinidad en la herencia de la tierra, así como los

⁸⁶ BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, Juan Manuel: “Las actitudes religiosas colectivas ante la muerte: un punto de partida: una práctica testamentaria baja; el testamento...; invocaciones y creencias; intercesora para la salvación del alma...; muerte, entierro y parafernalia; las misas post-mortem, aniversarios, memorias y capellanías”, en RUBIO PÉREZ, Laureano Manuel: *La historia de León*, Vol. III, *Edad Moderna*, 1999, pp. 476-487; “Las actitudes sociales ante la muerte y las prácticas religiosas en el Bierzo en el s. XVIII”, *Estudios humanísticos. Geografía, historia y arte*, 17 (1995), pp. 275-296; “El sistema hereditario en Palencia en el siglo XVIII según los testamentos”, en CALLEJA GONZÁLEZ, María Valentina: *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, Vol. III, *Edad Moderna y Edad Contemporánea*, 1995, pp. 167-176; “Testamentos, inventarios y cuentas de testamentaria: un acercamiento al status socioeconómico y al estilo de vida de la población palentina de la primera mitad del siglo XVIII”, en CALLEJA GONZÁLEZ, María Valentina: *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, Vol. III, *Edad Moderna y Edad Contemporánea*, 1990, pp. 469-482.

⁸⁷ LORENZO PINAR, Francisco Javier: “La familia y la herencia en la Edad Moderna zamorana a través de los testamentos”, *Studia historica. Historia moderna*, 9 (1991), pp. 151-202.

⁸⁸ PORTELA SILVA, Ermelindo, PALLARES MÉNDEZ, María del Carmen: “Muerte y sociedad en la Galicia medieval (siglos XII-XIV)”, *Anuario de Estudios Medievales*, 15 (1985), pp. 189-202.

⁸⁹ ANDRADE CERNADAS, José Miguel: “Los testamentos como reflejo de los cambios de actitud ante la muerte en la Galicia del siglo XIV”, *Sémata. Ciencias sociais e humanidades*, 17 (2006), pp. 97-114.

⁹⁰ RÍOS RODRÍGUEZ, María Luz: “Aproximación a los testamentos de la catedral Auriense (s. XII-XIII): disposiciones terrenales y espirituales”, *Sémata. Ciencias sociais e humanidades*, 17 (2006), pp. 75-96.

cambios en la expresión de religiosidad y ritos de despedida⁹¹. Del XVIII, contamos con el estudio sobre Ferrol de García González, en un sucinto artículo de carácter cuantitativo en el que se pone de relieve la uniformidad de tres tipos de cláusulas introductorias: el encabezamiento, la declaración de fe y la encomienda a los santos, así como la preocupación generalizada por el lugar de sepultura⁹².

La Asturias testamental del Antiguo Régimen fue hilo conductor del ensayo en el que López López no deja de destacar la pervivencia de disposiciones y fórmulas similares en los documentos de últimas voluntades de las épocas bajomedieval y moderna, e incluye un panorama sobre las situaciones en las que el documento se redactaba, una casuística que no debemos identificar necesariamente con motivos para testar, sino variadas realidades socioeconómicas y, por tanto, distintas mentalidades⁹³.

Las Islas Canarias han sido objetivo de estudios testamentarios: Ronquillo y Viña se acercaron a las últimas voluntades isleñas de comienzos del XVI⁹⁴. Un carta de poder firmada en Agüimes (Gran Canaria), en 1526, es ejemplo que ilustra en un detallado ensayo de Pérez Herrero sobre el testamento por comisario, modalidad histórica que, aunque en el archipiélago no se otorgó con excesiva frecuencia, contó con desarrollo jurídico en el ámbito español durante la Edad Moderna, tanto en elencos legales tales como el Ordenamiento de Alcalá, como en las Leyes de Toro, que lo admitían con solemnidades estrictas y limitaciones, y la Novísima Recopilación, hasta su total desaparición con el Código Civil, a finales del siglo XIX⁹⁵. Aranda Mendíaz se aproximó a las series en la Gran Canaria del XVIII, en las que localizó previsiones

⁹¹ CALDERÓN, Carlos: “Testamentos, codicilos y escrituras públicas. Evolución y contenidos de la última voluntad femenina en Galicia (siglos XII-XV)”, *Minius. Revista do Departamento de Historia, Arte e Xeografía*, 15 (2007), pp. 7-32; “Cambios y persistencia en la mentalidad nobiliaria gallega en el tránsito de la edad media a la moderna según la literatura testamentaria: un estudio comparativo”, *Cuadernos de estudios gallegos*, 120 (2007), pp. 171-188; “Patrimonios nobiliarios gallegos finimievales: la fortuna de Sancho de Ulloa, conde de Monterrey, según su testamento; un estudio de caso”, *El Museo de Pontevedra*, 59 (2005), pp. 39-62.

⁹² GARCÍA GONZÁLEZ, Fernando: “Comportamientos religiosos de los ferrolanos durante el siglo XVIII”, *Obradoiro de historia moderna*, 3 (1994), pp. 187-192.

⁹³ LÓPEZ LÓPEZ, Roberto: “Ordenar las almas y disponer las haciendas”: la finalidad de los testamentos asturianos durante el Antiguo Régimen”, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 149 (1997).

⁹⁴ RONQUILLO RUBIO, Manuela y VIÑA BRITO, Ana del Carmen: “Actitud ante la muerte a través de los testamentos canarios del primer cuarto del siglo XVI”, en MORALES PADRÓN, Francisco (coord.): *III Coloquio de Historia Canario-Americana. VIII Congreso Internacional de Historia de América (AEA)*, Las Palmas de Gran Canaria, 1980, pp. 2309-2334.

⁹⁵ PÉREZ HERRERO, Enrique: “El testamento “Apud Acta Conditum” (o Testamento por Comisario)”, *Vegueta: Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 2 (1995-1996), pp. 131-142. El autor recuerda que las Partidas de Alfonso X no reconocen la facultad de testar por comisario, al considerar personalísimo el acto de disponer los bienes tras la muerte.

derivadas de la vivencia indiana de algunos de sus otorgantes⁹⁶. Aunque volveremos sobre ello, es lógico constatar la repercusión de la vocación atlántica de las islas en las series documentales.

Al citar este caso hemos roto, de manera simbólica, con un esquema: nos hemos referido hasta ahora a monografías, ensayos y artículos en torno a series testamentarias, pero no a aportaciones historiográficas centradas en un único personaje, sobre documentos de últimas voluntades de carácter individual, cuya relevancia en lo que a fuente se refiere podría ser, aparentemente, no valiosa en lo cuantitativo, pero que por la especial característica del testador, contexto o contenido de lo analizado elevan exponencialmente la cualidad de los estudios propuestos. Iniciamos por tanto un pausado recorrido en este tipo de acercamientos, con especial incidencia a la aportación de los historiadores en torno a las peculiares características de la mentalidad de los otorgantes. En el prolijo muestrario de ensayos sobre últimas voluntades individuales, el despliegue historiográfico no ha sido en absoluto de menor profundidad o acierto. Siendo relativamente sencillo establecer una clasificación rigurosa entre los acercamientos a testamentos por orden cronológico de la realización del ensayo, o del otorgamiento de la escritura notarial o del escrito, parece de mayor interés para nuestro estudio contemplarlos combinándolo con criterios como la procedencia geográfica o social, que nos ha posibilitado ampliar y complementar el acervo investigador precedente.

Comenzaremos con un estudio singular, el que Rojo Vega dedicó a las últimas voluntades de un célebre inventor de lenguaje para mudos en pleno siglo XVII, el albacetense Manuel Ramírez de Carrión, que testó precisamente por poder notarial, en Valladolid en 1654, arrojando luz sobre varios errores extendidos en torno a su biografía⁹⁷. En su minuciosa disección de las últimas voluntades de uno de los secretarios de Felipe III, Collado Ruiz nos ha recordado que conteniendo disposiciones de tipo económico, durante el siglo XVII el testamento es considerado un documento esencialmente religioso, lo que no debe confundir al historiador a pensar que es un escrito íntimo y personal, pues se dirige a una comunidad de firme confesión. A ello ha

⁹⁶ ARANDA MENDÍAZ, Manuel: *El hombre del siglo XVIII en Gran Canaria. El testamento como fuente de investigación histórico-jurídica*, Las Palmas de Gran Canaria, 1993.

⁹⁷ ROJO VEGA, Anastasio: "Testamento de Manuel Ramírez Carrión (Valladolid, 1654)", *Al-Basit. Revista de estudios albacetenses*, 46 (2002), pp. 275-282. Nacido en Hellín (Albacete) en 1579 y fallecido en Valladolid tras otorgar testamento por poder, en noviembre de 1654. En 1629 publicó simultáneamente en Córdoba y Montilla la obra "Maravillas de Naturaleza, en que se contienen dos mil secretos de cosa naturales", un lenguaje para mudos.

de sumarse la condición pública del testador, para lo que delimita en su análisis los perfiles de persona y personaje⁹⁸.

Con el estudio de dos testamentos barceloneses de mediados del siglo XV, Álvarez Gómez ofrece claro ejemplo de cómo analizando últimas voluntades se penetra no solo en mentalidades del fin de la Edad Media y los albores de la Moderna, sino que pueden despejarse dudas sobre identidad, en su caso la de un jurista gerundense⁹⁹.

Ciertamente, analizar las últimas voluntades de mecenas o impulsores de obras pías y colegios ha sido vehículo de conocimiento de historia de las mentalidades ante la muerte, al estudiar las cláusulas de quienes las centran en un impulso benefactor *post mortem*. Así, Ventura Ríus nos aproxima a la fundación del colegio de los jesuitas de Segorbe, de origen testamentario, como otros de la Compañía en su tiempo¹⁰⁰. Como estamos comprobando, el testamento en el marco de la historia de la muerte no hace sino configurarse como una valiosa fuente en el marco de historias en perspectiva. Hemos citado un ejemplo de historia de la lengua, quizá con más precisión, del lenguaje; otro de historia de política-económica; uno de historia del derecho y por fin otro de historia de la Iglesia y la labor educativa de los colegios de la Compañía de Jesús. Pensamos que las posibilidades son amplísimas. Así, en el campo de la historia de la nobleza, Viña nos ilustra el testamento de don Pedro Girón¹⁰¹.

Apenas hemos encontrado huella expresa en la historiografía de ensayos específicamente dedicados al testamento como fuente para conocer la mentalidad de los españoles que, desde los viajes de Colón hasta el fin de la Edad Moderna, apostaron por

⁹⁸ COLLADO RUIZ, María José: “El secretario del rey, Antonio de Aróstegui, a la luz de su testamento: la persona y el personaje”, *Potestas: Religión, poder y monarquía. Revista del Grupo Europeo de Investigación Histórica*, 7 (2014), pp. 179-190. Nieto de Martín Pérez de Aróstegui, que participó en la Guerra de Granada y fue llamado *el Viejo de Vergara*, estuvo vinculado a la ciudad. Ocupó varias secretarías, entre ellas la de Guerra y de Italia. Fue caballero de Santiago y de santo Colonio de Sicilia. Otorgó testamento y un codicilo en Madrid en febrero de 1623, haciendo posible la construcción en Granada del convento de los Agustinos al disponer la cantidad anual para su elevación y solicitando su posterior entierro en el altar mayor de su templo.

⁹⁹ ÁLVAREZ GÓMEZ, Daniel: “Els testaments del jurista Narcís de Sant Dionís (1458) i del seu germà Dalmau (1432)”, *Cuadernos de historia del derecho*, 19 (2012), pp. 233-255. El autor unifica en una sola persona al jurista Narcís de Sant Dionís, canónigo de Barcelona, del que hasta la fecha se pensaba podían ser hasta tres figuras históricas, presentando su testamento y el de su hermano Dalmau.

¹⁰⁰ VENTURA RIUS, Albert: “El testamento de Don Pedro Miralles “El Antigo” (1550-1627), fundador del Colegio de Jesuitas de Segorbe y otras instituciones religiosas en Caudiel”, *Anales valentinos. Revista de filosofía y teología*, 63 (2006), pp. 123-141. El castellanense Pedro Miralles, que participó junto a don Juan de Austria en la campaña de Granada y sirvió militarmente en Filipinas y Perú, fundó en 1616 el colegio de los Agustinos en Caudiel (alto Palancia), y dotó con su herencia el inicio de la construcción del convento de Carmelitas Descalzas de la misma localidad, así como el seminario de Segorbe, donde fue enterrado y se le alzó un mausoleo, destruido durante la Guerra Civil. Su testamento constituye un ejemplo de inquietud espiritual desde su mentalidad castrense.

¹⁰¹ VIÑA BRITO, Ana del Carmen: “El testamento de Don Pedro Girón”, *Anuario de estudios medievales*, 19 (1989), pp. 493-506.

la carrera de Indias. En lo que a este punto de nuestro trabajo interesa, no puede faltar la sugestiva figura del conquistador y, entrada la Edad Moderna, funcionario o encomendero que decide regresar a la península y beneficiar mediante cláusulas testamentarias su localidad de origen con obras religiosas y sociales, además de morir y ser enterrado en la tierra de sus padres. Al iniciar un recorrido cronológico atendiendo a las fechas de otorgamiento de los protagonistas de las aproximaciones y estudios, conviene destacar que predominan los de naturaleza individual, como los de un beturiense en Panamá o un leonés en Cuzco, ambos del siglo XVI, que detalla Guerra¹⁰². Especialmente ilustrativo en este sentido resulta comprobar cómo aborda Martín Gil los documentos de la testamentaria del cacereño Rodrigo Pérez, que dictó sus últimas voluntades en Lima, de cuya catedral era arcediano, en 1550, aunque los mayores efectos de su testamento y tres codicilos se sintieron en su localidad natal, El Casar, en Cáceres. El ensayo, publicado en 1935 –lo sumamos, por tanto, a nuestras consideraciones sobre los antecedentes españoles en materia de historiografía testamentaria en el segundo tercio del siglo XX– distingue con claridad huellas de la mentalidad del finado, como la capilla de santa Ana, que dejó fundada, o la parte del hospital en la que también proveyó seis camaretas para atención de caminantes. Y aunque no se atrevió el autor a sugerir abiertamente que los tres niños mestizos que llegaron a la península con lo sustantivo de la herencia eran hijos de su biografiado, expone su preocupación por su manutención y acogimiento en el lugar donde nació¹⁰³.

Otra sugerente muestra de mentalidad *ante obitum*, tras la carrera de Indias, a la que se suma la condición femenina y alavesa de su otorgante, es la proporcionada por el testamento de Ana Vélez de Loyola, abordado por Martínez Martín. La historiadora penetra en la historia de su estirpe, una rama de la familia Loyola de Azpeitia –emparentada directamente con san Ignacio–, que quedará marcada por su estancia en el virreinato de Nueva Granada, que fija entre 1555 y 1560. Al testar en Logroño el 5 de septiembre de 1594, además de centrar una amplísima proporción de cláusulas en sepelio y sufragios, dedica especial atención a sus hijos que vivían en la capital riojana, entre los que figuran varios de sus herederos, así como a las hijas a las que deja sus objetos personales y ajuar; explica con todo detalle que su hijo Bartolomé “gozó todas

¹⁰² GUERRA GUERRA, Arcadio: “Testamento otorgado en 1592 por Luis Martínez de Salcedo en la ciudad de Cuzco”, *Revista de estudios extremeños*, vol. XXXIX, 2 (1983), pp. 343-362; “Testamento otorgado en Indias por el encomendero Francisco Marmolejo, natural de Fregenal”, *Revista de estudios extremeños*, vol. XXXIV, 3 (1978), pp. 459-486.

¹⁰³ MARTÍN GIL, Tomás: “Testamento de D. Rodrigo Pérez: Arcediano, en 1550, de la archidiócesis de Lima”, *Revista de estudios extremeños*, vol. IX, 3 (1935), pp. 233-285.

estas nuestras minas, casas y los repartimientos”, al otro lado del Atlántico, quedando por tanto excluido del reparto, “todo lo cual le valio de valer por lo menos más de diez mil ducados según fui informada de oro que sacó de las dichas minas”¹⁰⁴.

Nos referimos a ensayos sobre un único testamento cuya mención, aparentemente, podría resultar pobre ante el estudio de amplias series notariales, pero significativo a la hora de conocer el singular perfil de sus signatarios, porque una de las conclusiones que sostiene Morocho al desbrozar las disposiciones ante mortem del cronista de Indias Pedro de Valencia, es la auténtica humildad que tan importante humanista destila al redactarlas, contemplando mandas pías por posibles daños en la caza de liebres a la que era aficionado en su mocedad. El ensayo penetra de lleno en la mentalidad y religiosidad del finado, que llama a los santos a acudir al momento de su muerte, pero especialmente a aquellos a los que ha estado más vinculado en vida... y a los que ha dedicado tratados, como investiga el autor¹⁰⁵. Que no podamos extendernos en la materia no impide que mostremos el deseo de seguir investigando en lo que podríamos denominar el testamento de Indias, con el que concluiremos citando la selección de últimas voluntades de onubenses, abordados por Canterla, que revela la perspectiva del que deja todo en las costas atlánticas españolas o decide testar al llegar al nuevo continente, pensando en la casi total probabilidad de no regresar¹⁰⁶.

Preguntarse si el testamento, como fuente para la historia de las mentalidades y de la muerte, lo sería también para la historia de la mentalidad militar en la Edad Moderna, nos parece cuestión retórica. Dado que nos estamos refiriendo a estudios sobre últimas voluntades individuales, comenzaremos citando la aproximación a las de un héroe, Ventura Jiménez, que murió en junio de 1810 tras intentar entrar en Toledo por el puente de San Martín y pasó a la historia con el sobrenombre del “héroe del Tajo”. Antes de transcribir su testamento, Leblic presenta reflexiones muy generales

¹⁰⁴ MARTÍNEZ MARTÍN, Carmen: “La estirpe de Ana Vélez de Loyola entre los siglos XVI y XVII: de la aventura americana a la vida social logroñesa”, *Berceo*, 148 (2005), pp. 125-152. Nacida en Salinas de Añana (Álava), emigró a tierras de la actual Colombia junto a sus padres y su esposo, Bartolomé de Bustamante. El matrimonio regresó a Logroño, donde vivió con la mayor parte de sus hijos. Ana Vélez quedó viuda, contrayendo segundo matrimonio con Pedro de Enciso. Aunque en sus últimas voluntades solicitaba ser enterrada en el monasterio logroñés de la Madre de Dios, junto a su segundo marido, finalmente fue sepultada en el panteón de los Bustamante, en la iglesia imperial de Nuestra Señora de Palacio, también en Logroño.

¹⁰⁵ MOROCHO GAYO, Gaspar: “El testamento de Pedro de Valencia, humanista y cronista de las Indias”, *Revista de estudios extremeños*, vol. XLIV, 1 (1988), pp. 9-48. Pedro de Valencia (Zafra, Badajoz, 1555 – Madrid, 1620), fue cronista de Felipe III. Latinista, hebraísta, filósofo, traductor, sus composiciones poéticas fueron alabadas por Lope de Vega y de su muerte dio noticia Luis de Góngora.

¹⁰⁶ CANTERLA MARTÍN DE TOVAR, Francisco: “Testamentos de onubenses fallecidos en la empresa de Indias”, *Huelva en su historia*, 3 (1990), pp. 213-250.

sobre los condicionantes de su redacción, cuya lectura apunta hacia las grandes posibilidades del testamento militar como género. Comenzado el siglo XIX, el documento nos muestra que persistían las cláusulas de profesión de fe o las mandas forzosas en beneficio de los Santos Lugares. Y llama la atención el elevado número de misas solicitado, 500¹⁰⁷. No extraña que estudios sobre historia castrense dediquen amplio espacio a series testamentarias, como fuente de interrelación entre mentalidad religiosa y militar ante la muerte. Buen ejemplo de ello lo ofrece Balduque Marcos, que centra todo un capítulo de su estudio sobre el ejército del tiempo de Carlos III a analizar cincuenta testamentos de oficiales madrileños, otorgados durante el reinado. Entre sus conclusiones, apuntar que testaban más los de mayor graduación y responsabilidad, el escrupuloso respeto a las mandas forzosas –redención de cautivos, Santos Lugares y hospital de Corte– incluso disponiendo cantidades superiores a las recogidas en los preceptos legales y el seguimiento de la costumbre de encargar misas póstumas, al igual que en el resto de grupos sociales¹⁰⁸.

El protagonismo de la Iglesia en la Edad Moderna y el papel que el clero desempeña en la modulación de sentimientos ante la muerte no debe alejarnos de la realidad del clérigo como sujeto activo de otorgamiento de testamentos. En este sentido, no hemos hallado suficientes distinciones historiográficas entre las últimas voluntades del alto y bajo clero como para caracterizar dos tipos de series notariales o grupos documentales en archivos catedralicios, algo que entendemos imprescindible si quieren tenderse puentes sólidos desde la historia de las mentalidades ante la muerte y la historia de la Iglesia como institución. En nuestro estudio, nos corresponde destacar la calidad de estudios en torno a testamentos de obispos como el que Barrio Moya ofreció del obispo astorgano Sarmiento de Sotomayor. Aunque volveremos a la prolífica obra de Barrio en torno a la historia de la muerte, nos detenemos ahora en su acercamiento a la mentalidad ante el tránsito de uno de los más destacados prelados de la diócesis en el

¹⁰⁷ LEBLIC GARCÍA, Ventura: “El testamento de D. Ventura Jiménez el “héroe del Tajo”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 20 (1986), pp. 151-155. Nacido en Mora (Toledo) y habiendo participado en las guerras del Rosellón, participó al estallar la Guerra de la Independencia en la agrupación de unos cien efectivos por la zona de San Pablo de los Montes, Navahermosa, Menasalbas y Gálvez, en los Montes de Toledo. Intervino en la batalla de Almonacid, alcanzando el grado de capitán. En 1809 estaba en Puertollano. Murió en el hospital de Los Navalucillos, el 20 de junio de 1810, al día siguiente de dictar testamento, siendo enterrado en la parroquia de la localidad, como coronel de caballería.

¹⁰⁸ BALDUQUE MARCOS, Luis Miguel: *El Ejército de Carlos III: Extracción social, origen geográfico y formas de vida de los Oficiales de S.M.*, Tesis doctoral, Madrid, 1994. Como nota llamativa, el autor indica que todos los testadores solicitaron ser enterrados con el hábito de san Francisco, si bien piensa que quizá fuera por ser “el más barato”. Pensamos que probablemente fuera una cláusula recogida en los escritos preparados por el escribano público, dado que la serie estudiada pertenece al mismo funcionario.

siglo XVI, sobre el que ahora debemos destacar varias características de su más íntima disposición ante el tránsito. Además de subrayar de un clausulado inicial sintético que recoge su profesión de fe, que muestra la evolución del siglo en cuanto a la expresión de la religiosidad en los documentos testamentarios, el esperable deseo de ser enterrado en la catedral, dejando la ubicación a sus albaceas, y una enumeración de mandas a parientes y servidores, dejaba como heredera universal a su alma, “en misas, sufragios e obras pías y en otras cosas tocantes al descargo de mi conciencia”, lo que concreta inicialmente en 500 misas, además de las 40 a celebrar en los monasterios de santo Domingo y san Francisco, en Astorga. El investigador subraya además que la presencia en Madrid de una copia del testamento, realizada en la época, indicaría la intención del obispo de remitirla a la corte por las altas responsabilidades que desempeñaba¹⁰⁹. González García estudió el testamento de uno de sus sucesores, Mexía de Tovar, un largo documento ológrafo de 1636 al que se añadieron cuatro codicilos, que incluye dotación tan específica como la de cubrir los gastos de aceite de la lámpara del Santísimo del altar mayor de la catedral de Mondoñedo¹¹⁰.

Sin pretender trivializar el significado y utilidad de los codicilos como disposiciones añadidas por los testadores a sus últimas voluntades ya otorgadas para modificarlas no sustancialmente ni alterar la identidad de los herederos, parece que los obispos españoles de la Edad Moderna fueron aficionados a realizar esas adiciones a sus testamentos. Así, en un amplio ensayo que muestra los condicionantes canónicos para testar en el clero moderno, García Iglesias estudia los tres que llegó a otorgar Diego López de la Vega, obispo de Badajoz (1649-1658) y Coria (1658-1659), en una época condicionada además por las tensiones bélicas con Portugal, que afectaron a sus diócesis. El prelado declaraba en su testamento no poder disponer de los bienes “obtenidos in tuitu Episcopatus”, es decir, en su calidad de obispo, a pesar de lo cual

¹⁰⁹ BARRIO MOYA, José Luis: “Testamento y muerte de Don Diego Sarmiento de Sotomayor, Obispo de Astorga de 1555 a 1571”, *Tierras de León. Revista de la Diputación Provincial*, 89-90 (1993), pp. 71-82. Aunque no se ha podido averiguar el nombre de sus progenitores, la fecha ni su lugar de nacimiento, se sabe el prelado era sobrino carnal de Diego Sarmiento de Acuña, I conde de Gondomar. Durante sus dieciséis años de pontificado contrató con Gaspar Becerra el retablo de la catedral de Astorga. En 1562 Pío IV pidió su participación en la última fase del concilio de Trento. Otorgó testamento el 8 de diciembre de 1571, falleciendo pocos días después.

¹¹⁰ GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: “El testamento de Don Alonso Mexía de Tovar, obispo de Mondoñedo y Astorga en el siglo XVII: Apunte sobre su iconografía y versos de un poeta mindoniense coetáneo”, en *El legado cultural de la iglesia mindoniense. Ferrol, 16, 17, 18 de setiembre, 1999. I Congreso do Patrimonio da Diocesis de Mondoñedo*, 2000, pp. 545-555. El prelado mindoniense (Villacastín, Segovia, 1561 – Astorga, 1616) estudió en Alcalá de Henares y Salamanca. Además de disponer su sepultura en la iglesia de su localidad natal, en su testamento incluyó la dotación de camas con su ropa correspondiente para pobres en hospitales de caridad de Astorga, Mondoñedo, Villafranca (León) y Villacastín, las ciudades a las que estuvo vinculado en vida.

había realizado inventario de los adquiridos en su calidad de canónigo de la catedral de Cuenca, su último cargo antes de ser elevado a la dignidad de metropolitano de Badajoz, sumido en una profunda crisis económica. El historiador sitúa con exactitud los dos primeros codicilos, otorgados el 23 de abril de 1657, coincidiendo con el sitio de la ciudad por las tropas portuguesas de los Braganza. Firmó dos documentos diferentes porque afectaban a distintos protocolos, uno de ellos al cumplimiento de sus obligaciones como albacea de dos de sus hermanos, ya fallecidos, modificando y precisando la fundación del vínculo y mayorazgo en la localidad familiar; el segundo, precisando y mejorando otras mandas. Efectivamente, Badajoz pudo perderse. El tercer codicilo, firmado el 3 de junio de 1659, ya en Cáceres y un día después de llegar a la que sería su última sede obispal, adapta las cláusulas referidas a su entierro y funeral, y modifica, entre otros, los nombramientos de presbíteros de dos capellanías fundadas, como se ha referido, en los anteriores codicilos¹¹¹.

Los canónigos continuaron desempeñando en la Baja Edad Media y durante la Edad Moderna un papel fundamental en los cabildos catedralicios. Antes y después de Concilio de Trento, sus últimas voluntades reflejaron una continuidad en la mentalidad del clero diocesano ante la muerte. Rubio Semper nos acerca a las de los canónigos Jaime de Santa Cruz y Juan de Oblitas. Este último establecía en su testamento en 1474 una detallada casuística sobre su lugar de enterramiento, según falleciese en Calatayud (donde lo otorgaba), Tarazona o Zaragoza, pero con distinto grado de concreción en la ubicación del sepulcro, lo que denotaba mayor o menor capacidad de influencia en los templos escogidos para descansar en lugar principal por su pertenencia a cofradías. Oblitas dejó organizado su cortejo fúnebre, que incluía la presencia de cuarenta pobres sosteniendo hachones de cera¹¹².

¹¹¹ GARCÍA IGLESIAS, Luis: "Testamento y codicilos otorgados en Badajoz y Cáceres por el Obispo D. Diego López de la Vega", *Revista de estudios extremeños*, 53 (1997), pp. 31-74. Nacido en Tortuera (Guadalajara), en la diócesis de Sigüenza, López estudió en la Universidad de Alcalá de Henares, donde llegó a ocupar cátedra. Al llevar cinco años como obispo pacense, con motivo de una enfermedad y llegar la guerra a la diócesis, otorgó un prolijo testamento el 13 de diciembre de 1654. Fallecería como obispo de Coria, con residencia en Cáceres, el 5 de junio de 1659, justo un año después de haber llegado a la diócesis y otorgar el último de los tres codicilos que adjuntó al mismo.

¹¹² RUBIO SEMPER, Agustín: "Los testamentos del Canónigo Jaime de Sancta Cruz", en *Calatayud y comarca: actas. IV Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, vol. II (La Antigüedad, Historia), 1997, pp. 407-414; "El testamento del canónigo Juan de Oblitas", *Aragón en la Edad Media*, 10-11 (1993), pp. 1781-792. El clérigo acumuló en vida los cargos de sacristán y canónigo de la iglesia colegial de santa María, en Calatayud; canónigo y chantre de la catedral de Tarazona y canónigo racionero de la Seo de Zaragoza. En lo referido a las misas post-mortem, encargaba tres misas diarias que el historiador relaciona con la Santísima Trinidad, que al cumplirse el trentén o treinta días debían celebrarse con la solemnidad del día de su muerte. No interpreta la disposición que señalaba que su cabo de año o aniversario anual no requiriese la celebración de eucaristía.

Varios rasgos fascinantes de la mentalidad ante el tránsito que aparecen en los dos testamentos que se conocen del célebre autor de los seis volúmenes de vidas de santos *Flos Sanctorum*, Alonso de Villegas, fueron estudiados por Sánchez Romeralo y Fernández Martín. De su puño y letra y otorgados en 1594 y 1599, en ambos dejaba dispuestas depuradas cláusulas de conciencia y solo diferenciaba algunas cuestiones que parecía haber dejado resueltas. En el primero dejaba perfectamente aclaradas las cuentas económicas y espirituales de su obra más conocida: hacia editores, quedaba el abono de la quinta parte del *Flos Sanctorum*; hacia auditores, expresaba que si en sus libros se hallase algo contrario a lo que enseñara la Iglesia Católica, se diera por no dicho y se retracta de ello, “protestando que lo así dicho en lo que no acerté no fue la causa malicia ni pertinacia sino ignorancia”, asegurando así la buena fe de los primeros. Los autores no se limitan a subrayar tan expresivo despliegue de protección post mortem de su producción literaria: “por haberse impreso estos libros fuera del reyno y muchas vezes ay y puede aber en ellos por descuido o malicia de los impresores cosas que yo no dixe y assi se ha de ocurrir a los originales que están todos escritos de mi mano y letra”. Ante tal ejercicio de derechos, que nos atrevemos a denominar “derechos espirituales de autor”, mencionar una fundación de misas por su alma con la donación de un cigarral de su propiedad casi parece un dato menor¹¹³.

A partir de las 22 cláusulas del testamento del presbítero y doctor en derecho canónico Francisco de Pisa, otorgado el 12 de septiembre de 1613, Gómez-Menor trasladó en un temprano 1969, cómo era posible que un documento redactado en gran parte por el mismo testador proporcionase una lección clásica sobre el orden y estructura de unas últimas voluntades óptimamente expuestas en la Edad Moderna. El autor, con bella caligrafía italiana, titulaba cada cláusula –“cabeza”, “protestación de fe”, “entierro”, “acompañamiento”, “oficios y misas”...- revelando un conocimiento profundo de su técnica, el uso de formularios previos o una mente prodigiosamente

¹¹³ SÁNCHEZ ROMERALO, Jaime, FERNÁNDEZ MARTÍN, Julio: “El maestro Alonso de Villegas: postrimerías de su vida”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 26 (1991), pp. 147-182. Capellán de la capilla mozárabe de la catedral de Toledo durante casi medio siglo, dejaba al recinto sacro una tabla de la Virgen y un breviario mozárabe en su primer testamento, que al no aparecer en el segundo hace pensar a los autores hizo efectiva en el intervalo entre ambos. Falleció en enero de 1603. El cabildo de curas y beneficiados de Toledo aceptó la donación del cigarral, para su venta y fundación de misas por su alma, procediéndose a su subasta, siendo adquirido por el Licenciado Jerónimo de Ceballos en abril de aquel año.

ordenada. Solo a partir de la cláusula 21 y tres párrafos finales interviene el escribano público completando un texto de originalidad e interés¹¹⁴.

Cuando los ensayos se refieren a eclesiásticos del Renacimiento y transcriben o analizan sus últimas voluntades, inmersos en ambientes socioculturales de calidad, es inevitable situarlos en el contexto del humanismo cristiano. Muestra de ello es el de Barceló Crespí al referirse a los testamentos de dos presbíteros mallorquines, Gabriel Mora y Gregori Genovard, que otorgaron sus últimas voluntades en 1522 y 1527, respectivamente. Impulsores de centros religiosos y educativos como el convento de santa Isabel y el colegio de la Crianza, en Palma de Mallorca, el segundo fue rector del Estudio General de Mallorca. Y tuvieron presentes su obra en los legados¹¹⁵.

A caballo entre el mundo eclesiástico y el servicio político a Felipe III y Felipe IV, el testamento de Juan de Pedroso, presbítero y a la vez miembro de los Consejos de Guerra y Hacienda, sirve a Hernández Núñez para profundizar en el deseo de permanencia que deriva de la mentalidad ante la muerte y cristaliza en la construcción de templo y capilla funeraria, a la que se asocia la fundación de tres capellanías, una para el altar mayor y las otras dos para los correspondientes laterales, con sus correspondientes misas, en la villa riojana de Pedroso, que da apellido a su impulsor, que detalla en sus últimas voluntades tanto los bienes destinados a erigirla como los destinados a su ornato artístico y las detalladas cláusulas para su gobierno. El nivel de detalle del testamento estudiado, inicialmente mal clasificado al ser confundida su población de referencia con la localidad sevillana del mismo nombre en el Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Madrid, es asombroso: los capellanes debían ser naturales de la localidad del templo. Si no fuera posible, pedía que lo fuesen al menos del obispado de Calahorra¹¹⁶. Un perfil paralelo podemos hallar en el también riojano

¹¹⁴ GÓMEZ-MENOR FUENTES, José Carlos: "El testamento del Doctor Francisco de Pisa", *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 4 (1969), pp. 213-233. Nacido en Toledo hacia 1533 y fallecido el 3 de diciembre de 1616, el historiador sugiere que pudo ser de origen converso, pues por su prestigio alcanzó al rango de capellán de la capilla mozárabe de la catedral, junto a cuya reja pidió ser enterrado, pero no ingresó en el cabildo de la misma. Fue amigo del Greco. Escribió una Historia de Toledo y obras de teología sobre la liturgia mozárabe.

¹¹⁵ BARCELÓ Y CRESPI, Maria: "El testament de dos humanistes: Gabriel Mora i Gregori Genovard", *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana. Revista d'estudis històrics*, 58 (2002), pp. 281-290. Mora, nacido en Porreres en fecha desconocida, fue vicario de la parroquia mallorquina de san Miguel. Genovard fue canónigo de la catedral de Mallorca. En sus testamentos, redactados en latín por el mismo notario, están fechados el 27 de agosto de 1522 y el 4 de marzo de 1527, empleó la misma expresión formal en cláusulas como la elección de tumba "eligo sepulturam corpori meo peragendam in...", si bien en el primero escogió la iglesia de san Jerónimo, mientras que el segundo se refería al túmulo de los canónigos de la sede mallorquina.

¹¹⁶ HERNÁNDEZ NÚÑEZ, Juan Carlos: "Juan de Pedroso y la fundación de la capilla de San Juan de Letrán de Pedroso, La Rioja", *Berceo*, 156 (2009), pp. 213-228. Juan de Pedroso y González nació entre 1581 y

Pedro Fernández Navarrete, cuyo testamento, fuente abundante de referencias para trazar su rico perfil biográfico y conocer la actitud más personal que adoptó ante el tránsito, fue abordado minuciosamente por Goñi Gaztambide. El clérigo, canónigo de la catedral de Santiago, reivindicó con toda naturalidad en sus últimas voluntades, en primer lugar, su condición de capellán de los reyes Felipe IV e Isabel de Borbón, así como de los hermanos del monarca, la entonces reina María de Hungría, el infante don Carlos y el cardenal infante don Fernando. Y por si no fuese poco de cara a los funerales que se dispusiesen, ser hermano de fray Alonso Navarrete, vicario provincial, y primo hermano de fray Alonso de Mena Navarrete, ambos religiosos dominicos, mártires en Japón en 1617 y 1624, respectivamente. Del monarca espera tras su muerte recibir más mercedes que el hábito de caballero de Santiago, por lo que las destina a su hermana, heredera universal, a la que encarga, en recuerdo de su hermano y primo, de los que espera su beatificación, construir un altar en una capilla de la iglesia de santo Domingo, en su Logroño natal. Con independencia de la capellanía que funda para que se ofrezcan sufragios por él y sus familiares en otro templo de la capital riojana. Señala expresamente que deberá hacerse inventario de sus bienes. Y desconocemos el motivo por el que el historiador no se atreve a deducir lo obvio de otra cláusula, “ítem a una niña que se llama Bernarda, que la cría en la dicha ciudad de Logroño mi señora doña María de Anguiano, mi cuñada, le mando ducientos (sic) ducados por una vez para ayuda a su remedio”¹¹⁷.

Si desde la mentalidad ante la muerte hemos podido mostrar la utilidad del acercamiento historiográfico a la historia política o la historia de la iglesia, la de la medicina ofrece muestras de no menor valor, tempranas en las fechas de los testamentos estudiados y la fecha de los estudios. Así lo muestra Rubio Vela en sus estudios sobre el origen histórico del hospital valenciano medieval de Santa María o En Clapers, embrión del actual Hospital General de la ciudad del Turia. Sobre el testamento de Bernat dez Clapers, de principios del siglo XIV, del que inicialmente tenía sólo referencia parcial – en el segundo de los estudios podrá por fin contar con el texto completo, en latín- el historiador ofrece interesantes consideraciones sobre la fundación de un hospital en un

1583, muriendo en 1628. Ingresó en la orden de Santiago como caballero en 1623. Su testamento fue otorgado el 1 de febrero del año de su fallecimiento. Destinaba para el adorno del templo de su sepultura, que no fue consagrado hasta 1656, pinturas religiosas de su residencia habitual.

¹¹⁷ GOÑI GAZTAMBIDE, José: “El licenciado Pedro Fernández Navarrete: su vida y sus obras (1564-1632)”, *Berceo*, 97 (1979), pp. 27-48. Navarrete era nieto por línea paterna del secretario del mismo nombre de Carlos V. Licenciado en cánones en Alcalá de Henares, fue nombrado canónigo de la catedral de Santiago de Compostela en 1592 y viajó a Roma con encargos regios ante Paulo V en 1613. Otorgó testamento en Madrid el 21 de marzo de 1628 y fue enterrado en la iglesia de santo Tomás.

contexto de mentalidad ante el óbito. Porque la intención de hacerlo realidad, mencionada en casi todas sus cláusulas, se constata al nombrar albaceas representantes de tres fuerzas sociales fundamentales para ello: el clero, representado por el propio obispo valenciano, el estamento nobiliario y el ciudadano. El sentido práctico para el pronto ejercicio de la medicina se colige también de las escasas condiciones que sus últimas voluntades exigen para la administración del hospital, creando una estructura básica y sencilla¹¹⁸.

Lo mismo podríamos afirmar sobre la historia de la música y testamentos de músicos, sobre los que hemos hallado sugerentes estudios. Olmos Sáez encuentra nuevos datos para la biografía y mentalidad ante la muerte de Tomás Luis de Victoria, al presentar el testamento de uno de sus tíos, del mismo nombre, que habría motivado su regreso temporal a la península desde Roma, no por razones artísticas o musicales, como se venía afirmando, sino familiares¹¹⁹. Barrio Moya traza, a partir de los dos testamentos de Mateo Cabrer, contrabajo de la Real Capilla a caballo entre los siglos XVII y XVIII, un retrato de mentalidad ante mortem en medio de uno de los entornos áulicos por excelencia. Otorgados en enero de 1723 y septiembre de 1727, respectivamente, aunque no fallecería hasta siete años más tarde, sus últimas voluntades muestran una fidelidad a la congregación de Nuestra Señora del Milagro, del Hospital General de san Felipe, a la que pertenecía, por la que pidió y finalmente fue enterrado bajo el altar del Pilar del claustro del monasterio de las Descalzas Reales, en Madrid – sede de panteón dinástico, como veremos-, cuyo capellán figura entre sus albaceas. Que pensando en su momento postrero, como “clérigo de evangelio y contrabajo de la Real Capilla de Su Magestad”, incluya entre sus cláusulas que “se me quedaron debiendo diferentes cantidades” contrasta con el olvido de haber sido, como recuerda el estudio,

¹¹⁸ RUBIO VELA, Agustín: “Un hospital medieval según su fundador: el testamento de Bernat dez Clapers (Valencia, 1311)”, *Dynamis. Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, 3 (1983), pp. 373-387; “Una fundación burguesa en la Valencia medieval: el Hospital de En Clapers (1311)”, *Dynamis*, 1 (1981), pp. 17-49. El historiador subraya el sentido práctico del fundador del hospital en cuestiones como la herencia a su esposa, a quien hizo administradora vitalicia de sus bienes. Los legados a otros parientes fueron contemplados en el codicilo, lo que demuestra que la creación del hospital era el objetivo central del testamento, aunque este documento recogió, naturalmente, acostumbradas cláusulas como la elección de su sepultura, en la capilla de san Bartolomé de la catedral valenciana.

¹¹⁹ OLMOS SÁEZ, Ángel Manuel: “El testamento y muerte de Tomás Luis de Victoria. Nuevos familiares del músico posible razón para su vuelta a España”, *Revista de musicología*, 35 (2012), pp. 53-58. El estudio contribuyó a completar lagunas biográficas en el compositor entre 1584 y 1586, dos años de estancia en España. El 1 de abril de 1583, su tío, abogado en la Real Chancillería de Valladolid, había otorgado testamento, que fue abierto y leído en febrero de 1584. La cuantiosa herencia finalmente no supuso legado alguno para el músico y originó numerosos pleitos, que continuaron abiertos durante treinta años.

suspendido de su función y sueldo en octubre de 1706 por haberse declarado a favor del archiduque Carlos durante la ausencia de Felipe V de Madrid, cuando las tropas austracistas ocuparon la capital aquel verano, aunque obtuviera dos años después el perdón regio y con el tiempo fuese nombrado maestro de Capilla. La aproximación a su figura incluye también una interesante variación en la determinación de su herencia, que en el primer testamento destinaba a la congregación de los siervos pobres del Hospital General de Madrid, mientras que dieciocho meses después escogía como heredero al Monte de Piedad “para que de su caudal, que importare, se convierta en los fines que se practican en el”; una decisión que nos parece indicio de la relevancia que adquiriría en la época la institución benéfica y financiera creada por el primer monarca Borbón e impulsada por el padre Piquer¹²⁰.

Zudaire abordó los problemas derivados de la mentalidad benefactora ante la muerte del músico navarro Miguel de Echarren o Echarri, que fue conocido también como Miguel Navarro, al dejar a los “ermitaños” una casa y sus bienes en el centro de Pamplona al finalizar el primer tercio del siglo XVII, así como el testamento de Juan de Tabar y Andueza, organero navarro de la misma época, que recoge una peculiar manda destinada a la oración por la salvación de su alma: encarga que le hagan un hábito nuevo al franciscano fray Juan de Baquedano para que rece por él, como forma de vincularle en su herencia desde el más allá¹²¹. Jambou estudió el del compositor y organista barroco Francisco Correa de Araujo, que pidió ser enterrado en la catedral de Segovia, en la que había participado en las exequias de Isabel de Borbón, primera consorte de

¹²⁰ BARRIO MOYA, José Luis: “Don Mateo Cabrer, contrabajo mallorquín en la Capilla Real de Madrid durante los reinados de Carlos II y Felipe V”, *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana. Revista d’estudis històrics*, 60 (2004), pp. 233-250. Nacido en Valldemosa entre 1665 y 1670, el historiador piensa que, formado en alguna de las activas escuelas mallorquinas de música, fuera llamado a Madrid por alguno de sus numerosos paisanos en la Capilla Real, donde se integró como contrabajo en septiembre de 1686. En los dos testamentos estudiados, otorgados ante el mismo notario madrileño, el testador prevé quinientas misas por su alma. Cabrer falleció en Madrid, el 19 de febrero de 1734, como atestigua la partida de defunción que recoge el estudio.

¹²¹ ZUDAIRE HUARTE, Claudio: “Testamento del organero Juan de Tabar (1634-1682), *Revista de musicología*, 9 (1986), pp. 411-426 (Nacido en Lerín, Tabar es uno de los mejores exponentes de la construcción de órganos en Viana, prestigiosa en la Navarra renacentista y barroca. Otorgó testamento el día de Navidad de 1682, disponiendo ser enterrado en la parroquia de Santa María, donde funda una capellanía, previendo fondos para misas en las tres iglesias de la ciudad en los dos años siguientes a su muerte. Falleció tres días después); “Testamento de Miguel de Echarren: el Maestro de Capilla Miguel Navarro († 1627)”, *Revista de musicología*, 6 (1983), p. 581-586 (Nacido en Pamplona hacia 1563 y fallecido también en la capital Navarra, fue maestro de capilla de su catedral. Al legar su casa de la calle Tejería, en la ciudad, a la cofradía de ermitaños del obispado, en el testamento que signó un año antes de morir, creaba un conflicto que estalló por las condiciones de pernocta, pues, pretendiendo evitar que los acogidos en paso frecuentasen tabernas cercanas, si superaban una noche en ella la propiedad revertía a la iglesia en la que pidió ser sepultado).

Felipe IV, en diciembre de 1644¹²². Preciado estudió las últimas voluntades del organista principal, denominado “primero primero”, de la catedral en Toledo, un cargo de importancia en la estructura del universo eclesial de la iglesia primada¹²³. Boccherini nos informó las noticias en torno a los tres testamentos del músico del mismo nombre, tanto los originales de los dos primeros conservados como la copia del tercero, considerado como el final y por lo tanto el válido, así como las circunstancias vitales y mentalidad de su signatario¹²⁴.

El final de la Edad Moderna ofrece en la evolución de la mentalidad ante la muerte, mayor frecuencia de otorgamiento de testamentos no solo ante ancianidad o enfermedades, sino en previsión de otras circunstancias personales que aconsejan la distribución futura de bienes y haciendas. Así, cambios de estado civil, proyectos empresariales o largos desplazamientos serán claro motivo de signar últimas voluntades. Buen ejemplo sobre ello el ensayo en torno a los testamentos del pensador ilustrado Valentín de Foronda, de Santoyo, que a los 49 años lo suscribe sin aparente mala salud ante lo que el historiador entiende que fue el aviso de sus nombramientos como representante del reino de España, primero como cónsul en Venecia, cargo que no ocuparía, y más tarde como cónsul general de España en Estados Unidos, con residencia en Filadelfia. Foronda residiría ocho años en América y fallecería a los 70 años, habiéndole dado tiempo a regresar vía Cádiz y a ser perseguido por Fernando VII, sin que tengamos noticias de modificaciones en el documento estudiado¹²⁵.

En realidad estamos apreciando que distintos perfiles y perspectivas sobre la muerte se entrelazan cronológica y geográficamente en monografías, ensayos o artículos, en los que el testamento tendría un protagonismo destacado. El localismo no abandonó los acercamientos al tránsito centrados en la Edad Moderna. Contamos así con estudios específicos sobre cómo se afrontaba la muerte en regiones, provincias y ciudades, en las que claramente Andalucía ha sido especial objeto de estudio, bien como

¹²² JAMBOU, Louis: “El testamento de Francisco Correa de Araujo”, *Revista de musicología*, 4 (1981), pp. 343-348. Correa (Sevilla, 1584 – Segovia, 1654) fue símbolo de la transición entre Renacimiento y Barroco musical, trabajando en la ciudad del Guadalquivir, Jaén y Segovia y escribiendo obras de teoría de la música. Dejó sus bienes a una prima.

¹²³ PRECIADO RUIZ DE ALEGRÍA, Dionisio: “Testamento de Joaquín Beltrán, organista “primero primero” de la catedral de Toledo”, *Revista de musicología*, 4 (1981), pp. 349-356.

¹²⁴ BOCCHERINI SÁNCHEZ, José Antonio: “Los testamentos de Boccherini”, *Revista de musicología*, 22 (1999), pp. 93-122.

¹²⁵ SANTOYO MEDIAVILLA, Julio César: “El testamento de Valentín de Foronda”, *Sancho el Sabio. Revista de cultura e investigación vasca*, 16 (2002). Reformador y economista ilustrado (Vitoria, 1751 – Pamplona, 1821), fue caballero de la orden de Santiago y de Carlos III. Otorgó testamento mancomunado y recíproco con su mujer, María Fermina de Vidarte, en Vitoria el 17 de septiembre de 1800.

región, incluso en su vocación americana, como ha resaltado Hernández Palomo¹²⁶, o en ciudades y/o provincias. A Jaén se dedicó Pino Moya¹²⁷. Córdoba centró los esfuerzos de autores como Casey¹²⁸, Gómez Navarro¹²⁹ o Rodríguez de Gracia, que centra su acercamiento en Cabra, la cabeza del ducado de Sessa¹³⁰, aunque sin duda una de las perspectivas más excepcionales fue la de Hamer, que estudió la evolución de mentalidad para la elección del lugar de enterramiento en la provincia durante la Edad Moderna, exponiendo el paulatino alejamiento de los templos, inicialmente pavimentados de sepulturas, hacia la periferia de los centros urbanos en cementerios *ad hoc*¹³¹. Pascua¹³² y González Cruz¹³³ estudiaron Cádiz y Huelva, respectivamente, y a partir de la documentación de Málaga, Reder establece una sistemática en torno al óbito en el marco de la historia de las mentalidades colectivas, para aterrizar a continuación en una casuística centrada en la localidad durante el siglo XVIII¹³⁴.

En Extremadura, además del trabajo de Rodríguez Sánchez¹³⁵, contamos con la aportación para el debate sobre la mentalidad ante la muerte de González Carballo, que a pesar de realizar su análisis de campo sobre tres pequeñas localidades establece conclusiones en exceso categóricas, en las que la adjetivación continua de las costumbres como supersticiosas anula otras vertientes como la consideración de la estructura y estabilidad social, la economía, las tradiciones y costumbres o la seguridad

¹²⁶ HERNÁNDEZ PALOMO, José Jesús (coord.): *Enfermedad y muerte en América y Andalucía (Siglos XVI-XX)*, Sevilla, 2004.

¹²⁷ PINO MOYA, Juan del: “Religiosidad popular en Jaén durante el siglo XVIII: Actitud ante la muerte”, en BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos (coords.): *La religiosidad popular*, vol. 2, Barcelona, 1989, pp. 309-327.

¹²⁸ CASEY, James: “Queriendo poner mi ánima en carrera de salvación”: la muerte en Granada (Siglos XVII-XVIII)”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 1 (2002), pp. 17-43.

¹²⁹ GÓMEZ NAVARRO, Soledad: *Una elaboración cultural de la experiencia del morir: Córdoba y su provincia en el Antiguo Régimen*, Córdoba, 1998.

¹³⁰ RODRÍGUEZ DE GRACIA, Hilario: *Vivir y morir en Montilla*, Córdoba, 1994; “Las ceremonias mortuorias en Montilla y Puente Genil durante el siglo XVII”, en *Encuentros de Historia Local. La Campiña*, Córdoba, 1991, pp. 307-342; “Muerte y religiosidad en Baena en el transcurso de los siglos XVII y XVIII”, *Hespérides*, 9 (1989), pp. 511-551; “El ritual de la muerte en Cabra a fines del siglo XVII”, *Hespérides*, 7 (1988), pp. 291-308.

¹³¹ HAMER FLORES, Adolfo: “La herencia corporal: muerte y salubridad en el reino de Córdoba durante la Edad Moderna”, *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 18 (2006), pp. 149-160.

¹³² PASCUA SÁNCHEZ, María José de la: *Actitudes ante la muerte en el Cádiz de la primera mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1984; *Vivir la muerte en el Cádiz del Setecientos (1675-1801)*, Cádiz, 1990.

¹³³ GONZÁLEZ CRUZ, David: *Religiosidad y ritual de la muerte en la Huelva del Siglo de la Ilustración*, Huelva, 1993.

¹³⁴ REDER GADOW, Marion: “Vivencia de la muerte en el Antiguo Régimen”, *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 9 (1986), Málaga, pp. 346-356.

¹³⁵ RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Angel: “Morir en Extremadura. Una primera aproximación”, *Norba*, 1 (1980), pp. 279-297.

jurídica¹³⁶, así como el de Trigueros, que compartiendo esa visión afirma en base al estudio de 181 testamentos de la localidad de Acebo, en la diócesis de Coria, que la contemplación de la muerte produce “gratitud por el peligro”, con tesis tan arriesgadas como sostener que “sin miedo no hay devoción”, y que la exteriorización de la religiosidad popular ante la muerte es siempre superstición¹³⁷.

Lorenzo abordó Zamora¹³⁸, mientras que Toledo fue objeto de los trabajos iniciales de Martínez Gil¹³⁹, del que hablaremos más extensamente.

En la zona Norte, perfiló la historia de las mentalidades en la muerte en Galicia González Lopo¹⁴⁰, bajo cuya dirección se han impulsado estudios como los de Vigo Trasancos, para Santiago de Compostela en el setecientos¹⁴¹, o Sobrado, centrado en el Lugo de toda la Edad Moderna¹⁴², si bien la Baja Edad Media ha seguido siendo objeto de estudio en archivos orensanos, como el propuesto por Gómez Cid¹⁴³; el Oviedo del XVIII lo cubriría López López, que, como vimos, ya centró sus primeros trabajos en los testamentos en Asturias¹⁴⁴. A la mentalidad en el País Vasco ante la muerte en el fin del

¹³⁶ GONZÁLEZ CARBALLO, Genaro: “Miedo y actitudes supersticiosas en algunos comportamientos religiosos del siglo XVII extremeño”, *Revista de estudios extremeños*, vol. XLIII, 1 (1987), pp. 107-140.

¹³⁷ TRIGUEROS MUÑOZ, Ángel: “Las formas de religiosidad popular en la Extremadura del Antiguo Régimen: Devoción, piedad y superstición”, *Revista de estudios extremeños*, vol. L, 3 (1994), pp. 645-668. El artículo contiene significativos errores conceptuales. Define el infierno como lugar en el que las almas redimían (sic) sus pecados, o el purgatorio como puente o tránsito hacia la salvación, pero también hacia la condenación, cuando la teología católica lo conceptualiza como estadio de purificación de las almas tras el cual se accede al cielo, nunca hacia la condenación.

¹³⁸ LORENZO PINAR, Francisco Javier: *Muerte y ritual en la edad moderna: el caso de Zamora (1500-1800)*, Salamanca, 1991; *Actitudes religiosas ante la muerte en Zamora en el siglo XVI: un estudio de mentalidades*, Zamora, 1989.

¹³⁹ MARTÍNEZ GIL, Fernando: *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Cuenca, 2000; *Actitudes ante la muerte en el Toledo de los Austrias*, Toledo, 1984.

¹⁴⁰ GONZÁLEZ LOPO, Domingo: “Vida e morte nas parroquias galegas da idade moderna: cambios e permanencias”, en GARCÍA PAZOS, FERNANDO (coord.): *A Parroquia en Galicia: pasado, presente e futuro*, Santiago de Compostela, 2009, pp. 105-122; “La evolución del lugar de sepultura en Galicia entre 1550 y 1850: los casos de Tuy y Santiago”, en *Obradoiro de Historia Moderna: homenaje al profesor Antonio Eiras Roel en el XXV aniversario de su cátedra*, Santiago de Compostela, 1990, pp. 163-180; “La vivencia de la muerte en las ciudades del antiguo régimen: Santiago en los siglos XVII al XIX”, en VILLARES PAZ, Ramón (coord.): *La ciudad y el mundo urbano en la historia de Galicia*, Santiago de Compostela, 1988, pp. 179-198; “La actitud ante la muerte en la Galicia occidental de los siglos XVII y XVIII”, en EIRAS ROEL, Antonio (coord.): *La documentación notarial y la historia. Actas del II Coloquio de metodología histórica aplicada*, vol. II, Santiago de Compostela, 1984, pp. 125-138.

¹⁴¹ VIGO TRASANCOS, Alfredo Manuel: “Muerte, luto y memoria fúnebre en el Ferrol del Siglo de las Luces: del cementerio parroquial de Canido a la fuente-cenotafio de Churruca”, *Sémata. Ciencias sociais e humanidades*, 17 (2006), pp. 387-410.

¹⁴² SOBRADO CORREA, Hortensio: “Ceremonial religioso y más allá. Actitudes populares ante la muerte en el mundo urbano de la Galicia de Antiguo Régimen: La ciudad de Lugo, 1550-1860”, *Lucensia. Miscelánea de cultura e investigación*, 17 (1998), pp. 267-286.

¹⁴³ GÓMEZ CID, Graciela: “A morte feminina no Ourense baixomedieval”, *Diversarum rerum. Revista de los Archivos Catedralicio y Diocesano de Ourense*, 4 (2009), pp. 227-242.

¹⁴⁴ LÓPEZ LÓPEZ, Roberto Javier: *Comportamientos religiosos en Asturias durante el Antiguo Régimen*, Gijón, 1989; *Oviedo: muerte y religiosidad en el siglo XVIII (Un estudio de mentalidades colectivas)*, Oviedo, 1985.

Antiguo Régimen dedicó un interesante ensayo Madariaga Orbea¹⁴⁵, mientras que en el Burgos del setecientos se centró Sanz de la Higuera¹⁴⁶.

De la zona levantina se harían cargo historiadores como García Cárcel¹⁴⁷, de la ciudad de Barcelona, mientras que contamos con artículos y ensayos de los testamentos en otros municipios catalanes en distintos periodos de la Edad Moderna como Sitges, de Mateo Bretos¹⁴⁸; Martorelles, de Granado¹⁴⁹; así como de últimas voluntades en zonas como la cuenca alta del Palancia, en Castellón, analizados por Saborit¹⁵⁰, series notariales de las propias localidades de Castellón y Burriana, estudiadas por Barrera Aymerich¹⁵¹ y de la Almansa de comienzos del XVIII, con un acercamiento de Cózar y Caparrós¹⁵².

Contamos con dos autores han ofrecido una particular visión de la historia de la muerte en el marco de la historia de las mentalidades, ofreciendo sugestivas aportaciones que en nuestra opinión abandonan claramente no ya cualquier riesgo de permanecer únicamente en métodos cuantitativos, sino mejorando la calidad de no pocas caracterizaciones cualitativas. Mitre, destacado medievalista y maestro de historiadores, destacó desde sus primeras aportaciones una pasión por el constante apoyo documental a sus teorías¹⁵³. Aunque volveremos a citar sus ensayos en torno a la

¹⁴⁵ MADARIAGA ORBEA, Juan José: “Muerte y mentalidad en el ámbito rural del País Vasco a fines del Antiguo Régimen”, *Cuadernos de investigación histórica*, 18 (2001), pp. 11-34; “Mentalidad: estabilidad y cambio. Un estudio de actitudes ante la muerte en los siglos XVIII y XIX”, *Historia contemporánea*, 5 (1991), pp. 73-106.

¹⁴⁶ SANZ DE LA HIGUERA, Francisco José, “La terrible f(r)actura de la muerte. Fallecer en el Burgos del setecientos”, *Cuadernos de investigación histórica*, 23 (2006), pp. 251-284.

¹⁴⁷ GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: “La muerte en la Barcelona del Antiguo Régimen (aproximación metodológica)”, en *II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada*, Santiago de Compostela, 1982, pp. 115-124.

¹⁴⁸ MATEO BRETOS, Lourdes: “Actitudes ante la muerte de la población de Sitges en los siglos XVI y XVII”, en ÁLVAREZ SANTALÓ, Carlos, BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, (coords.): *La religiosidad popular*, vol. II, Barcelona, 1989, pp. 261-272.

¹⁴⁹ GRANADO VALTUEÑA, Diego: “Comportamientos y actitudes de la población de Martorellas ante la muerte (1700-1750)”, en *Actas del I Congrés d’Historia Moderna de Catalunya*, vol. II, Barcelona, 1984, pp. 549-556.

¹⁵⁰ SABORIT BADENES, Pere: *Morir en el Alto Palancia. La religiosidad popular a través de los testamentos (siglos XVI-XVIII)*, Segorbe, 1991; “Morir en el Alto Palancia. Religiosidad popular a través de los testamentos (1500-1799)”, *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 15 (1989), pp. 291-303.

¹⁵¹ BARRERA AYMERICH, Modesto: “Religión y asistencia social en el Antiguo Régimen. Las mandas pías de los testadores de Castelló y Burriana durante los siglos XVII y XVIII”, *Estudis*, 16 (1990), pp. 115-140; “La representatividad social del testamento y la importancia de mecanismos sustitutorios durante los siglos XVII y XVIII: un estudio sobre la documentación parroquial de Burriana”, *Estudis castellanens*, 4 (1987-1988), pp. 351-362.

¹⁵² CÓZAR GUTIÉRREZ, Ramón, CAPARRÓS RUIPÉREZ, Francisco de: “La muerte ante la batalla. Actitudes religiosas y mentalidades colectivas en Almansa a principios del siglo XVIII”, *Cuadernos de historia de España*, 83 (2009), pp. 247-274.

¹⁵³ MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: “Muerte y modelos de muerte en la Edad Media clásica”, *Edad Media*, 6 (2003-2004), pp. 11-31; *Fantasma de la sociedad medieval. Enfermedad. Peste. Muerte*, Valladolid, 2003; “La muerte primera y las otras muertes. Un discurso para las postrimerías en el Occidente

muerte, es de justicia adelantar su visión del óbito regio y del ceremonial subsiguiente en el marco de la imagen del rey en la Baja Edad Media. Martínez Gil¹⁵⁴, al que hemos citado en los análisis de testamentos de la ciudad de Toledo, sostiene que los especialistas no estudian en realidad la muerte, sino al ser humano que se enfrenta a ella, siempre “a este lado del espejo” y constata que la evolución de las mentalidades ante el fin de la vida fue muy sutil en el paso de la Edad Media a la Moderna, conservándose muchos de los modelos y parámetros de pensamiento, costumbres y discursos, haciendo que las dos grandes etapas puedan compararse, a grandes rasgos y en conjunto, con las Edades Contemporánea y Actual, en que la muerte ha quedado recluida al fin rápido e inadvertido, a nichos extraurbanos, funcionales tanatorios y disimuladas salas de hospitales. En nuestra opinión, aunque su obra se centró en la capital del Tajo, contiene conceptos y no pocas perspectivas clave para comprender la visión que el castellano de la Edad Moderna había heredado del óbito medieval, así como la construcción propia del tránsito que se elabora en una sociedad que camina decididamente hacia el Barroco.

En paralelo a los historiadores de las últimas generaciones de la Escuela de los Anales, España experimentó –y ha seguido viviendo, en gran parte– un auge del estudio de la muerte en largos periodos cronológicos, en claro paralelismo con el desarrollo de la historia de las mentalidades. Francia continuaba un camino abonado por los padres fundadores, con medievalistas como Alexandre-Bidon¹⁵⁵ o el acercamiento desde el arte y las sendas de la estética recorridos por especialistas como Martin¹⁵⁶. La muerte, ya presente como hemos visto en la historiografía mexicana en obras como la de Lida de Makiel, sobre la fama literaria, ya mediados del siglo XX, ha permanecido hasta hoy como objeto de estudio de los historiadores en países iberoamericanos. En México, Zárate abordó las actitudes de la nobleza ante el tránsito, durante el declive del Antiguo Régimen y los procesos de Independencia¹⁵⁷. Más amplio es el panorama cronológico

medieval”, en AURELL CARDONA, Jaume, PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002; *La muerte vencida: imágenes e historia en el occidente medieval (1200-1348)*, Madrid, 1988; “El sentido medieval de la muerte. Reflexiones desde el prisma del siglo XX”, *Anuario de Estudios Medievales*, 16 (1986), pp. 621-630.

¹⁵⁴ MARTÍNEZ GIL, Fernando: “Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás: las implicaciones del modelo de la buena muerte”, *Historia social*, 58 (2007), pp. 23-46; “Del modelo medieval a la Contrarreforma: La clericalización de la muerte”, en AURELL: *op. cit.*, pp. 99-116; “Actitudes ante la muerte e historia social en la España Moderna”, *Historia Social*, 16 (1993), pp. 19-32.

¹⁵⁵ ALEXANDRE-BIDON, Danièle: *La mort au Moyen Âge, XIII^e-XVI^e siècle*, París, 1998.

¹⁵⁶ MARTIN, Hervé: *Mentalités médiévales. XI^e-XV^e siècle*, París, 1996.

¹⁵⁷ ZÁRATE TOSCANO, Verónica: “La muerte y su noble ceremonia en Nueva España: siglo XVIII”, en GONZÁLEZ CRUZ, David (ed.): *Ritos y ceremonias en el mundo hispano durante la Edad Moderna*,

que propone Araújo para la Lisboa entre 1700 y 1830¹⁵⁸. En Argentina, Guance se acercó al estado de la cuestión de la historia de la muerte en el Medioevo¹⁵⁹, en el mismo año y lugar en que Royer de Cardinal publicaba sus análisis de la muerte en la Castilla bajomedieval¹⁶⁰. En 2011, la experiencia de tres emigrantes de Río de la Plata que testaban en Cádiz al finalizar la Edad Moderna, serviría a un investigador en San Juan, Moreno Fabaro, para realizar un sugerente estudio que declaraba plenamente vigentes las perspectivas de la historia de las mentalidades, con notables reflexiones en torno a binomios como emigración y soledad, religiosidad y mandas pías, o afectos y herencia¹⁶¹.

Eire, nacido en La Habana, afincado en Miami y posteriormente profesor en varias universidades norteamericanas, se acercaba también al óbito en Castilla, aunque centrando su atención en el Madrid del siglo XVI y atendiendo más bien a testimonios de corte hagiográfico¹⁶².

B. El estudio de la mentalidad ante la muerte a través de cláusulas e inventarios en la historiografía española.

La historiografía sobre la muerte en España no ha sido recibida de manera unánime, ni ha estado exenta de críticas. En ocasiones se ha afirmado que quienes la abordan lo hacen únicamente en medios urbanos, sin acercarse a entornos rurales donde la realidad del óbito estuvo igualmente presente. Que lo hicieron y lo siguen realizando precisamente desde los testamentos, no atreviéndose a abordarlo desde otras fuentes ni perspectivas, y que éstos no tienen la suficiente representatividad porque solo una parte de la población tenía capacidad para testar porque quienes dejaban sus últimas voluntades por escrito eran las clases privilegiadas y en las ciudades, sobre todo a partir de la Baja Edad Media. Además, los segmentos cronológicos escogidos habrían sido

Huelva, 2002, pp. 373-380; *Los nobles ante la muerte en México. Actitudes, ceremonias y memoria (1750-1850)*, México, 2000.

¹⁵⁸ ARAÚJO, Ana Cristina: *A morte em Lisboa. Atitudes e representações, 1700-1830*, Lisboa, 1997.

¹⁵⁹ GUANCE BASUALDO, Ariel: *Muertes medievales, mentalidades medievales. Un estado de la cuestión sobre la historia de la muerte en la Edad Media*, Buenos Aires, 1989.

¹⁶⁰ ROYER DE CARDINAL, Susana: *Morir en España (Castilla. Baja Edad Media)*, Buenos Aires, 1989; "Tiempo de morir y tiempo de eternidad", *Cuadernos de historia de España*, 70 (1988), pp. 153-182.

¹⁶¹ MORENO FABARO, Carlos: "Reconstrucción de la realidad familiar de tres emigrantes de Río de la Plata fallecidos en Cádiz. El uso del testamento como fuente para la construcción de historias de vida", *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 23 (2011), pp. 249-260.

¹⁶² EIRE, Carlos M.N.: *From Madrid to Purgatory: The Art and Craft of Dying in Sixteenth Century Spain*, Cambridge, 1995; *A very brief history of Eternity*, Princeton, 2009.

cortos, por lo que los rasgos a exponer no contienen suficientes elementos de estabilidad. En ese sentido se expresaba en 1988 Madariaga Orbea, si bien pensamos que la abundancia de los estudios y las características expuestas de los mismos no permiten generalizar sus apreciaciones¹⁶³. Sobre todo en aquel momento historiográfico. Ya Arranz, dos años antes, se había manifestado rotundamente a favor de tratar la historia de la muerte como una cuestión de larga duración, sin dividir la historia en etapas ni periodos, planteando que en ningún momento el óbito fue considerado como algo radicalmente natural sin miedo ni dolor¹⁶⁴.

En 1982, Bennassar animó a no agotar únicamente en los testamentos el estudio entre las fuentes disponibles en las series notariales, señalando expresamente las posibilidades de las particiones protocolarias, lo que hoy conocemos como instrumentos de ratificación de los cuadernos particionales, y sobre todo los inventarios post-mortem¹⁶⁵. A este tipo de propuesta se sumaron historiadores como Aranda, con una sugerente apuesta metodológica para abordar la estructura y complejidad de esos elencos de bienes, dedicando amplia reflexión a los realizados *mortis causa*¹⁶⁶. En su presentación del inventario de un escribano jerezano en la frontera entre la Edad Media y la Moderna, Piqueras García los perfila como instrumentos descriptivos e identificativos de carácter notarial que enumeran bienes de distinta tipología, pertenecientes a persona, familia o institución. En nuestro estudio, interesan entre otros motivos por lo que revela la posesión de los bienes. Se configura como un acto jurídico de garantía, pero sobre todo como medio para conocer, en su integridad como legado y a través de las características de lo descrito, la mentalidad de su poseedor¹⁶⁷. Por eso conviene subrayar las notas características de todo buen inventario, como destacada

¹⁶³ MADARIAGA ORBEA, Juan José; “Thanatos en el archivo. Consideraciones sobre la investigación histórica de las actitudes ante la muerte”, en HUICI URMENEA, Vicente (coord.): *Las otra(s) historia(s) (Una reflexión sobre los métodos y los temas de la investigación histórica)*, Bergara, 1988, pp. 77-108.

¹⁶⁴ ARRANZ GUZMÁN, Ana: “La reflexión sobre la muerte en el medievo hispánico: ¿Continuidad o ruptura?”, *En la España medieval*, 8 (1986), pp. 109-124.

¹⁶⁵ BENNASSAR, Bartolomé: “Los inventarios post-mortem y la historia de las mentalidades”, en EIRAS ROEL, Antonio (coord.): *La documentación notarial y la historia. Actas del II Coloquio de metodología histórica aplicada, celebrado en la Universidad de Santiago de Compostela del 27 de septiembre al 1 de octubre de 1982, Vol II*, Santiago de Compostela, 1984, p. 140.

¹⁶⁶ ARANDA PÉREZ, Francisco José: “Prosopografía y particiones de bienes: una propuesta metodológica para el estudio de las oligarquías urbanas castellanas en la Edad Moderna”, *Cuadernos de historia moderna*, 12 (1991), pp. 259-276.

¹⁶⁷ PIQUERAS GARCÍA, María Belén: “Inventario de bienes de Juan Martínez, escribano público de Jerez de la Frontera en la primera mitad del siglo XV”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 40 (2013), pp. 303-326. Martínez, del que no se conserva testamento pero sí el inventario de sus bienes inmuebles, realizado a petición propia –y a su muerte, de sus herederos– en 1459, acumuló varios oficios como el de escribano del cabildo jerezano, alcalde ordinario, procurador y juez, práctica que la historiadora subraya como usual en la época a pesar de la prohibición de Juan II de Castilla.

Sobrado Correa, son que ha de ser exhaustivo, preciso, exacto, detallado. El autor, reivindica su riqueza como fuente notarial, privilegiada para conocer el cuadro de vida, precisamente a la hora de la muerte del testador; no por estar obligado a modular su grado de representatividad y fiabilidad dejan de ser para el historiador pilar representativo de la reconstrucción de la mentalidad del pasado¹⁶⁸.

Uno de los más fecundos estudiosos de últimas voluntades y subsiguientes inventarios, sobre todo en lo que a bibliotecas se refiere, ha sido Barrio Moya, que trata de situar los bienes en el contexto de la vida doméstica y la mentalidad de la época moderna, incluyendo aspectos como valoración de peritos, actitudes subyacentes a determinadas adjudicaciones y descripciones analíticas, lo que en el caso de los fondos manuscritos e impresos encuadrados conduce feliz y directamente hacia la historia cultural y del libro¹⁶⁹. A su aportación se suma haber puesto de relieve otra

¹⁶⁸ SOBRADO CORREA, Hortensio: “Los inventarios post-mortem como fuente privilegiada para el estudio de la historia de la cultura material de la Edad Moderna”, *Hispania. Revista de historia*, 215 (2003), pp. 825-862.

¹⁶⁹ BARRIO MOYA, José Luis: “Una importante biblioteca jurídica madrileña del siglo XVII: la del oidor don Luis Barahona Saravia (1689)”, *Anuario de historia del derecho español*, 77 (2007), pp. 481-506 (El estudio del inventario y tasación de la biblioteca de este oidor de la Chancillería de Valladolid, miembro del Consejo de Hacienda y caballero de Alcántara, que se componía de 885 tomos, entre los que había varios manuscritos, nos acerca a un protagonismo de los de contenido jurídico, aunque también aparecían libros religiosos, especialmente vidas de santos, poesía, novelas, historia, genealógicos y aficiones como la caza y venatoria); “El inventario de los bienes de Dionisio Sánchez Escobar, un batidor de oro palentino en el Madrid de Felipe V (1746)”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 76 (2005), pp. 509-517 (Originario de Paredes de Nava, la testamentaria del dorador permitió conocer que toda su colección pictórica, a excepción de un lienzo, era de temática religiosa); “La Biblioteca Jurídica de don Fernando Queipo de Llano y Valdés, Consejero de Carlos II en el Real de Órdenes (1677)”, *Anuario de historia del derecho español*, 75 (2005), pp. 683-702 (El artículo permite acercarnos a la mentalidad del jurista que participó en el órgano encargado del gobierno y administración de las tres órdenes de caballería castellanas: Santiago, Calatrava y Alcántara –no lo haría con la de Montesa hasta principios del siglo XVIII-. Fallecido el 30 de agosto de 1677, su viuda manda hacer el inventario y tasación de bienes, entre los que destacó la platería de uso doméstico, además de la colección pictórica, de más de cuarenta piezas, entre las que había numerosos paisajes, su coche y silla de manos o sus textiles y tapices. Sobre la biblioteca, de 447 tomos, el historiador señala que 65 de ellos se tasaron sin especificar títulos ni autores, siendo los restantes de temática jurídica y no destacando los de contenido religioso. El estudio subraya el prestigio de los tasadores, de los que se refieren otros trabajos en testamentarías coetáneas); “La testamentaria de D. Andrés Gómez de la Real, un maestro del arte de la seda palentino en el Madrid de Felipe IV y Carlos II (1682)”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 75 (2004), pp. 375-394 (La documentación sobre el maestro sedero permitió no solo cuantificar bienes como sus cuadros, sino acercarnos a su entorno personal a través de su mobiliario, herramientas de trabajo y, cómo no, el tipo de telas que conservaba en el ejercicio de su labor profesional); “La librería de don Juan Álvarez de Prado, procurador de los reales Consejos en tiempos de Carlos II (1700)”, *Anuario de historia del derecho español*, 73 (2003), pp. 537-543 (Fallecido en Madrid el 15 de febrero de 1700, sus testamentarios, el presbítero Andrés de Molino, y Lorenzo Amor, fueron encargados de realizar los inventarios y tasaciones, principalmente el de sus pinturas, de temática religiosa, y de los 63 tomos de su biblioteca, que en el documento original fueron clasificados por tamaño –folio, cuarto, dieciseisavo-, revelando, además de una mentalidad netamente jurídica, aficiones como la que le inclinó a incluir un libro de recetas del célebre cocinero de Felipe IV Francisco Martínez Montañón); “El inventario de bienes del hidalgo leonés don Andrés González de Bricianos, contador de los gastos secretos de Carlos II y Felipe V (1708)”, *Tierras de León. Revista de la Diputación Provincial*, 99 (1995), pp. 29-56 (Bricianos, nacido en Lillo, alcanzó el alto cargo en la maquinaria cortesana del último de los

documentación no siempre puesta en valor, como las propias partidas de defunciones, si bien poco frecuentes, cuando aparecen, a veces por obvias, poco analizadas, cuando arrojan interesantes nociones y terminología en torno a la historia de las mentalidades¹⁷⁰. Su ingente labor se une a la de otros historiadores como Utrilla, que confirma la utilidad del elenco libresco post mortem con un estudio del inventario de los títulos de Alfonso de Liñán, de diciembre de 1469, complementando su testamento y codicilo del año anterior. La relación de los 28 libros manuscritos, aunque no elevada sí sorprendente, pues el infanzón no pertenecía a la alta nobleza, revela en su opinión el peso de la cultura material y escrita en un traductor de clásicos. Para situarnos, supone testimonio y pilar para trazar una línea de la historia de las mentalidades ante la muerte

Austria. Partidario de la nueva dinastía, falleció el 18 de abril de 1708. Poseedor de numerosos bienes, como atestigua su testamento, realizado a través del poder concedido a su hijo, que ocuparía también el puesto de oficial mayor de la Contaduría de los gastos secretos, ya con Felipe V, su inventario revela especialmente la importancia de su pinacoteca y librería; “El Inventario de los Bienes de Doña María Francisca Dávila y Zúñiga, marquesa de Mirabel (1659)”, *Revista de estudios extremeños*, vol. XLIX, 3 (1993), pp. 603-626 (Hereditario del título concedido por Carlos V al señor de las villas extremeñas de Berantavilla y Alconchel y viuda del embajador de Felipe IV en París, Antonio Zúñiga, el estudio de los inventarios que acompañan a sus últimas voluntades atestigua la mentalidad nobiliaria cortesana y la fastuosidad que desplegaba la alta nobleza en el deseo de afirmar su rango en la España de mediados del XVII); “La librería de Don Antonio Álvarez de Castro, presidente de la Audiencia de Guadalajara (México) durante el reinado de Carlos II”, *Anuario de historia del derecho español*, 60 (1990), pp. 489-496 (Nacido entre 1610 y 1615, fue oidor en la Audiencia de Manila y presidente de la Audiencia de Guadalajara, en México. Nombrado consejero de Indias en 1676, otorgaría testamento a través de comisario, el presbítero Alfonso del Álamo, párroco de Ciempozuelos, Madrid, el 18 de mayo de 1680, falleciendo en la localidad cuatro días después. El historiador informa de la labor de las diferentes tasaciones de muebles, vestidos, tapices, pinturas –todas de temática religiosa– y la biblioteca, de carácter eminentemente jurídico); “La librería de don Felipe de Iturrucha Retes, abogado del secreto de la Inquisición de Valladolid”, *Anuario de historia del derecho español*, 57 (1987), pp. 609-616 (Iturrucha (Salmantón, Álava – Madrid, 15 de mayo de 1685), fue capellán mayor y teniente de limosnero mayor de Felipe IV. Al final de su vida, ya en tiempos de Carlos II, ocupó el cargo de visitador general de las casas reales y bosques. Además de desbrozar sus particulares peticiones de sepultura y misas, Barrio estudia la estructura de una biblioteca de 115 tomos, correspondientes a 93 títulos de ascética, mística, sermones, historia, biografías, poesía. Una cifra elevada para la época en quien compaginaba sus cargos en la corte y la Inquisición); “La librería de don Tomás de la Tajada, abogado de los Reales Consejos durante los reinados de Carlos II y Felipe V (1714)”, *Anuario de historia del derecho español*, 56 (1986), pp. 759-780 (El testamento e inventarios de bienes, en especial la biblioteca, del vizcaíno Tomás de la Tajada Quintana, otorgado el 13 de octubre de 1714, muestra su mentalidad, gustos y formación, como testimonio de quien pertenecía a la nobleza de toga. La temática de sus decenas de libros, no solo jurídicos, revelan para el historiador amplias inquietudes humanísticas).

¹⁷⁰ BARRIO MOYA, José Luis: “El caballero menorquín don Isidro Márquez, secretario de la Reina Mariana de Austria en el Despacho Universal. Testamento y muerte (1672)”, *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana. Revista d’estudis històrics*, 62 (2006), pp. 245-252. Nacido en Mahón y establecido en la Corte, en la que el autor presume que entró al servicio real por influencia familiar, Márquez otorgó testamento el 11 de enero de 1672, pidiendo ser enterrado en la iglesia del madrileño convento de san Bernardo. El historiador transcribe su partida de defunción, ocho días después de testar, que añade al identificar a sus testamentarios la expresión “todos oficiales de las covachuela”, nombre con el que se conocía la ubicación de las secretarías del Despacho Universal en las bóvedas del antiguo Alcázar de Madrid.

cinco años de que los Reyes Católicos fuesen proclamados reyes de Castilla¹⁷¹. Álvarez Márquez, caminando también por esa senda, confirmará ese valor de los inventarios para la conformación de la historia de las mentalidades a través de bibliotecas nobiliarias que, tras la muerte de sus propietarios, alcanzan de pronto un significado para sus herederos¹⁷², al igual que Rodríguez de Gracia¹⁷³, si bien sorprende por la hipótesis que plantea ante el problema de encontrar anotaciones de libros tachadas en la relación de libros del inventario post-mortem de un catedrático del estudio de Salamanca, en el último tercio del siglo XVII una autora como Gagliardi, relacionándolas con la necesidad de devolver eventuales préstamos a sus dueños o que los libros fuesen revisados por los censores del Santo Oficio, poniendo de relieve que la mentalidad ante la muerte no cesaba con el óbito ante el último objeto material de la residencia del fallecido¹⁷⁴. En las páginas de su análisis, también de la mentalidad, de un jurista catalán en el contexto de la Contrarreforma, en la primera mitad del siglo XVII, a

¹⁷¹ UTRILLA UTRILLA, Juan: “Una biblioteca nobiliar aragonesa de mediados del siglo XV: inventario de libros de Alfonso de Liñan (1468), señor de Cetina (Zaragoza)”, *Aragón en la Edad Media*, 7 (1987), pp. 177-198. Señor del castillo y villa de Cetina, en la ribera del Jalón, asistió a las cortes de Calatayud de 1461 por el brazo de caballeros o infanzones. El historiador intuye que por el uso de tratamiento “micer” en su inventario de bienes, y la existencia de volúmenes escritos en “toscano”, pudo tener contacto intelectual con Italia, incluso viajando allí.

¹⁷² ÁLVAREZ MÁRQUEZ, María del Carmen: “La biblioteca de Don Antonio Juan Luis de la Cerda, VII Duque de Medinaceli, en su palacio del Puerto de Santa María (1673)”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 15 (1988), pp. 251-390 (El inventario libresco fue realizado dos años después de su muerte, incluyendo 1.474 partidas, alguna de ellas, como indica la historiadora, refiriéndose por ejemplo a 37 tomos sobre concilios, lo que permite apreciar una mentalidad coleccionista, que apreciaba además las ediciones extranjeras); “La biblioteca de Don Fadrique Enríquez de Ribera, I Marqués de Tarifa (1532); *Historia. Instituciones. Documentos*, 13 (1986), pp. 1-40 (Nacido en Sevilla en 1476, caballero de Santiago y Adelantado de Andalucía, testó en Sevilla en mayo de 1535, falleciendo el 6 de noviembre de 1539. El inventario de su biblioteca, de 260 libros, es analizado por la historiadora en el contexto de su amistad con humanistas como Lucio Marineo Sículo, Juan de la Encina o Pedro Mártir de Anglería, de su peregrinación a Jerusalén entre 1518 y 1520 o con otras librerías nobiliarias de su época. Muchos de los libros fueron adquiridos en 1516 en Madrigalejo, en la almoneda posterior a la muerte de Fernando el Católico, del que el marqués era sobrino por su ascendencia Enríquez).

¹⁷³ RODRÍGUEZ DE GRACIA, Hilario: “El inventario post mortem del licenciado Gerónimo de Ceballos”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 22 (1988), p. 149-164. Importante arbitrista toledano del XVII, Ceballos fue capellán de la Capilla de los Reyes Nuevos de la catedral primada. Falleció el 22 de julio de 1644, a los 73 años de edad, habiendo testado una década antes.

¹⁷⁴ GAGLIARDI, Donatella: “La biblioteca de Bartolomé Barrientos, maestro de artes liberales”, *Studia Aurea. Revista de Literatura Española y Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro*, 1 (2007). Nacido en Granada hacia 1520 y fallecido en la ciudad del Tormes, donde había ejercido la mayor parte de su magisterio, a principios de 1576, Barrientos, había sido amigo humanistas como Juan Calvete de Estrella, que escribiría el relato del primer viaje de Felipe II a tierras europeas y sería nombrado cronista de Indias. Murió *ab intestato*, con una biblioteca de 440 títulos, además de sus propias obras, amplia para la condición de su propietario y época.

través también del inventario de sus posesiones librescas, Espino acredita diestro uso del método comparativo¹⁷⁵.

Sin duda uno de los estudios más exhaustivos es el que incluyó el vaciado y análisis de doscientos setenta y ocho inventarios con libros pertenecientes a mujeres del entorno de Valladolid entre 1529 y 1599, de Cátedra y Rojo¹⁷⁶, en el que destaca la contextualización de los volúmenes en el entorno femenino y en una ciudad que, antes de la capitalidad madrileña de la corte, tuvo un protagonismo cultural en la Castilla del siglo XVI. El volumen sugiere interesantes cuestiones para el debate, como sostener que “los testamentos y los inventarios son palabra de gente muerta, que no puede responder a todo aquello que se le ocurre al investigador, y las dudas planteadas por la historiografía en tantos sentidos difícilmente podrán ser resueltas” (p. 41). No obstante, los autores llegan a interesantes conclusiones subrayando el papel activo de las viudas en la vida de su tiempo, la posibilidad de alfabetización femenina o adulta, al menos para el acceso a los libros de horas –fundamental en el contexto de la mentalidad ante el óbito–, el patronazgo de algunas de las damas pertenecientes a la alta nobleza o la conservación de volúmenes escogidos como parte de herencias al fallecer los esposos. La obra es muestra clara de las posibilidades de éxito en el estudio de protocolos notariales no sólo para la historia del libro, sino para la de la mujer, vía subrayada como útil, también por Capel, para el Antiguo Régimen¹⁷⁷.

El estudio de testamento e inventario como documentos diferenciados no puede dejar de lado aquellas ocasiones en que el primero incluía un minucioso elenco de bienes, a modo de memorial adjunto, elaborado por el propio testador, que cumplía en buena parte las funciones del segundo, exceptuando las que cubría la fe de los escribanos públicos. Arellano Córdoba nos ofrece un ejemplo en el siglo XVIII, el de Sebastián de Medrano, en el marco de la familia de maestros del arte de la seda del

¹⁷⁵ ESPINO LÓPEZ, Antonio: “Las bibliotecas de juristas catalanes en la primera mitad del siglo XVII: el caso de don Narcís Garbí”, *Anuario de historia del derecho español*, 73 (2003), pp. 545-574. Abogado de pobres en la Real Audiencia de Barcelona, Garbí redactó su testamento en marzo de 1616, falleciendo poco después. A su muerte, su biblioteca se componía de 571 volúmenes, correspondientes a 443 títulos, de los que casi el 60 % eran de temática jurídica. El resto era un despliegue, como se nos refiere en el artículo, de inquietudes intelectuales, como se refleja en la variedad de procedencia de las ediciones, su lengua y antigüedad.

¹⁷⁶ CÁTEDRA GARCÍA, Pedro M., ROJO VEGA, Anastasio: *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI*, Salamanca, 2004. Más del 85% de los inventarios analizados son post-mortem, lo que permitió realizar un estudio de las colecciones en contexto testamentario.

¹⁷⁷ CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María: “Los protocolos notariales y la historia de la mujer en España en el Antiguo Régimen”, en GARCÍA-NIETO PARÍS, María del Carmen: *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX, Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, 1986, pp. 169-180.

mismo nombre, que al testar enumera los útiles necesarios para “prensar ropa de seda”, así como los “instrumentos y ainas para la prensa así de madera como de hierro y piedra” ¹⁷⁸. En la misma línea se inscribe la aportación de Contreras Raya con su aproximación a la mentalidad ante la muerte Juan de Fonseca y Guzmán, obispo de Guadix y Baza, que concluye su largo testamento con la sentencia “El Ynventario de todos los bienes muebles y semovientes de mi casa está en mi scritorio firmado de mi mano”. Difícilmente se podría oponer cualquier feligrés de la diócesis al documento ya preparado por el ordinario, que en el mismo testamento ha tenido que incluir extensas cláusulas explicando su posición ante el pleito por las pretensiones económicas de Diego Álvarez de Solórzano, sobrino de uno de sus predecesores. La gravedad de la situación obliga al obispo a informar en sus últimas voluntades de su viaje a Madrid para defender la causa ante el Consejo Real. Lamentablemente no tenemos noticia del contenido de aquella enumeración de bienes, sin duda realizada para descargo de un prelado preocupado por la situación que sobrevendría a su muerte, como también deduce el historiador de las mandas dedicadas a clarificar las capellanías de las que era beneficiario desde su estancia previa, durante más de tres décadas, en la contigua diócesis de Granada¹⁷⁹.

Un inventario puede proporcionar datos sobre la ubicación de los objetos y su distribución en las distintas estancias del testador, lo que ofrece pistas muy provechosas para averiguar en qué lugares de la que ha sido su residencia habían transcurrido las últimas etapas de su vida cotidiana o había fallecido. Es el caso del realizado sobre los bienes y el inmueble de un tendero mallorquín fallecido en el último tercio del siglo

¹⁷⁸ ARELLANO CÓRDOBA, Alicia: “Sebastián Medrano y Alvarado”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 27 (1991), pp. 93-107. Sebastián de Medrano y Alvarado falleció soltero el 20 de enero de 1723, habiendo testado en la misma ciudad el 31 de marzo de 1722. Tras su profesión de fe, solicita ser enterrado con hábito franciscano e identifica, en la parroquia toledana de san Lorenzo, su sepultura “que está en la nave de en medio, cerca de la tribuna, y tiene la losa quebrada”, Medrano reparte su hacienda y funda un vínculo y patronato sobre su casa y la de la prensa de seda, para el cumplimiento de misas rezadas en aniversarios, así como para cubrir el coste de la cera correspondiente a las cirios a encender durante las mismas, rosarios y, en determinadas festividades, ya desde el rezo de sus vísperas.

¹⁷⁹ CONTRERAS RAYA, Antonio: “Testamento del obispo Juan de Fonseca”, *Boletín del Centro de Estudios Pedro Suárez. Estudios sobre las comarcas de Guadix, Baza y Huéscar*, 9 (1996), pp. 25-38. Cátedro de artes y teología en la universidad de Granada y canónigo de su catedral, fue promovido por Felipe II como obispo de Guadix y Baza en 1594. Durante sus diez años de pontificado fundó el colegio y seminario de san Torcuato y el colegio de la Compañía de Jesús, en 1600. Otorgó testamento el 12 de septiembre de 1601, en el que se mostraba especialmente orgulloso de haber asistido a las dos últimas de las tres sesiones del Concilio de Trento, en 1551 y 1561, acompañando a su mentor, el arzobispo de Granada Pedro Guerrero.

XV, analizado por Segura y Barceló¹⁸⁰, que pueden abordar la casa y tienda de Pere Ylari no sólo desde una perspectiva comercial y económica, pues ambas ocupaban un mismo edificio, sino establecer al menos líneas generales del día a día de la actividad familiar. Más de dos siglos después, el realizado a la muerte en Roma del cardenal español Sáenz de Aguirre permite a Domínguez Rodríguez esbozar un panorama de la mentalidad ante el tránsito de un príncipe de la iglesia, en el marco de su corte cardenalicia, pues el detalle descriptivo del elenco no se limita a objetos, sino a su ubicación en las salas del palacio romano de su residencia y los miembros de su *familia* de acompañantes y servidumbre. En todo caso, se trata de una estructura de la fuente de carácter excepcional en la España de la Edad Moderna. A diferencia de los que hemos observado en una altísima proporción de la bibliografía en torno a testamentos de la época, el referido fue realizado por estancias o piezas en la residencia, no por tipo de objetos. Se abre por tanto la posibilidad, de enorme interés, por comprobar si en el futuro podríamos hablar de inventarios *a la española* en contraposición de inventarios *a la italiana*. Al menos durante los siglos XVII y XVIII. En el caso que nos ocupa, el análisis del elenco material motiva al autor a subrayar aparentes contradicciones que abrirían animado debate sobre el perfil del cardenal, a caballo entre quienes pensarán que respondió al esquema de brillante corte cardenalicia, de afectada apariencia mundana de la Roma de finales del setecientos, o los que apostasen por una vida discreta y cuidado retiro, más en la línea de otro prelado español, Salazar, que no participó de *divertimento* y *finezza*. Por un lado, no se aprecia gran diferencia decorativa o de valor de las piezas entre la frecuente fastuosidad de las salas principales y la sencillez de alcobas privadas propia de la época. Por otro, la presencia de un único instrumento musical, un clave, que en su inventario *post mortem* denomina clavicordio o “cymbalo aquí lo llaman”, término que el especialista en historia musical conoce bien, atestiguaría que en la residencia no se contaba con suficientes instrumentos como para ofrecer conciertos íntimos –al menos con instrumentos propios–, cuestión no menor en quien contaba con medios como para gozar de ellos en vida retirada. En todo caso, a su

¹⁸⁰ SEGURA BONNÍN, María Antònia, BARCELÒ I CRESPI, Maria: “Inventari del botoguer Pere Ylari (1465)”, *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana. Revista d’estudis històrics*, 69 (2013), pp. 289-310. El inventario se realiza en diciembre de 1465, a la muerte de la viuda del comerciante, a instancias de la hija de ambos, que se deduce menor de 25 años. Entre los indicios de ventajosa posición de la familia antes de la muerte de sus padres destaca el número de estancias descritas o el volumen de género almacenado.

muerte el cardenal recibió el honor musical de ser enterrado con misa cantada. Fue en la capilla de San Ildefonso, en la iglesia de San Giacomo de la nación española¹⁸¹.

El elenco de bienes de Pedro José de Salazar, realizado en 1724, tres años después de su muerte, servirá a Foncea para completar hipótesis en su informe sobre la casa-palacio a la que dio nombre su apellido desde principios del siglo XVIII. La abundancia de pintura y objetos religiosos, espejos, bufetes, tapices y arcas, denota la posición social del presidente del cabildo de beneficiados de la villa de Haro y otras localidades cercanas, zona riojana en auge. El estudio de su distribución interna permite establecer una teoría no sólo sobre cómo vivió sus últimos años el fallecido, sino sobre la evolución de la propia arquitectura del edificio¹⁸².

En un proceso paralelo, la documentación notarial en torno a la muerte de artistas permite un acercamiento a la historia del arte, contemplando siempre la Historia Moderna como etapa en la que la labor del creador no estaba desligada de otros oficios manuales de carácter artesanal, valorados en el entorno palatino, eclesial y urbano. Así Parrado del Olmo nos acerca a la documentación mortuoria del pintor palentino Juan de Villoldo, sobre todo en base a su testamento, de marzo de 1562, con interesantes conclusiones sobre el uso de los inventarios de la época y el inventario de sus bienes, retrasado oficialmente hasta once años después, que supone realizado privadamente con anterioridad y en armonía de su cónyuge, usufructuaria, y cuatro hijos¹⁸³. Sobre el testamento e inventario de los bienes de Pedro Ruiz de Cenzano, un dorador-pintor,

¹⁸¹ DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, José María: “El cardenal José Sáenz de Aguirre en el contexto cultural romano de finales del siglo XVII”, *Berceo*, 166 (2014), pp. 31-62. El prestigioso teólogo y prelado riojano (1630-1699), fue profesor en la universidad de Salamanca y prior de San Millán de la Cogolla. Creado cardenal por Inocencio XI en 1686, se trasladó a la Roma española al año siguiente, donde al poco tiempo le correspondió presidir las honras fúnebres del pontífice, fallecido en agosto de 1687, un mes después de recibir su capelo en consistorio secreto. Residió en la ciudad eterna hasta su fallecimiento y vivió las tensiones internacionales de la sucesión de Carlos II, que le encomendó impulsar en la Santa Sede la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. Sáenz de Aguirre vivió sucesivamente en el palacio del marqués Núñez, en otras dos residencias no identificadas con exactitud y, por fin, el palacio Mignanelli, en el enfrente de la embajada española, en el que transcurrió su último año y se realizaría su inventario, que recoge, entre otros detalles, 53 pinturas de tema religioso.

¹⁸² FONCEA LÓPEZ, Rosana: “La casa-palacio de los Salazar en Haro (La Rioja)”, *Berceo*, 142 (2002), pp. 7-38. Construido en la primera década del siglo XVIII, tras demoler una construcción anterior, el residencia de los Salazar se concibió con amplio zaguán central, oratorio y dos fachadas que conservaron elementos manieristas de mediados del siglo anterior. La historiadora plantea interesantes reflexiones, como la posibilidad de que el huerto en el solar anexo pasara a ser jardín, lo que entenderíamos propio de la evolución hacia las ideas ilustradas.

¹⁸³ PARRADO DEL OLMO, Jesús María: “Testamento y otros datos de Juan de Villoldo”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 42 (1979), pp. 134-152. El pintor mandaba ser enterrado en el monasterio de san Francisco en una tumba en la que ya figuraba su nombre, lo que para el historiador señala una consideración social ya superior a la de otros artistas coetáneos. Como nota peculiar, el ensayo subraya que el inventario no incluyó los útiles profesionales del testador, lo que se interpreta que pasaron a pertenecer a su hijo Luis de Villoldo, también pintor, al que pasaron como era costumbre sin que pasaran a incorporarse a la masa hereditaria.

escribieron Ramírez Martínez y Álvarez Pinedo. Aunque el estudio y transcripción de ambos se realice con el objetivo de subrayar la aportación del maestro al desarrollo del retablo en la zona de Logroño durante el Renacimiento, no dejaron de subrayar la importancia del prolijo inventario del artista, que incluye sus utensilios. Realizado tres meses después del fallecimiento, contempla incluso diferentes polvos térreos para colorar y su peso. Ante la muerte, todo aquello había de modularse con un testamento que recogía bien qué se debía al artista por obras impagadas y, lo que es más importante, el codicilo, otorgado el mismo día, dejaba a salvo los derechos de la viuda ante el poder concedido a su yerno, también maestro de retablos, para concluir el de la localidad riojana de Nalda, cuya mitad quedaba pendiente. El ensayo muestra también que en 1598 persistía la costumbre dejar dispuesta una ofrenda, “todos los domingos del año de mi fallecimiento lleben sobre mi sepultura tres quartales de pan y su oblación”, añejo ritual¹⁸⁴. Ramírez Martínez y Gutiérrez Pastor se limitaron a reproducir *la carta de testamento* del cantero Pedro de la Llama, de 1625, sin notas ni aparato crítico, en el marco de documentos sobre otros artistas del gremio de origen montañés, sin abordar el carácter formalista del testador a la hora de dejar, ante su tránsito, sus cuentas saldadas, así como su deseo de someterse a las costumbres mortuorias del lugar, ejemplo de uniformidad en la mentalidad ante la muerte de la que puede deducirse una serenidad en lo que denominaríamos creencias ordinarias¹⁸⁵. Quizá tal extensión haga que la aportación de González García sobre Roque Colmenero, platero orensano afincado en Salamanca, parezca exigua, pues su testamento ofrece tan pocos datos sobre su actividad artística que, si fuera por el documento, el historiador habría de constatar su oficio por su declaración de ser mayordomo de la cofradía de San Eloy, la propia del gremio en la ciudad¹⁸⁶. Una atractiva muestra de la contribución que desde la historia de las mentalidades y de la muerte puede realizarse a la del arte es la de Hervella, que

¹⁸⁴ RAMÍREZ MARTÍNEZ, José Manuel, ÁLVAREZ PINERO, Francisco Javier: “El pintor Pedro Ruiz de Cenozo”, *Berceo*, 101 (1981), pp. 3-18. El artista falleció el 7 de septiembre de 1598, tres días después de otorgar testamento y codicilo, y fue enterrado en la iglesia de san Bartolomé, en Logroño. El inventario de sus bienes se realizó el 16 de diciembre de aquel mismo año.

¹⁸⁵ RAMÍREZ MARTÍNEZ, José Manuel, GUTIÉRREZ PASTOR, Ismael: “Noticias sobre algunos canteros montañeses del siglo XVII en La Rioja”, *Berceo*, 104 (1983), pp. 7-48. Pedro de la Llama, vecino de Carriazo, testó en Logroño el 26 de septiembre de 1625, si bien los historiadores informan sobre un encargo que se le hizo dos años después, lo que demuestra que aún no había fallecido. Aunque enumera los detalles de su entierro, los deja al criterio de sus cabezaleros.

¹⁸⁶ GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: “Testamento del platero Roque Colmenero”, *Porta da aira. Revista de historia del arte orensano*, 5 (1992-1993), pp. 321-324. Nacido en la parroquia de san Bartolomé de Quiroganes, en la comarca de Verín, y afincado en Salamanca a finales del siglo XVII, donde en 1697 será nombrado mayordomo de su cofradía de san Eloy, falleció el 2 de febrero de 1745, después de más de cincuenta años de trabajo. Otorgó testamento mancomunado y recíproco con su mujer, María de Coca, el 15 de noviembre de 1736.

sistematizó en un acercamiento a nueve testamentos de otros tantos artistas que trabajaron principalmente en Galicia a caballo entre los siglos XVII y XVIII la actitud de aquellos creadores ante el tránsito. Además de identificar a sus otorgantes –dos pintores, un entallador, un cantero, dos escultores y cuatro canteros-, fechar su otorgamiento (entre 1601 y 1722) y informarnos de la identidad de sus herederos –con un triste caso de espera de hijo póstumo- y albaceas, el historiador profundiza en la mención expresa que cada testador hace de obra propia o tareas pendientes que le quedan por realizar. Con ello se nos sitúa ante indicios sólidos de una mentalidad de deseo de cumplimiento, de dejar ajustadas cuentas y deudas pendientes: “la encargué al Licenciado Beloso, para que la acabe de perfeccionar...”¹⁸⁷.

El sevillano Archivo General de Indias ofrece un panorama sugestivo en lo que a la muerte se refiere, además de la referencia al testamento de Indias, sobre el que hemos ofrecido amplia reflexión. Seguimos en la relación de mentalidad de óbito e historia del arte. Así lo puso de relieve López Gutiérrez en un acercamiento que prenuncia no sólo la importancia de los 11.737 expedientes de bienes de difuntos conservados, sino al constatar que muchos de ellos contienen además de testamento inventarios y procesos de almoneda posterior. Los ejemplos citados en el ensayo muestran amplio camino documental para acercarse a la mentalidad ante la muerte en el artista en amplia casuística: desde el inventario de materiales de trabajo de quien fallecía en plena travesía, que ofrece rica información sobre lo que se juzgaba necesario llevar consigo al cruzar el Atlántico, a lo poseído a miles de kilómetros en concepto de préstamo sin saberse a ciencia cierta si podría retornarse. En nuestra opinión, la identificación de los arjudicatarios tras un los proceso de almonedas indianas podría revelar también dobles mentalidades desprendimiento-apropiación en torno a la muerte a partir de estos expedientes, cuando los bienes, en el caso de artistas, han sido utilizados y poseían un valor de uso¹⁸⁸.

¹⁸⁷ HERVELLA VÁZQUEZ, José: “Para la Historia del arte de Ourense. Testamentos de artistas. Siglo XVII-XVIII, anotados”, *Porta da aira. Revista de historia del arte orensano*, 10 (2004), pp. 363-380. El estudio incluye los lugares de enterramiento deseados por los testadores, uno de ellos, es escultor Bartolomé Ares, en la propia catedral orensana.

¹⁸⁸ LÓPEZ GUTIÉRREZ, Antonio José: “Los expedientes de bienes de difuntos del Archivo General de Indias y su aportación a la historia del arte”, en ARANDA BERNAL, Ana María (dir.): *Barroco Iberoamericano. Territorio, arte, espacio y sociedad*, vol. I, Sevilla, 2001, pp. 107-121. El historiador pone de relieve el valor de los libros de registros de pasajeros de la Casa de Contratación de Sevilla, creada en 1503, a la hora de localizar el origen de españoles fallecidos abintestato en Indias, además de desarrollar el proceso en los juzgados de Bienes de Difuntos, un tipo de jurisdicción especial creada a mediados del siglo XVI con competencias para decidir sobre el destino de los bienes fallecidos al otro lado del Atlántico.

Es de justicia constatar que son pocos historiadores los que, disponiendo de toda la documentación de una testamentaria, habiendo encontrado en un mismo legajo testamento, inventario o memoria de bienes, balance económico de la almoneda de los mismos, cargos y descargos de la herencia y acta final de su ejecución, aprovechan el conjunto de las fuentes para trazar en profundidad un panorama biográfico pero también de mentalidad ante la muerte. Excepción nos ha parecido el trabajo de Pérez de Villarreal con el inquisidor de Aragón, en la primera mitad del siglo XVII, Blas de Alexandre de Lezaeta, sobre el que el que despliega, a partir de estos manuscritos, un interesante análisis sobre su personalidad, su voluntad como testador y las consecuencias de su mentalidad ante el óbito. Además de presentar un testamento prolijo en mandas y encargo de eucaristías en sufragio, así como la fundación de una capellanía en la iglesia de su localidad natal a la que asocia escuela de primeras letras con muy detalladas cláusulas que hicieran viable su pervivencia, el prelado muestra un especial sentido de la justicia al minorar el legado a uno de sus siete hermanos, al que declara haber beneficiado. El detenido estudio del inventario pone de relieve para el historiador una vida privada piadosa, cualidades personales, orden e independencia en el interior del complejo del Palacio de la Aljafería, en el que residía. Y las escrupulosas cuentas del balance de la almoneda, los bienes que quedaron sin vender, los cargos y descargos e incluso los “balances oscuros que no se suman porque no se ha podido saber el mal estado que esa cobranza ha de tener” denotan la exquisita elección de albaceas y ejecutores¹⁸⁹.

En todo el recorrido efectuado por la bibliografía de inventarios post mortem hemos hecho frente a una nota común: la práctica totalidad de los estudios se realizan individualizando a sus protagonistas de los mismos, estudiando uno o varios de un mismo personaje, sin sistematizar series notariales, comparando minuciosamente unos con otros. Podríamos decir así que se trata de una realidad historiográfica inversa a la de los testamentos, donde abundan los estudios conjuntos de carácter comparativo. Pocas excepciones hemos encontrado, como un trabajo de campo de Mediavilla sobre la

¹⁸⁹ PÉREZ DE VILLARREAL, Vidal: “Testamento de don Blas Alexandre de Lezaeta (1597-1647), *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 45 (1985), pp. 37-86. Lezarreta (Betelu, Navarra, 1597 – Zaragoza, 1647), estudió en el colegio universitario de San Bartolomé, en Salamanca, el que destinó un legado material en su testamento. Inquisidor Apostólico de Aragón, figuró entre los candidatos con los que Felipe IV contó para prior de Roncesvalles y el Arzobispado de Pamplona. Otorgó testamento el 3 de junio de 1643, con detallada previsión casuística sobre su lugar de sepultura si la muerte ocurría en Zaragoza, residencia habitual del Inquisidor Apostólico de Aragón (que tenía competencias en el reino de Navarra), Toledo o su localidad natal en Navarra. Entre sus últimas voluntades destacaban las casi 4.800 misas que encargó, repartidas en más de quince templos de más de diez localidades españolas.

comarca palentina de La Peña, realizado sobre 27 elencos de bienes entre 1683 y 1784, en el que se ve obligado a generalizar sin ahondar en el entorno social o profesión de sus poseedores, aplicando métodos cuantitativos y agrupando objetos en cinco epígrafes: mobiliario; ajuar de cocina; ropas de casa; prendas de vestir y varios, constatando el bajo nivel de vida en la zona¹⁹⁰.

Con todo, la historia de la muerte en el marco de la de las mentalidades no puede beber únicamente de las escrituras testamentarias o los inmediatos documentos de inventario y eventuales acuerdos. Como hemos visto, una de las preocupaciones más sobresalientes en las últimas voluntades venía siendo, desde la Alta Edad Media, el lugar de sepultura. Si primeramente la tumba se ubicaba indistintamente en despoblados, la reglamentación del tránsito por parte de la iglesia y el valor concedido a las reliquias de los santos, sobre todo a partir del Concilio de Trento, entre otros motivos, motivó una acumulación de sepulturas en el interior de los templos. La disposición de las mismas, siendo las más preciadas y costosas las ubicadas junto a los altares y capillas de aquellos canonizados de especial devoción, revela también la mentalidad el especial esfuerzo en la *carrera de salvación* por ocupar ventajosos “puestos de salida”. Por ello son útiles los documentos de compraventa o *cartas de entierro*, que atestiguan la adquisición de sepultura o lugar para su construcción, dotados de gran formalidad. A pesar de que no habérseles concedido especial relevancia en los ensayos sobre últimas voluntades y ser muy escasos los que, al menos, los reproducen como documentación complementaria, su enunciado puede poner de relieve, como hizo Arellano García en el estudio del testamento y codicilo del toledano Gaspar Sánchez Cota (1608 y 1611, respectivamente), una modificación sustantiva en la mentalidad ante el tránsito. Hablamos de un cambio del lugar de enterramiento, abandonando la inicial decisión de descansar en la capilla del monasterio del Carmen, junto a sus bisabuelos, los fundadores, abuelos e incluso su primera esposa e hijos ya fallecidos, para hacerlo en la construida en una capilla, adquirida en abril de 1611, poco antes del codicilo¹⁹¹.

¹⁹⁰ MEDIAVILLA DE LA GALA, Luis Manuel: “Equipamientos personales y domésticos de las familias en la comarca palentina de “La Peña” en los siglos XVII y XVIII”, *Revista de folklore*, 308 (2006), pp. 59-65. El artículo recoge curiosas costumbres de la zona que serían causa, en el caso de un inventario, de ausencia de ropa de varón difunto que fue cedida “a quién le amortajó”.

¹⁹¹ ARELLANO GARCÍA, Mario: “La familia Sánchez Cota”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 31 (1994), pp. 283-309. Descendiente de judíos conversos, Gaspar Sánchez Cota testa el 29 de agosto de 1608, incluyendo una especial cláusula: si falleciere a menos de quince leguas de Toledo, se le entierre en la sepultura adquirida. Si no fuese así, se le traslade a la misma al cabo de un año. Sin duda el testador contaba con preceptos legales y sanitarios.

En el mismo sentido, son especialmente ilustrativos los libros parroquiales y catedralicios, los obituarios de parroquias y templos, pues revelan cómo fueron administraron aquellos espacios limitados, parcelas de eternidad sobre las que se ha sostenido que tenían acceso únicamente las elites. En un largo ensayo previo y transcripción del obituario o “almocraz” de la iglesia de San Vicente Mártir (Toledo), entre 1734 y 1804, al finalizar la Edad Moderna, Abad Pérez puntualiza algunas cuestiones sobre ello. Son 62 folios numerados, a excepción de ocho en blanco, que antes de presentarnos 453 notas necrológicas constatando otras tantas inhumaciones en capillas y espacios bien identificados del templo, nos proporcionan abundantes claves de la evolución de la mentalidad mortuoria expresada entre sus muros. Exponen información sobre las capillas, sus títulos de propiedad, la sucesión de sus patronos y titularidad de los derechos, los lazos de parentesco. Incluso da noticia de la desaparición de alguna por la construcción de edificios colindantes para la universidad. Pero de especial interés es la frecuente información sobre si los sepultados lo fueron “con caja”, “sin caja”... porque la iglesia disponía de espacio para pobres fallecidos en el cercano hospital de Bálsamo. Decenas de ellas aparecen como tales en el elenco obituario, como una profesión más entre las cuatro docenas de las citadas que el historiador sistematiza en su análisis: procuradores, escribanos, boticarios, párrocos, canónigos, caballeros de Santiago, regidores, albañiles, amas, sacristanes, demandaderos... y “pobres de la parroquia”. La variedad es grande, como la especificidad de las causas de la muerte (“haberse ahogado en el Tajo el día anterior”, “se quedó muerto de un accidente junto a la capilla del Sagrario el día 17”), circunstancias personales (“viudo y después se ordenó”, “el Zurdo, soltero, de edad 90 años”), o la provisionalidad del depósito (“la que está así depositada hasta que se traslade a dicha ciudad” [Rioseco]). Un despliegue de situaciones ante la muerte que quedaron plasmadas en una fuente singular¹⁹².

Ciertamente, la sola presentación y transcripción de inventarios, como propone Mendióroz con los bienes de seis miembros de la aristocracia hispalense de la tercera década del XVIII –que coincide en parte con el denominado “Lustro real”, la estancia de Felipe V y su familia en Andalucía-, aporta datos pendientes de interpretación y en nuestra opinión pone de relieve el valor que se concedía a clarificar lo material ante la

¹⁹² ABAD PÉREZ, Antolín: “Un obituario del siglo XVIII: el almocraz de San Vicente Mártir, de Toledo, 1734-1804”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 22 (1988), pp. 67-114. El documento, encuadernado en pergamino y escrito por sucesivos amanuenses, como es lógico, contiene los asientos de dos ilustres fallecidos que recibieron sepultura en el templo: el pintor Manuel Salvador Maella, de 54 años, enterrado el 6 de marzo de 1778, y su progenitor, Mariano, “padre del pintor que vino a pintar el claustro de la santa iglesia”, en septiembre de 1775.

muerte, un pilar de la mentalidad del siglo¹⁹³. Naturalmente, cualquier inventario post-mortem invita a una valoración de la riqueza o de la ausencia de ella, como realizan Pereira y Rodríguez Cancho para el campesinado extremeño en la Edad Moderna, lo que a partir de la mentalidad ante la muerte conduce al ámbito de la historia económica¹⁹⁴. Junquera Rubio, dedicó un largo artículo a ejemplificar, con un caso leonés, la validez de los inventarios de bienes y la partición para mostrar las mentalidades ante la muerte y la herencia, centrando las cuestiones en las actitudes ante los problemas patrimoniales de una sociedad rural, donde eran frecuentes las transmisiones con documentos privados –hijuelas- y la equidad había de convivir con la dificultad, en muchas ocasiones, de mensurar lo que el difunto había poseído¹⁹⁵.

Cuando los estudios consisten en aproximaciones a un acto concreto de disposición de bienes como cuadros o esculturas, desde la cercanía a la muerte, que revela una valiosa realidad en el marco de la historia de las mentalidades, su interés se eleva exponencialmente, porque reconducen directamente a la historia del Arte: basten de ejemplos ensayos como los de Herráez Ortega, sobre cómo la muerte impulsa la construcción de una capilla en la catedral de Toledo casi en los albores de la Edad Moderna¹⁹⁶, o de Hernández Núñez, sobre la valiosa rejería de otro espacio sacro en la catedral de Córdoba¹⁹⁷. En paralelo plano, una testamentaria de Puente deume (A Coruña), a mediados del siglo XVII, motivó interesantes reflexiones en Daviña, al prever la eventual constitución de la cátedra de mayores de la localidad, finalmente creada gracias a los inventarios y cuentas, como quedó desglosado¹⁹⁸.

La amplitud en el estudio de documentos notariales benefició también la historia de la mujer en relación a la historia de la muerte, la religiosidad y otros aspectos de la de las mentalidades, con aportaciones como la de Córcoles. Al estudiar su situación

¹⁹³ MENDIÓROZ LACAMBRA, Ana María: “El Archivo de Protocolos como base para la elaboración de una historia de mentalidades: seis inventarios de bienes pertenecientes a la Nobleza sevillana (1721-1731)”, *Laboratorio de Arte*, 7 (1994), pp. 327-247.

¹⁹⁴ PEREIRA IGLESIAS, José Luis, RODRÍGUEZ CANCHO, Manuel: “Inventarios post-mortem y riqueza campesina en Extremadura: aproximación metodológica”, *Norba. Revista de arte, geografía e historia*, 4 (1983), pp. 351-360.

¹⁹⁵ JUNQUERA RUBIO, Carlos: “Los inventarios de bienes: documentos históricos que permiten reseñar el patrimonio para repartir la herencia entre los diversos herederos en la provincia de León”, *Tierras de León. Revista de la Diputación Provincial*, 101 (1997), pp. 19-44.

¹⁹⁶ HERRÁEZ ORTEGA, María Victoria: “La fundación y dotación de la capilla de San Pedro en la catedral de Toledo”, *Laboratorio de Arte*, 25 (2013), pp. 79-96.

¹⁹⁷ HERNÁNDEZ NÚÑEZ, Juan Carlos: “Don Fernando Carrillo, presidente de los Reales Consejos de Hacienda e India, su testamento, inventario de bienes y el contrato de rejería para su capilla en la Catedral de Córdoba”, *Laboratorio de Arte*, 16 (2003), pp. 427-442.

¹⁹⁸ DAVIÑA SÁINZ, Santiago: “Un traslado original del testamento de don Juan Beltrán de Anido”, *Cátedra. Revista eumesa de estudios*, 6 (1999), 187-210.

jurídica a través de protocolos notariales tomando como ejemplo el Albacete de fines del siglo XVI, la historiadora no dejará de lado el testamento como fuente, concluyendo en el paralelismo de su estructura al de los varones de la misma época y no hallando dificultades para disponer con libertad, al menos en los ejemplos analizados¹⁹⁹.

A partir de nuestra investigación sorprende, por tanto, que se haya acusado a la historia de la muerte de un excesivo apoyo en el testamento como fuente. Pensamos que no se trata de basar las aproximaciones al tema en una única, sino en que al ser creadas, muchas fuentes escritas no fueron pensadas para explicar lo que hoy les exigimos, haciendo imprescindible interpretar la mentalidad ante el óbito a partir de ellas. Podríamos plantearnos si los libros parroquiales, a los que nos hemos referido, especialmente los de difuntos, han sido suficientemente utilizados en la historiografía. Quizá buen ejemplo sea el acercamiento a la figura del maestro de retablos Mateo de Zabalia. Ramírez Martínez transcribe su testamento y le concede el protagonismo que merece, ya sólo por su extensión, a la hora de mostrar la mentalidad ante la muerte del artista oriundo de la localidad guipuzcoana de Azpeitia, que fallece en plena ejecución del conjunto del altar mayor de la iglesia logroñesa de Santiago el Real. La consignación, también en el ensayo, de su entierro, en el II Libro de Difuntos del templo, entre 1630 y 1699, nos sirve para confirmar que no todas las mandas sobre el sepelio fueron cumplidas, como la celebración de doce misas, aunque sí se le dijo una cantada con tres presbíteros con pontifical, expresamente recogida en sus últimas voluntades. El historiador constata una partida extensa, que consigna además del nombre, fecha y localidad de nacimiento, profesión, y que murió tras recibir los últimos sacramentos y hacer testamento²⁰⁰. Al comparar testamento y libro de difuntos, corremos el peligro, si lo hacemos sintéticamente, de afirmar que la diferencia estriba en la ausencia de datos de contenido netamente profesional o económico y la designación de heredero. Concluirlo supone olvidar que la utilidad de los libros de difuntos era en principio el control eclesial sobre el sepelio, no la disposición de los bienes.

En ocasiones, parece como si los cabildos catedralicios hubiesen tomado sobre sí la labor de demostrar que es posible hacerlo. Sus actas capitulares constituyen otro provechoso semillero de datos para descifrar la actitud ante el óbito, como constata

¹⁹⁹ CÓRCOLES JIMÉNEZ, María del Pilar: “Aspectos de la situación jurídica de la mujer en el Antiguo Régimen a través del estudio de los protocolos notariales: algunos ejemplos de la Villa de Albacete a fines del siglo XVI”, *Al-Basit. Revista de estudios albacetenses*, 42 (1999), pp. 61-101.

²⁰⁰ RAMÍREZ MARTÍNEZ, José Manuel: “Notas sobre Mateo de Zabalia, arquitecto de retablos”, *Berceo*, 99 (1980), pp. 101-110.

Martín López en un ensayo dedicado a aspectos epigráficos sepulcrales. La catedral de León, como recuerda la autora, conserva documentos de reuniones de su capítulo desde 1376, conteniendo disposiciones indicando que los sepulcros han de estar identificados, lo que supuso la preparación de leyendas que, en no pocos casos, tardaron décadas en ser labradas o pintadas. Además, las actas contenían los deseos de los fallecidos por determinado lugar de enterramiento, con mayor cercanía a altares de significación en el interior del templo, así como mandas pías de los miembros del cabildo, que curiosamente en su casi totalidad no dejaban escrito su epitafio²⁰¹. En el mismo sentido, Azpeitia subrayó la importancia de los libros de aniversarios en un ensayo referido a los conservados en la catedral de Salamanca, situando la conmemoración de la muerte y el sufragio encomendado al cabildo entre los libros registro que la comunidad eclesiástica había de tener presente en su vida ordinaria, en la que había de tenerse presente las misas que debían celebrarse a favor de fallecidos concretos. El ensayo es toda una muestra de la capacidad de documentos de este tipo de *competir* con el testamento como fuente, al menos en lo que a eclesiásticos se refiere²⁰². No obstante, los archivos diocesanos españoles no dejan de proporcionar documentos de trabajo a quienes desea penetrar en la mentalidad de los testadores ante el hecho innegable del tránsito. Viola presentó las claves del testamento de un canónigo de la Seu Vella de Lleida al comienzo de la Edad Moderna, si bien confunde términos al indicar que Miquel de Gilabert funda una capellanía, cuando lo que crea con su herencia es una capilla –espacio de culto–, al ordenar la construcción de un altar bajo la advocación de la Virgen del Pilar en el mismo templo, siendo capellanía la dotación de fondos necesarios para la celebración de eucaristías, responsos u horas litúrgicas por parte de presbíteros o religiosos adscritos a la misma²⁰³.

Podría presentarse como una paradoja que los legajos procedentes de conventos desamortizados nos condujesen, desde la historia de la mentalidad ante la muerte, a la

²⁰¹ MARTÍN LÓPEZ, María Encarnación: “El documento como fuente para la epigrafía”, en MORÁN SUÁREZ, María Antonia, RODRÍGUEZ LÓPEZ, María del Carmen: *La documentación para la investigación: homenaje a José Antonio Martín Fuentes*, vol. I, León, 2002, pp. 261-384.

²⁰² AZPEITIA MARTÍN, María: “El libro de los aniversarios de la Catedral de Salamanca”, *Salamanca. Revista de Estudios*, 55 (2007), pp. 107-146. La historiadora reflexiona sobre la evolución y convivencia de varios tipos de libros catedralicios de carácter funerario: desde los martirologios, que señalaban las festividades litúrgicas en honor de los santos, a los necrologios, que recogerían las fechas de muerte de los miembros de la comunidad o personas especialmente vinculadas y los obituarios, con abundancia de datos, que alojan lo referido a legados piadosos y mandas testamentarias, fundaciones y aniversarios en los templos.

²⁰³ VIOLA I GONZÁLEZ, Ramiro: “Un testament canonical (16 d’agost de 1561)”, *Analecta sacra tarraconensa. Revista de ciències historicoeclesiàstiques*, 71 (1998), pp. 907-920.

historia económica. Siendo así y teniendo en cuenta que la amplitud de la materia excede al objetivo del presente estudio, conviene dejar apuntado que, al margen de la presencia de no pocos inventarios en los que los bienes cuentan con cuantificaciones asociadas en los estudios ya mencionados, la huella de últimas voluntades que beneficiaron a monasterios en forma de actos jurídicos con repercusión económica es abundante. En un temprano estudio de Layna Serrano sobre conventos riojanos, dirigido aparentemente a avatares históricos de monasterios cuya huella documental fue agrupada tras los procesos desamortizadores en el Archivo Histórico Nacional, hemos encontrado abundantes menciones y reflexiones sobre legajos y libros de cuentas con mandas pías que se concretaron en capellanías y aniversarios con sustento en juros. Sin hacer alusión a fuentes de sostenimiento económico de origen no testamentario, de los ocho conventos y templos estudiados, solo en un caso el historiador no refiere noticia alguna de documentación en torno a últimas voluntades de la que pueda inferirse que las comunidad recibiera beneficios de testadores, sin que ello signifique que no la conserve. En las siete restantes, la abundancia de legados es asombrosa: “dejó a la comunidad por capital en usufructo y propiedad un censo de 51.353 reales de vellón”, “dejó una renta anual de 490 ducados sobre dos juros”, incluso con presencia de confirmaciones regias de privilegios de juros, dada la naturaleza del recurso concedido por la corona sobre una renta pública²⁰⁴.

Palacios y Pérez Calvo dieron un paso más. Sin negar la importancia de la serie notarial como fuente, pusieron en valor la ordenanza municipal con un sugestivo estudio sobre las de Bilbao en torno a la muerte en los albores de la Edad Moderna, hallando notables datos en torno los cortejos fúnebres, las demostraciones de dolor –el denominado planto– así como la voluntad de moderar, por parte de las autoridades municipales, los frecuentes dispendios en torno a la ceremonia de enterramiento y las misas de cabo de año –aniversario anual–, lo que amplía significativamente el campo de

²⁰⁴ LAYNA SERRANO, Francisco: “Noticias documentales sobre antiguos conventos de Logroño”, *Berceo*, 1 (1946), pp. 9-58. El estudio contiene referencia del testamento de un religioso jerónimo de El Escorial, fray Juan de Rueda y Herrera, natural de Logroño, que antes de profesar en 1637 otorgó últimas voluntades ante el escribano de Sevilla Jerónimo Reinoso. Gracias a ello los Carmelitas Descalzos recibieron 15.000 ducados, que hicieron posible edificar gran parte de su convento. El historiador informa que el testamento pedía que al morir le hicieran los mismos sufragios que a cualquier otro religioso, fundando una memoria de cuatro misas rezadas semanales, a ocho reales cada una.

estudio sobre la mentalidad en torno al óbito y la necesidad de regulación en alguno de sus aspectos externos, vinculados a lo que hoy denominaríamos orden público²⁰⁵.

Las posibilidades no quedaron agotadas. En sociedades como las de los reinos españoles de la Baja Edad Media y principios de la Moderna, las bulas de difuntos alcanzaban un valor real en el contexto religioso de la carrera por la salvación. Recibir de la propia Santa Sede garantías de indulgencia a la hora del tránsito, vinculadas a contribuir al sostenimiento de obras de especial interés en la asistencia médica y social, revela un pilar no menor de la mentalidad espiritual de las gentes, analizado en estudios como los de Ibisate²⁰⁶ o Martín Abad²⁰⁷.

En realidad, las objeciones a contemplar la muerte desde la historia de las mentalidades fueron crítica, pensamos que una crítica abierta, a la historia de las mentalidades. Había comenzado un intento de vaciar la razón de ser de esta manera y método de entender, de acercarse a la historia. Se afirmaba que con ella se abandonaba la base social del pasado, se perdía pie. Historiadores como Dosse sostuvieron que multiplicaba los objetivos de estudio, perspectivas, enfoques, puntos de vista, imposibilitando la síntesis²⁰⁸. Se afirmó que la historia de las mentalidades no hacía posible una historia social de carácter general. En España, Juliá sostuvo que se había sustituido el proyecto de una historia total “por una entregada a las exigencias y mandatos del mercado”²⁰⁹, firme aseveración cuando la mayor parte de los estudios a los que nos hemos referido no habían sido aún publicados y el desarrollo de la corriente se consideraba no consolidado. Como contraste, no faltaron investigadores, como Roda Hernández, que al aproximarse a las fuentes en esta materia estimaban, apenas dos años

²⁰⁵ PALACIOS MARTÍNEZ, Roberto, PÉREZ CALVO, Jorge: “Morir en Bilbao (siglos XV-XVI): un estudio de las actitudes ante la muerte a través de las Ordenanzas”, *Vasconia. Cuadernos de historia-geografía*, 36 (2009), pp. 85-100.

²⁰⁶ IBISATE LOZARES, Ángel: “Una bula de difuntos a favor del hospital de Sancti Spiritus de San Adrián, impresa a principios del siglo XVI”, *Sancho el sabio. Revista de cultura e investigación vasca*, 12 (2000), pp. 221-230. La bula, data hacia 1518, al asociar el hospital del puerto de montaña guipuzcoano de San Adrián al de Sancti Spiritu en Roma, concedía indulgencia aplicable a fieles difuntos a quienes entregasen limosnas.

²⁰⁷ MARTÍN ABAD, Julián: “Bula desconocida en favor de las iglesias y el hospital de Bermeo tras el incendio de 1504”, *Sancho el sabio. Revista de cultura e investigación vasca*, 3 (1993), pp. 303-308. El fuego tuvo lugar el 13 de diciembre de aquél año, suceso tras el cual el papa Julio II, a instancias de Fernando el Católico, habría concedido indulgencias para el momento de la muerte a quienes contribuyesen a la reconstrucción de iglesias como la de Nuestra Señora de la Asunción de la Atalaya, en Bermeo, entonces perteneciente a la diócesis de Calahorra.

²⁰⁸ DOSSE, François: *L'histoire en miettes. Des “Annales” à la “nouvelle” histoire*, Paris, 1987; *La historia en migajas. De “Anales” a la “nueva historia”*, Valencia, 1989.

²⁰⁹ JULIÁ DÍAZ, Santos: “El historiador escéptico”, en AZCONA PASTOR, José Manuel, *Debates por una historia viva*, Bilbao, 1990, p. 26.

después, que la corriente estaba “empezando a tomar carta de naturaleza, muy lentamente”²¹⁰.

Sostenemos que muchos de los ensayos citados demuestran que es posible atender los aspectos sociales, políticos, económicos, artísticos, desde una perspectiva de mentalidad, de sentido personal y a la vez comunitario. La realidad individual y social de la muerte se ha contemplado desde visiones pluridisciplinarias. Pensamos que la historia de las mentalidades está viva, y que uno de sus pilares, la historia que de la perspectiva que el hombre ha tenido ante la muerte, continúa siendo objeto del interés de los historiadores.

Ya solo en materia de fuentes testamentarias hemos descubierto la utilidad de la perspectiva de la mentalidad en relación a otras disciplinas, tanto abriéndose a ellas para ofrecer su rico panorama ante el tránsito, como acudiendo a sus técnicas y coordinadas, en doble vía, para encauzar proyectos comunes, unificando criterios para enriquecer dinámicas en la búsqueda de la verdad de un pasado siempre aleccionador. Hablamos de la historia de la religiosidad, del arte. Historia cultural, del libro, de la música o la arquitectura, de la economía. La historia de las mentalidades, nos atrevemos a afirmar, vendría a sugerir, sin sobresaltos, que la historia cumple mucho mejor su función viajando acompañada. Esta es la actualidad de la historia de la muerte, su empleo integral e integrado para conocer la vida, para situarla en un contexto plural. Así lo manifiestan recientes estudios, que emplean indistintamente testamentos, inventarios pos-mortem, ventas, censos...

Un último ejemplo mostrará el abanico de posibilidades que sigue ofreciendo el uso de la variedad de fuentes. Si para trazar la biografía de su antepasado, el médico y astrónomo Pedro Gómez de Almodóvar, López Vilar revisa libros sacramentales, halla el testamento de la madre de este, de 1621, y pone en valor la sucesión *ab intestato* que tras la muerte del personaje motivó el formidable inventario de una de las mejores bibliotecas científicas del siglo XVII, la convivencia de su análisis con el de escrituras de censo o contratos de préstamo pone de relieve la preocupación del fallecido por el bienestar de su descendencia²¹¹.

²¹⁰ RODA HERNÁNDEZ, Francisco: “Consideraciones y fuentes para un estudio de la actitudes ante la muerte. Navarra 1700-1815”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 59 (1992), p. 86. El autor reivindica la validez de la historia de las mentalidades como una historia integradora, que “pretende dejar hablar a las masas anónimas de otras épocas”.

²¹¹ LÓPEZ VILAR, Jordi: “Dr. Pedro Gómez de Almodóvar (1601-1667). Médico, matemático y astrónomo hellinense”, *Al-Basit. Revista de estudios albacetenses*, 58 (2013), pp. 197-214. El estudio se acerca a la figura de Gomez del galeno, desde los libros sacramentales de las localidades de su vida, Hellín y

La variedad de fuentes consultadas, la interconexión en los datos, las reflexiones desde amplias perspectivas son hoy la nota característica en la historiografía sobre la muerte, sobre su mentalidad ante el hecho del óbito, tanto como acontecimiento cronológico como conjunto situación personal ante el que han de tomarse subjetivas actitudes.

Chinchilla, testamento de su madre (1621); compra de una casa en Higuera (1665) o su inesperada muerte ab intestato e inventario post mortem (1667).

Primera parte

MUERTE DEL REY, MUERTE EN PALACIO

Capítulo 1

EL REY TAMBIÉN MUERE

La muerte de un monarca es un hecho histórico de tal relevancia que en numerosas ocasiones da fin a épocas o periodos en el devenir de los pueblos. Durante la Edad Moderna, que el rey sea plenamente consciente de que su muerte también es un acontecimiento de primer orden no resta un ápice a la vivencia del óbito como un hecho biológico, como algo personal, vivido con mentalidad propia, única, exclusiva. Por eso nos parece excesivo afirmar que la narración de la muerte regia²¹² “como enfermedad, muerte, entierro y exequias, casi carece de significado individual”. Precisamente porque el monarca experimenta el final de su vida, y generalmente ha presenciado, aunque sea desde una posición dinástica, ceremonial, expectante, el final del reinado anterior, la vivencia de su momento postrero es un hito personalísimo, y salvo contadas excepciones intentará proyectar en él, entendemos, su propia idea de la majestad con la que ha reinado. Cláusulas de humildad en testamentos, recogimientos finales, conversaciones u órdenes no nos hacen olvidar que su entierro será el de un soberano, cuyo reinado pasa, por el mero hecho de serlo, lujosamente encuadrado en paño mortuario a la biblioteca de la Historia. La muerte personal del monarca del siglo XVI al XVIII, o la de miembros de la real familia, no es una muerte de hogar, de despedidas en voz baja, No puede serlo. Es óbito-símbolo, un designio aceptado con vocación de permanencia en el recuerdo de los súbditos. El rey tendrá que serlo también de su propia muerte, y aparece como tal en el imaginario colectivo, en el testamento, en las crónicas. Todos estos aspectos conviven con el tránsito como reflejo de la propia vida, como acta de tensiones y desigualdades, de aspiraciones o desencantos, con un importante componente social y religioso, que aun formando parte de una esfera personal, íntima, repercutirá en la comunidad circundante, como recogerán las fuentes. Será difícil encontrar testimonios de fallecimientos de monarcas que no sean edificantes. Los habrá entre sufrimiento o aflicción, pero todo ello en un contexto de dominio de sí mismo en el momento supremo del tránsito.

²¹² VARELA TORTAJADA, Javier: *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*, Madrid, 1990, p. 13.

En muchas ocasiones parece ser la propia muerte la que se acerca al monarca. Pidiendo permiso, es el óbito quien adquiere adjetivos ante el rey: muerte cercana, muerte vivida, muerte sufrida o soportada... Cada una de las expresiones abre fecundas vías de investigación. Esa muerte sufrida nos lleva a datos estadísticos verdaderamente simbólicos: entre 1504 y 1833, fallecieron casi treinta monarcas *propietarios* españoles y sus respectivos consortes, de los que solo dos murieron y fueron sepultados fuera de nuestras fronteras. Y aunque fuera así, María Tudor -segunda consorte de Felipe II- y Luisa Isabel de Orleáns -esposa de Luis I-, recibieron el preceptivo aparato regio y cortesanos funerales en Madrid y otras capitales de los reinos de la monarquía. Eso significa que en España, durante la Edad Moderna, hubo funerales por un rey o su consorte cada diez años, corto intervalo, al que hay que sumar la muerte casi continua de infantes, sobre todo de escasa edad y en determinados reinados, lo que aumenta la frecuencia significativamente. A estos datos cualitativos sumamos que el funeral tenía lugar no solo en la corte, sino en muchas otras villas y ciudades, que en principio no escatimaba en gastos en recuerdo de las regio difunto. Hablamos así de la muerte expuesta, de la muerte como símbolo, como recurso de creación de imagen dinástica, proyección hacia la historia, de un auténtico discurso sobre la muerte.

1.1. Un lugar donde morir.

Carlos II fue el último monarca español que falleció en el antiguo Alcázar de Madrid. Su muerte tuvo lugar en la noche del primero de noviembre de 1700, en una de las estancias que formaban el primitivo salón de grandes, muy cerca del extremo suroccidental del complejo palacial. La observación de los planos de la residencia permite comprobar que la pieza fue el resultado de la construcción de tabiques sin excesiva opción a la ventilación procedente del exterior, por lo que no debe extrañar su pronta desaparición en la primera reforma que Felipe V ordenó realizar sobre la galería principal del palacio, que supuso el regreso a un salón de grandes diáfano, más acorde con el nuevo modelo de distribución rectilínea y axial de los espacios cortesanos. Cuando un incendio devastó el Alcázar en la Nochebuena de 1734, hacia varios años que los soberanos habían dejado de habitarlo físicamente, y precisamente continuaban eternas reformas en su interior²¹³.

²¹³ BLASCO ESQUIVIAS, Beatriz: "El Madrid de Filippo Juvarra y las alternativas locales a su proyecto para Palacio Real", en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid,

Es el Alcázar punto de partida porque con frecuencia nos referimos a la muerte del monarca, en sentido genérico, como un suceso concreto en tiempo, pero etéreo en el espacio. Como en todo hecho histórico luctuoso, no bastan Cronos y Tánatos. El rey necesita un lugar para morir, digno con su condición regia. El soberano ya no fallece en el campo de batalla ni en una residencia provisional fruto de su nómada deambular por los reinos, sino en la corte, que se configura como auténtico escenario del hecho luctuoso. La Edad Moderna lo fue también para nuevos modos de óbito: la muerte en el lecho, supremo decorado para inicio de la eternidad. Hemos hablado de Carlos II, pues su muerte simboliza un cambio de dinastía, de época. Muere, como sus antecesores y sucesores, en palacio, pero con determinados condicionantes espaciales y psicológicos²¹⁴: el rey se despidе de un lugar estático, con vocación de permanencia, para que su imagen quede, de alguna manera, vinculada a ese mismo espacio, aunque su cuerpo sea trasladado con toda ceremonia a un sepulcro.

Dos siglos antes, el 26 de noviembre de 1504, Isabel la Católica fallecía en las casas palaciales de Medina del Campo. No en el castillo de la Mota, como hubo de aclarar Llanos y Torriglia en base a documentos posteriores de las autoridades de la localidad²¹⁵ y confirmó González Sánchez con cédulas de pago, que muestran obras de adaptación como residencia regia, aquel mismo año, con el fin de que la soberana, ya enferma, gozase de mayor comodidad²¹⁶. La reina anunciaba por carta desde Segovia, el 15 de noviembre de 1503, su próxima llegada a la ciudad. Fernando el Católico se habría unido a su esposa un mes después, el 20 de diciembre, mientras la heredera doña Juana residía en la torre del homenaje del cercano castillo, que abandonaría para

1994, p. 54. El Alcázar de los Austria fue, como escenario cortesano, uno de los espacios más cambiantes de la Historia de España. Continuas reformas que no cuajaban en los reinados siguientes, cambios de ubicación y uso, incendios o derribos convirtieron al edificio en un palacio de aluvión, auténtico amalgama de estilos y conceptos arquitectónicos.

²¹⁴ De esos condicionantes tenemos ya huella en la definición más antigua escrita que conservamos de la Corte como lugar físico y ente ceremonial: “Corte es llamado el lugar do es el rey y sus vasallos y sus oficiales con él, que le han cotidianamente de aconsejar y servir, y los otros del reino que se llegan allí, o por honra de él, o por alcanzar derecho o por hacer recabar las otras cosas que han de ver con él. Y tomó este nombre de una palabra de latín que dicen cohors, que muestra tanto ayuntamiento de campañas, cuando allí se allegan todos aquellos que han de honrar y guardar al rey y al reino. Y otrosí tiene el nombre en latín curia” (*Ley de las Siete Partidas*, Partida II, IX, 27, ed. Real Academia de la Historia, vol. II, Madrid, 1972, pp. 82-83).

²¹⁵ LLANOS Y TORRIGLIA, Félix de: “Isabel la Católica no murió en la Mota”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 111 (1942), pp. 201-216.

²¹⁶ GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Vidal: *El Testamento de Isabel la Católica y otras consideraciones en torno a su muerte*, Valladolid, 2001, p. 73. El historiador sostiene que, debido a esas reformas, residieron en el castillo de la Mota entre el 28 de noviembre de 1503 y el 1 de marzo de 1504. La documentación de pago del monumento del Jueves Santo en la capilla mayor de las Casas palaciales, el 25 de marzo de marzo de 1504, demostraría que en esa fecha estaban ya instalados en el denominado “palacio testamentario”.

reunirse con su consorte, el archiduque Felipe de Austria, dejando a su hijo, Fernando, con menos de un año de edad, al cuidado de sus abuelos²¹⁷.

No se ha podido determinar con exactitud en qué estancia de las que formaron las habitaciones privadas del lugar en el que pasó sus últimos meses tuvo lugar el óbito, si bien Domínguez Casas propone la crujía Suroeste de su primer patio, junto al comienzo del corredor que conducía a la huerta, suponiendo incluso que pudo existir en aquella zona un mirador desde donde “descansar la vista a los jardines”, rodeados de tapias que debieron garantizar la tranquilidad de la soberana²¹⁸. Ese aposento estaría situado en el primer pequeño patio del recinto interior. Apunta a que al fondo de la antecámara, que pudo contar con cuatro ventanas, en la puerta, lucirían claramente las “Y” y “F” de los monarcas. Y que la alcoba regia contaba con dos ventanas corredizas con marcos encerados, así como un pasadizo de madera hacia la capilla.

Suárez Fernández subraya que Medina del Campo fue la primera residencia oficial que se otorgó a Isabel en su calidad de princesa de Asturias, lo que no habría sido casual como sede escogida para el último tramo de su existencia²¹⁹. El especialista en los Reyes Católicos sostiene que aunque no figuraba como dote ni legado en el testamento de Juan II, la obligación que este contenía de dotarla siempre de rentas y señoríos acordes a su condición justificaron que, cuando fue liberada de la custodia a la que estaba sujeta en el Alcázar de Segovia, en 1467, Medina le fuera vinculada y solicitase viajar a una ciudad alegre por el bullicio de las ferias. Ahora tocaba morir, en la que no había dejado de ser “su” Medina del Campo.

Nos preguntamos si una vez que la previsión de que el monarca no saldrá vivo de un palacio o fortaleza se hace notoria, esta condiciona un cambio del lecho o de la pieza en la que transcurre la enfermedad. No tenemos noticia de ello en el caso de Felipe el Hermoso, cuya muerte en la Casa del Cordón, en Burgos, el 25 de septiembre de 1506, es buena muestra de hecho luctuoso acaecido en tiempos en que la corte era

²¹⁷ En su epístola ordenaba a su tesorero, Ochoa de Landa, que pagase al contino Pedro de Malpaso, alcaide de la Casa del Bosque de Segovia, una cantidad para obras en “la Sala de mis Casas de la Villa de Medina del Campo” (DOMÍNGUEZ CASAS, Rafael: “La casa real de Medina del Campo (Valladolid), residencia de los Reyes Católicos”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 78 (1994), p. 324). Esta versión contradice la de Vidal, que afirma que los Reyes estaban ya juntos en Medina.

²¹⁸ *Ibidem*, p. 320. La residencia regia, en ocasiones mal llamado palacio real, había sido muy utilizada por los monarcas. Allí había nacido el padre de Fernando el Católico, Juan II de Aragón, el 29 de junio de 1397. No podemos afirmar si Isabel la Católica fallecería en la misma estancia en la que vino al mundo su suegro.

²¹⁹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: “La muerte de la reina Isabel según el pintor Rosales”, en ANES ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo (dir.): *Isabel la Católica y el Arte*, Madrid, 2006, p. 207.

aun itinerante. Fue allí porque Felipe I decidió aposentarse en la residencia del Condestable de Castilla, una de las más dignas de la época en la capital del Arlanza²²⁰.

En ninguno de los reinados que venimos analizando –monarcas y consortes de la Edad Moderna en nuestro país- tenemos noticia de que fuese así. El monarca muere en la alcoba en la que duerme, o en la pieza que se dispuso para alojarle cuando llegó al edificio en el que agoniza. Aunque sea una sencilla casa que le acoge en el camino, como el óbito de Fernando el Católico, entre las dos y la tres de la madrugada del 23 de enero de 1516. Tras haber pasado la Navidad en Trujillo (Cáceres), el monarca se dirigía a Andalucía vía Guadalupe, cuando su grave estado aconsejó parar en esa casa que la comunidad de monjes del monasterio jerónimo de aquella villa poseía en la entonces aldea de Madrigalejo, en un alto que domina el río Rucas, donde ya había pernoctado en dos ocasiones anteriores al hacer la ruta²²¹. Y allí otorgó testamento y murió. En el lugar pernoctaría también, de paso hacia Lisboa para reclamar el trono portugués, Felipe II, en 1580, cuya cámara y alcoba en el monasterio de san Lorenzo de El Escorial es probablemente el lugar del fallecimiento de un monarca más visitado de nuestra historia, desde su muerte en 1598. Las habitaciones del Rey se configuran en las crónicas y obras posteriores como auténticos actores en el drama del edificante óbito filipino, en septiembre de aquel año.

Varios reinados después, como acabamos de ver, Carlos II agoniza en una oscura pieza interior del Alcázar madrileño. Ya no parecía importar tanto el escenario, sino el hecho en sí, del que quedaría huella cronológica pero no espacial, como sabemos, a consecuencia del incendio que acabó con el símbolo de toda una época.

Son muchos más los ejemplos: Fernando VI murió el 10 de agosto de 1759 en el castillo de Villaviciosa de Odón, una fortaleza del siglo XVI que había sido adquirida en 1739 por su hermano de padre el infante Felipe, futuro duque de Parma, que se

²²⁰ Se sugirió a sus propietarios desplazarse a su casa en el campo, fuera de la ciudad. PÉREZ-BUSTAMANTE, Rogelio, CALDERÓN ORTEGA, José Manuel: *Felipe I. 1506*, Palencia, 1995. Bernardino Fernández de Velasco y Mendoza (1454-1512), III conde de Haro y I duque de Frías, condestable de Castilla desde 1472, estaba casado con Juana de Aragón, hija natural de Fernando el Católico. Sanz sostiene que Felipe el Hermoso quería que la reina Juana estuviera separada de su hermana de padre para alejarla de alguien en quien pudiese confiar (SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA, Nicomedes: *Doña Juana I de Castilla. La reina que enloqueció de amor*, Zaragoza, 1939, p. 172). Es difícil precisar si el estado mental de la soberana hacía ya necesaria esa separación. Otras muchas veces los nobles habían abandonado sus residencias para uso de monarcas, y seguirían haciéndolo durante siglos.

²²¹ CALDERÓN, Emilio: *El rey ha muerto (Cómo y de qué murieron los reyes de España, desde Fernando el Católico hasta Alfonso XIII)*, Madrid, 1991, p. 13. La casa pertenecía al monasterio de Guadalupe desde 1388, constando de dos grupos de edificaciones y ocupando la propiedad, según el autor, una hectárea y media.

convirtió en su propietario al estar este incluido en el lote del estado de Chinchón²²². Aunque hay dudas sobre quién tomó la decisión de que el rey se retirase al sitio, a donde llegó el mismo día de la muerte de su consorte, contamos con mucha documentación sobre las obras de acondicionamiento del cuarto real, cuya decoración fue cambiada con decenas de pinturas y otras obras de arte traída de reales sitios. La decisión provocó inevitables problemas de infraestructura y alojamiento para la corte²²³. La pieza dormitorio del rey contaba con un oratorio portátil, como recuerda Navascués en el análisis del real sitio, que seguimos en nuestra exposición. La identificación de la pieza en la que falleció el soberano se mantuvo hasta 1936, por medio de una inscripción en la puerta de una reducida alcoba, que desapareció a consecuencia del saqueo del edificio, tras la que se colocó otra en uno de los despachos de la planta principal²²⁴. A través de las crónicas sabemos que el cuerpo del rey, introducido en una caja de plomo con tapa de cristal, introducida a su vez en otra de madera, fue llevado al denominado salón grande, donde se había dispuesto una cama imperial con rico dosel, bajo el que se colocó el féretro, si bien desconocemos desde qué pieza salió el féretro.

Una amplia estancia del que se llamó Palacio Nuevo vio morir a Carlos III. El primer monarca que residió en el edificio que sustituyó al Alcázar falleció mirando al sur, a pocos metros del actual salón del trono. Su nieto, Fernando VII, ordenaría en pleno siglo XIX la redecoración del histórico dormitorio, a base del azul celeste del manto de los caballeros de la Real Orden de Carlos III, sin que hoy aparezca en el lugar epigrafía alguna que recuerde el acontecimiento a los miles de visitantes que recorren los llamados salones oficiales, o a los invitados a las recepciones y cenas de gala que atraviesan la estancia, tras saludar a los reyes, camino del comedor principal. Si hoy una estancia mortuoria puede mostrarse con orgullo, hace siglos el lugar de un óbito pasado aunque cercano era evitado con frecuencia por los propios miembros de una familia real. En 1548 el futuro Felipe II va a Alcalá de Henares a buscar a sus hermanas, las

²²² NAVASCUÉS PALACIO, Pedro: “Villaviciosa, la última morada”, en *Fernando VI y Bárbara de Braganza, 1746-1759. Un reinado bajo el signo de la Paz*, Madrid, 2002, p. 381. Al partir hacia Italia, el Infante delegó en su hermano don Luis la administración de edificio y sus alrededores. Se tienen noticias, como señala el autor, de visitas de Fernando VI en 1739 y 1749.

²²³ El propio Navascués duda de que fuese el monarca quien dispusiera su lugar de retiro, apuntando la posibilidad de que fuera el infante don Luis o el duque de Alba, como mayordomo mayor del soberano. Creemos más bien en la primera opción, siendo el Infante el propietario entonces del sitio escogido. No olvidemos que durante los casi doce meses de la estancia, el hermanastro de Fernando VI envió constantemente noticias sobre la salud de su hermano a la reina viuda Isabel de Farnesio, que pronto comprendió la imposibilidad de que el hijo de Felipe V fuese a contraer segundas nupcias. En todo caso, podemos hablar de control por parte del Infante, que acompañó a su hermanastro en su último año.

²²⁴ *Ibidem*, p. 384. El pasaje pone de relieve el escaso rigor en la conservación de una estancia que merecía otra puesta en valor para visitantes e historiadores.

infantas María y Juana y las acompaña a Valladolid, para la boda de la primera con su primo, el archiduque Maximiliano, con objeto de que ambos quedasen como gobernadores en ausencia del príncipe de Asturias, que iba a viajar a Flandes. No se alojaron en las casas de Francisco de los Cobos, porque allí había fallecido María Manuela de Portugal²²⁵. Fueron a las del conde de Benavente, que sirvieron temporalmente como residencia regia en la ciudad. El peso del recuerdo era grande.

Los monarcas también fallecen fuera de palacio, si bien el tránsito no deja de ser ejemplar. El óbito puede llegar de viaje, o en un lugar apartado. Como hemos visto, Fernando el Católico fallecería en un lugar mucho menos principesco:

“caminando desde Plasencia a Sevilla, falleció en el Mesón de un pequeño Lugar (diminutivo hasta en el nombre de Madrigalejo) en 22 de Enero del 1516”²²⁶.

La licencia literaria del autor pretende claramente velar la supuesta indignidad del lugar de la muerte de tan preclaro monarca, última de las muestras que hemos expuesto de la variedad espacial mortuoria en la Edad Moderna²²⁷.

Es difícil definir unas características comunes para el entorno decorativo de la estancia o pieza en la que fallecieron la mayoría de los soberanos españoles entre los siglos XVI y XVIII, pues distintos fueron los alcázares, palacios o residencias reales, como hemos visto, en los que fallecieron. Las paredes de las alcobas o habitaciones postreras, sobre todo al comienzo en las residencias de los Trastámara y Austria, estaban preferentemente recubiertas de tapices con figuras, los paños historiados. En no pocos casos perduraban pinturas murales, pero el tapiz, además de proporcionar

²²⁵ SANTA CRUZ, Alonso de: *Crónica del emperador Carlos V*, vol. V, p. 210.

²²⁶ FLÓREZ, P. Enrique: *Memorias de las reinas católicas, Historia Genealogica de la Casa Real de Castilla, y de León, Todos los Infantes: trages de las Reynas en Estampas; y nuevo aspectos de la Historia de España*, Madrid, 1761 (ed. Junta de Castilla y León, Valladolid, 2002), t. II, p. 845 (en adelante: FLÓREZ: *Memorias*) En todo caso y en buena lógica, algunos monarcas ofrecen en sus biografías significativos ejemplos de óbito inesperado, al menos en cuanto al lugar. Algo así podríamos predicar, como hemos visto, del propio Fernando VI, que falleció en un inusual sitio real, el castillo de Villaviciosa.

²²⁷ Aunque no corresponda al presente estudio mostrar el óbito de soberanos europeos, el caso de Ana de Austria (Valladolid, 1601 - París, 1666), hija de Felipe III y reina consorte de Francia por su matrimonio con Luis XIII, es especialmente ejemplar en lo que a la instrumentalización de un lugar para la muerte regia se refiere. Aquejada de cáncer de pecho se retiró al convento a Val-de-Grâce, donde deseaba acabar sus días en el recogimiento y la oración. La prolongación de su dura enfermedad, contra todo pronóstico, prolongaba las visitas de sus hijos, Luis XIV y Felipe, duque de Orleáns, que acabaron ordenando su traslado al palacio del Louvre, donde fue sometida a atroces curas en sus últimas semanas, en presencia de la Familia Real, los médicos y la servidumbre. Ana de Austria dio muestras de una serenidad ejemplar que fue recogida por los historiadores (CRAVERI, Benedetta: *Amantes y Reinas*, Madrid, 2006, p. 168).

sensación de calor en los meses de invierno, podía ser retirado, enrollado y conservado en verano para dar paso a muro encalado, en el que se fijaban cuadros de las no menos ricas colecciones privadas de los monarcas. Los palacios contaron, desde el reinado de Isabel la Católica, con ricas tapicerías flamencas de Arras, Brujas y Bruselas, que fueron ubicadas salas, galerías, capillas y alcobas²²⁸. Las sargas contaban con la especial ventaja de la posibilidad de viajar con la corte itinerante.

Justi da noticia de las principales piezas artísticas que adornaban el dormitorio de Felipe IV en el Alcázar de Madrid, a tenor el inventario de 1636, un documento clave para conocer su disposición interior²²⁹. Si la decoración no se modificó, el monarca habría fallecido, el 17 de septiembre de 1665 ante importantes lienzos, vinculados la imagen dinástica, un decorado vivo lleno del sentido de herencia de la dignidad soberana que había vivido un gran protector de las Artes. Los mismos antepasados y coetáneos que durante años habían velado sueños cotidianos lo harían en su paso al definitivo: *Encuentro de Rodolfo de Habsburgo con el sacerdote* (de Rubens); *La Fe bajo la protección de España* (Tiziano), procedente de El Pardo; *El Emperador y su mujer*; la *Infanta Isabel Clara Eugenia*; la *Reina doña Isabel*; *María de Inglaterra* (de Moro); *Felipe III*, y una *Alegoría* (de Justus Tiles); su propio retrato y el de su hermano en sus años juveniles, y un *Baco* de Velázquez.

Un somero recorrido por los objetos que poblaban las cámaras en las que tenían lugar los regios óbitos o se hacían presentes en el momento de la tristeza proporciona sugestivos indicios del carácter religioso de la muerte regia en la Edad Moderna. Cada uno de ellos cuenta con gran simbolismo a la hora de la muerte. Crucifijos, cirios o velas, lienzos o tablas de devoción... Aunque son especialmente significativos los libros para bien morir –ars moriendi–, género acogido con pasión también por los soberanos.

En las crónicas de las muertes de los monarcas, sobre todo en las de los siglos XVI y XVII, no faltan las referencias al crucifijo. No se trata de alusiones genéricas a la representación de Cristo en la cruz, sino a una pieza individualizada que tuvo junto a sí Carlos V y conservaron para el momento del tránsito todos los monarcas Austria españoles que le sucedieron. Prueba documental encontraremos en el testamento de

²²⁸ JUSTI, Carl: *Velázquez y su siglo*, Madrid, 2000, p. 157. A la muerte de Carlos II figuraban en los inventarios reales noventa y tres números correspondientes a tapices, si bien muchos de ellos se referían a una serie.

²²⁹ *Ibidem*, p. 507. En todo caso, la decoración pictórica del Alcázar sufrió modificaciones por la construcción y enriquecimiento de otros reales sitios, como la redefinición del programa iconográfico del palacio de El Pardo, durante el reinado de Felipe III, o la construcción del Buen Retiro.

Felipe IV²³⁰ o, como atestigua Fray Bernardino de Madrid, en Carlos II, que continuó también con la tradición de sus mayores²³¹. Wheatcroft afirma que el mismo crucifijo fue sostenido por Isabel de Portugal, al fallecer en Toledo el 1 de mayo de 1539²³². No es extraño que los monarcas viajasen con el, como pieza simbólica de especial devoción. Así, Orso afirma que Felipe IV se desplazaba a todas partes con el en su equipaje²³³. En todo caso, tenemos prueba de que lo llevó consigo durante la jornada de Aragón en 1646, pues su hijo, don Baltasar Carlos, lo tuvo entre sus manos al morir en la capital del Ebro. Tras haber recibido los sacramentos de la penitencia y comunión, don Luis de Haro se habría dirigido a la Cámara del Rey para solicitar la llave del Guardajoyas, donde permanecía, para llevarlo a la estancia del moribundo. El dato avala el extraordinario valor que se concedía a la pieza, no ya por la antigüedad del objeto, sino por haber estado presente en varios momentos históricos.

La iconografía de la muerte regia nos ha legado también una presencia que no podemos dejar de mencionar, la de cirios, velas, candiles y las tipologías de iluminación que ofrece la Edad Moderna. Hemos de destacar tres áreas de estudio de la repercusión, por utilidad y simbología, de la luz de la velas en el óbito. Por un lado, la de la cámara regia en la que tiene lugar el tránsito, frecuentemente empleada por artistas en la representación de la vida que se apaga o la concentración de fuerza y espiritual y moral para el último viaje del moribundo. En un segundo ámbito, que será objeto de especial análisis en su correspondiente epígrafe, la suministrada por el oficio de cerería, fundamental en el ceremonial funerario regio en el interior de palacio, para la capilla ardiente y, como veremos detenidamente, en la basílica del monasterio de El Escorial. Por último, aunque no por ello menos amplio, constataremos la importancia de la iluminación en la articulación del sistema de exequias regias en las ciudades de la

²³⁰ Así reza la cláusula 19 del Testamento de Felipe IV (ed. Madrid, 1982): “El Emperador, mi bisabuelo, tuvo un Santo Crucifijo de indulgencias particulares con que murió, y quee dejó señalado para el mismo acto a mi abuelo, que también murió con él en las manos, y lo propio hizo mi padre. Yo fío en su Divina Misericordia que ha de permitirme lo mismo, y siguiendo ejemplares tan piadosos, mando en particular el dicho Crucifijo al Príncipe mi hijo o al que me sucediere en la Corona, deseando que todos sus sucesores continúen esta devoción”.

²³¹ MADRID, Bernardino de: *Oración fúnebre en las reales exequias que a nuestro rey difunto católico monarca Don Carlos II... consagró la Villa de Madrid en el Convento de Santo Domingo el Real el 17 de diciembre de 1700*.

²³² WHEATCROFT, Andrew: *Los Habsburgo. La personificación del imperio*, Barcelona, 1996, p. 162.

²³³ ORSO, Stephen: *Art and death at the Spanish Habsburg Court. The Royal Exequies for Philip IV*, Columbia, 1989, p. 14, cit. en ALONSO DE LA HIGUERA, Gloria: “El ceremonial de la muerte en la Monarquía Hispánica. El Príncipe Don Baltasar Carlos de Austria (1629-1646)” en SERRANO MARTÍN, Eliseo (coord.): *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de jóvenes investigadores en Historia Moderna*, Zaragoza, 2013, p. 591). Alonso lo denomina Cristo de la Expiración, “protagonista en la muerte de los miembros de la familia real hispana”, fundamentándolo en *Etiqueta General de Palacio*, AGP, Histórica, Caja 53.

monarquía, que necesariamente habrá de ser breve dada la amplitud del tema y, ante su notable contribución a la imagen visual del homenaje artístico en los túmulos, deseamos ampliar en futuras investigaciones.

1.2. Cómo se muere. La conciencia del propio óbito en la real familia.

En nuestro estudio abordaremos de una manera cronológica numerosas referencias a la manera en que los soberanos y sus familiares, cuyos restos descansan en los panteones de san Lorenzo de El Escorial, afrontaron la muerte. Lo haremos en lo referido a las cámaras como sistema de representación de la imagen dinástica. Corresponde ahora preguntarnos de si la mentalidad ante la muerte que se tuvo en la residencia regia en la Edad Moderna, su actitud personal, su conciencia de propio óbito, respondió a los parámetros generales de religiosidad, usos o costumbres de la sociedad en la que vivían sus súbitos.

Adecuado pórtico puede resultar el texto con el que un tratadista religioso, queriendo adentrarse en el misterio del tránsito, describe a principios del siglo XVII distintas maneras de enfrentarse a la muerte:

“(…) la primera, de los que han tenido larga enfermedad, y mueren hablando sin grandes dolores, como los éticos; la segunda, los que mueren con grandes dolores; la tercera, los que mueren de súbito; la cuarta, los que mueren por la justicia; la quinta, los que mueren en las guerras; la sexta, los que ya están muriendo con los ojos quebrados sin ver, pero tienen oydo, y sentido, con que entienden lo que se les dice, o aunque vean, no pueden hablar. Finalmente, los que están ya agonizando, y sin ningún sentido, los ojos quebrados, el pecho levantado...”²³⁴.

Otros escritores habían opuesto una noción de buena muerte, es decir, serena, en medio de “consolación, doctrina, consejo y compañía” con la muerte arrebatada o “mala muerte”, en soledad, por accidente o guerra, ahogamiento, etc. Es indudable que no todos los miembros de las familias reales fueron conscientes, ni en el mismo grado, de la cercanía de su fin. A diferencia de la actualidad, en que permanece abierto el debate sobre el derecho de todo ser humano a ser informado del proceso irreversible del término de la vida, podemos afirmar que la mayoría sí, contando con testimonios

²³⁴ GRACIÁN DE LA MADRE DE DIOS, P. Jerónimo: “Arte de bien morir”, en *Obras*, Madrid, 1616, p. 435, cit. en MARTÍNEZ GIL, Fernando: *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Cuenca, 2000, p. 48.

directos de ello distintos a la dicción literal de los propios testamentos. Fueron los casos de Isabel la Católica o Felipe II, como muestran los testamentos en su parte más íntima, que analizaremos.

La práctica totalidad de los miembros de la real familia fallecieron de lo que hemos descrito como muerte que se denominaba *natural*, incluso los que participaban al tiempo de su óbito en sucesos bélicos como don Juan de Austria, muerto en Namur durante la campaña de Flandes, en 1578, pero de enfermedad. Podría parecer que la sangre regia era garantía de semejante óbito, pero encontramos llamativas excepciones, como Felipe V. A las dos del mediodía del 9 de julio de 1746, Felipe V fallecía de forma inesperada, repentina. Fue natural, pero no pacífica:

“Estando los Reyes en la cama cuando ya era cerca de las 2 de la tarde con poca diferencia estaba el Rey en su cuarto y la Reina registrando unos abanicos, pero a este tiempo dijo el Rey, “no sé que me da”, a lo que la Reina respondió, “escupa”. Respondió el Rey: “Yo me muero, llamen a mi confesor”. Esta expresión sobresaltó a la Reina y con el mismo sobresalto saliendo a la puerta del cuarto en voz alta dijo: “El Rey se muere”. Al oír esto el ayuda de cámara don Nicolás Arnou entró dentro, y acudiendo con la Reina, en los brazos de ambos se tendió. Después el Rey se puso las manos a la garganta con lo que dio muestras de tener allí alguna pena, y realmente debió de ser aquella acción por alguna opresión de garganta que le afligía. De lo cual se puede creer que algún flato le sofocaba y le sofocó, porque no pudo hablar palabra. Estando en este conflicto entró el Príncipe de Asturias, el cual acudía al socorro de su amado padre, y este entonces dio un esperezo, que fue la última acción o movimiento vital. Aconteció que este accidente duró como cosa de 7 minutos, y entrando el Confesor de la Reina, Don Antonio Miloni, le apretó la mano y le absolvió condicionalmente. También entraron luego el Conde de Montijo, mayordomo mayor de la Reina y su caballerizo mayor Duque de Sesa, los cuales viendo que el Rey había expirado, el uno retiró a la Reina y el otro al Príncipe, cada cual a su respectivo cuarto”²³⁵.

Del carácter fidedigno del testimonio parecen pruebas bastantes detalles como la identificación del ayuda de cámara o la alusión a la propia absolución *subconditione*, información descarnada para referirse a un óbito regio aún a mediados del siglo XVIII.

²³⁵ NOAILLES, Duque de: *Mémoires politiques et militaires pour servir à l'histoire de Louis XIV et de Louis XV*, París, 1777, pp. 176-188, cit. en PÉREZ SAMPER, María Ángeles: *Isabel de Farnesio*, Barcelona, 2003, p. 243. Adriano Mauricio de Noailles (París, 1678 – París, 1766), hijo del primer mariscal del mismo nombre. Había sido distinguido con la Grandeza de España por Felipe V por su participación en la batalla de Villaviciosa. Estaba casado con una sobrina de Madame de Maintenon, favorita de Luis XV. Fue enviado como embajador del monarca francés a Madrid, y ya en abril de 1746, tres meses antes de la muerte de Felipe V, había comprobado el deterioro físico del rey.

Mas problemático nos resulta aceptar que la reina fuese retirada a “su cuarto”, cuando los biógrafos de Isabel de Farnesio, comenzado por la propia Pérez Samper, insisten en recordar que Felipe V e Isabel de Farnesio compartían estancias. Nos vemos obligados a admitir que la expresión se refiere a que la reina fue acompañada a otra pieza o salón por el mayordomo mayor. La importancia de la fuente reside en el relato de las circunstancias. Un tránsito inesperado, sobresaltado, alejado de los lejanos cánones del *ars moriendi* cultivados por los Austria. Un caso difuso, una muerte tras años de proceso de *melancolía*, que razonablemente arroja dudas sobre la seguridad de una conciencia propia del tránsito. Distinto incluso al fin singular de Juana I, del que coexisten referencias a una recuperación de facultades al dejar el mundo²³⁶.

Sin embargo, Montero y Alós reserva a Isabel de Farnesio una muerte edificante. En la oración fúnebre que le dedica, ensalzará una muerte resignada, virtuosa, cristiana. La que se esperaba de la regia consorte de una monarquía católica:

“(…) le habían de dar los Santos Sacramentos de la Iglesia los que recibió con tal resignación, serenidad de ánimo y valerosa constancia, que dejó admirados y confusos a todos los presentes; afligiéndola únicamente el no poder postrarse, para que con mayor veneración y acato recibiera a la Soberana Majestad de Cristo Sacramentado, sentimiento que no es de admirar en la que estaba acostumbrada a bajar de la carroza y acompañarle a pie sin reparar en polvos ni en lodos cuantas veces lo encontraba por las calles”²³⁷.

Era indudablemente edificante una muerte regia tras agonía de prolongado testimonio de fe y aceptación del óbito, en todos los sentidos. En el religioso, porque la enfermedad proporcionaba mayor preparación espiritual para el moribundo, suponía ocasión de ejemplo cercano para toda la corte, que asistía al acontecimiento humano, y ejemplo lejano para el pueblo, que lo contemplaba como acontecimiento histórico del que apenas unas pocas filtraciones edificaban la religiosidad popular y construían una suerte de leyenda religiosa sobre el postrado, que también contribuía –y no poco- a la solidez de la imagen dinástica que la monarquía de España. Una buena muerte se

²³⁶ AGS, Estado, 109, 263, *Carta de Francisco de Borja a Carlos V*, 17 de mayo de 1555, cit. en ARAM, Bethany: *La reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*, Madrid, 2001, p. 270. El que fuera duque de Gandía acudió a Tordesillas y refirió al emperador los últimos momentos de su madre.

²³⁷ MONTERO Y ALÓS, Fr. Joseph Gregorio de: *Oración fúnebre que en las solemnes exequias y funeral con que la fidelísima ciudad de Barcelona honró la amable y venerable memoria de la Augustísima Señora Doña Isabel de Farnesio, Duquesa de Parma y Reina de las España (que Dios haya), madre del Augustísimo Señor Don Carlos II nuestro muy amado monarca (que Dios guarde), dixo en la Iglesia Cathedral de Barcelona, estando presentes el M. Ilustre Ayuntamiento, el día 27 de setiembre de 1766*, Barcelona, 1766, p. 17.

consideraba como una gracia concedida, algo no elegible; parece que así fueron –o así fueron construidas las crónicas, para pasar a la historia- los óbitos de los monarcas españoles y sus hijos.

La Edad Moderna coincide con la época de transición del *memento mori* al *ars moriendi*, del “recuerda que has de morir”, que cifra más la importancia del momento puntual de la muerte, al “vive como te gustaría morir”. Los predicadores de la corte insistían: vivir bien para morir bien, sea muerte arrebatada o natural, en campo de batalla o en espacios escénicos de lecho y fuego, tan sugerentes para los lienzos de pedagógica estética. La buena muerte aparece incluso en retratos de infantas, adornadas con coronas de flores que parecen brotar del mismo féretro, con las manos asidas placidamente.

Los monarcas emplearon tratados de ese arte de bien morir. Los tuvieron en sus bibliotecas. El interés sobre la muerte había tenido un efecto literario casi automático desde la Alta Edad Media, como muestra la abundancia de obras sobre el tema en distintos géneros: *dezires contra el mundo*; *defunciones*, endechas, elegías y coplas por la muerte de algún personaje; *tratados consolatorios*; epitafios; *confesiones rimadas*; *lamentos*; *trunfos* o los propios testamentos²³⁸. En todos ellos, la transitoriedad de la vida es nota común que invita al ascetismo. Estos *ars moriendi* o, como denomina Adeva, *ars bene moriendi*, se dirigían a ellos, como a toda la nobleza cortesana o al clero que leía su contenido y lo difundía²³⁹.

No puede entenderse la pervivencia de los tratados en la Edad Moderna, también en palacio, sin entender el contexto en que estas composiciones literarias comenzaron a redactarse. A mediados del siglo XIV, las epidemias, entre ellas la de la peste negra que en torno a 1350 diezmo la población europea, no había dado tiempo a dar asistencia espiritual a los moribundos. La guerra de los Cien Años tampoco hacía de los campos de batalla un lugar propenso a la preparación al tránsito. El Cisma de Avignon constituía todo un signo de contradicción en la cumbre de una Iglesia que había comenzado a propugnar con intensidad la idea de una buena muerte, de la muerte ejemplar, como medio y signo de que se superaba la muerte física para alcanzar la vida

²³⁸ MORRÁS RUIZ-FALCÓ, María: “Mors bifrons: Las elites ante la muerte en la poesía cortesana del Cuatrocientos castellano”, en AURELL CARDONA, Jaume, PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, p. 167. El elenco de géneros literarios, no exhaustivo, nos muestra la riqueza con la que el castellano acogió la inquietud cultural y espiritual de la sociedad de la época.

²³⁹ ADEVA MARTÍN, Ildelfonso: “Ars bene moriendi. La muerte amiga”, en AURELL: *op. cit.*, pp. 295-360. En lo referido a los tratados de bien morir hemos seguido básicamente lo expuesto por el autor, si bien nos parecen esenciales las matizaciones de Martínez Gil.

eterna. Aunque teológicamente un fin de la vida sereno y en paz es una gracia que Dios concede gratuitamente, se extendió la idea de que el cristiano lo alcanzaría, frente a un deceso desagradable o súbito, si lo preparaba convenientemente. La idea que subyacía era que aceptar la muerte, hacerla propia, *domesticarla*, equivalía, en cierto modo, a vencerla. En este clima de desazón para el que se buscaba consuelo aparecieron algunos escritos para *aprender* a morir. El primero que se tituló “Ars moriendi” lo hizo tras el Concilio de Constanza²⁴⁰, atribuyéndose su autoría a uno de los padres conciliares.

La novedad era su beneficiario: todos los cristianos. En este sentido, Adeva sostiene que el destinatario directo eran los fieles²⁴¹. Martínez Gil subraya que, en general, estos *ars* fueron concebidos para que el clero los conociera y pusiera en práctica al atender a los moribundos, si bien muchos de ellos fueron redactados también para la comprensión directa de los fieles que tuvieran acceso a su lectura²⁴². Pensamos más adecuada a la realidad la interpretación del segundo dados los índices de analfabetismo imperantes. Lo cierto es que, mientras hasta ese momento los escritos religiosos, exceptuando las Sagradas Escrituras, eran patrimonio casi exclusivo de monasterios y bibliotecas de templos, ahora los clérigos que asistían a los moribundos portarían ejemplares de estos manuales. Por su valor pastoral, desde principios del siglo XVI, y sobre todo tras el Concilio de Trento, los *Artes bene moriendi* se incorporaron a los manuales de administración de sacramentos.

La estructura interna de un *ars bene moriendi* respondía, básicamente, a promover en el cristiano una doble preparación ante la muerte, que Adeva, empleando terminología jesuítica, denomina *remota* y *próxima*. La remota se realiza en buen estado de salud, y consiste en vivir en gracia de Dios, para que si la muerte llega repentinamente no sea temida, sino asumida plenamente. La próxima se refiere a la que requiere la enfermedad, en la que intervienen los asistentes, que con el objetivo de una muerte serena y en confianza, llevan a cabo un proceso de pedagogía hacia la salvación. Al enfermo ha de anunciarse la proximidad del tránsito, facilitándole la recepción de los sacramentos más importantes para su estado: la confesión (penitencia), la eucaristía y la unción de enfermos. Se le describen las tentaciones más habituales de la agonía, mostrando la manera en que puede vencerlas, pero sobre todo se le induce al abandono

²⁴⁰ Con el Concilio de Constanza (1414-1417) concluyó el Cisma de Occidente y el Papado recuperó la unidad, con sede en Roma.

²⁴¹ ADEVA: *op. cit.*, p. 299. El autor indica que los fieles deberían aprenderlo y ponerlo en práctica.

²⁴² MARTÍNEZ GIL, Fernando: *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Cuenca, 2000, p. 48.

absoluto en la misericordia divina, centrando su atención en el recuerdo de la Pasión de Cristo.

En un punto concreto, las crónicas de óbitos regios se separarán de lo que podríamos denominar un principio general en los *ars bene moriendi*, que contemplaban el tránsito como fin de la vida terrena, sin incidir especialmente en las circunstancias formales del óbito. Los *ars* consideran que si el moribundo está en gracia, da igual que la muerte en juventud o ancianidad, casado, soltero o viudo. Frente a ello, en general, las crónicas de referencia de fallecimientos intentarán por todos los medios dulcificar las circunstancias, presentando la ancianidad como vida completa; lo repentino como flor cortada en la plenitud de una belleza que agradaba a Dios; una muerte repentina asociándola a la presuposición del estado de gracia...

A la hora de administrar los sacramentos al monarca o cualquier moribundo, los textos no se alejan de la doctrina en torno a dichos medios de obtención de la gracia divina. No se conciben como medio de obtención de recompensa de la bondad de quien los recibe y con independencia de los méritos del sacerdote que los administra, o del pueblo que esté implorando la mejora de la salud con rogativas públicas. Son viáticos que, teológicamente considerados, operan por sí mismos, nunca *do ut des*.

Es importante considerar que cuando los *ars moriendi* se ponían en práctica en palacio la muerte no se consideraba un tema tabú. Era, sencilla y llanamente, el tiempo del fin de la vida. Las consideraciones políticas y dinásticas transcurrían por otras vías. Los clérigos aplicaban la dicción literal de unos textos acrisolados por la doctrina de la Iglesia, que consideraba la enfermedad o las circunstancias de un óbito si acercaban o alejaban de Dios al moribundo.

Los monarcas españoles de la Edad Moderna se sumaron, en su práctica totalidad, a la devoción por la buena muerte, que suponía un proceso de preparación sacramental (confesión, recepción de la eucaristía, unción de enfermos,) y realización de actos como declaración de fe, peticiones de perdón y ordenación de las propias exequias, todo ello normalmente contenido en el testamento regio. La providencia divina debía estar presente en un acontecimiento histórico de la magnitud del óbito de un monarca, su consorte o un miembro de su familia. Su buena muerte no era el único símbolo de que había cumplido su misión en la tierra en perfecta armonía con la voluntad de Dios, sino de que el reino no había perdido el favor divino. Y aquel tránsito ejemplar no debía quedar tras los muros de palacio. En los siglos XVII y XVIII, la imagen de la monarquía se difundió también en lo luctuoso gracias a la capacidad de

difusión de la imprenta, que penetraba socialmente extendiendo la fama de la ejemplar muerte de una soberana, infante o consorte regia. Así, al fallecer en febrero de 1714 María Luisa Gabriela de Saboya, la Gaceta de Madrid no se limita a constatar que la primera esposa de Felipe V había recibido la extremaunción:

“Miércoles 14 a las ocho y cuarto de la mañana, murió (...) la Reyna nuestra señora Doña María Luysa de Saboya, aviendo reiterado en el espacio de un mes por tres vezes los Santos Sacramentos, con mucha edificación, y la ultima, una hora antes de espirar, pidiéndolos siempre por si misma”²⁴³.

La enfermedad de la reina, de varias semanas, le habría permitido mostrar una ejemplar actitud ante la muerte, conservando un no menor modélico dominio de sí, don singular entre los concedidos para los que seguían las pautas de las dolientes publicaciones. Cuestión distinta es si la abundancia de ediciones de *ars moriendi*, como fuente para acercarnos a la actitud de los monarcas –y del resto de la sociedad- en los momentos previos a la muerte física, es un reflejo de la realidad lograda, de la conversión final ante el óbito, o la constatación de que el discurso religioso se implantó plenamente y todo aquél que sabía leer o escuchó consejos que le leían junto a su lecho postrero acudió al esquema propuesto. Para Martínez Gil su valor como fuente histórica, innegable, les caracteriza más como discursos ideológicos que como bancos de datos²⁴⁴. En todo caso, nos parece innegable constatar que en la difusión de la noción de buena muerte resultaron clave, pues aunque no tuviesen una difusión popular, debido sobre todo al restringido acceso a la lectura, su contenido fue extendido por el clero.

La relación entre *ars moriendi* y la cámara del moribundo regio tuvo enseguida un carácter simbiótico. El fin de la vida del rey o cualquier otro miembro de la real familia debía ser ejemplar y en el seno de la Santa Madre Iglesia, que había propuesto esa buena muerte, esa muerte santa, de serena aceptación de la voluntad divina, de despojamiento de lo terreno. Pronto comenzaron las crónicas de fallecimientos modélicos de soberanos, que fueron incluidos en sus relatos biográficos, de manera invariable, repetida, de padres a hijos.

²⁴³ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 8, 20 de febrero de 1714, cit. en TORRIONE, Margarita (ed.): *Crónica festiva de dos reinados en la Gaceta de Madrid (1700-1759)*, Málaga, 1998, p. 82.

²⁴⁴ MARTÍNEZ GIL, Fernando: “Del modelo medieval a la Contrarreforma: La clericalización de la muerte”, en AURELL: *op. cit.*, p. 221. Las artes de bien morir sería, más que una constatación de la realidad, un intento de incidir en ella.

El hecho de que raramente fuesen acompañados de ilustraciones, sobre todo en sus inicios, fomentaba en el lector un infinito margen a la imaginación, que podía ser aprovechado por quien ensalzaba las virtudes del rey ante los súbitos:

“Del Emperador Carlos V y de muchos Santos se lee que al tiempo que se acostaban echaban sobre sí agua bendita, y se abrazaban con una cruz, o cruzaban los brazos y dedos, haciendo de la misma suerte que si les echaran en una sepultura. Y es muy buena regla esta para bien morir”²⁴⁵.

Felipe II tuvo cerca de sí en 1598, entre otras, las obras, de Ludovico Blosio. Su muerte en 1598 constituyó y arquetipo, que se nutrió, a su vez, de otros óbitos ejemplares, estabilizadores, edificantes, como los de Isabel la Católica o Carlos V²⁴⁶.

En la construcción de aquellos modelos de muerte regia se contaba enseguida con fuente de primera mano: la correspondencia de testigos directos, testimonios, memoriales, relatos de la enfermedad y tránsito. La muerte de Isabel de Valois, en octubre de 1568, es con mucho una de las mejores muestras de pronta elevación a la fama de ejemplaridad en el tránsito, como refiere su biógrafo González de Amezúa, fundamentándola en la correspondencia de la tercera consorte de Felipe II o en palabras de la moribunda al embajador de Francia, Fourquevaux; las cartas del secretario Zayas al duque de Alba, mayordomo mayor del monarca, y una memoria de la propia muerte de la reina²⁴⁷. Sus conclusiones fueron revisadas por Rodríguez Salgado, que subrayó la absoluta concordancia de las fuentes, en su total armonía en orden al ideal para que se difundiera esa muerte piadosa... excepto en la referencia, no unánime, a que al acercársele la imagen del Niño Jesús, afirmó que era el hijo que no había tenido, el único hijo que merecía la pena tener²⁴⁸. La historiadora subraya que la reina pidió a su hermano, Carlos IX de Francia, y a su madre, la reina madre Catalina de Médicis, que protegiesen a los católicos de su país, lo que alcanza especial valor pues Fourquevaux, testigo ocular, habría tenido especial interés, incluso psicológico, en difundir su

²⁴⁵ GRACIÁN DE LA MADRE DE DIOS, Jerónimo: *Arte de bien morir*, en *Obras*, Madrid, Vda. de Alonso Martín, 1616, ff. 409v.-410 (cit. MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad...*, p. 345). Lógicamente, la cita debe ser interpretada también en relación al componente simbólico y pedagógico que se quiso dar en la Baja Edad Media y la Edad Moderna a las características espirituales del óbito regio.

²⁴⁶ CERVERA DE LA TORRE, Antonio: *Testimonio auténtico y verdadero de las cosas notables que pasaron en la dichosa muerte de Rey Nuestro Señor Don Felipe II*, Madrid, 1600. El texto no está exento del uso frecuente de simbologías y metáforas propias de la época.

²⁴⁷ GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín: *Isabel de Valois*, Madrid, 1949, Tomo II, pp. 484-502. Doc. n. CXLV, p. 378, Palabras a Fourquevaux; doc. n.º CXLVI, pp. 279-380, Carta de Zayas al duque de Alba, 3 de octubre de 1568; p. 385, Memoria de la muerte de la reina.

²⁴⁸ RODRÍGUEZ SALGADO, María José: “Una perfecta princesa. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Segunda parte”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 28 (2003), p. 94.

encargo. En el ámbito que nos ocupa, esa especial alusión a su devoción al Niño, no desarrollada por Rodríguez Salgado, ha de ser subrayada, pues el óbito se produce en el año en que la monarquía de España había perdido al príncipe de Asturias don Carlos, y la consorte del monarca fallecía sin haber proporcionado a Felipe II un segundo heredero varón, aunque sí dos niñas, las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela.

Como estamos comprobando, los *ars moriendi* no son los únicos escritos de carácter funerario. Pasaron por imprenta floridos sermonarios, a veces como opúsculos sueltos, otras muchas clasificados por los escritos y pronunciados por el mismo autor, o de varios autores en ocasión de la muerte de un monarca o personaje principal de la Corte²⁴⁹. Su valor es notable como fuente impresa sobre el universo luctuoso, proporcionando con frecuencia datos sobre la enfermedad, muerte y, sobre todo, la imagen de reyes, consortes e infantes, que son presentadas en medio de rasgos como lucidez, resignación, preparación o paciencia de los moribundos. Por supuesto, todos y cada uno de ellos partieron de la convicción de que el difunto estaba ya en la Gloria.

La conciencia personal de muerte también queda reflejada en los testimonios que afirman que Felipe II tuvo preparado el hábito que le serviría de mortaja y se hizo construir su féretro mortuario antes del tránsito. Es creencia común que la mayoría de los monarcas visitaron el lugar de su futuro descanso. El 8 de noviembre de 1656, su nieto Felipe IV bajó al recién inaugurado Panteón de San Lorenzo:

“(...) estuvo el Rey en el panteón, de rodillas, dos horas, sin querer almohada, arrimado al nicho donde se ha de enterrar en El Escorial, a puerta cerrada, de donde salió, los ojos encarnizados de llorar, y cada uno como un puño”²⁵⁰.

Siglos después era una soberana consorte la que visitaba el recinto de su sepultura definitiva, Bárbara de Braganza. El P. Flórez refiere que tras su última estancia en el monasterio de las Salesas de Madrid, tuvo la premonición de que no volvería al convento más que de cuerpo presente:

²⁴⁹ MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad...*, p. 82. La Iglesia alentó la publicación de estos escritos, a modo también de prontuarios. Su producción fue masiva, pero su contenido poco espontáneo y diluido en el artificio del lenguaje, en exceso metafórico y laudatorio. Dicha opinión no restaría su carácter de fuente indiciaria de cómo se vivió la muerte regia en la época.

²⁵⁰ BARRIONUEVO, Jerónimo de: *Avisos*, BAE, tomo CCXXII, p. 17.

“La Reyna conoció que la serviría presto de Panteón: pues al despedirse de las Religiosas para ir a Aranjuez, significó sería aquella la última visita, como efectivamente se cumplió”²⁵¹.

La aceptación no era solo de la muerte propia, sino de los cercanos. Los monarcas vieron siempre en los fallecimientos de sus familiares un reflejo de la voluntad de Dios, que debían aceptar. Quizá Felipe IV, de vida personal de tantos contrastes, sea el monarca que proporcione mayores testimonios de aceptación del óbito como realidad humana y sobrenatural. Cuando su hijo, el príncipe de Asturias Baltasar Carlos, agonizaba en Zaragoza en octubre de 1646, el soberano preguntó a los médicos:

“si avia alguna probabilidad o esperanza de que el accidente de la cabeza se templaría aquella noche o a la mañana siguiente para que su Alteza recibiese los Santos Sacramentos”²⁵².

La preocupación del monarca era que el príncipe pudiera recibir los últimos sacramentos, como finalmente así fue. Se confesó con Fray Juan Martínez, confesor del Rey, recibió la comunión del arzobispo de Zaragoza, Fray Juan Cebrián, y recibió la extremaunción del Patriarca de Indias²⁵³. En correspondencia posterior a la muerte de don Baltasar Carlos, Felipe IV confirmó su fe en la voluntad divina, que identificó con su misión al frente de los reinos de la monarquía²⁵⁴.

²⁵¹ FLÓREZ: *Memorias*, t. II, p. 1023. El autor continúa relatando la muerte ejemplar de una soberana que, como se deduce de otras crónicas y testimonios de reinados anteriores, vivió también una plena aceptación de su óbito, lleno de sufrimientos que son presentado como modélicos ante sus súbditos: “pues tomando nuevo incremento la dolencia que años antes la había empezado a convencer sobre la máxima de que formada de polvo, se convertiría en él, sin diferencia del pobre más infeliz, la fue Dios purificando con una enfermedad, tan molesta, tan prolija, y tan poco limpia, que solía yo decir, ser punto de Oración, para el desengaño práctico de las cosas mundanas, ver a una Soberana reducida en la misma cumbre del Solio al desgraciado y casi asqueroso punto de ser materia de gusanos en vida, sin que el Poder, sin que la Majestad, sin que todo el Mundo, la pudiesen librar de verle cercada de miserias; y esto no por uno, ni dos días, sino por muchos, en que si el conjunto de la mayor grandeza con el infinito abatimiento predicaba al más práctico desengaño; no era menor lección la que daba S.M. en una alta resignación que edificaba a cuantos le asistían”.

²⁵² *Relación de la enfermedad y muerte del Príncipe nuestro señor escrita por Fray Juan Martínez, Confesor de Su Majestad*, BNE, Manuscritos 18723/35.

²⁵³ ANDRÉS DE UZTÁRROZ, Juan Francisco: *Obelisco histórico i honorario que Zaragoza erigió a la memoria del Señor Don Baltasar Carlos de Austria*, Zaragoza, 1646, pp. 118-125. El autor (Zaragoza, 1606 – Madrid, 1653) fue cronista de Aragón y de parte del reinado de Felipe IV, a partir precisamente de 1646, año de la muerte del primer hijo del monarca que fue jurado como príncipe de Asturias.

²⁵⁴ Y así parecían hacerlo: “Marqués: Todos debemos conformarnos con la voluntad de Dios y yo más que todos. Fue servido de llevarse a mi hijo, debe de haber una hora. Yo quedo con el sentimiento que podéis juzgar con tal pérdida, pero con toda resignación en las manos de Dios y con aliento y ánimo para tratar de la defensa de mis reinos, que también son ellos mis hijos y si hemos perdido uno hemos de conservar los demás...”. Felipe IV, *Carta al Marqués de Leganés*, 1644, en *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús* (en *Memorial Histórico Español*, p. 497).

El presente análisis de cómo muere un monarca no es sino un recorrido por la evolución del peso de dos actitudes, que hemos definido como *ars moriendi* - *memento mori*. Durante la Edad Media se había impuesto el criterio de conceder mayor importancia al momento del fallecimiento en sí, pero ya en el último tercio del siglo XIV, con la definitiva difusión de los *ars moriendi*, se incidirá en la preparación de la muerte como proceso dilatado en el tiempo, característica plena de la Edad Moderna. Una contemplación detenida del final de Felipe II lleva a la conclusión de que lo que parece ser un ejemplar *memento* no es sino un depurado *ars* que se desea constituya un modelo para los súbditos de la monarquía de España.

El Concilio de Trento vino a fijar para muchas generaciones posteriores los elementos internos y externos de la buena muerte. Como no podía ser menos, sobre todo durante los siglos XVI y XVII, los monarcas españoles, considerados paladines de la Contrarreforma, respecto a la muerte no hicieron sino seguir los parámetros de ese *ars moriendi*. Incluso, de alguna forma, los soberanos aportaron una nota particular: a pesar de que la costumbre que se fue imponiendo de la necesidad de la cercanía del sacerdote al moribundo (relevancia de la presencia sacerdotal que se irá acrecentando), la muerte de un rey o infante reivindicaba en cierto modo el protagonismo del difunto. Después, no se recordaría tanto quién le asistió en los momentos finales, sino cómo murió el monarca o su hijo, el grado de edificación de su agonía y la aceptación del óbito.

El siglo XVII interioriza una muerte no término de la vida, sino una realidad presente en la sociedad. En gran parte como fruto de la Contrarreforma, el óbito pasó enseguida a ocupar un papel muy destacado en las artes plásticas, el teatro o la literatura impresa. El Barroco dará a la muerte incluso un papel sobre el escenario, dotándola de capacidad diálogo en sus aspectos físicos y religiosos. La presencia frecuente de Felipe IV y sus familiares en corrales de comedias en Madrid o asistiendo a representaciones en sus residencias palatinas trajo consigo necesariamente que también el propio monarca se introdujese en esa atmósfera donde la muerte era un elemento más, y nada secundario. El propio monarca, como veremos en otros epígrafes, vio como la altísima tasa de mortalidad infantil no se detenía a las puertas de las piezas de párvulos. La esperanza de vida se confundía con la espera de la muerte. La muerte es espectáculo – confesamos no haber encontrado un término con menos acepciones, que nos parece insuficiente-, es muerte individual pero pública, más aún en palacio. Un espectáculo del que se aprovechaban grandes lecciones para la vida: si moría un labrador, su muerte edificante convertía corazones y almas del pueblo, que asistía en masa a su sepultura; si

se ajusticiaba a un criminal, la muerte cruel era también ejemplarizante; si moría un soldado de los tercios de Flandes, su caída era modelo de entrega a la Cristiandad. La muerte en el lecho regio era la que mayor trascendencia histórica alcanzaba. Muerte modelo, porque un modelo personal moría. Óbito de un Rey, todo un pueblo moría con él; antes de que circularan las cartas o textos de cronistas, la muerte regia barroca ya era conocida de boca en boca, casi en clave de mito, por apenados súbditos que se preparaban para el luto externo y clamoroso de las exequias, del cuerpo o en efigie.

1.3. Morir de. Las causas de los óbitos regios.

Una aproximación a las causas de la muerte en el marco de la historia de las mentalidades nos aconseja hacer una distinción de carácter básico entre causas naturales y no naturales. No comprendemos el motivo por el que Claramunt, a modo de teoría sistemática, expone cómo en la Edad Media –clasificación que entendemos extensible en prácticamente todos sus aspectos a la Moderna- en el mundo urbano habría tres tipos de muerte: la natural; por epidemias, pestes, guerras, levantamientos y altercados urbanos, y en tercer lugar por ajusticiamiento²⁵⁵. Entendemos que el mundo rural no gozaba precisamente de una muerte *tipológicamente cualificada* por exceso o defecto. En este sentido, no compartir la separación del segundo y tercer tipo, lo que entendemos por muerte no natural, no significa que dejemos de afirmar que el desarrollo del contenido de los tres enunciados nos parezca de especial valor. Al hablar de muerte natural, el autor incide especialmente en la edad que considera “otoño del hombre medieval”, 35 años, y las enfermedades en sus múltiples variedades debidas sobre todo a la falta de higiene, que derivaban en las altas tasas de mortandad infantil y la muerte por parto. No puede dejarse de lado en este apartado el óbito por muerte avanzada. Preferimos incluir la epidemia –sea de peste u otra dolencia- como causa natural, por ser enfermedad. Y detenernos para afirmar que la historia de la causa de la muerte regia durante la Edad Moderna será la de óbitos naturales, como desarrollaremos en los correspondientes epígrafes.

²⁵⁵ CLARAMUNT RODRÍGUEZ, Salvador: “La muerte en la Edad Media. El mundo urbano”, *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 7-8 (1986-1987), pp. 205-218. El autor señala que la muerte es un elemento más de la vida urbana, sin que se intentase esconder el óbito, como en la actualidad, siendo considerado una realidad más, cuando no un acto social de primera categoría que, en muchos casos, para buena parte de la población, significaba el tránsito, en el contexto de la fe, a un mundo mejor, tras arrastrar una vida con penalidades y estrecheces y considerar que cualquier mundo desconocido no podía ser peor que el soportado.

Guerras, levantamientos y altercados urbanos... cierto es el primero de ellos, el enfrentamiento bélico, se prolongó en la Edad Moderna como causa primera de óbito en determinadas zonas de la monarquía de España. Su principal consecuencia solía ser el hambre, que en siglos anteriores venía derivado también de malas cosechas, y tras el Medievo se actualizó con asedios y sitios a poblaciones. En lo referido a altercados, la mentalidad ante la muerte tras la peste u otras epidemias culpaba con frecuencia a minorías, siendo frecuentes, sobre todo en centro Europa, los ataques a juderías o *progroms*, matanzas generalizadas que, en este caso, sí son muerte de carácter netamente urbano. Pero los altercados podían provenir también de levantamientos y complots políticos con derramamiento de sangre, homicidios y asesinatos. En este apartado deberíamos por tanto encuadrar el regicidio, que España, como veremos, no vivió de forma consumada en la Edad Moderna, a diferencia de otras monarquías. Y por último, el ajusticiamiento, la muerte como ceremonia social en lugar público con fin ejemplarizante hacia la población, respondiendo a causa tasada en función de la gravedad del delito, que se traducía en un grado de peligro estimado para el orden imperante. En cuanto a muerte regia se refiere, España permaneció ajena a estas últimas causas de muerte que afectaría a Inglaterra y Escocia en la persona de Carlos I (1649), y a Francia, en las de Luis XVI y la reina consorte María Antonieta (1793).

En torno a las tipologías de muerte que hemos presentado contamos con acercamientos bibliográficos como los de Duñaiturria, que aborda las muertes violentas desde la perspectiva de nueve homicidios y sus correspondientes procesos, entre 1761 y 1809, seguidos ante la Sala de Alcaldes de Casa y Corte de Madrid, una sugestiva visión de la historia de las mentalidades ante la muerte tanto desde sus autores como desde los testigos y el órgano juzgador, en estrecha relación con el Real Consejo de Castilla, que ostentó competencia de primera instancia y la apelación, es decir, la plena jurisdicción criminal, hasta su supresión en enero de 1834²⁵⁶. Aún a riesgo de parecer acaparadores en la realización de nuestro estudio al defender la vigencia de la historia de la muerte en el marco de la historia de las mentalidades, la calidad del ensayo bien puede argumentar la relación entre las mismas y la historia del Derecho penal.

²⁵⁶ DUÑAITURRIA LAGUARDA, Alicia: “Muertes violentas en la capital de la Monarquía. Siglo XVIII”, *Cuadernos de historia del derecho*, 14 (2007), pp. 285-327. El ensayo, de gran riqueza léxica y argumental, muestra las fases procesales en la España del siglo XVIII, así como realidades de la época como las características de las sentencias en el Antiguo Régimen, que hasta el proceso codificador no requerían exposición de motivos.

Metafóricamente hablando, hemos podido navegar cómodamente en un mar historiográfico sobre la muerte vista de la historia de las mentalidades, desde el testamento como fuente. Al precisar sobre el acercamiento a causas del óbito no ya en palacio, sino del monarca y miembros de la familia real, y al momento preciso del tránsito, nos hallamos ante un reducido estanque. Bien cuidado y selecto, pero constituyendo, al fin y al cabo, un entorno limitado y con cierta confusión. Por un lado, pensamos que no es mucho lo escrito sobre las patologías que condujeron al fin de la vida de las reales personas. Por otro, las referencias a los momentos postreros de monarcas, consortes, príncipes e infantes nos obligan a realizar un panorama general y a una remisión, en cada caso, a los estudios biográficos existentes. Esto condiciona en gran medida nuestro método, que ha de combinar entre la sintomatología proporcionada por las crónicas o la interpretación que a ella han dieron tanto los propios cronistas como los historiadores modernos y los modernos especialistas en patologías. Debemos distinguir, por tanto, entre lo que hoy denominaríamos diagnóstico o cuadro médico, objeto de estudios científico, y el relato del acontecimiento en su contexto a través de las fuentes. El historiador no siempre ha podido individualizar la muerte del monarca, sus causas médicas, entre los datos y las posibilidades de su interpretación. Aunque contamos con biografías de monarcas españoles y sus hijos que incluyen, por fortuna y con fortuna, auténticos historiales médicos de sus retratados, deteniéndose especialmente en las causas más directas de los óbitos, la *patobiografía* de las regias personas apenas ha sido objeto directo de monografías específicas. Aún nos preguntamos si este género no alcanzaría buena acogida en sede académica y entre la opinión pública. ¿Hasta qué punto la enfermedad en palacio no condicionó, muy seriamente, la historia de monarcas e infantes? No nos referimos solo a las agonías de los soberanos, sus consortes o directos familiares, sino a su trayectoria vital y política.

Es significativo que sean la Baja Edad Media y los albores de la Moderna los periodos en los que quizá contemos con más acercamientos al hecho de la muerte serena de los monarcas, al relato interpretativo en el rico contexto simbólico y ritual del óbito como hecho biológico, realizados por historiadores que penetran en la tarea de pretéritos cronistas para ofrecer conclusiones no solo sobre las enfermedades de los reyes, sino sobre sus últimos momentos.

Así, Mitre, que como hemos visto enriqueció un marco teórico y desentrañó no pocas claves de la historia de la muerte regia en Castilla, ofreció una monografía sobre

el tránsito de Enrique III, a comienzos del siglo XV²⁵⁷. El historiador presenta de un modo racional las causas de la muerte del monarca, algo fácil cuando la tentación para cualquier historiador sería hacer del tránsito del personaje escogido, como subrayan Cabrera Sánchez²⁵⁸ o Vidal Castañ, un “óbito heroico”, como anticipo de la muerte santa de la Baja Edad Media, en la que no primara tanto el rigor sobre las causas biológicas y médicas y la verdad sobre cómo se afrontaron sino la aceptación cristiana del hecho²⁵⁹.

¿Hay estudios conjuntos sobre dolencias? Tras el inicial estudio de Ruiz Moreno, dedicado a los monarcas medievales de buena parte de los reinos peninsulares, en el que las referencias a las causas de los tránsitos son tan fieles a las crónicas como “había cumplido el tiempo de su vida”, “le salió el alma del cuerpo”, “murió de su propia enfermedad” o “murió de su propia muerte”²⁶⁰, hemos encontrados algunos perfiles de galenos y acercamientos a la vivencia de las dolencias físicas, desde perspectivas que se asemejan a la de la historia de las mentalidades, en las élites sociales de la Edad Moderna en España. Sobre los depositarios de la confianza en la salud física contamos con ensayos como el de González y Forteza en torno a las características del médico en el comienzo de la Edad Moderna²⁶¹. Alonso Morales se acerca a los galenos de un segmento del alto clero, el cabildo de la catedral de Toledo desde los últimos tres lustros del XVII al primer año del XX, un amplísimo periodo²⁶².

En torno a quienes estuvieron a cargo de los monarcas, contamos con ejemplos que exponemos cronológicamente. Sancho de San Román ofreció un estudio sobre los que cuidaron la quebradiza salud de Isabel la Católica, proporcionando noticia

²⁵⁷ MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: *Una muerte para un rey: Enrique III de Castilla (Navidad de 1406)*, Valladolid, 2001; “La muerte del rey: La historiografía hispánica (1200-1348) y la muerte entre las élites”, *En la España Medieval*, 11 (1988), pp. 167-183; “Muerte y memoria del rey en la Castilla bajomedieval”, en DUBY, Georges (*et al.*): *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y en el Arte de la Edad Media*, vol. II, Santiago de Compostela, 1992, pp. 17-26.

²⁵⁸ CABRERA SÁNCHEZ, Margarita: “La muerte de los miembros de la realeza hispánica medieval a través de los testimonios historiográficos”, *En la España medieval*, 34 (2011), pp. 97-132.

²⁵⁹ VIDAL CASTAÑ, Salvador Antonio: “La muerte del héroe-la muerte del rey: Un modelo de la muerte en la Corona de Aragón. Siglos XIII-XV”, *Millars. Espai i historia*, 22 (1999), pp. 5-30. El autor subraya repetidas veces el mimetismo de la nobleza de la Corona de Aragón a la hora de morir como el monarca, preparando el óbito en paz, así como la huida de la muerte repentina.

²⁶⁰ RUIZ MORENO, A: “Enfermedades y muertes de los reyes de Asturias, León y Castilla”, *Cuadernos de Historia de España*, 6 (1946), pp. 100-130.

²⁶¹ GONZÁLEZ DE FAUVE, María Estela, FORTEZA, Patricia de: “Ciencia y prácticas: a imagen del médico “perfecto” en tres autores españoles (siglos XIV-XVII)”, *Estudios de historia de España*, 12 (2010), pp. 227-244; “La construcción de la figura del enfermero a través de un discurso especializado (Reino de Castilla, siglos XIV-XVII)”, *Fundación*, 9 (2008-2009); “El tiempo de la enfermedad: cuatro médicos al servicio de los reyes castellanos a fines del siglo XV”, *Fundación*, 2 (1999-2000), p. 325.

²⁶² ALONSO MORALES, Mercedes: “Médicos del Cabildo de la Catedral de Toledo (1684-1901), *Toletana. Cuestiones de teología e historia*, 20 (2009), pp. 129-164.

suficiente, entre otros, sobre Julián Gutiérrez de Toledo, que asistió a la soberana en su lecho postrero²⁶³. De uno de los galenos que atendieron a los monarcas en la corte durante los reinados de los Reyes Católicos, Juana I, Felipe I y Carlos V, contamos con el perfil biográfico de Rojo Vega²⁶⁴. Se trata de Francisco López de Villalobos, que habría acompañado al menos a un monarca, Fernando el Católico, durante su óbito en enero de 1516. Barrio Moya, al que ya conocemos como especialista en testamentos, puso de relieve con el análisis de los de varios médicos la asistencia de los mismos a varios reyes Austria y Borbón. Se trata de Pedro Barba, que estuvo a cargo de la salud a Felipe IV después de haberlo hecho con uno de sus hermanos, el cardenal infante don Fernando de Austria; Francisco de Rivas, que lo hizo sucesivamente con el último monarca Austria, Carlos II, y el primer Borbón, Felipe V; y Nicolás Sanz, médico de dos de los tres hijos que le sucedieron en el trono, Fernando VI y Carlos III²⁶⁵.

Contando con puntuales acercamientos generales a la práctica de la medicina en palacio durante la Edad Moderna, como el de Gacho, referido incluso a la lactancia de los infantes²⁶⁶, procede destacar la obra sobresaliente de dos estudiosos que aportaron numerosos datos útiles y señalaron un doble camino, el de las dolencias en vida y la identificación –en la mayoría de los casos, hipótesis fundamentadas– de las enfermedades que llevaron a la tumba a los miembros de las dinastías regias, en el periodo de nuestro interés, en las dinastías regias españolas. Desde su condición de profesionales de la medicina confesaron acercarse a la historia como profanos, pero ofrecieron magníficos ensayos sobre las patologías sufridas en palacio.

El primero de ellos es Junceda, que en su clásico “Ginecología y vida íntima de las reinas de España”, destacó la importancia de las reinas malogradas en plena juventud por las malas condiciones de sus frecuentes maternidades, explicado por la necesidad de dotar de pronta, cuando no urgente, descendencia a las estirpes reales a las que se incorporaban por matrimonio. Con lógica, denunció la ausencia de datos patológicos en

²⁶³ SANCHO DE SAN ROMÁN: “Los médicos de la Reina Isabel”, *Toletum, Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas y Toledo*, 50 (2004), pp. 129-144.

²⁶⁴ ROJO VEGA, Anastasio: “Francisco López de Villalobos, médico real (1473-1549)”, *Brigecio. Revista de estudios de Benavente y sus tierras*, 3 (1993), pp. 175-186.

²⁶⁵ BARRIO MOYA, José Luis: “Don Nicolás Sanz Palanco, médico campeño al servicio de Fernando VI y Carlos III”, *Anales Complutenses*, 20 (2008), pp. 219-249; “Don Pedro Barba, médico palentino del rey Felipe IV: Aportación documental”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 77 (2006), pp. 385-406; “Don Francisco de Rivas del Castillo, catedrático de medicina de la Universidad de Alcalá de Henares y médico de cámara de los Reyes Felipe V y Carlos II”, *Anales Complutenses*, 14 (2002), pp. 77-96.

²⁶⁶ GACHO SANTAMARÍA, Miguel Ángel: “Médicos y nodrizas en la Corte española (1625-1830)”, *Reales Sitios*, 124 (1995), pp. 57-63.

mucha de la documentación a la que tuvo acceso, pues los textos históricos, en infinidad de ocasiones, hacen escuetas referencias a nacimientos u óbitos para acoger o despedir en las páginas de la crónica oficial a sus regios protagonistas. Quizá su principal aportación sea haber subrayado la juventud y fragilidad como vector principal para el óbito femenino en palacio durante la Edad Moderna²⁶⁷. El segundo es Gargantilla, que dedicó dos amplias monografías a las patologías sufridas por los Austria y Borbón. Como humanista, subrayó la importancia del aspecto más psicológico y humano de las dolencias, la repercusión del dolor físico y psíquico en los sentimientos, abundando en aspectos clínicos, sin olvidar los psicológicos, de los reyes y sus familias. Como médico, aplicó a los datos de sintomatología disponibles una óptica clínica actual, para apuntar un diagnóstico sobre las causas reales de la muerte de los personajes²⁶⁸.

Es cierto que Calderón ofreció un panorama general sobre la muerte de los soberanos españoles entre Fernando el Católico y Alfonso XIII que, por tanto, incluye a todos los que fallecieron en la Edad Moderna²⁶⁹. El relato del óbito y sus causas incluye numerosos datos sobre los procesos finales de la enfermedad, los galenos y no pocas crónicas de las diferentes épocas, si bien la escasez de citas de referencia obliga a poner entre interrogantes no pocos datos aportados, que precisan un laborioso cotejo que podría haberse evitado con un sencillo elenco final de notas o referencias.

Cuando poco podían ya hacer los galenos, la Iglesia entraba en escena con la administración de los últimos sacramentos. Río Barredo ha estudiado cómo los recibieron los Austria en ceremonias con rasgos comunes recogidos en correspondencia de embajadores y crónicas²⁷⁰.

Contar con pocos estudios conjuntos sobre el fin biológico de los miembros de las dinastías regias españolas durante la Edad Moderna nos obliga a dirigirnos directamente, como hemos apuntado, a fuentes. Y cuando se trata de bibliografía, no todos los monarcas españoles han contado con la necesaria atención biográfica por parte de los historiadores. Son relativamente pocos, entre los más atendidos con estudios específicos, los que destacan por largas y detalladas páginas sobre su final. Es difícil

²⁶⁷ JUNCEDA AVELLO, Enrique: *Ginecología y vida íntima de las reinas de España*, 2 vol., Madrid, 1991.

²⁶⁸ GARGANTILLA MADERA, Pedro: *Enfermedades de los reyes de España. De la locura de Juana a la impotencia de Carlos II el Hechizado*, Madrid, 2005; *Las enfermedades de los Borbones. De la depresión de Felipe V a la cardiopatía de Alfonso XIII*, Madrid, 2007.

²⁶⁹ CALDERÓN, Emilio: *El rey ha muerto (Cómo y de qué murieron los reyes de España, desde Fernando el Católico hasta Alfonso XIII)*, Madrid, 1991.

²⁷⁰ RÍO BARREDO, María José del: "Rituals of the Viaticum: Dynasty and Community in Habsburg Madrid", en CALARESU, Melisa, VIVO, Filippo de, RUBIÉS I MIRABET (coords.): *Exploring cultural history: essays in honour of Peter Burke*, Aldershot, 2010, pp. 55-76.

encontrar artículos, ensayos y monografías específicas dedicadas expresamente a los momentos del óbito que no sean debidas a delicadas circunstancias políticas o dinásticas. No es frecuente que la perspectiva humana, más cercana a la historia de las mentalidades, sea la protagonista. En nuestra opinión, los acercamientos desde este perfil, el fomento del final en los estudios biográficos de los personajes, aportaría solidez a un territorio como el que abordamos, la historia de la muerte, donde el estudio por reinados ha de convivir perfectamente con el acercamiento por siglos o épocas, pues la panorámica histórica no resta entidad a la importancia de una realidad pluridisciplinar que trasciende al tiempo.

Cualquier aproximación a la enfermedad como causa última de la muerte regia en palacio durante la Edad Moderna nos conduce psicológicamente a conceptos cercanos a la historia de la medicina, en la esperanza de hallar certezas sobre los motivos que produjeron los óbitos. No obstante, desde el comienzo de nuestra investigación, una de las más sólidas nociones que hemos encontrado ha sido la de la doble concepción que de la enfermedad se tuvo durante el final de la Edad Media y los siglos posteriores, como mal que aquejaba al cuerpo y al alma, sobre todo cuando se asociaban firmemente padecimiento físico y pecado. La espiritualidad imperante a la búsqueda de una buena muerte, es decir, aquella que llegaba para quien había puesto en orden sus asuntos materiales y espirituales, aconsejaba estar al día para que la llegada del óbito no sorprendiese a rey ni súbdito. Por eso la vivencia de la enfermedad postrera se consideraba clave. Así lo subraya Álvarez Santaló al acercarse a la descripción del dolor físico en la orilla del dolor moral, desde los escritos de la beata onubense sor María de la Santísima Trinidad, en la que los límites de ambos quedan completamente difuminados²⁷¹. Se trataba de una concepción totalizante que quedó plasmada en la obligación, bajo pena de excomunión, con la que los médicos estaban obligados a recordar al paciente la conveniencia de pensar en su alma antes de comenzar a aplicar los remedios posibles, recogida en desde mediados del siglo XIII en las Siete Partidas²⁷², precepto a situar en el contexto de la religiosidad e historia de las

²⁷¹ ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos: “Noticia del dolor: enfermedad y medicina en la literatura devota del siglo XVII; un ejemplo, al paso, de 1671”, *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 12-13 (2000-2001), pp. 69-98.

²⁷² Partida I, Título 4, Ley 37: “Pensar deue el ome primeramente del alma, que del cuerpo: porque es mas noble e mas recitada. E por ende touo por bien Sancta Eglesia, que quando algun cristiano enfermasse, en manera que demande fisico que le melezine, que la primera cosa que le deue fazer, desque a el viniessen, es esta. Que le deue conseyar, que piense de su alma, confesándose sus pecados. E despues que esto ouiere fecho, deue el fisico melezinarle e non ante: ca muchas vegadas acaece, que agrauan las enfermedades a los omes mas afincadamente, e se empeoran por lo pecados en que esten... E por ende

mentalidades también documentado en el IV Concilio de Letrán (1215): la obligación del médico de recomendar vivamente a los enfermos que acudieran a los auxilios espirituales, incluso interrumpiendo sus atenciones si los moribundos desatendieran su aviso²⁷³, una norma que perduró por escrito en la mayoría de los *ars moriendi* hasta finales del siglo XVII.

El tránsito de la Edad Media a la Moderna no supone mayor certeza en la respuesta a la cuestión sobre la causa cierta del fallecimiento de los monarcas españoles. Aquellas expresiones que hemos recogido, “murió de su propia muerte” o “murió de su propia enfermedad” muestran una abrumadora claridad, extraña suficiencia informativa para quienes vivieron en nuestro siglo XIV. Dado que ningún monarca español de la Edad Moderna falleció de forma violenta, asesinado o a resultas de ningún accidente – como sí sucedió en monarquías como la francesa, la inglesa o la rusa durante la Edad Moderna-, hemos de centrar nuestro estudio en un elenco de términos que entonces definían enfermedades. Así, se trataría de averiguar si hubo en España monarcas o reales personas que fallecieran a consecuencia de fiebres *tercianas*, *cuartanas* y *calenturas* (lo que hoy conocemos por paludismo), *garrotillo* (una angina que aparecía en forma de epidemia), catarro o *romadizo* (depresión del aparato respiratorio), *hidropesía*, cáncer (en cualquiera de sus variantes como tumores, tales como el *zaratán*, tumor de pecho), dolor de costado (cercano a lo que hoy denominamos pulmonía); disenterías (infecciones digestivas, sobre todo en verano por mal estado de alimentos o aguas), lepra (término que no ha cambiado), sífilis (conocida como morbo gálico o mal francés), difteria (tabardillo o fiebre *punticular*, tifus), gota, apoplejía o parálisis... A las enfermedades del cuerpo debían unirse “las del alma”, ya que muchos entendían que los padecimientos físicos no eran sino reflejos de los del espíritu, bien por un hechizo o por castigos divinos, entre las que se encuadraba la *melancolía* (depresión en último grado).

Aún así, sigue siendo difícil precisar el motivo objetivo y físico de las muertes regias, sobre todo por los conocimientos rudimentarios de la época en torno a las enfermedades, cuyos síntomas eran subsumidos con frecuencia en diagnósticos

tuuo por bien Santa Egleſia que ningun fiſico Chriſtiano non ſea oſado, de melezinar al enfermo, a menos de confeſarſſe primeramente, e el que contra eſtos ficiſſe que ſea echado de la Egleſia: porque faze contra ſu defendimiento. Oſoſi defiende Santa Egleſia ſon pena de deſcomunió, que loſ fiſicoſ por ſaber que ayan de ſanar loſ enfermoſ que leſ non conſejen que fagan coſa que ſea pecado mortal. E eſto, porque laſ almaſ ſon mejoſe que loſ cuerpoſ, e maſ preciadaſ”.

²⁷³ ADEVA: *op. cit.*, p. 309. Esta norma paſó en menoſ de doſ décadaſ a laſ *Decretaſ* de Gregorio IX, y de allí a concilioſ y ſínodoſ diocesañoſ en toda Europa, convirtiendo a loſ médicoſ, bajo pena de excomunió, en colaboradores activoſ del clero en la adminiſtració de loſ últimoſ ſacramentoſ.

generales o asociados a creencias comunes²⁷⁴. Todo esto arroja sombras de duda sobre cualquier fuente que aluda de forma genérica a una enfermedad; creemos que más apropiado resulta atender a las descripciones de síntomas que a la luz de la medicina actual permiten determinar de forma más concreta las causas de los fallecimientos. Como cualquier comunidad humana que se prolonga en el tiempo, las familias reales españolas de la Edad Moderna conocieron toda clase de males. Incluso antes de comenzar el periodo histórico que centra nuestro estudio, causas variopintas se asociaron al fin de la vida de monarcas, príncipes e infantes. Al fallecer el infante don Alonso de Trastámara, hermano de Isabel la Católica, una trucha en mal estado fue responsabilizada del tránsito del joven. Y así quedó en la leyenda, aunque probablemente, como sostiene Gargantilla, fue una víctima más de la peste que en aquellos momentos asolaba Castilla²⁷⁵. El mismo autor, a quien seguimos en este recorrido por las regias enfermedades, piensa que el hermano de padre de ambos, Enrique IV, falleció de una gastroenteritis invasiva, recordando que el propio doctor Marañón apuntó a un envenenamiento por arsénico²⁷⁶.

La dificultad del tratamiento de dolencias en la Castilla de finales del siglo XV y el escaso desarrollo de la medicina hicieron que se confundiesen, con frecuencia, síntomas y consecuencias. El príncipe don Juan, heredero de los Reyes Católicos, pudo morir, con mucha probabilidad, de una enfermedad infecciosa, como la tuberculosis, un padecimiento crónico y endémico cuando hacía su aparición²⁷⁷.

Las causas de la muerte de Isabel la Católica fueron adelantadas discretamente en su época. Varios autores, citados por Junceda, apuntan con respeto hacia la soberana causas compatibles con un cáncer de útero o de recto. Pedro el Monje, cronista del siglo XVII, en su *Galería de mujeres fuertes*, afirma que “le vino una úlcera secreta que el trabajo y la agitación del caballo le habían causado en la guerra de Granada. Su valor le causó el mal, su pudor lo mantuvo y, no habiendo querido exponerlo jamás a las manos

²⁷⁴ Como referimos en su momento, especialmente útiles han resultado para abordar el tema dos monografías dedicadas a las enfermedades de los reyes de España, de Gargantilla. Dedicadas a los Austria (2005) y Borbón (2007). En ellas abundan precisiones, como aclarar la confusión que durante siglos identificó la fiebre –en innumerables fuente denominada “calentura”– como enfermedad en sí, y no como síntoma común de numerosas dolencias, hasta que en entrado el siglo XIX el científico sueco Anders Celsius realizó las primeras mediciones termométricas. En no pocos documentos con referencias a óbitos regios, la fiebre se empleaba como fatal término genérico.

²⁷⁵ GARGANTILLA MADERA, Pedro: *Enfermedades de los reyes de España. Los Austrias*, Madrid, 2005, p. 21. Al fallecer el 4 de julio de 1468 en Cardeñosa (Ávila), el Infante dio paso a los derechos sucesorios de su hermana.

²⁷⁶ *Ibidem*, p. 25.

²⁷⁷ *Ibidem*, p. 45.

ni a las miradas de los médicos, murió al fin por su virtud y su victoria”. Mártir de Anglería escribía unos días antes del óbito, desde Medina del Campo, al conde de Tendilla:

“Todo su sistema se haya dominado por una fiebre que la consume; rehúsa toda clase de alimento, y se haya de continuo atormentada por una sed devoradora; y la enfermedad parece que va a terminar en hidropesía”²⁷⁸.

Las causas ciertas de la muerte de Felipe I el Hermoso están condenadas a convivir con la leyenda que crearon y recrearon cronistas posteriores a su muerte, alimentando la versión del agua fría que habría bebido el monarca tras realizar un gran esfuerzo físico, el 16 de septiembre de aquel 1506. Que se sintiera mal después del hecho pero falleciera nueve días después motiva que la ciencia médica moderna descarte con claridad que fuera tal el motivo de su óbito a los 28 años. Zalama insiste en que, si hubiera sido peste, resultaría extraño que nadie más enfermase entre los cortesanos que le acompañaron. Sobre todo la propia doña Juana, que no se separó de él desde que quedó postrado en el lecho²⁷⁹. La carta que remitió a su suegro uno de los médicos que le asistieron describe sus últimos cinco días: el 20, además de fiebre y dolor de costado, comenzó a vomitar sangre. El 21 hizo aparición una fuerte inflamación de garganta, paladar y lengua. Y el 24, extrema gravedad:

“Empezaban a salirle manchas pequeñas, entre coloradas y negras, que los doctores llaman blatas, y que se extendieron por todo su cuerpo, una gran infección se extendió por la lengua y paladar, inflamándole la úvula [garganta], perdiendo a ratos los sentidos y sobreviniéndole al tiempo terribles calenturas y largos estados de frío (...) el miércoles) le sobrevino un frío aún más riguroso y después un sudor caliente hartamente copioso en todo el cuerpo, quedando como alienado y con sueño, por lo cual moviéndole los médicos, hacían lo posible por despertarle...”²⁸⁰.

²⁷⁸ Cit. en JUNCEDA: *op. cit.*, p. 44.

²⁷⁹ Felipe el Hermoso no tenía hinchados los ganglios linfáticos, síntoma propio de la peste que ya conocían los médicos del siglo XVI y no señaló el doctor Gonzalo de la Parra al describir los últimos días del soberano. El mismo galeno, que había sido llamado a Burgos y relató lo sucedido en una carta a Fernando el Católico, descartó envenenamiento. ZALAMA, Miguel Ángel: “El rey ha muerto. El Rey continúa presente”, en ZALAMA, Miguel Ángel, VANDENBROECK, Paul: *Felipe I el Hermoso. La belleza y la locura*, Madrid, 2006, p. 196.

²⁸⁰ CODOIN, vol. VIII, p. 394. En su biografía de la reina doña Juana, Sanz reproduce en su totalidad el texto, cuyo original se encuentra en la Real Academia de la Historia (SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA, Nicomedes: *Doña Juana I de Castilla. La reina que enloqueció de amor*, Zaragoza, 1939, p. 174).

Fallecería el viernes 25 de septiembre, a las dos de la tarde. Si la teoría del envenenamiento fue negada por el propio autor de este testimonio, Pérez-Bustamante y Calderón Ortega se sumaron a la teoría de la peste, apoyándose en un hecho precedente, que el monarca, durante el verano, abandonó Valladolid huyendo de la epidemia, estableciéndose en Tudela de Duero, a pocos kilómetros de Burgos, y en uno posterior, el hecho de que la reina Juana salió tanto la ciudad donde había muerto su esposo como de la localidad de Torquemada cuando la enfermedad hizo su aparición²⁸¹. No nos parecen indicios suficientes para establecer una causa-efecto.

Fernando el Católico compartió con su primera consorte ver muy disminuida su calidad de vida en la última etapa de su existencia. Tras enviudar de Isabel de Castilla había contraído matrimonio, a los 53 años, con Germana de Foix, que contaba con diecisiete. La obsesión por lograr un heredero para el reino de Aragón hizo que su entorno le proporcionase preparados que se creían idóneos para procrear, pero dañinos para su salud, pues acabó con serias dificultades para caminar y teniendo que ser desplazado en silla de mano. Para Horno Liria murió de una caquexia palúdica, con la posibilidad de que sufriera a su vez “una seria nefritis por el reiterado uso de pócimas erotizantes”, claramente compatibles con el cuadro anterior²⁸².

Fernández de Retana afirma, siguiendo al cronista Ginés de Sepúlveda, que Isabel de Portugal siempre fue de constitución frágil y “fueron varias las veces que estuvo a la muerte”, como harían después otros autores, si bien atribuye la causa de su muerte a una epidemia de disentería. El historiador encontró muestras del pudor regio ya presentes en crónicas sobre su abuela materna, Isabel la Católica, que habrían impedido aplicar remedios a la paciente para aliviar su dolor²⁸³. Es cierto que sufrió varios episodios de fiebres tercianas que hicieron temer por su vida²⁸⁴, esperaba un parto

²⁸¹ Los autores afirman que la peste, el motivo más aducido por cronistas e historiadores como causa de la muerte de su biografiado, venía extendiéndose por los campos españoles desde 1502, convirtiéndose en una pandemia que motivó que 1507 acabase siendo denominado el Año de la Peste (PÉREZ-BUSTAMANTE, Rogelio, CALDERÓN ORTEGA, José Manuel: *Felipe I. 1506*, Palencia, 1995, p. 260).

²⁸² Cit. en JUNCEDA: *op. cit.*, p. 52. La viuda del Rey Fernando, contraería dos matrimonios más y fallecería en Liria (Valencia), el 8 de septiembre de 1536, a los 48 años, posiblemente de hidropesía. Fue enterrada en el monasterio de san Miguel de los Reyes, en Valencia, que ella misma fundó. El matrimonio concibió un hijo, Juan, que nació el 3 de mayo de 1509 en las Casas del almirante de Castilla, en Valladolid. El niño vivió unas horas y fue enterrado provisionalmente en el convento de San Pablo, en la misma ciudad, hasta su traslado al monasterio tarraconense de Poblet.

²⁸³ FERNÁNDEZ DE RETANA, Luis: “Vida íntima. Muerte de la emperatriz”, en *Historia de España (dir. por Ramón Menéndez Pidal)*, t. XXIV, *España en tiempo de Felipe II (1556-1598)*, vol. I, Madrid, 1976, p. 135.

²⁸⁴ El cronista Alonso de Santa Cruz había escrito con motivo del nuevo embarazo que las fiebres le consumían poco a poco y los médicos habían diagnosticado que fallecería si daba a luz (Cit. en JUNCEDA: *op. cit.*, p. 79).

que se adelantó al 20 ó 21 de abril de 1539²⁸⁵. Se trató del aborto tardío de un feto muerto, lo que probablemente desencadenó una pielonefritis gravídica (infección ascendente de las vías urinarias). El cronista Francisco Andrade refiere “un catarro grande que le bajó del pecho, con fiebre continua, presentándosele un parto de un niño muerto desde hacia tres días”, gripe que pudo derivar en pulmonía²⁸⁶. Gargantilla se une a la opinión de Fernández Ruiz, en torno a la frecuente infección puerperal, tan común en aquella época²⁸⁷.

La muerte de María Manuela de Portugal, primera consorte de Felipe II, también se debió a un mal parto. Falleció cuatro días después de haber dado a luz, el 12 de julio de 1545, como consecuencia de la infección puerperal posterior a un laborioso alumbramiento en el que las matronas realizaron manipulaciones internas durante horas. Como sucedió entonces y sucedería después en otros casos de consortes regias e infantas, se carecía de medios para evitar los riesgos de la sepsis por tales prácticas, durante el denominado trabajo de parto. Diferente opinión es la de Macías de Torres, para el que la madre del infortunado príncipe don Carlos, único vástago nacido de aquella unión, habría muerto de una embolia pulmonar, no masiva como para ocasionar una muerte instantánea, pero sí en horas posteriores²⁸⁸. La juventud de la princesa nos parece un dato a no perder de vista en cualquier valoración²⁸⁹.

Ningún profesional de la medicina actual sostiene que una enfermedad mental, o la genérica “locura” que la historia atribuye a Juana I de Castilla habría podido en sí misma conducirla a la muerte. El carácter general del recorrido del que estamos realizando sobre las causas del óbito regio no puede eludir de ningún modo que su demencia o al menos los intensos episodios depresivos que sufrió coadyuvaron a su pésima salud física... que se prolongó durante 75 años, hasta su muerte en 1555. Aunque hay noticias de episodios en las que la soberana renunciaba a cuidar su higiene,

²⁸⁵ Alvar indica tres veces el 20 de abril en su biografía de la soberana, además de citar una carta del Arzobispo de Toledo, sin referencia ni fecha, con una ilustrativa expresión del prelado sobre la situación que se vivió aquellos días: “el lunes antes había tenido otra indisposición de la cual no habíamos sabido, porque su majestad tiene condición de encubrir el mal hasta que se manifiesta, lo cual yo tengo por cosa que podría traer inconveniente”. ALVAR EZQUERRA, Alfredo: *La Emperatriz. Isabel y Carlos V: Amor y Gobierno en la corte española del Renacimiento (1503-1539)*, Madrid, 2012, p. 332, 334 y 337.

²⁸⁶ Cit. en JUNCEDA: *op. cit.*, p. 80.

²⁸⁷ GARGANTILLA: *op. cit.*, p. 171. El autor apunta la posibilidad de un desprendimiento prematuro de la placenta que habría provocado la muerte del feto y una fuerte hemorragia.

²⁸⁸ Cit. en JUNCEDA: *op. cit.*, p. 98. El médico lusitano que asistió a la Princesa de Asturias no accedió a la sala hasta que las comadronas no sacaron al niño del seno materno, muestra de la separación entre la atención a maternidad y salud que a la hora del alumbramiento hubo en la regia cámara.

²⁸⁹ María Manuela de Portugal daba a luz a su primer hijo casi cuatro meses antes de cumplir dieciocho años.

la referencia a un incidente sufrido durante un baño, en febrero de ese mismo año, sitúa la aparición de quemaduras por agua hirviendo en nalga y pierna. Desde Tordesillas, forzada residencia regia, el doctor Santa Cara informaba por carta a Carlos V sobre cómo la madre del emperador, además de estar impedida de movimiento de cintura hacia abajo desde hacía dos años, tuvo que sufrir dolorosos remedios como cauterios²⁹⁰. Si no fue esta causa directa de la muerte, esta claro aumentó todavía más la poca movilidad de una soberana anciana, que fue debilitándose hasta su final.

Guerrero Cabanillas sostiene que la comarca de la Vera, donde se sitúa el monasterio de Yuste, era en la época de Carlos V zona endémica de paludismo. En su interesante estudio sobre las enfermedades y muerte del monarca, sin ser el más extenso, sin duda el de mayor profundidad hasta hoy, aporta incluso un dato arquitectónico complementario: la orientación de las estancias que ocupaba el emperador, en el flanco meridional de la iglesia, las exponían al sol durante todo el día. El calor acumulado obligaba a abrir las ventanas durante la noche, costumbre del monarca, lo que facilitaba la entrada de mosquitos, transmisores. El diagnóstico habría comenzado a manifestarse en el emperador en la tarde del 30 de agosto de 1558. En un día de fuerte sol, tras la siesta, el monarca se levantó con intenso dolor de cabeza. Comenzó su progresivo debilitamiento, fríos y calenturas. Luis Méndez Quijada, su mayordomo, se quejó tres días después de que no tener ni un solo criado sano, todos aquejados de fiebres. Varios miembros de la servidumbre fallecieron también. En pocos días llegaron los episodios de delirio, que alternaba con momentos de lucidez, al que se sumaban fiebres intermitentes y gran postración, tres síntomas clásicos de la enfermedad. Aunque el 9 pudo aún añadir un codicilo a su testamento de 1554, el 17 de septiembre se enviaron cartas a su hija, la princesa regente doña Juana, confirmando la gravedad. Recibió la extremaunción el 19 y falleció poco después de las dos de la madrugada del 21 de septiembre²⁹¹.

Del cuadro clínico que presentó María Tudor, atípica reina consorte de España como segunda esposa de Felipe II, una soberana que jamás pisó la península, que creyó estar en dos ocasiones en estado de buena esperanza, se han analizado posibles causas reales que fomentasen estos embarazos psicológicos, preguntándose si tuvieron relación con su muerte. Comenge aludió a hidropesía cardiaca; Spencer Wells y Macías de

²⁹⁰ *Ibidem*, p. 66. La carta, con fecha 10 de mayo de 1555.

²⁹¹ GUERRERO CABANILLAS, Víctor: "Enfermedades y muerte de Carlos V", *Revista de Estudios Extremeños*, 65 (2009), pp. 1190, 1196 y 1198.

Torres apuntaron a un cáncer abdominal o quiste ovárico; Fernández Ruiz piensa en una peritonitis tuberculosa de forma ascítico-tumoral²⁹². Pérez Martín, en la línea de relacionar los embarazos sicológicos con la gravedad de la reina, sostiene que padecía una hidropesía que probablemente fuera tumoral. En todo caso, la epidemia que azotaba Inglaterra en el verano de 1558 la había contagiado²⁹³. Fuera cualquiera de los motivos apuntados, quedó tan débil que falleció el 17 de noviembre de aquel mismo año.

De nuevo la confusión parece cebarse con un diagnóstico, esta vez el de Isabel de Valois, que a los 23 años dejó de ser, el 3 de octubre de 1568, la tercera esposa de Felipe II. Al comenzar un embarazo en mayo de aquel año, los síntomas que presentó, desvanecimientos, vértigos, sensación de ahogo, mal color, fiebre y edemas palpebrales, hacen pensar en cardiopatía o nefropatía. La segunda hipótesis es defendida, entre otros por Rodríguez Salgado²⁹⁴, mientras Macías afirma que pudo padecer una pielonefritis gravídica, entonces no diagnosticable ni tratable²⁹⁵. Lo cierto es que la mañana del día de su muerte expulsó un feto femenino vivo de unos cinco meses, que falleció poco después. Murió a las cuatro horas de aquel parto.

En ausencia de conocimientos médicos, la historiografía no dudó en atribuir causas poco convencionales a las muertes regias. Así, al referir el óbito de Ana de Austria, el P. Flórez consignará las circunstancias de la muerte de la cuarta consorte de Felipe II de forma un tanto peculiar:

“A este fin pasaron Rey [Felipe II] y Reyna [Ana de Austria] a Badajoz, para estar más cercanos en las providencias de la guerra. Enfermó allí el Rey con tan vivo sentimiento de la Reyna, que poniéndose en fervorosa oración, ofreció a Dios su vida, porque no quitase al Reyno y a la Iglesia la de su marido, tan sumamente importante para todos. El efecto dijo, que oyó Dios su oración: pues mejorando el Rey, cayó mala la Reyna: y el que en aquél solo fue amago de la Parca, en ésta fue irresistible golpe, que arrebató la vida de tan fina consorte en la florida edad de treinta y un años...”²⁹⁶.

El texto debe ser interpretado, desde luego, en clave de imagen dinástica y ensalzamiento personal de los monarcas, de los que el agustino fue tan decidido

²⁹² Cit. en JUNCEDA: *op. cit.*, p. 111.

²⁹³ PÉREZ MARTÍN, María Jesús: *María Tudor. La gran reina desconocida*, Madrid, 2008, p. 837.

²⁹⁴ RODRÍGUEZ SALGADO, María José: “Una perfecta princesa. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Segunda parte”. *Cuadernos de Historia Moderna*, 28 (2003), p. 94.

²⁹⁵ Cit. en JUNCEDA: *op. cit.*, p. 137.

²⁹⁶ FLÓREZ: *op. cit.*, t. II, pp. 898 y 899.

partidario. La reina habría fallecido como consecuencia de una gripe²⁹⁷, aunque para algunos autores la misma dolencia habría degenerado en un paro cardíaco. Lo cierto es que el 26 de octubre de 1580, de camino hacia Portugal, donde acompañaba a su esposo a tomar posesión del reino lusitano, fallecía en Badajoz. Comenge sostiene que ese mismo día habría sufrido un aborto²⁹⁸.

El 30 de junio de 1598 salía de Madrid hacia El Escorial, por última vez, Felipe II. Lo hacía en la silla articulada que había construido para él Juan Lhermite tres años antes, cuando los ataques de gota fueron casi continuos²⁹⁹. El 22 de julio, comenzaba a sufrir unas fiebres, siendo atendido por los médicos García de Oñate, Gómez de Sanabria y Zamudio de Alfaro, formándose un tumor en su pierna izquierda, que a pesar de ser sajado en una dolorosa intervención, no evitó que se le hincharan vientre y brazos. El enfermo ya no pudo cambiar de postura y la limpieza de llagas y pústulas se hizo insufrible. Continuas diarreas le provocaron deshidratación. Entró en paroxismo en la madrugada del 12 al 13 de septiembre, muriendo antes del amanecer.

Margarita de Austria, única esposa de Felipe III, falleció de infección puerperal el 2 de octubre de 1611, diez días después de dar a luz a su último hijo, el infante don Alonso, que fue además el primero de los hijos varones de la reina en dejar el mundo³⁰⁰. El primer trastorno serio en la salud de Felipe III habría tenido lugar durante su regreso del viaje que realizó a Portugal, en el otoño de 1619. En Casarrubios del Monte (Toledo), el rey sufrió una fiebre que hizo temer por su vida, de tal manera que se llevó la reliquia del cuerpo de san Isidro³⁰¹. Pudo ponerse de nuevo en ruta hacia Madrid el 4 de diciembre. El 7 de enero del año siguiente tuvo un nuevo brote de fiebres y vómitos, tratado con purgas. Su salud ya no fue la misma. El 21 de marzo de 1621, mientras se preparaba para acudir al monasterio de la Encarnación, hizo su aparición un nuevo acceso de fiebre, que degeneró en erisipela, hasta su fallecimiento a las nueve y media de la mañana del 31 de marzo.

El P. Flórez, ejemplo como hemos visto de instrumentalización historiográfica de las causas de los regios tránsitos, volvería a dedicar unas líneas al diagnóstico clínico

²⁹⁷ QUEVEDO, José: *Historia del Escorial*, Madrid, 1849. El autor habla de un “pestilencial catarro” que había afectado en Badajoz a Felipe II, del que el monarca se había recuperado, pero que a continuación afectó de forma mortal a la soberana.

²⁹⁸ Comenge afirma que al realizarse la autopsia se encontró en el seno de la reina un feto muerto. Cit. en JUNCEDA: *op. cit.*, p. 158.

²⁹⁹ CALDERÓN, Emilio: *op. cit.*, p. 47. La ruta se habría prolongado hasta casi siete días por el estado del monarca, cuando se cubría habitualmente en unas diez horas.

³⁰⁰ JUNCEDA: *op. cit.*, p. 172.

³⁰¹ CALDERÓN: *op. cit.*, p. 56.

de la enfermedad terminal de la siguiente soberana consorte, Isabel de Borbón. La primera esposa de Felipe IV falleció en 1644, durante la jornada del monarca en Aragón:

“Después de tantos frutos (aunque no bien logrados) quiso Dios dar a la Reyna el premio de los que su piedad y Religión havia merecido, enviándola una enfermedad de erisipela, que se apoderó del rostro, garganta, y pecho, y la quitó la vida en esta Corte...”³⁰².

Había enfermado el 28 de septiembre, con fiebre alta y trastornos gastrointestinales. Dos días después, como refiere el texto, brotó una grave erisipela que le afectó a cara, cuello y garganta. Acabó falleciendo el 6 de octubre. Morejón apunta a posibles episodios epilépticos en algunos partos de la soberana³⁰³.

Sobre la muerte de Felipe IV, contamos con el testimonio del obispo Jerónimo Mazcaseñas al duque de Medinaceli, en una carta escrita cuatro días después del mismo óbito. Describe continuas diarreas y flujos hepáticos de sangre, hasta su muerte el 17 de septiembre de 1665³⁰⁴.

Mariana de Austria, segunda esposa de Felipe IV, murió de cáncer de pecho:

“Hace seis días que nuestra Altísima Reina nos mostró un tumor que tiene en el pecho izquierdo (y que de mucho tiempo atrás ocultaba) de la magnitud y tamaño de una cabeza de recién nacido. Aunque no se halla entre las costillas, tiene su raíz en ellas, y avanza hacia el exterior mostrando en su superficie cinco o seis excrecencias duras como piedras [...] Su forma es irregular y horrible a la vista, de todo lo cual se deduce que se trata de un cáncer del que habla Galeno, y al que Cornelio Celso llama “carcinoma”³⁰⁵.

Ocultó el tumor hasta finales de marzo de 1696. Aunque se consultó a médicos de la corte austríaca, el tumor acabó abriéndose, y el proceso continuó hasta la muerte de la soberana el 16 de mayo de aquel mismo año.

De la muerte de la primera consorte de Carlos II contamos con el primer testimonio de los tres médicos que acudieron, la noche del 10 de febrero de 1689, a atender lo que parecía un cólico de María Luisa de Orleans. Fueron los doctores

³⁰² FLÓREZ: *Memorias...*, t. II, p. 933.

³⁰³ JUNCEDA: *op. cit.*, 184.

³⁰⁴ Cit. en CALDERÓN: *op. cit.*, p. 73.

³⁰⁵ BALANSÓ AMER, Juan: *La Casa Real de España*, Madrid, 1976, p. 67. La misma enfermedad habría llevado a la tumba en 1666 a otra infanta española, Ana de Austria, reina consorte de Francia y madre de Luis XIV.

Lorenzo Francini (florentino), Gabino Fariñas (sardo) y Lucas Maestre Negrete (madrileño). Según la descripción que hizo el boticario de la reina, en la gravedad e irreversibilidad de la situación, pues no conseguían purgar a la soberana –hablando incluso de un cólera–, la reina vomitaba todo lo que ingería, los galenos optaron por no acelerar la muerte³⁰⁶. Falleció dos días después. En su biografía de la soberana, el duque de Maura apunta a una gastroenteritis aguda por intoxicación alimentaria, probablemente salmonelosis. Izquierdo mantiene una peritonitis por apendicitis³⁰⁷, tesis a la que se suma Ríos Mazcarelle³⁰⁸. Gargantilla piensa en una obstrucción intestinal, complicada con una perforación que derivó en peritonitis³⁰⁹.

Carlos II falleció el 1 de noviembre de 1700. Es difícil saber cuál de las patologías que sufrió durante sus 35 años de vida pudo imponerse como causa del término. El proceso agónico había comenzado el 29 de octubre por la tarde, cuando sucesivas diarreas hicieron perder todas las fuerzas al monarca. Con el rostro ennegrecido, intentaron conservar su calor durante todo el día 30, hasta que en la mañana del 1 tuvo un último ataque de epilepsia, tras el que quedó inconsciente y falleció a las tres menos cuatro del mediodía³¹⁰. García-Escudero López sostiene que una patología urogenital, además de impedirle tener la deseada descendencia, fue la responsable entre otras cuestiones de dudas sobre su sexo en el momento de su nacimiento³¹¹. Su muerte se habría debido a una insuficiencia renal crónica con nefropatía, con infecciones del tracto urinario.

De forma equivocada, el P. Mariana dice en su *Historia General* que María Luisa Gabriela de Saboya murió de sobreparto del infante don Fernando³¹². El futuro Fernando VI nació en septiembre de 1713, mientras que la primera consorte de Felipe V murió el 14 de abril del año siguiente. Gargantilla afirma que padeció, al menos durante

³⁰⁶ María Luisa de Orleans sufrió una caída de caballo cuatro días antes de su muerte, el 8 de febrero. Del golpe sufrido quedó una huella reconocida en su autopsia. El cólera descrito por los doctores se refiere a la “acción de jugos biliosos, agrios y corrompidos que, mezclados con partículas evaporadas del páncreas, estimulaban el vientre animando la expulsión violenta”. Aquellos pasaron a las venas y acabaron afectando al corazón (CONTRERAS CONTRERAS, Jaime: *Carlos II el Hechizado. Poder y melancolía en la corte del último Austria*, Madrid, 2003, p. 241).

³⁰⁷ JUNCEDA: *op. cit.*, p. 220.

³⁰⁸ RÍOS MAZCARELLE, Manuel: *Mariana de Neoburgo (segunda esposa de Carlos II)*, Madrid, 1999, p. 15.

³⁰⁹ *Ibidem*, p. 423.

³¹⁰ RÍOS MAZCARELLE: *op. cit.*, p. 176. Sin citar fuente, el autor refiere que en la autopsia del rey se encontró que su hígado estaba completamente encogido, con una piedra en su interior; su única víscera sana habría sido el bazo.

³¹¹ GARCÍA-ESCUDERO LÓPEZ, Ángel: “Carlos II: Del hechizo a su patología génito-urinaria”, *Archivos españoles de urología*, 62 (2009), pp. 179-185.

³¹² Cit. en JUNCEDA AVELLO, Enrique: *Ginecología y vida íntima de las reinas de España*, Madrid, 2001, vol. II, p. 30.

sus últimos cuatro años, de *escrófula* o tuberculosis³¹³, pero ganglionar, descartando un linfoma, que no hubiera permitido su supervivencia con los síntomas que presentó durante tanto tiempo³¹⁴. Seis días después, la Gaceta de Madrid publicó la referencia oficial de la muerte con la misma causa³¹⁵: “murió de calentura continua y pulmonía la Reyna nuestra señora”. En todo caso, la soberana es uno de los escasos miembros de las dinastías de regias de la Edad Moderna cuyas causas de óbito son abordadas en el obituario regio jerónimo, que recoge en la llave que la dedica que “diole Dios una enfermedad muy larga de [ilegible] y tísica de que murió”³¹⁶.

La última carta de Luis I fue dirigida, once días antes de morir, a su padre, Felipe V, y a Isabel de Farnesio. La habría firmado, en opinión de Pérez Samper, el día anterior a enfermar de las viruelas que le conducirían, en dos semanas, a la tumba³¹⁷. El rey efímero había acudido a verles a La Granja a principios de agosto de 1724. Ya no volvieron a encontrarse: “A mediados del mes, el conde de Altamira escribió al marqués de Grimaldo dándole las primeras noticias de un pequeño malestar del rey durante la misa, que se atribuyó a estar de rodillas en ayunas”³¹⁸. En su cita de la misa carta,

³¹³ La autopsia, realizada en El Escorial, habría revelado tuberculosis. *Ibidem*, p. 32.

³¹⁴ GARGANTILLA MADERA, Pedro: *Las enfermedades de los Borbones*, Madrid, 2007, p. 37. Luis XIV envió a Madrid a Helvetius (1661-1727), prestigioso médico de cámara holandés del Duque de Orleans que el soberano galo había tomado como propio (DANVILA: *op. cit.*, p. 62). Aunque el facultativo llegó a Madrid tres días antes de la muerte de la soberana, presenció su autopsia. Las referencias y análisis contemporáneos a los óbitos tampoco parecen arrojar mucha luz, incluso en los casos que tradicionalmente se consideraron más autorizados. A mediados del siglo XX, al escribir la biografía de la reina, Alfonso Danvila consultó a Gregorio Marañón las conclusiones de dicha autopsia, cuyos resultados se conservan en el Archivo del Palacio Real de Madrid. El médico y humanista confirmó que la causa fue una tuberculosis que evolucionó con lentitud durante la vida de la consorte, con periodos de curación aparente. Marañón se guió por la presencia de tubérculos calcificados en el pulmón, como indicaba la autopsia. El biógrafo subraya que en tiempos de Helvetius las tuberculosis no se diagnosticaban hasta su periodo final o consuntivo, la denominada “tisis”, como acto final de un proceso (DANVILA, *op. cit.*, p. 66). Ese puede ser el fundamento del error de médico que viajó desde Versalles, que según Martínez Shaw y Alonso Mola, que no citan fuente, diagnosticó “hydropisie de poitrine”, afirmando que: “Hay motivos para creer que se ha producido ya un derrame de agua. Esto indican los síntomas que se acompañan a la opresión. No será difícil que haya algún absceso en el cuerpo. Además, he examinado el bajo vientre, he reconocido que tiene duro y doloroso uno de los lóbulos del hígado. He hecho confesar a los médicos españoles que no habían descubierto esto por respeto a la persona de la reina” (MARTÍNEZ SHAW, Carlos, ALONSO MOLA, Marina: *Felipe V*, Madrid, 2001, p. 91). Los autores atribuyen a una pulmonía la muerte de la reina.

³¹⁵ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 8, 20 de febrero de 1714, cit. en TORRIONE, Margarita (ed.): *Crónica festiva de dos reinados en la Gaceta de Madrid (1700-1759)*, Málaga, 1998, p. 82.

³¹⁶ AGP, Histórica, Fallecimientos y entierros, Caja 56, Expte. 5, *Lista de personas reales enterradas en el Panteón de San Lorenzo de El Escorial desde Carlos I al Infante Eduardo Felipe María* (en adelante: AGP, Lista...), Llave 46, *Reyna D^a Maria Luisa de Saboya*.

³¹⁷ “Voy a acostarme porque estoy ronco, he tenido esta mañana un pequeño desvanecimiento, pero estoy mejor, ya en la cama, termino suplicando a Vuestras Majestades me crean el más sumiso de sus hijos”. Buen Retiro, 19 de agosto de 1724. AHN, Estado, Leg. 2685, cit. en PÉREZ SAMPER, María Ángeles: *Isabel de Farnesio*, Barcelona, 2003, p. 195. La historiadora afirma que el 30 de agosto por la mañana el monarca firmó un acta por el cual otorgaba poder a favor de Felipe V “para hacer testamento” (sic).

³¹⁸ LAVALLE-COBO, Teresa: *Isabel de Farnesio. La reina coleccionista*, Madrid, 2002, p. 93.

Calderón añade referencia a “demasiado ejercicio y juego de pelota”³¹⁹. El cirujano Lepreux le practicó el día 20 una sangría en el tobillo, y se le diagnosticó inicialmente una viruela benigna, aunque sus hermanos fueron trasladados el 25 del Palacio del Buen Retiro al Alcázar para evitar contagio, permaneciendo la reina consorte Luisa Isabel junto al monarca. El 29 se sangró al rey en su brazo derecho, pero no pudo evitarse ya la fiebre y las pústulas, hasta que el 31 fallecía a las dos y media de la madrugada. El informe de la autopsia, que reproduce Calderón sin citar fuente, expresa que la causa de la muerte fue tabardillo, el nombre que recibía en la época la fiebre asociada a pequeñas manchas, como picaduras de pulga y granos morados de rápida putrefacción, que corrompían la sangre, asociada al tifus, con cuadros de delirio y postración. Tras estudiarse la cabeza, tórax y zona del hígado del difunto:

“se han hallado en las tres cavidades del cuerpo más que suficientes causas para producir el fatal éxito de esta enfermedad”³²⁰.

La diabetes pudo ser el motivo de la muerte, años después, de su consorte, Luisa Isabel de Orleans³²¹.

Tras un larguísimo exilio, Mariana de Neoburgo, viuda desde hacía 38 años de Carlos II, había sido autorizada a residir en Guadalajara, en el Palacio de los duques del Infantado. Desde allí había acudido a Alcalá de Henares, a encontrarse con Felipe V e Isabel de Farnesio. Fue trasladada en litera, impedida para caminar en su ancianidad³²². A su regreso a la capital alcarreña presentó un cuadro de fiebre, dolor de estómago y mareos. La pierna izquierda se le gangrenó, falleciendo el 16 de julio de 1740. Le faltaban tres meses para cumplir 73 años.

Calderón es tajante al afirmar que Felipe V vivió “entre la normalidad y una psicosis maniaco-depresiva que le hacía caer en horribles periodos de pesadumbre y melancolía”³²³. Es lógico que al analizar la causa de su muerte, Gargantilla distinga lo que caracterizó como el trastorno psiquiátrico sufrido durante gran parte de su vida (una enfermedad bipolar que alternaba episodios maniacos con fases depresivas) de lo que

³¹⁹ CALDERÓN: *op. cit.*, p. 117.

³²⁰ *Ibidem*, p. 122.

³²¹ GARGANTILLA: *op. cit.*, p. 76. La reina viuda de España fallecería, probablemente, como consecuencia de un coma diabético (exceso de glucosa en sangre, una sentencia de muerte en aquella época al no existir el tratamiento por insulina descubierto por Banting y Best en 1922).

³²² Ríos Mazcarelle, en su biografía de la soberana, afirma que sufrió “gangrena senil” (sic). RÍOS: *op. cit.*, p. 206.

³²³ CALDERÓN: *op. cit.*, p. 105.

pudo ser un aneurisma aórtico (dilatación de una aorta) que, acompañada de una fístula gástrica o esofágica, hizo posible los vómitos de sangre (denominados técnicamente “hematemesis”) que aparecen en la descripción de la crisis final, compatible con una insuficiencia cardíaca³²⁴. Para Calleja, su óbito el 9 de junio de 1746 fue consecuencia de “un inesperado ataque al corazón”³²⁵, opinión que comparte Lavallo-Cobo³²⁶: un infarto fulminante. No piensan lo mismo Martínez Shaw y Alonso Mola, que hablan de apoplejía³²⁷.

No hemos encontrado causas concretas del óbito, sino descripciones del estado de salud de los últimos años de Isabel de Farnesio, cuyas siete gestaciones y alumbramientos y la obesidad “propia de los Farnesio”, en palabras de Junceda, habrían motivado achaques frecuentes e hinchazón en las piernas. Cuando falleció en el Palacio de Aranjuez, el 11 de junio de 1766, a los 73 años, la reina estaba casi ciega³²⁸.

La práctica totalidad de los biógrafos de Fernando VI y su consorte, Bárbara de Braganza, se nutrieron del testimonio del médico palatino Andrés Piquer para componer su particular interpretación tanto de los últimos meses como de la causa última del fallecimiento de ambos monarcas³²⁹. Sendos informes detallados que redactó en 1759 fueron publicados en la Colección de Documentos inéditos para la historia de España.

La misma enfermedad mortífera que padeció Mariana de Austria, habría sufrido Bárbara de Braganza: fue un cáncer de útero para Bonet Correa³³⁰, que reunió obesidad, diabetes e hipertensión en su cuadro clínico. Basándose en lo relatado por Piquer,

³²⁴ GARGANTILLA: *op. cit.*, p. 60.

³²⁵ CALLEJA LEAL, Guillermo: “Fernando VI: Semblanza de un reinado de paz, justicia y progreso, 1746-1759”, en CALLEJA LEAL, Guillermo: *1759-2009, Fernando VI en el Castillo de Villaviciosa de Odón, Archivo Histórico del Ejército del Aire*, Madrid, 2009, p. 18.

³²⁶ La autora, sin citar fuente, afirma que “decían que se le había quebrado una de las venas del corazón, que encontraron partido al embalsamarlo”. LAVALLE-COBO, Teresa: *Isabel de Farnesio. La reina coleccionista*, Madrid, 2002, p. 173.

³²⁷ MARTÍNEZ SHAW, Carlos, ALONSO MOLA, Marina: *Felipe V*, Madrid, 2001, p. 164. Los autores hablan de una fulminante congestión cerebral. Si hoy una apoplejía es sinónimo de derrame cerebral, Felipe V habría muerto de un “síndrome neurológico de aparición brusca, que comporta la suspensión de la actividad cerebral, que comporta cierto grado de parálisis muscular, debido a trastorno vascular en el cerebro, como una embolia, una hemorragia o una trombosis. La cuestión estriba en saber la compatibilidad del diagnóstico con un infarto, como afirman Calleja o Lavallo-Cobo.

³²⁸ JUNCEDA: *op. cit.*, p. 32.

³²⁹ PIQUER, Andrés: “Discurso sobre la enfermedad del Rey Nuestro Señor D. Fernando Sexto (1759)”, CODOIN. El monarca había firmado sus últimos documentos el 7 de septiembre, diez días después de quedar viudo. Pero a partir del 1 de noviembre su estado mental incluyó negación absoluta a despachar todo tipo de asuntos de gobierno. En un momento de lucidez, el 10 de diciembre hizo testamento verbal que se trasladó a pieza testamentaria por los presentes.

³³⁰ BONET CORREA, Antonio: “Un reinado bajo el signo de la paz”, en *Fernando VI y Bárbara de Braganza. 1746-1759. Un reinado bajo el signo de la paz*, p. 18. El autor subraya la mala salud de la soberana, con repetidas jaquecas, catarros y asma, además de la obesidad que comenzó a sufrir con los años.

Calleja cree que el origen del tumor habría sido un papiloma virus³³¹. Gargantilla infiere que los síntomas respiratorios que presentó la consorte de Fernando VI los días previos al desenlace podrían atribuirse a metástasis del tumor inicial³³².

Voltes sostiene que Fernando VI murió por Alzheimer³³³, afirmación contestada con rotundidad por Estévez, argumentación con la que estamos plenamente de acuerdo, pues lo que podrían describirse como síntomas de demencia final no convivieron con ausencias en materia de memoria, identificando el monarca al personal, ministros y su propio hermano durante sus meses en Villaviciosa de Odón³³⁴. Lo que Piquer denomina en su informe la *debilidad* que ya sufrió su padre, Felipe V, no es otro que el cuadro de neurosis maniaco-depresiva que se desató con toda virulencia a partir de la ausencia de Bárbara de Braganza. La desesperación tomó pronto la derivada de un deterioro físico imparable, irreparable, que culminaría aquél 10 de agosto de 1759.

María Amalia de Sajonia pudo sufrir bronquitis crónica, falleciendo quizá de una neumonía³³⁵. Junceda agrava el diagnóstico hablando de un carcinoma bronco-pulmonar³³⁶, teoría a la que se suma Martínez Cuesta, añadiendo la posibilidad de una tuberculosis, subrayando siempre que la salud de la soberana se vio muy debilitada por su historial: un primer parto a los quince años, trece hijos en los dieciocho años siguientes³³⁷. A ello añade el historiador las consecuencias de su viaje desde Nápoles a España, en octubre de 1759, para hacerse cargo junto a Carlos III de la corona, en el deterioro en su estado general en su último año de su vida. En todo caso, sus antecedentes de tabaquismo –fue la primera soberana española que fumó– no pudieron contribuir a que el clima de Madrid la beneficiase excesivamente. Una neumonía habría podido llevar a la tumba también a su esposo, a los 72 años, en diciembre de 1788. Cuando el 1 de ese mes regresó a Madrid, el ánimo del monarca no era precisamente idóneo como para superar cualquier contratiempo en su salud. Prácticamente acababa de asistir a la muerte de uno de sus hijos más queridos, el infante don Gabriel, óbito del

³³¹ La soberana habría sufrido también un cuadro asmático que le habría impedido recostarse en el lecho meses antes de su fallecimiento. En febrero del año de su muerte se le presentaron bultos en la región del hígado y bajo vientre, ya duros y dolorosos, según informó el galeno. CALLEJA: *op. cit.*, p. 35.

³³² GARGANTILLA: *op. cit.*, p. 93. El autor sospecha que pudo ser a su vez diabética e hipertensa.

³³³ VOLTES BOU, Pedro: *La vida y la época de Fernando VI*, Barcelona, 1996.

³³⁴ ESTÉVEZ, Marcela: “El castillo de Villaviciosa de Odón. Última morada de Fernando VI”, en en CALLEJA LEAL, Guillermo: *1759-2009. Fernando VI en el Castillo de Villaviciosa de Odón. Archivo Histórico del Ejército del Aire*, Madrid, 2009, p. 84.

³³⁵ GARGANTILLA: *op. cit.*, p. 122. La consorte de Carlos III fue una fumadora empedernida.

³³⁶ JUNCEDA: *op. cit.*, p. 81.

³³⁷ MARTÍNEZ CUESTA, Juan: *Don Gabriel de Borbón y Sajonia. Mecenaz ilustrado en la España de Carlos III*, Valencia, 2003, p. 78.

que hablaremos detenidamente. Aún así, había salido de caza el día anterior a su regreso a la capital, adelantado aquel año quizá por el deseo de alejarse del monasterio y comenzar la preparación de la Navidad. El día 7, Carlos III se retiró más temprano de lo acostumbrado con escalofríos y fiebre. Aunque los médicos hablaron de un simple resfriado, su pecho se cargó y el frío en el Palacio Real no contribuyó a que pudiera expectorar con los remedios que le aplicaron el miércoles 10. El rey se fue apagando hasta fallecer cuarenta minutos después de haber comenzado el 14 de diciembre.

Tres de las cuatro consortes de Fernando VII fallecieron durante el periodo histórico que abarca el presente estudio. La primera, María Antonia de Borbón (1784-1806), no llegaría a ser reina consorte, falleciendo en mayo de 1806 como princesa de Asturias. Sobre las causas de su óbito contamos con un diagnóstico de dos médicos palatinos, que arrojan sin rubor la hipótesis del mal estado de salud de la princesa ya antes de su llegada a la corte española:

“El miércoles 21 del corriente a las 4 de la tarde falleció en el Real Palacio de Aranjuez la Srma. Sra. Doña María Antonia de Borbón, Princesa de Asturias. La penosa y larga enfermedad que terminó la preciosa vida de S.A. fue una tisis tuberculosa consecuencia de un vicio de conformación, que fue presentando incorregibles productos, así como fue desenvolviendo su carácter tuberculoso. Desde la llegada de S.A. a España hiciéronse patente la debilidad física y esencial que padecía (...)”³³⁸.

Menos frecuente sería el motivo de la muerte de María Isabel de Braganza, segunda consorte de Fernando VII, fallecida el 26 de diciembre de 1818 a consecuencia, para algunos historiadores, de una cesárea mal practicada³³⁹. Al anochecer de ese día, la reina sufrió eclamsia (crisis de convulsiones de carácter obstétrico, debidas entre otras causas a hipertensión durante la gestación), creyéndola muerta los médicos, que procedieron enseguida a intentar extraer el feto, que resultó ser una niña que fallecería a los pocos minutos³⁴⁰. El propio obituario regio jerónimo, a pesar de la asepsia con que

³³⁸ Gaceta de Madrid, 27 de mayo de 1806, Parte facultativo que redactaron los doctores Sánchez Robato y Castelló con ocasión de la enfermedad y muerte de la princesa de Asturias, doña María Antonia de Borbón. Cit. en JUNCEDA: *op. cit.*, p. 125. El parte incluye un detallado informe de la autopsia practicada.

³³⁹ BALANSÓ, *op. cit.*, p. 137. Las circunstancias de la muerte de la soberana son presentadas habitualmente como un auténtico catálogo de despropósitos médicos, sosteniéndose que los facultativos provocaron la propia muerte al creer a la reina ya fallecida y proceder a una cesárea post mortem que agravó el sufrimiento.

³⁴⁰ Al referirse al suceso, Junceda, que piensa que la operación se practicó estando la reina en fase agónica, pero no le provocó la muerte de forma directa, aporta en su ensayo una interesante reflexión sobre las cesáreas como técnica de nacimiento. Practicada desde la Antigüedad pero criticada por sus

recoge los últimos depósitos de cuerpos regios antes de la salida de la comunidad de religiosos, en 1834, consigna las desgraciadas circunstancias:

“falleció en Madrid en 26 de Dbre, de 1818 de accidente. Su Rl. Cadáver junto con el de la Srma. Infanta de que estaba encinta y extrajeron a virtud de la operación cesarea viviendo algunas horas fue trasladado al Panteón (...)”³⁴¹.

A los 67 años, en su exilio en Roma, María Luisa de Parma estaba muy debilitada por el reuma y fracturas en las piernas que limitaban su movilidad. Solo tres días después de la muerte de su nuera, el 29 de diciembre de 1818, la reina presentó un cuadro de pulmonía, falleciendo el 2 de enero³⁴². Carlos IV estaba en Nápoles, visitando a su hermano, el rey Fernando. Cuando el día 13 se disponía a regresar, un intenso ataque de gota y fiebre alta se lo impidió. A los setenta y un años, no pudo superar la neumonía que le llevó a la muerte, diecisiete días después que su esposa.

También el cuaderno jerónimo ofrece información, aunque muy escueta, sobre la patología que llevó a la tumba a María Josefa de Sajonia, que estuvo casada diez años con Fernando VII, de la que escribe que “falleció en Aranjuez de enfermedad de calenturas viliosas”³⁴³. González Duro afirma que ya enero de 1829 comenzó con “un fuerte resfriado, que va evolucionando con leves mejorías y graves recaídas”³⁴⁴. La soberana presentó un cuadro de faringitis en abril. A comienzos de mayo persistía la fiebre, le faltaba el aire y tenía tos persistente. La sintomatología infecciosa, en opinión de Gargantilla en base a lo descrito por cartas y partes de la época, fue la de una neumonía, que acabaría con ella el 17 de mayo³⁴⁵.

La palabra apoplejía (accidente cerebrovascular) aparece como causa de la muerte de Fernando VII en las más recientes biografías y ensayos sobre su vida y época.

riesgos por autores que la consideran mortal, como Andrés Piquer (1785), o ilícita moralmente, como el P. Antonio José Rodríguez (*Nuevo aspecto de Teología médico-moral*, 1742)... salvo que se trate, indica el religioso, de personas reales, en cuyo caso “si hubiese certeza physica de que el feto había de salir vivo, robusto, y capaz de salir en adelante; de que era hombre, y no muger y finalmente, de que ya la Reyna no había de bolver a concebir, debería obligarsele a padecer la operación, por el bien necesario de la República” (cit. en JUNCEDA: *op. cit.*, p. 137)

³⁴¹ AGP, *Lista...*, Llave 72, *La Reyna D^a María Ysabel Francisca de Braganza*.

³⁴² Junceda refiere que Godoy, que seguía junto a los soberanos en su exilio italiano, exigía las atenciones al doctor Soria, quejándose de poco celo por parte del médico, al que acusó de ignorancia o malicia; y señala que Izquierdo Hernández habla de neumonía, a la que se habrían unido miocarditis y uremia (por la cefalea y somnolencia que acompañó al óbito). JUNCEDA: *op. cit.*, p. 109.

³⁴³ AGP, *Lista...*, Llave 76, *La Gran Duquesa de Luca*.

³⁴⁴ GONZÁLEZ DURO, Enrique: *Fernando VII, el rey felón*, Madrid, 2006, p. 338.

³⁴⁵ GARGANTILLA: *op. cit.*, p. 204.

Tanto Queralt como Sánchez Mantero reproducen el parte médico que, dirigido a Cea Bermúdez, informa de los últimos momentos del soberano³⁴⁶. En el se subrayaba que, desde el 27 de septiembre de 1833, no pudo levantarse del lecho. Dos días después había amanecido con la mano hinchada, “mas a las tres menos cuarto sobrevino al rey repentinamente un ataque de apoplejía tan violento y fulminante, que a los cinco minutos, sobre poco más o menos, terminó su preciosa existencia”. Artola cita ese “fulminante ataque de apoplejía”, que repite González Duro, sin citar el parte médico, al igual que Puga³⁴⁷. Curiosamente, Gargantilla, a quien hemos seguido en muchos de los perfiles regios de este recorrido, discrepa, afirmando que la causa más frecuente de parada cardiorrespiratoria en los pacientes con insuficiencia cardiaca son las arritmias, que puede manifestarse, entre otros síntomas, con palpitaciones³⁴⁸.

En este análisis de las causas de la mortandad aún cabe subrayar de nuevo una afirmación general que no puede hacerse con respecto a muchas de las dinastías regias europeas: ningún monarca español falleció por muerte violenta durante la Edad Moderna. A diferencia de Inglaterra o Francia³⁴⁹, que vivieron las ejecuciones de Carlos I (1649) y Luis XVI (1793), respectivamente, tendríamos que remontarnos a Pedro I (1334-1369) para encontrar, en la Castilla del siglo XIV, al último soberano de un reino peninsular cuyo óbito acaeció de manera cruenta. Los monarcas españoles morían en un lecho, mientras que en París, entre 1400 y 1793, diez de los dieciséis monarcas que tuvo Francia no fallecieron por causas naturales.

³⁴⁶ QUERALT HIERRO, María Pilar: *La vida y la época de Fernando VII*, Barcelona, 1997, p. 222; SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: *Fernando VII*, Madrid, 2001, p. 218.

³⁴⁷ ARTOLA GALLEGÓ, Miguel: *La España de Fernando VII*, Madrid, 1999, p. 752; GONZÁLEZ DURO: *op. cit.*, p. 352; PUGA GARCÍA, María Teresa: *Fernando VII*, Barcelona, 2004, p. 255.

³⁴⁸ El historiador sostiene que quizá la sensación de que el corazón “galopaba a una frecuencia superior a la normal” fue lo que produjo el sobresalto que alarmó al monarca e hizo que su cuarta consorte, María Cristina de Borbón, avisara enseguida a los médicos, que no pudieron ya hacer nada por su vida. GARGANTILLA: *op. cit.*, p. 208.

³⁴⁹ LUNA, Giovanni de: *El cadáver del enemigo. Violencia y muerte en la guerra contemporánea*, Madrid, 2007, p. 105. El autor subraya que con la decapitación de ambos monarcas se persiguió, en el caso inglés, “reafirmar la supuesta piedad originaria del puritanismo de Cromwell”, y en el francés, “la construcción de una sociedad igualitaria sobre la racionalidad ilustrada”, por lo que el valor individual de ambas vidas “perdió significado en aras de la fuerza de los acontecimientos históricos”. Recogemos la reflexión con el objetivo de incorporar la valoración actual, por parte de un sociólogo e historiador contemporáneo, de las ejecuciones de dos monarcas, en contraste con nuestro estudio, que considera la idea de continuidad dinástica como bien en sí.

1.4. Acompañar la muerte regia. Un tránsito solidario.

La voluntad casi permanente de presentar la muerte del soberano como ejemplar plantea cuestiones en torno a la autenticidad y exactitud de las crónicas posteriores. Siendo la muerte por naturaleza un acto único y personal, su vivencia no puede constatarse de manera indubitada, si bien la presencia de un abanico de *actores* en las cámaras regias ofrece menor margen de duda. El problema es delimitar quienes y en virtud de qué posición, acompañaban al soberano en el momento postrero. Antes de detenernos en varios ejemplos de quién y por qué *participaba* en los últimos momentos de un monarca, debemos constatar que, al igual que en otros estratos de la sociedad, son numerosas las personas que se movían dentro y fuera de la pieza mortuoria. En este tema nos parece adecuado combinar la escenografía que aconsejaban los tratados de bien morir con la propia idiosincrasia de la etiqueta cortesana.

Proponer una teoría sistemática de la muerte en palacio durante la Edad Moderna nos permitiría distinguir cuatro categorías de personajes presentes en el óbito real, en virtud de los lazos de unión al hecho en sí. Estos vínculos actúan como auténticos títulos jurídicos, que justifican el derecho a estar –o no –presente en el luctuoso momento histórico. Así, podría discutirse si estaba presente la familia de sangre del monarca; el personal cortesano con función de asistencia, servicio o ceremonial; el personal médico (coexistiendo con el tipo anterior), y por supuesto, el clero. El orden enunciado no corresponde a prelación alguna. No todos tenían la misma función en el entorno de la buena muerte regia, y su papel podía no coincidir en el tiempo. Ni siquiera en el espacio, pues no pocos de ellos deberán aguardar a ser llamados en la antecámara. No dejarán de estar presentes y la relevancia de su papel experimentará cierta evolución entre los siglos XV y XVIII³⁵⁰.

Para Venegas, una vez comenzada la agonía, debían abrirse las puertas de la cámara del difunto, para que la comunidad presente hiciese Iglesia, todos rogasen por el moribundo y que Dios le ayudase ante las tentaciones, una idea muy alejada a la privacidad actual³⁵¹. Como este, no eran pocos los *ars moriendi* que recomendaban que se ausentaran de la habitación todos aquellos que pudieran inquietar la preparación

³⁵⁰ MARTÍNEZ GIL: *Del modelo medieval...*, p. 230.

³⁵¹ VENEGAS, Alejo: *Agonía del tránsito de la muerte con los avisos y consuelos que cerca della son provechosos*, Toledo, 1537. En opinión de Martínez Gil, la obra del autor toledano constituye, junto a *De Praeparatione ad mortem*, de Erasmo de Rotterdam, aparecido tres años antes, el prototipo humanista de *ars vivendi y moriendi* en el siglo XVI.

espiritual, entre los que se incluían enemigos, personas relacionadas con pecados del enfermo y... su familia, pues el amor y la pasión que por ella se siente no ayudaba a eliminar las tentaciones. Fray Luis de Granada conceptualizaba esta práctica como una obra de piedad que dulcificaba a todo moribundo el sentimiento de pérdida³⁵².

Aunque representaciones pictóricas historicistas, tan abundantes en el siglo XIX, insistieron en proponer una imagen uniforme en este sentido, no siempre la real familia estaba presente, de manera permanente, en el drama. Los relatos hacían mención, principalmente, a una variada casuística de presencias y ausencias en la cámara mortuoria, a la que necesariamente debemos dedicar nuestra atención desde una perspectiva historiográfica, pues constituye una categoría no menor en la construcción de la imagen funeraria de la monarquía. Las regias personas se despedían entre sí, rindiéndose un último y humano tributo ante el supremo paso al reino divino, lo que no implicaba estar presente en los momentos del tránsito. Con excepciones, podemos establecer que la solidaridad familiar regia terminaba en despedidas que se producían, generalmente, los días inmediatamente anteriores a la muerte.

No faltarán, lógicamente, abundantes muestras de abnegados consortes supervivientes, rotos —o no— por el dolor. En el primer gran óbito de la Edad Moderna española, el de Isabel la Católica, estuvo presente su consorte, el rey Fernando. Ninguno de las tres hijas de los monarcas que vivían entonces, Juana, María y Catalina, estuvieron presentes en Medina del Campo. No obstante, en la misma residencia regia se hallaba a su cuidado uno de sus nietos, el infante don Fernando, hijo de la primera. La imagen de Fernando el Católico al pie del lecho de su esposa pasó a la posteridad en el célebre lienzo de Eduardo Rosales, que fortaleció en el imaginario común una solidaridad en el tránsito que se proyectó hacia otros matrimonios regios españoles³⁵³.

Cuando el sábado 25 de septiembre de 1506 Felipe I abandonaba el mundo en la Casa del Cordón, en Burgos, habían pasado apenas dos meses desde su reconocimiento como monarca por las Cortes de Castilla. Durante su enfermedad, de escasos diez días de duración, “la reina no se separó de su lado”, sin derramar una sola lágrima³⁵⁴. Pascual Molina recuerda que Germana de Foix, la segunda esposa de Fernando el

³⁵² FRAY LUIS DE GRANADA: *Guía espiritual*, ed. 1945, p. 33, cit. en MARTÍNEZ GIL: *Del modelo medieval...*, p. 231.

³⁵³ ROSALES, Eduardo: *Doña Isabel la Católica dictando su testamento*, 1864, óleo sobre lienzo, 400 x 290 cm., Museo Nacional del Prado, Madrid.

³⁵⁴ ANGLERÍA, Pedro Mártir de: *Epistolario*, en Documentos Inéditos para la Historia de España (DIHE), ed. de J. López de Toro, Madrid, 1955, p. 152. Carta desde Burgos, 28 de septiembre de 1506.

Católico se hallaba en la ciudad. No hemos encontrado constancia de visita a la residencia regia, lo que no quiere decir que, aunque improbable, no se produjese.

Será una constante de la Edad Moderna. En el momento histórico de los tránsitos de monarcas, parece como si la escena requiriese que, cuando la sucesión va a ser directa, los hijos han de acudir a despedirse del padre, a recibir su bendición. Las crónicas cuidan bien de mencionar cómo el progenitor cede el testigo al hijo, con buenos consejos y bendiciones, mientras que cuando las sucesiones en el trono son transversales, las fuentes no *sienten* necesidad de justificar la fría ausencia del príncipe de Asturias en la cámara mortuoria del soberano al que van a suceder.

Un cronista del fallecimiento de Felipe IV informa sobre la decisión del monarca de no permitir la presencia de su esposa, Mariana de Austria, en la alcoba donde su estado de salud se agravaba, porque no deseaba que los afectos humanos le restaran fuerzas para morir como buen cristiano³⁵⁵. ¿Permanecían junto al soberano, consciente de que moría, su consorte e hijos? Fuera de las recomendaciones espirituales y los episodios de despedida, nada parece indicar que existiese durante la Edad Moderna una previsión legal expresa que obligase o autorizase su presencia en la cámara mortuoria³⁵⁶. Son los propios monarcas quienes optaban por retener o llamar junto a sí a su familia más cercana. Felipe II, en 1598, mandó aviso a su hijo y sucesor y a la hermana de este, la Infanta Isabel Clara Eugenia, para que *viesen en qué quedaban las glorias deste mundo...* Pérez Galdós relata en sus Episodios Nacionales cómo María Cristina de Nápoles no se separó del lecho de su marido durante la enfermedad y muerte de Fernando VII. En el polo opuesto se hallarían ciertas diferencias en los fallecimientos de algunas consortes regias durante los siglos XVI y XVII. Pareciera como si los Austrias quisieran eludir la cercanía de la muerte física: Felipe II no residía en Inglaterra cuando María Tudor, su segunda consorte, murió en 1558, ni acompañaba a Ana de Austria dejó este mundo en Badajoz, en 1580. Felipe IV no estaba en Aragón durante la enfermedad y muerte de Isabel de Borbón, en 1644. Los Austria se retiraban tras la muerte de sus reinas a los Cuartos Reales de monasterios como el de san Jerónimo, en

³⁵⁵ RODRÍGUEZ DE MONTFORTE, Pedro: *Descripción de las honras que se hicieron a la Católica Majestad de Felipe IV*, Madrid, Francisco Nieto, 1666, f. 13, cit. en MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad...*, p. 618. El mismo autor señala que Mariana de Austria se planteó la misma cuestión en su muerte, en 1696, deseando que la presencia de su hijo, Carlos II, no la distrajera para afrontar el momento definitivo.

³⁵⁶ Mucho tiempo habría de pasar hasta que en 1885 la Reina María Cristina protestase ante Antonio Canovas porque el Presidente del Consejo la obligase a acudir a actos sociales mientras Alfonso XII agonizaba, para transmitir imagen de normalidad en la Corte y la sociedad madrileña.

Madrid, pero será difícil hallarlos en las piezas donde sus consortes expiraban. La fortaleza para acompañar será una virtud regia más bien femenina.

Quien no faltará en la alcoba del óbito es el clero, principalmente religiosos que, en permanente oración, han de prestarse para confesar al enfermo y administrarle los últimos sacramentos. En crónicas y cartas no son precisamente los médicos los más citados en los óbitos regios de la Edad Moderna, en contraste con el protagonismo que alcanzarían, en ese mismo tipo de fuentes, durante la Contemporánea. Es peculiar la actitud de la corte ante la enfermedad de los monarcas, que no refleja sino una mentalidad propia de la época, en la que el papel de los facultativos quedaba tan poco definido entre la ciencia y lo mantenido convencionalmente. Buena muestra de ello la tenemos en 1619, cuando, al regresar de Portugal, Felipe III sufrió en el pueblo toledano de Casarrubios un cuadro de calentura, vómitos y flujos de sangre. Se decretó que el día de san Eugenio se hiciesen rogativas, procesiones y misas solemnes. Se trajo desde Madrid el cuerpo de san Isidro Labrador, desde la Catedral de Toledo un *lignum crucis* y otras reliquias. Se acudía a la intercesión de los santos; la alusión a los médicos en su curación es mínima, como reflejan la fuente del suceso³⁵⁷. Se lucha por la salud regia pero sin negar la voluntad divina, que se acepta de manera previa. Si es decisión de Dios que mejore, bien. Si no lo es, responde a beneficios para el pecador, bien también. La enfermedad es voluntad de Dios no dependiente en último término de la acción de los galenos. Quizá sea ésta una de las razones de las escasas identificaciones concretas de profesionales de la medicina a la cabecera de regios lechos mortuorios, en comparación a la abundancia de clérigos. Cuando la muerte de un soberano, su consorte o un infante es inevitable, lo importante no es la presencia de un médico, sino que las crónicas reflejen que estuvo acompañado de un sacerdote que le guió en el tránsito, haciendo posible la construcción de un relato de edificante despedida.

Cuando el monarca quedaba postrado en su última enfermedad, reproducía una postura ritual, una actitud ya recogida por liturgistas del siglo XIII, como recuerda Ariès citando a Durand de Mende: “El moribundo –dice el obispo- debe estar echado de espaldas para que su rostro mire siempre al cielo”, clara evocación de la esperanza en la salvación³⁵⁸.

³⁵⁷ *Descripciones del Cardenal Lorenzana*, ed. de PORRES DE MATEO, J., RODRÍGUEZ DE GRACIA, H. y SÁNCHEZ GONZÁLEZ, R., Toledo, 1986, cit. MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad*..., p. 125.

³⁵⁸ ARIÈS, Philippe: *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona, 2011, p. 29. El historiador opone la costumbre a la de los judíos, descrita en el Antiguo Testamento, que se volvían hacia la pared para morir.

La certificación de la muerte aparece al fin como culminación del fallecimiento como hecho cronológico. Como persona física, el soberano o su consorte precisaban del acto jurídico declarativo del hecho del óbito. Instrumentos jurídicos que hoy conocemos con los términos de declaración de fallecimiento o certificado de defunción encuentran sólidos antecedentes también en los documentos expedidos y conservados desde la muerte de reyes y reinas españolas de la Edad Moderna. Así, el 16 de julio de 1740 fallecía en Guadalajara la reina viuda María Ana de Neoburgo, segunda consorte de Carlos II, al que sobrevivió casi cuatro décadas. Fue Casimiro de Uztariz, marqués del mismo nombre, secretario de Estado y Guerra de Felipe V, quien se desplazó para actuar como notario público y certificar su muerte:

“(...) certifico que habiendo entrado en la pieza de la Cámara de la Reina Viuda Nuestra Señora Doña María Ana de Neoburgo, que lo es del Rey Carlos Segundo, he visto el Cuerpo de S.M., cadáver de muerte natural sin señal alguna de viviente, y que habiendo preguntado al Marqués de Santa Cruz [mayordomo mayor de la reina] la hora en que al parecer había fallecido S.M., me respondió serían las tres y media de la mañana del día de hoy con poca diferencia”³⁵⁹.

Conviene situar con ese acto jurídico de certificación lo que podríamos denominar como la finalización de la muerte física o biológica del monarca. A partir de este momento, comienza un proceso diferenciado, una muerte ideal, un conjunto de ceremonias simbólicas en las que será necesario a cada momento distinguir realidad visible con fundamento de lo representado. Como dirá Gurievich en referencia a la cultura medieval, que tanto valoró el sentimiento de la muerte, “el reflejo de las esencias superiores más perfectas”³⁶⁰, que nos permitirán seguir penetrando, desde una nueva perspectiva, en el valor de los símbolos en la construcción de la imagen funeraria de la monarquía.

³⁵⁹ AGP, *Reinados*, Carlos III, Leg. 192, *Testamento y certificaciones de la muerte de Mariana de Neoburgo*. El propio marqués de Uztariz firmará el certificado de reconocimiento del testamento en el interior del Palacio de los duques del Infantado, donde falleció la última consorte de la Casa de Austria.

³⁶⁰ GURIEVICH, A: *Las categorías de la cultura medieval*, Madrid, 1990, p. 83 (cit. en MITRE: *Muerte y modelos...*, p. 15).

Capítulo 2

EL TESTAMENTO REGIO COMO EXPRESIÓN RELIGIOSA

Comenzamos nuestro acercamiento a las últimas voluntades escritas regias como expresión religiosa, que centraremos en su valor como conjunto de actitudes personales, fuente de conocimiento de mentalidad ante la muerte, en el intento de ir más allá de una visión como documento que dispone de herencia. Valiosos en el trazado de la historia política, en ocasiones se ha dejado de lado el análisis del perfil de su signatario. Para ello nos adentraremos inicialmente en un panorama historiográfico en torno a los testamentos de los primeros monarcas de la Edad Moderna en España, para examinar a continuación dos aspectos claves en esa actitud religiosa individual: la elección de santos intercesores y el señalamiento de eucaristías a modo de sufragio. Con ello podremos proponer una valoración conjunta del documento como tal, en el marco de la historia de las mentalidades ante la muerte.

El testamento, al que históricamente han podido añadirse uno o varios codicilos, instrumentos que conceptualmente han de ser adscritos al mismo instrumento, contiene las últimas voluntades del ser humano. Venegas lo consideraba tanto “una protestación de justicia con que el hombre se apareja a dar a cada uno lo suyo; cada quando que el tiempo determinado por Dios fuere cumplido” como “un decreto particular cuya fuerza se funda en el dominio que el testador tiene sobre la hacienda que justamente posee”³⁶¹. A pesar de inscribirse en el contexto de la religiosidad con la que el tratadista impregna su escrito, ambas definiciones son fuentes útiles para el estudio de aspectos como la legitimidad dinástica, el sentido de los reinos y territorios heredados y conquistados como propiedad del soberano, la idea de necesidad de proyectar justicia y equidad en el mundo que se abandona y el deber de sometimiento al dominio regio, todo un tratado ético y político del siglo XVI en el que no podemos penetrar por su amplitud.

En los albores de la Edad Moderna, su uso fue considerado valioso paso en el camino que conducía a lograr la salvación eterna. Comenzó a insistirse en que no se descuidase en absoluto su contenido, las posibilidades que ofrecía en orden a articular disposiciones de futuro. A partir del Concilio de Trento, si no canónicamente, al menos

³⁶¹ VENEGAS DE BUSTO, Alejo: *Agonía del tránsito de la muerte*, 1537, frag. 19 a 24, cit. en MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad...*, p. 190.

de hecho –sostiene López López- fue considerado casi un sacramento, afirmación que compartimos en la medida en que es indudable que el documento recibió una protección jurídica y eclesial de primer orden, elevando al máximo nivel el rango de la vinculación social y real al que quedaban sometidos las voluntades de quienes aparecían citados en el mismo, al exigirse mayor control en el cumplimiento en materias tales como los sufragios previstos. No pocos obispos hicieron que sus párrocos anotasen en los registros de sus iglesias quiénes otorgaban testamentos, las mandas religiosas concretas y si se cumplían, lo que revela mayor valoración y protección del documento que atestiguaba las creencias y voluntades³⁶². Sería erróneo, por tanto, contemplarlo como un mero acto de derecho privado, de carácter personal, para articular la transmisión de bienes mortis causa, una concepción actual que nos alejaría del contexto de la época moderna, en la que quien testaba no se dirigiría tanto a sus semejantes, o no solo a ellos, como se venía haciendo desde la Edad Media. Quien otorgaba el documento lo hacía movido por el deseo de arreglar o asentar las cosas de la conciencia y espíritu ante Dios, con los hombres como testigos. Era por tanto un documento eminentemente religioso, como sostiene Casey³⁶³. Y ese carácter permaneció estable durante el periodo histórico que abordamos en nuestra investigación³⁶⁴.

El interés de abordar los aspectos en torno a la muerte en los testamentos de los Austrias, como últimas voluntades en la primera Edad Moderna, cuando se crean y consolidan los panteones escurialenses como gran sistema sepulcral regio español, es triple. Fundamentalmente, recogeremos la posición de los reyes ante la muerte y la imagen que desearon transmitir mediante estos documentos, escritos con vocación de su conocimiento y difusión. Por otro lado, comprobaremos si la estructura formal de los mismos, en lo que a mentalidad ante mortem se refiere, es paralela a la que realizaban sus súbditos. Y por fin, nos centraremos en la importancia que en ellos se concede a la

³⁶² LÓPEZ LÓPEZ: *Ordenar las almas y disponer...*, p. 170.

³⁶³ CASEY, James: “Queriendo poner mi ánima en carrera de salvación: la muerte en Granada (siglos XVII-XVIII)”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 1 (2002), p. 20. El autor calificar el testamento, durante la Contrarreforma, como prolongación de la confesión sacramental previa a la muerte. En todo caso, la mayor parte de los testamentos se redactaba en los momentos previos o posteriores a la visita sacerdotal al moribundo.

³⁶⁴ La absoluta mezcla de lo público y lo privado, lo religioso y lo civil, continuará bien presente en los albores del siglo XVIII: “Deben llevar los testamentos invocación divina, y profesión de nuestra Santa Fe Católica; y es requisito tan necesario que sin ella quedarán muy sospechosos: después se previene la disposición de entierro, sepultura, missas que le han de dezir, deudas, mandas y mejoras. Si es casado, con quien; la dote que traxo su muger, su capital, los hijos, lo que ha dado a cada uno, y las demás declaraciones; nombrar albaceas, y heredero; y revocar todos los testamentos fechos antes”. Melgarejo, Pedro, *Compendio de contratos públicos. Autos de particiones, ejecutivos y de residencia*, Madrid, 1704, p. 76.

designación del lugar de sepultura. Analizaremos la naturaleza histórica y la fuerza jurídica y fáctica de la voluntad de los soberanos en este sentido.

Los monarcas españoles de los siglos XVI y XVII y sus consortes otorgaron uno o varios testamentos, si bien plantearemos duda en torno a una posible excepción. No se trata en absoluto de una obviedad: en la Europa occidental de finales del siglo XVI, apenas un 20% de la población con posibilidad de hacerlo optaba por dejar ese documento escrito³⁶⁵. Contamos con reyes castellanos de la Baja Edad Media que no lo hicieron, como Enrique IV, muerto en 1474. Aunque Suárez Fernández no desarrolla los motivos, preguntándose si no pudo o no quiso dejar por escrito referencias a la sucesión³⁶⁶. Pensamos que Azcona se acerca a la realidad al subrayar su incapacidad para “desatar el nudo gordiano de la sucesión” entre su hija Juana o su hermana de padre, Isabel. Al menos dejó nombrados letrados para dictaminar sobre ello y operar lo necesario³⁶⁷. Más que incapacidad, hablaríamos de miedo.

Al proponernos un acercamiento al testamento como expresión depurada de religiosidad regia, entendemos que conoceremos la manifestación de la personalísima posición de los monarcas y sus familiares ante el hecho cierto de la muerte, mediante el estudio de fuentes originariamente manuscritas. Los monarcas tuvieron que testar de manera fehaciente. Al abordar el tema, nos detendremos por tanto, especialmente, en el momento vital de su redacción y en aquellos contenidos del mismo que muestren la mentalidad ante el óbito propio, el deseo de afrontarlo haciendo compatibles la majestad regia con la vivencia del cercano momento del tránsito.

Aunque el presente estudio contemplará las últimas voluntades regias desde la historia de las mentalidades ante la muerte, con especial relevancia en las decisiones sobre la sepultura y los panteones regios, es fundamental destacar que el carácter territorial y patrimonial de la monarquía hacían, desde finales de la Alta Edad Media, no solo conveniente sino inevitable su redacción y firma. Su contenido era también netamente político: las grandes divisiones y agregaciones de reinos peninsulares se realizaron, en su práctica totalidad, en virtud de testamentos reales que fueron alegados en pleitos sucesorios que se sustanciaron en hechos bélicos.

³⁶⁵ Así se deduce de los estudios de zonas como Asturias o Málaga, o ciudades como Toledo o París (MARTÍNEZ GIL, Fernando: *Muerte y sociedad*..., p. 40).

³⁶⁶ SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *Enrique IV de Castilla. La difamación como arma política*, Barcelona, 2001, p. 528.

³⁶⁷ AZCONA, Tarsicio de: *Isabel la Católica*, Madrid, 2002, p. 144; “Isabel la Católica bajo el signo de la revolución y de la guerra (1464-1474)”, en VALDEÓN BARUQUE, Julio (ed.): *Isabel la Católica y la política*, Valladolid, 2001, p. 73.

2.1. Historiografía sobre los primeros testamentos reales de la Edad Moderna española.

Las últimas voluntades de Isabel la Católica se componen del testamento de la soberana, firmado el 12 de octubre de 1504 en las casas palaciales de Medina del Campo, donde falleció, y el codicilo, de 23 de noviembre, tres días antes de su muerte. Reverenciadas por sus sucesores como postreros escritos ejemplares y testimonios de sólida fe, la primera prueba escrita de reproducción con fines no jurídicos de la que tenemos noticia es de finales del siglo XVII, a cargo del erudito aragonés y cronista real Dormer³⁶⁸. En el IV Centenario del fallecimiento de la reina, Nicolás publicó un estudio del mismo, que debemos contextualizar en el lenguaje y sentimiento del momento³⁶⁹, que volvería a ser analizado por Gómez de Mercado cuatro décadas después, un largo ensayo que reproduce de nuevo testamento y codicilo³⁷⁰, aunque según Vázquez de Parga, sin haber acudido a los originales³⁷¹. El historiador, autor de la nota preliminar a la edición, en 1969, de las últimas voluntades de la reina Isabel, con motivo del IV centenario de su matrimonio con don Fernando, aportó un profundo estudio documental de ambas fuentes, su foliación y conservación; del Testamento, tras varios avatares³⁷², en el Archivo General de Simancas³⁷³ y del Codicilo, primero en la Biblioteca Real y

³⁶⁸ DORMER, Diego José: *Discursos varios de historia*, Zaragoza, 1683, pp. 314-372 y 373-387.

³⁶⁹ NICOLÁS, Antonio de: *El testamento de Isabel la Católica*, *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, 1 (1903-1904), pp. 446-445. El historiador identificaría la signatura escrita en la parte superior central de la primera página del original del testamento (& 509 18) como la clasificación del documento efectuada en París tras su robo durante la Guerra de la Independencia.

³⁷⁰ GÓMEZ DE MERCADO Y DE MIGUEL, Francisco: *Isabel I, Reina de España y Madre de América. El espíritu y la obra de la Reina Católica en su testamento y codicilo*, Granada, 1943.

³⁷¹ VÁZQUEZ DE PARGA, Luis: *Testamento y Codicilo de la Reina Isabel la Católica. 12 de octubre y 23 de noviembre de 1504*, Madrid, 1969.

³⁷² ÁLVAREZ ÁLVAREZ, Arturo: “Guadalupe, paraíso de la Reina Católica”, en NAVASCUÉS PALACIO, Pedro (ed.): *Isabel la Católica. Reina de Castilla*, Barcelona, 2002, p. 371. En la cláusula 46 de su testamento la reina disponía que el original se depositase en el monasterio de Guadalupe. El historiador, sostiene que el documento se llevó allí en 1511, lo que demostrarían una instrucciones escritas el 26 de junio de aquel año, firmadas por López de Lizarraga, secretario, contador y uno de los albaceas de la reina, dirigidas al prior y acompañadas al menos de la bolsa con cubierta que aún se conserva con la inscripción “El testamento de la Reyna Doña Ysabel y su codicilo”. Habría salido en dirección a Simancas en 1575 por orden de Felipe II, a tenor del Libro de Copias de Patronato Real, Libro primero, fol. 64, en un conjunto documentos que el monarca remitió al archivo. Cuando en 1552 fueron remitidas al monasterio las dos partes litigantes de un pleito en el norte de España para consultarlo, los monjes alegaron que lo que poseían era solo un “traslado” o copia autorizada.

³⁷³ AGS, *Patronato Real*, 30-2. Según el estudio de Vázquez de Parga, Fernando el Católico autorizó la salida de las copias autenticadas, previstas en el propio testamento, para ser llevadas a la catedral de Toledo y al monasterio granadino de santa Isabel (donde la reina deseaba ser enterrada), dos años después de su otorgamiento, en 1506, a pesar de algunos defectos formales de transcripción, aunque el original

después en la Biblioteca Nacional³⁷⁴, donde permanecen en la actualidad³⁷⁵. Propuso además una segunda numeración de su clausulado (la primera era de Gómez de Mercado) que, aunque no distribuía el contenido por igual, arrojaba el mismo resultado: 46 cláusulas en el Testamento y 17 en el Codicilo, aportando además título temático a cada una, que facilita su localización y lectura razonada.

González Sánchez relaciona con equilibrio el contexto político y religioso en un estudio extenso, quizá el más prolijo y completo de los realizados hasta hoy, no solo en torno a sus últimas voluntades, sino a su fallecimiento y el entorno en el que este tuvo lugar, al que añade la transcripción del de Fernando el Católico. El historiador analiza cada una de las cláusulas de testamento y codicilo, tanto en desde la perspectiva del documento en sí como con respecto a su repercusión³⁷⁶.

Entre los más recientes estudios figuran los que acompañan a transcripciones en ediciones conmemorativas del V centenario del fallecimiento de la Reina Católica, cumplido en 2004. Así, Maza, Ribot, del Val y Valdeón Baroque lo incluyeron en el volumen con documentos claves del periodo publicado con motivo de una de las exposiciones internacionales organizadas con ese motivo, si bien sus ensayos no entran tanto en el contenido sustantivo de dicha fuente, transcrita en el mismo por García Cañón y Medrano Fernández, sino en el valor historiográfico de lo publicado³⁷⁷. Reyes Ruiz preparó la edición del testamento y codicilo de la reina en 1504 ofrecida por la Capilla Real de Granada, que incluyó el del Rey Fernando y la carta fundacional del templo que acoge los restos de ambos³⁷⁸. Incide en su contenido político, si bien contiene alusiones a la personalidad y fe de la reina, el análisis de Ladero Quesada³⁷⁹.

aún permanecía bajo su custodia en 1511. El autor sostiene que “se dice que acabaron en Simancas entre 1543 y 1545”.

³⁷⁴ BNE, *Manuscritos*, 6916, f. 1-2.

³⁷⁵ Acabarían en el despacho de las estancias privadas de Felipe II en El Escorial. El monarca ordenaría que fuese conducido, junto a su propio testamento y el de Carlos V, al Archivo de Simancas (FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: “Introducción”, en *Testamento de Carlos V*, Madrid, 1982, p. I).

³⁷⁶ GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Vidal: *El Testamento de Isabel la Católica y otras consideraciones en torno a su muerte*, Valladolid, 2001. Los fragmentos del testamento de la reina que se reproducen en el presente trabajo, así como los números de “cláusulas” que se citan proceden de este ensayo, que se identifica en las notas como *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001. De la misma forma, los fragmentos del testamento de Fernando el Católico, reproducidos y citados serán identificados como *Testamento de Fernando el Católico*, ed. 2001.

³⁷⁷ MAZA ZORRILLA, Elena, RIBOT PÉREZ, Luis, VAL VALDIVIESO, Isabel del, VALDEÓN BARUQUE, Julio (coords.): *Isabel la Católica. Reina de dos mundos (1451-1504)*, Madrid, 2005.

³⁷⁸ REYES RUIZ, Manuel (ed.): *Testamento de la reina Isabel la Católica. Testamento del rey Fernando el Católico*, Granada, 2004.

³⁷⁹ LADERO QUESADA, Miguel Ángel: “Castilla a la muerte de Isabel la Católica: balance del reinado y testamento de la reina”, en GONZÁLEZ ALONSO, Benjamín (coord.): *Las Cortes y las leyes de Toro de 1505. Actas del congreso conmemorativo del V Centenario de la celebración de las Cortes y de la publicación de las Leyes de Toro de 1505*, Valladolid, 2006, pp. 19-44.

Un estudio planteado inicialmente sobre lo que sucedió con los bienes de la soberana en el cumplimiento de sus mandas testamentarias arrojó un amplio resultado sobre el contenido espiritual y material del testamento. Nos referimos a “Testamentaría de Isabel la Católica”, el clásico de Torre y del Cerro, que ofrece numerosas claves sobre los gustos de la reina, especialmente en lo que a su colección artística se refiere, tan plagada de objetos que revelan su religiosidad³⁸⁰.

Varios biógrafos de la soberana han abordado con profundidad su mentalidad ante la muerte a través del testamento, tanto en los perfiles sobre su vida como en estudios específicos de sus últimas voluntades o sobre facetas originales de su personalidad. Así, Suárez Fernández ha subrayado su fe y las difíciles circunstancias dinásticas del fin de su reinado, poniendo de relieve el perfil religioso y político del documento³⁸¹. Azcona, en la revisión del estudio del testamento que propuso en su primera edición de la biografía de la soberana de 1964, ha incluido novedosas conclusiones en torno al conocimiento previo que se pudo tener del texto en vida de la soberana y que pudo motivar algunos contenidos del codicilo posterior³⁸².

Es lógico que la historiografía sobre las últimas voluntades de los Austria intentase el tratamiento conjunto del testamento como fuente. Trigo Chacón incluyó la transcripción de los cinco primeros testamentos Austria, así como el de Isabel la Católica, en un estudio general sobre la España imperial, aunque sin citar la procedencia ni analizar su contenido³⁸³.

La edición facsímil de los testamentos de los monarcas Austria españoles por parte de Editora Nacional en 1982 constituye hasta ahora el mayor esfuerzo historiográfico conjunto en torno a las últimas voluntades regias españolas, no solo por incluir su transcripción, sino estudios previos de prestigiosos historiadores, conocedores de la figura y reinado de los otorgantes. Fernández Álvarez introdujo los de Carlos V³⁸⁴

³⁸⁰ TORRE Y DEL CERRO, Antonio de la: *Testamentaría de Isabel la Católica*, Valladolid, 1968. La obra reproduce el testamento (pp. 445-475).

³⁸¹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: “Análisis del Testamento de Isabel la Católica”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 13 (1992), pp. 81-90.

³⁸² AZCONA, Tarsicio de: *Isabel la Católica. Vida y reinado*, Madrid, 2002, pp. 584-598.

³⁸³ TRIGO CHACÓN, Manuel: *La España imperial. Con los testamentos de los reyes de la dinastía austriaca española*, Tres Cantos, Madrid, 2009.

³⁸⁴ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: “Introducción”, en *Testamento de Carlos V*, Madrid, 1982, pp. I-XXXVIII. Del testamento del emperador, redactado en Bruselas el 6 de junio de 1554, se hicieron varias copias manuscritas durante el siglo XVI, entre las que figura la conservada en la BNE, *manuscritos*, 18642. El historiador localizó otra copia en la Bibliothèque Nationale de París, secc. Fondos españoles, ms. 23038, fols. 189-246.

y Felipe II³⁸⁵; Seco Serrano el de Felipe III³⁸⁶ y Domínguez Ortiz estudia el de Felipe IV y Carlos II³⁸⁷. Todos ellos incluyeron consideraciones en torno a la religiosidad de los monarcas, si bien centraron sus extensos análisis en cuestiones políticas y en la importancia que para la monarquía tuvieron el conjunto de cláusulas testamentarias³⁸⁸.

Del de Carlos V, Fernández Álvarez destaca que el propio cronista Sandoval no solo lo tuvo presente para la redacción de su “Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V”, publicada en Valladolid en 1604, sino que incluyó en la obra las últimas voluntades, aunque con frecuentes errores y alteraciones en el orden de las cláusulas, que atribuye a deseos de corregir el estilo por su afán humanista. Quizá podamos interpretar esas adaptaciones en el marco de las severas restricciones que Felipe II impuso, durante todo su reinado, a la publicación de relatos oficiales sobre los hechos políticos y militares acaecidos durante el del emperador, cuyo efecto perduró hasta publicarse la crónica, ya comenzado el reinado de Felipe III³⁸⁹. En todo caso, Carlos Seco Serrano había reeditado el clásico de Sandoval, en 1956, con un extenso estudio preliminar³⁹⁰.

Estal Gutiérrez publicó y analizó una escritura de ejecución del codicilo del testamento de Felipe II de manos de su hijo, Felipe III, en un amplio ensayo³⁹¹. Rodríguez de Diego añadió un estudio crítico a la edición facsímil del testamento de aquel monarca, publicada en 1997 por Patrimonio Nacional³⁹². De la introducción de Fernández Álvarez a la que hemos aludido es destacable su mención a la posibilidad de una primera edición del documento, poco después de la muerte del soberano, en Maguncia, así como la primera vez que la copia existente en la Biblioteca de El Escorial se editó en Madrid, en 1882, por Sánchez Pinillos³⁹³.

³⁸⁵ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: “Introducción”, en *Testamento de Felipe II*, Madrid, 1982, pp. I-XXXVI.

³⁸⁶ SECO SERRANO, Carlos: “Introducción”, en *Testamento de Felipe III*, Madrid, 1982, pp. I-XLVII.

³⁸⁷ DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: “Introducción”, en *Testamento de Felipe IV*, Madrid, 1982, pp. I-LIV; “Introducción”, en *Testamento de Carlos II*, Madrid, 1982, pp. I-LVIII.

³⁸⁸ Los fragmentos de los testamentos de Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II, reproducidos y citados en el presente trabajo, proceden de la edición de 1982, que se identifica en las notas como *Testamento de [monarca que corresponde]*, ed. 1982.

³⁸⁹ Vid. KAGAN, Richard L: *Los Cronistas y la Corona. La política de la historia de España en las edades Media y Moderna*, Madrid, 2010; “Fray Prudencio de Sandoval, obispo e historiador (familia y estudios)”, *Príncipe de Viana*, 158-159 (1980), pp. 161-190.

³⁹⁰ SECO SERRANO, Carlos: “Vida y obra de fray Prudencio de Sandoval”, en SANDOVAL, Fray Prudencio de: *Historia del emperador Carlos V*, Madrid, 1955 (ed. SECO SERRANO, Carlos), pp. VII-XLVIII.

³⁹¹ ESTAL GUTIÉRREZ, Juan Manuel del: “Escritura de ejecución del codicilo último de Felipe II por su hijo y sucesor Felipe III”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 214 (2001), pp. 753-859.

³⁹² RODRÍGUEZ DE DIEGO, José Luis: *El testamento de Felipe II*, Madrid, 1997.

³⁹³ SÁNCHEZ PINILLOS, Miguel (ed.): *Testamento y Codicilo del Rey don Felipe II*, Madrid, 1882.

Uno de los más recientes estudios sobre últimas voluntades regias es el de Hermosa Espeso, que proporciona interesantes novedades en torno al de Felipe IV. Basado en el *Discurso* que el monarca ordenó redactar al abogado José González hacia 1663-1664 y centrado en su influencia, hasta ahora desconocida, en la redacción del testamento final, la historiadora establece hipótesis sobre el momento y contexto en el que el rey escribió sus últimas voluntades y proponiendo una revisión de la cronología de la redacción del mismo³⁹⁴. Hugon, reciente biógrafo del monarca, ha incluido un acercamiento a su testamento con mención expresa a las cláusulas en torno a su religiosidad³⁹⁵.

En la mayoría de las biografías de los primeros monarcas de la Edad Moderna, los análisis de los testamentos se refieren a las cuestiones de índole política o familiar, sin penetrar en cuestiones religiosas o la mentalidad ante la muerte. Resulta por ello de interés abordar un acercamiento en el marco de la imagen dinástica referida a las principales cuestiones de óbito y sepulcro, objeto principal del presente trabajo.

2.2. Mentalidad ante la muerte e imagen regia en los clausulados.

Es difícil precisar con carácter general el momento de redacción de un testamento. En general se consideraba que el idóneo era el comienzo de la última enfermedad. Pero en el Cuarto Real las circunstancias eran otras. Lejos de ventilarse pequeñas fortunas o tierras de labranza, se trataba de la sucesión en la legitimidad para el ejercicio del poder en reinos y territorios. No había lugar para humanos respetos ante la solemnidad del acto o el hecho triste al que venía inexcusablemente vinculado. Tomando como ejemplo los testamentos regios españoles de la Casa de Austria, podría deducirse de sus párrafos introductorios, en buena lógica, que los más jugosos en cuanto

³⁹⁴ HERMOSA ESPESO, Cristina: “El testamento de Felipe IV y la Junta de Gobierno de la minoridad de Carlos II. Apuntes para su interpretación”, *Erasmus. Revista de Historia Bajomedieval y Moderna*, 1 (2014), pp. 102-120. El ensayo cuestiona toda la interpretación clásica de la historiografía sobre las disposiciones políticas de Felipe IV en torno al nacimiento de la Junta de Gobierno, órgano que hasta ahora se ha presumido creado para asesorar a la regente Mariana de Austria y evitar la repetición de un valimiento. En realidad habría respondido al perfecto cálculo de cuál era la forma de gobierno que mejor se adaptaba a la leyes vigentes (Partidas en Castilla, Fueros en Aragón, etc.), para garantizar la unión de los reinos y el futuro de la herencia en la minoría de un heredero no jurado en Cortes. Y a ello habría contribuido el “Discurso del licenciado José González, del Consejo y Cámara de S.Mjd., sobre la disposición de tutoría y gobierno que debe dejar un rey cuando fallece y queda en menor edad el príncipe heredero” (British Library, Eg. 2057, ff. 17r-36v), citado por primera vez en HERMOSA ESPESO, Cristina: *Una mirada a la Monarquía española de finales del reinado de Felipe IV. José Arnolfini de Illescas*, Valladolid, 2010, p. 30.

³⁹⁵ HUGON, Alain: *Felipe IV y la España de su tiempo. El siglo de Velázquez*, Barcelona, 2015, pp. 329 y 330.

a contenido corresponden a aquellos monarcas que los firman estando sanos, apelando a la fugacidad de la vida y al deseo de alcanzar la eterna. Por el contrario, podría pensarse que aquellos soberanos que testan en grave enfermedad prefieren no justificarse excesivamente, extendiéndose en largos preámbulos.

Procede señalar como jalón el otorgamiento de testamento inmediatamente antes de marchar a un enfrentamiento bélico, herencia medieval que en el caso de los monarcas concluyó cuando dejaron de estar presentes en los campos de batalla. Vicens Vives refiere la existencia de uno de Fernando el Católico, firmado el 12 de julio de 1475 –plena guerra de Sucesión–, cuando los partidarios portugueses de Juana la Beltraneja habían entrado en tierras extremeñas, camino de Plasencia, y el propio monarca salía a su encuentro al frente de las tropas³⁹⁶.

El comienzo de la Edad Moderna marca un punto de inflexión: si en el común era frecuente redactar testamentos, además de por causa de enfermedad, al comenzar un largo viaje, con el establecimiento de cortes sedentarias la casuística de lo que denominaríamos “testamento por desplazamiento” quedaría agostada. La última muestra que hemos encontrado de últimas voluntades regias ante una larguísima travesía es el de Felipe I (1478-1506) quien, tras la muerte de Isabel la Católica y a punto de iniciar su viaje a la península con el objetivo de ser reconocido rey de Castilla junto a su consorte, doña Juana, dictó uno en Bruselas, fechado el 26 de diciembre de 1505³⁹⁷. Del peligro del viaje es prueba que varias naves de la comitiva en la que viajan naufragaron frente a las costas del sur de Inglaterra, pasando tres meses acogidos por Enrique VII. No desembarcaron en La Coruña hasta finales de abril en 1506.

El monarca proclamado, en el trono, testaba como soberano *propietario* de los reinos. Esa apreciación nos hizo considerar al comenzar el presente estudio si sería frecuente que el rey signase últimas voluntades al comenzar reinado. Como veremos, los Austria asociaron el documento a momentos más avanzados de su vida, cuando la previsión de la sucesión o la enfermedad imponía tomar decisiones por escrito.

³⁹⁶ Habría actuado como amanuense fray Hernando de Talavera, consejero espiritual de Isabel la Católica. Aunque no corresponde tratar en el presente estudio las consecuencias políticas de la decisión, el entonces rey de Sicilia y heredero del trono aragonés nombraba sucesora de sus derechos a la princesa Isabel, pidiendo a Juan II que modificara la ley semi-sálica que impedía a la mujeres heredar el trono de Aragón, aunque les permitía transmitir derechos dinásticos. VICENS VIVES, Jaime: *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón* (ed. MARTÍN GELABERT, Miquel Àngel, Zaragoza, 2006, p. 420). Como sabemos, posterior testamento y descendencia del monarca anularon esas previsiones.

³⁹⁷ El Duque de Borgoña aseguraba en un texto relativamente breve la dote de sus hijas y dejaba sus bienes y posesiones a sus hijos varones. AGS, Patronato Real, 57-107, IV. Cit. en ZALAMA, Miguel Àngel: “Felipe el Hermoso y las artes”, en ZALAMA, Miguel Àngel, VANDENBROECK, Paul: *Felipe I el Hermoso. La belleza y la locura*, Madrid, 2006, p. 43.

En las consortes, la maternidad condicionaba rotundamente este momento. La cercanía de un parto, las condiciones de higiene y recuperación tras los alumbramientos, hizo que la mayoría de las reinas españolas dictasen testamento durante su primera gestación. En muchos casos, con diecisiete o dieciocho años. Como en el resto de las capas sociales que testaban. De la mayoría de las reinas consortes e infantas consta la existencia de disposiciones en previsión post mortem, signadas con anterioridad al primero de sus partos, sobre todo durante los siglos XVI y XVII, dado el alto índice de mortandad entre las madres que daban a luz en la época. Un primer ejemplo significativo de lo que ya era costumbre fue la emperatriz Isabel de Portugal (1503-1539), que ante la cercanía del parto en el que vendría al mundo Felipe II, participó en la preparación de un borrador... que no concluyó, como recuerda Alvar Ezquerro, en acto jurídico como tal, pues no llegó a firmarlo³⁹⁸. Estimamos que sus características responden plenamente, en forma y contenido, a las de las últimas voluntades de una consorte que pide la intercesión de la Virgen y los Santos ante su alumbramiento, y quiere dejar las cosas bien previstas por si Dios dispusiera su muerte.

María Manuela de Portugal, primera esposa de Felipe II, lo firmó antes de dar a luz a don Carlos, maternidad que le costaría la vida, con un clausulado que bien puede ser puesto como ejemplo de sumisión a la voluntad de su consorte en la cuestión que tanto nos atañe de selección de sepultura: la princesa de Asturias deseaba ser enterrada donde su esposo determinase “y sin tan presto no está determinado”, insistía en que fuese donde su viudo quisiera³⁹⁹.

Convencida de esperar un hijo, con el vientre hinchado por una hidropesía que muy probablemente acabó coadyuvando como causa a su óbito, María Tudor, segunda

³⁹⁸ El documento está fechado en mayo de 1527, aunque sin día. ALVAR EZQUERRA, Alfredo: *La Emperatriz. Isabel y Carlos V: Amor y Gobierno en la corte española del Renacimiento (1503-1539)*, Madrid, 2012, p. 134. Isabel de Portugal firmaría un “segundo” testamento el 7 de marzo de 1529, en Toledo, coincidiendo con su nombramiento como gobernadora de Castilla en la primera ausencia de Carlos V, en Valencia y Aragón. En el mismo citará expresamente a varios santos intercesores: el arcángel san Miguel, san Juan Bautista, san Antonio, santa Isabel y santa María Magdalena. Aunque en 1527 deseaba ser enterrada en la Capilla Real de Granada, junto a sus abuelos los Reyes Católicos, esta vez, con su esposo: “sea sepultada donde su majestad se mandare enterrar y sepultar”. La emperatriz volverá a disponer un “tercer” testamento, de igual contenido que el anterior el 7 de marzo de 1535, cuando había quedado como lugarteniente general con motivo con la salida de Carlos V hacia la campaña de Túnez y su embarazo de la infanta doña Juana (que fuera princesa heredera de Portugal), que nacería el 23 de junio.

³⁹⁹ A su suegro, el emperador “pareció que era bien depositarse su cuerpo en el monasterio de San Pablo des de Villa [Valladolid]. Esta bien que si después pareciere que se debe mudar, se podrá hazer”. Lo que demuestra la provisionalidad de las decisiones sepulcrales regias de mediados del siglo XVI, con vistas ya a un panteón dinástico. AGS, Casa y Sitios Reales, Leg. 73, s/f, *Relación del testamento y cobdeçilo de la princesa doña María que gloria aya*. Correlativo en AGS, PTR, Leg. 31, doc. 23, cit. en PASCUAL MOLINA, Jesús Félix: *Fiesta y poder. La corte en Valladolid (1502-1559)*, Valladolid, 2013, p. 261.

consorte del monarca, se recluyó en palacio en febrero de 1558 e hizo testamento el 30 de marzo. Cuando se desengañó, cuando la mentalidad ante el tránsito imponía la realidad de contemplar el futuro del reino de Inglaterra, hubo de añadir un codicilo, que firmó el 28 de octubre, tres semanas antes de su muerte⁴⁰⁰.

Margarita de Austria, consorte de Felipe III, signó su testamento en Valladolid antes del 22 de septiembre de 1601, fecha en que nació su primera hija, la infanta Ana Mauricia, futura reina de Francia⁴⁰¹. Su nuera Isabel de Borbón, primera consorte de Felipe IV, firmó el suyo el 11 de noviembre de 1623, pero lo revocó un día antes de su muerte, casi trece años después, dando poder absoluto a su marido para que ordenase su última voluntad conforme a lo hablado durante los años de su matrimonio⁴⁰². Se trata de una muestra más de un testamento “provisorio”. Podría o no ser aplicado finalmente. En todo caso, respondía a la necesidad de ordenar cuestiones jurídicas antes de afrontar los partos y dejaba en paz la conciencia y alma de la otorgante.

Este panorama no debe alejarnos de otros casos. Hubo soberanas que no se vieron acuciadas por embarazos para testar, como las dos consortes de Carlos II. La primera, María Luisa de Orleáns, hizo testamento la noche anterior a su muerte, acaecida en el Alcázar de Madrid el 12 de febrero de 1689⁴⁰³. Mariana de Neoburgo dictó testamento en dos ocasiones durante su viudedad, cambiando la identidad del heredero de sus bienes materiales del sucesor de su marido, Felipe V (a quien declaraba heredero en su primer testamento, signado en 1730) a la consorte del mismo, su sobrina carnal la reina Isabel de Farnesio. Con ella mantuvo frecuente correspondencia en la que no dejó de testimoniarle gran cariño. Los motivos de la viuda de Carlos II son un apasionante interrogante; reina viuda, quizá quiso mejorar la posición de quien previsiblemente conocería la soledad tras haber sido consorte. Quizá fue también, en

⁴⁰⁰ “Creendo que estoy esperando un hijo en legítimo matrimonio (...), conociendo el gran peligro que por disposición divina afecta a todas las mujeres cuando dan a luz (...)”. PÉREZ MARTÍN: *María Tudor. La gran reina desconocida*, Madrid, 2008, p. 824.

⁴⁰¹ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, ed. 1997, p. 113. El cronista se extiende en explicar que se difundió que el duque de Lerma intentó que el testamento no fuera cerrado, sino abierto, pero la soberana se negó. Margarita de Austria fue autorizada por Felipe III en aquella ocasión para disponer de una cuantía de doscientos mil ducados, cifra en lo que entendemos se valoraba su patrimonio privado de libre disponibilidad.

⁴⁰² FLÓREZ: *op. cit.*, p. 934.

⁴⁰³ La muerte de una consorte regia siempre va aparejada a protestaciones de fidelidad marital: “...y a deshora de la noche viernes mandó la Reyna que le llamasen al Rey que no quería morir sin verle, vistiose el Rey y se hablaron con gran ternura, y entre otras razones dijo la Reyna: “Muchas mujeres podrá tener V.M., pero ninguna que le quiera más que yo. Mandó que le trajesen al Presidente de Castilla Conde de Oropesa y al Secretario de Despacho Don Manuel de Lira con quienes hizo su testamento” (*Relación de la enfermedad y muerte de la Reyna Doña María Luisa de Borbón, sucedida en 12 de febrero de 1689*, BNE, Manuscrito 10330, fol. 180 a 210, cit. en MAURA, Duque de: *María Luisa de Orleáns, Reina de España. Leyenda e Historia*, Madrid, 1943, p. 268).

cierto modo, una manera de agradecer que cualquier intento que pudiera realizar su sobrina por conseguir que su esposo dispusiera el fin de su exilio en Bayona. Al final de sus días, solo logró que Felipe V le autorizase a residir en Guadalajara. Y su testamento proporcionó más penas que alegrías: numerosos atrasos en los gajes a sus servidores, pagos pendientes a proveedores... Isabel de Farnesio aceptaría rápidamente la posesión de las joyas y alhajas que quedaron en el Palacio del duque del Infantado⁴⁰⁴. Cuando se descubrió que de la ejecución de la testamentaría resultaban numerosas cargas, fue suspendida, hasta que, al regresar su primogénito, la reina vio complacida como Carlos III se hacía cargo de las deudas post mortem de la que había sido última soberana consorte de los Austria.

Nos preguntamos si durante los siglos XVI y XVII, en los que hemos centrado nuestro análisis, el testamento regio respondió a la estructura clásica de las últimas voluntades que recogían los escribanos públicos. Siguiendo a Gómez Navarro, el escrito se articulaba comúnmente en dos partes, que agrupaba por un lado cláusulas declaratorias o expositivas, que la historiadora entiende como más estereotipadas –lo que constituye el preámbulo testamentario-, y por otro el conjunto de las disposiciones decisorias y dispositivas, tanto religiosas como profanas, que nosotros entendemos como de carácter directamente material⁴⁰⁵.

En el primer grupo figura el encabezamiento o invocación; la *confessio* o protesta de fe; la consideración o reflexión sobre la muerte; la consideración hacia el testamento en sí; las peticiones de intercesión y la *encomendatio animae*. Ese preámbulo, como veremos, será del mayor interés en materia de religiosidad.

El segundo estaría compuesto por la elección de mortaja; acompañamiento fúnebre o tipo de entierro; determinación del lugar de sepultura; número y lugar de las misas; mandas o legados píos forzosos; mandas y legados píos libres; consideraciones sobre estado civil y familiares; legados profanos; deudas; elección de albaceas, tutores,

⁴⁰⁴ AGP, Felipe V, Leg. 269, San Lorenzo, Testamentaría de Mariana de Neoburgo. *Recibo del marqués de Scotti de todas las joyas y alhajas contenidas en el cofre nº 1 del inventario que se hizo por muerte de S.M. viuda, en el palacio de Guadalajara*, 22 de noviembre de 1740. cit. en LAVALLE-COBO, Teresa: *Isabel de Farnesio. La reina coleccionista*, Madrid, 2002, p. 150. La historiadora refiere que otros bienes quedaron depositados en un convento madrileño y en una casa de la calle Libertad. Tras el inventario, la soberana se quedó con algunas pinturas y vendió posteriormente varias obras a su hijo el infante don Luis. Lavalle-Cobo, que ha estudiado con detenimiento la colección pictórica privada de la reina, subraya la dificultad en su identificación, por las vagas descripciones del inventario.

⁴⁰⁵ GÓMEZ NAVARRO, María Soledad: “La fe como patrimonio inmaterial del catolicismo en la “confessio” testamentaria española del antiguo régimen: una reflexión metodológica”, en CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier (coord.): *Patrimonio inmaterial de la Cultura Cristiana*, San Lorenzo de El Escorial, 2013, p. 54.

comisarios partidores e identificación de los herederos y, finalmente, revocación de eventuales testamentos anteriores.

Durante la Edad Moderna el testamento regio es un documento formalmente uniforme, pero no rígido. Nos encontramos ante caracteres comunes, como una extensa afirmación de identidad o la descripción de posesiones territoriales.

La auto identificación puede parecer de nuevo algo obvio, pero no lo es si presentamos el testamento como uso documentario social extendido⁴⁰⁶. El monarca español bien podría haber prescindido de datos específicos que lo individualizaran ante sus súbditos y el resto de soberanos extranjeros, en definitiva, que le elevaban del común los mortales. En los documentos analizados, los soberanos aparecían como herederos y defensores de una concepción religiosa y política, una preciosa propiedad cuya posesión se había ejercido con responsabilidad, como se razonaba a lo largo del contenido subsiguiente del escrito. Sin embargo también figuraban como legítimos propietarios y titulares de reinos, ostentados por derecho propio, que se configuraban como valioso depósito que se habían custodiado conjunta e inseparablemente unidos. Y a la hora de presentarse ante Dios y sus súbditos en la hora postrera, esa identificación convivía orgullosa en perfecta armonía con naturales cláusulas de humildad, en las que se presentaban como pecadores necesitados de misericordia.

De los monarcas del periodo que analizamos, el título más largo recogido, lógicamente, es el de Carlos V, que tras la invocación inicial se identificó para la posteridad como:

“Nos don Carlos, por la divina clemencia Emperador de los Romanos, Augusto Rey de Alemaña, de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Secilias, de Hierusalém, de Ungría, de Dalmaçia, de Croaçia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valençia, de Galizia, de Sevilla, de Mallorca, de Çerdeña, de Córdova, de Córçega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algezira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Océano. archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Brabante, de Lothoringia, de Carintia, de Carniola, de Linburg, de Luçenburg, de Gueldres, de Athenas, de Neopatria, conde de Barcelona, de Flandes, de Tirol, de Auspurg, de Arthois y de Borgoña, palatino de Hano, de Olandia, de Zelandia, de Ferrete, d Friburg, de Hanurg, de Rosellón, de Hutfania, Langrave de Alsacia, marques de Burgonia y del Sacro Romano Imperio, de Oristán y de Gociano, príncipe de Cataluña y de Suevia, señor de Frisia, de la Marcha Esclavonia, de Puerto Haon,

⁴⁰⁶ Así, por ejemplo, en el Toledo de mediados del siglo XVII, poco más de la mitad de los testamentos reflejaban los datos profesionales de sus signatarios. MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad*..., p. 37.

de Vizcaya, de Molina, de Salinas, de Tripol y de Malinas, etc. Conociendo que no ay cosa más çierta a los hombres que la muerte (...) ⁴⁰⁷”

En torno a la *confessio*, también llamada protestación de fe, Pavón Benito describe los largos enunciados teológicos en los preámbulos testamentarios de la época como un rasgo de “densidad teológica” a la que, en el caso de los reyes castellanos y los primeros monarcas de la dinastía Austria, entendemos debe sumarse una indudable nota pedagógica y de adhesión a la Iglesia. En la *confessio* testamentaria de los monarcas de los siglos XV y XVI podemos hablar de todo un despliegue de dogmas católicos⁴⁰⁸. El de Isabel la Católica, otorgado el 12 de octubre de 1504 en el mismo lugar en el que fallecería un mes y medio después, es quizá el ejemplo de más extensa *confessio* de la historia de la monarquía española. Dictado por la reina al secretario Gaspar de Gricio, hombre de su confianza y reserva, para Suárez Fernández está redactado bajo el convencimiento de un oficio real que “es apenas un revestimiento de la persona y debe vivirse, bajo la forma de deber impuesto, con obediencia y sometimiento a la fe”⁴⁰⁹. Si atendemos a la religiosidad, es decir, a la dimensión más íntima, que reside en el interior del alma de quien se retrata en ellas, las últimas voluntades de la reina se insertarían plenamente en la línea del “aparejarse a bien morir” que se habían extendido en la Baja Edad Media y vivirían su auge en el siglo XVI. Si atendemos a la religión, es decir, a contemplar el testamento como un hecho religioso, con una dimensión social y política, las últimas voluntades de Isabel han de entenderse en el pleno convencimiento de que la unidad religiosa era condición previa a la unidad política⁴¹⁰. Ambos aspectos, desarrollados de manera procedimental por Alcalá Galve para analizar decisiones históricas del reinado, como el establecimiento de la Inquisición o la expulsión de los judíos, no constituyen una cuestión semántica. La fe era considerada el mayor bien, camino de salvación eterna, en una sociedad en la que la religión no pertenecía al ámbito privado, sino se extendía plenamente a todos los aspectos de la esfera pública⁴¹¹.

⁴⁰⁷ *Testamento de Carlos V*, ed. 1982, Preámbulo.

⁴⁰⁸ PAVÓN BENITO, Julia: “Ut post nostrum obitum mereamur regna celorum. Actitudes ante la muerte en la Navarra altomedieval”, en AURELL: *op. cit.*, p. 57.

⁴⁰⁹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: “Análisis del Testamento de Isabel la Católica”, *Cuadernos de historia moderna*, 13 (1992), p. 85. El historiador precisa que esto no quería decir que la soberana dejase que el reino fuese gobernado por el clero, que tendría un deber paralelo y concurrente con la corona en la promoción y defensa de la fe.

⁴¹⁰ SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: “Dimensiones religiosas en Isabel la Católica”, en CHECA CREMADES, Fernando: *Isabel la Católica. La magnificencia de un reinado. Quinto centenario de Isabel la Católica*, Madrid, 2004, p. 51.

⁴¹¹ ALCALÁ GALVE, Ángel: “Política religiosa de los Reyes Católicos. La Inquisición. La expulsión de los judíos”, en VALDEÓN BARUQUE, Julio (ed.): *Isabel la Católica y la política*, Valladolid, 2001, pp. 117-

Así lo han considerado también distintos autores que se han acercado a las creencias de la soberana en el marco de la religiosidad de la época, desde posiciones entregadas a su figura como las de Rodríguez Valencia⁴¹², García García de Castro⁴¹³ o Cereceda⁴¹⁴ a visiones más objetivas, como la del conjunto de la obra de Suárez Fernández, el perfil biográfico propuesto por Azcona⁴¹⁵, el acercamiento de Vara Sanz⁴¹⁶, o críticas, tales como las de Muñoz Fernández⁴¹⁷. En sentido paralelo, tal protestación de fe condiciona el análisis de las restantes cláusulas de humildad, como la de sepultura, que pidió llana, bajo suelo, como veremos, los límites de gasto en sus honras fúnebres y el reparto del dinero que se hubiera empleado a los pobres.

Pensamos que caracterizar la *confessio* de Isabel la Católica como un ejercicio de sencilla profesión o abajamiento de verdades de fe, común a otros testamentos y comparable por tanto a expresiones que responderían a una mentalidad ante mortem en otras capas sociales de la época, no debe conducirnos hacia una idealización de su figura histórica. A la contextualización de la idea que de sí misma sentía la soberana en el plano religioso, que sin duda sobresale en el texto, conviene añadir otras reflexiones, como el alto concepto que tuvo de su persona en el marco de la dignidad real, algo que se deduce del brillo de su corte o el entorno material de su reinado, como sugiere Ladero Quesada, y que estimamos presente en el conjunto del clausulado⁴¹⁸.

Estas reflexiones son extensibles en gran parte a las *confessio* de los restantes testamentos Austria. Para Fernández Álvarez, la comparación del testamento de Carlos V con el de su abuela materna resulta obligada “porque es el único al que se alude en el del Emperador”, un rasgo importante, pues su cuádruple herencia podría haber motivado otras menciones. El historiador sostiene que si bien ambos fueron asistidos

157. Si bien en otros aspectos de su análisis el historiador enfatiza únicamente algunos aspectos, compartimos su perspectiva sobre esta cuestión, en la que destacamos la nitidez con la que perfila conceptos como herejía en el contexto de la época, en su doble vertiente pecado contra el dogma y delito contra el estado.

⁴¹² RODRÍGUEZ VALENCIA, Victoriano: *Perfil moral de Isabel la Católica*, Valladolid, 1964.

⁴¹³ GARCÍA GARCÍA DE CASTRO, RAFAEL: *Virtudes de la Reina Católica*, Madrid, 1961.

⁴¹⁴ CERECEDA, Feliciano, S.J.: *Semblanza espiritual de Isabel la Católica*, Madrid, 1946.

⁴¹⁵ AZCONA, Tarsicio de: *Isabel la Católica. Vida y reinado*, Madrid, 2002.

⁴¹⁶ VARA SANZ, Vicente: “Perfil espiritual de Isabel la Católica”, en CASTAÑEDA DELGADO, Paulino, COCIÑA ABELLA, Manuel José, GARCÍA DE LOMAS MIER, Josemaría (coords.): *En el V Centenario de Isabel la Católica. XVI Simposio de Historia de la Iglesia en España y América*, Córdoba, 2008, pp. 81-110.

⁴¹⁷ MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángela: “Notas para la definición de un modelo socioreligioso femenino: Isabel I de Castilla”, en MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángela (coord.): *Las mujeres en el cristianismo medieval. Imágenes teóricas y cauces de actuación religiosa*, Madrid, 1989, pp. 415-434.

⁴¹⁸ LADERO QUESADA, Miguel Ángel: “Isabel la Católica: perfil político de un reinado decisivo”, en CHECA CREMADES, Fernando: *Isabel la Católica. La magnificencia de un reinado. Quinto centenario de Isabel la Católica*, Madrid, 2004, p. 47.

para su redacción por un secretario, en el primer caso Gaspar de Gricio y en el segundo por Francisco de Eraso, las expresiones religiosas de cada uno se acomodan al modo de ser de cada uno. Si en la reina pueden leerse “a modo de un pequeño tratadito de literatura ascética, las de Carlos V se despachan a paso de carga, como corresponde al talante de un soldado”⁴¹⁹. Precisamente de la lectura del resto de las últimas voluntades carolinas, incluyendo su codicilo, se deduce la primacía de las consideraciones religiosas, al comprobar que la necesidad de la extensión de las consideraciones dinásticas y políticas constituye la respuesta a su condición de emperador. La ausencia de preocupación, más allá de lo estrictamente necesario, por personas y bienes concretos, muestra la verdadera actitud del monarca.

En la *confessio* de Felipe II hallamos sugestivos paralelismos y diferencias con la de Carlos V, sobre todo en materia de religiosidad y mentalidad ante la muerte. Es cierto, como subraya Fernández Álvarez, que su invocación religiosa inicial está casi copiada al pie de la letra de la de su progenitor, al igual que su carácter más reflexivo se constata en la declaración de fe y firme credo religioso, que bien puede formar parte de un elenco de ejemplos de literatura religiosa de la época⁴²⁰. No obstante, el tono grave y trascendental, solemne, del monarca al conformar la parte más personal del testamento no puede ser interpretado en clave de un pesimismo existencial, en el contexto de las dificultades políticas, militares y económicas del final de su reinado⁴²¹. Felipe II presenta directamente la muerte como consecuencia del pecado original y acude a la teología paulina para trazar una visión rotunda pero esperanzada del óbito. Acude directamente a los pilares de esperanza de la fe que profesa, que expone en un largo párrafo de extractamos:

“Conosciendo como (Según doctrina del apostol Sanct Pablo) después del pecado está estatuydo por la Divina Providencia que todos los hombres mueran en su castigo, y con esto ser tanta y tan grande la bondad de nuestro Dios que essa misma muerte, que es castigo de nuestra culpa, recibe El (...), quando la esperamos (...) para la eterna felicidad y la vida bienaventurada (...)

⁴¹⁹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: “Introducción”, en *Testamento de Carlos V*, Madrid, 1982, p. VIII.

⁴²⁰ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: “Introducción”, en *Testamento de Felipe II*, Madrid, 1982, p. III.

⁴²¹ MACÍAS ROSENDO, Baldomero: “El ocaso del reinado de Felipe II visto por un confidente de Arias Montano”, *Estudios humanísticos. Historia*, 9 (2010), p. 54. El autor sostiene que el monarca, consciente del malestar creciente y aquejado ya de mala salud, habría cedido la dirección efectiva del gobierno interno a Cristóbal de Moura, mientras encargaba la política exterior a Juan de Idiáquez, aunque se reservaba determinadas decisiones.

deseando yo ofrecerme en ella más con mérito que compellido, estando en mi libre y sano juycio...⁴²².

Con mayor o menor extensión, todos los monarcas ofrecen en su introducción testamentaria una honda reflexión en torno a la muerte. No lo harán en absoluto acercándose al óbito como idea filosófica, considerándolo final de la vida o término de una existencia más o menos privilegiada o atormentada. Los preámbulos de las últimas voluntades son declaraciones sinceras de fe.

Nota común de los testamentos de las personas reales durante la Edad Moderna es que sus otorgantes acuden a la intercesión de la Virgen y los santos, tanto por escrito en sus últimas voluntades, como en el momento del óbito, como recogen las crónicas. Son sus personales *encomendatio animae*. Este rasgo de mentalidad religiosa corresponde plenamente a la costumbre en la sociedad y la época, siendo constantes las peticiones a Nuestra Señora y a quienes teológicamente componen la Iglesia triunfante en la práctica totalidad de los testamentos analizados en los estudios abordados en el capítulo dedicado al estado de la cuestión.

En todos los documentos hemos encontrado una significativa y decidida huella de devoción mariana. A partir de la doble advocación con la que la Virgen es citada en el de Isabel la Católica, “Reina de los Cielos, Señora de los Ángeles”⁴²³, y la cualidad por la que la reina la invoca, la de Abogada, no dejará de ser mencionada con insistencia y confianza en las primeras líneas de tan relevantes documentos. Don Fernando lo hará defendiendo su virginidad, incluyéndola en el encabezamiento “En el nombre de Nuestro Señor Jhesu Xpto (...), en el vientre de la syempre Virgen Sancta María Nuestra Señora, se quiso encarnar”, y “tomando así como tomamos por nuestra Señora e abogada a la siempre Virgen Santa María, Madre suya, Señora nuestra”⁴²⁴. Nos parece obligado pensar que a la hora de la muerte hizo una directa alusión a la Inmaculada Concepción, como lo hiciera Carlos V al acudir a la “gloriosísima y purísima Virgen Madre de Dios, abogada de los pecadores y nuestra”⁴²⁵, una expresión que hará propia su hijo Felipe II finalizándola de manera más cercana: “advogada de los pecadores y mía, en la hora de mi muerte, no me desampare”, y repetirá literalmente de su padre Felipe III. Aunque sin duda será Felipe IV quien muestre el más intenso y extenso

⁴²² *Testamento de Felipe II*, ed. 1982, Preámbulo.

⁴²³ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, Preámbulo.

⁴²⁴ *Testamento de Fernando el Católico*, ed. 2001, Preámbulo.

⁴²⁵ *Testamento de Carlos V*, ed. 1982, Preámbulo.

testimonio de devoción por la advocación de la Inmaculada, recordando sus peticiones ante el papa para la declaración del dogma:

“suplico a la Serenísima Virgen María, su Madre, que como abogada de los pecadores y mía, para todo el tiempo que me quedare de vida y especialmente al fin de ella, me socorra y aiude con su intercesión para que su precioso Hijo me conceda su divino favor y gracia. Siempre la he tenido por Señora y Abogada, con especial devoción, quanta he podido por mi poquedad y flaqueza, y espero en su misericordia y clemencia la usará conmigo en todo tiempo, y maior en aquel aprieto de la muerte, particularmente por la devoción y afecto que siempre he tenido al soberano y extraordinario beneficio que recibí de la poderosa mano de Dios, preservándola de toda culpa en su Inmaculada Concepción, por cuiá piedad he hecho con la Sede Apostólica todas las diligencias que he podido para que assí lo declare, y en mis reynos he deseado y procurado la devoción de este misterio y mandado que en mis estandartes reales vaya siempre por empresa. Y si en mis días no pudiere conseguir de la Sede Apostólica esta decisión, ruego muy afectuosamente a los reyes que me sucedieren continuar en las instancias que en mi nombre se huvieren hecho, con grande aprieto, asta que lo alcancen de la Sede Apostólica”⁴²⁶.

En este punto, quebrar la estructura formal del testamento nos parece una prueba de la fortaleza de la fe del Rey Planeta. Aunque el monarca se halla ante el preámbulo, de neto contenido declarativo, se extiende en la explicación de su firme creencia en la concepción virginal de María, una cuestión que no puede extrañar ante un antecedente como la larga introducción sobre la creencia católica, que ya dictó su antepasada en las mismas circunstancias. Si un testamento regio siempre se presumirá como largo texto, la cuestión es que introduce en pleno preámbulo una manda, un encargo a sus sucesores en el trono, cuando ni siquiera ha individualizado a su heredero o nombrado albaceas. Pensamos que el rey desea apoyar su esperanza de intercesión en los méritos acumulados en vida en defensa de un dogma aún no declarado pero ya sentido en la comunidad católica. Sobre la naturaleza de una manda a término, dirigida a la declaración formal del dogma, cabría debatir su propio contenido material dado que no se trata de una defensa en abstracto de la Inmaculada Concepción como advocación religiosa de la Madre de Dios, sino de un acto jurídico canónico por parte del papa. En nuestra opinión, se trata sin duda de la primera manda del testamento del monarca y se inscribe plenamente en la mentalidad ante la muerte, que ha de ser interpretada con esas claves de fe.

⁴²⁶ *Testamento de Felipe IV*, ed. 1982, Preámbulo.

Cuando toque a Carlos II invocar a la Virgen, reproducirá la larga cláusula de su progenitor, introduciendo únicamente que “en conformidad de lo que ordenó el Rey mi señor, mi, padre, la he mandado llevar en mis estandartes reales como empresa”⁴²⁷, indicio de la poca originalidad de un testamento que, como califica Domínguez Ortiz, se compone de repetición de disposiciones y cláusulas de estilo del de sus antepasados⁴²⁸. Ni siquiera en devociones privadas se le habría preparado al soberano un texto original.

2.2.1. El santoral testamentario regio español de los siglos XVI y XVII.

La mención a los santos en los testamentos regios de la primera Edad Moderna es uno de los aspectos que más rasgos de religiosidad y mentalidad ante mortem revela en tan importantes fuentes. Entendemos como santoral testamentario regio el elenco de santos beatificados y canonizados, enunciado por escrito en las últimas voluntades de los monarcas y sus consortes, que acuden a ellos como intercesores, en ruego de su salvación eterna, motivados por su especial devoción a particulares dones vinculados a sus virtudes, nombres o circunstancias históricas. Intentaremos mostrar que, al citarlos, los monarcas participan de una costumbre bien asentada en la mentalidad *ante mortem* general en los reinos peninsulares. Por otro lado, nos adentraremos en los criterios que suscitaron la elección de tan particulares abogados.

En el siglo XVI, la religiosidad popular había *especializado* a beatos y canonizados en las más diversas necesidades vitales, para las que se imploraba ayuda divina. Un san Lorenzo protegía especialmente a los ciegos, a san Martín se acudía para amansar mares revueltos, a santa Bárbara para aplacar tormentas, a san Cristóbal para evitar la muerte repentina, o a san Pedro, sobre todos los religiosos, para lograr cumplir el voto de obediencia. Son devociones presentes en la actualidad, fruto de ricas creencias religiosas extendidas. En lo que toca al Alcázar contamos con abundantes testimonios de confianza regia en santos protectores de la salud, o a cuya intercesión de acude a la búsqueda de la deseada descendencia en los matrimonios. Sin duda el momento más significativo en el que se acude a los santos es en la enfermedad postrera.

Por una parte, para los soberanos, y en esto su fe no se distinguía de la que se vivía en los demás ámbitos sociales, invocar a los santos en un testamento, era pedir su

⁴²⁷ *Testamento de Carlos II*, ed. 1982, Preámbulo.

⁴²⁸ DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: “Introducción” en *Testamento de Carlos II*, Madrid, 1982, p. I.

intercesión. La cuestión estriba en afirmar si la formación teológica de los monarcas y sus familiares llegó a distinguir con toda claridad dos conceptos que la religiosidad popular no separaba nítidamente, a principios de la Edad Moderna, con respecto a quienes habían sido elevados a los altares, que podían ser objeto de culto, como aclaró y promovió el Concilio de Trento, pero no adoración. El dogma establece que los santos poseen en el cielo un papel de valioso ruego ante Dios, si bien no proporcionan directamente la gracia de la salvación. Para ello podían ser invocados, como almas a imitar por los fieles en la práctica de la piedad y otras virtudes.

Sobre todo en el Barroco, las vidas de santos se habían difundido como género literario, apoyado por los esfuerzos de la Contrarreforma por depurar la verdad histórica de sus biografías a través de los *Acta sanctorum*, superando leyendas y elementos profanos de la época medieval. Si en la piedad popular difundieron las historias a través de la predicación, en la élites sociales y por supuesto en palacio, a través de la imprenta, libros y pliegos conformaron una cultura religiosa de confianza, pero sobre todo la especial devoción, que también vivieron las reales personas. Un dato numérico da cuenta de este ambiente a favor del conocimiento de la vida de los santos: entre 1480 y 1700, periodo que coincide prácticamente con los testamentos que analizamos, se tiene noticia de haberse escrito las vidas de en torno a unos 453, afirma Simón Díaz⁴²⁹.

Un aspecto descrito por Nieto Soria merece especial atención. Si al comenzar su testamento, Isabel la Católica describe lo que podría definirse como la representación del reino de Dios como arquetipo político, como lo deseó en vida para sus propios reinos, en realidad, el elenco de santos al que acude, destacando sus predilectos de entre “todos los sanctos e sanctas de la corte del cielo”, podría caracterizarse también, en ese ideal de estado y en justo paralelismo, como una santa corte⁴³⁰. La expresión habría de ser analizada tanto en el marco teológico como artístico bajomedieval, que idealizó la organización áulica según un modelo celestial y la presentó como tal, en el marco de la evolución de la imagen de la monarquía, como medio de legitimación de poder⁴³¹.

Lógicamente, aunque el carácter de la fe profesada por la familia real era universal, los monarcas y sus hijos tenían especiales devociones a ciertos santos. A la

⁴²⁹ SIMÓN DÍAZ, José: “Hagiografías individuales publicadas en español (1480-1700)”, *Hispania Sacra*, 30 (1977), pp. 421-480.

⁴³⁰ NIETO SORIA, José Manuel: “Los fundamentos ideológicos del poder regio”, en VALDEÓN BARUQUE, Julio (ed.): *Isabel la Católica y la política*, Valladolid, 2002, p. 208. El historiador describe el proceso de teologización de la política en el reinado.

⁴³¹ Vid. KLANOVICZ, JÓ, RODRIGUES, Icles, PRATES DE ANDRADE, Rodrigo: “*Venha a nós o Vosso reino*”: a legitimação da Corte Medieval através da imagem da Corte Celestial”, *Mirabilia. Revista Eletrônica de História Antiga e Medieval*, 9 (2009), p. 140.

hora de analizar los de su especial predilección aparecerán tanto santos “cotidianos”, “auxiliadores” o “funerarios”, que siempre habían estado presentes, como vamos a intentar demostrar, en su vida, en la de su familia, en la de la corte o la de los reinos. Y en algunos casos, la intencionalidad de su presencia testamentaria, en nuestra opinión, claramente de origen político-religioso.

Era frecuente que pusieran sus nombres a sus hijos, o que incorporasen a su acervo de privada devoción al canonizado en cuya fecha conmemorativa había tenido lugar especial suceso, como una batalla vencida, un nacimiento en el cuarto real o la celebración de esponsales. Buen ejemplo es el 10 de agosto, día en que las tropas de Felipe II vencieron en la batalla de san Quintín. La festividad de san Lorenzo quedó para siempre vinculada a la monarquía a través del monasterio de san Lorenzo el Real de El Escorial. Y uno de los hijos del monarca llevó el nombre del mártir. O la hija mayor del rey, Isabel Clara Eugenia, nacida un 11 de agosto, santa Clara. Los testamentos regios son sin duda fuentes de la especial vinculación de las dinastías regias españolas al santoral cristiano.

Proponemos a continuación en una tabla el elenco de santos incluido en los preámbulos de los testamentos de monarcas españoles, de reinado efectivo, otorgados durante los siglos XVI y XVII. A partir de ella analizaremos tanto los santos escogidos como su número y, por supuesto, la evolución de esta práctica, preguntándonos si podemos extraer conclusiones en torno a esta interesante costumbre testamentaria.

Los nombres de los santos han sido consignados en castellano actual y dispuestos según el orden en el que aparecen cronológicamente en las últimas voluntades.

TABLA I**SANTOS INTERCESORES CITADOS EN LOS TESTAMENTOS
DE MONARCAS ESPAÑOLES DE LOS SIGLOS XVI Y XVII**

	ISABEL I	FERNANDO V	CARLOS V	FELIPE II	FELIPE III	FELIPE IV	CARLOS II
Miguel	*	*	*	*	*	*	*
Gabriel	*			*	*		
Juan Bautista	*	*		*	*		
Pedro	*		*	*	*	*	*
Pablo	*		*	*	*	*	*
Juan Evangelista	*	*		*	*		
Santiago	*	*	*	*	*	*	*
Francisco	*			*	*	*	*
Jerónimo	*			*	*		
Domingo	*			*	*	*	*
Magdalena	*		*	*	*		
Jorge		*	*	*			
Felipe			*	*	*	*	*
Andrés			*	*	*		
Carlos			*				*
Ana			*	*	*		
Lorenzo				*	*		
Benito				*	*	*	*
Bernardo				*	*		
Diego				*	*		
Esteban					*		
Vicente					*		
Hermenegildo					*		
José					*		
Catalina					*		
Inés					*		
Margarita					*		
Teresa de Jesús						*	*
Total por testamento:	11	5	10	19	25	9	10

Fuente: Testamentos de los monarcas citados, ed. 1982 y 2001.

Veintiocho santos componen un elenco en el que predominan los varones -22- frente a las mujeres -6-, algo que no sorprende en una sociedad de preeminencia masculina. Que Fernando el Católico citase únicamente a cinco ha de entenderse, en nuestra opinión, por la premura con la que se redactó su testamento, en circunstancias que no proporcionaron excesivo tiempo al monarca para escoger intercesores con el detenimiento con el pudo hacerlo la reina Isabel. Al recoger sus últimas voluntades en la casa que los jerónimos del monasterio de Guadalupe tenían en Madrigalejo, el monarca las dictó con cierta celeridad, siendo precisamente ese número un indicio de las preocupaciones y mala salud sobrevenida que condicionaron la elaboración del documento. Con el mismo razonamiento, *a sensu* contrario, se avala que la larga preparación del testamento de Felipe III arroje la amplia cifra de 25 santos intercesores, un nutrido elenco que permite confirmar la religiosidad del monarca, que supera en esta faceta a su padre, considerado habitualmente, en muchos aspectos, como el más piadoso rey de la dinastía. Por fin, en lo que a cifras se refiere, 9 y 10 santos podrían confirmar que los testamentos de Felipe IV y Carlos II, no solo habrían sido redactados por secretarios y consejeros, sino que quizá en este punto no hubo una excesiva revisión ni relectura por parte de ambos monarcas, ni desde luego comparación en tan singular elenco con las últimas voluntades de sus inmediatos predecesores.

Dos santos están presentes en todos y cada uno de los testamentos analizados, san Miguel y Santiago Apóstol, si bien san Miguel y san Gabriel son los únicos arcángeles que aparecen en la lista que analizamos, siendo recogido en tres, los de Isabel la Católica, Felipe II y Felipe III. Ambos fueron considerados tradicionalmente santos protectores ante la muerte, especialmente el primero, pues en la tradición medieval participaba muy activamente en el Juicio Final, pesando en su balanza las almas⁴³². Miguel fue el nombre que recibió el primer nieto –malogrado- de los Reyes Católicos, que hubiera recibido las coronas de Castilla, Aragón y Portugal. No extraña que la reina Isabel comenzara su mención a los santos con un nombre que tanta esperanza suscitó y ahora quería que le reconfortase. En la iconografía que rodeó a la soberana estuvo presente un san Miguel que, superado el originario universo estético bizantino, que gustó de representarlo alado y con ropajes de dignatario de corte, como correspondía a su condición celestial, aparecía igualmente con alas, si bien con

⁴³² San Miguel Arcángel fue considerado en la Baja Edad Media como el último aliado del hombre en el umbral de la Eternidad (LE GOFF, Jacques: *La civilización en el Occidente medieval*, Barcelona, 1969, p. 263, cit. en CANTERA MONTENEGRO, Margarita: “Religiosidad en la Rioja bajomedieval a través de los testamentos (siglos XIII-XV), *Berceo*, 110-111 (1986), p. 115).

armadura de guerrero que dirigía en feroz combate las huestes que combatían al demonio⁴³³. Entre las pinturas de devoción que pertenecieron a la soberana y conformaron diversos inventarios realizados a su muerte, figura un tríptico retablo iluminado que Sánchez Cantón referencia como “Padre Eterno con san Miguel y otros santos [centro], santos [ala], santos [ala] – retablo iluminado”, probablemente registrado al año siguiente de su muerte⁴³⁴. Individualizar al arcángel es, por de pronto, recordar la tabla como una pieza dedicada a su presencia junto a Dios en la espiritualidad de la reina, pues es el único especificado frente a la expresión genérica “otros santos”. Parece sólido indicio de especial predilección por quien sería citado como intercesor.

Nota común en las últimas voluntades isabelinas es enunciar a los santos intercesores con un rasgo característico, sustantivos y adjetivos que los definen y alaban. San Miguel es descrito como “aquel muy excelente Príncipe de la Iglesia e cavallería angelical”. No obstante, volverá con él en la primera cláusula:

“el qual quiera mi anima reęibir e anparar e defender de aquella bestia cruel e antigua serpiente que entonęes me quiera tragar e no la dexe fasta que, por la misericordia de Nuestro Sennor, sea colocada en aquella gloria para la que fue criada”⁴³⁵.

Concreta así de manera gráfica su confianza en él según los cánones de la época, que hacían presente el infierno en la mentalidad del moribundo. En cierto contraste aparece la mención al arcángel san Gabriel como “glorioso mensagero ęelestial”. La Anunciación fue uno de los temas más presentes en la colección artística de la soberana, como demuestra la presencia en los inventarios realizados a su muerte de al menos seis paños, otras tantas tablas y “retablo mayor” con el pasaje de los Evangelios, que confirma esa cercanía devocional de la soberana al arcángel⁴³⁶.

Al acudir a san Juan Bautista⁴³⁷, la reina Isabel quería acordarse “speęialmente de aquel muy sancto precursor e pregonero de nuestro redemptor Ihesu Christo”. Es inevitable pensar en una alusión a su voluntad de imitarle en la evangelización de “las

⁴³³ GIORGI, Rosa: *Santos*, Madrid, 2003, p. 270.

⁴³⁴ SÁNCHEZ CANTÓN, Francisco Javier: *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica*, Madrid, 1950, p. 173.

⁴³⁵ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, cláusula 1.

⁴³⁶ PITA ANDRADE, José Manuel: “Pinturas y pintores de Isabel la Católica”, en ANES Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo: *Isabel la Católica y el Arte*, Madrid, 2006, pp. 34 y 35.

⁴³⁷ De san Juan Bautista, hijo de Zacarías e Isabel, prima de la Virgen, los Evangelios informan de su nacimiento pocos meses antes de Jesús y su predicación en el desierto como precursor de Cristo, al que bautizó en el Jordán. Fue decapitado por orden de Herodes Antipas, tras pedirlo Salomé, hija de la concubina del rey, Herodías.

islas y tierra firme de las Indias Occidentales”, que citará en su codicilo. La Iglesia siempre tuvo especial predilección por un santo que ha sido considerado puente entre el Antiguo y Nuevo testamento –metáfora bíblico-geográfica-, el último de los profetas y el primero de los mártires, incluso celebrando litúrgicamente tanto la festividad de su muerte, *-Degollación*, 29 de agosto-, como es habitual, como la de su nacimiento, 24 de junio. Su nombre está presente también en las cláusulas de Fernando el Católico, Felipe II y Felipe III. De la devoción por el precursor, tan frecuentemente representado como san Juanito compañero del Niño Jesús, asceta vestido con pieles, bautizando al Mesías o, tras su martirio, a través de su cabeza ya cortada en la bandeja que porta Salomé⁴³⁸, queda significativa huella en la colección pictórica del fundador de El Escorial, de la mano de Tiziano⁴³⁹.

Y a partir de él, tres santos apóstoles –Pedro, Juan Evangelista y Santiago- y san Pablo. Porque de los doce, serán cinco los apóstoles que aparecen en la lista, si bien Isabel la Católica no citará a Andrés ni a Felipe.

El primer papa será citado siempre en compañía, conjuntamente y precediendo a san Pablo en todos los testamentos, a excepción del de Fernando el Católico, que no cita a ninguno de los dos. La soberana pide la ayuda “de los muy bienaventurados príncipes de los apostolos sanct Pedro e sanct Pablo, con todos los otros apostolos”, incluyendo al segundo entre los doce, quizá de manera inconsciente, o sumándose a la convicción que añade al de Tarso, en el imaginario colectivo, al grupo que siguió a Cristo y protagonizó la primera evangelización⁴⁴⁰. Santo de penitencia y arrepentimiento⁴⁴¹, Pedro estaba presente en la costumbre de la muerte cristiana desde la Edad Media. No es extraño que Isabel la Católica acudiera al vigor evangelizador de san Pablo, habida cuenta de su teología, basada en la gracia, la esperanza y la caridad, clave en la extensión del cristianismo en el siglo I. Para san Pablo la vida cristiana está caracterizada, como

⁴³⁸ REQUENA BRAVO DE LAGUNA, José Luis: “Arte, devoción e iconografía en torno a la cabeza cortada de san Juan Bautista en el Barroco hispano”, en CRUZ CABRERA, José Policarpo (coord.): *Arte y cultura en la Granada renacentista y barroca. La construcción de una imagen clasicista*, Granada, 2014, pp. 295-336; VILAPLANA ZURITA, David Manuel: “Iconografía de los Santos Juanes en el arte valenciano”, *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia i Història*, 45 (1995), p. 396.

⁴³⁹ El Libro de entregas de El Escorial registra en 1574 la entrada del segundo lienzo con la imagen del santo que pintó el maestro, un Juan Baustista de pie, con la firma “Titianus faciebat” sobre la roca, en su ángulo inferior derecho. A sus pies, un cordero, mientras sostiene en sus manos una banderola con la leyenda “Ecce agnus Dei”. La pintura, que solo salió del monasterio y pasó por Madrid durante la invasión napoleónica, estuvo en varias estancias. Hoy se sitúa en las Salas Capitulares. FALOMIR FAUS, Miguel: “San Juan Bautista, hacia 1565-70”, en FALOMIR FAUS, Miguel: *Tiziano*, Madrid, 2003, p. 278.

⁴⁴⁰ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, Preámbulo.

⁴⁴¹ PÉREZ SÁNCHEZ, Alfonso Emilio: “Las lágrimas de San Pedro. Iconografía de San Pedro penitente en la pintura española”, en *Las lágrimas de San Pedro en la pintura española del Siglo de Oro*, Bilbao, 2000, pp. 13-29.

reflejan sus Cartas, por el signo de la espera, y la salvación, en la esperanza⁴⁴². La relectura de los dones y virtudes sería fundamental en el Concilio de Trento en la interpretación del peso de las obras del cristiano ante la muerte, pasando a formar parte de la doctrina conocida y defendida por los monarcas posteriores al mismo, que continuaron mencionándole en su santoral testamentario.

El monasterio de El Escorial conserva en su basílica una de las muestras más conocidas de la iconografía conjunta de ambos santos, el lienzo que les representa en uno de los altares de las naves laterales. Fechado en 1577, ambos fueron retratados con símbolos clásicos: san Pedro con las llaves, mientras que san Pablo sostiene la espada con la que sufrió el martirio. Es obra de Juan Fernández de Navarrete el Mudo, uno de los pintores más apreciados por Felipe II, que le encomendaría, precisamente, la realización de 32 cuadros para aquellos altares del templo⁴⁴³. San Pedro y san Pablo forman parte también, a derecha e izquierda, de las figuras que coronan su altar mayor.

Si hubiéramos de atender al número de palabras dedicado a sus intercesores, sin duda san Juan Evangelista sería con diferencia el de mayor predilección de Isabel:

“sennaladamente del muy bien auenturado sanct Juan Euangelista amado discípulo de nuestro Sennor Ihesu Christo e aguila caudal e exmerada a quien sus muy altos misterios e secretos muy altamente reueló e por su hijo speçial a su muy gloriosa madre dio al tiempo de su sancta passion, encomendando muy conuenientemente la virgen al virgen, al qual sancto apostol e euangelista yo tengo por mi abogado speçial en esta presente vida e asi lo espero tener en la hora de mi muerte e en aquel muy terrible juizio e estrecha examinaçion e mas terrible contra los poderosos, quando mi anima sera presentada ante la silla e trono del Juez Soberano muy justo e muy igual que según nuestros merecimientos, a todos nos ha de juzgar en vno (...)”⁴⁴⁴.

A la confiada petición de ayuda ante Dios a la hora de su tránsito, la reina añade la confesión de haberle sentido especialmente cercano durante su vida, relevante dato

⁴⁴² *Carta a los Romanos*, 8, 54.

⁴⁴³ En agosto de 1576, el maestro acordó la ejecución de 32 cuadros de parejas de santos ejemplares e intercesores para los altares laterales de la basílica escorialense. En su contrato se especificaba que no debían incluirse animales en las representaciones, “no otra figura que sea deshonesta, sino que todos sean santos y que provoquen a devoción”. El pintor concluyó ocho, pues falleció en Toledo el 28 de marzo de 1579 antes de cumplir 60 años. La manera en que Navarrete retrató a san Pedro y san Pablo, con un clasicismo abrumador que les asemeja a Aristóteles y Platón, respectivamente, cuadraba con el ideal estético renacentista del entorno. *Vid.* MULCAHY, Rosemarie: “Juan Fernández de Navarrete “el Mudo”, pintor de Felipe II”, en FERNÁNDEZ PARDO, Francisco (coord.): *Navarrete “el Mudo”, pintor de Felipe II*, Logroño, 1995, pp. 141-178; RUIZ RÍO, Fidel: “Juan Fernández de Navarrete “El Mudo”, *Berceo*, 91 (1976), pp. 227-236.

⁴⁴⁴ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, Preámbulo.

autobiográfico. Junto a una particular devoción hacia el privilegio mariano del santo, haber cuidado a la madre del Redentor, también noción de personalísima religiosidad, la reina expone su más íntima creencia en que Dios le pedirá especiales cuentas por el poder y privilegios que ha gozado en vida, significativo rasgo de paz en la mentalidad ante mortem, en la confianza de un juicio en la justicia y la misericordia divina.

El referirse al evangelista como “aguila caudal y exmerada”, la reina alude al símbolo de san Juan, presente en la heráldica de su reinado, esculpido en no pocos edificios civiles y fundaciones religiosas alzados bajo su impulso, como elemento decorativo vinculado a su figura y en su honor⁴⁴⁵. Juan fue el nombre que Isabel y Fernando dieron a su primer hijo varón en 1478. Porque había sido el de sus abuelos materno, Juan II de Castilla, y paterno, Juan II de Aragón, si bien estamos convencidos que la particular devoción de la soberana reforzó la decisión. Estimamos con Azcona que aunque fue mucha la devoción de la reina por el Bautista y el príncipe de Asturias nació un 30 de noviembre, en la octava de su natividad, su nombre es el del apóstol, si bien el criterio podría no eludir la posibilidad, sobre la que no hemos encontrado referencia, de la imposición del nombre de Juana, la tercera de los vástagos, nacida en Toledo en 1479, no solo en honor de doña Juana Enríquez, madre de Fernando el Católico, sino del Precursor⁴⁴⁶.

Al igual que sucedió con san Juan Bautista, el Evangelista volvió a ser venerado en los testamentos de Felipe II y Felipe III. Carlos V, que llegó a llamar Juan a uno de sus hijos, un infante malogrado que falleció sin cumplir seis meses, en marzo de 1537, no les mencionó⁴⁴⁷. Tampoco lo hicieron los dos últimos monarcas de la dinastía, Felipe IV y Carlos II.

La vinculación de Santiago el Mayor⁴⁴⁸ a la monarquía tiene su origen en el culto jacobeo altomedieval, basado en la piadosa tradición de su venida y predicación en la península y la difusión de la aparición de sus restos. Cuando Isabel la Católica acude al hermano de san Juan Evangelista como “bienaventurado e digno hermano suyo el apostol Sanctiago, singular e exçelente padre e patron destos mis regnnos e muy marauillosa e misericordiosamente dado a ellos por Nuestro Sennor por speçial

⁴⁴⁵ CELA ESTEBAN, María Estrella: *Elementos simbólicos en el arte castellano de los Reyes Católicos. El poder real y el patronato regio*, Tesis doctoral, Madrid, 1990.

⁴⁴⁶ AZCONA, Tarsicio de: *Isabel la Católica. Vida y reinado*, Madrid, 2002, p. 194.

⁴⁴⁷ AGP, *Lista...*, Llave 6, *El Infante Don Joan*.

⁴⁴⁸ Santiago el d Zebedeo o Santiago el Mayor, llamado así en la tradición cristiana para distinguirlo del otro apóstol del mismo nombre –Santiago el de Alfeo o el Menor– fue uno de los doce apóstoles de Cristo. Nacido probablemente en Betsaida (Galilea) y hermano de Juan, fue martirizado en Jerusalén hacia el año 41.

guardador e protector”, no hace sino confirmar una de sus devociones predilectas⁴⁴⁹. En 1486, Isabel y Fernando habían visitado la tumba del apóstol⁴⁵⁰, significando con su presencia en Galicia, pocos años antes de finalizar la Reconquista, su confianza en el patrocinio jacobeo ante el último impulso de la monarquía en un proceso de siete siglos⁴⁵¹. Y en 1492, momento cumbre, los Reyes Católicos extendieron al recuperado reino de Granada el voto de Santiago, que supuso un notable refuerzo como fuente de ingresos para la iglesia compostelana⁴⁵². El voto fue protegido por los sucesivos monarcas, como Felipe III, que otorgó a la Iglesia jurisdicción privativa para su cobro. Recibió fuertes críticas durante el siglo XVIII, hasta su abolición en las sesiones de las cortes de Cádiz, en 1812⁴⁵³.

Las visitas a la sede jacobea por soberanos españoles continuaron en el siglo XVI. Tras desembarcar en La Coruña en abril de 1506, Juana I y Felipe el Hermoso

⁴⁴⁹ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, Preámbulo.

⁴⁵⁰ GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Vidal: “Los Reyes Católicos y el Camino de Santiago: Un viaje entre piadoso y administrativo”, *Isla de Arriarán*, 14 (1999), p. 18. Los monarcas permanecieron en la ciudad entre el 15 de septiembre y el 6 de octubre.

⁴⁵¹ De aquella estancia entre el 21 de septiembre y el 6 de octubre de 1486, que también sirvió para objetivos políticos como solucionar problemas entre arzobispo, nobleza, clero y campesinado gallego, quedó el impulso para la fundación del Hospital Real, creado finalmente en 1499, en la misma plaza del Obradoiro, testimonio de beneficencia, pero también trazo presencial tangible de la monarquía ante la catedral (NIETO ALCAIDE, Víctor, GARCÍA MORALES, María Victoria: “Santiago y la Monarquía española: orígenes de un mito de Estado”, en NIETO ALCAIDE, Víctor: *Santiago y la Monarquía de España (1504-1788)*, Madrid, 2004, p. 38).

⁴⁵² El voto de Santiago, técnicamente una renta eclesiástica similar a la primicia, fue un pago anual basado en el supuesto privilegio del año 834, concedido por Ramiro I en agradecimiento al apóstol por el triunfo en la batalla de Clavijo, cuyos beneficiarios fueron el cabildo, la capilla de música de la catedral, el arzobispo y el Hospital Real de Santiago de Compostela. Vivió entre 1504 y 1788 su etapa de máxima expansión económica y territorial, significativamente tras comenzar a recibirse rentas desde el reino de Granada, incorporado a la obligación económica por los Reyes Católicos (REY CASTELAO, Ofelia: “El voto de Santiago en tierras de Tabeirós”, *A Estada. Miscelánea histórica e cultural*, 14 (2011), pp. 155-174; “La financiación de la fábrica catedralicia compostelana, siglos XVII-XIX”, *Sémata. Ciencias sociais e humanidades*, 22 (2010), pp. 311-328; “La fiscalidad jacobea en Andalucía (1492-1834)”, en CASTELLANO CASTELLANO, Juan Luis, LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Miguel Luis, Muñoz, Guadalupe (coords.): *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz*, Vol. 1, Granada, 2008, pp. 773-798; “El voto de Santiago”, en NIETO ALCAIDE, Víctor: *Santiago y la Monarquía de España (1504-1788)*, Madrid, 2004, p. 44; “La crisis de las rentas eclesiásticas en España: el ejemplo del voto de Santiago”, *Cuadernos de investigación histórica*, 11 (1987), pp. 53-88; “La protección jurídica de las rentas eclesiásticas en España: el ejemplo del voto de Santiago”, *Hispania sacra*, 80 (1987), pp. 457-503; *La historiografía del Voto de Santiago. Recopilación crítica de una polémica histórica*, Santiago de Compostela, 1985; “El Voto de Santiago en tierras de León: regímenes contributivos y evolución de las series”, *Estudios humanísticos. Geografía, historia y arte*, 7 (1985), pp. 95-108.

⁴⁵³ GARCÍA LEÓN, José María: “La abolición del voto de Santiago en las Cortes de Cádiz”, *Revista de Estudios Regionales*, 64 (2002), pp. 291-308. El autor sostiene que el debate sobre el voto de Santiago debe contextualizarse en la voluntad de implantar un sistema de contribución de carácter único, eliminando privilegios históricos y las necesidades económicas para hacer frente a la Guerra de la Independencia, siendo tan intenso como el de la supresión de la Inquisición. Una de las características que subraya de las medidas que las cortes gaditanas tomaron con respecto a la Iglesia en España es que se hicieron sin tener en cuenta la opinión de la Santa Sede, “dentro de la tradición del más puro regalismo absolutista anterior”. La decisión de abolir el voto se tomaría el 14 de octubre de 1812, por 85 votos a favor y 26 en contra.

pasaron por Santiago de Compostela el 28 de mayo, permaneciendo tan solo cinco días⁴⁵⁴. En el contexto de las tensiones entre el joven monarca y el rey Fernando, confirmaron algunos privilegios con el objeto de ganar partidarios a su causa. Carlos V la visitó en 1520, jalonando de nuevo la búsqueda continua de una vinculación privilegiada del trono con el apóstol en devoción y patrocinio.

Felipe II, que como príncipe de Asturias y rey de Nápoles, celebró en la misma ciudad sus esponsales con María Tudor, antes de embarcar hacia Inglaterra en 1554, dispuso en la cláusula octava de su testamento que quedase encendida por su alma, perpetuamente, una lámpara de plata “de preçio de dos mil ducados”⁴⁵⁵. No obstante, sus relaciones con la sede jacobea no fueron siempre un mar en calma. Refiere Burgos Hervás que pretendió el traslado de las reliquias del apóstol al monasterio de El Escorial⁴⁵⁶, según demostraría un memorial probablemente enviado al cardenal Diego de Espinosa, al que se alegaron motivos como la importancia de tal decisión para la monarquía, su justificación por la disminución de peregrinaciones o el valor del monasterio que se estaba construyendo en una ubicación más céntrica en los reinos⁴⁵⁷. Tras el comienzo de su reinado, Felipe II no se desplazó al noroeste peninsular más allá de Valladolid. Quizá sea arriesgado atribuirlo a una posible negativa expresa a esta petición, de la que no tenemos noticia, como tampoco constancia de que la cuestión estuviese presente en la mentalidad de Felipe II a la hora de decidir qué santos compondrían los diecinueve citados en su testamento, peligrando la presencia del propio Santiago. Lo expuesto no resta significación religiosa y política a la clara voluntad filipina, durante todo el reinado, por ampliar la perspectiva por la que Santiago participaba de los fines de la monarquía, en un momento espiritual singular, la Contrarreforma en la Europa católica, las tensiones bélicas en el Mediterráneo turco y el deseo de fomentar la renovación y autenticidad de las peregrinaciones. Huellas hay de una predilección iconográfica por su representación. Felipe II encargó a Juan Fernández

⁴⁵⁴ SÁNCHEZ CANTÓN, Francisco Javier: “Felipe el Hermoso y doña Juana la Loca en Compostela”, *Finisterre*, 21 (1945).

⁴⁵⁵ CRUZ VALDOVINOS, José Manuel: “Santiago, luz de Europa”, en CRUZ VALDOVINOS, José Manuel: *Lucas de Peregrinación*, Santiago de Compostela, 2003, p. 38.

⁴⁵⁶ BURGOS HERVÁS, Lourdes: “Felipe II y las reliquias del apóstol Santiago”, *Iacobus. Revista de estudios jacobeos y medievales*, 5-6 (1998), p. 106. Se trata de un memorial transcrito por la autora, conservado en el Instituto de Valencia de don Juan.

⁴⁵⁷ Presidente del Consejo de Castilla (1565-1572), cardenal y obispo de Sigüenza (1568-1572). BARRIO GOZALO, Maximiliano: *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen*, Madrid, 2004, p. 449.

de Navarrete “el Mudo” el lienzo *Martirio de Santiago*⁴⁵⁸. Destinado a la sacristía del monasterio de El Escorial, le presentaba en la triple faceta de peregrino, mártir –a manos de un turco–, en el 1571 de Lepanto, encrucijada religiosa, política y militar y en el fondo izquierdo, recuperando su figura como Santiago Matamoros. Y el propio monarca es representado a la derecha, a menor tamaño, claro está, pero con armadura y al frente de tropas con estandartes blancos, en clara apropiación de un discurso simbólico activo, en campo abierto, donde el mensaje es tan claro que pocos negarían su voluntad de encarnar al nuevo santo patrón. Para Nieto Alcaide y García Morales, la imagen de la devoción que se otorga al apóstol con su martirio en primer plano desplazaría la representación guerrera y política, pero afirmaría su potencial significativo y simbólico, haciendo clara referencia a la continuidad en el patronazgo del santo a los tiempos de Felipe II y, sobre todo, justificando la batalla de Lepanto⁴⁵⁹.

Aunque los tres reyes Austria del XVII no visitaron personalmente la sede jacobea, la dinastía no dejó de testimoniar su relación con el apóstol, no solo mediante la invocación en los testamentos, sino con el continuo envío de presentes a la catedral compostelana⁴⁶⁰. Felipe IV confirmó la devoción en 1643 con la ofrenda anual el 25 de julio. Solo una soberana consorte estuvo en Santiago de Compostela en todo el siglo XVII. Mariana de Neoburgo, casada por poderes desde agosto de 1689 con Carlos II, desembarcó en A Coruña y llegó a la ciudad el 16 de abril del año siguiente, siendo recibida con gran pompa y permaneciendo allí durante tres días⁴⁶¹.

La presencia del Apóstol en los testamentos regios del XVI y XVII supone la constatación de un agradecimiento, desde la mentalidad ante la muerte, a la participación sobresaliente del culto jacobeo en la construcción de la imagen simbólica de la monarquía católica, que necesitó y obtuvo en el mito y realidad de la devoción a

⁴⁵⁸ Vid. MULCAHY, Rosemarie: “El martirio de Santiago”, en FERNÁNDEZ PARDO, Francisco (coord.): *Navarrete el Mudo, pintor de Felipe II*, Logroño, 1995, p. 152.

⁴⁵⁹ NIETO ALCAIDE, Víctor, GARCÍA MORALES, María Victoria: “Santiago y la Monarquía española: orígenes de un mito de Estado”, en NIETO ALCAIDE, Víctor: *Santiago y la Monarquía de España (1504-1788)*, Madrid, 2004, p. 44.

⁴⁶⁰ LÓPEZ LÓPEZ, Roberto Javier: “Donaciones regias a la catedral de Santiago en la Edad Moderna”, en NIETO ALCAIDE: *op. cit.*, pp. 135-152. El historiador subraya, entre otras, las donaciones de Juan de Austria, que en 1571 envió piezas relacionadas con la batalla de Lepanto; de objetos litúrgicos regalados por la princesa doña Juana, hija de Carlos V, en 1573; de un valioso relicario de Felipe III en 1618, con una reliquia de santa Margarita; de una cama de plata con ricas colgaduras, en la que habría nacido el príncipe Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV, enviada por Felipe IV en 1635; o las joyas remitidas por Carlos II con motivo del año santo de 1683.

⁴⁶¹ REY CASTELAO, Ofelia: “Las reinas y Santiago”, en NIETO ALCAIDE: *op. cit.*, p. 125. La soberana viajaba con su hermano, que sí permaneció en la ciudad, mientras ella continuó el viaje hacia Lugo, en dirección a Valladolid, donde le aguardaba Carlos II.

Santiago un valioso sustrato espiritual para nuevas reconquistas, las de la evangelización americana, la contrarreforma o el desafío turco en el Mediterráneo⁴⁶².

El rey Fernando incluyó únicamente a cinco santos en sus últimas voluntades⁴⁶³. Es el monarca, de la serie que analizamos, que menos invocó. Como hemos indicado, la causa de tan reducida lista fue la premura con la que sus últimas voluntades fueron redactadas, de camino al monasterio de Guadalupe. A diferencia de la reina Isabel, omitió a san Gabriel, san Pedro y san Pablo. Quedaron fuera también san Francisco, san Jerónimo, santo Domingo y santa María Magdalena, de los que trataremos a continuación. No obstante, como aragonés recordó a san Jorge⁴⁶⁴, que durante su vida había sido reconocido como patrón de la Corona de su padre y gozó de significativa proyección, tanto en la religiosidad popular como en la estética del arte renacentista⁴⁶⁵. Su representación iconográfica, joven militar con coraza, casco y capa, a pie o a caballo, con un dragón a sus pies, lanza rota, espada desenvainada y cruz roja sobre fondo blanco, facilitó siempre su identificación en retablos y lienzos, favoreciendo su devoción. A pesar de lo apresuradamente que Fernando el Católico pudo enunciar a sus intercesores, la manera en que lo citó ilustra con claridad una mentalidad ante mortem que tuvo más que presente el momento político que vivían los reinos peninsulares⁴⁶⁶:

“al bienaventurado Apóstol Santiago, luz, espejo e patrón de las Españas e al glorioso mártir San Jorge, patronos e guiadores de los Reynos de Castilla e Aragón, suplicándoles, quando Nuestro Señor toviere por bien que nuestra ánima sea separada del cuerpo...”

⁴⁶² Vid. MONTERROSO MONTERO: Juan Manuel: “A la sombra de Santiago. La afirmación del culto jacobeo y su identificación con la Monarquía en la Edad Moderna”, en NIETO ALCAIDE: *op. cit.*, pp. 53-70; GÓMEZ LÓPEZ, Consuelo: “El apóstol Santiago y la corte: mentalidad, imagen y promoción artística”, en NIETO ALCAIDE: *op. cit.*, pp. 87-100.

⁴⁶³ Quizá no fuera el miembro de su familia que dispusiera menor santoral testamentario. Si nos atenemos a las noticias que proporciona Maura Gamazo sobre las últimas voluntades del príncipe de Asturias don Juan, al fallecer en Salamanca en 1497, el hijo de los Reyes Católicos habría invocado a cuatro: san Pedro y san Pablo, Santiago y san Miguel Arcángel (MAURA GAMAZO, Gabriel: *El príncipe que murió de amor. Don Juan, primogénito de los Reyes Católicos*, Madrid, 1944, p. 189). Casi veinte años después, su padre solo habría añadido a san Jorge.

⁴⁶⁴ San Jorge de Capadocia es quizá uno de nombres del santoral cristiano sobre el que han circulado más leyendas e historias apócrifas. Canonizado por Gelasio I en 494, su popularidad se extendió pronto por varios reinos europeos. La tradición reconoce su intervención en la reconquista de Huesca, en el siglo XI, pasando a ser patrón de la Corona de Aragón durante el reinado de Juan II, en el siglo XV.

⁴⁶⁵ CARVAJAL GONZÁLEZ, Helena: “San Jorge”, *Revista Digital de Iconografía Medieval*, 7 (2012), p. 22. La autora recuerda la similitud con san Miguel, pero distingue las alas que acompañan al arcángel en su figuración, y proporciona hipótesis como una fecha de su martirio, que habría tenido lugar durante la persecución de Diocleciano, hacia 303.

⁴⁶⁶ *Testamento de Fernando el Católico*, ed. 2001, Preámbulo.

El monarca enlaza en el texto lo que había mantenido unido en su proyecto político y dinástico desde hacía décadas, hablando de Españas y de Castilla y Aragón, invitando a san Jorge a participar en una suerte de *copatronazgo testamentario* final. Y así fue interpretado por Fancelli cuando realizó el impresionante túmulo sepulcral que une a Isabel y Fernando en Granada. Santiago Matamoros y san Jorge aparecen representados a la cabecera y pies del monumento sobre el que descansan sus efigies en la Capilla Real, lo que nos hace apuntar que para la realización del programa iconográfico del conjunto aquellas últimas voluntades fueron leídas muy detenidamente. Para componer el enterramiento regio y para la majestuosa portada gótica isabelina que comunica la catedral con la capilla sepulcral, en cuyo frontal superior figuran, junto a una Adoración de los Reyes Magos a Nuestra Señora, los cuatro intercesores mencionados por Fernando el Católico⁴⁶⁷.

Antes de que la invocación a san Jorge se repitiera en los testamentos de Carlos V y Felipe II, apareció de nuevo en el testamento de la que fuera la segunda esposa del monarca, Germana de Foix⁴⁶⁸. San Jorge desapareció de los testamentos regios del siglo XVII, apuntamos a motivos relacionados con las tensiones políticas y sociales en la Corona de Aragón.

A partir de Carlos V y al menos hasta 1700, todos los monarcas españoles acudirán en sus últimas voluntades al apóstol san Felipe⁴⁶⁹. Entendemos que el motivo fue por su nombre de pila o por el de su progenitor, ya en el emperador, que lo sitúa, en su condición de apóstol, entre los iniciales. Felipe II, sin embargo, no dará preferencia a los discípulos, citándole el séptimo entre los diecinueve que recoge. La historia de un templo madrileño, hoy desaparecido, es quizá la mejor muestra de que aquella devoción del monarca al santo de su nombre vivió continuidad y coherencia en la religiosidad personal y la mentalidad ante la muerte. Nos referimos a la iglesia del monasterio de san Felipe el Real, erigido en Madrid en la segunda mitad de la década de 1540 por voluntad del entonces príncipe de Asturias, que apoyó la llegada al centro de la villa de

⁴⁶⁷ GONZÁLEZ SÁNCHEZ: *El Testamento...*, p. 218.

⁴⁶⁸ La soberana dictó sus últimas voluntades en Valencia el 28 de septiembre de 1536. Su santoral testamentario fue casi similar al de su primer esposo, el Rey Católico: repitió cuatro de los cinco nombres: san Miguel, san Juan Bautista, san Juan Evangelista “y al glorioso mártir san Jorge”. Murió el 16 de octubre del mismo año en Liria (SALVADOR Y MONTSERRAT, Vicent, MARQUÉS DE CRUÏLLES: *Noticias y documentos relativos a doña Germana de Foix, última reina de Aragón*, ed. BELENGUER CEBRIÀ, Ernest, Valencia, 2007).

⁴⁶⁹ Los escasos datos que proporcionan los Evangelios sobre el apóstol san Felipe incluyen que nació en Betsaida (Galilea), y siguió a Cristo tras ser discípulo de san Juan Bautista. La tradición refiere que murió anciano tras predicar en Hierápolis (GIORGI, Rosa: *op. cit.*, p. 126)

una comunidad de agustinos hasta entonces en las afueras⁴⁷⁰. Fue un proyecto arquitectónico en cuya construcción, en el extremo sur occidental de la actual Puerta del Sol, se implicó no solo económica sino personalmente, dando su opinión a Gaspar de Vega. Probablemente no fue consciente de la relevancia social, cultural y económica que adquirió el espacio ante su fachada, las conocidas gradas de san Felipe, en los reinados posteriores⁴⁷¹.

La veneración de los primeros Austria a san Andrés procede en buena parte de su patronazgo de la Insigne Orden del Toisón de Oro, la más prestigiosa orden dinástica y caballeresca de su tiempo, cuya razón de ser era la gloria de Dios, la defensa de la religión y la reverencia de la Virgen y del propio apóstol⁴⁷², patrono también de la Casa de Borgoña⁴⁷³. Carlos V, Felipe II y Felipe III, los tres monarcas que acuden al hermano de san Pedro como intercesor en sus últimas voluntades, heredaron la soberanía y jefatura del Toisón. El carácter de la orden, no territorial, sino familiar y dinástica, constituyó un pilar basado en la creación de elites de prestigio y honor en el entorno de los Austria de Madrid y Viena⁴⁷⁴. Al igual que en tantas expresiones privilegiadas de su tiempo, en ceremonias como la fiesta mayor del apóstol, el 30 de noviembre, en los

⁴⁷⁰ El proyecto encontró la oposición del arzobispo de Toledo, Juan Martínez de Siliceo, que había sido preceptor del príncipe, por estimar que Madrid ya contaba con otros conventos, como el de san Francisco o el de Atocha, que habían de vivir de la limosna. HERRANZ, Juan: “La creación de una divisa: el príncipe Felipe, Gaspar de Vega y el Monasterio de San Felipe el Real de Madrid”, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 5 (1993), p. 92.

⁴⁷¹ Vid. SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel: “Los puestos de libros de las gradas de San Felipe de Madrid en el siglo XVIII”, *Goya*, 335 (2011), pp. 142-155; TOVAR MARTÍN, Virginia: “El edificio madrileño de San Felipe Apóstol de la Orden de San Agustín en el siglo XVI”, en *Felipe II y las artes*, Madrid, 2000, pp. 317-328; MEDIAVILLA MARTÍN, Benito: “Convento de San Felipe el Real de Madrid”, en LAZCANO GONZÁLEZ, Rafael (coord.): *Conventos agustinos*, Vol. I, Madrid, 1998, pp. 293-337.

⁴⁷² La Sagrada Escritura refiere que san Andrés, pescador nacido en Betsaida, era hermano de Simón (san Pedro), e hijo de Jonás. Discípulo de san Juan Bautista, siguió a Cristo tras su bautismo en el Jordán. Según Orígenes, habría predicado en Grecia, el Mar Negro y el Cáucaso. Primero obispo de Bizancio, es considerado cabeza de la Iglesia Ortodoxa griega. GONZÁLEZ ÁLVAREZ, Jaime: “La ‘Vida de San Andrés Apóstol’”. Una versión castellana inédita en el Ms. 15.001 de la Biblioteca Lázaro Galdiano”, *Archivum. Revista de la Facultad de Filología*, 58-59 (2008-2009), p. 433.

⁴⁷³ Creada por Felipe el Bueno (1419-1467), duque de Borgoña, en 1430, con motivo de su matrimonio con la infanta Isabel de Portugal. CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Alfonso de, GARCÍA-MERCADAL Y GARCÍA-LOYGORRI, Fernando: *Las Órdenes y Condecoraciones civiles del Reino de España*, Madrid, 2002, p. 92.

⁴⁷⁴ Vid. DOMÍNGUEZ CASAS, Rafael: “Ceremonial de la Orden del Toisón de Oro (1501-1598)”, en JONGE, Krista de, GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, Esteban Estrígana, Alicia (coords.): *El legado de Borgoña. Fiesta y ceremonia cortesana en la Europa de los Austrias (1454-1648)*, Madrid, 2010; MOLAS RIBALTA, Pere: “Austria en la orden del Toisón de Oro, siglos XVI-XVII”, *Pedralbes. Revista d'història moderna*, 26 (2006), pp. 123-152; POSTIGO CASTELLANOS, Elena: “El Segundo Jasón: Los Habsburgo y la imagen mítica del Maestrazgo del Toisón de Oro”, en FERRERIRA FERNANDES, Isabel Cristina (coord.): *As ordens militares e as ordens de cavalaria na construção do mundo ocidental*, Lisboa, 2005, pp. 715-768; AZCÁRRAGA SERVERT, Joaquín de: *La insignie Orden del Toisón de Oro*, Madrid, 2001; “Felipe II, el Toisón de Oro y los sucesos y Flandes”, *Cuadernos de historia del derecho*, 6 (1999), pp. 475-490; CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA, María Dolores: “El lenguaje artístico de la Orden del Toisón de Oro, leyenda, signos y símbolos”, *Estudios humanísticos. Geografía, historia y arte*, 19 (1997), pp. 227-252.

capítulos de los caballeros de la orden o en el simbolismo de las representaciones iconográficas, con el martirio de san Andrés brillaba una poderosa mezcla de pedagogía y virtualidad que la monarquía supo emplear. Así, Ruiz de Elvira sostiene que aunque la plasmación artística de su muerte en cruz en aspa, tiene su origen muchos siglos después de las primeras tradiciones apostólicas, en libros de horas como los de Felipe el Bueno de Borgoña o el duque de Berry, en el siglo XV, no sería hasta finales de la siguiente centuria cuando la expresión “cruz decussata” definiera con precisión lo que la tradición asumió⁴⁷⁵.

Los Reyes Católicos apoyaron decididamente la reforma de las órdenes monásticas a la búsqueda de la pureza de sus orígenes. En ese proceso, ya iniciado en reinados anteriores, pusieron nuevos conventos a su cargo y articularon la concesión a religiosos profesos con especiales cualidades tanto de dignidades eclesiásticas, en virtud del patronato regio, como políticas⁴⁷⁶. Cuando la soberana conoce a Cisneros, este ya había introducido la observancia, es decir, las reglas organizativas que propugnaban esas reformas, en toda la provincia franciscana de Castilla. La presencia de san Francisco de Asís en las últimas voluntades de Isabel la Católica representa un importante capítulo de devoción en la historia de la monarquía, a la vez que la constatación y prueba de su trabajo continuo en la “reformación” de las ordenes nacidas con el nombre y carisma del *poverello*⁴⁷⁷.

Puede hablarse con toda propiedad de “franciscanismo” en la mentalidad de Isabel la Católica. Ya a mediados del siglo XX, Meseguer empleó el término en sendos estudios sobre la espiritualidad y la vinculación de la soberana con la *Ordo Fratrum Minorum*⁴⁷⁸. La reina invocará en su testamento a san Francisco de Asís como “seraphico confessor patriacha de los pobres e alfarez maravilloso de Nuestro Sennor

⁴⁷⁵ RUIZ DE ELVIRA, Antonio: “La “Crux Decussata” y el martirio de San Andrés Apóstol”, *Cuadernos de investigación filológica*, 19-20 (1993-1994), p. 183. Habría sido Justo Lipsio quien, en 1593, emplease la expresión para definir tal forma de la cruz. El autor enumera un largo elenco de textos griegos y latinos con relatos apócrifos de la pasión del santo que no recogen la forma de la cruz.

⁴⁷⁶ Sobre el perfil general de los obispos durante el reinado, *vid.* EDWARDS, John: *La España de los Reyes Católicos. 1474-1520*, Barcelona, 2001, p. 211. El autor sostiene que se pasó de un modelo de prelado aristocrático y militar a no pocos candidatos episcopales que hubieran pasado por universidades como las de Alcalá o Salamanca, e incluso la Sorbona o Bolonia, apuntando a la preferencia personal de la soberana por los procedentes del colegio de san Bartolomé, en Salamanca, o san Ildefonso, en Alcalá.

⁴⁷⁷ Francisco de Asís (Asís, Italia, 1181/82- 1226) nacido Giovanni di Pietro Bernardone, fue hijo de un acomodado comerciante. Pasó a vivir la pobreza evangélica y creó la Orden Franciscana, la de las Clarisas y una tercera orden, seglar, símbolos de renovación espiritual en la Edad Media. Fue canonizado por Gregorio IX en 1228.

⁴⁷⁸ MESEGUER, J: “Isabel la Católica y los franciscanos”, *Archivo Iberoamericano*, 30 (1970), pp. 265-310.

Ihesu Christo, padre otrosi mio muy amado e speçial abogado”⁴⁷⁹. Azcona plantea que Isabel la Católica pudo pertenecer a la Orden Tercera franciscana. Fundamenta la posibilidad de esa integración en la rama secolar en la decidida expresión de paternidad espiritual contenida en la invocación⁴⁸⁰. Aun contando, como veremos, con su deseo de ser enterrada con el hábito de la misma y la sincera cercanía que sintió por su tarea evangélica, pensamos que si hubiera sido así la religiosidad de la reina no hubiera impedido que lo afirmase en sus últimas voluntades. Otro sobresaliente rasgo de vinculación son los espacios sepulcrales que acogían a los familiares más directos de la soberana, que fueron conventos y monasterios franciscanos, como veremos al tratar sus previsiones sepulcrales, refiriéndonos a un franciscanismo funerario.

Aunque Fernando el Católico y Carlos V no mencionaron a san Francisco de Asís, a partir de Felipe II todos los monarcas Austria lo harán, como herederos de ese franciscanismo de la reina fundadora de la España moderna, por razones de cercanía devota y presencia en sus vidas de la orden seráfica.

Cuando el 12 de julio de 1545, el entonces príncipe Felipe, primogénito del emperador, queda viudo por primera vez, se retira a guardar luto al pabellón del monasterio franciscano del Abrojo que su padre había mandado construir sobre un primitivo aposentamiento de tiempos de los Reyes Católicos. Incluía una tribuna para el monarca contigua al coro, un esquema familiar en el espíritu de las residencias regias conventuales⁴⁸¹. Y con un muy simbólico antecedente familiar que le vinculaba, nueve décadas antes, al lugar, pues al morir el 8 de julio de 1454, los cronistas refieren que Juan II de Castilla había dicho, desencantado: “naciera yo hijo de un labrador, y fuera fraile del Abrojo, que no rey de Castilla”⁴⁸².

El monarca permaneció allí hasta el 4 de agosto, en lo que pudieron ser tres semanas de retiro⁴⁸³. Sin haber comenzado aún su reinado, Felipe II se vio consolado con la cercanía de la vida comunitaria. No obstante, habría de tomar no pocas decisiones referidas a los franciscanos, inmersos todavía en la reformas apoyadas por sus

⁴⁷⁹ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, Preámbulo.

⁴⁸⁰ AZCONA, Tarsicio de: *Isabel la Católica. Vida y reinado*, Madrid, 2002, p. 32.

⁴⁸¹ El emperador ordenó reformar el primitivo pabellón de tiempos de sus abuelos maternos. El edificio estaba situado a unos dos kilómetros al sur de Laguna de Duero. Desapareció casi por completo tras el incendio que se declaró el 9 de abril de 1624, sin que volviese a ser reconstruido. PALOMAR DEL RÍO, Javier, MERINO DE LA PUENTE, Marisa: *El cronicón de Laguna*, Laguna de Duero (Valladolid), 2004.

⁴⁸² GARCÍA DE SANTA MARÍA, Alvar: *Crónica de Juan II* (autoría discutida).

⁴⁸³ La fecha del regreso indicaría que no pudo asistir a la ceremonia del bautismo del entonces infante don Carlos, cuyo parto costó la vida a María Manuela de Portugal, pues tuvo lugar el 2 de agosto de 1545. CODOIN, XXVI, p. 471. Corresponde con AGS, Estado, 69, fol. 54.

bisabuelos, los Reyes Católicos⁴⁸⁴, continuando su clara preferencia y promoción de los monasterios observantes, hasta la definitiva supresión de los conventuales en el marco de una firme política religiosa unificadora, que originó no pocas tensiones⁴⁸⁵. Los franciscanos siguieron proporcionando un sustrato espiritual extraordinariamente valorado en la alta nobleza y la corte, que a la hora del tránsito adquiriría, para lograr la buena muerte, una funcionalidad que alcanzaba a la propia familia real⁴⁸⁶. Tampoco retrocedieron en el ejercicio de una considerable cuota de influencia a través del púlpito cercano al monarca, muchas veces tan decisivo y envidiado, en los siguientes reinados⁴⁸⁷.

Según Azcona, en 1500 había en España 34 monasterios jerónimos⁴⁸⁸. Ciertamente, Jerónimo no nació en la península ibérica⁴⁸⁹. No obstante, la orden que lleva su nombre, fundada en 1373 por fray Pedro Fernández Pecha, es considerada, además de netamente española, como el claro antecedente bajomedieval de las reformas monacales y eclesiásticas de los monarcas del siglo XV⁴⁹⁰. Su vinculación a la coronas de los reinos peninsulares fue tal que una alta proporción de esas fundaciones jerónimas no son solo de origen real, procediendo de antiguas residencias regias, sino que

⁴⁸⁴ PORTELA SILVA, María José, GARCÍA ORO, José: “Felipe II frente a la reforma de monasterios y abadías regulares de la Corona de Castilla”, *Archivo Iberoamericano*, 238-239 (2001), pp. 1-64; MARTÍNEZ VEGA, María Elisa: “Los franciscanos descalzos, Felipe II y la Contrarreforma”, en *Felipe II y las artes. Actas del Congreso Internacional*, Madrid, 2000, pp. 71-84; “La vida franciscana en tiempos de Felipe II: los Estatutos Provinciales”, en MARTÍNEZ RUIZ, Enrique (coord.): *Madrid, Felipe II y las ciudades de la monarquía*, vol. 3, Madrid, 2000, pp. 251-298.

⁴⁸⁵ FERNÁNDEZ-GALLARDO JIMÉNEZ, Gonzalo: *La supresión de los franciscanos conventuales de España en el marco de la política religiosa de Felipe II*, Madrid, 1999; FERNÁNDEZ TERRICABRAS, Ignasi: “Un ejemplo de la política religiosa de Felipe II: el intento de reforma de las monjas de la tercera obra de San Francisco (1567-1571)”, en VIFORCOS MARINAS, Isabel, PANIAGUA PÉREZ, Jesús (coords.): *I Congreso Internacional del Monacato Femenino en España, Portugal y América, 1492-1992*, Vol. 2, León, 1993, pp. 159-172; CASTRO, Manuel de: “Supresión de franciscanos conventuales en la España de Felipe II”, *Archivo Iberoamericano*, 165-168 (1982), pp. 185-265.

⁴⁸⁶ VAQUERÍN APARICIO, Daniel, VILACOBIA RAMOS, Karen María: “Perspectiva franciscana del Arte del Bien Morir en tiempos de Felipe II”, en MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: *Madrid, Felipe II y las ciudades de la monarquía*, vol. 3, Madrid, 2000, pp. 463-474.

⁴⁸⁷ MARTÍNEZ RUIZ, Enrique, NEGREDO DEL CERRO, Fernando: “La voz de San Francisco en la Real Capilla: los predicadores franciscanos de Felipe IV”, en GRAÑA CID, María del Mar, BOADAS LLAVAT, Agustín: *El franciscanismo en la península Ibérica. Balance y perspectivas*, Barcelona, 2005, pp. 481-500.

⁴⁸⁸ *Ibidem*, p. 408.

⁴⁸⁹ San Jerónimo, Eusebio Hierónimo de Estridón o Jerónimo de Estridón (Estridón, Dalmacia, c. 347 – Belén, c. 420), autor de la *Vulgata*, traducción de la Biblia del griego y hebreo al latín, es considerado junto a san Agustín de Hipona, san Gregorio Magno y san Ambrosio de Milán como uno de los cuatro grandes Padres latinos de la Iglesia (MADRID, Ignacio de: “La orden de san Jerónimo. Historia, espíritu y espiritualidad. Servicio a la iglesia y a la sociedad”, en MATEOS GÓMEZ, Isabel, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, PRADOS GARCÍA, José María: *El arte de la orden jerónima. Historia y mecenazgo*, Bilbao, 1999, p. 10).

⁴⁹⁰ MADRID, Ignacio de: *op. cit.*, p. 12.

albergaban antiguos o nuevos cuartos reales, es decir, estancias para el retiro de monarcas. Las visitas de reyes e infantes a los mismos eran frecuentes.

Los Trastámara llevaban generaciones conviviendo con jerónimos, si bien el mejor símbolo de la vinculación de la reina Isabel con la orden castellana fue la pronta elección de fray Hernando de Talavera como su confesor, en 1465⁴⁹¹. Un monasterio jerónimo marcaría también los ocasos de la soberana, que pasó en el de la Mejorada, en Olmedo, entre el 20 de mayo y el 23 de junio de 1504, el año de su muerte⁴⁹², y el propio rey Fernando volvió a este nada más quedar viudo, entre el 30 de noviembre y el 8 de diciembre⁴⁹³. Que Fernando el Católico no acudiera a san Jerónimo entre sus intercesores, cuando firmó su testamento en una casa del monasterio de Guadalupe, adscrito a la orden del santo, habría respondido, como hemos afirmado, a la rapidez con la que este fue redactado. Tampoco aparece en el del emperador, hecho sorprendente. En sus últimas voluntades, Carlos V alude en numerosas ocasiones a las de su abuela materna, haciendo innegable que pensemos que lo leyó varias veces al pensar en el contenido sustantivo que daría al suyo. Isabel la Católica se había mostrado hábil al citar al santo patrón de quienes tantas veces fueran *anfitriones* espirituales. El emperador fallece en las estancias que se le dispusieron en un monasterio jerónimo, y como veremos más detenidamente, las consideraciones en torno a su sepultura que incluyó en su codicilo y eventual fundación de aniversarios en Yuste confirman la cercanía a su comunidad de monjes. Conviene reproducir una cláusula del codicilo que el emperador otorgó doce días antes de su muerte, la décimo cuarta de su original no numerado, para introducir el afecto que el monarca sintió por los religiosos que le habían acompañado durante su retiro en los últimos meses de su vida:

“Assi mismo, es mi voluntad que, el trigo, cebada, carneros, vino y otras cosas de comer que al tiempo de mi muerte se hallaren en el guarda

⁴⁹¹ Hernando de Talavera (1428-1507) fue prior del monasterio vallisoletano de Nuestra Señora de Prado, obispo de Ávila (1485) y arzobispo de Granada desde 1492. Vid. IANNUZZI, Isabella: “Gobernar a los fieles y “predicar” discursos socio-religiosos. Fray Hernando de Talavera, confesor y consejero de los Reyes Católicos”, *Mágica. Revista Universitaria*, 13 (2009), pp. 73-84; FRADEJAS LEBRERO, José: “Bibliografía crítica de fray Hernando de Talavera”, en SOTO RÁBANOS, José María (coord.): *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, Vol. II, Madrid, 1998, pp. 1347-1358; RESINES LLORENTE, Luis: *Hernando de Talavera, prior del Monasterio de Prado*, Salamanca, 1993.

⁴⁹² AZCONA: *op. cit.*, p. 581. También este monasterio contaba con alojamiento regio.

⁴⁹³ DOMÍNGUEZ CASAS, Rafael: “La casa real de Medina del Campo (Valladolid), residencia de los Reyes Católicos”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 78 (1994), p. 332. El 10 del mismo mes, el monarca habría regresado a Medina del Campo, poniéndose en ruta hacia Toro dos días después.

mangier y fuera dél, se dé luego a este dicho monasterio de que yo le hago limosna, porque tengan los frayles del más cuydado de rogar a Dios por mi ánima. Y assí mismo, de la botica con las medicinas, drogas y basos, que en ella se hallaren, con que no sean ni se entienda de oro, plata ni cosa desta calidad (...) sin aguardar a consultallo con el Rey (...) por ser poca cosa”⁴⁹⁴.

Su gratitud llegó a excluir de la respetuosa consulta a Felipe II la entrega de alimentos y enseres por parte de los albaceas, aunque muy probablemente la situación económica le hizo introducir esa apostilla referida al valor del metal. Con el sentido práctico del soldado y estratega, ese humano legado revela el deseo de obtener a cambio oraciones jerónimas por su salvación.

Felipe II visitó Guadalupe y pasó en varias ocasiones la Semana Santa en el de Guisando. La fundación de san Lorenzo de El Escorial polarizó, lógicamente su querencia por la comunidad jerónima que allí residía. Aunque su hijo tuvo una relación, como veremos, de altibajos con el monasterio, su aprecio por la orden de san Jerónimo, al que cita también en su testamento, fue innegable. Tanto él como su esposa, Margarita de Austria, donaron objetos de plata y ropajes a monasterios como el de Guadalupe. El rey asistiría el 20 de octubre de 1618 a la solemne inauguración de la nueva capilla mayor, donde pudo ver el majestuoso retablo de Juan Gómez de Mora y los sepulcros de Enrique IV y su madre, doña María de Aragón, reubicados⁴⁹⁵.

Ni Felipe IV ni Carlos II mencionarían a san Jerónimo en su testamento, a pesar de la construcción, aprovechando el Cuarto Real en el monasterio dedicado al santo en Madrid, del Palacio del Buen Retiro, que durante los dos últimos tercios del siglo XVII se convirtió en lugar de recreo e intensa vida cortesana. Es demasiado aventurado suponer si Felipe IV no incluyó a san Jerónimo por motivos como sus frecuentes peticiones de recursos a monasterios como el de Guadalupe, por tantas dificultades económicas durante su reinado, no siempre atendidas. Lo cierto es que no hay datos de donaciones al lugar durante el mismo, si bien el uso de El Escorial que hizo el monarca, su cercanía y convivencia con la comunidad de san Lorenzo, no explican tampoco la omisión como intercesor en sus últimas voluntades que, como hemos constatado, en los aspectos formales fueron casi copiadas por su sucesor, Carlos II. Habían pasado casi dos

⁴⁹⁴ *Codicilo al testamento de Carlos V*, ed. 1982.

⁴⁹⁵ Enrique IV había sido enterrado inicialmente en el monasterio de san Jerónimo el Real, en Madrid. Fue trasladado a Guadalupe, donde sus restos pasaron a un fastuoso sepulcro costado por el cardenal Mendoza, hasta su definitiva sepultura en el mausoleo actual, obra de Giraldo de Merlo (MATEOS GÓMEZ, Isabel, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, PRADOS GARCÍA, José María: *El arte de la orden jerónima. Historia y mecenazgo*, Bilbao, 1999, p. 130)

siglos desde que la Reina Católica acudiese al fundador de la orden, con igual muestra de complacencia que al fundador de la de los Predicadores:

“gloriosos confessores e grandes amigos de nuestro Sennor Sanct Geronimo doctor glorioso e sancto Domingo que, como luzeros de la tarde, resplandecieron en las partes occidentales de aquestos mis regnos a la víspero e fin del mundo, en los cuales e en cada vno dellos tengo speçial deuocion”⁴⁹⁶.

Las reformas eclesiásticas de los Reyes Católicos también se habían dirigido hacia los dominicos, tanto en su orden primera como en rama femenina. Los hijos de santo Domingo de Guzmán constituían una de las más extendidas órdenes religiosas en la Cristiandad desde la Edad Media⁴⁹⁷. La reina Isabel consideró siempre fundamental la mejora de su espiritualidad, aunque fue conflictiva en sus ramas masculina y femenina⁴⁹⁸. En 1495 encomendó la “reformación” del importante convento toledano de santo Domingo el Real a María Gómez de Silva, hija del II conde de Cifuentes⁴⁹⁹. De alguna manera, sorprende que, a pesar de fallecer con el hábito dominico, Fernando el Católico no citase a Domingo en su santoral testamentario⁵⁰⁰. Tampoco el emperador Carlos lo recogería, estando ya presente en el de los siguientes monarcas, testimoniando algo más que una devoción ante mortem.

Si Felipe II fue bautizado en 1527 en la iglesia del convento dominico de san Pablo, en Valladolid, sus sucesores tendrían aún más presente a la orden de predicadores, que durante el siglo XVII fue predominante en el regio confesonario⁵⁰¹. Fray Antonio de Cáceres sería el primer confesor de Felipe III, sustituido poco después por el también dominico fray Gaspar de Córdoba... El cénit llegaría con Antonio de Sotomayor, que atendió la salud espiritual de Felipe IV desde 1616, siendo príncipe de

⁴⁹⁶ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, Preámbulo.

⁴⁹⁷ Santo Domingo de Guzmán, nacido Domingo de Guzmán Garcés (Caleruega, Burgos, 1170 – Bolonia, Italia, 1221), hijo de Félix Núñez de Guzmán y Juana de Guzmán (conocida como Juana de Aza, beatificada en 1828), fundador de la Orden de Predicadores, fue canonizado en 1234 por Gregorio IX.

⁴⁹⁸ NIEVA OCAMPO, Guillermo: “*Reformatio in membris*: conventualidad y resistencia a la reforma entre los dominicos de Castilla en el siglo XV”, *En la España medieval*, 32 (2008), pp. 297-341.

⁴⁹⁹ MARTÍNEZ CAVIRÓ, Balbina: “El franciscanismo toledano en tiempos de Isabel la Católica”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 50 (2004), p. 54. La dama era biznieta de Alonso Tenorio de Silva y Guiomar de Meneses, que ya habían hecho posible en su tiempo la fundación del convento dominico de san Pedro Mártir.

⁵⁰⁰ “pasó de esta presente vida. Falleció en ábito de Santo Domingo, muy deshecho de las carnes que tenía...”. SANTA CRUZ, Alonso de: *Crónica de los Reyes Católicos...*, p. 338 (ed. MATA CARRIAZO, Juan de, Sevilla, 1951).

⁵⁰¹ Vid. LÓPEZ ARANDIA, María Amparo: “Dominicos en la corte de los Austrias: el confesor del rey”, *Tiempos modernos*, 20 (2010), p. 3. La historiadora proporciona el listado cronológico de los dieciocho dominicos que ocuparon el confesonario regio en todo entre 1592 y 1700: seis con Felipe III; tres durante la vida de Felipe IV y once en la de Carlos II.

Asturias, hasta 1642, es decir, veintiséis años administrando el sacramento de la penitencia al rey. Como contraste, durante el reinado de Carlos II varios religiosos, entre ellos dominicos, no llegaron a mantenerse ni un año en tal función, lo que para Martínez Peñas es muestra de la inestabilidad política y del origen de su nombramiento y cese, como éxito o fracaso de maniobras cortesanas de los partidarios de validos como Juan José de Austria, Valenzuela o Medinaceli o, en los últimos años, el partido francés o austríaco⁵⁰².

Es difícil establecer cuál de las órdenes religiosas gozó de mayor predilección por parte de los monarcas de los dos primeros siglos de la España Moderna. Franciscanos, jerónimos, dominicos, benedictinos... Nuestro estudio se centra en su mentalidad ante la muerte, espacios sepulcrales, imagen funeraria. Es cierto que unas órdenes acogieron más singularmente que otras los óbitos regios. En muros de sus propios monasterios. Con sepulcros en ellos ubicados. En el cuidado de la conciencia de las reales personas. En nuestra opinión, en ningún caso se trató de una protección general, manifiesta, conjunta. Proclamada de una manera oficial, ni siquiera oficiosa. No se premió por ello de manera preeminente, o se distinguió a los religiosos que hubiesen profesado en ella con privilegios sobresalientes sobre otros. Sin embargo, el apoyo a la reforma, originada en tiempos de Juan I de Castilla e impulsada muy especialmente bajo el reinado de los Reyes Católicos, se apreció en cuestiones no menores. Un buen ejemplo es el monasterio toledano de San Juan de los Reyes, pensado inicialmente como espacio sepulcral por Isabel la Católica y contemplado finalmente como tal, alternativo a Granada –como veremos- en su testamento. Erigido para monjes observantes, es decir, reformado, frente al otro gran monasterio franciscano de la ciudad, “conventual” o “claustral” en la terminología que la historiografía emplea en la importante cuestión de la situación de las órdenes religiosas en el periodo, supuso finalmente la desaparición del segundo⁵⁰³. Si hemos hablado de predilección, ha sido porque, teniendo en cuenta, como dice Azcona, que franciscanos y dominicos “moldearon su espíritu, lo dirigieron en momentos críticos y le comunicaron criterios de

⁵⁰² MARTÍNEZ PEÑAS, Leandro: “El rey y su confesor en el Antiguo Régimen”, en ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio: *El Rey. Historia de la Monarquía*, Barcelona, 2008, Vol. III, p. 122. El autor destaca la importancia del confesor real durante la Edad Moderna, en las que sus funciones sobrepasaron el carácter espiritual para penetrar en la influencia política, con notables figuras asociadas a monarcas.

⁵⁰³ Vid. MARTÍNEZ CAVIRÓ, Balbina: “El franciscanismo toledano en tiempos de Isabel la Católica”, *Toletum*, 50 (2004), pp. 51-78; PORRES MARTÍN-CLETO, Julio: “Los franciscanos en Toledo”, *Anales Toledanos*, 17 (1983), pp. 17-28.

gobierno”⁵⁰⁴, más tarde serían los jerónimos quienes permaneciesen cerca de la soberana. Y no es extraño que surgiesen celos entre ellos.

Al referirnos a la continuada presencia de san Francisco, san Jerónimo y santo Domingo en los testamentos Austria a partir del de Felipe II, como herencia de la devoción y reformas religiosas de los Reyes Católicos, especialmente de la reina Isabel, siguiendo el orden de aparición de santos en las últimas voluntades regias, no habíamos mencionado todavía a san Benito⁵⁰⁵ ni a san Bernardo⁵⁰⁶, padres ambos del monaquismo occidental. Ambos serán invocados, por primera vez en nuestra serie, en la cámara del Rey Prudente, en septiembre de 1598. Toda la geografía peninsular estaba plagada de monasterios benedictinos, en su mayor proporción, y cistercienses, tanto en sus ramas masculina como femenina.

La privilegiada relación de Felipe II con otras órdenes no le privó de seguir de cerca la situación de los benedictinos, que habían vivido una reforma paralela a la franciscana mucho antes que la orden seráfica. San Salvador de Oña, en Burgos, había sido uno de los principales centros eclesiásticos castellanos en los siglos centrales de la Edad Media, además de panteón real desde casi sus inicios. Tras serias dificultades económicas y patrimoniales entre mediados de los siglos XIV y XV⁵⁰⁷, a principios del XVI, la consolidación de la comunidad y congregación del de san Benito, en Valladolid, hizo que a el quedasen agregados todos los monasterios benedictinos del reino de Castilla tras la reforma observante⁵⁰⁸. En la iglesia de aquél monasterio, bajo custodia benedictina, habían permanecido depositados, temporalmente, los restos de su tía

⁵⁰⁴ AZCONA: *op. cit.*, p. 32.

⁵⁰⁵ San Benito de Nursia (Nursia, 480 – Montecasino, 547), fundador de los benedictinos, es considerado como el iniciador de la vida monástica en Occidente.

⁵⁰⁶ San Bernardo de Claraval (Fontaines-les-Dijon, Borgoña, Francia, 1090 – Claraval, 1153) es cronológicamente es el último de los Padres de la Iglesia, aunque su impacto pastoral fue notable. Impulsor de la orden cisterciense, en vida promovió la creación de más de dos centenares de monasterios. Fue canonizado por el papa Alejandro III en 1173. CANTERA MONTENEGRO, Santiago: *San Bernardo o El medievo en su plenitud*, Madrid, 2001; YÁÑEZ NEIRA, Damián: *San Bernardo de Claraval*, Burgos, 2001;

⁵⁰⁷ DIAGO HERNANDO, Máximo: “La tutela nobiliaria sobre los monasterios benedictinos castellanos en la Baja Edad Media: Relaciones entre los Velasco y el monasterio de san Salvador de Oña”, *Hispania Sacra*, 113 (2004), p. 70. Pedro Fernández de Velasco, I conde de Haro, con su influencia en el monasterio, habría sido uno de los principales responsables de la adopción por parte de su comunidad de la reformas de su vida de clausura o la supresión del sistema de abades perpetuos, pilares de la renovación observante.

⁵⁰⁸ Vid. GARCÍA ORO, José: *La reforma de los religiosos españoles en tiempo de los Reyes Católicos*, Valladolid, 1969.

paterna, la reina María de Hungría⁵⁰⁹, por la que el Rey Prudente había sentido tanto afecto y de la que había recibido consejo y ejemplo durante sus dos trayectos europeos.

Efectivamente, la reforma religiosa de los Reyes Católicos fue un proceso complejo que, aunque anticipado en el tiempo en el caso de los hijos de san Benito, no dejó de crear dificultades durante los reinados de los cuatro últimos Austrias, que en 1598, 1621, 1665 y 1700 acudieron al fundador de los benedictinos en su testamento. Otro de los monasterios reformados, adheridos al de la congregación vallisoletana en 1512, fue el de santo Domingo de Silos, que incorporó a su priorato el de san Martín, en Madrid. Felipe II instó al capítulo general benedictino, en 1592, que san Martín se convirtiese en abadía independiente, a lo que accedió el papa Clemente VIII dos años después⁵¹⁰. En nuestra opinión, la petición del monarca debe entenderse en un contexto religioso, político e incluso urbanístico. El monasterio madrileño estaba enclavado en los aledaños del de las franciscanas Descalzas Reales, que había sido residencia del contador mayor del emperador, Alonso Gutiérrez, adquirido por la propia hermana menor del rey, doña Juana de Austria, como residencia, en la que había fundado el cenobio y cuyos restos descansaban en su iglesia, y lo era entonces de la otra hermana del soberano, la emperatriz María. Que Felipe II deseara la elevación espiritual de los monjes de san Martín convivía con el deseo de armonizar un entorno, lo que se lograría en 1570 tras la eliminación del cementerio parroquial de san Martín. En el lado Este, un monasterio, residencia real y panteón dinástico. En el lado Norte, un monasterio en el que además los monjes benedictinos había acogido la fundación de la capilla panteón del propio Alonso Gutiérrez, que sobreviviría hasta su demolición en el siglo XIX⁵¹¹.

No obstante, la comunidad silense protestó por el deseo de separación formulado en 1592. El acuerdo no se alcanzaría hasta el comienzo del reinado de Felipe III, en 1601, comprometiéndose la nueva abadía madrileña al mantenimiento de cuatro monjes de la burgalesa, así como a permitir su intervención en la elección del abad,

⁵⁰⁹ AGP, *Lista...*, Llave 4, *La Reyna de Hungría D. María*. El féretro de la hermana de Carlos V permaneció en el templo poco menos de dieciséis años, entre 1558 y 1574.

⁵¹⁰ Vid. MATÉ SADORNIL, Lorenzo: "Silos dentro de la Congregación Benedictina de Valladolid en los siglos XVI-XVIII", en *Silos: un milenio. Actas del Congreso Internacional sobre la Abadía de Santo Domingo de Silos*, vol. 2, Burgos, 2003, pp. 297-320.

⁵¹¹ TOAJAS ROGER, María Ángeles: "El tesorero Alonso Gutiérrez y su capilla en San Martín: notas y documentos sobre patronazgo artístico en el Madrid del quinientos", *Anales de historia del arte*, 15 (2005), p. 101. La historiadora refiere que Gutiérrez quiso edificar un convento de religiosas, iniciándose pleito por afectar a los terrenos de la comunidad del priorato de san Martín, que motivó que el propio abad de Silos tuviese que personarse en Madrid. La princesa Juana de Portugal conseguiría finalmente que el espacio ante la fachada del monasterio de las Descalzas quedase despejado.

alternativamente⁵¹². De nuevo en el otoño de otro monarca, en 1661, se rompió el pacto, reclamándose de nuevo desde Burgos la elección de abad. Felipe IV no llegó a ver terminado el pleito, pues aunque Alejandro VII envió desde la Santa Sede una nueva bula a favor de Silos, la nunciatura no la ejecutó en 1664 al entender que la abadía de san Martín tenía nuevas razones. Y en esto, el rey fallecía en septiembre de 1665. Sin olvidar a san Benito entre sus intercesores.

Carlos V acudió expresamente a san Carlos, lo que plantea la identidad del santo aludido en sus últimas voluntades. La etimología del nombre del monarca, el germánico Karl, su significado “fuerte, valeroso”, remitía al más conocido de los emperadores del Sacro Imperio que lo había llevado por primera vez, Carlomagno⁵¹³. Su canonización, que habría sido exigida en 1165 por uno de sus sucesores Hohenstaufen, Federico Barbarroja, al antipapa Pascual III, motivó la extensión y consolidación de un culto en el que se confundían la leyenda que sobre su figura se extendió tras su muerte, las crónicas laudatorias y el agradecimiento tácito de la Iglesia a su reconocimiento a la independencia de los Estados Pontificios como poder temporal⁵¹⁴. No obstante, recientes estudios han destacado que fue el centro de la construcción de una teoría teológico política basada en la realeza sapiencial, a modo de un nuevo rey David, como ha expuesto Rodríguez de la Peña, en torno a la que se asentaron no pocos pilares de la noción de Cristiandad, sólidos en la conciencia dinástica de los Austria⁵¹⁵. Ese mismo culto solo se consolidó en Alemania entre los siglos XII y XV, extendiéndose por Europa por monarcas como Luis XI⁵¹⁶. En la península ibérica, se promovió en diócesis

⁵¹² Vid. SANTOS PUERTO, José: “Conflictos benedictinos: el caso de Silos y San Martín de Madrid”, en *Silos: un milenio. Actas del Congreso Internacional sobre la Abadía de Santo Domingo de Silos*, vol. 2, Burgos, 2003, pp. 593-608. El acuerdo fue recogido por bula de mismo papa.

⁵¹³ Carlomagno (c.742 – 814), hijo de Pipino el Breve y Bertrada de Laon, fue rey de los francos y creó el Sacro Imperio Romano Germánico, en el que unió la cultura romana y germánica cambiando el rumbo de la historia occidental. Vid. BARBERO, Alessandro: *Carlomagno*, Barcelona, 2001.

⁵¹⁴ DIAGO HERNANDO, Máximo: “La pervivencia y utilización histórica del mito: los casos de Carlomagno y Federico I Barbarroja”, en IGLESIA DUARTE, José Ignacio de la, MARTÍN RODRÍGUEZ, José, Luis (coords.): *Memoria, mito y realidad en la historia medieval. XIII Semana de Estudios Medievales*, Logroño, 2003, p. 241.

⁵¹⁵ RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, Manuel Alejandro: *Cultura y poder en la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media*, Madrid, 2008, p. 399 ss.

⁵¹⁶ Tras su muerte en Aquisgrán sus restos se convirtieron en símbolo político-dinástico y religioso, apareciendo crónicas laudatorias con milagros, viajes de peregrinación y evangelización, la mayor parte legendarias, como las que refieren su supuesta presencia en Tierra Santa o el Camino de Santiago, que derivaron además en notable influencia literaria en la península ibérica, sobre todo en el género épico. Vid. POPA-LISEANU, Doina: “Las huellas de una peregrinación imaginaria: Carlomagno en Oriente”, *Revista de filología románica*, Extra 1, 1991, p. 40; BAUTISTA PÉREZ, Francisco: “Memoria de Carlomagno: sobre la difusión temprana de la materia carolingia en España (siglos XI-XII)”, *Revista de poética medieval*, 25 (2010), p.109.

como la gerundense⁵¹⁷, en cuya catedral, a mediados del XIV, su obispo impulsó la devoción al emperador en el contexto del desarrollo de su sede episcopal, disponiendo un altar específico para él, que perduró en el templo durante más de cuatro siglos, instituyendo su fiesta el 28 de enero. Carlomagno nunca fue inscrito en el calendario litúrgico romano –y por consiguiente, tampoco eliminado-, perviviendo su devoción hasta hoy en varias diócesis alemanas.

Carlos V ordenó que se incribiera la leyenda “Sanctus Karolus Magnus” en el cetro imperial. Entendemos que era él a quien pedía intercesión, aludiendo a Carlomagno con “san Carlos”, pues no tenemos noticias de otros san Carlos anteriores, pero sí pruebas de una sólida conciencia de la unidad de lo político y lo religioso en el concepto de Cristiandad en el siglo XVI, heredera de los esfuerzos del origen del imperio que había regido desde la muerte de su abuelo Maximiliano I.

La inclusión de “san Carlos” sin mayor especificidad por parte de Carlos II podría plantear duda en torno a su posible referencia san Carlos Borromeo⁵¹⁸. El testamento del monarca es prácticamente una copia al de su padre en lo que a cláusulas de estilo de refiere, reproduciendo su *confessio* e incluso todos y cada uno de los intercesores que Felipe IV enunció en su santoral, al que únicamente añadió el de su nombre, que entendemos remitiría al de tanto peso dinástico en el imperio. Paradójicamente, el día de su muerte, el 1 de septiembre de 1700, se cumplieron exactamente noventa años de la canonización del cardenal milanés, que fue elevado a los altares por Paulo V, si bien no tenemos noticia de especial devoción por él, aunque sí de relación con la península e influencia en los reinos de la monarquía de España a través de su participación en el Concilio de Trento y la ubicación de su diócesis en el estratégico Camino español de los Tercios hacia Flandes⁵¹⁹.

De la devoción de Felipe II a san Lorenzo contamos con la gigantesca prueba arquitectónica del monasterio escorialense, cuya fundación y construcción analizaremos en sus correspondientes epígrafes por acoger el sistema sepulcral propio de la monarquía de España. Fueron su impulsor y su primer sucesor, Felipe III, los únicos

⁵¹⁷ MOLINA I FIGUERAS, Joan: “Arnau de Montrodon y la catedral de San Carlomagno. Sobre la imagen y el culto al emperador carolingio en Gerona”, *Anuario de estudios medievales*, 34, 2004, p. 420.

⁵¹⁸ Carlos Borromeo (1538-1584) nació en Arona, en el ducado de Milán. Hijo de Gilberto Borromeo y Margarita de Médicis, hermana del papa Pío IV. Fue administrador de los Estados de la Iglesia y secretario de Estado. Arzobispo de Milán desde 1564, introdujo en su diócesis las reformas del Concilio de Trento, en el que había participado. Su cuerpo reposa en una urna de plata que fue regalo de Felipe IV.

⁵¹⁹ Vid. HUERGA TERUELLO, Álvaro: “La irradiación de San Carlos Borromeo en España a principios del siglo XVII”, *Hispania sacra*, 81 (1988), pp. 179-191; GONZÁLEZ NOVALÍN, José Luis: “San Carlos Borromeo y su relación con España: nota crítica”, *Hispania sacra*, 81 (1988), pp. 193-204.

monarcas que incluyeron al santo entre los intercesores a los que acudieron en sus testamentos, sin duda en el contexto de la construcción y primera etapa de influencia del monasterio y su desbordante significación en la mentalidad de la época.

No es extraño que de san Lorenzo fuese la primera reliquia que entró en el monasterio, un hueso de su brazo enviado por doña Juana de Austria, hermana de Felipe II, en 1571⁵²⁰. El otro brazo del santo llegó por encargo del duque de Saboya el mismo año⁵²¹. Carlos Lorenzo fue el nombre que recibió el segundo hijo que tuvo Felipe II con su cuarta esposa, nacido el 12 de agosto de 1573. Precisamente, el infante vino al mundo cuando Ana de Austria hacía un alto en la localidad de Galapagar, en ruta hacia el monasterio. Y un *Martirio de san Lorenzo*, de Tiziano, de grandes proporciones -4,41 metros de altura por 3,27 de anchura-, pintado entre 1564 y 1667, fue el que Felipe II quiso que presidiese el altar de la Iglesia vieja o de prestado, primer templo con el que contó el monasterio, el espacio sacro en el que habilitaron su primer cuarto, desde el que podía contemplarlo. Bajo aquella representación de la trágica muerte del santo que daba nombre al lugar fueron enterrados, en una cripta provisional, como veremos, los primeros restos de sus familiares que fueron trasladados a El Escorial. Una obra realizada por un pintor entonces en torno a los 75 años de su vida, calificada por Checa como de último estilo, que por recoger una escena de noche le habría permitido un amplio margen de “inacabamiento” en los reflejos del fuego de la parrilla, de las armaduras de los soldados, la lejana luna, los ángeles con la corona martirial en la parte superior de la composición⁵²². Nos parece que el san Lorenzo de la iglesia provisional es martirio pero también espera desnuda de una eternidad infinita.

Creemos que el arca con el cuerpo de san Diego de Alcalá fue la reliquia más veces conducida junto a las reales personas durante la Edad Moderna, lo que nos conduce a la firme creencia que no solo Felipe II y Felipe III, que acudieron al santo en sus testamentos, tuvieron en su poder de intercesor y también como sanador⁵²³. La crónica de sus muertes no fue la primera vez que en que constó la presencia de reliquias.

⁵²⁰ CHECA CREMADES, Fernando: “Anatomías sagradas”, en CHECA CREMADES, Fernando: *De El Bosco a Tiziano. Arte y maravilla en El Escorial*, Madrid, 2013, p. 123. La misma “Entrega primera”, como se denominó la primera gran llegada de reliquias, también incluyó un pedazo del brazo de san Andrés y de santa María Magdalena.

⁵²¹ ALONSO, Carlos: “Envío a Felipe II de reliquias de San Lorenzo desde Florencia y Roma para El Escorial”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 212 (1999), pp. 685-711.

⁵²² CHECA CREMADES: *op. cit.*, p. 237.

⁵²³ Fray Diego de San Nicolás (San Nicolás del Puerto, Sevilla, 1400 – Alcalá de Henares, 1463), más conocido tras su canonización como San Diego de Alcalá, profesó como hermano lego entre los franciscanos observantes, siendo misionero en Canarias. *Vid.* SARASA SÁNCHEZ, Esteban: “El tiempo histórico, político y cultura, de San Diego de Alcalá”, *Anales Complutenses*, 18 (2006), pp. 31-44.

La costumbre no fue iniciada por Felipe II, que reunió más de siete mil en El Escorial. Su muerte fue verdaderamente representativa en este sentido, pues en su última enfermedad fueron llevados a sus aposentos en El Escorial los restos de san Eugenio, los santos Justo y Pastor, el brazo de san Sebastián y la cadera de san Lorenzo⁵²⁴. Felipe II confió siempre en san Diego⁵²⁵. Consiguió su canonización en 1588. Había traído su cuerpo⁵²⁶ al Alcázar o a San Lorenzo, con ocasión de la enfermedad o muerte de sus consortes o hijos. Los Austria continuaron la tradición: Felipe IV tendría consigo un *lignum crucis*⁵²⁷. Incluso contamos con referencia a una acumulación con motivo de la gravedad de María Luisa de Orleans, que no deja en muy buen lugar a quien organizase el traslado de las reliquias junto a la soberana agonizante⁵²⁸.

⁵²⁴ CALDERÓN: *op. cit.*, p. 49. En la muerte de Felipe IV también estuvo presente la reliquia del cuerpo de san Diego de Alcalá, pero el autor refiere que cuando sugirieron al monarca que se trajese la de san Isidro, el rey afirmó: “Donde lo tienen está con más decencia, y para lo que le puedo pedir no estorba la distancia”. Felipe IV no citó al patrón de Madrid en sus últimas voluntades.

⁵²⁵ San Diego de Alcalá fue elevado a los altares, finalmente, en 1588. El primer santo de la Contrarreforma católica abrió un elenco de veintisiete canonizados, hasta 1690, de los que trece eran españoles, y dos originarios de un reino español. BURKE, Peter: *The Historical Anthropology of Early Modern Italy*, Cambridge, 1987, p. 49, cit. en DANDELET, Thomas J.: *La Roma española. 1500-1700*, Barcelona, 2002, p. 27 y p. 212 ss. Entre 1198 y 1431 solo fue canonizado un español, santo Domingo de Guzmán. La elevación a los altares del fundador de los Dominicos por Gregorio XI, en 1234, fue una excepción en más de dos siglos de proclamación de santos españoles. Felipe II quiso acabar con esa sequía y comenzó a impulsar decididamente el proceso del franciscano de Alcalá de Henares a raíz de la curación de su primogénito, el Príncipe de Asturias Don Carlos, atribuida a su intercesión. El cuerpo había sido llevado al cuarto del heredero tras todo intento médico de curar las heridas sufridas al caer por una escalera en la residencia de la ciudad del Henares. Finalmente, en su proceso de canonización se le atribuirían un total de seis milagros, y sería el único santo canonizado durante todo el siglo XVI en la Iglesia Católica, el 10 de julio de 1588, por Sixto V. Dandelelet, desde una visión muy crítica, atribuye la canonización al deseo del pontífice de agradar a Felipe II en el año de la expedición a las Islas Británicas de la Armada Invencible contra Isabel I de Inglaterra, enemiga común de ambos.

⁵²⁶ LARA OLIVEROS, José Manuel: “La Capilla de San Diego de San Nicolás del Convento de Santa María de Jesús de Alcalá de Henares: un santo andaluz y su devoción en la Corte española”, en PELÁEZ DEL ROSAL, Manuel (coord.): *El Franciscanismo en Andalucía. Clarisas, Concepcionistas y Terciarias regulares*, Córdoba, 2006, pp. 127-139.

⁵²⁷ *Testamento de Felipe IV*, ed. 1982. El mencionar en la cláusula 19 de sus últimas voluntades que en uno de sus escritorios se encontraría “una Cruz grande de Lignum Crucis que me dejó Don Gaspar de Guzmán, Duque-Conde de Olivares”, indicando a continuación que la cedía en herencia a su segunda esposa, Doña Mariana de Austria, el monarca atestiguaba el valor concedido a la porción de la cruz en la que habría muerto Cristo, que se conservaba en el Real Alcázar en Madrid, mostrando al mencionar su procedencia un cierto homenaje a su anterior propietario, el conde duque de Olivares, caído en desgracia veinte años antes. El valor de una confesión así resalta la religiosidad del monarca en el documento, así como sentimientos de gratitud a quien fuera su principal colaborador.

⁵²⁸ Incluso un autor desconocido consigna el trasiego de reliquias e imágenes con motivo de la muerte de una reina consorte, María Luisa de Orleans, en 1689: “Habíanse sacado al amanecer de aquél mismo día la Imagen de nuestra Señora de Atocha que no llegó más que hasta la Iglesia de (l)oreto y de allí se volvió; a San Isidro que llegó a Santa María y volvió a su iglesia y a Nuestra Señora de la Soledad que aún no había salido del Pórtico, ni los Comisarios que iban a Alcalá a por San Diego, de la puerta de aquél camino. Con que se considerará que días fueron estos en Madrid y particularmente esta tal mañana, de confusión, tropelías, mentir, replicar, clamorear, sin saber en mucho tiempo lo cierto que pasaba en Palacio ni creer la muerte de la Reyna porque eran infinitos los que ni sabían que estaba mala, y así mentían sin freno, y decían que era el Rey o la Reyna Madre, hasta que todos vieron volver las Imágenes

Ciertamente, la costumbre no cesó con el fin de la dinastía. En agosto de 1724 el cuerpo de san Isidro fue conducido a la capilla del Palacio del Buen Retiro, donde se hicieron rogativas públicas por la salud del joven Luis I⁵²⁹. Y la Gaceta de Madrid confirma que también se llevó el de san Diego⁵³⁰. La reliquia volvería a una residencia regia, el Palacio de Aranjuez, en julio de 1758, durante la agonía de Bárbara de Braganza⁵³¹, siendo colocada en la pieza contigua a la que ocupaba la consorte de Fernando VI⁵³². Un año después, la muerte del rey viudo, Fernando VI, nos mostrará que a las reliquias no se trasladaban necesariamente junto a los regios moribundos. El monarca se recluyó en el castillo de Villaviciosa de Odón durante los últimos meses de su vida. Cuando su enfermedad se presentó ya como terminal, no se llevaron a la fortaleza las reliquias, sino a iglesias donde se hicieron rogativas públicas⁵³³.

Con el óbito de María Amalia de Sajonia, en septiembre de 1760, la costumbre regresó: se condujeron al Palacio del Buen Retiro los cuerpos incorruptos de san Isidro y el siempre presente san Diego de Alcalá⁵³⁴.

Siete son los santos que aparecen mencionados únicamente en el testamento de Felipe III, el monarca que más intercesores invoca a la hora de sus últimas voluntades. Veinticinco nombres parecen sólido indicio de confianza en la teología, asentada por el Concilio de Trento, en torno al poder de los santos en el cielo, pero también de minuciosa preparación de una lista sobre la que, en la mentalidad ante la muerte del

a sus casas...” (*Muerte de la Reyna Doña María Luisa de Borbón y explicación de los principios de tuvo su enfermedad*”, BNE, Mss. 18120, f. 15 a 17, cit. en MAURA: *op. cit.*, p. 271).

⁵²⁹ AGP, Reinados, Luis I, Caja 9, Expte. 3.

⁵³⁰ “Se traxo de Alcalá el cuerpo de San Diego, y de su Capilla el de San Isidro, y otras muchas y grandes Reliquias, y las Santas imágenes de Nuestra Señora de Atocha, y la Soledad”. *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 36, 5 de septiembre de 1725, cit. en TORRIONE, Margarita (ed.): *Crónica festiva de dos reinados en la Gaceta de Madrid (1700-1759)*, Málaga, 1998, p. 123.

⁵³¹ “El Niño Jesús de Nuestra Señora del Sagrario de Toledo, el Cuerpo de San Diego de Alcalá, y la Sangre del Glorioso Martyr San Pantaleón, que se venera en la Iglesia de la Encarnación de esta Villa [Madrid], se han conducido a Aranjuez, y se han colocado en un Quarto inmediato al de la Reyna enferma, con la decencia y veneración debidas a tan preciosas Reliquias...”. *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 31, 1 de agosto de 1758, cit. en TORRIONE: *op. cit.*, p. 332.

⁵³² RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ DE CEBALLOS, Alfonso: “La piedad y el sentimiento de la muerte en el reinado de Fernando VI y Bárbara de Braganza”, en *Fernando VI y Bárbara de Braganza. 1746-1759. Un reinado bajo el signo de la paz*, Madrid, 2002, p. 372. El traslado incluyó, además de reliquias, la imagen del Niño Jesús del Sagrario que se conservaba en la Catedral de Toledo.

⁵³³ *Ibidem*, p. 373. Se condujeron el cuerpo de San Isidro, en solemne procesión, a la colegiata de Santa María; la imagen de la Soledad al monasterio de la Encarnación, y la de la Virgen de Atocha a las Descalzas Reales. Pensamos que la imagen de la Virgen de la Soledad a la que se refiere bien pudiera tratarse de la misma que fue donada por Isabel de Valois al convento de san Francisco de Paula, en Madrid, mencionada como milagrosa por el P. FLÓREZ en sus *Memorias...*, p. 888. El agustino cita a su vez a como fuente al cronista Quintana.

⁵³⁴ MARTÍNEZ CUESTA, Juan: *Don Gabriel de Borbón y Sajonia. Mecenaz ilustrado en la España de Carlos III*, Valencia, 2003, p. 235. También fue llevada junto a la reina la imagen del Niño Jesús de la Virgen del Sagrario de la catedral del Toledo.

propio rey, pesó tanto la influencia de las devociones de sus antepasados como las propias. El recorrido por los siete canonizados nos hace reflexionar en torno a la espiritualidad de un Felipe III inmerso en las devociones ante mortem de su tiempo.

San Esteban⁵³⁵ está presente en los preámbulos de no pocos testamentos de la Edad Moderna, en que fue considerado ejemplo y consuelo para la aceptación no ya cristiana, sino heroica, de la muerte, según relatan los Hechos de los Apóstoles, al orar durante su martirio por sus verdugos diciendo “Señor, no les tomes en cuenta este pecado”, mientras entre ellos habría estado, guardando las ropas de los sayones, el propio san Pablo⁵³⁶. Que Felipe III escogiese a san Esteban se inscribe plenamente en la tradición de “buena muerte” de los monarcas católicos, especialmente en la de su padre, quizá en el deseo de personalizarlo, individualizarlo en un santo nuevo. Los historiadores del arte fechan en 1586, cuando el heredero de Felipe II apenas cumplía ocho años, el inicio de la composición de un lienzo que recoge buena parte de la mentalidad cristiana de la muerte en el siglo XVI, El entierro del señor del Orgaz, popularmente conocida como *El Entierro del Conde de Orgaz*, que El Greco concluiría dos años más tarde, en la que se ha identificado a san Esteban como el joven con dalmática diaconal en la que lleva bordada la escena de su propio martirio, haciendo contraste con los oscuros atuendos de los caballeros de la escena⁵³⁷. Aunque la histórica composición nunca formó parte de la colección de El Escorial, recoge con acierto el universo devocional e iconográfico contrarreformista en el que vivió el monarca, que incluyó al santo.

Felipe III vivió durante su reinado no pocas tensiones sociales en el Levante peninsular, que culminarían en 1609 con la expulsión de los moriscos. Entendemos que la mención de un intercesor como san Vicente Ferrer ha de inscribirse como triple indicio, por un lado, de la cuidada elaboración de su amplio santoral testamentario⁵³⁸;

⁵³⁵ San Esteban (muerto en Jerusalén hacia el año 34), es considerado protomártir cristiano, cuya muerte se relata en el Nuevo Testamento.

⁵³⁶ *Hechos de los Apóstoles*, 7 (57-60).

⁵³⁷ LÓPEZ MARTÍN, Francisco, SUÁREZ BERMEJO, Juan Carlos: “El entierro del señor de Orgaz”. Identificación de los personajes retratados como san Esteban y como caballero de Santiago con actitud declamatoria”, *Toletana. Cuestiones de teología e historia*, 16 (2007), pp. 287-310.

⁵³⁸ San Vicente Ferrer (Valencia, 1350 – Vannes, Bretaña, Francia, 1419), dominico. Su altura teológica y sus dones de predicación, así como sus cualidades para la lógica y filosofía le hicieron destacar en distintos ámbitos. Participó en el Compromiso de Caspe, tras el que el infante don Fernando de Antequera pasó a ser rey de Aragón. En su proceso de canonización, culminado en 1455 por Calixto III, figuran centenares de testimonios de taumaturgia. *Vid.* ESPONERA CERDÁN, Alfonso: “San Vicente Ferrer, un desconocido santo valenciano”, *XX Siglos*, 45 (2000), pp. 44-53; MARTÍNEZ VERDÚ, Domingo: “Muerte y traslaciones del cuerpo de San Vicente Ferrer”, en SATACREU SOLER, José Miguel: *Actas de las II Jornadas de Historia, Economía y Sociedad del Raspeig*, San Vicente del Raspeig, 2000, pp. 13-37.

por otro, huella de una espiritualidad que experimentó una ampliación de sus referentes devocionales y por fin, demostración de sensibilidad hacia el fervor de la religiosidad popular valenciana, que tenía en el santo un firme pilar⁵³⁹. En todo caso, no sería justo centrar únicamente en el monarca la devoción de la Casa de Austria por el valenciano. Felipe II ya conservaba en su cámara una significativa reliquia vicentina de la que sin duda tuvo noticia su heredero. Incluso había recibido, remitidas por Fernando Álvarez de Toledo desde Leiden (Países Bajos), reliquias de otro san Vicente, diácono mártir en Zaragoza en el siglo IV⁵⁴⁰, si no tenemos duda en la identidad del intercesor escogido en las últimas voluntades del tercer Felipe por lo anteriormente expuesto.

En 1585 Felipe II consiguió de Sixto V una bula autorizando el culto en toda España a san Hermenegildo⁵⁴¹ y trasladó desde el monasterio de Santa María de Sigüenza (Huesca) la reliquia de la cabeza del santo⁵⁴² al monasterio de El Escorial⁵⁴³. Ese mismo año se cumplía el milenario de su martirio. El príncipe de Asturias, que entonces cumplía siete años, había recibido entre sus nombres de pila el de Hermenegildo, habiendo nacido al poco de concluir de su festividad litúrgica, pasada la medianoche del 13 al 14 de abril, todo un designio para su padre, tan atento a los de la Providencia. Sin dejar de ser aún un niño quizá pudo ser consciente, en cierta medida, del alcance religioso y político de aquella bula. No fue un hito más en el papel vertebrador que su padre había fomentado en el cristianismo durante todo el reinado, sino todo un acontecimiento en el contexto de la exaltación del propio linaje Austria y la

⁵³⁹ MUNSURI ROSADO, Nieves: “Principales devociones en la Valencia del XVI a través de los libros bautismales de la parroquia de San Esteban Protomártir”, *Memoria ecclesiae*, 20 (2002), pp. 673-686.

⁵⁴⁰ Las reliquias habían sido entregadas al III duque de Alba por el obispo de Leiden. Se trataba de parte de un maxilar inferior y un diente, conservados desde tiempo inmemorial en el monasterio de Santiago, en Leyden (FERRER GARCÍA, Félix A.: “Felipe II y la conquista de reliquias por los Tercios de Flandes: el ejemplo de Leiden (1570-1574)”, *Hispania sacra*, Extra 1 (2014), p. 75 ss.).

⁵⁴¹ San Hermenegildo (¿Medina del Campo?, ¿Sevilla?, 564 – Tarragona, 585), príncipe visigodo hijo del rey Leovigildo y hermano del rey Recaredo. Su conversión al catolicismo motivó el enfrentamiento con su padre, arriano, que acabó con su martirio y la conversión del reino visigodo. Fue canonizado en 1639 por Urbano VIII, que lo nombró patrono de los conversos, recibiendo así un nuevo impulso a su culto. Llama la atención que lo fuera antes que el propio san Fernando, elevado a los altares en febrero de 1671, durante el reinado de Clemente X, si bien el propio Urbano VIII ya había canonizado con anterioridad a otra persona de sangre real peninsular, santa Isabel de Portugal, en 1625. CORNEJO VEGA, Francisco Javier: “Felipe II, San Hermenegildo y la imagen de la “Sacra Monarquía”, *Boletín del Museo del Prado*, 36 (2000), pp. 25-38.

⁵⁴² ALONSO, Carlos: “Más datos sobre la llegada al Escorial de la reliquia de san Hermenegildo”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 214 (2001), pp. 449-461.

⁵⁴³ El monarca estimó la reliquia como una de las más valiosas del monasterio, tan solo superada por la del propio san Lorenzo: “Tras ella pongamos luego la que ninguna duda tiene, digna de que se le fundase una iglesia, la del valeroso Rey y mártir San Hermenegildo, martirizado por su padre, que no pedía menor tirano ni verdugo tan ilustre mártir. Esta se puso en un riquísimo cofre que ofreció la señora Infanta doña Isabel Eugenia Clara a su padre, el Rey don Felipe II, que no se pudo emplear mejor” (SIGÜENZA, Fray José de: *Fundación del Monasterio de El Escorial*, ed. Madrid, 1963, p. 369).

sacralización de la monarquía⁵⁴⁴. Sostiene Martínez Millán que no faltaron críticas comparando históricamente a un “atormentado rey Leovigildo en el momento de mandar ejecutar a su hijo” con el triste recuerdo de la muerte del príncipe don Carlos⁵⁴⁵. La Iglesia valoró el sentido religioso del martirio por encima de las connotaciones meramente políticas de una rebelión o enfrentamiento con el arrianismo paterno del rey Leovigildo, subrayando la conversión de Recaredo en el III Concilio de Toledo. No obstante, Felipe II no llegó a citar a san Hermenegildo en sus últimas voluntades, quizá reservando en su santoral testamentario aquellas devociones personalísimas de contenido no tan político. Felipe III continuó firmemente su devoción, que le llevaría a seguir contribuyendo, como había hecho su padre, a la construcción de la iglesia de carmelitas descalzos que se le dedicó en Madrid, consagrada en 1605⁵⁴⁶. E incluyó a “San Erminigildo” entre sus invocaciones *pre mortem* aún cuando este aún no había sido canonizado, ni lo sería hasta dieciocho años después de su muerte.

Más llamativa puede parecer la inclusión de san José entre los intercesores escogidos por Felipe III, un nombre verdaderamente novedoso en los testamentos regios⁵⁴⁷. Respondió sin duda al desarrollo de su devoción durante el Barroco, que podemos calificar como exponencial⁵⁴⁸. Promovida principalmente por los carmelitas en

⁵⁴⁴ Vid. ESTAL GUTIÉRREZ, Juan Manuel del: “Culto de Felipe II a San Hermenegildo”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 77 (1961), pp. 523-552. El historiador subraya el papel del cronista real Ambrosio de Morales, encargado de reunir las reliquias del santo en El Escorial.

⁵⁴⁵ MARTÍNEZ MILLÁN, José: “La santidad de los reyes de la dinastía Austria” en MARTÍNEZ MILLÁN, José, VISCEGLIA, María Antonietta (dir.): *La monarquía de Felipe III*, Vol. 1, p. 227. El autor insiste en que, al resucitar la tradición y el origen godo de su dinastía, el monarca quería dotarla de mayor legitimidad y fortalecerla.

⁵⁴⁶ LÓPEZ PONCE DE SALAS, M.: *Vida de San Hermenegildo, Rey y Martyr de España; grano fecundo, que con su muerte aumentó de estos Reynos la mejor cosecha*, Madrid, 1680, pp. 188-189, cit. en CORNEJO VEGA: *op. cit.*, p. 37.

⁵⁴⁷ Las principales fuentes sobre la vida de san José, esposo de la Virgen y custodio de la Sagrada Familia, son los primeros capítulos de los Evangelios de san Mateo y san Lucas. Durante los primeros siglos del cristianismo, la devoción a los santos se dirigió principalmente a los mártires, lo que unido al deseo de enfatizar la paternidad divina de Cristo, motivó que recibiese menos culto. Aún así, su figura aparece profusamente en los escritos de padres de la Iglesia como san Agustín, san Jerónimo o san Juan Crisóstomo. En el siglo XII santos como Bernardo, Tomás de Aquino o Brígida de Suecia popularizaron su devoción, acrecentándose en los albores de la Edad Moderna por san Vicente Ferrer o san Bernardino de Siena y, sobre todo, por santa Teresa de Jesús. En 1471, Gregorio IX introduce su fiesta, el 19 de marzo, en el calendario romano, ratificándola Sixto IV como festividad de rito simple (1480). En 1621, año de la muerte de Felipe III, Gregorio XV la elevaría a solemnidad de precepto. EGIDO LÓPEZ, Teófanés: “La devoción a san José: reliquias y leyendas”, *Estudios josefinos*, 121 (2007), pp. 83-104.

⁵⁴⁸ Vid. MORENO ALMÁRCEGUI, Antonio: “La devoción a San José ¿un nuevo modelo de virilidad? El caso de España. Siglos XV al XVIII”, *Cauriencia. Revista anual de Ciencias Eclesiásticas*, 9 (2014), pp. 245-286; ARRIBA CANTERO, Sandra de: *Arte e iconografía de san José en España*, Valladolid, 2013; CANTERA MONTENEGRO, Jesús: “La devoción a San José como vía para la formación de su iconografía”, *Pasos de arte y cultura*, 14 (2010), pp. 36-38; HERRÁN HERRÁN, Laurentino María: “Historia de la devoción y la teología de san José”, *Scripta Theologica*, 14 (1982), pp. 355-360; GARCÍA GUINEA, Miguel Ángel: “San José en el Barroco Español”, *Estudios Josefinos*, 4 (1948), pp. 187-216.

todas sus ramas, su contexto fue la evolución teológica vinculada al desarrollo de la doctrina del Concilio de Trento, que supuso también la renovación de su representación iconográfica hacia un personaje más joven, alejado de la ancianidad con la que el imaginario estético de la pureza le había asociado durante los siglos medievales. Varios monasterios se habían fundado con su nombre a partir de la construcción del que había impulsado santa Teresa, en 1562, en Ávila, al que el propio Felipe III regaló la estatua del santo que luce su fachada.

El Real Monasterio de la Encarnación, impulsado por la que había sido su consorte, sería edificado, tras la muerte de la reina Margarita, entre 1611 y 1621, con el referente carmelitano del de san José de Ávila.

Al referirnos a las santas mencionadas en las últimas voluntades regias de los dos primeros siglos de la Edad Moderna es necesario volver a subrayar la preeminencia masculina de aquel santoral testamentario. Seis de la casi treintena de intercesores son santas. Isabel la Católica no acudió a ninguna de las de su nombre, soberanas de Hungría o Portugal. El único monarca que no incluirá una en su testamento será Fernando el Católico que, como sabemos, será el más parco al solicitar intercesión, con cinco únicas menciones. Y el que más mencionará, Felipe III, que pedirá a cinco mujeres que rueguen en el cielo por su alma.

La más solicitada será María Magdalena, desde que Isabel la Católica pidiese su intercesión en 1504. Fue citada en los testamentos de Carlos V y Felipe II. Que Felipe III la mencionase quizá responda no solo al efecto compilatorio al que hemos hecho referencia, sino a una devoción familiar cuyo origen pudo residir tanto en un regalo hecho a su esposa durante su ruta a España, con motivo de su boda, como en la particular devoción de la novia. En la primera semana de febrero de 1599, Margarita de Austria recibió en Pavía una reliquia de la santa, a pocos días de embarcarse por fin hacia España en un viaje que parecía interminable⁵⁴⁹. Contamos con prueba de la devoción de la soberana, pues al tener que detenerse en Marsella el 10 de marzo por las condiciones de la mar, pidió visitar un cercano santuario dedicado a santa María Magdalena, si bien le pidieron que no desembarcase, por miedo a los franceses⁵⁵⁰.

⁵⁴⁹ RAINER, Johann: “Tú, Austria feliz, cástate: La boda de Margarita, princesa de Austria Interior, con el rey Felipe III de España: 1598/99”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 25 (2005), p. 46. Es probable que la reliquia fuera depositada en el monasterio de El Escorial, pues a su llegada la joven reina no albergaba aún el proyecto de la edificación del de la Encarnación.

⁵⁵⁰ RAINER: *op. cit.*, p. 47.

Santa Ana⁵⁵¹ fue invocada por Carlos V, Felipe II y Felipe III, coincidiendo con una etapa de gran devoción popular en los reinos peninsulares, especialmente en lugares como Granada, donde su representación iconográfica como Santa Ana Triple –escultura sedente, con la Virgen María que sostiene a su vez al Niño–, un modelo típicamente medieval que no había sido difundido en aquel reino, fue muy frecuente durante el siglo XVI y XVII⁵⁵². Patrona de las encintas, los nonatos y los recién nacidos, su papel protector y protagonismo en las devociones vinculadas a la maternidad la hacían idónea para ocupar un lugar de honor en la religiosidad de los Austria, conscientes siempre de la importancia de asegurar la sucesión y del peligro que sus consortes corrían al dar a luz. Ellos mismos habían comprobado como sus consortes daban la vida por proporcionar herederos al trono y acudían en ruego a la madre de la Virgen.

Santa Ana no aparece en el testamento de Isabel la Católica, si bien contamos con algunas referencias de su presencia en su vida. Siendo infanta se alojó en el monasterio del mismo nombre, cercano a Ávila, tras la muerte de su hermano don Alonso. Era una primitiva construcción cisterciense de mitad del siglo XIV. Entonces no se opuso abiertamente a Enrique IV. Casi siete décadas más tarde, en el verano de 1531, lo visitarían la emperatriz Isabel y sus hijos, entre ellos el futuro Felipe II, entonces con cuatro años de edad⁵⁵³. De aquella quedaron en el recuerdo del emperador las dotes de gobierno de su esposa en una de sus primeras ausencias de la península, y de su heredero, quizá, huellas primeras de aquella estancia infantil que quizá comentase con su cuarta consorte, de nombre Ana. Que Felipe III acudiese como intercesora a la santa que dio nombre a su madre no tiene nada de extraño.

No cabría duda, en nuestra opinión, que la “santa Catalina” citada en el testamento del monarca, no es santa Catalina de Siena. Felipe III invoca a santa Catalina de Alejandría⁵⁵⁴, la mártir cristiana del siglo IV, muy invocada contra la muerte súbita e

⁵⁵¹ Según la tradición cristiana, santa Ana y san Joaquín fueron padres de la Virgen María, abuelos por tanto de Cristo. Los Evangelios apócrifos dan noticia sobre ella.

⁵⁵² PEINADO GUZMÁN, José Antonio: “La iconografía de Santa Ana Triple. Su casuística en el arzobispado de Granada”, *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 26 (2014), p. 220. La formulación estética de la devoción, por su acierto pedagógico, se difundió con gran éxito en la religiosidad popular, a pesar de la preferencia del Concilio de Trento por imágenes que respondiesen a los Evangelios canónicos.

⁵⁵³ El 25 de julio, festividad de Santiago, la emperatriz asistió en el convento a la profesión solemne de tres jóvenes que habían sido doncellas de su Casa (FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ DE RETANA, Luis: “La Corte. Primera infancia”, en MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Historia de España*, tomo XXII, *España en tiempo de Felipe II (1556-1598)*, Vol. I, Madrid, 1976, p. 76).

⁵⁵⁴ Santa Catalina de Alejandría (Alejandría, Egipto, c.3087 – c.305) fue una mártir cristiana, cuya fiesta litúrgica se celebra el 25 de noviembre, cuyo culto se extendió por toda Europa a partir del siglo XVI, desarrollándose ampliamente entre el X y XII.

inesperada. Habría formado parte de las devociones de la familia real, como demuestra, el ingreso en el monasterio de El Escorial, en 1593, del lienzo de Tiziano con su imagen, perfectamente identificable con la rueda acuchillada y la espada, signos de su martirio, que fue ubicado en el privilegiado espacio de la sacristía⁵⁵⁵. Hacía ocho años que la infanta Catalina Micaela, hija de Felipe II, había partido para contraer matrimonio con el duque de Saboya, despidiéndose de su hermano, un príncipe de Asturias de tan solo siete, al que no volvió a ver en vida. Quizá asoció Felipe III en la mención a santa Catalina el recuerdo a aquella hermana, que fallecería en 1595, poco tiempo antes de su acceso al trono. Entre las piezas de devoción que figuran en las últimas voluntades de Felipe II, como legados directos para sus hijas mayores, figura destinada a aquella infanta:

“otra imagen de nuestra Señora a modo de retablo, con sus puertas, que está en Madrid, y tiene en una dellas a Sanct Juan Baptista y Sanct Juan Evangelista y en la otra a Sancta Catalina para su devoción y memoria”⁵⁵⁶.

No sabemos si se hizo llegar –y por tanto, ni la fecha ni la forma- desde el Alcázar de Madrid a Turín aquella muestra de especial afecto de un padre, pieza que correspondía por el principio de representación a los hijos de la difunta duquesa de Saboya. Felipe II expresaba con claridad, al final de aquella cláusula, un deseo que ya no podría cumplir su hija en vida: unir la devoción a la Virgen, y a aquellos tres santos, con su recuerdo.

Que santa Catalina y santa Inés, también invocada en las últimas voluntades del tercer Felipe, pertenecieron al particular devocionario Austria son prueba también dos retratos conservados en el monasterio de las Descalzas Reales⁵⁵⁷. Siguiendo la costumbre dinástica, entre los lienzos que la rama alemana enviaba periódicamente a España, figuraban los de pequeños príncipes y archiduques, que pasaban a formar parte de una galería íntima para la emperatriz María en su retiro madrileño. Horcajo Palomero analiza como la archiduquesa Isabel aparece como santa Inés, identificada con su símbolo de la palma del martirio y un cordero a sus pies, mientras que a su hermana Catalina se le pintaron por tanto espada y rueda rota. La autora, más centrada en las

⁵⁵⁵ FALOMIR FAUS, Miguel: “Santa Catalina de Alejandría, hacia 1560”, en FALOMIR FAUS, Miguel (ed.), *Tiziano*, Madrid, 2003, p. 276. El cuadro permaneció en el monasterio hasta su traslado al museo del Prado, en 1839.

⁵⁵⁶ *Testamento de Felipe II*, ed. 1982, cláusula 13.

⁵⁵⁷ Santa Inés (c. 291 – 304), de noble familia romana, ejemplo de pureza y mártir cristiana durante las persecuciones de Diocleciano, patrona de los adolescentes.

joyas de estos y otros lienzos infantiles del salón real de las Descalzas, indica que los lienzos fueron retocados, añadiéndose los símbolos de santidad durante el siglo XVIII⁵⁵⁸. No nos parece posible. Para García Sáinz y Ruiz Gómez los añadidos no serían en absoluto tan tardíos⁵⁵⁹. El estilo y seriedad de los modelos, conviviendo con la riqueza de collares y colgantes, constituye una valiosa recreación estética de la *pietas* dinástica, en ese caso encarnada en la esperanza de futuro en dos niñas destinadas a posibles matrimonios de estado. Nos aporta testimonio de la confianza Austria en el martirologio, que atestigua ese santoral testamentario filipino que venimos desarrollando. Aunque la plasmación estética fuese posterior, recoge de lleno el espíritu que albergaba los muros del monasterio que se integraba en la corte madrileña.

Cuando Felipe III ordenó que comenzase a prepararse su testamento llevaba viudo más de siete años. Margarita de Austria había fallecido en octubre de 1611, dejando una profunda huella de fidelidad marital y habiendo dado a luz ocho veces en diez años. Además de mencionarla varias veces en sus últimas voluntades, invocar a santa Margarita era una manera de rendir homenaje a quien no solo se había identificado con el papel dinástico que le correspondía por matrimonio, sino a la mujer con la que había compartido espiritualidad y devociones⁵⁶⁰. La reina difunta no había sido la única *margarita* en la vida del monarca. La séptima de los ocho hijos del matrimonio había recibido el nombre de Margarita Francisca. Malograda dos meses antes de cumplir siete años, había sido conducida al panteón escurialense en marzo de 1617⁵⁶¹. Y una prima del monarca, hija de la emperatriz María, sor Margarita de la Cruz, había profesado y

⁵⁵⁸ HORCAJO PALOMERO, Natalia: "Joyas del siglo XVI en seis retratos infantiles de las Descalzas Reales de Madrid", *Archivo español de arte*, 308 (2004), p. 398. Se trata de dos hijas del archiduque Carlos de Estiria y de su esposa, María de Baviera, hermanas, por tanto, de la reina consorte Margarita de Austria, y cuñadas de Felipe III: Catalina (1576-1595) y probablemente Isabel (nacida en 1577). Ambos retratos fueran atribuidos a pintores como Vermeyen (CHECA CREMADES, Fernando: "Monasterio de las Descalzas Reales", *Reales Sitios*, 102 (1989), p. 28) o a un pintor de cámara de Maximiliano II, Johann von Aechen (RUIZ ALCÓN, María Teresa: *Monasterio de las Descalzas Reales*, Madrid, 1987, p. 82).

⁵⁵⁹ GARCÍA SÁINZ, Ana, RUIZ GÓMEZ, Leticia: "Linaje regio y monacal: la galería de retratos de las Descalzas Reales", en *El linaje del emperador*, Madrid, 2000, p. 146. Los cuadros estaban situados en una estancia utilizada por la emperatriz María tanto para la vida cortesana como monástica, símbolo por tanto del doble uso del edificio en el que vivió durante más de dos décadas.

⁵⁶⁰ Santa Margarita de Antioquía (Turquía), muerta hacia 304, habría conocido la fe cristiana a través de su ama de cría, bautizándose a los 12 años. Se la considera mártir de la pureza y firme en la fe por no haber ofrecido sacrificio a ídolos paganos. Iconográficamente fue representada con frecuencia con un dragón yacente a sus pies, guardando un rebaño y sosteniendo una cruz y rosario de perlas entre las manos. Vid. ECHEVARRÍA ARSUAGA, Ana: "Margarita de Antioquía, una santa para la mujer medieval", en MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángela: *Las mujeres en el cristianismo medieval: imágenes teóricas y cauces de actuación religiosa*, Madrid, 1989, pp. 31-46.

⁵⁶¹ AGP, Lista..., Llave 22, *La Infanta Doña Margarita*. La infanta había nacido en Lerma, en el palacio ducal, en 1610, recibiendo como segundo nombre el de Francisca, lo que no podemos dejar de interpretar como claro signo de la privanza de Francisco de Sandoval, como veremos al referirnos al mismo.

acompañaba a la hermana de Felipe II en su retiro en las Descalzas Reales, si bien sobreviviría al monarca y, falleciendo en 1633, sería enterrada en el monasterio⁵⁶².

La religiosidad popular incluía a la santa mártir entre los auxiliares, concediéndola poder de intercesión en los partos difíciles y con peligro de muerte, que no habían faltado desde hacía generaciones en la dinastías regias de los reinos españoles. Sabemos que Felipe II había dejado al menos dos lienzos con santa Margarita en la colección real, uno como herencia de Carlos V y otro, quizá, de la hermana de este, María de Hungría. Ambos pintados por Tiziano, uno de ellos se trasladó a El Escorial, incorporándose así al entorno estético y religioso en el que nacería y crecería el sucesor del Rey Prudente, antes aún de conocer a la que sería su única consorte⁵⁶³. El segundo habría pasado a la iglesia del monasterio del cuarto real de san Jerónimo que, recordemos, fue sede de juras que príncipes de Asturias y exequias reales durante buena parte de la Edad Moderna, participando así de los programas iconográficos de la monarquía con ocasión de ceremonias regias.

La última de los santos mencionada en los testamentos que estamos analizando es Teresa de Jesús⁵⁶⁴. Coetánea de Carlos V y Felipe II, monarca este último con quien cierta tradición historiográfica insiste en que llegó a encontrarse, nos parece de especial interés la visión del paralelismo de intenciones entre la religiosa y el soberano que propone Manero Sorolla, que replantea tanto las dificultades de lo que entiende como una entrevista, que no pudo tener lugar, como el destino probable de las epístolas que la reformadora del Carmelo le dirigió, sugiriendo que fue la emperatriz María quien, desde

⁵⁶² Tras sus votos en 1585 permaneció toda su vida en el monasterio. Famosa por su piedad, en 1625 quedó ciega. Contribuyó a la entrada en el mismo convento de dos de sus parientes, sor Ana Dorotea, hija natural de su hermano Rodolfo II, emperador de Alemania, y Catalina de Este, nieta de la infanta Catalina Micaela y el duque de Saboya. Tras su muerte las religiosas promovieron su proceso de beatificación, que no lograron. Vid. SICARD, Frédérique: "Política en religión y religión en política: el caso de sor Margarita de la Cruz, archiduquesa de Austria", en MARTÍNEZ MILLÁN, José, GONZÁLEZ CUERVA, Rubén (coords.): *La monarquía de los Austrias. Las relaciones entre la Monarquía católica y el Imperio*, v. I, Madrid, 2011, pp. 631-646; PALMA, P. Juan de la: *Vida de la serenísima Infanta Sor Margarita de la Cruz, religiosa descalza de Santa Clara*, Sevilla, 1653.

⁵⁶³ FALOMIR FAUS, Miguel: "Santa Margarita, hacia 1555", en FALOMIR FAUS, Miguel (ed.), *Tiziano*, Madrid, 2003, p. 258; IGLESIAS DÍAZ, María Jesús: "Santa Margarita", en CHECA CREMADES, Fernando: *Tiziano, técnicas y restauraciones. Actas del simposium*, Madrid, 1999, pp. 67-72.

⁵⁶⁴ Teresa de Cepeda y Ahumada, santa Teresa de Jesús o santa Teresa de Ávila (Ávila, 28 de marzo de 1515 – Alba de Tormes, Salamanca, 4 de octubre de 1582), religiosa, mística y escritora, fundó la rama de la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo, de las carmelitas descalzas. Es considerada, junto a San Juan de la Cruz, cumbre de la mística española. DIEGO SÁNCHEZ, Manuel: *Bibliografía sistemática de Santa Teresa de Jesús*, Madrid, 2008.

su retiro como viuda en las Descalzas Reales se mostró más proclive a los intereses de Teresa y la orden reformada⁵⁶⁵.

Aunque en el ambiente de exaltación de santos nacionales Felipe III había apoyado decididamente su meteórica beatificación por Paulo V, el 24 de abril de 1614, el monarca no llegó a incluirla en su testamento, al fallecer en 1621. Antes de desarrollar los argumentos del motivo que entendemos lo explica, subrayemos dos hechos. Como hemos venido comprobando, el soberano que a más santos acudió en sus últimas voluntades en los dos siglos que estamos analizando. Veinticinco de los veintiocho de nuestra lista comparativa figuran en el documento que, como señala Seco Serrano, comenzó a prepararse dos años antes del fallecimiento del monarca por Ciriza, secretario de su Consejo de Estado, al que el propio rey encomendó ir consultando

⁵⁶⁵ MANERO SOROLLA, María del Pilar: “Santa Teresa y Felipe II”, en STROSETZKI, Chistph (coord.): *Actas del V Congreso Internacional de la Asociación Siglo de Oro (AISO)*, Madrid, 2001, pp. 826-834. El estudio subraya que la audiencia que tanto Parker (PARKER, Geoffrey: *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid, 1998, p. 56) como Kamen (KAMEN, Henry: *Felipe de España*, Madrid, 1997, p. 235) y Marañón (MARAÑÓN POSADILLO, Gregorio: *Antonio Pérez*, Madrid, 1947, vol. I, p. 57) afirman que Felipe II concedió a la religiosa se basa en una supuesta carta de que habría escrito a Inés Nieto, esposa de don Juan de Albornoz, partidario del duque de Alba. Una epístola sin fecha, con anomalías y de estilo alejado al de la santa que, aunque fue incluida en una edición de su Epistolario (ed. de Silverio de Santa Teresa, Burgos, 1924) y fuera dada por buena por el marqués de san Juan de Piedras Altas (MELGAR Y ABREU, Bernardino, “Autógrafo epistolar inédito de Santa Teresa de Jesús en el que se narra su entrevista con Felipe II”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 66 (1915), pp. 347-482), fue rechazada del corpus y ubicada entre los “apócrifos y postizos” (SANTA TERESA DE JESÚS: *Epistolario, Obras Completas*, ed. de Efrén de la Madre de Dios y O. Steggink, Madrid, 1959). Entre otros motivos adicionales, hay incoherencia de fechas para la presencia de Santa Teresa en la época en que Felipe II estuvo en El Escorial. Cuestión distinta, subraya la historiadora, es la posible presencia de la santa en el recibimiento al príncipe Felipe y la emperatriz Isabel en Ávila, en mayo de 1531, cuando el entonces heredero y su madre llegaron a la ciudad para pasar el verano. Sobre las cuatro cartas dirigidas al rey que se conservan (junio de 1573; julio de 1575; septiembre de 1577 y diciembre de este mismo año), la autora cree que Felipe II nunca las leyó, sino que probablemente sus secretarios, como en otros muchos casos en materia de correspondencia, le expondrían entre breves resúmenes las cuestiones y peticiones. Manero refiere un detalle que interesa en nuestro estudio sobre historia de la mentalidad ante la muerte y quizá podría matizar este tamiz de los secretarios del rey. No le extraña que la religiosa despliegue en ellas su gran capacidad de seducción al pedir, además de rogar por el bien de las empresas políticas del monarca... y por su familia y difuntos, “esposas e hijitos”. Estimamos que es obvio que santa Teresa no sería, desde luego, la única persona en escribir al rey que recordaba en la oración a sus difuntos, pero en el marco de la espiritualidad de soberano y reformadora, no puede dejarse a un lado la oración por los fallecidos como estrategia de persuasión o mero procedimiento de que una carta llegase directamente a manos del monarca. Un último aspecto a destacar de una eventual relación epistolar de la abulense con el monarca es la más que probada relación con la familia real, sobre todo con las hermanas del monarca. Veinte años mayor que doña Juana, la historiadora destaca que llegó hasta ella a través de quien había sido aya del rey, Leonor de Mascarenhas, en Toledo. La princesa de Portugal fallecería cuatro años antes que la santa, en 1578. Pero quien de verdad favorecería la causa de la reforma carmelitana habría sido la emperatriz viuda de Maximiliano II, María, que en 1576 regresó a la península para residir en el convento de las Descalzas Reales. Cuando, fallecida santa Teresa, llegaron “tiempos recios”, en expresión teresiana, para las superiores de su orden, la emperatriz las apoyó decididamente. Fue la primera en la familia real en conocer los escritos de Teresa de Jesús y en 1596 instó decididamente a su hermano a impulsar su proceso de beatificación. Vid. DÍAZ GARCÍA, Gonzalo, “Presencia de santa Teresa en El Escorial”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 195 (1982), pp. 471-488, especialmente el epígrafe “¿Estuvo santa Teresa en El Escorial?”

dudas sobre asuntos de conciencia con el confesor real⁵⁶⁶. El santoral testamentario del tercer Felipe se preparó con detenimiento, incluyendo y excluyendo, estudiando, como demuestra la presencia de nombres como san Vicente. Hubo tiempo de pensar en santa Teresa. Porque en aquellos años se había hablado de la santa de Ávila. Y mucho. Desde el comienzo del reinado su figura había comenzado a oponerse a la de Santiago. Su faceta andariega y fundadora de conventos convivía con la de escritora mística, recoleta y humilde, refugiada en la oración y el diálogo con Dios, en claro contraste con el Santiago guerrero, mito político y estético construido durante el reinado de los Reyes Católicos, recuerdo de éxitos militares ya no frecuentes. El prestigio en ascenso de santa Teresa encajaba más en una etapa de repliegue psicológico general. Hasta entonces, Santiago Apóstol había sido considerado, como recuerda Rey Castelao, “patrón de España”, sin que pueda precisarse con exactitud cuándo comenzó su patronazgo ni había terminado de adquirir ese carácter político militar⁵⁶⁷. Su designación como copatrona desencadenó un vivo debate religioso y político entre finales del siglo XVI y el primer tercio del XVII al que no sería ajena la propia monarquía.

Sin esperar a su canonización, los carmelitas descalzos lo pidieron a las cortes de Castilla, con apoyo del propio Felipe III. Fue aprobado el 16 de noviembre de 1617 y el 18 de agosto de 1618⁵⁶⁸. Los arzobispos de Granada, Sevilla y Compostela alegaron que era asunto sobre el que debía pronunciarse el papa. El revuelo fue general, con profusión de escritos sobre la cuestión, muchos poniendo en duda la competencia del órgano que había tomado la decisión. Las implicaciones no eran solo religiosas, sino económicas, pues derivaban en consecuencias para el voto de Santiago.

El decidido apoyo inicial del monarca a la decisión de las cortes castellanas, que entendemos pudo deberse al deseo de presentar el patronazgo como un elemento más de presión a la Santa Sede para acelerar el proceso de canonización, pasó al aparente equilibrio ante *santiaguistas* y *teresianos*, ordenando en noviembre de 1618 que cesaran

⁵⁶⁶ GONZÁLEZ DÁVILA, Gil: *Historia de la vida y hechos del inclito. Monarca amado y santo don Felipe Tercero*, Madrid, 1771, p. 229, cit. en SECO SERRANO, Carlos: “Introducción”, en *Testamento de Felipe III*, Madrid, 1982, p. XXVIII.

⁵⁶⁷ REY CASTELAO, Ofelia: “La disputa del patronazgo de la Monarquía: ¿Santiago o Santa Teresa?”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, VISCEGLIA, María Antonietta (dir.): *La monarquía de Felipe III*, Vol 1, Madrid, 2008, p. 227. La historiadora subraya, en el contexto de la Reconquista, que en algún momento el perfil popular de la devoción jacobea quedó superado por otro ya netamente político, entendiendo que ya en el siglo IX pudo percibirse la noción de especial patronato, apareciendo en las invocaciones de los monarcas asturianos.

⁵⁶⁸ BEJARANO PÉREZ, Rafael: “Santa Teresa, Patrona de España”, *Isla de Arriarán*, 6 (1995), p. 33. Una cédula del monarca, fechada en El Escorial el 4 de agosto de aquél mismo año, dirigida a la ciudad de Málaga, ordenaba que “con demostraciones de gozo y regocijo (...) la admitáis y recibáis por Patrona y Abogada con el aplauso que se le debe”.

las gestiones en Roma respecto al patronato⁵⁶⁹. Felipe III no invocaría a santa Teresa en su testamento, pero sí a otros santos volvieron a ser recordados en periodos de especial devoción por la monarquía española, e incluso presentados como modelos en la construcción del entorno estético de sus residencias reales, como el veterano san Miguel o san José, de quien hemos hablado.

La canonización en 1622 de la santa de Ávila motivó una ratificación de la decisión de las cortes castellanas, si bien un breve de Urbano VIII del 21 de julio de 1627 hizo a santa Teresa patrona de Castilla. Santiago quedó como patrón de toda España. *Roma locuta, causa finita*. Tras todo este debate, la forma en que Felipe IV cita a Teresa de Jesús en sus últimas voluntades nos obliga a pensar que, indudablemente, tuvo presentes las heridas que la cuestión había causado en los reinos peninsulares de la monarquía de España. Su reinado había comenzado, prácticamente, con la misma canonización de santa Teresa, el 12 de marzo de 1622. “Santiago, Patrón de España”, figura expresamente en su testamento. Le invoca como el tercero de los cuatro apóstoles que escoge, después de Pedro y Pablo y anteponiéndole sin dudarlo al de su nombre, san Felipe. No obstante, la santa figura como la última entre sus nueve intercesores, si bien añade una expresiva anotación entre paréntesis: “Santa Teresa (de quien me he mostrado devoto con tan particulares demostraciones)”⁵⁷⁰. Carlos II volvería a invocarla, aunque dudamos que fuese por decisión personal.

Recordar que Felipe II había concebido el monasterio de san Lorenzo de El Escorial como un “relicario de relicarios”, como sostiene Mediavilla, podría ser una evocadora manera de concluir este acercamiento a dos siglos de santoral testamentario en la monarquía de España⁵⁷¹. Fue una devoción real, práctica, vivida, un acopio atendido con esmero y dedicación, para el que se nombraba monje reliquero, elegido por el prior y sus diputados. Era un cargo que solía ir unido al de archivero y bibliotecario. El P. Sigüenza, cronista de aquella primera etapa de la fundación, describió de forma un tanto hiperbólica el afán de coleccionismo sacro de Felipe II, logrando que nos situemos hoy en el contexto de una devoción como no se había

⁵⁶⁹ REY CASTELAO: *op. cit.*, p. 243. El contexto de la decisión eran otras gestiones en torno a las canonizaciones de san Isidro, san Ignacio de Loyola y san Francisco Javier.

⁵⁷⁰ *Testamento de Felipe IV*, ed. 1982, Preámbulo.

⁵⁷¹ MEDIAVILLA MARTÍN, Benito: “El relicario de El Escorial”, en CHECA CREMADES: *op. cit.*, p. 65. Felipe II era escrupuloso al exigir pruebas fehacientes de autenticidad, que en la época consistían principalmente en certificados autógrafos con firmas y sellos de la jerarquía eclesiástica. El autor señala otros como las inscripciones en cementerios cristianos de su procedencia, actas martiriales o deseos precedentes probados de ser enterrados junto a restos de los mártires.

conocido hasta entonces⁵⁷². Miles de reliquias fueron conservadas por sus sucesores⁵⁷³, que dispusieron de la mayor representación material de huellas de martirio y santidad:

“por decirlo de una vez, no tenemos noticia de santo ninguno de que no haya aquí reliquia, excepto tres: San José, esposo único de la Virgen Nuestra Señora; San Juan Evangelista y Santiago el Mayor, que se guarda todo entero en la iglesia propia suya en Compostela, como patrón de España. Los otros dos están más guardados, no sabemos dónde; más yo creo que en el cielo”⁵⁷⁴.

La devoción y petición de intercesión a la Virgen y a los santos continuaría con comparable intensidad en los Borbones del siglo XVIII. En sus últimas voluntades de 1758, Fernando VI recogió una cláusula genérica de ruego, si bien no enunció un santoral testamentario específico:

“a María Santísima, mi especia Abogada, a los santos de mi devoción y a todos los de la Corte celestial, que intercedan con la divina Omnipotencia, para que conceda los auxilios que necesito para vivir y morir en su santa gracia”⁵⁷⁵.

2.2.2. El triunfo de la eucaristía como sufragio.

Le Goff publicó en 1981 un estudio sobre la repercusión de la doctrina del purgatorio en la historia medieval y moderna⁵⁷⁶. Su relevancia no solo reside en continuar atrayendo el interés historiográfico hacia la realidad de la muerte en las sociedades occidentales europeas de ambos periodos. Abrió el campo de análisis hacia cómo el hombre disponía recursos materiales y espirituales en orden a la salvación, mediante el sufragio contemplado expresamente en los testamentos. Formaba parte de la fe y la práctica religiosa del Occidente cristiano la bondad de ofrecer sufragios por los

⁵⁷² Vid. ESTAL GUTIÉRREZ, José Manuel: “Inventario de las reliquias veneradas en el Real Monasterio de El Escorial”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 212 (1999), pp. 713-794; “Felipe II y el culto a los santos”, en *Felipe II y su época*, Vol. II, San Lorenzo de El Escorial, 1998, pp. 457-504.

⁵⁷³ GARCÍA-FRÍAS CHECA, Carmen: “Las colecciones del monasterio de El Escorial”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 228. La autora cifró en 7.420 las que llegaron a reunirse en el monasterio.

⁵⁷⁴ SIGÜENZA, Fray José de: *Fundación del Monasterio de El Escorial*, ed. Madrid, 1963, p. 375.

⁵⁷⁵ AGP, Reinados, Fernando VI, Caja 201, Expte. 208, *Copia simple del Testamento de Fernando VI que se otorgó el 10 de diciembre de 1758 en Villaviciosa de Odón ante Juan Francisco Gaona Portocarrero, Secretario de Estado*.

⁵⁷⁶ LE GOFF, Jacques: *La naissance du Purgatoire*, París, 1981; ed. española *El nacimiento del Purgatorio*, Madrid, 1981.

difuntos, como medio de pronta salida del purgatorio. Este fue concebido no tanto como ámbito físico, sino a modo de estadio intermedio entre la muerte y la salvación definitiva⁵⁷⁷. Venegas definió sufragio como “obra de uno o de muchos hecha de caridad o a lo menos que ella tenga gracia de suyo para paga o parte de paga de la deuda del prójimo”, adoptando como propia la clasificación de los mismos que hiciera san Gregorio Magno siglos antes: misa, oración, limosna y ayuno⁵⁷⁸. De todo lo que podía realizarse en beneficio de las almas del purgatorio, pronto la eucaristía se consagrará como lo más eficaz a los ojos humanos, al tratarse de un sufragio netamente *ex opere operato* (es decir, que opera o logra su fin en sí mismo, por características intrínsecas), a diferencia de los tres restantes, que lo obtendrían por la disposición interior de quien los realiza. Entre las oraciones quedan incluidas otras iniciativas por los fallecidos, como las vigiliass de difuntos que tenían lugar, con el cuerpo presente, la noche anterior a su entierro, o a los funerales o aniversarios, las novenas y responsos, las horas canónicas y salmos que se rezasen por ellos, ya ante sus tumbas.

Ya en la Edad Media, la misa había ocupado un lugar de primer orden en honor del difunto, tanto como realidad sacramental como conjunto de actos rituales dirigido a minorar la estancia intermedia entre vida y eternidad⁵⁷⁹.

Naturalmente, Ariès también proporcionó su visión sobre la cuestión, que al presentar como “cosmología del más allá” fundamenta en la esperanza de la vida eterna⁵⁸⁰. Todo ello fue confirmado en nuestro país por Gómez Navarro, que en sus estudios encuentra en la previsión de las misas pro ánima un rasgo de mentalidad colectiva ante el tránsito, plenamente caracterizado en nuestra Edad Moderna⁵⁸¹.

A los sufragios tras la muerte dedicó Baldó un interesante estudio, ahondando en la terminología de las eucaristías por el alma de los difuntos, que seguiremos en nuestra exposición, además de abordar específicamente este tipo de ceremonias cristianas en la

⁵⁷⁷ En la escatología católica el alma permanece en el purgatorio hasta ser liberada del reato de pena y ser conducida al cielo.

⁵⁷⁸ VENEGAS, Alejo: *Agonía del tránsito de la muerte con los avisos y consuelos que cerca de ella son provechosos*, Toledo, Juan de Ayala, 1553, frag. 103. El tratadista enumera además otros menores como el rezo de las horas canónicas, las predicaciones, los estudios de teología, la participación activa en sacramentos, romerías, hachas encendidas sobre las sepulturas; así como los reservadas en testamentos, como dotaciones de capellanías, institución de fiestas solemnes, viudas pobres, huérfanos, viudas, etc.

⁵⁷⁹ AURELL: *op. cit.*, p. 19.

⁵⁸⁰ ARIÈS, Philippe: “Note critique. Le purgatorie et la cosmologie de l’au-delà”, *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 38 (1983), pp. 151-157.

⁵⁸¹ GÓMEZ NAVARRO, María Soledad: “Rogad a Dios en caridad por el alma de... las misas ordinarias en España del Antiguo Régimen y su servicio al análisis de las actitudes colectivas ante la muerte”, *Cuadernos de historia de España*, 81 (2007), pp. 135-164; “La eucaristía en el corazón del siglo XVI”, *Hispania sacra*, 118 (2006), pp. 489-515.

Navarra bajomedieval⁵⁸². Catalán Martínez abordó la especial abundancia de sufragios en lo que denomina caridad selectiva en el País Vasco del mismo periodo, favorecida por la institución del patronato, que hacía frecuente la constitución de capellanías en los testamentos, de las que hablaremos⁵⁸³. Aventín, centrada en los esfuerzos de la familia por mantener vivo el recuerdo del fallecido, también en esa etapa, en el Vallès oriental, analiza las mandas de misas de testadores en aquella zona de la diócesis de Barcelona entre 1350 y 1550, hallando previsión de cantidades constantes para cubrir dichas disposiciones⁵⁸⁴.

Aunque las celebraciones post mortem para la salvación del alma proceden, como estamos viendo con otras costumbres y normas, de la Edad Media, se asentaron plenamente en el comienzo de la Moderna. Así lo afirma Collado en su análisis de las peticiones de eucaristías pro ánima en la Granada de los siglos XVI y XVII, si bien sostiene que el Concilio de Trento reprobó su práctica, llegando a estar prohibida en diócesis como Guadix-Baza y Jaén⁵⁸⁵.

García Fernández, que ya ha proporcionado una visión de la muerte en la Castilla de la Edad Moderna, estudió las misas post mortem recogidas en últimas voluntades en dos pequeñas localidades palentinas, Cévica de la Torre y Camporredondo de Alba, en el siglo XVIII⁵⁸⁶. Más al Norte, en Asturias, López López se acercaría a las fundaciones testamentarias de misas durante la Edad Moderna⁵⁸⁷.

Las misas podían ser encargadas por familiares o amigos del difunto, aunque él mismo podía haberlas dejado previstas en vida en sus últimas voluntades. La presencia

⁵⁸² BALDÓ ALCOZ, Julia: “La tradición cristiana del culto a los difuntos: sufragios, misas e indulgencias”, en LÓPEZ OJEDA, Esther (coord.): *De la tierra al cielo: ubi sunt qui ante nos in hoc mundo fuere? XXIV Semana de Estudios Medievales (La Rioja)*, Nájera, 2014, pp. 141-188; “Las misas post mortem: simbolismos y devociones en torno a la muerte y el más allá en la Navarra bajomedieval”, *Zainal. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, 28 (2006), pp. 353-374.

⁵⁸³ CATALÁN MARTÍNEZ, Elena: “El precio del purgatorio”, *Obradoiro de historia moderna*, 8 (1999), pp. 31-63.

⁵⁸⁴ AVENTÍN I PUIG, Mercè: “La familia ante la muerte: el culto a la memoria”, en IGLESIA DUARTE, José Ignacio de la (coord.): *La familia en la Edad Media. XI Semana de Estudios Medievales*, Nájera, 2001, pp. 387-412. La autora detecta el retraso de casi un siglo, procedente de la capital catalana, de costumbres como las denominadas 33 misas de San Amador, de precio tasado, así como dificultades de gestión en las parroquias por el volumen de eucaristías solicitadas.

⁵⁸⁵ COLLADO RUIZ, María José: “Las peticiones de ciclos de misas en los testamentos granadinos en los siglos XVI-XVII”, *Erebea. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 2 (2012), pp. 321-336.

⁵⁸⁶ GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo: “Misas post-mortem y ofrendas funerarias: la documentación testamentaria en Cévica de la Torre y Camporredondo de Alba en el siglo XVIII”, en CALLEJA GONZÁLEZ, María Valentina, *Actas del II Congreso de Historia de Palencia, Vol. III, Edad Moderna y Edad Contemporánea*, 1990, pp. 509-527.

⁵⁸⁷ LÓPEZ LÓPEZ, Roberto Javier: “Las disposiciones testamentarias sobre misas y fundaciones de misas en Asturias en los siglos XVI al XVIII”, en BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos (coords.): *La religiosidad popular*, vol. II, Barcelona, 1989, pp. 244-260.

de misas en testamentos es mucho más abundante, por lo que el documento constituye fuente principal de la cuestión y la inmensa mayoría de los analizados en la introducción bibliográfica del presente estudio las incluyen, como ya destacamos. Collado Ruiz intuye en la decisión de contemplarlas por escrito cierta desconfianza en los propios albaceas y herederos, en la que no se extiende, que entendemos podría deberse a poco rigor en el cumplimiento de las mandas de los testadores o, probablemente, al gran número de ciclos existentes, como veremos a continuación⁵⁸⁸. En general, hemos observado que se contemplaban en los preámbulos o no más allá de las primeras cláusulas. Esteves Santamaría subraya un dato que no por cierto debemos perder de vista. No hay ningún testamento, de las numerosas series notariales madrileñas que analiza, en el que el comitente encargase una sola o única misa por su alma⁵⁸⁹. La mínima petición incluía dos, una el día del entierro y otra al cabo de año. Gómez Nieto atribuye a la previsión y disposición de estas misas una doble lógica, que respondería a criterios de repetición y acumulación. La cadencia en su celebración, repetitiva en determinado tiempo, responde al deseo de repetir en esquemas de novena, que tenía lugar inmediatamente después del fallecimiento y entierro, o cabo de año, es decir, un año después de la muerte. El deseo de acumular cuantos más sacrificios eucarísticos posibles aplicados por el alma del finado responde a la firme creencia en el juicio individual inmediato y el paso al purgatorio, por lo que su capacidad salvadora y reductora de las penas a sufrir era mayor cuanto más cerca se celebrase del óbito⁵⁹⁰.

Durante la Baja Edad Media proliferó todo tipo de ciclos de misas por los difuntos, configurando un abanico en el que ni siquiera la denominación que recibían aseguraba uniformidad en su duración. La imposibilidad canónica de celebrar eucaristías en los templos tras el atardecer hacía que muchos testadores tuvieran en cuenta la eventualidad de no poder ser enterrados con misa cantada el mismo día⁵⁹¹. A

⁵⁸⁸ COLLADO RUIZ: *op. cit.*, p. 308.

⁵⁸⁹ ESTEVES SANTAMARÍA, María del Pilar: “Prácticas testamentarias en el Madrid del siglo XVI: norma y realidad”, en GALENDE DÍAZ, Juan Carlos, SANTIAGO FERNÁNDEZ, Javier de (dir.): *La muerte y sus testimonios escritos. IX Jornadas Científicas sobre Documentación*, Madrid, 2011, p. 52. El estudio de 1500 testamentos en Madrid y alrededores entre 1505 y 1610 arroja una estadística llamativa: más del 72% de otorgantes encargan más de 50 misas, mientras que un 2%, porcentaje no despreciable, deja previstas más de 1.500 eucaristías.

⁵⁹⁰ GÓMEZ NIETO, Leonor: “Las misas por los difuntos. Testamentos madrileños bajomedievales”, *En la España Medieval*, 15 (1992), p. 355. La historiadora, que se sirve de un centenar de testamentos otorgados en Madrid entre 1452 y 1558 para estudiar las eucaristías que encargan en sus mandas piadosas, constata que la media de misas solicitadas en sus últimas voluntades fue de 34,5.

⁵⁹¹ Chiffolleau sostiene que era difícil la celebración de misa para el entierro por un difunto después del mediodía y canónicamente imposible en la noche (CHIFFOLEAU, Jacques: *La comptabilité de l'au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du Moyen Âge (vers 1320-vers*

ello se sumaba una compleja realidad canónica: incluso con posterioridad al Concilio de Trento y hasta la reforma de Pío XII, a mediados del siglo XX, las fiestas de los santos se graduaban litúrgicamente en seis categorías, y solo en dos de ellas podían celebrarse misas de difuntos⁵⁹². Era primera intención, y lo siguió siendo durante toda la Edad Moderna, que ante las andas con el cuerpo, fuera en caja o no, iluminada con cirios, se pudiese celebrar misa mayor cantada, y todas las misas rezadas posibles, de intercesión.

A partir del día siguiente de la sepultura de los restos mortales comenzaban las misas de la novena, que en no pocas ocasiones pasaban, de nueve días, a concentrarse en tres e incluso en un solo día⁵⁹³. Conceptualmente, el cabo de año se consideraba parte del ritual propio de los funerales⁵⁹⁴.

Un recorrido por las misas votivas dedicadas a los difuntos implica la clasificación entre misas dedicadas a Cristo, a la Virgen y al elenco de los santos. En todos los casos, su cita en los testamentos bajomedievales y modernos debía tener en cuenta que podía referirse a la fecha reservada a la festividad del calendario litúrgico anual y que en no pocos casos la misa implicaba el rezo de responsos en el mismo día, pero también la principal hora canónica que antecedió a la celebración de la misa, las vísperas, al atardecer del día anterior.

La primera gran variedad se refería a las tres Personas de la Trinidad. Misas dedicadas a Dios Padre, al Espíritu Santo y a Jesucristo formaban el ciclo de la Santísima Trinidad, de tres días, la misma duración del de los Clavos, el de la Corona de Espinas o el de la Cruz (que también podía ser de cinco o seis, dependiendo de la zona geográfica). A cinco días se extendía, lógicamente, el ciclo de las Cinco Llagas –“en los cinco días siguientes se digas por mi ánima, en cada uno dellos, una misa de las Cinco Llagas de Nuestro Señor Jesucristo”- que, como recuerda García Villoslada, se creía

1480), Roma, 1980, p. 126, cit. en CANTERA MONTENEGRO, Margarita: “Religiosidad en la Rioja bajomedieval a través de los testamentos (siglos XIII-XV)”, *Berceo*, 110-111 (1986), p. 118). En todo caso, al referirlo, la historiadora añade que se procuraba que el tiempo transcurrido entre muerte y sepultura fuera el menor posible, no solo por motivos sanitarios, sino por la concepción “contagiosa” de la muerte, entendemos que de carácter supersticioso-antropológico.

⁵⁹² De mayor a menor categoría, eran doble de primera clase; doble de segunda clase; doble mayor; doble; semidoble y simple. Las misas de difuntos podían celebrarse en la categoría de semidoble y simple (CÁRCEL ORTÍ, Vicente: *Breve historia de la Iglesia en España*, Barcelona, 2003, p. 199).

⁵⁹³ BALDÓ ALCOZ, Julia: “Las misas post mortem: simbolismos y devociones en torno a la muerte y el más allá en la Navarra bajomedieval”, *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, 28 (2006), p. 357. Era creencia común que la eficacia de las misas aumentaba cuanto antes fuesen celebradas. La variedad dependía de la zona geográfica, como recuerda la historiadora, que en su ensayo hace referencia a la frecuencia de los setenarios o ciclos de misas de siete días en comarcas como la de Tudela, en Navarra. En todos los casos, los ciclos de novena concluían con una eucaristía o ceremonia de cabo de novena, con la que se daba fin a esa serie inmediata de misas posterior a los tránsitos.

⁵⁹⁴ GÓMEZ NIETO: *op. cit.*, p. 355.

había sido compuesta por el propio san Juan Evangelista⁵⁹⁵. El número de misas de otros ciclos variaba, como indicamos entre paréntesis, según la costumbre de la zona o la voluntad del testador, encontrando los de la Epifanía (3), Purificación (4), los Misterios de la Pasión, y del Espíritu Santo (esta última de hasta siete), Ascensión (7-8), Pentecostés (9) o Resurrección (que oscilaban de 3 a 7).

Las tres principales fiestas litúrgicas dedicadas a Nuestra Señora daban nombre a las misas de la Natividad, la Encarnación y la Asunción. Otras seis completaban el ciclo denominado de las Nueve Fiestas de Nuestra Señora, que incluía la importante de la Concepción (Inmaculada Concepción). Nueve misas formaban también el de los “Nueve Meses en que trajo Nuestra Señora a su Hijo precioso en su santísimo vientre”. Las Angustias y los Gozos de la Virgen dieron nombre a sendos ciclos de siete eucaristías cada uno, al igual que el del Destierro, referido a la huída y tiempo en Egipto. El ciclo de la Asunción variaba geográficamente entre seis y once misas. Y hasta quince se extendía el llamado ciclo de las Quince gradas, –“quince gradas que subió Nuestra Señora al Templo”–, quizá relacionado con los quince misterios clásicos del Rosario.

En la historia de la religiosidad popular fue muy frecuente, como hemos visto, la devoción a los santos taumatúrgicos⁵⁹⁶. Las misas de san Amador gozaron de gran popularidad. Muchos identificaban al santo con el Zaqueo de los Evangelios, afirmando que fue martirizado y reposaba en un santuario cerca de la localidad francesa de Quercy. Ni siquiera hay unanimidad sobre el número de misas que habría revelado como componentes de su ciclo, que oscilan entre 30 y 33. Estaría construido por una de la Encarnación, tres del Nacimiento, cuatro de la Cruz, siete de la Resurrección, tres de la Trinidad, una de la Ascensión, una de Santo Tomás, una de San Lorenzo, una de las vírgenes, cuatro de los confesores y cuatro de los mártires...

El ciclo de misas de santa Mónica y de san Nicolás de Tolentino lo componían siete eucaristías. El de santa Úrsula y las 11.000 vírgenes, así como el de san Agustín, estaba formado por cinco⁵⁹⁷. Tres o una, dependiendo de la zona y la voluntad del donante, el dedicado a san Jerónimo. San Nicolás, santa Magdalena y santa Catalina daban nombre a ciclos de dos. Santos como san Miguel, san Andrés, san Simón, san

⁵⁹⁵ GARCÍA-VILLOSLADA, Ricardo (dir.): *Historia de la Iglesia en España*, t. III, Madrid, 1980, p. 372.

⁵⁹⁶ Para la descripción de los ciclos de misas de los santos *vid.* GÓMEZ NIETO: *op. cit.*, p. 361.

⁵⁹⁷ San Agustín y santa Mónica, al igual que san Nicolás de Tolentino, fueron considerados como “especialistas” en asuntos de la muerte, por lo que aparecen mencionados muy frecuentemente en los testamentos del siglo XVII (COLLADO RUIZ: *op. cit.*, p. 314).

Judas, san Juan Evangelista, san Juan Bautista, san Mauricio y sus compañeros, san Acacio y sus compañeros, san Jerónimo, san Marcos, san Miguel, san Gabriel, san Rafael contaban con una misa individual. Había ciclos genéricos de una única eucaristía para los mártires, los confesores y las vírgenes. El santo Ángel Custodio daba nombre a una misa o a un ciclo de nueve.

Otros ciclos de eucaristías eran los de las Ánimas del Purgatorio (de tres eucaristías), el llamado de la Emperatriz (de 41, que agrupaba alguna de las principales festividades que hemos enunciado), y algunos de menor frecuencia como los denominados de los Reyes, de la Luz, del Ánima sola (los tres, de trece misas).

Entre los ciclos más extensos figuran los denominados treintenarios, compuestos por misas de las fiestas litúrgicas principales que hemos citado. Las eucaristías eran celebradas por un mismo presbítero, que quedaba apartado en la iglesia en la que tenían lugar, ajeno al exterior, lo que motiva que a estos ciclos se les individualice también como treintenarios cerrados o revelados, pues se consideraba que el aislamiento de su celebrante favorecía posibles visiones o revelaciones sobre el alma del difunto⁵⁹⁸. De origen medieval y pronto popularizado es el de 33 misas de san Amador, aunque su número, como hemos expuesto, no es unánime. El ciclo despertaba especiales recelos en las autoridades eclesiásticas, pues era frecuente que quien lo encargaba antes de su tránsito asociara a cada eucaristía el encendido de determinadas velas, alejándose así del espíritu sacrificial en aras de combinaciones numéricas exactas en el número de cirios que iluminaban oficio litúrgico. Se generaba un importante gasto en cera, que en ocasiones había que constatar documentalmente en aras de la demostración del cumplimiento de la correspondiente manda testamentaria⁵⁹⁹.

Mayor certeza en su origen y tradición tendría el ciclo de san Gregorio, al haberlas incluido el papa en sus Diálogos, como parte de una narración para ejemplificar el valor del sufragio. Las misas gregorianas o del pontífice pervivieron como sufragio, fomento de devoción en sí mismas y de representación iconográfica, como estudió Ibáñez García⁶⁰⁰.

Cuando concluía la Edad Media, la Iglesia constataba que uno de los rasgos de fin de época era, en torno a la muerte, la pervivencia de la superstición en gran parte de esta variedad abrumadora de misas, que había acabado anidando en sectores de la

⁵⁹⁸ BALDÓ ALCOZ: *op. cit.*, p. 362.

⁵⁹⁹ *Ibidem*, p. 309.

⁶⁰⁰ IBÁÑEZ GARCÍA, Miguel Ángel: "La Misa de San Gregorio: aclaraciones sobre un tema iconográfico. Un ejemplo en Pisón de Castrejón (Palencia)", *Norba. Revista de arte*, 11 (1991), pp. 7-18.

religiosidad popular de forma cabalística, sin verdadera devoción, en ciclos de eucaristías en los que se atendían más los aspectos formales que el sentido sacrificial del sufragio. Era como si los errores de una contaminada mentalidad medieval quisieran subsistir en la moderna a través de creencias atávicas, que no dejaban depurar una fe que quería dirigirse hacia ejercicios piadosos y culto a los santos como intercesores. Una de las tareas del Concilio de Trento será precisar, como hemos visto al hablar de los santos, que a estos se les pide intercesión, si bien los resultados fueron desiguales en tiempo y forma debido al inveterado arraigo popular. En su sesión XXII, se prohibirá expresamente “que se valgan en la celebración de las Misas de otros ritos, o ceremonias, y oraciones que de las que estén aprobadas por la Iglesia”, una forma genérica de limitar las eucaristías a un único sufragio sacrificio por los difuntos, sin adjetivos ni apellido, que sucesivos sínodos fueron aplicando⁶⁰¹. La superstición ni siquiera les veneraba, ni les consideraba ejecutores directos de salvación, sino que les incluía en un esquema cabalístico vacío de trascendencia.

Soporte jurídico canónico y civil y a la vez intento de garantizar el efectivo cumplimiento de eucaristías en sufragio por los difuntos era la fundación de capillas y capellanías. La capilla, espacio físico, preocupaba al testador, pues su pretensión ideal era que las misas pudieran celebrarse en el mismo lugar en el que fuera enterrado. Lógicamente, resultaba mucho más barato fundar una capellanía, es decir, dejar previsto el sistema para la celebración de las mismas. Se trataba de fundaciones perpetuas realizadas con la obligación asociada de cierto número de misas u otras cargas espirituales –también incluían con frecuencia el rezo de oficios divinos, novenarios o sermones–, que debían cumplir uno o varios presbíteros en la forma y lugar o lugares previstos por su fundador, que segregaba de su patrimonio determinados bienes destinados a la manutención del clérigo titular. Para Castro, Calvo y Granado, la constitución de una capellanía significaba, además de “un acto supremo de piedad religiosa, cargado de una densa significación redentora, que constituía, como fin último, la salvación del donante”, un relevante “acto de expiación”⁶⁰². Su constitución no

⁶⁰¹ *Sacrosanto Ecuménico y General Concilio de Trento traducido al idioma castellano por Ignacio López de Ayala. Agregase el texto latino corregido según la edición auténtica de Roma, publicada en 1564. 41 edición, Madrid, imprenta de Ramón Ruiz, 1798, cit. en COLLADO RUIZ, María José: “Las peticiones de ciclos de misas en los testamentos granadinos en los siglos XVI y XVII”, *Erebea. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 2 (2012), p. 306.*

⁶⁰² CASTRO PÉREZ, Candelaria, CALVO RUIZ, Mercedes, GRANADO SUÁREZ, Sonia: “Las capellanías en los siglos XVII-XVIII a través del estudio de su escritura de fundación”, *Anuario de historia de la Iglesia*, 16 (2007), p. 337. La capellanía era también fuente de prestigio social y en no pocas ocasiones recurso para quienes no contaban con opción a mayorazgos.

debemos entenderla únicamente originada por testamento. También nacía como un acto jurídico inter-vivos, pues no eran pocas las capellanías que debían ser formalizadas por herederos, en nombre del testador. Su fundamento religioso derivó en importantes consecuencias económicas durante las Edades Media y Moderna, como medio de subsistencia del bajo clero rural y urbano⁶⁰³. Nuestro estudio es en realidad el del origen de la mayor capellanía perpetua fundada nunca en la península, creada por Felipe II en beneficio de los titulares de la monarquía de España y sus familiares con sede en el monasterio de san Lorenzo de El Escorial, con una intención de sufragio que sobrepasó los parámetros espirituales y teológicos, para pasar de una capilla mausoleo a un sistema sepulcral y construir singular imagen dinástica, reforzada generación tras generación.

En torno a capellanías y aniversarios, Romero Fernández-Pacheco distingue tres tipos. En primer lugar, la capellanía propiamente dicha, es decir, legar o destinar una suma o patrimonio, o constituir una renta sobre los propios bienes del testador, para mantener a uno o varios presbíteros que celebrasen periódicamente las misas señaladas. A ella sigue la “memoria”, reducido número de misas de carácter anual, generalmente conmemorativas de fiestas señaladas del año litúrgico. Y por último, el aniversario propiamente dicho, celebrados el día de la muerte de quien los encarga, por él o por quien lo pida en el documento de fundación⁶⁰⁴.

Los testadores podían dejar previsto que las misas fueran rezadas o *baxas*, es decir, oficiadas por un solo presbítero y por tanto resultando a menor coste. Además, el encargo de una eucaristía plana o llana suponía que la liturgia no incluía el rezo de salmos ni cantos. La casuística económica, por tanto, se veía enriquecida no solo por el número de misas o el lugar de su celebración.

Podría pensarse que en pequeños núcleos rurales el cumplimiento efectivo del encargo de misas y la constitución de capellanías era confiable a la buena fe de los presbíteros encargados o a su registro por medio eficaz de recuerdo. La realidad hizo que, para evitar olvido, confusión y desidia, no pocos obispos y sínodos establecieran disposiciones vinculantes para evitar que las mandas pías quedasen en papel mojado. Fue el caso del sínodo de Toledo de 1596, al disponer que “en cada iglesia aya tabla donde se escriban las capellanías perpetuas, aniversarios y memorias que en las dichas

⁶⁰² *Ibidem*, p. 337.

⁶⁰³ Vid. PRO RUIZ, Juan: “Las capellanías: familia, Iglesia y propiedad en el Antiguo Régimen”, *Hispania sacra*, 84 (1989), pp. 585-602; GONZÁLEZ RUIZ, Manuel: “Las capellanías españolas en su perspectiva histórica”, *Revista española de derecho canónico*, 14 (1950), pp. 475-501.

⁶⁰⁴ ROMERO FERNÁNDEZ-PACHECO, Juan Ramón: “Morir en Madrid a fines del siglo XV: Economía monástica y mentalidades religiosas”, *Anuario de estudios medievales*, 19 (1989), pp. 573-586.

iglesias se han de celebrar para que cada cosa de haga a su tiempo y cumpla”⁶⁰⁵. En el contexto debe situarse también la fuerza moral y religiosa de las mandas pías testamentarias, que vinculaban de tal manera a los herederos que en algunos sínodos se planteaba la excomunión por incumplimiento obligando a los albaceas a ejecutarlas tomando parte de los bienes del difunto.

La proliferación de ciclos de misas hizo que la atención de no pocas parroquias fuera abandonada por sus titulares que, con afán lucrativo, se dedicaron a celebrar treintanarios, descuidando la atención cotidiana a los fieles. En 1497 Cisneros, que ya había abordado la cuestión en un sínodo toledano, ordenó que “la misa de pueblo nunca cese en ningún modo los días que obligados son a la decir, so pena de un florín para obras pías cada vez que lo contrario ficieren”⁶⁰⁶.

En su análisis de la aparición y evolución de las indulgencias, como medio también aplicable a la salvación ajena, algunos autores se refieren al fenómeno del aumento de su número en testamentos de la Edad Moderna denominándolo inflación⁶⁰⁷. Nos ha parecido muy adecuado el término para describir el proceso de incremento de número de misas encargadas en los testamentos de los sucesivos monarcas, consortes e infantes de la Edad Moderna. Sería erróneo considerar esa consignación numérica de sacrificios eucarísticos como mera cláusula de estilo o constatación de la necesidad de sufragios por la condición pecadora del difunto: se trataba de misas ciertas, que además no podían coincidir con las canónicamente reservadas a ciertas solemnidades o misas mayores en iglesias, como hemos visto, lo que aportaba rigurosos requisitos y la constatación de que los actos litúrgicos se realizaban de manera efectiva.

Cabría preguntarse sobre el tipo de eucaristía celebrado por los monarcas pues, a diferencia del funeral actual, a principios de la Edad Moderna este distintas variantes litúrgicas. Podemos afirmar que, de alguna manera, ya en los testamentos de los Reyes Católicos, el de la reina Isabel en 1504 y el del rey Fernando en 1516, latía en lo que a

⁶⁰⁵ *Proceso synodal de la que se celebró en Toledo. Año 1596 siendo Arçobispo el Rmo. Sermo. Príncipe Cardenal Alberto*, Archivo Catedral de Toledo, IV, 397, cit. en GÓMEZ NIETO: *op. cit.*, p. 356. El archiduque Alberto, hijo de Maximiliano II de Alemania y la emperatriz María, sobrino por tanto de Felipe II, ocupó la sede arzobispal toledana y fue cardenal con el título de la Santa Cruz de Jerusalén entre 1595 y 1598, aunque no llegó a recibir órdenes de ningún tipo y paso a ser gobernador general de los Países Bajos.

⁶⁰⁶ Se recordaba que en todas las eucaristías se incluía plegaria por los difuntos. *Synodo celebrado por el Rmo. Sr. Cardenal Zisneros, Año de 1497*, Archivo Catedral de Toledo, IV, 396, cit. en GÓMEZ NIETO: *op. cit.*, p. 359). Tanto la autora y, sorprendentemente, el encabezamiento del documento citado, nombran erróneamente a Francisco Ximénez de Cisneros –arzobispo de Toledo en esa fecha- cardenal, cuando fue creado y recibió el capelo cardenalicio en 1507.

⁶⁰⁷ VOVELLE, Michel: “Vision de la mort et de l’au delà en Provence d’après les inter vivos, autels des âmes du purgatoire, XV-XX siècles”, París, 1970, cit. en MARTINEZ GIL: *Muerte y sociedad...*, p. 217.

sufragios eucarísticos se refiere, medio siglo antes de su celebración, un claro antecedente del espíritu tridentino. Las misas que encargan, ellos y sus sucesores Austria, no se refieren a ningún santo. Isabel la Católica incluirá el mandato de celebración de eucaristías por su alma tras el pago de determinadas deudas:

“mando que despues de cumplidas e pagadas las dichas debdas, se digan por mi anima en iglesias e monasterios obseruantes de mis regnos e sennorios, veynte mill missas, a donde a los dichos mis testamentarios pareçiere que devotamente se diran e que les sea dado en limosna lo que a los dichos mis testamentarios bien visto fuere”⁶⁰⁸.

La soberana condiciona el lugar de celebración de los sufragios: templos en los que se haya aplicado el impulso de su reforma monástica, cómo confirma el hecho de que no se apliquen estipendios cerrados por la celebración de los oficios, sino limosna de cantidad voluntaria a decidir. De las que pide Fernando el Católico, ni siquiera quedan fijadas con exactitud cuántas debían celebrarse con liturgia específica:

“sean dytribuidas e repartidas por monasterios de religiosos e iglesias de clérigos diez mill misas, en algunas de ellas, de “Requyem” y las otras como a nuestros testamentarios ynfrastriptos pareçiere”⁶⁰⁹.

La ausencia de referencia a ciclos de misas de santos no obsta para que los monarcas fundasen capilla y capellanía, es decir, la Capilla Real de San Juan Bautista y San Juan Evangelista, junto a la catedral de Granada⁶¹⁰, a la que dotan inicialmente de cabildo de trece capellanes –número que Carlos V ampliará, en 1518, a 25- presididos por un capellán mayor. Según su carta fundacional, en ella se celebrarían dos misas *rezadas* y una *cantada* “todos los días del mundo”. La segunda misa rezada, al alba, se ofrecería por los familiares vivos de los monarcas y sus sucesores, con un elaborado ciclo de cuatro semanas que incluía, citando como ejemplo la tercera semana, el lunes, la Concepción; el martes, la Natividad; el miércoles, la Anunciación... hasta llegar el domingo a la misa dedicada a la Resurrección. Solo encontramos, como excepción, la misa de los santos Juanes, que entendemos lógica, pues daban nombre al templo, el

⁶⁰⁸ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, cláusula 6.

⁶⁰⁹ *Testamento de Fernando el Católico*, ed. 2001.

⁶¹⁰ Archivo Capilla Real de Granada, Leg. 21, nº 1, *Fundación y Memorias de la Capilla Real por los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Ysabel*, Medina del Campo, 13 de septiembre de 1504, cit. en GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Vidal: *El Testamento...*, pp. 220 y 221.

martes de la segunda semana, y una eucaristía “de los Santos Ángeles” muy probablemente como huella devocional que perduró, furo de la confianza en la intercesión de los arcángeles, fijada el lunes de la primera semana. A todas ellas se sumaban los aniversarios de difuntos.

Un esquema paralelo, si bien con mayor complejidad, es el que se dispuso para las eucaristías que se celebraban a diario en el monasterio de El Escorial, establecido inicialmente por Felipe II y enriquecido por sus sucesores, principalmente Felipe IV y Felipe V, como veremos, en beneficio de las almas de los monarcas españoles y sus familias, que añadieron aniversarios por reales personas concretas⁶¹¹. El número de presbíteros entre los monjes jerónimos hacía posible, en principio, la celebración de tres misas, denominadas de alba, prima y conventual. Las tres debían ser “cantadas” y “no rezadas”, es decir, incluían la recitación de salmos y otras oraciones litúrgicas.

Carlos V es sin duda, de los monarcas españoles del siglo XVI y XVII, el más prolijo en el clausulado sobre las eucaristía pro propia ánima. Ordenaba la celebración de “treyn ta mill misas”, también en “monasterios y religiones reformadas”, dejando a criterio de sus albaceas, si “pareçiere, tambien en algunas iglesias parrochiales situadas en nuestras yglesias. Ampliaba las liturgias sin especificar más proporción “que la mayor parte dellas sean de la Pasión, y las otras se digan de la Virgen nuestra Señora y de la Cruz y de Requien” y, como novedad en un monarca en el periodo que analizamos, especificaba en su testamento:

“daráse de limosna por ca una misa que en España se dixere un real, y por la que se dixere en nuestros estados en Flandes y Tierras Baxas, tres placas. Y porque en nuestra vida avemos mandado hazer capellanías y dezir misas cantadas y rezadas en la dicha Capilla Real de Granada, no ordenamos de nuevo otras misas ni sacrificios perpetuos”⁶¹².

Redactadas sus últimas voluntades en junio de 1554, cuatro años después, en el codicilo añadido a las mismas menos de dos semanas antes de su muerte, el emperador se encargó de especificar la procedencia de los recursos económicos para pagar los estipendios de las eucaristías encargadas, rogando a su hija la infanta doña Juana,

⁶¹¹ AGP, Patronatos, El Escorial, Leg. 1.794, *Capellanías que han fundado en este Real Monasterio de S. Lorenzo las Magestades Catholicas de los Señores Reyes D. Phelipe II su Fundador, D. Phelipe III, D. Phelipe IIII, y D. Phelipe V sus Patronos*.

⁶¹² *Testamento de Carlos V*, ed. 1982. A continuación, el emperador encomendaba a sus testamentarios que “impetren por mi de la Santa Sede Appostolica, jubileo e indulgencia plenaria”.

princesa de Portugal y regente de Castilla en ausencia de Felipe II en esa fecha, que hiciera lo necesario para su ejecución⁶¹³.

En el testamento de Felipe II volvemos a encontrar, a la hora de ordenar “treyn ta mil missas por mi alma”, una distribución específica:

“La una parte dellas de Passión y de la Cruz, y la terçia parte de nuestra Señora, y la otra terçia de Requiem”⁶¹⁴.

Lo que significaba que las eucaristías quedaban circunscritas a hechos de la Vida de Cristo y la Virgen. No figuraban por tanto ciclos como los de san Amador o san Gregorio, ni de otros santos. Nos parece un dato de singular relevancia, pues constituye una excepción a la hora de considerar que la mentalidad ante la muerte fue, en el caso de los monarcas, en muchos sentidos paralela a la de la religiosidad común que también se vivió en las élites, que escogieron indistintamente estos ciclos eucarísticos. Si no puede afirmarse la participación directa de teólogo en la redacción de las mandas eucarísticas, ha de entenderse necesariamente que contaban con formación personal en esta materia. En la medida en que Felipe II testó conociendo ya las disposiciones y el espíritu del Concilio de Trento, la cuestión estriba en determinar en qué medida contaban Isabel la Católica, Fernando el Católico o Carlos V con una formación doctrinal tal para estimar que se trataba de ciclos que habían recibido el calificativo de supersticiosos. El contacto de los Reyes Católicos con Cisneros o fray Hernando de Talavera pudo perfilar ese criterio.

Felipe III, cuyo testamento, indudablemente, fue redactado teniendo presente el de su padre, volvió a pedir “treyn ta mill misas”, que dividió en tres partes: diez mil de Pasión y de la Cruz, diez mil de Réquiem:

“y las otras diez mill de nuestra Señora, las otras tres mill de la fiesta y comemoración de la Encarnación, las otras tres mill de la fiesta y comemoración de la Asunción, y las quatro mill restantes, de la fiesta y comemoración de la Concepción”⁶¹⁵.

El rey primaba por tanto las eucaristías de la Inmaculada. Su hijo Felipe IV fundó capellanías, misas perpetuas y aniversarios por su primera esposa, Isabel de

⁶¹³ *Codicilo al Testamento de Carlos V*, ed. 1982.

⁶¹⁴ *Testamento de Felipe II*, ed. 1982, cláusula 4.

⁶¹⁵ *Testamento de Felipe III*, ed. 1982, cláusula 5.

Borbón, sus hermanos fallecidos, los infantes Carlos y Fernando, y su hijo, el príncipe de Asturias Baltasar Carlos, en el monasterio de El Escorial. En su testamento sí figuró uno de “nueve missas en las nueve festividades de nuestra Señora”. Carlos II no dejó ningún ciclo específico en sus últimas voluntades.

En la tabla que sigue podemos comprobar la evolución del número de eucaristías que monarcas y otros miembros de la real familia prevén en sus testamentos, observando que a partir del notable incremento paulatino inicial, la Edad Moderna concluirá con un acusado descenso a finales del siglo XVIII. Hemos introducido en la casuística la presencia atípica de un hijo natural de Felipe IV, don Juan José de Austria, con el fin de ilustrar aún más la evolución descendente debida tanto a causas de transcurso de tiempo como de mayor cercanía al trono en sí, inmediatamente antes del “repunte” de la primera consorte de Carlos II, que incrementa en un trescientos por cien, de manera inopinada, las eucaristías encargadas por su suegro en 1665. El hecho permite caracterizar el final del siglo XVII como el momento álgido del uso de la eucaristía como sufragio, para entrar ya en la etapa de los Borbones en un ciclo de moderación, en el que quizá estuvieron presentes motivos económicos, así como la personal convicción de la primacía de la fe con la que se oficiaba el sufragio sobre la desmesurada cantidad de los mismos.

TABLA II**EVOLUCIÓN DEL NÚMERO DE MISAS EN TESTAMENTOS DE REALES PERSONAS
ENTRE 1497 Y 1815**

REAL PERSONA (año testamento)	NÚMERO MISAS MONARCA	NÚMERO MISAS OTROS
Príncipe de Asturias Don JUAN (1497)		20.000
ISABEL I (1504)	20.000	
Emperatriz ISABEL de Portugal (1529)		9.000
GERMANA de Foix (2ª esposa FERNANDO V) (1536)		10.000
Princesa de Asturias MARÍA MANUELA (1545)		12.000
CARLOS V (1554)	30.000	
FELIPE II (1594)	30.000	
FELIPE III (1621)	40.000	
FELIPE IV (1665)	100.000	
JUAN JOSÉ de Austria (1679)		24.000
Reina consorte MARÍA LUISA de Orleáns (1689)		300.000
Reina gobernadora MARIANA de Austria (1696)		50.000
CARLOS II (1700)	100.000	
Reina viuda MARIANA de Neoburgo (1730)		30.000
FELIPE V (1746)	200.000	
FERNANDO VI (1758)	100.000	
CARLOS III (1788)	20.000	
Reina consorte MARÍA LUISA de Parma (1815)		2.000

Fuente: Testamentos de las reales personas (ed. 1982 y 2001) y bibliografía.

Es necesario precisar que las cifras no son cerradas. Isabel la Católica solicitaba 20.000 misas en su testamento, si bien empleó también –como harían otras personas reales- la redacción de su codicilo para encargar otras tantas por “las ánimas de todos aquellos que son muertos en mi servicio”. Su bisnieta, la infanta portuguesa y princesa María Manuela de Portugal, primera consorte del que sería Felipe II, recogió en su testamento, además de las 12.000 misas que hemos consignado en la tabla, mil más por las ánimas del purgatorio, que fueron oficiadas en iglesias y monasterios de Valladolid, donde falleció⁶¹⁶. Más de un siglo después, Felipe III añadirá también otra cantidad, en este caso 10.000, que quería aplicar en principio a su mujer, ya fallecida, añadiendo que sí ésta ya había llegado al cielo pasaran a engrosar los merecimientos de las almas más necesitadas. En la carrera por la salvación, los Austria no iban a dejarse ganar.

De Luis I, no habiendo podido obtener un número concreto de eucaristías consignadas, podemos aportar la carta que se remitió al monasterio de El Escorial en nombre del cardenal Borja, Patriarca de Indias, solicitando 3.000 misas, lo que puede hacer una idea de la proporción de eucaristías solicitadas en distintos templos españoles en aquél verano de 1724, en que falleció⁶¹⁷. La utilidad de nuestro hallazgo en el Archivo de la Real Biblioteca del monasterio de san Lorenzo de El Escorial se ve reforzada por otras dos cartas en el mismo sentido al finalizar el reinado del hermano del monarca, Fernando VI. El 25 de agosto de 1759, acompañando otra del propio Patriarca, fray Diego Álvarez pide al prior del monasterio, esta vez fray Francisco de Fuentidueña, que se celebren 1.500 misas por el alma del difunto, y que le envíen el correspondiente recibo⁶¹⁸. La cifra de oficios religiosos se había reducido por tanto a la mitad.

⁶¹⁶ La relación de misas y lugares quedó recogida en *Copia de la carta que su majestad escribió al comendador mayor de León, a tres de agosto de 1545 años, sobre los descargos de la princesa*, cit. en PASCUAL MOLINA, Jesús Félix: *Fiesta y poder. La corte en Valladolid (1502-1559)*, Valladolid, 2013, p. 261. Solo en el monasterio de San Pablo los veinte días siguientes a su entierro se dijeron 50 eucaristías por su alma. En Nuestra Señora del Prado, más de doscientas.

⁶¹⁷ RBME, Caja XXI, 10, *Carta de D. José Ochoa de Baquedano comunicando, de parte del señor cardenal Borja, se digan tres mil misas por el alma del rey Luis I*, 1 de septiembre de 1724. La petición despertó sin duda en el prior del monasterio, Fray Luis de Pablo, algún tipo de duda, pues a pesar de que expresamente se indicaba “que por la Limosna de estas se acuda a la Cassa de Semana con rezibo de V. Rma.”, en el reverso aparece la anotación “esto está mal visto (...) se guarde este papel para alegar ejemplar”.

⁶¹⁸ RBME, Caja XXIV, 69.1. *Carta del P. Fr. Diego Álvarez al prior para que se digan 1.500 misas por el alma del Rey y le envíe el correspondiente recibo*, Madrid, 25 agosto 1759; Sorprende que el segundo documento sea una nueva carta del fray Diego agradeciendo al prior el envío del recibo, lo que demuestra que en unos veinte días se celebraron todas ellas. Todos los sacerdotes hubieron de participar, sin duda, en el encargo (RBME, Caja XXIV, 69.2, *Nueva carta del P. Fr. Diego agradeciendo al P. Prior el envío del recibo de las misa para poder cobrar la limosna*, Madrid, 13 septiembre 1759).

Un análisis comparativo del número de misas encargado por los monarcas respecto del previsto por la alta nobleza o la nobleza al servicio de la Monarquía arroja interesantes resultados. En la tabla hemos incluido la misas encargadas por Germana de Foix, si bien hemos optado por no reseñar en ella las que dejó previstas el segundo de sus esposos, el margrave Juan de Brandeburgo, con el que contrajo matrimonio tres años y medio después de fallecer Fernando el Católico:

“ytem queremos é mandamos que en sufrage de nuestra ánima é de nuestros señores padre e madre é de todos los fieles difuntos sean fechas dezir é celebrar por los dichos nuestros testamentarios seys mill miras Repartidas por aquellos nuestros testamentarios en los monasterios e iglesias que á ellos bien visto será porque más prontamente sean dichas e celebradas”⁶¹⁹.

Teniendo siempre en cuenta el origen extra peninsular del finado, su dignidad principesca como bisnieto de emperador de Alemania y bisnieto y nieto de dos reinas de Hungría⁶²⁰, y su condición de hermano de Casimiro de Brandenburgo, príncipe elector que optó a la corona imperial a la muerte de Maximiliano I, nos parece que el número de las misas que encarga ilustra también el triunfo de la eucaristía en las previsiones *ante mortem* de la élite nobiliaria, en este caso la que acompañaba a Carlos V en su primer viaje a España, que desea extender los beneficios del sufragio, como hacían los demás círculos sociales, a familiares vivos y difuntos, dejando a los albaceas la distribución de las misas, si bien insistiendo en la celeridad de su celebración, en el convencimiento de su mayor eficacia cuanto más cerca del óbito tuviesen lugar.

Casi exactamente un siglo después, el 19 de septiembre de 1624, a comienzos del reinado de Felipe IV, el duque de Osuna ordenaba la redacción del que sería su testamento definitivo. Con excelente letra y gran pulcritud el documento recogió la voluntad de que se celebrasen 3.000 sacrificios eucarísticos “y no menos” (sic) que

⁶¹⁹ *Copia de un traslado del Testamento del Marques de Branderbourgh*, AGS, *Mercedes, Privilegios, Ventas y Confirmaciones*, Leg. 62, f. 2, en SALVADOR Y MONTSERRAT, Vicent, MARQUÉS DE CRUÏLLES: *Noticias y documentos relativos a doña Germana de Foix, última reina de Aragón*, Valencia, 2007, ed. BELENGUER CEBRIÁ, Ernest). Las últimas voluntades fueron otorgadas el 3 de julio de 1525, falleciendo su firmante dos días más tarde.

⁶²⁰ El margrave Juan de Brandeburgo descendía de los Jaguellón, reyes de Hungría y Polonia. Criado con Carlos V, recibió el toisón de oro. Su matrimonio con Germana de Foix fue concebido por el nieto de Fernando el Católico como una perfecta alianza dinástica complementaria en el contexto de la herencia del imperio alemán. Germana fue nombrada Lugarteniente en Valencia, ciudad a donde trasladó su residencia. El matrimonio fue muy desgraciado.

encargaba por sí mismo y quienes habían sido “sus contrarios”⁶²¹. Sic de nuevo. El dato debe ser contemplado en su peculiar contexto: Osuna era la casa nobiliaria más rica, al menos al finalizar el siglo XVI, tras los Medina Sidonia⁶²². Por eso sorprende que el duque de Lerma, que fallecía el 17 de mayo de 1625, hubiera dejado dispuesto en su testamento, signado un año antes, que se celebrasen 40.000 misas por él, en favor “de quien yo soy o fuere algo a cargo”⁶²³. La misma cifra que Felipe III, el rey de quien había sido valido.

El descenso paulatino del número de misas ordenado por los monarcas fue paralelo en el entorno cortesano más cercano. Fayard ha puesto de relieve que los consejeros de Castilla de Felipe IV dejaron previstas en sus testamentos una media de cuatro mil eucaristías, que descendieron a tres mil en el reinado siguiente. Los ministros de Felipe V, ya en el siglo XVIII, encargaron en torno a mil⁶²⁴. Otro dato puede contribuir a contextualizar una costumbre piadosa que revela la mentalidad ante la muerte: En Santiago de Compostela, entre 1641 y 1700, como indica González Lopo, el número medio de eucaristías *post mortem* era de 272, siempre contando los datos aportados por los testamentos conservados⁶²⁵. Pero lo que no decayó fue la capacidad soberana de proponer y disponer, al menos en lo cualitativo. Mariana de Neoburgo llega a ordenar una suerte de principio de subsidiariedad en la aplicación de sus misas, en orden descendente⁶²⁶. Pocos años después, la voluntad de Fernando VI, como pareció

⁶²¹ LINDE DE CASTRO, Luis María: *Don Pedro Girón, duque de Osuna. La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*, Madrid, 2005, p. 279. Pedro Téllez-Girón (Osuna, 1574 - Madrid, 1624), III duque de Osuna, fue uno de los principales protagonistas políticos y nobiliarios del reinado de Felipe III. Tras su carrera en Flandes fue virrey primero de Sicilia (1610-1616) y luego de Nápoles (1616-1620), en una época vital para el gobierno español en el Mediterráneo. El ascenso de Olivares a la privanza de Felipe IV supuso su alejamiento de la corte y prisión.

⁶²² *Ibidem.*, p. 37.

⁶²³ ALVAR EZQUERRA, Alfredo: *El duque de Lerma. Corrupción y desmoralización en la España del siglo XVII*, Madrid, 2010, p. 434. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas (Tordesillas, 1553 – Valladolid, 1625), V marqués de Denia y I Duque de Lerma, fue nieto de San Francisco de Borja. Educado en la corte, ganó la confianza del futuro Felipe III convirtiéndose en el hombre más poderoso de su reinado, hasta su caída en 1618, tras hacerse inmensamente rico.

⁶²⁴ Cit. en CASEY: *op.cit.*, p. 19. En todo caso, los datos revelan un cambio cuando menos cuantitativo en la consideración de las misas como medio de sufragio por excelencia.

⁶²⁵ GONZÁLEZ LOPO, Domingo: *Los comportamientos religiosos en la Galicia del Barroco*, Santiago de Compostela, 2002, p. 510. El dato, que serviría incluso como indicador de desarrollo económico, ha de ser puesto en relación a la abundancia de conventos y templos en la ciudad del Apóstol.

⁶²⁶ AGP, Reinados, Carlos III, Leg. 192, *Copias de los testamentos que otorgó la Serenísima Señora Reina Doña María Ana de Neoburgo, en la ciudad de Bayona de Francia el 19 de marzo de 1730 y el 17 de septiembre de 1737 ante Pedro Lesseps, escribano y Notario Real. Falleció S.M. con esta disposición en la ciudad de Guadalajara el día 16 de julio de 1740*. Mariana de Neoburgo se permitirá en su primer testamento una liberalidad tal que dispone que “aquellas que por la gran Misericordia de Dios no necesitase mi alma, queden aplicadas por la del Rey mi Señor y esposo, y en caso que no las haya menester sirvan para las benditas almas del Purgatorio que mayor necesidad tuvieren”.

recuperar al menos numéricamente el volumen de misas⁶²⁷, pero se trató de una excepción en el camino descendente al que hacemos referencia: Carlos III disminuyó a una quinta parte las eucaristías por su alma⁶²⁸. Medio siglo después notamos abiertamente que las dificultades económicas influyeron en el número propuesto por una soberana consorte, la Reina María Luisa⁶²⁹.

No todas las eucaristías que se recogían en un testamento y recibían dotación para su celebración eran iguales. García Fernández, en su estudio sobre la muerte en el Valladolid de la Edad Moderna, distingue entre las encargadas de cuerpo presente, durante vigilia de cuerpo presente, las solicitadas a cabo de año (al cumplirse el primer año del fallecimiento), la fundación de misa (en aniversarios o memorias) o la fundación de capellanías⁶³⁰. Al finalizar la Edad Moderna, la costumbre había cambiado. El 9 de julio de 1791, Manuel Isidro Valdés del Campo, escribano de provincia, protocolizaba el testamento de Pedro Rodríguez de Campomanes, I Conde de Campomanes, que encargaba 100 misas por su alma⁶³¹. En tres siglos, el salto cuantitativo en las disposiciones *mortis causa* había sido considerable. Un asturiano que había nacido hidalgo y había alcanzado la condición de gobernador del Consejo Real de Castilla, director de la Real Academia de la Historia y título nobiliario encargaba un centenar de misas, a pesar de haber llegado a la cúspide en muchos aspectos de la escala social.

Volvemos a preguntarnos sobre el nivel de cumplimiento de tal número de eucaristías, esta vez las dedicadas al alma de los monarcas, lo que plantea la existencia del control sobre la celebración por parte de los sacerdotes encargados. Una cuestión no menor. Si en cualquier iglesia de un pueblo de la Castilla moderna era frecuente contar

⁶²⁷ AGP, Reinados, Fernando VI, Caja 201, Expte. 208, *Copia simple del Testamento de Fernando VI que se otorgó el 10 de diciembre de 1758 en Villaviciosa de Odón ante Juan Francisco Gaona Portocarrero, Secretario de Estado*,.

⁶²⁸ AGP, Reinados, Carlos IV, Casa, Legajo 177 (1788-1808), Real Casa, *Ceremonia: exequias y luto por Carlos III*.

⁶²⁹ SMERDOU ALTOLAGUIRRE, Luis: *Carlos IV en el exilio*, Pamplona, 2000, p. 238. La reina firmó su testamento el 24 de septiembre de 1815 en Roma, donde vivió la última etapa del exilio, hasta su muerte. Se trató de un testamento muy discutido por sus hijos, pues nombraba heredero universal a su favorito Manuel Godoy.

⁶³⁰ GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo: *Los castellanos y la muerte. Religiosidad y comportamientos colectivos en el Antiguo Régimen*, Valladolid, 1996, p. 245.

⁶³¹ Campomanes escogió ser amortajado con el hábito franciscano, como terciario que era de su Orden. Al testamento añadiría posteriormente tres codicilos (12 de abril de 1797, 23 de marzo de 1799 y 8 de abril de 1801). De especial interés resulta su expreso deseo de vincular al mayorazgo fundado en 1784, a favor de su hijo Sabino, los retratos que poseía de Carlos III, Carlos IV y María Luisa de Parma, en “memoria de los grandes beneficios que se han dignado dispensarme, y a mis hijos y nietos”. VALLEJO GARCÍA-HEVIA, José María: “Testamento de Pedro Rodríguez Campomanes, primer conde de Campomanes, otorgado en Madrid el 28 de junio de 1791, y protocolizado por el escribano de provincia, Manuel Isidro Valdés del Campo, el 9 de julio de 1791”, en GONZÁLEZ, Manuel Jesús: *Campomanes y su tiempo*, 2003, p. 143. Campomanes fallecería en Madrid el 3 de febrero de 1802.

con la figura del colector parroquial, como el clérigo o seglar legitimado para exigir el cumplimiento de las cargas espirituales que se habían perfilado en los testamentos⁶³², la comunidad jerónima escurialense hubo de llevar necesariamente un registro de los sufragios eucarísticos, porque los monarcas precisaban con exactitud los aniversarios por sus familias, como hacía en marzo de 1638 Felipe IV mediante un decreto, en el que centraba en las fechas de nacimiento y muerte la celebración de las eucaristías a ofrecer, y extendía a varios de sus familiares, vivos y fallecidos, nuevas misas y aniversarios⁶³³. Que hubo un control lo demuestra la reclamación de fray Nicolás de Madrid, el prior del monasterio artífice de la terminación del panteón real, que reclamó al rey 18.000 ducados de deuda por los sufragios por el alma de su primera esposa, Isabel de Borbón⁶³⁴. Muy significativo parece que el monje, que llevaba confirmado en su cargo que prior desde el 21 de mayo de 1648, pidiese a su protector un dinero adeudado solo un año y medio después. Es clara muestra del poder que Madrid tuvo en aquella etapa de la historia no solo escurialense, sino de la propia corte y entorno regio, como para acudir en tiempos de crisis económica para satisfacer las cuentas de la comunidad jerónima en materia de sufragios regios.

El sufragio eucarístico regio no era una cuestión menor. La gestión por los aniversarios de don Juan José de Austria, fallecido en 1679, motivaría que se evacuasen consultas a la comunidad jerónima. Desde mayo de 1678 era prior fray Domingo de Rivera. Cuatro días antes de cumplirse doce meses de su muerte, don Diego Velasco, en nombre de la junta de testamentaría, le preguntaba con urgencia “si se hace aniversario

⁶³² El colector recibía a su vez las limosnas de las misas oficiadas, distribuyéndolas entre los celebrantes. Estaba facultado incluso para reclamar judicialmente el cobro de cantidades adscritas a mandas testamentarias en favor de almas, en materia incluso inmobiliaria, solicitando deslindes o reconocimiento de fincas. Debía enviar periódicamente al ordinario de la diócesis información suficiente sobre las misas, con el fin de que el obispo dictase lo oportuno en torno a las no celebradas (CASTRO PÉREZ, Candelaria, CALVO RUIZ, Mercedes, GRANADO SUÁREZ, Sonia: “Análisis de una defunción en los siglos XVII-XVIII a través de las anotaciones contables que realizaba el colector parroquial”, *Tiempos modernos*, 15 (2007), p. 4).

⁶³³ RBME, Caja XVI, 27, *Juros y gastos del monasterio, Copia del memorial de Bartolomé Spínola, superintendente de Hacienda del Escorial, en la que expone a su majestad que los juros de resguardo son insuficientes para los gastos de la casa. Copia parte de un decreto en el que el rey Felipe IV fija los aniversarios a celebrar por su familia*, 13 de marzo de 1638.

⁶³⁴ RBME, Caja XVI, 53, *Escrito del prior y comunidad del monasterio en el que reclaman al rey los ducados que se le deben de los sufragios aplicados por la reina doña Isabel de Borbón pendientes desde 1644, ¿1650?* La datación del documento entre paréntesis figura consignada en fecha posterior en el mismo original, quizá añadida por Mediavilla, que clasificó la fuente (MEDIAYILLA MARTÍN, Benito: *Inventario de documentos sobre el Real Monasterio del Escorial existentes en el Archivo de su Real Biblioteca (1631-1882)*, San Lorenzo de El Escorial, 2005).

por don Juan de Austria”⁶³⁵, refiriéndose al hijo de Carlos V. Conservamos la minuta de la respuesta, que no tiene desperdicio:

“Por hallarse enfermo mi Rmo. P. Prior y averme dado su permissio y orden para aliviarle de algunos cuidados respondo a la pregunta de V.I. que es si se hace aniversario por el Señor D. Juan de Austria hijo del Señor Emperador Carlos Quinto. Digo que desde que falleció se a echo y aquel día además de la Missa cantada se dice seis Missas rezadas por Su alma y cada día se dice una misa rezada. Esta fundación dejó dotada el Sr. Rey Philipe Segundo nuestro fundador Patrón y Señor que está en el Cielo. El Rey nuestro Sr. Philipe Cuatro dotó sus aniversarios y los de la Sra. Reyna D^a Isabel de Borbón Su muger, el Príncipe Baltasar y de sus hermanos los Señores infante D. Fernando y D. Carlos y no dotó más. Estas dotaciones son para el sustento de los Religiosos, para el Culto Divino se confiese en la grandeza y Magestad que Ve Dios y el mundo.

A 18 de septiembre passado se llevó Dios al Sr. D. Juan de Austria y esta Comunidad, con la atención que debe, hará por su alma el cavo de año; como no quedó dotación alguna no pasará a más sufragios porque de las personas Reales que no dejaron fundación, no se hacen aniversarios. Quedó siempre muy para servir a V.I. cuya vida guarde Dios muchos años”⁶³⁶.

Sin que dudemos de la veracidad de la información sobre la salud del prior, que no respondiese directamente y fuera uno de los monjes quien lo hiciera quizá pudiera ser muestra de la suspicacia con la que fue recibida la consulta. No se preguntaba directamente. Juan José de Austria no había sido un personaje fácil en el entorno de la corte. La reacción fue inmediata y clara, probablemente no relacionada con el origen biológico del personaje, sino con una cuestión económica. No se le negaba el cabo de año, el funeral que tendría lugar pocos días después al que tenían derecho las regias personas enterradas en el monasterio. Se respondía con un amplio informe, que distingue incluso entre misas cantadas y rezadas, sobre los aniversarios regios, que se sostenían con la dotación previa de los monarcas, fundaciones establecidas mortis causa o, como había hecho Felipe IV, en vida. Para redactarla, pensamos que no se consultó el obituario regio de la comunidad, que consignaba, en su llave 41, el 17 de septiembre

⁶³⁵ RBME, Caja XVIII, 47.1, *Don Diego Velasco pregunta al prior si se hace aniversario por don Juan de Austria, hijo del emperador Carlos V*, 13 de noviembre de 1680.

⁶³⁶ RBME, Caja XVIII, 47.2, *El P. Fr. Francisco de San Juan, en nombre del prior que se halla enfermo, responde afirmativamente y le informa de los sufragios que se hacen por su alma*, 15 de septiembre de 1680.

como fecha de la muerte, un día antes que el referido en la carta, que parece sugerir se constituya fundación⁶³⁷.

Sin duda algo debió suceder. Apuntamos la posibilidad de una intervención de los miembros de la testamentaria, o cercanos partidarios al fallecido Juan José de Austria, ante el monarca, pues un documento cercano en fecha a los que acabamos de referir muestra que se pidió un informe sobre la cuestión para el propio Carlos II. Se trata de un escrito del prior sobre aniversarios de personas reales y su dotación, que describe su grado de solemnidad⁶³⁸. Lo cierto es que el 9 de septiembre del año siguiente, cuando se acercaba el segundo aniversario de la muerte de don Juan José, Jerónimo de Eguía comunicaba al recién confirmado prior, fray Francisco de los Santos, que el monarca deseaba que en la fecha “en continuación con lo que se hizo el año pasado” se oficiasen una misa cantada y seis rezadas⁶³⁹. Es claro que Carlos II no constituyó fundación por su hermano de padre, como aclara otra carta del mismo acusando recibo del prior en la que “El Sr. D. Jerónimo de Eguía, de Orden de S.M. dice que está bien lo que Su Reverendísima le refirió en la antecedente, sobre que se le haría aniversario al Sr. D. Juan, aunque no avía fundación, por ser del agrado de Su Majestad”⁶⁴⁰.

Aún en 1829, menos de una década antes de que la comunidad jerónima abandonara el monasterio, como abordaremos, se celebraban aniversarios por monarcas. En el caso que referimos, gracias al documento que hemos encontrado en la Biblioteca escurialense, los reyes de las Dos Sicilias, antepasados de la que se convertiría en cuarta consorte de Fernando VII, doña María Cristina de Borbón⁶⁴¹. A punto de concluir la Edad Moderna en lo que al sistema sepulcral se refiere, el documento no habla ya de fundación de aniversarios, dotación ni estipendio, sino directamente de precio.

⁶³⁷ AGP, *Lista...*, Llave 41, *El S. D. Juan de Austria hijo del S. Philipo 4º*.

⁶³⁸ RBME, Caja XVIII, 50.4, *Aniversarios y su dotación, Memorial que se dio al Rey. Dotación de varios aniversarios*. El documento, fechado a lápiz “1680”, se incluye entre varias cuestiones a despachar con el soberano.

⁶³⁹ RBME, Caja XVIII, 52.1, *Carta de Jerónimo de Eguía, en nombre del Rey, al prior del monasterio, en la que le comunica su deseo de que se celebre una misa cantada y seis rezadas con motivo del aniversario de la muerte de D. Juan*, 9 de septiembre de 1681.

⁶⁴⁰ RBME, Caja XVIII, 52.2 *Jerónimo de Eguía acusa recibo de la carta del prior y acepta complacido que se celebre misa por D. Juan el día 19 de septiembre, aniversario de su fallecimiento*, 18 de septiembre de 1681. De nuevo la fecha del aniversario no coincide con la que se consignó para la muerte en el Obituario regio jerónimo, un día antes.

⁶⁴¹ RBME, Caja LIX, 354, *Relación de las misas mandadas decir por los reyes de las Dos Sicilias, indicando el religioso que las dice, el número de misas y el precio*, 1829.

2.3. Significación y valoración del testamento real en el marco de la historia de las mentalidades.

Por lo expuesto pensamos que el testamento regio español de los siglos XVI y XVII puede ser considerado en gran parte como una suerte de autobiografía, una autoevaluación del propio reinado, quizá a modo de examen de conciencia que subraya éxitos y logros y admite errores como forma de señalar un camino al heredero del trono. A su vez, constituye una referencia ineludible para conocer la mentalidad ante mortem del otorgante, fruto de una trayectoria de religiosidad forjada a través de la fe de antepasados y la adquisición personal de particulares devociones. En numerosos aspectos de lo testamentario, los monarcas y sus consortes no fueron muy diferentes a los súbditos de la Monarquía de España: sus últimas disposiciones también eran un acto de suprema reconciliación con Dios, una afirmación pública de la aceptación cristiana de la muerte y una voluntad de dejar arreglado y en orden lo que debía haberlo estado en este mundo. Dictaron los documentos como expresión de la más íntima actitud ante el hecho inevitable del tránsito, como la más definitiva confesión de las consecuencias del mismo para sí mismos y los reinos a cuya cabeza habían permanecido. Al mostrar aquellos rasgos de espiritualidad cristiana querían preparar una auténtica credencial de vida eterna con una nota común en todos ellos: el anhelo de salvación del alma. A todas sus cláusulas de carácter espiritual, el testamento en la regia cámara unía un especial valor que vinculaba monarca y reino, pues nos hallamos ante textos con clara vocación ejemplarizante, legitimadora de hechos en vida, rotundos en su convencimiento de asentar hechos y su significado. El soberano empleaba un documento escrito para mostrar las prioridades, la jerarquía de sus valores, los deseos en su hora postrera, haciéndolo compatible con su relevancia política en convivencia con su carácter religioso⁶⁴².

Aunque en ocasiones no lo fuera en lo cronológico, firmar un testamento suponía para un monarca realizar su último acto soberano, actuar por última vez sobre la imagen histórica propia, aportar un legado abstracto, si bien lleno de contenido, a la monarquía de España. Tal era la repercusión que el contenido alcanzaría dentro y fuera

⁶⁴² No falta quien considera que en la Baja Edad Media fue concebido como un auténtico salvoconducto o pasaporte para la vida eterna. LE GOFF, Jacques, “Au Moyen Âge: temps de l’Église et temps du marchand”, *Annales ESC*, XV, pp. 417-433. La afirmación es perfectamente extensible a la primera etapa de la Edad Moderna, al menos hasta la Reforma.

de las fronteras de los reinos peninsulares. En los términos en los que nos hemos venido acercando a la muerte del rey, cuyo contenido político, la distribución de *bienes materiales* pasaba a ser, si se nos permite la expresión, casi una cuestión menor.

Como hemos analizado, acudir a los santos no es solo un rasgo de creencia en su poder intercesor, sino a la vez una prueba histórica de la voluntad de los monarcas de recoger por escrito en su documento postrero un itinerario de fe y obras. En lo referido a la fe, aunando la religiosidad popular, que se apoyaba en las especiales cualidades de los canonizados o beatificados, el impulso de la Contrarreforma tridentina. En lo factual, cristalizado, en el caso de santos fundadores de ordenes y congregaciones religiosas, en la reforma o el impulso de proyectos ya iniciados de regreso al espíritu fundacional y, sobre todo, el apoyo a nuevos y “revisitados” santos nacionales, a los que se acude sin reparo alguno para revitalizar, en el momento decisivo de la muerte, la imagen dinástica.

Aún en el amplio marco de la historia de las mentalidades, centrándonos en la perspectiva religiosa, no conviene abandonar otros perfiles del documento. Al penetrar en su significado, sobre todo al inicio de la Edad Moderna, en los albores de la configuración del estado como entidad unitaria de poder político, el rey testador lo dicta y firma no tanto en calidad de persona privada -sostiene Suárez Fernández⁶⁴³-, sino desde un “poderío real absoluto”, no en el sentido de ser arbitrario o definitivo, sino que en el mundo es convicción general que no está sujeto a otro superior, dependiendo únicamente de Dios, en una potestad cuyo ejercicio es legítimo mientras no contradiga la ley moral de la que la Iglesia es custodia. Por ello, el historiador defenderá que el contenido del testamento será ley fundamental. En este marco, la interpretación de los testamentos ha de hacerse desde la concepción de la unidad religiosa procedente de la teología medieval, que perduró en el comienzo de la Edad Moderna y aún tras la Reforma, pues los estados modernos consideraron como bien primordial mantener la misma confesión religiosa, de manera compacta y homogénea. En lo que Borromeo denomina “confesionalización” de las prácticas religiosas y modelos de comportamiento, España vivió, como sus monarcas a la cabeza, un modelo del proceso de “absolutismo confesional” que se vivió en los estados europeos⁶⁴⁴.

⁶⁴³ SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: “Análisis del Testamento de Isabel la Católica”, *Cuadernos de historia moderna*, 13 (1992), p. 81.

⁶⁴⁴ BORROMEO, Agostino: “Felipe II y el absolutismo confesional”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 185.

Los testamentos de los soberanos contienen, sobre todo en sus preámbulos, firmes muestras de adhesión a la Santa Sede en materia de fe, tras reinados que en lo factual habían demostrado absoluta independencia política del papado, como poder temporal, en la defensa del Catolicismo. Los intereses religiosos y políticos, más que entrelazados o unidos, se identificaban entre sí, por lo que razonamientos de uno y otro origen quedaban entrelazados en aparente perfecta convivencia.

Algunos autores afirman que durante el siglo XVII se vivió una pérdida paulatina de minuciosidad en cuanto a las disposiciones testamentarias⁶⁴⁵. Esto no es extensible a los de los monarcas españoles del periodo, parecidos en extensión a los de sus predecesores e incluso superándola, si bien por causas políticas y por necesidad de proveer la sucesión, como fue el caso de Felipe IV, de detallado clausulado, y Carlos II. En todo caso, esa apreciación no debe confundirse con un mayor o menor empleo de fórmulas estereotipadas, que no disminuyen su carácter íntimo y vivencial.

Hemos hecho referencia a algunos testamentos regios femeninos. La reina consorte, como mujer, actúa siempre –al menos sobre el papel- como dueña de su propio patrimonio, el que aporta por dote a su matrimonio y el que recibe a lo largo de su vida por distintos conceptos. Su condición de reina deriva siempre y sin excepción, lógicamente de la de su esposo al frente de la monarquía, pero al ser la transmisora física más directa de la continuidad dinástica mediante los alumbramientos de los llamados al trono, ocupó un papel muchas veces protagonista en la estabilidad política, cuando no era llamada a la regencia y gobernación por minorías de edad. Una consorte era pilar y estabilidad, por lo que no debe extrañar que su testamento fuese también símbolo de ese tracto que se deseaba fuera sucesivo. Su condición de compañera la liberaba, paradójicamente, de algunas ataduras formales a la hora de redactar el escrito postrero, ya que quien había permanecido junto al monarca no debía solventar cuestiones como la sucesión del trono en sí o el destino de bienes afectos a la Corona. Por eso entendemos que es comprensible mayor abundancia de cláusulas de estilo y devoción religiosa, sin que faltasen las oportunas protestaciones de fidelidad marital y lealtad al consorte antes de entrar en cualquier tipo de disposición material⁶⁴⁶.

⁶⁴⁵ MARTÍNEZ GIL, Fernando: *op. cit.*, p. 31. El autor sostiene que esa ausencia de detalles puede responder tanto a una decadencia por desuso o a una mayor confianza en el papel del albacea, elevando este “silencio histórico” a la categoría de fuente.

⁶⁴⁶ Son muestras de relevancia. Entendemos que el testamento femenino regio español constituye un auténtico género y campo de investigación abierto, fuente histórica genuina que muestra mucho más que una mera distribución de bienes. Debemos tener en cuenta que supone la afirmación para la posteridad de la memoria de quien compartió en vida la suerte histórica del soberano, ahora cuidada reina madre o

Lo cierto es que algunos de los testamentos de consortes españolas no llegaron a aplicarse: los cónyuges o hijos supervivientes optaron, en virtud de su suprema autoridad, seguir una “última” voluntad firmada con fecha anterior. Fue este el caso de Isabel de Farnesio. Poco antes de su muerte había redactado un testamento sin que le diera tiempo a firmarlo, habiéndolo dejado en poder de su secretario, el marqués de Gamoneda. Pero Carlos III decidió que el testamento no tendría validez, a pesar de que hubiera pruebas de su plena aceptación por parte de la soberana, y decidió que se ejecutase el escrito en 1724. El motivo, claro y humano: el Palacio de Riofrío quedaba en manos de otro hijo de la difunta, el infante don Luis, pero apetecía al rey⁶⁴⁷. Nadie se atrevió a impugnarlo, ni siquiera su hermano. Hasta 1819, por primera vez en la Historia de España, las últimas voluntades en cuanto a la parte material de una herencia de una reina consorte de España no serían impugnadas. Nos referimos al testamento de María Luisa de Parma, que dejaba a su favorito Godoy una serie de bienes que nunca llegaron a su poder por orden de Fernando VII, con anuencia de sus hermanos vivos.

La redacción del testamento regio femenino nos ofrece siempre valiosos testimonios íntimos de carácter psicológico, pero también político. Ya únicamente la inicial auto-identificación de la testadora sitúa a reinas, soberanas consortes, princesas de Asturias o infantas ante la historia. Porque no solo una firma individualizaba, sino largos enunciados propios de monarcas fueron imitados con frecuencia por sus esposas. O no. En ocasiones, pocas palabras teñían el documento de testimonio velado de largas tensiones vividas durante todo su matrimonio, de difíciles equilibrios durante una vida en común. Así, cuando el 27 de junio de 1766 Isabel de Valois, tercera consorte de Felipe II, redacta sus últimas voluntades, comienza “Yo, doña Ysabel de Francia, Reyna de Castilla, muger del Católico rey Don Phelipe my señor, e hija de los Cristianísimos Reyes de Francia”, significando su condición de hija de Enrique II y Catalina de Médicis, origen, patria y linaje, pero a la vez soberana consorte de la monarquía más poderosa de su tiempo⁶⁴⁸. Haciendo compatible la mayor protesta de pertenencia

solitaria pero digna reina viuda. Cada uno de los testamentos de reinas o infantas españolas ofrece infinitas oportunidades de investigación, no solo en su proceso de gestación sino en sus consecuencias inmediatas.

⁶⁴⁷ Carlos III no quiso personarse en el reparto de los bienes, enviando a un miembro de la Secretaría de Hacienda a las citaciones. Pero informó eficazmente de sus preferencias, que incluyeron el palacio segoviano y las acciones de tabaco de La Habana que poseía la difunta (LAVALLE-COBO, Teresa: *Isabel de Farnesio. La Reina coleccionista*, Madrid, 2002, p. 229).

⁶⁴⁸ GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín: *Isabel de Valois*, Madrid, 1949, Tomo III, n. CXXXIII, p. 348. *Testamento de Isabel de Valois*, cit. en RODRÍGUEZ SALGADO, María José: “Una perfecta princesa. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Segunda parte”, *Cuadernos de Historia Moderna, Anejos*, 2 (2003), p. 49.

por matrimonio a la dinastía Austria con el enunciado, en el mismo documento, de todas y cada una de las ocho damas y dos camaristas francesas que quedaban en la corte de las numerosas que la habían acompañado en su viaje a España, años antes, repartiendo para ellas mandas individuales, al igual que para las diecisiete damas y dueñas españolas⁶⁴⁹. Expresando la sumisión, propia del siglo, al monarca y esposo al señalar que Felipe II sería quien determinase el lugar de su sepultura, “porque como le fuy obediente en la vida, assy lo quiero ser en la muerte”⁶⁵⁰.

⁶⁴⁹ Dos años después, poco antes de morir, Isabel de Valois firmaría un codicilo a su testamento anterior, al que añadiría muy escasas disposiciones. En lo referido a sus damas, Solo realizaría adiciones para incluir a una, integrada a su Casa con posteridad al testamento de 1566. GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín: *Isabel de Valois*, Madrid, 1949, Tomo III, n. CXLIII, p. 375. *Codicilo del 3 de octubre de 1568*, cit. en RODRÍGUEZ SALGADO: *op. cit.*, p. 64.

⁶⁵⁰ GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín: *Isabel de Valois*, Madrid, 1949, Tomo III, n. CXXXIII, p. 350. *Testamento de Isabel de Valois*, cit. en RODRÍGUEZ SALGADO, María José: “Una perfecta princesa. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Segunda parte”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 28 (2003), p. 81.

Capítulo 3

EL ÓBITO COMO ACONTECIMIENTO. VELAR EN PALACIO

La muerte del monarca es un hecho cronológico concreto, un hito que señala el fin de un reinado, capaz de determinar el cierre de una etapa histórica o un cambio de dinastía. Sin desatender la perspectiva de la historia de las mentalidades, nos proponemos contemplarlo como acontecimiento, individualizar el óbito en el interior de palacio. Para caracterizarlo como suceso que modifica la realidad cotidiana de la residencia real, será necesario comprender cuáles son y cómo eran atendidas las primeras necesidades derivadas del tránsito, principalmente la preparación del cuerpo para su digna velación, muchas veces según las deseos previstos por los propios difuntos en sus últimas voluntades.

3.1. De la espera de los tránsitos a la muerte repentina.

Felipe V falleció repentinamente al mediodía del 9 de julio de 1746, en la pieza que compartía con Isabel de Farnesio. La reina salió a las galerías para pedir ayuda a la servidumbre ante el ataque que sufría el soberano. En brazos de su esposa, cuando llegó el primer sacerdote se vio obligado a absolverle *sub conditione*⁶⁵¹. Casi un siglo después, Pérez Galdós describirá en sus Episodios Nacionales, con cierta ironía, el ambiente en el interior del Palacio Real en las semanas anteriores al esperado término del reinado de Fernando VII, cuando se esperaban cambios en todos los órdenes. Si para centenares de servidores palatinos no era lo mismo esperar una muerte inminente, sorpresa es un término quizá insuficiente para definir el efecto que causaba en los reinos la noticia de un tránsito inesperado. La mayoría de las fuentes recogen, como hemos referido al tratar sobre las causas de los mismos, largos procesos de agonía que permitían esperar el desenlace, por lo que la previsibilidad era nota común. Es importante subrayar la variedad de circunstancias, pues condicionará su reflejo en las

⁶⁵¹ RÍOS MAZCARELLE, Manuel: *Diccionario de los Reyes de España*, Vol. II, Madrid, 1995, p. 241. El autor describe con detalle incluso las actividades de los monarcas el día anterior, que incluyeron un concierto dirigido por Farinelli, aunque no cita la fuente de las circunstancias del óbito.

fuentes y, en gran medida, la posibilidad de aplicar, como veremos en su correspondiente epígrafe, de una manera completa las etiquetas y costumbres funerarias.

Sería arriesgado proponer un listado dicotómico que clasificara, en este contexto, el modo en que fallecieron los monarcas españoles y sus familiares en la Edad Moderna. En algunos soberanos, como acabamos de señalar, llama la atención que contemos con testimonios de circunstancias que no hicieron posible la previsión del aparato ceremonial y cortesano. No nos referimos únicamente a sepelios organizados apresuradamente, sino a los actos jurídicos más imprescindibles e inmediatos, sin mencionar siquiera la creación de un ambiente religioso de recogimiento *pre mortem*. Buen ejemplo de ello es un documento firmado en 1740 por el secretario de Despacho marqués de Villarias, en el que comunica al marqués de Uztáirz instrucciones concretas, que nos revela que la corte estaba al tanto de la cercanía de un duelo:

“Hallándose la Reyna primera Viuda Nuestra Señora gravemente enferma y sin esperanzas de vida, ha resuelto el Rey que en el caso de fallecer S.M. Viuda pase V.S. a Guadalajara a leer su testamento y autenticar los demás actos que sucesivamente se practican en tales casos: a cuyo fin remito a V.S. el título adjunto de Notario de estos Reynos, y lo participo a V.S. de Orden de S.M. para que en esta inteligencia se halle prevenido a ejecutar dicho viaje y funciones”⁶⁵².

España contaba en ese momento con dos reinas consortes viudas: la que fue esposa de Carlos II -a la que se refiere el documento- y Luisa Isabel de Orleáns, casada con Luis I, que llevaba ya años residiendo en París. La expresión del texto muestra una sutil distinción protocolaria que merece la pena reseñar. La situación de referencia era el delicado estado de salud de Mariana de Neoburgo, del que es de suponer tenía cumplida noticia tanto la real familia como el personal palatino. Hemos escogido un ejemplo que pone de manifiesto como graves enfermedades ponían en marcha la pesada y complicada maquinaria cortesana, una suerte de costumbres y mecanismos más o menos regulados, que se activaban con desigual intensidad y acierto, en cada momento histórico. No se trataba de un conjunto de resortes autómatas, pues hubo ocasión en que se dejaron sentir los efectos de una falta de previsión, como la carta que, a principios de

⁶⁵² AGP, Reinados, Carlos III, Leg. 189, *Certificaciones de la muerte y testamento de Mariana de Neoburgo*, Palacio de El Pardo, 13 de marzo de 1740. El óbito no se produciría hasta casi cuatro meses más tarde, lo que supone una muestra de la previsión de la casa del Rey.

agosto de 1758, cuando la salud de Bárbara de Braganza anunciaba malas noticias, puso nerviosos a los responsables de la etiqueta palatina:

“Muy Señor mío: Con el mayor sigilo y reserva que se requiere deseo que usted me haga el favor de decirme a vuelta de parte lo que constare en esa oficina sobre las formalidades que preceden cuando fallece una reyna, desde que sucede éste caso hasta que después de haber estado expuesta se hace la entrega para conducirla al panteón.

Por diferentes ejemplares comprendo yo que sin embargo de que expiran por lo regular en su propia casa y por consiguiente en la Jurisdicción de la Sra Camarera Mayor, desde ella al túmulo conducen el Real Cadáver los Mayordomos del Rey, pues aún que se encuentra haberlo hecho una vez los mismos de la reyna fue por especial orden que hubo para ello. Que después de haber estado expuesto, se cierra la caja, y su llave la recoge la Camarera Mayor, y la entrega allí mismo al Mayordomo Mayor del Rey, y éste al que estuviese nombrado en su lugar para presidir la función. Que el túmulo donde están expuestos se dispone por los oficios del rey, y finalmente, que se providencia todo por Su Real Casa, en cuyos términos suplico a usted me comunique todos los ejemplares y noticias que encontrase conducentes para el acierto, sin perder instante de tiempo”⁶⁵³.

Consultar sobre los protocolos del fallecimiento de una reina ponían de manifiesto la espera del cercano tránsito. Las expresiones empleadas transmitían también un vago –pero correcto, como veremos- conocimiento del ceremonial funerario. No corresponde al presente estudio un reparto de responsabilidades por imprevisión, si bien la respuesta a la petición anterior arroja un resultado sorprendente:

“Habiendo reconocido con exactísimo cuidado los papeles que permanecen en la oficina de mi cargo por los cuales se pudiera venir en conocimiento de lo observado en el asunto que V.S. manifiesta en su papel fecha del anterior día, no se encuentra documento formal que contribuya a satisfacer a V.S. con la individualidad que pide y convenía; bien que en los que tratan del caso siempre se remiten a lo que previene la etiqueta en este punto, como se confirma por la adjunta copia que dirijo a V.S. de lo que se practicó en el año de 1689, cuyo método se siguió al parecer en el de 1714, respecto de no constar en esta oficina se expidiere cosa alguna que derogare lo que ya se halla establecido”⁶⁵⁴.

⁶⁵³ AGP, Reinados, Fernando VI, Caja 361, Expte. 1, *Comunicación de Pedro Gordillo, Contralor Grefier General, a Gabriel Benito Alonso López, antiguo Contralor y Grefier de la Casa de la Reina, pidiendo ejemplares y noticias sobre formalidades que preceden al fallecimiento de una Reina*, 1 de agosto de 1758.

⁶⁵⁴ AGP, Reinados, Fernando VI, Caja 361, Expte. 1. Respuesta a la anterior.

Es decir, se remitió el acta de lo realizado en la muerte, casi setenta años antes, de la primera consorte de Carlos II, María Luisa de Orleáns, “cuyo método se siguió al parecer”... cuando falleció María Luisa Gabriela de Saboya, la primera esposa de Felipe V, en 1714. A nadie se le ocurrió consultar a los jerónimos de El Escorial, o a más miembros de la real Casa, que sin duda hubiesen remitido a las etiquetas de Felipe IV. No puede alegarse que fuera una mera comunicación interna entre cargos palatinos. La propia redacción, que reclama discreción, parece indicar que quizá alguien que debía conocer procedimientos concretos no estaba lo suficientemente informado. Porque quizá no podía estarlo: había sido contralor y grefier, cargo con función económica, no ceremonial. Y ni siquiera lo era ya. No sabemos por qué motivo se le preguntaba a él, o quizá pueda sospecharse que consultar a un mayordomo era poner de relieve desconocimiento o deber un favor posterior. La mera remisión a las más recientes situaciones análogas: los fallecimientos de reinas consortes de España en 1689 y 1714, añadiendo copia de lo realizado en el primero de ellos, pasa por alto otros dos lutos, el de las reinas viudas Mariana de Neoburgo -fallecida en Guadalajara en 1740- y María Luisa Isabel de Orleáns⁶⁵⁵ -muerta en la capital del Sena dos años después-, ni siquiera para declarar que no se tenía noticia de lo dispuesto con ocasión de los mismos. Es decir, *no había* —o no se encontró— un manual o prontuario de entierros regios. Y hablamos de bien entrado el siglo XVIII, centurias después de las indicaciones de puño y letra de los Austria, las etiquetas regias de 1651 que venían observándose desde hacía décadas, que analizaremos detalladamente en posterior epígrafe. Un ejemplo de descoordinación atronador. En los casos citados es notorio que la muerte no fue sobrevenida; hubo lugar para tenue o concreta previsión personal, institucional, protocolaria. Anticipación en suma, que no consiguió restar, en algunos casos, la impresión de improvisación histórica que hoy subrayamos.

En el análisis sobre muertes discretas o públicas nunca podrá discutirse precisamente si la muerte de Bárbara de Braganza, aquel verano de 1758, fue... publicada. La Gaceta de Madrid fue informando en varios números de agosto sobre el declive de la soberana, construyendo una suerte de relato de lo que acontecía en el Palacio de Aranjuez. Desde la edición del día 1, “hemos pasado en esta Villa una semana la más terrible de sustos y sobresaltos”, hablando de confesión, viático y

⁶⁵⁵ A su muerte en el Palacio del Luxemburgo, se colgaron telas negras con los emblemas heráldicos de la difunta en su fachada, así como en la escalera de honor, la sala de guardias, la antecámara y el gabinete. Sus restos fueron colocados en el gran salón. DANVILA, Alfonso: *El reinado relámpago. Luis I y Luisa Isabel de Orleáns (1707-1742)*, Madrid, 1952, p. 431.

extremaunción *in artículo mortis* por parte del Nuncio, pasando por traslado de reliquias junto a la alcoba regia, rogativas, leve mejoría.... El 8 de agosto, como si de un perfecto programa de imagen regia se tratase, la Gaceta ensalzaba “la heroyca constancia” de Fernando VI, que en la edición del 15 de agosto, a petición de los cortesanos y de su hermano, don Luis:

“que empezaban a temer por su salud por tantos días de reclusión, para que se haya convenido a salir al Campo algún rato por las tardes, en la digna compañía de su Alteza”⁶⁵⁶.

Podríamos proponer retóricamente si los lectores necesitaban saber que Fernando VI y el infante habían ido de caza estando Bárbara de Braganza en tan grave estado. La monarquía de España precisaba que normalidad, que se proporcionó quizá idealizando cinegéticas tardes del soberano en plena gravedad de su regia consorte. Asistimos a una agonía en medio de lo cotidiano, pero una agonía publicada. Como difundido sería el año final del propio monarca que, retirado al castillo de Villaviciosa de Odón, acompañado también por su hermano menor, don Luis, iría cayendo en la locura ajeno a los esfuerzos de la Corte por edulcorar el regio drama. El 26 de septiembre, la Gaceta ya comenzaba a hablar de un monarca doliente⁶⁵⁷: “pero ha tomado una Purga y se le han hecho dos Sangrías, a prevención”. A principios de diciembre⁶⁵⁸, “Los avisos de Villaviciosa no adelantan más un día, que otro, sobre el importante objeto de la salud del Rey (...) y a este fin empezaron el día 30 del mes passado Rogativas públicas en las Iglesias”. Sigüientes ediciones enmascaraban no ya el aislamiento mental de Fernando VI, sino signos claros de su deterioro físico. Hasta que el 10 de abril de 1759, en un auténtico ejercicio de equilibrio cortesano y periodístico, mediante circunloquios, alabanzas a los médicos y la preceptiva dosis de esperanza se proporcionaba alguna pista sobre la auténtica situación, dando cuenta de un incidente:

“Empezamos a cobrar algún aliento días passados con las noticias de Villaviciosa, no porque dixeran que el Rey nuestro Señor experimentasse conocida mejoría, sino porque nos informaron de que animados los Médicos del

⁶⁵⁶ “Prosigue la Reyna nuestra Señora en el mismo inminente peligro, postrándose cada día más el Cuerpo, a proporción de las fuerzas, que pierde, y Solo sosteniéndose el espíritu a esfuerzos de la Religión, que le anima...”. *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 15 de agosto de 1758, cit. en TORRIONE, Margarita (ed.): *Crónica festiva de dos reinados en la Gaceta de Madrid (1700-1759)*, Málaga, 1998, p. 333.

⁶⁵⁷ *Ibidem*, p. 335.

⁶⁵⁸ *Ibidem*, p. 335.

favor de la estación, empezaban a subministrar algunos suaves y oportunos remedios para recobrar la naturaleza caída, cuya excesiva extenuación es el mayor enemigo. Hasta ahora, sin embargo, no se han visto los suspirados efectos, pues antes de ayer la mucha debilidad que en S.M. se notó, puso en el mayor susto y conturbación a toda la Corte”⁶⁵⁹.

Por fin, el 14 de agosto, la *Gaceta de Madrid* daba cumplida información del óbito de Fernando VI, en un largo texto del que llama la atención la constatación expresa de la posibilidad que tuvo el monarca de confesarse y recibir la extremaunción. No así de comulgar, si seguimos al pie de la letra la fuente:

“Después de haber aprovechado un feliz intervalo de sosiego, que le concedió la Divina Clemencia, confesándose muy a satisfacción del Cura de Palacio Don Joseph de Rada, que le administro este Sacramento, y ya a mayor riesgo el de la Extrema-Unión, assí como la vispera de su fallecimiento la Absolución y Bendición Papal el Sr. Arzobispo de Laodicea, Nuncio de Su Beatitud: murió este piadosísimo Monarca entre las manos y auxilios espirituales del Sr. Arzobispo Inquisidor General, del Sr. Obispo de Palencia, del citado Cura Don Joseph de Rada, y de Don Francisco de la Bárcena, Capellán de Honor de S.M. en el Palacio de Villaviciosa”⁶⁶⁰.

Era importante transmitir una idea de muerte serena, de normalidad en la cúspide de la monarquía, a lo que contribuía la consignación expresa de los nombres de los dignatarios eclesiásticos que asistieron al rey en sus últimos momentos. Pero lo que no sucedió no podía relatarse: ¿fue el estado mental de Fernando VI el que no permitió administrarle el sacramento de la eucaristía?, ¿lo decidieron esos mismos dignatarios? Los condicionantes de una muerte regia *publicada* no eran pocos cuando esta se alejaba de los cánones de la buena muerte que describiremos en epígrafes posteriores.

En nuestro acercamiento al óbito en palacio no hemos dejado de encontrar numerosas huellas, como estamos viendo, de enfermedad que anticipa a la muerte, especialmente en los niños. Nacer infante de España en la Edad Moderna suponía una presunción *iuris tantum* de ser candidato a ocupar pronto una caja forrada con tela de plata. Cualquier noticia o referencia aparecida en fuente que indique una enfermedad infantil tiene grandes posibilidades de anteceder a un fallecimiento. A lo largo de los dos primeros tercios del siglo XVII, la mortandad a edad temprana de infantes de España se hizo verdaderamente frecuente (entre 1603 y 1661 la media de fallecimiento

⁶⁵⁹ *Ibidem*, p. 337.

⁶⁶⁰ *Ibidem*, p. 338.

de infantes con menos de catorce años fue de un luto oficial cada ocho, aproximadamente), pero no por ello la constatación oficial de las circunstancias y tristeza del óbito dejó de ser solemne y ceremonial. Un ejemplo fue la desaparición de la infanta Margarita, una de las hijas malogradas de Felipe III y Margarita de Austria:

“Estuvo diecisiete días muy apretada de la enfermedad, que fueron calenturas, modorra y tabardillo que la acabó, causando muy gran lástima en toda la Corte y Reyno, porque fuera de ser hermosísima era muy amada de Su Padre que lo sintió mucho aunque en lo exterior no lo mostrara disimulando con pecho Real y magnánimo el gran dolor que sentía”⁶⁶¹.

Postrada durante diecisiete días por la enfermedad. Un monarca en majestad que es también impotente ante la muerte de sus hijos, sujeto doblemente por la imagen de serenidad regia y la fatalidad de la guadaña. El cuaderno obituario le dedica la alabanza de la hermosura en clave de cortesano epíteto, que no hace sino afianzar el convencimiento de que el uso de expresiones y fórmulas puede encerrar auténtico dolor de progenitor. Al final, dos semanas largas para preparar una ceremonia para la que el personal cortesano ya no necesitaba reglas escritas, tal era la fuerza de la costumbre.

Nos preguntamos hasta qué punto era conocida o pública, fuera de palacio, la enfermedad final de un monarca. Se difundiera o no antes del óbito, cualquier crónica de la muerte regia será edificante. O no será. Lo conocido debía beneficiar espiritualmente, siempre, a los súbditos. Si formulásemos la cuestión sobre la Edad Media, quizá pudiésemos contestar en sentido genérico de forma negativa, pues la propia lejanía espacial –y por tanto, temporal- de la noticia penosa o luctuosa, condicionaba necesariamente hacia un mínimo conocimiento externo del comienzo de etapas vitales finales. Sin embargo, durante la Edad Moderna, la configuración definitiva de la residencia regia –alcázar o palacio- como complejo edificio cortesano, y a su vez burocrático y administrativo, cada vez más amplio en extensión espacial y humana, hicieron prácticamente imposible la guarda del pretendido secreto de grave enfermedad del monarca o sus familiares. Debemos tener en cuenta también que la propia corte se configura como lugar de manifestación de poder, con uso constante y normado de instrumentos de legitimación, de difusión y propaganda, con múltiples dimensiones ideológicas, artísticas, ceremoniales. La muerte regia debía pasar por el tamiz, por el proceso de conversión de mera realidad humana a realidad-símbolo. Lo

⁶⁶¹ AGP, *Lista...*, Llave 22, *La Infanta Doña Margarita*.

contrario sería alterar la normal consecución y mantenimiento de una imagen de *dignitas* regia. Y siempre teniendo en cuenta que el paso de la parca no podía ocultarse mucho tiempo. Las propias comunicaciones internas de carácter administrativo entre el personal de la Real Casa proporcionan también, en no pocas ocasiones, oportunidad de concretar y fijar de manera más exacta acontecimientos históricos como son los propios óbitos de los monarcas y miembros de su familia⁶⁶².

3.2. La elección de mortaja: el hábito como lienzo de eternidad.

Antes del cumplimiento de la virtud cristiana del enterramiento de los muertos, procedía la preparación del cadáver del regio fallecido para su colocación en el ataúd. Si la naturaleza seguía su decurso, el cuerpo se pudriría, por lo que era lavado y sometido a un proceso de amortajamiento, según la costumbre o las disposiciones que hubiere dejado escritas.

Hemos de detenernos aquí en la importante distinción entre el simple amortajado de los restos o su embalsamamiento. La evolución de la mentalidad ante la muerte y el destino del cuerpo físico del fallecido discurrieron paralelas tanto en palacio como en el resto de la sociedad. En la Baja Edad Media el horror a la descomposición de los cadáveres –por miedo a enfermedades asociadas a la putrefacción- convivió con la admiración y simbología atribuida a la incorruptibilidad de los restos de los santos. Incluso a la muerte de personas de elevada posición social existía la costumbre de pintar su rostro, para que no se hiciese visible corrupción alguna, antes de su entierro⁶⁶³. La costumbre de embalsamar era de tradición oriental, y no general en monarcas ni en dignatarios o miembros de la nobleza.

Al menos hasta la muerte de Felipe IV, en 1665, no puede afirmarse que se generalizase entre la familia de los monarcas españoles la costumbre de embalsamar los cuerpos inertes. Entre los reyes castellanos había sido frecuente hasta la llegada de los

⁶⁶² AGP, Reinados, Fernando VI, Caja 127, Expte. 5. Así, un borrador conjunto de cartas dirigidas por José Zubiaurze (en su calidad de oficial mayor de la Junta de Obras y Bosques y en sustitución de Ignacio Hernández de la Villa, secretario general de la misma) a los distintos responsables de los reales sitios de toda España, fechado en Madrid el 29 de agosto de 1758, expresa como nota adjunta dirigida al duque de Medinaceli (a la sazón alcaide mayor del Alcázar de Madrid y Casa de Campo de la Villa y del Palacio y Casas Reales de Valladolid) “...que la Reyna Ntra. Sra. Doña María Bárbara de Portugal y Austria, esposa del Rey Nuestro Señor Don Fernando el Sexto, que Dios guarde, falleció en el Real Sitio de Aranjuez a las cuatro menos cinco minutos de la mañana del día domingo veinte y siete de Agosto de 1758”.

⁶⁶³ CLARAMUNT RODRÍGUEZ, Salvador: “La muerte en la Edad Media. El mundo urbano”, *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 7-8 (1986-1987), p. 209.

Trastámara, a finales del siglo XIV, con cuyos entierros se abandonó⁶⁶⁴. Varela sostiene, erróneamente, que los cuerpos depositados en los panteones del Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas (Burgos) “se hallan casi todos momificados y revestidos con sus trajes de aparato”⁶⁶⁵. En Aragón, sin embargo, a finales del siglo XV seguía embalsamándose a los monarcas.

La elección de mortaja por el soberano y los miembros de su familia en la España Moderna carece de análisis historiográfico específico. Ni siquiera los estudios dedicados a las últimas voluntades regias, a pesar de tratarse de una cuestión recogida en los preámbulos de los testamentos, le dedican especial mención. El tema ha sido tratado en el marco de la mentalidad ante mortem, para el clero, por autores como González Lopo que, aún centrada en la elección del atuendo para el reposo en el ataúd de los religiosos en Santiago de Compostela durante la Edad Moderna, proporcionó referentes metodológicos imprescindibles para tratar el eje mentalidad-espiritualidad en el atuendo mortuario⁶⁶⁶. Claro deudor del mismo es el de Sanz de la Higuera, que analiza las escogidas por el clero burgalés en el siglo XVIII, a través de la documentación de los archivos capitular y diocesano de su catedral. El historiador proporciona interesantes conclusiones, como la absoluta unanimidad de los testamentos consultados en solicitar el enterramiento con la vestidura sacerdotal y en un porcentaje significativo, bajo esta, la de orden religiosa o “conventual”, prueba de la idoneidad, por la condición sacra del tejido, de cara a su *yacer tanático*, una expresión del propio historiador⁶⁶⁷. Indirectamente, Rodríguez Moya incide en la representación pictórica y con otros materiales como grabados de monarcas y miembros de la familia real difuntos, yacentes y expuestos, en los sepulcros, de los que puede inferirse la elección del atuendo para los monarcas de la Baja Edad Media⁶⁶⁸.

⁶⁶⁴ Algunos historiadores dan por general la práctica. Al referirse a la muerte de Enrique IV de Castilla, en 1474, en su biografía del cardenal Pedro de Mendoza, Lacadena afirma que “tan flaco estaba que no hubo necesidad de embalsamarlo”, dando por descontado que era preceptivo (LACADENA Y BRUALLA, Ramón de: *El Cardenal de España. Retrato del más poderoso asesor de los Reyes Católicos*, Barcelona, 2005, p. 105). En una biografía del monarca, citando al cronista Enríquez del Castillo, se recoge también que “quedó tan deshecho, que no fue menester embalsamarlo” (SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *Enrique IV de Castilla. La difamación como arma política*, Barcelona, 2001, p. 527).

⁶⁶⁵ VARELA TORTAJADA, Javier: *La muerte del rey. Ceremonial funerario de la Monarquía española. 1500-1885*, Madrid, 1990, p. 17.

⁶⁶⁶ GONZÁLEZ LOPO, Domingo: “La mortaja religiosa en Santiago entre los siglos XVI y XIX”, *Compostellanum*, 3-4 (1989), pp. 271-295; “Actitud ante la muerte en la ciudad de Santiago durante los siglos XVII y XVIII: La actuación de las órdenes mendicantes”, *Liceo Franciscano*, pp. 147-165.

⁶⁶⁷ SANZ DE LA HIGUERA, Francisco Javier: “Vestiduras, hábitos, papeletas y ataúdes: el cadáver clerical en el Burgos del XVIII”, *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, 12 (2005), pp. 215-246.

⁶⁶⁸ RODRÍGUEZ MOYA, Inmaculada: “El retrato mortuario: imágenes regias de tránsito a la Gloria”, en BARRAL RIVADULLA, María Dolores, FERNÁNDEZ CASTIÑEIRAS, Enrique, FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ,

Isabel la Católica, además de solicitar el hábito franciscano, pidió en su testamento “lleven mi cuerpo entero, como estouiere”⁶⁶⁹. La emperatriz Isabel, consorte de Carlos V, pidió a su esposo que no se la embalsamase. Su cuerpo solo fue preparado con betún de mirra, acíbar y “otras confaciones”. En Yuste, con profundo respeto, los jerónimos pusieron tomillo en el ataúd de Carlos V. Al cuerpo de Isabel de Valois, cubierta con el hábito franciscano, solo se añadieron polvos aromáticos.

Hubo excepciones. Pedro Mártir de Anglería nos confirma que en 1506, a la muerte de Felipe I, su cuerpo fue tratado con cal y perfumes, cerrándose a continuación con veras enceradas, lo que muestra un grado técnico de tratamiento de los restos mortales en nuestra opinión incompatible con la leyenda de putrefacción que se extendió en torno al cortejo de conducción del cadáver que siguió a su muerte en Burgos. Varela, a quien seguimos en la referencia de estos datos, subraya con acierto si no sería una costumbre borgoñona que se respetó por el origen del monarca archiduque, cuyo corazón se depositó en un vaso de oro y enviado a su patria “según costumbre de Flandes”, como refiere Mártir de Anglería, el gran cronista del periodo. Varela vuelve a informarnos que Juana I, casi cincuenta años después, fue embalsamada por el doctor Santa Clara (“embalsamé yo su cuerpo”, escribió el médico).

Varios fueron los familiares de Felipe II embalsamados. Cuando la cuarta consorte del monarca, Ana de Austria, falleció en Badajoz en 1580, se decidió hacerlo, quizá para su mejor traslado al monasterio escurialense. En una factura de lo que costó figuran partidas de sal gruesa, cal viva y azogue. Dos años antes, en Namur (Flandes), la calidad del trabajo de quienes trataron el cuerpo de Don Juan de Austria había hecho posible que, al trocearse su cuerpo en tres baúles para su conducción a la península, el cadáver fuera recompuesto con ayuda de ligaduras de hierro e hilos de bronce⁶⁷⁰.

Las consecuencias prácticas de la decisión de no embalsamar un cuerpo real no fueron solo la deficiente conservación del mismo, es decir, la degradación o aceleración de su pestilencia, sino la aparición de una problemática protocolaria que en ocasiones

Begoña, MONTERROSO MONTERO, Juan Manuel (coords.): *Mirando a Clío: el arte español espejo de su historia. Actas del XVIII Congreso del CEHA*, Santiago de Compostela, 2012.

⁶⁶⁹ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, cláusula 4.

⁶⁷⁰ “Todavía conservaba cierto aire de grandeza cuando, vestido con todos sus arcos de guerra, sosteniéndose sobre los pies y el bastón de mando [sic], fue mostrado a su hermanastro Felipe II”. (VARELA: *op. cit.*, p. 19). El bastón de mando, vara de carácter simbólica, difícilmente podría haber servido de apoyo, pues su medida era y sigue siendo sensiblemente inferior a la de un bastón o muleta convencional. Por otro lado, Juan de Austria no era hermanastro, sino hermano de padre de Felipe II. Varela refiere, también sin citar fuente, que uno de los hijos de Felipe II, por motivos desconocidos, habría sido embalsamado.

derivó en incómodas situaciones para quienes ostentaban el honor, pero también responsabilidad, del acompañamiento de los restos. Nos referimos al acto de identificación, preceptivo, ante el superior de la comunidad jerónima, al que haremos referencia suficiente en el correspondiente epígrafe. Asegurar la identidad ante quien recibe el féretro se convirtió en ocasiones en la promesa de no haber roto la cadena de custodia de la persona real fallecida desde el último momento en que fue expuesta y reconocible.

Sin duda, el pasaje histórico más difundido en torno a esta situación se refiere al reconocimiento de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, por parte del marqués de Lombay, a su llegada a Granada. Estupefacto, quien llegaría a los altares como san Francisco de Borja prometió “nunca más servir a señor que se me pueda morir”. Algo parecido reflejó el acta de entrega de los restos de Fernando el Católico al monasterio de Guadalupe, que recoge el juramento de quienes lo condujeron en base a que no se habían separado del mismo al acompañarlo⁶⁷¹.

Amortajamiento, embalsamamiento. Los usos continuarían en el regio alcázar al finalizar un reinado o cuando un príncipe o infante fallecía. Los soberanos incluían la opción en el testamento. Que podía incumplirse por motivos fundados. Bárbara de Braganza había sido explícita:

“(…) antes de enterrar mi cuerpo, mando que a este no se le dé sepultura hasta después de pasadas cuarenta y ocho horas de su fallecimiento, y que si este sucediera en mi lecho o cama equivalente, no se amortaje ni se me mude a otro lugar hasta pasadas a lo menos veinticuatro horas de haber yo expirado”⁶⁷².

La reina tenía miedo, evidentemente, a ser sepultada en vida, por lo que estimó que debía aguardarse un tiempo prudencial tanto para el amortajamiento como para el sepelio. Los médicos aconsejaron, dado el estado de su cuerpo al fallecer el 27 de agosto julio de 1758, que el féretro fuese sellado cuanto antes. Solo permaneció unas horas expuesto y se trasladó rápidamente para ser sepultado.

⁶⁷¹ “El cual por haber tantos días que había fallecido estaba dañado, e porque no se podía conocer claramente ser aquel el Rey”. Dicha acta fue publicada en la revista *El monasterio de Guadalupe*, 3 (1916), cit. en VARELA: *op. cit.*, p. 19.

⁶⁷² De hecho, la comitiva de conducción de los restos, que salió del palacio de Aranjuez, lugar el óbito, hizo breves paradas en Valdemoro, Pinto, Villaverde, para rezar responsos por el alma de la soberana, llegando a la Iglesia de las Salesas Reales, en Madrid en la mañana del 28 de agosto, 24 horas después del fallecimiento. El entierro en la bóveda de dicho templo sí se realizó un día después, el 29. CALLEJA LEAL, Guillermo: “Fernando VI: Semblanza de un reinado de paz, justicia y progreso, 1746-1759”, en CALLEJA LEAL, Guillermo: *Fernando VI en el Castillo de Villaviciosa de Odón*, Madrid, 2009, p. 35.

No podemos extendernos, por su amplitud, en la cuestión de la unicidad de los restos mortuorios. Una especie de paralelismo con la devoción a las reliquias de los santos hizo que al fallecimiento de algunos monarcas o infantes, los cuerpos no fueran enterrados en su totalidad en un mismo lugar de descanso. Un caso paradigmático es el de Juan José de Austria. El cuerpo del hijo natural de Felipe IV fue amortajado con el hábito de la orden de san Juan: vestiduras, insignias, bastón y manto. Pero su corazón fue llevado a la basílica zaragozana de Nuestra Señora del Pilar. No fue ésta la única división corporal: el resto de sus vísceras fueron conducidas a una pequeña bóveda abierta bajo el coro de la Iglesia del convento de las Descalzas Reales, en Madrid⁶⁷³. No era una costumbre nueva: ya hay huella de la misma en el codicilo al testamento de Alfonso X de Castilla, en 1274, por lo que era extraído durante la preparación de su cuerpo de la persona real para su exposición en capilla ardiente⁶⁷⁴.

A continuación, correspondía ataviarles, produciéndose una paradoja que en poco respondía a la idea de majestad que sus atuendos había mostrado en vida. El cadáver el monarca o infante era vestido para la mejor preparación del tránsito de su alma inmortal, por lo que en ocasiones una simple mortaja lo cubría, cuando no había dejado dispuesto, por especial devoción, confianza o preferencia, el uso del hábito de una orden religiosa. El origen de estas decisiones residía en el deseo de cuidar lo que se consideraba una preceptiva exposición ritual de los restos mortales, así como el deseo de intercesión de los santos que habían creado el hábito de las órdenes que habían fundado y, por supuesto, la obtención de las indulgencias prometidas a quienes usaran a la hora de la muerte ese género de amortajamiento. Mitre Fernández considera que la costumbre respondía, no solo para los monarcas, a la idea de considerar a los fundadores como “excelentes compañeros de tránsito hacia el Más Allá”, una suerte de entrada “in extremis” en la vida religiosa, a modo de *conversio* o giro final en la existencia, que proclamaría de voluntad de que ya todo se dirija a la fe⁶⁷⁵. Cantera Montenegro invita a

⁶⁷³ CASTILLA SOTO, Josefina: *Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV): su labor política y militar*, Madrid, 1992, p. 318. Se trata de la mayor división corpórea que hemos encontrado hasta la fecha en nuestro análisis. Sobre la conducción de los restos a los panteones realizaremos consideraciones en posteriores epígrafes, dado que se trata de un hijo no legítimo; la presencia de su corazón en Zaragoza responde a su enorme popularidad en la ciudad. La pequeña bóveda de las Descalzas plantea más interrogantes, que podrían responder a personales devociones del propio fallecido.

⁶⁷⁴ BNE, mss, fol- 169-171, Testamentos Reales, “lo sotierren en Hierusalén, en monte Calvario, allí donde yaces algunos de nuestros abuelos... que saquen lo otro de dentro y lo lleven en el monte de Santa María la Real de Murcia”, cit. en VARELA: *op. cit.*, p. 18.

⁶⁷⁵ MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: *Una muerte para un rey: Enrique III de Castilla (Navidad de 1406)*, Valladolid, 2001, p. 88. Para el historiador, el hábito adquiriría incluso el carácter de sacramental, dada la confianza en su eficacia final. Subraya además que el propio hábito formará parte de la representación del

considerar que ser enterrado con el hábito de una orden religiosa suponía también para el fallecido participar de las “buenas obras” de la misma⁶⁷⁶. En la materia que nos ocupa el argumento podría ser analizado a la inversa, preguntándonos si el hecho de que el monarca o su consorte escogiesen un hábito como mortaja fue considerado fuente de prestigio social e institucional emanado desde la monarquía para la orden religiosa en el imaginario común. Quizá lo probaría una realidad. El uso por parte de los monarcas españoles y sus familias de hábitos monacales hizo que muchas familias nobles y no privilegiadas fuesen abandonando paulatinamente la costumbre medieval del sencillo sudario blanco, generalizándose en gran medida, durante la Edad Moderna, la adopción del hábito de órdenes mendicantes, que ya claramente desde mediados del siglo XVI fueron de la preferencia de los fallecidos, revestidos nada más morir. Al finalizar el Antiguo Régimen se había convertido en un uso universal. A continuación mostramos ejemplos de tal práctica en varios monarcas del periodo que estudiamos.

rey en el panteón regio de la capilla de los Reyes Nuevos, en la catedral de Toledo, en la que su bulto, tendido, es de mármol blanco pintado de pardo, a modo de hábito franciscano, si bien coronado en su cabeza y con espada en la mano. La reina consorte Catalina, que hace pareja en el arco contrario, aparece representada también con bulto de mármol, también tendido, esta vez negro, el de las religiosas del hábito de santo Domingo –dominicas–, coronada como consorte, portando en una mano el rosario y en la otra un libro.

⁶⁷⁶ CANTERA MONTENEGRO, Margarita: “Religiosidad en la Rioja bajomedieval a través de los testamentos (siglos XIII-XV), *Berceo*, 110-111 (1986), p. 125.

TABLA III

**HABITO ELEGIDO PARA AMORTAJAMIENTO
POR MIEMBROS DE LAS DINASTÍAS REGIAS ESPAÑOLAS
ENTRE LOS SIGLOS XV Y XVIII,
CON INDICACIÓN DEL AÑO DEL ÓBITO**

HÁBITO	MONARCA (fecha óbito)	CONSORTE (fecha óbito)	PRINCIPE INFANTE / A (fecha óbito)
clarisa		Emperatriz MARÍA (1603) MARGARITA de Austria (1611) ISABEL de Borbón (1646)	ISABEL (1498) MARÍA (1521) Sor MARGARITA (1632)
franciscano	ENRIQUE III (1407) ISABEL I (1504) FELIPE III (1621)	BÁRBARA de Braganza (1758)	Príncipe JUAN (1499) Príncipe CARLOS (1568) MARGARITA (1617) MARGARITA MARÍA (1621)
dominico	ENRIQUE II de Castilla FERNANDO V (1516)	CATALINA de Lancaster (1419)	
carmelita descalza		MARÍA LUISA de Orleáns (1689) MARÍA LUISA GABRIELA de Saboya (1714) MARÍA AMALIA de Sajonia (1760)	MARÍA JOSEFA (1801)

Fuente: Testamentos de monarcas españoles (ed. 1982 y 2001) y bibliografía.

La elección por parte de Isabel la Católica del hábito franciscano para ser amortajada motivó que las damas de la corte y la alta nobleza lo escogieran con frecuencia posteriormente, lo que no es extraño por la popularidad de las indulgencias parciales que su uso llevaba aparejado: Nicolás IV había concedido 8.100 días de perdón de purgatorio cada vez que se besare la tela con devoción, y la remisión de la cuarta parte de pecados a quienes fuesen enterrados con él⁶⁷⁷ e Inocencio VII⁶⁷⁸, tres siglos después, prometía la indulgencia de un tercio de los pecados por el mismo sistema⁶⁷⁹. Felipe III sería el último monarca español presentado en su capilla ardiente con dicho hábito⁶⁸⁰. Fue un símbolo de la pujanza e influencia de la orden, como lo había sido la de los Predicadores⁶⁸¹. Incluso la alta nobleza trataba de imitar a los monarcas: en 1624, pronto a morir, el III duque de Osuna expresó su voluntad de ser amortajado con el hábito de fraile agustino, pero finalmente fue enterrado con el de caballero del Toisón⁶⁸².

En pleno siglo XVII la costumbre del hábito había adquirido en la misma familia del rey de España algunos matices. Cuando el 19 de septiembre de 1679 los restos de Juan José de Austria son conducidos a su capilla ardiente, en el madrileño convento de las Descalzas Reales, llevaban por mortaja el mismo traje que había llevado a la boda de su hermano, Carlos II. Sobre el mismo, el manto capitular de la orden de san Juan, por deseo del monarca⁶⁸³.

⁶⁷⁷ GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo: *Los castellanos y la muerte. Religiosidad y comportamientos colectivos en el Antiguo Régimen*, Valladolid, 1996, p. 162. No es extraño que un papa franciscano como él lo hiciese: Girolamo Masci (Ascoli, 30 de septiembre de 1227 – Roma, 4 de abril de 1294) fue el sucesor de San Buenaventura como superior de los Franciscanos, y adoptó el nombre de Nicolás IV al ser consagrado, el 22 de febrero de 1288, como 191 Sumo Pontífice de la Iglesia. Fue el primer Papa de la orden fundada por San Francisco.

⁶⁷⁸ Giovanni Battista Cybo (Génova, 1434 – Roma, 25 de julio de 1492), fue el Papa número 213 de la Iglesia y su pontificado se prolongó entre 1484 y 1492, siendo sucedido por Alejandro VI, el Papa Borja. Pasó su infancia en la corte napolitana del monarca aragonés y favoreció los intereses de los Reyes Católicos.

⁶⁷⁹ GONZÁLEZ LOPO, Domingo: *Mentalidades y grupos sociales en la Galicia del siglo XVIII a través de la documentación de protocolos*, Tesis de licenciatura, Santiago de Compostela, 1981.

⁶⁸⁰ VARELA: *op. cit.*, p. 81.

⁶⁸¹ En Santiago de Compostela, un estudio señala que el uso de la mortaja franciscana habría superado entre 1551 y 1660 el 84% de los casos (GONZÁLEZ LOPO, Domingo: “La mortaja religiosa en Santiago entre los siglos XIV y XIX”, *Compostellanum*, XXXIV (1988), pp. 271-295.

⁶⁸² LINDE, Luis M.: *Don Pedro Girón, duque de Osuna. La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*, Madrid, 2005, p. 281.

⁶⁸³ RUIZ RODRÍGUEZ, Ignacio: *Don Juan José de Austria en la Monarquía Hispánica. Entre la política, el poder y la intriga*, Madrid, 2007, p. 506. El autor refiere además una reveladora carta de Mariana de Austria relegada del gobierno de la monarquía por el fallecido, que manifestaba a su hijo el Rey un día después del óbito: “Dios le haya dado el Cielo, que nada se le podía desear mejor. Me avisarás si haces alguna demostración por su muerte, para que haga yo lo mismo, pues no quisiera errar en nada...”.

A mediados del siglo XVIII las cosas habían cambiado en algunos aspectos. Al fallecer Felipe V, en julio de 1746, el P. Clarke, confesor real, sugirió que se le pusiera como mortaja un sayal de penitente. O un uniforme militar. Finalmente, el monarca fue vestido con el traje de tisú⁶⁸⁴ de plata con flores de oro que se había dispuesto para que luciera en el besamanos previsto para celebrar el inmediato alumbramiento de su hija María Teresa, delfina de Francia, que fallecería menos de dos semanas después⁶⁸⁵.

Algo parecido sucedió trece años más tarde, en agosto de 1759, cuando murió Fernando VI. Fue vestido, probablemente por haber acaecido la muerte en el castillo de Villaviciosa de Odón y por la premura del momento⁶⁸⁶, con un traje bordado de plata sobre fondo morado y verde, bastón y espadín, una camisola de encajes, zapatos negros con tacón encarnado y hebillas de plata⁶⁸⁷. Se le colocó peluca en la cabeza, así como sombrero con punta de plata y plumaje blanco.

Barrios indica que a la muerte de Carlos III, su sumiller de corps, el marqués de Valdecarzana, dio la preceptiva orden a los ayudas de cámara de vestir al monarca –sin embalsamar, como este había dispuesto- para la capilla ardiente, y estos le pusieron los mantos de la orden dinástica francesa del Santo Espíritu –negro-, la del reino de las Dos Sicilias, de san Genaro –rojo- y la suya propia, la española de Carlos III –celeste-. Fue el primer monarca, por tanto, amortajado con un atuendo intermedio entre el hábito religioso y un traje de ceremonia o etiqueta. En todo caso, el historiador pone de relieve el papel fundamental del sumiller de corps, los gentiles-hombres de cámara y los ayudas de cámara en el proceso de preparación de los restos en la etiqueta palatina aún a finales del siglo XVIII. Nada más concluir, el cuerpo tenía que ser entregado al mayordomo mayor, que en el sepelio de Carlos III fue el marqués de Santa Cruz, y a la custodia de los monteros de Espinosa, para su conducción a la sala de la capilla ardiente, que fue el salón de Embajadores⁶⁸⁸.

⁶⁸⁴ El tisú es una tela de seda “mui doble bordada de flores varias sobre plata, ù oro, que passan desde el haz al embés. Es voz tomada del Francés Tissu, que vale por texido; llámase también Tesú” (*Diccionario de la Lengua Castellana*, 1726, tomo I) cit. en TORRIONE: *op. cit.*, p. 365.

⁶⁸⁵ MARTÍNEZ SHAW, Carlos, ALONSO MOLA, Marina: *Felipe V*, Madrid, 2001, p. 166.

⁶⁸⁶ GARGANTILLA MADERA, Pedro: *Las enfermedades de los Borbones*, Madrid, 2007, p. 97.

⁶⁸⁷ Fernando VI fue enterrado con calzado similar al que luce en el gran retrato de Corte pintado por Van Loo, *La Familia de Felipe V*. En el mismo, significativamente, posa en pie, como Príncipe de Asturias, con unos zapatos negros de tacón encarnado y hebillas de plata, frente al futuro Carlos III, que lo hace con botas de campaña y media armadura.

⁶⁸⁸ BARRIOS PINTADO, Feliciano: “Exequias y ceremonial: las honras fúnebres del rey en la Corte”, en Escudero López, José Antonio (ed.): *El Rey. Historia de la Monarquía*, vol. III, Barcelona, 2008, p. 390. El autor indica que los ayudas de cámara le pusieron también los collares y bandas de las tres órdenes dinásticas citadas, así como el Toisón de Oro. Entendemos que no se le atavió con ellos, sino que fueron

María Luisa de Orleáns, primera consorte de Carlos II, no fue embalsamada⁶⁸⁹, y su cuerpo fue vestido con el hábito completo de carmelita descalza⁶⁹⁰. Sin que hayamos podido comprobar el origen de la decisión, podemos señalar también los casos de Felipe V e Isabel de Farnesio, aunque no podemos precisar si decidieron personalmente que sus restos se conservasen de esa manera o fue Carlos III quien lo dispuso. Esta última soberana no eligió hábito ninguno para ser enterrada⁶⁹¹.

Una cuestión pendiente es el origen real de la tela de los hábitos con los que los monarcas, que escogieron ser así amortajados, fueron revestidos. ¿Se solicitaron a conventos de especial devoción de esos mismos soberanos o consortes? Y mas allá de tal interrogante, quizá cabría plantearse si los hábitos eran nuevos o habían sido empleados ya por algún religioso. En su ensayo sobre testamentos levantinos, Manglano recoge entre las últimas voluntades de Luis Vich B. de Llaurí, en 1476, su deseo de ser enterrado con el hábito viejo de un fraile del monasterio de la Murta, al que en compensación habría de entregársele –entendemos que a su cargo- uno nuevo⁶⁹². Reder se preguntará, para el caso de la muerte en la Málaga del Antiguo Régimen, si la

ubicados en almohadones junto a los restos mortales al pie o junto al catafalco de la capilla ardiente, pues como el mismo historiador refiere, fueron retirados tras cerrarse el ataúd.

⁶⁸⁹ La casuística en el caso de consortes regias es todavía más abundante: “...cerca de las nueve de la mañana del domingo 13 de febrero (pasadas ya las veinticuatro horas de su muerte) ordenó la Camarera Mayor a las camaristas que sacasen el cuerpo de la cama (el cual tenía puesto una bata o ropa de chambrá) pasándole a una caja; y estando en ella, la Camarera y las Dueñas de Honor la sacaron a la pieza de las Audiencias, y poniéndola sobre un bufete se la entregaron al protomedicato, donde los cirujanos ejercieron su oficio para embalsamarla” (VERA TASSIS Y VILLAROEL, Iván de: *Noticias historiales de la enfermedad, muerte y exequias de la Esclarecida Reina de las Españas Doña María Luisa de Orleáns Borbón Stuart y Austria, Nuestra Señora, dignísima consorte del Rey Nuestro Señor Don Carlos Segundo de Austria*, Madrid, 1690, cit. en MAURA: *op. cit.*, p. 245). Nótese que el cuerpo no fue trasladado para embalsamarlo a dependencias de los médicos del Alcázar, sino que la operación se realizó en una sala en pleno Cuarto Real.

⁶⁹⁰ A María Luisa de Orleáns se le puso un hábito entero, no parcial. De nuevo aparece una cruz entre los objetos cercanos al óbito, como vimos en el correspondiente epígrafe: “A poco más de las doce del día acabaron con este ministerio [el embalsamamiento] y avisando la Guarda a las Camaristas, salieron a vestir a Su Majestad, y fue con el mismo orden, decoro y reverencia que acostumbraban en vida. Pusieronla sobre los primeros adornos un brial de tela color de fuego, tejida la guarnición de oro y plata; y sobre él la vistieron el sagrado hábito entero de Nuestra Señora del Carmen, de quien tan devota fue toda su vida; era de terciopelo, y la caja de tafetán de lustre blanco: en la cabeza la pusieron una cofia de gasa, con encajes blancos, y en las manos una cruz de Jerusalén” (VERA Y TASSIS: *op. cit.* en MAURA: *op. cit.*, p. 285).

⁶⁹¹ La Reina falleció en el Palacio de Aranjuez estando allí alojados tanto su hijo, Carlos III, como sus nietos. Curiosamente, la muerte le sobrevino en un Real Sitio al que estaba mucho menos vinculada que a otros como La Granja, Riofrío o el Buen Retiro. La Corte estaba en Aranjuez desde primavera. Se había trasladado allí tras los sucesos del motín de Esquilache: por primera vez en muchos años, el Rey no pasó la Pascua de Resurrección en Madrid: “La reina madre fue vestida con una bata de tafetán negro guarnecida de encajes del mismo color, con una cofia blanca también de encaje de punto de Inglaterra” (LAVALLE-COBO: *op. cit.*, p. 226).

⁶⁹² MANGLANO CUCALÓ DE MONTULL, Jesús, BARÓN DE TERRATEIG: “El principio religioso en los antiguos testamentos valencianos”, *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia i Història*, 3 (1945), p. 26. El testador incluía también el deseo de ser sepultado en el claustro de dicho monasterio.

cláusula testamentaria del amortajamiento con hábito religioso se refería a aquellos que ya los habían vestido y gozaban de fama de santidad⁶⁹³. No habiendo encontrado entre los testamentos de reales personas específicas alusiones, pensamos que la tela que se enviase al alcázar o palacio había de ser necesariamente nueva, pues la mayoría de las órdenes religiosas y su voto de pobreza establecían hábito único para sus profesos.

3.3. La capilla ardiente en la Edad Moderna.

La organización de la exposición pública de los restos mortales, lo que hoy denominaríamos capilla ardiente, es el próximo jalón de este camino ceremonial aun en el interior del alcázar o palacio. En cierta medida, su propia existencia es la culminación del sutil diálogo que se da entre ocultamiento y exhibición del monarca durante su reinado. Es amplio el debate sobre presencia pública o acceso al rey, cuyas claves no corresponde analizar en el presente estudio, pero sí debemos consignar que la opción definitiva (con excepciones lógicas puntuales) en la Monarquía de España durante la Edad Moderna fue la de mostrar el cadáver. El valor de ese acto puede ser concretado en tres notas: hacer posible la constatación de la muerte cierta del regio finado, ocasión de muestra de poder regio y majestad y cumplimiento de prácticas de piedad vinculadas al hecho de la muerte.

Ante una sociedad tardo renacentista y barroca, donde la fuerza del símbolo alcanzaba cotas exponenciales con motivo de muertes y funerales, no es extraño encontrar que la Iglesia buscase mediante decretos y sinodales la homogeneidad en los usos y costumbres sepulcrales, pues durante el final de la Edad Media y el principio de la Moderna parecían ser frecuentes los dispendios en esa materia. Así, encontramos en constituciones sinodales de Málaga, en 1671, la mención a un decreto de seis años antes en el que se excluía que se colocasen:

“...los cuerpos de los difuntos en cajas guarnecidas con oro, ni plata, ni con puntas de ningún género, ni color, ni tengan otra profanidad, sino que sean forradas, o cubiertas con tela negra, sin mezcla de otro color, más que las cintas de una Cruz, que han de ser de pardo, o morado...”⁶⁹⁴.

⁶⁹³ REDER GADOW, Marion: “Vivencia de la muerte en el Antiguo Régimen”, *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 9 (1986), Málaga, 1986, p. 352.

⁶⁹⁴ *Constituciones Sinodales de Málaga*, año 1671, frag. 469 (Cit. en MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad...*, p. 397).

A principios de la Edad Moderna, el uso de ataúd no era frecuente entre las clases menos favorecidas. La costumbre de sepultar a los muertos en cajas se generalizaría en los siglos siguientes⁶⁹⁵. En todo caso, podemos afirmar que del Cuarto Real siempre que salía un difunto de la primera familia de los reinos de la monarquía de España lo hacía en una caja mortuoria. De hecho, incluso en la documentación que hemos empleado para la realización del presente estudio, la denominación técnica del soporte sobre el que se depositaban los restos regios no es uniforme, no solo por la amplitud cronológica analizada, sino por la diversidad de fuentes e incluso su procedencia⁶⁹⁶. En torno a la sujeción de los monarcas a la regulación de la calidad de caja y tela que la recubría, contamos con una reveladora disposición:

“que los ataúdes en que se llevaren a enterrar los difuntos no sean de telas ni colores sobresalientes ni de seda sino de balleta paño de orlandilla negra, clavazón negra pavonado y galán negro o morado por ser a la muerte impropio poner colores sobresalientes en el instrumento donde está el origen de la mayor tristeza y Solo permitimos que puedan ser de color tafetán doble y no más los ataúdes de los niños hasta salir de la infancia y de quienes la Iglesia celebra misas de ángeles”⁶⁹⁷.

Cuando al mediodía del 26 de noviembre de 1504 fallece Isabel la Católica, correspondió al maestro carpintero real, Jerónimo de Palacios, terminar el trabajo más triste de su vida: “el ataúd para su Señoría y una cama alta para asentar las andas”. Iba protegido por dos fundas, una de cuero de becerro y otra de bitre encerado⁶⁹⁸. Se forró

⁶⁹⁵ La petición expresa “mi cuerpo vaya en caja”, “mi cuerpo vaya metido en caja” o similar, que comienza a generalizarse a finales del siglo XVII, no siempre puede entenderse como exigencia de que los restos se depositasen en el interior de ataúd o únicamente fuesen conducidos al lugar de inhumación en una caja, sobre todo, entre sectores no privilegiados (REDER: *op. cit.*, p. 352). La historiadora se pregunta por qué en algunos testamentos se especificaba que la caja debía prepararse con “bisagras, llave y vidriera”, planteando la hipótesis del miedo a una muerte aparente o profanación de cadáver. La cuestión de la seguridad no nos resulta ajena, pues –salvo puntual y justificada excepción– todos los féretros regios llegados a los panteones de El Escorial de los que tenemos noticia contarán con cerradura.

⁶⁹⁶ En “La Cartuja de Parma”, Sthendal, para referirse a la palidez con la que las doncellas de la duquesa Sanseverina encuentran a su señora, escribe que “creyeron verla expuesta tras su muerte en una cama de ceremonia”, término castellano con el que Carlos Pujol tradujo la expresión francesa “lit de parade” al español del original francés del relato escrito en el otoño de 1838. STHENDAL: *La Cartuja de Parma*, Barcelona, 2003, p. 300.

⁶⁹⁷ Archivo Municipal de Toledo, Carpeta *Muerte de Reyes*, 1691. Se trata de un Auto Acordado (número 4) que sigue a la *Recopilación de Leyes de estos Reinos...*, cap. 21, tit. 2, libro 7, cit. en MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad...*, p. 397. En todo caso, como veremos en el capítulo de identificación de cajas mortuorias, ya durante los traslados del reinado de Felipe II, el aparato cortesano respetó en gran medida esta disposición legal aún vigente a punto de concluir el siglo XVII.

⁶⁹⁸ Mudéjar y carpintero de cámara de la Reina Isabel, a la que acompañó en todos sus desplazamientos desde 1595, fue un curioso caso de patronazgo regio en la España de los albores de la Edad Moderna. Cambió su nombre original, Mahoma, por Jerónimo, el convertirse en 1500. Realizó numerosos trabajos,

dos veces con terciopelo negro, sobre el que se puso un paño de terciopelo negro con una cruz de raso carmesí⁶⁹⁹.

Puede sorprender que ya a mediados del siglo XVI los usos mortuorios en palacio revelan una conciencia general de la sencillez que consagrará en Concilio de Trento. Como veremos al tratar el primer gran traslado de ataúdes regios desde una capilla provisional a las denominadas cámaras intermedias bajo el altar mayor de San Lorenzo de El Escorial, en 1586, los ataúdes que se emplearon para depósito de las personas reales fueron forrados exteriormente, en su mayoría, con tela negra y cruces en contraste de colores -carmesí o plata-, tal y como describe con detalle el acta de dicha conducción, que analizaremos detalladamente.

Entre este aspecto del ceremonial y usos fúnebres cortesanos del siglo XVI, nos parece de especial relevancia lo referido a los materiales y los símbolos empleados en las cajas, los paños de brocado y bordado con los que se cubrieron para el desarrollo de la ceremonia en sí, preparada de forma previa a la entrada de la comunidad de monjes en la capilla. La documentación conservada nos muestra que son principalmente dos los géneros de tela con los que se forraron los féretros en su parte exterior; la lejanía de los lugares geográficos en los que se decidió el tipo de féretro y su ornamentación textil permite considerar que ya existió un cierto protocolo, quizá de carácter consuetudinario, que obligaba a preparar de forma determinada el ataúd del rey o familiar que fallecía, lo que nos parece especialmente significativo en pleno siglo XVI, sin que podamos precisar si existió por escrito normativa alguna al respecto previa a las indicaciones tridentinas⁷⁰⁰. La no inclusión de datos concretos sobre el tipo de madera empleada en la elaboración de las cajas –al menos en el documento que analizamos- demuestra que los forros exteriores cubrían cada una de ellas de forma completa, pero no puede descartarse que en más de una se produjesen durante el traslado rasguños o desgarros por roces en el proceso.

como “carretoncillos para el Ynfante Don Fernando mi nieto”, el corredor de madera para que la Reina, ya enferma, pudiese acceder a la Capilla o el último monumento del Jueves Santo, en las Casas Palaciales de Medina del Campo. AGS, Casa y Sitios Reales, Leg. 45. fol 107, cit. en DOMÍNGUEZ CASAS, Rafael: “La casa real de Medina del Campo (Valladolid), residencia de los Reyes Católicos”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 78 (1994), p. 325.

⁶⁹⁹ Tiraban de las andas dos machos, adornados con colleras, riendas y gualdrapas de terciopelo y seda negra. El ataúd fue asegurado a ella con cordeles, y cubierto con un rico paño de brocado carmesí, morado y verde, que tenía enmedio una antepuerta “de oro e plata e pelo blanco, de una labor de unos troncos de Granada, e en medio un escudo grande de las Armas Reales”. AGS, Casa y Sitios Reales, Leg. 5, fol. 369, cit. en DOMÍNGUEZ CASAS: *op. cit.*, p. 331.

⁷⁰⁰ La necesidad de cubrir todos los féretros tanto durante su conducción al monasterio de san Lorenzo de El Escorial como mientras tenían lugar las honras fúnebres formaba parte del ceremonial.

A partir de ese acta del traslado de los restos mortales de familiares de Felipe II, desde la capilla de la iglesia vieja o de prestado, al panteón primitivo bajo altar mayor de la basílica del monasterio de El Escorial, antes del definitivo construido en el siglo XVII, presentamos a continuación una tabla en la que se analizan los tipos de tela que recubrían sus ataúdes, huella estética de cómo se depositaron los cuerpos reales⁷⁰¹.

⁷⁰¹ AGP, Histórica, Fallecimientos y entierros, Caja 56. Expte. 13, *Cédula Real y testimonio de la traslación que se hizo de los cuerpos Reales que estaban depositados en la yglesia vieja a la bóveda de la yglesia principal la qual se hizo por mandado de su majestad el 3 de noviembre de 1586.*

TABLA IV**TIPOS DE TELA Y COLORES DE LOS FORROS EXTERIORES
DE LAS CAJAS MORTUORIAS DEPOSITADAS EN EL PANTEÓN PRIMITIVO (1586)**

PERSONA REGIA	FORRO PRINCIPAL	SIGNO SACRO (CRUZ)
Infante JUAN	terciopelo (<i>color desconocido</i>)	terciopelo carmesí
Infante FERNANDO	terciopelo negro	raso carmesí
Emperatriz ISABEL	terciopelo negro	terciopelo carmesí
Princesa de Asturias MARÍA	terciopelo negro	terciopelo carmesí
Reina LEONOR de Francia	terciopelo negro	raso carmesí
Emperador CARLOS V	terciopelo negro	terciopelo carmesí
Reina MARÍA de Hungría	terciopelo negro	terciopelo carmesí
Príncipe de Asturias CARLOS	terciopelo negro	(<i>tela desconocida</i>) carmesí
Reina ISABEL	terciopelo negro	terciopelo carmesí
Infante CARLOS LORENZO	tela de plata	raso carmesí
Archiduque WENCESLAO	terciopelo negro	tela de plata
Príncipe de Asturias FERNANDO	tela de plata	raso carmesí
Juan de AUSTRIA	terciopelo negro	raso carmesí
Reina ANA	terciopelo negro	raso carmesí
Príncipe de Asturias DIEGO	tela de plata	raso carmesí
Infanta MARIA	tela de plata	raso carmesí

Fuente: Acta del traslado.

Detectamos un predominio general de terciopelo negro en el forro exterior, al uso fúnebre de la época, que solo encuentra contraste en los féretros de tamaño menor correspondientes a niños, lo que se deduce de texto que venimos analizando; la ausencia de color en el del infante don Juan puede deberse perfectamente a un mínimo olvido del redactor, siendo poco probable la decoloración producida por los años transcurridos desde su fallecimiento, al borde de los cincuenta, pues no falta referencia al negro en su hermano el infante Fernando, el otro hijo de Carlos V fallecido tempranamente (en realidad, vivió con el agua de socorro unas pocas horas). La presencia de tela de plata, que con criterios procedentes de la heráldica podemos identificar prácticamente con el color blanco, nos permite afirmar que a partir de finales del siglo XVI será de uso generalizado en los frecuentes fallecimientos de infantes de corta edad, probablemente los menores de siete años, sobre todo en los dos siglos posteriores. El tono tan claro, en oposición al negro terciopelo adulto, es un signo más que debe ser interpretado, al igual que los oficios litúrgicos y la misa de gloria, como elemento identificador de la muerte en la infancia que incluso se prolonga en el ceremonial fúnebre último.

La cruz, signo cristiano por excelencia, es el único y sencillo ornamento con el que parece se significaban los ataúdes. El material que recubría los mismos fue también la tela, que debió ir cosida al forro principal. Raso o terciopelo (sin que podamos establecer más que uniformidades parciales entre las distintas personas reales en base a procedencia de sus sepulturas provisionales, lugares o fechas de las muertes), la uniformidad casi absoluta del color carmesí halla una única excepción en el archiduque Wenceslao (1561-1578), décimo primer hijo de los quince del emperador Maximiliano II y María, hermana de Felipe II, y por lo tanto cuñado también del monarca, como hermano de su cuarta consorte. Su pertenencia a la orden de San Juan, de la que recibió el hábito el 18 de octubre de 1577, y cuyo priorato recibió ese mismo día de manos del nuncio de Gregorio XIII, sería signo también en la ornamentación de la caja que le acogió el día de su muerte, acaecida en el Alcázar de Madrid el 24 de octubre de 1578⁷⁰². En el caso del archiduque Wenceslao, la explicación contenida en el propio documento puede ser objeto de doble interpretación: “...tela de plata de la textura de la que traen los caballeros de la Orden de San Juan”. Podríamos entender que el resto de menciones al tipo de tela revela que también eran las empleadas en la orden de San Juan, o por quizá que se trataba de una tela de plata de carácter especial, que la

⁷⁰² El archiduque Wenceslao, con diecisiete años, es el primer adulto regio tras cuyo fallecimiento se condujeron sus restos directamente desde la capilla ardiente a El Escorial.

distinguía del término genérico empleado para el príncipe Fernando y los infantes Carlos Lorenzo, Diego y María. La diferencia de edad al fallecer –los tres últimos eran niños, mientras que el archiduque falleció con diecisiete años- nos invita a inclinarnos por el segundo razonamiento.

Buena huella de la continuidad del simbolismo del carmesí será, décadas más tarde, el empleo de una bolsa de terciopelo del mismo color para guardar los restos del Rey Prudente, conservados dentro de ella también en la urna actual. Las telas empleadas para recubrir los ataúdes regios fueron evolucionando: contamos con datos precisos, por ejemplo, sobre la que se empleó un siglo después con motivo de la muerte de María Luisa de Orleáns (fallecida en 1689), en que se empleó tela color fuego, dorada, en el forro principal de la caja mortuoria⁷⁰³.

Es general en los testamentos de reyes y reinas de España dejar dispuesto la forma en que desearon que se preparase su cuerpo para ser introducido en la caja mortuoria. Ellos escogieron su atuendo el postrero viaje, aunque un autor afirma haber encontrado una excepción al cumplimiento de sus deseos en el caso de Bárbara de Braganza, la consorte de Fernando VI, debido a las condiciones en las que quedaron sus restos por fallecer en verano⁷⁰⁴. Pero no escogían la tela que recubría sus féretros.

Como estamos comprobando, la regla general es la exposición pública del cuerpo del monarca. La capilla ardiente es también una representación del poder regio, pues es ocasión de composición de un escenario majestuoso, que incluye la construcción de catafalco, la colocación de altares y adornos de distinto tipo o el establecimiento de turnos de vela y custodia. A todo ello se debe sumar incluso el diseño de un *iter* de paso para quienes acuden a presentar sus respetos ante los restos del finado. Los documento que describen la preparación de ese espacio litúrgico-memorial se refieren al Salón Grande y a la llamada Pieza de las Furias, en el Alcázar de Madrid, Con cierta sorpresa hemos comprobado que los restos de reyes, príncipes e infantes y

⁷⁰³ “... la metieron dentro de una caja de plomo, la cual pusieron en un ataúd de madera, forrado por dentro de tela blanca y por fuera de brocado de color de fuego con flores de oro y plata guarnecido con sus franjas de oro de tres dedos de ancha y tachonado de clavazón dorada, con dos cerraduras en la misma forma y dos llaves” (VERA TASSIS Y VILLARROEL, Iván de: *Noticias historiales de la enfermedad, muerte y exequias de la Esclarecida Reina de las Españas Doña María Luisa de Orleáns Borbón Stuart y Austria, Nuestra Señora, dignísima consorte del Rey Nuestro Señor Don Carlos Segundo de Austria*, Madrid, 1690. Cit. en MAURA, Duque de: *María Luisa de Orleáns, Reina de España. Leyenda e Historia*, Madrid, s.d., p. 245).

⁷⁰⁴ Según un autor, las condiciones de su muerte, a las que se añadió la fecha del óbito, en pleno verano, impidieron ponerla con el hábito de San Francisco (franciscanas Clarisas salesas). Hablamos de Aranjuez, un 27 de agosto de 1758 (BARRIOS, Manuel: *Matrimonios desafortunados de la Realeza española*, Barcelona, 1996, p. 166).

sus consortes, durante la Edad Moderna, no fueron expuestos en las capillas ni oratorios privados de los alcázares o palacios en los que fallecieron. Tal fue la costumbre, que interpretamos precisamente como un medio de exponer y reforzar la imagen regia, por las reducidas dimensiones que las capillas de los alcázares Austria tenían en comparación con otros espacios ceremoniales palatinos y porque la despedida del monarca alcanzaba un doble sentido religioso y político de primer orden que requería el uso de un espacio de representación también dinástica. Es claro que la capilla del Alcázar de Madrid, como han analizado Castaño⁷⁰⁵ o Gérard, quedaba reservado para distintos, pero siempre significativos, usos religiosos ceremoniales áulicos⁷⁰⁶.

Precisemos que la expresión espacial “salón grande”, se refiere más bien a un salón principal, de especial significación y representativo. La monarquía de España contó con dos especialmente simbólicos, el del Alcázar de Madrid y el llamado Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro, en el que sería velado, en agosto de 1724, Luis I. No nos es extraña la expresión de salón grande, a la que ya hemos hecho referencia, por ejemplo, en el caso del castillo de Villaviciosa y la muerte de Fernando VI. También contamos con referencias al “gran salón” que en 1742 acogió la capilla ardiente de Luisa Isabel de Orleáns en el parisino Palacio del Luxemburgo⁷⁰⁷, o a la presencia del cuerpo de Felipe V en la iglesia de los Jerónimos tras su muerte en el anexo Buen Retiro⁷⁰⁸.

Un sucinto documento describe la distribución básica de los espacios de la capilla ardiente. Pese a no estar datado, consigna varios datos de gran interés:

“El cuerpo se pone en el salón grande, y para ello se hace un tablado de tres gradas en alto a la estatura del Salón, arrimado a la puerta de la pieza que llaman de las furias y se alfombra; cuélgase un dosel y debajo se arma una cama rica; algo apartado del tablado se pone un Altar donde dicen las Misas de Pontifical, y cerca de él el recado en la creencia al lado del Evangelio la Silla

⁷⁰⁵ Vid. CASTAÑO PEREA, Enrique: *La Capilla del Alcázar de Madrid, 1434-1734*, Alcalá de Henares, 2013. Además de ocupar el centro del complejo edilicio, la capilla separaba los espaciosos patios del Rey y de la Reina, ocupando un paralelogramo de dimensiones relativamente menores en comparación con otras áreas del mismo Alcázar, una cuestión de gran interés en la imagen arquitectónica de la monarquía.

⁷⁰⁶ GERARD, Veronique: “Los sitios de devoción en el Alcázar de Madrid: Capilla y oratorios”, *Archivo Español de Arte*, 56 (1983), pp. 275-284. Tanto la capilla como los oratorios privados desaparecieron en el incendio declarado en la Nochebuena de 1734, que destruyó el edificio.

⁷⁰⁷ DANVILA: *op. cit.*, p. 431. En todo caso, la pieza donde se hizo el velatorio es citada tras enumerar las que fueron enlutadas en el interior del edificio, a modo de descripción del iter interno de recorrido del palacio que debieron seguir quienes se acercaron a la capilla ardiente a presentar sus respetos.

⁷⁰⁸ AGP, Reinados, Fernando VI, Caja 535, Expte. 4, *Reales ordenes dirigidas al caballerizo mayor sobre el entierro y honras fúnebres del rey Felipe V y la entrada pública y proclamación de Fernando VI (1746)*.

del Mayordomo mayor, y luego continuando el banco de los Grandes, y en frente al lado de la Epístola el banco de Capellanes como están en la Capilla.

A un lado y a otro del Salón arrimado a la pared se ponen seis Altares para las seis Misas rezadas.

El coro a los pies del Salón cerrado en una valla para que se pueda andar alrededor, la entrada por las espaldas; esta valla se continua por un lado y otro hasta la zona de los balcones, digo en los bancos de los Grandes y Capellanes para que la gente no embarace. Cuando se pone el cuerpo en la Caja donde se ha de llevar y se cierra, el Sumiller ante el Secretario le entrega al Mayordomo mayor y al Prelado, y la llave al Mayordomo Mayor, y desde entonces están de guardia doce Monteros de Espinosa, Seis sobre la tarima y otros seis abajo por mitad a un lado y a otro”⁷⁰⁹.

La mención a la pieza de las Furias nos indica que se refiere necesariamente al antiguo Alcázar. En la velación del rey es sobresaliente el papel de los grandes de España, que tienen habilitado espacio concreto para acompañar el cadáver, que suele realizarse por turnos. El periodo de velación osciló entre uno y tres días, según la decisión del monarca supérstite, padre o heredero del trono⁷¹⁰. Era excepcional que superase ese tiempo. Así, conocemos que los restos de Carlos V estuvieron expuestos en medio de la iglesia del monasterio de Yuste durante tres días, en ataúd de madera⁷¹¹. Transcurrido ese tiempo, la caja se introdujo a su vez en otra de plomo. Durante el tiempo en que el cuerpo permanece en el salón, distintas comunidades de religiosos acuden en vigiliass o para misas cantadas y responsos en los altares laterales dispuestos para ello. Por las tardes, en todo caso, se rezan vísperas de Difuntos.

⁷⁰⁹ AGP, Sección Histórica, Fallecimientos y Entierros, Caja 56, Expte. 1, *Descripción de capilla ardiente en palacio*.

⁷¹⁰ AGP, *Histórica*, Fallecimientos y Entierros, Caja 56, Expte. 1. Carlos III decidió que los restos de su esposa, María Amalia de Sajonia, recibiesen el homenaje público durante un único día, el 28 de septiembre de 1760. Ocho décadas antes, a mediados de febrero de 1689, los restos de María Luisa de Borbón, primera consorte de Carlos II, permanecieron cuatro días en el salón grande.

⁷¹¹ Una carta sin firma con fecha 27 de septiembre de 1558 refiere que “Todos los tres días estuvo en un cadalso en medio de la Iglesia”. CODOIN, tomo VI, pp. 667-670.

Capítulo 4

LAS EXEQUIAS REALES COMO CEREMONIA DE HONRAS

Durante su visita a la corte de Felipe IV, en 1664, el cardenal Girolamo Colonna regalaba al monarca una gigantesca escultura clásica, un águila posada sobre símbolos de poder militar y político, interpretada hasta hace bien poco como monumento triunfal dedicado a Augusto. A punto de comenzar el tercer tercio del siglo XVII, un príncipe de la Iglesia, que había defendido hábilmente en Roma los intereses de la monarquía de España, en una corte donde triunfaba la diplomacia de gestos sutiles, no encontró obsequio más idóneo para un rey siempre preocupado por los acontecimientos italianos. Como demostró Schröder, el presente era en realidad la parte superior de un túmulo funerario, que en su día pudo servir como losa y cerramiento de la tumba de un militar coetáneo del emperador. El 31 de octubre del año siguiente, el cardenal presidió los funerales del monarca en el monasterio de la Encarnación⁷¹².

Durante la Edad Moderna se emplearon indistintamente los conceptos funeral, entierro o exequias para definir el momento del depósito de un cuerpo en fosa, sepulcro o sarcófago, las eucaristías de cuerpo presente o posteriores a la muerte ofrecidas en sufragio por el difunto y el conjunto de ceremonias que ante un catafalco erigido en honor de un monarca, miembro de la real familia, prelado o contados miembros de la alta nobleza, tenían lugar también en su honra y por su alma. Como hemos comprobado, conviene distinguir en el proceso inmediatamente posterior al óbito regio ambos actos, bien diferentes en lo ceremonial.

Aunque no pocos cronistas emplean el término entierro o exequias indistintamente, conviene precisar terminológica y conceptualmente el acto de sepelio en sí, depósito de los restos mortales en la sepultura, separándolo de los que definen los restantes, realizados en honor del difunto. Paulatinamente, para estos últimos se han ido reservando términos como exequias, honras, funerales, perpetuanas u otros vocablos. Dedicaremos el presente epígrafe a las exequias en tanto honras fúnebres, es decir,

⁷¹² GARCÍA LÓPEZ, David: “La fortuna de un regalo regio. La Apoteosis de Claudio de Roma a Madrid”, en SCHRÖDER, Sthepan: *La apoteosis de Claudio. Un monumento funerario de la época de Augusto y su fortuna moderna*, Madrid, 2002, p. 38. El autor destaca el paralelismo entre el águila imperial romana, que preside el conjunto en honor de Valerio Mesala Corvinus, con el águila del emblema heráldico de los Austria, en nuestra opinión el más evidente de los símbolos, apreciable a simple vista.

como ceremonias litúrgicas por el alma del monarca, su consorte o familiares, celebradas con posterioridad al depósito de su cadáver –entierro- en su sepulcro, fuese este provisional o con vocación de permanencia.

La utilidad de abordar su significado y su contribución en la construcción de la imagen funeraria regia reside en el enorme poder simbólico de su celebración, que implicaba a todos los estamentos sociales, como intentaremos demostrar al constatar el inmenso esfuerzo historiográfico desplegado en torno a al tema. Como veremos en decenas de ensayos y monografías, Austrias y Borbones ofrecieron a la Europa moderna uno de los más originales sistemas de homenaje post-mortem a sus monarcas.

Dada la riqueza e interés de un aspecto tan relevante de la imagen luctuosa de la monarquía, presentamos un panorama historiográfico que deseamos ampliar en próximos trabajos. Es consideración unánime de los estudios que, durante la Edad Moderna, las honras por la muerte del soberano se consideraron como una fiesta en sentido etimológico, es decir, como acto público, como rito colectivo que subraya un sentido colectivo de lealtad, un hecho que forma parte de la propia vida, que se integra propiamente en el consuelo por la muerte. No puede perderse este punto de vista ni aun subrayando los aspectos más dolientes de conceptos como el de luto.

4.1. Historiografía en torno a un mundo conceptual y un universo estético y simbólico.

La sociedad moderna, fuertemente sacralizada, como venimos comprobando, en lo que a óbito se refiere, venía acogiendo con generosidad todo tipo de expresiones de duelo de carácter público. Si bien el modelo de funeral y entierro del monarca se configuró, básicamente, con la construcción y entierros de las cámaras sepulcrales del monasterio de El Escorial, como veremos, durante el último cuarto del siglo XVI, asentándose por escrito durante el segundo tercio del XVII, los parámetros de exequias reales como actos públicos tienen su origen en siglos anteriores, perdurando hasta finales del XIX.

La exequia regia bajomedieval, no solo en sus elementos estéticos sino ceremoniales, es el antecedente próximo de la que se desarrollará durante el Renacimiento como periodo artístico, y obviamente en la Edad Moderna. Como tal, en

los reinos peninsulares, fue abordada por Menjot⁷¹³, mientras que Nieto Soria las enmarcó en el contexto de la propaganda y la legitimación dinástica de los Trastámara⁷¹⁴. González Arce y García Pérez las estudiaron en el reino de Murcia⁷¹⁵, mientras que en la Corona de Aragón, Laliena e Iranzo se acercaron al túmulo alzado por Alfonso V⁷¹⁶ y Sabaté estudió el poder de los elementos simbólicos de estas honras en los municipios catalanes⁷¹⁷. El reino de Navarra centró geográficamente los estudios de Ramírez Vaquero, no solo dedicados a la imagen de la realeza y más tarde las exequias por el alma de la reina Blanca, sino a la misma identificación de su sepulcro, que pone en duda se realizase en Santa María de Nieva, en función de las costumbres funerarias que señalaban plazos para la celebración de las ceremonias litúrgicas ante los catafalcos, una visión no por original menos sólida en su argumentación⁷¹⁸. También en el aparato funerario que rodeó escenografía del poder de la monarquía de la Navarra bajomedieval se centró Osés⁷¹⁹.

La conservación de grabados con los túmulos dispuestos en el interior de templos, en ciudades de los reinos españoles, ha hecho posible su exposición en muestras y la consiguiente publicación de estudios generales y monografías. Entre las visiones de conjunto, que exponen el valor de dichas creaciones arquitectónicas en el marco genérico de manifestaciones festivas de la monarquía (proclamaciones de reyes, enlaces, nacimientos de príncipes e infantes, entradas de monarcas en ciudades, canonizaciones de santos, procesiones solemnes y otras, como veremos), dotándoles a la vez de individualidad, conviene destacar las aportaciones de Bonet Correa, que

⁷¹³ MENJOT, Denis: “Les funérailles des souverains castillans du bas Moyen Âge racontées par les chroniqueurs : une image de la souveraineté”, *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Nice. Mélanges Jean Larmat*, 39 (1982), pp. 195-209; “Un chrétien qui meurt toujours: les funérailles royales en Castille à la fin du Moyen Âge”, en DUBY, Georges (et. al.): *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y en el Arte de la Edad Media (II)*, Santiago de Compostela, 1992, pp. 127-138.

⁷¹⁴ NIETO SORIA, José Manuel: *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, 1993.

⁷¹⁵ GONZÁLEZ ARCE, José Damián, GARCÍA PÉREZ, Francisco José: “Ritual, jerarquías y símbolos en las exequias reales de Murcia (siglo XV)”, *Miscelánea Medieval Murciana*, Vol. XIX-XX (1995-1996), pp. 129-238; GONZÁLEZ ARCE, José Damián: *Apariencia y poder. La legislación suntuaria castellana en los siglos XIII y XIV*, Jaén, 1998.

⁷¹⁶ LALIENA CORBERA, Carlos, IRANZO MUÑO, María Teresa: “Las exequias de Alfonso V en las ciudades aragonesas. Ideología real y rituales públicos”, *Aragón en la Edad Media*, 9 (1991), pp. 55-75.

⁷¹⁷ SABATÉ I CURULL, Flocel: *Cerimònies fúnebres i poder municipal a la Catalunya baixmedieval*, Barcelona, 2003; *Lo senyor Rey és mort! Actitud i cerimònies dels municipis catalans baix-medievals davant la mort del monarca*, Lleida, 1994.

⁷¹⁸ RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa: “Los restos de la reina Blanca de Navarra y sus funerales en Pamplona”, *Príncipe de Viana*, 208 (1996), pp. 345-357; *Estudios sobre la realeza navarra en el siglo XV*, Pamplona, 2005.

⁷¹⁹ OSÉS URRICELQUI, Mercedes: “Ceremonias funerarias de la realeza navarra en la Baja Edad Media”, en RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa (dir.): *Estudios sobre la realeza navarra en el siglo XV*, Pamplona, 2005, pp. 103-127.

proporcionó claves arquitectónicas generales para entender el estilo de las creaciones o la complejidad para su construcción, que implicaba el esfuerzo y coordinación del trabajo de arquitectos, carpinteros, ensambladores, fundidores, plateros, tapiceros, doradores y pintores, entre otros, y dedicó estudios a túmulos erigidos a Carlos V y Felipe IV⁷²⁰. Es importante contextualizar la presencia de artistas como el Greco en túmulos como el que Toledo alzó para Margarita de Austria a pocos meses de su muerte, a principios de 1612, o la elección de los templos en una misma ciudad, en la que podía optarse por el crucero de una iglesia de menor altura y representatividad o tradición histórica para las honras, como fue el caso del Madrid de los últimos Austria, cuando se abandonó los Jerónimos, en algunos casos, por el nuevo monasterio de la Encarnación, construido a principios del siglo XVII. Como estamos comprobando, el binomio monarquía y expresión del luto a través del arte en las creaciones estéticas de los túmulos constituye el eje fundamental de las investigaciones.

Sin duda Allo Manero es una de las historiadoras española que más ha analizado la arquitectura efímera regia, dedicando numerosas monografías a la cuestión, tanto en su vertiente festiva como propiamente funeraria, estudiando significados a partir de símbolos y metáforas, así como el complejo universo conceptual que rodeaba las composiciones. Una de sus mayores aportaciones ha sido precisamente la utilización sistemática de las fuentes historiográficas, distinguiendo siempre entre los estudios descriptivos y documentales de las ceremonias, los de la arquitectura provisional en sí misma y los análisis iconográficos. No ha dudado en diferenciar tipos de catafalcos, una eficaz apuesta teórica para abrir camino a la hora de abordar cuestiones como la posible clasificación de las ceremonias que nos ocupan, en base a los recursos materiales utilizados, pues no sería lo mismo hacerlo mediante meras opciones artísticas⁷²¹.

⁷²⁰ BONET CORREA, Antonio: “La arquitectura efímera del Barroco en España”, en CHECA CREMADES, Fernando (dir.): *Arte barroco e ideal clásico: aspectos del arte cortesano de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, 2004, pp. 19-42; “Las exequias de Felipe II”, en *Felipe II y su época. Actas del Simposium (El Escorial, 1-5 septiembre de 1998)*, San Lorenzo de El Escorial, 1998, Vol. 1, pp. 311-322; “La arquitectura efímera del Barroco en España”, *Norba*, 13 (1993), pp. 23-70; *Fiesta, poder y arquitectura: aproximaciones al Barroco español*, Madrid, 1990; “La fiesta barroca como práctica de poder”, *Diwan*, 5-6 (1979), pp. 53-85; “El túmulo de Felipe IV de Herrera Barnuevo y los retablos-baldaquinos del barroco español”, *Archivo español de arte*, 136 (1961), pp. 285-296; “Túmulos del Emperador Carlos V”, *Archivo español de arte*, 129 (1960), pp. 55-66.

⁷²¹ ALLO MANERO, María Adelaida: “Líneas de investigación sobre el lenguaje emblemático del arte efímero: las composiciones simbólicas para las exequias reales de la casa de Austria”, en REDONDO VEINTEMILLAS, Guillermo, MONTANER FRUTOS, Alberto, GARCÍA LÓPEZ, María Cruz (coords.): *Actas del I Congreso Internacional de Emblemática General*, Vol. III, Zaragoza, 2004, pp. 1701-1710; “Las exequias reales de la Casa de Austria y el arte efímero español: estado de la cuestión”, en GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, LOBATO LÓPEZ, María José (coords.): *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*, Valladolid, 2003, pp. 117-135; “La mitología en las exequias reales de la Casa de Austria”, *De*

Ciertamente es grande el peso del valor simbólico de cada alzado, que residía en sus claves emblemáticas, como destacó Gállego⁷²². La forma que adoptaba cada construcción para honras y su ubicación en el interior de los templos alcanza por sí sola protagonismo en los estudios, siendo objeto de interesante debate su posición, generalmente en los cruceros de las iglesias, o su similitud con las custodias y monumentos de Jueves Santo, como subraya Varas Romero⁷²³. España cuenta con un sobresaliente acervo investigador en la materia, como recuerda Martínez Hernández, lo que ha exigido importantes esfuerzos de identificación de autoría de los diseños, de los antecedentes de su instalación y del desarrollo de los actos que constituyeron las honras, en medio de la dificultad que entraña el hecho de que las obras no hayan perdurado⁷²⁴. Contamos con estudios tanto individualizados por proyectos iconográficos referidos a

arte: revista de historia del arte, 2 (2003), pp. 145-164; “Líneas de investigación sobre el lenguaje emblemático del arte efímero: las composiciones simbólicas para las exequias reales de la Casa de Austria”, *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, 85 (2001), pp. 5-12; “Exequias del emperador Carlos V en la monarquía hispana”, en ZALAMA RODRÍGUEZ, Miguel Ángel, REDONDO CANTERA, María José (coords.): *Carlos V y las artes: promoción artística y familia imperial*, Valladolid, 2000, pp. 261-282; “Exequias reales y arquitectura provisional en la Seo de Zaragoza”, en *La Seo de Zaragoza*, Zaragoza, 1998, pp. 479-491; “La arquitectura provisional en los túmulos para exequias reales, 1516-1700”, en *Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna. VIII Muestra de Documentación histórica aragonesa*, Zaragoza, 1995, pp. 131-154; “El libro de exequias reales”, en *Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna. VII Muestra de Documentación histórica aragonesa*, Zaragoza, 1995, pp. 68-83 y 188-196; “La emblemática en las exequias reales de la Casa de Austria”, en *Actas del I simposio internacional de emblemática*, Teruel, 1994, pp. 11-26; “Organización y definición de los programas iconográficos en las exequias reales de la Casa de Austria”, *Sémata*, 6 (1994), pp. 223-235; “Dirigismo y propaganda en las exequias reales de la Casa de Austria: el artista y su obra al servicio del poder”, en SERRANO MARTÍN, Eliseo: *Muerte, religiosidad y cultura popular: siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, 1994, pp. 499-508; *Exequias de la Casa de Austria en España, Italia e Hispanoamérica*, Zaragoza, 1993; “Las exequias reales de la Casa de Austria en España, Italia e Hispanoamérica”, *Artigrama*, 10 (1993), pp. 597-602; “Aportación al estudio de las exequias reales en Hispanoamérica: La influencia sevillana en algunos túmulos limeños y mejicanos”, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 1 (1989), pp. 121-138; “Tradición ritual y formal en las exequias reales españolas de la primera mitad del siglo XVIII”, en *El Arte en las cortes europeas del siglo XVIII, Actas del Congreso, Madrid-Aranjuez 27-29 de abril de 1987*, Madrid, 1989, pp. 33-42; “Origen, desarrollo y significado de las decoraciones fúnebres. La aportación española”, *Lecturas de Historia del Arte, Ephialte*, 1 (1989), pp. 87-104; “Estudio iconográfico y mensaje simbólico de los jeroglíficos realizados en las exequias de Felipe IV en el Real Convento de la Encarnación de Madrid”, en *Arte Funerario. Actas del Coloquio Internacional de Historia del Arte, México, 6-10 de octubre de 1980*, México, 1987, pp. 217-229; “Exequias celebradas en la Universidad de Oviedo a la muerte de Felipe IV el Grande”, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 105-106 (1982), pp. 353-366; “Honras fúnebres de Felipe IV en Salamanca”, *Cuadernos de investigación: Historia*, VIII, 1-2 (1982), pp. 33-52; “Iconografía funeraria de las honras de Felipe IV en España e Hispanoamérica”, *Cuadernos de investigación: Historia*, 1-2 (1981), pp. 73-96. ALLO MANERO, María Adelaida, ESTEBAN LORENTE, Juan Francisco: “El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana: siglos XVI, XVII y XVIII”, *Artigrama*, 19 (2004), pp. 39-94.

⁷²² GÁLLEGO SERRANO, Julián: “Aspectos emblemáticos de las reales exequias españolas de la Casa de Austria”, *Goya*, 187-188 (1985), pp. 120-125.

⁷²³ VARAS RIVERO, Manuel: “Sobre la orfebrería y la arquitectura efímera: apuntes sobre su conexión formal a través de algunos ejemplos sevillanos del siglo XVI y primer tercio del XVII”, *Laboratorio de Arte*, 19 (2006), pp. 101-121.

⁷²⁴ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago: “Cultura festiva y poder en la monarquía hispánica y su mundo: convergencias historiográficas y perspectivas de análisis”, *Studia historica. Historia moderna*, 31 (2009), pp. 127-152.

templos y honras puntuales por el óbito de un monarca y templo, como por etapas cronológicas y zonas geográficas. Podría realizarse un recorrido geográfico, que nos acercaría a la Galicia que aborda Barriocanal, que estudia especialmente las honras fúnebres regias en Santiago de Compostela⁷²⁵. Lo cierto es que estos acercamientos se centran, principalmente en ciudades. Así sucede con la de León durante el Antiguo Régimen, especialmente analizada por Campos y Viforcós⁷²⁶. Al Burgos solemne y *festivo* se acercó Payo Hermandad⁷²⁷, mientras que el mensaje de los catafalcos barrocos valencianos fue desentrañado por Aldana, que incidió especialmente en su carácter emblemático⁷²⁸, mientras que en Málaga recibió la atención de Pérez del Campo y Quintana Toret, que inciden en la paulatina disminución del presupuesto dedicado a la arquitectura funeraria efímera, que agudizó el ingenio artístico de quienes ideaban los catafalcos, que hubieron de adaptarse no solo a los recursos escasos que los cabildos y ayuntamientos pretendían dedicar a las ceremonias sino a la presión social por otorgar brillo a tales demostraciones de pública fidelidad al rey⁷²⁹. Al recorrer en Viana (reino de Navarra) los siglos XVII y XVIII a través de los acontecimientos de la monarquía, Labeaga apunta que por privilegio de las ciudades es el propio monarca –en el caso de exequias reales, su sucesor– quien mediante carta con su firma, comunica al ayuntamiento lo sucedido, a partir de lo cual la corporación procedía a difundirlo al pueblo y organizaba las honras fúnebres. En el caso vianés, el historiador refiere exequias como las de los óbitos de Carlos V (1558), o Carlos II (1700). Si los túmulos no llegaron a tener mucha altura, el del último de los Austria, nos refiere, se alzó al

⁷²⁵ BARRIOCANAL LÓPEZ, María Yolanda: “Exequias reales y arte efímero en la ciudad de Santiago de Compostela”, en NIETO ALCAIDE, Víctor, *Santiago y la Monarquía de España (1504-1788)*, Madrid, 2004, pp. 191-206; “La metáfora de la nave: un tópico religioso-político en la decoración fúnebre de las exequias regias”, en PABA, Antonia, ANDRÉS RENALES, Gabriel (coords.): *Encuentro de civilizaciones (1500-1750): informar, narrar, celebrar: actas del tercer Coloquio Internacional sobre relaciones de sucesos*, Alcalá de Henares, 2003, pp. 39-48; “La permanencia dinástica en la literatura e iconografía fúnebre de las exequias reales celebradas en la Galicia del Antiguo Régimen”, en LÓPEZ POZA, Sagrario (coord.), PENA SUEIRO, Nieves (coord.): *La fiesta: actas del II Seminario de Relaciones de Sucesos (A Coruña, 1998)*, Ferrol, 1999, pp. 19-28; *Exequias reales en la Galicia del Antiguo Régimen: poder ritual y arte efímero*, Vigo, 1997.

⁷²⁶ CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA, María Dolores, VIFORCÓS MARINA, María Isabel: *Honras fúnebres en el León del antiguo régimen*, León, 1995; VIFORCÓS MARINA, María Isabel: *La ciudad de León en el siglo XVII: la fiesta barroca y su instrumentalización ideológica*, León, 1991.

⁷²⁷ PAYO HERMANDAD, René Jesús: “Fiestas y solemnidades públicas en Burgos (1598-1833): El arte efímero y su significado simbólico”, *Boletín de Museo e Instituto Camón Aznar*, 69 (1997), pp. 181-208.

⁷²⁸ ALDANA FERNÁNDEZ, Salvador: “Imágenes y símbolos en los túmulos barrocos valencianos”, *Archivo de Arte Valenciano*, LXI (1980), pp. 48-56; “La emblemática valenciana del Barroco y el funesto Geroglífico”, *Archivo de Arte Valenciano*, LX (1979), pp. 46-58.

⁷²⁹ PÉREZ DEL CAMPO, Lorenzo, QUINTANA TORET, Francisco Javier: *Fiestas barrocas en Málaga. Arte efímero e ideología en el siglo XVII*, Málaga, 1985; PÉREZ DEL CAMPO, Lorenzo: “Arquitectura funeraria efímera en Málaga (1550-1650)”, *Boletín de Arte*, 4-5 (1984), pp. 157-178.

menos con dos cuerpos. Al informar sobre las de Felipe IV, 35 años antes, constata cómo noticias extraoficiales, que llegaron desde Madrid antes de la carta de la reina gobernadora Mariana de Austria, hicieron que se decidiese adelantar la preparación de los lutos. Aunque el historiador recorre también eventos no luctuosos, subrayará la necesidad de solicitar permiso, para programar los correspondientes gastos, al Real Consejo de Navarra, lo que se justifica en el histórico régimen foral⁷³⁰.

Quizá el más temprano estudio sobre las honras de Carlos V fue el de Barcia, de comienzos del siglo XX⁷³¹. A mediados de la centuria, además del ya citado de Bonet Correa, Bouza Rey abordó el túmulo instalado en la catedral de Santiago de Compostela⁷³². Siguieron el de Abella⁷³³ y Sebastián, ambos sobre el alzado en Valladolid⁷³⁴, o los de Checa a partir del dispuesto en Alcalá de Henares⁷³⁵. Sobre el de Sevilla escribió Morales Martínez⁷³⁶. Las honras del emperador desplegaron un rico universo simbólico no solo en los reinos peninsulares. También los territorios europeos –Anderson⁷³⁷, Aurenhammer y Dauble⁷³⁸, Berendsen⁷³⁹, Jacops⁷⁴⁰– y americanos –Torre Revelló⁷⁴¹–, como puso de relieve Zapata, elevaron suntuosos homenajes al monarca⁷⁴².

⁷³⁰ LABEAGA MENDIOLA, Juan Cruz: “Viana celebra los acontecimientos de la monarquía”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 82 (2007), pp. 67-112. Conocemos la identidad del autor del túmulo o “capelardente” de las honras de quien fuera la consorte de Luis I, rey efímero entre enero y agosto de 1724, Luisa Isabel de Orleáns. Se trató del maestro retablista Juan Jerónimo Coll, que preparó el catafalco de exequias al conocerse que la soberana había fallecido en París, en 1742.

⁷³¹ BARCIA PAVÓN, Ángel: “Pompa fúnebre de Carlos V”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, IX (1903), pp. 429-439.

⁷³² BOUZA REY, Fermín: “Las exequias del emperador Carlos I en la catedral de Santiago. Textos y documentos”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XIV (1959), pp. 267-276.

⁷³³ ABELLA RUBIO, Juan José: “El túmulo de Carlos V en Valladolid”, *Boletín de Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLIV (1978), pp. 177-200.

⁷³⁴ SEBASTIÁN LÓPEZ, Santiago: “El túmulo de Carlos V en Valladolid”, en *Arte y Humanismo*, Madrid, 1978, pp. 308-312; “El túmulo de Carlos V”, en *Homenaje a Justino Fernández*, México, 1977.

⁷³⁵ CHECA CREMADES, Fernando: “Las ceremonias funerales de Carlos V y el sentido de la muerte en el siglo XVI”, en CHECA CREMADES, Fernando: *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento*, Madrid, 1987, pp. 259-273; “Un programa imperialista: el túmulo erigido en Alcalá de Henares en memoria de Carlos V”, *Revista de Archivos, Biblioteca y Museos*, LXXXII (1979), pp. 369-379.

⁷³⁶ MORALES MARTÍNEZ, Alfredo José: “Gloria y Honras de Carlos V en Sevilla”, en *Arquitectura Imperial*, Granada, 1988, pp. 137-158.

⁷³⁷ ANDERSON, Jaynie: “Le roi ne meurt jamais: Charles V’s Obseques in Italy”, *Studia Albornotiana*, XXVI, 1 (1979), pp. 379-399.

⁷³⁸ AURENHAMMER, A., DAUBLE, F.: “Die exequien fur Faizer Karl V. in Augsburg, Brussel und Bologna”, *Wolfenbutteler Forschungen*, 22 (1983), pp. 141-190.

⁷³⁹ BERENDSEN, Olga: “R. Taddeo’s Zuccaro’s Painting for Charles V’s Obsequies in Rome”, *Burlington Magazine*, CXII (1971), pp. 809-811.

⁷⁴⁰ JACOPS, Marie-France: “Le pompe funèbre de Charles V à Nancy”, *Pays Lorrain*, LXIV, 3 (1983), pp. 167-178.

⁷⁴¹ TORRE REVELLO, José: “Las exequias de Carlos V en Lima”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, XIV, 51-52 (1932), pp. 60-78.

⁷⁴² ZAPATA FERNÁNDEZ DE LA HOZ, María Teresa: “Una imagen para la eternidad: aspectos simbólicos de las exequias de Carlos V”, en *El mundo de Carlos V: de la España medieval al Siglo de Oro: México, 3 de noviembre 2000 – 25 de febrero 2001*, Madrid, 2000, pp. 209-228.

En 1963 se reeditaría el clásico de Cervantes de Salazar, cronista de las honras por el emperador en Ciudad de México, referente para cualquier acercamiento a los túmulos hispanoamericanos⁷⁴³. Su valor como proto-crónica de exequias regias en el Nuevo Continente fue examinado por Sanchís Amat, que puso de relieve como el túmulo elevado en la capilla de san José de los Naturales el convento de san Francisco, en Ciudad de México, a finales de 1559, y la ceremonia celebrada, supusieron una exitosa simbiosis, procedente del humanismo europeo, de la labor de arquitectos, pintores, músicos y poetas, que glosaron al emperador a través de biografía y símbolo, marcando el camino a celebraciones posteriores⁷⁴⁴.

Santos Márquez abordó la arquitectura efímera que se dispuso en la catedral de Sevilla tras la muerte de la emperatriz Isabel, que fue honrada tras su temprana muerte, en 1539, con un túmulo de Pedro Machuca dispuesto en la Capilla Real de la catedral de Granada⁷⁴⁵.

Las exequias de Felipe II en la península no revistieron menor solemnidad que las de su progenitor. Han sido estudiados aspectos que sobrepasan lo meramente artístico, que desentrañan el operativo del ceremonial, pero también claves de la complejidad que suponía la puesta en marcha de las honras tanto en sus aspectos materiales como humanos. A partir de los acercamientos iniciales de Agapito⁷⁴⁶ y los clásicos de Redonet⁷⁴⁷ o Válgoma sobre las exequias del tiempo de Rey Prudente⁷⁴⁸, contamos con análisis sobre lo proyectado en la nave de los Reyes de la catedral de Cuenca, de Rokiski, que reprodujo los datos contenidos en la documentación conservada, constatando la prisión del ensamblador, que no cumplió ni hizo frente al

⁷⁴³ CERVANTES DE SALAZAR, Francisco: *México en 1554 y Túmulo imperial*, México, 1963. Francisco Cervantes de Salazar (Toledo, c.1514 – Ciudad de México, 1575), estudiante de la universidad de Salamanca y profesor de la de Osuna, fue el cronista del cabildo de México y primer rector de la Universidad de México. Llegó al virreinato de Nueva España en 1551. Murió siendo canónigo de la catedral de Ciudad de México.

⁷⁴⁴ SANCHÍS AMAT, Víctor Manuel: “Construiré un monumento más imperecedero que el bronce: el Túmulo imperial de la gran ciudad de México, 1560, primera relación funeraria de la Nueva España”, en LÓPEZ CALDERÓN, Carme, FERNÁNDEZ VALLE, María de los Ángeles, RODRÍGUEZ MOYA, María Inmaculada (coords.): *Barroco Iberoamericano: identidades culturales de un imperio*, Vol. II, Santiago de Compostela, 2013, pp. 105-114. El túmulo fue obra del arquitecto castellano Claudio de Arciniega y las ceremonias tuvieron lugar el día de san Andrés.

⁷⁴⁵ SANTOS MÁRQUEZ, Antonio Joaquín: “Exequias y túmulo de la emperatriz doña Isabel de Portugal en la Catedral de Sevilla”, *Reales Sitios*, 181 (2009), pp. 28-41.

⁷⁴⁶ AGAPITO REVILLA, Juan: “Honras por Felipe II y proclamación de Felipe III en Valladolid”, *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, I (1923), pp. 126-162.

⁷⁴⁷ REDONET Y LÓPEZ-DÓRIGA, Luis: “Honras a Felipe II”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXXXIX (1956), pp. 203-233.

⁷⁴⁸ VÁLGOMA Y DÍAZ-VARELA, Dalmiro de la: “Honras fúnebres en tiempos de Felipe II”, en *El Escorial, 1563-1963*, Madrid, 1963, pp. 359-398.

contrato inicial del mismo conjunto ornamental⁷⁴⁹. Pérez Escolano ofrece un estudio conjunto sobre los realizados en la capital del Guadalquivir en las exequias del soberano, en el que constató la dificultad de identificar a los autores del diseño y, casi tres lustros después, a los que idearon el de Margarita de Austria, consorte de su sucesor⁷⁵⁰. Sanz Serrano abordó la iconografía del catafalco erigido al rey en la localidad conquense de Belmonte⁷⁵¹, mientras que Scott lo hacía con el alzado en Zaragoza⁷⁵². Al estudiar el conjunto simbólico desplegado en la catedral de Pamplona a la muerte de Felipe II, Fernández Gracia también constata el poder del lenguaje metafórico empleado en el ensalce de su figura y obra al frente de la monarquía de España⁷⁵³. Autor que constata la organización de honras por el monarca es Ledesma Gámez al acercarse a la figura de Diego de Mendoza, que recibió el encargo, según la documentación conservada en el Archivo Municipal de Osuna, de preparar el túmulo en la Colegiata de la villa, aunque no ha llegado hasta nosotros el diseño del mismo⁷⁵⁴. Contamos, también con estudios que constatan la organización de las ceremonias de honras, aunque no definan los catafalcos, pero reproduzcan y analicen los sermones que acompañaron las exequias por el monarca: Henares Díaz estudió el de Murcia, caracterizando su contenido como literatura coadyuvante al fin y sentido de lo expresado en el túmulo⁷⁵⁵, mientras que Lope Toledo definió el de Logroño, que se pronunció el día de San Lucas de 1598 y fue editado un año después⁷⁵⁶.

El siglo XVII fue la centuria con más intenso desarrollo de la arquitectura funeraria efímera en la monarquía de España. Los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, con los fallecimientos respectivos de los monarcas y sus consortes e hijos, marcarán hitos en la creación de proyectos de catafalcos y programas iconográficos, cuyo sentido y valor han querido desentrañar no pocos historiadores. Si bien los

⁷⁴⁹ ROKISKI LÁZARO, María Luz: "Túmulo de Felipe II", *Cuenca*, 14-15 (1978-1979), pp. 49-54.

⁷⁵⁰ PÉREZ ESCOLANO, Víctor: "Los túmulos de Felipe II y de Margarita de Austria en la catedral de Sevilla", *Archivo hispalense: Revista histórica, literaria y artística*, LX, 185 (1977), pp. 149-178.

⁷⁵¹ SANZ SERRANO, María Jesús: "Estudio iconográfico del túmulo a Felipe II levantado en la colegiata de la ciudad de Belmonte", *Revista de ideas estéticas*, 141 (1978), pp. 33-47.

⁷⁵² SCOTT, John Beldon: "The catafalques of Philip II in Saragosa", *Studies in Iconography*, V, 5 (1979), pp. 107-134.

⁷⁵³ FERNÁNDEZ GRACIA, Ricardo: "El túmulo de Felipe II en la Catedral de Pamplona", en *Felipe II y las Artes. Actas del Congreso Internacional (Madrid, 9-12 de diciembre de 1998)*, Madrid, 2000, pp. 453-464.

⁷⁵⁴ LEDESMA GÁMEZ, Francisco: "Noticias sobre Diego de Mendoza, entallador y carpintero de Osuna", *Laboratorio de Arte*, 9 (1996), pp. 105-124.

⁷⁵⁵ HENARES DÍAZ, Francisco: "1598 en Murcia: las exequias de Felipe II. Literatura, sermones, historia", *Carthaginensia. Revista de estudios e investigación*, 27 (1999), pp. 139-165.

⁷⁵⁶ LOPE TOLEDO, José María: "Logroño en el siglo XVI. Honras funerales por Felipe II", *Berceo*, 71 (1964), pp. 111-132.

estudios sobre proyectos referidos a soberanos específicos destacan en número sobre el conjunto, los acercamientos basados en la agrupación de series en torno a periodos cronológicos, zonas geográficas, ciudades y entornos edilicios concretos como templos o universidades son muy significativos de la inquietud por la celebración de honras regias. Así, el poder transmisor de mensaje de lo representado en los túmulos regios en Murcia despertó el interés de Belda⁷⁵⁷; Miera estudia los catafalcos madrileños del setecientos⁷⁵⁸ y Lores, en el contexto de la ciudad, los alzados en Castellón en el mismo siglo⁷⁵⁹; Esteban Llorente se acerca a las exequias en Zaragoza durante el Barroco⁷⁶⁰ y Melgosa considera los catafalcos burgaleses a la muerte de los monarcas Austria⁷⁶¹. Vitoria respondió como ciudad a las indicaciones para la organización de exequias regias durante la Edad Moderna, como recuerda Reguera en un elenco de referencias a la documentación conservada en el Archivo Municipal de la capital alavesa, que incluyó las honras por Carlos V en la Iglesia Mayor de Santa María el 13 de noviembre de 1558 y, destacando el papel de las autoridades municipales en su organización, marcarían el estilo de las ofrecidas por sus sucesores en el siguiente siglo y medio⁷⁶².

Para honras fúnebres en espacios tan caracterizados como catedrales contamos con acercamientos bien documentados: en la de Las Palmas, como analiza Martín Rodríguez, se elevó túmulo por Ana de Austria, la cuarta esposa de Felipe II, que falleció en 1580⁷⁶³. En otro extremo geográfico, la catedral de Jaca acogía en la misma centuria, con paralelo espíritu, liturgias de excepción en sufragio por los Austria, como expuso Gómez de Valenzuela⁷⁶⁴. Ha destacado Kawamura en su ensayo sobre exequias reales celebradas en la catedral ovetense, que los templos catedralicios eran sin duda

⁷⁵⁷ BELDA NAVARRO, Cristóbal: “Los jeroglíficos de las exequias reales del siglo XVII. Las justas poéticas de Murcia”, *Lecturas de Historia del Arte. Ephialte*, II (1990), pp. 134-143; *Emblemas, jeroglíficos, enigmas y laberintos en el arte efímero de Murcia durante el Siglo de Oro*, Murcia, 1990.

⁷⁵⁸ MIERA DE SANTOS, Carmen: “Túmulos madrileños del siglo XVII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXI, (1984), pp. 37-42.

⁷⁵⁹ LORES MESTRE, Beatriz: *Fiesta y arte efímero en el Castellón del setecientos: celebraciones extraordinarias promovidas por la Corona y por la Iglesia*, Castelló de la Plana, 1999; “Fiesta y arte efímero en la villa de Castellón durante el Setecientos”, *Millars. Espai i historia*, 19 (1996), pp. 41-64.

⁷⁶⁰ ESTEBAN LLORENTE, Juan Francisco: “Mensaje simbólico de las exequias reales realizadas en Zaragoza en la época del Barroco”, *Seminario de Arte Aragonés*, 34 (1981), pp. 121-143.

⁷⁶¹ MELGOSA OTER, Óscar Raúl: “Monumentos efímeros en las exequias burgalesas de los Austrias”, *Boletín de la Institución Fernán González*, 248 (2014), pp. 237-252.

⁷⁶² REGUERA ACEDO, Iñaki: “Monarquía y sociedad. Fiesta política y sociabilidad en Vitoria en la Edad Moderna”, *Vasconia. Cuadernos de historia-geografía*, 33 (2003), pp. 481-505.

⁷⁶³ MARTÍN RODRÍGUEZ, Fernando Gabriel: “La fiesta de la muerte: el túmulo de Ana de Austria en la Catedral de Las Palmas”, en MORALES PADRÓN, Francisco (coord.): *XI Coloquio de Historia Canario-Americana*, Vol. I, Las Palmas de Gran Canaria, 1996, pp. 391-408.

⁷⁶⁴ GÓMEZ DE VALENZUELA, Manuel: “Funerales en Jaca por los Reyes de la Casa de Austria”, *Aragonia sacra*, 21 (2011), pp. 201-226.

alguna los espacios sacros cualificados para acoger las honras regias, si bien no compartimos su enfoque sobre el culto (sic) al que iban dirigidas, que centra en la propia monarquía, pues estimamos que se trataba de una cuestión de lealtad, no de adoración religiosa⁷⁶⁵. En todo caso, la relativa variedad de espacios para exequias hizo posible la presencia de túmulos de rica simbología en entornos universitarios, como presentan en la Universidad de Salamanca Sanz Hermida y Sanz Ramos, para las honras de Ana de Austria, cuarta consorte de Felipe II⁷⁶⁶, y Montaner, dedicados a las honras de Margarita de Austria y Felipe III⁷⁶⁷, o Redondo Cantera, sobre ritos funerarios solemnes en la Universidad de Valladolid⁷⁶⁸. La celebración de los ritos exequiales suspendía siempre la actividad docente.

Si las exequias de Felipe III han sido analizadas en estudios de carácter más general, es claro que el largo reinado de Felipe IV (1621-1665) se proyecta no solo sobre el arte figurativo, sino sobre la rica simbología de lo funerario. Azcárate⁷⁶⁹ ofreció a principios de la década de 1960 un acercamiento a los túmulos de la época del Rey Planeta, cuyo reinado fue también el del símbolo y concluyó con una apoteosis de metáforas y alegorías que se confundieron entre la majestad que permanecía y lo funerario que se imponía, como también subrayó acertadamente Valdivielso en un ensayo de profundo contenido iconológico⁷⁷⁰. Un estudio general sobre como cabildos y catedrales organizaron exequias tras la muerte de Felipe IV es el de Orso, que tiene en cuenta la intensidad con que por toda la geografía española se dio brillante fin litúrgico a tan largo periodo político. El historiador dedicó también un artículo a las exequias de

⁷⁶⁵ KAWAMURA, Yayoi: “Culto a la monarquía católica en las exequias reales y arte efímero en la catedral de Oviedo durante el siglo XVII”, en RAMALLO ASENSIO, Germán Antonio (coord.): *La catedral guía mental de la Europa Barroca Católica*, Murcia, 2010, pp. 479-510.

⁷⁶⁶ SANZ HERMIDA, José María, SANZ RAMOS, José: “Honras solemnes que la Universidad de Salamanca hizo a la muerte de la reina doña Anna, seguidas de los poemas inéditos a las mismas de Henrique Cock Gorcomio, notario apostólico y archero de la guardia del cuerpo real”, *Salamanca. Revista de estudios*, 44 (2000), pp. 369-405. Las exequias, celebradas en la capilla de san Jerónimo de la universidad salmantina, tuvieron lugar el 3 de enero de 1581, tomándose como referencia las celebradas por la anterior consorte del monarca, Isabel de Valois.

⁷⁶⁷ MONTANER LÓPEZ, Emilia: “Las honras fúnebres de Margarita de Austria y de Felipe III en la Universidad de Salamanca”, en *Actas del I simposio internacional de emblemática, Teruel, 1-2 de octubre de 1991*, Teruel, 1994, pp. 509-526.

⁷⁶⁸ REDONDO CANTERA, María José: “Nos habebit humus: espacio docente y rito funerario en la Universidad de Valladolid durante la Edad Moderna”, en SERRANO MARTÍN, Eliseo: *Muerte, religiosidad y cultura popular: siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, 1994, pp. 471-497.

⁷⁶⁹ AZCÁRATE RISTORI, José María de: “Datos sobre los túmulos de la época de Felipe IV”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXVIII (1961), pp. 289-296.

⁷⁷⁰ VALDIVIESO GONZÁLEZ, Enrique: “Alegorías de la vida y de la muerte en la época de Felipe IV”, en PITA ANDRADE, José Manuel, RODRÍGUEZ REBOLLO, Ángel (coords.): *Tras el centenario de Felipe IV: Jornadas de Iconografía y Coleccionismo dedicadas al profesor Alfonso E. Pérez Sánchez*, Madrid, 2006, pp. 415-441.

la primera y llorada consorte del monarca, Isabel de Borbón⁷⁷¹. Cayetano, Flores y Gallego analizaron las honras organizadas por el concejo de Madrid en honor del cuarto Felipe en un estudio conjunto⁷⁷². También desbrozó Bonet Correa el túmulo diseñado por Herrera Barnuevo, como hemos visto. No extraña que tras 44 años de reinado las más apartadas villas reprodujesen la representación ceremonial funeraria, como en Pilas, en la jurisdicción de la capital del Guadalquivir, que en medio de severas dificultades económicas, como expone Ruiz Cabello, elevó un esquemático monumento de tres cuerpos⁷⁷³. Hacia el Este, la también sevillana Écija volvía a elevar un catafalco por Felipe IV, como lo había hecho por Felipe III en 1621. Así lo revela Mejías Álvarez en un ensayo en el que, tomando como base ambas exequias, expone tres métodos de asignación del trazado de los catafalcos y su aparato decorativo, que habrían sido la designación directa, la subasta o el concurso, con posibilidad, en el compromiso contractual ecijano de 1665, de multa de quinientos ducados en caso de incumplimiento del plazo de entrega, señalado en treinta días. La autora expone similitudes del túmulo astigitano por Felipe III con la planta hexagonal del de Carlos V en Valladolid, en 1558, así como las balaustradas del de Felipe II y Margarita de Austria en la catedral de Sevilla, en 1598 y 1611⁷⁷⁴. No era infrecuente la repetición de esquemas arquitectónicos. O emblemáticos. En no pocas ocasiones, la simbología empleada en unos túmulos servía de inspiración indirecta, cuando no de referencia concreta para obligada reproducción, a otras construcciones efímeras en templos de ciudades distantes, como recuerda Azanza, en sus estudios y en el que dedicó a las honras a Felipe IV en el monasterio madrileño de la Encarnación⁷⁷⁵.

Ciertamente las reinas consortes de la Casa de Austria fueron distinguidas a su muerte con exequias propias, dignas de su relevancia dinástica. Así lo han destacado

⁷⁷¹ ORSO, Steven N.: "Praising the Queen. The Decoration of the Royas Exequies for Isabella of Bourbon", *The Art Bulletin*, LXXII, I (1990), pp. 51-73; *Art and Death at the Spanish Habsburg Court: The Royal Exequies for Philip IV*, Columbia, 1989.

⁷⁷² CAYETANO MARTÍN, María del Carmen, FLORES GUERRERO, Pilar, GALLEGU RUBIO, Cristina: "El Concejo de Madrid y las honras fúnebres en memoria del rey don Felipe, año 1665", *Hispania sacra*, 35 (1983), pp. 723-738.

⁷⁷³ RUIZ CABELLO, Francisco Miguel: "Testimonio y circunstancia de las honras fúnebres por el rey Felipe IV en la Villa de Pilas", *Anuario de estudios locales*, 3 (2009), pp. 5-12.

⁷⁷⁴ MEJÍAS ÁLVAREZ, María Jesús: "Pyras Philipicas. Los túmulos de Felipe III y Felipe IV erigidos en la ciudad de Écija", *Laboratorio de Arte*, 18 (2005), pp. 193-200.

⁷⁷⁵ AZANZA LÓPEZ, José Javier: "Los jeroglíficos de Felipe IV en la Encarnación de Madrid como fuente de inspiración en las exequias pamplonesas de Felipe V", en ZAFRA, Rafael, AZANZA LÓPEZ, José Javier (ed.): *Emblemata áurea: La emblemática en el arte y en la literatura del Siglo de Oro*, Madrid, 2000, pp. 33-55.

Mínguez⁷⁷⁶ o Torremocha⁷⁷⁷ en su acercamiento general a la cuestión, destacando los modelos empleados en el recuerdo al papel de las consortes a través de los catafalcos funerarios. La sorpresa por el inesperado tránsito de una reina, como el de Margarita de Austria tras dar a luz al infante don Alonso en 1611, no impidió nunca la construcción de solemnes aparatos fúnebres, como el que en la catedral palentina de san Antolín centró la liturgia por su alma el 23 de noviembre de aquél año y nos describió García Cuesta, en un artículo en el que destaca la capacidad de la ciudad por acoger, en la vertiente festiva que ya hemos subrayado, la celebración del paso de los soberanos por la urbe, en junio de 1603, y el óbito de la reina, ocho años más tarde, abandonando el mundo⁷⁷⁸. La consorte de Felipe III, tuvo exequias que fueron estudiadas tempranamente por Ramis de Ayreflor⁷⁷⁹ y Vera⁷⁸⁰, a los que siguieron Alvar, que trató también los panegíricos sobre la soberana⁷⁸¹, Pardo⁷⁸², o Urrea, que estudió el catafalco que se alzó en su honor en la catedral de Valladolid, el 20 de noviembre del año de su muerte⁷⁸³. El de Córdoba fue abordado por Moreno Cuadro⁷⁸⁴. A sus honras en Murcia, desde la perspectiva de los gastos que generaron, se aproximó López García⁷⁸⁵.

Sobre los túmulos erigidos para honras a la muerte de Isabel de Borbón, primera esposa de Felipe IV, contamos con uno de los más antiguos artículos sobre arquitectura

⁷⁷⁶ MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor Manuel: “Arte efímero e iconología: esquema iconográfico de túmulos de reinas españolas de la Casa de Austria”, en *Actas del VIII Congreso Nacional de Historia del Arte*, Cáceres, 1990, pp. 727-732.

⁷⁷⁷ TORREMOCHA HERNÁNDEZ, Margarita: “Exequias para las reinas de la casa de Austria”, en LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, FRANCO RUBIO, Gloria Ángeles (coords.): *Actas de la VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna (Madrid, 2-4 de junio de 2004)*, Vol. I, Madrid, 2005

⁷⁷⁸ GARCÍA CUESTA, Timoteo: “Doble homenaje tributado a la Reina Doña Margarita de Austria en Palencia”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 30 (1971), pp. 127-155.

⁷⁷⁹ RAMIS DE AYREFLOR Y SUREDA, José: “Exequias y lutos por la muerte de la reina de España Margarita de Austria”, *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, 13 (1919), pp. 73-76.

⁷⁸⁰ VERA Y DE LA TORRE, Juan de: “Funerales por la reina Margarita”, *Estudios Segovianos*, 3 (1951), pp. 286-288.

⁷⁸¹ ALVAR, Elena: “Exequias y certamen poético por Margarita de Austria (Zaragoza, 1612)”, *Archivo de filología aragonesa*, Vol. XXVI-XXVII (1980), pp. 225-392.

⁷⁸² PARDO LESTA, Rubén: “Un acercamiento iconográfico a las exequias de la reina Margarita de Austria (A Coruña, 1612)”, en LÓPEZ POZA, Sagrario, PENA SUEIRO, Nieves (coords.): *La fiesta: actas del II Seminario de Relaciones de Sucesos (A Coruña, 1998)*, Ferrol, 1999, pp. 281-292.

⁷⁸³ URREA FERNÁNDEZ, Jesús: “Exequias por la reina Margarita de Austria en Valladolid”, en *Glorias efímeras. Las exequias florentinas por Felipe II y Margarita de Austria*, Madrid, 1999, pp. 79-85. El historiador presenta como notas características de las exequias durante el Antiguo Régimen en la ciudad que su universidad siempre organizaba honras propias con posterioridad a las organizadas por el cabildo y municipio, y que la universidad, de patronato regio, no asistía a las primeras.

⁷⁸⁴ MORENO CUADRO, Fernando: *Arte efímero andaluz*, Córdoba, 1997.

⁷⁸⁵ LÓPEZ GARCÍA, María Trinidad: “Gastos en el ceremonial en Murcia de las exequias a la muerte de la reina Margarita de Austria (1611)”, en LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, FRANCO RUBIO, Gloria Ángeles (coords.): *Actas de la VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna (Madrid, 2-4 de junio de 2004)*, vol. I, Madrid, 2005, pp. 447-464.

efímera, de Arco⁷⁸⁶, al que siguió inmediatamente el de Devenga sobre las mismas exequias en San Jerónimo el Real⁷⁸⁷. Años más tarde, Moreno Cuadro se centraría en el que se alzó en la Capilla Real de la Catedral de Granada, subrayando que Isabel de Borbón recibió, en diciembre de 1644 y junto a la cripta de reposo de los Reyes Católicos, un homenaje en el que se resaltaron virtudes como la piedad, sus obras de caridad, en varios niveles arquitectónicos coronados por una representación de la Fama⁷⁸⁸. También fue llorada en Guadalajara, como recuerda Pradillo en una aproximación al túmulo que se dispuso en la iglesia de santa María, con reflexiones sobre la fuerza simbólica de la oposición del negro, como color del tiempo, contrapuesto al amarillo de la inmortalidad y el éxtasis, del más allá, en un ensayo que aborda otras cuestiones generales sobre la historia de la arquitectura efímera, como su supuesta decadencia en el siglo XVIII, al afirmar que con la muerte de Carlos II “siguiendo la tónica general el gusto por los túmulos funerarios desaparece con el siglo”, algo que no compartimos, ya solo por el volumen de estudios que estamos analizando⁷⁸⁹. Indudablemente, que no se hallen referencias a catafalcos en la capital alcarreña durante la centuria no puede ser motivo para hablar de rechazo de un modelo que continuó vigente.

Los príncipes de Asturias fallecidos en su juventud tuvieron solemnes exequias. En honor de quien fuera uno de los más llorados, Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV e Isabel de Borbón, se alzaron túmulos como los de Zaragoza, analizado por Ansón Calvo⁷⁹⁰ o Vitoria, que abordó Martín Miguel⁷⁹¹.

Reder dedicó ensayos individualizados a las honras de varias consortes regias, como María Luisa de Orleáns, Mariana de Austria y Mariana de Neoburgo, lo que lógicamente llevó su investigación a los modelos de catafalco, del segundo tercio del siglo XVIII, estudiando también el de la viuda de Luis I, que como reina viuda fue

⁷⁸⁶ ARCO Y GARAY, Ricardo del: “Honras fúnebres de la reina Doña Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV. Año 1644”, *Linajes de Aragón*, IV (1913), pp. 152-156.

⁷⁸⁷ DEVENGA, Álvaro: “Las honras de Doña Isabel de Borbón en la iglesia de San Jerónimo el Real”, *Arte Español*, 2 (1914-1915), pp. 148-152.

⁷⁸⁸ MORENO CUADRO, Fernando: “Estructura simbólica del túmulo de Isabel de Borbón en la Capilla Real de Granada”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*. BSAA, XVI (1979), pp. 462-469.

⁷⁸⁹ PRADILLO ESTEBAN, Pedro José: “El túmulo a Isabel de Borbón en la Iglesia de Santa María (un ejemplo de arquitectura efímera en Guadalajara, 1644)”, *Wad-al-Hayara. Revista de estudios de Guadalajara*, 17 (1990), pp. 233-254.

⁷⁹⁰ ANSÓN CALVO, María del Carmen, “Baltasar Carlos y Zaragoza: apuntes de un recuerdo”, *Cuadernos de Zaragoza*, 17 (1977), pp. 3-21.

⁷⁹¹ MARTÍN MIGUEL, María Ángeles: “La imagen del Príncipe Baltasar Carlos a través del túmulo erigido en la iglesia colegial de Vitoria”, *Cuadernos de arte e iconografía*, 12 (1993), pp. 29-37.

honrada con el recuerdo de un capelardente en la misma catedral malagueña⁷⁹². María Luisa de Orleans, la primera esposa de Carlos II, fue distinguida con ceremonia con sermón y liturgia ante catafalco en tan dignos templos como las catedrales de Palencia – Estrada y Trapote⁷⁹³ – o la Seo de Valencia, como nos recuerda el artículo de Sáenz Manero, en un texto cuya autora prefiere denominar arte provisional a lo que la historiografía ha venido conceptualizando como arquitectura efímera⁷⁹⁴.

Cayetano, Flores y Gallego estudiaron los catafalcos erigidos en Madrid en memoria de las últimas Austria y Carlos II⁷⁹⁵. Y aunque se produjo ya en pleno siglo XVIII (1740), el túmulo dispuesto por la viuda de Carlos II, Mariana de Neoburgo, en Valencia, fue objeto de estudio desde su perspectiva emblemática por Monteagudo⁷⁹⁶.

La inquietud por el futuro de la monarquía no evitó, como vemos, que se alzasen túmulos por el fallecido Carlos II, como ha subrayado también Zapata, que lo enmarca en la tradición del denominado Barroco efímero⁷⁹⁷. La historiadora analizó el dibujo, que perteneció a la colección de don Félix Boix y adquirió el Museo del Prado, del catafalco para las exequias del soberano en el monasterio madrileño de la Encarnación, apuntando incluso una posibilidad de autoría: el escultor del rey Pedro de Araujo. El túmulo alzado al mismo monarca en la catedral de Barcelona suscitó la atención de Galindo, que también se adentró en aspectos emblemáticos de otros catafalcos de la

⁷⁹² REDER GADOW, Marion: “Málaga y la fiesta de la muerte: exequias por la Reina María Luisa de Orleans (s. XVII), *Baetica. Estudios de arte, geografía e historia*, 22 (2000), pp. 411-426; “Honras y exequias en Málaga por la muerte de la serenísima Reina Doña Luisa Isabel de Orleans, viuda de Luis I (1742)”, *Baética. Estudios de arte, geografía e historia*, 19 (1997), pp. 161-174; “Religiosidad popular y mensaje ideológico: lutos reales por la Reina Doña María Ana de Neoburgo”, en *Religiosidad popular en España, (I)*, San Lorenzo de El Escorial, 1997, pp. 1029-1047; “Un recuerdo para la reina Mariana de Austria en el III Centenario de su muerte: exequias por la reina en Málaga (16 de mayo de 1696)”, *Baetica*, 18 (1996), pp. 421-436.

⁷⁹³ ESTRADA NÉRIDA, Julio, TRAPOTE SINOVAS, María del Carmen.: “Las honras fúnebres celebradas por la reina Doña María Luisa de Orleans en Palencia”, en CALLEJA GONZÁLEZ, Valentina (coord.): *Actas del III Congreso de Historia de Palencia, marzo-abril de 1995*, vol. IV, Palencia, 1996, pp. 649-664.

⁷⁹⁴ SÁENZ MANERO, Reyes: “Arte Provisional del Barroco en Valencia: el túmulo de María Luisa de Borbón en la Seo”, en *Primer Coloquio de Arte Valenciano*, Valencia, 1981, pp. 18-26.

⁷⁹⁵ CAYETANO MARTÍN, María del Carmen, FLORES GUERRERO, Pilar, GALLEGOS RUBIO, Cristina: “Honras fúnebres que el Ayuntamiento de la Villa de Madrid celebró en memoria de las reinas María Luisa de Orleans y Mariana de Austria y del rey Carlos II”, *Hispania sacra*, vol. 37, 75 (1985), pp. 313-325.

⁷⁹⁶ MONTEAGUDO ROBLEDO, María del Pilar: “La muerte en la emblemática. La exequias de Mariana de Neoburgo en Valencia”, en *Emblemática. Actas del I Simposio Internacional. Teruel, 1-2 de octubre de 1991*, Teruel, 1994, pp. 509-523.

⁷⁹⁷ ZAPATA FERNÁNDEZ DE LA HOZ, María Teresa: “El catafalco para las exequias reales de Carlos II”, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 11 (1999), pp. 251-262; “El barroco efímero madrileño y las fuentes clásicas”, en *La visión del mundo clásico en el arte español*, Madrid, 1993, pp. 237-250.

rama alemana de la dinastía, centrándose en el mensaje de sus textos, caligramas y jeroglíficos⁷⁹⁸.

Morales Folguera⁷⁹⁹ y Mínguez han reflexionado en torno a la arquitectura efímera en los territorios extrapeninsulares de la monarquía de España, sobre todo los de los virreinos americanos, estudiando los túmulos preparados para las exequias de varios monarcas, constando que todos ellos se disponían en torno a programas con protagonismo, como en el caso de Felipe IV o Carlos II, de elementos astrológicos, en torno a la traslación de un mensaje⁸⁰⁰. La presencia de la astrología en la emblemática de la arquitectura funeraria efímera, abordada también por Pizarro Gómez en los reinos españoles a uno y otro lado del océano, compartieron códigos de transmisión de sólidas consignas de lealtad a la monarquía a la hora de la muerte del monarca⁸⁰¹. Se trata de una visión que comparte Soliván en su observación de los túmulos elevados en honor a Felipe IV en México y Lima, que analiza en comparación al diseñado por Sebastián de Herrera en Madrid⁸⁰².

Ramos Sosa abordó las ceremonias exequiales en Lima en los siglos XVI y XVII⁸⁰³. Al referirse al túmulo de Felipe IV en la iglesia de Santa Catarina, en la Audiencia y Reino de Guatemala, Luján y Berlin refieren cómo el escultor Mateo Zúñiga, autor del retablo del templo, lo fue también del monumento del Jueves Santo,

⁷⁹⁸ GALINDO BLASCO, Esther: “¿Olvido o memoria?: La muerte y la fama en las ceremonias fúnebres y en los libros de emblemas”, en TORRIONE, Margarita (dir.): *España festejante: el siglo XVIII*, Málaga, 2000, pp. 543-554; “La escritura y la imagen en las exequias de Carlos II en la catedral de Barcelona: una lectura del túmulo y de las poesías, caligramas y jeroglíficos”, *Cuadernos de Arte e Iconografía*, IV, 7 (1991), pp. 273-283; “El penúltimo homenaje a la Casa de Austria en Barcelona: los emblemas en las exequias del emperador José I”, en *Emblemática. Actas del I Simposio Internacional. Teruel, 1-2 de octubre de 1991*, Teruel, 1994, pp. 539-566.

⁷⁹⁹ MORALES FOLGUERA, José Miguel: *Cultura simbólica y arte efímero en la Nueva España*, Sevilla, 1991; “Iconografía Solar del Túmulo de Carlos II en la Catedral de México”, *Boletín de Bellas Artes*, 18 (1990), pp. 233-240; “El túmulo de Felipe IV en la catedral de México”, *Boletín de Arte*, 11 (1990), pp. 105-118.

⁸⁰⁰ MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor Manuel: *La invención de Carlos II. Apoteosis simbólica de la Casa de Austria*, Madrid, 2013; *Los reyes solares. Iconografía astral de la Monarquía Hispánica*, Castellón de la Plana, 2001; “Emblemas solares, la imagen del Príncipe y los programas astrológicos en el arte efímero”, en *Actas del I simposio internacional de emblemática, Teruel, 1-2 de octubre de 1991*, Teruel, 1994, pp. 209-253; “El fénix y la perpetuación de la realeza: el catafalco de Carlos II en la catedral de Lima en 1701”, *Millars. Geografía e Historia*, 14 (1991), pp. 53-62; “Exequias de Felipe IV en Nápoles: la exaltación dinástica a través de un programa astrológico”, *Ars longa. Cuadernos de Arte*, 2 (1991), pp. 53-62; “La muerte del Príncipe. Reales exequias de los últimos Austrias en México”, *Cuadernos de Arte Colonial*, 6 (1990), pp. 5-32.

⁸⁰¹ PIZARRO GÓMEZ, Francisco Javier: “Astrología, Emblemática y Arte Efímero”, *Goya*, 187-188 (1985), pp. 47-59.

⁸⁰² SOLIVÁN ROBLES, Jennifer: “Exequias de Felipe IV en México y Lima: consolidación del poder monárquico”, en LÓPEZ CALDERÓN, Carme, FERNÁNDEZ VALLE, María de los Ángeles, RODRÍGUEZ MOYA, María Inmaculada (coords.): *Barroco Iberoamericano: identidades culturales de un imperio*, Vol. II, Santiago de Compostela, 2013, pp. 115-129.

⁸⁰³ RAMOS SOSA, Rafael: *Arte festivo en Lima Virreinal*, Sevilla, 1992.

que sirvió en las honras del monarca⁸⁰⁴. No era extraño a uno y otro lado del Atlántico aprovechar la construcción de madera, o el principal armazón, adaptando el programa iconográfico. Esa costumbre, motivada por el excesivo gasto de un compromiso ineludible para cabildos y templos, ha sido abordada por Rodríguez Arbeteta en su aproximación para la identificación de tres elementos tumulares del inventario del Museo Etnográfico de Castilla y León, tres piezas similares consistentes en tres cuerpos de basa y remate en aguja piramidal con uniones doblemente cóncavas. Con su distinta decoración fúnebre, calavera en dos casos y reloj de arena en el tercero, encuentra en ellos grandes similitudes con los descritos para las exequias de Carlos II en el Puerto de Santa María (Cádiz), el 28 y 29 de noviembre de 1700⁸⁰⁵.

También fuera de la península, la manera en que Lopezosa presenta las exequias de la ya citada María Luisa de Orleáns en Palermo, como iniciativa del duque de Uceda, abre por sí sola el debate sobre el impulso fáctico de las honras fúnebres, lo que invita a que nos preguntemos si la orden regia desde Madrid es la que pone en marcha los preparativos, o ha de ser el impulso de virreyes como Uceda el que haga posible el acontecimiento⁸⁰⁶.

Soto Caba destaca en la mayoría de sus numerosos estudios la teatralidad de las ceremonias. Como no pocos autores, al subrayar la ubicación física de los catafalcos en el punto central del crucero de los templos, constituyéndose en centro escenográfico de símbolo y mensaje, la autora pone de relieve el extraordinario valor representativo de la composición artística y el acto que tiene lugar en torno a la ella. Sus análisis adquieren singular valor por referirse no solo a los túmulos de los monarcas españoles del siglo XVII y XVIII que tenían lugar en distintas ciudades españolas y de los virreinos, sino que analiza también las exequias que éstos ofrecían por sus más cercanos familiares de otras monarquías hermanas⁸⁰⁷. En línea a lo que hiciera Cervera Vera con un estudio

⁸⁰⁴ LUJÁN MUÑOZ, Jorge, BERLIN, Heinrich: *Los túmulos funerarios en Guatemala*, Guatemala, 1983; LUJÁN MUÑOZ, Jorge: "Algunos comentarios acerca de la situación de las artes en Santiago de Guatemala en la última parte del siglo XVII", *Revista de la Universidad del Valle de Guatemala*, 23 (2011), pp. 35-40.

⁸⁰⁵ RODRÍGUEZ ARBETETA, Benito: "Datos sobre la utilización de piezas en los lutos reales del barroco: identificación de tres elementos constructivos", *Tiempos Modernos*, 29 (2014), pp. 18-24.

⁸⁰⁶ LOPEZOSA APARICIO, Concepción: "Solemne despedida. Brillante memoria. Las Exequias de María Luisa de Orleáns en Palermo a través de la Relación de Francisco Montalbo", *Pecia Complutense*, 14 (2011), pp. 39-53.

⁸⁰⁷ SOTO CABA, María Victoria: "Ceremonia, arte y poder. En torno a las exequias madrileñas por Juan V de Portugal", en ACCIAIUOLI, Margarida, CUNHA LEAL, Joana, MAIA, Maria Helena (coords.): *Arte & Poder*, Lisboa, 2008, pp. 217-224; *Los catafalcos reales del barroco español (un estudio de arquitectura efímera)*, Madrid, 1992; "Sobre los cortejos en los funerales reales del Barroco: notas en torno a su origen y configuración", *Boletín de arte*, 10 (1989), pp. 121-140; "Alegorías y programas iconográficos en los

sobre los diseños de Francisco Mora para los túmulos de la archiduquesa María de Baviera, madre de la reina consorte Margarita de Austria, y el Enrique IV de Francia, alzados en Lerma en 1608 y 1610, respectivamente, la historiadora desentraña los diseñados para los padres y el abuelo de Felipe V (los Delfines de Francia y su monarca Luis XIV, respectivamente) o Juan V, suegro de Fernando VI y padre de la reina consorte Bárbara de Braganza, cuyas exequias activaron la fecunda imaginación de los creadores de rica emblemática⁸⁰⁸. Reder se preguntará por la voluntariedad o imposición de esos rituales por soberanos o príncipes *no naturales* de los reinos⁸⁰⁹. En realidad, la cuestión económica no deja de estar presente en la mayoría de los estudios cuando la documentación hallada incluye dotaciones presupuestarias, si bien no ha sido objeto central de los acercamientos. Lejos, en todo caso, de cuantificaciones monetarias, una definición etimológica de economía que la describe como el arte de administrar bienes escasos nos anima a recordar la reflexión aportada por Rodríguez de la Flor, que insistió en considerar el destino efímero y la no conservación de aquellos túmulos, valiosos tesoros y testimonios de época⁸¹⁰. En este acercamiento historiográfico quisiéramos aportar un elemento más allá del económico o el familiar. Tras la ejecución de Luis XVI de en París, el 21 de enero de 1793, en España no solo se celebraron exequias por un monarca europeo. Como refiere en un interesante estudio Baena Gallé, la colonia francesa en Sevilla había costado las honras por Luis XIV y Luis XV tras sus óbitos en 1715 y 1774, respectivamente⁸¹¹, aunque el autor no cita el documentado estudio de

túmulos cortesanos de los primeros Borbones”, *Cuadernos de arte e iconografía*, t. II, 4 (1989), pp. 142-148; “La configuración de un modelo: Los catafalcos madrileños durante el reinado de Felipe V”, *Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del arte*, 2 (1989), pp. 169-196; “Los catafalcos de Carlos III: Entre la influencia neoclásica y la herencia del barroco”, *Fragmentos*, 12-14 (1988), pp. 129-143; “Maquinaria efímera dieciochesca: persistencia barroca y reiteraciones en los monumentos funerarios granadinos”, *Boletín de arte*, 9 (1988), pp. 119-134; “Teatro y Ceremonia: algunos apuntes sobre las exequias barrocas”, *Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del arte*, 1 (1988), pp. 111-138.

⁸⁰⁸ CERVERA VERA, Luis: “Túmulos reales diseñados por Francisco Mora”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 42 (1976), pp. 27-46.

⁸⁰⁹ REDER GADOW, Marion: “¿Ritual propuesto o impuesto? Exequias reales por los Delfines de Francia en Málaga”, en ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos, CREMADES GRIÑÁN, Carmen (eds.): *Mentalidad e ideología en el Antiguo Régimen*, Murcia, 1993, pp. 431-442.

⁸¹⁰ RODRÍGUEZ DE LA FLOR ADÁNEZ, Fernando: “Economía simbólica de la relación de conmemoración fúnebre en el Antiguo Régimen: gasto, derroche y dilapidación del bien cultural”, en LÓPEZ POZA, Sagrario, PENA SUEIRO, Nieves (coords.): *La fiesta: actas del II Seminario de Relaciones de Sucesos* (A Coruña, 1998), Ferrol, 1999, pp. 121-132; “Espejo de la Corte: honras fúnebres a la dinastía borbónica en Salamanca”, en *El arte en las Cortes europeas del siglo XVIII, Actas del Congreso, Madrid-Aranjuez 27-29 de abril de 1987*, Madrid, 1989, pp. 639-646.

⁸¹¹ BAENA GALLÉ, José Manuel: “1793: Exequias reales en Sevilla por Luis XVI, Rey de Francia”, *Atrio. Revista de historia del arte*, 5 (1993), pp. 65-71. Llama la atención que las honras por Luis XVI no se celebrasen en la catedral sevillana, aunque el autor refiere que el arzobispo, que donó personalmente 750.000 reales para la guerra contra la Convención, acudió a las mismas, y que estas se realizaron con autorización personal de Carlos IV. Si se estimase que se reservaba la catedral solo para actos

Castrillo Utrilla sobre las del rey Sol⁸¹². Esta vez fue diferente, pues el propio ayuntamiento aportó dos regimientos de caballería y el cabildo de la catedral cuatro millones de reales para la guerra contra la Convención que se desató a continuación. La ceremonia por el difunto monarca, el 8 de junio, tuvo lugar en la iglesia de la Universidad Literaria de Sevilla. Fue sufragada por instituciones y particulares, en homenaje a un soberano cuya muerte significaba una quiebra de la paz social, pero también como muestra de adhesión a la monarquía. La ceremonia se repetiría por la reina María Antonieta el 29 de noviembre del mismo año, un mes después de su muerte, en la iglesia sevillana de San Lorenzo.

Nos hallamos pues en el siglo XVIII, a cuyo comienzo debemos regresar para constatar que los primeros Borbones confirman la cultura exequial y la fomentan profusamente en las honras fúnebres de sus monarcas, príncipes e infantes. Al primer príncipe de Asturias de la nueva dinastía, que llega al trono efímeramente en 1724 como Luis I, se le alzan túmulos como se había hecho a su madre con el muy celebrado de Churriguera, o el que en la catedral de Toledo le diseñó José de Paz Ribera, estudiado por Revenga Domínguez⁸¹³. Es significativo que los más conocidos tengan vocación atlántica, pues mientras Castillo Utrilla nos ofrece una aproximación al de Cádiz, que en las crónicas se llamó mausoleo, término usual en la época⁸¹⁴, Sebastián López lo hace con el de Nueva España, un catafalco denominado pira. El autor conocía bien el espíritu de las exequias tanto a un lado como al otro del Atlántico y penetró en los aspectos del simbolismo astrológico de aquella arquitectura efímera, dotada del programa astrológico de los signos zodiacales, de compleja interpretación, en alabanza de la monarquía⁸¹⁵. En

relacionados con monarcas españoles, debe tenerse en cuenta que las honras de Luis XV había tenido lugar allí, no podía ser ese el motivo. Si fuera por miedo a elevado gasto, lo cierto es que los presbíteros galos emigrados no cobraron estipendios por su participación. Quizá el motivo fue cierta tibieza por parte de quienes tomaron la decisión, no deseando excesiva enemistad con las autoridades francesas. Si fuera así, bien vino a quien lo decidiera que el modelo de túmulo escogido no recogiera especiales símbolos ni metáforas, sino más bien el neoclasicismo desnudo ya imperante en el universo artístico del momento.

⁸¹² CASTILLO UTRILLA, María José del: "Jerónimo Balbás y el Mausoleo de Luis XIV en Sevilla", *Laboratorio de Arte*, 2 (1989), pp. 115-122. El catafalco por el monarca francés, que la autora califica de barroquismo casi churrigueresco, se dispuso para las honras en el convento de san Francisco, celebradas el 27 y 28 de noviembre de 1715. Era la iglesia en la que la comunidad francesa en la capital hispalense tenía una capilla propia dedicada a san Luis, fundada en 1573. El túmulo fue aprovechado como base para el monumento del Jueves Santo, sustituyendo el simbólico sol que lo coronaba por una cruz sagrada. Balbás continuó su labor en Nueva España a partir de 1719.

⁸¹³ REVENGA DOMÍNGUEZ, Paula: "El pintor madrileño José de Paz Ribera y el túmulo de Luis I en la Catedral de Toledo", en *Madrid en el contexto de lo Hispánico desde la época de los descubrimientos. Congreso nacional*, Madrid, 1994, pp. 573-583.

⁸¹⁴ CASTILLO UTRILLA, María José: "El mausoleo de Luis I en Cádiz", en *Tiempo y espacio en el arte: homenaje al profesor Antonio Bonet Correa*, Vol. 1, Madrid, 1994, pp. 355-364.

⁸¹⁵ SEBASTIÁN LÓPEZ, Santiago: "Arte funerario y astrología: la pira de Luis I", *Ars Longa. Cuadernos de arte*, 2 (1991), pp. 113-126; *Contrarreforma y barroco*, Madrid, 1981.

realidad no hacía falta desplazarse tanto para constatar situaciones significativamente atípicas en la fidelidad a la monarquía: a la muerte de Felipe V, Palermo celebró dobles exequias por el monarca, todo un símbolo de reafirmación de lealtad a través de imagen funeraria. En septiembre de 1746 y enero de 1747 su catedral acogía dos conmemoraciones, como expone en un documentado ensayo Garofalo, en el que destaca la mayor brillantez de la segunda, encargada directamente por don Carlos de Borbón, rey de Nápoles e hijo del difunto, ante la inicial, organizada por el capítulo y la iglesia metropolitana de la capital siciliana⁸¹⁶. Que la de enero de 1747 fuese más lejana en el tiempo al óbito justifica, lógicamente, que la verticalidad del catafalco fuese semejante a la del proyectado por Sachetti para las exequias del mismo monarca en el monasterio de la Encarnación, en Madrid. En la capital de la monarquía y durante el reinado que acababa de concluir, arquitectos como Teodoro Ardemans habían destacado con en los dedicados, entre otros, a María Luisa Gabriela de Saboya, bien analizado por Blasco Esquivias⁸¹⁷.

Revilla estudia la simbología en las exequias del último Austria y la consorte de Carlos III en los túmulos que se dispusieron para ambos en Barcelona, con similitudes que atestiguan que la transición entre Austrias y Borbones no cedió en cuanto a la majestad del símbolo en la representación de la imagen regia⁸¹⁸. También Pamplona elevó en su catedral un túmulo por la consorte y la madre del monarca, María Amalia de Sajonia e Isabel de Farnesio, respectivamente, estudiados por Azanza⁸¹⁹. Sorprende comprobar como a la muerte de una reina madre como Isabel de Farnesio, que llevaba veinte años viuda a su muerte en 1766, en un rincón de Nueva España como era Guatemala se ocupasen de la “claridad y eficacia” de cada componente de los emblemas lucidos en su catafalco, así como de su presentación como “heroína” de la monarquía y compañera de Felipe V, como recuerda García Pérez⁸²⁰. El tránsito de la primera

⁸¹⁶ GAROFALO, Enmanuela: “I Solenni Funerali di Filippo V nella Cattedrale di Palermo”, *Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del arte*, 13 (2000), pp. 221-244.

⁸¹⁷ BLASCO ESQUIVIAS, Beatriz: “Túmulos de Teodoro Ardemans durante el reinado de Felipe V”, *Cuadernos de arte e iconografía*, V, 9 (1992), pp. 157-180.

⁸¹⁸ REVILLA, Federico: “La magnificación simbólica del monarca en el cenotafio barcelonés de Carlos II”, *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, 18 (1984), pp. 5-14; “Un ejemplo característico de arte efímero dieciochesco: El cenotafio barcelonés de María Amalia de Sajonia”, *Goya*, 181-182 (1984), pp. 55-62.

⁸¹⁹ AZANZA LÓPEZ, José Javier: “Túmulos y jeroglíficos en Pamplona por la muerte de Isabel de Farnesio”, *Archivo español de arte*, 289 (2000), pp. 45-61; “La catedral de Pamplona como escenario del drama barroco: las exequias de María Amalia de Sajonia (1760)”, *Cuadernos de la Cátedra de Patrimonio y Arte Navarro*, 1 (2006), pp. 433-456.

⁸²⁰ GARCÍA PÉREZ, Francisco José: “Las exequias de Isabel de Farnesio en Guatemala, 1767-1768”, *Imago. Revista de emblemática y cultura visual*, 2 (2010), pp. 61-77.

precedió en casi 30 años al de su regio esposo, cuyos catafalcos han suscitado renovado interés que conviene constatar comenzando singularmente en los confines de la monarquía que gobernó, pues las honras que Chile le dedicó, desbrozadas por Chauca, en su capital, Santiago, y Valparaíso, en julio de 1789⁸²¹; las de Lima, en Perú, descritas por Mejías⁸²²; o en Santa Fe, en el entonces Virreinato de Nueva Granada, como recoge Vargas Murcia a partir de la documentación conservada en el Archivo General de la Nación (Bogotá, Colombia), significaron el esfuerzo de tierras entonces españolas por participar en las celebraciones fúnebres en la realidad de su situación geográfica, ratificando el binomio que en torno a un catafalco unía la expresión del dolor por la ausencia de la persona de un monarca con la continuidad de la sucesión dinástica en el sucesor. Como en otros estudios sobre exequias en territorios extrapeninsulares, el ensayo subraya el objetivo de aunar el luto por el anterior soberano que, mezclándose cronológicamente con la proclamación del nuevo rey, se funden en lealtad hacia un monarca ausente aunque, en sutil juego simbólico, no distante⁸²³. Porque Carlos III fue un monarca llorado, al menos oficialmente, el tierras americanas y Filipinas. Se le alzaron catafalcos también en Ciudad de México, como recuerda Ramos Sosa⁸²⁴ y, constata Morales Folguera, en el archipiélago asiático⁸²⁵.

Al igual que como rey de Nápoles y Sicilia había dispuesto las celebración de exequias en Palermo, como hemos visto, de su padre Felipe V, Carlos III también recibió honras fúnebres, ordenadas por su hijo y sucesor Fernando IV, con un magnífico catafalco dispuesto en la nave central de la catedral de la capital siciliana, diseñado por Attinelli, como desbrozó en un prolijo ensayo Leone⁸²⁶. A exequias del monarca ilustrado tanto en Salamanca como Sevilla dedicó estudios Aguilar Piñal⁸²⁷. Las que se le rindieron en Valencia fueron abordadas por Monteagudo, con una somera descripción

⁸²¹ CHAUCA GARCÍA, Jorge: "Exequias realizadas en el reino de Chile por Carlos III", *Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del arte*, 17 (2004), pp. 255-272.

⁸²² MEJÍAS ÁLVAREZ, María Jesús: "Muerte regia en cuatro ciudades peruanas del Barroco", *Anuario de estudios americanos*, 49 (1992), pp. 189-205; *Fiesta y muerte regia: Las stampas de túmulos reales del Archivo General de Indias*, Sevilla, 2002.

⁸²³ VARGAS MURCIA, Laura Liliana: "Arte efímero en las fiestas regias borbónicas en el nuevo Reino de Granada", *Atrio. Revista de historia del arte*, 13-14 (2007-2008), pp. 5-14.

⁸²⁴ RAMOS SOSA, Rafael: "Los túmulos de Carlos III en Hispanoamérica: México, Lima, Santiago de Chile y Valparaíso", *Cuadernos de Arte Colonial*, 6 (1990), pp. 33-51.

⁸²⁵ MORALES FOLGUERA, José Miguel: "Los túmulos funerarios de Carlos III y la imagen del Rey en Hispanoamérica y Filipinas", *Boletín de arte*, 9 (1988), pp. 135-158.

⁸²⁶ LEONE, Giuseppina: "I funerali di Carlo III nella cattedrale di Palermo", *Espacio, tiempo y forma. Serie VII. Historia del arte*, 13 (2000), pp. 271-292.

⁸²⁷ AGUILAR PIÑAL, Francisco: "Las exequias salmantinas de Carlos III", *Revista de dialectología y tradiciones populares*, Cuaderno 43 (1988), pp. 21-26; *Carlos III en el recuerdo (honras fúnebres en memoria del rey difunto)*, Madrid, 1989.

de un túmulo alzado en la iglesia de las Escuelas Pías de la capital del Turia, pero abundante análisis de las circunstancias que rodearon la ceremonia, celebrada siete meses después del óbito, en agosto de 1789⁸²⁸. Y las que habían tenido lugar en febrero y marzo del mismo año en Palma de Mallorca, tanto en su catedral como en las iglesias de san Cayetano y san Francisco, fueron descritas por Perelló, que presenta un panorama en el que el aparato arquitectónico en honor del monarca difunto fue paralelo en magnificencia y esplendor al del siglo anterior, si bien sus catafalcos empezaron a mostrar, en transición, aires del gusto neoclásico aparecidos en el último cuarto del XVIII, como recogieron los proyectos, también estudiados en el mismo ensayo, de Juan Montaner. Sostiene el investigador que un familiar del pintor o él mismo hubo de ser, necesariamente, quien trazase tres décadas antes el proyecto para un túmulo en honor de Bárbara de Braganza. Y asegura en su aportación que una parte de la iconografía del catafalco carolino fue reutilizada en el túmulo en honor de María Josefa de Sajonia, la tercera esposa de Fernando VII, fallecida en 1829⁸²⁹.

De Isabel de Braganza, segunda consorte de Fernando VII contamos con ensayos de las exequias en ciudades como Sevilla, que estudió Camacho Martínez⁸³⁰. Ciertamente, sus honras podrían ser consideradas, de alguna manera, un canto de cisne de la arquitectura efímera, de la etapa exequial moderna, cuando en 1819 se celebra en la iglesia de los jesuitas de san Ignacio, en Roma, un doble funeral tras su fallecimiento y el de la reina madre María Luisa de Parma, que estudian tanto González Tornel y Alba Pagán⁸³¹, como García Sánchez, cuyo catafalco, una columna dórica, preparó Isidro Velázquez⁸³². Aquellas dos reinas consortes que fallecieron con pocos días de diferencia fueron distinguidas tras su óbito no solo en grandes ciudades, sino en localidades que siglos atrás habían conocido el esplendor de ser capital de reinos peninsulares, como la Sangüesa que lo fue de Navarra, según puso de relieve Labeaga en su ensayo sobre un manuscrito sobre la historia de la ciudad que, aunque no revela si las exequias se

⁸²⁸ MONTEAGUDO ROBLEDO, María Pilar: “La exaltación de la monarquía en Valencia: Poder, sociedad e ideología en las exequias de Carlos III”, *Estudis*, 16 (1990), p. 171-192.

⁸²⁹ PERELLÓ FERRER, Antonia María: “Las exequias de Carlos III en Palma de Mallorca”, *Pedralbes. Revista d'història moderna*, 8/2 (1988), pp. 591-603.

⁸³⁰ CAMACHO MARTÍNEZ, Rosario: “Exequias sevillanas por la reina D^a María Isabel de Braganza”, *Archivo hispalense*, 252 (2000), pp. 37-50.

⁸³¹ GONZÁLEZ TORNEL, Pablo, ALBA PAGÁN, Ester: “Roma 1819: dos reinas, dos funerales y un cadáver. Las exequias de María Luisa de Borbón y María Isabel de Braganza”, *Reales Sitios*, 195 (2013), pp. 50-64.

⁸³² GARCÍA SÁNCHEZ, Jorge: “Los funerales de María Isabel de Braganza en Roma”, *Goya*, 301-302 (2004), pp. 265-274. El autor informa de la descripción de la ceremonia que se remitió posteriormente a las cortes europeas, realizada por el anticuario Giuseppe Antonio Guattani.

realizaron con túmulo, demuestra que las de Isabel de Braganza tuvieron lugar el 11 de febrero de 1819, y las de María Luisa de Parma, al d a siguiente, en la parroquia de Santa María. La unión de ambas celebraciones es serio indicio del aparato funeral que se dispondría. Sería verdaderamente extraño que un catafalco no ocupase lugar principal del templo destinado a las honras dedicadas a ambas consortes⁸³³.

No contamos con un censo cerrado de catafalcos de exequias regias, pero sí con loable intento de Arbury de proponer un catálogo razonado de los alzados en España durante la primera parte de la Edad Moderna⁸³⁴.

4.2. El sentido del túmulo en la construcción de la imagen funeraria.

Al fallecer Isabel la Católica, Bruselas acogió una fastuosa misa que incluyó el rito de traspaso de la espada del *soberano* fallecido a su sucesor. El arma, presente en aquella ceremonia también de perfil exequial, fue entregada a Felipe el Hermoso⁸³⁵. Con todo lo que eso significaba. Flandes apoyaba abiertamente los derechos del consorte de doña Juana a gobernar Castilla como varón, ante cualquier pretensión de Fernando el Católico de ejercer la función regia en la Castilla que heredaba teóricamente su hija. El poder simbólico era extraordinario. La riqueza visual de lo presente competía en la imaginación de quienes contemplaban los catafalcos y las piezas sobre ellos, con la realidad de lo ausente, no ya representada, sino elevada, magnificada.

Como hemos visto, las exequias regias eran también, conceptualmente, celebración. Aunque los lienzos de tela que se empleasen fuesen negros, no eran menos ricos o debían ser de bajo coste. Tal era la carrera por mostrar un despliegue de fidelidad a la monarquía, por desplegar pompa y aparato en la demostración del luto por la muerte del rey, que la Novísima Recopilación acabaría limitando la ornamentación en los templos en memoria de monarcas e infantes⁸³⁶.

⁸³³ LABEAGA MENDIOLA, Juan Cruz: "Aspectos históricos y etnográficos de un libro manuscrito sang esino", *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 50 (1987), pp. 239-262.

⁸³⁴ ARBURY, Andrew S.: "Spanish catafalques of the Golden Age", *Rutgers Art Review*, 12-13 (1992), pp. 1-22.

⁸³⁵ VALDEÓN BARUQUE, Julio, "La reina y sus planteamientos políticos", en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (coord.): *Doña Juana, reina de Castilla*, Madrid, 2006, p. 49. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de Santa Gúdula el 14 y 15 de enero de 1505. Fue diseñada por los consejeros flamencos del Archiduque, que estudiaron a la perfección relegar a la hija de Isabel I en el protocolo, haciendo que doña Juana tuviese que incorporarse a duras penas a la procesión junto a los embajadores de Fernando el Católico, y el Rey de Armas no se dirigiese a ella durante los actos (ARAM, Bethany: *La reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*, Madrid, 2001, p. 145).

⁸³⁶ Novísima Recopilación, Ley II, Título III, Libro I.

Nos parece importante destacar que la Casa del rey, como institución administrativa y cortesana, nunca tuvo ni pretendió poseer el monopolio legal sobre las exequias en honor del alma de monarca. Se emitían las cartas comunicando el óbito y ordenando la celebración de las mismas, pero desde palacio no se organizaban más que las del templo cercano en Madrid, que solía ser, como hemos visto y comentaremos en casos de monarcas concretos, los monasterios de san Jerónimo el Real, las Descalzas o la iglesia del convento de la Encarnación. Excepcionalmente se celebrarían en el templo del convento de la Visitación de Nuestra Señora (Salesas Reales) y, ya en el siglo XIX, en san Francisco el Grande. Desde palacio se alentaba y promovía la organización de honras en las ciudades y se recibía la crónica de las mismas, lo que hizo posible la conservación en la Biblioteca Real de muchas de ellas.

Independientemente de que en pequeñas localidades o aldeas con iglesia parroquial tuviesen lugar eucaristías por el alma del regio difunto, las más brillantes exequias se celebraron, en general, en ciudades de considerable población, no ya en la península o los territorios europeos bajo soberanía de la monarquía de España sino, como nos recuerdan los estudios citados, en los virreinos americanos. Las ciudades competían en la erección de monumentos conmemorativos, arquitectura efímera que en el Barroco encontró su máximo apogeo. La muerte regia abría una suerte de competición arquitectónica y pictórica hacia el diseño del mejor monumento funerario, el más depurado jeroglífico, el de mayor alcance metafórico o con excelso epitafio. Muchos de estos elementos quedaron para la posteridad, perfectamente descritos, en grabados. En ellos se conjugan distintos tipos de fuentes para la historia funeraria de la monarquía: iconografía, literatura sermonaria y poética, ceremonial, arquitectónica. En todo caso, la organización de exequias siempre llevaba consigo un proyecto, por básico que fuera, de arquitectura efímera, como decimos, de la que el Barroco proporcionó los mejores exponentes.

La naturaleza de aquellas construcciones debe adscribirse a la llamada arquitectura efímera, al diseño de elementos sin vocación de permanencia temporal en los espacios para los que se disponen, con una finalidad puramente memorística y de homenaje. Cervera Vera la denominó con acierto arquitectura perecedera⁸³⁷. El eje arte-temporalidad facilita las composiciones especialmente llamativas, pues no se trata, como en los sepulcros, de ornato definitivo. Los espacios que acogieron estas creaciones

⁸³⁷ CERVERA VERA: *op. cit.*, p. 36.

arquitectónicas eran calles y plazas, interiores de catedrales o iglesias. Obviamente ha de tenerse en cuenta que buena proporción de las composiciones ideadas en planos no llegaron a ser construidas. Su objetivo era la el ornato de la entrada oficial de monarcas y sus consortes en las ciudades, las exequias que analizamos, canonizaciones o beatificaciones en el marco de la religiosidad barroca de la época, etc.

Entendemos que en el marco de esta arquitectura efímera el túmulo destaca como auténtico género individualizado. Generalmente, era profusamente adornado con una rica combinación de elementos estéticos real-ea-muerte. Su máximo desarrollo artístico y creativo durante el siglo XVII consagró el término “Barroco efímero” en la historia del Arte⁸³⁸. Como en toda corriente artística, resulta fundamental, antes de continuar analizando el contexto de su desarrollo temporal y material, abordar el objetivo de lo que aquí nos atreveríamos a denominar como “barroco funerario efímero”, el fin último de cualquier programa iconográfico adscrito al mismo: por un lado, la identificación plena de los súbditos con la monarquía a través del elogio sin fisura ninguna del difunto, propugnado como modelo. Por otro, la lección edificante, de carácter netamente religioso, a través de los símbolos relacionables pedagógicamente con la muerte.

Se engalanaba, generalmente el interior de las Iglesias, con la construcción de un túmulo funerario, también llamado “túmbano”, “tumbo alto”⁸³⁹, o “capelardente”. De la Maza se refiere también a “máquina o aparato funeral, lecho fúnebre, tumba”, separando el término cenotafio, que pasó a denominar el sepulcro permanente, aunque vacío, que representa los restos que han sido depositados en otro lugar⁸⁴⁰. No faltan sinónimos que demuestran la riqueza tipológica y la frecuencia de uso de una construcción artística en nuestro país: así, Pradillo habla también de monumentos,

⁸³⁸ Ya presentes desde el Renacimiento, las construcciones temporales a base de materiales maleables y de escasa consistencia como maderas, cañas, cartón, papeles, estopa, telas, escayola y cal, se emplearon con profusión en todo tipo de fiestas públicas y celebraciones colectivas relacionadas con la Iglesia y la Monarquía. Su apariencia de firmeza y durabilidad convivía con su vocación de desaparición una vez cumplida su función (por lo general, no más allá de una semana), que era la exaltación del soberano y el poder triunfante. Proclamaciones de monarcas, entradas en ciudades de los reyes o sus consortes, nacimientos, exequias, victorias bélicas, canonizaciones, consagraciones de tempos, rogativas, procesiones... Su técnica y fastuosidad culminó en España durante el Barroco. Vid. BONET CORREA, Antonio: “La arquitectura efímera del Barroco en España”, en CHECA CREMADES, Fernando (dir.): *Arte Barroco e ideal clásico. Aspectos de Arte Cortesano de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, 2004.

⁸³⁹ LABEAGA MENDIOLA, Juan Cruz: “Viana celebra los acontecimientos de la monarquía”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 82 (2007), p. 77. El autor subraya que se trata de un monumento funerario adornado lo mejor posible.

⁸⁴⁰ MAZA, Francisco de la: *Las piras funerarias en la historia y en el arte de México. Grabados, Litografías y Documentos del siglo XVI al XIX*, México, 1946, p. 15.

castrum doloris o piras funerarias⁸⁴¹. Al mismo se añadían composiciones simbólicas como esculturas alegóricas y representaciones pictóricas, siempre con una doble temática: la muerte y la dignidad del difunto.

Los túmulos y sus elementos se construían en los mismos templos en los que se llevaban a cabo las ceremonias, apresurando los trabajos para cumplir los plazos, siempre apurados, de ejecución. La composición se situaba generalmente en los cruceros o frente al altar mayor, para facilitar su visibilidad, con el fin de cumplir su finalidad de contemplación y teatralidad. La perspectiva que proporcionaban desde la nave central de catedrales u otras iglesias debía ser grandiosa, pues el diseño incluía su iluminación con velas y cirios. A su alrededor se disponían tarimas cubiertas de bayeta negra para bancos de autoridades.

La vocación efímera de los catafalcos, instalados para su uso durante pocos días, impidió, como decimos, que haya quedado en nuestros días más huella de ellos que grabados o relaciones escritas de su estructura y uso ceremonial en crónicas o cartas que aluden con mayor detenimiento a su majestuosidad y aparato. Ni siquiera la excepción a la que vamos a aludir se refiere directamente a una estructura tumular, sino a las series de cuadros que en la iglesia de san Lorenzo, en Florencia, se ubicaron durante las exequias de Felipe II y, años más tarde, de su nuera, Margarita de Austria. La primera fue un conjunto de 24, del que quedan trece, aunque del resto se conservan dibujos y una concreta descripción. Recoge escenas de la vida y gestas del monarca que se dispusieron en el templo en las horas que tuvieron lugar el 12 de noviembre de 1598, lo que da cuenta de la rapidez con la que fueron realizados⁸⁴².

El contexto del despliegue funerario por aquel monarca extranjero no fue otro que el de granjearse una amistad política y dinástica con la monarquía más poderosa de su tiempo. En aquel momento, la prometida del nuevo rey, Felipe III, iba a iniciar su viaje a España. Y los Médicis acabarían financiando el viaje de su madre, María de Baviera, que la acompañaría a la península. El esplendor de una imagen funeraria nos ha conducido al cumplimiento de la exigencia de Margarita de Austria, que pidió viajar con su progenitora a su destino español. Lo cierto es que la archiduquesa María Magdalena,

⁸⁴¹ PRADILLO ESTEBAN: *op. cit.*, p. 237. En todo caso, el historiador subraya su carácter efímero y la pobreza de los materiales en su composición.

⁸⁴² La serie albergaba episodios con repercusión para el Gran Ducado de Toscana, como el paso del entonces príncipe Felipe por Italia durante su primer viaje a Europa o su papel en la lucha contra los turcos en el Mediterráneo (MENICUCCI, Roberta: “El sol de España y las mediceas estrellas”; la política Toscana hacia la corona española”, en *Glorias efímeras. Las exequias florentinas por Felipe II y Margarita de Austria*, 1999, p. 71).

hermana de la reina consorte de España, acabaría contrayendo matrimonio, en 1608, con el heredero del gran duque Fernando de Toscana, Cosme de Médicis, que sucedería a su padre al año siguiente. Más que un acercamiento, se había logrado una alianza plena. La segunda serie conservada procede de las exequias que la corte florentina dedicó a la reina de España. En esa ocasión, por tanto, con renovado sentimiento familiar y político, como atestiguan los veintiséis lienzos, de los que se conservan veinticuatro, de la serie con escenas sobre su vida⁸⁴³ que dispusieron en el mismo templo laurentino de Florencia, en que habían tenido lugar las horas por Felipe II y se celebraron oficios por su alma el 6 de febrero de 1612. En todos los que abordan el viaje de la reina a España y los primeros que recogen su vida en la península, compuestos, insistimos, para uso funerario, nos llama la atención la presencia en la sombra, en distinta textura y color, de su madre, progenitora también de la gran duquesa Magdalena, a la que en Florencia, como decimos, no olvidaba en el momento de despedir a la difunta.

Lo que ha pervivido de ambas series lo ha hecho gracias “a una cultura moderada y prudente en el gasto” en el tiempo en que fueron usados, de reutilización de las estructuras de madera y telas que los componían, “ya que los “casos” de una dinastía podían transitar sin excesivas dificultades de un funeral, donde conmemoraban algún hecho destacado de la vida de un soberano, a una boda donde entraban en el resumen de las hazañas de la estirpe”⁸⁴⁴.

A la hora de situar las honras por los difuntos regios en el marco del aparato luctuoso de la monarquía es adecuado establecer una división entre los actos funerarios privados y públicos. Si los primeros, configurados en una fase inicial a partir de la enfermedad y muerte biológica, la velación del cuerpo y su traslado y entierro, pueden considerarse, con los matices propios que expondremos en su desarrollo, privados, las exequias en catedrales o templos tenían carácter público, ya fueran celebradas en la corte o en cualquiera de las principales ciudades o cualquier villa de los reinos. La celebración oficial de las exequias tenía lugar tras la comunicación desde la corte, que se realizaba mediante una carta firmada por el nuevo rey. En este sentido ha de entenderse la carta que se enviaba ordenando e impulsando la celebración de las ceremonias. La monarquía actuaba en este plano, una vez más, tal como sostiene

⁸⁴³ BIETTI, Monica: “Los lienzos con historias de la vida de Margarita de Austria, reina de España. 3 de octubre de 1611-6 de febrero de 1612”, en *Glorias efímeras...*, p. 22. Más de dos tercios de las piezas se refieren a su enlace con el rey de España y su viaje al encuentro con Felipe III.

⁸⁴⁴ ACIDINI LUCHINAT, Cristina: “La oscura pléyade”, en *Glorias efímeras...*, p. 22.

Enciso⁸⁴⁵, “como ordenadora del mundo social y articuladora del gobierno político”. El historiador subraya que cumplía el mismo papel tanto en ceremonias de celebración alegre, como bautizos y bodas regias, como funerales, “si el rey daba generosamente en las primeras, a través de la liberalidad (...), en las segundas pedía, con la devoción y el rezo, a través de la fe de sus vasallos”. Esta visión de las exequias como lenguaje y comunicación de la monarquía con los gobernados subraya la eficacia de la proyección de la imagen funeraria hacia la población mediante ritos públicos, frente a iniciales ritos privados como serían la propia muerte física y la velación íntima.

Hemos encontrado una nota de centralismo que motivó un aplazamiento exequial que bien pudo ser frecuente en la España barroca: aguardar a la celebración de las honras en Madrid, al menos en las ciudades cercanas a la capital. Nos referimos a lo sucedido con ocasión de la muerte de la emperatriz María de Austria, en 1603. El cabildo de Guadalajara esperó al 4 de marzo de aquel año para realizar los actos propios debidos a la hermana de Felipe II y tía del monarca reinante, Felipe III⁸⁴⁶.

Allo Manero presenta la estructura de su lenguaje emblemático de los túmulos con un mote o lema latino, denominado *alma*, al que sigue la representación iconográfica propiamente dicha, el *cuerpo*, y una breve *glosa* poética, castellana o latina, que explica o ejemplifica el sentido. La historiadora del arte ha estudiado a fondo la incorporación del jeroglífico al aparato exequial, primero balbuciente y luego definitivamente extendido en los túmulos regios a partir de los honores mortuorios a Felipe II (1598 y 1599). El fin del siglo XVI habría sido, por tanto, la consagración de la triple función del jeroglífico: *ornare* (adornar, decorar), *docere* (enseñar) y *movere* (persuadir)⁸⁴⁷: su importancia no reside únicamente en el contenido, sino la erudición que los panegiristas, siempre humanistas y eruditos, desplegaron en los sermones predicados en los actos litúrgicos celebrados ante los túmulos⁸⁴⁸.

Las composiciones recogían en la práctica totalidad de sus expresiones las virtudes temporales y espirituales del rey, reina o infante, así como alusión a la noción de continuidad dinástica, en medio de continuas metáforas y/o alegorías a la gloria,

⁸⁴⁵ ENCISO RECIO, Luis Miguel: “La Corte de dos mundos”, en ALCALÁ-ZAMORA QUEIPO DE LLANO, José: *Felipe IV. El hombre y el reinado*, Madrid, 2005, p. 119.

⁸⁴⁶ AMGu, Libro de Actas Capitulares, 1603, sesión 28 de febrero, cit. en PRADILLO ESTEBAN: *op. cit.*, p. 246.

⁸⁴⁷ ALLO MANERO, María Adelaida: “Organización y definición de los programas iconográficos en las exequias reales de la Casa de Austria”, en *Sémata, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 6, (1994), “El Rostro y el Discurso de la Fiesta”, p. 227.

⁸⁴⁸ Generalmente se situaba en la nave central. Muy excepcionalmente, en su fachada principal exterior. *Ibidem*, p. 223.

honor o fama del linaje al que pertenecía del finado. Era frecuente que las virtudes más clásicas, propias de un gobernante apareciesen en forma humana: Fe, Paz, Concordia, Religión, Magnanimidad, Mansedumbre, Misericordia, Prudencia o Justicia.

El auge del túmulo funerario debe contextualizarse en el conjunto de las expresiones estéticas y políticas barrocas, en el marco de una cultura, como afirma Pradillo, dirigida, en la que “se establecen ideas y conceptos fundamentales” con “intencionalidad de actuar sobre los individuos”. El historiador subraya la defensa que la Iglesia Católica hizo de las imágenes en el Concilio de Trento, del valor de la demostración *ad oculos*, significando una evolución en la que el arte habría pasado a suponer no solo deleite para los sentidos, sino instrumento de transmisión de mensaje a los fieles, un mensaje visual de infinita mayor eficacia en una sociedad en la que la transmisión escrita de ideas era restringida a círculos cultos⁸⁴⁹. En nuestra opinión, la arquitectura efímera barroca contiene un elemento diferenciador clave en lo que a las exequias regias se refiere: su marcado propósito de enseñanza. Molina Recio y Peña Díaz atribuyen notas pedagógicas a todo tipo de fiesta barroca como conclusión de los estudios de historiadores de la literatura⁸⁵⁰. Estimamos que el poder visual de los grabados que se conservan demuestra que, ante un catafalco regio, la complejidad de las composiciones y las ceremonias a las que estaban destinadas suponían una invitación indeclinable a realizar un supremo ejercicio de adhesión a la Monarquía, precisamente cuando su mayor representante o uno de los miembros de su familia desaparecía del mundo, para integrarse en el imaginario histórico de la dinastía. Era el momento cumbre en que se desplegaba la cultura barroca del símbolo, que hacía posible que los fieles-súbditos expresasen lazos de fe-adhesión, de acudir, gracias a la expresión de sentimientos de respeto que también se exponían de forma jerárquica, a presentar un supremo tributo de vasallaje ritual, personal, colectivo, social. Presenciando la real exequia, el hombre moderno estaba destinado aprender, deleitarse, ser convencido, si alguna duda quedaba, del poder de la retórica visual neoplatónica, que traía a la mente mediante imágenes las ideas claves, las definiciones que mostraban la majestad, quizá más que si el monarca, vivo, hubiese estado presente.

Contemplado aisladamente, cualquier composición de túmulo atraía la atención, constituía un polo de innegable concentración de imagen regia. No es extraño que, en

⁸⁴⁹ PRADILLO ESTEBAN: *op. cit.*, p. 234.

⁸⁵⁰ MOLINA RECIO, Raúl, PEÑA DÍAZ, Ramón: “*Los espacios de las fiestas urbanas y el culto a las apariencias (siglos XVI-XVIII)*”, en MOLINA RECIO, Raúl, PEÑA DÍAZ, Ramón (coords.): *Poder y cultura festiva en la Andalucía Moderna*, Córdoba, 2006, p. 1.

rasgo de humildad personal, un soberano optase por dejar consignado su deseo de que el que le correspondiera fuera dispuesto de la forma más sencilla. Será Isabel la Católica una de las primeras muestras, en el periodo que analizamos, de empleo de lo que denominamos cláusulas de humildad, en esta ocasión aplicadas al propio velatorio:

“...la Iglesia no se colgase de luto en su funeral, ni el túmulo tuviese gradas ni torres, con solas trece achas: y que se repartiese en vestuario de pobres, lo que se havia de gastar en colgaduras de luto, aplicando a Iglesias pobres el valor de la cera que havia de gastarse en pompas”⁸⁵¹.

Al pretender renunciar a un complejo túmulo en su honor, la reina nos proporciona indicios claros del gasto que generaba la instalación propia de las exequias, que contaba, ya a principios del siglo XVI, como se demuestra en la previsión de que a los funerales de regias personas se aplicaría esa costumbre, con gradas o escalones, incluso torres por encima del propio féretro o pieza que lo representase. Todos esos elementos arquitectónicos suponían espacio disponible para desplegar magníficos programas iconográficos en torno a la memoria política y dinástica de la monarquía.

Pensamos que el valor simbólico de un túmulo en las exequias era paralelo al de un arco de triunfo en la entrada el monarca a la ciudad. Su estructura, siempre solemne, de apariencia rotunda, su decoración, con recursos graves y lleno de contenido, reafirmaba siempre ante el reino una vocación hacia la inmortalidad de la fama y renombre del soberano. Un intento psicológico de superación de la muerte. Para Checa, la forma del túmulo para el catafalco regio es resultado de la doble herencia, pagana y cristiana, en los ritos funerarios⁸⁵². Los cuerpos arquitectónicos que se definen en la composición de los túmulos evocarían también formas antiguas, que se elevan, alegoría del alma, hasta tocar las bóvedas y elevarse al cielo.

La decoración encontraba siempre rasgos comunes: epitafios, tarjas y cartelas con leyendas que enunciaban las virtudes del fallecido; esqueletos y calaveras; trofeos quebrados, relojes de arena; la clepsidra alada. Muerte. Plenitud de la finitud. Una plenitud sobre la que se ejercía una suerte de regio monopolio, porque únicamente los monarcas y los miembros de la Familia Real tenían derecho a túmulo. Una reserva de

⁸⁵¹ FLÓREZ: *op. cit.*, 829. La fuente empleada es común en numerosas biografías de soberanas españolas posteriores.

⁸⁵² BONET CORREA: *La arquitectura efímera del Barroco...*, p. 39. La mención de la pira de incineración de la Antigüedad clásica nos resulta un tanto excesiva en medio de la Edad Moderna, procedimiento absolutamente excluido en las exequias reales, aún como herencia histórica.

ley, una sacralización estética reservada a la realeza. Vetada incluso a los príncipes de la Iglesia y a la alta nobleza. Felipe II, en 1572, lo prohibía con una pragmática. En 1610 Felipe III la confirmaba, porque hubo quién creyó tener poder suficiente para desafiarla⁸⁵³. Hasta que en 1696, Carlos II permitió túmulos en el interior de templos, pero sin colgaduras y con un máximo de doce hachones. Parece que en el otoño de la Edad Moderna ya no hubo obstáculo para que grandes recibiesen honras al fallecer, incluso en pequeñas villas de sus estados, como sucedió en 1755 con la duquesa de Alba⁸⁵⁴.

El lenguaje de los túmulos era infinitamente más rico que la pobreza de sus materiales. Sus mensajes se construían a través de metáforas, alegorías, símbolos... Solo durante los tres reinados centrales de la dinastía Austria, entre 1558 y 1665 (Felipe II, Felipe III y Felipe IV), el uso de la mitología clásica proporcionó unas cotas de excelencia en programas ideados en su mayoría por miembros de la Compañía de Jesús, dignas de estudio detallado⁸⁵⁵. Si era necesario representar ante el conjunto de los fieles,

⁸⁵³ Al fallecer su esposa, el duque de Lerma ordenó erigir un túmulo en la Iglesia de san Pablo, en Valladolid, que fue “la cosa más grandiosa que se sabe se haya hecho cosa semejante ni tan gran vanidad” BONET CORREA, Antonio: “*La arquitectura efímera del Barroco en España*”, en CHECA CREMADES: *op. cit.*, p. 40. Catalina de la Cerda, nacida en Cigales (Valladolid), en 1550, era hija de Juan de La Cerda y Silva, IV duque de Medinaceli, y de Joana Manoel de Noronha. Casada en Madrid el 11 de mayo de 1576 con Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, I duque de Lerma, murió el 2 de junio de 1603, en plena prianza de su esposo y mientras Valladolid era sede de la Corte. Los Mendoza, en Guadalajara, celebraban sus honras y eran enterrados en la Iglesia de san Francisco. En 1619 se levantó en dicho templo un suntuoso túmulo a la condesa de Saldaña, Luisa de Mendoza, fallecida heredera del ducado del Infantado, que levantó suspicacias por desafiar estéticamente a otros anteriores dedicados a monarcas. Por eso no sorprendió que en 1633 se impusiera una multa al VII duque del Infantado por haber erigido un túmulo a su abuela, Ana de Mendoza de la Vega, de quien heredaba la dignidad nobiliaria. En poco tiempo, la cuestión paso a mayores, cuando se ordenó dismantelar por orden del rey el túmulo que el VI duque de Alba erigió en honor de su padre, don Antonio Álvarez de Toledo. Diez años después se arrasaría, por igual motivo, el del conde de Oñate.

⁸⁵⁴ REYES DE LA CARRERA, Manuel Ramón: “Exequias por María Teresa Álvarez de Toledo y Haro, XI duquesa de Alba en la villa de Salteras”, *Anuario de estudios locales*, 6 (2012), pp. 70-78. María Teresa Álvarez de Toledo y Haro (1691-1755) fue la primera de las tres mujeres que han ostentado como titulares el ducado de Alba de Tormes. Última representante del linaje de los Toledo en la genealogía de la Casa de Alba, casó con José Manuel de Silva y Mendoza, conde de Galve, con quien marchó al exilio al apoyar al pretendiente austríaco en la Guerra de Sucesión, regresando a España en 1727. El 16 de marzo de 1755, en la iglesia parroquial de santa María de la Oliva, en Salteras, se celebraron exequias por ella ante un túmulo funerario de nada menos que tres cuerpos y hechura salomónica. La importancia de los actos litúrgicos fue notable, como revela el hecho de su duración: vigilia la tarde anterior y, al día siguiente, misa de difuntos, oración fúnebre o sermón, que en el caso que nos ocupa se prolongó durante 45 minutos, y responso final principal. Salteras era vecina de Olivares, cabeza del estado y Casa condal-ducado del mismo nombre, que había ostentado la finada. Al buscar documentación para identificar los fondos con los que fue sufragado, el autor nos proporciona que fueron del mismo género –rentas de arbitrios– que hicieron posible, en la villa también sevillana de Alcalá del Río, la celebración de exequias por Fernando VI, cuatro años más tarde. En el mismo ensayo, Reyes también refiere la celebración de honras por la duquesa en Chiclana de la Frontera, aunque especifica que no puede constatar si la ceremonia en el interior de templo de la localidad se realizó ante un túmulo funerario.

⁸⁵⁵ ALLO MANERO, María Adelaida: “*La mitología en las exequias reales de la Casa de Austria*”, *De Arte. Revista de Historia del Arte*, 2 (1993), pp. 145-164. La autora subraya que el uso de la mitología

pero también súbditos, el dolor por la pérdida de una consorte regia, Historia Sagrada y la mitología se fundían en una sutil pedagogía que a veces nos cuesta imaginar como eficaz en las actuales circunstancias culturales. Así fue en el catafalco de Isabel de Borbón, dispuesto en la catedral de Granada, cuando en 1644 se la comparó con siete mujeres fuertes del Antiguo Testamento, entre ellas Judith, la valerosa hebrea capaz de enfrentarse al guerrero Holofernes⁸⁵⁶.

Cuando en Ciudad de Méjico, en 1559, se instaló el túmulo en honor del fallecido Carlos V, una de las representaciones visuales escogidas fue la Caída de Faetón, el “luminoso”. El hijo de Helios, dios del sol, y Clímene, pidió a su padre guiar su propio carro alrededor del cielo durante un solo día. A pesar de las advertencias y faltándole las fuerzas por su juventud, tomó las riendas, los caballos se desbocaron y poco faltó para que la tierra se incendiase. Zeus lo mató con un rayo y lo arrojó al río Eridano. En su crónica, Alciato ya había presentado a Faetón como un mozalbete envanecido cuya soberbia le conduce a la perdición. Naturalmente, en el Nuevo Continente el joven abrasado aparecía junto a un Carlos V triunfante manejando diestramente un carro sobre el lema “*Se regens, rexit*”, expresando “cómo por regirse a sí César primero, rigió y gobernó prudentemente sus reinos y señoríos”⁸⁵⁷.

Para Bonet Correa, la historia de los túmulos funerarios regios en España se inicia en 1539, con el construido en el interior de la Capilla Real de Granada en memoria de Isabel la Católica, diseñado por el arquitecto del Palacio de Carlos V en la misma ciudad, Pedro Machuca⁸⁵⁸. El mismo autor desbroza la importancia de los túmulos para exequias del emperador entre 1559 y 1660. El de Valladolid, atribuido a los Corral de Villalpando, destacaba porque su estilo era el de las custodias platerescas que se lucían en procesión. El sevillano fue purismo clasicista de Hernán Ruiz, autor del remate de la Giralda. El alzado en Bruselas, que pudo observas detenidamente Felipe II, que asistió a las honras, fue muy difundido en relaciones y crónicas. Siguió un modelo

clásica en el periodo se hará de forma moralizante, interpretándose de forma que los dioses y héroes sean presentados como ejemplos de virtud, defensores del bien. Los autores de las propuestas harán gala de su erudición citando las ediciones de las toman las fuentes de su inspiración.

⁸⁵⁶ GARCÍA BERNAL, Juan José: “Triunfos reales y teatros funerarios: del ritual ciudadano al salón cortesano (siglos XVI-XVIII)”, en *Fiesta y simulacro*, Sevilla, 1992, p. 70.

⁸⁵⁷ ALCIATO, A.: *Emblemas*, LVI, Madrid, Augsburg, 1531 (consultada ed. Editora Nacional, 1975, p. 120), cit. en ALLO MANERO: *op. cit.*, p. 151.

⁸⁵⁸ BONET CORREA, Antonio: “La arquitectura efímera del Barroco en España”, en *Arte Barroco...*, p. 39. Con un estilo vitruviano y renacentista, su base habría servido en 1549 para las exequias de la Princesa de Asturias, Doña María, primera consorte del futuro Felipe II.

piramidal, mitad gótico, mitad renacentista. Hemos citado ya el de Ciudad de México, en el que Germán de Arciniega siguió el modelo del túmulo granadino⁸⁵⁹.

Cincuenta y dos días tardó en rematarse el túmulo que en la catedral de Sevilla, en 1598, se empleó en las exequias de Felipe II. El grabado que se difundió del mismo en toda España y los virreinos americanos hizo que su traza influyese durante décadas en numerosas estructuras de su género. Su pórtico arquitravado de columnas, un impresionante templete central cubierto con cúpula, esbeltos obeliscos rematados con bolas era, para Bonet, una alegoría del propio monasterio de san Lorenzo de El Escorial y, por tanto, del templo de Salomón. Diseño de Juan de Oviedo, con la ayuda de los escultores Juan Martínez Montañés y Gaspar Núñez Delgado, así como epitafios del licenciado Francisco Pacheco, para simular su fábrica en piedra se pintó de gris pardo. Lamentablemente, el túmulo no llegó a ser estrenado, pues ayuntamiento y audiencia entablaron un pleito protocolario por la preeminencia protocolaria de la ceremonia.

Desgraciadamente no conocemos la autoría de muchos de los catafalcos regioes, pero ilustres nombres de nuestra historia del Arte diseñaron planos de túmulos. Como ya sabemos, El Greco fue creador del dispuesto en Toledo para las exequias de Margarita de Austria, en 1612. En Sevilla se honró a la soberna difunta con una sobreposición de órdenes dórico, jónico y corintio, aportación de Francisco de Mora y su sobrino Juan Gómez de Mora. Al fallecimiento de su viudo, Felipe III, en 1621, la tipología clasicista seguía imponiendo el estilo solemne, imponente, grave que, como veremos, triunfaría en la cámara definitiva de los panteones escurialenses. Las telas tumulares seguían reproduciendo mármoles, jaspes, bronce. Churriguera realizó el de María Luisa de Orleans en el convento de la Encarnación, en Madrid, probablemente el más grabado con un túmulo español más difundido. En el mismo monasterio Sebastián Herrera Barnuevo había preparado el de Felipe IV.

Tras la muerte de Felipe IV la ciudad de Sevilla, sumida en una profunda crisis económica, volvió a preparar unas honras por el monarca difunto. Habiendo fallecido el rey en septiembre de 1665, las exequias no pudieron tener lugar hasta marzo del año siguiente, sin que Baena Gallé, que ha estudiado a fondo documentación sobre la cuestión, apuntase si el rechazo de los diseños iniciales pudieron constituir lo que nos preguntamos si pudo ser una maniobra dilatoria de los actos, pues fueron encomendados al arquitecto mayor, presentados al cabildo y posteriormente objeto de nuevo concurso.

⁸⁵⁹ *Ibidem*, p. 40.

Al comentar las memorias de condiciones y descripción general para los carpinteros, el historiador reflexiona sobre el valor de la figura de la Fama, que coronaba la construcción, pretendiendo significar que el simbolismo de la persona del monarca trascendía al tiempo, permaneciendo en el recuerdo de los súbditos, en la historia. El propio Baena recordaba como el túmulo de la madre de Felipe IV había sido coronado con la representación del Ángel Custodio, por serle muy devota la reina Margarita, tras su muerte en 1611⁸⁶⁰.

La Iglesia del monasterio de la Encarnación, herencia arquitectónica de ambos monarcas, sustituyó a partir de su construcción, en el primer tercio del siglo XVII, a la de San Jerónimo el Real como escenario de las exequias reales en Madrid⁸⁶¹. Su catafalco, creado por Francisco de Herrera Barnuevo y construido por Pedro de la Torre, es considerado como el inicio del túmulo barroco. De tipo baldaquino, con columnas salomónicas iluminadas en medio de colgaduras negras, elevó la teatralidad fúnebre al grado exigido por el simbolismo regio. Solo cinco lustros después, José de Churriguera alcanzaría con agudos pináculos el desiderátum, la cumbre del barroquismo en el uso de la arquitectura efímera para la eternidad de la fama regia. Con la muerte en 1689 de María Luisa de Orleans, primera consorte de Carlos II, se demostró que toda la saturación de arquitectura, escultura y pintura no podía enfrentarse a decenas de hachones encendidos en un templo tapizado en negro. Sobre el catafalco, vencía siempre la representación de la majestad regia, representada en un objeto de cobre o latón, la corona.

Aunque la amplitud de las temáticas del presente estudio no nos permita entrar en cifras concretas de gastos, si hemos entrado a fondo en lo que se hizo, estamos obligados a constatar que en no pocas ocasiones también se dejó de hacer. Nos referimos a los momentos de crisis económica, cuando las ciudades o la propia corona se vieron forzados, en pleno auge de esta expresión estética, a recortar el volumen y variedad de los materiales a emplear. El mejor ejemplo que hemos encontrado es, una vez más, un texto firmado por Felipe IV. A la muerte del Príncipe Baltasar Carlos, cuando en San Jerónimo el Real se preparaban las exequias por el malogrado heredero, el mayordomo más antiguo del monarca, el conde de Montalbán, comunicaba al marqués de Malpica, en su condición de superintendente de Obras Reales, su

⁸⁶⁰ BAENA GALLÉ, José Manuel: *Exequias reales en la Catedral de Sevilla durante el siglo XVII*, Sevilla, 1992.

⁸⁶¹ MORENA BARTOLOMÉ, Áurea de la: "El Monasterio de San Jerónimo el Real, de Madrid", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 10 (1974), pp. 47-78.

desacuerdo con el proyecto de túmulo propuesto por Juan Gómez de Mora. La respuesta de Felipe IV a la consulta de Malpica en este sentido nos hace pensar en los sentimientos más íntimos del monarca, debatiéndose entre el luto personal y la penuria económica de la corona:

“Remito a vuestra elección y a la de las personas a quienes os pareciere comunicarlo, la forma del túmulo con advertencia de que desseo que sea de la más moderada costa que se pidiere y de tal disposición que pueda acabarse para el plazo que he mandado regulándolo de manera que no por esto se falte a lo decente”⁸⁶².

En semejantes actos de naturaleza pública de exteriorización del luto, era obligada la presencia física y jerarquizada de todo funcionario, que había de participar en estas exequias simbólicas y ser ubicado según su jerarquía. El boato era máximo, haciendo incluso sombra al significado religioso del acto. Proporcionaba el derecho a solicitar ropas de luto, con frecuentes pruebas de excesos que hubieron de ser controlados. La asistencia a las ceremonias de exequias era obligada no solo para las autoridades políticas, sino para los habitantes de las localidades. Así lo recoge un bando hecho público en Viana (Navarra) con motivo de la ceremonia a celebrar en diciembre de 1580 en recuerdo de la fallecida reina Ana de Austria, cuarta consorte de Felipe II:

“Sea notorio que el señor alcalde y el Regimiento de la villa de Viana, Principado de Navarra, por orden de Su Majestad, virrey y Real Consejo ha determinado celebrar las exequias de la reina de gloriosa memoria, hoy domingo, a las vísperas, con misa solemne el lunes día 19. Se apercibe a todos los vecinos se hallen a la celebración de dichas exequias con el luto y sentimiento que cada uno pudiere, como es razón se haga, y que no bayan a trabajar, a lo menos las personas mayores de las casas, hasta que sean celebradas, so pena de un ducado aplicado para obras pías”⁸⁶³.

Al valor convocatorio del texto ha de añadirse la necesidad de acudir con el atuendo luctuoso, en la medida en que cada vecino, según su extracción social, pudiese exteriorizarlo, pues solo se proporcionaban telas de bayeta negra –paños- para luto, o

⁸⁶² AGP, Histórica, Caja 76, Exp. 11. El estado de las finanzas de la monarquía era calamitoso, por lo que Malpica podría haber tomado una decisión de manera individual en una cuestión de obras, pero afectando a la imagen luctuosa de la real familia, es lógica la consulta al monarca, que proporciona por escrito un penoso planteamiento de mínimos. Como contraste, la ciudad de Zaragoza, en la que había fallecido el joven Príncipe, coste  un espléndido túmulo.

⁸⁶³ AMV, Leg. 17, L. Acuerdos, 1580. f. 244, cit. en LABEAGA MENDIOLA, Juan Cruz: “Viana celebra los acontecimientos de la monarquía”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 82 (2007), p. 77.

medios pecuniarios para costearlos, a determinados funcionarios públicos. Que en la localidad Navarra la norma era acudir a las exequias es claro, pues más de ocho décadas después, al fallecer Felipe IV, no solo se hablaba de una multa de 20 libras, sino de diez días de cárcel para los que haciendo trabajos serviles desobedecieran y “abran botiga, ni tiendas y todos bajen los tableros”⁸⁶⁴.

Para García Fernández, el modelo de entierros reales, que se había formado en el siglo XVI, se mantuvo hasta el XIX sobredimensionando el despliegue de su aparato teatral, mientras que se impusieron fuertes restricciones al uso de lutos y a las demostraciones rituales populares en las exequias simbólicas que se celebraban en las ciudades, a las que estamos haciendo referencia⁸⁶⁵. Pensamos que esas restricciones fueron más teóricas que reales, pues localidades e instituciones compitieron en la organización de solemnes honras fúnebres sin reparar en gastos, como demuestran numerosas huellas artísticas como planos y cuentas de gastos⁸⁶⁶. Paralelamente, artistas consagrados participaban en la decoración de esos conjuntos visuales en los templos más representativos. Tenemos noticia de uno, especializado en pintura religiosa, un caso atípico en el Madrid de mediados del siglo XVII, cuyos trabajos en el monasterio de las Descalzas Reales atestiguan la importancia de aquellos túmulos regios y de infantes. Nos referimos a Francisco Camilo, maestro de notable prestigio en su tiempo pero hoy considerado de segunda fila⁸⁶⁷, que participó muy activamente en el túmulo levantado en aquella Iglesia en las exequias en memoria de la Emperatriz María de Alemania, hija de Felipe III y hermana de Felipe IV, fallecida en 1646, por lo que cobró tres años después 948 ducados, cantidad importante para la época⁸⁶⁸. Pérez Sánchez no solo nos informa de la doble participación de Camilo en exequias en aquellas Descalzas Reales que tanto gustaron los monarcas de emplear para que se hiciese memoria de monarcas de otros reinos. A mediados del XVII, los doradores comenzaron a reclamar para sí el monopolio de la realización de aquellos espectáculos barrocos de emblemas y

⁸⁶⁴ AMV, Leg. 22, doc 11, L. Acuerdos, 1665. cit. en LABEAGA MENDIOLA: *ibidem*, p. 78.

⁸⁶⁵ GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo: *Los castellanos y la muerte. Religiosidad y comportamientos colectivos en el Antiguo Régimen*, Valladolid, 1996, p. 61. El autor constata una contención económica en las exequias de los funerales de los últimos Austrias en la ciudad de Valladolid.

⁸⁶⁶ Vid. VARELA TORTAJADA, Javier: *La muerte del Rey. El ceremonial funerario de la monarquía española. 1500-1885*, Madrid, 1990.

⁸⁶⁷ PÉREZ SÁNCHEZ, Alfonso Emilio: *Francisco Camilo: Un pintor en el Madrid de Felipe IV*, Madrid, 1998. Pintor de origen italiano, representativo del Barroco madrileño, dedicado casi en exclusiva a obra piadosa, gozó de educación literaria infrecuente en su época y de la protección de conventos y monasterios, y de economía más equilibrada que la de muchos de otros artistas coetáneos. Aunque se desconoce la fecha exacta de su nacimiento, que suele situarse entre 1614 ó 15.

⁸⁶⁸ *Ibidem*, p. 42. Y seis años después volvería a participar en otras exequias imperiales en el mismo lugar, las de la Emperatriz Leonor, componiendo “escudos de armas, muertes y otras cosas”.

jeroglíficos, de triunfos efímeros y caducidades de poder, finitud de la autoridad. Quisieron erigirse en colegio que les agrupase profesionalmente y prohibir a los pintores inmiscuirse en sus trabajos, sin que haya noticia de que lo consiguieran⁸⁶⁹.

La estructura de las ceremonias exequiales no variaba excesivamente entre unas ciudades y otras. Religiosos de distintas órdenes, en la prelación establecida por antigüedad o criterio indicado por las autoridades eclesiásticas, oficiaban responsos cantados ante los catafalcos de los templos. Desde la noche anterior, el luto y el repicar de las campanas habían acompañado el ambiente de recogimiento y solemnidad. El acto en sí se iniciaba con la protocolaria entrada del virrey en su caso, así como los representantes de la ciudad, y los oficiales reales, de compleja ubicación en sitiales. Se rezaba la letanía de difuntos y comenzaba la misa de réquiem, presidida siempre por el arzobispo titular vestido de pontifical. Discrepamos de Monteagudo⁸⁷⁰ cuando afirma que el sermón corría siempre “a cargo del predicador de la ciudad”, pues son numerosos los testimonios que prueban que se escogía a religiosos especialmente señalados para glosar las virtudes del monarca difunto. La ceremonia solía concluir con ofrenda de cirios, escudos, y nuevos responsos por el difunto.

Tras la muerte de Carlos II, la catedral de Toledo acogió uno ante el que se celebraron las exequias en la ciudad del Tajo. La presencia de alegorías y metáforas de la finitud vital era clave en aquellas representaciones, en una sociedad donde lo visual se convertía en eficaz arma pedagógica. El pueblo no solo acudía a rendir homenaje al rey difunto y a orar por su eterno descanso, sino a incorporar a sus sentimientos más hondos la espiritualidad católica sobre la muerte que a todos llega:

“Por todo el túmulo en los blancos, o vacíos, estaban bien repartidas, sin confusión ni desaire, varias imágenes de esqueletos, huesos y otros símbolos de la muerte, cuya fatal guadaña en el brazo izquierdo de la estatua del Tiempo hermanada al Reloj, que en su mano tenía, desollando sobre todo se hacía formidable a los ojos, como fue inexorable el golpe”⁸⁷¹.

⁸⁶⁹ *Ibidem*, p. 43. En Sevilla, el mismo Francisco Pacheco, suegro de Velázquez, reclamó su derecho a participar en los túmulos.

⁸⁷⁰ MONTEAGUDO ROBLEDÓ, María Pilar: “Liturgia y monarquía: la legitimación del poder monárquico en la Valencia barroca”, *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia i Història*, 43 (1993), p. 229. No obstante, la historiadora aporta, aunque sin citar fuente, interesante excepción en materia de exequias en la catedral valenciana: Carlos II habría dispuesto en 1683 la celebración de honras por los soldados que dieron su vida por la monarquía, cada 16 de noviembre, con misa ante túmulo, oficiada por el canónigo más antiguo, con sermón, música y responsos, anunciada con toque de campana desde la noche anterior.

⁸⁷¹ *Exequias reales que a la gloriosa memoria del Serenísimo Señor Don Carlos II celebró en la muy Santa Iglesia Primada la Imperial ciudad de Toledo los días 22 y 23 de diciembre de 1700*. Toledo, 1701, fragmentos 8 v. 44.

El túmulo no fue patrimonio de los Austria como expresión ceremonial de las honras regias. Al llegar siglo XVIII, la nueva dinastía fomentó su empleo con frecuencia, como nos han recordado numerosos acercamientos historiográficos, con motivo de los fallecimientos de los monarcas españoles, sus consortes e hijos, y de los soberanos extranjeros más ligados a la nueva dinastía del trono de Madrid, especialmente aquellos con relación familiar directa con el rey. En los primeros años de la década de 1710 no faltaron exequias de miembros del tronco principal de los Borbones, los de Francia. En 1711, Teodoro Ardemans diseñó el del propio padre del monarca, el Gran Delfín, y Pedro de Ribera haría lo mismo con María Luisa Gabriela de Saboya en 1715. Aunque ambos emplearon formas neomanieristas flamencas y compitieron con el que 25 años antes había preparado Churriguera, no le alcanzaron. Nuestra aportación documental consistirá en un novedoso elenco de fuentes en torno a la celebración de las exequias de aquella centuria, en la que la que el monasterio de El Escorial, a decenas de kilómetros de la catedral, estuvo especialmente presente. Porque en el archivo de su Real Biblioteca hemos encontrado varias muestras de la petición a su prior y comunidad de valiosas vestiduras y ornamentos litúrgicos que se empleaban en la celebración de los sepelios y las exequias que tenían lugar en la basílica. Nos hallamos así ante un importante conjunto documental que muestra la relevancia de la comunidad jerónima, también como custodio de textiles y objetos sagrados para uso litúrgico funerario, un aspecto relevante que debe añadirse a su papel como guardián del más importante conjunto sepulcral de la monarquía de España, como vamos a desarrollar en posteriores epígrafes. Durante siglos, fueron depositarios de importantísimos elementos de la celebración simbólica del óbito en las exequias, que aumenta la importancia de la fundación filipina como símbolo vertebrador de la imagen funeraria dinástica.

Así sucedió a la muerte de Luis XIV. En abril de 1716, el marqués de Grimaldo solicitaba al prior, fray Eugenio de la llave, que le facilitase:

“Habiéndose de ejecutar la función de la onrras del Sr. Rey xmo (que est  en Gloria) los días 13 y 14 del mes próximo que viene, y siendo estilo traerse de ese Real Combento el Terno, Paño Rico, Corona y almohada para que sirvan en ellas, me manda el Rey avisarlo a V. Rma. para que disponga se

entreguen las referidas alajas a la Persona que llevare esta Rl. Orden. Dios guarde a V.R,a. muchos años como deseo. Aranjuez, 28 de Abril de 1716”⁸⁷².

Luis XIV había fallecido en Versalles el 1 de septiembre del año anterior. Como era costumbre, las exequias se celebraban varios meses después, habiendo sido dispuestas en el atardecer el 13 y la mañana del 14 de mayo de 1716. Para ello se solicitaban cuatro objetos fundamentales en la representación regia: el terno, el paño rico, una corona y un almohadón en la que la misma era depositada en el centro del catafalco regio. Aquel “siendo estilo” de Grimaldo es indicio sólido de anteriores ocasiones en que los objetos habían salido de El Escorial con el mismo motivo.

Para precisar a qué elementos nos referimos conviene remontarse a 1572, cuando se consignó la primera recepción en el monasterio de una gran cantidad de textiles de altar, que servirían para tanto para las primeras ceremonias de recepción de los restos mortales de regias personas, dos años más tarde, actos a la que haremos detenida referencia. En aquellos se usaron dos paños de tumba, uno de “tela de oro frisada fondo de oro y negro y rizos de oro y plata”, y otro para situar debajo del catafalco o túmulo en el que se ubicase el féretro⁸⁷³. No podemos precisar durante cuanto tiempo se prolongó el uso de aquellos ricos textiles, pero sí que diez años después, con la terminación de la basílica, nuevas series con frontales de altares enriquecieron el tesoro escurialense haciendo posible frecuente cambios para un precioso despliegue estético en el ceremonial litúrgico, que incluía el propio del tránsito.

Uno de los ternos, conjunto de vestiduras litúrgicas correspondientes a los oficiantes con órdenes mayores (presbíteros, diáconos y subdiáconos) en las misas solemnes, que ingresó en El Escorial en 1593, pasó ser pronto uno de los más conocidos de su colección litúrgica. Nos referimos al terno de Job o de la “Historia de Job”, utilizado en los sepelios y exequias reales en el monasterio y solicitado con profusión, como vamos a ir comprobando, según la documentación conservada, para las honras regias organizadas por la casa del rey en Madrid. Una de las justificaciones a su composición era la recreación estética de la muerte del monarca como “un nuevo Job”,

⁸⁷² RBME, Caja XX, 54, *Ornamentos litúrgicos en funerales, Carta del marqués de Grimaldo pidiendo al prior del monasterio el terno, paño, corona y almohada para la celebración de exequias reales*, 28 de abril de 1716.

⁸⁷³ CHECA CREMADES, Fernando: “La ceremonia de la muerte”, en CHECA CREMADES, Fernando: *De El Bosco a Tiziano. Arte y maravilla en El Escorial*, Madrid, 2013, p. 165.

en alegoría iconográfica de la aceptación de su óbito⁸⁷⁴. Es prueba de la calidad y complejidad en la elaboración del terno que ya tres años antes, en enero de 1590, se pagase a un bordador por la elaboración de uno de sus capillos, como demuestra una data de salario que hemos hallado en el archivo de la Real Biblioteca escurialense⁸⁷⁵, cuyo enunciado demuestra que fue encargado con la idea de dedicarlo ya para los funerales anuales celebrados por Carlos V.

El segundo de los ternos funerarios escurialenses más conocido, conservado en la actualidad, es el denominado “de las calaveras”, cuyo origen es posterior a 1569 y que en principio estaba destinado a las ceremonias de llegada de los restos y a las exequias y funerales posteriores de mujeres de la real familia. Fue descrito como un “terno con acompañados cuerpos de brocados de plata, fondo de plata hilada y rizos de plata con perfiles gruesos de terciopelo negro con cenefas bordadas sobre terciopelo negro liso con chaparia de plata y torçales de plata hilada”, clara composición y ornamentación relativa a su función⁸⁷⁶.

La almohada o cojín no era solo un objeto que mostraba relevancia o prestigio social⁸⁷⁷. El cojín habría de ser enviado para formar parte del conjunto funerario, centrando las miradas en el catafalco. Se trataba de un elemento con componentes psicológicos. Sobre el mismo sería ubicada el más importante símbolo regio, la corona que luciría solemne durante todas las ceremonias, proporcionando a su vez la imagen de un objeto que descansaba en paz sobre una superficie mullida, cálida, en equilibrio. Era por tanto también metáfora del fin de un reinado que concluía en merecido reposo.

Una carta con los similares términos que la anterior se remitió diez años después, a la muerte de Luis I, firmado por José Rodrigo. Como únicas diferencias, se ordenaba al prior, fray Luis de San Pablo, que los “el Terno y Paño rico, Corona y Almoada que sirve al Pontifical”, fuesen enviados “para la función de las Honras” al monasterio madrileño de la Encarnación “de forma que esté puntual para el día que

⁸⁷⁴ El terno de Job no consistía únicamente en vestiduras litúrgicas. Además de tres casullas, dos dalmáticas, cuatro estolas, cinco manípulos y cordones, borlas, paño de facistol, cinco capas y una manga de cruz, contaba con tres frontales de altar, una frontalería, una grada y cuatro caídas para altares laterales, así como un paño de sobretumba, seis capas de coro, una muda y treinta y dos frontales, lo que suponía poder ornar prácticamente todos los altares del interior de la basílica (CHECA: *op. cit.*, p. 167).

⁸⁷⁵ RBME, Caja XI, 40, *Data de salarios a bordadores, Luis Balanzat por las historias y retochas del terno de oro matizado y por la obra de un capillo de oro torcido de la vida de Job y por una trabeta para el mismo ornamento de Job que es para las honras del emperador*, enero de 1590.

⁸⁷⁶ Contaba con similar número de piezas al del terno de Job, excepto el paño de sobretumba y los 32 frontales para altares de la basílica (CHECA: *op. cit.*, p. 167). Entendemos por tanto que con menor capacidad de ornamentación ceremonial.

⁸⁷⁷ GONZÁLEZ MENA, María Ángeles: “El almohadón o cojín como símbolo ritual de dignidad y jerarquía social”, *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 43 (1988), pp. 317-330.

S.M. tiene señalado”⁸⁷⁸. Las exequias volvían a celebrarse, según la costumbre, meses después del óbito. Como lo fueron, también en la Encarnación y dos años después, las del duque de Parma, tío de Isabel de Farnesio, en los que el mismo prior hubo de repetir con exactitud la gestión⁸⁷⁹.

Prueba de que la colaboración activa, aunque fuera en calidad de prestadores de objetos litúrgicos, de la comunidad jerónima de El Escorial, llevaba décadas siendo frecuente, es la literalidad de aquellas órdenes escritas que adoptaban la forma de carta, pero indicaciones regias de obligado cumplimiento al fin. El 16 de julio de 1740 fallecía la viuda de Carlos II, Mariana de Neoburgo. Hasta mediados de marzo del año siguiente no se solicitó al prior de san Lorenzo ornamento ni vestidura litúrgica funeral ninguna, si bien en la carta del marqués de Villarias podemos apreciar una economía de lenguaje propia de quienes llevaban años tratando verbalmente o escrito estos asuntos, conocían el histórico de este género de correspondencia o estaban muy familiarizados con los términos de las cuestiones abordadas:

“Rmo. P., Necesitándose para la función de las honras que la Reyna nra. Señora hace en el Combento de Descalzas Rs. de Madrid por la Reyna primera Viuda, que esté en gloria, los Ornamentos de Pontifical correspondientes a cinco obispos, manda el Rey que según se ha practicado en otras ocasiones, se remitan al expresado Combento de Descalzas Reales los referidos Ornamentos de inteligencia de que para el día 20 del corriente por la noche deven estar en él. Y de Orden de S.M. lo prevengo a V.R. para su cumplimiento Dios guarde a V.R. muchos años como deseo”⁸⁸⁰.

El documento aporta importantes datos sobre la organización de las exequias de la segunda consorte del monarca. En primer lugar, que fueron organizadas por Isabel de Farnesio, sobrina carnal de la difunta. El segundo, la celeridad con la que fueron solicitados los objetos, tres días antes de la celebración. De la diligencia con la que la

⁸⁷⁸ RBME, Caja XXI, 19, *Orden de don José Rodrigo para que el prior envíe el terno, paño, corona y almohada para celebrar, en el convento de la Encarnación, el funeral por el alma del rey Luis I*, 19 de febrero de 1725. El documento está firmado en el palacio del Buen Retiro.

⁸⁷⁹ RBME, Caja XXI, 34, *El marqués de la Compuesta pide al prior los ornamentos de honras para celebrar el funeral por el duque de Parma en el convento de la Encarnación, 24 de septiembre de 1727*. La orden reproduce el elenco de objetos “ordena el Rey que V. Rma remita luego el Terno, y Paño rico, Corona y Almoada que sirve al Pontifical”. Una nota al reverso de la carta indica “Se embiaron” (sic).

⁸⁸⁰ RBME, Caja XXII, 60, *El marqués de Villarias notifica al prior que debe enviar los ornamentos de pontifical de 5 obispos a las Descalzas Reales para celebrar un funeral por el alma de la reina viuda, Mariana, 17 de marzo de 1741. El escrito se remitía desde el palacio de El Pardo*. A pesar de estar dirigido al prior fray Pedro de Reynoso, el documento está archivado entre los del priorato de su sucesor, fray Sebastián de Victoria, confirmado en su cargo el 10 de mayo de 1741.

petición fue atendida, sin duda por la importancia del deseo de Isabel de Farnesio, da muestra otra carta al prior, que interpretamos en el contexto del respeto que inspiraba la consorte de Felipe V, que había tomado las riendas de la cuestión, en la corte y los reales sitios, incluido el monasterio y la propia comunidad jerónima:

Muy Señor mío en satisfacción de la de V.R. que he recibido en la mañana de hoy como a cosa de las siete de ella unidamente con una orden del Excmo. Sr. Duque de Atri Mayordomo May[o]r de la Reyna Nuestra Señora debo decir que he dado puntual providencia para que se encamine a ese Real Monasterio Don Fernando Estrada Diputado de la Real Guardarropía de S.M. con un coche de seis mulas [...] para que puedan hacer mayor diligencia y vengán en el las dos religiosos que V.R. deliberase con el nominado Dn. Fernando y asimismo un carromato para la conducción de los cajones en que han de venir o traerse colocados los ornamentos que en cumplimiento de lo mandado por S.M. y de lo practicado en los casos anteriores deven servir en la función de las onras que se han de celebrar por la Difunta Reyna Viuda en el Rl. Convento de las Descalzas de esta Villa el martes ynmediato en el Rl. nombre de la Reyna ntra. Sra. y a efecto de que no se la experimente la más pequeña falta en el real servicio he dispuesto que en las Rozas se ponga un par de mulas para mudarlas de el citado carromato, lo que no he ejecutado por lo respectivo al tiro por la gran seguridad que tiene su dueño a que no es necesario y con esta ocasión me ofrezco al arbitrio y orden de V.R. para que me dispense sus presupuestos en la indigencia de que allará en mi la clientela obediente. Dios guarde a V.R. muchos años como deseo”⁸⁸¹.

A Villarias correspondió de nuevo⁸⁸², como mayordomo mayor de Felipe V, pedir al prior del monasterio el terno, paño rico, corona y almohada, si bien lo hizo con más de diez días de antelación a la celebración de las exequias, que tuvieron lugar en el monasterio de la Encarnación, el 19 y 20 de diciembre de 1746, cinco meses después de la muerte del monarca⁸⁸³. Tratándose de las exequias del propio soberano, se avisó a fray Blas de Arganda de la llegada de “Miguel Phelipe de Ito, Ayuda más antiguo que gobierna el Oficio de la Rl. Guarda Joyas” para trasladar tanto los objetos como a los monjes que los custodiaban –“Lleva el Coche de la Cavalleriza del Rey para la decencia y comodidad de los Religiosos que es costumbre vengán acompañando a los Ternos”-,

⁸⁸¹ RBME, Caja XXII, 60, 2, *Funeral por la reina Mariana, Carta de Gabriel Benito de Alonso López a Fray Pedro Reynoso*.

⁸⁸² RBME, Caja LX, 7, 2, *El duque de la Mirándola avisa al prior de la ida de Miguel Felipe de Ito, guardajoyas, para transportar los ornamentos litúrgicos y símbolos para el funeral del rey, 12 de diciembre de 1746*.

⁸⁸³ RBME, Caja LX, 7, 1, *El marqués de Villarias pide al prior que se envíen el convento de la Encarnación el terno, paño rico, corona y almohada para la celebración del funeral por el rey Felipe V, 8 de diciembre de 1746*.

que por primera vez aparecen citados en los escritos, algo que no extraña dada la importancia que la comunidad concedía los mismos en su valor material y simbólico. El hecho de que Fray Blas de Arganda hubiera sido confirmado prior el 15 de octubre de aquel mismo año, apenas dos meses antes, no le impedía ser consciente de la relevancia del préstamo, para la que recibía la garantía de la identificación de un funcionario palatino de la mayor confianza.

Había comenzado ya el reinado de Fernando VI que, como su progenitor, seguiría la costumbre de acudir a la *generosidad* de la comunidad escurialense para celebrar con egregia dignidad las exequias de sus familiares. Así fue con sus suegros, los padres de la reina consorte María Bárbara de Braganza. Cuando falleció Juan V, el 31 de julio de 1750, se suscitó una cuestión técnica. El marqués de Campo Villar pidió los ornamentos acostumbrados en una carta fechada el 29 de diciembre de aquel año, en cuyo reverso hemos encontrado una viva anotación posterior, a modo de título de la fuente, cuya autoría, desconocida, muestra que no todo era un mar de parabienes en la cesión temporal de tan necesarios objetos, y que se respondió exigiendo que se enviase un coche a recogerlos:

“Carta orden Para que se remita el ornamento de honras de Rey para las del de Portugal. Se respondió se daría con gusto quando dispusieren el embío por el en la forma acostumbrada esto es que benga el Guarda Joyas con un Carro o Galera y trayga Coche para que bayan los P. Sacristanes y assi ninguno se le da alojamiento de los que vienen por el, pues el los se deben componer alla en el sitio a su costa como ha sido siempre”⁸⁸⁴.

Y así fue. Hemos encontrado el borrador del oficio en el que se anuncia el envío de un funcionario del guardajoyas del rey para su traslado en custodia “lo mismo que en otras ocasiones se haya practicado”⁸⁸⁵. Cuatro años después, fray Francisco de Fuentidueña, que llevaba dieciséis meses como prior, recibió la petición que Campo Villar le hacía desde el Palacio del Buen Retiro para las honras de María Ana Victoria de Borbón, la madre de Bárbara de Braganza, que también tuvieron lugar en la

⁸⁸⁴ RBME, Caja XXIII, 45, *Carta orden el marqués del Campo Villar para que se envíen los ornamentos sagrados al monasterio de la Encarnación con el fin de celebrar los funerales por el rey de Portugal, padre de la Reina*, 29 de diciembre de 1750. La carta fue remitida desde el palacio del Buen Retiro.

⁸⁸⁵ RBME, Caja XXIII, 51, *Carta del señor Villafranca Montalvo y Vélez al prior, P. fray Blas de Arganda, rogándole entregue a Francisco de Torres, dependiente del guardajoyas del rey, los ornamentos necesarios para la celebración del funeral del rey de Portugal, Borrador de la misma*, 14 de enero de 1751.

Encarnación⁸⁸⁶. En la correspondencia entre la Casa del rey y el prior en estos funerales hay una interesante variante, pues el oficio en el que el duque de Huéscar comunica el desplazamiento del jefe de guardarropa –por primera vez, no un funcionario del oficio de guardajoyas- a recoger los objetos para las honras, a los que añade uno:

“El Gefe de la Guardarropa del Rey va de orden de S.M. a entregarse del Terno, Paño rico, Corona, Cetro y almoada que han de servir para el Pontifical, como es costumbre en la función de honras que se han de hacer por la señora Reyna Madre de Portugal en los días veinte y uno y veinte y dos del corriente y es quien le entrega esta a V.Rma”⁸⁸⁷.

Hasta ahora no habíamos detectado un cetro entre los preciados símbolos materiales reclamados a la comunidad escurialense. Nos preguntamos el motivo por el que el entonces duque de Huéscar citaba el importante símbolo material. Fernando de Silva y Álvarez de Toledo había regresado de París, donde había sido embajador ante el rey de Francia, aquel mismo 1754⁸⁸⁸. Había sido nombrado mayordomo mayor de Fernando VI. Apuntamos la posibilidad de, habiendo presenciado la compleja etiqueta francesa, heredera del fastuoso ceremonial del Rey Sol, que sí incluía el uso de orbe y cetro, muy probablemente pensó instintivamente en la existencia de uno entre los símbolos regios conservados en el monasterio, incluyéndolo en el elenco a pedir.

Sabemos que el paño rico, la almohada y la corona fue colocados en un túmulo que el propio Fernando VI optó, de entre los modelos que le fueron presentados, por el más parecido al que se dispuso para recordar en Madrid a su bisabuelo, Luis XIV, como vimos, en 1715. El efecto en el monasterio de la Encarnación hubo de impresionar a los asistentes convocados⁸⁸⁹, que se asombraban cuantos más escalones contaban los

⁸⁸⁶ RBME, Caja XXIV, 21, *Orden para enviar los ornamentos litúrgicos acostumbrados para celebrar los funerales en el real convento de la Encarnación por el alma de la reina de Portugal, Madre de nuestra señora. El marqués de Campo Villar*, 15 de septiembre de 1754. Junto a la carta se conserva un escrito, fechado dos días después, en el que se recuerda que “desde la Contaduría no solo se ha enviado un Carromato, en que puedan ir [los ornamentos], sino también un Coche, en que hayan de ir dos religiosos, que harían de cuidar de los expresados ornamentos, esto es lo que se ha estilado siempre, y no se puede ignorar en dicho oficio”.

⁸⁸⁷ RBME, Caja XXIV, 21, 2, *El duque de Huéscar avisa al prior de la ida del jefe de guardarropa para llevarse los ornamentos litúrgicos que se emplearán en los funerales*, 17 de septiembre de 1754.

⁸⁸⁸ Hijo de María Teresa Álvarez de Toledo y Haro (1691-1755), la primera mujer de las tres que ostentaron como titulares el ducado de Alba de Tormes, heredaría el mismo al año siguiente, en 1755.

⁸⁸⁹ RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, Alfonso: *op. cit.*, p. 371. Tres años después se diseñó otro túmulo de parecido rango para las memorias funerarias de su suegra, la reina consorte de Portugal María Josefa de Austria, madre de Bárbara de Braganza.

catafalcos. Con cuatro había sido distinguido el de su cuñada, la viuda de Luis I, Luisa Isabel de Orleans, cuando se la honró en Madrid, a su muerte⁸⁹⁰.

Hemos comprobado como durante el siglo XVIII la celebración de las exequias en la Encarnación o en las Descalzas no parece responder al sexo de los difuntos o a la mayor o menos cercanía familiar de los monarcas fallecidos, fueran nacionales o foráneos. Al morir María Bárbara de Braganza en agosto de 1758, Fernando VI entró en un estado de ausencia tal que en palacio se tomaron importantes decisiones que suponían novedad en torno a la celebración del propio entierro y de las regias honras. La decisión de Fernando VI, a petición de su consorte, de que los restos fuesen depositados en la iglesia del monasterio de la Visitación, de las Salesas Reales, que analizaremos detenidamente, hizo que el mismo día del fallecimiento, 27 de agosto, se pidieran a El Escorial los ornamentos litúrgicos de los que el convento femenino no disponía:

“Habiendo fallecido la Reyna nra. Sra. y dejado señalado su entierro en el Convento de nuestra señora de la Visitación de Madrid fundación de S.M. (que está en gloria) resuelto el Rey se hagan las funciones fúnebres correspondientes con toda la Magestad y Magnificencia devida, para que no falte requisito alguno que las pueda hacer menos sumptuosas me manda prevenir a V.R.a. remita luego, luego y sin dilación alguna, el Terno y Paño rico, Corona y Almoada que sirve al Pontifical en las honras de los Sres. Reyes y Reynas difuntos; Y de su real orden lo participo a V.Rma para su puntual ejecución”⁸⁹¹.

La orden, remitida desde Aranjuez por el marqués de Campo Villar, incluía sutiles referencias, como que los objetos servían tanto a las honras de soberanos y soberanas, y que la propia reina había dejado señalado su entierro en aquél lugar, como si fuese necesario precisarlo al prior fray Francisco de Fuentidueña, dado que se rompía la tradición y los restos de una soberana no serían depositados en el monasterio escurialense. Menos de un año después, Campo Villar volvía a pedirlos al mismo prior y con idéntico destino⁸⁹² por la muerte de Fernando VI; en esa ocasión, el marqués remitía la carta desde el castillo de Villaviciosa, donde el monarca había fallecido,

⁸⁹⁰ DANVILA: *op. cit.*, p. 431. Entendemos que un estudio comparativo del número de escalones de los catafalcos de los reyes y reinas de España podría arrojar conclusiones de cierta entidad.

⁸⁹¹ RBME, Caja XXIV, 55, *Con motivo del fallecimiento de la reina, el rey ordena se remitan al convento de la Visitación los ornamentos que se suelen emplear en los funerales de la familia real*, 27 de agosto de 1758.

⁸⁹² RBME, Caja XXIV, 67, *Petición al prior del monasterio para que se envíen urgentemente al convento de la Visitación de Madrid los ornamentos que suelen emplearse en los funerales reales y poder celebrar así los del rey Fernando VI*, 10 de agosto de 1759.

informando también que el rey había “señalado su entierro en el Convento de nuestra Señora de la Visitación de Madrid”, y añadiendo como una nada sutil cláusula que aseguraba el cumplimiento de la petición, en referencia a Isabel de Farnesio, que había tomado las riendas del poder, que había “resuelto la Reyna Madre Governadora se hagan las funciones fúnebres correspondientes con toda la Magestad y magnificencia debida, para que no falte requisito alguno que las pueda hacer menos sumptuosas”. No extraña que a nuestra fuente no acompañe documento alguno. El cumplimiento debió ser inmediato.

Tres décadas después finalizó el reinado de Carlos III y correspondió al conde de Floridablanca pedir al entonces prior, fray Carlos de Arganda⁸⁹³, “el terno y paño rico, corona y almohada”. Seis días después, el mayordomo mayor⁸⁹⁴ anunciaba el envío de un mozo del oficio de Tapicería, Domingo Gómez, acompañado por otros tres empleados del mismo “a quien V.S. podrá entregarlo, tomando el correspondiente recibo interin se devuelven las expresadas alhajas”. Un cambio en el sistema de custodia, pues el marqués de Santa Cruz no cita un coche para el traslado, ni a monjes guardianes de los objetos, aunque la explicación de que las honras serían realizadas “en la misma forma que se hicieron por el Sr. Don Felipe V” podría inducir a pensar que quizá se incluyese aquella manera de trasladarlos.

No fue la única petición en la muerte de Carlos III. El ayuntamiento de Madrid, que había organizado exequias por el monarca, el 4 de abril, en el monasterio de santo Domingo el Real, se dirigió al prior con la misma petición⁸⁹⁵. Se trata del primer ruego fuera de la Casa del rey, en este sentido, que hemos encontrado. En la carta se le pedía “se sirba franquearle para dichos funerales el completo que se ha trahido de ese Rl. Monasterio para las Honrras que se han practicado por S.M. en el Rl. Monasterio de las Sras. De la Encarnación”. Con toda lógica, el consistorio de la capital ponía de manifiesto que el conjunto de objetos estaba ya en la ciudad, lo que suponía menor gasto en el desplazamiento. A ello sumaba una alta recomendación, “en inteligencia de

⁸⁹³ RBME, Caja XXIX, 3, 1, *Con motivo de la celebración del funeral por Carlos III en el convento de la Encarnación, el conde de Floridablanca pide al prior que se envíen los ornamentos litúrgicos tradicionales que se emplean en tales actos*, 11 de febrero de 1789. Las exequias estaban previstas para el comienzo de la Cuaresma de aquel año

⁸⁹⁴ RBME, Caja XXIX, 3, 2, *El marqués de Santa Cruz, por su parte, solicita los mismos ornamentos*, 17 de febrero de 1789.

⁸⁹⁵ RBME, Caja XXIX, 3, 3, *El ayuntamiento de Madrid ruega al prior envíe al convento de Monjas de Sto. Domingo el Real de Madrid los ornamentos sagrados utilizados en la Encarnación, para celebrar otro funeral por el alma del rey Carlos II (sic) el día 4 de abril*, 17 de marzo de 1789. Firmaban la carta en Madrid Joseph Antonio de Aymona; el conde de la Vega del Pozo; Lucas de San Juan; Alonso de Vallejo; Martí [ilegible] y Zambrana y Vicente Lorenzo Verdugo.

que se ha visitado al Excmo. Sr. Mayordomo maior y no se le ofrece reparo alguno”. Como sucedió con la petición del duque de Huéscar en 1754, para las honras de la reina de Portugal, se mencionaba un cetro.

De los túmulos dedicados a Carlos III, quizá solo el que se le dedicó el Roma, con forma de templo griego, ya neoclásico, le hubiese recordado a su estancia como soberano en Nápoles. En la península y los virreinos americanos, todavía le dedicaron últimos cantos barrocos, arquitecturas parlantes que utilizaron lenguajes estilísticos un tanto atrasados en tiempos en los que el Neoclásico ya había hecho una triunfante entrada en escena⁸⁹⁶.

Tras la guerra de Independencia las circunstancias cambiaron, aunque no el deseo de celebrar exequias regias. En menos de un mes, como abordaremos en el correspondiente epígrafe, entre el 25 de diciembre de 1818 y el 19 de enero de 1819, fallecieron la segunda consorte de Fernando VII, María Isabel de Braganza, y sus padres, Carlos IV y María Luisa de Parma, lo que hizo necesario la celebración honras conjuntas. La iglesia escogida para la celebración de los actos en recuerdo de los difuntos fue la de san Francisco el Grande, cuya capacidad superaba con creces la de anteriores templos vinculados a la dinastía.

Fray Pablo de Yela, confirmado como prior de san Lorenzo de El Escorial desde junio de 1817, recibió una nota del conde de Miranda interesándose sobre los ornamentos:

“Muy Sr. mio: Siendo práctica muy antigua traerse de ese Real Monasterio el terno entero, paño rico y almoada para las funciones de honrras de Personas Reales, espero se sirva V.S. decirme si en el día existen dichas alhajas, a fin de dar las disposiciones de estilo para que puedan servir en la función de honrras que en la Iglesia de Sn. Francisco el grande de esta Corte ha resuelto S.M. se celebren por el alma de su Augusta Esposa la Reyna N^a. Sra. y Señores Reyes Padres (Q.E.E.G.)”⁸⁹⁷.

⁸⁹⁶ BONET CORREA, Antonio: “La arquitectura efímera del Barroco en España”, en CHECA CREMADES: *Arte Barroco...*, p. 42. El historiador del Arte español sostiene que la evolución del túmulo regio supone el paso del túmulo-catafalco-monumento, propio del siglo XVI, al túmulo-catafalco-pira, de estilo turriforme y templete copulado, propio de los lutos del XVII, en el que se clasificaría la cumbre del creado por Churriguera para la consorte María Luisa de Orleans. De ahí se progresaría hacia un túmulo baldaquino, para concluir en el catafalco-obelisco-templete neoclásico. Creemos que esta evolución estética fue perfectamente compatible con la función de ensalzamiento de la fama regia a través del hecho mortuario.

⁸⁹⁷ RBME, Caja XXXIV, 75, 1, *Nota del conde de Miranda, preguntando al prior si existen los ornamentos litúrgicos tradicionales que se empleaban en los funerales regios que sirvan en la función de honras a celebrar en San Francisco el Grande de Madrid por el alma de la reina y señores reyes padres*, 11 de febrero de 1819.

El mayordomo mayor tenía fundadas sospechas de la desaparición de los objetos litúrgicos. Así había sido. Se conserva un borrador de la respuesta que el prior le remitió, que confirma el expolio durante la invasión francesa:

“Mui Sr. mio de mi mayor aprecio y estimación: En contestación a la favorecida de V.E. del 11 del que rige digo: que de el Terno Entero y Paño y Almoadá antiguo que se acostumbraba llevar de este Rl. Monasterio a esta Corte para las funciones de honras que celebraban los Señores Reyes nada existe, porque haviendoselo llevado los Franceses, no ha buuelto esta Rl. Comunidad a hacerse con cosa alguna después de su reunión, ni saber donde para el todo o parte por más diligencias que ha practicado al efecto; pero tiene otro Terno moderno riquísimo, Paño y Almohada* que son los que usa en todos los Entierros y honras de los Sres. Reyes, del cual, si acomoda para el real y solemne acto que me insinúa V.E. podrá disponer, enbiando, según costumbre, quien lo lleve y buelva con el cuidado que exige su conservación.

* y sirvió en esa Corte para la magnífica y solemne traslación de los huesos de Daoiz, Velarde y demás que murieron en dos de Mayo a la Iglesia de San Isidro”⁸⁹⁸.

El prior informa al mayordomo mayor sobre la existencia de otros que son empleados en sustitución de los anteriores, si bien no alude a una nueva corona, y nos proporciona un interesante dato sobre la aportación de la comunidad jerónima a la construcción de la imagen funeraria de los héroes del alzamiento del 2 de mayo y de la guerra, personalizados en Daoiz y Velarde, con el envío de los mismos ternos, paño y almohada para las exequias nacionales celebradas en la iglesia madrileña de san Isidro. Nos hallamos ante un claro exponente de contribución escurialense a la glorificación del esfuerzo por la recuperación nacional iniciada en 1808. El prior añade, al incluir la nota sobre las exequias de los héroes, una suerte de prestigio, una pátina de santidad histórica a las telas aludidas, que han servido al recuerdo de Daoiz y Velarde. Por ello, el escrito que sigue a lo que pudo ser la respuesta nacida del borrador, contiene un elemento de desconcierto, que puede ser interpretado en el contexto de la actitud poliédrica de Fernando VII y su entorno cortesano, que tendremos ocasión de analizar. El texto del oficio del conde de Miranda pidiendo los ornamentos disponibles ni siquiera aludirá a la autoría del robo de los anteriores, no pide cuentas sobre pesquisas de la comunidad sobre fechas de la desaparición ni posible paradero:

⁸⁹⁸ RBME, Caja XXXIV, 75, 2, *Copia borrador de oficio del prior respondiendo al señor conde diciendo que los antiguos ornamentos litúrgicos desaparecieron con los franceses, pero tienen otro terno moderno riquísimo que está a su disposición*, 14 de febrero de 1819.

“Habiendo hecho presente al Rey N.S. la contestación de V.S. de 14 de este mes a mi papel de 11 del mismo, se ha servido resolver S.M. que para las exequias que se han de celebrar el 1 y dos de Marzo próximo en la Iglesia del Convento de Sn. Francisco el Grande de esta Corte por el Alma de la Reyna N.S. D^a María Ysabel de Braganza (Q.E.G.E) remita V.S. luego el terno rico con paño y almoada que dice se usa en el día para las honras y entierro de personas reales. De orden de S.M. lo comunico a V.S. para su inteligencia y cumplimiento, en el concepto de que a dicho fin y para acompañar a los dos Religiosos que deben venir a traer lo s referidos efectos para el dados Dn. Antonio Clemente Soto, Mozo de Oficio de la Real Guardarropa con el coche y carro que en semejantes casos se acostumbra”⁸⁹⁹.

La documentación abordada prueba una participación sobresaliente de la comunidad jerónima en las exequias regias organizadas por la propia corte más allá de los muros del monasterio de El Escorial que conviene poner en valor, pues la construcción de la imagen funeraria regia no se limitó al diseño de grandiosos túmulos y catafalcos, sino a la organización de la liturgia y ceremonial, un aspecto quizá hasta hoy poco subrayado en los estudios y acercamientos sobre el tema.

En el proceso de organización de exequias regias en cualquier localidad, independientemente de su extensión o importancia, era frecuente la aparición de conflictos protocolarios entre las autoridades llamadas a participar en las ceremonias de despedida litúrgica de los monarcas. Podríamos sistematizar el origen de las discusiones en tres grandes cuestiones: en primer lugar, el orden de precedencias, tanto en la procesión de entrada a los templos como, sobre todo, en la ubicación de los correspondientes sitiales; en segundo lugar, en la calidad de la ubicación en sí, elemento a valorar pues constituía especial honor gozar de dosel o banco; en tercer lugar, gozar de “luto” o medios económicos sufragados por el ayuntamiento o cabildo, que como norma debía proporcionar el paño negro del atuendo para llevar en la ceremonia a determinados participantes, en función de su cargo.

Sobre la calidad del sitial, contamos con testimonio del conflicto suscitado en Pamplona en las honras de Felipe IV. Cuando con motivo de la ceremonia prevista para el 16 de octubre de 1665 el obispo colocó sobre su sitial un dosel, las autoridades civiles comisionaron a un oidor del Real Consejo de Navarra y a un alcalde para elaborar

⁸⁹⁹ RBME, Caja XXXIV, 75, 3, *Oficio del conde de Miranda ordenando remita el terno con paño y almohada nuevo para las exequias a celebrar el uno y dos de marzo por el alma de la reina, doña María Isabel de Braganza*, 20 de febrero de 1819.

minucioso informe que, recogiendo el testimonio de dieciocho testigos, avaló que en las honras de la primera consorte del monarca, Isabel de Borbón, y el príncipe de Asturias, Baltasar Carlos, en el mismo lugar, en 1644 y 1646, respectivamente, el prelado no se había puesto dosel ninguno. Al no acceder el obispo a retirarlo, el oidor Marichalar propuso que el Virrey ordenase que se colocara uno sobre su lugar, y quedaron de acuerdo⁹⁰⁰. Tales eran los celos que suscitaban entre las autoridades eclesiásticas y civiles.

En 1724, en la catedral de Valladolid, el tamaño del dispuesto para las honras a la muerte de Luis I provocó verdaderas dificultades para ubicar a las autoridades en el interior del templo⁹⁰¹. La causa fue el tamaño del túmulo dispuesto para la ocasión, que no hizo posible la colocación de tribunas suficientes.

De la complejidad de la construcción de los catafalcos es testimonio, paradójicamente, su desmontaje. Tras la celebración de las exequias por María Josefa de Sajonia, en la basílica madrileña de san Francisco el Grande, el arquitecto mayor de Palacio consulta a sus superiores qué hacer con los materiales útiles del desmonte⁹⁰².

La celebración de exequias era la cristalización ceremonial de un luto que se exteriorizaba también en el atuendo, que de forma obligada mutaba hacia el negro, simbolizando el dolor por la muerte del monarca. Aunque una Pragmática de Felipe II limitó el uso de luto en atuendo únicamente a reales personas o familiares directos de los difuntos⁹⁰³, la muestra exterior de dolor por el óbito regio llegó a ser impuesta incluso con pena de reclusión. En Guadalajara, a la muerte del príncipe de Asturias don Fernando, en 1578, el ayuntamiento llegó a amenazar con la cárcel a quien no lo luciera⁹⁰⁴.

La propia corte abordó especialmente la necesidad de mostrar este luto en vestido con especial cuidado. El mismo día de la muerte de Felipe II, su hijo ordenaba que “se diera luto”, es decir, se pagase la cantidad suficiente como para que

⁹⁰⁰ AGN, Tribunales reales, Archivo Secreto, tit. 1, fajo 1, núm. 37, 38 y 41, cit. en MARTÍNEZ ARCE, María Dolores: “Fiestas en Navarra”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 68 (1996), p. 218. La historiadora subraya que entonces se supo que en Zaragoza, por aquellas mismas fechas, asistieron a honras por el mismo monarca el virrey de Aragón y el arzobispo de la ciudad del Ebro, ninguno de ellos bajo dosel (Archivo Secreto, tit. 1, fajo 1, núm. 40).

⁹⁰¹ PÉREZ, Ventura: “*Diario de Valladolid*”, Valladolid, 1983, 1724, pp. 66-68, cit. en GARCÍA FERNÁNDEZ: *Los castellanos...*

⁹⁰² AGP, Reinados, Fernando VII, Obras, Caja 241, Expte. 59, 29 agosto 1829.

⁹⁰³ Pragmática de Felipe II dada en Madrid a 20 de marzo de 1565 sobre el modo de traer lutos y personas por quien deben ponerse, *Novísima Recopilación de las Leyes de España* (Libro VI, Título XIII, Ley II), t. 3. Madrid, 1805, p. 185.

⁹⁰⁴ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI*, Madrid, 1942, t. III, p. 479, cit. en PRADILLO ESTEBAN: *op. cit.*, p. 246.

determinados servidores se hiciesen con paño negro para que se confeccionase la correspondiente ropa negra, a los oficiales de la fábrica del monasterio de El Escorial. El alto precio del paño del color, la situación de las finanzas reales y la necesidad de poner límites a la merced regia hicieron necesario establecer un criterio claro sobre quiénes lo obtendrían. Se decidió, como muestra la documentación que hemos hallado, que lo recibirían “los oficiales de dicha fábrica que se dio por la Reyna doña Ana nuestra sra que aya gloria”⁹⁰⁵, es decir, de adoptó el criterio de proporcionar paño a los mismos cargos palatinos de El Escorial a los que se les fuera suministrado en la muerte de la cuarta consorte del rey, en octubre de 1580, dieciocho años antes. En ordinaria ejecución de lo dispuesto, P. Gutiérrez, veedor de la fábrica escorialense, P. de Quesada, contador, y Luis Cabrera, guarda mayor, firmaron el correspondiente recibo de treinta varas de paño veintidoseno de Segovia⁹⁰⁶, en correspondencia a la necesaria libranza de pagador, Domingo de Mendiola, que hubo de atender necesariamente a distintas peticiones y cantidades en aquellas fechas⁹⁰⁷.

La cuestión sobre si “dar luto” a funcionarios palatinos volvió a suscitarse con motivo de la muerte de Felipe III, en 1621. El duque de Uceda, mayordomo mayor del rey difunto, consultó al veedor y contador de la fábrica escorialense el alcance de este pago. La naturaleza de su respuesta escrita fue casi la de un certificado oficial:

“Yo P^o. de quesada Veedor y Contador por Su Magd. de la fábrica del Mon. de S. Lorenzo el Real certifico que por la razón de los libros de la Contaduría della que están en mi poder parece que en veynte y uno de noviembre del año de mil y quinientos y ochenta se dieron en la dicha fábrica por orden de Su Magestad el Rey Phelippo segundo nuestro señor que esté en el cielo para lutos por muerte de la Reyna doña Ana nuestra señora ochenta y quatro varas de Paño negro veyntidoseno de Segovia de a veyntiquatro reales la vara, que se repartieron en doze ministros y criados de Su Magd. que le servían entonces en la dicha fábrica, y no ay de la razi3n de la cantidad de paño que se dó a cada uno, pero parece que se les dio al ministro nueve varas y a los demás a seis varas.

Otro sí certifico que por los otros libros parece que por muerte del Rey Phelippo segú[undo] se dieron y repartieron en las dicha fábrica a los ministros

⁹⁰⁵ RBME, Caja XIV, 28, 14, *Orden de S.M. que solo se de luto a los oficiales de la fábrica que se dio por la reina doña Ana*, 13 de septiembre de 1598. Se trata de escrito de Jerónimo Gassol al prior y congregación del monasterio,

⁹⁰⁶ RBME, Caja XIV, 28, 11, *Recibo*. El paño veintidoseno es aquel cuya urdimbre consta de 22 centenares de hilos.

⁹⁰⁷ RBME, Caja XIV, 23, 1. *Libranza de Domingo de Mendiola. Por 71 varas de paño negro veintidoseno de Sevovia que por mandado de su Majestad se han dado para los lutos por la muerte del Rey a los ministros y oficiales*.

a diez varas de paño de a (...) reales y a los demás criados de S.M. a seis varas (...) y cuando se dieron los lutos por muerte de la Reyna Doña Margarita nuestra señora por la casa rreal pareció dar a los de la fábrica a este respecto y para que de todo ello conste di la que está firmada en S. Lorenzo el Real a quince de Mayo de mil y seiscientos y veinte un años”⁹⁰⁸.

Con lo informado por el contador, el duque de Uceda decidió con restrictivo criterio que se pagase atuendo negro a cargos el juez de la fábrica, el guarda mayor o el capellán del sitio y, por supuesto, al veedor y contador que le había informado.

El 15 de febrero de 1645, Diego de Quesada, también veedor y probablemente hijo del anterior, volvía a remitir informe sobre la distribución de lutos. El 6 de octubre había fallecido la reina consorte Isabel de Borbón, en una corte con las finanzas maltrechas. En su escrito, fechado el 15 de febrero, hace notar que lo que consta en los libros de la contaduría de la fábrica de El Escorial es una serie de cargos como el alcalde mayor, el veedor, el guarda mayor o el casero de palacio, a los que se les solía proporcionar luto de “diez varas de a treinta y seis reales cada una”, y otros cargos como el tenedor de materiales o el capellán del sitio, que recibían “seis varas”, también a “treinta y seis reales cada una”. De nuestro especial interés resulta que en su certificado refiere que desde el año de comienzo de la obra del panteón definitivo por Felipe III, el pagador de las obras del mismo recibió también luto⁹⁰⁹, lo que implica que ya gozó de la merced con motivo de la muerte del monarca en 1621.

Aquellos funcionarios tuvieron que adelantar el gasto de los atuendos negros por el fallecimiento de su soberana. Hasta el 6 de mayo de 1645, exactamente ocho meses después de la muerte de Isabel de Borbón, no se comunicó que Felipe IV había ordenado que “se dieran lutos”. Y advirtiéndolo, por clara causa del estado de las regias economías, de la imposibilidad de recibirlo por doble vía:

“de conformidad con lo que se ha hecho en otras ocasiones se de luto en la presente por cuenta es esta fábrica a las personas y criados que sirven en ella conforme a los ejemplares se han reconocido son al Juez de fábrica, Veedor, Pagador del Panteón, Guarda Mayor, Cajero y Capellán a diez varas de paño a cada uno de a treinta reales la vara, y al tenedor de materiales y picarrero a seis varas de a siete reales la vara, advirtiéndolo que si le hubieren dado por otra vía título o causa a cualquiera de los referidos no se le ha de dar por esta ni tampoco

⁹⁰⁸ RBME, Caja XV, 35, 7. *Carta de Pedro de Quesada*, 15 de mayo de 1621.

⁹⁰⁹ RBME, Caja XVI, 1, *Certificado de Diego de Quesada en el que se hace constar que se han dado luto a los criados principales de su majestad de diversas cantidades de paños y dinero*, 15 de febrero de 1645.

aquellos hubiesen entrado a percibir después de la muerte de la Reyna nuestra señora que aya gloria [...]”⁹¹⁰.

Desgraciadamente, el documento habría servido pocos meses después de ser escrito, pues el 9 de marzo de 1646 fallecía en Zaragoza el príncipe de Asturias, don Baltasar Carlos, hijo de la soberana difunta y Felipe IV. De nuevo la ayuda económica para el luto sería retrasada, no comunicándose la decisión del monarca hasta octubre del mismo año⁹¹¹.

De forma paralela fueron imponiéndose limitaciones pecuniarias para el uso del luto en la vestimenta y el adorno estético y ritual, lo que se tradujo en un lento pero claro descenso de la complejidad de las demostraciones civiles y populares a la muerte de miembros de la Familia Real.

Si los túmulos exequiales proporcionaron glorias estéticas visuales, el género de los elogios fúnebres gozó también de una notable tradición paralela. Como ha subrayado García Cárcel, la alabanza retórica a personajes históricos de relieve estaba vinculado muy frecuentemente a su muerte⁹¹². El mismo historiador subraya que fue Felipe II el monarca que más requiebros generó tras su óbito; Felipe III recibió los de Paravicino, Fernández del Caso, De Castro Egas o Cabreros Avendaño; Felipe IV – seguimos de la mano de García Cárcel- fue elogiado por escritos de Fernández de Rozas, Díaz de la Carrera, Enríquez de Villegas, Dávila, Galtero, Ramírez de Arellano, Bermúdez, Bocángel... Mientras de que la nómina de Carlos III fue verdaderamente abultada: Zafra, Backer, Alvarado y Mesía, Pinto, Bustamante, Squarzafigo, Félix de Soria, Vidal Salvador, Zamora, Aznar Bélez, Monforte y Vera, Montoro de Espinosa, Navarro y Céspedes, Olavarría, Villanueva, Agustín de Lara, Palomino, Francisco de la Torre, Sarasa. No se trataba únicamente de sermones pronunciados durante las exequias, sino de discursos especialmente compuestos para su publicación, dedicados a miembros de la real familia o grandes señores, en la esperanza de alcanzar el favor regio o la nobiliaria protección. Su vinculación al discurso expresivo de los monumentos funerarios era notable, pues en ocasiones consistía en la explicación de su mensaje.

⁹¹⁰ RBME, Caja XVI, 45, 2, *D. Francisco de Prado comunica al prior y al veedor y contador de la fábrica de San Lorenzo que el rey ha ordenado se den lutos a los oficiales como en ocasiones anteriores por el fallecimiento de la reina*, 6 de mayo de 1645.

⁹¹¹ RBME, Caja XVI, 45, 3, *Oficio por el que don Francisco de Prado ordena al prior y veedor de la fábrica de San Lorenzo que, con ocasión de la muerte del príncipe, se den los lutos establecidos anteriormente*, 3 de octubre de 1646.

⁹¹² GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (ed. e int.): *De los elogios a Felipe V*, Madrid, 2002, p. XVI.

Que Carlos III fuera uno de los que más elogios literarios recibiesen a su muerte no extraña, pues su dominio de lo que podríamos denominar como propaganda escrita en la época era más que notable. Por eso, aunque a la muerte de Felipe V se suscitaron *laudatias* organizadas por numerosas instituciones de toda España⁹¹³, no es extraño que en 1777 la Real Academia de la Lengua convocase un homenaje literario al monarca⁹¹⁴, que había fallecido hacía tres décadas.

4.3. Sonidos para la muerte del rey. La campana.

El sonido alcanzaba especial significación en el universo luctuoso. La presencia del coro o capilla en la ceremonia de exequias era fundamental para su celebración, pues la liturgia católica contemplaba minuciosamente el canto polifónico de salmos en momentos señalados de cada uno de los oficios. Si bien por extensión no podemos desarrollar el elemento musical en las honras de los monarcas, no podemos dejar de citar valiosas aportaciones específicas recientes, como la de Fuente Charfolé, que en su análisis sobre los aspectos musicales de las de Felipe II, Margarita de Austria y Felipe III en Cuenca, sostiene que “la estructura musical del oficio de difuntos quedó estandarizada por los decretos tridentinos”, con “prohibiciones concretas en cuanto al uso de obras e instrumentos”, aunque señala que en España se fueron introduciendo de forma imperceptible y paulatina algunas modificaciones, según las autoridades eclesiásticas de cada momento. Fuente sostiene que a pesar de la supuesta ausencia de instrumentos en las exequias regias cabría plantearse la duda sobre el órgano como tal, a pesar de la limitación expresa⁹¹⁵. Participamos de su duda incluso en el caso de honras en catedrales cuyo órgano constituía una auténtica seña de identidad.

González Marín recogió en un volumen partituras utilizadas en exequias de la época de Felipe IV, que aun situadas en el contexto de la historia de la música contribuyen a centrar el entorno de solemne ceremonial del óbito regio⁹¹⁶. Más

⁹¹³ Entre ellas, las Universidades de Alcalá, Salamanca, Valladolid y Zaragoza, el Colegio de San Telmo en Sevilla o el Seminario de Nobles en Madrid (GARCÍA CÁRCEL: *op. cit.*, p. XVI).

⁹¹⁴ *Ibidem*, p. LXXX.

⁹¹⁵ FUENTE CHARFOLÉ, José Luis de la: “La intervención musical en las exequias reales de la catedral de Cuenca (1598-1621)”, *Hispania Sacra*, 131 (2013), pp. 103-138.

⁹¹⁶ GONZÁLEZ MARTÍN, Luis Antonio: *Música para exequias en tiempo de Felipe IV*, Barcelona, 2004.

específico es el estudio de Flores Rodrigo, sobre la música exequial del XVII en la oscense Barbastro⁹¹⁷.

Hemos escogido abordar el papel e importancia de la campana, objeto vinculado desde tiempo inmemorial al sonido ceremonial de la vida y de la muerte, al valor de las creencias, para situar buena parte de las cadencias y ritmos del ceremonial mortuario en la Edad Moderna. Elemento y símbolo de mentalidad colectiva de respeto y recogimiento a los que la comunidad social, espiritual y política, era llamada en el momento del tránsito del monarca. Bejarano, considera que “el duelo posee su propio registro sonoro”, aunque no compartimos plenamente que “ha recibido un tratamiento marginal en los estudios que se dedican a la historia cultural de la muerte”, cuya causa, en su opinión, habría sido que carecemos de fuentes directas de análisis: el propio sonido⁹¹⁸. Quizá en parte.

La importancia de la campana, como instrumento percutido de metal con forma de vaso de resonancia, proviene de la Edad Media y se prolonga durante la Moderna sin interrupción, participando de manera protagonista en la difusión de los más importantes acontecimientos públicos. Fabricadas por maestros campaneros⁹¹⁹, aun en la última etapa del periodo, la fundición de campanas constituyó una relevante actividad⁹²⁰.

Campanas grandes y pequeñas participaban de manera común en el anuncio triste del óbito del soberano y todos sus súbditos. Las pequeñas campanas más vinculadas al deceso, denominadas campanillas, eran de uso manual⁹²¹. Se empleaban también para señales en el interior de los templos, en actos religiosos, en el acto de consagración durante la eucaristía. También durante la conducción del viático para los

⁹¹⁷ FLORES RODRIGO, Susana: “La música en las exequias reales de la ciudad de Barbastro en el siglo XVII”, en MARÍN LÓPEZ, Miguel Ángel, BOMBI, Andrea, CARRERAS LÓPEZ, Juan José (coords.): *Música y cultura urbana en la Edad Moderna*, Valencia, 2005, pp. 295-306.

⁹¹⁸ BEJARANO PELLICER, Clara: “El paisaje sonoro fúnebre en España en la Edad Moderna: El caso de Sevilla”, *Obradoiro de Historia Moderna*, 22 (2013), p. 251. Aunque el ensayo se centra en la capital hispalense, las reflexiones poseen el atractivo de un aspecto poco abordado entre las perspectivas generales del óbito.

⁹¹⁹ CAMPO JESÚS, Luis del: “Algunos aspectos del tocar de las campanas”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 51 (1988), p. 166. El autor afirma que las campanas requerían “con anterioridad a su funcionamiento, solventar protocolos diversos completados con la bendición del obispo”. Como hemos visto, las campanas no se bendicen, se consagran. El historiador las califica acertadamente como bienes eclesiásticos, lo que supone su especial protección jurídica.

⁹²⁰ El obrador precisaba un foso de moldeo y fundición, así como hornos de reverbero, siendo varios los oficios implicados en la fabricación (ALONSO FERNÁNDEZ, Carmen: “Campanas y campaneros: el taller de fundición del siglo XVIII de la ermita de Vera Cruz de Frandovínez (Burgos)”, *Hispania sacra*, Extra 1, 2014, p. 266).

⁹²¹ DÍEZ ALONSO, Matías: “Las campanas de León”, *Tierras de León. Revista de la Diputación Provincial*, 76 (1989), p. 19. El autor destaca que las campanas y el cáliz de los templos se consagran, a diferencia de otros objetos litúrgicos, que son bendecidos.

enfermos o moribundos. Anunciaban la muerte en el ámbito doméstico, conviviendo con las de los campanarios de templos. En las villas vascas de finales del XV, recuerdan Palacios y Pérez Calvo, tres toques indicaban que el fallecido era un varón, dos que el tránsito era de una mujer y un único toque, el de un menor⁹²². En Bilbao, las campanas de las iglesias del cabildo eran las encargadas de anunciar con su tañido los tránsitos, incluso cuando los enterramientos iban a tener lugar fuera de la villa. En un minucioso estudio de campo con entrevistas a campaneros, Aguirre Sorondo explicó incluso cómo se anunciaba a los vecinos fallecimientos y entierros en las localidades guipuzcoanas⁹²³.

Nada más llegar a la ciudad la comunicación oficial de la muerte del soberano, las campanas de catedrales, denominadas *signum*, y otros templos significativos comenzaban a sonar con vocación de permanencia en recuerdo de difunto⁹²⁴. El suyo era el verdadero y primer sonido de la muerte, que informaba y difundía la llamada a un luto social totalizante. Su presencia sería equiparable, si se nos permite la expresión, a la de un auténtico medio de comunicación. Lo fue desde el Medievo, y continuó siéndolo hasta época muy reciente, permaneciendo aún en iglesias de entornos rurales⁹²⁵. Así, un texto clásico del que no hemos obtenido referencia documental pone en boca del instrumento unas acertadas palabras que definían su función:

“Laudo deum verum, plebe, voco, congreco clerum, defunctos ploro,
tempestatem fugo, festa decoro”⁹²⁶.

Como ha puesto de relieve Moya Maleno, a partir de determinado tamaño, todas las campanas llevan cincelados su nombre, benefactores o donantes, papado o año de su fundición, lo que constituye un conjunto de valiosos datos históricos que hoy, al haberse electrificado su funcionamiento o hallarse enrejados sus accesos, se hace poco posible

⁹²² PALACIOS MARTÍNEZ, Roberto: *Morir en Bilbao...*, p. 87.

⁹²³ En Aia, un fallecimiento se comunicaba con cinco golpes de la campana grande o fija, pausados, con intervalos de unos diez segundos. Si quien moría era niño, se tocaba una campana más pequeña, de forma seguida, durante dos minutos. Para avisar del entierro, que generalmente tenía lugar al día siguiente a las 9 de la mañana, solían tocarse a las tres de la tarde doce golpes. La casuística en decenas de villas guipuzcoanas es innumerable. AGUIRRE SORONDO, Antxon: “Campanas y campaneros de Gipuzkoa”, *Boletín de estudios históricos sobre San Sebastián*, 45 (2012), p. 379.

⁹²⁴ Vid. ALONSO MORALES, Mercedes: “El tañer de las campanas de la Catedral de Toledo”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 56 (2009), pp. 209-219.

⁹²⁵ BOROBIA PAÑOS, Ramón: “El lenguaje de las campanas de Santa María de Borja”, *Cuadernos de estudios borjanos*, 46 (2003), pp. 123-124. Los clamores podían ser perfectamente distinguidos por los fieles, convocados a las celebraciones litúrgicas. La cadencia de las celebraciones fúnebres era ya en la Edad Media, como en la actualidad, mucho más pausada.

⁹²⁶ La expresividad y cadencia latina de la sentencia se extiende también a su traducción castellana: “Alabo al verdadero Dios, llamo al pueblo, congreco al clero, por los difuntos lloro, aviso de tempestades, fiestas adorno”.

recoger, habiendo no pocos campanarios en peligroso estado de abandono por dificultades de conservación⁹²⁷.

La campana, sea de la torre parroquial o catedralicia, poseía un lenguaje, con mensajes propios que se administraban con gradación e intensidad. Bejarano propone un esquema de niveles in crescendo que afecta a la concepción ceremonial: un primer entorno familiar de muerte cotidiana de ciudadanos anónimos; un segundo nivel, público, de muerte de personas reales y autoridades de la Iglesia, y el tercero, cósmico (sic) referido a la pasión y muerte de Cristo, en Semana Santa⁹²⁸.

Los toques de campana por difuntos se denominaban clamores. Su número y cadencia dependía de la dignidad del fallecido, incrementándose si este era un monarca o consorte desde los ya abultados que correspondían a los infantes. Documentos ya analizados por Martínez Gil, muestran el ceremonial campanil del siglo XVII en la catedral de Toledo con ocasión de lutos de especial significación, como muestra de que ni siquiera las campanas escapaban al protocolo. Se concedían tanto distinto número de campanas en uso como de clamores según la dignidad del finado. Para la muerte de un papa, rey, consorte, o príncipe de Asturias se usarían “todas las campanas que hay en la torre”, mientras que para las personas reales (entendemos que Infantes o parientes cercanos del rey, sin que podamos precisar que sucedió cuando falleció por ejemplo, alguno de los hijos naturales reconocidos por Felipe IV) se reservaban los clamores de siete de ellas, dos más que los reservados a cardenales, nuncios o legados papales. El manuscrito cita un ejemplo real: las instrucciones que el vicario del Arzobispado de Toledo envió a las iglesias de la ciudad, en octubre de 1646, para regular el número y cadencias de los clamores por la muerte del Príncipe de Asturias, Baltasar Carlos, malogrado sucesor del propio Felipe IV⁹²⁹. La regulación que nos refiere Rubio Merino

⁹²⁷ MOYA MALENO, Francisco Javier: “Las campanas en el Campo de Montiel: un estudio preliminar”, *Revista de Estudios del Campo de Montiel*, 1 (2009), p. 22.

⁹²⁸ BEJARANO: *op. cit.*, p. 252.

⁹²⁹ Buena muestra de ello la encontramos en un documento del Arzobispado de Toledo: “A la muerte del Papa, Rey o Reina, o Príncipe de España se dan clamores con todas las campanas que hay en la torre. Comenzará el primer golpe en la campana calderona que es tenor y está en la ventana encima del pasadizo de las Casas Arzobispales, y luego que se haya pasado el retinte o sonido de aquella, darán otro golpe con otra campana que se llama Alfonsí que está junto a la calderona y luego darán otros dos golpes con las dichas dos campanas de la manera pasada y tardarse han entre un golpe y otro hasta tanto que haya pasado el retinte o sonido de cada una de ellas. Esto hecho comenzarán otra vez de principio a tañer con la dicha campana calderona, y luego con la Alfonsí, después con la mayor y luego con todas las demás campanas, con cada una un golpe en compás razonable no tan despacio como los cuatro golpes primeros, sino algo más aprisa y por este orden durarán los tres clamores, que todos tres duren una hora y cada uno de los dichos clamores comenzará como el primero, y cuando se acaben será como comenzaron dando los dichos cuatro golpes. Estos clamores se han de dar por nueve días continuos a las horas siguientes. Por las mañanas antes de que se taña a Prima, al mediodía, en las noches después de haber

en la catedral de Sevilla es aún más específica, destinando al papa diez golpes más que a cualquier soberano español o extranjero⁹³⁰. Los sonidos del templo hispalense salían hacia la ciudad del Guadalquivir y sus alrededores desde uno de los campanarios más conocidos de la historia de España, la Giralda, espacio catedralicio que en su sala de campanas había pasado de albergar, de nueve en 1584 a veinticinco campanas en 1588, como recuerda Ruiz Jiménez al estudiar la evolución lo que denomina estatutos de regulación del tañido. El más antiguo, que data de 1373, recoge las tasas que debían abonarse por los dobles por los difuntos el día de su fallecimiento, al noveno día y en su aniversario⁹³¹.

A nuestro entender, reglamentación tan exhaustiva del sonido del dolor es una prueba más, individualizada y característica, del complejo y prolijo sistema de ceremonia funeraria regia de la monarquía. Y lo hace con singular valor, porque, siguiendo la doble función que les atribuye Díez Martínez, por un lado proyectan al exterior los actos religiosos que tenían lugar dentro del templo –en nuestro caso, las honras exequias por el rey- y a la vez invitaban a la plegaria privada, un recogimiento o reflexión ante el lejano óbito el palacio, que la imaginación de cada súbdito podía magnificar en su interior, invitado al sentimiento de lealtad⁹³². El peso de los aspectos formales en esta cuestión, en la que se abre paso de manera nítida el protocolo, no debe alejarnos del sentido espiritual que se quería otorgar a cada campanada, que debía suponer parada para la oración y recuerdo de aquellos que, a kilómetros de distancia, oían a la muerte convocante al homenaje de su soberano. En ocasiones, el simbolismo de la campana que tañe alcanzará carácter casi legendario, y no serán pocas las historias que correrían por la península, como la referencia a una campana que, tomando vida propia, habría tañido en junio de 1601 coincidiendo con el aniversario de la muerte del

dado la campana de las ánimas y han de durar una hora los dichos clamores los tiempos ya dichos” (*“Ceremonias y sucesos de la Santa Iglesia de Toledo”*. Biblioteca Pública de Toledo, fondo Borbón-Lorenzana, ms. 184, f. 415v.; cit. en MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad...*, pp. 418-420).

⁹³⁰ RUBIO MERINO, Pedro (ed.): *Reglas del tañido de las campanas de la Giralda de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla 1533-1633*, Sevilla, 1995, p. 20.

⁹³¹ RUIZ JIMÉNEZ, Juan: “Música y ritual en la procesión del día de difuntos en la catedral de Sevilla (siglos XIV-XVII)”, *Medievalia*, 17 (2014), p. 247. La “Regla y orden de tañer las campanas”, redactada en 1533, recogió el nombre de las siete de la torre en aquel momento, algunos de cuyos nombres respondían a santos vinculados a la ciudad, como santa Justa, san Hermenegildo o san Leandro. Justo cien años después, cuando se precisó un nuevo reglamento y coincidiendo con la colocación del Giraldillo, se reestructuró la ubicación de las mismas, que pasaron a ser nueve.

⁹³² Díez Martínez, Marcelino: “El lenguaje de las campanas: un ingrediente de la vida diaria gaditana en el siglo XVIII”, *Távira. Revista de ciencias de la educación*, 16 (1999), p. 158. El autor refiere las suspicacias que, a finales de la Edad Moderna, despertó el excesivo uso de las campanas en autores ilustrados como Jovellanos. El obispo de Cádiz fue uno de los primeros que limitaría su uso en la ciudad, precisamente para los prolongados toques de difuntos, en 1789.

rey Sebastián de Portugal, desaparecido en la batalla de Alcazalquivir en 1578 sin que sus restos fueran nunca recuperados⁹³³.

En 1808, cuando falleció en Sevilla el conde de Floridablanca, presidente de la Junta Suprema constituida ante la invasión francesa, la catedral comunicó a la ciudad el suceso con “las cuarenta y cinco campanadas que preceden al doble de estilo por los Infantes de España” además de “los cañonazos de cuarto en cuarto de hora en el parque y al sitio de la Enramadilla”, porque el anciano noble, que murió dos semanas después de la llegada de la Junta a la capital andaluza, recibió en su entierro, el 31 de diciembre de aquél año, los honores de los hijos de reyes de España⁹³⁴.

Los toques de campanas estarán presentes como elemento constitutivo de las exequias en las crónicas y descripciones de las honras de los monarcas que, celebradas en la catedral o iglesia principal de cada ciudad, contaban con la participación de los campanarios de cada templo, parroquia, convento, iglesia de hospital o ermita, como clamoroso lamento unánime.

El cuaderno jerónimo obituario alude también al papel de las campanas en la conducción de restos regios al monasterio de san Lorenzo. La primera referencia consta con motivo del sepelio del príncipe Filiberto de Saboya, hijo de la infanta Catalina Micaela y primo de Felipe IV, en diciembre de 1605. En el título correspondiente a la ceremonia, se alude a una atípica función de las mismas, al constatar que la comunidad jerónima se dispuso a salir en procesión a la puerta principal “aviéndose hecho primero la salva las campanas con sus triples voces y clamores desde que entró por la calle de los álamos y fue reconocido”, es decir, cuando la comitiva comenzaba la subida por la cuesta que concluía en el espacio que hoy conocemos como la lonja que rodea al

⁹³³ El carácter legendario de la muerte del monarca luso encontró así un acomodo literario peculiar en las obras de cronistas posteriores: “La semana pasada se tuvo nueva de Zaragoza, con testimonio auténtico de escribano, que, a los 13 y 14 de este, se había tañido la campana de Velilla en su propio movimiento, en diferentes horas y tiempos, en presencia de muchas personas, andando la lengua de la campana de una parte a otra, dando golpes hacia Oriente y Mediodía, Occidente y Septentrión; pero que los golpes más recios eran hacia Oriente, y otras veces que ha sucedido esto fue señal de casos prodigiosos, y así tienen gran cuenta en aquél reino cuando se tañe. La cual es muy antigua y no hay noticia de su principio, y la última vez que se tañó sucedió la muerte del Rey don Sebastián...” (CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, ed. 1997, p. 105).

⁹³⁴ VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla*, Sevilla, 1872, p. 82, cit. en MORALES, Alfredo J.: “Las honras fúnebres por Floridablanca en Sevilla y el túmulo proyectado por Cayetano Vélaz”, en *Academia, Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 73 (1991), pp. 179-190. El cadáver de José Moñino se expuso con toda pompa en el Salón de Embajadores de los Reales Alcázares (el mismo en el que el 10 de marzo de 1526 se habían celebrado los desposorios de Carlos V e Isabel de Portugal). Fue enterrado en la Capilla Real de la catedral hispalense. Para sus exequias, el 21 de mayo de 1809, llegó a proyectarse un túmulo tan regio como el de monarcas españoles. Finalmente se empleó el que se utilizaba para el sagrario del templo.

monasterio en sus lados Norte y Este, la salva anunciaba y las campanas concluían que era el momento en que la comunidad había de encaminarse hacia la puerta principal del monasterio, situada, como sabemos, en el centro del lienzo Norte del edificio⁹³⁵.

Pocas líneas más adelante, otro monje volvía a ilustrar a sus hermanos que en el futuro leyese el obituario sobre el uso de los campanarios, si bien sobre los entierros infantiles. Se trataba de la llave sobre la muerte de la infanta María Margarita, segunda hija con ese nombre de Felipe IV que fallecía en la infancia:

“En estos entierros de niños no se tañen las campanillas, sino las grandes y no a manera de doblar sino como a fiesta y se tañen los órganos en los psalmos. Esto está dicho aquí menudamente, para que se vea lo que se debe guardar en semejantes ocasiones”⁹³⁶.

Exponer la importancia de la campana en el proceso que analizamos nos conduce a recordar que la música es también sujeto activo en la muerte y entierro regio. La extensión del tema de la música religiosa en la Edad Moderna exige al menos la mención de su singular papel, a la que se aludirá aunque sea de forma somera al hacer referencia a fuentes concretas en funerales regios.

⁹³⁵ AGP, *Lista...*, Llave 27, *El Príncipe Filiberto Gran Prior de S. Juan*.

⁹³⁶ AGP, *Lista...*, Llave 28, *La Infanta D. María Margarita*.

Segunda parte

**LOS PANTEONES DE SAN LORENZO DE EL ESCORIAL
COMO SISTEMA SEPULCRAL DE LA MONARQUÍA DE ESPAÑA**

Capítulo 5

LA TUMBA DEL REY DE ESPAÑA Y LOS SISTEMAS SEPULCRALES

Corresponde abordar ahora, sin abandonar, como propone Egido, “el amplísimo e indefinido predio de la historia de las mentalidades”⁹³⁷, los medios empleados por la monarquía para, a través del digno tratamiento del sepelio y conservación de los restos, tras el óbito de los soberanos y otras reales personas de las dinastías que ocuparon el trono durante la Edad Moderna, incorporar la cultura del ceremonial de la conducción de los mismos a la construcción de un gran panteón dinástico que los acoge, como un pilar más, y en absoluto menor, de la imagen dinástica a lo largo de la Edad Moderna. Para ello propondremos un concepto, como categoría histórica: el sistema sepulcral, que definiremos y aplicaremos como herramienta en nuestra investigación.

Que los monarcas dictasen disposiciones sepulcrales nunca les separó, conceptualmente, del resto de los mortales. Como hemos visto en nuestro acercamiento historiográfico al testamento, su sepultura constituye una realidad antropológica. Contemplar cómo había de ser realizado el propio sepelio forma parte de los deseos más íntimos del ser humano desde tiempo inmemorial. Desde la más lejana huella de la Prehistoria, en la que el enterramiento de restos humanos se realizaba junto a simbólicos dólmenes megalíticos, la agrupación de quienes habían sido seres sociales en vida motivará su deseo de que la cercanía a sus semejantes continúe más allá de la muerte. A ello se fue añadiendo la conveniencia y necesidad de las comunidades primitivas de no olvidar tras su desaparición a sus notables, por lo que, aunque al principio sin boato alguno, se progresó lentamente hacia el empleo de cuevas o criptas⁹³⁸. En las religiones más antiguas, la aparición del templo como espacio de habitación y conmemoración de lo sagrado excluyó la sepultura de cadáveres en su interior, por la creencia en un supuesto carácter impuro del ser humano que muere. En algunas civilizaciones se postuló durante siglos la cremación, para aventar no solo las cenizas sino esa misma

⁹³⁷ EGIDO LÓPEZ, Teófanés, cit. en GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo: *Los castellanos y la muerte. Religiosidad y comportamientos colectivos en el Antiguo Régimen*, Prefacio, Valladolid, 1996, p. 8.

⁹³⁸ Vid. LÓPEZ VIZCAÍNO, Pilar, CARREÑO, Ángel Mario: *Sepulcros de los Reyes de España*, León, 1999. Es indudable el simbolismo que nace de la vinculación entre tierra y tiempo, entre espacio y prolongación en el recuerdo.

impureza que les acompañaba. Fue excepción el antiguo Egipto, que enterraba embalsamados a sus faraones y nobles en pirámides majestuosas.

Será el cristianismo quien comience a dar a la muerte un valor sustantivo completo en el marco de lo sacro. Ya en las Sagradas Escrituras figuran referencias a peticiones a herederos en esos términos. El patriarca Jacob pide a sus hijos que a su muerte le entierren con sus padres en Canaán, en el mismo sepulcro que Abrahán había comprado a Efrón, el hitita⁹³⁹. Era el mismo lugar en el que ya reposaban Abrahán y su mujer, Sara, e Isaac y su esposa, Rebeca, y Lía, la mujer de Jacob, que ya había fallecido. Junto a su familia, que le había precedido en el tránsito. Será una constante que heredará la civilización occidental y permanecerá en la historia de las dinastías europeas, con especial intensidad en los grandes panteones que se construyeron durante la Edad Moderna.

Miles de sepulcros en catacumbas, o el comienzo del uso de templos públicos como lugar de descanso mortuario, algo que al principio fue excepcional, como indican las propias Partidas de Alfonso X, son muestra del respeto que infundían los muertos. Comenzó así el depósito de restos mortales a ras de suelo, generalmente junto a los accesos de las iglesias, para lo que se fue reservando un espacio alrededor de las mismas, que acabaría convirtiéndose en cementerio. El trayecto histórico de las formas iniciales funerarias de monarcas y nobles a los grandes sepulcros y mausoleos regios de los siglos XV a XX puede ser analizado como una lenta evolución estética, pero siempre contando con numerosas realidades religiosas, políticas y sociales. Del entierro junto a la entrada (pero fuera de la iglesia) se pasó, como decimos, al interior: primero al atrio, más tarde al claustro. No solo serán los reyes, sino los propios prelados y el clero mayor. La primer huella histórica en la península de dicho uso corresponde a Alfonso II *el Casto* (a mediados del siglo IX), que fue el primero en ser enterrado en una capilla a la que se accedía entrando previamente en un templo⁹⁴⁰.

La importancia de lo trascendente en las familias que gobernaron la península es evidente, y abarca también al modo en que los soberanos y sus próximos deseaban esperar la vida eterna. Durante el periodo inicial de la Reconquista, sobre todo por precariedad de medios, no se recuperó aún la afición por efigies e imágenes, anterior a

⁹³⁹ *Génesis*, 49, 29-32. Que el texto bíblico subraye que el campo en el que se hallaba el sepulcro fue comprado a los hititas constituye una interesante nota sobre la propiedad de la tumba, que pone de relieve la importancia de la titularidad jurídica de la tierra, en la que el pueblo judío depositaba los restos de sus mayores

⁹⁴⁰ MARTÍN GÓMEZ, Pedro: *La Casa perpetua del rey de España o las tumbas de El Escorial*, Madrid, 1987, p. 17.

la propia estancia de los visigodos, procedente de la colonización romana. Cuando los monasterios fueron convirtiéndose en centros, además de religiosos, símbolos de una recuperación, en gran parte creación, de cultura, su doble condición los hizo idóneos para albergar enterramientos regios. Paralelamente, en el siglo X las tumbas comenzarán a elevarse sobre peanas sostenidas por leones o columnillas. Un siglo después comenzarán a usarse técnicas de grabado, que testimonian no solo la efigie del monarca sino que hacen posible la existencia de epitafios⁹⁴¹. Más tarde, los siglos XIV y XV marcarán una verdadera etapa de auge en las artes funerarias, cuyo mayor exponente sea quizá la ruta sepulcral del Camino de Santiago. La perfección de técnicas de inscripción y grabado traerá consigo el uso de nuevos materiales. La Edad Media asiste al paso de la simple piedra, que solo hacía posible rudos perfiles, al mármol o alabastro. Entrarán también en los talleres maderas y metales, pero no tanto como soporte epigráfico, sino destinadas a tallas y estatuas ornamentales.

No es objeto directo del presente estudio el recorrido histórico por los panteones medievales que alojaron restos de monarcas hispánicos: los mausoleos de los monasterios de Leire, Oña, Poblet o las Huelgas tienen en común su condición de enterramientos selectos, que siguen las corrientes artísticas funerarias del siglo de su creación, si bien cada uno conserva una particular y rica historia llena de matices. A ellos acudiremos en la medida en que fueron referencia para los monarcas de la Edad Moderna en la construcción de su imagen regia, en la que lo funerario supuso un importante pilar, pues suponía proyectar ante sus súbitos un relevante ejemplo de sensibilidad y religioso respeto por sus antecesores.

Corresponde ahora la exposición del principal elemento teórico, conceptual y metodológico que fijará el contenido de nuestro trabajo: la definición del sistema sepulcral como medio de prolongación de esa misma imagen histórica y dinástica de cualquier monarquía, y la presentación del Panteón Real de San Lorenzo de El Escorial como su modelo más depurado.

⁹⁴¹ Si la ubicación y calidad de los materiales enterrados en el sepulcro es definitoria de la posición social que el fallecido ocupó en vida, la epigrafía desempeñará un papel definitivo, pues aportará datos diferenciadores concluyentes. Las inscripciones en los sepulcros, acojan restos de reyes o infantes, nobles o clero, frecuentes a partir de la Edad Media, se integran en los monumentos funerarios. La ciencia epigráfica extrae del contenido de las inscripciones datos biográficos, históricos o ideológicos. El trabajo de especialistas sobre los sepulcros regios es un caso especialmente ilustrativo de la utilidad del método moderno, que pone en valor las inscripciones como fuentes históricas para conocer, por ejemplo las creencias que rodeaban al difunto; por otro, el homenaje que se tributaba a su memoria.

5.1. El sepulcro del monarca.

Ante la muerte de un monarca, una cuestión es común a tiempos y lugares bien diferentes en la historia de los reinos: la determinación del lugar de su sepultura. La respuesta en lo que la Edad Moderna y nuestro país se refiere, coordinadas en las que se desarrolla nuestra investigación, parecería unívoca a tenor de numerosos precedentes historiográficos. Es opinión general, en el marco de esas convicciones extendidas que casi alcanzan la categoría de axiomas institucionales, que los restos de los monarcas españoles tenían y tienen aun hoy que ser sepultados en el denominado Panteón de Reyes del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. No es exactamente así.

Mucho antes de la llegada de las dinastías Austria y Borbón, los soberanos de los reinos peninsulares que un día conformarían la monarquía de España tuvieron que resolver, impulsando su construcción previa o disponiéndolo en sus últimas voluntades, el lugar de su enterramiento. Reyes, si bien hombres al fin, vivieron la evolución del concepto de tumba, desde mero espacio de depósito de un cuerpo muerto a símbolo y mensaje, huella de pasado. Y de ahí a un salto mayor, de la fosa individual a los sepulcros conjuntos, lo que describiremos enseguida como sistemas sepulcrales.

Es arriesgado afirmar de manera rígida que a finales del siglo XV hubiese en materia de regia sepultura algo parecido a lo que hoy definimos como *legislación vigente*; los soberanos no estaban obligados por norma alguna a dejar dispuesto en sus testamentos su enterramiento en determinados espacios. Si había una obligación era de carácter religioso, la del entierro cristiano de sus cuerpos (que excluía, por ejemplo, la práctica de la cremación), y no puede negarse que el peso de los usos de reinados precedentes tenían la sólida fuerza de la costumbre. No obstante, es difícil sostener que hubiera leyes que conminasen al rey a descansar con sus mayores. Podríamos hablar de ciertos condicionantes o referentes legales, como los existentes en la Castilla de Alfonso X, que en las Partidas había dejado consignado un condicionante a tener en cuenta: solo podía enterrarse en el interior de las iglesias a las élites sociales, lo que no afectaban directamente a la cuestión⁹⁴². Como toda regla, hemos encontrado la excepción en un curioso intento de Pedro IV de Aragón, que llegó a privar del derecho al trono a aquellos de sus herederos que no aceptasen ser enterrados tras su muerte en el

⁹⁴² Primera Partida, título XIII, ley XI. Pese a que la disposición era constantemente incumplida, reflejaba las jerarquías sociales aún después de este mundo. Naturalmente, nadie negaría a un monarca o infante su entierro en el interior de un templo.

monasterio tarraconense de Poblet, negándoles el derecho a la consagración regia. Lo cierto es que ni siquiera la siguiente generación se creyó vinculada, pues su hijo y heredero optó por descansar para siempre en otro, el de Santes Creus⁹⁴³. La designación de un espacio funerario en cualquier testamento real ha sido en la historia de España una cuestión en principio personal, sin que hayamos podido negar, como hemos visto, un cierto carácter moralmente vinculante, por ejemplo, en las decisiones precedentes de fundadores de dinastías o –como es justo señalar en Felipe II- impulsores y constructores de espacios funerarios. En cierto modo, jurídicamente hablaríamos de un acto declarativo de voluntad, la de quedar asociado a los monarcas precedentes. Pero no constitutivo de la totalidad de la imagen de las dinastías regias, pues ésta no podía vincularse únicamente a la cercanía espacial en el sepulcro. Por eso será necesario acudir a las últimas voluntades de los monarcas.

Las disposiciones testamentarias de Isabel la Católica sobre lugar de enterramiento son las más extensas en torno a la cuestión de un monarca español en la Edad Moderna. Hacen pensar hasta qué punto la reina había conversado con su marido en torno a la posibilidad de una sepultura conjunta, por la tristeza que causaría tratar un asunto que conllevaba la tristeza del luto. Es inevitable suponer que a la hora de dictar su voluntad a Gaspar de Gricio, redactor del testamento, Fernando el Católico no estuvo presente. En el texto aparecen varias ciudades y templos:

“E quiero e mando que mi curpo sea sepultado en el monasterio de sanct Françisco que es en la Alhanbra de la çibdad de Granada, seyendo de religiosos o de religiosas de la dicha orden, vestida en el habito del bien auenturado pobre de Ihesu Chisto sanct Françisco en una sepultura baxa que no tenga vulto alguno, saluo vna losa baxa en el suelo, llana, con sus letras esculpidas en ella. Pero quiero e mando que si el rey mi sennor, eligiere sepultura en cualquier iglesia o monasterio de cualquier otra parte o lugar destos mis reynos, que mi cuerpo sea allí trasladado e sepultado junto con el cuerpo de su senoria, por que el ayuntamiento que tosimos biuiendo e que nuestras animas espero en la misericordia de Dios ternan en el çielo, lo tengan e representen nuestros cuerpos en el suelo.

Item quiero e mando que si falleciere fuera de la çibdad de Granada, que luego sin detenimiento alguno lleuen mi cuerpo entero, como estouiere, a la

⁹⁴³ ESPAÑOL BERTRÁN, Francesca: “Sicut ut decet. Sepulcro y espacio funerario en la Cataluña bajomedieval”, en AURELL: *Ante la muerte. Actitudes...*, p. 147. La historiadora subraya que en la Caluña del siglo XIII, como habría sucedido en los reinos de Castilla y León, desde el monarca a los miembros de la baja nobleza estimaron como medio de prestigio el enterramiento en conventos de órdenes mendicantes con sepulcros monumentales góticos, pero ello no se tradujo necesariamente en una mayor difusión de los valores de de las comunidades que acogían los restos.

çibdad de Granada. E si acaeciẽre que por la distançia del camino o por el tiempo no se podiere lleuar a la dicha çibdad de Granada, que en tal caso lo pongan e depositen en el monasterio de sanct Juan de los Reyes de la çibdad de Toledo. E si a la dicha çibdad de Toledo no se podiere lleuar, se deposite en el monasterio de sanct Antonio de Segouia. E di a la dicha çibdad de Toledo ni de Segouia no se podiere lleuar, que se deposite en el monasterio de sanct Françisco más cercano de donde yo falleçiere e que esté allí depositado fasta tanto que se pueda lleuar e trasladar a la çibdad de Granada; la qual translaciõn encargo a mis testamentarios que hagan lo más presto ser que se podiere”⁹⁴⁴.

Una primera lectura podría sugerir que el principio general del enterramiento es el más cercano monasterio franciscano al lugar del óbito. Consideramos que la voluntad de Isabel fue siempre la de descansar en Granada y con su esposo. Exponer una detallada casuística respondió al traslado a su mentalidad ante mortem de los usos nómadas de una corte itinerante, siempre pendiente de las necesidades políticas y militares en los distintos territorios, en convivencia con su devoción franciscana, que se había hecho bien presente en el mecenazgo a los monasterios citados. No puede pasar desapercibido que, contemplando la posibilidad de reposar en Toledo, no lo haga en su catedral primada, panteón de reyes de Castilla, sino en otro recinto sagrado de la misma ciudad.

Aunque describiremos este espacio sepulcral como importante antecedente histórico del conjunto funerario escurialense al referirnos al reinado de Carlos V, cuando se configura en su aspecto actual, debemos detenernos en este momento para consignar que durante el reinado de los Reyes Católicos sucedieron cosas importantes en el mismo. Y algo en nuestra opinión no menos relevante: se tomaron decisiones que descartaron que la sede primada albergase los restos regios de las siguientes generaciones de la monarquía castellana. En 1498, el entonces arzobispo Cisneros abordó una cuestión muy sensible, la transformación de la Capilla Mayor de la catedral. El objetivo era que el principal recinto del templo cediera su función funeraria para poder albergar convenientemente los principales usos litúrgicos con capacidad para el movimiento de celebrantes y asistentes. Para ello era necesario dotarle, además de la magnificencia de un impresionante retablo con sentido pedagógico para los fieles, del espacio suficiente, lo que hacía necesario el traslado de conjuntos fúnebres. La decisión afectaba a su ordenamiento espacial como entorno sagrado y referente de la monarquía de Castilla, pues en ella reposaban soberanos como Alfonso VII o Sancho IV –el hijo

⁹⁴⁴ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, cláusulas 2 y 4.

rebelde de Alfonso X-. Además, el cardenal Pedro González de Mendoza había sido sepultado recientemente, y su traslado, aún en el interior del templo, era problemático. Refiere García Oro, al que seguimos en este tema, que los capellanes de la Real Capilla intentaron apoyarse en el Cabildo, alegando que quería suprimirse incluso esta. Los capitulares llegaron a acudir a la reina Isabel. Con motivo de las Cortes celebradas en la ciudad, la soberana aprobó el plan de Cisneros, que permitió un altar mayor más espacioso, ubicando los sepulcros reales, dignamente, en los laterales⁹⁴⁵.

Isabel ya había tenido que decidir sobre varios enterramientos. El más importante fue el de su hijo, el malogrado príncipe de Asturias, en octubre de 1497. No sabemos si al fallecer este ya tenía conocimiento de las diferencias en el seno del cabildo catedralicio toledano. Dispuso que los restos de don Juan fueran conducidos, primeramente, al convento de san Francisco, en Arévalo –de nuevo, un espacio franciscano-, en el que descansaban su madre, Isabel de Portugal⁹⁴⁶, y su hermano, don Alonso⁹⁴⁷, si bien Sanz Hermida⁹⁴⁸ sostiene que los restos de don Juan fueron conducidos directamente desde la catedral de Salamanca, donde permanecieron expuestos, al convento abulense de santo Tomás⁹⁴⁹. En su testamento, la reina Isabel dejó dispuesto que se hiciese “una sepultura de alabastro en el monasterio de Santo Tomás... onde está sepultado el príncipe don Juan mi hijo, que aya sancta gloria, para

⁹⁴⁵ GARCÍA ORO, José: *Cisneros. El cardenal de España*, Barcelona, 2002, p. 92. Los últimos intentos de oposición del Cabildo, según el historiador, consistieron en una carta a la reina fechada el 18 de enero de 1503.

⁹⁴⁶ Isabel de Portugal (1428-1496), hija del infante Juan de Portugal e Isabel de Barcelos, y nieta del soberano portugués Juan I, había fallecido en Arévalo, villa de realengo que le fue otorgada en el testamento de Juan II, el 15 de agosto del año anterior al de la muerte de su nieto don Juan.

⁹⁴⁷ Alonso de Trastámara (Tordesillas, Valladolid, 17 de noviembre de 1453 – Cardeñosa, Ávila, 5 de julio de 1468), agrupó la oposición a Enrique IV hasta su inesperada muerte cuando se dirigía a Toledo. Sus restos reposan desde agosto de 1492 en la Cartuja de Miraflores, bajo su efigie orante, en el sepulcro del lado del Evangelio, junto al de sus padres, Juan II e Isabel de Portugal. El estudio realizado sobre sus restos con motivo de la restauración de su sepulcro refiere que su cadáver, de 1,65 m. de altura, fue depositado en un féretro de madera de nogal, sin que se hayan encontrado tóxicos que indiquen envenenamiento, como sostuvo en el pasado no poca historiografía. BALADO PACHÓN, Arturo, ESCRIBANO VELASCO, Consuelo: “Los enterramientos reales de la Iglesia de la Cartuja de Miraflores. Estudios arqueológicos y antropológicos”, en *La Cartuja de Miraflores*, Madrid, 2007, p. 85.

⁹⁴⁸ SANZ HERMIDA, Jacobo: “Literatura consolatoria en torno a la muerte del Príncipe Don Juan”, *Studia historica. Historia medieval*, 11 (1993), p. 162.

⁹⁴⁹ El príncipe don Juan (Sevilla, 30 de junio de 1478 – Salamanca, 4 de octubre de 1497), fue el segundo hijo y único varón de los cinco habidos del matrimonio de los Reyes Católicos. Sobre su figura y la repercusión histórica, dinástica y literaria de su muerte, *vid.* MARTÍNEZ LÓPEZ, Francisco: *La Casa del Príncipe de Asturias. D. Juan, heredero de los Reyes Católicos*, Madrid, 2007; TORO PASCUA, María Isabel: “Esperanza y fin de la dinastía Trastámara: El príncipe don Juan, heredero de los Reyes Católicos, en la historia y en la literatura”, *Ínsula. Revista de letras y ciencias humanas*, 630 (1999), pp. 3-6; AZCONA, Tarsicio de: “El Príncipe Don Juan, heredero de los Reyes Católicos, en el V Centenario de su nacimiento (1478-1797)”, *Cuadernos de investigación histórica*, 7 (1983), pp. 219-244.

su enterramiento”⁹⁵⁰. El sepulcro sería encargado al año siguiente de su muerte, en nombre de su viudo, por el II conde de Tendilla, al escultor toscano Doménico Fancelli, que lo labró y envió desde Génova, ubicándose en el templo dominico en 1513⁹⁵¹. El príncipe reposa en la nave central del templo⁹⁵².

Menos de un año después, el 23 de agosto de 1498, su primogénita, también llamada Isabel, casada con Manuel I de Portugal, fallecía al dar a luz a un niño. Desde Zaragoza, donde el sobreparto de un niño había acabado con su vida, y como había sido su deseo, la princesa de Asturias fue llevada al convento toledano de Clarisas franciscanas de santa Isabel, naturalmente sin oposición alguna a su voluntad por parte de sus padres⁹⁵³. Seis años después, la reina no sólo excluía la catedral, sino la propia ciudad de Toledo como lugar de reposo de su primogénita:

“mando, que luego que mi cuerpo fuere puesto e sepultado en el monasterio de sancta Isabel de la Alhambra de la çibdad de Granada, sea luego trasladado por mis testamentarios al dicho monasterio, el cuerpo de la reyna y prinçesa donna Ysabel, mi hija, que aya sancta gloria”⁹⁵⁴.

Aquél mandato testamentario no llegó a cumplirse. ¿Influyó la situación en el principal templo toledano para descartarlo para ellos y para sí misma? No podemos afirmar que es causa directa, pero sí probable, como una más, de la elección de un espacio funerario tan caracterizado como el monasterio de san Juan de los Reyes, uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad del Tajo. Tradicionalmente se ha afirmado que el origen del conjunto monumental fue la voluntad de los monarcas de conmemorar la decisiva batalla de Toro, con la que sus tropas vencieron definitivamente las pretensiones de los partidarios de Juana la Beltraneja, apoyados por Portugal. Es indudable que se quiso hacer patente la alianza de la monarquía con la lealtad toledana,

⁹⁵⁰ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, cláusula 42.

⁹⁵¹ FERNÁNDEZ MARTÍN, Luis: “El sepulcro del Príncipe don Juan”, *Cuadernos abulenses*, 15 (1991), pp. 209-212.

⁹⁵² El sepulcro, de mármol de Carrara, cuenta con frentes inclinados a modo de talud. La escultura yacente del príncipe reposa en actitud orante, pero su semblante apacible, con los ojos cerrados, es durmiente. En una litografía de mediados del s. XIX se destaca que a pesar de que la espada está sobre su cuerpo, los guanteletes se esculpieron en la cama. MANSO PORTO, Carmen: “Escultura yacente de don Juan, Príncipe de Asturias. Santo Tomás de Ávila. Valentín Carderera. Emile Beau”, en SUÁREZ FERNÁNDEZ, LUIS (dir.): *Isabel la Católica en la Real Academia de la Historia*, Madrid, 2004, p. 203.

⁹⁵³ MARTÍNEZ CAVIRÓ, Balbina: “El franciscanismo toledano en tiempos de Isabel la Católica”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 50 (2004), p. 59. El monasterio se fundó en las llamadas “casas de san Antolín”, heredadas por Fernando el Católico de su madre, doña María Enríquez. Junto al sepulcro de la reina de Portugal y princesa de Asturias está el de la fundadora del cenobio, doña María Suárez de Toledo (1437-1496), fallecida con fama de santidad.

⁹⁵⁴ *Testamento de Isabel la Católica*, ed. 2001, cláusula 42.

solo rota por difíciles relaciones con el arzobispo Carrillo. En una cédula del 22 de febrero de 1477 la soberana explica al padre Juan de Tolosa, custodio de la ciudad al que donó los terrenos sobre el que se edificó el monasterio, su intención de fundar dicho convento:

“Por cuanto yo he tenido y tengo muy singular devoción al bienaventurado Señor San Juan y a la Orden de la Observancia del Señor S. Francisco. he deliberado de facer y edificar una Casa y Monasterio de dicha Orden de San Francisco de la Observancia, y a devoción del bienaventurado dicho Señor Juan, Apóstol y Evangelista, en la muy noble y muy leal ciudad de Toledo”⁹⁵⁵.

La importancia del texto es grande, pues revela una consonancia absoluta de las devociones de Isabel la Católica al comienzo de su reinado con las que reflejó, 27 años después, en el santoral testamentario que ya conocemos, tanto hacia san Juan Evangelista, al que los monarcas consideraron especial intercesor en la batalla que tuvo lugar en tierras zamoranas, como a san Francisco, a través de la orden franciscana. En el caso de los monjes llamados al convento, ya lo harán “los de la Observancia”, es decir, reformados, en el marco del nuevo modelo religioso que los soberanos estaban impulsando, cambios de la iglesia desde el propio poder político que pretendían corregir excesos y corrupción heredados de la Edad Media. También en ello vemos, desde el comienzo efectivo de su reinado, la cercanía a san Francisco de Asís desde una mentalidad reformadora, que culminará en acudir a él desde una mentalidad *ante mortem* en coherencia con lo vivido. En realidad, como sostiene Cela Esteban, San Juan de los Reyes fue al inicio del reinado un monasterio votivo de la monarquía, muy probablemente concebido como palacio, convento y panteón⁹⁵⁶. No apoyamos una teoría que sostenga que la única función por la que fue creado fue la de servir como panteón regio, si bien es indudable que la contemplación de las proporciones de

⁹⁵⁵ MACIÁ SERRANO, Antonio: “San Juan de los Reyes y la Batalla de Toro. Discurso por el académico correspondiente Excmo. Sr. D. Antonio Maciá Serrano”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 9 (1979), p. 68. Para la construcción se adquirieron varias casas en el límite de la judería. Las obras se encomendaron a Juan Guas, “maestro mayor de la Santa Iglesia de Toledo e maestro minor de las obras del Rey don Fernando e de la reina Doña Isabel”. El arquitecto llegó a tener a más de doscientos veinte canteros trabajando a su servicio, lo que hizo posible la pronta terminación del conjunto.

⁹⁵⁶ CELA ESTEBAN, María Estrella: *Elementos simbólicos en el arte castellano de los Reyes Católicos (el poder real y el patronato regio)*, Tesis doctoral, Madrid, 1991, p. 367. La autora expone que las tensiones con el cabildo de la catedral primada harían que Isabel la Católica se decantase finalmente por preferir en primer lugar Granada.

cabecera y crucero remiten, como sostiene Domínguez Casas, a precedentes como los de la Cartuja de Miraflores, una tesis que se apoya en el despliegue heráldico y las cenefas con leyendas en torno a la monarquía que, lejos del espíritu de la austeridad arquitectónica franciscana, remiten directamente a un mensaje estético de imagen de la majestad regia⁹⁵⁷.

El monasterio no acogió los restos de su fundadora... O sí, aunque por unas horas. Cuando la comitiva fúnebre de Isabel la Católica hizo ruta de Medina del Campo a Granada, se efectuó una parada en Toledo, y entró en la iglesia, donde se le rezaron los responsos y oficios acostumbrados. Como si quisiera subrayar esa vocación fúnebre, tres años antes, el 13 de mayo de 1502, había acogido las honras fúnebres por el príncipe de Gales, Arturo, desposado con Catalina de Aragón, a las que asistió Felipe el Hermoso. En aquella ocasión, de nuevo se había preferido aquel templo a la catedral⁹⁵⁸. En 1539 volverían a encenderse cirios en memoria de una soberana, esta vez la consorte de Carlos V. Las honras por Isabel de Portugal hicieron que más de 800 velas iluminaran la única nave del templo⁹⁵⁹.

Tras San Juan de los Reyes, el testamento recoge un lugar muy escasamente citado en la historiografía isabelina, San Antonio el Real de Segovia. Acercarnos a su origen supone una invitación a especular sobre los motivos de reina, en su mentalidad ante mortem, para incluirlo entre los lugares que, pensamos, hubieran podido acoger sus restos. El marqués de Lozoya, a principios del siglo XX, subrayó la singularidad del monasterio, fundado sobre la residencia que Enrique IV había ordenado construir en 1455 en la finca de caza y recreo “El Campillo”⁹⁶⁰. En 1468, el rey lo cedió como convento franciscano. Isabel la Católica lo dotó como comunidad de Clarisas franciscanas, que pasaron a ocuparlo desde abril de 1488. Ampliado sucesivamente, conserva hoy huellas de su origen, entre ellas una sala denominada precisamente “panteón”, recuerdo de esa mención testamentaria de un uso nunca culminado, pieza

⁹⁵⁷ DOMÍNGUEZ CASAS, Rafael: “San Juan de los Reyes: espacio funerario y aposento regio”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 56 (1990), p. 365. El autor subraya que la iglesia del monasterio cuenta con una sola nave, con crucero no destacado hacia el exterior, una cabecera poligonal y un coro que no divide la nave central, sino elevado a los pies.

⁹⁵⁸ AZCONA, Tarsicio de: *Isabel la Católica. Vida y reinado*, Madrid, 2002, p. 570. En opinión del historiador, las honras se celebraron con gran gasto y aparato con el fin de que, llegada la noticia a la corte inglesa, reforzar la posición de la hija de los monarcas. Del ambiente en la ciudad del Tajo dio buena cuenta que, a la ceremonia de jura de los príncipes de Asturias, esta sí celebrada en la sede primada, no asistió excesivo número de prelados ni nobles.

⁹⁵⁹ MARTÍNEZ CAVIRÓ, Balbina: *El Monasterio de San Juan de los Reyes de Toledo*, Madrid, 2002.

⁹⁶⁰ CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA, Juan, MARQUÉS DE LOZOYA: *El Monasterio de San Antonio el Real en Segovia*, Madrid, 1918.

inacabada en la que pueden distinguirse, en los arranques de las bóvedas, las armas heráldicas del propio Enrique IV⁹⁶¹.

De todas las previsiones testamentarias de Isabel la Católica, la que se cumplió fue la inicial. Sus restos fueron conducidos al convento de san Francisco. El monasterio tenía su origen en un palacio nazarí, construido a principios del siglo XIV en el interior del recinto de la Alhambra, donado por la propia soberana a la orden, que fue la primera establecida en Granada tras el fin de la Reconquista. La estancia de la reina en el monasterio quedó para siempre vinculada a la figura de Íñigo López de Mendoza, II conde de Tendilla y I marqués de Mondéjar. El alcaide de la Alhambra se preocupó por dignificar el entorno del sepulcro de la reina y, posteriormente, también de Fernando el Católico, mientras intervenía también, como veedor, en las obras de la Capilla Real. Había sido responsable del encargo del mausoleo del príncipe don Juan en Ávila, y también perfiló el sepulcro definitivo en el que los Reyes Católicos fueron depositados el 10 de noviembre de 1521, reinando ya Carlos V. Hernández Castelló, al subrayar su protagonismo impulsor en estos hechos, subraya con acierto que, además de ser uno de los personajes que mayor influencia artística había ejercido sobre los monarcas, fue “consciente del papel que las manifestaciones artísticas tenían como reflejo del prestigio de un linaje”, sino que esto implicase “que se decantase por una sensibilidad estética determinada”⁹⁶². Por eso, las obras de mejora y dignificación que encargó en la sencilla iglesia funeraria incluyeron la conservación de elementos ornamentales islámicos, hoy desgraciadamente perdidos en su mayor parte, admirados en la corona de Castilla como paradigma de lujo y pompa, en convivencia con rejerías que fueron trasladadas posteriormente a la Capilla Real⁹⁶³.

Nos hemos referido ya al primer testamento que signó Fernando el Católico, a los 23 años, antes de partir hacia el frente, en julio de 1475. Al analizarlo, Vicens Vives subraya que la unión del matrimonio regio primó sobre cualquier sentimiento aragonés,

⁹⁶¹ GARCÍA GIL, Alberto: *La arquitectura del Monasterio de San Antonio el Real de Segovia*, Segovia, 2009.

⁹⁶² HERNÁNDEZ CASTELLÓ, María Cristina: “El Memorial de las obras del Convento de San Francisco de la Alhambra y el II Conde de Tendilla”, *BSAA Arte. Boletín del Seminario de Estudios de Arte*, 75 (2009), p. 83. El propio marqués de Tendilla fue sepultado en la capilla del capítulo del monasterio a su muerte en 1515. Tras la salida de los restos de los Reyes Católicos, su hijo y sucesor, el II marqués de Mondéjar, obtuvo permiso de Carlos V para convertir la bóveda en la que habían descansado los monarcas, bajo el altar principal, en panteón familiar, trasladando los restos de sus padres.

⁹⁶³ BARRIOS ROZÚA, Juan Manuel: “El Convento de San Francisco de la Alhambra: de cenobio a ruina romántica”, *Reales Sitios*, 168 (2006), pp. 36-51. En el siglo XVIII el edificio se reformó parcialmente, resultando muy dañado por la ocupación francesa, durante la que fue cuartel, y las desamortizaciones, que supusieron un proceso de deterioro irreversible de su configuración. Desde 1945 es sede de un parador nacional.

pues la cláusula sobre enterramiento indicaba el monasterio vallisoletano –franciscano- de Santa María del Prado, o cualquier otro templo:

“...en que la dicha reyna doña Isabel, mi muy cara y amada mujer, eligiere su perpetua sepultura, sy esto a ella viniese más en plazer, ca yo mucho deseo que assy como fuymos por matrimonio y singular amor en la vida, assy no seamos apartados en la muerte”⁹⁶⁴.

Nos hallamos ante una prueba antecedente de la voluntad del rey, tres décadas antes del testamento de la soberana, de que el matrimonio reposara unido. Y ya en aquél momento –subrayamos- panteones precedentes, como la catedral de Toledo, no se contemplaron expresamente. Ciertamente, en el último de los testamentos que signó, Fernando el Católico reafirmó su voluntad disponiendo su enterramiento junto a Isabel en Granada, especificando con detalle que si la Capilla Real no estaba concluía sus restos fueran depositados también en el panteón provisional del monasterio de san Francisco, en la Alhambra. No obstante, conviene tener presente que en su condición de monarca aragonés disponía de varios espacios sepulcrales. Ninguno de ellos fue escogido como morada perpetua, pero uno de ellos recibió un especial legado, el monasterio de Poblet, “en el que están sepultados el Rey e Reyna, mys Señores” –se refería a sus padres, Juan II y Juana Enríquez-, al que destinó “el ornamento de brocado, raso carmesí, con todo su complimento y otro ornamento de damasco blanco alcarchofado de oro, con todo su complimiyento”, un conjunto de piezas ricas tejidas que restaba a las que él e Isabel la Católica dejaban a la Capilla Real que se construía en Granada.

A la hora de redactar su último testamento, Carlos V quiso ser enterrado en la Capilla Real de Granada, junto a sus abuelos maternos, los Reyes Católicos, y su padre, pues cuando lo otorgó en Bruselas el 6 de junio de 1554 no había fallecido aún su madre, la reina doña Juana. Llama la atención que al disponer su sepultura comenzara de manera expresiva⁹⁶⁵, “Ordenamos y mandamos que, do quiera que nos hallemos quando nuestro Señor fuere servido de nos llevar para la otra vida (...)”, para acabar concluyendo que su cuerpo fuese ubicado en el templo “en el lugar y parte de la idicha Capilla que pareçiere a mis testamentarios, con que sea en que mis padres e abuelos sean preferidos”, añadiendo “çerca de mi cuerpo se ponga el de la Emperatriz, mi muy

⁹⁶⁴ *Testamento de Fernando el Católico*, ed. 2001.

⁹⁶⁵ *Testamento de Carlos V*, ed. 1982.

cara y muy amada muger”. En lo que podríamos denominar un rasgo de humildad personal y dinástica, se consideraba inferior a ellos y pedía ocupar una sepultura de menor relevancia⁹⁶⁶.

Durante su estancia de poco más de un año y medio en Yuste, el emperador modificó la decisión sobre el lugar de su sepultura, que motivó, junto al deseo de dejar por escrito su visión sobre las medidas a tomar ante los brotes luteranos en Valladolid y Sevilla, la redacción de codicilo que otorgó en el monasterio el 9 de septiembre de 1558⁹⁶⁷. Manifiesta querer ser enterrado bajo el altar mayor del templo jerónimo, de forma “que la mitad de mi cuerpo hasta los pechos esté debaxo del dicho altar y la otra mitad de los pechos a la cabeça salga fuera del, de manera que cualquier sacerdote que dixere missa, ponga los pies sobre mis pechos y cabeza”, insistiendo siempre en dejar la decisión final a voluntad a su heredero:

“sin embargo desto, tengo por bien de remitillo, como lo remitto, al Rey, mi hijo, para que él haga y ordene lo que sobrillo le parecerá, con tanto que de cualquier manera que sea, el cuerpo de la Emperatriz y el mío, estén juntos conforme a lo que ambos acordamos en vida”.

Al recordar que así sucedió finalmente y Felipe II decidió, como más adelante se verá, el traslado de los restos del emperador a San Lorenzo de El Escorial, es inevitable constatar que los monarcas españoles, aún manifestando en sus últimas voluntades el deseo de ser enterrados en lugares concretos, han dependido de la voluntad de sus inmediatos sucesores, que daban las órdenes jurídico-ceremoniales tras los óbitos en lo referente al sepelio de sus antecesores.

Carlos V llegó a disponer en el codicilo un esbozo de programa iconográfico para el altar mayor de Yuste, que incluía un retablo de alabastro o mármol, a elección también de su hijo, en el que se ubicara *El Juicio Final*, de Tiziano, con una custodia del material elegido, así como figuras orantes de la emperatriz y él mismo, descalzos y con la cabeza descubierta, a la manera en que aparecen en el lienzo, en símbolo de humildad. Es notable que el emperador pidiese que si el monasterio no acogía sus restos se hiciera igualmente un retablo en la iglesia, además de ordenar que:

⁹⁶⁶ *Testamento de Carlos V*, ed. 1982. Para la eventualidad de fallecer fuera de España, el emperador encargaba ser depositado en la catedral de la ciudad de sus reinos más cercana al lugar de su muerte, mientras sus testamentarios disponían su traslado para su sepultura en Granada.

⁹⁶⁷ *Codicilo al Testamento de Carlos V*, ed. 1982.

“en caso que la voluntad del Rey sea, que yo no me entierre en este dicho monasterio, y attento al cuydado que en él se a tenido de servirme y el gasto que dello se a seguido a la casa, por haver acrecentado más fayles y en otra manera, es mi voluntad que, se le haga merced y gratificación que al Rey, mi hijo, parecerá porque yo no les he hecho ninguna”.

De manera fáctica, la construcción del monasterio de san Lorenzo de El Escorial se asocia como hecho indiscutido al deseo de Felipe II de ser enterrado a su muerte en su interior. Jurídicamente, la primera cláusula de su testamento es la que vincula a su sucesor a disponer en torno al depósito de sus restos mortales, pues no olvidemos que siempre será el monarca que hereda el trono quien ordena el sepelio del rey inmediatamente fallecido. El monarca dedica la cláusula primera de su testamento, inmediatamente después de concluir el preámbulo de su sentida *confessio*, a la disposición sobre su sepultura, que reproducimos en su integridad por la relevancia de su contenido:

“Mando y ordeno que, quando nuestro Señor fuere servido de llevarme desta presente vida para la otra, que de cualquier lugar y parte donde fuere mi fallecimiento, mi cuerpo sea llevado luego y sepultado en el monasterio de San Loreço el Real, que es de la orden de San Hierónimo, que yo, en algún reconocimiento de las mercedes y beneficios que de nuestro Señor he recibido, hize fundar y dotar para poner en él los cuerpos del emperador don Carlos, mi señor y padre, y de la emperatriz doña Isabel, mi señora y madre, como al presente lo están, y en su compañía, los cuerpos de las reynas de Françia y Hungría, mis tías y de la prinçesa doña María, mi muy chara y muy amada muger, y de la reyna doña Isabel, mi muy chara y muy amada muger, y de la reyna doña Ana, mi chara y muy amada postrera muger y los del príncipe don Carlos, del príncipe don Fernando, del príncipe don Diego, del infante don Carlos Lorenço y infanta doña María, mis muy charos y muy amados hijos, y de los infantes don Fernando y don Juan mis hermanos y también el del archiduque Vençislao mi sobrino y el de don Juan mi hermano, donde también se han de yr poniendo los demás cuerpos reales de mis sucesores que quisieren sepultarse allí”⁹⁶⁸.

Felipe II, consciente de frecuentes depósitos temporales de familiares que se habían convertido en largas décadas aguardando un mausoleo conjunto que tan solo había podido proporcionar de manera provisional, establecía de forma clara que su féretro debía ser conducido directamente al monasterio. Sus últimas voluntades se

⁹⁶⁸ *Testamento de Felipe II*, ed. 1982, cláusula 1.

redactaban en 1594, cuando ya residía buena parte del año en El Escorial, si bien cabía aún la posibilidad de un óbito en Madrid u otro real sitio cercano, como Valsaín o Aranjuez. Como en tantos enunciados de voluntad en el documento, el rey dobla palabras para subrayar la importancia de lo que transmite. Si para subrayar la firmeza del mensaje repite verbos -“mando y ordeno”-, al transmitir sentimientos lo hará con sustantivos y adjetivos: “mercedes y beneficios”, “cara y amada”. El recurso constituye un singular rasgo de expresión escrita ante la muerte en el marco de la historia de las mentalidades.

Recordar que san Lorenzo está encomendado a la orden de san Jerónimo y, sobre todo, incluir la lista de los dieciséis miembros de la familia que en aquél momento reposaban en los panteones primitivos, suponía constatar que había cumplido la voluntad paterna de proporcionar un panteón a la dinastía a la que pertenecía⁹⁶⁹. Y a la vez, proponer a sus sucesores un lugar de reposo, una cuestión clave, porque la clave del texto reproducido reside en referirse al monasterio como el lugar “donde también se han de yr poniendo los demás cuerpos reales de mis sucesores que quisieren sepultarse allí”. Felipe II, por tanto, no dejó dispuesto en su testamento que los monarcas españoles tuvieran que ser enterrados en El Escorial. Ni su heredero ni los de este. Cualquier afirmación en distinto sentido supone desconocer o falsear las últimas voluntades del monarca, aunque ciertamente, el peso de la propuesta del Rey Prudente fue tan grande que sus inmediatos sucesores se sintieron vinculados de una manera que podríamos denominar cuasi-fáctica. Su hijo Felipe III dispuso:

“(…) mi cuerpo sea llevado con la menor pompa que sea posible, y sea sepultado en el Monasterio de San Lorenzo el Real. Que el Rey mi Señor Padre hizo fundar para su entierro y de los demás sucesores que se quieran enterrar en él, pues además de ser esta voluntad, yo quiero estar”⁹⁷⁰.

⁹⁶⁹ No nos detenemos en este momento en los familiares del monarca citados, cuyo depósito en el monasterio será analizado detenidamente en posteriores epígrafes. En todo caso, mencionaremos únicamente dos cuestiones formales, la ausencia de los nombres de pila de las reinas María de Hungría y Leonor de Francia y Portugal, tías paternas del rey, y el orden de los familiares al ser citados. Subrayamos que Felipe II antepone a ambas a sus tres consortes, probablemente por motivos cronológicos; por otro lado, don Juan de Austria queda relegado, sin duda por su origen, al último puesto en el elenco.

⁹⁷⁰ *Testamento de Felipe III*, ed. 1982, cláusula 1. La alusión a la menor pompa posible debe ser puesta en relación a las frecuentes cláusulas de humildad en documentos privados del soberano, que indudablemente fue consciente de que su condición simbólico-regia no haría posible determinadas prácticas ceremoniales.

Un monarca como Felipe III, cuya trayectoria vital es uno de los mejores exponentes de fidelidad dinástica y recuerdo constante de sus antepasados difuntos, se para a aclarar en sus disposiciones postreras que la decisión del lugar de su entierro es libre y no vinculante, proporcionándonos además buena prueba de que ni siquiera su padre pretendió obligar al descanso de los cuerpos regios de forma prolongada a la Sierra de Guadarrama. Ese “yo quiero estar” es un auténtico compendio de independencia regia que debe ser interpretado en un reinado que en lo político, de la mano del duque de Lerma, pretendió ser un alejamiento de la sombra paterna, y en lo personal, una especie de homenaje continuo que se traducirá, como veremos, en una cierta indecisión e inoperancia en el recinto escurialense, poco más de dos décadas que son un fino paréntesis en la historia de San Lorenzo. En igual sentido, el 14 de septiembre de 1665, Felipe IV plegarse un poco más a la intención primera de padre y abuelo, indicando en torno a sus sepulcro que su cuerpo debía ser:

“conducido con la menor pompa posible que mi estado real permite, al Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, y allí sea sepultado en el Panteón que el Rey, mi señor, mi padre mandó hacer; obra que Yo he continuado, acabado y puesto en la mejor perfección, aviendo procurado cumplir en esto la voluntad de Su Magestad que me lo dexó encargado en su testamento, y trasladado en él los cuerpos de los señores reyes mis predecesores y el mío se ponga en el lugar que yo dexo señalado”⁹⁷¹.

De nuevo un monarca que en sus momentos finales reclama la regia mezcla de humildad personal y dignidad en honores para sus restos, añadiendo expresamente el sentido del deber cumplido, a modo de constatación. Su decisión libre no choca con el sentimiento personal de obligación dinástica de continuar el gran sistema sepulcral ideado por su abuelo. Nos parece especialmente significativo que Felipe IV deseara distinguir nítidamente que una cosa era cumplir la voluntad en cuanto al espacio mortuario, y otra decidir el lugar genérico y específico de su propio enterramiento, decisión última que le correspondía de manera completamente libre y sin ataduras pasadas ni futuras.

Cuando se es consorte y se fallece en un exilio atenuado, como sucedió en 1740 con Mariana de Neoburgo, parece que las palabras navegan entre deber y derecho, y el testamento regio proporciona indicios del deseo de integrarse tras la muerte en el gran

⁹⁷¹ Vid. Felipe IV, *Testamento*, ed. 1982.

panteón dinástico escurialense. La viuda de Carlos II testó dos veces⁹⁷². En el primer testamento, otorgado en Bayona, territorio francés (19 de marzo de 1730), quería que sus restos fueran depositados bajo el altar de san Antonio del convento de religiosas de santa Clara más cercano a la localidad donde muriera, siempre en espera de su definitiva conducción a las criptas escurialenses:

“...hasta que el Rey Católico mi muy caro y muy amado sobrino le mande llevar y sepultar en el Convento de San Lorenzo el Real del Escorial en la forma y manera que fuere de su Real voluntad, pidiendo a S.M. que sea con la menos posible pompa”.

En su segundo testamento, el 17 de septiembre de 1737, la reina incluye, en una forma que hoy casi podríamos calificar como de discreta, una afirmación de auténtica posesión en digna propiedad del más puro de los derechos dinásticos a reposar en las cámaras de El Escorial. No se trata de una cuestión menor, pues fallecería lejos de la corte como tal. Como hermana de la madre de Isabel de Farnesio, la reina viuda tuvo diferencias más que notables con su sobrino político, Felipe V. En esta ocasión parece afirmar e incluso subrayar su derecho al descanso en El Escorial, como si ya no albergase duda de su destino sepulcral junto a los restos de la familia de su esposo. Nos parece detectar incluso algo más que un cierto tono de seguridad personal ante quien tenía competencias para tomar decisiones:

“Mando que después de mi fallecimiento mi Cuerpo sea llevado con la menor pompa al Convento de Monjas Franciscanas de esta villa llamado Santa Clara y sepultada debajo del altar de San Antonio en depósito, hasta tanto que los Serenísimos Señores Reyes mis amados Sobrinos resuelvan se me lleve a San Lorenzo de El Escorial”.

Muchos podían haber sido los motivos de distanciamiento con el heredero de Carlos II, pero la reina Mariana murió convencida de que Felipe V nunca le negaría justo descanso dinástico y la integración de sus restos en el gran sistema sepulcral de la Monarquía de España.

⁹⁷² AGP, Reinados, Carlos III, Leg. 192. Copias de los testamentos de la Reina Viuda otorgadas el 19 de marzo de 1730 y el 17 de septiembre de 1737, respectivamente. La soberana falleció a las tres de la madrugada del 16 de julio de 1740. A su muerte, el marqués de Santa Cruz (gentilhombre de cámara del rey con ejercicio), mayordomo mayor de la finada y gobernador de su Real Casa, puso en manos del corregidor de Guadalajara, don Antonio de la Moneda y Garay, un pliego cerrado con tres sellos sobre lacre negro, con las armas reales impresas, que recogían el último testamento, firmado, como el anterior, en el palacio de san Miguel en la ciudad de Bayona.

De importancia nos parece subrayar la ruptura de la idea extendida sobre la supuesta obligación legal y moral de los monarcas españoles de ser enterrados en los panteones regios de San Lorenzo de El Escorial. El rey de España en la Edad Moderna escoge con libertad su sepultura. Y su sucesor respeta siempre su voluntad. No nos referimos únicamente a los Austria. Cuando en julio de 1746 fallece Felipe V, la Gaceta de Madrid querrá dejar claro que Fernando VI, su sucesor, respeta y cumple el mandato testamentario paterno:

“El Rey Hijo D. Fernando el Sexto, nuestro Señor, con no corta violencia de su ternura, y indecible ahogo, mandó luego expedir los Decretos y Ordenes consecuentes a tanta novedad, y que se abriese el Testamento de su amado difunto Padre, en la forma acostumbrada; y hallando en el señalado el Entierro en la Colegiata de San Ildefonso, resolvió S.M. que se dispusiese assi, después de estar expuesto el Real Cadaver los días que son de estilo”⁹⁷³.

5.2. Los sistemas sepulcrales. Propuesta de un concepto.

Pensar en la muerte es una realidad inmediata y esencial de la cultura humana. La actual elusión a un tratamiento público de la cuestión no contribuye a un análisis objetivo, no ya de la mentalidad ante el tránsito durante la Edad Moderna ni otras etapas históricas, sino de hechos como el propio deseo del hombre de proyectarse en el recuerdo de sus semejantes, de crear una imagen en la posteridad a través también de lo funerario. La elección del lugar y forma externa de la sepultura de los restos mortales es una de las cuestiones que más han centrado a los historiadores de la muerte. Sea desde la religión, la estética, la literatura, se trata de un elemento clave por varios motivos. Es manifestación de las creencias del hombre acerca de las postrimerías: su propia muerte, el juicio, el infierno, la gloria. Realidades todas ellas muy presentes en la mentalidad religiosa de los siglos de la Edad Moderna. Afecta al papel de la persona de la sociedad, porque su tumba prolongará determinados vínculos familiares y sociales. Se quiera o no, alargará no pocos honores –o rechazos- recibidos durante la propia vida, algo que en el caso de las personas reales, como estamos comprobando, adquiere máximo relieve.

⁹⁷³ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 28, 12 de julio de 1746, cit. en TORRIONE: *op. cit.*, p. 232. Que la elección de Felipe V fuera la colegiata aneja al Palacio Real de La Granja de San Ildefonso era conocido en la Corte. Formalmente se exponía que el nuevo monarca “resolvía que se dispusiera así”, como fiel cumplidor de la voluntad paterna. Subrayamos que en la cuestión de la capilla ardiente, la Gaceta no hace referencia más que al tiempo en que los restos de Felipe V estuvieron expuestos, de lo que podríamos deducir que el Testamento del rey no hizo alusión a ese punto.

Porque en los ámbitos de poder, la instrumentalización de la muerte ofrece innumerables muestras de ese deseo de creación y recreación de imagen, a través de ritual y culto, con dinámicos mecanismos que funcionan a través de símbolos.

La tumba no es sólo, como afirma Rader, lugar para la memoria de los muertos, originando una identidad sobre el recuerdo de forma persuasiva⁹⁷⁴. En un plano regio, el sepulcro funda, crea y recrea una imagen majestuosa, suficiente, que se propone e impone. Una representación que va más allá de lo simbólico. En la Edad Moderna continúa inexorablemente decayendo la necesidad de conservar en las sepulturas de los notables los objetos que les acompañaron en vida a la hora de forjar sus gestas, principalmente armas o símbolos de poder físico, militar o regio. Incluso ajuar doméstico, como el Egipto faraónico había dedicado profusamente a sus muertos. La simbología de todos ellos pasará a ser plenamente artística, con hábiles juegos renacentistas y barrocos de presencias y ausencias desnudas.

También Rader sostiene que una tumba monumental desempeña tres funciones: memoria, culto y secreto⁹⁷⁵. La primera estaba destinada prolongar la presencia del fallecido en la comunidad. El culto se refería a “ofrendas y recitaciones (sic) litúrgicas” y el secreto era referido, en un razonamiento en nuestra opinión poco sólido, a la “íntegra conservación del fallecido”. Se trata de una teoría aplicable en gran parte a sepulcro dinástico en la Edad Moderna, destinado a lo que nosotros preferimos describir como imagen, reverencia y misterio. Por un lado, optamos por la expresión imagen regia, alejada de la connotación ideológica que posee en la actualidad el término memoria. La imagen del rey posee, en lo que a la muerte y sistemas sepulcrales se refiere, un poder suficiente que entre los siglos XV y XIX aún está bien lejos de construcciones políticas y lingüísticas como las de memoria, propias de la historiografía actual. La reverencia se asocia al respeto a los hechos pasados, mientras que el culto alude a los santos, un rasgo que ha necesitado precisiones al tratar las devociones propias de la religiosidad ante la muerte. No hay secreto en los mausoleos accesibles de la mayoría de dinastías regias europeas de la Edad Moderna, en las que sí permanece el halo de misterio histórico de tantas cuestiones por resolver que permanecerán en el silencio de sus muros.

⁹⁷⁴ RADER, Olaf B.: *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*. Madrid, 2006, p. 14. El autor llega a considerar el sepulcro como “lugar para hacer un alto en el olvido en la memoria pública”.

⁹⁷⁵ *Ibidem*, p. 44.

Es cierto que durante la Edad Moderna se vivió un proceso de evolución lógica desde la singularidad con la que vivió el Medievo el acercamiento de la sociedad a ciertos lugares de sepultura de personajes destacados, incluidos los de sangre real. Se sacralizaron los sepulcros de héroes, santos... incluso como escenario de milagros. En el proceso no podían faltar los de monarcas y sus familias. Pero no podemos circunscribirnos a un mero proceso de continuidad histórica. En lo que a tumbas y mausoleos se refiere, se corre el riesgo de establecer un mero paralelismo, incluso evolutivo, en el uso de la tumba como medio de legitimación a través del culto. En los siglos que centran nuestro acercamiento no son aplicables ya a los soberanos criterios tan estrictos como los de necesidad de conservar el cuerpo incorrupto, la individualidad del panteón dedicado su protagonista o que de este se recuerde una notable gesta histórica para otorgar a su mausoleo una determinada categoría mítica.

Denominamos sistema sepulcral al conjunto de enterramientos de personas relevantes organizado con criterios determinados de acceso y permanencia, y diseñado con el triple fin de servir de sede para la conservación de los restos mortales de manera prolongada en el tiempo, unificar y diferenciar externa e internamente el concepto de grupo cerrado al que se ha pasado a pertenecer bien por características personales, bien por méritos propios y componer una referencia representativa espacial bastante, estética, simbólica, que constituya el principio de una imagen perpetua para generaciones posteriores.

Debemos detenernos en el concepto de imagen regia, que concebimos como la proyección o reflejo que emite la monarquía para materializar o mostrar su autoridad, definir sus valores y subrayar la adhesión a su existencia y función política en el reino. Al acudir a esta definición corremos el riesgo de identificarla con un mero ejercicio de propaganda, distorsionando su verdadero contenido. Estimamos que la creación de un sistema sepulcral no responde a la creación de una maquinaria publicitaria o de persuasión. El sistema en sí es imagen del asentamiento de la imagen de la monarquía en el acervo psicológico de la comunidad.

A modo de ejemplo incluimos frecuentes intentos de creación en distintos países europeos, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, de panteones de personajes con fama en campos tan dispares como la milicia, el arte o la ciencia. Así, en España, disponemos del Panteón de Hombres Ilustres, que acoge en Madrid a protagonistas del siglo XIX y el primer tercio del XX, como el marqués del Duero, Cánovas, Canalejas o Dato. Al presente estudio interesa la que entendemos que es la

principal especialidad de esta categoría: el sistema sepulcral regio, cuya nota característica será la procedencia regia de los restos conservados, y que en este caso el grupo cerrado al que ha de pertenecerse será una dinastía o una misma línea sucesoria.

Nuestro país cuenta con varios sistemas sepulcrales regios que han corrido la más diversa suerte; la limitación cronológica del presente trabajo es motivo para que centremos nuestro análisis en el que es, precisamente, el ejemplo tipo del sistema cuya existencia y características abordamos. Los Panteones regios del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial presentan tal cúmulo de caracteres y rasgos que los convierten en un modelo paradigmático de cara al análisis de cualquier otro. Los mausoleos escurialenses no son solo la más caracterizada herencia artístico-funeraria de la Monarquía de España, sino la representación más clara del valor del sistema sepulcral como generador y garantía de imagen dinástica perpetua.

Abundar en algunas características y peculiaridades de las criptas de San Lorenzo nos ayudará a ubicar muchos datos y consideraciones de posteriores epígrafes del presente estudio. En primer lugar, y en cuanto al acceso a los mismos, los panteones de El Escorial constituyen un sistema sepulcral regio de carácter libre o abierto, es decir, no existió en ningún momento norma jurídica alguna de carácter vinculante que obligase a los monarcas a ser sepultados en él, como hemos analizado en el epígrafe anterior. Distinta cuestión es que la práctica totalidad de los sucesores de Felipe II en el trono español considerasen como existente una cierta vinculación a ser sepultados entre sus muros. Ni siquiera Carlos II, último Austria español, se sintió bajo el peso de una obligación jurídica, como hemos visto. Los Borbones se sentirán de tal modo libres que conoceremos dos significativas excepciones en menos de seis décadas, Felipe V y Fernando VI, ambas en el siglo XVIII, que al decidir no descansar junto a sus mayores dieron buena muestra tanto de ese carácter libre y abierto del sistema sepulcral de San Lorenzo como de su propia capacidad decisoria.

En lo que se refiere a infantes de España, el sistema sepulcral de El Escorial tampoco aparece como vinculante. Las propias hermanas del fundador del monasterio, la princesa Juana y la emperatriz María de Alemania, optaron por el convento de las Descalzas Reales, y no serían las primeras en escoger una morada perpetua lejos de la sierra de Guadarrama. Incluso doña Juana falleció en el mismo monasterio, recorriendo sus restos el camino inverso a todo su familia, hacia Madrid; otros ejemplos entre los

Borbones no faltaron, como el de la infanta María Josefa, hija de Carlos III, que escogió el madrileño convento de las Carmelitas de santa Teresa para ser sepultada⁹⁷⁶.

Los enterramientos de El Escorial, al menos el panteón octogonal de reyes, constituyen un sistema sepulcral regio perfecto, es decir, contienen en sí mismos los elementos necesarios para activar y prolongar, como estamos exponiendo, la idea de imagen dinástica sepulcral. Entendemos que esta nota de perfección puede predicarse de la cámara ya desde el momento de su conclusión física en 1654, cuando la cripta comenzó a proporcionar una imagen externa, incluso fuera de las fronteras de la monarquía de España, de memoria perpetua. Las dos primeras notas características que hemos presentado pueden predicarse sin matiz alguno. Pero la disposición de las tumbas regias hacen más difícil adecuarlo al concepto de grupo cerrado expresado en la tercera de las características postuladas, pues los restos de los monarcas soberanos fueron colocados en su mayoría emparejándolos con los de los consortes que continuaron las líneas genealógicas directas, con sonoras excepciones. Por eso la existencia del posterior Panteón llamado de Reinas e Infantes constituye en sí un cúmulo de interrogantes y matices, pues no podemos hablar con rotundidad de grupos cerrados, aunque sí amplios. Dejamos así también establecida una clasificación en sistema sepulcral perfecto, como aquel que incluye suficientes restos como para afirmar que cumple la prolongación en el tiempo de una idea suficiente de imagen dinástica, frente al que, imperfecto, no permite vincularle dicha imagen de forma completa.

Al referirnos a un sistema sepulcral regio *perfecto*, consideramos necesario reflexionar sobre la diferencia entre este y todos aquellos sistemas sepulcrales regios *definitivos*. Mientras los perfectos habrían alcanzado el logro de proyectar en el común de la comunidad la noción de imagen dinástica, los segundos habrían concluido, bien por espacio o por el número de personas reales que lo integran, las posibilidades de su ampliación sucesiva en el tiempo. Así, el panteón escurialense, objeto principal del presente estudio, llegó perfecto y definitivo en lo que, numéricamente y en monarcas españoles de la dinastía Austria se refiere. Pero la administración de su espacio plantearía enseguida varias cuestiones al primer Borbón, Felipe V, como analizaremos.

⁹⁷⁶ La infanta falleció el 8 de diciembre de 1801. Su sepulcro resultó dañado en los destrozos de la Iglesia del mismo convento producidos durante la guerra de Independencia. El 24 de abril de 1817, el Arquitecto Mayor de Palacio, Isidro Velásquez, realizó un informe sobre el estado del mismo (AGP, Reinados, Fernando VII, Caja 374, Expte. 41), proponiendo el cambio de su ubicación en el interior de la iglesia. El templo fue demolido después de la revolución de 1868. Los restos de la hermana mayor de Carlos IV fueron conducidos el 7 de mayo de 1877 a la primitiva cámara de Infantes, desde donde fueron trasladados a los modernos panteones, el 9 de octubre de 1883, en un sepulcro ya alzado y exento.

Atendiendo a la normativa de ingreso de personas reales, conviene distinguir entre sistemas libres o abiertos de aquellos que son cerrados o tasados. Así, podríamos incluir la cámara real de san Lorenzo entre los segundos, en cuanto a la condición regia se refiere: todo, absolutamente todos los restos conservados hasta hoy ciñeron una Corona, la española, cualidad excluyente. En contraposición, el vecino panteón de familiares sería abierto. Ciertamente es posible dedicar tiempo a debates jurídicos sobre titularidades del trono, pero la imagen dinástica en ese sentido permanece inalterable. También serían tasados otros sistemas como el de la cripta de Superga (Panteón de los Saboya, cerca de Turín, que acoge exclusivamente a miembros de la Familia Real italiana), pero no la de la Iglesia de los Capuchinos en Viena, que alberga restos que no proceden únicamente de los Austria, sino también de religiosos, lo que le clasifica como abierto⁹⁷⁷.

En cuanto a los criterios más depurados de imagen dinástica, distinguiríamos entre sistemas titulares (es decir, panteones vinculados a la ostentación concreta e identificada de una única dinastía, como podría ser el anteriormente mencionado de Superga) o mixto, cuando conviven varios. Obviamente, como veremos después, el panteón regio de san Lorenzo nació como titular, previsto para los Austria (como analizaremos, no se optó por trasladar allí los restos de los últimos monarcas de la dinastía precedente en los reinos españoles, los Trastámara), pero el tiempo y la guerra de Sucesión lo convirtieron en un sistema mixto. En general, entendemos que un sistema mixto no tiene por qué significar una pérdida de fuerza en la proyección de imagen perpetua de la familia real. Si las monarquías occidentales se basan en la sucesión, que en principio ha de ser directa, los cambios puntuales de dinastía no suponen modificaciones *per se* del carácter soberano del titular del trono. Entendemos en ese sentido que incluso los cambios de dinastías, en lo que a sistemas sepulcrales se refiere, pueden incluso enriquecer la idea de continuidad en el poder real; el caso de El Escorial es notable, pues, como veremos en su momento, incluso Felipe V lo empleó como fuente de legitimación de su discutida llegada al trono de san Fernando, que motivó una guerra de Sucesión de hondo calado internacional. Puede afirmarse así que un conjunto de tumbas mixto contribuyó a asentar el trono de los vivos Borbones.

Las Coronas de los reinos hispánicos siempre fueron promotoras de edificaciones monumentales, pero será con Felipe II, en lo que a arquitectura funeraria

⁹⁷⁷ Se trata de supuestos que serán calificados dentro de las consideraciones sobre la atipicidad en sistemas sepulcrales, que analizaremos.

se refiere, cuando la sociedad tome conciencia adelantada del valor representativo y simbólico de un sistema sepulcral. El mausoleo escurialense ya no será un panteón dinástico más, sino un verdadero signo y referencia de la huella histórica de la monarquía de España, una presencia que, al menos en cuanto a reinas se refiere, ya había reivindicado el P. Flórez en las primeras líneas de su gran obra sobre las soberanas, al aludir directamente a que parecía que, históricamente, el paso de las soberanas por el tiempo del trono se había sepultado con sus cuerpos, y dado que en algunos casos no se conoce el lugar de su descanso, era de justicia recuperar, a modo de “Panteón Universal de nuestras reinas”, su recuerdo⁹⁷⁸. Una alegoría extensible en todo caso a los soberanos y sus hijos.

5.3. Los sistemas sepulcrales del reinado de Carlos V como antecedentes del proyecto filipino.

Es habitual centrar en Felipe II, a riesgo de generalizaciones, la preocupación por la construcción de un gran mausoleo para sus antepasados y sucesores, cuando cualquier acercamiento por la genealogía, figura y reinado de Carlos V revela que el Emperador tuvo honda conciencia de la oportunidad y conveniencia de crear o replantear sistemas sepulcrales regios precedentes.

Como primer nieto legítimo varón y heredero de los derechos dinásticos al imperio alemán, Carlos V compartió el valor que Maximiliano I de Austria dio siempre al linaje, la genealogía o la pervivencia estética a través de la imagen artística en un mausoleo. Durante su reinado (1493-1519), Maximiliano pidió informes sobre conjuntos sepulcrales de emperadores alemanes, como los de los Hohenstaufen, en Spira, planteándose una reforma de sus sepulturas que no llegó a materializarse⁹⁷⁹. En sus últimos años, más centrado en la cercanía de la muerte y empeñado en la idea de dejar un recuerdo bien tangible de sí mismo y su obra, escogió Innsbruck, la ciudad que le resultaba más grata para el descanso y en la que había fijado su residencia personal, a la que acudir tras viajes y expediciones políticas, para construir un magnífico mausoleo. Una doble hilera de impresionantes estatuas renacentistas, de tamaño mayor que el natural, a modo de procesión triunfal, montan guardia en el camino hacia un sepulcro

⁹⁷⁸ “Vivan aquí las que yacen polvo en sus sepucros” (FLÓREZ: *Memorias...*, t. I, p. 1).

⁹⁷⁹ Cuando las tropas francesas de Luis XIV invadieron la ciudad en 1689, destruyeron el interior de la catedral y saquearon las tumbas, con perfecta conciencia del poder simbólico del lugar (RADER: *op. cit.*, p. 97). Restaurada entre 1772 y 1784, los franceses volvieron a profanarla en 1794.

rodeado de una reja. Toda una lección de escultura renacentista, un estilo que, como destacó Checa Cremades, entendemos especialmente idóneo para cualquier representación que, en el marco de dos artes consideradas mayores desde la Antigüedad, pretendieran alcanzar el objetivo de ser conmemorativos dentro de los cánones del arte figurativo⁹⁸⁰. Por eso parecerá siempre de especial mérito que el panteón real escurialense supere en magnificencia, poder representativo y artístico a sus pasados, coetáneos y posteriores, sin contener el retrato pictórico ni escultórico de ninguno de los monarcas cuyos restos alberga en su cámara octogonal.

El emperador, como su bisnieto con el panteón escurialense, no vería concluido aquel conjunto sepulcral escultórico en vida y aquella una tumba rodeada de triunfos y visiones de poder nunca llegó a ser ocupada. Cuando en noviembre de 1518 Maximiliano llegó en a Innsbruck por última vez, dos meses antes de morir, los posaderos de la ciudad se negaron a albergar a su séquito y a celebrar una ceremonia oficial de bienvenida hasta que no se pagasen las deudas de la anterior estancia. Enfurecido, abandonó la ciudad en dirección al Danubio, para zarpar hacia Viena. En Wels ya no pudo continuar su viaje. Allí murieron, el 12 de enero de 1519, un emperador y una época⁹⁸¹. Había dado orden de ser sepultado en la iglesia de San Jorge, en Wiener Neustadt, la misma ciudad donde había nacido y vivió su infancia. Al final, cuando expresó sus últimas voluntades, Maximiliano dijo que en el sepulcro al que debía ser conducido debía sentir el peso del sacerdote al elevar la sagrada forma durante la eucaristía⁹⁸². Aquello nunca se cumplió, aunque su pensamiento fue herencia viva para Carlos V y Felipe II.

El 13 de marzo de 1516, el primero de ellos, un joven archiduque de Austria, futuro Carlos V, participó en los funerales ofrecidos por Fernando el Católico en la catedral de santa Gúdula, en Bruselas⁹⁸³. El nuevo monarca llegó a la península casi un año después del óbito de su abuelo materno, el monarca aragonés. Los restos del fundador de la España moderna habían sido conducidos a Granada, junto a los de la reina Isabel, y aguardaban en el monasterio de san Francisco de la Alhambra el momento de su colocación definitiva en la cripta de la Capilla Real de la catedral

⁹⁸⁰ CHECA CREMADES, Fernando: “Imágenes de la muerte en el arte cortesano europeo del siglo XVI: el papel de la escultura”, en CAMPOS FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier: *La escultura en el Monasterio del Escorial*, San Lorenzo de El Escorial, 1994, p. 62. Checa insiste en que Maximiliano se preocupó de su imagen para la posteridad mucho más que sus predecesores.

⁹⁸¹ WHEATCROFT, Andrew: *Los Habsburgo. La personificación del imperio*, Barcelona, 1996, p. 125.

⁹⁸² *Ibidem*, p. 125.

⁹⁸³ *Ibidem*, p. 139.

granadina⁹⁸⁴. El entonces Carlos I estimó que la fuerza personal y simbólica de la imagen de la reina Isabel imponía la presencia en la última capital reconquistada del gran sistema funerario de los Reyes Católicos, que comenzaba a tener visos de continuación generacional con los restos del príncipe de Asturias don Miguel (el primer nieto de Fernando e Isabel, que de haber sobrevivido hubiese sucedido a sus abuelos en sus tronos) y de su propio padre, Felipe el Hermoso.

Uno de los primeros gestos que tuvo el monarca al llegar a la península fue desplazarse a Tordesillas, acompañado de su hermana Leonor, para encontrarse con su madre, a la que no veía desde hacía más de diez años. La reina Juana había dispuesto todo un programa iconográfico, principalmente a base de tapices, para recibirles, si bien al hacer su entrada, el ciclo de su ánimo le permitió unas pocas palabras. La situación no impidió que en la cercana iglesia del monasterio de Santa Clara se celebrasen funerales de cuerpo presente por Felipe I, para lo que se dispuso un túmulo de madera, ante el altar mayor, en medio de la nave. Tras ellos, el féretro volvió a la capilla lateral en la que permanecía depositado.

Carlos V ordenó el traslado de los restos de su padre a Granada unos años más tarde. Salieron en noviembre de 1525, llegando a la ciudad el 13 de diciembre. Como haremos a lo largo de nuestro estudio, corresponde al momento de su depósito en el sistema sepulcral en el que permanece un apunte sobre su incorporación a la imagen funeraria de la monarquía.

El archiduque Felipe de Austria, hijo de Maximiliano y María de Borgoña, había nacido en el Palacio de Prisenhof, en Brujas, el 22 de junio de 1578. En él habían contraído matrimonio sus abuelos maternos, Carlos el Temerario y Margarita de York, sus abuelos maternos. No hay unanimidad sobre el momento en que comenzó a recibir el sobrenombre de Hermoso, pues algunos biógrafos apuntan a que fue ya en vida. Considerado de gran atractivo en su tiempo, el adjetivo le fue atribuido en realidad por su esmerada educación y trato, así como su especial afición para lo cortesano y ceremonial: la equitación, las justas o lo cinegético. Políticamente fue un perdedor por su temprana muerte en un país lejano al de su nacimiento. Durante siglos, subraya Zalama, no tuvo la atención historiográfica que merecía un duque de Borgoña, ni

⁹⁸⁴ Los restos de Fernando el Católico habían sido entregados oficialmente en Granada el 6 de febrero de 1516 entre las once y las doce de la noche (CALDERÓN, Emilio: *El rey ha muerto*, Madrid, 1991, p. 17).

siquiera en su patria⁹⁸⁵. Su repentino fallecimiento el viernes 25 de septiembre de 1506 en la Casa del Cordón, en Burgos, alcanza notable protagonismo en la historia de la imagen funeraria regia. De su velatorio se proporcionó una imagen no ya tétrica, sino teatralizada. Así, Alonso de Santa Cruz, que había nacido un año antes y presencié unos hechos imposibles según la costumbre regia castellana en la época, refiere:

“después de muerto el rey tomaron sus criados el cuerpo y lo pusieron a la usanza de Francia sobre un tablado que mandaron hacer, en una gran sala en la casa del condestable, do posava. Y después de la Su Alteza haber vestido y ataviado de muy ricos vestidos, le sentaron en una silla real, como si estuviera vivo, y así lo mantuvieron toda aquella noche siguiente (...)”⁹⁸⁶.

Su corazón fue enviado en un vaso de oro a Flandes y su cuerpo llevado, inicialmente, a la cartuja de Miraflores, donde reposaban los padres de Isabel la Católica. Inesperadamente, doña Juana reunió al nuncio, al embajador del rey Fernando, su padre, y a los obispos de Jaén, Málaga y Mondoñedo y al arzobispo de Burgos y les informó de su decisión de llevar el cuerpo a Granada. Pérez-Bustamante y Calderón Ortega sostienen que el hecho de que arzobispo le expusiera la prohibición existente de cambiar de sepultura unos restos, hasta seis meses de su depósito, pudo crear o reavivar miedo en Juana a la sustracción del cadáver. La reina ordenó que todos los presentes fuesen a la Cartuja. Allí tuvo lugar uno de los primeros episodios de apertura de las cajas fúnebres a la que los cortesanos fueron obligados a asistir, que describió Pedro Mártir de Anglería:

“No vimos otra cosa más que la forma de un hombre yacente, pero no se distinguía bien si tenía rostro de hombre, porque envuelto en vendajes impregnados de ungüentos y embadurnado todo en espesa cal, nos parecía estar viendo una cabeza de yeso. Así, empapado en aromas y cal, sus servidores le habían dado sepultura”⁹⁸⁷.

En la decisión de partir hacia Granada había algo más. Aram sostiene que Juana y su padre, Fernando el Católico, deseaban lugares bien distintos como sepultura de

⁹⁸⁵ ZALAMA RODRÍGUEZ, Miguel Ángel, “Felipe el Hermoso y las artes”, en ZALAMA RODRÍGUEZ, Miguel Ángel, VANDENBROECK, Paul: *Felipe I el Hermoso. La belleza y la locura*, Madrid, 2006, p. 18.

⁹⁸⁶ ALONSO DE SANTA CRUZ: *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. de J. de M. CARRIAZO, v. II, Sevilla, 1951, p. 59, cit. en ZALAMA RODRÍGUEZ, Miguel Ángel, “*El Rey ha muerto, el rey continúa presente*”, en ZALAMA RODRÍGUEZ, Miguel Ángel, VANDENBROECK, Paul: *op. cit.*, p. 197.

⁹⁸⁷ ANGLERÍA, Pedro Mártir de: *Epistolario*, 163 - 4, en CODOIN, vol. X.

Felipe el Hermoso⁹⁸⁸. Su viuda pensaba que depositarlo junto a Isabel la Católica era la mejor forma de reafirmar los derechos dinásticos de su hijo Carlos. Fernando, sin embargo, habría deseado que el entierro definitivo hubiera tenido lugar en cualquier lugar al Norte de la península, como medio de borrar lo antes posible la imagen de un yerno cuya presencia había sido incómoda desde el principio. El Rey Católico habría sido reacio incluso a que los restos fuesen depositados en Granada. La teoría, que encaja en la utilización de los restos mortales como medio de reafirmación legitimadora, encuentra, en nuestra opinión, una única dificultad en el universo complejo y contradictorio de la situación mental de doña Juana, del que es siempre difícil establecer certezas en cuanto a sus intenciones de gobierno.

Se dispuso el cortejo en plena noche. El ataúd se colocó en una carreta tirada por cuatro caballos frigos. El frío y la orografía del terreno no permitieron llegar más allá de la aldea de Cabia. El 23 se había alcanzado Torquemada, lo más lejos que llegó el grupo –en contraste con la leyenda que afirma que se recorrió toda Castilla–, donde la reina dio a luz, el 14 de enero, a la infanta Catalina, que sería reina de Portugal. Hasta el 19 de abril la reina permaneció allí, ordenando que a diario se celebrase el oficio de difuntos en la iglesia parroquial de Santa Eulalia, donde estaba depositado el féretro. Al poco de iniciar el camino, sorprendió a la comitiva una fuerte tormenta, que obligó al refugio en un monasterio cercano, al que se negó la reina a que condujesen el ataúd por tratarse de un convento de monjas. Pasaron la noche al raso y volvió a ordenar que abriesen la caja⁹⁸⁹. Finalmente se dirigieron al minúsculo poblado de Hornillos de Cerrato, volviéndose a repetir el esquema de Torquemada: capilla ardiente en la iglesia parroquial de San Miguel, que sufrió un incendio del que el féretro fue rescatado a duras penas, siendo conducido a la casa en la que vivía la soberana⁹⁹⁰. El 24 de agosto, Juana salió hacia el reencuentro con su padre, Fernando el Católico, en dirección a Tórtoles, a donde llegó el rey el 29 de agosto. Llevaban tres años sin verse.

En Santa María del Campo tuvo lugar el cabo de año, asistiendo la reina y su padre. Allí estuvieron hasta el 9 de octubre. En esa localidad se recibió el capelo

⁹⁸⁸ La historiadora mantiene que, con Felipe I sin un reposo definitivo, tanto doña Juana como don Fernando podían negarse a los afanes de los pretendientes a un segundo matrimonio de la heredera de Isabel la Católica en el trono de Castilla, entre los que se encontraban Enrique VII de Inglaterra (que fallecería enseguida, el 21 de abril de 1509), Gastón de Foix (hermano de Germana de Foix) o el duque de Calabria (ARAM, Bethany: *La reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*, Madrid, 2001, p. 172).

⁹⁸⁹ El pasaje histórico inspiró a Francisco Pradilla su célebre lienzo *Doña Juana La Loca* (1877), en el que aparece la reina, embarazada, junto al ataúd de su esposo, negro y con las armas heráldicas de los Austria, en medio de la tempestad (Museo Nacional del Prado).

⁹⁹⁰ ANGLERÍA, Pedro Mártir de: *Epistolario*, 163 - 4, en CODOIN, vol. X.

cardenalicio para Cisneros, pero Juana se negó a imponérselo en el templo parroquial, por estar en el mismo el cuerpo del difunto. La ceremonia tuvo lugar el 23 de septiembre en Mahamud, en presencia del rey Fernando.

El rey consiguió que salieran de Santa María del Campo hacia Burgos, pero cuando la reina descubrió el destino se negó a pasar de Arcos⁹⁹¹. Allí residió durante dieciocho meses, en el palacio de verano del obispo de Burgos, a diez kilómetros de la ciudad. En la iglesia parroquial se colocó el catafalco, facilitando las cosas la posibilidad de contemplar desde la residencia el féretro, pues la cabecera estaba adosada a la residencia arzobispal, según un esquema que conocemos en monasterios castellanos. Finalmente, en marzo de 1509, la reina fue recluida en Tordesillas, villa de realengo, en la que desde tiempos de Enrique III existía un palacio que había sido utilizado puntualmente por monarcas castellanos, incluidos los Reyes Católicos. Su principal ventaja era estar a una jornada de Valladolid. Contrariamente a la leyenda de una reina instalada en el convento de Santa Clara, que desde una ventana podía ver el féretro de su consorte en la capilla, la reina vivió allí hasta su muerte en 1555, excepto aproximadamente un año, en 1533, en que abandonó la localidad con su séquito para escapar de una epidemia⁹⁹².

Carlos V encargó el monumento fúnebre bajo el que hoy están enterrados sus padres, en 1519. Las efigies de don Felipe y doña Juana fueron concluidas veinte años después de haber sido encargadas, a principios de la década de 1540. Naturalmente, no fueron colocadas en la Capilla Real. Faltaban muchos años para el fallecimiento de doña Juana. Se llevaron al Hospital Real⁹⁹³. Mientras tanto, en posteriores visitas a

⁹⁹¹ SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA, Nicomedes: *Doña Juana I de Castilla. La reina que enloqueció de amor*, Zaragoza, 1939, p. 203. La reina habría conocido en las cercanías de la localidad a doña Germana de Foix.

⁹⁹² La confusión nace del origen del propio monasterio, que también fue al ser construido una residencia real. Alfonso XI comenzó a construirlo como palacio, en la parte oriental de Tordesillas, a orillas del Duero, continuando la construcción su hijo Pedro I el Cruel, que residió en el mismo junto a su amante doña María de Padilla. El monarca lo donó a su hija Beatriz en su testamento de 1362 para que convirtiese el palacio en monasterio para treinta monjas de la orden de Santa Clara (ZALAMA, Miguel Ángel: *Vida cotidiana y arte en el palacio de la reina Juana I en Tordesillas*, Valladolid, 2003, p. 113). Se acabó edificando un templo porque se pretendió convertirlo en panteón regio: allí fue enterrada doña Leonor, madre de Enrique II de Castilla. Y una capilla adosada al muro de la Epístola es especialmente significativa, la capilla funeraria del contador mayor de Juan II, Fernán López de Saldaña, comenzada, como indica su inscripción conmemorativa, en 1430, y concluida en 1435; una de las primeras manifestaciones de arte borgoñón en España.

⁹⁹³ Se había encargado a Bartolomé Ordóñez. En 1539 permanecía desmontado en el Hospital Real granadino. El mausoleo no quedó definitivamente ubicado hasta 1603, casi un siglo después de la muerte (REDONDO CANTERA, María José: "Nuevos datos sobre la realización del sepulcro de Felipe el Hermoso y Juana La Loca", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*. BSAA, XLIX (1983), pp. 325-330).

Tordesillas, en 1522 y 1524, el rey volvió a celebrar funerales por su progenitor, para lo que se colocó un túmulo funerario en el centro de la iglesia, con el féretro, adornado con escudos con las armas del difunto⁹⁹⁴. Cuando Carlos V residió en Granada, tras su boda con Isabel de Portugal, entre el 5 de junio y 10 de diciembre de 1526, dio órdenes sobre la remodelación de la Capilla Real y de los espacios en los que reposaban los Reyes Católicos y su padre, Felipe I. La fecha de las disposiciones es significativa: 6 de diciembre de aquél año, justo un día antes de la celebración, en el mismo lugar, de lo que Alvar Ezquerra denomina Junta en la Capilla Real, en la que se tomaron históricas decisiones para la ciudad granadina⁹⁹⁵.

En esa clave de vinculación a la imagen dinástica debe ser interpretada la conducción de los restos de su única esposa, la Emperatriz Isabel, a la misma ciudad, tras su fallecimiento en Toledo en 1539. Hasta aquí puede mantenerse con solidez la teoría de que Carlos V deseó en cierta medida la consagración en la ciudad de un nuevo sistema sepulcral. Pero comienzan a aparecer notas discordantes. En mayo de 1522, al disponerse a regresar a España tras lograr su elección como emperador, redacta en Brujas su primer testamento, en el que llama la atención el lugar que escoge para ser enterrado: si su fallecimiento se produce en Flandes, Carlos V escoge la catedral de la ciudad, en la que reposan los restos de su abuela paterna, María de Borgoña. Si el óbito acaece en España, descansaría en Granada, junto a su padre y abuelos maternos. Nuestra valoración es clara: el emperador comienza a ser consciente de su vida itinerante, y en un primer momento desea agradar a sus súbditos con la redacción unas últimas voluntades en perfecto equilibrio dinástico, lo que Gargantilla interpreta como deseo de agradar a los súbditos dispersos por sus reinos⁹⁹⁶. Más adelante, en su testamento definitivo y codicilo, como vimos, modificará por dos veces sus deseos.

Ni siquiera tras quedar viudo mostró excesivo interés en que se trasladasen los restos de los infantes Fernando y Juan, malogrados en 1537 y 1539, respectivamente, que continuaron aguardando, como veremos, en sus sepulturas provisionales de los monasterios de san Jerónimo, en Madrid, y san Gregorio, en Valladolid. Seis años

⁹⁹⁴ ZALAMA RODRÍGUEZ, Miguel Ángel: “Juana I de Castilla y el monasterio de Santa Clara de Tordesillas”, en *Reales Sitios*, 151 (2002), p. 17. El túmulo funerario con los emblemas heráldicos continuó siendo empleado, cuando los restos del rey fueron conducidos a Granada, para celebrar sus funerales aniversarios.

⁹⁹⁵ Entre ellas, la creación de los Estudios Generales, origen de la Universidad de Granada. ALVAR EZQUERRA, Alfredo: *La Emperatriz. Isabel y Carlos V: Amor y Gobierno en la corte española del Renacimiento (1503-1539)*, Madrid, 2012, p. 115.

⁹⁹⁶ GARGANTILLA MADERA, Pedro: *Enfermedades de los Reyes de España. Los Austrias*, Madrid, 2005, p. 151.

después, cuando falleció su nuera, la princesa de Asturias María, primera consorte de Felipe II, ni esposo ni suegro hablaron de traslado a Granada. Puede argüirse que en medio de las agitadas aguas políticas del periodo poco pudieron dedicarse a reflexionar sobre decisiones sepulcrales dinásticas. Sería Felipe II el que ordenase el definitivo traslado del cuerpo de la reina doña Juana a Granada, mediante una Instrucción de 5 de octubre de 1573. Los restos llegarían al año siguiente, pero hasta 1591 el monarca no mandó buscar las esculturas yacentes de sus abuelos maternos en el Hospital Real, lo que hizo necesario reestructurar la Capilla Real de la Catedral de Granada, que en 1603 adoptó por fin la imagen que hasta hoy ha conservado, con los dobles conjuntos escultóricos yacentes de los Reyes Católicos y doña Juana y don Felipe⁹⁹⁷.

Creemos muy probable que, durante su estancia en la península entre abril y finales de mayo de 1535, Carlos V encontró tiempo suficiente para visitar las obras de la Capilla de los Reyes Nuevos en la Catedral de Toledo, correspondientes a los primeros monarcas de la dinastía Trastámara. Calificamos de forma rotunda el recinto funerario como sistema sepulcral regio, titular, perfecto, entendemos que cerrado. Aunque sabemos que el mismo no acoge los restos de Juan II, Enrique IV e Isabel la Católica, la capilla recoge y proyecta la memoria sepulcral de los Trastámara, un auténtico y cercano precedente a los panteones del monasterio de san Lorenzo de El Escorial. Su origen histórico reside en la creación de la capilla que la precedió, fundada por Enrique II en 1374, erigida entonces en la nave lateral izquierda de la catedral, donde hoy se ubica la capilla del Tesoro, que fue su sacristía. El recinto llegaba hasta el altar de la Descensión.

La Capilla de los Reyes Nuevos fue llamada así para diferenciarla de la de los Reyes Viejos, cuyos restos fueron ubicados y se encuentran hoy en la Capilla Mayor⁹⁹⁸.

⁹⁹⁷ El deterioro de casi cincuenta años de depósito del conjunto hizo necesario restaurar cuatro dedos de don Felipe, dos de doña Juana y la cabeza de San Juan Bautista (ARAM, Bethany: *La reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*, Madrid, 2001, p. 279).

⁹⁹⁸ Se trata de seis sepulcros encastrados en hornacina correspondientes a tres soberanos y sus consortes: Enrique II (el fundador de la dinastía) y Juana Manuel; Juan I y la Infanta aragonesa Leonor, su primera esposa; y Enrique III el Doliente y Catalina de Lancaster. Las inscripciones llaman la atención por su contraste con las de otras sepulturas regias anteriores. Su impaginación es mucho más cuidada, destacando el uso más normalizado de contracciones e interpunciones. Se trata de letras en colores térricos sobre lápidas de alabastro con cenefas, ya escritas en castellano antiguo: Aquí yace el muy aventurado y noble caballero Rey Don Enrique, de dulce memoria, hijo del muy noble Rey Don Alonso, que venció a los Benimerines y murió en Santo Domingo de la Calzada y acabó sus días muy gloriosamente el 30 de mayo del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1369. // Aquí yace la muy Católica y devota Reina Doña Juana, madre de los pobres y mujer del muy noble Rey Don Enrique. Hija de Don Juan, hijo del Infante Don Manuel, la cual en vida y muerte no dejó el hábito de Santa Clara y murió el 27 de mayo del año de Nuestro Salvador Señor Jesucristo de 1390. // Aquí yace el muy noble y muy Católico Rey Don Juan, hijo del Señor Rey Don Enrique de santa memoria y de la Reina Doña

Cisneros ideó inicialmente trasladar los restos de Sancho IV y María de Molina a este recinto, pero no fue así y quedaron en el Altar Mayor de la catedral⁹⁹⁹. Como referimos en su momento, hubo enfrentamientos en el cabildo, incluso por el emplazamiento del sepulcro del cardenal Mendoza, que hoy hace coro los sarcófagos regios. Los capellanes de la Capilla Real, que vieron peligrar su estatus, siguieron ocupando dignísimos puestos, respetados y prestigiados en sus nombramientos y gozando de privilegios y depurada regulación jurídica en su ámbito eclesiástico, estudiado, entre otros por Canabal Rodríguez¹⁰⁰⁰. Uno de ellos, andado el tiempo, sería Pedro Calderón de la Barca, nombrado como tal por Felipe IV en 1653¹⁰⁰¹.

Construida entre 1531 y 1534, su autor, Covarrubias, aprovechó lo que había sido la herrería de la catedral y presentó un proyecto a Carlos V que fue aprobado de inmediato. Su ornamentación es el fruto de sucesivas aportaciones durante la Edad Moderna¹⁰⁰². Un estudio sobre de planimetrías de la catedral de Toledo, que incluye la ubicación ceremonial de Felipe III y Margarita de Austria durante la toma del capelo cardenalicio de Bernardo de Sandoval (tío carnal del duque de Lerma), proporciona

Juana, hija del muy noble Infante Don Juan, hijo del Infante Don Juan Manuel. Murió a 9 días del mes de octubre años del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1390 años. // Aquí yace la muy esclarecida y muy Católica Reina Doña Leonor mujer del muy noble Rey Don Juan, hija del muy alto Rey Don Pedro de Aragón, madre del muy justiciero Rey Don Enrique y del Infante Don Fernando. Falleció a trece días de septiembre año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1382 años. // Aquí yace el muy temido y justiciero Rey Don Enrique de dulce memoria que Dios dé santo paraíso. Hijo del Católico Rey Don Juan, nieto del noble caballero Don Enrique, en 16 años que reinó fue Castilla temida y honrada y nació en Burgos día de San Francisco y murió día de Navidad en Toledo yendo a la guerra de los moros con los nobles del reino. Murió año del Señor de 1407. // Aquí yace la muy Católica y muy esclarecida Reina Doña Catalina de Castilla y León, mujer del muy temido Rey Don Enrique, madre del muy poderoso Rey Don Juan [II], tutora y regidora de sus reinos, hija del muy noble Príncipe Don Juan primogénito del reino de Inglaterra, Duque de [ilegible] y Lancaster y de la Infanta Doña Constanza primogénita heredera del Reino de Castilla Duquesa de Lancaster, nieta de los justicieros Reyes Eduardo de Inglaterra y Pedro de Castilla la cual es paz y concordia. Puesta para siempre frente al Señor. Murió en Valladolid el 2 de junio de 1418 años. Fue trasladada aquí domingo 10 días de diciembre de 1419 años (Transcripciones del autor).

⁹⁹⁹ Vid. RIVERA RECIO, Juan Francisco: “Los restos de Sancho IV en la Catedral de Toledo. Crónica retrospectiva”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 16 (1985), pp. 127-138.

¹⁰⁰⁰ CANABAL RODRÍGUEZ, Laura: “La capilla de los Reyes Nuevos de la Catedral de Toledo: adiciones y constituciones otorgadas por Felipe II”, *Toletana. Cuestiones de teología e historia*, 17 (2007), pp. 157-195; “Constituciones de la Capilla Real de Reyes Nuevos de la Catedral de Toledo: impreso de Biblioteca Nacional (continuación)”, *Toletana. Cuestiones de teología e historia*, 19 (2008), pp. 215-263.

¹⁰⁰¹ ARELLANO GARCÍA, Mario: “Pedro Calderón de la Barca, Capellán de la Real Capilla”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 42 (2000), pp. 163-186. Pedro Calderón de la Barca Henao (Madrid, 1600 – Madrid, 1681) fue distinguido como capellán tras un largo proceso, descrito en el ensayo, que incluía expediente de limpieza de sangre. Era el monarca quien debía proveer el cargo según los estatutos de la Capilla Real. A su muerte, Calderón fue enterrado en la parroquia madrileña de san José, de la que era también capellán, donde su familia poseía panteón.

¹⁰⁰² Sus rejerías de entrada y de interior (1532) son de Domingo de Céspedes. Los retablos de mármol y bronce intercalados a lo largo de sus muros son obra de Ventura Rodríguez (1772). El retablo mayor, co que la preside, con un lienzo de Maella, fue un regalo de Carlos IV en 1805. Cuenta con dos órganos, de 1654 y 1721.

interesantes muestras sobre la evolución arquitectónica de los espacios que acogen los sepulcros de monarcas castellanos en tan relevante templo. Realizado por Marías Franco¹⁰⁰³, supone la confirmación del respeto que la sede arzobispal concedió siempre al entorno funerario¹⁰⁰⁴.

La sede primada toledana era ostentada entonces por el arzobispo Alonso de Fonseca, decidido impulsor del Renacimiento artístico, que procedía de la mitra de Santiago de Compostela. Fonseca sucedió al sobrino de Guillermo de Croy, noble flamenco que jamás visitó su catedral, pero acompañó al monarca impulsor en su séquito primero desde Flandes. Lo cierto es que el prelado se identificó enteramente con la figura de Carlos V, también necesitada, pocos años después de la rebelión comunera, de recordar la legitimidad que le otorgaba la descendencia de las dinastías castellanas anteriores. No podemos olvidar que Tordesillas aún alojaba a la Reina Doña Juana, que lo era por derecho propio e incuestionable, aunque retirada por su frágil estado mental. No extrañan por tanto en las inscripciones la descripción, en ocasiones hasta el minucioso detalle, de duración de reinado y fechas de fallecimiento y hasta de traslado de restos mortuorios cuando el óbito no tuvo lugar en Toledo, muestra de la confianza en el valor de la cronología, así como de procedencias y entronques genealógicos, junto a significativos títulos y apelativos, precediendo los nombres de los monarcas. Entre ellos destaca el de Católico, no solo para Isabel I y Fernando IV de Castilla. Nadie ponía en duda la catolicidad de los primeros monarcas Trastámara, que era probada, pero quizá si la necesidad de señalarlo en sus enterramientos, opción quizá justificada cuando reparamos en que las inscripciones fueron realizadas pocas décadas después de que Alejandro VI otorgase a Isabel I y Fernando V el título de Católicos como nombre oficial, que quedaría ya consagrado en la Historia de España en los usos protocolarios vertebrados en torno a “Su Majestad Católica”. Otros adjetivos contenidos en las seis inscripciones destacan cualidades también valoradas en el entorno y época de Carlos V: reyes nobles, temidos y justos, vencedores de pueblos extranjeros, artífices de una Castilla temida y respetada... en ellas, devoción y caridad, hasta capacidad para la regencia, tal y como estaba sucediendo precisamente entonces con una consorte

¹⁰⁰³ MARÍAS FRANCO, Fernando: “La memoria de la catedral de Toledo desde 1604: la descripción de Juan Bravo de Acuña y la planta y dibujos ceremoniales de Nicolás de Vergara el Mozo”, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 21 (2009), pp. 105-120.

¹⁰⁰⁴ Vid. HIDALGO, Lucio: *La Real Capilla de los Reyes Nuevos de Toledo. Apuntes históricos y artísticos*, Toledo, 1975.

modélica como la emperatriz Isabel, durante las prolongadas ausencias del monarca. Un auténtico programa político y personal cuya utilidad continuaba vigente.

La semejanza de expresiones nos invita a suponer que los epitafios son obra de un mismo autor, consciente del aire de legitimidad política y dinástica que soplaban en la Corte del emperador; quizá soplado por el propio Fonseca. La propia alusión a los años contados desde Nuestro Señor hace pensar en la lógica participación de un religioso. Debemos concluir que la Capilla de los Reyes Nuevos en la catedral toledana es por sí sola una prueba sólida de las reflexiones de Carlos V sobre la conveniencia de conservar y en su caso crear sistemas sepulcrales. Para ser completo en cuando a sangre regia de la dinastía bajomedieval castellana se refiere, solo faltaban los restos de Juan II e Isabel de Portugal, cuyo singularísimo sepulcro obra de Gil de Siloé en la Cartuja de Miraflores excluía cualquier iniciativa de traslado¹⁰⁰⁵, Enrique IV, en Guadalupe, y los propios Reyes Católicos, epígonos al fin, pero también Trastámara.

La segunda gran obra sepulcral real concluida durante el reinado de Carlos V –y por tanto, la otra gran prueba de que el emperador tuvo que hacer frente al diseño de sistemas sepulcrales- es la referida Capilla Real de la catedral de Granada. Como hemos indicado, a principios del reinado de Carlos V los restos de sus abuelos maternos, su tío malogrado y su padre aguardaban en un monasterio franciscano de la misma ciudad la conclusión del mausoleo del recinto catedralicio, porque el monarca entendió que lo que había no era suficiente para la gloria de sus abuelos¹⁰⁰⁶. Aunque el sepulcro correspondiente a los Reyes Católicos había sido encargado por el propio don Fernando en 1514, no fue concluido hasta tres años después. El traslado definitivo de los cuerpos no se produjo hasta el 10 de noviembre de 1521, en la cripta situada en la parte

¹⁰⁰⁵ La riqueza artística de los sepulcros de los padres de Isabel la Católica no recoge huellas epigráficas, como si su autor hubiese querido dejar hablar por sí mismo al doble sepulcro que, con forma de estrella, se sitúa al pie del altar mayor de la iglesia de la Cartuja. Frente a consideraciones artísticas, se impone la valoración de la ausencia epigráfica como hecho inusual en el reinado durante el que se realizó, siendo la reina Isabel tan cuidadosa –como lo fuera su imperial nieto- con los instrumentos que pudieran afianzar la tradición histórica castellana.

¹⁰⁰⁶ Encargado por el Conde de Tendilla, en nombre del emperador, al escultor Fancelli, fue realizado íntegramente en Génova, incluyendo las inscripciones. Se utilizó mármol de Carrara excepto para las estatuas yacentes, de alabastro, material muy parecido al mármol blanco. Entre medallones, hornacinas de veneración, grifos, angelotes y guirnaldas, aparece una lápida sostenida por dos ángeles que dice: “Mahometrice secte postra // vir et vxor vnanimis Catho // lici appellati marmoreo cla // vdvntvr hoc tvmvlo”. Parece que la fama de los soberanos sepultados fue en esta ocasión suficiente para prescindir de cualquier referencia epigráfica cronológica. VILA JATO, María Dolores: *Los Panteones Reales de las Monarquías Hispánicas*, Madrid, 2000, p. 239.

inferior¹⁰⁰⁷. Pero la provisionalidad entró de lleno en los itinerarios de creación de sistemas sepulcrales de Carlos V: aunque en 1539 llegaba a Granada, como sabemos, el monumento sepulcral a Felipe el Hermoso y Juana I de Castilla, y fue depositado, desmontado, en el Hospital Real, su colocación se demoró hasta 1603, reinando ya Felipe III¹⁰⁰⁸. Es cierto que la madre desventurada del monarca viviría aún décadas en su retiro de Tordesillas, pero ni el Emperador ni su hijo Felipe II llegaron a decidir en vida de la reina la colocación de su escultura funeraria; el primero por la lógica de la cronología, pues Juana murió apenas tres años antes que su hijo Carlos, que inmerso en las abdicaciones, su retiro y su pronta muerte no pudo disponerlo. Ignoramos los motivos del segundo. Cuando los mausoleos de las dos parejas de monarcas fueron colocados juntos en la Capilla Real, culminó la preocupación sepulcral del emperador. Los primeros fundaron la España moderna, los segundos supusieron la llegada a esa misma España de la nueva dinastía que regiría sus destinos durante casi dos siglos durante los que se perfeccionó otro gran sistema sepulcral¹⁰⁰⁹.

Contamos con huellas de otras preocupaciones sepulcrales de Carlos V. Quizá las más significativas, porque se trata de las últimas voluntades sobre su propio mausoleo. Como vimos, es en el codicilo que añadió a su testamento de 1554 en el que proporciona una visión nítida de su concepción del propio descanso y prolongación de su imagen regia en la monarquía de España. En todo el texto destaca de nuevo esa idea de provisionalidad que conforme nos vamos acercando a Felipe II empieza a resultarnos tan familiar: es innegable que padre e hijo mantuvieron largas conversaciones sobre cómo debía ser el sistema sepulcral regio de la dinastía que asentaban en el trono

¹⁰⁰⁷ La cripta llama la atención por su extraordinaria sencillez; en ella se colocaron los ataúdes de plomo. El deseo de Isabel la Católica había sido se sepultada en el suelo, bajo una losa, con hábito franciscano.

¹⁰⁰⁸ Esta vez obra de Bartolomé Ordóñez, un discípulo de Fancelli influenciado en Italia por la escultura de Miguel Ángel, que lo comenzó por encargo del monarca el año en que era elegido Emperador, 1519.

¹⁰⁰⁹ La inscripción sobre la cartela del éstos reza: “Vita defunctos Fama superstites // tegit hoc sepulcrum // Philippum et nomine et Austriaco genere Hispaniarum Regem // quem cum falcata mors invenisset virtutibus maturum ampu // tavit juvenem dum putavit senem. Obiit anno Domini 1506 etatis sua 28 // et Joanam eius coniugem quam omnia Castelle Legione // Aragone Regia stemmata collustratunt. Obiit anno 1555 aetatis sua 76 // Quid plura? // ex eorum consortio mundo illuxit Serenissimus imperator Carolus V // qui Parentibus suis hoc erexit Monumentum” (Transcripción del autor). Dada la dignidad de los restos regios que alberga el sepulcro, llama la atención el uso de letras minúsculas y su impaginación, que en ocasiones pasa de la falta de uniformidad al capricho, subrayando el carácter laudatorio pero también narrativo del texto. Sus mayúsculas iniciales en forma casi capitular podría ser indicio de que la fecha de la composición de la leyenda y de actuación material del incisor es ya cercana al comienzo del siglo XVI, es decir, décadas después de fallecidos la Reina Juana y el Emperador Carlos. El argumento de datación encuentra mayor solidez en la observación de las expresiones numéricas arábigas y la interrogación sobre la tristeza de la muerte.

español, ya fuera durante el Felicísimo Viaje¹⁰¹⁰ o durante el periodo en que coincidieron en las abdicaciones Bruselas, en 1555. Citamos ambos momentos porque fueron necesariamente ocasiones de convivencia entre padre e hijo, en los que, como muestran documentos sobre otros muchos temas de índole político, económico o militar, incluso protocolario y ceremonial, se decidieron cuestiones claves. Cuando Carlos V viajó a España para retirarse a Yuste, no contó con que ya nunca vería en vida a su heredero. Por eso es frecuente el uso de expresiones condicionales en el codicilo, contemplando la posibilidad de cambiar el contenido de sus decisiones sepulcrales tras volver a reunirse con su hijo, quizá esperando a qué Felipe II concretase proyectos de los que solo habrían llegado a esbozos a partir de una idea común de memoria histórica. Esa provisionalidad debe ser interpretada de acuerdo con el auténtico hilo conductor del codicilo: Carlos V había abdicado en su hijo el trono, pero también la potestad de decidir la opción del sistema sepulcral. Si en el testamento de 1554 se decidía a compartir la imagen sepulcral granadina con su consorte, padres y abuelos, en el codicilo el emperador se limita de alguna manera a señalar que si finalmente el rey diseñaba un sistema que le dejase fuera, el lugar para él y la Emperatriz, cuya cercanía sí desea de manera nítida, fuese el propio monasterio de Yuste. La ausencia de un espacio funerario preconstruido en el monasterio jerónimo que pudiese albergarle da alas a su imaginación, para incluir balbuceos de una cierta idea arquitectónica plasmada en la humildad de sus simbólicos votos de ser enterrado bajo el centro del altar, justo debajo del lugar habitual de celebración de la eucaristía. No puede reprocharse a Felipe II no respetar los deseos de su padre, al enterrarle ni el lugar (Yuste) ni en la forma (con el cuerpo bajo el celebrante) que él deseo, ni siquiera bajo el altar mayor de El Escorial. Aún a riesgo de frivolizar, creemos que bastantes cuestiones abiertas tenía el monarca como para situar el cuerpo de su padre en el centro geométrico de circunferencias y paralelogramos que, a diestra y siniestra en las faldas del Abantos, estaban proporcionando a Juan de Herrera más de un dolor de cabeza. En lo que no hay ninguna duda es que Felipe II respetó la insistente petición de Carlos V de ser sepultado junto a su única consorte, en un texto en el que se recoge además nítidamente el carácter provisional de la estancia en Granada de los restos de la Emperatriz¹⁰¹¹.

¹⁰¹⁰ Nos referimos al primer gran viaje que Felipe II realizó a Centroeuroa entre 1548 y 1551, durante el que fue presentado como hijo del Emperador en numerosas Cortes y ciudades. *Vid.* GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos: "El felicísimo viaje del príncipe don Felipe", en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 81-96.

¹⁰¹¹ *Testamento de Carlos V*, ed. 1982.

En todo caso, existe un documento que plantea algunas sombras sobre esa visión sepulcral individual, no tanto sistemática y conjunta, del emperador. Se trata de una carta anónima que ya hemos citado en el epígrafe referido a la capilla ardiente regia y que describe los últimos momentos del soberano en Yuste, que hace referencia a los problemas protocolarios que planteaba la pretensión de Carlos V de reposar justo bajo el altar, que parece ser no fue aceptada de forma unánime por los religiosos a cargo del monasterio y algún que otro prelado presente:

“Hubo gran diferencia y altercación entre el Arzobispo de Toledo y los otros letrados sobre la sepultura, porque unos decían que no se podía enterrar debajo del altar sino cuerpo santo: otros afirmaban lo contrario: al fin vinieron a concluir en un medio: que cavasen el muro de la iglesia, y en aquél seno pusiesen el cuerpo, de manera que tocase poco en el altar, y así fue hecho. La voluntad del Emperador fue que su cuerpo quede en Yuste, donde ahora está: si el Rey su hijo quisiere traer aquí el cuerpo de la Emperatriz, traigan también el de la Reina Doña Juana. Luego se hizo correo al Rey con estas nuevas, y hasta saber su voluntad no consienten a ningún predicador ni cantor que salga de esta casa para tornar a las suyas”¹⁰¹².

El texto se nos presenta de forma enigmática, acrecentada por el desconocimiento de su autoría. Muestra claras diferencias de opinión en torno a la colocación de los restos mortales regios. Parece extraño que se enterrase el cuerpo sin cumplir con exactitud las disposiciones de Carlos V, y menos lógico resulta considerar que el finado no consultase la posibilidad canónica de enterrarse bajo el ara. El enunciado y sintaxis de la afirmación sobre la conducción de otros restos regios parece provenir de alguien con la suficiente posición como para emitir un juicio de opinión sobre la cuestión, pero los escasos datos que aporta pueden inclinarnos a pensar que no lo tenía y se limitaba a proporcionar escrito eco de los rumores que, sin duda, corrieron en torno a lo sucedido en el Cuarto Real del monasterio jerónimo.

Felipe II no heredó solo de su padre reinos y estados, sino, en nuestra opinión, esbozos de lo que debía ser un sistema sepulcral. Diez años antes de su muerte, a través del duque de Alba, el emperador había ordenado a su hijo organizar su Casa de acuerdo a la etiqueta borgoñona, que se mantendría en España incluso después del cambio dinástico de 1700. La decisión fue mucho más trascendente de lo que pueda parecer: se multiplicaban exponencialmente el número de responsabilidades palatinas y sus

¹⁰¹² Carta anónima con fecha 27 de septiembre de 1558, CODOIN, tomo VI, pp. 667-670.

funciones. La Casa de Borgoña fue conocida como la más rica y ordenada de las formas de ordenación cortesana. Concedía gran importancia a la jerarquía, ceremonial, una suerte sólida unión de protocolo-símbolo que la convertía en complicada y majestuosa, que para algunos autores puede rastrearse en ceremonias funerarias¹⁰¹³. Es cierto que podía ser una etiqueta también idónea para elaborar grandes sepelios y construir una imagen sepulcral permanente. En nuestra opinión, es difícil hallar su rastro en el ceremonial empleado en el primer traslado de cuerpos reales a la Iglesia de prestado en el monasterio de san Lorenzo. Esta última constatación se refiere más a los caracteres dinámicos del sistema sepulcral, encontrando en otros dos elementos huellas de los aspectos estáticos, de presencia. Nos referimos a la corporeidad, las representaciones de personas presentes, bien sean acompañando la sepultura (como en el caso de Maximiliano de Austria, que incorpora la majestad estática de lo borgoñón en la estatuaria que rodea su sepulcro vacío en Innsbruck) o como esculturas de los propios fallecidos, de las que abundan las que los muestran en actitud orante. En tal posición reverencial quiso Carlos V que apareciese su imagen en el sistema sepulcral que le acogiera y tal gesto escogió Felipe II para las figuras orantes del cenotafio del altar mayor de la Basílica de San Lorenzo, como veremos. En este sentido, Felipe II optaría por una presencia paralela de los miembros de la dinastía, al modo de los santos: a la representación plástica de los canonizados añadió la acumulación de más de siete mil reliquias, una suerte de presencia material y formal en busca de una idea de religiosidad que también empleó para la propia imagen dinástica. Tratamos aquí este adelanto sobre el valor de los cenotafios escurialenses porque nos parece que en gran medida es Carlos V y su opción borgoñona los que marcan ese uso estético sepulcral que se convirtió más tarde en un elemento definidor del gran sistema funerario de la monarquía filipina.

¹⁰¹³ MARTÍN GÓMEZ: *op. cit.*, p. 75. El autor considera las honras fúnebres de Juan sin Miedo, el Duque de Borgoña, como un claro antecedente de las celebradas durante los siglos XVI y XVII en el espacio sepulcral escurialense, sobre todo en cuanto a su religiosidad y carácter alegórico.

Capítulo 6

FELIPE II Y EL MONASTERIO DE SAN LORENZO DE EL ESCORIAL COMO SISTEMA FUNERARIO DINÁSTICO

Los numerosos panteones provisionales anteriores al reinado de Felipe II, en los que reposaban sus familiares de cercanas generaciones, habían configurado, como hemos visto, un amplio panorama funerario. Con el presente capítulo pretendemos presentar el monasterio de san Lorenzo como gran propuesta de sistema sepulcral nacido de la personal iniciativa del monarca, a la vez que solución concreta a la dispersión dinástica. Para ello estudiaremos tanto los primeros espacios funerarios en el monasterio, como los primeros traslados de restos mortales a los mismos, prueba en gran parte de la vivencia del óbito en el reinado, en el que comenzó el sepelio de reales personas, directamente tras su tránsito, en las cámaras.

6.1. El Escorial como proyecto sepulcral.

El Escorial es el mayor proyecto integrado de imagen funeraria dinástica de la historia de la monarquía de España. Un inmenso esfuerzo arquitectónico e iconográfico. Escenario funerario, fábrica de permanente sufragio, símbolo con vocación de eternidad. Es una nueva visión de la huella de la muerte cristiana, bajo el signo de la Contrarreforma. Sin el no puede entenderse la concepción de Felipe II sobre herencia dinástica y legado sucesorio.

Mientras se construía en las faldas del Abantos, el rey estudió el estado de algunos mausoleos regios, en especial el de San Isidoro de León, que en 1578 quiso mejorar incluso planteándose el traslado de los restos regios desde su pórtico a la iglesia principal. Aunque se decidió y proyectó una reforma de la capilla, no se llevó a cabo por entenderse que la grandeza de quienes descansaban allí no quedaría suficientemente resaltada. Otra huella de la preocupación de Felipe II por sistemas sepulcrales preexistentes fue enviar a Francisco de Mora a comprobar exactamente el qué lugar se conservaban los restos de Alfonso VII y su hijo y heredero Sancho III. Aunque el

monasterio de las Huelgas conservaba sus sepulcros, se comprobó que descansaban en la catedral de Burgos¹⁰¹⁴.

Tradicionalmente se han explicado los motivos de la construcción del monasterio de san Lorenzo del Escorial en base a la promesa de Felipe II de dedicar un gran templo al mártir tras la batalla de san Quintín, acaecida el 10 de agosto de 1557, precisamente el día dedicado por la iglesia a aquél. Las claves fundamentales de un recorrido por su origen, que encontramos de la mano del padre Sigüenza, que recogió en su historia de la orden de san Jerónimo la parte fundamental de la escritura de fundación, permiten seguir sosteniendo la importancia del hecho, además de poner de relieve otros no menos significativos:

“Entendiendo claro el patrocinio de su Santo, propuso edificarle un templo, sin descender a otros particulares, aunque nunca hizo voto de ello, como algunos, sin saberlo bien, han osado afirmar y sacarlo en público. Verdad es que las buenas obras que se hacen por voto son, según lo definen nuestros teólogos, de mucho mayor mérito por llevar dentro la más alta y preciosa joya nuestra, que es la libertad que se rindió con el voto, que no las que se hacen libremente; más en los Reyes una fuerte determinación de su buen propósito vale mucho, especialmente en cosas santas”¹⁰¹⁵.

Si bien El Escorial no nació por un voto, es decir, como consecuencia de una promesa realizada por un monarca a un santo, a la Virgen o a Dios mismo, la innegable devoción de Felipe II por san Lorenzo se mostró en la carta fundacional del monasterio, en la que cita su intercesión en la victoria bélica en el día de su festividad, como gracia concedida en cuyo recuerdo se elevaría el monasterio:

“el cual fundamos a dedicación y en nombre del bienaventurado San Lorenzo, por la particular devoción que, como dicho es, tenemos a este glorioso santo. Y en memoria de la merced y victorias que en el día de su festividad de Dios comenzamos a recibir”¹⁰¹⁶.

Porque de manera antecedente, en el mismo documento, el monarca había especificado el primer y principal motivo de su histórica iniciativa, que ha de ser interpretado en el marco de su religiosidad y, en definitiva, con las precisiones

¹⁰¹⁴ *Ibidem*, p. 62.

¹⁰¹⁵ SIGÜENZA, Fray José de: *Fundación del Monasterio de El Escorial*, ed. Madrid, 1963, p. 9.

¹⁰¹⁶ *Ibidem*, p. 13.

necesarias, en el contexto de su mentalidad ante mortem y la proyección de la misma hacia el futuro de su dinastía:

“Entendiendo con esto cuanto sea delante de Dios pía y agradable obra y grato testimonio y reconocimiento de los dichos beneficios el edificar y fundar iglesias y monasterios, donde su santo Nombre se bendice y alaba, y su santa fe con la doctrina y ejemplo de los religiosos siervos de Dios se conserva y aumenta, y para que así mismo se ruegue e interceda a Dios por nos y por los Reyes nuestros antecesores y sucesores y por el bien de nuestras almas y la conservación de nuestro estado real, teniendo así mismo fin y consideración a que el Emperador y Rey mi señor y padre, después que renunció en mí estos sus Reinos y los otros sus estados, y se retiró al monasterio de San Jerónimo de Yuste, que es de la Orden de San Jerónimo, donde falleció y está su cuerpo depositado, en el codicilo que últimamente hizo nos cometió y remitió lo que tocaba a su sepultura, y al lugar y parte donde su cuerpo y el de la Emperatriz y Reina mi señora y madre habían de ser puestos y colocados, siendo cosa justa y decente que sus cuerpos sean muy honorablemente sepultados y por sus almas se hagan y digan continuas oraciones, sacrificios, conmemoraciones y memorias.

Y porque otrosí nos habemos determinado, cuando Dios Nuestro Señor fuere servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar, juntamente con el de la serenísima Princesa doña María, nuestra muy cara y amada mujer, que sea en gloria, y de la serenísima Reina doña Isabel, nuestra muy cara y muy amada mujer, que asimismo tiene determinado, cuando Dios Nuestro Señor fuere servido de llevársela, de se enterrar juntamente en el dicho monasterio, y que sean trasladados los cuerpos de los Infantes don Fernando y don Juan, nuestros hermanos, y de las Reinas doña Leonor y doña María, nuestras tías”¹⁰¹⁷.

Tan larga exposición de motivos prueba, además del libre impulso regio, el deseo de disponer un panteón sepulcral dinástico en la doble vertiente de cumplimiento de las disposiciones testamentarias de Carlos V, para acoger los restos mortales de sus padres, y de ofrecer al resto de sus familiares fallecidos un mausoleo para su enterramiento, en el que integrarse él mismo a su muerte. Su voluntad y objetivos principales, a los que añadirá los de “instituir y fundar un colegio en que se enseñen y lean las Arte y santa Teología”, así como seminario, son expresados con gran claridad. Aunque el monasterio nacía “en la villa de El Escorial, en la diócesis y Arzobispado de Toledo”, de especial importancia resulta la inclusión de una importante decisión:

¹⁰¹⁷ *Ibidem*, p. 12.

“E otrosí, le fundamos de la Orden de San Jerónimo, por la particular afección y devoción que a esta Orden tenemos, y le tuvo el Emperador y Rey, mi señor”¹⁰¹⁸.

Sigüenza, cronista autorizado de aquellos hechos históricos, resaltar el carácter libre del impulso regio, sin adentrarse, por el momento, en otros motivos de la construcción. Es él mismo quien explica la elección de la orden monacal, tras hacer referencia a la muerte de Carlos V, que su heredero conoció en Flandes:

“(…) propuso y cerró del todo en su pensamiento que el templo que tenía determinado levantar a honra de San Lorenzo fuese un monasterio de la Orden de San Jerónimo, que juntamente fuese sepultura digna de un tal Emperador y padre y una Emperatriz tal como doña Isabel, su madre, y que después también lo fuese suya, de sus carísimas mujeres e hijos; y aunque es verdad que él desde sus primeros años había tenido particularísima devoción a la Orden de San Jerónimo, no se puede negar sino que haberla escogido su padre para acabar el último tercio de su vida, y estar en ella sepultado, le fue gran despertador para resolverse del todo en sus intentos”¹⁰¹⁹.

Desde el primer momento, la importancia el papel de la orden jerónima fue fundamental. Se constituyó la llamada “congregación”, un organismo mixto, como explica Checa, entre los frailes y la corte, que coordinaba esfuerzos hacia decisiones en torno a registros de ingresos y gastos, contratos, tasaciones, pagos, justicia e inspección. La presidía el prior, con asistencia del obrero mayor. Por supuesto, reportaba al rey sus decisiones¹⁰²⁰.

Cuando Sigüenza comienza a adentrarse en los deseos de Felipe II por construir un panteón real, aparecen palabras claves. Procede entonces a una encendida defensa de posibles críticas en torno a la extensión y altura del monasterio. El que fue uno de sus más tempranos priores apuntala la noble intención de su rey:

“...quien pretendió hacer memoria y sepulcro donde se encierran y veneran tantas reliquias de divinos hombres...”¹⁰²¹.

¹⁰¹⁸ *Ibidem*, p. 13.

¹⁰¹⁹ *Ibidem*, p. 11.

¹⁰²⁰ CHECA CREMADES, Fernando: “Arte, poder y religión en el siglo XVI. Las ideas de Felipe II en el monasterio de El Escorial”, en CHECA CREMADES, Fernando (dir.): *De El Bosco a Tiziano. Arte y maravilla en El Escorial*, Madrid, 2013, p. 17.

¹⁰²¹ SIGÜENZA: *Memorias...*, p. 10.

Ese binomio sepulcro-presencia, física y espiritual e histórica, es eje armónico sobre el que gira El Escorial dinástico. Son términos que no construyen dicotomías, sino sólidos pilares de imagen de la monarquía, lograda por el empeño de un monarca. La primera piedra del monasterio fue colocada el 23 de abril de 1563, festividad de san Jorge.

Cabría preguntarse dónde reside el éxito de El Escorial como sistema sepulcral. Chueca Goitia, en uno de los textos que mejor describen el objetivo de Felipe II como monarca, razona su voluntad de lograr:

“un Estado intangible, que no estuviera al alcance de la mudanza y el desorden humanos, y por eso lo elevó a las esferas de lo divino, concibiéndolo como un Estado religioso (...). Él mismo, en cuanto criatura, fue el más celoso de la dignidad de su misión, siempre se eleva al mismo tiempo que se posterga, con un refinamiento en la humillación, que algunos, sin comprenderlo, han considerado morboso o demoníaco. Pero esto es, en el fondo, el secreto de Felipe II, íntegramente declarado en el monasterio de El Escorial, una de las más formidables confesiones humanas: la trascendental autobiografía del hombre que nunca quiso que se escribiera su vida por considerarlo vituperable vanidad”¹⁰²².

En pleno acuerdo con el arquitecto e historiador, pensamos que esa intangibilidad alcanzó plenamente su idea de sistema sepulcral dinástico, perfecto, titular.

La imagen dinástica que alcanzan, destilan y se extrae de los panteones escurialenses no puede, no debe tocarse. Posee desde su nacimiento la cualidad de intangible por voluntad y logro de su fundador. De su entorno edilicio se ha subrayado que lonja y jardines lo protegen de toda injerencia¹⁰²³. En su espacio simbólico, reinado tras reinado su poder simbólico fue acrecentándose con el depósito de los restos de los monarcas y sus familiares, que incluso, con las excepciones dieciochescas, confirmaban el valor de monasterio, templo y palacio como referente de la monarquía.

¹⁰²² CHUECA GOITIA, Fernando: “El Escorial, un enigma arquitectónico”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 206 y 207.

¹⁰²³ *Ibidem*, p. 209.

6.2. Los primeros traslados a la iglesia vieja o de prestado.

No puede afirmarse que ya a comienzos de su reinado Felipe II tuviese decidida de forma definitiva la ubicación espacial de un gran sistema sepulcral para la monarquía de España. 1558 es especialmente simbólico de cara a la concepción de un futuro mausoleo dinástico: en febrero, septiembre y noviembre fallecieron su padre y dos de sus tías, respectivamente la reina viuda Leonor de Francia, el emperador Carlos V y la reina viuda María de Hungría. En 1559, por tanto, eran muchos los familiares fallecidos de Felipe II, que permanecían en sepulcros a la espera de ubicación definitiva. En la Corona de Castilla, había al menos nueve espacios funerarios regios *provisionales* repartidos por seis localidades: Toledo, Granada, Madrid, Mérida, Tordesillas, Yuste (que no era municipio) y Valladolid. Con excepción de Mérida, que acogía circunstancialmente el cuerpo de una de las hermanas de Carlos V, las demás ubicaciones correspondían a villas y ciudades que habían alcanzado protagonismo histórico con la presencia de sus egregios moradores, cuyo óbito acaeció en casas palaciales o castillos de los mismos. El Escorial llevaba diez años en marcha, en el ecuador de su construcción. El rey juzgó que era momento de tomar decisiones sobre los restos. Y no todos serían trasladados.

TABLA V**LUGARES DE ENTERRAMIENTO DE FAMILIARES DE FELIPE II EN ESPAÑA
EN 1559, POR ORDEN CRONOLÓGICO DE FALLECIMIENTO**

PERSONA REGIA	PARENTESCO	AÑO MUERTE	LUGAR SEPULCRO
Princesa de Asturias ISABEL	tía abuela	1498	Toledo (Convento de santa Isabel)
Príncipe de Asturias MIGUEL	tío segundo	1500	Granada (Capilla Real)
Reina ISABEL I	bisabuela	1504	Granada (Capilla Real)
Rey FELIPE I	abuelo	1516	Granada (Capilla Real)
Rey FERNANDO V	bisabuelo	1516	Granada (Capilla Real)
Infante FERNANDO	hermano	1530	Madrid (Monasterio de san Jerónimo)
Infante JUAN	hermano	1538	Valladolid (Monasterio de san Gregorio)
Emperatriz ISABEL	madre	1539	Granada (Capilla Real)
Princesa de Asturias MARÍA	primera esposa	1545	Valladolid (Monasterio de san Pablo)
Reina JUANA	abuela	1555	Tordesillas (Monasterio de santa Clara)
Reina MARÍA de Hungría	tía paterna	1558	Valladolid (Monasterio de san Benito el Real)
Emperador CARLOS V	padre	1558	Yuste (Monasterio de san Jerónimo)
Reina LEONOR de Francia	tía paterna	1558	Mérida (Iglesia de santa María)

Fuente: Acta de traslado de restos al monasterio de El Escorial, obituario jerónimo y bibliografía.

Desde el testamento de Isabel la Católica, Granada venía abriéndose paso como opción para la fijación del nuevo sistema sepulcral de la monarquía. La elección de la capital del último de los reinos reconquistados resultaba especialmente simbólica a principios del siglo XVI. No extraña que en 1559 Felipe II decidiera el traslado a la Capilla Real granadina de los restos de los infantes Fernando y Juan, sus dos hermanos menores fallecidos a corta edad, y de la princesa de Asturias María Manuela, su primera consorte¹⁰²⁴.

La cuestión no estribaría, por tanto, en datar el momento exacto en el que Felipe II resolvió qué lugar acogería un gran panteón dinástico. El gran interrogante sería precisar qué criterios primaron en la decisión de conducir determinados cuerpos a la primera cripta escorialense y dejar definitivamente otros en Granada o no moverlos de determinados sepulcros.

Es importante subrayar que la decisión de Felipe II no restó a la Capilla Real de ninguna característica como sistema sepulcral perfecto, consolidado, símbolo de la cumbre de la dinastía Trastámara en la construcción de la España moderna. La presencia de los Reyes Católicos, su nieto Miguel, símbolo de la frustración inicial de la unión con Portugal, la reina Juana y Felipe el Hermoso, ligazón con la continuidad a través de los Austria en el proyecto de la unión de los reinos peninsulares iniciado por los Trastámara, que lo convertía en sistema sepulcral mixto, fue una decisión funeraria histórica que quizá respondió a la voluntad histórica de cerrar simbólicamente siete siglos de Reconquista. Pensamos que al menos lo hizo en lo que a imagen funeraria de la monarquía se refiere.

Podríamos preguntarnos si, al nacer El Escorial con vocación de panteón de la nueva dinastía, no era Felipe el Hermoso primer monarca de la misma, jurídicamente reconocido hasta el punto de ser su nieto el segundo soberano de ese nombre. Los testamentos de los cuatro monarcas propietarios que descansaban para la eternidad en la cripta recogían directa o indirectamente el deseo de reposar en Granada, por voluntad propia (como en el caso de la primera en fallecer, Isabel la Católica) o deseo de acompañarse en los novísimos unos a otros, al menos de los Reyes Católicos y don Felipe, pues no tenemos constancia de testamento de la reina doña Juana. Todo quedó como se había pensado, por lo que el árbol genealógico quedaría talado en la rama de la

¹⁰²⁴ PÉREZ GREDILLA, Claudio: "Relación de la orden que se tuvo en el recibimiento y obsequias del cuerpo de la Princesa Nuestra Señora y de los Señores Infantes en Granada", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 20-21 (1875), pp. 348-352.

emperatriz Isabel, a tenor lo expresado nítidamente en el propio codicilo del testamento de Carlos V, que especificaba, como hemos visto, que la legendaria entrega de los restos imperiales que realizó el futuro san Francisco de Borja en Granada, se habría realizado con carácter de depósito provisional.

No ofrece duda en este sentido otro hecho: los restos del malogrado príncipe de Asturias don Miguel no fueron removidos de su tumba¹⁰²⁵. Felipe II tampoco consideró oportuno trasladar los restos de la princesa de Asturias Isabel, efímera reina consorte de Portugal y primogénita de los Reyes Católicos, que reposaban en un convento toledano¹⁰²⁶, si bien nos preguntamos si no se planteó el traslado de aquella infanta de Castilla y reina consorte de Portugal a Granada, por motivos históricos y dinásticos más de justificados. Entendemos que los hermanos e hijos de Felipe II malogrados en la infancia sí fueron trasladados de sus lugares provisionales, a diferencia de este, no solo por su neta pertenencia a la dinastía Austria, sino por su presencia temporal en lugares que se entendió no alcanzaban en 1572 la suficiente relevancia para ser sede o que se iniciase en ellos la construcción de sistemas sepulcrales colaterales. Tampoco se trasladó al príncipe don Alonso, hermano de la reina Isabel, desde la Cartuja de Miraflores, o al príncipe don Juan, hijo y primer heredero de la soberana, desde el monasterio de santo Tomás en Ávila, pues ambos ocupaban mausoleos que en sí mismos reunían condiciones de presencia sepulcral que los descartaba en el tablero de las distribuciones físicas y memorísticas filipinas. Es difícil pensar que la decisión de un Felipe II, muy concienciado de la simbología de una sistemática sepulcral elaborada, no analizase en algún momento cada caso y que las decisiones no respondiesen a criterios detenidamente valorados.

Durante el periodo que media entre los primeros esbozos del monasterio y su terminación (o, al menos, el momento en que Felipe II decidió el comienzo de los traslados), el rey aplazará cualquier decisión sobre sepulturas regias. Prueba de ello serán dos grandes momentos de luto y decisión de emplazamiento funerario a los que

¹⁰²⁵ No suele hacerse referencia a la presencia de un quinto cuerpo real en la cripta de Granada. Nacido en Zaragoza el 23 de agosto de 1498 y muerto en Granada el 20 de julio de 1500, el príncipe de Asturias Miguel de la Paz, hijo de la primogénita de los Reyes Católicos, la infanta Isabel (que falleció al alumbrarle) y el monarca luso Manuel I, fue casi dos años heredero de los tronos castellano y aragonés. Su presencia no mereció ni siquiera memoria epigráfica, siendo mero complemento dinástico en el sistema sepulcral que alberga a sus tíos y abuelos maternos.

¹⁰²⁶ La hija mayor de los Reyes Católicos falleció en agosto de 1498 en Toledo, del parto del príncipe Miguel, y mandó ser enterrada en el convento de santa Isabel de la misma ciudad, sin duda por la devoción que tenía por su fundadora, doña María de Toledo. FLÓREZ: *Memorias...*, t. I, p. 832. Fue así, cronológicamente, la última soberana enterrada en la ciudad del Tajo.

hubo de hacer frente. Nos referimos a las dos muertes que jalonaron 1568, las del príncipe de Asturias don Carlos (fallecido en el Alcázar de Madrid el 24 de julio de ese año), que recibió sepultura temporal en el convento de santo Domingo el Real, de la misma capital, y la de Isabel de Valois, su tercera esposa (fallecida también en el Alcázar el 3 de octubre siguiente), que fue enterrada provisionalmente en el monasterio de las Descalzas Reales, como veremos. Los emplazamientos muestran que Felipe II había decidido ya en firme que los restos no se trasladarían a Granada, sino que aguardarían en la misma ciudad del óbito a que se reuniesen las condiciones propias para solemne traslado. Conviene subrayar que el monarca escogió para las dos sepulturas en depósito dos monasterios significativos: uno se situaba cercano a la principal residencia regia, y otro había sido fundado por su hermana, la infanta doña Juana, en la casa del contador del emperador, donde había nacido.

Diez años después del comienzo de las obras del monasterio, Felipe II entiende que la construcción ya ha alcanzado un grado suficiente de ejecución como para acoger dignamente los restos de sus familiares. Si en 1570 se instalaba la comunidad jerónima en san Lorenzo, solo tres años después se decidía a emplear una bóveda construida bajo el altar de la llamada Iglesia vieja o de *prestado*. Se trataba de una capilla, la primera concluida en el edificio del monasterio, que ya había tenido dos usos, como aposentos del Rey Prudente y como iglesia primitiva de la comunidad religiosa, que la emplearon en funciones litúrgicas hasta la habilitación de la basílica principal:

“Trazóse una iglesia pequeña, aunque muy devota; levantaron el coro en una parte de esta iglesia, conforme a nuestra manera de vida, y debajo de él estaba el aposento del Rey, que era una celda y un pequeño retrete, con una tribunilla harto pequeña, desde donde oía la misa mayor y los oficios divinos”

¹⁰²⁷.

Tenemos noticia de la terminación o retundido de la pequeña cripta ya en 1565, a través las nóminas de sus canteros. Entendemos que el monarca no quiso que se realizase el traslado de los restos, muy probablemente, hasta la digna conclusión del recinto sagrado¹⁰²⁸. Comenzamos en nuestra investigación el recorrido por las llaves que conforman el cuaderno obituario jerónimo, que realizaremos por el orden en que los

¹⁰²⁷ SIGÜENZA: *op. cit.*, p. 32.

¹⁰²⁸ RBME, Caja I, 44, *Nóminas de los canteros: Sebastián de la Llama por retundir la bóveda debajo de la capilla del sepulcro; Pedro del Carpio por dos arcos en la iglesia de Prestado*, 1565. Se trata de originales muy deteriorados.

restos mortales fueron depositados. Fueron, por tanto, los primeros, el primogénito del monarca y la tercera de sus esposas, cuyo depósito en la cripta bajo el altar de aquella iglesia de prestado fue dispuesto por el rey mediante una carta al prior, fechada en El Pardo, el 6 de junio de 1573. Dos días después, ambos féretros llegaban a San Lorenzo. Es importante señalar que la misma misiva especificaba que su sepultura bajo el altar de la Iglesia de prestado era también con carácter temporal, en depósito.

Probablemente, una de las causas por las que las primeras inscripciones del Obituario jerónimo se redactaron de manera escueta, en comparación con las que siguieron, fueron las circunstancias de la muerte del príncipe don Carlos:

“El Serenísimo Príncipe Don Carlos nuestro señor. Hijo primogénito del Rey Católico nuestro señor y fundador y de la Princesa Doña María su primera muger. Nació en Valladolid a 8 de julio del año 1545. Murió en Madrid en el Palacio y casa Real a 24 de julio de 158. Su cuerpo fue depositado en el monasterio de Santo Domingo el Real de la dicha Villa y de allí trasladado a este monesterio en 8 de junio de 1573 años por mandado del Católico Rey Su Padre”¹⁰²⁹.

El amanuense optó por recoger los datos fundamentales en torno a su filiación, como hijo primogénito del fundador del monasterio, así como a fechas y lugares de nacimiento, el depósito provisional de sus restos mortales y la llegada a la cripta.

La infancia y educación de quien fuera primero infante estuvo marcada por la ausencia de su padre, que le dejó al cuidado de sus hermanas, doña María y doña Juana, que no pudieron suplir el papel de una madre ausente. Cuando ambas partieron para cumplir su papel dinástico en sendos matrimonios, don Carlos quedó en Alcalá de Henares formándose junto a su tío, don Juan de Austria, y su primo Alejandro Farnesio, con el tutelaje del humanista Honorato Juan. Llegó a estudiarse su boda con Isabel de Valois, que finalmente se convirtió en la tercera esposa de su padre. En 1562, un violento accidente provocó que llegara al borde de la muerte. Se recuperó con limitaciones físicas y su comportamiento se convirtió en errático, con serios desequilibrios que le llevaron a concebir un plan de rebeldía y huída a Flandes. El 18 de enero de 1568, Felipe II ordenó su reclusión en el Alcázar madrileño, suscitando el asombro de las cortes europeas. Como sostiene Martínez Cuesta, se trataba de “cuestiones muy graves que difícilmente podían ser encajadas en la mentalidad de esa

¹⁰²⁹ AGP, *Lista...*, Llave 11, *El Príncipe Don Carlos*.

época en la que los monarcas tenían un tratamiento divino y su comportamiento no podía ser juzgado”¹⁰³⁰. Ante el encierro, don Carlos reaccionó sometiendo su cuerpo a excesos físicos que le llevaron al límite. Murió el 24 de junio de 1568. El hecho fue utilizado posteriormente como parte de la leyenda negra. Tenía veintitrés años. Su cuerpo, como sabemos, había sido depositado previamente en Santo Domingo el Real, que hoy no existe. Cuatro años antes allí habían tenido lugar magníficas exequias por el emperador Fernando I.

Como analizamos al referirnos a las causas de su óbito, Isabel de Valois gozó de lo que podríamos denominar como “popularidad historiográfica”. El cuaderno jerónimo consigna que había nacido el 11 de abril de 1546 en el Palacio de Fontainebleau¹⁰³¹. La hija de Enrique II y Catalina de Médicis fue destinada a un matrimonio en gran medida consecuencia de la batalla de San Quintín, en agosto de 1557. Felipe II renuncia a entrar en París, suscribiendo posteriormente el tratado de Cateau-Cambrésis, que además de suponer la paz entre España y Francia comprometía a una entonces niña de trece años con el monarca español¹⁰³². La boda por poderes tuvo lugar en la catedral de Notre-Dame, en junio de 1559. Se reunió con su esposo en Guadalajara, en febrero de 1560, aunque el más brillante recibimiento en España tuvo lugar en Toledo¹⁰³³. Tras sufrir el aborto de los fetos de dos probables niñas¹⁰³⁴, del matrimonio sobrevivirían dos infantas, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela.

El domingo víspera de san Francisco de Asís, tras haber oído la misa que ofició su confesor y recibir la bendición del cardenal Espinosa, Isabel de Valois supo que se moría. Pidió la Extremaunción. A la diez y media habría dado a luz una niña viva, bien formada, de unos cinco meses, que según O'Donnell recibió el agua de socorro sobre su madre muriendo casi inmediatamente¹⁰³⁵. No sabemos si recibió nombre. Hora y media después, falleció su madre. Era el 3 de octubre de 1568. Isabel de Valois, siguiendo de nuevo nuestra fuente jerónima, “Murió en Madrid en el Palacio y Casa Real”, es decir, en el antiguo Alcázar. Sus restos fueron depositados provisionalmente en las Descalzas

¹⁰³⁰ MARTÍNEZ CUESTA, Juan: “La muerte de don Carlos”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 203.

¹⁰³¹ AGP, *Lista...*, Llave 9, *La Reyna Doña Ysabel*.

¹⁰³² PÉREZ, Joseph: “Isabel de Valois. Felipe II y Francia”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 148.

¹⁰³³ Vid. TORRE FAZIO, Julia de la: *El gran recibimiento de Isabel de Valois en España*, Málaga, 2012.

¹⁰³⁴ El suceso habría tenido lugar el 12 de agosto de 1564 (O'DONNELL DUQUE DE ESTRADA, Hugo: “Felipe II e Isabel de Valois, un matrimonio político del que nació el amor, probado en la felicidad y en la desgracia”, *Anuario de estudios atlánticos*, 59 (2013), p. 141.

¹⁰³⁵ O'DONNELL DUQUE DE ESTRADA: *op.cit.*, p. 158. El historiador refiere que Isabel “aborta una niña viva” (sic).

Reales, donde no llegaron a permanecer en el monasterio cinco años. Felipe II hubo de sentir un doloroso luto íntimo. Martínez Llamas sostiene que “con ella certificó que se podía amar de verdad sin poner en práctica la necesaria hipocresía y con ella aprendió lo que sería experimentar la muerte de un modo brutal y desesperado”¹⁰³⁶.

El 22 de enero del año siguiente ordenaba la segunda traslación de cadáveres, mucho más numerosa: a partir del 4 de febrero de 1574 fueron sepultados en la iglesia vieja o de prestado los restos de Carlos V, procedentes de Yuste; la emperatriz Isabel, de Granada; la reina Leonor, de Mérida; María de Hungría, de Valladolid; y los infantes don Fernando y don Juan y la princesa María Manuela, procedentes también de Granada¹⁰³⁷. En total se alinearon nueve cadáveres¹⁰³⁸.

La identificación de los restos se realizó doblemente: además de introducir en el interior de las cajas un pergamino envuelto de tafetán doble con triple data (nacimiento, muerte y fecha de traslación a la bóveda de prestado) se indicó sobre el exterior de cada ataúd el nombre de cada real persona¹⁰³⁹.

Al considerar cómo recogió el cuaderno jerónimo su presencia en el monasterio comprobamos que, a pesar de la brevedad de las primeras consignaciones, al emperador se le dedicó un amplio obituario. Si bien no pocos de los siguientes registros referirán la filiación de los difuntos al propio Carlos V, en la del monarca se consignará que “fue hijo del Rey Don Felipe I de este nombre”, es decir, se otorgó a Felipe el Hermoso el ordinal correspondiente que inauguraba su serie en el elenco histórico de los reyes según el reino de Castilla, tradición seguida hasta hoy, “y de la Reina Doña Juana N. Sra”. En línea con el santoral testamentario que analizamos en su momento, se refirió su nacimiento “en la ciudad de Gante que es en Flandes el día del B[eato] San Matías Apóstol que es a 24 de febrero de 1500”, aludiendo también a que falleció el día de san Mateo. Al integrar tratamiento protocolario que se dedica al emperador, “La Cesárea Majestad del Emperador Carlos V, Rey de España”, en el comienzo del registro, se

¹⁰³⁶ MARTÍNEZ LLAMAS, Antonio: *Isabel de Valois*, Madrid, 1996, p. 33.

¹⁰³⁷ *Traslado de los cuerpos de Carlos I desde Mérida, e Isabel de Francia desde Madrid a El Escorial, y de la reina Juana de Tordesillas a Granada, 1574*, AGP, *Histórica*, Honras fúnebres, Caja 76, Expte. 7. Contiene sobre todos cuentas de los gastos generados.

¹⁰³⁸ Se trata de una perspectiva sobre la que figura la leyenda “*Desta manera quedaron los cuerpos Reales en la Bóveda del Altar mayor de la Capilla de Prestado donde al presente se hazen los officios divinos*”. BPRM, Ms. K-1-7, citado en BUSTAMANTE GARCÍA, Agustín: “Las Trazas de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid. Felipe II y sus Arquitectos”, en LÓPEZ-VIDRIERO ABELLO, María Luisa (coord.): *Las trazas de Juan de Herrera y sus seguidores*, Madrid, 2001, p. 320.

¹⁰³⁹ SIGÜENZA: *op. cit.*, p. 52.

normaliza en lo procedimental un debate ya abierto en su siglo, que prefirió el ordinal dedicado al título más universal que ostentó el soberano.

El resto del texto jerónimo está caracterizado por el lenguaje laudatorio, remitiendo a otras fuentes, como la obra de Sigüenza, y subrayando el retiro del monarca con el fin de prepararse para el tránsito. Como hará en decenas de registros del mismo documento, el monje hará un cálculo de la edad exacta de vida del emperador:

Las cosas y hechos de este gran Príncipe y Monarca las han escrito muchos historiadores con diligencia. Recogióse a morir habiendo primero renunciado al Imperio y todos sus Reynos a nuestro monasterio de San Gerónimo de Yuste que está en la Vera de Plasencia en el año de 1557 a 3 de febrero estuvo en este recogimiento hasta el día del Sagrado Apóstol y Evangelista San Mateo del siguiente año de 1558 (que es un año y casi ocho meses) en el cuál murió santamente. Todo lo que hizo en este recogimiento y prevención de su muerte lo escribe Nuestro Padre Fray José de Sigüenza en la Historia de Nuestra Orden, con singular estilo e igual diligencia. Vivió cincuenta y ocho años y siete meses menos dos días. Fue su cuerpo depositado en aquél convento y trasladado a este de San Lorenzo el Real por mandado de su fundador el Católico Rey Don Felipe nuestro señor, hijo de Su Majestad Cesárea primogénito a 4 días del mes de febrero año de 1574. Y de que Su Majestad Cesárea está gozando de Dios hay testimonio que se verá adelante”¹⁰⁴⁰.

El féretro de la emperatriz Isabel, procedente de Granada, fue depositado el mismo día en la cripta, junto al de su esposo. De lo escueto de la llave que se le dedicó destaca que su filiación sí llegaba más allá de sus padres:

“La Majestad de la Emperatriz Doña Isabel nuestra señora fue hija del Rey Don Manuel de Portugal y de Doña María su segunda mujer hija de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel. Nació en Lisboa a 25 de octubre del año de 1503 que fue miércoles a media noche. Fue única mujer del Emperador Carlos V nuestro señor. Murió en Toledo, en las casas del Conde de Fuensalida a primero día de mayo del año de 1539”¹⁰⁴¹.

A diferencia del emperador, consagrado enseguida como fuente de legitimidad genealógica para el acceso al sistema sepulcral escorialense, de la infanta portuguesa sí se cita su condición de nieta por línea materna de los Reyes Católicos, sin que parece que fuese especialmente necesario hacer alusión a sus abuelos paternos, el infante don

¹⁰⁴⁰ AGP, *Lista...*, Llave 1, *El Emperador Carlos V*.

¹⁰⁴¹ AGP, *Lista...*, Llave 2, *La Emperatriz D^a Ysabel*.

Fernando de Portugal, duque de Viseu e hijo de Eduardo I, y la infanta Beatriz de Aveiro, nieta de Juan I, bastando la referencia a su condición de hija de Manuel I el Afortunado.

Nacida en Lisboa el 24 de octubre de 1503, contrariamente a una idea extendida por la historiografía decimonónica, que tendió a presentar a la consorte del emperador como una serena dama que aguardaba en Toledo los regresos de Carlos V, los catorce años de matrimonio de Isabel de Portugal fueron los de una corte apenas sedentaria¹⁰⁴². Su figura quedó incorporada al proyecto sepulcral escurialense con el honor subrayado por la fuente jerónima de ser “la única mujer” –consorte- del emperador¹⁰⁴³.

La estrecha cámara bajo el altar de la iglesia provisional dio cabida a los nueve sarcófagos y siete siete más en los años posteriores, como veremos¹⁰⁴⁴. Por medio de una carta de mano del rey de ese 22 de enero de 1574, dirigida al vicario (en ausencia al prior), sabemos que a la llegada del segundo gran grupo, el del emperador, los responsables de acogerlos ya conocían la forma en que debían ser colocados¹⁰⁴⁵. En su epístola el monarca confirmaba la próxima llegada de los restos de sus familiares y se remitía a las instrucciones de su secretario, Antonio Gracián, que en papel adjunto señalaba el lugar exacto y forma en que habían de disponerse los ataúdes. Los escritos de Sigüenza atestiguan la máxima solemnidad que quiso darse a los actos celebrados a la llegada:

“...estaba hecho un rico túmulo o estrado de veintiocho pies de mesa en cuadro, con tres gradas en contorno por donde se subía. Encima de esta como plaza se levantaba otra mesa, donde se habían de asentar los ataúdes, de cinco pies de ancho y diecinueve de largo, cubierta de brocado y todo el resto de terciopelo negro: estaba en medio de cuatro columnas altas con sus basas y vestidas también de brocado, con una cobertura o cielo a manera de pabellón, con sus goteras, caídas o flocaduras, todo de brocado con mucho adorno y vista”.

¹⁰⁴² REDONDO CANTERA, María José: “La itinerancia de la emperatriz Isabel de Portugal y de su recámara”, en CABAÑAS BRAVO, Miguel, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, RINCÓN GARCÍA, Wifredo (coords.): *El arte y el viaje*, Madrid, 2011, pp. 483-498.

¹⁰⁴³ Vid. REDONDO CANTERA, María José: “Linaje, afectos y majestad en la construcción de la imagen de la emperatriz Isabel de Portugal”, en *Congreso Internacional Imagen Apariencia*, Murcia, 2009.

¹⁰⁴⁴ No era la primera vez en la historia de las dinastías hispánicas que un sepulcro regio se ocupaba de forma provisional. Así, ya hemos visto que los restos mortales de la propia Isabel la Católica, que falleció en las Casas palaciales de Medina del Campo el 26 de noviembre de 1504, tuvo que esperar casi diecisiete años justos, hasta el mismo mes de 1521, para su colocación en el sepulcro definitivo del mausoleo de la Catedral de Granada, hasta que finalizaron obras pendientes de construcción, como fue el caso de la iglesia de prestado, que estamos analizando. VILA JATO: *op. cit.*, p. 239.

¹⁰⁴⁵ SIGÜENZA: *op. cit.*, p. 48.

El convento salió por primera vez en procesión a recibir los restos regios –en los siglos posteriores, la misma comunidad habría de hacerlo en decenas de ocasiones-, cantando un responso; el vicario empleó incensario y asperjes, diciendo una oración por cada difunto. Hubo protocolo en el interior del templo, reservándose espacios para los nobles y cortesanos presentes, así como para religiosos de otras órdenes. La comunidad jerónima subió al coro y dijeron las vísperas de difuntos. Tras lo que podríamos llamar ceremonia principal de llegada, los restos del emperador fueron depositados en la bóveda de prestado la tarde del 4 de febrero, los de la emperatriz el 5, y el día siguiente tras un gran vendaval que destrozó parte de los estrados sobre los que debían colocarse las cajas restantes, los de los infantes Fernando¹⁰⁴⁶ y Juan¹⁰⁴⁷. No solo habían llegado en esos días comitivas mortuorias procedentes de Granada y Valladolid: la tarde de ese mismo 6 de febrero llegaron a la iglesia los restos de Juana I de Castilla y su hija María, reina de Hungría y gobernadora de Flandes, que se unieron en el estrado a los de Leonor, primogénita de Felipe el Hermoso y doña Juana, que ciñó como consorte las coronas de Portugal y Francia, y la princesa de Asturias María, nacida infanta de Portugal y primera consorte de Felipe II¹⁰⁴⁸.

Se ha difundido escasamente que el féretro de doña Juana, sucesora de Isabel la Católica, estuvo depositado menos de veinticuatro horas en El Escorial en su ruta hacia Granada. A la mañana siguiente de su llegada, el obispo de Salamanca celebró una misa en su memoria, pero no se añadió sermón posterior, porque acto seguido se hicieron cargo del mismo el obispo de Jaén y el duque de Alcalá, comisionados por el monarca, para conducirlo a Granada¹⁰⁴⁹. La presencia de la reina Juana en san Lorenzo tuvo un eminente carácter simbólico, como si hubiera rendido un último servicio a la dinastía dejando a una parte de su descendencia y familiares en aquel gran monasterio, sistema sepulcral, para incorporarse definitivamente al que le correspondía por derecho, con sus padres.

¹⁰⁴⁶ AGP, *Lista...*, Llave 5, *Infante Don Fernando*.

¹⁰⁴⁷ AGP, *Lista...*, Llave 6, *Infante Don Joan*.

¹⁰⁴⁸ En su testamento, la madre del príncipe don Carlos mandó que en la iglesia donde se depositase su cuerpo se pusiesen muchas reliquias, que estaban entre la gran cantidad que se trajeron al monasterio el 12 de abril de 1574. SIGÜENZA: *op. cit.*, p. 53. Dado que la primera esposa de Felipe II falleció en 1545, la devoción del monarca por los restos santos encuentra aquí antecedentes cronológicos directos, en ese paralelismo que hemos indicado entre representación artística y presencia física de reyes y santos.

¹⁰⁴⁹ SIGÜENZA, p. 51. La mención de la presencia de la reina doña Juana se limita en la obra a su llegada y colocación junto a sus hijas y nieta en el estrado de los ataúdes. La estancia de la soberana en el recinto escurialense pudo no llegar a las veinticuatro horas, pues la salida se produjo antes del mediodía del día 7.

Al detenernos en algunos apuntes sobre su muerte, como estamos haciendo sistemáticamente a la hora de consignar la incorporación de las reales personas a la imagen sepulcral dinástica, sorprende su longevidad –76 años– para la época en la que vivió. Juana, infanta de Castilla¹⁰⁵⁰, había nacido en Toledo el 6 de noviembre de 1479 en las casas del conde de Cifuentes¹⁰⁵¹. Reina hasta el fin, falleció a las seis de la madrugada del Viernes Santo 12 de abril de 1555, en la casa palacial de Tordesillas, que habría mandado construir Enrique III hacia 1400. Zalama distingue bien en su libro la residencia que habitó doña Juana del convento de santa Clara, en el que estuvo depositado el cuerpo de su esposo, don Felipe, entre 1509 y 1525, y en el que fue sepultado el de la misma reina al fallecer¹⁰⁵². Así lo confirma, al día siguiente de la muerte, la princesa gobernadora Juana de Austria, hija de Carlos V, que escribió al emperador comunicándole el sereno fallecimiento de su madre, tras recibir los últimos sacramentos administrados por el p. Francisco de Borja:

“Y por estar el tiempo tan adelante paresció que se deúa depositar en Sancta Clara de Tordesillas, donde estuuo el rey Phelippe, mi señor, que sea en gloria, hasta que V. Md. adelante mande que se lleue a Granada”¹⁰⁵³.

Pensamos que la nieta de la reina no se atrevió a ordenar el traslado directo de doña Juana a la Capilla Real no estando Carlos V en España. Es Zalama quien más lejos llega en cuanto a distintas conclusiones en torno al fallecimiento de Juana I¹⁰⁵⁴. La soberana murió sin estar acompañada por ningún miembro de su familia. Si humanamente era triste dejar el mundo así, sorprendía que lo hiciera la madre de seis

¹⁰⁵⁰ Vid. ARAM, Bethany: *La reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*, Madrid, 2001; PFANDL, Ludwig: *Juana la Loca*, 1930; PRAWDIN, Michael: *Juana la Loca*, 1953; RODRÍGUEZ VILLA, Antonio: *La reina doña Juana La Loca*, Madrid, 1892.

¹⁰⁵¹ SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA: *Doña Juana I...*, p. 53.

¹⁰⁵² El autor demuestra la existencia del palacio al aportar la confirmación de un privilegio de la reina Catalina, viuda de Enrique III, por Juan II en 1409 a la iglesia de San Antolín, en la localidad, a la que se habría perjudicado en la construcción de la residencia real al haber expropiado terrenos colindantes (AGS, Escribanía Mayor de Renta, Mercedes y Privilegios, Leg. 30, Fol. 5, cit. en ZALAMA, Miguel Ángel: *Vida cotidiana y arte en el palacio de la Reina Juana en Tordesillas*, Valladolid, 2003). Zalama subraya la escasa calidad arquitectónica del edificio, construido en madera, ladrillo y adobe, sólo importante por su función de residencia regia, de forma que ni siquiera tres viajeros en el mismo siglo XVI no repararon en su aspecto exterior al hacer referencia de sus estancias en Tordesillas: el flamenco Laurent Vital en 1517; el veneciano Andrea Navagero en 1523 y el holandés Enrique Cock en 1592. El edificio fue deteriorándose hasta que la Corona autorizó su demolición, que comenzó el 2 de noviembre de 1773. Carlos III donó el terrero a la villa con el fin de que se abriera una plaza para celebrar mercado, pero el solar acabó parcelándose y se edificaron viviendas que no dejaron huella de la antigua residencia en la que había fallecido la reina.

¹⁰⁵³ *Copia de carta de XIII de abril de 1555, de la señora Princesa a Su. Md.*, AGS, Estado, Leg. 109, fol. 313, cit. en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ: *op. cit.*, p. 282.

¹⁰⁵⁴ ZALAMA, Miguel Ángel: *Vida cotidiana...*, p. 272.

infantes y archiduques que habían llegado o llegarían a ocupar varios tronos europeos. De sus dos hijos varones, uno rey de España y emperador de Alemania. El otro, sucesor en la segunda dignidad. Las cuatro hijas, reinas consortes: la primera de Portugal y después de Francia. La segunda de Dinamarca. La tercera de Hungría y la menor, Catalina, que la había acompañado durante sus primeros dieciocho años, de Portugal. Es cierto que en la península sólo residía en aquel momento una de sus nietas, la mencionada doña Juana, como gobernadora, que no viajó desde Toro para acompañarla ni tampoco asistió al entierro. Ni el príncipe don Carlos, su sobrino, hijo de Felipe II, de diez años de edad. Sólo presenciaron la inhumación, además del último gobernador, Luis de Rojas, marqués de Denia. Pedro Fernández de Velasco, condestable de Castilla; Antonio de Fonseca, obispo de Pamplona y presidente del Consejo Real, y Antonio del Águila, obispo de Zamora. Para el historiador aquello fue un auténtico desaire, culminación de la política de olvido a la que se sometió la figura de la madre del emperador. No tenía sentido, por supuesto, proclamarle rey porque ya lo era. Y se retrasó deliberadamente el traslado a Granada. El cuerpo de la reina fue embalsamado por el doctor Santa Cara, pero no se llevó al monasterio de Santa Clara hasta tres días después. La casa palacial en la que había residido casi 45 años la reina en Tordesillas quedó casi abandonada. Su estado era ya ruinoso cuando, en 1771, fue demolida¹⁰⁵⁵.

El féretro de doña Juana llegó a El Escorial junto al de la reina María de Hungría, pues ambos procedían de Valladolid. Lo cierto es que un terrible temporal impidió la ceremonia prevista inicialmente en el exterior, pues desbarató el catafalco preparado para recibir los cuerpos.

Zalama vuelve a subrayar que también en la muerte se hurtaron a la reina los honores debidos. Al llegar a Granada el féretro fue recibido de forma más sencilla aún que en 1549, cuando se llevaron los restos mortales de la primera consorte del rey, la princesa María Manuela. Ni siquiera se dispuso un túmulo en la puerta de Elvira o se sacó el pendón de la ciudad para recibir el cuerpo¹⁰⁵⁶.

Los restos mortales que quedaron en El Escorial fueron depositados según las instrucciones del rey. El 8 de febrero se empleó en la colocación en la cripta de la iglesia de prestado de los restos de la princesa de Asturias doña María Manuela¹⁰⁵⁷. A

¹⁰⁵⁵ SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA: *op. cit.*, p. 306.

¹⁰⁵⁶ DUQUE DE T'SERCLAES: "Traslación de cuerpos reales de Granada a San Lorenzo de El Escorial y de Valladolid a Granada", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LX (1914), p. 16, en ZALAMA: *op. cit.*, p. 281.

¹⁰⁵⁷ AGP, *Lista...*, Llave 8, *La Princesa Doña María*.

quien fuera la “Primera mujer del Rey Católico nuestro señor y Fundador” dedica precisamente el obituario jerónimo una de sus más pulcras y concretas llaves, al consignar su filiación como “hija del Rey Don Juan III de Portugal y de la Reyna Catalina Hermana del Emperador Carlos V”, cumpliendo por tanto la vocación de las primeras inscripciones de remitir al parentesco carolino de los fallecidos. Identifica la ciudad de su nacimiento, “Coimbra, el 15 de octubre de 1527”, pocos meses después que su esposo, que había nacido el 21 de mayo. El matrimonio fue concertado en 1542, cuando ambos primos carnales tenían apenas diecisiete años. La boda se celebró en Salamanca en noviembre del año siguiente. Bouza refiere que entonces el joven príncipe hizo una vida galante no excesivamente cercana a su primera esposa, citando cartas de sus padres, los monarcas portugueses¹⁰⁵⁸. Tras dar a luz, “Murió en Valladolid en las casas que fueron del Secretario Francisco de los Cobos de Parto del Príncipe Don Carlos, a 12 de julio de 1545 años”. Los jerónimos contaban también con la información referente a su sepelio provisional, pues anotaron que “Depositóse su cuerpo en el monasterio de San Pablo de la dicha ciudad, que es de Predicadores, y de allí se llevó a Granada a la Capilla Real que los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Ysabel hicieron”, si bien no especificaron que el traslado tuvo lugar en 1549, disponiendo lo necesario sus cuñados, la infanta doña María y el archiduque Maximiliano de Austria, gobernadores en ausencia de Carlos V¹⁰⁵⁹.

Los días siguientes a la colocación de la caja de la princesa doña María, sin que Sigüenza concretase más, fueron ubicados los de las hermanas de Carlos V.

Leonor de Austria fue la primogénita de la infanta doña Juana y el archiduque Felipe. El registro jerónimo consigna que nació el jueves 15 de noviembre, “día del Glorioso S. Eugenio a las dos horas después de mediodía”, en 1498¹⁰⁶⁰. Es, por tanto, la persona regia más antigua que reposa en el monasterio y la única que vino al mundo

¹⁰⁵⁸ “...cuando están juntos, parecía que estaba por fuerza, y en sentándose, se tornaba a levantarse e irse y que veía a la princesa pocas veces”. AGS, Estado, Leg. 372, fol. 270, cit. en BOUZA ÁLVAREZ, Fernando: “María, “Planeta de Lusitania”. Felipe II y Portugal, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 110.

¹⁰⁵⁹ AGS, Casa y Sitios Reales, Leg. 73, s/f., cit. en ZALAMA, Miguel Ángel: “En torno a las exequias de la princesa doña María de Portugal en Granada y la intervención de Pedro Machuca”, en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXII (1996), pp. 311 y 312. El 7 de marzo de aquel año los regentes escribieron al marqués de Mondéjar y conde de Tendilla para confirmar que los cuerpos de la princesa y los infantes eran conducidos hacia Granada. Se dijo una eucaristía en la iglesia del monasterio de san Pablo, a la que asistieron. Posteriormente, la comitiva fue acompañada por los archiduques hasta la Puerta de Campos, donde se dijo un responso a los féretros en un túmulo, y se dispusieron en literas. Carlos V encomendó el acompañamiento en el traslado al arzobispo de Santiago. Los restos llegaron el 27 de marzo.

¹⁰⁶⁰ AGP, Lista..., Llave 3, *La Reyna de Francia D. Leonor*.

cuando no había finalizado el siglo XV, pues Carlos V, lo hizo en 1500. La misma fuente refiere que vino al mundo “en Malinas de Flandes”, aunque también se ha sostenido que en Bruselas¹⁰⁶¹ y en Lovaina¹⁰⁶².

La Infanta habría sido pedida en matrimonio en 1501, con sólo tres años de edad, por el futuro Enrique VIII, un proyecto fracasado¹⁰⁶³. No tenemos noticia de que saliera de Flandes hasta acompañar a su hermano a la península en 1517. El emperador destinó a su hermana al matrimonio con Manuel I de Portugal, viudo y con ocho hijos de sus dos matrimonios con dos hijas de los Reyes Católicos. Leonor quedaría viuda a su vez dos años después de ese enlace, el 13 de diciembre de 1521. Nueve años después, en 1530, fue prenda de una de las paces temporales de su hermano con Francia, contrayendo matrimonio con Francisco I, que fallecería en 1547.

Leonor estuvo presente en las abdicaciones del emperador en Bruselas, regresando con él a España. Se dirigió a Badajoz, donde se encontró con María, hija de su matrimonio portugués, que había sido rechazada como segunda esposa de un Felipe II que había optado, en acuerdo con su padre, por la opción inglesa que representaba María Tudor. La entrevista no fue excesivamente feliz, volviendo su hija a Lisboa sin querer acompañar a la reina doblemente viuda¹⁰⁶⁴. Leonor regresó lentamente hacia el corazón de Castilla. La muerte de quien que había ocupado como consorte dos de los más importantes tronos europeos de su tiempo sobrevino por una severa crisis asmática, a la que siguió parada cardiorrespiratoria¹⁰⁶⁵. Falleció, refieren los jerónimos en su registro, “en un lugar pequeño llamado Talaveruela que es aldea y está cerca de la ciudad de Mérida a 18 de febrero del año de 1558 y fue depositado su cuerpo en la dicha ciudad”, el día 26, en la iglesia de santa María¹⁰⁶⁶.

María de Hungría había nacido en el Palacio de Coudenberg, en Bruselas. El amanuense que escribió sobre ella en el registro mortuario consignó que había venido al

¹⁰⁶¹ BELADIEZ NAVARRO, Emilio: *Españolas, reinas de Francia*, Madrid, 2002, p. 201.

¹⁰⁶² FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Juana la Loca. La cautiva de Tordesillas*, Madrid, 2000, p. 89; MARTÍNEZ CUESTA, Juan: “Retrato de doña Leonor de Austria”, en *Felipe II. Un monarca...*, p. 469.

¹⁰⁶³ BELADIEZ: *op. cit.*, p. 207. En 1513, contando la infanta con quince años, habría pretendido por un caballero del Toisón. Sin citar fuente, el autor afirma que se hizo jurar a la pareja –naturalmente, por separado- no estar unida por matrimonio secreto. Federico del Palatinado fue alejado de la corte de Malinas.

¹⁰⁶⁴ GARCÍA-FRÍAS CHECA, Carmen: “Retrato de la infanta doña María de Portugal”, en *Felipe II. Un monarca...*, p. 486; BELADIEZ: *op. cit.*, p. 243

¹⁰⁶⁵ GARGANTILLA MADERA, Pedro: “Enfermedades de los Reyes de España. Los Austrias”, Madrid, 2005, p. 189.

¹⁰⁶⁶ AGS, Patronato Real, Leg. 31, doc. 13.

mundo en “Flandes a 13 días del mes de septiembre de 1505”¹⁰⁶⁷. Su biografía confirma que fue la hermana con mayor cercanía a Carlos V. Como fruto del enlace concertado por Maximiliano I, su abuelo, con Ladislao II Jaguellón, monarca de origen polaco y rey de Hungría, su hermano Fernando, el otro hijo varón de Felipe y Juana, contraería matrimonio con Ana, hija de aquel. Lo que se concertó inicialmente en 1506, cuando la archiduquesa tenía un año de vida, acabó convirtiéndose en una doble boda, pues el 20 de mayo de 1515 se acordó que también María se uniese al futuro Luis II de Hungría. La boda se celebró en la catedral vienesa de san Esteban el 22 de julio siguiente. Luis murió a 170 kilómetros al sur de Budapest, ante las tropas de Solimán el Magnífico, con veinte años de edad, el 29 de agosto de 1526. La batalla de Mohács supuso que la corona bohemia pasara a Ana Jaguellón, y de ahí a los Austria. Y también una viuda sin hijos que no volvió a contraer matrimonio y apoyaría a su hermano el emperador¹⁰⁶⁸.

María fue gobernadora de los Países Bajos entre 1530 y 1555¹⁰⁶⁹. Ejerció notable influencia en la formación artística de su sobrino, el futuro Felipe II, sobre todo en su primer viaje de juventud a Italia, los Países Bajos y Alemania, entre 1548 y 1551, el conocido como Felicísimo Viaje¹⁰⁷⁰. Cuando Carlos V abdicó volvió con él a Castilla, queriendo acompañar a Yuste al emperador, que no lo permitió¹⁰⁷¹.

El obituario jerónimo refiere que “Murió en Cigales Villa del Conde de Benavente la cual está junto a Valladolid día del Evangelista San Lucas a 18 de octubre de 1558 años”. Sus restos llegaron al monasterio de san Benito, en Valladolid, el 21 de octubre, siendo enterrados el día 23 en un arquisolio de principios del siglo XVI destinado al obispo Alonso de Valdivies, que no había sido utilizado. Está en el muro del evangelio, bajo un arco conopial con un grupo escultórico representando la Piedad. Allí descansó hasta su traslado al monasterio de san Lorenzo de El Escorial¹⁰⁷².

¹⁰⁶⁷ AGP, *Lista...*, Llave 4, *La Reyna de Hungría D. María*.

¹⁰⁶⁸ Vid. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: “María de Hungría y los planes dinásticos del Emperador”, *Hispania. Revista española de historia*, 83 (1961), pp. 391-419.

¹⁰⁶⁹ Vid. HORTAL MUÑOZ, José: “El gobierno de los Países Bajos y la regencia de María de Hungría”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, CARLOS MORALES, Carlos Javier de (coords.): *La corte de Carlos V*, Vol. 1, Tomo 2, *Corte y gobierno*, Madrid, 2000, pp. 63-67.

¹⁰⁷⁰ MARTÍNEZ MARTÍN, Cruz María: “María de Hungría: su papel dinástico como mujer Habsburgo reflejado en su patronazgo y coleccionismo artístico”, en CABRERA ESPINOSA, Manuel, LÓPEZ CORDERO, Juan Antonio: *V Congreso virtual sobre Historia de las Mujeres*, 2013.

¹⁰⁷¹ MARTÍNEZ PEÑAS, Leandro: “La reorganización de la casa de María de Hungría para su traslado a España: las ordenanzas de 1556”, en *Historia iuris. Estudios dedicados al profesor Santos M. Coronas González*, Vol. 2, Oviedo, 2014, pp. 969-986.

¹⁰⁷² Vid. AMIGO VÁZQUEZ, Lourdes: “Reliquias de una dinastía: el traslado del cuerpo de María de Hungría de Valladolid a El Escorial (1574)”, en MARTÍNEZ ALCALDE, María, RUIZ IBÁÑEZ, José Javier (coords.): *Felipe II y Almazarrón. La construcción local de un Imperio global*, Vol. 1, Murcia, 2014, pp. 383-402.

La prolija descripción de los actos del primer traslado concluye con un texto del monje que define por sí mismo el ambiente religioso y la identificación de la comunidad jerónima con el gran proyecto de construcción de la imagen sepulcral regia:

“Creo que quien mirara atentamente lo que trabajaron cincuenta religiosos aún no cabales, que entonces se hallaban en el convento, y vieran la majestad con que todo esto hizo, el reposo, mortificación y madurez con que procedieron, sin atropellar nada, sin hacer de los cansados ni quejarse, alabara a Nuestro Señor y juzgara había escogido bien el Fundador y que eran dignos del favor y merced que les hacía”¹⁰⁷³.

Los traslados de restos regios ocasionaron gastos, cuyas cuentas y libramientos, hoy conservados en el Archivo General del Palacio Real de Madrid, servirían para determinar el camino seguido por las comitivas fúnebres desde sus lugares de origen al de destino, facilitando la construcción de una auténtica teoría que vinculase lo funerario y lo geográfico, de la que se extraerían nuevos y ricos rasgos de la trayectoria sepulcral dinástica de la monarquía¹⁰⁷⁴.

La monarquía de España ya contaba con un embrión de espacio sepulcral regio. Tras los traslados de 1573 y 1574, fueron llegando a la pequeña cripta nuevos restos, todos ellos de familiares de Felipe II, entre ellos tres hijos habidos en su cuarto matrimonio. El primero en fallecer tras la habilitación del espacio en la Iglesia de prestado fue su hijo el infante Carlos Lorenzo, que murió en Madrid el 9 de julio de 1575¹⁰⁷⁵. Su cuerpo fue trasladado a la misma el día siguiente.

El otoño de 1578 fue de luto para Felipe II. El 24 de septiembre fallecía su sobrino y cuñado, el archiduque Wenceslao, hijo de su hermana María y hermano de su esposa Ana, que murió al día siguiente de comenzar la estación¹⁰⁷⁶. Había nacido en Neustadt en 1561, falleciendo a los dieciocho años en el Alcázar de Madrid. Sus restos

¹⁰⁷³ SIGÜENZA, p. 52. Pensamos que la loa a la actuación de la comunidad jerónima tiene triple valor: constatación cuasi notarial de lo realizado, confirmación ad extra del encargo regio de custodia de los restos reales (frente a otras órdenes o congregaciones religiosas) y prueba numérica del número de religiosos que participaron en las ceremonias sucesivas que los historiadores suelen subsumir en el concepto general de primer traslado; debemos subrayar que entre la llegada del primer cuerpo, el de Carlos V, a la sepultura provisional de la Reina Leonor, que figura como la última, pasó prácticamente una semana de complejos actos regidos por un doble protocolo, el litúrgico y el dinástico. Es de notar que estas ceremonias fueron presididas por el vicario, ya que el prior, fray Hernando de Ciudad Real, se encontraba entonces convaleciente en otra comunidad jerónima, la del Monasterio de Guadalupe.

¹⁰⁷⁴ AGP, Histórica, Honras fúnebres, Caja 76, Expte. 7, *Traslado de los cuerpos de Carlos I desde Mérida e Isabel de Francia desde Madrid a El Escorial y de la Reina Juana de Tordesillas a Granada*.

¹⁰⁷⁵ AGP, Lista..., Llave 15, *El Infante Don Carlos Lorenzo*.

¹⁰⁷⁶ AGP, Lista..., Llave 17, *El Archiduque Wenceslao*.

fueron enterrados en la iglesia de prestado el 24 de septiembre de 1578. Al decidir su entierro en el monasterio escurialense, Felipe II confirma la decisión de hacer del panteón dinástico no sólo casa perpetua para monarcas, consortes y sus hijos, sino familiares directos a los que desea incorporar al gran sistema sepulcral para la imagen dinástica. Se trataba en este caso de un joven archiduque de Austria, educado en la corte de Madrid, destinado a honores y tareas de gobierno y no sería el primer Austria “de Viena” en fallecer en la península, siendo acogidos sus restos en las criptas de San Lorenzo¹⁰⁷⁷.

Menos de un mes después, el 18 de octubre, Fernando, segundo hijo de Felipe II que fue jurado como príncipe de Asturias, fallecía en los aposentos reales del monasterio de san Jerónimo, en Madrid¹⁰⁷⁸. No había llegado a cumplir ocho años, pues había nacido el 4 de diciembre de 1571, en la misma villa. Y su infantil cadáver era llevado también a la iglesia de prestado, siendo depositado dos días más tarde.

La llave 18 del obituario regio jerónimo proporciona una relevante clave en lo que imagen sepulcral de la monarquía de España se refiere. Es la correspondiente, como indica su propio enunciado, a “El Señor Don Joan de Austria”, lo que ya proporciona dato fidedigno sobre la dignidad y tratamiento que el hermano de padre de Felipe II recibió en el monasterio¹⁰⁷⁹. Juan de Austria, a tenor del texto del obituario, murió cerca de Namur, “en Flandes, Siendo Governador por el Catholico Rey Su Hermano nuestro señor” del mismo territorio, el 1 de octubre de aquel año de 1578. Es el primero de los tres hijos no matrimoniales de la dinastía Austria que ingresaron en las cámaras. Su filiación se expresa como “hijo natural del Emperador Carlos V nuestro señor”, a la que se añade la fecha de su nacimiento, el 25 de febrero de 1547, sin especificar el nombre de la madre ni la ciudad del alumbramiento. Su padre lo había concebido a los 46 años, cuando llevaba siete viudo, durante cuatro meses de estancia en la ciudad de Ratisbona y durante una relación con la hija de unos comerciantes, los Blomberg, llamada Bárbara. El niño recibió inicialmente el nombre de Jerónimo de Leganés¹⁰⁸⁰. Cuando Felipe II le reconoció como hermano lo cambió a Juan.

¹⁰⁷⁷ Vid. EZQUERRA REVILLA, Ignacio Javier: “Los intentos de la corona por controlar la orden de San Juan: la “expectativa” del archiduque Wenceslao de Austria en el Gran Priorato de Castilla y León”, en RUIZ GÓMEZ, Francisco, MOLERO GARCÍA, Jesús (coords.): *La Orden de San Juan entre el Mediterráneo y La Mancha*, Alcázar de San Juan, 2009, pp. 401-430.

¹⁰⁷⁸ AGP, *Lista...*, Llave 12, *El Príncipe Don Fernando*.

¹⁰⁷⁹ AGP, *Lista...*, Llave 18, *El Señor Don Joan de Austria*.

¹⁰⁸⁰ MORAGAS I GALLISSÀ, Jerónimo de: *De Carlos I emperador a Carlos II el hechizado. Historia humana de una dinastía*, Barcelona, 1983, p. 39. El autor indica como fecha de nacimiento de don Juan el 24 de febrero.

Los éxitos militares de don Juan se iniciaron en 1568, cuando acude a sofocar la rebelión de los moriscos en las Alpujarras. En 1571 tomó el mando de la Santa Liga, que culminó con el triunfo en Lepanto. Dos años más tarde participó en la toma de Túnez y en 1576 fue nombrado gobernador de los Países Bajos, desde donde llegó a proyectar un ataque a Inglaterra¹⁰⁸¹. Se ha llegado a especular con la posibilidad de que se ideara su matrimonio con la reina escocesa María Estuardo, promovido por Gregorio XIII, sostiene Bennassar¹⁰⁸². El mismo autor refiere como, en el verano anterior a su muerte, convaleció de una fiebre, de la que se recuperó en la segunda quincena de agosto. A mediados del siguiente mes, cuando de nuevo la fiebre de una epidemia le afectó, se trasladó fuera de Namur, al campamento del regimiento de Lope de Figueroa, pensando que el aire le sería más saludable. El héroe de Lepanto tuvo por última residencia “un viejo palomar, al que se había hecho una limpieza de emergencia, adornado con tapices flamencos y tapado por cortinas”¹⁰⁸³. Agonizó durante dos semanas. El día de la muerte, su gran popularidad entre las tropas motivó una disputa por el honor de llevar su cuerpo: los españoles al hermano de su rey, los flamencos a su gobernador, los alemanes al hijo de quien había sido su emperador y había nacido en una de sus ciudades. Al final lo hicieron por tramos.

No obstante, al jerónimo redactor pareció importante subrayar que, depositado su cuerpo provisionalmente, dos días después de su óbito, en la “Yglesia Cathedral” de Namur, el traslado a El Escorial fue “por mandado del Rey Catholico Su Hermano”, una expresión que lejos de suponer una fórmula apenas sutil de subrayar que el cuerpo de un hijo de filiación no matrimonial ingresaba por orden regia, respondía a la empleada en los anteriores, pues en catorce de las diecisiete llaves precedente la expresión “por mandado del rey” había formado parte de la consignación de datos. Nada hace pensar, por tanto, que los jerónimos albergasen la menor duda sobre los derechos del vencedor de Lepanto a descansar perpetuamente en el monasterio, sino que aplicaban directamente la voluntad del fundador expresada en la orden regia que acompañaba sus restos, que llegaron a las siete de la tarde del 24 de mayo siguiente¹⁰⁸⁴. Los restos fueron recibidos por el padre vicario, fray Hernando de Tordesillas, por estar ausente el prior,

¹⁰⁸¹ MARTÍNEZ CUESTA, Juan: “Juan de Austria”, en *Felipe II. Un monarca...*, p. 520. Habría fallecido de tifus.

¹⁰⁸² BENNASSAR, Bartolomé: *Don Juan de Austria. Un héroe para un imperio*, Madrid, 2004, p. 13.

¹⁰⁸³ *Ibidem*, p. 17.

¹⁰⁸⁴ Para el traslado desde Flandes, su cuerpo fue cortado en tres trozos y metido en tres sacos de cuero, portados en tres mulas. Tras atravesar los Pirineos, se recompuso en el monasterio de Banazas, prosiguiendo la ruta hacia El Escorial (MORAGAS: *op. cit.*, p. 104).

que asistía al capítulo general jerónimo. Y es Bennassar, precisamente, quien sostiene que Felipe II otorgó a don Juan de Austria a la hora de su muerte tantos honores funerarios, entre ellos el de situar su féretro, que llegó al monasterio con una comitiva de 400 acompañantes, cerca del emperador su padre, por sentir que había dudado de él haciendo caso a Antonio Pérez. El rey habría reforzado su convicción, al recibir el archivo de su hermano muerto, de la lealtad del caudillo militar y gobernador de Flandes, así como conocido algunos detalles de la traición del secretario, que sería detenido el 29 de julio siguiente¹⁰⁸⁵.

La importancia de constatar la digna llegada y depósito de los restos mortales de don Juan de Austria en las criptas escurialenses, entre los familiares de Felipe II, no reside únicamente en recoger la historia del sistema sepulcral de san Lorenzo como tal, sino apuntar el importante precedente que supuso, como veremos, para el sepelio, años más tarde, de otros dos hijos naturales de otro monarca, Felipe IV.

Felipe II quedó viudo por cuarta vez el 26 de octubre de 1580. Su más largo matrimonio finalizó en Badajoz, con la muerte de su esposa y sobrina carnal Ana de Austria, que le había acompañado hacia Portugal y ahora le abandonaba, a menos de una semana de cumplir 31 años.

Ana de Austria, hija primogénita de Maximiliano II y María de Austria, nació en Cigales, “que es una villa junto a Valladolid a 2 de noviembre del año de 1549”, mientras sus padres ejercían la regencia en Castilla, como archiduques y entonces con el título de reyes de Bohemia, en ausencia de la península tanto de Carlos V como del entonces príncipe don Felipe, su futuro consorte¹⁰⁸⁶. Su enlace con el tres veces viudo rey de España se celebró el 14 de noviembre de 1570, en el Alcázar de Segovia¹⁰⁸⁷. La infanta vino acompañada de dos de sus hermanos, los archiduques Alberto y Wenceslao. Kamen destaca que fue la única de sus consortes con la que el monarca pudo conversar en español, pues la reina Anna –que siempre escribió su nombre de esa forma en nuestra lengua- era bilingüe por su crianza en nuestro país¹⁰⁸⁸. Quizá vivió el

¹⁰⁸⁵ BENNASSAR: *op. cit.*, p. 30.

¹⁰⁸⁶ KAMEN, Henry: “Anna de Austria”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 265. El que fuera Maximiliano de Austria estuvo en España desde septiembre de 1548 a agosto de 1551, excepto un corto viaje a Viena en que se discutió la sucesión imperial.

¹⁰⁸⁷ Vid. SUÁREZ QUEVEDO, Diego: “Arte efímero, exaltación monárquica y concordatio entre antigüedad clásica y humanismo cristiano: entrada triunfal y matrimonio real de Ana de Austria en Segovia, 1570”, en *Felipe II y las artes. Actas del Congreso Internacional*, Madrid, 2000, pp. 423-452; PÉREZ BUENO, Luis: “Del casamiento de Felipe II con su sobrina Ana de Austria”, *Hispania. Revista española de historia*, 28 (1947), pp. 372-416.

¹⁰⁸⁸ KAMEN: *op. cit.*, pp. 266 y 267.

monarca lo más parecido a un hogar, en un ambiente en el que su esposa encontraba la cercanía grata de sus hermanos y se esforzó por acoger a las hijas de su marido y criar a los hijos que fueron llegando, aunque la mayoría se malograron. De los cuatro varones, tres serían príncipes de Asturias: Fernando (1571-1578), Diego (1575-1582) y el futuro Felipe III (1578-1621). Los infantes Carlos (1573-1575) y María (1580-1583) completaron una estampa familiar de nacimientos y lutos.

Cuando en 1580 Felipe II comenzó una campaña en Portugal, la familia real se desplazó a Badajoz. Allí todos sufrieron una epidemia de gripe, de la que la reina no se recuperó. Falleció en la madrugada del 16 de octubre. Su féretro fue depositado en la primera cripta el 11 de noviembre¹⁰⁸⁹.

El tercero de los hijos varones de Felipe II que se malograron habiendo sido jurados como príncipes de Asturias fue don Diego¹⁰⁹⁰, que había nacido en Madrid el 12 de julio de 1575, sólo tres días después de la muerte de su hermano, el infante don Carlos Lorenzo. El jerónimo que anotó la fecha de muerte, el 21 de noviembre de 1582, consignó también que su cuerpo llegó al monasterio dos días después. El obituario no especifica la residencia regia en la que nació y murió, que estimamos pudo ser el Alcázar. Su vida se quebró cumplidos siete años¹⁰⁹¹.

La última real persona cuyo cuerpo descansó en la Iglesia vieja del monasterio de El Escorial fue la más pequeña de los hijos de Felipe II y Ana de Austria, la infanta María, que había nacido en la capital de los reinos el 14 de febrero de 1580, el mismo año de la muerte de su madre, y la acompañaría al otro mundo el 4 de agosto de 1583, siendo enterrada el 6 de agosto¹⁰⁹². De nuevo, el obituario no consigna en que palacio o vino al mundo y murió la infanta; apuntamos otra vez la posibilidad de que fuera el Alcázar madrileño.

La Iglesia vieja, que durante casi trece años acogió los restos de la familia de Felipe II, no conserva ninguna inscripción de su condición de primer panteón regio – aunque provisional- de la dinastía. Tampoco la bóveda. Tras los actos solemnes de

¹⁰⁸⁹ AGP, *Lista...*, Llave 10, *La Reyna Doña Ana*.

¹⁰⁹⁰ El príncipe había sido apadrinado durante su bautismo, en la iglesia madrileña de san Gil, por su hermana de padre, la infanta Isabel Clara, y su tío, el archiduque Alberto, que veintitrés años después contraerían matrimonio. Durante los últimos años de su corta vida contó como menino con el futuro san Luis Gonzaga, que había llegado a la corte de Madrid acompañando a sus padres, pertenecientes al séquito de la emperatriz María de Austria, hermana de Felipe II y tía carnal, por tanto, del príncipe (*Vid. CORTÉS ECHANOVE, Luis: Nacimiento y crianza de personas reales*, Madrid, 1958).

¹⁰⁹¹ AGP, *Lista...*, Llave 13, *El Príncipe Don Diego*.

¹⁰⁹² AGP, *Lista...*, Llave 14, *La Infanta Doña María*. La llave número 15, correspondiente al infante don Carlos Lorenzo, está escrita entre la 13 y la 14. El orden volvió en la 16.

noviembre de 1586 no volvió a ser empleada como panteón provisional y el acceso a la cripta fue cegado por orden de Felipe II en 1591, el mismo año en que el recinto quedó diáfano al suprimirse al reja que dividía los coros alto y bajo¹⁰⁹³. El mismo lugar que había servido en parte como primer aposento del rey se destinó a los oficios de entierro de los religiosos. En el siglo XX hubo intento de destinarla a otros usos, y ha formado parte del recorrido turístico del monasterio¹⁰⁹⁴.

6.3. Las cámaras primitivas bajo el altar mayor.

A pesar de que el panteón fue una de las preocupaciones arquitectónicas más destacadas del monarca, Felipe II falleció sin ver siquiera comenzadas las obras del que sería el definitivo proyecto. Pero logró dejar habilitadas unas cámaras provisionales bajo el altar mayor de la basílica, en las que quedaron depositados los restos reunidos inicialmente en la Iglesia de prestado, un camino paralelo y en cierto modo independiente.

Analizamos ahora el proceso de construcción de aquellas criptas, un *iter* que comienza simbólicamente a las seis de la tarde del 23 de junio de 1582, con la colocación de la cruz en la aguja del cimborrio de la iglesia principal del monasterio, a la que siguió una solemne procesión. Es el propio Sigüenza quien nos da noticia de un primer proyecto filipino:

“Tuvo Su Majestad al principio de esta fábrica intento de hacer un cementerio de los antiguos, donde estuviesen los cuerpos reales sepultados y donde se les hiciesen los oficios y misas y viglias, como en la iglesia primitiva se solía hacer a los mártires, donde celebraban sus memorias (...) y así se hizo aquí debajo de tierra, y en los más hondos cimientos, una iglesia redonda con su capa o cúpula proporcionada, donde pudiese estar asentado el altar, y una tribuna, de donde se hiciese el oficio frontero del altar y por los lados con cavidades donde se pusiesen los ataúdes o cajas de mármol o de otras piedras; bajaban aquí desde el altar mayor de la Iglesia Principal por dos caracoles

¹⁰⁹³ BUSTAMANTE GARCÍA: *Las Trazas...*, p. 321.

¹⁰⁹⁴ AGP, *Patrimonios*, El Escorial, Monasterio, Caja 2741, Expte. 7, *Propuesta del Administrador para instalar un museo de arte religioso en la iglesia vieja o iglesia de prestado*, 1955. Uno de sus últimos usos fue su integración en el recorrido de la exposición “*Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*”, celebrada en el claustro del monasterio entre el 1 de junio y el 10 de octubre de 1998, organizada por la Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V. Más de doscientas mil personas recorrieron la muestra. La Iglesia de prestado se emplea en la actualidad como sede de la ceremonia del capítulo de la orden militar de San Hermenegildo, acto presidido por S.M. el Rey que se celebra en la festividad de san Fernando.

secretos y sin estas dos escaleras claras y llanas que responden, la una al Convento y Sacristía, la otra a la Casa Real: una arquitectura de piedra labrada hartamente capaz de mucha grandeza y nobleza para este efecto”¹⁰⁹⁵.

El texto constituye la fuente más clara –por única– descripción de las que disponemos del primer proyecto de espacio sepulcral bajo el altar mayor de la basílica. Hemos de tener en cuenta que el majestuoso templo no se había concluido según el modelo de una iglesia monástica jerónima, de las que podríamos denominar, “de los Reyes Católicos”, en torno a una nave única, sino a una basílica cuadrada, según la intención del fundador. No obstante, sí están presentes abundantes capillas laterales y, aspecto importante a destacar, elevado presbiterio sobre gradas que en lo volumétrico se compensa, a los pies del templo, con coro alto para los monjes¹⁰⁹⁶. Se trata de una cuestión clave. La altura del presbiterio cumple dos funciones. Por un lado, hace posible en san Lorenzo, como en otros templos jerónimos, el seguimiento desde el coro alto, por parte de la comunidad monacal, de los oficios litúrgicos, lo que en el contexto de la parte de las ceremonias funerarias que siguen a la entrada de los restos mortales de las personas reales a su entrada en la basílica, antes de su conducción a la antesacristía y bajada a las cámaras, adquiere especial relevancia.

Por otro, la elevación en trece gradas o escalones permite, también en esa tipología de templo jerónimo, la disposición bajo el altar mayor de criptas con función de panteón, lo que hacía compatible el deseo de donantes y fundadores de ser enterrados en lugares privilegiados de los templos, el más cercano al sacrificio eucarístico, sin entorpecer el paso¹⁰⁹⁷.

La nota principal del entorno arquitectónico funerario es que se concibe como una capilla donde celebrar también, junto a los sepulcros o sarcófagos, culto litúrgico. Inmediatamente después, el cronista explica porqué Felipe II lo rechazó debido al respeto que para él merecían los sepulcros:

¹⁰⁹⁵ SIGÜENZA: *op. cit.*, 116.

¹⁰⁹⁶ MATEOS GÓMEZ, Isabel, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, PRADOS GARCÍA, José María: *El arte de la orden jerónima. Historia y mecenazgo*, Bilbao, 1999, p. 62. Las capillas laterales solían contar con una reja que las separaba por motivos litúrgicos, delimitando espacios funerarios o de devoción señorial privada. En el caso de san Lorenzo de El Escorial, Felipe II ordenó ubicar una reja a los pies, separando el sotocoro, sin permitir el acceso más de que a los “Caballeros y criados más principales de su casa”, como refiere Sigüenza.

¹⁰⁹⁷ Un sínodo ya a mitad del siglo XVI, el de Astorga (1553), prohibía el entierro “de los defectos sobre las gradas del altar mayor ni para lo tal se de licencia” (BANGO TORVISO, Isidro: “El espacio para enterramientos privilegiados en la arquitectura medieval española”, *Anuario del Departamento de Historia y teoría del Arte*, 4 (1992), p. 117, cit. en MATEOS GÓMEZ, Isabel, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, PRADOS GARCÍA, José María: *op. cit.*, p. 63).

“Mudó después el fundador este intento. Parecióle que esto estaba muy distante, triste y dificultoso de ir y venir allí, y que tendría también no se qué indecencia andar por entre los ataúdes, y otras consideraciones semejantes”.

Una explicación verdaderamente confusa de los motivos. Se menciona vagamente distancia, tristeza y complicación como inconvenientes para el acceso. Lo primero nos causa extrañeza, por tratarse de un espacio definido de antemano, ¿lejos?, ¿lejos de dónde? Tristeza... más bien parece referirse a que no era un espacio lo suficientemente digno para sus antecesores y sucesores. La clave, entendemos, está en la dificultad o complicación para acceder: bien podría ser la más temprana referencia documental a los conocidos impedimentos técnicos que no se solucionarían, de la mano de fray Nicolás de Madrid, hasta más de medio siglo después. Nos referimos a las corrientes de agua que no pudieron ser canalizadas hasta prácticamente comenzado el reinado su nieto, bajo el que se concluye el Panteón, que en un sistema edilicio tan complejo como el del monasterio no fueron contempladas al iniciar los cimientos. La respuesta a esta cuestión nos induce a pensar, desde nuestros profanos conocimientos arquitectónicos, si en realidad el monarca pensó dedicar a tal profundidad un espacio sepulcral. Lo cierto es que al final quedó abierta la cripta baja, porque Felipe II:

“(...) mandó que entre esta iglesia o capilla baja y entre la principal y alta se hiciese una bóveda que viniese a estar en medio de ella, debajo del altar mayor, y así se hizo y se repartió en tres cañones que toman toda la mesa que está encima de las primeras gradas del altar”.

Efectivamente, aparece una estructura en tres cañones que demuestra que ese era el espacio disponible para distribuir. Martín Gómez supone que la más grande de esas bóvedas encañonadas, la denominada cámara intermedia, no alteró lo exterior, es decir, lo que fue en la práctica un primer gran ensayo sepulcral bajo el altar mayor no implicó que Felipe II cambiase su idea inicial de ubicar estatuas orantes de Carlos V e Isabel de Portugal en los laterales del altar mayor de la basílica¹⁰⁹⁸. El que fuera aparejador del real sitio supone también que esa primera solución debió incluir la presencia de un gran templete en el centro de la basílica, bajo la bóveda del cimborrio, basando su teoría en la

¹⁰⁹⁸ MARTÍN GÓMEZ: *op. cit.*, p. 79. Para el autor, la necesidad de un referente-imagen del fallecido existía ya en el propio sepelio.

presencia de rejas que acotan el espacio aislando la nave central del interior de la templo. Para él, Felipe II renunció a lo que hubiera sido un gran elemento ornamental, con indudables funciones de exequial homenaje pues significaba la primacía absoluta de la imagen paterna, que se salvó con la solución final de doble cenotafio distribuido en los laterales al altar. Menos defendible nos parece la llamativa y compleja interpretación misteriosa y cabalística del mismo Martín Gómez, que llega a atribuir a Sigüenza una cierta pretensión de ocultismo.

A principios de 1586, se situaban además, en la fachada de la basílica, las esculturas de seis reyes de la Casa de Judá. En la parte central, las figuras de David y Salomón, flaqueados por Ezequías, Josías, Josafat y Manasés, una idea de Juan Bautista Monegro¹⁰⁹⁹. El patio de los Reyes, que a partir de entonces sería atravesado por el cortejo fúnebre con decenas de restos regios durante los siglos posteriores, se configuraba así como símbolo de trayecto en majestad y reencuentro con la propia historia de la salvación contenida en las Sagradas Escrituras.

Felipe II disponía de un sistema sepulcral ya complejo, pero no definitivo, en el que podían distinguirse varios espacios: una basílica principal con un altar mayor, en cuyos laterales se colocarían los cenotafios (imagen representativa), una capilla circular inferior (espacio que se destinará en el siglo siguiente al Panteón de Reyes definitivo) y los espacios intermedios estructurados en tres cañones, el mayor de los cuales, que en adelante denominaremos “bóveda intermedia” (aunque también recibió en su día el nombre de *repositorio*¹¹⁰⁰). El primer plano que conocemos que contemplaba la existencia de los espacios tal y como se construyeron en un principio data de 1567. Se trata de una sección de la iglesia por el eje longitudinal¹¹⁰¹, que muestra claramente la existencia de dicha capilla y su bóveda, a la que se añaden los tres cañones: el mencionado repositorio, y los coros alto y bajo. Otra planta de la Iglesia, con medidas ya más cercanas a las definitivas, muestra incluso las escaleras de acceso a la cámara intermedia; es un plano de 1572. Patrimonio Nacional reunió en un cuidadoso catálogo estudios en torno a la obra del genial arquitecto, que incluía los diseños de la planta de

¹⁰⁹⁹ CHECA CREMADES, Fernando: “Arte, poder y religión en el siglo XVI. Las ideas de Felipe II en el monasterio de El Escorial”, en CHECA: *op. cit.*, p. 26. Las inscripciones bajo cada monarca fueron colocadas ya en el siglo XVII.

¹¹⁰⁰ Término empleado por Juan Alonso de Almela en la descripción del espacio funerario, en 1594 (cit. en MARTÍN GÓMEZ: *op. cit.*, p. 97).

¹¹⁰¹ Es un dibujo a pluma, punzón y compás en tinta sepia sobre papel verjurado, restaurado bajo la coordinación de Patrimonio Nacional y el patrocinio de la Fundación Botín. Fue una de las piezas de la muestra “*Las trazas de Juan de Herrera*”, que tuvo lugar en las Salas de exposiciones temporales del Palacio Real de Madrid en 2001. Se atribuye a Juan Bautista de Toledo.

la cripta a la que aludimos¹¹⁰². Datado como decimos hacia 1572, el dibujo consiste en una circunferencia articulada por ocho pilastras e igual número de netos¹¹⁰³. Sin embargo, el carácter general de los planos no permitió a su autor indicar siquiera un modelo epigráfico, pero quedaba claro que el espacio verdaderamente útil para la colocación de los restos regios era excesivamente pequeño en proporción al actual, lo que hubiese dificultado sin duda la colocación de cartelas identificativas o inscripciones.

Nos parece difícil admitir que Felipe II dejase de concebir en algún momento el sistema sepulcral escorialense como cripta. Entendemos que una razón de peso hizo descartar el uso de naves laterales y centrales de la basílica para la ubicación de sarcófagos o enterramientos: ya durante la Edad Media, la profusión de sepulturas en espacios principales había ocasionado impedimentos de todo tipo a las ceremonias litúrgicas, dificultando el tránsito de los fieles en demérito del respeto debido a los difuntos. Es el caso del propio monasterio de las Huelgas Reales, en Burgos, de voluminosos sarcófagos repartidos por las tres naves que conforman la iglesia. La colocación de sepulcros en la basílica de San Lorenzo hubiese restado no solo perspectiva y visión desde todos los ángulos, sino que habría acabado por sustraer, en cierto modo, ese efecto de majestuosa memoria sepulcral de la monarquía de España que pretendió su fundador. No podemos entender la basílica de San Lorenzo en clave catedralicia, a pesar de la existencia de capillas laterales entre sus muros. La abundancia de ellas en El Escorial responde, al igual que las grandes catedrales medievales y renacentistas, a razones arquitectónicas: llenar el espacio comprendido entre arbotantes proporcionaba más espacio a su vez, además de responder plenamente a la concepción del templo católico como lugar de cultos múltiples favorecedor de devociones privadas: como hemos visto, los monarcas tuvieron especial inclinación por la intercesión de determinadas advocaciones marianas o el favor de los santos. Las capillas laterales del monasterio filipino no serían usadas, al menos durante la Edad Moderna, como altares privados y enterramientos de grandes familias, sino como auténticas excusas para la colocación de lienzos y retablos de canonizados de especial predilección del soberano o los más importantes miembros de la Corte, en número que alcanza los varios

¹¹⁰² Vid. *Las Trazas de Juan de Herrera y sus seguidores*, Madrid, 2001.

¹¹⁰³ Vid. BUSTAMANTE: *op. cit.*

centenares¹¹⁰⁴. No era el momento de maestros canteros para sepulcros, sino para pintores como El Greco o Ribera.

Para conocer el alcance del gran traslado de los restos regios dispuesto por Felipe II, en el otoño de 1586, de la iglesia vieja a aquellas primitivas criptas bajo el altar mayor de la basílica, contamos con dos documentos. Se trata de la cédula real que ordenaba la ejecución de los mismos y el acta de las ceremonias¹¹⁰⁵. Conservados en el Archivo General del Palacio Real de Madrid, muestran el alto rango ceremonial y protocolario que el monarca quiso dar a la inauguración del segundo emplazamiento mortuario, que denominamos a partir de ahora el panteón primitivo o cámaras intermedias, situado, como hemos visto, bajo el altar mayor de la basílica de San Lorenzo. También encontramos cumplida huella del acto en los escritos del P. Sigüenza, si bien de manera más genérica, en ocasiones casi telegráfica. En todo caso, queremos insistir en que los actos de traslado suponían un hito casi definitivo en la historia de los sistemas sepulcrales de la monarquía: algunos espacios funerarios preexistentes quedarían definitivamente desiertos, y otros perdían su carácter de sede mortuoria regia al menos temporalmente.

La cédula fue dictada el 18 de octubre de 1586, durante una de las Jornadas regias en El Pardo, a Mateo Vargas, secretario del soberano. De ella nos interesa destacar tres importantes notas: en primer lugar, la orden en sí del traslado, que afectaba –aunque solo mencionaba directamente el nombre de sus progenitores– a los dieciséis féretros que contenían los restos de sus familiares más cercanos de Felipe II, que habían sido colocados sucesivamente bajo el altar de la iglesia de prestado. Esto afectaba directamente a dos medidas jurídico-dinásticas de sentido inverso, de las que eran sujetos activos los religiosos de la comunidad jerónima: por un lado, se suprimía las ataduras legales que vinculaban a los restos regios en la iglesia vieja o de prestado, a cargo de los monjes. Por otro, llegaba por fin a su plenitud la cláusula incluida en la escritura de fundación del monasterio de 22 de abril de 1567, que no era otra que la que

¹¹⁰⁴ Una notable excepción fue la decisión personal de Alfonso XII de que los restos de su primera consorte, María de las Mercedes de Orleáns y Borbón (fallecida en 1878), no fueran trasladados al pudridero ni, posteriormente, al llamado panteón de reinas e infantes, sino que se habilitó un sepulcro temporal en la capilla temporal, en la nave de la epístola. La casi catorce décadas allí, hasta que en noviembre de 2000 sus restos fueron trasladados al enterramiento pensado tras su muerte, la catedral de Nuestra Señora la Real de la Almudena, en Madrid. Podemos afirmar así que esa experiencia de memoria sepulcral temporal en capilla lateral fue diseñada teniendo en cuenta la exclusión, por parte de su fundador, de emplear las capillas a los lados al catedralicio modo.

¹¹⁰⁵ AGP, Histórica, Fallecimientos y entierros, Caja 56. Expte. 13, *Cédula Real y testimonio de la traslación que se hizo de los cuerpos Reales que estaban depositados en la yglesia vieja a la bóveda de la yglesia principal la qual se hizo por mandado de su majestad el 3 de noviembre de 1586.*

hacía referencia a la obligación de custodia de los reales cuerpos colocados en una bóveda bajo el altar de la Capilla Mayor, una de las mismas razones de ser del templo escurialense, que se exponía en el texto con carácter no declarativo, sino constitutivo. Se trata, como estamos comprobando, de uno de los hitos religiosos, jurídicos y dinásticos de la memoria sepulcral regia en la Monarquía de España, que debe acompañar siempre a cada acercamiento a tan excepcional sistema sepulcral.

A continuación identificamos a los familiares de Felipe II que pasaron al panteón primitivo en la traslación de 1586, por orden cronológico de fallecimiento, indicando a el año del depósito de sus restos mortales en la cripta de la iglesia de *prestado*.

TABLA VI

**FAMILIARES DE FELIPE II SEPULTADOS ENTRE 1573 Y 1583
BAJO EL ALTAR DE LA IGLESIA VIEJA O DE *PRESTADO*,
POR ORDEN CRONOLÓGICO DE FALLECIMIENTO**

TODOS ELLOS DEPOSITADOS EN EL PANTEÓN PROVISIONAL EN 1586

PERSONA REAL	PARENTESCO	FALLECIDO	DEPÓSITO
Infante JUAN	hermano	1530	1574
Infante FERNANDO	hermano	1538	1574
Emperatriz ISABEL	madre	1539	1574
Princesa de Asturias MARÍA	primera esposa	1545	1574
Reina LEONOR de Francia	tía paterna	1558	1574
Emperador CARLOS V	padre	1558	1574
Reina MARÍA de Hungría	tía paterna	1558	1574
Príncipe de Asturias CARLOS	primogénito	1568	1573
Reina ISABEL	tercera esposa	1568	1573
Infante CARLOS LORENZO	hijo	1575	
Archiduque WENCESLAO	sobrino carnal y cuñado	1578	
Príncipe de Asturias FERNANDO	hijo	1578	
JUAN de Austria	hermano de padre	1578	1579
Reina ANA	cuarta esposa	1580	
Príncipe de Asturias DIEGO	hijo	1582	
Infanta MARIA	hija	1583	

Fuente: Actas de traslado a la iglesia de *prestado* (1573 y 1574) y a los panteones primitivos (1586).

Un primer acercamiento a los datos expuestos nos lleva a concluir el carácter provisional de los entierros reales durante el reinado que analizamos: de los dieciséis familiares de Felipe II citados, los restos mortales de tan solo cinco fueron conducidos a su sepultura en el nuevo recinto funerario en el mismo año de su muerte. Las esperas se prolongaron en algunos casos, sobre todo en los que fallecieron en primer lugar, a más de treinta y cinco años, una suerte de provisionalidad cuyo fin demuestra también – como una prueba más- la intención clara del monarca de constituir el sistema sepulcral dinástico definitivo para la Monarquía. El mantenimiento de espacios sepulcrales tan variados llevó aparejada la existencia de partidas presupuestarias; no podemos en absoluto caracterizar la economía de gasto como una causa definitiva de traslados, pero hay que constatar que, comparativamente, Felipe II, durante el primer tercio de su reinado, fue el monarca español que más dispersos tuvo a sus familiares difuntos por la geografía española. Ni siquiera la relativa cercanía, en fechas y lugares, en la muerte de tres hijos de Juana I en el transcurso de 1558, había supuesto que el emperador Carlos V y las reinas Leonor y María descansaran juntos, aunque fuera provisionalmente: Mérida, Yuste y Valladolid estaban en el oeste de la península, pero no especialmente bien comunicados a mediados del siglo XVI.

La segunda nota de la real cédula es la preocupación directa de Felipe II por detalles tan específicos como la colocación de los cuerpos “en la manera y por la orden que tengo dada”. El espacio de la pequeña cripta bajo el altar de prestado no permitía más que una sencilla alineación de los féretros de los adultos regios, mientras que los menores pudieron ser situados al fondo, perpendicularmente. Como veremos a continuación en el acta de la traslación, se incluyen referencias explícitas a la distribución espacial del panteón primitivo de la basílica, certificando el cumplimiento de las órdenes precisas del soberano.

Una tercera nota es la solemnidad del texto y el carácter imperativo de muchas de sus frases, de entre las que resaltamos, además de la referencia a la necesaria “decencia y respeto que se debe y conviene”, la orden de que se remitiese al fundador del monasterio el acta de lo ejecutado. Precisamente los usos incorporados por Felipe II en la conducción de restos y honores a la llegada a la basílica irían constituyendo un corpus de normas consuetudinarias que compondrían esa idea general de decencia y respeto específicos para la realeza española durante la Edad Moderna.

Mayor interés despierta el acta, un largo texto con las formalidades propias de la época, cuyo lenguaje jurídico –naturalmente, en aras de dar fe de lo ejecutado- no está

exento del carácter de informe, tal y como había indicado el rey. El traslado comenzó el lunes 3 de noviembre y se prolongó durante tres días, distribuyéndose en cada uno de ellos cinco, cinco y seis cajas mortuorias, respectivamente. Varias serían las causas que no pueden ser descartadas: primeramente, una indicación del monarca de la que no tuviésemos noticias, probablemente verbal, ya que no queda huella en la cédula y tendemos a pensar que no pudo quedar sin decidir, antes de la preparación del acto, el propio diseño temporal del mismo. La distribución de la salida de los cuerpos reales en tres tandas (en otros tantos días sucesivos) atendiendo a su posición dinástica podría arrojar alguna luz: el primer día salieron los del emperador Carlos V y la emperatriz Isabel, padres del fundador del monasterio; la reina Ana, cuarta esposa del monarca; la princesa María de Portugal, que había sido su primera consorte, y su primogénito, el príncipe de Asturias Don Carlos. Al día siguiente se llevó a cabo el traslado de la reinas Isabel, tercera consorte del rey; María de Hungría y Leonor de Francia y Portugal, hermanas del emperador; el archiduque Wenceslao, sobrino de Felipe II, y Juan de Austria¹¹⁰⁶, el hijo natural de Carlos V. La tercera jornada concluyó con el traslado de seis cajas de niños, correspondientes a cuatro infantes, Juan y Fernando -hermanos del monarca- y Carlos Lorenzo y María -hijos de Felipe II-, además de otros dos príncipes de Asturias, nacidos del cuarto matrimonio del rey, Fernando y Diego. El orden en la salida no parece responder plenamente a una estructura protocolaria de carácter absoluto; el diseño de precedencias no parece atender a una jerarquía o dignidad, en antigüedad biológica o en derechos de sucesión al trono. Quizá pudo responder al orden de colocación tanto en el espacio de salida como en el de destino.

La organización de los actos y de la procesión, en la que se unían religiosos del coro y colegio, aporta datos más concluyentes: que la comunidad entera participase acompañando el cortejo fúnebre debió condicionar la distribución de los espacios de salida y llegada de los féretros, que salieron por el claustro que rodea el Patio de los Evangelistas. Probablemente, el estrecho acceso al panteón primitivo bajo el altar

¹¹⁰⁶ SIGÜENZA (p. 56) da testimonio de una visita que Juan de Austria realizó al monasterio. Visitó la comunidad de los monjes y adoró muchas de las reliquias. Entendemos que necesariamente pasó a la Iglesia de prestado, en cuya cripta se guardaban desde hacía aproximadamente un año los restos de su padre, Carlos V. El mismo espacio sepulcral acogería sus restos casi cinco años después, aunque probablemente Juan de Austria no reflexionó sobre esa posibilidad. A su muerte en Namur (Flandes) el 1 de octubre de 1578, a los treinta y tres años de edad, sus restos fueron conducidos provisionalmente a la catedral de la ciudad. Felipe II ordenó al Maestre de Campo Gabriel Niño que se encargase de su traslado –realizado de modo secreto hasta su llegada al monasterio segoviano de Parraces-, donde se unió al cortejo el Obispo de Ávila y se le condujo al Monasterio de San Lorenzo de manera oficial. Sus restos, como hemos referido, fueron depositados en la iglesia de prestado el 24 de mayo de 1579.

principal de la basílica aconsejó repartir la conducción, y se entendió que el rezo de responsos en cada ocasión aportaba solemnidad en actos de profunda significación litúrgica. Todo ello sin olvidar la propia extensión de la iglesia vieja, en la que difícilmente debió ser posible la permanencia de más de cinco o seis ataúdes con un mínimo aparato litúrgico (cirios o túmulos de madera) y el elevado número de monjes que debieron estar presentes. Nos inclinamos más bien por esta última interpretación de fundamento espacial y escénico.

El protagonismo de la comunidad jerónima del monasterio es sin duda una de las claves del ceremonial al que hacemos referencia. El acta del traslado de 1586 es una primera y sólida configuración de su papel durante toda la Edad Moderna, como depositaria de una importante porción física, y en gran medida espiritual, de la construcción de la imagen funeraria perpetua de la monarquía de España. Aquél 3 de noviembre, el prior dio orden “para que se juntase el convento”, uniéndose también los religiosos del colegio. Su presencia no fue, en absoluto, meramente testimonial, aunque la real cédula fuera leída primero ante el prior y varios monjes y, posteriormente, de nuevo ante todos los presentes. El acta indica que la comunidad se configura como sujeto activo y protagonista de las honras fúnebres y exequias regias, no tanto como meros testigos, sino como órgano colegiado presente en actos de tan singular simbolismo. La comunidad cumple aquí una función religiosa con perfil jurídico, se trata de obligación, sí, pero no una más, sino un deber principal que justifica en gran medida su propia presencia en las faldas del Abantos. Los religiosos no se reunieron solo en la procesión de conducción de los restos, sino que por tres veces, tras otras tantas traslaciones de féretros, como hemos visto, acudieron a la basílica principal para celebrar oficios fúnebres ante un túmulo instalado en ella. Se trata de una de las primeras huellas documentales a las que hacemos referencia en el presente trabajo de la costumbre de instalar túmulos en basílicas, iglesias y capillas de conventos con objeto de honrar la memoria de los monarcas y sus familiares fallecidos, con motivo de la cual se desplegará, en los siglos posteriores, un auténtico género de arquitectura efímera al que hemos hecho abundante referencia, tanto en su carácter de construcción datable cronológicamente como en su calidad de símbolo de la memoria fúnebre regia.

El acta contiene además un dato de gran utilidad, que fija históricamente la denominación del primer espacio sacro dedicado a panteón regio en el monasterio, aquel espacio que hoy conocemos como iglesia antigua o de prestado. Prueba de que este era el nombre usado en la comunidad jerónima y entre el personal cortesano

destinado en el monasterio son las referencias que hace el acta a que el traslado de los cuerpos se realizó desde “la capilla donde se han celebrado los oficios divinos de prestado entretanto que se acababa la Iglesia principal”, o, en dos ocasiones más, con el más claro término de “la iglesia de prestado”. Lo cierto es que no fueron esas las expresiones empleadas en la real cédula, en la que el texto del rey indica que los ataúdes “se pasen y trasladen de donde ahora están”, mientras que en la referencia final del texto escrita por Mateo Vargas, figura que la orden se dictó para que “se muden de donde ahora están”. En cambio, la carta del 22 de enero de 1574, en la que Felipe II se dirige al Vicario del convento, en ausencia temporal del prior, para ordenar lo oportuno en torno a la llegada de los restos de sus padres, contiene una muestra del uso por parte de Felipe II del término: “he mandado trasladar y depositar en la iglesia de prestado de ella...”. Era una carta, lo que denota que aunque el término se usara en la primera época del monasterio en el ámbito coloquial, el propio fundador lo incluyó entre su vocabulario. Sin duda la cuestión principal no era la definición del lugar provisional del sistema sepulcral, sino la creación de otro, tema que alcanza gran relevancia en la historiografía sobre arquitectura y arte del Monasterio.

El detallado análisis que estamos realizando sobre tan importantes documentos no puede dejar de incluir un estudio sobre la identificación de los restos regios, una de las cuestiones clave, como hemos señalado, entre los aspectos formales de los sistemas sepulcrales. Fue misión de Juan de Ibarra, como indica el acta que firmó, comprobar que los distintos ataúdes correspondían a los parientes de Felipe II. El medio empleado no fue otro que leer lo escrito sobre cada uno de ellos: “parece por lo que está escrito en unos pergaminos que están fijados con clavos en los dichos ataúdes...”. Probablemente los nombres estaban consignados en latín.

En su calidad de notario de la triple ceremonia no creyó necesario, dada la seguridad que ofrecían las cerraduras cerradas con llave y el carácter seguro de la cripta, a pocos metros del propio Cuarto Regio, abrir los féretros. Pero se produjo una excepción en el de la infanta María (1580-1583), la última hija de Felipe II y Ana de Austria. El pequeño ataúd no llevaba pergamino ninguno, pero tampoco quedaron huellas de que fuera abierto; “en otro ataúd que está cubierto con tela de plata con cruz de raso carmesí que no tiene ningún escrito sobre él dijeron que está el cuerpo de la señora Infanta Doña María”. Con mucha seguridad, muchos de los presentes habían presenciado su entierro hacía solo tres años, y recordarían hasta el lugar de su

colocación en la cámara, sin contar con que, por eliminación y tamaño, la caja tenía que corresponder a la niña¹¹⁰⁷.

Si Juan de Ibarra hubiese abierto el ataúd de la reina Isabel de Valois o el del príncipe Don Carlos hubiese encontrado dos pergaminos colocados en su interior el 7 de junio de 1573, cuando fueron las primeras cajas mortuorias introducidas en la cripta de prestado¹¹⁰⁸. Hasta en los propios medios de identificación sepulcral encontramos claras confirmaciones de pertenencia dinástica y presencia histórica en la monarquía, con indicaciones de procedencia genealógica y dataciones cronológicas. Como veremos en epígrafes posteriores, el sistema de identificación sufrió algunas variaciones posteriormente, tanto en el momento de ingreso en el llamado pudridero como en el traslado de los restos a las urnas definitivas, que hacían en todo caso necesario la apertura de las cajas. En todo caso, podemos establecer como regla cierta y uniforme

¹¹⁰⁷ La lectura de los datos del acta de la traslación permiten, a nuestro entender, aportar luz sobre el debate de la identidad del lienzo descrito como “*Retrato de una Infanta muerta*”, un anónimo español conservado en el madrileño monasterio de las Descalzas Reales. La hija del rey aparece con una guirnalda sobre la cabeza y una cruz en las manos, tendida en un féretro abierto de exterior de color oscuro, lo que permitiría descartar, como hemos comprobado en la Tabla IV, que fuera la menor de las hijas de Felipe II, como se ha indicado en ocasiones. La pieza formó parte en 1998 de la exposición “Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica”, celebrada precisamente el claustro del patio de los Evangelistas, las Salas Capitulares y la Iglesia de prestado del monasterio de San Lorenzo, donde no llegaron a estar enterrados los restos de aquella Infanta, fuera quien fuere. En el catálogo de dicha muestra, se indica que bien pudo ser una hija de Felipe III, fallecida en 1603, señalando la posibilidad de atribuirlo a Juan Pantoja de la Cruz. En todo caso, el texto subraya acertadamente el valor del retrato, donde aparece la niña amortajada durante la velación de sus restos en las horas anteriores a ser conducida a San Lorenzo, y constituye un indicio claro del ceremonial y usos funerarios cortesanos de principios del siglo XVII. MARTÍNEZ CUESTA, Juan: “Retrato de una infanta muerta”, en *Felipe II. Un monarca y una época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 516. Dando por cierto la datación cronológica de personaje y lienzo, debemos concluir que efectivamente se trata de la Infanta María, segunda hija de Felipe III y Margarita de Austria, que nació y murió en Valladolid en 1603. No llegó a vivir treinta días, pues habiendo venido al mundo el 1 de febrero, lo abandonó el 1 de marzo. No es posible que se trate de otra pequeña Infanta malograda, fallecida en 1617, pues esta murió en a los siete años, superando claramente la edad de la pequeña difunta del retrato.

¹¹⁰⁸ Para cualquier análisis de ambos textos debemos tener en cuenta que se trata de escritos preparados para identificar a quienes acompañan, con vocación de desaparición visual al ser colocados en el interior de los féretros: “En este ataúd está la Reina doña Isabel, tercera mujer del Rey don Felipe nuestro señor, segundo de este nombre; fue hija de Enrique segundo y de doña Catalina de Médicis, Reyes de Francia, la cual murió en la villa de Madrid en la casa Real a 3 de octubre, víspera del bienaventurado San Francisco, año mil y quinientos sesenta y ocho. Fue depositado su cuerpo en el monasterio de las Descalzas, y de allí fue trasladado a este monasterio de San Lorenzo el Real, a 7 de junio de 1573”. “En este ataúd está el cuerpo del serenísimo Príncipe don Carlos, hijo primogénito del muy Católico Rey don Felipe II de este nombre, nuestro señor, fundador de este monasterio de San Lorenzo el Real, hijo de la Princesa doña María, su primera mujer, el cual murió en la villa de Madrid, en el palacio Real, vigilia del Apóstol Santiago, a veinte y cuatro días del mes de julio de mil y quinientos sesenta y ocho, a los veintitrés años de edad; nació el 9 de julio de 1545 en la Villa de Valladolid; fue depositado su cuerpo en la dicha villa de Madrid, en el monasterio de monjas de Santo Domingo el Real, y de allí trasladado a este monasterio de San Lorenzo el Real, por mandado del mismo Rey su padre, a 7 de junio de mil y quinientos setenta y tres” (SIGÜENZA: *op. cit.*, p. 46). Para cualquier análisis de ambos textos debemos tener en cuenta que se trata de escritos preparados para identificar a quienes acompañan, con vocación de desaparición visual al ser colocados en el interior de los féretros.

que, salvo disposición en contra o circunstancia de especial relevancia, cualquier traslado de restos regios traía consigo la necesidad de identificación de los mismos, fuesen de soberanos o príncipes e infantes. No nos referimos en esta ocasión únicamente a los traslados de sepulcros provisionales a los definitivos, sino más concretamente a la llegada de las personas reales al monasterio. Lo jurídico y testimonial de una porción determinada y muy concreta de la ceremonia fúnebre como era el aseguramiento de la identidad de los restos –generalmente recogida con detalle en las correspondientes actas conservadas-, se unía al respeto propio de la identidad regia de los cuerpos. A la leyenda del triste reconocimiento del cadáver de la emperatriz Isabel por parte del duque de Gandia, futuro san Francisco de Borja, al llegar a Granada, y su romántica frase sobre futuros servicios a señor que no se le pudiese morir, añadimos ahora el dato cierto, recogido por Sigüenza en sus crónicas de la fundación del monasterio escurialense, de que Felipe II, a la muerte de su cuarta y última consorte, Ana de Austria, envió desde Badajoz, en octubre de 1580, junto a la comitiva del cadáver de la recién fallecida, su camarera mayor, la condesa de Paredes, y a la condesa de Barajas, para que al tiempo de la entrega a la comunidad monástica atestiguaran la identidad de la soberana fallecida, con el fin de que no fuesen caballeros quienes tuviesen que descubrir el velo que cubría su rostro¹¹⁰⁹. Un rasgo de delicadeza protocolaria y simbólico respeto del rey por quien sería la madre de su sucesor.

El traslado de los primeros dieciséis cuerpos desde la iglesia de prestado al primitivo panteón bajo la basílica hizo necesaria la adopción de unos criterios provisionales de distribución espacial. Básicamente, ésta se realizó como exponemos en la siguiente tabla:

¹¹⁰⁹ SIGÜENZA: *op. cit.*, p. 96. Lo cierto es que la presencia de las ilustres damas no significó que no presidieran el cortejo el propio Obispo de Badajoz, ciudad en la que se produjo la inesperada muerte de la reina, el arzobispo de Toledo e inquisidor general, Quiroga, y el duque de Osuna. La dignidad de los acompañantes de féretro de monarcas no decaería en los siglos posteriores.

TABLA VII

**DISTRIBUCIÓN DE LOS RESTOS REGIOS EN EL PANTEÓN PRIMITIVO
BAJO EL ALTAR MAYOR DE LA BASÍLICA DE EL ESCORIAL
EN NOVIEMBRE DE 1586**

REAL PERSONA	SEPULTURA PANTEÓN PRIMITIVO
Emperador CARLOS V Emperatriz ISABEL Reina ISABEL Reina ANA Reina MARÍA de Hungría Reina LEONOR de Francia y Portugal Princesa de Asturias MARÍA Príncipe de Asturias CARLOS	<i>sobre unos bancos de madera que están puestos a la mano izquierda como se entra</i>
Príncipe de Asturias FERNANDO Príncipe de Asturias DIEGO Infante CARLOS LORENZO Infanta MARÍA	<i>todos cuatro juntos en un arco que está en medio de la bóveda a la mano derecha</i>
Infante JUAN Infante FERNANDO	<i>en otro arco a la mano izquierda, junto a los ataúdes del Emperador y Emperatriz nuestros señores sus padres</i>
Archiduque WENCESLAO	<i>el primer arco que está a la vuelta de la dicha bóveda al cabo de ella</i>
JUAN de Austria	<i>a la entrada de la bóveda en el primer arco frontero de la puerta</i>

Fuente: Acta del traslado de los restos a la bóveda bajo el altar mayor de la basílica (1586).

En esta ocasión hemos podido detectar gradación protocolaria, atendiendo a la relevancia personal de quienes fueron depositados. La colocación principal de los monarcas, las consortes y el primogénito heredero de Felipe II en lugar destacado responde a criterios lógicos de dignidad y relevancia histórica y dinástica, mientras se optó por la agrupación de infantes hermanos o la individualidad de los restantes personajes. Pero las decisiones tomadas por el monarca buscaban sin duda también respetar el testamento de su padre, que pidió ser enterrado con medio cuerpo bajo el sacerdote que oficiara las eucaristías:

“(…) yo ordeno y mando que, en caso que mi enterramiento haya de ser en este dicho monasterio [Yuste], se haga mi sepultura en medio del altar mayor de la dicha iglesia y monasterio en esta manera: que la mitad de mi cuerpo hasta los pechos, esté debajo del dicho altar; y a otra mitad de los pechos a la cabeza, esté fuera de él, de manera que cualquiera sacerdote que dijere misa, ponga los pies sobre mis pechos y cabeza”.

Queremos insistir en el carácter condicional de aquellas voluntades de Carlos V, pues finalmente no reposó en Yuste. En todo caso, las expresiones del acta que explican la distribución denotan la provisionalidad no solo de los emplazamientos sino del propio mausoleo regio, ya que se habla incluso de bancos de madera sobre los que se colocaron las cajas, demostrando que no debieron concluirse, al menos de momento, obras ningunas de albañilería o tabiques sepulcrales. Y otro dato más: se reservaron en ese momento dos espacios –incluso parece ser que con sus correspondientes cajas- para el propio Felipe II y su hermana, la emperatriz María que, viuda de Maximiliano II de Alemania regresó a España, donde residió hasta su muerte¹¹¹⁰. Sabemos por el embajador imperial en Madrid, Khevenhüller, que acudía a diario a las Descalzas Reales a visitarla, que la emperatriz pasó el verano de 1584 en El Escorial, huyendo del calor de la capital¹¹¹¹. No es extraño que dada su personalidad quisiera visitar, estuviera en el estado en el que estuviesen, las cámaras de depósito de los restos de sus padres. No podemos descartar que albergase en aquél momento la idea de ser enterrada allí, sino en el monasterio de las Descalzas. No contamos con prueba en ese sentido.

¹¹¹⁰ María de Austria fue enterrada en el Monasterio de las Descalzas Reales, lugar en el que falleció en 1603. Su decisión de ser enterrada en el cenobio es una nueva muestra del carácter no obligatorio del sistema sepulcral escurialense entre las propias hermanas de Felipe II.

¹¹¹¹ KHEVENHÜLLER, Hans: *Geheimes Tagebuch, 1548-1605*, Graz, 1971, pp. 136-1039, cit. en SÁNCHEZ, Magdalena: “Mujeres, piedad e influencia política en la corte”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, VISCEGLIA, María Antonietta (dir.): *La monarquía de Felipe III*, Vol. 3, p. 149.

Nuestro acercamiento a la profusión de datos históricos que aportan los documentos del otoño de 1586 concluye con la consideración al túmulo que se preparó en la basílica, junto al que acudieron los frailes en aquellos tres días para celebrar oficios litúrgicos. Hemos repetido que se trataba no de un primer entierro sino de traslación de cadáveres de una cámara al panteón primitivo: hace aparición ese singular medio conmemorativo para honras, con profundo sentido de sufragio dinástico, que hemos analizado, si bien como rito de sustitución, pues el féretro no estaba presente en las exequias. En la ocasión a la que hacemos referencia, juzgamos que el monumento funerario, donde los elementos ornamentales cobraban especial significado, no actuó como mero centro para el recuerdo de los dieciséis fallecidos regios, sino como símbolo unitario del comienzo de uso de la bóveda intermedia como nuevo –pero provisional– espacio para el gran sistema sepulcral de la monarquía.

Entre noviembre de 1586 y la muerte de Felipe II no entró cuerpo alguno en el panteón regio, pero la basílica de San Lorenzo siguió acogiendo aniversarios de los distintos miembros de la Familia Real allí sepultados. Sigüenza consigna que se celebraban

“(…) cada día tres misas cantadas: la del alba, que ofician los niños del seminario por el Rey [Felipe II] para que siempre fuese como por patrón; la de prima, por todos los Reyes difuntos que aquí están enterrados y personas reales; la tercera y la mayor, por el convento y todas las personas reales que viven”.

Incluimos en el análisis del reinado que estamos concluyendo una excepción dinástica. A lo largo de la Edad Moderna, fueron tres las soberanas consortes españolas que fallecieron fuera de la península; la primera de ellas, y la única en los siglos XVI y XVII, fue María Tudor (1516-1558), segunda esposa de Felipe II. Nunca hubiera sido factible su traslado a El Escorial, por su condición de soberana propietaria de Inglaterra. No pisó la tierra de su madre, Catalina de Aragón, la menor de las hijas de los Reyes Católicos. Sus malas relaciones con su hermanastra y sucesora, Isabel I, siguen presentes incluso en el modo en que fue sepultada: ambas soberanas, muertas sin sucesión, fueron enterradas en la abadía de Westminster¹¹¹², pero sobre la tumba, exenta

¹¹¹² El templo contiene una de las mejores muestras de sistema sepulcral libre o abierto, perfecto y mixto. Libre, ya que no hubo en Gran Bretaña, como en los reinos hispánicos, norma jurídica alguna que vinculase a los monarcas a la hora de su enterramiento, aunque los restos de al menos diez reyes de Inglaterra descansan entre sus muros. Ciertamente debemos caracterizarlo como perfecto, pues contiene los elementos necesarios que le vinculan con la presencia de memoria dinástica sepulcral de la Monarquía

y bajo un baldaquino sostenido por diez columnas de mármol negro, solo se colocó la estatua yacente de Isabel¹¹¹³. El 15 de abril de 1587, se celebraron honras y exequias por María Estuardo, reina de Escocia, sobrina política del monarca por serlo de María Tudor, considerada mártir de la fe católica tras su ejecución ordenada por Isabel I. Un anillo que le perteneció pasó a ser conservado entre las reliquias del monasterio. También por Catalina de Médicis, la que fuera madre de Isabel de Valois, por cuya alma se celebró funeral el 23 de marzo de 1589 en la real basílica. Honras fúnebres también para soberanos extranjeros, desde los orígenes del monasterio...

En esos trece años a los que hemos hecho referencia, entre el gran traslado y el óbito del fundador, la colocación de ataúdes fue respetada, pero un cronista de los últimos días de Felipe II afirma que, próximo a su muerte, el rey mandó secretamente abrir la caja con los restos de su padre para comprobar cómo estaba amortajado, pues deseaba que con él se hiciera como con el emperador¹¹¹⁴. Felipe II murió al amanecer del 13 de septiembre de 1598. Días antes había mandado hacer su ataúd –con madera que había pertenecido a un galeón portugués que llevaba embarrancado dos décadas en el puerto de Lisboa-, que ordenó fuese introducido en otro de plomo. Su cuerpo fue velado en la sacristía por los moneros de Espinosa y los religiosos, y conducido al día siguiente a la bóveda intermedia. La pesada caja se colocó en el espacio reservado entre el Carlos V y la Reina Ana¹¹¹⁵.

inglesa. El adjetivo mixto parece a todas luces insuficiente: se mezclan dinastías medievales y modernas, sin que tengamos pruebas de que en su origen fuera concebido como titular; en todo caso, no son solo reyes o príncipes los enterrados en él. En la abadía de Westminster hay políticos británicos, músicos o escritores. De muchos de ellos, ni siquiera se condujo el cuerpo, sino se colocaron memoriales.

¹¹¹³ El protagonismo de su hermanastra en la tumba es también de carácter epigráfico, como reza la gran inscripción en letra dorada sobre mármol negro: “MEMORIAE AETERNAE // ELIZABETE ANGLIAE FRANCIE, ET HIBERNIAE // REGINAE R. HENRICI VIII FILIAE. R. HEN VII NEPTI. R // ED III PRONEPTI. PATRIAE PARENTI RELIGIONIS // ET BONARVM ARTIVM ALTRICI PLVRIMARVM // LINGVARVM PERITIA PECLARIS TVM ANIMI // TVM CORPORIS DOTIBVS REGVSO VIRTVTIBVS // SVpra SEXVM PRINCIPI // INCOMPARABILI // JACOBVS MAGNAE BRITANIAE, FRANCIE ET // HIBERNIAE REX, VIRTVTVM, ET REGNORVM // HAERES, BENE MERENTI PIE // POSVIT”. La presencia de los restos de quién fue también reina consorte de España se infiere únicamente de la inscripción cuyo texto, repartido en las dos cartelas de mármol situadas en la cabecera del mausoleo, reza así: “REGNO CONSORTES // & VRNA HIC OBDOR // MIMVS ELIZABETHA // ET MARIA SORORES // IN SPE RESVRREC= // TIONIS”. La decisión de enterrar a ambas fue sin duda parte del precio pagado por Jacobo I por alcanzar el trono inglés, tras las turbulencias de la segunda mitad del siglo XVI. Por eso, no extraña que posteriormente se colocase, a ras de suelo y al pie del templete, una lápida, esta vez en mármol blanco, cuyas letras en negro aclaran que: “NEAR THE TOMB OF // MARY AND ELIZABETH // REMEMBER BEFORE GOD // ALL TOSE WHO // DIVIDED AT THE REFORMATION // BY DIFFERENT CONVICTIONS // LAID DOWN THEIR LIVESFORD // CHRIST AND CONSCIENCE SAKE” (Transcripciones del autor).

¹¹¹⁴ Cit. en MARTÍNEZ GIL: *Muerte y sociedad...*, p. 618. Como veremos, antecedente del acaecido a finales del reinado de Carlos II.

¹¹¹⁵ SIGÜENZA: *op. cit.*, p. 119. Se trata de escritos terminados en 1602, casi cuatro años después del comienzo del reinado de Felipe III. Las consideraciones hechas a las reinas de Escocia, Inglaterra y

6.4. Los cenotafios del altar mayor como antesala funeraria e imagen dinástica.

Es cenotafio aquél monumento funerario que se ubica en lugar distinto al propio enterramiento, pero íntimamente relacionado con la muerte e imagen del finado, convertido en representación conmemorativa. Su origen está en el propio siglo XVI, cuando los usos sepulcrales impondrán su separación (generalmente, por motivos arquitectónicos) del sarcófago, que podía colocarse en una cripta (bajo el propio cenotafio) o sobre la propia imagen o inscripción, de forma que el conjunto asemejase a un retablo. No es posible clasificar los cenotafios del altar mayor escurialense como proyectos esculturales y epigráficos desligados del Panteón de Reyes. Podríamos afirmar que fueron realizados con independencia respecto de la obra principal del sistema sepulcral que, como estamos comprobando, quedó inacabada a la muerte de su impulsor primero. En todo caso, los conjuntos orantes a izquierda y derecha del retablo del altar mayor y las leyendas que se ubicaron tras ellos son hoy interpretados y valorados juntamente con el mausoleo. Arquitecto y escultor, Juan de Herrera y Leone Leoni, quisieron completar la majestuosidad del gran retablo principal de la basílica, obviamente reservado para imágenes divinas y de santos canonizados, con dos grupos de reales personas en perpetua oración, resolviendo de un plumazo las posibles cuestiones de protagonismo y precedencia dinástica. Para el emperador y allegados, el lado del Evangelio. Para Felipe II y los suyos, el de la Epístola.

En 1588, temiendo no ver terminado los dos grupos en vida, Felipe II ordenó que fuesen vaciados en yeso, y que esos primeros ensayos se ubicasen en los lugares destinados a los bronce definitivos para comprobar al menos cómo resultarían en el conjunto. Al ser dorados y decorados con las armas reales por pintores como Pantoja de la Cruz, Juan Gómez, Nicolás Granello y Fabricio Castello, los acabados provisionales dieron una impresión tan majestuosa como la actual¹¹¹⁶. Como temía el rey, los

Francia deben ser entendidas en el marco de las relaciones políticas del momento: aún no había fallecido la soberana británica ni había accedido al trono Jacobo I, monarca que al principio mostró mayor acercamiento hacia España. En ese momento, el fracaso de la Armada Invencible estaba aún muy presente en la memoria de cronistas. En cuanto a Francia, los textos de SIGÜENZA aluden también a la muerte de Enrique III a manos de un monje fanático (1589), aunque expresa que no se le celebraron memorias por orden de Felipe II, lo que según el jerónimo responde a su conducta hostil hacia distintos líderes católicos franceses. Vemos aquí una buena muestra de que las relaciones políticas y religiosas del convulso XVI afectaron notablemente a los usos ceremoniales funerarios colaterales, los correspondientes a dinastías cercanas.

¹¹¹⁶ SEPÚLVEDA, Fray Jerónimo de: *Historia de varios sucesos desde el año 1584 hasta el de 1603*, cit. en ZARCO CUEVAS, Beato Julián: *Documentos para la Historia del Monasterio de El Escorial*, Madrid, 1924, Tomo IV, cap. VI, p. 72.

definitivos llegaron tarde. Hasta 1597 no se colocó el grupo definitivo de Carlos V. Y el de Felipe II fue instalado en 1600, fecha de auténtica culminación de la tradición hispánica de representar al finado en actitud orante, posición en la que aparecen todos los retratados de ambos grupos¹¹¹⁷; figuras de bronce junto a reclinatorios de mármol alabastrino. Son dos quintetos en oración situados en los intercolumnios centrales, a ambos lados del altar mayor de la basílica. Dos espacios vacíos a ambos lados de cada uno destacan su presencia, pero las columnas contribuyen a una cierta sutileza simbólica. La explicación artística reside en la armonía del conjunto, la histórica se contiene en las mismas inscripciones, que marcan una suerte de tutelaje regio y dinástico de las primeras generaciones Austria no solo sobre las siguientes, sino prolongándose de forma majestuosa –entonces sin saberlo- también sobre las Borbones. Porque, elevados sobre el resto de los mortales, miran en adoración al Sagrario, una posición intermedia, conscientes de una posición de absoluta primacía en el orden ceremonial en el interior del templo, pero ansiando incorporarse al orden sobrenatural que significaría su ingreso en el cielo que describe el retablo. La disposición del cenotafio es todo un prólogo para quien se acerque a los panteones, una parada imprescindible para entender la dualidad del cuerpo físico y el cuerpo espiritual en la concepción de una monarquía cristiana, en la que la pedagogía del programa iconológico era y es fundamental.

La actitud orante de todos los representados, a la que hemos hecho mención, no es en absoluto una mera cuestión estética, ni puede ser considerada desde razonamientos únicamente religiosos de reverencia y adoración. Nos atrevemos a traer aquí una categórica reflexión de Lisón Tolosana, que a partir de la experiencia de Carlos V y Felipe II ante las Cortes de Aragón establece firmes conclusiones sobre el valor del gesto regio de ponerse de rodillas¹¹¹⁸. Según el historiador, cuando el entonces Carlos I acude a la Seo de Zaragoza para jurar los fueros de Aragón, en 1518, le ofendió especialmente tener que hacerlo *arrodillado* ante el Justicia de Aragón, que permaneció

¹¹¹⁷ En el lado del Evangelio, Carlos V, su esposa la emperatriz Isabel, su hija la emperatriz María (cuya presencia ceremonial no debe hacernos olvidar que es la única del conjunto que no fue sepultada en el monasterio escorialense) y sus hermanas, las reinas María de Hungría y Leonor de Francia y Portugal. En el lado opuesto, Felipe II, junto a tres de sus esposas: María de Portugal, Isabel de Valois y Ana de Austria, así como el príncipe de Asturias don Carlos.

¹¹¹⁸ LISÓN TOLOSANA, Carmelo: *La imagen del Rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias. Discurso de recepción del acaémico de número Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana y Contestación del Excmo. Sr. D. Salustiano del Campo Urbano. Sesión del 4 de febrero de 1992. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid, 1991, p. 33. El autor supone que Carlos V debió comparar el acto con “la apoteosis” de su coronación en Bolonia. Y nosotros apuntamos que muy probablemente puso compartir esa impresión con su heredero, el futuro Felipe II.

en pie; enfrente de los representantes de las Cortes y *a espaldas* al retablo del altar mayor. No podía volver a suceder. Su Majestad Católica solo podía arrodillarse ante Dios. Y Felipe II, además de demorar su juramento aragonés hasta 1563, no visitó Aragón sino de forma breve en 1565. No hay constancia documental directa de que se escogiera por estos hechos una posición orante para la representación dinástica en los cenotafios escorialenses, lo que no impide en absoluto relacionar la conciencia absoluta de dignidad soberana de ambos monarcas con la forma de representación escogida.

No hemos podido averiguar, dudando de la existencia de huella escrita, el motivo de Felipe II para la exacta selección de los miembros de la Familia Real (y no a otros igualmente coetáneos) que figuran en ambos grupos escultóricos. No llama excesivamente la atención la ausencia de María Tudor, segunda esposa del monarca, que desde 1603 compartió sepulcro en Westminster con su hermana Isabel I. Consorte, pero soberana de otro país, reina de otra dinastía. Tampoco se representó a los otros tres hijos del soberano que alcanzaron la dignidad de Príncipes de Asturias, fallecidos con corta edad. Al tiempo de colocación de las estatuas, entre 1599 y 1600, a la anciana emperatriz María de Alemania le quedaban cuatro años de vida: pudo comprobar o, al menos, apostamos a que sin duda fue informada de que era el único miembro vivo de la dinastía, alto honor en bronce dorado, que podía verse en los conjuntos escultóricos.

El valor simbólico de los cenotafios es clave aún décadas antes de la conclusión del Panteón de Reyes: nada de lo funerario que supone San Lorenzo puede entenderse sin ellos¹¹¹⁹. Incluso un dato es definitivo para la historia del Arte: la colocación de los cenotafios supone la consagración definitiva de la escultura orante como género de memoria sepulcral, que había comenzado a introducirse en España en la primera mitad del siglo XV: la colocación del personaje representado no era en absoluto baladí. Felipe II podría haber optado por estatuas yacentes, en paz, símbolo de una buena muerte, aceptada y sufrida con devoción. Pero primó la actitud orante activa, mucho más eficaz en aras a la prolongación de la imagen funeraria regia de la Monarquía Católica que encarnaron. Quizá, como recuerda Alvar Ezquerro, los orígenes de la composición, basada en toda una familia imperial y real arrodillada, bien pueden basarse también en el gran lienzo que Carlos V encargó a Tiziano en 1550 y se llevó con él para contemplar

¹¹¹⁹ MORENO Y GIL DE BORJA, Luis, MARQUÉS DE BORJA: *Panteones de Reyes y de Infantes en el Real Monasterio de El Escorial*, Madrid, 1909. El estudio, publicado como suplemento de *La Ilustración Europea y Americana*, fue realizado por el autor en su calidad de intendente general de la Real Casa y Patrimonio de la Corona. Se trata de una de las mejores aproximaciones al entorno histórico y artístico realizado hasta la fecha de su edición.

en Yuste¹¹²⁰: *La Trinidad*, conocido también como *La gloria* o *El Juicio Final* (como es citado en el codicilo del emperador). El poder simbólico del cuadro es tal que al redactar el documento en el monasterio, el soberano dispone:

“Si mi enterramiento hubiere de ser en este dicho monasterio; se haga, en el altar mayor de la iglesia de él, un retablo de alabastro o mármol y de medio relieve del tamaño que parecerá al rey y a mis testamentarios y conforme a las figuras de una pintura mía, del Juicio Final, de mano de Tiziano [...] y asimismo se haga una custodia de alabastro o mármol, conforme a lo que fuere el dicho retablo, a la mano derecha de dicho altar, tan alta que para subir a ella haya hasta cuatro gradas, para donde esté el Santísimo Sacramento y que para a los dos lados de ella se ponga el bulto de la emperatriz y el mío, que estemos de rodillas con las cabezas descubiertas y los pies descalzos, cubiertos los cuerpos con sendas sábanas del mismo relieve que los bultos con las manos juntas...”

Felipe II no cumplió las últimas voluntades paternas en lo referido a las sábanas que su padre pidió para cubrir la representación de los cuerpos orantes, pues ricos mantos lucen hoy en el altar escurialense. Tampoco el impulsor de San Lorenzo consintió que sus progenitores apareciesen descalzos. Pero respetó íntegramente el deseo de un emperador que quiso permanecer “de rodillas y con la cabeza descubierta”.

La interpretación del sentido de las inscripciones marca no solo la consecución de un sistema sepulcral perfecto, sino la conciencia más depurada de majestad regia y protagonismo histórico¹¹²¹. Nos preguntamos si son *epitaphia* o *mandata*. Se trata sin

¹¹²⁰ En el cuadro, de 3,5 x 2,5 m., actualmente en el Museo Nacional del Prado, aparecen tanto Carlos V como sus hermanas y su esposa, Isabel de Portugal y sus hijos, sobre nubes, vestidos de blanco, ante la Trinidad, que es el punto de fuga de todas las perspectivas del grupo y de todos los restantes de la composición. ALVAR EZQUERRA: *La Emperatriz Isabel y Carlos V: Amor y Gobierno en la corte española del Renacimiento (1503-1539)*, Madrid, 2012, p. 430.

¹¹²¹ Las leyendas del cenotafio de Carlos V (lado del evangelio) son las siguientes (en orden de central, intercolumnio derecho e intercolumnio izquierdo): D. O. M. // CAROLO. V. ROMAN. IMPER. AVGVSTO. HOR. // REGNORVM VTR. SICIL. ET HIERVSALEM REGI // ARCHIDVCI. AVSTR. OPTIMO // PARENTI PHILIPPVS // FILIVS. P. // IACENT SIMVL ELISABETHA VXOR ET MARIA // FILIA IMPERATRICES, ELEONORA ET MARIA // SOBORES, ILLA FRANC. HAEC VNGARIAE // REGINAE (“A Dios Omnipotente y Máximo. Felipe, primogénito de Carlos V, Augusto Emperador Romano, Rey de Sicilia y Jerusalén (...), Archiduque de Austria, a su óptimo padre dedicó. Aquí yacen también su esposa Isabel, su hija María, emperatrices y sus hermanas Leonor y María, aquella de Francia y ésta de Hungría reinas”); HVNC LOCVM SIQUIS POSTER. CARLOS. V. // HABITAM GLORIAM RERVM GESTARVM // SPLENDORE SUVPERAVERIS, IPSE SOLVS // OCCUPATO, CAETERI REVERENTER // ABSTINETI (“Si alguno de los descendientes de Carlos V sobrepujare la gloria de sus hazañas, ocupe este lugar primero; los demás absténganse con reverencia”); PROVIDA POSTERITATIS CURA IN LIBERORVM // NEPOTVMQVE GRATIA ATQVE VSV RELICTIS // LOCVS POST LONGAM ANNORVM SERIEM CVM // DEBITVM NATURAE PERSOLVERINT // OCCUPANDUS (“La providencia y el cuidado de sus descendientes deja este lugar vacío a los hijos y nietos, después que, vividos muchos años, paguen la deuda natural de la muerte”). Las inscripciones correspondientes al de Felipe II (lado de la Epístola), las indicamos a continuación en el mismo orden: D. O. M. // PHILIPPVS II. OMNIVM

duda de presencia epigráfica, sí, pero en algunas de sus expresiones parece primar un auténtico reclamo de obediencia dinástica, como demostró la actuación de los monarcas que ocuparon en el trono de San Fernando. Ni siquiera el elevadísimo concepto regio de Felipe II o Felipe IV, que concluyó el panteón inferior, les hizo pensar en ubicar estatuas de ellos mismos y sus familiares en los intercolumnios adyacentes.

La calidad simbólica de los cenotafios que analizamos, el poder de su mensaje político, nos traslada definitivamente a la idea imperial y real de los Austria. Para ello compartiremos, como punto de partida, la reflexión de Wheatcroft: Si con las abdicaciones de Carlos V, antes de retirarse a Yuste, su hermano Fernando pasó a ser emperador, y con ello él sus sucesores detentaron el *título* imperial, Felipe II y los reyes de España promocionarían el *estilo* imperial¹¹²². El historiador se refiere a castillos y Palacios en Graz, Innsbruck o incluso el sencillo palacio de la hermana de Carlos V, María de Hungría, en Binche (que aun atesorando magníficas obras artísticas era en su exterior de sobria factura), frente a los proyectos arquitectónicos brillantes de los Austria españoles. Nosotros hablamos del estilo imperial en la afirmación estética de la idea dinástica a través en ese doble cenotafio, que agrupa en dos núcleos familiares la presencia inicial y eterna en el monasterio de sus impulsores y su primera descendencia. Y para ello acudimos a ese espectacular mausoleo vacío al que hicimos somera referencia al tratar de los sistemas sepulcrales de tiempos de Carlos V, el panteón que Maximiliano I (1459-1519), su abuelo paterno y predecesor en el trono imperial del Sacro Imperio, encargó realizar en Innsbruck. Lo hacemos por su valor como cenotafio dinástico y algunos interrogantes que plantea en relación a los conjuntos escorialenses, ambos como referentes de imagen funeraria dinástica.

HISPA. REGNOR. // VTRISQVE SICILIAE ET HIERVS. REX. CATHOL. // ARCHIDVX. AVSTR. IN HAC SACRA AEDE QVAM // A FVNDAM. EXTRVXIT SIBI. V. P. // QVIESCVNT SIMVL ANNA, ELISABETHA, ET // MARIA, VXORES CVM CAROLO PRINC. FILIO // PRIMOGEN. (“A Dios Omnipotente Máximo, Felipe II, Rey Católico de toda España, Sicilia y Jerusalén y otros reinos, Archiduque de Austria, ordenó su sepulcro en esta sacra sede fundada por el. Descansan también sus esposas Ana, Isabel y María con su hijo primogénito el Príncipe Carlos”); SOLERTI LIBERORVM STVDIO POSTERIS POST // DIVTINA SPATIA, AD VSVM DESTINATVS LOCVS // CLARIS, QVVM NATURAE CONCESSERINT // MONVMENTIS DECORANDVS (“Este lugar queda aquí destinado, con particular y pensado cuidado de los hijos, para que sea con sus claras memorias ilustrado cuando, después de largo espacio de vida, murieren”); HIC LOCVS DIGNORI INTER POSTEROS, ILLO // QVI VLTRO AB EO ABSTINVIT, VITVTI ERGO // ASSERVATUR, ALTER INMVNIS ESTO (“Este lugar queda reservado por el que voluntariamente se abstuvo de ocuparle para el más digno en virtud de sus descendientes: de no, permanezca vacío”).

¹¹²² Véase WHEATCROFT, Andrew: *Los Habsburgo. La personificación del imperio*, Barcelona, 1996, p. 166.

En 1548, Carlos V ordenó que su hijo Felipe emprendiese un periplo europeo para que, acudiendo a su encuentro, conociese los pueblos y territorios que iba a gobernar y fuese conocido por sus súbditos. La verdadera intención del emperador era política y dinástica: jugar las últimas bazas para lograr que su hijo heredase también la dignidad imperial alemana. Era necesario hacerle presente en el tablero europeo con la mayor pompa, para lo cual dispuso también, entre otras cuestiones, que se abandonara la austera etiqueta castellana tomando una decisión histórica: la adopción del ceremonial borgoñón en el servicio doméstico del príncipe, para lo que se creó en el verano de aquél mismo año la que sería la primera Casa de Borgoña a su servicio. La Casa de Castilla continuó su presencia en áreas como la Capilla los rituales religiosos, tan significativos en lo que a funerales regios se refiere. Uno de los servidores que acompañó al heredero, Juan Christóval Calvete de Estrella, escribió la crónica de aquellos dos años y medio de travesía triunfal, “El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Phelippe”, que proporciona noticia abundante de aquel periodo¹¹²³. Álvarez-Ossorio sostiene que Calvete interpretó que la gira de Felipe se encaminó fundamentalmente a ser presentado ante sus súbditos en Flandes, y por ello no incide tanto en otros asuntos como la sucesión en el imperio o la educación cortesana o de gobierno que pretendía Carlos V, lo que justifica que la relación no incluya tanta información sobre las escalas del príncipe en las ciudades del norte de Italia y Alemania¹¹²⁴.

Para establecer una relación entre el mausoleo de Maximiliano en Innsbruck y los cenotafios de san Lorenzo de El Escorial es conviene comprobar si el futuro Felipe II visitó la tumba vacía de su bisabuelo. Calvete refiere que estuvo en Innsbruck entre el 3 y el 7 de febrero de 1549. Y pruebas hay de un gasto realizado en la ciudad¹¹²⁵. No

¹¹²³ Hemos seguido la edición publicada en 2001 por la Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V: CALVETE DE ESTRELLA, Juan: *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Phelippe* (ed. CUENCA, Paloma).

¹¹²⁴ ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, Antonio: “De la gravedad a la gracia: El príncipe Felipe en Italia”, en CALVETE DE ESTRELLA, Juan: *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Phelippe* (ed. CUENCA, Paloma), Madrid, 2001. Calvete escribió su obra en Amberes: “mi principal intento es hablar de las ciudades y Estados de Flandes, pues para allí es el intento d’este felicísimo viaje”. Se centrare en unos territorios u otros, la importancia que los historiadores conceden al periplo en la formación del sucesor de Carlos V en el trono español es unánime. El futuro Felipe II salió de España con veintiún años y recibió durante dos y medio un auténtico curso de política, psicología... y arte, entre otras materias. Fue recibido con expectación en cada ciudad, engalanada y festiva, con arquitecturas efímeras, recepciones, bailes, torneos... Los dignatarios que observaban cada uno de sus gestos y palabras, algo que marcó todavía más el carácter que desde su primera juventud le había dotado de una conciencia plena de la dignidad de su condición.

¹¹²⁵ 985 escudos de oro por una cadena de oro para regalar al mayordomo “de los infantes de Hungría, sus primos” (sic). AGS, Estado, Libro 71, Libro de cédula de dineros: órdenes de pago por servicios a la casa

obstante, en la crónica no hay constancia alguna de que Felipe II lo visitase... porque no pudo hacerlo. La *Hofkirche* (Iglesia de la Corte) comenzó a construirse en 1553, cinco años después de que el príncipe abandonase la ciudad.

El mausoleo-cenotafio siguió un rumbo estético bien distinto al que escogió el futuro monarca español para su modelo escurialense. Aunque su tío, el emperador Fernando I, había decidido retomar la construcción del proyecto de Maximiliano en 1528, es probable que Felipe II nunca llegase a ver los planos que Alexander Colyns, también autor del panteón imperial de la catedral de Praga, propuso para su avance. Quizá tampoco pudo ver los proyectos del maestro Georg Schmidhammer para el conjunto en la nave principal, en 1573, ya en tiempos del reinado de su primo Maximiliano II, casi al tiempo en que se realizaba el gran traslado de restos al panteón bajo la Iglesia Vieja en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Es dato comprobado que cuando el heredero llegó a la ciudad de Milán y se encaminó hacia el palacio, atravesó el arco de triunfo preparado en la puerta Tesinesa, y al pasar por el dispuesto en la plaza de san Lorenzo pudo ver las efigies en majestad la dinastía Habsburgo: Alberto V, Federico III, Maximiliano I, su padre Carlos V y el futuro emperador Fernando, él mismo y su primo Maximiliano¹¹²⁶.

La rama alemana de la dinastía optó finalmente por una expresión funeraria radical, que implicaba la constatación efectiva de la evolución del principio electivo al hereditario en la sucesión del imperio. Se impuso el poder dinástico, se rescataba una línea de antepasados que se vinculaba simbólicamente a los emperadores romanos¹¹²⁷. Se recordaba que los Austria llevaban casi un siglo al frente del imperio, desde que Federico III fuese reconocido emperador, a la muerte de su primo Alberto V. Y en el parapeto del coro, se subrayaba que la familia imperial contaba en su haber con 23 santos y beatos representados. Las 28 estatuas en cortejo que flanquean doble sepulcro vacío cenotafio, los 24 relieves en alabastro, los 34 bustos de césares de la iglesia de los Franciscanos, a pesar de su cierta desconexión estética, era un desafío a la muerte, una impresión medievalizante que no siquiera había considerado necesario incluir a Carlomagno entre las efigies que acompañaban a su patriarca Maximiliano.

del príncipe (1548-1554). Citado en CHECA, Fernando, "Imágenes para un cambio de reinado: Tiziano, Leoni y el viaje de Calvete de Estrella", en CALVETE DE ESTRELLA, Juan: *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Phelippe* (ed. CUENCA, Paloma), Madrid, 2001, p. CXXI.

¹¹²⁶ CHECA, Fernando, "Imágenes para un cambio de reinado: Tiziano, Leoni y el viaje de Calvete de Estrella", en CALVETE DE ESTRELLA, Juan, *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Phelippe* (ed. CUENCA, Paloma), Madrid, 2001, p. CXVIII.

¹¹²⁷ NÚÑEZ RODRÍGUEZ, Manuel, "Maximiliano de Austria. Honra, memoria y fama", en AURELL: *op. cit.*, p. 257.

En contraste, Felipe II propone un doble cenotafio de coetáneos familiares. No necesitaba antepasados en efígie para acompañarle a su padre o a él. Solo hermanos, esposas o hijos aguardan con ellos la eternidad. Porque solo ellos eran los legitimadores hacia el futuro.

Como refiere Kusche, dos cuadros que representaban los cenotafios (o los yesos colocados provisionalmente), denominados en su tiempo “entierros”, junto con las genealogías del emperador y de Felipe II, y dos retratos de ambos, fueron ubicados originalmente en la Sacristía de la basílica escurialense, con la fecha de 1599. Constituyen, por tanto, el último y casi póstumo esfuerzo artístico, funerario a la vez, del monarca fundador¹¹²⁸.

Numerosos historiadores han trazado perfiles lo que supuso la presencia de Felipe II en el trono español en muy diversos aspectos, subrayando la complejidad de las circunstancias económicas, demográficas y sociales del periodo¹¹²⁹. Se ha incidido incluso en aspectos como el peso de lo rural¹¹³⁰. Ciertamente, como sostiene Domínguez Ortiz, Felipe II había vivido “enamorado de su oficio de rey”, siendo “soberano absoluto del imperio más grande que había conocido la historia”¹¹³¹. Su personalidad construyó un mito de difícil superación¹¹³².

Es difícil realizar un balance objetivo, en lo que a imagen estrictamente funeraria se refiere, de la monarquía de España en aquel septiembre de 1598. Su reinado había comenzado sin un sistema sepulcral dinástico, con sus familiares dispersos en panteones en los que la provisionalidad era la nota característica. No se habían cumplido por tanto lo dispuesto en los testamentos de los monarcas que le habían precedido, tanto en los soberanos propietarios como en los consortes. Los infantes habían sido depositados, por lo general, en templos de las ciudades en las que habían fallecido, cuando no en iglesias de los monasterios cercanos. En 1598, Felipe II había hecho realidad un espacio

¹¹²⁸ De la Sacristía pasaron a la Iglesia Vieja o de prestado, donde Francisco de los Santos los vio en 1681: los cuadros de los conjuntos escultóricos a derecha e izquierda del altar mayor, con las genealogías, y los retratos de Felipe II y Carlos V en los altares laterales. Antonio Ponz aún los vio allí un siglo más tarde, en 1773. En la década de 1820 pasaron a la sala de Audiencias del Felipe II (KUSCHE, María: *Juan Pantoja de la Cruz y sus seguidores B. González, R. de Villadrando y A. López Polanco*, Madrid, 2007, p. 81). A finales del siglo XX fueron ubicados en el claustro cerrado del Patinejo, pasando hoy al piso bajo del denominado Museo de Pintura. La autora atribuye su autoría conjunta a Pantoja de la Cruz y Fabricio Castelo.

¹¹²⁹ SANZ AYÁN, Carmen: “Las condiciones materiales del reinado”, en *Felipe II. Un monarca...*, Madrid, 1998, pp. 45-58.

¹¹³⁰ ANES Y ÁLVAREZ DE CASTILLÓN, Gonzalo: “Lo rural en la Castilla de Felipe II”, en *Felipe II. Un monarca...*, pp. 59-68.

¹¹³¹ DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: “Balance de un reinado”, en *Felipe II. Un monarca...*, p. 449.

¹¹³² MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: “Felipe II: de hombre y rey a mito”, en *Felipe II y las artes. Actas del Congreso Internacional*, Madrid, 2000, pp. 21-34.

sepulcral que, aún no siendo definitivo, dio respuesta al pleno cumplimiento de los deseos funerarios de sus mayores. Proporcionó un sistema dinástico, titular, abierto, que el tiempo no le permitió ver consagrado como definitivo.

El Rey Prudente fue uno de los soberanos más cultos de su tiempo. Citando de nuevo a Domínguez Ortiz, “no fue lo que hoy llamamos un intelectual ni un erudito, pero tuvo una curiosidad intelectual universal”, un rasgo que no dejó de manifestarse, en nuestra opinión, en el proceso constructivo del monasterio¹¹³³. Fallecer sin dejar concluido el panteón, dejar a sus sucesores un sistema sepulcral materialmente en precario fue sin duda motivo de tristeza para el monarca, que no alcanzó a lograr una solución técnica para que bajo el altar mayor una cámara digna albergase los restos mortales. No obstante, las cámaras intermedias, provisionales, su sistema sepulcral, queda subsumido, en el contexto de la imagen dinástica, en el ideario filipino que ya no dejó de proyectar El Escorial, como un componente más del imaginario del monarca a través de los pilares del monasterio que era templo, convento, seminario, palacio, biblioteca y mausoleo. A pesar de la proverbial escasez de recursos económicos que había amenazado varios momentos de su reinado, la capacidad de proyección de imagen de la monarquía, desde la personal mentalidad ante mortem de un rey, contaría con una fuerza inusitada para siempre.

¹¹³³ *Ibidem*, p. 451.

Capítulo 7

EL REINADO DE FELIPE III Y EL SISTEMA SEPULCRAL PROVISIONAL

Corresponde en este punto de la investigación abordar que sucedió tras la muerte de Felipe II con el embrión del sistema sepulcral escorialense. Para ello nos adentramos cronológicamente en el reinado de su hijo y sucesor, Felipe III, deteniéndonos en cómo plasmó estéticamente su concepción de la majestad dinástica, en la manera en que todo ello hizo posible o retrasó los avances de la construcción del definitivo panteón. El soberano hereda una bóveda intermedia y, aunque inicia las obras al final de su reinado, no logra concluir la voluntad sepulcral del fundador. Es un dato concluyente. Por eso una cuestión principal planea desde el principio. La figura de Felipe III queda ensombrecida en la historia del gran sistema sepulcral español de San Lorenzo por la imagen de su padre, como fundador del monasterio de El Escorial, y la de su hijo Felipe IV, que concluye el Panteón de Reyes. Nos preguntamos si puede hablarse realmente de un paréntesis en lo que a imagen funeraria de la monarquía se refiere y, si así fuere, se trató de una personal decisión del rey, consciente, premeditada, puntual, de la que hay huellas. Si la respuesta fuera afirmativa, habría que determinar si cabría atribuirle por entero o qué circunstancias lo condicionaron.

7.1. Un panteón iconográfico.

Cualquier acercamiento a la figura de Felipe III precisa en lo historiográfico abordar a su vez la del duque de Lerma, que está asociada a la práctica totalidad de su reinado¹¹³⁴. Que Sandoval iba a tener más que protagonismo quedó probado en el mismo entierro de Felipe II. Había sido nombrado caballerizo mayor del príncipe solo 40 días antes, el 4 de agosto, y recibió la orden del nuevo rey, a las puertas de las primitivas bóvedas sepulcrales, de hacer dicha entrega a fray García de Santamaría, el

¹¹³⁴ Francisco Gómez de Sandoval y Rojas (Tordesillas, c.1552 – Tordesillas, 1525), fue V marqués de Denia y IV conde de Lerma (desde 1599, I duque de Lerma). Vid. WILLIAMS, Patrick: “El favorito del rey: Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, V marqués de Denia y I duque de Lerma”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, VISCEGLIA, María Antonietta (dir.): *La monarquía de Felipe III*, Vol 3, Madrid, 2008, pp. 185-259.

jerónimo encargado del traslado del féretro al espacio reservado junto al del emperador¹¹³⁵.

Sería difícil, como vamos a ver, entender el largo paréntesis del proyecto de panteón escurialense que supone el periodo 1598-1617, sin adentrarse en la figura del duque. Y tampoco puede abordarse, desde luego, sin analizar la relación de Felipe III con el arte desde una amplia perspectiva. Morán Turina insistió en una valiosa consideración: si Felipe III y Felipe IV se vinculan en la historiografía decimonónica con la idea de la decadencia de la monarquía de España, siendo denominados Austrias menores, ni siquiera sus detractores niegan la relevancia cultural de ambos reinados, que ya solo en la figura y mecenazgo a Velázquez encontraría justificación suficiente¹¹³⁶. En nuestra opinión, Felipe III desarrolló un fino sentido artístico, o al menos de protección del arte que, ensombrecido por dos etapas brillantes, las de su padre y su hijo como promotores y mecenas, debe ser puesto en valor. Lejano ya el IV centenario de su llegada al trono, sin excesivas iniciativas conmemorativas, es de justicia revisitar su huella en lo artístico y simbólico, materia que nos interpela pues afecta en gran medida al poder representativo de la imagen dinástica. De especial utilidad para ello resulta un extenso análisis de Lapuerta, que califica su interés por lo estético como “quizá poco emprendedor, pero sincero”, citando ejemplos puntuales como la construcción y decoración del Palacio Real de Valladolid¹¹³⁷, la adquisición de la colección Mansfeld (cuyas esculturas sirvieron para mejorar los jardines de Aranjuez, mientras que las pinturas se llevaron al Palacio de El Pardo) o la de la Casa de la Ribera¹¹³⁸. Debemos

¹¹³⁵ CERVERA DE LA TORRE: *Relación de la enfermedad y muerte del Rey don Felipe II*, en CABRERA DE CÓRDOBA: *Historia de Felipe II*, vol. IV, p. 325, cit. en FEROS, Antonio: *El duque de Lerma: Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, 2002, p. 111. El historiador añade el importante gesto que se realizó a continuación: Felipe III y el duque se retiraron a una “cámara secreta” y unos minutos después se anunció que le había nombrado consejero de Estado (VARGAS HIDALGO, R: “Documentos inéditos sobre la muerte de Felipe II y la literatura fúnebre de los siglos XVI y XVII”, Madrid, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 192 (1995), p. 435, cit. en FEROS, Antonio: *El duque de Lerma: Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, 2002, p. 111). Aunque algunos autores afirman que lo primero que hizo el monarca fue declarar que la firma de Sandoval valdría tanto como la suya, Escudero contra-argumenta sólidamente una afirmación excesiva (ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio: “Los poderes de Lerma”, en ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio (coord.): *Los validos*, Madrid, 2004, p. 121-175).

¹¹³⁶ MORÁN TURINA, Miguel: “Felipe III y las artes”, *Anales de Historia del Arte*, 1 (1989), p. 160.

¹¹³⁷ LAPUERTA MONTOYA, Magdalena de la: *Los pintores de la Corte de Felipe III. La Casa Real de El Pardo*, Madrid, 2002, p. 11.

¹¹³⁸ MARTENS, Pieter, MOUSSET, Jean-Luc, RÖDER, Bernd: “La donación Mansfeld a Felipe III: un primer resumen de las investigaciones”, *Reales Sitios*, 168 (2006), p. 16. Pedro Ernesto de Mansfeld, nacido en Sajonia en 1517, estuvo al servicio de la monarquía de España durante más de seis décadas, participando en la expedición de Túnez con Carlos V en 1535, siendo nombrado gobernador de la provincia de Luxemburgo en 1545 y caballero del Toisón de Oro al año siguiente. Lleno de deudas y sin sucesión directa, en su testamento, otorgado el 20 de diciembre de 1602, legaba su castillo de La Fontaine con su valiosa colección al rey, que a cambio debía hacer frente a sus acreedores.

añadir obras en el Alcázar de Segovia y, cómo no, la propia creación del monasterio de la Encarnación, aunque el mérito deba atribuirse más bien a su consorte, Margarita de Austria. Y sobre todo, la reconstrucción del Palacio de El Pardo y la decoración de sus salas tras el incendio de 1604.

Tras un largo reinado, el nuevo rey y su entorno cortesano no hicieron demasiados esfuerzos por conciliar, ni siquiera aparentemente, la devoción por su predecesor con nuevas formas de expresión dinástica de la majestad regia. Morán Turina subraya que, en cualquier ejercicio de comparación, necesariamente se resiente la visión de Felipe III, pues su padre contó con Tiziano, y su hijo se enlaza a Velázquez¹¹³⁹. Felipe II supo además ofrecer un gigantesco continente, el icono arquitectónico de El Escorial, que se alzaba en la sierra del Guadarrama, al contenido que es la magna obra pictórica conservada en él. Felipe III no dejó un edificio de tanta calidad como símbolo de su reinado, más allá de la restauración que citamos, el monasterio de la Encarnación... Ciertamente no puede competir con ese recordatorio perpetuo de la concepción filipina del gobierno político –y estético– de la monarquía de España. Más cerca de la capital, el nuevo monarca contaba con ese palacio de menor tamaño, cazadero real desde su origen a principios del siglo XV. Se trataba de un real sitio, en comparación con el Alcázar de Madrid o El Escorial, que podríamos denominar *familiar*, de descanso, especialmente apreciado por el monarca, por su tranquilidad para el retiro y la caza, que convivía con su carácter dinástico¹¹⁴⁰. No es posible afirmar, cuando el 13 de marzo de 1604 sufrió un devastador incendio, que fuera su real sitio predilecto, al menos fuera de Valladolid¹¹⁴¹. Quizá sí. Esta circunstancia ofreció la posibilidad a Lerma, como veremos, de que el rey desviase su atención de otros reales sitios también vinculados a Madrid y no frecuentase ni el Alcázar ni San Lorenzo.

En su minucioso análisis de la documentación disponible, Lapuerta centra en la reconstrucción y decoración de El Pardo el gran esfuerzo económico y estético del reinado del soberano, que sitúa cronológicamente entre 1607 y 1614 y concentró la

¹¹³⁹ Aunque intentó retener a Rubens a su paso por Valladolid en 1603, no lo conseguiría. Lo cierto es que durante su reinado, las colecciones reales crecieron en 400 cuadros. MORÁN: *op. cit.*, p. 162.

¹¹⁴⁰ Sobre el Palacio de El Pardo, *vid.* TOVAR MARTÍN, Virginia: *El Real Sitio de El Pardo*, Madrid, 1995.

¹¹⁴¹ Sobre los hechos, *vid.* LAPUERTA: *op. cit.*, Cap. I. El incendio de 1604, Madrid, 2002, pp. 61-70; PITA ANDRADE, José Manuel: “Un informe de Francisco de Mora sobre el incendio del Palacio del Pardo”, *Archivo español de arte*, 139 (1962), pp. 265-270. De especial interés resulta que Felipe III y Margarita de Austria habían salido del lugar el día anterior y las llamadas, originadas en el ángulo suroeste, se extendiesen rápidamente hacia la crujía de mediodía, donde se ubicaba el Cuarto del Rey. En dos horas, se propagasen por el resto del edificio, salvándose solo las cuatro torres de sus esquinas.

práctica totalidad del trabajo de los pintores del rey¹¹⁴². Aunque excede a nuestro objetivo el análisis de las piezas del completo programa estético, nos parece de indudable interés subrayar algunas pruebas de que Felipe III, mientras olvidaba o abandonaba El Escorial, quiso hacer del rehabilitado palacio un símbolo dinástico, más incluso que sus antepasados. Así, se dispuso el traslado de joyas tan significativas como grandes lienzos de Tiziano: *Carlos V en Mühlberg*, la *Alegoría de la Batalla de Lepanto* o *La Religión socorrida por España*, que fueron ubicadas en una misma sala. Ya no se trataba, de modo general, de una residencia con escenas, esencialmente, de caza y mitología, al modo de Felipe II. La mayoría de los nuevos frescos encargados para las bóvedas, con temas de variada índole, contenían mensajes políticos¹¹⁴³.

Entendemos que hubo algo más, un proyecto que afectó de lleno a la imagen post mortem de la dinastía. Nos referimos a un falso panteón, un *substituto* de mausoleo, si bien grato a la vista de todo visitante, que pudo compensar la ausencia de cualquier esfuerzo arquitectónico, el menos en aquellos años, por parte del monarca en lo que al inicio de una cámara sepulcral definitiva en El Escorial se refiere. La *reconstrucción* de la galería de retratos de Felipe II, el conjunto de 45 lienzos, treinta de ellos correspondientes a familiares del rey y los quince restantes a personajes que habían destacado por servicios militares o en la Corte. Al declararse el fuego, quizá precisamente en la chimenea de aquella galería, el selecto conjunto no pudo ser rescatado, porque los cuadros estaban insertados en su mayoría en molduras de estuco, a modo de marcos.

Cuando Felipe III fue informado del incendio, preguntó si se había quemado una pintura de Tiziano, *Antíope perseguida por Júpiter*¹¹⁴⁴. Su reacción fue muy significativa y nos da pistas sobre lo que sucedió después:

“y diziéndole que no, dixo, basta, que lo demás se volverá a hacer”¹¹⁴⁵.

¹¹⁴² La autora rastreó la huella de la actividad en El Pardo existente en la Junta de Obras y Bosques; Junta de Hacienda; Cédulas Reales; inventarios de las Casas Reales; cuentas de pagadores de las Obras Reales y de los guardajoyas del Rey y de la Reina y de la Cámara del Rey y de la Reina en archivos como el Archivo General de Palacio y el Archivo General de Simancas. Allí comprobó que, a excepción de las obras en la residencia regia de Valladolid, durante la capitalidad regia hasta 1606, y acciones puntuales en otros Sitios Reales –“con situaciones lamentables de abandono”–, la documentación sobre pagos para pinturas en El Pardo, con un pleito incluido, es verdaderamente abundante y se extiende hasta bien entrado el reinado de Felipe IV (LAPUERTA: *op. cit.*, p. 11).

¹¹⁴³ MORÁN: *op. cit.*, p. 172.

¹¹⁴⁴ La obra, también denominada *Venus del Pardo*, actualmente en el Museo del Louvre, perteneció a la colección real española desde 1567. Fue regalado por Felipe IV a Carlos I de Inglaterra. En la almoneda tras la ejecución del monarca fue comprada por franceses y más tarde adquirida por Luis XIV.

Los nuevos lienzos de la galería de retratos constituyen uno de los pilares fundamentales de la reconstrucción artística de El Pardo. Pantoja de la Cruz proporcionó la nueva serie con los miembros de la real familia, sustituyendo los desaparecidos de Tiziano, Antonio Moro, Sánchez Coello y Sofonisba Anguissola. Si la disposición anterior estaba caracterizada por cierta mezcla y amalgama, un nuevo y preciso programa iconográfico-genealógico partió de los Reyes Católicos, en la bóveda, recorriendo la dinastía hasta los hijos del soberano reinante¹¹⁴⁶. Ya no se pretendía, como señalaría Kusche, mezclar personajes afines a un monarca con sus propios familiares. Ni se quería ni se podía imitar ese esquema *a la antigua*, sobre todo porque no había forma de encontrar muchos de los lienzos originales a reproducir¹¹⁴⁷. Pensamos que, en todo caso, hubo prisa. Felipe II había admitido retratos de militares como el Gran Capitán, o un autorretrato de Tiziano, por su gran calidad artística o por los lazos del prestigio estético o las hazañas de guerra. Ahora ya no cabría nadie que no fuese familia del soberano. Felipe III tuvo claro que en el panteón estético dinástico solo entraría familia de sangre. Quiso un sistema sepulcral pictórico cerrado.

La elección de Pantoja de la Cruz pudo responder a su condición de discípulo de Sánchez Coello. Es probable que viviese a la sombra del maestro hasta su muerte en 1588. Ocho años después, Felipe II le nombró pintor de cámara. El concepto es importante, porque al serlo recibía su salario, como recuerda Lapuerta, de los gastos de la Cámara, y no a través del pagador de Obras Reales¹¹⁴⁸. Que tenía amplia noción de la importancia de la representación regia lo atestigua el hecho de que, en 1598, trabajase en El Escorial. Es Palomino quien nos informa que:

“hizo también los dibujos o trazas (que están en mi poder) para los bultos del señor Felipe II y su esposa, que se ejecutaron en los dos sepulcros regios, a los costados del altar mayor de San Lorenzo el Real, y cierto que están los tales dibujos coloridos y tocados de oro con el más estremado primor que se puede hacer”¹¹⁴⁹.

¹¹⁴⁵ CARDUCHO, Vicente: *Diálogos de la pintura*, [Madrid, 1633] (ed. de CALVO, F., Madrid, 1979, p. 436).

¹¹⁴⁶ El referente anterior era Carlos V. Ahora serán los propios Reyes Católicos. MORÁN: *op. cit.*, p. 172.

¹¹⁴⁷ KUSCHE: *op. cit.*, p. 154.

¹¹⁴⁸ Por cédulas de libramiento, la historiadora deduce que el artista fue nombrado pintor de cámara de Felipe II el 13 de marzo de 1596. LAPUERTA: *op. cit.*, p. 387.

¹¹⁴⁹ PALOMINO, Francisco: *Vidas*, ed. AYALA MALLORY, Nina, Madrid, 1986, p. 87.

Aunque Kusche matiza que no fue “para”, sino “de los bultos”, importante precisión en materia de autoría¹¹⁵⁰. El itinerario iconográfico de la galería comienza por la cubierta, que fue encargada conjuntamente a Pantoja de la Cruz y Francisco López en marzo de 1607¹¹⁵¹. Jerónimo de Mora colaboró en los primeros cartones para las escenas que debían pintarse al fresco. Siguiendo de nuevo a Lapuerta, parece casi unánime que el programa consistía en gran parte en victorias de Carlos V, ensalzando por tanto la Casa de Austria. En este sentido abundaría Martínez Cuesta, subrayando paralelismos con la Sala de Batallas del monasterio de El Escorial, a la hora de representar el poderío militar de la monarquía y su dinastía¹¹⁵². Desgraciadamente, los frescos que hoy se conservan de aquél espacio son el resultado de los avatares históricos del propio palacio. En el siglo XVIII, la galería fue tabicada con el fin de obtener salas para distinto uso. Aún puede contemplarse, básicamente, el fragmento central de una parte de una sala de servicio, en el extremo oriental: *La toma de Granada y la entrega de las llaves de la ciudad por Boabdil a los Reyes Católicos*, en la que figura el rey musulmán, arrodillado, ante los monarcas a caballo. Lógicamente, esta representación del casetón del techo supera la concepción meramente dinástica, en un plano Austria, de la gran sala originaria¹¹⁵³. Es innegable que el elenco de retratos, que interpretamos, todos ellos encargados a Pantoja, aunque concluidos algunos tras su muerte, serían ubicados bajo el amparo estético y familiar de Isabel y Fernando. No era un nuevo panteón. Era otro mausoleo. Estético, artístico, palacial.

Aunque no corresponde al presente estudio el análisis artístico de cada lienzo, es importante destacar que al menos diez de ellos son copias que Pantoja realizó de retratos existentes en el Palacio Real de Valladolid. Enriquecemos la doble lista que Kusche elaboró a partir del inventario de 1612, aportado por los herederos del pintor en la

¹¹⁵⁰ KUSCHE: *op. cit.*, p. 28

¹¹⁵¹ López (Colmenar de Oreja, Madrid, c.1554 – Madrid, 1628) era pintor del Rey desde abril de 1603. A diferencia de los demás, no recibía salarios regulares, sino pagos según las obras realizadas. Una de las primeras que se le encomendó fue pintar los doce apóstoles para el oratorio privado de Margarita de Austria, la consorte de Felipe III, en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial (AGS, Casa y Sitios Reales, Leg. 329, f. 24, cit. en LAPUERTA: *op. cit.*, p. 393).

¹¹⁵² El historiador recuerda el uso del episodio bélico de la toma de Higuera, cerca de Granada, para ilustrar la gloria militar en la gran sala escurialense. MARTÍNEZ CUESTA, Juan: “Consideraciones iconográficas sobre las decoraciones fijas anteriores al siglo XVIII del Palacio Real de El Pardo”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Historia del Arte*, 8 (1995), pp. 237-239, cit. en LAPUERTA: *ibidem*, p. 404).

¹¹⁵³ Marías opina que en la decoración originaria de tiempos de Felipe II el tema central era la entrada de Felipe I y Juana I (MARIAS FRANCO, Fernando: “El palacio real de El Pardo: De Carlos V a Felipe III”. *Reales Sitios*, nº extraordinario XXV Aniversario (1989), p. 145) Aunque el autor no cita la fuente, el dato implica que en la reforma de la galería de retratos Felipe III habría querido ampliar hacia el pasado al menos en dos generaciones la presencia de su familia.

reclamación posterior de honorarios. En ella se distribuían 18 lienzos en paño de la sala, y 17 en el opuesto¹¹⁵⁴. Hemos añadido la fecha de fallecimiento, y el signo de la cruz a aquellos personajes que o bien ya figuraban retratados en la antigua galería de Felipe II o habían fallecido antes del incendio, con el fin de significar nuestra teoría en torno a la voluntad del hijo y sucesor de aquél monarca por recrear, por supuesto, además del anterior espacio cortesano, ese sistema sepulcral artístico imaginado. Son 27 de los 34 personajes regios retratados (recordemos que Felipe II aparece en dos lienzos). Entre paréntesis figuran las fechas de óbito de los siete miembros de la familia de Felipe III que participaron de aquella recreación en vida. El carácter memorial del espacio artístico queda absolutamente subrayado con una proporción tan manifiesta.

¹¹⁵⁴ KUSCHE: *op. cit.*, p. 155.

TABLA VIII

**“PANTEÓN ICONOGRÁFICO FAMILIAR” DE FELIPE III
LIENZOS DE LA GALERÍA DE RETRATOS DE EL PARDO TRAS EL INCENDIO DE 1604**

Fernando el Católico † 1516	Reina María de Hungría † 1558
Isabel la Católica † 1504	Reina Leonor de Francia y Portugal † 1558
Príncipe de Asturias Don Juan † 1497	Juan de Austria † 1578
Felipe I el Hermoso † 1506	Rey Sebastián de Portugal † 1578
Juana I la Loca † 1555	Emperatriz María de Alemania † 1603
Carlos V † 1558	Príncipe Juan Manuel de Portugal † 1554
Emperatriz Isabel de Portugal † 1539	Princesa Juana de Portugal † 1573
Felipe II en San Quintín † 1598	Archiduque Ernesto † 1595
Princesa María Manuela de Portugal † 1545	Emperador Rodolfo II † 1612
Reina Isabel de Valois † 1568	Emperador Matías (1619)
Reina María Tudor † 1558	Emperador Maximiliano II † 1576
Reina Ana de Austria † 1580	Príncipe Manuel Filiberto de Saboya (1624)
Felipe II † 1598	Príncipe Víctor Amadeo de Saboya (1637)
Príncipe de Asturias Don Carlos † 1568	Infanta Catalina Micaela † 1597
Príncipe Don Fernando † 1578	Duque Carlos Manuel de Saboya (1630)
Príncipe de Asturias Don Diego † 1582	Infanta Isabel Clara Eugenia (1633)
Felipe III (1621)	Archiduque Alberto de Austria (1621)
Reina Margarita de Austria (1611)	

Entre paréntesis, año del fallecimiento de familiares vivos al culminar el proyecto de la galería.
Fuentes: KUSCHE: *Juan Pantoja...*, LAPUERTA: *Los pintores...*

Pantoja murió en Madrid el 26 de octubre de 1608, y la Galería de retratos no fue concluida y entregada hasta 1612 por su discípulo, Bartolomé González, que siguió su senda de seriedad en los rostros y detallismo en las vestimentas, tan propia del ceremonial como símbolo de la corte Austria. Y los cuadros no fueron abonados hasta 1624, con innumerables problemas en su tasación.

La serie no sobrevivió tal y como fue concebida debido al pronto fallecimiento de la reina. Entendemos que el deseo de Felipe III tornó hacia la imagen de los hijos que iba perdiendo por defunción o pronto matrimonio, como la Infanta Ana, que en 1615 viajó a Francia para casarse con Luis XIII. A través del análisis de un inventario inédito de enero de 1614, Lapuerta nos traslada las variaciones que se operaron en el proyecto inicial, que supusieron la incorporación a la sala de retratos de la imagen de siete de los hijos habidos del matrimonio del monarca con Margarita de Austria, así como los consortes de los dos mayores. Cuatro fallecidos y dos vivos abandonaban el panteón iconográfico familiar, mientras que se incorporaban los reyes de Francia Luis XIII y su esposa Ana de Austria, nacida Infanta de España, así como el Príncipe de Asturias, casado con una princesa francesa, y otros cinco infantes de España¹¹⁵⁵.

Nos inclinamos a pensar que tuvo que presentarse al rey un elenco de los familiares que integraron el nuevo conjunto para que diese algo más que lo que hoy denominaríamos como un visto bueno. El Palacio de El Pardo constituía una residencia familiar que, en contraste al Alcázar, sumergido en la incipiente simbología urbana de Madrid, ofrecía al monarca paréntesis de serena contemplación, aunque fuera en efigie, de sus cercanos.

Como podemos comprobar en la tabla que sigue, el panteón iconográfico sufrió significativas modificaciones.

¹¹⁵⁵ *Inventario de los bienes muebles y menage de Casa que al presente están en la cassa real del Pardo para el servicio de su Magestad que son a cargo de Jaques de Lamuque, conserje de la dicha cassa*, El Pardo, 21 de enero de 1614. LAPUERTA: *op. cit.*, p. 413.

TABLA IX

**REFORMA DEL PROYECTO DE LA GALERÍA DE RETRATOS
DEL PALACIO REAL DE EL PARDO
“PANTEÓN ICONOGRÁFICO FAMILIAR” DE FELIPE III
TRAS LA MUERTE DE MARGARITA DE AUSTRIA EN 1611**

RETRATOS DE PERSONAS REALES QUE SON RETIRADOS	RETRATOS DE PERSONAS REALES QUE SE INCORPORAN
Reina Leonor de Francia y Portugal † 1558	Infanta Ana, reina de Francia n. 1601
Reina María de Hungría † 1558	Luis XIII de Francia n. 1601
Juan de Austria † 1578	Felipe IV n. 1605
Archiduque Ernesto † 1595	Reina Isabel de Borbón n. 1602
Príncipe Manuel Filiberto de Saboya (1624)	Infanta María n. 1606
Príncipe Víctor Amadeo de Saboya (1637)	Infante Carlos n. 1607
	Cardenal Infante Fernando n. 1609
	Infanta Margarita n. 1610
	Infante Alonso n. y † 1612

Entre paréntesis, año del fallecimiento de familiares vivos al culminar el proyecto de la galería.

Fuentes: KUSCHE: *Juan Pantoja...*, LAPUERTA: *Los pintores...*

Ni siquiera la sala sobrevivió como tal. Como hemos visto, los cambios arquitectónicos que se idearon modificaron su estructura, tabicándose por necesidades derivadas de la prole regia en tiempos de Felipe V¹¹⁵⁶.

7.2. Entre alejamiento y majestad. Los depósitos hasta 1617.

Al fallecer Felipe II, su heredero no pudo dejar de atender algunas cuestiones urgentes con respecto a la imagen dinástica que debían realizarse en el propio monasterio de San Lorenzo de El Escorial. En 1600 se colocaron las figuras de los “entierros” de Pompeyo Leoni, un ornato especialmente significativo, si bien ya previsto. Para Cámara, la relación de Felipe III con el monasterio entre 1598 y 1617 es calificable como “abandono”, que no puede imputarse tanto al soberano sino a la política del duque de Lerma con respecto al reinado anterior¹¹⁵⁷. De una manera expresa, dejó de ser la residencia regia favorita, como si alejarse de sus muros separase al soberano de esquemas pretéritos. Francisco de Sandoval y Rojas intentó durante toda su privanza superarlo, lo que incluía no ya un olvido del principal símbolo material de cuatro décadas, sino el alejamiento del propio monarca y la familia real. Críticas primero veladas y pronto abiertas fueron acostumbrando a la idea de un traslado de la corte que finalmente, entre 1601 y 1606, se fijó en Valladolid¹¹⁵⁸.

Indicio de cómo afectó a la comunidad jerónima la ausencia del monarca puede ser una decisión de Lerma, que ordenó que el veedor y oficiales de la obra de San Lorenzo fueran llamados a la ciudad¹¹⁵⁹. Afortunadamente, la lejanía del rey y su familia no hizo que el monasterio dejase de atraer la visita de dignatarios extranjeros. Algunos, como el embajador de Persia, dejaron encargado que se escribiese al rey que El Escorial “era una cosa muy grande y que con mucha razón se podía decir verdaderamente casa real y muy gran cosa y Valladolid era muy pobre y muy poca

¹¹⁵⁶ KUSCHE: *op. cit.*, p. 168.

¹¹⁵⁷ CÁMARA MUÑOZ, Alicia: “El Escorial de Felipe III. Historia y Arquitectura”, *Fragmentos. Revista de Arte*, 4-5 (1985), p. 32.

¹¹⁵⁸ *Ibidem*, p. 34. La historiadora refiere como autores de la época como Van der Hamen y anónimos hablaban de Felipe II como un segundo Salomón, admirado por los israelitas no tanto por la construcción del Templo, sino por las riquezas que se emplearon en ello, con el que hubieran podido hacerse otras muchas obras.

¹¹⁵⁹ Sepúlveda se quejó del estado del claustro de la comunidad. Cámara indica que no se hicieron obras de importancia, ni siquiera el arreglo que en 1611 se efectuó el cuarto del príncipe de Asturias (al ponerle Casa al futuro Felipe IV), algo que sorprende en un reinado en el que hubo fondos –recuerda– para erigir el monasterio de la Encarnación, en Madrid. Los propios monjes se centraron en el cuidado de los jardines, cuyos pagos podía librar el prior por mandato del Rey.

cosa”¹¹⁶⁰. No sabemos si esta opinión llegó a oídos del duque de Lerma, aunque es innegable que su ambición política pretendió sustituir el eje Madrid-El Escorial por otro en embrión, Valladolid-Lerma, durante aquel lustro¹¹⁶¹. En nuestro estudio nos corresponde atender a la vertiente genealógica y sepulcral de su sueño. Porque lo tuvo. Y muy directa. Cuando el 1 de marzo de 1603 fallecía en Valladolid la infanta María¹¹⁶², segunda hija de Felipe III y Margarita de Austria, a las cuatro semanas de su nacimiento en la misma ciudad, el todopoderoso valido intentó que la difunta niña fuese sepultada en su fundación del monasterio vallisoletano de san Pablo, donde se habían depositado anteriormente otros restos mortales y se habían celebrados exequias por antecesores del rey¹¹⁶³. Aunque el registro jerónimo no hace más alusión a Valladolid como lugar de nacimiento y óbito, sin decir si se organizó velatorio en aquél templo, y a que sus restos fueron finalmente conducidos al monasterio de El Escorial, siendo depositados el día 6 de marzo. No es muestra suficiente de las altas cotas de la ducal ambición: que lo que había concebido como su propio panteón usurpara por sustitución la función sepulcral, cuasi sagrada, de El Escorial. El duque llegó a conseguir años después, el 24 de mayo de 1610, que el séptimo de los hijos de los soberanos, la infanta Margarita Francisca¹¹⁶⁴, naciese en el palacio de su villa, en la propia Lerma¹¹⁶⁵.

¹¹⁶⁰ SEPÚLVEDA, J. de: “Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han acaecido en España y otras naciones desde el año de 1584 al de 1603”, en *Documentos para la historia del Monasterio de El Escorial*, IV, Madrid, 1924, p. 265, en CÁMARA MUÑOZ: *op. cit.*, p. 32. Pérez Bustamante cita el nombre del embajador, Uzén Alí Bec, añadiendo que su escala en El Escorial tuvo lugar durante su viaje desde Valladolid hacia Lisboa, de regreso a Persia... que no llegó a realizar, pues retornó a Valladolid y se convirtió al cristianismo (PÉREZ BUSTAMANTE, Ciriaco: “Siglo XVII: Españoles, berberiscos, persas y turcos”, en *Historia de España (dir. por Ramón Menéndez Pidal)*, t. XXIV, *La España de Felipe III*, Madrid, 1979, p. 395).

¹¹⁶¹ Es común acercarse a la decisión de Felipe III de residir en Valladolid desde una perspectiva familiar y cortesana, si bien la repercusión jurídica, social y económica de la medida fue notable en la ciudad castellana, tanto en el momento de la llegada de corte y consejos como en el momento del apresurado abandono de la villa. Vid. ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio: “El traslado de la corte a Valladolid”, en IGLESIAS PRADA, Juan Luis (coord.): *Estudios jurídicos en homenaje al profesor Aurelio Menéndez*, Vol. 4, Madrid, 1996, pp. 4161-4180.

¹¹⁶² AGP, *Lista...*, Llave 16, *Infanta Doña María 2ª*.

¹¹⁶³ Los restos de Juan II de Castilla, fallecido en Valladolid el 22 de julio de 1454, fueron depositados en el templo hasta su definitivo traslado a la Cartuja de Miraflores (AZCONA, Tarsicio de: *Isabel la Católica. Vida y reinado*, Madrid, 2002, p. 65).

¹¹⁶⁴ Como si de un símbolo se tratase, la Infanta Margarita fallecería el Alcázar de Madrid el 11 de marzo de 1617, el mismo año en que se puso en marcha la construcción del Panteón definitivo. AGP, *Lista...*, Llave 22, *Infanta Doña Margarita*. Su texto especifica el lugar de fallecimiento, el Real Alcázar, pero informando de la ciudad de su nacimiento omite, ¿deliberadamente? que nació en el palacio del duque de Lerma, nunca del agrado de la comunidad jerónima y quizá tampoco del redactor de la entrada correspondiente a la difunta.

¹¹⁶⁵ PAYO HERNANZ, René Jesús: “El palacio ducal de Lerma y la arquitectura señorial burgalesa durante la primera mitad del siglo XVII”, en GUTIÉRREZ ALONSO, Adriano: *Lerma y el valle de Arlanza: historia, cultura y arte*, Burgos, 2001, pp. 143-158.

Basándose en Cabrera de Córdoba¹¹⁶⁶, Alvar Ezquerro sostiene que, extrañamente, la soberana dio allí a luz por propio deseo: “Háse publicado la ida de sus Magestades á Castilla la Vieja (...) y que la Reina, que Dios guarde, quiere parir en Lerma, que vendrá á ser por el mes de Mayo”. Entendemos que tan raramente, porque en realidad no fue por deseo de Margarita de Austria. El recorrido que hemos realizado por la expresión “Háse publicado” en Cabrera corresponde al amplio abanico que va desde un “se ha hecho público”, “se ha sabido”, hasta “ha corrido la voz” o “se dice” que bien pudo encargarse el valido de difundir para justificar aquella salida de Madrid desde finales de febrero a principios de diciembre de aquel año, una ausencia que recoge el propio autor en su biografía del duque¹¹⁶⁷, en un momento conflictivo en la política económica interna y las relaciones internacionales, cuando el 10 de mayo, el natalicio mes, era asesinado Enrique IV de Francia.

Cuando la Corte regresó de Valladolid a Madrid, en 1606, el monasterio escorialense no resultó especialmente beneficiado. Las preferencias del duque de Lerma seguían residiendo en los dominicos, si acaso en los jesuitas. Para la orden de Predicadores, a cambio de la cesión de la capilla mayor de la iglesia de san Pablo (que le sirvió para la maniobra que hemos expuesto), consiguió el obispado de León, que no pudo conseguir el prior escorialense, que vio como el dominico Andrés de Casso¹¹⁶⁸ ocupó la apetecida sede. De su relación con la Compañía de Jesús baste decir que, como nieto por línea materna de san Francisco de Borja, no dudó en fundar, cerca de su residencia y huerta en Madrid, la casa profesa de los jesuitas en la capital, a la que trajo los restos mortales de prepósito general aun en la inminencia del final de su etapa como valido. Estamos de acuerdo con Cámara cuando subraya la importancia de estudiar la arquitectura de estos años –y muchos otros– “de manera indisolublemente unida al acontecer histórico al menos cuando se produce en los centros de poder o en relación a ellos”¹¹⁶⁹. La figura del duque de Lerma continúa en revisión¹¹⁷⁰. Apuntamos que muy

¹¹⁶⁶ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, ed. Salamanca, 1997, p. 394.

¹¹⁶⁷ Y el biógrafo recuerda que todo pareció suceder aquel año en Lerma: el alumbramiento de la Infanta (24 de mayo); las exequias por Enrique IV (8 y 9 de junio); el bautizo de la Infanta (10 de junio), para el que acudió el arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval, tío del duque de Lerma. Por supuesto, el valido fue padrino de la neófita, amadrinada por su hermana mayor, la infanta doña Ana Mauricia. ALVAR EZQUERRA, Alfredo: *El duque de Lerma. Corrupción y desmoralización en la España del siglo XVII*, Madrid, 2010, p. 326.

¹¹⁶⁸ El prelado fue obispo de León entre mayo de 1603 hasta su muerte, en el mismo mes de 1607 (BARRIO GOZALO, Maximiliano: *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen*, Madrid, 2004, p. 435).

¹¹⁶⁹ CÁMARA MUÑOZ: *op. cit.*, p. 37.

posiblemente, en no poca medida, motivó un retraso de dos décadas en el inicio de las obras de un sistema sepulcral definitivo para los Austria. No nos extraña que algunos autores subrayen la participación del prior jerónimo de El Escorial fray Juan de Peralta en la caída del valido. Así, Malvezzi le propone como uno de los protagonistas del apartamiento del duque, mientras que Tomás y Valiente¹¹⁷¹ y otros le sitúan, al contrario, como benefactor que retrasa dos meses su salida del propio monasterio.

Es de interés detenernos en Virgilio Malvezzi como fuente¹¹⁷². Su testimonio y perfil de cronista nos permite apreciar la posición que, al menos en la cuestión de la relación entre El Escorial y el duque de Lerma, le habría interesado que se difundiera, años después, a Felipe IV. Sobrino nieto de uno de los vencedores de Lepanto, marqués de Castelgüelfo y barón de Taranta y Quadri, había comenzado a redactar obras de estilo lacónico y aforismos y biografías de personajes clásicos y de la Historia Sagrada. Felipe IV le hizo venir de Italia en 1636 y comenzó a prestarle servicios, acabando por ser su cronista y comenzando relaciones de sucesos para escribir una historia de España. Su obra es un claro ejemplo de mezcla de doctrina moral y política oficial, adaptadas al estilo literario de moda en la Corte, siempre sujeta a la visión subjetiva y propaganda política que precisaban los gobernantes del periodo. Su condición de italiano y el hecho de escribir en una lengua que no dominó nunca del todo no le han beneficiado en lo historiográfico, pero su testimonio contará con el beneplácito regio. En su “Historia de Felipe III”, señala que el prior habría sido uno de los que habrían actuado:

“descubriendo lugar en el corazón de Felipe tercero, para que saliese del que se avia apoderado le dieron terribles batterias para despeñar a el Cardenal”

¹¹⁷³

Para otros autores, como decimos, el prior Peralta habría retrasado la salida de Lerma. En la segunda semana de abril de 1618 llegó al nuncio Borghese la

¹¹⁷⁰ SALAS ALMELA, Luis: “Realeza, valimiento y poder: en torno a las últimas aportaciones sobre el reinado de Felipe III”, *Hispania*, 234 (2010), pp. 165-180.

¹¹⁷¹ TOMÁS Y VALIENTE, Francisco: *Los validos en la monarquía española del siglo XVII*, Madrid, 1982, p. 7.

¹¹⁷² Sobre MALVEZZI (Bologna, 1595 – Bologna, 1657) *vid.*: GARCÍA LÓPEZ, Jorge: “El estilo de una corte: apuntes sobre Virgilio Malvezzi y el laconismo hispano”, *Quaderns d’Italià*, 6 (2001), pp. 155-169; GARCÍA VICENS, Daniel: “Sobre las fuentes manuscritas de Sucesos principales de Virgilio Malvezzi”, en FOSALBA VELA, Eugenia, VAÍLLO, Carlos (coord.): *Literatura, sociedad y política en el Siglo de Oro*, Barcelona, 2010, pp. 209-226; KAGAN, Richard L.: *Los cronistas y la corona. La política de la Historia en España en las Edades Media y Moderna*, Madrid, 2010, pp. 323-329.

¹¹⁷³ MALVEZZI, Virgilio, Marqués de: *Historia de Phelipe IIIº desde el año 1612 hasta su muerte que fue el año de 1621*, BNE, Madrid, Ms. 6803, cit. en CÁMARA MUÑOZ: *op. cit.*, p. 37.

confirmación del capelo cardenalicio que Paulo V concedía al valido, que le comunicó inmediatamente. Pero aquella primavera, prosigue Alvar Ezquerro, Felipe III ya le había hecho saber que debía retirarse¹¹⁷⁴. El duque habría conseguido prórroga de cuatro meses, el verano en el que la Familia Real permanecería en El Escorial para salir de la corte para difundir la idea de que se iba por propio deseo y no era expulsado. Allí, el nuevo cardenal conseguiría del jerónimo el favor regio de otros dos meses.

Con todo, parece probado que fray Juan Peralta fue quien comunicó a Sandoval que su tiempo había terminado¹¹⁷⁵. El prior del monasterio despreciado comunicaba al duque que la privanza había concluido. Cámara acude a un manuscrito anónimo para ilustrar el fin de las relaciones del duque con la comunidad jerónima, el edificio y todo lo que significaba. Cuando lo abandonaba en coche el 4 de octubre de 1618, el cardenal se volvió “a mirar a Palacio echándole la vendición”¹¹⁷⁶. Concluía simbólicamente un periodo en el que El Escorial había sido vinculado estrictamente a Felipe II, y en el imaginario público solo habían cabido las funciones de muestra a las embajadas extranjeras de visita a la corte y de lugar de recreación para el rey, al que siguió acudiendo, a excepción de la etapa vallisoletana, en estancias veraniegas¹¹⁷⁷. A partir del año anterior a la salida de Lerma, con el comienzo de las obras del Panteón, como veremos, la imagen de Felipe III volvió a vincularse a San Lorenzo.

Hemos comprobado como entre septiembre de 1598 y el comienzo de las obras del definitivo Panteón de Reyes, se tendió un sutil y silencioso velo. Parece como si, durante los primeros años del reinado de Felipe III, la regia sombra del padre fallecido paralizase temporalmente cualquier avance en la consecución del soporte material del

¹¹⁷⁴ A la tercera fue la vencida: Lerma intentó una tercera prórroga enviando al monarca a padre Florencia, de la Compañía de Jesús. Felipe III fue taxativo. ALVAR EZQUERRA: *op. cit.*, p. 398.

¹¹⁷⁵ Escudero indica que fue “Francisco” Peralta. La cuestión para el historiador es si el prior lo hizo en marzo, al indicárselo el rey el día 3 de ese mes tras las vísperas en el coro, como afirma Cereceda (CERECEDA, F.: “La vocación jesuítica del Duque de Lerma”, *Razón y Fe*, 137 (1948), p. 521) o el 4 de octubre, como sostiene PÉREZ BUSTAMANTE, habiendo marchado Lerma poco tiempo después del monasterio (PÉREZ BUSTAMANTE, Ciriaco: *op. cit.*, p. 156 (ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio: “Los poderes de Lerma”, en ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio (coord.): *Los validos*, Madrid, 2004, p. 166).

¹¹⁷⁶ BNE, Madrid, Ms. 2348, f. 401, *Resolución que tomó el Rey Nuestro Señor cerca de algunas cosas que importaban a esta Monarquía de su Magd por setiembre de 1618*, en CÁMARA MUÑOZ: *op. cit.*, p. 37. Un manuscrito anónimo y la actitud del cardenal Sandoval, casi cómica, no aportan excesiva credibilidad a la fuente, pero simbolizan la paradoja del fin de una etapa histórica para el monasterio.

¹¹⁷⁷ La comunidad jerónima se esforzó por atraer al monarca y hacer agradables las estancias de la Familia Real, incluso costearo la reforma de la casa de la villa de Monasterio en 1612, que debiera haber correspondido a la Junta de Obras y Bosques, haciendo una puerta retirada para salidas discretas (AGS, Casas y Sitios Reales, Leg. 302 (3), f. 233, cit. en CÁMARA MUÑOZ: *op. cit.*, p. 39). La autora subraya la actitud pasiva del monarca, dejándose querer: escasas adquisiciones de libros para la Real Biblioteca (que creció por una incautación, una donación o una captura de los libros de un buque...). Ni siquiera creció significativamente el número de reliquias.

sistema sepulcral definitivo. En lo edilicio, el monasterio apenas mantuvo obras de acondicionamiento, pero no se avanzó en la construcción de una definitiva cámara sepulcral. No había plazos para la muerte: aunque no contemos con pruebas documentales sobre el lugar exacto de su colocación en la bóveda intermedia, entre 1603 y 1617 (fecha que, veremos a continuación, marca el comienzo de las obras para la solución definitiva), los restos de una reina consorte, tres infantes de España y un Príncipe de Saboya fueron conducidos a la bóveda.

TABLA X
FAMILIARES DE FELIPE III
SEPULTADOS EN LA BÓVEDA INTERMEDIA ENTRE 1598 Y 1617
POR ORDEN CRONOLÓGICO DE FALLECIMIENTO

PERSONA REAL	PARENTESCO	FALLECIDO EN	AÑO
Rey FELIPE II	padre	El Escorial	1598
Infanta MARÍA	hija	Valladolid	1603
FELIPE MANUEL de Saboya	sobrino carnal	Valladolid	1605
Reina MARGARITA	esposa	El Escorial	1611
Infante ALONSO	hijo	Madrid	1612
Infanta MARGARITA	hija	Madrid	1617

Fuente: AGP, *Lista de personas reales...*

Como hemos referido, la primera decisión en materia sepulcral de Felipe III fue disponer el entierro de su padre. La vocación de obituario del cuaderno registro jerónimo se cumplió con tanto rigor como brevedad, lo que nos hace sospechar que el autor de la primera serie era muy consciente de la humildad con la que el fallecido quería que se refiriese todo lo relacionado con su muerte. Tras referirse al soberano como “nuestro señor de Gloriosa y feliz memoria”, el monje, que indudablemente tuvo trato con el monarca, refiere su filiación, “de las Cesáreas Majestades de Carlos V y de la Emperatriz D^a Isabel Infanta de Portugal”. Las cronologías de nacimiento y muerte responden a lo que desde las primeras llaves se hizo costumbre en el documento, un rey vallisoletano, desde el 21 de mayo de 1527, que murió “en el día de Domingo a las cinco de la mañana a 13 de septiembre del año de 1598 siendo de edad de 71 años tres meses y veintitrés días”. Las alabanzas personales se deslizan entre todo ello:

“La grandeza de sus hechos y singularísima prudencia con que gobernó tantos Reynos y señoríos que Dios le dio a todo el mundo es notorio. Edificó este insigne y Real Convento para honra de Dios y de sus Santos y particularmente del Ilustrísimo martyr San Lorenzo y para digno sepulcro del Emperador y Emperatriz sus Padres y de los demás Sus Difuntos”¹¹⁷⁸.

La llave del Rey Prudente es muestra del rigor con el que se anotaron los primeros registros. El monje amanuense se concedió la licencia de estilo de referir que “Su cuerpo fue sepultado junto con los de sus Padres en el día siguiente que fue de la Santa Cruz, a donde espera la Resurrectio general”. No se extendió en hechos ni más consideraciones, ni siquiera las de la propia muerte¹¹⁷⁹, remitiéndose a un insigne autor y, de paso, algo que nos resulta de gran interés, descartando una autoría en aquella primera serie obituarial:

“Las cosas que pasaron en su feliz tránsito con todo lo demás que le sucedió en el progreso de la fundación deste convento lo escribe con cuydado en la Historia deste Convento que anda con la de la Orden Nuestro padre Fray Joseph de Sigüenza”.

¹¹⁷⁸ AGP, *Lista...*, Llave 7, *El Católico Rey Don Felipe 2º*.

¹¹⁷⁹ Vid. VÁZQUEZ DE PARGA Y CHUECA, María José: “Una visión cercana de la muerte de Felipe II”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 206 (2009), pp. 255-268; ALONSO, Carlos: “La muerte de Felipe II en los “Avvisi” de fondo “Urbinates Latini” de la Biblioteca Vaticana”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 211 (1998), pp. 973-987.

No fue, por tanto, el P. Sigüenza, quien redactó aquellos primeros perfiles mortuorios, que se escribieron a comienzo del reinado de Felipe III.

Parecería que en los que a sistemas sepulcrales se refiere, el reinado de Felipe III (1598-1621) adquiere así una nota de gran uniformidad. Contando con el entierro de su propio padre, en septiembre de 1598, el monarca no tuvo que firmar ninguna orden de conducción de restos regios al monasterio hasta cinco años después del comienzo de su reinado. La primera hubo de ser expedida en Valladolid, sede de la Corte entre febrero de 1601 y 1606, cuando falleció su segunda hija, la infanta María:

“(…) a 1º de este mes, sábado a la tarde, murió la Infanta recién nacida, de grandes parasismos y desmayos de alferecía que le duraron cinco o seis días, al fin de los cuales se fue al Cielo, habiéndola bautizado y puéstole por nombre María, y desde que nació, como no podía tomar el pecho por su mucha flaqueza y debilidad, se tuvo entendido que no viviría, y así había algunos días que estaban apercebidos los que la habían de acompañar hasta San Lorenzo con el obispo de Salamanca, habiéndose hecho la costa de la jornada por cuenta de la Casa Real y con sus oficiales”¹¹⁸⁰.

La niña había nacido en la ciudad del Pisuerga el 1 de febrero de 1603; murió en la misma ciudad el 1 de marzo siguiente. Cinco días después de su muerte, el 6 de marzo, sus restos llegaban al monasterio de San Lorenzo y se depositaban en la bóveda intermedia¹¹⁸¹. Se trata del primer hijo de un rey de España malogrado en su infancia de la larguísima lista de infantes fallecidos en el siglo XVII. Era 1603. El duque de Lerma, que había conseguido en enero de 1601 el traslado de la corte a Valladolid, vivía su plena privanza¹¹⁸². La familia real, residía en casas palaciales en el centro de la urbe, a pocos metros de dos lugares que, como hemos visto, hasta hacía menos de un cuarto de siglo habían acogido restos regios: los monasterios de san Gregorio, donde estuvieron depositados los restos del infante don Juan, hijo malogrado de Carlos V y san Pablo, que acogió los restos de la princesa de Asturias doña María, primera consorte de Felipe II. Se trataba de espacios sepulcrales disponibles que podían ser habilitados y acoger restos. Y san Lorenzo de El Escorial quedaba lejos... No hemos encontrado huella ninguna de presión por parte de Lerma en este sentido, por lo que no estableceremos

¹¹⁸⁰ CABRERA DE CÓRDOBA: *Relaciones de las cosas sucedidas...*, p. 170.

¹¹⁸¹ AGP, *Lista...*, Llave 16, *La Infanta Doña María 2ª*.

¹¹⁸² BENNASSAR, Bartolomé: *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*, Valladolid, 1989, p.118. Si atendiésemos al número de reuniones de Cortes como órganos legislativos en la ciudad, Bennassar recuerda que entre 1405 y 1558, la localidad acogió 23, celebradas en 1405, 1409, 1411, 1420, 1425, 1429, 1440, 1442, 1447, 1448, 1451, 1454 y 1475 (en el siglo XV); 1506, 1508, 1523-1524, 1527, 1537, 1542, 1544, 1548, 1555 y 1558.

que el valido llegase a plantear al monarca tan radical cambio de concepción de sistema sepulcral. Es este uno de los interrogantes que habría planteado la prolongación de la estancia vallisoletana, si la situación llegó a incluir el diseño de un nuevo sistema sepulcral dinástico. No se trata ni mucho menos de un futurible, sino de un elemento necesario más para ubicar los distintos hitos del proceso de asentamiento definitivo de El Escorial como sistema funerario regio. El traslado de la corte a Valladolid, según García Cárcel, respondió a la voluntad de apartar al monarca de la influencia de su abuela y tía la emperatriz María¹¹⁸³. Pero una crónica de 1600 ya deja entrever, en nuestra opinión, que las intenciones del duque incluían también cuestiones como la imagen dinástica:

“Los días que [Felipe III y el Duque de Lerma] se han detenido aquí [en el monasterio de san Lorenzo de El Escorial], se ha concertado por el Cardenal de Toledo y el Duque de Lerma de comprar de los frailes dominicos la capilla mayor de San Pablo de Valladolid, en 80.000 ducados para el entierro de ambos; y que el patronazgo vaya en la casa del de Lerma, y también ha comprado el dicho duque la casa del marqués de Camarasa, que es la mejor de aquella ciudad, en otros 80.000 ducados, habiéndole parecido que fuera de mucha más costa levantarla de nuevo en el sitio que aquella ciudad le ha dado; lo cual podría despertar otra vez la mudanza de la Corte, por se el Duque tanta parte para ello”¹¹⁸⁴.

Nos encontramos ante un texto sumamente revelador: el valido de Felipe III adquiere, menos de cuatro meses antes de que se conociese el traslado de la Corte a Valladolid –la noticia se hizo pública el 10 de enero de 1601–, una señorial residencia para la vida... y una capilla para la muerte, la suya propia y la de su tío, el cardenal don Bernardo de Sandoval. Es especialmente simbólico que el precio de ambas fuese el mismo, todo un testimonio del valor del espacio funerario también para la alta nobleza de la monarquía de España. Lerma tuvo claro –al menos en ese momento– que su futuro pasaba por la ciudad, y que allí mismo podía construirse su sepulcro. Quizá concibió una suerte de sistema sepulcral familiar. Se indica que el patronazgo sería para la Casa de Lerma, lo que nos obliga a pensar en lo segundo, al que bien puede agregarse la idea

¹¹⁸³ GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: “Prefacio”, en CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, Salamanca, 1997, pp. 9-42. El historiador individualiza con notable claridad los motivos de la caracterización historiográfica del reinado de Felipe III como una etapa meramente oscura tras la centuria anterior y vinculada a tópicos de decadencia. Las *Relaciones* permanecieron inéditas dos siglos y medio, hasta su primera edición en 1857.

¹¹⁸⁴ CABRERA DE CÓRDOBA: *Relaciones...*, p. 83. Recordemos que en esa misma iglesia habían reposado los restos de la Princesa María, primera consorte de Felipe II, entre 1545 y 1573.

de que pretendió imitar –siempre a escala– el sistema sepulcral regio escurialense. Queda para investigaciones posteriores la consideración de si realmente llegó a proponer a Felipe III la creación de un nuevo sistema sepulcral regio en la ciudad del Pisuerga. Pero sí podemos constatar que ya en 1601 a Felipe III se le había convencido de que ordenase la construcción en ella de un palacio real:

“(…) se dice que S.M. ha puesto en plática de hacer en Valladolid una casa Real, en el sitio que se señaló en tiempo del Emperador, que es cabe la puente a San Nicolás (*sic*), donde de poco acá se levantaba un monasterio de monjas; y se ha mandado embargar la obra para que no pase adelante, con el fin de mudarle a otra parte y hacer allí casa a S.M.. Lo cual persuade mucho que la mudanza de la Corte ha de durar muchos años en Valladolid...”¹¹⁸⁵.

Apenas dos años después, en 1605, fallecía también en Valladolid un hijo de la infanta Catalina Micaela, el príncipe Felipe Manuel de Saboya, sobrino, por tanto, del monarca¹¹⁸⁶. Pensamos que el príncipe del Piamonte habría fallecido en el denominado “Palacio viejo”, es decir, en el de los condes duques de Benavente, que se comunicaba con el “nuevo”, residencia de los reyes, mediante un pasadizo de madera, donde fue alojado con sus hermanos en la ciudad¹¹⁸⁷. Había nacido en Turín el 2 de abril de 1586. Su padrino había sido el propio rey de España, su abuelo Felipe II, que fue representado en la ceremonia. Como había sucedido en la generación anterior, el sobrino del rey, esta vez Felipe III, fallecía en la península durante una intensa estancia de formación política, si bien el contexto de la presencia del primogénito de Carlos Manuel de Saboya

¹¹⁸⁵ CABRERA DE CÓRDOBA: *Relaciones...*, p. 99. En todo caso, pronto se detectó la insuficiencia de la ciudad para acoger lo que llevaba consigo, en todos los sentidos, una corte como la del monarca: “Ha cargado tanta gente en esta ciudad con todo el cuidado que se pone (en que no se hincha de vagabundos y gente ociosa) que faltan ya casas en que posar, y así se han encarecido en extremo los alquileres y los mantenimientos y todo lo necesario, que sin duda cuesta la mitad más que en Madrid, y lo que se siente mucho es que se duda para en adelante pueda esta tierra proveer de lo necesario a esta Corte” (p. 111).

¹¹⁸⁶ Una vez más, la referencia a los acontecimientos proporciona datos bio-geográficos sobre los monarcas: “Háse entretenido S.M. sin salir de aquí hasta los 3 de este mes que se fue a la Ventosilla, dejando a los dos príncipes mayores de Saboya cubiertos de viruelas y sarampión; las cuales apretaron tanto al mayor que ha muerto de ellas a los 9 de este con general sentimiento de todos, porque era bien quisto y bien amado por sus buenas partes. Dióse aviso de ello a S.M., el cual mandó que le llevasen a San Lorenzo el arzobispo de Caller y el conde de Medellín con el acompañamiento que se requería...” (CABRERA: *op. cit.*, p. 235). La crónica fecha en el día 12 la salida del cortejo fúnebre desde Valladolid hacia El Escorial, pero como veremos a continuación, la carta de Felipe III al Prior conservada en el Archivo General del Palacio Real de Madrid lleva la data del día siguiente.

¹¹⁸⁷ El edificio se denominaría a partir de entonces “palacio de los príncipes de Saboya”. En el mismo se ubicaron también los Consejos durante la capitalidad de la corte en Valladolid (JORDAN GSCHWEND, Annemarie, PÉREZ DE TUDELA GABALDÓN, Almudena: *El retrato del príncipe Felipe Manuel de Saboya. La imagen de un príncipe italiano en la corte de España*, Bilbao, 2008, p. 21.

era un tanto más complejo¹¹⁸⁸. Aparentemente, en la mejor tradición de acoger en la corte a sus jóvenes parientes varones de las ramas colaterales de la dinastía, con el fin de prepararles para valiosas tareas de gobierno, Felipe III tenía gustoso junto a sí al príncipe. No obstante, conviene no olvidar que en sus primeros años de matrimonio, el monarca no había tenido hijos varones, por lo que la llegada de los tres hijos mayores de su cuñado y su hermana fallecida, el citado Felipe Manuel, Víctor Amadeo y Manuel Filiberto, que desembarcaron en junio de 1603 en Barcelona, suponía tener en la península a posibles herederos al trono¹¹⁸⁹. Fue una clara estrategia política y dinástica que volvería a repetirse y que tendría más huellas en la imagen funeraria de la monarquía de España.

Nadie se extrañó cuando el monarca firmó la orden, dirigida al prior de san Lorenzo, de que el cuerpo del fallecido fuese recibido en el monasterio, procedente de la más importante ciudad castellana de la cuenca del Duero, en la que no volvería a nacer ni fallecer ningún miembro de la real familia:

“(...) mando que le recibáis con la solemnidad y ceremonias que se hizo con el Príncipe Vincislao”¹¹⁹⁰.

Aunque debemos consignar que trascurrieron cuatro días desde el óbito a la emisión de la orden real. Si hubo dudas sobre el lugar de su descanso, no fueron decisivas tras las cuatro jornadas y no trascendieron a la historia; el cuerpo llegó a El Escorial el 17 del mismo mes.

¹¹⁸⁸ Vid. RÍO BARREDO, María José del: “El viaje de los príncipes de Saboya a la corte de Felipe III (1603-1606)”, en BIANCHI, Paola, GENTILE, Luisa Clotilde, (coord.): *L'affermarsi della corte sabauda. Dinastie, poteri, élites in Piemonte e Savoia fra tardo medioevo e prima età moderna*, Turín, 2006, pp. 407-434.

¹¹⁸⁹ ROSSO, Claudio: “España y Saboya: Felipe II y Carlos Manuel I”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, VISCEGLIA, María Antonietta (dir.): *La Monarquía de Felipe III, Los Reinos*, Vol. IV, Madrid, 2008, p. 1095.

¹¹⁹⁰ AGP, Histórica, Fallecimientos y Entierros, Caja 56, Expte. 14, *Entrega que se hizo en 17 de febrero de 1605 del cuerpo del Serenísimo Felipe Emanuel Príncipe de Piamonte, hijo del Duque de Saboya*, La alusión al archiduque Wenceslao era la más cercana, aunque tres hermanos del citado, Alberto, Rodolfo y Ernesto, habían pasado también por la corte de Felipe II. Alberto se casaría con su prima Isabel Clara Eugenia, Ernesto fallecería fuera de España y Rodolfo llegó a reinar como emperador a la muerte de su padre, Maximiliano II. El archiduque Wenceslao, como vimos, fue sepultado en la iglesia de prestado en 1578. Felipe Manuel fue primogénito de Carlos Manuel, duque soberano de Saboya, y la Infanta Catalina Micaela. Como heredero del ducado recibió el título de príncipe del Piamonte. Llegó a España, desembarcando en el puerto de Barcelona, el 23 de junio de 1603, junto a dos de sus hermanos. Falleció soltero en Valladolid el 9 de febrero de 1605, a punto de cumplir diecinueve años. El expediente del AGP al que hacemos referencia muestra además, a través de las cuentas de gastos generados por el traslado del féretro, el itinerario de la comitiva mortuoria, que pasó por Villacastín y El Espinar (Segovia), de paso hacia El Escorial. Durante el reinado de Felipe III se repetiría el esquema de residencia de Archiducos en España: a la península llegó con su hermana, la reina Margarita, Maximiliano Ernesto (que sería nombrado obispo de Segovia y arzobispo de Santiago, sucesivamente), y otro hermano de ambos, Carlos.

Víctor Amadeo y Manuel Filiberto de Saboya regresaron a Turín en junio de 1606, tras repetidas peticiones de su padre. El año anterior había nacido un príncipe de Asturias, el futuro Felipe IV. Se había producido un notable alejamiento político entre Felipe III y Carlos Manuel de Saboya. Sin embargo, no solo volverían a ver a su tío, sino que otra hija del duque de Saboya también participaría, como veremos, en la historia de la imagen funeraria regia española.

Pasaron seis años hasta el siguiente luto estrictamente familiar. Pero el que llegó fue hondo por la calidad de la difunta, la propia reina Margarita de Austria. La personalidad de una de las soberanas menos conocidas de la Historia de España nos invita a detenernos en su figura, mucho más relacionada con el tema de los sistemas sepulcrales que venimos analizando.

Hija del archiduque Carlos de Austria, duque de Estiria, Carniola y Carintia (hijo del emperador Fernando y sobrino de Carlos V) y de María de Baviera (nieta a su vez del propio emperador Fernando), nació en Graz el 25 de diciembre de 1584. Inicialmente no estaba destinada a un matrimonio regio español, pues los enviados de Felipe II tenían el encargo de solicitar la mano de su hermana, la archiduquesa Gregoria Maximiliana, que murió en septiembre de 1597, siendo la prometida del príncipe de Asturias. Se desestimó la candidatura de una segunda archiduquesa, Leonor, hasta que Margarita, la tercera de las hermanas, viajó finalmente a España con su madre¹¹⁹¹.

Casada con Felipe III en 1599, falleció en el cuarto real de San Lorenzo de El Escorial a las nueve de la mañana del lunes 3 de octubre de 1611, once días después de dar a luz en un trabajoso parto a su último hijo, el infante Alonso, llamado el Caro. Al día siguiente, festividad de San Francisco, sus restos fueron bajados a la bóveda intermedia. Había vivido veintiséis años, nueve meses y ocho días, como ocho fueron los hijos que alumbró.

Pocas consortes españolas han mostrado tanta sensibilidad hacia las cuestiones del tránsito, de forma que, para muchos biógrafos de su esposo, Margarita de Austria es ejemplo y paradigma de lo que ha denominado *tanatofilia* de los Austrias. La preocupación por la muerte de la reina se tradujo en un enorme aparato de caridad cortesana, con gran componente simbólico. La propia participación de la reina en el impulso decisivo de la fundación del monasterio de la Encarnación, a las puertas del antiguo Alcázar de Madrid, abre también interrogantes sobre la posibilidad de que este

¹¹⁹¹ RAINER: *Tú, Austria feliz, cástate...*, p. 36.

entorno religioso hubiera podido optar a ser también funerario. Ya lo era el vecino cenobio de las Descalzas Reales, en el que descansaba la infanta fundadora doña Juana, hermana menor de Felipe II. De nuevo pesó más la vinculación regia a El Escorial cuando correspondió a Felipe III decidir sobre la sepultura de su única esposa¹¹⁹². Por segunda vez se alejaba la sombra de una alternativa de creación de espacio funerario, antes en Valladolid y ahora en Madrid.

La línea escurialense estaba ya más que remarcada cuando se produjeron los dos últimos óbitos del reinado: el del infante Alonso Mauricio, octavo hijo de los monarcas y cuarto de sus varones, y el de la infanta Margarita, que había sido justo la hija precedente. Alonso *el Caro* murió de alferecía en el Alcázar de Madrid, el domingo 16 de septiembre de 1612, pocos días antes de llegar al año de edad. Su cuerpo fue depositado en el monasterio, donde había nacido el 22 de septiembre anterior, el 18 del mismo mes y año. La infanta Margarita llegó a vivir poco menos de siete años. Ella misma fue un símbolo de la privanza del duque de Lerma, pues nació, como sabemos, en la misma localidad burgalesa que da nombre al título del valido, el 24 de mayo de 1610. Falleció en el Alcázar de Madrid a las siete de la mañana del 11 de marzo de 1617. En ejemplo de rapidez, sus restos llegaron a El Escorial al día siguiente, siendo entregados por el obispo de Valladolid y el conde de Salazar, mayordomo de Felipe III¹¹⁹³. No podemos dejar de consignar que el ceremonial funerario empleado fue el mismo que con su hermano Alonso, “como se hace con los no adultos”, expresión que demuestra lo asentado e individualizado que se hallaba a esas alturas de la Edad Moderna un protocolo litúrgico y cortesano de entierro de párvulos.

El reinado de Felipe III supone un paréntesis de dos décadas en la continuación del gran proyecto funerario filipino. Pero no en la creación y evolución de otros sistemas sepulcrales regios. A las cinco de la mañana del miércoles 26 de febrero de 1603 fallecía la última hermana viva de Felipe II:

“Su Majestad Cesárea murió en el monasterio de las Descalzas Franciscas, donde se había recogido desde que vino de Alemania, que edificó su hermana la princesa doña Juana, que está enterrada en él; y como hubo espirado, al punto las monjas con su hija la infanta Margarita que tiene el hábito, entraron el cuerpo en el convento, porque no había más del aposento en

¹¹⁹² AGP, *Lista...*, Llave 20, *La Reyna Doña Margarita*.

¹¹⁹³ En este caso también se conserva la carta que remitió Felipe III al Prior del Monasterio de San Lorenzo comunicando la muerte y ordenando y entierro y custodia por la comunidad. AGP,

que murió en medio, y cerraron la puerta y lo depositaron en el claustro, pretendiendo su hija la Infanta que no le han de sacar de allí hasta después de sus días, que podrá el Rey mandarlo trasladar a San Lorenzo; en lo cual no se ha hablado más, habiéndose quedado la resolución para cuando sus Majestades vayan allá dentro de quince o veinte días”¹¹⁹⁴.

Que sor Margarita de la Cruz se negase de la forma descrita a que los restos de su madre fuesen conducidos a El Escorial prueba no solo el deseo de la hija de la soberana de que quedasen en el monasterio de las Descalzas; quizá no apunta exclusivamente a la propia voluntad de la emperatriz, sino a un rechazo consciente o inconsciente a que pasaran a la bóveda intermedia escurialense en el estado en que el panteón provisional se encontraba en aquel 1603. Ciertamente, los espacios bajo el altar mayor de la basílica no distinguían entonces las dignidades de las soberanas que acompañaban a Carlos V y Felipe II. Sor Margarita de Austria, del mismo nombre que la reina consorte de Felipe III, conocía que allí reposaban las reinas María de Hungría y Leonor de Francia y Portugal, hermanas del emperador. Pero en las Descalzas había ya un precedente, el sepulcro de la princesa Juana (1535-1578), que había dejado dispuesto su entierro en el convento que fundó.

En 1617, Felipe III se encaminaba a cumplir veinte años de reinado, que se equiparaban en el imaginario colectivo, en lo que a los restos mortales de sus antepasados se refiere, a una cuestión relegada, a un retraso –cuando no incumplimiento- de una sagrada misión paterna, encomendada en testamento. Año tras año, en una sociedad donde los sueltos y pasquines, folletos e impresos componían un atisbo de opinión pública, cada vez más súbditos eran conscientes de una realidad: los ataúdes de varios reyes, reinas e infantes no estaban depositados dignamente:

“pues siendo tan rica toda aquella milagrosa fábrica, Yglesia y Sacristía, solo el depósito de los cuerpos Reales está pobre, que sobre unas vigas, como se vinieron troçadas del monte, están unas pobres arcas o ataúdes cubiertas de unos pobres paños negros en que están esperando la Resurrección”¹¹⁹⁵.

¹¹⁹⁴ CABRERA: *op. cit.*, p. 169. María de Austria nació el 21 de junio de 1528. Fue la primera hija de Carlos V e Isabel de Portugal. Casada el 17 de noviembre de 1548 con el futuro emperador Maximiliano II de Alemania, alumbró catorce archiduques. Cuando quedó viuda en 1576, decidió retirarse a Madrid, pero ocupó un relevante puesto en la corte como referente simbólico y moral de su padre. Fue madre, entre otros, de dos emperadores de Alemania, Rodolfo II y Matías, la reina consorte Isabel, esposa de Carlos IX de Francia; la reina consorte Ana, cuarta mujer de su hermano Felipe II, y el archiduque Alberto esposo de la infanta Isabel Clara Eugenia.

¹¹⁹⁵ AYALA, Lorenzo: *Sermón que Predicó el Padre Maestro Fray Lorenzo de Ayala, Predicador de San Benito el Real de Valladolid en las Exequias que a la muerte del Catholico Rey don Felipe II hizo Aquel Real Monasterio*, Madrid, 1601, p. 104. No tenemos noticia de que el autor visitase personalmente el

El rey decidió iniciar las obras de un panteón real que debía ser el definitivo, que abordaremos, para una mejor sistemática, en el próximo capítulo.

monasterio, pero es cierto que Francisco de los Santos, en su Descripción del Real Monasterio (1656) afirma que todos los extranjeros que lo visitaban se asombraban que los monarcas no tuviesen un panteón digno como tales.

Capítulo 8

FELIPE IV Y EL PANTEÓN DEFINITIVO

Si bien fue en 1617, como hemos visto, cuando se decidió iniciar las obras del panteón definitivo bajo el altar mayor de la basílica escurialense, la mayor parte de la cronología de su construcción, culminación e inauguración tuvo lugar en el reinado de Felipe IV. El sistema sepulcral de san Lorenzo quedó así vinculado, en su concepción espiritual e idea inicial, al fundador del monasterio, Felipe II, mientras que en lo material se debe al impulso decisivo desarrollado por su nieto, que pudo disponer la colocación de los restos de sus antepasados en 1654.

8.1. Una cámara barroca para la imagen funeraria dinástica.

El proyecto inicial fue encomendado a Juan Gómez de Mora, que como arquitecto dirigió y propuso sus trazas¹¹⁹⁶. Su objetivo fue aprovechar el espacio de la primitiva capilla funeraria aumentando su tamaño, para dotarla de mayor proporción y belleza. En 1618 ya se extraían bloques de mármol para la obra, y el interés y empeño del monarca y del prior fray Juan de Peralta hicieron que en los tres últimos años de vida de Felipe III, la obra avanzase. Desgraciadamente, el impulso inicial quedó

¹¹⁹⁶ Vid. BARBEITO DÍEZ, José Manuel: “Juan Gómez de Mora, Antonio Mancelli y Cassiano dal Pozzo”, *Archivo español de arte*, 342 (2013), pp. 107-122; “Velázquez, Gómez de Mora y Carbonel: tres artistas en la Corte de Felipe IV”, *Reales Sitios*, 141 (1999), pp. 18-28; LOPEZOSA APARICIO, Concepción: “La residencia del Duque de Lerma en el Prado de San Jerónimo, traza de Gómez de Mora”, *Madrid. Revista de arte, geografía e historia*, 1 (1998), pp. 457-486; TOVAR MARTÍN, Virginia: “Juan Gómez de Mora y la cárcel de la corte de Madrid”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 36 (1996), pp. 99-116; “Juan Gómez de Mora: Datos complementarios para el estudio de su obra en Madrid”, en *Homenaje al profesor Martín González*, Valladolid, 1995, pp. 269-274; “El arquitecto Juan Gómez de Mora y su relación con lo “escurialense”, en *Real Monasterio-Palacio de El Escorial. Estudios inéditos en conmemoración del IV centenario de la terminación de las obras*, Madrid, 1987, pp. 185-202; “El arquitecto Juan Gómez de Mora iniciador del Barroco en España: Proyecto del templo de San Antonio de los Portugueses”, *Goya. Revista de arte*, 174 (1983), pp. 338-342; “Juan Gómez de Mora en la reconstrucción del Monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 19 (1982), pp. 33-47; “Influencias europeas en los primeros años de formación de Juan Gómez de Mora”, *Archivo español de arte*, 218 (1982), pp. 186-193; “Contribución a la obra de Juan Gómez de Mora”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 15 (1978), pp. 59-72; “Juan Gómez de Mora, en el convento real de Santa Isabel y en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto de Madrid”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, BSAA, t. XL-XIL (1975), pp. 321-342; MARÍAS FRANCO, Fernando: “El primer proyecto de Juan Gómez de Mora para el Colegio de La Clerecía de Salamanca”, en *Tiempo y espacio en el arte: homenaje al profesor Antonio Bonet Correa*, vol. I, Madrid, 1994, pp. 469-480; BARRIO MOYA, José Luis: “Velázquez y Gómez de Mora juntos en una libranza”, *Archivo español de arte*, 203 (1978), p. 346.

suspendido cuatro años más tarde, a la muerte del soberano. No podemos establecer con exactitud si la causa directa fue el fallecimiento o la aparición de dificultades técnicas que provocaban las corrientes de agua subterránea en el monasterio, no resueltas en la planificación inicial de los cimientos.

El autor principal de la traza final fue el arquitecto italiano Crescenzi, del quien emplearemos su nombre italiano frente al españolizado Crescenci o Crescencio, utilizados con frecuencia en la historiografía de nuestro país durante buena parte del siglo XX¹¹⁹⁷. El maestro era, en expresión de Elliot y Brown¹¹⁹⁸, un “aristócrata refinado”, coleccionista, en cuya compañía el conde-duque de Olivares se sentía a gusto, lo que pudo facilitar mucho el trabajo¹¹⁹⁹. Vino a la península con el cardenal Zapata en 1617, que viajó dos años después a Italia buscando oficiales para el proyecto, precisamente en Florencia y Roma¹²⁰⁰. Trajo consigo al escultor Francesco Gerino, así como a los bronceístas Clemente Censore y Francesco Francucci. También participó en las trazas Alonso Carbonel, escultor y arquitecto que diseñó las urnas sepulcrales y finalizó el proyecto, pues Crescenzi falleció en 1635 entre rumores de extraordinaria presión del conde-duque por los trabajos de construcción del Palacio del Buen Retiro¹²⁰¹. Dos fueron los maestros de obra que trabajaron en la colocación de los mármoles: el vizcaíno Pedro de Lizargárate y Bartolomé Zumbigo. Necesariamente Diego Velázquez, que en esas fechas ostentaba el cargo de aposentador de Palacio, tuvo

¹¹⁹⁷ SPADA, Gianfranco: “Arquitectos italianos en España, relaciones y contexto”, *Zibaldone. Estudios italianos de La Torre del Virrey*, 2 (2014), p. 56.

¹¹⁹⁸ BROWN, Jonathan, ELLIOTT, John: *Un palacio...*, p. 44. No extraña por tanto en su *cursus honorum* la celeridad de las muestras del favor regio: en 1626 recibió de Felipe IV el marquesado de la Torre y fue admitido en la orden de Santiago. Cuatro años más tarde era nombrado miembro de la Junta de Obras y Bosques, que administraba las propiedades del rey, así como superintendente de las obras reales.

¹¹⁹⁹ Giovanni Battista Crescenzi (Roma, 1577 – Madrid, 1635). De noble familia italiana (su hermano y su hijo fueron cardenales), fue superintendente de edificios públicos y obras de arte de los Estados Pontificios antes de acudir a Madrid, donde participaría no solo en la construcción del Panteón Real en El Escorial, sino en la del Palacio del Buen Retiro. Felipe IV le otorgaría el marquesado de la Torre y le nombraría caballero de la Orden de Santiago. Fue enterrado en la iglesia del Carmen Calzado. Sobre el arquitecto, *vid.* CHERRI, Peter G.: “La intervención de Juan Bautista Crescenzi y las pinturas de Antonio de Pereda en un retablo perdido”, *Archivo español de arte*, 239 (1987), pp. 299-306; TOVAR MARTÍN, Virginia: “Significación de Juan Bautista Crescencio en la arquitectura española del siglo XVII”, *Archivo español de arte*, 215 (1981), pp. 297-318; TAYLOR, René: “Juan Bautista Crescencio y la arquitectura cortesana española (1617-1635)”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 48 (1979), pp. 61-126.

¹²⁰⁰ Precisamente en Florencia se estaba construyendo entonces, en la iglesia de san Lorenzo, la capilla de los Médici, en la que funcionaba una prestigiosa escuela de talla de piedras duras. Y en Roma, en 1616, acababa de concluir la decoración de la capilla paulina de Santa María la Mayor, impulsada por Paulo V, en la que el superintendente había sido el propio Crescenzi (CÁMARA MUÑOZ, Alicia: “El Escorial de Felipe III. Historia y Arquitectura”, *Fragmentos. Revista de Arte*, 4-5 (1985), p. 40).

¹²⁰¹ “Quizá abreviaron sus días los disgustos que tuvo que sufrir con la construcción del Panteón de El Escorial, y especialmente con la construcción del nuevo Retiro, cuando tuvo trato frecuente con Olivares y sufrió humillaciones” (Archivo di Stato di Florencia, *filza* 4960, cit. en BROWN, Jonathan, ELLIOTT, John: *Un palacio...*, p. 89).

que dar su opinión sobre el proyecto, si bien no hemos encontrado huella de participación del pintor en el mismo, aunque es indudable que bien pudo obtener información de los avances que se alcanzaban en el proceso constructivo.

Las dificultades económicas fueron constantes. Felipe IV estaba sumido en la acuciante resolución de importantes conflictos en varios frentes. Por ello, en el contexto de la historia de las mentalidades y de la muerte, el valor de la conclusión del panteón es grande. En medio de una España aquejada de profunda crisis de identidad como potencia hegemónica, un soberano dotado de sólida conciencia dinástica impulsaba la construcción de un monumento de vocación imperecedera.

El panteón corresponde a una planta poligonal de ocho lados, cuyo efecto óptico es de uniformidad, a pesar de alternar distinta medida en pares e impares. Su altura es de casi seis metros y se construyó bajo los cimientos de la basílica, de manera que el ara del altar mayor de la misma corresponde con la clave de la bóveda del mismo. Su enlosado es de jaspe de Tortosa con fajas de mármol de San Pablo, que dibujan pirámides que convergen hacia un florón en la parte central, compuesto por embutidos también del mismo material. Sus paredes son también de mármol, con adornos de bronce dorado, al igual que los ángeles que sostienen candeleros, de los que hablaremos. Los ocho lados mayores del muro están ocupados por el que aloja la puerta de entrada, en su opuesto el altar, y el resto por cuatro encasamientos de mármol de Vizcaya cada uno, que suman, contando con las dos situadas sobre la portada, veintiséis. El altar se situó frente a la puerta principal. De mármol verde de Génova, su frontal es de bronce dorado a fuego, obra de dos monjes jerónimos, Eugenio de la Cruz y Juan de la Concepción, que representaron en su centro el entierro de Cristo. Está presidido por un crucifijo, también de bronce dorado, sobre una cruz de mármol negro, del escultor italiano Doménico Guidi, con la inscripción canónica “Iesvs Nazarenvs-Rex Ivdeorvm”, en hebreo, griego y latín¹²⁰². En la parte superior del altar hay un frontispicio redondo abierto en su parte alta, con una tarjeta de bronce sobre la que se lee *RESVRRECTIO NOSTRA*.

Es precisamente el latín el idioma elegido en todas las inscripciones del Panteón Real, algo que no extraña en el siglo XVII. Lengua empleada por la Iglesia, sobre todo tras el Concilio de Trento celebrado apenas hacía un siglo, no hubo alternativa. El latín

¹²⁰² MAYORGA, Ricardo: “Los crucifijos del Real Monasterio de El Escorial, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 93 (1913), pp. 176-189.

ha sido utilizado hasta hoy en el llamado Panteón de Infantes, aunque hubo algunas excepciones. El uso ha sido común en panteones regios europeos hasta hoy¹²⁰³.

Las urnas sepulcrales son de mármol pardo, de 1,78 m. de largo (si bien el espacio interior útil, como hemos señalado, es de un metro y medio), 0,84 m. de alto y 0,7 m. de ancho. Cada una descansa sobre cuatro garras de león de bronce dorado. El mismo material forma cantoneras y hojas, así como filetes. La opción por la uniformidad en las tumbas plantea algunos interrogante históricos: es cierto que las formas de sepultura definen, como hemos venido señalando, toda una actitud ante la muerte. La decisión de Felipe IV por disponer la colocación de veintiséis urnas idénticas, sin espacio para representaciones escultóricas de los regios finados, condicionó y proyectó definitivamente hacia el futuro la corriente general en las sepulturas, ya a finales del siglo XVI, de una mayor simplicidad, marcada por la preferencia de lápidas conmemorativas en vez de estatuas yacentes. Lo cierto es que otros sistemas sepulcrales coetáneos o cercanos en el tiempo, como la capilla de Saint Dennis en París o la cripta de la iglesia de los Capuchinos en Viena, siguieron dando juego a las representaciones personales y artísticas de los monarcas y sus familiares en su mismo sepulcro, a diferencia de los enterramientos reales de El Escorial, donde la imagen personal solo quedó reflejada en los grupos familiares de los cenotafios del altar mayor, y solo –como hemos visto– de algunos de los miembros de las primeras generaciones de la dinastía Austria. El Concilio de Trento marcó en gran medida esa evolución de la representación gráfica del fallecido. Excluir la presencia de figuras yacentes en la Cámara de El Escorial no pudo responder a meras cuestiones de espacio o diseño. Se eligió un sepulcro de suma simplificación iconográfica, que ni siquiera, en el caso de los monarcas, recoge los escudos de armas que se mantenían en las capillas catedralicias que acogían los restos de la alta nobleza y dignidades eclesiásticas, con profusas inscripciones. Por ello debemos ubicar la sencillez sepulcral del Panteón Regio entre la rotundidad de la imagen mortuoria sedente alto medieval, sobria pero expresiva –uno de cuyos máximos exponentes es el sistema visual del panteón real y condal de Poblet¹²⁰⁴– y la rotundidad bajomedieval, simbolizada en los enterramientos de Juan II o

¹²⁰³ El latín ha continuado presente en sepulturas regias de toda Europa. En septiembre de 1982, a la muerte de la princesa Gracia de Mónaco, sus restos fueron conducidos a la Catedral de Montecarlo, donde se colocaron en la tumba de una capilla lateral, a ras de suelo, cubierta por una losa en tres cuerpos, con la inscripción –en el central–: “GRATIA PATRICIA // PRINCIPIIS RAINERII UXOR // OBIIT ANN. DEI MCMLXXXII”, y una cruz griega en el superior.

¹²⁰⁴ AUGÉ, Jean Louis: “Plañidero. Taller de Jaume Cascals”, en *Obras maestras españolas en el Museo Goya de Castres*, Madrid, 2002, p. 170. El proyecto inicial de Poblet supuso la realización de importantes

los Reyes Católicos, y la exhuberancia barroca y romántica, que regresa a la concepción de la imagen personal como integrante del proyecto de la tumba como monumento “cívico”, que encontrará ya algunos ecos en el posterior Panteón llamado de Reinas e Infantes, a escasos metros del que centra nuestro estudio.

Corresponde en este punto hacer algunas consideraciones acerca del modelo epigráfico por el que se optó en las urnas regias de El Escorial. El espacio no era precisamente amplio como para que se hubiera glosado la vida de cada monarca, pero es innegable que la decisión última de consignar el escueto nombre latino de quienes ocupan los sepulcros se sitúa en el extremo posterior. No se acudió a solución intermedia que pudiese incluir fechas de nacimiento o muerte, sino al nombre, ordinal y título principal. La presencia del nombre es del todo lógica. El ordinal diferenciador en el caso de monarcas como los cuatro (cinco) Felipes o los cuatro Carlos, o los dos Alfonsos. Las soberanas consortes, como fue tradicional, no llevaron aparejado ordinal, a pesar de las abundantes María o Isabel que pueblan el frondoso bosque genealógico regio. La clave está en el título principal, *Hispaniarum rex*, que incluido en cada cartela confirma el carácter cerrado del sistema sepulcral que analizamos. Durante la Edad Moderna, se accede al mismo en función de la condición regia española, de monarca propietario o en todo caso consorte. Con esas tres referencias bastaba, no parecieron necesarios largos epitafios cuyo primer efecto hubiera sido, lógicamente, la comparación. Pero no por ello los historiadores continuaron aludiendo al epitafio como género laudatorio o de fijación de los hechos en la memoria, fuera dinástica, nobiliaria o eclesiástica¹²⁰⁵.

conjuntos escultóricos en cada sepulcro, que incluía en muchos casos, además de la estatua representativa de quien reposaba en las urnas, programas visuales como procesiones y cortejos, a base de figuras de menor tamaño. El saqueo del conjunto artístico tras las desamortizaciones de Mendizábal, a mediados del siglo XIX, y su posterior abandono, motivaron el deterioro y la salida de muchas de las piezas de España. Un siglo y medio después, una pequeña figura de treinta centímetros de alto, un plañidero de alabastro, procedente de un museo francés, ha sido expuesta en Madrid. De gran expresividad y emoción contenida, desconocemos a qué tumba correspondía, pero el especialista data su realización entre 1345 y 1379. Hay noticias de presencia de piezas alabastrinas semejantes del sistema sepulcral condal catalán en los museos de Toledo (Ohio, EE.UU.), Louvre (París) y Berlín (Alemania).

¹²⁰⁵ El propio P. Flórez, al escribir en 1760 su magna biografía conjunta de las soberanas de los reinos peninsulares, y siendo consciente de que el sepulcro de Isabel la Católica llevaba más de dos siglos concluido, reclama al menos metafóricamente para la fundadora de la España moderna un trato de favor, tanto simbólico como epigráfico: “Su Urna debe ser adornada con extraordinarios relieves. Rucas, Abujas, y Lanzas se pueden hermanar en la que de tal suerte manejó las unas, que no supo desairar las otras. Cruces, Mitras y Cetros debes poner por blasón en la que militaba en sus conquistas por la Fe; en la que empeñó su poder por restablecer la disciplina de la Iglesia: en la que fue irreconciliable enemiga de la superstición. Ni siquiera te distrajeres a formar Inscrición de la nobleza de sus ascendientes: di que sabemos los padres; pero de quién heredó la heroicidad del ánimo. Manda hacer un gran plano de mármol en la frente de su Urna, para esculpir el Epitafio: pero no te fatigues en discurrir elogios. Yo haré la Inscrición. En toda esta gran tabla no has de esculpir más que esto: ISABEL LA CATHOLICA. Pero

El acceso al panteón se articuló a través de tres tramos de escalera, sin desmerecer en absoluto el conjunto desde la puerta de entrada al mismo. Conceptualmente, la escalera ha sido considerada un elemento de conexión entre niveles espaciales, articuladora de configuraciones en lo arquitectónico¹²⁰⁶. Su interpretación clásica, habitualmente basada en lo ceremonial y ascensional, invierte en el sistema sepulcral escurialense el segundo de sus caracteres: lo ceremonial se hallará descendiendo hacia lo oculto, lo vedado a la vista, lo silencioso, lo digno del respeto y reverencia, conservando la majestad de la arquitectura ornamental barroca.

Sobre su portada, obra de Bartolomé Zumbigo, se fijó una lápida de piedra negra de Italia, flanqueada por dos machoncillos con cariátides. En ella, en letras de bronce dorado, una inscripción presenta la reunión de regios enterramientos¹²⁰⁷:

D.O.M. LOCVS INMORTALITATIS EXVVIS
CATHOLICORVM REGVM
A RESTAVRATIONES VITAE CVIVS ARAE MAXIME
AVSTRIACA ADHVC PIETATE SVBJACENT
OPTATAM DIEM EXPECTANTIVM.
QVAM POSTVMAN SEDEM SIBI ET SVIS
CAROLVS CAESAREVM MAXIMVS IN VOTIS HABVIT.
PHILIPPVS II REGVM PRVDENTISSIMVS ELEGIT.
PHILIPPVS III VERE PIVS INCHOAVIT.
PHILIPPVS IIII
CLLEMENTIA CONSTANTIA RELIGIONE MAGNVS
AVXIT ORNAVIT ABSOLVIT
ANNO DOMINI M.DC.LIIII.

El texto fue compuesto por el abad Martín La Farina, que lo sometió a una junta de especialistas¹²⁰⁸. Su valor epigráfico es clave, ya que vincula para la posteridad la

puedes añadir lo que el Sabio dijo de la temerosa de Dios: IPSA LAUDATUR [mayúsculas en el original]: Por sí misma será alabada" (FLÓREZ: *Memorias...*, t. I, p. 830). Tan laudatorio texto muestra el valor concedido al epitafio, material o metafórico, en pleno siglo XVIII.

¹²⁰⁶ Vid. CANTERA MONTENEGRO, Jesús: "La escalera como pieza arquitectónica de carácter emblemático", *Pasos de arte y cultura*, 11 (2009), pp. 39-43; MARTÍNEZ MONTERO, Jorge: *El protagonismo de la escalera como símbolo de distinción social e imagen del poder en la arquitectura del siglo XVI en España: su proyección en el foco artístico burgalés*, Tesis doctoral, Madrid, 2012; UREÑA UCEDA, Alfredo: *La escalera imperial como elemento de poder: sus orígenes y desarrollo en los territorios españoles en Italia durante los siglos XVI y XVII*, Madrid, 2007.

¹²⁰⁷ "A Dios Omnipotente Máximo. // Lugar dedicado a los despojos de la mortalidad // de los Reyes Católicos // que del restaurador de la vida, bajo cuyo altar mayor yacen aún por la piedad austriaca // esperan el día deseado. // Sede postrera que para sí y para los suyos / se propuso Carlos, el mayor de los Césares. // eligió Felipe II, el más prudente de los reyes. // La empezó Felipe III, verdaderamente piadoso. // Felipe IV // grande en clemencia, constancia y religión // aumentó, adornó y concluyó // en el año del Señor 1654 (Traducción del autor).

existencia misma del panteón a la iniciativa y preocupación de los cuatro primeros monarcas de la dinastía Austria. Ante nosotros, las expresiones elegidas se presentan hoy como un ejercicio de diplomacia y sutileza, que denota el deseo de que los nombres de Carlos V, Felipe II, Felipe III y Felipe IV figurasen directamente como protagonistas del proyecto. Las expresiones avalan también la creencia general entre los historiadores de que Felipe IV, soberano cuyo reinado aún hoy arroja una imagen de decadencia política y social, tuvo muy presente la majestad y el símbolo de sus predecesores, lo que le llevó, si no a proponer directamente, a autorizar la inserción de una alusión a la voluntad de Carlos V de que se crease un nuevo panteón dinástico. Lo cierto es que, como en otras ocasiones harían muchos monarcas españoles, Felipe IV podía haber optado por reflejar la construcción de la gran obra en el transcurso de su reinado. De nuevo nos encontramos ante una buena muestra de la conciencia dinástica del soberano.

Otra nota que llaman nuestra atención es la vinculación de virtudes o cualidades a los cuatro monarcas. El emperador y fundador de la dinastía en España se presenta como el mejor de los césares; a su hijo se le otorga un apelativo que revela que ya a mediados del siglo XVII la historia le consagraba como Felipe II el *Prudente*; la preocupación religiosa de Felipe III, en cuyo reinado abundaron las donaciones y fundaciones de iglesias promovidas por la propia real familia, encuentra un justo reconocimiento. Finalmente, al monarca bajo cuyo reinado se concluye el proyecto se asocian tres cualidades y tres acciones valiosas. La leyenda es todo un compendio del sentido de la muerte como puerta hacia la eternidad en los Austria, así como su conciencia de protagonismo histórico que debe ser explicada dentro de los siglos XVI y XVII, los del definitivo asentamiento del estado moderno.

La inscripción supone la dedicación general de todo el panteón, lo que hará que no se repita en cada una de las urnas sepulcrales de los monarcas, como veremos. Se acude a la expresión *Deo Óptimo Máximo (D.O.M.)*, muy usada en enterramientos del de la Baja Edad Media y Edad Moderna. Con respecto a su imaginación, se trata de una estructura de trece líneas. La décima contiene únicamente el nombre de Felipe IV, una forma elegante de subrayar su protagonismo en el impulso decisivo de la finalización del espacio regio. De la décimo tercera destacaremos los puntos que separan las centenas, decenas y unidades de los números romanos de la fecha. Sobre la inscripción, un elemento heráldico de interés. El escudo de las Armas Reales de la Monarquía

¹²⁰⁸ MORENO Y GIL DE BORJA: *op. cit.* Desconocemos quién formó parte de la misma, pero es innegable la existencia de una autorización final, al menos verbal, del monarca.

Hispánica contiene el escudete del reino de Portugal, a pesar de que ya había transcurrido catorce años desde la rebelión que condujo a su independencia; su corona es, por supuesto, imperial, como corresponde al título del sepultado con mayor dignidad dinástica, Carlos V. Este dato nos lleva a una cuestión terminológica: el panteón de reyes de san Lorenzo de El Escorial no es solo real, sino imperial. Como veremos, argumentos paralelos podrán emplearse en el tratamiento del llamado panteón de infantes, que es también real por acoger restos de soberanas consortes e incluso de un rey, Luis I de Etruria. Junto al escudo hay dos bellas figuras de bronce dorado, representando la Naturaleza y la Esperanza. Su interés epigráfico deriva de las leyendas que se leen en dos tarjetas con forma de pergamino: *NATVRA OCCIDIT* y *EXALTAT SPES*¹²⁰⁹. Por último, es de reseñar que a la izquierda de la portada e inscripción que acabamos de analizar se encuentra un retrato de fray Nicolás de Madrid, obispo de Astorga y electo de Osma. Su colocación responde a que fue quien halló el medio de identificar y desviar el curso de las aguas que inundaban el panteón primitivo, lo que retrasó notablemente las obras. Además, el monje jerónimo trazó la iluminación del conjunto y abrió el espacio de la escalera, contribuyendo no solo a hacer posible la construcción del monumento sino a su armonía y belleza exterior.

La majestuosidad del sistema sepulcral escurialense responde a una extraña simbiosis, unidad de conjunto, que proporciona una sensación de sencillez que convive con un aparentemente contradictorio estilo barroco, definido por detalles como los apliques de bronce dorado, ángeles que portan hachones encendidos en las columnas entre nichos. Portela Sandoval se suma a la tesis de autoría que señala a milaneses llamados por Felipe IV, como Ceroni y Clemente Censore. Del primero habría documentación demostrando pagos ya en 1624. Las alas de los ocho ángeles lampadarios habrían sido realizadas con plancha de cobre para ahorrar en material. A pesar haber contado con modelo propio e independiente, cuerpos alados rollizos cubiertos por sencillos velos, con gesto dinámico que sostiene los candeleros, las figuras habrían sido, por tanto, compuestas por piezas, lo que fue criticado por Crescenzi¹²¹⁰.

En este punto de la exposición debemos realizar un inciso: el diseño del panteón incluyó dos espacios a ambos lados de las escaleras que conducen a la cámara

¹²⁰⁹ “*La naturaleza mata*” y “*La esperanza exalta*”, respectivamente.

¹²¹⁰ PORTELA SANDOVAL, Francisco José: “Varia sculptoria escurialensia”, en CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA (coord.): *La escultura en el Monasterio del Escorial*, San Lorenzo de El Escorial, 1994, p. 225. El historiador se une a lo propuesto por López-Serrano, que en su opinión parece seguir a Lázaro Díaz del Valle y lo afirmado por Rotondo en 1861. Las figuras miden 72 x 53 x 40 cm.

mortuoria. El primero de ellos, situado a la derecha, fue concebido como sacristía del panteón, pero posteriormente se convirtió en pudridero¹²¹¹, cuya función es la de reducción por el transcurso del tiempo de los restos regios, ya que la longitud de las urnas es únicamente de un metro y medio¹²¹². Los nichos de esa pre-cámara en los que se depositan los restos son ejemplos de epigrafías provisionales, pues el tiempo estimado de permanencia ha oscilado, generalmente, entre los veinte y treinta y cinco años. El segundo espacio es una doble cámara que fue empleada como panteón de Infantes hasta la construcción del actual, a finales del XIX. Hasta mediados de la siguiente centuria se conservaron en los dos pisos más de setenta cajas mortuorias, que en su mayor parte fueron destruidas a raíz de una sorprendente decisión de carácter administrativo, en los años sesenta. El coste total del panteón, incluyendo jornales, materiales y adornos, fue de un millón doscientos ochenta y siete mil treinta y un reales, once maravedís, que en 1909 suponía la cifra de trescientas veintiún mil setecientas cincuenta y siete pesetas y ochenta y un céntimos¹²¹³. Las ceremonias de inauguración y bendición se celebraron el 16 de marzo de 1654.

La significación del sistema sepulcral culminado por Felipe IV nos invita a resituarse su reinado en el aspecto tan relevante de la imagen funeraria dinástica. Cuando Jonathan Brown estima que “no fue un gran promotor de la arquitectura. Su Escorial fue el Retiro, y aparte de eso se limitó a ampliar y modificar los sitios reales ya existentes”,

¹²¹¹ Hemos encontrado una sola descripción detallada de las características técnicas del espacio, cuyo interés nos motiva a reproducirla: “Al Panteón de Reyes, los restos van tras de treinta años en pudridero (sic) para asegurar la total descomposición orgánica. El pudridero es una pieza abovedada, toda de piedra de granito, dentro del cuerpo basamental (sic) de la Basílica al que se accede por una puerta situada a la derecha bajando en la segunda meseta de la escalera de mármol que conduce al Panteón de Reyes. La llave de esta puerta, cuando guarda restos mortales, está en manos del Prior del Monasterio como clauero responsable de la custodia de los Regios Cadáveres y solo él, con las autorizaciones debidas, puede abrir el lugar. En el pudridero hay un gran nicho donde se deposita el féretro en unas angarillas y sobre un lecho de medio metro de alto de cal viva, tapiando con fábrica de ladrillo a continuación para, según el protocolo, esperar treinta años a su descomposición. Naturalmente que se trata de una medida sanitaria. Transcurrido ese largo periodo, se procede a la inhumación definitiva en el Panteón” (ANDRADA PFEIFFER, Ramón: “Panteón de Reyes de El Escorial. Enterramiento del Rey Alfonso XIII”, *Reales Sitios*, 63 (1980), p. 16). El autor era al tiempo de redactar el artículo consejero de arquitectura de Patrimonio Nacional y doctor arquitecto de la Casa de S.M. el Rey, lo que nos obliga a valorar su texto como fuente directa, que recoge la costumbre extendida a lo largo de los siglos de vida del espacio sepulcral. Su nombre aparece como tal en el Acta que recogió la ceremonia de colocación definitiva de los restos.

¹²¹² Contrariamente a una idea extendida, las medidas de vaciado interior de las urnas no son uniformes: “Los sarcófagos o urnas de mármol de tan bella traza barroca, están hechos, quitando la tapa, de un gran bloque de piedra que en su interior tiene un rebaje que permite albergar una pequeña caja de plomo. El rebaje no es regular en todos, por lo que las cajas de plomo hay que hacerlas especialmente en cada caso con las medidas apropiadas. Esto quiere decir que la caja de plomo no responde a dimensiones humanas concretas, sino a unas medidas establecidas en el siglo XVII” (ANDRADA PFEIFFER: *op. cit.*).

Según el croquis gráfico que acompaña al artículo, el espacio interior de las urnas no consiste en paredes planas en ángulos rectos, sino más bien en una cavidad curvilínea alargada.

¹²¹³ Véase MORENO Y GIL DE BORJA: *op. cit.*

debemos entender que el contexto de su afirmación se circunscribe a la exaltación del monarca como promotor de la pintura, en la que centró sus afanes como coleccionista y mecenas¹²¹⁴. No tenemos noticia de que el monarca tuviese en mente, a la hora de los grandes encargos pictóricos para los monumentales espacios ceremoniales del Palacio del Buen Retiro, principalmente el Salón de Reinos y el Salón de Baile, que éstos iban a ser empleados para velatorios regios en décadas posteriores. No obstante, fueron dispuestos para acoger el desarrollo de cualquier acto propio de la majestad que había de desplegarse en el complejo edificio cortesano, aderezado por programas iconográficos que se desarrollaban en clave de exaltación de la monarquía de España.

Quizá el debate no estribe en admitir si Felipe IV tuvo un Escorial, sino en precisar cómo logró dotar todos los reales sitios de una presencia mayestática, a través de un arte barroco, que sirvió con eficacia a la representación con excelencia de la imagen del rey presente y el rey ausente. Cómo se subrayó, en el marco de la continuidad dinámica, la idea de un monarca perpetuo que se prolongaba, desde los restos que descansaban en las cámaras ya definitivas del monasterio de san Lorenzo, en el recuerdo de reinos y súbditos a través de imágenes simbólicas de un pasado y presente glorioso. En este sentido, un ensayo de Úbeda de los Cobos sobre la serie de lienzos que, sobre la historia de la Roma clásica, los representantes del monarca encargaron en Roma y Nápoles en torno a 1634, nos induce a reflexionar detenidamente, de forma paralela a como lo hicimos con la galería de retratos del Palacio de El Pardo, que conceptualizamos al estilo de una suerte de panteón estético dinástico al acercarnos al reinado de Felipe III, en torno a la perpetuación iconográfica de la monarquía¹²¹⁵. Entendemos que Felipe IV y el conde-duque de Olivares incluirán en este encargo la plasmación pictórica del concepto de rey como emperador-líder difunto, una suerte de homenaje al modo clásico con objeto de situarlo en el palacio icono del reinado, si no a modo de panteón funerario, como aportación de la cultura romana, bien conocida por ambos, que suscitase pedagógicamente en los visitantes una imagen de proyección a la posteridad tras muertes heroicas o propias de líderes.

El historiador, acudiendo minuciosamente al recorrido anterior de especialistas a través del inventario de la colección real, realizado a la muerte de Carlos II, fijó en fechas en que la decoración del Palacio del Buen Retiro se realizaba a buen ritmo, el

¹²¹⁴ BROWN, Jonathan: "Felipe IV como mecenas y coleccionista", en ÚBEDA DE LOS COBOS, Andrés (ed.): *El Palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro*, Madrid, 2005, p. 45.

¹²¹⁵ ÚBEDA DE LOS COBOS, Andrés: "El ciclo de la Historia de Roma antigua", en ÚBEDA DE LOS COBOS, Andrés (ed.): *El Palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro*, Madrid, 2005, pp. 168-189.

encargo de al menos veintiocho obras que han pervivido, y otras seis cuyo paradero se desconoce. De su tema central, la historia romana, llama nuestra atención la existencia de al menos tres cuadros de gran formato relacionados directamente con lo funerario¹²¹⁶: *Exequias de un emperador romano*, de Domenichino; otro del mismo nombre, de Giovanni Lanfranco y *Masinisa llorando la muerte de Sofonisba*, de Paolo Domenico. Úbeda subraya con extrañeza que la serie no llamó excesivamente la atención durante el siglo XVIII, cuando el neoclasicismo puso en valor los cánones de la Antigüedad, probablemente porque el elenco pictórico fue distribuido al menos por cuatro salas y galerías del conjunto palacial, y los visitantes no lo habrían contemplado de manera conjunta en su entrada y recorrido por el mismo.

El lienzo de Domenichino, de segura datación de 1634, recoge la vistosa pira preparada antes de la cremación de un emperador, rodeada de carreras y combates en su honor, que podrían haber inclinado a historiadores a identificarlo como una *consecratio* o divinización posterior a la muerte, aunque la presencia de los restos del César sobre el altar dejan claro que no ha comenzado aún la ceremonia de la *crematio*. La espectacularidad de la composición recuerda vivamente el debido homenaje de la civitas al César y alude directamente a su elevación sagrada. Úbeda, que propone que el lienzo conserve su nombre *Exequias de un emperador romano*, recuerda la disparidad del tamaño de las piezas artísticas de la serie, que en este caso ocupaba 3,63 metros de largo por 2,27 de ancho, amplio formato que habría facilitado la visión y transmisión de su mensaje estético de consagración post mortem de la gloria del César¹²¹⁷.

El segundo lienzo del mismo nombre, a cargo de Giovanni Lanfranco, que participó al menos con seis obras en la serie, es aún de mayor tamaño¹²¹⁸. La rotundidad de sus figuras en primer plano, criticadas en el siglo XIX por asemejarse al estilo de Carracci, que combaten en homenaje al emperador muerto, no restan atención a la pira del César que comienza a ser prendida, con anacrónicos cojín ceremonial y paño en el

¹²¹⁶ *Ibidem*, p. 171. El autor sostiene que desde el entorno del conde-duque se definieron las líneas maestras que se harían llegar al embajador en Roma, marqués de Castel Rodrigo, y al virrey de Nápoles, conde Monterrey. El segundo era cuñado de Olivares. Manuel de Moura, II marqués de Castel Rodrigo, fue embajador en Roma entre 1631 y 1641, recibió otros encargos para la decoración del palacio. Manuel Fonseca y Zúñiga, VI conde de Monterrey, había sido el anterior embajador, pasando a ser virrey en Nápoles, cargo que ocupó hasta 1637. Mecenaz y reputado coleccionista, fue el alma del encargo y trató directamente, como demuestra Úbeda, con los artistas.

¹²¹⁷ *Ibidem*, p. 200.

¹²¹⁸ *Ibidem*, p. 206. Con medidas de 3,35 x 4,88 m., es el mayor de la serie. Durante el siglo XVIII, Ponz pudo verlo en el Cuarto de la Reina del Palacio Real de Madrid. De allí pasó al Museo Nacional del Prado.

mejor estilo del XVIII barroco, sobre los que descansa el cuerpo del soberano. A lo lejos, el Panteón de Roma evoca momento y lugar.

Que el mismo tema se repitiese en dos cuadros para una misma residencia regia, independientemente de que fuese motivo para argumentar la descoordinación en su encargo o la ausencia de una visión de conjunto por parte del rey u Olivares, en lo que a programa iconográfico se refiere, no puede alejarnos de la consideración del contenido de las piezas artísticas en sí. La prolongación de la gloria del César tras la muerte a través de las ceremonias propias, denominadas *funus*, era una clara alegoría de la majestad del monarca español. Funeraria alegoría, pero símbolo. Quizá no se trazó un programa iconográfico lineal conectando salas y corredores, pero sí hubo una clara intención de transmitir en el interior de las mismas, también a través de imagen funeraria, la majestad de una monarquía que a la muerte de su titular era objeto de homenaje de lealtad.

El tercer cuadro recoge una escena de no menos significado exequial: la llegada de una guerrera a la tienda en la que yace una dama, coronada, con ropajes y joyas dignos de su condición real, cuyo cuerpo muerto ha sido cuidadosamente depositado sobre una alfombra, bajo ricas telas en dosel, velada por damas y dueñas. Úbeda identifica el lienzo, con reservas, como *Masinisa llorando la muerte de Sofonisba*, si bien no expone el propio relato mitológico: la princesa cartaginesa, hija de Asdrúbal, muere para no verse paseada como triunfo romano, bebiendo el veneno enviado por Masinisa¹²¹⁹. Apreciamos la delicada postura de las figuras principales y en segundo plano, la cama sobre la que la difunta recibe el homenaje y el extraordinario ambiente ceremonial que destilan proporciones y gestos, como un auténtico tratado de etiqueta cortesana barroca, en torno a la exteriorización simbólica del luto en una capilla ardiente, en el que no falta la llamada al silencio, la oración, el asombro por el óbito o el servicio atento de damas y camarera que continúan, en penumbra, al perpetuo servicio simbólico de su señora. Como en los dos casos anteriores, este último lienzo, de 3,53 x 2,32 m. induce a pensar por su tamaño que fue situado entre balcones o puertas, excluyendo que luciese colgado en sobreventanas, sobrepuertas o testereros.

Esta interpretación no debe alejarse del contexto general de un palacio de complejo origen histórico, nacido como residencia de recreo y pronto concebido para la acumulación y lucimiento de ricas colecciones artísticas. La iniciativa edilicia de Felipe

¹²¹⁹ *Ibidem.*, p. 182. Para el historiador del Arte, la pieza es una de las más misteriosas que conserva en Museo del Prado. También fue identificado como *Masinisa llorando la muerte de Sofonisba*.

IV y el conde-duque, como han puesto de relieve Brown y Elliot, fue resultado de un proceso constructivo lleno de contradicciones y precipitaciones, de ausencia de planificación arquitectónica¹²²⁰. Todo ello, pensamos, dio como resultado una serie de carencias que afectaron también a las necesidades de la puesta en escena del ceremonial y etiqueta funeraria que precisamente cristalizaría durante el reinado. El Buen Retiro no contó nunca con una solemne entrada principal por la que accediese –y, por lo tanto, saliese– un cortejo fúnebre, al modo del antiguo Alcázar, El Escorial o incluso Aranjuez. La que con toda lógica correspondería a su compás central estaba ocupada por la *leonera*, como puede comprobarse en los planos de época. No hubo pórtico monumental. Y como veremos, alguna de las salas no reunía las características necesarias para albergar una capilla ardiente.

8.2. Los lutos del Rey Planeta.

El inmenso esfuerzo humano y económico que condujo a la conclusión del panteón real no evitó que la muerte siguiera apareciendo en palacio. Quizá el incremento de fallecimientos sobrevenidos, sobre todo en infantes de corta edad, sea un indicio de las motivaciones de Felipe IV por dejar terminado, al menos en los que a monarcas se refiere, el espacio sepulcral ansiado por su abuelo. Entre su llegada al trono, en 1621, y su muerte en 1665, diecisiete cortejos fúnebres accedieron al monasterio de san Lorenzo con reales personas. Además de su padre o un tío carnal, son diez los vástagos de sus dos matrimonios que murieron en el periodo. Sin duda, como muestra la siguiente tabla, el reinado de Felipe IV es, junto al de Carlos III, como veremos, el de mayor índice de mortandad en la real familia de la monarquía de España.

¹²²⁰ BROWN, Jonathan, ELLIOTT, John: *Un palacio...*, p. 89.

TABLA XI**REALES PERSONAS SEPULTADAS EN EL ESCORIAL ENTRE 1621 Y 1665**

REAL PERSONA	PAREN- TESCO	FALLECIDO EN	DEPÓSITO EN PANTEÓN
Rey FELIPE III	padre	Madrid (Alcázar)	3 abril 1621
Infanta MARÍA MARGARITA	hija	Madrid (Alcázar)	17 abril 1621
Infanta MARGARITA MARÍA CATALINA	hija	Madrid (Alcázar)	24 diciembre 1623
Archiduque CARLOS	tío carnal	Madrid (Alcázar)	29 diciembre 1624
Príncipe FILIBERTO de Saboya	primo	Palermo, Sicilia	21 diciembre 1624
Infanta MARÍA MARGARITA (2ª)	hija	Madrid (Alcázar)	22 julio 1625
Infanta ISABEL MARÍA TERESA	hija	Madrid (Alcázar)	2 noviembre 1627
Infante CARLOS	hermano	Madrid (Alcázar)	31 julio 1632
FRANCISCO FERNANDO	hijo bastardo	Isasi, Guipúzcoa	12 marzo 1634
Infanta MARÍA ANTONIA	hija	Madrid (Alcázar)	6 diciembre 1636
Príncipe FERNANDO de Saboya	sobrino segundo	Madrid (Alcázar)	9 julio 1637
Cardenal Infante FERNANDO	hermano	Bruselas (Flandes)	29 junio 1643
Reina ISABEL	primera consorte	Madrid (Alcázar)	8 octubre 1644
Príncipe de Asturias BALTASAR CARLOS	hijo	Zaragoza	28 octubre 1646
Infanta MARÍA AMBROSIA	hija	Madrid	20 diciembre 1655
Infante FERNANDO PASCUAL	hijo	Madrid	25 octubre 1659
Príncipe de Asturias FELIPE PRÓSPERO	hijo	Madrid (Alcázar)	1 noviembre 1661

Fuente: AGP, *Lista de personas reales...*

El marqués de Malpica fue el encargado de cerrar definitivamente los ojos de Felipe III cuando, a las nueve y media de la mañana del miércoles 31 de marzo de 1621, recostado sobre su lado derecho, “sin alterarse el pecho, ni el semblante, se le cerraron los ojos poco a poco; y dando en el espacio de dos Aves Marías tres sutiles respiraciones, murió para su imperio...”. Ni siquiera se tenía claro “si se había de abrir el cuerpo” para embalsamarlo. Hasta veinticuatro horas después de la muerte no se celebró “no hubo Junta de Estado” con apasionadas diferencias de opinión. Al comenzar el proceso fue tal el olor que se interrumpió, y el viernes el nuevo monarca, Felipe IV, y su hermano, el infante don Carlos, acompañaron los restos hasta la puerta, partiendo después la comitiva hacia El Escorial.

Aunque decía que fallecía “de cuarenta y tres años menos catorce días”, el cuaderno jerónimo recogía abiertamente una duda sobre su fecha de nacimiento, “Nació en Madrid a 13 ó 14 de abril del Año 1578”, verdaderamente inusual en fuente tan cercana a un monarca. Sí establecía con certeza que el 3 de abril fue sepultado:

“entre los cuerpos de sus Padres donde espera la Resurrección general como tan Catholico Cristiano y buen Rey que se puede creer piadosamente porque está en camino de salvación por sus muchas virtudes y sanctas costumbres y por aver gobernado estos sus Reynos en paz y justicia veintitrés años y particularmente por la expulsión que mandó hacer de los moros y moriscos destos sus Reynos que se entiende fueron más de 2.000 y se averiguó estaban con determinación y traza de destruir y acabar brevemente quantos cristianos viejos pudiesen en España y lo ejecutaran si Dios no lo remediara por mano y orden deste Sancto Rey. También se ganaron en su tiempo en Berberia las fuerzas de Larache y la mamoxa”¹²²¹.

Nos ha parecido importante reproducir el texto completo por el modo en que ensalza al monarca. Si en las llaves de Carlos V y Felipe II no consignan ni siquiera como cláusulas de estilo que están gozando de la gloria eterna, llama la atención el largo excuso inicial para indicar el convencimiento en la salvación del soberano, que se cifra y se justifica a continuación en la expulsión de los moriscos¹²²². El monje se atreve incluso a cifrar los expulsos en más de dos millares, cifra que desconoce la realidad de

¹²²¹ AGP, Lista..., Llave 23, *El Catholico Rey Don Philippe 3º*.

¹²²² Sobre la expulsión de los moriscos, vid. MARTÍNEZ MILLÁN, José: “Las facciones cortesanas ante la expulsión de los moriscos”, *Chronica nova. Revista de historia moderna de la Universidad de Granada*, 36 (2010), pp. 143-196; PARRA LÓPEZ, Santiago: “Sobre las causas de la expulsión de los moriscos”, en GONZÁLEZ ESTEVE, Elia, SANTONJA CARDONA, José Luis (coord.): *Conversos i expulsats. La minoria morisca entre l'assimilació y el desterrament*, Muro, 2010, p. 143-172; CASEY, James: “Las causas económicas de la expulsión de los moriscos”, *Revista de Historia Moderna*, 27 (2009), pp. 135-150.

los efectos de la decisión, razonamiento que concluye hablando de “la orden de este santo rey”. El contexto que hemos expuesto de la relación de Felipe III con El Escorial nos induce a pensar en indicios de desconcierto a la hora de redactar este texto obituario, pues en el de su padre y abuelo no se citaron San Quintín o la campaña de Túnez. Parece como si se hubiese optado por citar méritos externos al propio monasterio, nada que relacionase al rey con la comunidad jerónima, quizá en paralelismo con las reflexiones que hemos aportado sobre su alejamiento psicológico del lugar. No nos atrevemos a establecer una conclusión en este sentido, pero sí a subrayar que, desde la lealtad y la expresión de cláusulas de piedad propias del deseo del mayor bien al difunto, el obituario no contiene referencia alguna de beneficio por parte del finado al monasterio que construyó su padre. No obstante, es de justicia constatar que en sus últimas voluntades, el monarca incluyó “al que fuere prior del monasterio de San Lorenzo” en el elenco de ejecutores testamentarios¹²²³.

Felipe IV y su hermano, el infante don Carlos, con dieciséis y catorce años, respectivamente, se retiraron al cuarto real de san Jerónimo, donde guardaron luto por espacio de treinta y seis días¹²²⁴.

8.2.1. De infantas, archiduques y príncipes saboyanos.

Como hemos avanzado, Felipe IV fue el monarca que aportó mayor número de pequeños infantes malogrados a las criptas escurialenses. Durante su primer matrimonio, con la princesa francesa Isabel de Borbón, morirían cuatro de sus hijas de muy corta edad. La primera de ellas fue la primogénita de la pareja real, la infanta María Margarita, de cuya existencia nos da de nuevo el obituario jerónimo cumplida información, confirmando con un “no fue en días el parto” que su nacimiento se adelantó a las once y media de la noche del sábado 14 de agosto de 1621, “Víspera de la Asunción de nuestra Señora”, muriendo el día 16, apenas bautizada con urgencia, treinta horas después¹²²⁵. No parece que los monjes fuesen prevenidos, pues “aunque no avisaron sino muy tarde que ya estaban junto al Monasterio quando en el se supo se hizo muy cumplidamente todo el oficio y missa de Ángeles”. Una sutil queja que nos

¹²²³ *Testamento de Felipe III*, ed. 1982, cláusula 45.

¹²²⁴ BROWN, Jonathan, ELLIOTT, John: *Un palacio para el rey. El Buen retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid, 2003, p. 7. La reina consorte, Isabel de Borbón, y los dos hermanos menores del monarca, la infanta María y el cardenal-infante don Fernando, se retiraron al monasterio de las Descalzas Reales.

¹²²⁵ AGP, *Lista...*, Llave 24, *La Infanta D. María Margarita*.

proporciona indicio del uso interno del obituario por parte de la comunidad, documento escrito con la función de recoger datos y antecedentes para los propios monjes.

Pocos días menos vivió su hermana, la infanta Margarita María Catalina, recoge la siguiente llave¹²²⁶. Nacida en el Alcázar de Madrid dos años después, entre las diez y las once de la mañana del 25 de noviembre de 1623, festividad de santa Catalina de Alejandría, que fue incluida entre los nombres que recibió al ser bautizada solemnemente en cercana parroquia de san Francisco. Esta vez, el monje se aventuró con las causas del pronto óbito: “Dicen que salió del vientre de su madre desmedrada, y así se murió veintidós de diciembre viernes a la seys de la mañana”. Habría vivido, por tanto, 28 días, no los 26 que afirma el obituario. El cuerpo llegó el sábado 23 de diciembre al monasterio, si bien entre las cinco y seis de la tarde, pues “estaba bien nevado y hacia gran frío”, si bien los oficios por su alma se prolongaron hasta el día siguiente, Nochebuena. Si la llave confirma que fueron los “que se acostumbran con las personas Reales que no son adultas, como más largamente se dice arriba en el título del Infante Don Alonso Mauricio”, que ya hemos abordado, se extiende con detalle, como no lo hizo en otras, al describir rezos y eucaristías de la comunidad en el Coro:

“se dijo la prima de las cinco de la mañana y la calenda con la solemnidad acostumbrada. Ubo sermón y luego se dijo tercia y acabada se prosiguió la Missa de la Vigilia conbentual después a las ocho retañó el Coro. Cantose la sexta y después della se hizo el asperges como se acostumbra y luego la Missa votiva de los ángeles con mucha música y órganos y acabado se fueron los caballeros y señores que habían venido con el cuerpo”.

La fuente es una prueba fehaciente de la adaptación de la vida conventual a los rituales funerarios regios, conviviendo las funciones originales de la fundación del monasterio. Entendemos que el rito de aspersión con agua bendita del féretro hubo de realizarse en la basílica, pues no tenemos noticia de que ninguna de las cajas con restos mortales de persona regia fuera subida al Coro escurialense. En el caso de la infanta Margarita María Catalina hubo de realizarlo el padre vicario, “por estar ausente nuestro Padre Prior”, nueva prueba de la autoría del texto por parte de un monje jerónimo, que no consigna qué ocupaba al superior conventual en aquellos días.

Tras aquellas dos primeras hijas malogradas, Felipe IV hizo su primer viaje fuera del corazón de Castilla, como recuerda Hugon¹²²⁷. Acompañado por el infante don

¹²²⁶ AGP, *Lista...*, Llave 25, *La Infanta D. Margarita María Cathalina*.

¹²²⁷ HUGON, Alain: *Felipe IV y la España de su tiempo. El siglo de Velázquez*, Barcelona, 2015, p. 62.

Carlos, además de su inseparable Olivares, abandonó Madrid en febrero de 1624. Se dirigió hacia a Andalucía, llegando a Córdoba el 24 del mismo mes. Allí visitó un peculiar sistema sepulcral, su mezquita-catedral, que acogía entonces los sepulcros de Fernando IV y su hijo Alfonso XI de Castilla¹²²⁸. Tres días más tarde, la comitiva continuó viaje a Sevilla, recorriendo también su Catedral y la Capilla Real y recibiendo un sustancioso donativo del cabildo para la política de la monarquía¹²²⁹.

La vida y la muerte siguieron su curso imparale en la familia real, llevándose a niños y adultos. El 27 de diciembre de 1624 moría en Madrid el archiduque Carlos de Austria, hermano del emperador Fernando II y, por tanto, de la ya fallecida reina Margarita. Como sobrino carnal del difunto, el rey ordenaba que sus restos fuesen conducidos al monasterio. El hecho fue recogido de nuevo, con una inusual extensión de más de 890 palabras, en el registro de entregas de féretros, sobre el ceremonial en el interior del templo, para preguntarse al final, con una elaborada elipsis, sobre los motivos de su presencia en España:

“Los motivos de la venida deste buen Sr. a España otros los dirán lo que sabemos es que el Rey nuestro Señor su sobrino y los señores infantes sus hermanos hicieron gran demostración de gusto en su llegada a la corte y le salieron a recibir fuera y que sintieron mucho su muerte. Dijeron que no salió de palacio después que vino a Madrid porque cayó luego enfermo de tabardillo y calenturas maliciosas, dijeron mejoró dos o tres veces y al fin murió el día que arriba se dice con gran sentimiento de toda la corte que lo avía de hombre pío bien entendido y de buena grazia y presencia y de muy Catholico (...) y gran príncipe”¹²³⁰.

Era claro que el jerónimo amanuense desconocía que el archiduque había llegado a la península para ser nombrado virrey de Portugal, siempre en el contexto de la unión entre las ramas españolas y alemana de la dinastía Austria. El archiduque fue hijo póstumo de Carlos, archiduque de Austria y gobernador de Estiria, y María Ana de Baviera. Nació en Graz, como su hermana, la que fuera reina consorte de España, el 7 de agosto de 1590. Como nieto del emperador Fernando I, pero lejos de la sucesión

¹²²⁸ Vid. RAMÍREZ DE ARELLANO, Teodomiro: *Paseos por Córdoba, o sea, apuntes para su historia*, (ed. Madrid, 2003). En su visita le acompañaban el duque del Infantado, el entonces conde de Olivares y el marqués del Carpio, hermano de este. Rey e infante se alojaron en el palacio episcopal.

¹²²⁹ HUGON: *op. cit.*, p. 64.

¹²³⁰ AGP, *Lista...*, Llave 26, *El Archiduque Carlos de Austria*.

imperial, fue destinado desde niño a la carrera eclesiástica¹²³¹. No llegó a hacerse cargo del reino luso.

La extensión de su registro en el obituario jerónimo incluyó quiénes presidían la comitiva que condujo sus restos desde Madrid; como siempre, siguiendo el principio de doble autoridad, citaba al conde de la Puebla y al obispo de Orense. Retórico nos parece incluir que lo hicieron “en gran acompañamiento de Caballeros y Gentiles Hombres”, que si bien especifica que pertenecían a “la Cámara del Sr. Archiduque”, también habían acudido otros “de la boca del Rey nuestro Señor”. No era la primera vez que no podía recibir el prior, en esta ocasión fray Martín de la Vera, por encontrarse enfermo. También se especificó, como en otras ocasiones. No obstante, salvo error y omisión, creemos que es la única ocasión en que se cita el nombre del padre vicario, que fue fray Sebastián de Nieva, hecho singular en la fuente de nuestra investigación.

El principal valor como fuente de la llave dedicada al archiduque Carlos es el de recoger el ceremonial seguido en El Escorial durante su entierro. La descripción, como veremos en posterior epígrafe, de lo realizado desde su llegada, en clara evolución de los usos que venían desarrollándose desde el reinado anterior, nos permitirá analizar de qué manera, cinco décadas antes de las etiquetas de 1651 recogieran el ceremonial, este ya se venía desarrollando en la práctica por parte de la comunidad jerónima que recibía los restos mortales.

Pocos meses antes que el archiduque Carlos había fallecido otro familiar de Felipe IV que también había acudido a la llamada del rey para prestar servicios a la monarquía de España. Fue el príncipe Filiberto de Saboya, al que ya nos hemos referido al hablar de la muerte en Valladolid de su hermano Felipe Manuel, heredero del mismo ducado, en 1605. Junto a él y su hermano Víctor Amadeo había viajado a España en 1603, y tras la muerte del mayor, no regresó a Saboya con su hermano hasta mediados de 1606. Su obituario en el cuaderno jerónimo merecería, también por su extensión, un capítulo aparte en el presente estudio¹²³². Nada menos que 2.816 palabras, distribuidas en 161 líneas y casi cinco folios, dedicó un jerónimo a glosar la figura y entierro del tercer hijo de la infanta Catalina Micaela y Carlos Manuel de Saboya, primo carnal, por tanto, de Felipe IV. A modo de biografía, se recoge su nacimiento en Turín, el 17 de

¹²³¹ Se le otorgaron canonjías de Passau, Salzburgo y Trento. En julio de 1608, fue nombrado obispo de Breslau (actual Polonia). Al año siguiente recibió el encargo de su primo, el emperador Rodolfo II, de recuperar para el catolicismo la Silesia, en manos protestantes. En 1613 pasó a ser obispo de Bressanone, siendo consagrado en 1619. A la muerte de su primo Maximiliano pasó a ser gran maestre de la Orden Teutónica.

¹²³² AGP, *Lista...*, Llave 27, *El Príncipe Filiberto Gran Prior de S. Juan*.

abril de 1588, y su nombramiento a los dieciséis años como gran prior de la orden de san Juan, dignidad con la que es citado en el título de la llave¹²³³.

Como sabemos, estuvo en Valladolid entre 1603 y 1606, donde perdió a su hermano mayor, Felipe Manuel. Regresaría a España, si bien a Madrid, donde el 19 de noviembre de 1610 tuvo de cumplir un desagradable encargo: “De rodillas frente al soberano, le entrega una carta sin firmar y le suplica, como príncipe y como sobrino, que no castigue a su padre por la insubordinación en la que había caído en los últimos meses”¹²³⁴. El duque de Saboya se había alejado de la órbita española, buscando la alianza con Francia que finalmente truncó el asesinato de Enrique IV. Manuel Filiberto ya no regresó a Turín, permaneciendo al servicio del rey de España, que no dio curso a la orden de invasión del ducado saboyano. Ya como gran prior de San Juan¹²³⁵, partió hacia Sevilla como “Capitán general del mar”, a los 24 años, en noviembre de 1612.

Siete años más tarde, mientras la familia real partía hacia la jornada de Portugal, él lo hacía hacia el sur de la península Italiana. Felipe IV añadiría en 1621 el cargo de virrey y capitán general del reino de Sicilia. En su capital, Palermo, falleció el 3 de agosto de 1624, “de suerte que vivió 36 años y 77 días”, lo que significa que el registro jerónimo no fue escrito por orden cronológico de óbito, sino de llegada de los restos al monasterio escurialense, pues inicialmente “Fue depositado su cuerpo en la Iglesia mayor de aquella ciudad con gran solemnidad y acompañamiento en la Capilla del entierro de los Reyes de aquella Isla”.

Manuel Filiberto había visitado varias veces San Lorenzo. Da cuenta de ello Cabrera de Córdoba. Lo hizo por primera vez en noviembre de 1603, cuando en compañía de sus hermanos pernoctó allí durante unos días con el monarca y su séquito. Siempre acompañando a Felipe III, había viajado a El Pardo y Madrid, donde se alojó en el cuarto real del monasterio de san Jerónimo. El año concluyó con la jornada en Valencia, Cuenca y Guadalajara, para regresar a El Pardo a comienzos de 1604. De allí volvieron a pasar por El Escorial, para volver a Valladolid, en esa corte que con Felipe III volvía a ser, en cierta medida, itinerante. Y en septiembre de aquel año regresaron de nuevo al monasterio. A su vuelta a la península años más tarde hubo de desplazarse en

¹²³³ Vid. BUNES IBARRA, Miguel Ángel: “Filiberto de Saboya, un príncipe que llega a ser Gran Prior”, en RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel (coord.): *Nobleza hispana, nobleza cristiana: la Orden de San Juan*, Vol. 2, Madrid, 2009, pp. 1529-1554.

¹²³⁴ ROSSO, Claudio: “España y Saboya: Felipe II y Carlos Manuel I”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, VISCEGLIA, María Antonietta (dir.): *La Monarquía de Felipe III, Los Reinos*, Vol. IV, Madrid, 2008, p.

¹²³⁵ PIZARRO LLORENTE, Henar: “La orden de San Juan y la familia real: Manuel Filiberto de Saboya Gran Prior de Castilla y León”, en RUIZ GÓMEZ, Francisco, MOLERO GARCÍA, Jesús (coords.): *La Orden de San Juan entre el Mediterráneo y La Mancha*, Alcázar de San Juan, 2009, pp. 351-366.

más ocasiones y en estancias más intensas. Consideramos probado que el monje redactor de la llave del príncipe conoció al difunto. Manuel Filiberto de Saboya tuvo un trato tan cercano a los jerónimos de El Escorial como el que pudo tener su abuelo, Felipe II, a tenor de lo que escribió el encargado de su obituario:

“trato con Dios trayéndose siempre en su alma glorificándole como otro S. Pablo y tratado de esta materia con personas religiosas y eclesiásticas, reverenciándolas y guardándoles todo respecto y mucho más a los religiosos desta Cassa de S. Lorenzo estimándolos a todos humanamente y paseándose con ellos por los claustros y entrando en sus celdas comunicando con algunos cosas de su alma en que gastaría grandes ratos y de aquí vino que comenzó a ordenar su testamento el año de 1620 antes que fuese a Italia”.

Puede apuntarse incluso la posibilidad de que el amanuense tuviese la condición, si no de confesor del príncipe, de consejero espiritual, a tenor del largo *excursus* que dedica a la espiritualidad del saboyano:

“devotissimo de la Santísima Virgen nuestra Señora rezándola el Rosario cada día y su officio y el de los difuntos a las ánimas del Purgatorio (...). Desde edad de 12 años ayunó todas las quaresmas y también ayunava los biernes del año a la pasión de Cristo nuestro Señor y los Sábados a nuestra Señor y en estos días no comía pescado (porque siempre lo aborreció) sino otras viandas de quaresma. Fue su Alteza muy amable, llano, discreto, y muy bien entendido, y que tenía la condición de un Ángel porque jamás le oyeron una palabra con cólera, ni le vieron enojado, ni hacer mudanza por grandes cosas que le sucedieren antes con semblante sereno y apacible discurría sobre el remedio de lo que sucedía callando y disimulando lo remediava con gran valor y ánimo constante sin dar a entender su sentimiento. (...) tan limpio se fue a la Sepultura como salió del vientre de su madre porque aún los nombres de las cosas ignorara y su trato fue siempre muy casto, limpio y honesto y que nunca dijo mentira ni juro juramento ni jugó juego alguno porque no le supo. Más siempre estuvo bien entretenido leyendo y comunicando con personas doctas tratando de letras divinas y humanas de historia, guerras y otros buenos ejercicios ocupando el tiempo virtuosamente con que aprendió la Logica, Philosophia y las Matemáticas en España siendo ya hombre y salió tan consumado en ellas que quando fuera en particular pudiera ganar de comer a enseñarla”.

La única sospecha de referencia estereotipada en la religiosidad del finado es la alusión a una expresión de la devoción a Santísimo Sacramento, presente frecuentemente en las crónicas de los Austria de Viena y Madrid, la que les hacía seguir

al Cuerpo de Cristo en su trayecto por las calles o caminos desde que el emperador Rodolfo I fuera presentado como paladín de su protección.

“Fue el Príncipe Filiberto muy gran christiano y celoso de las cosas de la Religión, oya Missa todos los días con grandísima devoción y atención y comulgaba muy a menudo poque fue devotíssimo del Santíssimo Sacramento acompañándole muchas vezes quando salía a visitar los enfermos y todas las que le pudo ver en la calle se apeava del coche y fuesse en verano, tiempo de calores y polvos, o en inbierno, lloviendo y con lodos se adelantava y le salía al enquentro una y dos calles y le acompañava a todas las partes que fuesse hasta dejarle en su iglesia”.

Podría hablarse con toda propiedad de una “lógica funeraria dinástica” al razonar que Felipe IV dispuso su traslado a El Escorial. No tenemos noticia de que el cuerpo del príncipe fuese reclamado por el duque de Saboya. En este sentido, la actuación del Rey Planeta debería ser entendida como la administración de la integración de los restos mortales de su primo en el sistema sepulcral de la monarquía de España como una recompensa-homenaje. El acompañamiento y entrega ceremonial es descrito con todo detalle: la llegada de los restos a Cartagena acompañados por las autoridades encargadas de su custodia¹²³⁶, así como el hecho de que la servidumbre de la Casa del príncipe en Madrid salió a recibir el cuerpo, el señal de respeto, a Brunete¹²³⁷. Allí de sumaría el conde de Orgaz, don Esteban Hurtado de Mendoza, como mayordomo del rey, para efectuar la entrega en El Escorial, a donde llegaron a las tres de la tarde del domingo 21 de diciembre de 1625. Durante tres años seguidos, en vísperas de Nochebuena, la comunidad jerónima había recibido un féretro con los restos de una real persona. Finalizaba aquel *annus mirabilis*, cénit del comienzo de un reinado en el que se habían sumado éxitos militares como la expulsión de los holandeses de la colonia portuguesa de Bahía de Todos los Santos, el 1 de mayo, la rendición de Breda, el 5 de junio o el revés a la escuadra anglo-holandesa ante Cádiz¹²³⁸.

¹²³⁶ El cuerpo había sido enterrado en la catedral de Palermo en presencia del cardenal Doria, al que Felipe IV encomendaría el envío de los restos a España. Los restos fueron entregados por el propio cardenal a fray Martín de Vivanco, limosnero mayor del difunto y capellán de la orden de Alcántara, y a Francisco Manuel Cavallero, de la orden de Calatrava, su mayordomo mayor, que como autoridades eclesiástica y civil lo acompañaron en la galera hacia la península. En Cartagena, la custodia pasó a su obispo, fray Antonio Trejo, “del Consejo de su Magestad”, que lo acompañó hasta el monasterio de san Lorenzo.

¹²³⁷ RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel: “La Casa del príncipe Filiberto de Saboya en Madrid”, en RAVIOLA, Franca, VARALLO, Blythe Alice (coord.): *L’Infanta. Caterina d’Austria, duchessa di Savoia (1567-1597)*, Roma, 2013, pp. 499-517.

¹²³⁸ HUGON: *op. cit.*, p. 153.

Tras el príncipe Manuel Filiberto, la bóveda bajo el altar mayor de la basílica de san Lorenzo volvería a acoger a otras dos pequeñas infantas malogradas. Felipe IV e Isabel de Borbón perdieron a su tercera hija, una niña que se había llamado María Margarita, como su primogénita, y sólo había alterado el orden de los nombres de la segunda, que había nacido en el Alcázar a las once de la mañana del viernes 21 de noviembre de 1625, “día de la Presentación de Ntra. Sra”¹²³⁹. Vivió exactamente diecinueve meses, falleciendo también en Madrid el 21 de julio de 1627, llegando sus restos a El Escorial al día siguiente. Como en la llave del archiduque don Carlos de Austria, su registro describe aspectos ceremoniales que utilizaremos a la hora de tratar la etiqueta funeraria.

Isabel de Borbón se encontraba en estado de gestación. Tres meses después, el 31 de octubre de aquel 1627, daría a luz en el Alcázar a su cuarta hija, una infanta que recibió los nombres de Isabel María Teresa de Todos los Santos. La alegría duró pocas horas¹²⁴⁰: “Dicen no fue el parto en días y así duró tan pocas horas que fueron poco más de veinticuatro. Diéronla el agua del Baptismo y espiró en el día siguiente”. El conde de Barajas, mayordomo del rey, y el obispo de Mondoñedo acompañaron el cuerpo desde Madrid, que llegó el 2 de noviembre entre diez y once de la mañana.

En este punto nos corresponde hacer un largo inciso para abordar la importancia histórica de otros dos fallecimientos en el marco de los sistemas sepulcrales dinásticos de la monarquía de España. Lo hacemos porque las dos fallecidas fueron enterradas en un monasterio de origen medieval que, de manera auxiliar, siguió cumpliendo su función de albergar los restos de miembros de la familia real. Hablaremos de una de sus más importantes abadesas, nieta de Carlos V, y de la duquesa de Mantua, nieta de Felipe II e importante benefactora del cenobio.

El 29 de noviembre de 1629 moría en el monasterio burgalés de santa María la Real de Huelgas la última de sus abadesas perpetuas, Ana de Austria¹²⁴¹, hija natural de don Juan de Austria y María de Mendoza. Fue enterrada en la capilla que encargó hacer en recuerdo de su progenitor, al pie de la nave central de la iglesia del conjunto monumental. Una lápida a ras de suelo permanece desde entonces bajo la impresionante

¹²³⁹ AGP, *Lista...*, Llave 28, *La Infanta D. María Margarita*.

¹²⁴⁰ AGP, *Lista...*, Llave 29, *La Infanta D. Isabel María Theresa de los Santos*.

¹²⁴¹ Vid. YÁÑEZ NEIRA, Damián: “Doña Ana de Austria, abadesa de las Huelgas de Burgos”, *Anuario jurídico económico escorialense*, 29 (1996), pp. 1035-1078.

rejería que atestigua su origen¹²⁴², coronada por las armas heráldicas de la Casa de Austria, que alternan con tres tondos con las efigies de su abuelo paterno Carlos V, su padre Juan de Austria y Felipe III, el monarca que hizo posible su fecundísimo abadiato en el cenobio, y que lo visitó en 1614, como recoge una de las pinturas en la base del conjunto y acredita la carta confirmando su llegada para el 2 de noviembre de aquel año¹²⁴³.

No había sido su primera abadesa de sangre real: entre 1539 y 1543 la había precedido una hija de Fernando el Católico, María de Aragón, procedente del monasterio de Madrigal de las Altas Torres, sin abandonar su condición de religiosa agustina ni adoptar la obediencia cisterciense, algo que sí haría doña Ana¹²⁴⁴.

Había nacido en 1668 en el palacio madrileño de la princesa de Éboli, quedando huérfana de madre en 1572, a cargo de Magdalena de Ulloa, la misma dama que había cuidado de su padre en su infancia. Con siete años ingresó al monasterio de Nuestra Señora de Gracia, en Madrigal de las Altas Torres, donde fue inscrita como Ana de Jesús. Implicada en los sucesos protagonizados por Gabriel de Espinosa, el pastelero de Madrigal, que se hizo pasar por el desaparecido rey Sebastián I de Portugal, siendo ejecutado en 1595, pasó unos años recluida en un convento de Ávila, hasta que Felipe III le otorgó el perdón real. Fue priora del convento de Madrigal, hasta su nombramiento como abadesa perpetua de las Huelgas de Burgos, la mayor dignidad eclesiástica a la que una mujer podía aspirar en la época.

Ana de Austria donó al monasterio banderas obtenidas en Lepanto, que aún se conservan¹²⁴⁵. En su retrato, actualmente en la sala capitular, puede comprobarse aún el poder psicológico y simbólico que Diego de Leiva (1550-1637) quiso recoger. En el lienzo, el carmesí del cortinaje que acoge su figura se prolonga a la columna que, a su izquierda, magnifica la solidez de la jurisdicción abacial. La pieza, fechada en el mismo

¹²⁴² HERRERO SANZ, María Jesús: “Doña Ana de Austria, abadesa del Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas”, en GARCÍA-FRÍAS CHECA, Carmen, JORDÁN DE URRÍES Y DE LA COLINA, Javier (ed.): *El retrato en las Colecciones Reales de Patrimonio Nacional. De Juan de Flandes a Antonio López*, Madrid, 2014, p. 220.

¹²⁴³ AGS, Estado, Leg. 2708, Carta de Felipe III a doña Ana de Austria, Lerma, 27 de octubre de 1614 (Cit. en ALONSO VAÑES, Carlos: *Doña Ana de Austria, Abadesa del Real Monasterio de Las Huelgas. Sus primeros años de gobierno (1611-1614)*, Madrid, 1990, p. 198). Felipe III habría visitado, por tanto, el sistema sepulcral burgalés con motivo de la ceremonia de su bendición como abadesa, que se retrasó hasta esa fecha.

¹²⁴⁴ Hija natural del monarca y una valenciana, María de Aragón habría sido enviada por Isabel la Católica, sin conocimiento de su marido, al convento agustino de Nuestra Señora de Gracia, en Madrigal. Por orden de Carlos V habría pasado en 1537 al monasterio de las Huelgas, donde figuró como priora y no abadesa por no querer desprenderse del hábito agustino, aunque fue considerada como tal. Fallecería en el monasterio en 1548 (ALONSO VAÑES: *op. cit.*, p. 198).

¹²⁴⁵ HERRERO SANZ: *Monasterio de Santa María La Real...*, p. 222.

año de su óbito, recoge a la vez la serenidad dinástica y el compromiso con la religión, la firmeza que exige un báculo con la delicadeza de una mano femenina y la suavidad de una voluta con decoración vegetal.

Como en el caso de otros espacios histórico-artísticos relacionados con la monarquía y su imagen sepulcral, el monasterio de Santa María la Real de Huelgas, fundado por Alfonso VIII y Leonor de Plantagenet en Burgos a finales del siglo XII, no contó, hasta el último tercio del XIX, más que con escasos y puntuales estudios específicos, como el de Novoa¹²⁴⁶. El presbítero administrador del convento, en constante lenguaje laudatorio y reivindicativo de las bondades del conjunto histórico y artístico, subraya siempre los privilegios que la vinculación a la real familia acarreó para sus religiosas, especialmente los históricos de jurisdicción civil y penal de su abadesa, así como un sugestivo recorrido cronológico que incluye la figura de las infantas “señoras, mayores y guardadoras”. Aquella interesante figura de protección inmediata del cenobio –incluyendo panteón-, pero a la vez el control de tan alto patronazgo a través de una mujer, que no era monja profesa, vinculada tan familiarmente al monarca, fue desarrollada en un artículo por la que fuera, casi un siglo después, abadesa, Presentación Balbás¹²⁴⁷.

Podríamos considerar el de Agapito Revilla¹²⁴⁸ como el primer ensayo en profundidad de principios del siglo XX sobre el importantísimo mausoleo regio medieval, en extensión y número de cuerpos depositados, si bien el estudio general histórico sobre el monasterio de Rodríguez López¹²⁴⁹, pocos años después, abordaba su uso funerario minuciosamente. La monografía de Gómez-Moreno en 1946 o su artículo al año siguiente aportaron no pocas novedades¹²⁵⁰. Medievalistas de referencia hicieron su aportación, reflexionando sobre su peculiar régimen histórico y jurídico, como Suárez Fernández¹²⁵¹. Tras ellos, quizá el más significativo estudio que incluyó notables referencias a la condición regia del monasterio cisterciense fue el de Lizoáin y

¹²⁴⁶ NOVOA VARELA, Miguel: *El Real Monasterio de Las Huelgas de Burgos. Reseña de su fundación, sus privilegios casi inverosímiles, por lo extraordinarios, su hermosa fábrica, sus gloriosos sepulcros y su estado actual*, Burgos, 1884.

¹²⁴⁷ BALBÁS, Presentación: “Las infantas “señoras” de las Huelgas. Un caso excepcional en la historia monástica”, *Reales Sitios*, 92 (1987), pp. 65-69.

¹²⁴⁸ AGAPITO Y REVILLA, Juan: *El Real Monasterio de Las Huelgas de Burgos. Apuntes para un estudio histórico-artístico*, 1903.

¹²⁴⁹ RODRÍGUEZ LÓPEZ, Amancio: *El Real Monasterio de las Huelgas y el Hospital del Rey*, 2 vol., Burgos, 1907.

¹²⁵⁰ GÓMEZ-MORENO MARTÍNEZ, Manuel: “Historia y arte en el Panteón de las Huelgas de Burgos”, *Arbor*, 21 (1947), pp. 397-434; *El Panteón Real de las Huelgas de Burgos*, Madrid, 1946.

¹²⁵¹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: “Santa María la Real de las Huelgas de Burgos: modelo de monasterio femenino”, *Reales Sitios*, 92 (1997), pp. 49-55.

García¹²⁵². Su vocación de panteón de regio en el marco del mecenazgo y el poder fue abordado por Sánchez Ameijeiras¹²⁵³.

En diferente plano, no podemos perder de vista el trabajo de Herrero Sanz¹²⁵⁴ que, concebido y publicado como guía para el recorrido turístico, llega mucho más allá de lo exigible en su resumen histórico, con calidad en su estructura y rigor en sus datos, proporciona interesantes claves del sistema sepulcral. La autora había ofrecido ya un interesante artículo específico sobre las tumbas en Reales Sitios¹²⁵⁵. El último gran esfuerzo historiográfico tuvo lugar con motivo de las obras de mejora y ampliación del museo, anexo al monasterio, que expone muestras únicas de tejidos funerarios recogidos durante los trabajos de exhumación de restos reales en la década de 1940. Se trata del catálogo de la exposición sobre los mismos que tuvo lugar en el Palacio Real de Madrid en 2005, comisariada por Joaquín Yarza. Incluye ensayos como el dedicado al propio origen histórico del convento, de Valle Pérez¹²⁵⁶, o del panteón real, de Gómez Bárcena¹²⁵⁷. Aunque el título de la obra coordinada por Elorza¹²⁵⁸, “El Panteón Real de las Huelgas de Burgos. Los enterramientos de los reyes de León y de Castilla”, da preferencia al mismo conjunto sepulcral, el volumen se dedica a la exposición que con motivo del VIII Centenario de Las Huelgas se organizó sobre los lugares de sepultura de los monarcas de los reinos, conteniendo un útil listado de soberanos e infantes y las catedrales, monasterios y templos en los que descansan, dedicando sólo un epígrafe, proporcionalmente, al monasterio burgalés.

Junto a otros acercamientos que no agotan en absoluto en lo historiográfico la desbordante magnitud del conjunto monumental sepulcral¹²⁵⁹, uno de los más recientes

¹²⁵² LIZOAIN GARRIDO, José Manuel, GARCÍA, Juan José: *El monasterio de las Huelgas de Burgos. Historia de un señorío cisterciense burgalés (siglos XII y XIII)*, Burgos, 1988.

¹²⁵³ SÁNCHEZ AMEJEIRAS, Rocío: “El “cementerio real” de Alfonso VIII en las Huelgas de Burgos”, *Semata: Ciências sociais e humanidades*, 10 (1998), pp. 77-109.

¹²⁵⁴ HERRERO SANZ, María Jesús: *Monasterio de Santa María La Real de Huelgas*, Burgos, Madrid, 1999.

¹²⁵⁵ HERRERO SANZ, María Jesús: “Los sepulcros del panteón real de las Huelgas”, *Reales Sitios*, 105 (1990), pp. 21-30.

¹²⁵⁶ VALLE PÉREZ, José Carlos: “La construcción del monasterio de las Huelgas”, en MANCINI, Mateo (coord.): *Vestiduras ricas. El Monasterio de las Huelgas y su época. 1170-1340*, Madrid, 2005, pp. 35-50.

¹²⁵⁷ GÓMEZ BÁRCENA, María Jesús: “El Panteón Real de las Huelgas de Burgos”, en MANCINI: *Vestiduras ricas...*, p. 51-72.

¹²⁵⁸ ELORZA GUINEA, Juan Carlos (coord.): *El Panteón Real de las Huelgas de Burgos. Los enterramientos de los reyes de León y de Castilla*, Valladolid, 1988.

¹²⁵⁹ Vid. ALONSO ABAD, María Pilar: *El Real Monasterio de las Huelgas de Burgos. Historia y Arte*, Burgos, 2007; “Santa María la Real de las Huelgas de Burgos: historia y arte de un monasterio real”, *Cistercium. Revista cisterciense*, 240 (2005), pp. 973-984; RICO SANTAMARÍA, Marcos, “Real Monasterio de las Huelgas de Burgos: Un somero análisis de sus arquitecturas”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 73 (1991), pp. 89-102.

y sugestivos ensayos sobre entorno artístico burgalés ha sido propuesto por Walker, que propone una función inicialmente complementaria que habría honrado el origen del convento. Para la historiadora, las claustrillas del monasterio habrían albergado los sepulcros de varios de los vencidos en la batalla de Alarcos (1195), una derrota que Alfonso VIII habría tenido muy presente en el impulso y protección del conjunto arquitectónico, destinando el significativo claustro a los restos de quienes participaron en uno de los más caracterizados choques bélicos de la Reconquista¹²⁶⁰.

La inveterada vocación de Las Huelgas como sistema funerario regio volvería a ser confirmada por segunda vez durante el reinado de Felipe IV. El 26 de junio de 1655 fallecía en Miranda de Ebro (Burgos) Margarita de Saboya, la hija más longeva de los diez habidos en el matrimonio de la infanta Catalina Micaela y Carlos Manuel de Saboya. Como nieta de Felipe II, era prima carnal del monarca. Era hermana, por tanto, de los príncipes Felipe Manuel y Manuel Filiberto de Saboya, fallecidos en 1605 y 1624, cuyos restos, como hemos visto, fueron depositados en las cámaras escurialenses. Y como sus hermanos mayores, la princesa saboyana, que había nacido en Turín el 28 de abril de 1589, sirvió en cuanto pudo a los intereses de su dinastía de origen. Porque inicialmente se casó en la misma ciudad, el 19 de febrero de 1608, con Francisco IV Gonzaga¹²⁶¹, que sucedió a su padre en el ducado de Mantua y Monferrato en 1612, si bien efímeramente, pues murió aquel mismo año¹²⁶².

Felipe IV la nombró virreina y gobernadora de Portugal¹²⁶³, en un intento de hacer más presente, a través de un miembro de su propia familia, el vínculo de un reino cada vez más alejado políticamente de su propia dinastía¹²⁶⁴. Margarita de Saboya desempeñó sus funciones entre 1634 y 1640, cuando la sublevación y proclamación de los Braganza provocó su salida del reino vecino.

La duquesa viuda de Mantua murió quince años después en la casa de los Urbina, en Miranda de Ebro, una residencia palacial del siglo XVI en la que se alojaba.

¹²⁶⁰ WALKER, Rose: “Memoriales de guerra: Recuerdo y olvido más allá de Las Huelgas”, *Quintana. Revista de estudios do Departamento de Historia da Arte*, 11 (2012), pp. 13-36.

¹²⁶¹ Del matrimonio nacieron tres hijos: María (1609-1660), que casaría con el duque de Nevers; Luis (1611-1612) y una niña que sólo vivió 24 horas, Leonor, en 1612.

¹²⁶² El ducado de Mantua pasó a ser ostentado por el hermano de Francisco IV, pero el de Monferrato se convirtió en una cuestión política, pues históricamente no sólo había sido heredado por mujeres, sino que había llegado a la familia Gonzaga por herencia femenina. Aunque María actuó como regente, no pudo evitarse una guerra de Sucesión entre 1627 y 1632.

¹²⁶³ LABRADOR ARROYO, Félix: “Un proyecto de revitalización de la casa real de Portugal: el virreinato de la duquesa de Mantua”, *Libros de la Corte*, 4 (2012), pp. 111-119. Con la presencia de la virreina se intentó revivir las estructuras administrativas y cortesanas lusas, que languidecían desde la jornada real de Felipe III en Lisboa en 1619.

¹²⁶⁴ Dos de sus bisabuelas, Isabel, la emperatriz, y Beatriz, habían sido portuguesas.

Longeva para su tiempo¹²⁶⁵. En sus Avisos, Barrionuevo no solo nos refiere que al regreso de su misión política en Lisboa quedó en España, donde vivió sus últimos años. Da cuenta no sólo del óbito, sino de algunas de las circunstancias de su testamento:

“Viernes 25 de Junio, a las seis de la tarde, en Miranda de Ebro, 14 leguas de Burgos, murió la Duquesa de Mantua de tercianas dobles sincopales, gómitos y cámaras que la acabaron. Depositáronla en las Huelgas de Burgos. Hizo testamento suplicando en el a S.M. le haga gracia y limosna (así lo dice) de un año de la renta que gozaba, para pagar las deudas que queda a deber. Mandó el Rey pase la gente que era de su familia adelante. Su ropa, joyas y plata juzgo que se detiene por no dársela al Francés, que se quedará con ella si pasase por allí, y para cumplir su testamento, que hasta ahora se dice lo que es. Hanse suspendido los toros, y en las Descalzas y Encarnación se hacen estos días las honras. *Resquiescat in pace*”¹²⁶⁶.

A pesar de los temores del cronista, cinco años después, en 1660, Felipe IV y su hija María Teresa pernoctarían en la misma residencia, de camino a la frontera francesa para celebrar la boda de la infanta con Luis XIV. El poder de las relaciones dinásticas era enorme, pero no para cambiar el sentimiento con el que el rey había sentido la muerte de un familiar en quien había depositado, verdaderamente, su confianza:

“S.M. se dice está muy melancólico. No me espanta todo lo que pasa: en particular ha sentido mucho la muerte de la Duquesa de Mantua, su tía, en quien tenía algún género de confianza en la paz, suavizando altiveces y satisfaciéndole á boca de los puntos más importantes; y se cree no hiciera poco, por el mucho valor y prudencia que tenía, y afición particular o cariño adquirido en veinticuatro años y más que ha que está en España”¹²⁶⁷.

Al regresar al sistema sepulcral escurialense, la cronología de los depósitos en el sistema sepulcral escurialense conduce a la llegada a San Lorenzo del féretro del infante don Carlos, que falleció en julio de 1632. El obituario consigna su condición de “hijo cuarto de los señores Reyes don Philippe tercero y doña Margarita de Austria y hermano del señor Rey don Philippe quarto que Dios guarde”. Volvieron a establecer la edad que había alcanzado el difunto por una doble vía, pues la fuente recoge con

¹²⁶⁵ Cuatro años de su muerte, uno de sus nietos reinaba en Mantua y otra de ellas, Leonor, se había casado con el emperador Fernando III de Austria, habiéndole dado ya tres bisnietos.

¹²⁶⁶ BARRIONUEVO, Jerónimo de: *Avisos (1654-1658)*, ed. PAZ Y MELIA, A., Tomo II, Madrid, 1892.

¹²⁶⁷ BARRIONUEVO, *op. cit.*: p. 11.

precisión que había nacido en el Alcázar madrileño el 15 de septiembre de 1607, y moría “de edad de 25 años menos 47 días”¹²⁶⁸.

Como subraya Hugon, en el retrato que le hiciera Velázquez entre 1626 y 1628, en el que aparece de pie, vestido de negro, sujetando con la mano derecha un guante y con la izquierda un sombrero negro, muestra extraordinario parecido con Felipe IV. Quizá un porte más rotundo y el bigote son lo único que le distinguían del monarca. El segundo de los hijos varones de Felipe III y Margarita de Austria rompió el prototipo de infante levantisco medieval¹²⁶⁹. Reservado y sumiso, se sometió al sistema organizado por Olivares, que le tuvo sujeto a la autoridad del rey, sin disponer matrimonio para él. En opinión de Camón Aznar, habría muerto como consecuencia del agotamiento por el viaje de regreso de la jornada real de Barcelona a Madrid, donde el ritmo de los trayectos acabó con una salud quebradiza¹²⁷⁰.

Hemos tenido pocas ocasiones de mencionar obras literarias como fuente que mencione directamente a reales personas que no fuesen monarcas. La muerte del infante fue objeto de una interesante excepción en la obra de Calderón de la Barca, que estudió Oteiza: *Elegía en la muerte del Señor Infante Don Carlos, al Señor Infante Cardenal*, que el dramaturgo dedicó al cardenal infante don Fernando, su hermano, a la sazón virrey de Cataluña. Se trataba de una excepción en su obra dramática, una pieza lírica exenta, género escaso en su producción. También le dedicó su *Égloga panegírica al epigrama del serenísimo infante Carlos* Lope de Vega y Quevedo le escribió dos sonetos, *Túmulo al Serenísimo Infante Don Carlos* y *Al mismo Señor Infante*¹²⁷¹.

El meritorio análisis de Oteiza incluye la identificación de alegorías y metáforas en los textos, aunque omite en la mención de Calderón al Tajo la alusión que entendemos se realiza al destino del infante al gobierno de Portugal como virrey, que no pudo llegar a materializarse, a diferencia del inicial virreinato catalán de su hermano el cardenal infante, que posteriormente se convirtió en el gobierno de los Países Bajos. La autora subrayó la ausencia de unanimidad a la hora de fijar la fecha del óbito de don Carlos, que apuntaría en el mes de julio del año que hemos propuesto, cuando tenía por tanto unos 24 años. Cuando acude a las memorias de Novoa, que fija “las dos y media

¹²⁶⁸ AGP, *Lista...*, Llave 30, *Infante Don Carlos*.

¹²⁶⁹ HUGON: *op. cit.*, p. 111.

¹²⁷⁰ Cit. en FERNÁNDEZ, Pedro Jesús: *Quién es quién en la pintura de Velázquez*, Madrid, 1996, p. 59.

¹²⁷¹ OTEIZA PÉREZ, Blanca: “Elegía en la muerte del Señor Infante Don Carlos, al Señor Infante Cardenal”, por Don Pedro Calderón de la Barca”, en ARELLANO, Ignacio, VEGA GARCÍA-LUENGOS, Germán: *Calderón, innovación y legado. Actas selectas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Teatro Español y Novohispano de los Siglos de Oro*, Pamplona, 2000, pp. 290 ss.

de la mañana del viernes 30 de julio”, junto a las reliquias de los cuerpos de san Isidro Labrador y san Francisco de Borja, refiere que el cronista recuerda que, el abril anterior a su muerte, al infante le habían hecho entrega en Barcelona del bastón de “Príncipe de la Mar”¹²⁷².

Apuntamos la posibilidad de que Novoa o el monje jerónimo se surtiesen, uno al otro, del dato sobre la fecha y hora del óbito, exactamente la misma que figura en el obituario, que recoge la llegada del cuerpo al día siguiente, un sábado. La entrada se extiende moderadamente en explicar el ceremonial que se siguió, como en el caso de su homónimo, su tío del archiduque don Carlos, si bien de manera resumida. Como nota diferente a otras llaves es de destacar la expresa mención del prelado que acompañó desde Madrid, sin que conste el nombre del cargo palatino. Fue “el señor obispo de León electo de Palencia Don fr. Gregorio de Pedrosa”¹²⁷³, que celebró misa de réquiem.

Dos hijos naturales de Felipe IV serían enterrados en El Escorial, ambos varones. El primero fue un niño de corta edad, fallecido el 12 de marzo de 1634. El obituario jerónimo es muy parco sobre su origen, dando cuenta, por el contrario, de su óbito “en la villa de Issasi en las montañas donde le criava por orden de su mag. Don Juan de Issasi”¹²⁷⁴. Había nacido en Madrid el 15 de mayo de 1626, fruto de su relación con una hija de los condes de Chirel. Moragas refiere que tras su nacimiento, pasó a la casa de un miembro del Consejo de Hacienda, Baltasar de Álamos, hasta que a los cuatro años lo tomó a su cargo el referido Juan de Isasi Idíaquez, en la villa de su nombre, en Guipúzcoa. Allí murió sin llegar a cumplir ocho años¹²⁷⁵.

Habiendo ordenado el soberano su sepelio junto a los demás cuerpos reales, la comunidad procedió, dando cuenta de sutiles cambios en el ceremonial. Al ser un niño, el “ornamento” fue blanco, si bien se empleó el de “las fiestas de Vicario”. El cuerpo fue reconocido y entregado ceremonialmente al prior “en el zaguán de la sacristía”, como se venía realizando desde el siglo anterior, “con que se acabó aquella tarde ya noche este entierro”. Al haber llegado en sábado santo, prosigue la fuente jerónima, el día siguiente, en que correspondía el depósito en sí en las cámaras intermedias:

¹²⁷² *Ibidem*, p. 299.

¹²⁷³ Fray Gregorio de Pedrosa fue obispo de León entre septiembre de 1624 y enero de 1633, mes en que pasó a serlo de Valladolid, de donde fue ordinario hasta su dimisión y muerte en 1646. La diócesis había sido erigida en 1595 (BARRIO GOZALO, Maximiliano: *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, Madrid, 2004, p. 456). Esto supone un error en el obituario jerónimo, quizá involuntario, sólo explicable por la cercanía de las diócesis o desconocimiento del redactor.

¹²⁷⁴ AGP, *Lista...*, Llave 31, *Don Francisco Fernando*.

¹²⁷⁵ MORAGAS I GALLISSÀ, Jerónimo de: *De Carlos I emperador a Carlos II el hechizado. Historia humana de una dinastía*, Barcelona, 1983, p. 269.

“era pascua y no se decía misa de prima quiso el padre prior que en lugar della se dijese una misa de los ángeles aunque no había obligación, ni su mag. lo mandara ni los que entregaron el cuerpo lo pedían, dixola el padre Vicario y no asistió a ella el convento sino solos los que asisten cada día a la misa después de prima, por ser día trabajoso y por no aver obligación”.

La lectura del título dedicado al hijo extramatrimonial del rey sorprende, por el complicado equilibrio que parece buscar entre la respuesta a la obligación de atender las órdenes del monarca, siendo el prior quien recibe el féretro, siguiendo todas las costumbres recogidas en llaves precedentes, y una cierta apariencia de pretender hacer notar la ruptura de la normalidad, al acoger en las criptas a un hijo no matrimonial, algo que se reflejaría, en nuestra opinión, en la constatación de la celebración de la eucaristía por parte del vicario, siendo el prior quien, habitualmente, la oficiaba por el alma de quien era enterrado, con independencia de su edad. En este sentido, la referencia a que tuvo lugar a pesar de no ser solicitada por el propio monarca atravesaría el plano de la condescendencia, lo que abona nuestra teoría del uso exclusivo de la fuente que venimos analizando por parte de la comunidad. Incluso no toda ella, sino los monjes más cercanos al prior o los directamente encargados de disponer lo necesario para los regios entierros.

El 8 de julio de 1637 fallecía en Madrid otro príncipe foráneo, Fernando de Saboya, nieto de la infanta Catalina Micaela y bisnieto, por tanto, de Felipe II. Tres de sus tíos carnales, Felipe Manuel, Víctor Amadeo y Manuel Filiberto, habían viajado a Valladolid, a la corte de Felipe III, de los que dos, como sabemos, Felipe Manuel y Manuel Filiberto, estaban sepultados en El Escorial. Como veremos, el año anterior había comenzado el virreinato en Portugal de otra de sus tías, Margarita de Saboya, duquesa viuda de Mantua. Él mismo era hijo del menor de los hermanos varones, Tomás, príncipe de Carignan¹²⁷⁶, y María de Borbón. La querencia saboyana por la corte española había continuado y la princesa de Carignan viajó a Madrid con sus hijos. Como refiere el obituario jerónimo¹²⁷⁷, “estando allí enfermó el dicho señor príncipe de una enfermedad de que murió”. Pensamos que la muerte pudo producirse en la Casa del Tesoro, en el conjunto edilicio del Alcázar de Madrid, donde se alojó a la princesa de

¹²⁷⁶ Tomás Francisco de Saboya (Turín, 1596 – Turín, 1656), fue el noveno de los hijos de Carlos Manuel I de Saboya y la infanta Catalina Micaela. Recibió de su padre en 1620 el título de príncipe de Carignan, abriendo así la línea dinástica de Saboya-Carignan.

¹²⁷⁷ AGP, *Lista...*, Llave 32, *Príncipe Fernando de Saboya*.

Carignan, como recoge Barbeito en un estudio que incluye el análisis de los espacios palaciales dedicados al alojamiento de distinguidos visitantes en la Corte¹²⁷⁸.

Felipe IV ordenó que sus restos fuesen colocados junto a los de sus tíos. Llama la atención la rapidez con la que su féretro llegó a las cámaras de san Lorenzo. Si el cuaderno registro consigna que falleció a “a las once horas de la noche poco más” del miércoles ocho de julio, sorprende que casi a continuación se recoja que “llegó aquí el cuerpo jueves nueve del dicho mes”. Que el monje escribiese ambas fechas da noticia de la celeridad con la que se despedía a los niños en aquella época. Fernando Tomás de Saboya, que había nacido en 1634, fue recibido con “ornamento blanco de fiestas de Vicarios” y misa de ángeles “con música”, es decir, cantada. Y el monje se ocupó de que constase bien que se le había despedido, aunque hubiese muerto con apenas tres años, como a persona regia: “se hizo todo lo demás que se hace con los infantes de castilla”. Bisnieto fue de Felipe II.

De manera diacrónica, el monje que había recogido el depósito de príncipe anotó a continuación un óbito que se había producido meses antes. Se trata de un error cronológico en el obituario, quizá indicio de que el amanuense había preparado los textos de las dos llaves previamente. Aunque no contienen enmiendas ni tachaduras, en la del príncipe Fernando Tomás se aprecia un añadido interlineal y otro entre palabras. La persona regia fallecida era una nueva infanta malograda, María Antonia, hija del Felipe IV e Isabel de Borbón. No superó los dos años de edad pues, nacida en enero de 1635, había fallecido el viernes 5 de diciembre de 1636, a las tres de la madrugada “poco más o menos”, como indica la fuente¹²⁷⁹. De nuevo se indica que el cuerpo llegó al día siguiente. Quizá con el fin de ilustrar para el futuro a quien leyese el registro, el monje consignó que para la misa de ángeles “sirvió el ornamento de la fiesta de la natividad de nuestra señora”, que aunque se celebraba el 8 de septiembre, siendo blanco respondía a los criterios litúrgicos.

Al referirse al lugar en el que se produjo el óbito, el registro jerónimo habla del “real palacio de Madrid”, que en aquel 1636 era el Alcázar de los Austria. Sucesivas transformaciones y adiciones lo habían convertido en un laberíntico complejo edilicio. Su desaparición justo un siglo después, a consecuencia de un incendio, en la

¹²⁷⁸ BARBEITO DÍEZ, José Manuel: “Juan Gómez de Mora, Antonio Mancelli y Cassiano dal Pozzo”, *Archivo español de arte*, 342 (2013), p. 111.

¹²⁷⁹ AGP, *Lista...*, Llave 33, *Infante Doña María Antonia*.

Nochebuena de 1734, hace difícil concretar con exactitud las distintas piezas en las que fallecieron monarcas e infantes.

Hemos escogido el tránsito de la infanta María Antonia para establecer una hipótesis, pues justo diez años antes Juan Gómez de Mora, maestro mayor de obras reales, había dejado una relación de las Casas del Rey de España. En el análisis que del importante documento, que incluyó planos y anotaciones del palacio madrileño, realizó Barbeito, se incluía la descripción de lo que historiador del arte describió muy acertadamente como una “complicada geografía de espacios”, que entendemos no solo clave en el ceremonial, sino en la propia distribución política y simbólica de la monarquía. En la crujía norte se situaban las habitaciones privadas reservadas al conde duque de Olivares y su esposa, doña Inés de Zúñiga y Velasco, que “era Aya de la infanta María Eugenia”¹²⁸⁰. Con sentido muy práctico, la cama de la responsable del cuidado de los hijos menores de los monarcas aparece dibujada en los planos pegada a la torre Bahona, porque desde allí se podía acceder directamente a la misma, en la que estaba la pieza dormitorio de los pequeños infantes. Propondríamos como hipótesis que allí fallecerían al menos dos de los hijos malogrados de Felipe IV, las infantas María Isabel Teresa y María Margarita, en 1625 y 1627, respectivamente.

Barbeito refiere también que aunque las piezas en las que dormían los condes duques de Olivares fuesen relativamente modestas, al bajar las escaleras situadas junto a aquella torre Bahona se hubiera encontrado un conjunto de estancias que conformaban un vistoso cuarto que acogió en 1623 al príncipe de Gales en su visita a la corte de Madrid, cuando pretendió la mano de la infanta María. En ellas fue alojado el archiduque Carlos, hermano de la difunta reina consorte Margarita de Austria, tío por tanto de Felipe IV, cuando hizo su entrada pública en la capital el 24 de noviembre de 1624. Y en ellas falleció el 28 de diciembre siguiente¹²⁸¹.

8.2.2. Los duelos desde 1640 hasta el final del reinado.

Si hubiera que dividir el reinado de Felipe IV en dos etapas, sin duda 1640 marcó un punto de inflexión en lo político, con la sublevación de Cataluña y la independencia

¹²⁸⁰ BARBEITO DÍEZ, José Manuel: “Olivares en palacio”, *Libros de la corte*, 2 (2010), p. 67. Al citar a la infanta María Eugenia (sic), apuntamos a que el historiador se refiere a la tercera hija malograda de Felipe IV, María Margarita.

¹²⁸¹ BARBEITO DÍEZ, José Manuel: “Olivares en palacio”, *Libros de la corte*, 2 (2010), p. 67. Tras la muerte del archiduque aquellas estancias, que en su día también había ocupado el duque de Lerma, pasaron a ser ocupadas por el conde duque y su esposa. Para visitantes ilustres quedó la Casa del Tesoro.

de Portugal. Nada fue igual desde entonces. La oposición a la concepción administrativa de Olivares y la situación en Europa hicieron que la situación de la monarquía se deteriorase hacia una crisis generalizada de las instituciones e imagen regia.

La cronología nos impone tratar la figura del cardenal infante don Fernando de Austria, que se incorporó a la imagen funeraria de la monarquía de España en 1642. Como hemos visto, hay en las casi ocho decenas de llaves que los monjes jerónimos escribieron en tres siglos de obituario varios personajes por los que es imposible dejar de deducir especial simpatía de los amanuenses, que parecen recoger bien una cercanía de la comunidad monástica por el fallecido, agradecimiento de los religiosos por donaciones y dádivas al cenobio, admiración por cualidades de la persona regia o una voluntad innegable de constatar por escrito la sintonía recíproca de finado y monjes. Es el caso del segundo de los hijos varones de Felipe III y Margarita de Austria. La propia extensión de su llave, entre las cinco más largas del cuaderno, es un indicio de lo que afirmamos. Que los propios monjes tenían clara su función de custodios de los restos de personas regias es apreciable en la forma en que titularon la llave de don Fernando. Aunque pasó a la historia como el cardenal infante, consignaron “Infante Cardenal Fernando” como inicio de su texto¹²⁸².

El infante comenzó su vida naciendo en el propio monasterio, el 16 de mayo de 1609. Fue el quinto de los hijos, segundo varón, de los reyes. En diciembre de 1618 había muerto Bernardo de Sandoval y Rojas, tío carnal del duque de Lerma, cardenal arzobispo de Toledo. Con la sucesión masculina de Felipe III asegurada, la sede primada vacante fue la ocasión precisa para el monarca, que promovió con rapidez su nombramiento como arzobispo. El último infante de Castilla que lo había sido, como recuerda Aldea Vaquero, fue don Sancho, hijo de Fernando III, que falleció antes de tener la edad canónica para ser consagrado obispo. Y pidió a Paulo V que crease a su hijo cardenal, alegando aquel antecedente histórico y el hecho de que un papa nunca había escogido para ello al hijo de un monarca español. Lo consiguió, si bien el cardenal infante no recibió las órdenes mayores, aunque en su condición de administrador perpetuo de la sede toledana contaba con importantes rentas¹²⁸³.

¹²⁸² AGP, *Lista...*, Llave 34, *Infante Cardenal Fernando*.

¹²⁸³ ALDEA VAQUERO, Quintín: *El Cardenal Infante Don Fernando o la formación de un príncipe de España*, Madrid, 1997, p. 24.

Cuando su padre falleció, el jovencísimo cardenal infante tenía doce años. Pocos años después, Felipe IV le encomendó primero el gobierno de Cataluña¹²⁸⁴, para pasar posteriormente a gobernar Flandes. Su perfil militar pasaría a la historia, sobre todo como vencedor de la batalla de Nordlingen¹²⁸⁵. Una vez más, la parca se cruzó en el camino. Es O'Donnell quien refiere que se había advertido de las condiciones infectas del lugar en el que se había instalado un campamento, durante una campaña militar en 1641. Se sitiaba Ayres, en el Artois. Se había desoído el consejo del ingeniero del propio infante, Iván de Santáns¹²⁸⁶. Don Fernando murió en Bruselas el 9 de noviembre, “de edad de treinta y dos años, cinco meses y veinteiquatro días”.

Alvar Ezquerro sostiene, sin citar fuente, que don Fernando, aunque nunca visitó Toledo, quiso ser enterrado en la ciudad¹²⁸⁷. Lo cierto es que, como se recoge en el cuaderno jerónimo, “Quiso su hermano dicho señor D. Philipe 4 que su cuerpo se trujese y fuesse depositado en el Real convento de san Lorenzo donde descansan los demás cuerpos Reales sus progenitores”. Escribió al marqués de Torre de Lagunas, lugarteniente y gobernador que le sustituyó en sus funciones, que comisionó al marqués de Este, que había sido mayordomo mayor del difunto, para que acompañase los restos mortales a Burgos, donde su arzobispo, Francisco Maso, se incorporó como autoridad eclesiástica para conducirlos al monasterio de san Lorenzo, con miembros de la capilla de su catedral de la ciudad del Arlanza. Así se hizo. En “la Torre de Lodones”, salieron a recibir al cortejo el marqués de Palacios, mayordomo de Felipe IV, y otros gentileshombres de su casa, “música de la capilla real y soldados de la guardia española y flamenca”, continuando hacia El Escorial, a donde llegaron el lunes 29 de junio de 1643 a las ocho de la mañana, “aviendo ya el convento celebrado la procesión y missa de los sanctos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo”.

¹²⁸⁴ ZUDAIRE HUARTE, Eulogio: “El Cardenal Infante, Virrey de Cataluña”, *Hispania. Revista española de historia*, 84 (1961), pp. 580-630.

¹²⁸⁵ Vid. ISRAEL, Jonathan I., “Olivares, el cardenal Infante y la estrategia de España en los Países Bajos (1635-1643). El camino a Rocroi”, en KAGAN, Richard L., PARKER, Geoffrey (ed.): *España, Europa y el mundo atlántico. Homenaje a John Elliott*, Madrid, 2001, pp. 347-380; PUIG, Rogelio: “El cardenal-infante don Fernando de Austria. Evocación militar de una gran figura histórica”, *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia e Història*, 8 (1951), pp. 66-71.

¹²⁸⁶ O'DONNELL DUQUE DE ESTRADA, Hugo: “El reposo del ejército. Estudio del campamento temporal del tiempo de los Austrias”, en GARCÍA HERNÁN, Enrique, MAFFI, Davide (ed): *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, Estrategia y Cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, Vol. I. *Política, estrategia, organización y guerra en el mar*, Madrid, 2006, pp. 382. El sitio acabaría siendo rendido por Francisco de Melo, pero el coste fue la regia muerte del hermano del monarca.

¹²⁸⁷ ALVAR EZQUERRA, Alfredo: *El duque de Lerma. Corrupción y desmoralización en la España del siglo XVII*, Madrid, 2010, p. 397.

Una excepción convierte de nuevo la llave de don Fernando en un texto singular. El monje escribió cómo llegó el cuerpo del difunto en el interior del ataúd, lo que demuestra que el ceremonial de la entrada incluyó la identificación de sus restos:

“Vino el cuerpo del Señor infante vestido de cardenal, y con las insignias de capitan general, bastón y estoque, y dentro del ataúd venían algunas almodillas ricamente labradas, llenas de flores olorosas, que se sacaron para que sirviesen en los Relicarios. La tapa del ataúd por la parte de adentro tenía una plancha de bronce dorada y en ella esculpidas en lengua latina las dignidades y cargos que tuvo mientras vivió que dice así:

Deo optimo Máximo,

Et sacre memore Magni Principis Ferdinandi divina gratia Hispaniarum Infantis, Sancti Romane Ecclesie Diachoni Cardinalis titui Sancti Marie in Portice, et Archiepiscopi Toletani. Philippi secundi, terti in quarti catholicorum Regnum, Nepotis, filius, fratris.

Pietate, iustitia, clementia inclyti, el aeternum memorandi, qui catalonie principatu, ducatoque Mediolanenssi, administratis, servuus alyisque hereticis sacri Romani Imperii, et Auguste gentis Austriace hostibus. Per Germaniam ad Nordlingam septimo idus septembris anno 1634 prolligatis. Belgium tandem, el Burgundiam religiosse prudenterque vexit annos septem. Vixit annos 32 menses quinque, diez 24. Devixit Bruxele in Bravantia, Verum christiani Principe exemplar Escubre mortalitatis illius, immortalitalis gloriam beatem Resurrectionis in spe, hui expectant. Obiit IX novembris 1641.

A pesar de acumular un elevado número de lutos familiares tras continuos óbitos y depósitos, que ni siquiera se realizaban en un panteón que no había sido concluido, sino en la bóveda intermedia reservada a infantes y príncipes, la muerte de su primera esposa marcó, en cierta medida, la finalización de la primera etapa del reinado de Felipe IV. Su obituario constituye la generosa biografía de una consorte regia, en la que un jerónimo dejó traslucir, quizá sin pretenderlo, algunas impresiones sobre su papel dinástico y la imagen que la soberana adquirió en la corte.

El comienzo de la llave muestra la clara intención de mostrar el digno entronque genealógico realizado con el matrimonio real, afirmando que:

“fue hija de Enrico de Borbón Rey de Francia 4 deste nombre hijo de Antonio de Borbón Duque de Bandoma y de Juana de Labrit su muger; y de Madama María de Médicis muger del dicho Enrico 4 que fue hijo de Francisco de Médicis Gran Duque de Toscana y de D. Juana de Austria su muger hija del emperador Ferdinando primero deste nombre”¹²⁸⁸.

¹²⁸⁸ AGP, *Lista...*, Llave 35, *La Reyna Doña Ysabel de Borbón*.

Siempre siguiendo nuestra fuente, la reina había nacido en el Palacio de Fontainebleau, que es definida con cierto desconocimiento e idealización como “casa de recreación de los Reyes de Francia”, el 22 de noviembre de 1603. Era, por tanto, un año y medio mayor que su esposo. Bautizada cinco días después de venir al mundo, “porque en Francia se les echa agua luego que nacen y las demás ceremonias de la Yglesia se hacen algunos años después”. Por primera y única vez, el obituario jerónimo citará al padrino de la ceremonia, que fue la infanta Isabel Clara Eugenia “y no hubo otro Padrino porque en Francia en los Baptismos de las personas Reales no hay más de un padrino siendo muger madrina y si es principe o infante se le da Padrino”. Entendemos que la gobernadora fue representada, pues no hay noticia de presencia de la hija de Felipe II en la corte francesa.

La inserción de un largo texto dedicado a la religiosidad de la soberana, de mayor extensión que en anteriores consortes, concretada en un elenco de devociones, habida cuenta de la abundancia de fuentes que refieren el esplendor de su Casa y la frecuencia de entretenimientos y festejos con los que la Corte vivía, hace sospechar la voluntad de presentarla con una imagen religiosa un tanto artificial:

“Fue esta Serenísima Reyna devotísima del Santísimo Sacramento del altar, era tan grande el consuelo que tenía en asistirle muchas veces que diciendo a Su Magd. que por los grandes calores del verano se vajase al quarto vajo respondió que quería más passase un poco de comodidad que alejarse de la capilla donde esta el Santísimo Sacramento, y assí muchas veces al día se encerraba en la Capilla a hacer oración y en particular rezaba la oración del Santísimo Sacramento y esto siempre de rodillas y con tener una pierna mala y algo dolorosa no quería poner almohada; y lo mismo hacía siempre que se confesaba que era cada semana dos veces y recebía el Santísimo Sacramento. Era muy devota también de la Santísima Trinidad a quien rezaba una devotísima oración que sabía de memoria y todos los días rezaba a choros con una Dueña de honor el Rosario de Nuestra Señora y ordenó que el Príncipe con sus criados y la Señora Infanta con sus meninas y todas las damas juntas rezasen también a Choros el Rosario. La devoción y veneración que a la Reyna de los Ángeles M^a Madre de Dios y Señora nuestra tenía Su Magd. era tan grande que por respecto y reverencia suya todas las Vísperas y festividades de esta Divina y clementísima Señora mandaba recoger a todas las mujeres de mala vida a la casa del recogimiento de la Corte, porque en tales días no ofendiesen a la Mgd. Sagrada y allí hacía que las diesen de comer con regalo y buenas camas en que dormían. Todos los años el día de la Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Verbo Eterno daba de comer a nueve mugeres pobres, sirviéndolas Su Mgd. a la mesa y teniendo a su lado a la Señora Infanta la qual (desde que tuvo tres años) servía a una de las pobres (...). En la última

enfermedad tubo increíble paciencia y gran sujeción a lo que ordenaban y disponían los médicos. Todo esto dijeron y declararon los Reverendísimos Padres Fray Francisco Martínez frayle de la orden del fran Padre Santo Domingo confesor del Rey N. Sr. y fr. Francisco de Palma frayle de la Orden del Seraphico Padre S. Francisco Confesor de la misma Reyna varones ambos de mucha religión verdad y ciencia.

La lectura del texto nos presenta una reina en perfecta armonía con lo que se esperaba de una consorte en la monarquía de España, ejemplar en las devociones clásicas de la dinastía a la que se había incorporado por matrimonio y varias de las que la época consideraba como netamente femeninas, referidas a la Virgen. A todo ello se unía la directa mención a la formación de sus hijos, el príncipe Baltasar Carlos y la infanta doña María Teresa, en las mismas prácticas de piedad y caridad. Como broche final, la prueba testifical de una aceptación ejemplar de la enfermedad y muerte, que tuvo lugar en el Alcázar madrileño el jueves 6 de octubre de 1644 “entre las quatro y cinco de la tarde”.

Sus restos mortales llegaron a San Lorenzo dos días más tarde, pasadas las dos del mediodía, acompañados por el obispo de Barcelona, Garcí Gil Manrique, y el conde de la Puebla de Montalbán, que hicieron su entrega.

Las honras que se celebraron por la reina en la iglesia de san Jerónimo motivaron precisamente la adecuación del Cuarto Real del templo. Herencia de los reinados anteriores, el monasterio había quedado ya en el contexto del Palacio del Buen Retiro. Las modestas estancias a las que se había retirado Felipe II con ocasión de lutos regios, incluían un patinillo de forma trapezoidal, con un balcón desde el que se veía el altar mayor. La muerte de la consorte de Felipe IV motivó que se construyese una escalera que comunicaba directamente el Cuarto con la iglesia, como confirma Gómez de Mora, pues el discreto acceso disponible hacía que el monarca tuviese que acceder al templo, para ocupar su sitio, por detrás de los bancos de los grandes¹²⁸⁹. Con el fin de facilitar una entrada del monarca de manera ceremonial, propia de la majestad del rey, se habilitó una escalera, si bien quedaba anulado uno de los cinco altares laterales del lado del evangelio, como puede comprobarse en los planos aportados en el estudio de Blasco.

¹²⁸⁹ BLASCO ESQUIVIAS, Carmen: *El Palacio del Buen Retiro de Madrid. Un proyecto hacia el pasado*, Madrid, 2001, p. 78.

Si la muerte de su primera esposa supuso un motivo de tristeza personal e íntimo desgarró para Felipe IV, la del príncipe de Asturias don Baltasar Carlos fue, en opinión general, una de las más tristes frustraciones de su reinado. De manera paralela, como veremos, a la estructura que adoptaría la llave que un monje redactó diecinueve años después para su padre, un monje jerónimo no solo consignaría su filiación paterna y materna y su fecha de nacimiento, el 17 de octubre de 1629, sino un hecho fundamental en su existencia, su juramento como “Príncipe de Castilla y León”, el 21 de febrero de 1632, “en la capilla real del convento de S. Geronymo de Madrid”, obviando referencia a los juramentos posteriores en los reinos de Aragón y Navarra. La llave adquiere a continuación un tono literario para elogiar al finado:

“Allávase gozosa España con tal Príncipe, porque veía que con la edad crecía en el la magestad, afabilidad y grandeza que se requiere para que un Príncipe sea amable. En esta flor tierna y hermosa del Árbol de Austria, se prometía España sazonados frutos, y quando ya estaba segura con las esperanzas fue Dios Servido de que el cierzo de la muerte marchitase y secase toda su hermosura, con que España quedó tan triste que no se enjugase las lágrimas en muchos días (...), pero nuestro señor que save lo que más conviene se le quitó delante de los ojos en la mañana y aurora de su edad, para que (como ella) tributasse en lágrimas las alegrías que con el nacimiento de un nuevo sol tenía”¹²⁹⁰.

Que afecto por el heredero no faltaba en la comunidad monástica lo prueba que se aludiese, como se había hecho con el príncipe Manuel Filiberto de Saboya, al “sentimiento” que su muerte había generado, recordando que “decía muchas veces a su Padre que quando avían de venir a San Lorenzo. Y estando en Zaragoza pidió le llevasen las estampas, o diseño desta fábrica, donde significó deleitarse con la vista della”. El monje no olvidaba la situación política de España, pues mencionaba directamente la circunstancia por la que el tránsito principesco había acaecido en la ciudad del Ebro “donde asistía con Su Padre el Sr. D, Phelippe el 4º a las guerras del levantamiento y rebelión de Cataluña”.

Baltasar Carlos había sido jurado en Pamplona como heredero navarro el 3 de mayo de 1646¹²⁹¹. Posteriormente, el rey y su hijo se dirigieron a Zaragoza, donde tuvo lugar un aniversario de la muerte de la reina al que su hijo ya no pudo asistir, en cama

¹²⁹⁰ AGP, Lista..., Llave 36, *El Príncipe, D. Baltasar Carlos*.

¹²⁹¹ SERRANO MONFERRER, Alberto: “Imagen e iconografía en las exequias del príncipe Baltasar Carlos en Zaragoza en 1646”, *Imago. Revista de emblemática y cultura visual*, 5 (2013), p. 103.

desde el día anterior¹²⁹². Allí falleció a las nueve de la noche del martes 9 de octubre. Kamen afirma que murió de una pulmonía¹²⁹³. Aunque Junceda lo comparte¹²⁹⁴, Alonso de la Higuera, en su estudio específico sobre el ceremonial tras la muerte del heredero, más reciente, sigue acogiendo el término viruelas¹²⁹⁵. El primer heredero varón que tuvo el monarca se puso enfermo en Zaragoza el día anterior al segundo aniversario de la muerte de su madre, y permaneció moribundo en el lecho durante cuatro días. A pesar de una infancia sana y su afición por la equitación y la caza, falleció apenas cumplidos diecisiete años. La autora menciona la posibilidad, recogida en 1655 por el viajero francés Antoine de Brunel, de que Baltasar Carlos hubiera fallecido como consecuencia de una enfermedad de transmisión sexual. Aquél habría recogido el rumor por el cual Pedro de Aragón, cuñado de don Luis de Haro, habría proporcionado al joven la compañía de una meretriz. Confesado el hecho a Felipe IV, el rey habría condenado al destierro al personaje, en el que permaneció hasta 1659. Nuestro acuerdo es completo con las dos conclusiones que establece el estudio: por un lado, si hubiera sido ese el motivo, no podía admitirse públicamente que el príncipe había heredado las debilidades de su padre; por otro, hacerlo hubiera supuesto, en la España del siglo XVII, que la muerte del primero en la sucesión al trono era un castigo divino a la monarquía.

En el lado del Evangelio del altar mayor de la Seo en la que había sido jurado como heredero de los reinos de Aragón, el 20 de agosto del año anterior, una inscripción en una lápida en su honor¹²⁹⁶:

HEV CEDICIT SPES VNA TVIS HISPANIA REGNIS
 BALTHASAR CAROLVS COR LAPIS ISTE TEGIT
 OH! FALLOR, SPOLIA HAEC MORS INGENIOSA RELINQVIS
 AVGASTAE AEBORNOS OMINOR INDE DIES
 ACCVBAT VRBS CORDI LACRIMIS AVGVSTA LEAENA
 QVEIS VITAM PROLI FOENERAT ORE LEO.
 ASTRA BEANT ANIMVM CORPVS CASTELLA, AT IBERVS
 COR, VITAE IMPERIVM SALDVBA, ET AETHER HABENT,

¹²⁹² IZQUIERDO HERNÁNDEZ, Manuel: *Bosquejo histórico del Príncipe Baltasar Carlos*, Madrid, 1968, p. 98.

¹²⁹³ KAMEN, Henry: "Baltasar Carlos: el problema de la sucesión en la monarquía de los Austrias", en Velázquez, Barcelona, 1999, p. 244.

¹²⁹⁴ JUNCEDA AVELLO, Enrique: *Ginecología y vida íntima de las reinas de España*, Madrid, 2001, vol. I, p. 183.

¹²⁹⁵ ALONSO DE LA HIGUERA, Gloria: "El ceremonial de la muerte en la Monarquía Hispánica. El Príncipe Don Baltasar Carlos de Austria (1629-1646)" en SERRANO MARTIN, Eliseo (coord.): *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de jóvenes investigadores en Historia Moderna*, Zaragoza, 2013, p. 591.

¹²⁹⁶ BNE, *Relación del juramento que hizo el príncipe N.S.N.N.*, Manuscrito 2377, Fol. 94.

OBIIT OCTOBRIS 9 DIE 1646, AETATI SVAE 17
CVI MONVMENTVM EXTRVXIT DOLOR, INSCRIPT AMOR
METROPOLITANAE, SEDIS.

En realidad, lo que se depositó fueron sus vísceras, retiradas antes de ser embalsamado, pues su cuerpo salió hacia Madrid y su corazón se depositaría en el monasterio de santo Domingo, junto al Alcázar. Lo más significativo en torno a su sepelio fue, a nuestro entender, que “hasta el día 16 se le hicieron muchos sufragios, missas, etc, y aquella noche lo llevaron al Escorial y lo llevó y acompañó el señor arzobispo a su costa” (subrayado en el original)¹²⁹⁷. Es decir, el arzobispo de Zaragoza, Juan Cebrián, pagó el viaje, el desplazamiento, la comitiva. Tal era la situación del erario de la Casa del Rey.

El féretro, refiere el obituario jerónimo, llegó a san Lorenzo a las nueve de la mañana del sábado 28 de octubre, haciendo la entrega Gonzalo Fajardo, conde de Castro y mayordomo del rey, y celebrando misa de réquiem el cardenal Moscoso, arzobispo de Toledo.

Felipe IV contraería matrimonio en 1649 con quien había sido prometida de su hijo, Mariana de Austria, y volvería a tener descendencia y lutos. El 7 de diciembre de 1655, su segunda consorte dio a luz una infanta, María Ambrosía, que vivió trece días. La llave que recoge su depósito en san Lorenzo es probablemente la más singular del obituario jerónimo. Si duda la de grafía más difícil –incluye palabras que cuya transcripción nos ha sido imposible-, su redacción constituye en sí una serie, correspondiente a un único amanuense, que rompió la estructura formal que en las 36 anteriores había tenido en documento, incluso en las de mayor extensión. No nos referimos al estilo literario del texto, cuya redacción se había elevado, según hemos visto en el mismo reinado, en registros como los correspondientes a otros infantes malogrados, si bien en este caso, resultaba artificioso que a quien sólo había vivido trece días se dedicara tan largo elogio:

“Esta Perla (Llamémosla así) o Margarita preciosa hija del gran Monarcha Philippo quarto el grande y segunda de la Reyna nuestra Sra. D. Mariana de Austria apenas se consteló en la preciosa concha de la Imperial Cassa de Austria quando se la llebó Dios a su gloria para ponerle entre las piedras preciosas y edificio de aquella Hierusalem Bienaventurada (dichosa la

¹²⁹⁷ APSZ, Los Cinco Libros, t. III, p. 678., cit. en MAISO GONZÁLEZ, Jesús: “Baltasar Carlos y Zaragoza”, *Cuadernos de Investigación Geografía e Historia*, 2 (1975), p. 99.

visión de esto significa Hierusalem) adonde no pude entrar ninguno no sea primer devastado de lo tosco de sus culpas con el martillo de la zeniza o con el pulimiento de la ynocencia que a la punta deste diamante se labran los corazones maduros; esta pues cordera inocente sabiendo por revelaciones divinas sus altos y divinos juicios como nos lo enseña el messmo Dios (...)”¹²⁹⁸.

El comienzo era prometedor porque, a continuación, se incluye un discurso sobre la muerte en el que convivían simbología y teología cristianas, con el mayor número de citas en latín contenidas en las llaves, mencionando incluso a sus autores. Al abordar el análisis de la llave por primera vez, nos preguntamos si el jerónimo se habría propuesto modificar la perspectiva del registro, aportando la originalidad de ciertas notas cabalísticas:

“nació a siete del mes de diciembre año 1655 a las siete de la mañana víspera de la concepción de ntra. Sra., número misterioso el séptimo en las Sagradas Letras, quizá para enseñarnos que desde el instante que nacemos caminamos para descansar en la vida eterna trabajando (sin descuido) todo el tiempo que duraremos en esta mortal; pues después de aver trabajado el summo Hacedor de cielo y tierra en la creación del mundo que trabajó, podemos decir que le costó el criar al Hombre, pues le costó cuidado (como siente Tertuliano); descansó al séptimo día *requievit ab opere quod patrarat* ya sea para advertirnos que la mayor corona sin pelea como dice el Apóstol *Nemo Atheleta sine labore coronat*; ya porque los vivientes racionales que se criaron en el quarto día entendiesen que el descanso no ha de ser en esta vido en la eterna por que en esta no ay más de batalla como dice Job; *militia est vita Homins sub terra*, y que apenas nacen quando apenas mueren pues mueren para nacer y nacen para morir; así sucedió con esta hermosa flor el fruto de la Cassa de Austria (...)”.

Como primera conclusión, podemos establecer que el monje a quien se encargó la redacción contaba con conocimientos de filosofía y teología. El tratamiento cabalístico del número 7, día del mes de nacimiento de la infanta, lo asociamos a ideas esotéricas que pudieron estar presentes en las primeras décadas tras la construcción del monasterio escurialense, que es mezclado con la idea de esfuerzo divino en la creación del hombre en Tertuliano¹²⁹⁹, el fundamento del descanso de Dios al séptimo día que recoge la cita de santo Tomás¹³⁰⁰, el proverbio latino que es en realidad una velada

¹²⁹⁸ AGP, Lista..., Llave 37, *La Infanta Doña María Ambrossía*.

¹²⁹⁹ Quinto Septimio Florente Tertuliano nació en Cartago hacia el año 160, donde vivió y moriría a principios del siglo III. Padre de la iglesia, es junto a Orígenes el único no canonizado.

¹³⁰⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Summa Theologicae*, Prima Pars, Quaestio LXXII.

alusión a la metáfora paulina de la vida terrena como carrera hacia la eterna¹³⁰¹ o la directa mención al libro de Job. Hubo de ser, necesariamente, un religioso con años de formación, probablemente profesor en el seminario y colegio. Redactó el texto en honor a la infanta y muy probablemente, dado que el obituario no estaba concebido como libro para recoger consideraciones espirituales de tal densidad teológica, fue reemplazado en su función por el mismo prior que recibió en el pórtico los restos mortales de la infanta, fray Francisco de Vega, al comprobar que no había entendido su cometido.

Los dos últimos hijos del monarca depositados en la bóveda intermedia fueron dos niños malogrados, Fernando Pascual y Felipe Próspero. Aunque su nacimiento supuso la confirmación de la fecundidad de doña Mariana, capaz de proporcionar herederos varones a la monarquía, y esperanza en el ocaso del reinado, el primero no llegó a cumplir dos años, y el segundo murió dos meses antes de cumplir cuatro.

El príncipe don Felipe Próspero vino al mundo en el Alcázar el 28 de noviembre de 1657, como recoge el cuaderno, “causando en estos Reynos un general consuelo y alegría y desterrando la tristeza que todos tenían por la muerte del príncipe D. Baltasar”. El segundo nombre que se le impuso confundió deseo con esperanza¹³⁰². Fue tal la obsesión por su salud, como muestra incluso el retrato que le haría Velázquez¹³⁰³, que fueron movilizadas 21 amas de cría en su cuidado, a diferencia de excepciones como las infantas Catalina Micaela, hija de Felipe II, y María Teresa, hija de Felipe V, que únicamente precisaron una, algo insólito en sus respectivas épocas¹³⁰⁴.

De nuevo el obituario jerónimo nos informa del nacimiento de otro varón, que proporcionó temporal tranquilidad y confianza en la sucesión. El parto del infante don Fernando Pascual también tuvo lugar en el Alcázar, a las seis de la madrugada del 21 de diciembre de 1658. Era el cuatro hijo, segundo varón, de Felipe IV y Mariana de Austria. Sin embargo, en una de las llaves más cortas de la fuente, se informa a continuación que “Pasó de esta presente vida a 23 de octubre del año de 1659, dejando a todos estos reynos con gran sentimiento”¹³⁰⁵.

¹³⁰¹ SAN PABLO: *II Carta a Timoteo*, Cap. 7, 2.

¹³⁰² Vid. CLARE, Lucien: “Un nacimiento principesco en el Madrid de los Austrias (1657): esbozo de una bibliografía”, en CÁTEDRA GARCÍA, Pedro Manuel, LÓPEZ-VIDRIERO ABELLO, María Luisa (coords): *El libro antiguo español. Actas del Primer Coloquio Internacional*, Salamanca, 1988, pp. 119-137.

¹³⁰³ HORCAJO PALOMERO, Natalia: “Amuletos y talismanes en el retrato del Príncipe Felipe Próspero de Velázquez”, *Archivo español de arte*, 288 (1999), pp. 521-530.

¹³⁰⁴ CORTÉS ECHANOVE, Luis: *Nacimiento y crianza...*, Madrid, 1958, p. 116. A diferencia, como subraya el autor, de las infantas Catalina Micaela, hija de Felipe II, y María Teresa, hija de Felipe V, que únicamente precisaron una mujer para su crianza, algo insólito en sus respectivas épocas.

¹³⁰⁵ AGP, *Lista...*, Llave 38, *Infante Don Fernando*.

A pesar de llegar a ser jurado como heredero, Felipe Próspero murió “porque ns. Sr. se sirvió antes que llegase a conocer y tocar los deleites de este caduco mundo de llevársele para sí antes de cumplir los quatro años de su edad dándole en cambio una vida llena y un reyno pacífico”, en expresión del monje amanuense, que recogió aquella nueva frustración¹³⁰⁶. Era el 1 de noviembre de 1661. Cuatro días después nacía el futuro Carlos II.

Correspondió a Felipe IV la primera disposición en el Panteón regio de los restos reales procedentes de las denominadas bóvedas intermedias. Aunque en reinados posteriores algunos monarcas tuvieron que decidir ante situaciones confusas, como consortes de matrimonios sucesivos o el caso de un soberano consorte varón, el criterio general del penúltimo Austria español fue respetada. Cuatro días antes de la ceremonia de inauguración y bendición del nuevo espacio mortuario, Felipe IV dirigió una instrucción al Prior del Monasterio indicándole una suerte de normas protocolarias para la colocación ordenada de sus mayores y descendientes en los encasamientos. Básicamente, el monarca distribuyó a derecha e izquierda y desde arriba hacia abajo a los soberanos, asociando al cada uno, al otro lado de la bóveda en el mismo nicho, a su consorte. En el caso de su abuelo, Felipe II, decidió que fuera Ana de Austria, la cuarta de sus esposas, la que acompañara al fundador de San Lorenzo, por haber sido ésta la madre de su sucesor, Felipe III. Quedaría así una norma establecida que afectaría también al propio Felipe IV y a su hijo Carlos II.

Pero no solo tocaba decidir sobre el destino de restos de monarcas que habían regido los reinos hispánicos, sino de otras soberanas y decenas de infantes. Para ello, quedó dispuesto que se ordenasen en la cámara izquierda, situada antes de acceder al mausoleo real, enfrente de lo que fue desde entonces y hasta la actualidad el pudridero de reyes. La mejor descripción del espacio sepulcral que hemos hallado corresponde al Duque de Maura, que en su biografía de María Luisa de Orleáns, segunda consorte de Carlos II, describe la sala de forma notablemente crítica, citando un texto de Rotondo fechado en 1863:

“Se ve una sala de treinta y seis pies de largo por dieciséis de ancho, con otro tanto de altura hasta la clave de la bóveda. Está destinada a recibir en depósito los restos mortales de las reinas sin sucesión, de los príncipes y de los infantes. En el extremo de la sala hay una salida donde existe una escalera de caracol, en piedra de gres, estrecha e incómoda, que sirve para subir a una pieza

¹³⁰⁶ AGP, *Lista...*, Llave 39, *El Príncipe D. Phelippe Próspero*.

semejante a la de abajo, pero de forma irregular, con una especie de estantes de pino pintado; el color de los muros imita al mármol. Contrafuertes de mármol del mismo color lo dividen en tres órdenes de nichos, unos sobre otros; los contrafuertes tienen basas y capiteles dorados, apoyándose sobre un zócalo de dos pies y están coronados por una imposta”¹³⁰⁷.

En todo caso, se trataba de una instalación provisional, cuya descripción nos da sólidos indicios de cómo quedaron dispuestas las cámaras intermedias a lo largo del siglo XVII, centuria tras la que no tenemos noticias de cambios significativos. Así estuvieron los restos de reinas que no fueron a panteón de reyes e infantes hasta finales del siglo XIX, cuando se construyó un panteón específico, impulsado por Isabel II, para aquellos que no tuvieron cabida en el real¹³⁰⁸.

El estudio de los lutos filipinos del segundo tercio del siglo XVII incluye la valoración y análisis de un interesante enigma histórico. Cuando esta doble cámara estaba ya, teóricamente, vacía de restos mortales, por haberse conducido a finales del siglo anterior al nuevo panteón de reinas e infantes, con su correspondiente pudridero, el 3 de noviembre de 1953, el administrador del Patronato de San Lorenzo de El Escorial dirigió un oficio al consejero delegado del Consejo de Administración de Patrimonio Nacional, en el que le daba cuenta del descubrimiento, durante una revisión e inventario del antiguo panteón de infantes (que era el antiguo coro del panteón, denominado cámara alta), de un pequeño ataúd que contenía una caja metálica de reducidas dimensiones, con los restos de un niño¹³⁰⁹. El médico de Patrimonio había dictaminado que se trataba de alguien muerto al nacer o a las pocas horas, de sexo indeterminado. Por las características se dictaminó que correspondía al siglo XVII, y provisionalmente se depositó en el pudridero de reyes, “por ser local de mejor luz y condiciones de seguridad”. El consejero delegado contestó diez días después por escrito, ordenando que

¹³⁰⁷ MAURA: *op. cit.*, p. 248.

¹³⁰⁸ Rotondo, como recoge Maura, añadía un juicio valorativo de importancia singular: “Este local sin luz ni ventilación es morada no solamente pobre, sino poco decente y digna de conservar los restos de tan augustas personas, Es la única disonancia en El Escorial; lo único que no corresponde a la magnificencia del conjunto. La Reina Isabel II ha ordenado comenzar la construcción de un nuevo Panteón de Infantes, precisamente bajo la sacristía y salas capitulares. El sitio no puede estar mejor elegido; la obra, presupuestada en cinco millones, debe ser digna y suntuosa. Se calcula que los trabajos durarán cinco años”.

¹³⁰⁹ “El féretro es de forma de arqueta, de 67 cms. de longitud por 37 cms. de alto en la cabecera y 28,5 cms. de ancho, 33 cms. de aquella y 16 cms. En el pie; está forrado de terciopelo encarnado; no tiene nombre, número, inscripción ni señal que permita una identificación”. AGP, *Patrimonios*, El Escorial, Monasterio, Caja 2735, Expte. 28, *Descubrimiento en la Cámara alta del antiguo Panteón de Infantes de una caja de madera con restos humanos de un niño, al parecer del siglo XVII*.

se colocasen en los panteones, en el lugar que se considerase, sin que hayamos podido comprobar cual fue su destino final.

Con los datos disponibles podemos reflexionar sobre la posible identidad de los restos. Es difícil precisar quién pudo ser el niño, al que creemos con derecho a ser infante por procedencia genealógica y destino sepulcral. La presencia de dos arquetas más con similares características, como indica el oficio al que hacemos referencia, proporciona indicios de que hubo más casos. Ante la escasez de datos disponibles, nos inclinamos a pensar que fue un recién nacido ya muerto en el interior del seno materno, no individualizado en el obituario jerónimo. Podría tratarse de una excepción, pero por lo general, si una reina o infanta daba a luz a un hijo muerto no se le llegaba a dar nombre ni pasaba con él a ser registrado entre los miembros de la real familia. La conducción al Monasterio denota que al menos el parto comenzó con el niño vivo, aunque su rápida muerte impidió que recibiera un nombre.

Quizá podría aportar luz la data cronológica. El féretro fue descubierto en el coro alto, habiendo pasado desapercibido durante décadas. La apariencia externa del siglo XVII nos obliga a descartar los tres abortos de Isabel de Valois, mellizos de tres meses de gestación en 1564 y la niña de cinco meses el 3 de octubre de 1568 que algunos autores consideran no llegó a nacer con vida¹³¹⁰, o el único aborto de Ana de Austria, en mayo de 1579. Desde esa fecha hasta el los primeros embarazos de Margarita de Austria todos los niños regios fallecidos en la infancia están perfectamente identificados. Sabemos que esta última soberana tuvo un aborto en septiembre de 1603, aproximadamente de dos meses:

“(…) la sospecha del preñado de la Reina pasa adelante, y se espera la segunda tarda, que será dentro de cinco o seis días, para confirmarse del todo (...); pero sucedió que se hizo a los 10 del pasado el desposorio y sarao del Adelantado con la condesa de Cifuentes, en el cual salió a danzar la Reina, y de este ejercicio se tuvo la sospecha que había resultado el quebrar la sangre al segundo día; lo cual se continuó hasta los 17 del mismo que vino a malparir, y según la relación de los médicos fue de hija...”¹³¹¹.

¹³¹⁰ YANKO, Aroni: *Doña Juana de Austria, una mujer en la sombra*, Madrid, 1994, p. 196. La autora afirma que la niña murió una hora y media después de nacer (su madre fallecería al día siguiente), y que sus restos fueron introducidos junto a los de la tercera consorte de Felipe II en el ataúd negro que se condujo a la Iglesia del Monasterio de las Descalzas. El dato nos inclina a descartar también a esta niña, pues no tendría mucho sentido que se le destinara una caja individualizada y ésta quedase apartada durante casi tres siglos.

¹³¹¹ CABRERA: *op. cit.*, p. 190. El suceso tuvo lugar en una finca privada del duque de Albuquerque cercana a Valladolid.

Los datos presentados nos hacen pensar que pudo tratarse de un hijo malogrado de Felipe IV y su primera consorte, Isabel de Borbón. Cortés Echanove habla de un aborto sufrido por la soberana el 3 de noviembre de 1626¹³¹². Aunque no cita fuente, el feto se gestaría entre dos embarazos culminados en noviembre de 1625, exactamente un año antes, y el 30 de octubre de 1627, fecha en que vino al mundo una infanta prematura, Isabel María Teresa, lo que en la historia obstétrica de la reina pudo dar lugar al nacimiento y repentino óbito de un infante que se malograra tan rápido que no diera tiempo más que a la administración del agua de socorro. En todo caso, 1953 no es la primera ocasión en que se realizó inventario en los primitivos Panteones de Reinas e Infantes. Ya el 27 de noviembre de 1896 se había solicitado permiso al marqués de Borja, entonces Intendente General de la Real Casa y Patrimonio de la Corona, para quemar sesenta cajas vacías que habían sido ocupadas por personas reales! En esta ocasión al menos se afirmaba:

“No quiero quemarlas en el bosquecillo, como se ha hecho otras veces, sin obtener la venia de usted. De alguna que otra se puede sacar algún galón, que daré a las monjas, por si pueden aprovecharlo en la compostura de ropas. Advierto a V. que la de Alfonso XII se conservará por si se necesita cuando se haga la traslación de sus restos al panteón”¹³¹³.

Que se hiciera referencia a “cómo se ha hecho otras veces” supone una catástrofe en cuanto a la historia de los textiles en el marco de la mentalidad ante mortem. No hemos podido comprobar referencias verbales difusas de que finalmente, bien entrado el siglo XX, la mayoría de las cajas conservadas fueron quemadas, ni si quedaron en conservación suficientes trozos de madera o tela y vestigios fotográficos para posible investigación de costumbres funerarias. La aparición en un diario de tirada nacional de una fotografía de finales de los años 90 del Coro Bajo (que formó también parte del primitivo Panteón de Reinas e Infantes hasta la construcción del nuevo a finales del siglo XIX), en la que puede observarse en perspectiva que solo permanecen

¹³¹² CORTÉS ECHANOVE: *Nacimiento y crianza...*, p. 54. El autor aporta el dato en perfecta coherencia cronológica con el resto de hijos malogrados en la infancia de Felipe IV e Isabel de Borbón.

¹³¹³ AGP, Patrimonios, El Escorial, Monasterio, Caja 16227, Expte. 25, *Carta de Víctor Villar, superior de los Agustinos de El Escorial, al Marqués de Borja, 27 de noviembre de 1896*. La respuesta, datada el 5 de diciembre del mismo año, fue diplomática pero clara: “si los ataúdes a los que usted se refiere no estorban demasiado en el antiguo panteón, creo que lo mejor será dejarlos donde y como se encuentran. De otro modo, nos exponemos a ser tachados de irrespetuosos, poco [ilegible] o de cualquier otra lindeza por el estilo”.

unas pocas cajas identificadas de las últimas generaciones de la Familia Real nos hace ser pesimistas en esta materia.

Ha de tenerse en cuenta que fue en 1664, un año antes de su muerte, cuando Felipe IV ordenó al prior del monasterio habilitar el pudridero situado junto al panteón real definitivo, al que se accede por la puerta izquierda según se sale del mismo, tras subir el primer tramo de su escalera. El objetivo era evitar olor en la cripta regia:

“En los entierros que hasta ahora se han hecho en esa casa la entrega de los cuerpos suele ser en la antesacristía, la cual, de aquí en adelante, se hará en el mismo panteón; y allí fenecerá todo el oficio, según el ceremonial, haciendo cuenta que aquel cuerpo queda ya en su sepulcro. Pero después, a vuestras solas (supuesto que es forzoso que el olor del cadáver embarace a los que entran en aquel sitio), le pondréis en alguna parte reservada de aquellas bóvedas que están dentro de la primera puerta, hasta que no ofenda; y entonces, se pasará, reservadamente, a la urna que le tocare”.

La decisión del monarca supone una redefinición de aspectos importantes del ceremonial: aunque se tratara de un reducido grupo de acompañantes, el féretro bajaría al panteón, donde volvería a tener lugar una entrega de los restos, que jurídicamente se ha producido en el zaguán del monasterio. La importancia de esta segunda entrega es lo que podríamos denominar una ficción jurídica de la realización de la sepultura, pues es féretro no es depositado en ese acto en el interior de una de las veintiséis urnas que le corresponden –en el caso de ser monarca o consorte–, sino que, tras la nueva ceremonia, queda en la cripta octogonal a la espera de ser depositado de nuevo en el pudridero. La técnica posterior para la reducción de los restos será realizar un número conveniente de agujeros en el mismo y la colocación en un nicho provisional en contacto con planchas de cal que facilitan la reducción de los restos.

Con el entierro del propio soberano, en 1665, se pondrían en práctica sus propias disposiciones, lo que correspondería cronológicamente al reinado de su sucesor.

Tercera parte

**LA APORTACIÓN DEL CEREMONIAL FUNERARIO
A LA IMAGEN DINÁSTICA**

Capítulo 9

LA CONDUCCIÓN DE RESTOS MORTALES A EL ESCORIAL, RITO Y CEREMONIA RELIGIOSA EN LA CORTE

Abordar el ceremonial funerario seguido en el traslado de los restos mortales y sepelio regio exige tener en cuenta que este se desarrolla en un espacio conceptual, la Corte, noción que debemos acotar para su mejor uso en el marco del presente trabajo. Las Partidas la definieron como “lugar do es el Rey y sus vasallos, e sus Oficiales con el, que le han cotidianamente de aconsejar e de servir”¹³¹⁴. En la monarquía de España, la noción habrá de ser entendida en el contexto de las estructuras creadas para articular los reinos que aglutinaba durante la Edad Moderna, acumulados o perdidos por creación, herencia, agregación o conquista. Como estima Martínez Millán, tres elementos esenciales componían tal forma de configuración político-administrativa¹³¹⁵. Por un lado, la casa real, como pieza o medio originaria que proporcionaba imagen ceremonial al monarca y su familia. En segundo lugar, los Consejos y Tribunales, instrumentos de relaciones con otras instancias de poder. Finalmente, los cortesanos, dotados de especial estatus y conducta para el cumplimiento de sus fines. Será el primero de esos tres elementos al que habremos de aludir esencialmente. Para ello, nos detendremos inicialmente en un amplio contexto sobre su evolución historiográfica, sin dejar de atender en lo necesario los otros dos pilares que configuran la esencial estructura de la monarquía. A partir de ello nos adentraremos en la formación escrita de la etiqueta funeraria regia, que culmina, como veremos, en lo contemplado para los sepelios en las etiquetas de 1651, preguntándonos hasta que punto su texto abarca toda la casuística de los entierros en sus elementos materiales y qué otras fuentes con carga vinculante fueron aplicadas en los depósitos en las cámaras escurialenses.

A continuación nos centraremos en el análisis de las primeras décadas de la aplicación de ese mismo ceremonial elevado a texto normativo, una etapa que abarca en lo funerario el reinado de último Austria, Carlos II.

¹³¹⁴ Segunda Partida, Título XI, Ley XXVII.

¹³¹⁵ MARTÍNEZ MILLÁN, José: “La corte de la monarquía hispánica”, *Studia historica. Historia moderna*, 28 (2006), p. 17.

9.1. Aproximación historiográfica a la Corte como espacio ceremonial.

Si bien en España contamos con el notable antecedente de Rodríguez Villa a comienzos del siglo XX y, pocas décadas más tarde, también en torno a la estructura y dinámica de la Corte¹³¹⁶, de Válgoma¹³¹⁷, la obra de Elías “La sociedad cortesana” ha sido considerada como punto de arranque de la publicación de análisis centrados en esa realidad como microcosmos y centro de poder en la Edad Moderna¹³¹⁸. Su perspectiva sociológica amplió una visión estrictamente cronológica de la monarquía, bien lejos de las perspectivas del palacio y lo cortesano como entorno superficial, por fin contemplado como realidad poseedora de elementos políticos y sociales que configuraron una Europa articulada en reinos. Aunque el historiador recibió críticas razonadas de autores como Gordon¹³¹⁹ o Le Roy Ladurie¹³²⁰, su mérito reside, entre otros aspectos, como ha destacado Vázquez Gestal, en haber explicado como la evolución de la Corte habría permitido a las propias dinastías gestionar tanto *potestas* como *auctoritas*¹³²¹. El análisis de un documentado equilibrio poder-autoridad no fue un hallazgo menor cuando se le había negado toda potencialidad generadora de actividad social y política. Hubo de reconocerse que había desempeñado un papel protagonista durante el Antiguo Régimen, entendida como Real Casa, como centro político y de poder. A partir de entonces, el historiador no podía acercarse a ella como mera institución, sede física de la monarquía, sino como entorno en el que se ejercían acciones de gobierno, actividades relevantes que modificaban la realidad social. Así lo subrayó, también tempranamente, el británico Elton, que centró su estudio en las dinastías Tudor y Estuardo y señaló la necesidad de individualizar la Corte como motor fundamental en la administración de la monarquía¹³²².

¹³¹⁶ RODRÍGUEZ VILLA, Antonio: *Etiquetas de la Casa de Austria*, Madrid, 1913.

¹³¹⁷ VÁLGOMA Y DÍAZ-VARELA, Dalmiro de la: *Norma y ceremonia de las reinas de la Casa de Austria, discurso leído por el autor en su recepción solemne como académico de la Real de la Historia el 14 de diciembre de 1958*, Madrid, 1958.

¹³¹⁸ ELÍAS, Norbert: *Die höfische Gesellschaft*, 1969: *La sociedad cortesana*, México, 1982.

¹³¹⁹ GORDON, Daniel: *Citizens without Sovereignty. Equality and Sociability in French Thought, 1670-1789*, Princeton, 1994.

¹³²⁰ LE ROY LADURIE, Emmanuel: “Appendix One: On Norbert Elias”, en *Saint-Simon, and the Court of Louis XIV*, Chicago-Londres, 2001, pp. 349-354; “Auprès du roi, la Cour”, *Annales ESC*, 38 (1983), pp. 21-41.

¹³²¹ VÁZQUEZ GESTAL, Pablo: *Una nueva majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)*, Madrid, 2013.

¹³²² El autor sistematiza el estudio de la Corte junto a otras dos grandes instituciones británicas de la Edad Moderna, el Parlamento y el Consejo. ELTON, Geoffrey Rudolph: “Tudor Government: The Points of Contact. Part III: The Court”, en *Transactions of the Royal Historical Society. 5th series*, vol. XXVI, Cambridge, 1976, pp. 211-228.

Recuerda Gómez-Centurión que el tratamiento de la corte como mera referencia física de residencia del monarca y la real familia, excepto en su vertiente artística, se debió a paradigmas y prejuicios decimonónicos, habiendo constituido un tabú en la historia política de la Edad Moderna¹³²³. Ya Cánovas la había categorizado como sede de corrupción y vicios¹³²⁴. Autores liberales la convirtieron en un abundante catálogo de pecados cortesanos, entre los que, subraya Oliván, extranjería, para las soberanas consortes, fue uno no menor que dificultó su integración en cualquier fidedigna imagen dinástica¹³²⁵.

Sorprende comprobar que más de un siglo después no pocos historiadores seguían presos de tópicos sobre la supuesta poca inteligencia de los varones soberanos y la inmoralidad y capricho de sus consortes en el siglo XVIII. Naturalmente, muchos de ellos se centran en la publicística prerrevolucionaria francesa, como Burrows¹³²⁶ o Graham¹³²⁷ o, en el siempre paradigmático caso del Versalles de Luis XVI y María Antonieta, Thomas¹³²⁸. Una de las consecuencias fue un déficit en el desarrollo cuantitativo de los estudios sobre la mujer en palacio. A pesar ello, contamos con la especial atención al papel femenino en la Corte que han dedicado historiadores como Bennassar, con un estudio específico a las soberanas, reinas consortes, princesas e infantas europeas en la Edad Moderna¹³²⁹; Simón¹³³⁰ o López-Cordón, sobre la vida femenina en los reales sitios¹³³¹. Aquellos arquetipos de mujer tuvieron su correspondencia en una formidable huella en el arte renacentista y barroco, que fue analizada entre otros por Dixon¹³³² y en los reinados de Felipe II y Felipe III, por Kusche, que pone en valor la importancia clave de la imagen de la consorte en la Corte

¹³²³ GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos: “Monarquía y Corte en la España Moderna. Introducción”, *Cuadernos de Historia Moderna, Anejos*, 2 (2003), p. 5.

¹³²⁴ CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio: *Historia de la decadencia de España, desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II*, Madrid, 1910 (1º ed. 1854); *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*, Madrid, 1911 (1º ed. 1869).

¹³²⁵ OLIVÁN SANTALIESTRA, Laura: *Mariana de Austria: Imagen, poder y diplomacia de una reina cortesana*, Madrid, 2006.

¹³²⁶ BURROWS, Simon: *Blackmail, Scandal and Revolution. London's French Libellistes, 1758-92*, Manchester, 2006.

¹³²⁷ GRAHAM, Lisa Jane: *If the King only Knew. Seditious Speech in the Reign of Luis XV*, Charlottesville (Virginia), 2000.

¹³²⁸ THOMAS, Chantal: *La Reine scélérate. Marie-Antoinette dans les pamphlets*, París, 1989.

¹³²⁹ BENNASSAR, Bartolomé: *Le lit, le pouvoir et la mort. Reines et princesses d'Europe de la Renaissance aux Lumières*, París, 2006.

¹³³⁰ SIMÓN PALMER, María del Carmen: “Notas sobre la vida de las mujeres en el Real Alcázar”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 19 (1997), pp. 21-37.

¹³³¹ LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria: “Entre damas anda el juego: las camareras mayores en Palacio en la edad moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 2 (2003), pp. 123-152.

¹³³² DIXON, Annette (ed.): *Women who Ruled. Queen, Goddesses, Amazons, in Renaissance and Baroque Art*, Michigan, 2002.

de los Austria¹³³³. Precisar un papel que atravesaba los límites de lo representativo fue objetivo de las obras de Pérez Samper, que también aborda la influencia femenina de las esposas de monarcas en la Edad Moderna mediante perfiles biográficos¹³³⁴. Campbell-Orr, con estudios en torno a las consortes británicas y su entorno en la Corte de San Jaime¹³³⁵; Cosandey, dedicado a las consortes en Francia¹³³⁶ y Keller sobre el mundo femenino en la Corte de la Viena del XVII son ejemplos de cómo proporcionar un amplio panorama del mundo cortesano femenino¹³³⁷.

La renovación de la historia política en los setenta, con el sugestivo influjo de ciencias como la sociología, dieron cabida en los estudios al acercamiento a realidades como el poder informal y a los fenómenos como el clientelismo y el patronazgo, ampliando perspectivas a los modernistas europeos. Así lo aprovecharon Burkolter-Trachsel¹³³⁸, Legg¹³³⁹ o Schmidt¹³⁴⁰. Nociones como política, patronazgo y realeza y el juego de sus interrelaciones serían desbrozadas por Dickens¹³⁴¹, mientras Oestreich propendría entender la génesis social del absolutismo desde los patrones de conducta en la Corte, donde la contención de instintos y el autocontrol caracterizaban las estrategias de esas renovadas fórmulas de matizado vasallaje¹³⁴². Porque la antropología también fue convocada. Y contribuyó, de la mano de la historia cultural, con una amplia visión del hombre en palacio desde lo clásico, como fue el estudio de “El cortesano”, de Castiglione, por parte de Mozzarelli, que lo analiza para penetrar en la educación del príncipe a través de las implicaciones sociales y políticas de renovadas estrategias que la Edad Moderna mantuvo vivas: prudencia, gracia, disimulación, liberalidad, amistad... que son también valores y, considerados como tales, configuraron durante siglos la

¹³³³ KUSCHE, María: “Vivir para representar a la corona. Las damas reales bajo el reinado de Felipe II y Felipe III”, en POTTHAS, B., BOSSE, M., STOLL, A.: *La creatividad femenina en el mundo barroco hispánico*, Kassel, 1999.

¹³³⁴ PÉREZ SAMPER, María Ángeles: “La figura de la reina en la monarquía española de la Edad Moderna: Poder, símbolo y ceremonia”, en *La Reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica. Fundación Española de Historia Moderna. VII Reunión científica*, Madrid, 2005, pp. 275-307.

¹³³⁵ CAMPBELL-ORR, Clarissa: *Queenship in Britain, 1660-1837: Royal Patronage, Court Culture, and Dynastic Politics*, Manchester, 2002; *Queenship in Europe 1660-1815: The Role of the Consort*, Cambridge, 2004.

¹³³⁶ COSANDEY, Fanny: *La reine de France. Symbole et pouvoir. XV^e-XVIII^e siècle*, París, 2000.

¹³³⁷ KELLER, Katrin: *Hofdamen. Amtsträgerinnen im Wiener Hofstaat des 17. Jahrhunderts*, Viena, 2005.

¹³³⁸ BURKOLTER-TRACHSEL, Verena: *The patronage system. Theoretical remarks*, Basel, 1976.

¹³³⁹ LEGG, Keith: *Patrons, clients and politicians. New perspectives on Political Clientelism*, Berkeley, 1975.

¹³⁴⁰ SCHMIDT, Steffen W. (ed.): *Friends, followers and factions. A reader in political clientelism*, Berkeley, 1977.

¹³⁴¹ DICKENS, Arthur Geoffrey: *The Courts of Europe: Politics, Patronage and Royalty 1400-1800*, Londres, 1977.

¹³⁴² OESTREICH, Gerhard: *Neostoicism and the Early Modern State*, Cambridge, 1982.

forma de vida cortesana, no solo del *príncipe* entendido como soberano, sino de los miembros del estamento privilegiado y quienes servían en su entorno, un espacio físico y psicológico que requería el empleo de códigos que configuraban depuradas relaciones personales, familiares o sociales¹³⁴³.

Contando con las posibilidades que ofrecía esta perspectiva, Álvarez-Ossorio abordó la Corte introduciendo numerosos elementos de carácter antropológico que facilitan la reflexión e interpretación. Situó instrumentos y manifestaciones propias del contexto cortesano, en el marco de la carrera ideal hacia la cúspide en el rango de una sociedad jerarquizada en la que hemos de navegar en nociones como el decoro, lo suntuario, la apariencia. Se trata de un marco de conceptos diversos, especialmente los referidos a la materialización del rango, entendido como la correspondencia mediante forma externa con la exacta posición que se ocupaba en la jerarquía. Todo ello proporcionó un valioso marco teórico a la hora de explicar los complejos sistemas internos en la Casa Real moderna¹³⁴⁴. En ellos, el uso del gesto como complicado y

¹³⁴³ MOZZARELLI, Cesare: “Onore, utile, principe, stato”, en *La corte e il “cortegiano”*, Roma, 1980, pp. 241-253.

¹³⁴⁴ ALVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, Antonio: “Las esfera de la Corte: príncipe, nobleza y mudanza en la jerarquía”, en CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco, MONTEIRO, Nuno Gonçalo (coord.): *Poder y movilidad social: cortesanos, religiosos y oligarquías en la península Ibérica (siglos XV-XIX)*, Madrid, 2006, pp. 129-214; “Facciones cortesanas y arte del buen gobierno en los sermones predicados en la Capilla Real en tiempos de Carlos II”, *Criticón*, 90 (2004), pp. 99-123; “Las esferas de la corte: príncipe, nobleza y mudanza en la jerarquía en la monarquía de España”, *Annali di storia moderna e contemporanea*, 8 (2002), pp. 47-111; “El arte de medrar en la corte: rey, nobleza y el código del honor”, en CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco, HERNÁNDEZ FRANCO, Juan (ed.): *Familias, poderosos y oligarquías*, Murcia, 2001, pp. 39-60; “Proteo en Palacio. El arte de la disimulación y la simulación del cortesano”, en MORÁN TURINA, Miguel, GARCÍA GARCÍA, Bernardo José (ed.): *El Madrid de Velázquez y Calderón. Villa y corte en el siglo XVII*, Vol. I, Madrid, 2000, pp. 111-138; “Del caballero al cortesano: la nobleza en la monarquía de los Austrias”, en *El mundo de Carlos V: de la España medieval al Siglo de Oro*, Madrid, 2000, pp. 135-155; “Ceremonial de palacio y constitución de monarquía: las embajadas de las provincias en la corte de Carlos II”, *Annali di storia moderna e contemporanea*, 6 (2000), pp. 227-358; “La discreción del cortesano”, *Edad de oro*, 18 (1999), pp. 9-45; “Rango y apariencia: el decoro y la quiebra de la distinción en Castilla (siglos XVI-XVIII)”, *Revista de historia moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 17 (1998-1999), pp. 263-278; “El cortesano discreto. Itinerario de una ciencia áulica (ss. XVI-XVII)”, *Historia social*, 28 (1997), pp. 73-94; “La corte: Un espacio abierto para la historia social”, en CASTILLO, Santiago (coord.) *La historia social en España: Actualidades y perspectivas*, Madrid, 1991, pp. 247-260; “El laberinto de la corte”, en *Felipe II, un monarca y su época. Las tierras y los hombres del rey*, Madrid, 1998, pp. 81-90; “El cortesano discreto: itinerario de una ciencia áulica (s. XVI-XVII)”, en *Historia Social*, 28 (1997), pp. 73-98; “Leyes suntuarias y circulación de elites: el consumo suntuario frente a la sociedad estamental (siglos XVI-XVIII)”, *Actas del I Congreso de Jóvenes Geógrafos e Historiadores*, Sevilla, 1995, pp. 267-273; “El favor real: liberalidad del príncipe y jerarquía de la república (1665-1700)”, en MOZZARELLI, Cesare, CONTINISIO, Chiara (coord.): *Repubblica e Virtù: Pensiero politico e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo*, Roma, 1995, pp. 393-453; “La corte: un espacio abierto para la historia social”, en CASTILLO ALONSO, Santiago (coord.): *La historia social en España: actualidad y perspectivas*, Zaragoza, 1991, pp. 247-260.

depurado lenguaje alcanzó un desarrollo estudiado entre otros por Carrasco, que subrayó el valor del signo en la comunicación cortesana¹³⁴⁵.

El paso del acercamiento a la Corte como institución estática a cuerpo capaz de generar acontecimientos, relaciones, estructurado de manera compleja, mucho más allá de la pobreza de meros acercamientos cronológicos o dialécticos, superó en su afán por analizar el éxito de los objetivos de instituciones o estructuras, como recuerda uno de los autores más fecundos en el tema, Martínez Millán¹³⁴⁶. Las nuevas perspectivas

¹³⁴⁵ CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: “Fisonomía de la virtud. Gestos, movimientos y palabras en la cultura cortesano-aristocrática del siglo XVII”, *Reales Sitios*, 147 (2001), pp. 26-37; “Herencia y virtud. Interpretaciones e imágenes de lo nobiliario en la segunda mitad del siglo XVI”, en RIBOT GARCÍA, Luis Antonio, BELENGUER CEBRIÀ, Ernest (coord.): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, Vol. 4, Madrid, 1998, pp. 231-371.

¹³⁴⁶ MARTÍNEZ MILLÁN, José: “La corte de Madrid y las etiquetas cortesanas como modo de distribución del espacio”, en ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS, Inmaculada, LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Miguel Luis (coord.): *Vida cotidiana en la Monarquía Hispánica. Tiempos y espacios*, Granada, 2015, pp. 39-58; “La reforma de las casa reales de la monarquía hispana a finales del siglo XVII: la sección de la caza”, en DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar, MARTÍNEZ LILLO, Pedro Antonio, SOTO CARMONA, Álvaro (coord.): *El Poder de la Historia. Huella y legado de Javier M^a Donézar Díez de Ulzurrun*, Vol. I, 2014, pp. 91-118; “Los estudios sobre elites de poder y la Corte”, en LÓPEZ DÍAZ, María (coord.): *Elites y poder en las monarquías ibéricas: del siglo XVII al primer liberalismo*, Madrid, 2013, pp. 17-36; “La evaporación del concepto de “Monarquía católica”: La instauración de los Borbones”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, CAMARERO BULLÓN, Concepción, LUZZI TRAFICANTE, Marcelo (coord.): *La Corte de los Borbones. Crisis del modelo cortesano*, Vol. 3, Madrid, 2013, pp. 2143-2196; “Política y religión en la corte: Felipe IV y sor María de Jesús de Ágreda”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, VERSTEEGEN, Gijs, *La corte en Europa: política y religión (siglos XVI-XVIII)*, vol. 3, Madrid, 2012, pp. 1377-1456; “La vida cotidiana en la corte durante el siglo XVIII”, en ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS, Inmaculada (coord.): *Vida cotidiana en la España de la ilustración*, Madrid, 2012, pp. 81-112; “Corte y casas reales en la monarquía hispana: la imposición de la Casa de Borgoña”, *Obradoiro de historia moderna*, 20 (2011), pp. 13-42; “La sustitución del sistema cortesano por el paradigma “estado nacional” en las investigaciones históricas”, *Libros de la Corte*, 1 (2010), pp. 4-16; “La Casa de Castilla durante el reinado de Felipe IV”, en GAMBRA GUTIÉRREZ, Andrés, LABRADOR ARROYO, Félix (coords.): *Evolución y estructura de la Casa Real de Castilla*, Vol. 1, Madrid, 2010, pp. 297-384; *La monarquía de Felipe III*, (coord.), 4 vol., Madrid, 2008; “La Corte de la Monarquía Hispánica”, *Studia Histórica. Historia Moderna*, 28 (2006), pp. 17-61; *La monarquía de Felipe II: la Casa del Rey* (coord.), 2 vol., Madrid, 2005; “Las élites urbanas castellanas y la Casa Real durante el siglo XVI”, en ARANDA PÉREZ, Francisco José (coord.): *Letrados, juristas y burócratas en la España moderna*, Cuenca, 2005, pp. 61-106; “Las naciones en el servicio doméstico de los Austrias españoles (siglo XVI)”, en GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, Antonio (coords.): *La monarquía de las naciones: patria, nación y naturaleza en la monarquía de España*, Madrid, 2004, pp. 131-162; “Elites de poder en las Cortes de las Monarquías española y portuguesa en el siglo XVI: los servidores de Juana de Austria”, *Miscelánea Comillas. Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 118 (2003), pp. 169-202; “La articulación del poder en la Corte durante la segunda mitad del siglo XVI”, en IMÍZCOZ BEUNZA, José María (coord.): *Redes familiares y patronazgo: aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)*, Bilbao, 2001, pp. 65-82; *La corte de Carlos V* (coord.), 3 vol., Madrid, 2000; “La monarquía”, en *El mundo de Carlos V: de la España medieval al Siglo de Oro*, Madrid, 2000, pp. 37-82; “Para un estudio del Imperio de Carlos V a través de la corte”, en GARCÍA GARCÍA, Bernardo José (coord.): *El imperio de Carlos V: procesos de agregación y conflictos*, Madrid, 2000, pp. 325-343; “El control de las normas cortesanas y la elaboración de la pragmática de cortesías (1586)”, *Edad de oro*, 18 (1999), pp. 103-133; “Las luchas por la administración de la gracia en el reinado de Felipe II. La reforma de la Cámara de Castilla, 1580-1593”, *Annali di storia moderna e contemporanea*, 4 (1998), pp. 31-72; “La monarquía hispana de Felipe II”, en *Felipe II y el arte de su tiempo*, Madrid, 1998, pp. 13-28; “Las investigaciones sobre patronazgo y clientelismos en la administración de la Monarquía Hispánica durante la Edad Moderna”, *Studia Histórica. Historia Moderna*, 15 (1996), pp. 83-106; “Introducción: Los estudios sobre la Corte. Interpretación de la Corte de Felipe II”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José (dir.): *La corte de*

permitían situarse ante el dinamismo interior de su almacén administrativo, las facciones y su comportamiento.

En el marco de esa corriente de profunda atención a la evolución de las casas que convivían en la corte y se articulaban en el servicio al monarca y su familia se entiende la obra de autores como el citado Gómez-Centurión¹³⁴⁷ o, desde una perspectiva eminentemente jurídica, los estudios de Rodríguez Gil¹³⁴⁸. Una visión en muchos puntos coincidente y en otros aspectos complementaria es la que proporciona desbrozar las relaciones de parentesco entre las aristocracias palaciegas, como hicieron Mettam¹³⁴⁹, de nuevo Mozzarelli¹³⁵⁰ o Peck, que combinan sus intentos de caracterizar las estrategias matrimoniales y familiares como símbolo de pertenencia de grupo exclusivo a la voluntad de escalar en la jerarquía palatina¹³⁵¹. En este entorno de complicada promoción se encuadra el trabajo de Malcolm, que abordó el acceso a la real familia en el segundo tercio del XVII, en un momento en el que el Alcázar de Madrid se configuró como intrincado sistema espacial y jerárquico¹³⁵².

También historiadores anglosajones y en la década de los noventa, otros autores comenzaron a profundizar en la complejidad del concepto de cultura cortesana. Si

Felipe II, Madrid, 1994, pp. 13-36; *Instituciones y elites de poder en la monarquía hispana durante el siglo XVI* (dir.), Madrid, 1992, pp. 137-198; “Elites de poder en tiempos de Felipe II (1539-1572)”, *Hispania. Revista española de historia*, 171 (1989), pp. 119-149; MARTÍNEZ MILLÁN, José, JIMÉNEZ, Esther: “La Casa de Austria: una justificación político-religiosa”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, GONZÁLEZ CUERVA, Rubén (coord.): *La dinastía de los Austrias: las relaciones entre la Monarquía católica y el Imperio*, Vol. 1, Madrid, 2011, pp. 9-58.

¹³⁴⁷ GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos: “La Corte de Carlos III”, en ENCISO ALONSO-MUÑUMER, Isabel (coord.): *Carlos III y su época. La monarquía ilustrada*, Barcelona, 2003, pp. 271-294; “La Corte de Felipe V: el ceremonial y las casas reales durante el reinado del primer Borbón”, en SERRANO MARTÍN, Eliseo (coord.): *Felipe V y su tiempo*, Vol. 1, Zaragoza, 2004, pp. 879-914; “Al cuidado del cuerpo del Rey: Los sumilleros de corps en el siglo XVIII”, *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejos, 2 (2003), pp. 199-239; “La imagen de la monarquía española”, *Cuenta y razón*, 115 (2000), pp. 56-64; “La Corte de Felipe V: el ceremonial y las Casas Reales durante el reinado del primer Borbón”, en MORALES PADRÓN, Francisco (coord.): *XIV Coloquio de historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria, 2002, pp. 2113-2141; “La herencia de Borgoña: el ceremonial real y las casas reales en la España de los Austrias (1548-1700)”, en RIBOT GARCÍA, Luis Antonio, BELENGUER CEBRIÀ, Ernest (coord.): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, Vol. 1, Madrid, 1998, pp. 11-31; “La reforma de las Casas Reales del marqués de la Ensenada”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 20 (1998), pp. 60-83; “Etiqueta y ceremonial palatino durante el reinado de Felipe V: el reglamento de entradas de 1709 y el acceso a la persona del rey”, *Hispania*, 914 (1996), pp. 965-1005; “La herencia de Borgoña: Casa Real española en el s. XVIII”, *Torre de los Lujanes*, 28 (1994), pp. 61-72; GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos, SÁNCHEZ BELÉN, Juan Antonio: *La herencia de Borgoña. La hacienda de las Reales Casas durante el reinado de Felipe V*, Madrid, 1999.

¹³⁴⁸ RODRÍGUEZ GIL, Magdalena: “La geometría cortesana en el siglo XVIII”, *Anuario de la Facultad de Derecho*, 19-20 (2001-2002), pp. 317-319; *La Nueva Planta de la Real Casa: los oficios de Contralor y Grefier General*, Madrid, 1989.

¹³⁴⁹ METTAM, Roger: *Power and faction in Louis XIV's France*, Londres, 1988.

¹³⁵⁰ MOZZARELLI, Cesare (ed.): “*Familia*” del príncipe e famiglia aristocratica, Roma, 1988.

¹³⁵¹ PECK, Linda Levy (ed.): *The mental World of the Jacobean court*, Cambridge, 1991.

¹³⁵² MALCOLM, Alistair: “La práctica informal del poder. La política de la Corte y el acceso a la Familia Real durante la segunda mitad del reinado de Felipe IV”, *Reales Sitios*, 147 (2001), pp. 38-48.

Smuts hizo sus aportaciones a partir de los Estuardo¹³⁵³, Chartier se centró en elementos generales, preguntándose por la existencia de una cultura propia en aquel entorno, en el contexto del proceso de historia cultural, de un itinerario de civilización¹³⁵⁴.

En un estudio como el presente, centrado en la imagen de la monarquía a través de lo funerario, el depósito físico, constatable, de unos restos regios, nos preguntamos hasta qué punto afectará a nuestra investigación el debate suscitado en encuentros de historiadores sobre si debe predominar en el estudio de la Corte su vertiente *espacio* o su no menor importante variante *tiempo*. Si optásemos por primar un concepto espacial, nos veríamos obligados a definir si la Corte es únicamente el conjunto de edificaciones en la que reside el monarca y su familia, o más bien, como defienden Papagno y Quondam, un espacio intangible en el que se desarrollan las relaciones de poder que la historiografía, como venimos recordando, ha expuesto¹³⁵⁵. El debate, por tanto, constituiría una dialéctica estéril, pues como precisó Adamson, no podemos concebirla como mera residencia del príncipe, pues alberga un espléndido conjunto de edificios y sus privilegiados ocupantes, que incluyen una matriz de relaciones políticas, económicas, religiosas y artísticas, que convergen en un hogar regulado¹³⁵⁶.

El tiempo, por tanto, aparece como una variable, en ocasiones dominante, en procesos como el de burocratización centralista, ampliamente estudiado por Escudero¹³⁵⁷, o la intrínseca relación entre corte y sistema polisinodial de gobierno, que Barrios perfila constantemente en una obra fecunda, que distingue en todo momento entre la simbiosis de una mutua necesidad y la independencia entre cargos políticos y

¹³⁵³ SMUTS, R. Malcolm (ed.): *The Stuart Court and Europe. Essays in Politics and Political Culture*, Cambridge, 1996; *Culture and power in England, 1585-1685*, Nueva York, 1999.

¹³⁵⁴ CHARTIER, Roger: "Formación social y economía psíquica: la sociedad cortesana en el proceso de civilización", en *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, 1992, pp. 81-104. En su origen, el artículo era una detallada introducción analítica a la edición francesa de ELÍAS, Norbert, *La sociedad cortesana*, (1969).

¹³⁵⁵ PAPAGNO, Giuseppe, QUONDAM, Amedeo: "La Corte e lo Spazio. Appunti problematici per il Seminario", en *La corte e lo spazio: Ferrara estense*, Roma, 1982, vol. III, pp. 823-838.

¹³⁵⁶ ADAMSON, John: "Introduction. The Making of the Ancien-Régime Court, 1500-1700", en ADAMSON, John (ed.): *The Princely Courts of Europe. Ritual, Politics and Culture under the Ancien Régimen, 1500-1750*, Londres, 1999, pp. 7-41.

¹³⁵⁷ ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio: *El Rey: Historia de la Monarquía* (ed.), 3 vol., Barcelona, 2008; "La nobleza y los altos cargos de la administración en la España del antiguo régimen", en SOBERANES FERNÁNDEZ, José Luis, MARTÍNEZ DE CODES, Rosa María (coord.): *Homenaje a Alberto de la Hera*, México, 2008, pp. 321-338; "Felipe II y el gobierno de la monarquía", en PINO Y MORENO, Rafael del, ANES ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo (coord.): *La América hispana en los albores de la emancipación. Actas del IX Congreso de Academias Iberoamericanas de la Historia*, Madrid, 2005, pp. 685-697; "El gobierno de Carlos V hasta la muerte de Gattinara: canciller, consejeros y secretarios", en GARCÍA GARCÍA, Bernardo José (coord.): *El imperio de Carlos V: procesos de agregación y conflictos*, Madrid, 2000, pp. 83-96; "El Consejo de Cámara de Castilla y la reforma de 1588", *Anuario de historia del derecho español*, 67 (1997), pp. 925-942; *Los orígenes del Consejo de Ministros en España: La Junta Suprema de Estado*, Madrid, 1979; *Los secretarios de Estado y del Despacho (1474-1724)*, Madrid, 1972.

oficios palatinos¹³⁵⁸. El historiador no deja de estar pendiente del aspecto espacial y funcional del concepto de Corte, que definió como “el lugar donde se encuentra el monarca y los órganos de la administración central inmediatos a su persona”¹³⁵⁹.

Aunque lo hace de manera sucinta, Martínez Millán constata que “en los últimos años, la historia de la construcción del “Estado Moderno” (siglos XV-XVII) está privilegiando la noción de ritual político y, por consiguiente, el ritual en la corte”. En acuerdo con el historiador, que sostiene que las ceremonias de la monarquía han estado demasiado tiempo relegadas en estudios y publicaciones, pensamos que no se les otorgó el significado que les correspondía, en el marco de la Corte y su importancia simbólica, como portadoras de un valioso lenguaje político. El ritual, como “útil herramienta de representación” –Kertzer¹³⁶⁰ - entra de lleno en la economía del lenguaje cortesano, en la expresión cotidiana de los reyes. El propio Martínez Millán, al hablar de la “escuela americana”, especializada en las ceremonias reales, agrupa estas, durante el siglo XVII en cuatro tipos: consagración y coronación, entradas reales, *lit de justice*¹³⁶¹ y funerales. Quizá pudiera ampliarse la clasificación con la suma de categorías que, sobre todo en lo que a la monarquía de España se refiere, acogiera rituales bien caracterizados en la misma que vienen siendo estudiados, con mayor o menor fortuna, desde hace tiempo. Nos detendremos por tanto no solo en los cuatro tipos citados, sino en otros, que proponemos de una manera habitualmente cronológica en la vida de la real familia, como matrimonios, bautismos regios, juras de príncipes o celebración de tratados.

¹³⁵⁸ BARRIOS PINTADO, Feliciano: “Símbolos de la monarquía y representación regia”, en GARCÍA-FRÍAS CHECA, Carmen, JORDÁN DE URRÍES Y DE LA COLINA, Javier (coord.): *El retrato en las colecciones reales de Patrimonio Nacional*, Madrid, 2014, pp. 15-27; “Las Cortes de los reinos españoles en los siglos XVI y XVII”, en ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio (coord.): *Cortes y Constitución de Cádiz. 200 años*, Vol. 1, Madrid, 2011, pp. 138-155; “Los Borbón en España: nueva dinastía, nuevos títulos y nuevas instituciones” en *La Casa de Borbón / La Casa de Borbón: ciència i tècnica a l'Espanya il·lustrada / ciencia y técnica en la España ilustrada*, Valencia, 2006, pp. 37-50; “La atracción de la corte: burócratas y pretendientes”, en *El mundo que vivió Cervantes*, Madrid, 2005, pp. 78-87; “Consolidación de la Polisinodía Hispánica y Administración Indiana”, en BARRIOS PINTADO, Feliciano (coord.): *El gobierno de un mundo: virreinos y audiencias en la América hispánica*, Madrid, 2004, pp. 119-134; “Los hidalgos vascongados y la administración de la Monarquía hispánica: una aproximación al tema”, en IGLESIAS CANO, María del Carmen (dir.): *Nobleza y sociedad III: las noblezas españolas, reinos y señoríos en la Edad Moderna*, Madrid, 1999, pp. 65-78; “La creación de la Secretaría del Registro general de Mercedes en 1625”, *Anuario de historia del derecho español*, 67 (1997), pp. 943-956; *Los Reales Consejos. El Gobierno central de la Monarquía en los escritores sobre Madrid del siglo XVII*, Madrid, 1988; “Práctica diplomática de la Corte de España a principios del siglo XVIII: Notas a un reglamento de ceremonial de 1717”, *Revista de estudios políticos*, 62 (1988), pp. 163-184.

¹³⁵⁹ BARRIOS PINTADO, Feliciano: “Sólo Madrid es corte”, en *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, Madrid, 1998, p. 171.

¹³⁶⁰ KERTZER, David I.: *Ritual, Politics, and Power*, Yale, 1988.

¹³⁶¹ Ceremonia de la monarquía francesa para el preceptivo registro de los edictos reales que tenía lugar en el Parlamento de París, con aspectos paralelos al refrendo regio.

No es extraño encontrar en historiadores la alusión a supuestas coronaciones de soberanos españoles durante la edad moderna o contemporánea, cuando los monarcas castellanos dejaron de ser coronados en el siglo XIV, habiendo siendo Juan I (1379-1390) el último, en el monasterio de santa María la Real de Huelgas¹³⁶². La consagración y coronación, ceremonial que se conservó en monarquías europeas como la inglesa o francesa, fue estudiada, en el caso galo, por Jackson, que individualiza la puesta en escena de *le sacre* y su contenido simbólico¹³⁶³, así como Le Goff, que ha ejercido, como sabemos, notable influencia en la obra de autores españoles¹³⁶⁴.

Los estudios sobre proclamaciones de monarcas españoles son muy abundantes. El objeto del presente trabajo nos obliga a acotar la cita de los que a nuestro juicio son más representativos de un sobresaliente esfuerzo historiográfico en torno al análisis del sentido simbólico de su ceremonial. A diferencia de cómo hicimos para las exequias reales, se nos presenta como atractivo ámbito de futuras investigaciones el conocimiento de los estudios de proclamaciones en base a monarcas y reinos que componían la monarquía de España.

Citaremos obras como la de Lería, que estudió las de Carmona (Sevilla) durante medio milenio, entre los siglos XIV y XIX, un amplísimo periodo que proporciona una visión temporal en un entorno espacial concreto¹³⁶⁵. Especial atención dedican al ceremonial de los actos de proclamación y alzamiento de pendón en reinados y ciudades o villas historiadoras como Torres-Fontes Suárez, que penetra en aspectos ceremoniales tan específicos como en enfrentamiento entre el alférez mayor y el regidor del sello y pendón por portar el pendón durante la proclamación de Luis I en Murcia¹³⁶⁶ o Marina Barba, que presenta los aspectos más estéticos de la proclamación de Carlos III en la ciudad de Granada¹³⁶⁷.

¹³⁶² *Crónica de Juan I* (edic. ROSELL, Cayetano, BAE, LXVIII, Madrid, 1877, cap. I, p. 65, cit. en SALAZAR Y ACHA, Jaime de: "Proclamación del rey y juramento" en ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio (coord.): *El Rey. Historia de la Monarquía*, Vol. 1, p. 172).

¹³⁶³ JACKSON, Richard A.: *Vivat rex. Histoire des sacres et couronnements en France, 1364-1825*, Estrasburgo, 1984.

¹³⁶⁴ LE GOFF, Jacques: "Reims, ville du sacre", en NORA, P. (dir.): *Les lieux de mémoire*, París, 1986, pp. 89-114.

¹³⁶⁵ GARCÍA RODRÍGUEZ, Antonio (Antonio LERÍA): "Proclamación y jura reales. El Caso de Carmona", *Carel. Carmona. Revista de estudios locales*, 2 (2004), pp. 591-667.

¹³⁶⁶ TORRES-FONTES SUÁREZ, Cristina: "Proclamación de Luis I como Rey de España en Murcia", *Imafronte*, 8-9 (1992-1993), pp. 423-430.

¹³⁶⁷ MARINA BARBA, Jesús: "La proclamación de Carlos III en Granada", *Chronica nova. Revista de historia moderna de la Universidad de Granada*, 16 (1988), pp. 233-242.

Las entradas reales de monarcas franceses fueron objeto de estudio por Guenée y Lehoux o Bryant¹³⁶⁸. La historiografía española se ha preguntado recientemente sobre el origen geográfico de la ceremonia, que Carrasco plantea castellano¹³⁶⁹. A través de las etiquetas de 1651, de gran relevancia en nuestra investigación, como veremos, Chiva penetra en las entradas triunfales de los soberanos en el Madrid del Siglo de Oro en el marco de la fiesta barroca¹³⁷⁰. Como muestras específicas de los soberanos Austria citaremos los estudios de Pérez Samper sobre la entrada de Carlos I y Felipe V en Barcelona, en 1519, y 1702, respectivamente¹³⁷¹. El arte centrará buena parte de investigaciones, como las de Criado, que se acerca a la llegada de Felipe II, ya en etapa final de su reinado, a Tarazona, ejemplo paradigmático de la aportación del arte efímero al simbolismo regio¹³⁷². Será núcleo central de varios estudios, como los de Lleó¹³⁷³ y Sanz Serrano¹³⁷⁴, dedicados a la entrada de Fernando el Católico y Carlos V, respectivamente, en la capital hispalense, Tovar, en torno a las entradas de monarcas en el Madrid del XVII¹³⁷⁵, o Fernández del Hoyo, que presenta aspectos del paso de Felipe IV y su hija, la infanta doña Ana, a su paso por Valladolid en 1660¹³⁷⁶. Esos aspectos estéticos que hemos analizado detalladamente en el plano funerario, en paralelo a los estudios sobre exequias, desplegaron un universo simbólico que ha sido objeto de atención de numerosos historiadores. Como ejemplo citaremos a Carreras López y su

¹³⁶⁸ GUENÉE, Bernard y LEHOUX, Françoise: *Les entrées royales francaises, 1328-1515*, París, 1968; BRYANT, Lawrence: *The king and the city in the Parisian royal entry ceremony. Politics, ritual and art in the Renaissance*, Ginebra, 1986.

¹³⁶⁹ CARRASCO MANCHADO, Ana Isabel: “La ceremonia de entrada real: ¿un modelo castellano?”, en González Jiménez, Manuel (coord.): *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico. Siglos XIII-XV*, Cádiz, 2006, pp. 651-657.

¹³⁷⁰ CHIVA BELTRÁN, Juan: “Triunfos de la Casa de Austria: entradas reales en la Corte de Madrid”, *Potestas: Religión, poder y monarquía. Revista del Grupo Europeo de Investigación histórica*, 4 (2011), pp. 211-228.

¹³⁷¹ PÉREZ SAMPER, María de los Ángeles: “Felipe V en Barcelona: un futuro sin futuro”, *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), pp. 57-106; “El Rey y la ciudad: La entrada real de Carlos I en Barcelona”, *Studia historica. Historia moderna*, 6 (1988), pp. 439-448.

¹³⁷² CRIADO MAINAR, Jesús Fermín: “Arte efímero, historia local y política: la entrada triunfal de Felipe II en Tarazona (Zaragoza) de 1592”, *Artigrama. Revista del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza*, 19 (2004), pp. 15-38.

¹³⁷³ LLEÓ CAÑAL, Vicente: “Recibimiento en Sevilla del rey Fernando el Católico (1508)”, en *Rito y fiesta: una aproximación a la arquitectura efímera sevillana*, Sevilla, 2004, pp. 16-29.

¹³⁷⁴ SANZ SERRANO, María Jesús: “Arquitecturas efímeras levantadas en Sevilla para la entrada de Carlos V: relaciones con otras entradas reales del siglo XVI en la ciudad”, en *El arte en las Cortes de Carlos V y Felipe II*, Madrid, 1999, pp. 181-187.

¹³⁷⁵ TOVAR MARTÍN, Virginia: *El barroco efímero y la fiesta popular, la entrada triunfal en el Madrid del siglo XVII*, Madrid, 1985.

¹³⁷⁶ FERNÁNDEZ DEL HOYO, María Antonia: “Fiestas en Valladolid a la venida de Felipe IV en 1660”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. BSAA*, 59 (1993), pp. 379-392.

estudio la vertiente musical de la entrada de Ana de Austria en Madrid, en 1570¹³⁷⁷. Zapata abordó la emblemática en la entrada de Mariana de Neoburgo tras su boda con Carlos II¹³⁷⁸. El universo simbólico no se agotaba en el arte, ampliándose al capítulo de gracias y mercedes que los monarcas concedían coincidiendo con su proclamación como monarcas y de su entrada en ciudades y villas, como estudió Morales¹³⁷⁹. Sin olvidar, claro está, en trasfondo político de la entrada en sí, muchas veces tras fuertes tensiones políticas y conflictos bélicos, como la sugerente investigación de Cuesta García de Leonardo en torno al trayecto de Fernando VII en su regreso a España tras el exilio en Valençay, en la primavera de 1814, cuyas entradas a ciudades como Valencia estuvo lleno de contenido político e ideológico¹³⁸⁰.

Cualquiera de los esfuerzos historiográficos, necesariamente escogidos, que estamos citando, no deja de aludir a un concepto de fiesta que Bouza, caracterizándola en su sentido más público, entendía como “manifiesto de la esencial realidad de un reino”, un espectáculo, “una especie de epifanía en la que la comunidad podía contemplarse a sí misma en toda su *cohaerentia* social y política, manteniendo su estricta jerarquía estamental, pero, al mismo tiempo, exaltando su unidad”¹³⁸¹.

En la francesa ceremonia de la *lit de justice*, ajena a la tradición de la Monarquía de España, profundizó Hanley¹³⁸². No es posible extender el presente análisis historiográfico a los trabajos sobre los aspectos ceremoniales derivados de la presencia del monarca en las Cortes reunidas como órganos legislativos, en los reinos peninsulares, durante la Edad Moderna, si bien es oportuno constatar el condicionante geográfico que hizo necesario, con ocasión de frecuentes circunstancias biológicas, el

¹³⁷⁷ CARRERAS LÓPEZ, Juan José: “El Parnaso encantado: las representaciones de la música en la entrada real de Ana de Austria en Madrid, 1570”, en *Un príncipe del renacimiento. Felipe II, un monarca y su época*, Madrid, 1998, pp. 251-268.

¹³⁷⁸ ZAPATA FERNÁNDEZ DE LA HOZ, María Teresa: “Los jeroglíficos del convento de San Felipe el Real de la Corte para la entrada de María Ana de Neoburgo”, en REDONDO VEINTEMILLAS, Guillermo, MONTANER FRUTOS, Alberto, GARCÍA LÓPEZ, María Cruz (coords.): *Actas del I Congreso Internacional de Emblemática General*, Vol. 3, Zaragoza, 2004, pp. 1847-1874.

¹³⁷⁹ MORALES ROCA, Francisco José: “Mercedes concedidas con motivo de la exaltación al trono del Rey Don Carlos IV: Su entrada en Madrid, celebración de Cortes Generales y jura de Don Fernando, príncipe de Asturias”, *Hidalguía*, 304-305 (2004), pp.463-474.

¹³⁸⁰ CUESTA GARCÍA DE LEONARDO, María Josefa: “El camino hacia la corte de Fernando VII en 1814. El discurso ciudadano en los recibimientos y en sus arquitecturas efímeras”, en CABAÑAS BRAVO, Miguel, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, RINCÓN GARCÍA, Wifredo (coords.): *El arte y el viaje*, Madrid, 2011, pp. 339-352.

¹³⁸¹ BOUZA ÁLVAREZ, Fernando: “El rey, a escena: mirada y lectura de la fiesta en la génesis del efímero moderno”, *Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia Moderna*, 10 (1997), p. 40.

¹³⁸² HANLEY, Sarah: *Le Lit de justice des rois de France: l'ideologie constitutionnelle dans la légende, le rituel et le discours*, París, 1991.

desplazamiento de monarcas y príncipes de Asturias, que necesitaban ser jurados por dichos órganos, algo constantemente recordado en biografías y estudios generales.

Sobre matrimonios regios citaremos una aportación foránea, la de Zanger, que estudió la naturaleza de la cultura política absolutista a través de lo visual, lo ceremonial, la ficción y lo simbólico, en definitiva, la narrativa a través del enlace de Luis XIV y la infanta española María Teresa de Austria¹³⁸³. Otras ceremonias como la celebración de la suscripción de tratados entre potencias también han sido objeto de interés historiográfico.

La adaptación de las monarquías europeas a las novedades políticas, sociales e ideológicas del siglo XVIII ha sido abordada en Merrick, que analiza la evolución de la imagen de la monarquía gala tanto en los escritos de los teóricos del pensamiento político como en la propia percepción de los súbditos del monarca francés¹³⁸⁴. Con matices en gran parte paralelos, Bucholz realizó un análisis para la Inglaterra de la reina Ana¹³⁸⁵. En la línea de sistemas de representación habían trabajado Schaich¹³⁸⁶ o Scott y Simms, con especial incidencia en la cuestión de los valores políticos que debían representarse en las estrategias de sociabilidad de las distintas monarquías, cuyos soberanos tuvieron que adaptar la cultura cortesana de sus antepasados a los cambios sociales del nuevo siglo¹³⁸⁷. Esa necesidad de cambios, de tópicos que había que revisar e invalidar fue analizada en monarquías como la francesa de Luis XIV por Hours¹³⁸⁸, o la británica de los dos primeros Jorges, por Smith¹³⁸⁹. Era necesario tener en cuenta que, en lo que a España se refiere, lo acontecido en el XVIII todavía está contemplado en lo historiográfico, en no pocos aspectos y entre ellos la Corte, bajo el peso y yugo de la visión del clásico de Coxe, un superviviente nato entre los hispanistas británicos, atentos al detalle del carácter personal que pudiera justificar el capricho en las decisiones políticas... para razonar, al fin, la grandes estrategias de la Inglaterra del

¹³⁸³ ZANGER, Abby E.: *Scenes from the Marriage of Louis XIV. Nuptial Fictions and the Making of Absolutist Power*, Stanford (California), 1997.

¹³⁸⁴ MERRICK, Jackson: *The Desacralization of the French Monarchy in the Eighteenth Century*, Baton Rouge (Louisiana), 1990.

¹³⁸⁵ BUCHOLZ, Robert O.: *The Augustan Court. Queen Anne and the Decline of Court Culture*, Stanford, 1993.

¹³⁸⁶ SCHAICH, Michael (ed.): "Introduction", en SCHAICH, Michael (ed.), *Monarchy and Religion. The Transformation of Royal Culture in Eighteenth-Century Europe*, Oxford, 2007, pp. 1-40.

¹³⁸⁷ SCOTT, Hamish y SIMMS, Brendan (ed.): *Cultures of Power in Europe during the Long Eighteenth Century*, Cambridge, 2007.

¹³⁸⁸ HOURS, Bernard: *Louis XV et sa cour. Le roi, l'étiquette et le courtesan. Essai historique*, París, 2002.

¹³⁸⁹ SMITH, Hannah: *Georgian Monarchy. Politics and Culture, 1714-1760*, Cambridge, 2006.

periodo¹³⁹⁰. Significativos historiadores franceses siguieron observando también nuestros entornos palatinos dieciochescos desde el supuesto personalismo en sus protagonistas, como hizo Desdevises du Désert con Isabel de Farnesio y el cardenal Alberoni¹³⁹¹. Y también, como Coxe, para justificar la historia de su país de origen.

Una noción novedosa y en absoluto meramente instrumental, en el marco del acercamiento de los historiadores al Antiguo Régimen, es la de majestad, como concepto privativo de la identidad soberana que es asumido por los titulares de las diferentes dinastías europeas en su responsabilidad de representarla, que puede ser también desempeñado por la reina y –en nuestra opinión– otros cercanos familiares del monarca. Como subraya Vázquez Gestal, durante la Edad Moderna los miembros de las familias reales lucharon por demostrar que a ellos correspondía “el punto neurálgico del cosmos político y social del Antiguo Régimen”¹³⁹². Para ello crean un acervo de gestos, ritos, imágenes, que expresan y materializan esa majestad, como exponen Mulryne, Watanabe y Shewing, y combinan la doble vertiente potestas-auctoritas que se refleja en la cultura cortesana¹³⁹³. La identidad regia también experimentó cambios entre los siglos XVI y XVIII. Las adaptaciones se hicieron necesarias en procesos graduales, que al final de la última centuria se aceleraron inexorablemente. Esas mutaciones también afectaron a las grandes ceremonias y ritos, desde los más tradicionales – Wilentz¹³⁹⁴ – a los que, de manera novedosa, habían encontrado éxito en el ambiente cortesano –Cannadine y Price¹³⁹⁵–. A la hora de conjugar verbos con el sustantivo majestad, ningún autor pudo dejar de tener presente la sombra de Kantorowicz, y su teoría de los dos cuerpos del rey, de la que trataremos en el próximo epígrafe, de un temprano 1957¹³⁹⁶. No es raro que Bertelli recordase treinta años después que aún teniendo vocación atemporal, el secreto de la majestad quizá residía en hacer frente, de manera permanente, a las olas de las tempestades medievales y modernas con desigual

¹³⁹⁰ COXE, William: *Memoirs of the Kings of Spain of the House of Bourbon, from the Accession of Philip the Fifth to the Death of Charles the Third, 1700 to 1788. Drawn from Original and Unpublished Documents*, vol. I-III, Londres, 1813 (ed. español, 2011. MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: “Estudio introductorio”, en COXE, William: *España bajo el reinado de la Casa de Borbón (1700-1788)*, Alicante, 2011, pp. 31-87).

¹³⁹¹ DESDEVISES DU DÉZERT, Georges: *L’Espagne de l’ancien régime*, París, 1904.

¹³⁹² VÁZQUEZ GESTAL: *Una nueva majestad...*, p. 45.

¹³⁹³ MULRYNE, J. R., WATANABE, Helen, SHEWING, Margaret (ed.): *Europa Triumphans. Court and Civic Festivals in Early Modern Europe*, 2 vol., Londres, 2004.

¹³⁹⁴ WILENTZ, Sean (ed.): *Rites of Power. Symbolism, Ritual and Politics since the Middle Ages*, Philadelphia, 1985.

¹³⁹⁵ CANNADINE, D. y PRICE, S. (ed.): *Rituals of Royalty. Power and Ceremonial in Traditional Societies*, Cambridge, 1987.

¹³⁹⁶ KANTOROWICZ, Ernst. H.: *The King’s Two Bodies. A Study in Medieval Political Theology*, Princeton, 1957.

fortuna geográfica y simbólica¹³⁹⁷. Autores como Sabatier y Edouard subrayarían esa capacidad de adaptación de la cultura cortesana en el caso de dos monarquías vecinas, la española y la francesa¹³⁹⁸.

Lo cierto es que mucho antes de todo esto ya se había subrayado el extraordinario poder de los monarcas, que atravesaba el mundo simbólico. Lo había hecho el fundador de la Escuela de los Anales, Bloch¹³⁹⁹. Décadas más tarde sería desarrollado en muchos de sus aspectos más extremos, como los perfiles religiosos, la atribución de poderes taumatúrgicos como la sanación en Inglaterra o Francia o la derivación de la majestad en el derecho penal por Monod¹⁴⁰⁰. En España, Bermejo Cabrero había aterrizado ya en las consecuencias prácticas de la noción de majestad con un estudio sobre el tópico histórico del equilibrio entre amor y temor al soberano¹⁴⁰¹.

Hoy los estudios sobre la materia continúan subrayando, con vitalidad y dinamismo, la aportación de valores cortesanos al imaginario colectivo de la monarquía de España, en la formación de la idea de lealtad, cohesión hacia un proyecto común que se ejecutaba desde la diversidad de reinos.

9.2. La formación escrita del ceremonial funerario.

Conviene considerar, por un momento aisladamente y en el marco de la historia de las mentalidades, el momento psicológico de la muerte del rey. El conjunto de sus súbditos, sea en un reino o en una monarquía compleja con estados separados por miles de kilómetros y océanos, como la de los Austria españoles, se haya ante una situación de humano y explicable desconcierto, ante una inestable coyuntura.

Kantorowicz formuló en 1957, con su propuesta sobre los dos cuerpos del rey, que aplica a la Francia o la Inglaterra medieval, una teoría en torno la superación de las interrupciones que dictaban los óbitos, a la búsqueda de la normal sucesión real¹⁴⁰². A través de la consideración del carácter de la realeza sagrada, propia del absolutismo,

¹³⁹⁷ BERTELLI, Segio: *Il corpo del re. Sacralità del potere nell'Europa medievale e moderna*, Florencia, 1990.

¹³⁹⁸ SABATIER, Gérard y EDOUARD, Sylvène: *Les monarchies de France et d'Espagne (1556-1715). Rituels et pratiques*, París, 2001.

¹³⁹⁹ BLOCH, Marc: *Les rois thaumaturges*, París, 1924.

¹⁴⁰⁰ MONOD, Paul K.: *El poder de los reyes. Monarquía y religión en Europa (1589-1715)*, Madrid, 2001.

¹⁴⁰¹ BERMEJO CABRERO, José Luis: "Amor y temor al rey. Evolución histórica de un tópico político", en *Revista de Estudios Políticos*, 192 (1973), pp. 107-127.

¹⁴⁰² Vid. KANTOROWICZ, Ernst H.: *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, 1985.

consideró que el monarca poseía dos cuerpos: uno físico, mortal y otro regio, personificación perfecta, inmortal de una realeza inmune a la enfermedad y su deterioro. Cuerpo natural y cuerpo político. Fallecido el rey, la única garantía de la continuidad de la monarquía era otro rey. Aunque la idea cuajó plenamente en monarquías europeas como la francesa, la inglesa o una electiva como la polaca, no lo fue tanto en España, si bien autores como Puigarnau subrayan el valor simbólico de actos no estrictamente vinculados al enterramiento que, como ritos de sustitución con gran fuerza representativa, manifiestan el cese de la vida y la acción física del monarca: se trata de la ruptura del sello regio tras la muerte del soberano, incluso del de su consorte, una ceremonia propia de la Corona de Aragón que enlaza la muerte corporal con el cese del ejercicio real del poder, con su muerte política¹⁴⁰³.

No obstante, entendemos que la reflexión daría explicación a la necesidad, insistimos, en la mentalidad de la sociedad medieval y moderna, de acogerse a una continuidad en la imagen regia, que se articulará en el ceremonial de despedida a los restos del monarca difunto, que serán despedidos y depositados en el sistema sepulcral correspondiente, mientras que en las ciudades de la monarquía, en tanto que “rey ausente” será honrado de manera simbólica a través del ceremonial de exequias, al que ya nos hemos aproximado en anteriores epígrafes. Se trata de mantener cubierto, sin ruptura ninguna, lo que Giese y denomina “interregno ceremonial”¹⁴⁰⁴, una acertada expresión, pues pocas veces se hará tan presente la magnificencia de la monarquía a través de la etiqueta palatina, que cuidará hasta el detalle la expresión de la lealtad al monarca difunto, mientras el nuevo rey adoptará, desde la penumbra del novenario de su retiro, una posición de espera hasta la ceremonia de entrada en la capital.

A diferencia de otras monarquías europeas de la Edad Moderna, la de España parece centrarse más en la despedida del soberano que se incorpora a la imagen histórica dinástica, que en la bienvenida al sucesor, que toma posesión de una herencia

¹⁴⁰³ PUIGARNAU I TORELLÓ, Alfons: “Muerte e iconoclastia en la Cataluña medieval”, en AURELL: Jaume, *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, pp. 197-214. El autor califica la destrucción de la matriz del sello como hecho iconológico. En nuestra opinión, su pervivencia en cera en cientos o miles de documentos autenticados con el mismo prolonga su vida convirtiendo el hecho en una falsa muerte, una puesta en escena, una paradoja estética. Aunque el historiador da cuenta de la relación del entierro de la reina Violante de Bar, consorte de Juan I de Aragón, fallecida en julio de 1431, (Arxiu Municipal de Barcelona, *Ceremonial de coses antigues notables*, I, fol. 30), en la que la muestra en público y destrucción de los sellos de plata de la soberana por su camarlengo, Galcerán de Sentmenat, ante los asistentes, generó abundante llanto y lamentaciones, como una segunda muerte de la soberana. La misma ceremonia tuvo lugar en enero de 1479 con las matrices del sello secreto de Juan II, a la muerte del monarca.

¹⁴⁰⁴ Vid. GIESEY, Ralph: *Le Roy ne meurt jamais. Les obseques royales dans la France de la Renaissance*, París, 1987.

inmemorial. Es un rasgo que puede apreciarse incluso en una observación iconográfica comparada entre las dos ramas de los Austria. Como ejemplo utilizaremos un atractivo estudio de Mínguez Cornelles, que analizó a través de una serie de pinturas y grabados propagandísticos que mostraban las más representativas insignias de poder soberano, como la corona, el orbe, la espada o el collar el Toisón de oro, que son presentados como procedentes de los cielos –tanto de Dios como fuente del derecho divino del soberano cristiano, como de los mitos clásicos de la Antigüedad- para asentar la imagen sucesión regular en la rama vienesa, que se había transformado de proceso de sucesión electiva a una herencia de facto¹⁴⁰⁵. Uno de ellos es especialmente ilustrativo, al recoger la rotundidad del lema del emperador Fernando II: “La corona es de quien tiene justo derecho a ella”. Aquellos Austria empleaban el arte de la pintura y el grabado para reinterpretar el acceso al Sacro Imperio. Los monarcas españoles podrán usarlo, como de hecho lo harán en bóvedas de sus residencias, con alegorías. E incluso en retratos de corte. Pero no será la expresión de una necesidad, la justificación de una transmisión de poder, de la herencia de un reino.

Es cierto, como sostiene Feros, que el paso de un reinado a otro en los territorios que conformaban la monarquía de España era visto como “algo natural”, si bien su consideración en torno a esta transición como carente “de los tonos ceremoniales y legalistas que caracterizaban el entrenamiento de un nuevo rey en otras monarquías europeas”, pues “no había ceremonia de coronación del nuevo monarca y ninguna otra ceremonia simbolizaba la transferencia de soberanía”, no puede ser considerada válida al ignorar el hecho histórico de las proclamaciones de los reyes, así como el valor jurídico y simbólico del alzamiento de pendones en la plazas de las principales ciudades¹⁴⁰⁶. Mas extraño aún resulta que el autor, en el mismo texto, afirme que “la etiqueta ni siquiera establecía prohibición alguna sobre la presencia de nuevo monarca en el funeral de su predecesor”, una arriesgada afirmación que nos obliga a distinguir entre sepelio como entierro y exequias como honras, confirmando, como hemos comprobado a lo largo del presente trabajo y continuaremos haciéndolo, que durante la

¹⁴⁰⁵ MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor Manuel: “*Sine Fine*: Dios, los Habsburgo y el traspaso de las insignias de poder en el Quinientos”, *Libros de la Corte*, Extra 1 (2014), p. 176. El historiador subraya que los príncipes alemanes no aceptaron el pacto inicial entre Carlos V, Fernando I y sus respectivos sucesores, Felipe II y Maximiliano II, en aras de una sucesión alternada de la corona imperial, que pasó sucesivamente a Fernando (1558-1564), su hijo Maximiliano II (1564-1576), dos hijos de este, Rodolfo II (1576-1612) y Matías (1612-1619), y un nieto de Fernando, Fernando II.

¹⁴⁰⁶ FEROS, Antonio: *El Duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, 2002, p. 109. El autor subraya que en la monarquía francesa el rey muerto estaba “vivo en dignidad” hasta que su cuerpo recibía sepultura definitiva.

Edad Moderna los sucesores de los monarcas no asistían al depósito de los restos mortales de sus predecesores¹⁴⁰⁷.

A comienzos del siglo XV las ceremonias tras el tránsito regio eran complejas. Nieto Soria distinguió, en la muerte de Enrique III de Castilla, en 1406, cuatro actos: un llanto por el difunto, un desfile para simbolizar la continuidad del trono, la lectura de su testamento y el propio sepelio¹⁴⁰⁸. Sin embargo, cuando falleció su nieto Enrique IV, setenta años más tarde, interesó celebrar cuanto antes las exequias en su honor en las ciudades castellanas pues, como sabemos, no había testamento que leer. En 1504, Isabel dejó dispuesto que sus honras fuesen de mínimo ornamento, por lo que se pasó prontamente a la proclamación de la nueva soberana, doña Juana. Las ceremonias de entierro y exequias posteriores habrían pasado a una suerte de segundo plano. En cierto sentido, la teoría de Nieto es lógica: no habrían sido necesarios excesivos despliegues de aparato ceremonial, habida cuenta de la estabilidad política del reino¹⁴⁰⁹. En nuestra opinión, la causa no fue tanto la cohesión social y aceptación generalizada de las disposiciones contenidas en el testamento de la reina, sino su propio en torno a su sepelio y sencillo funeral, a lo que ha de sumarse el temprano desarrollo que había alcanzado aún la etiqueta del primero y el fasto del segundo, que no le agradaba.

La monarquía de España hizo frente al interregno ceremonial del óbito regio anteponiendo una suerte de ceremonia de proclamación del nuevo monarca. Sin solución de continuidad se hacía público, en cada ciudad de los reinos, que estos contaban con un nuevo rey a través de la carta en la que se comunicaba a los cabildos o instituciones rectoras de las localidades la muerte del rey y se daba la orden de *alzar pendón* por su sucesor, una misiva que durante el siglo XVII contuvo con frecuencia la orden de disponer lo necesario para la organización de las propias exequias por el difunto¹⁴¹⁰. Se evitaba así, en un plano jurídico, un vacío de poder, pero también aquella no menor relevante zozobra, que hemos enunciado en el contexto de la mentalidad

¹⁴⁰⁷ La última vez que un monarca habría presenciado en entierro de su predecesor habría sido Alfonso X. Fernando III falleció en Sevilla al atardecer del 30 de mayo de 1252, siendo enterrado dos días después, delante del altar mayor de la catedral hispalense. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel: *Fernando III el Santo. El rey que marcó el destino de España*, Sevilla, 2006, p. 263. El autor refiere expresamente que durante el sepelio, al que siguió, nada más sellarse la sepultura, la proclamación de su heredero, Alfonso X, estuvo presente toda la familia, a excepción del infante don Sancho, arzobispo electo de Toledo. Sería, por tanto, una de las últimas exequias de la historia de España en que la familia real estaría presente, pues no tenemos noticias de que en el resto de la Edad Media ni en toda la Moderna fuese así.

¹⁴⁰⁸ NIETO SORIA, José Manuel: *Ceremonias...*, p. 106.

¹⁴⁰⁹ *Ibidem.*, p. 112.

¹⁴¹⁰ En el siglo XVIII la orden de exequias irá generalmente en una carta diferente, aunque fuera remitida desde el mismo lugar y con la misma fecha.

general, que pudiera poner remotamente en peligro la estabilidad política, religiosa o económica de los reinos. El pueblo no tenía tiempo de comenzar a manifestar dolor, o pena alguna. Apenas comenzaba a articular la expresión de la pérdida del monarca, le era presentado el nuevo centro de su lealtad y devoción política.

De forma previa o paralela, con la grandeza y esplendor que solo palacio podía desplegar y de la mano de rito litúrgico que proporcionaba la Iglesia, comenzaban la despedida física y espiritual del monarca con la pompa y aparato con la que se había desarrollado su vida. Se concentraba en pocos días el más difícil equilibrio: la corte habría de unir el esplendor y dignidad de la etiqueta, manifestación al fin de su poder, con sobrio dolor por la pérdida de quien había sido su protagonista. Esta despedida, consistía, como recuerda Barrios, en un “complicado ritual funerario” que se iniciaba cuando en el instante de fallecer el soberano “el cuerpo de guardia se muda a las estancias de quien ya ha sucedido en el trono”¹⁴¹¹. De inmediato, refiere el historiador, el presidente del Consejo de Castilla, el mayordomo mayor y el sumiller de corps llevan al nuevo monarca el testamento cerrado de su antecesor, al que piden permiso para su apertura. Consideramos que la etiqueta de la corte moderna española posee elementos de cuádruple naturaleza, histórica y jurídica, constitutiva y declarativa. Con el acto de desplazamiento al cuarto del sucesor, los tres cargos no sólo proclaman al nuevo monarca, si bien lo hacen en el interior de palacio. Su ruta por las estancias del Alcázar es una declaración de fidelidad al heredero, nuevo monarca, en lealtad a la voluntad del fallecido. Los actos en honor del finado quedan así enlazados a su propia sucesión, como se apreciará en otros detalles como la ubicación de una cortina para que el monarca pueda contemplar el túmulo, durante la posterior ceremonia de exequias, en iglesias como la de san Jerónimo el Real.

Al entrar en el ceremonial aceptamos de buen grado la invitación que hace Lisón Tolosana a conocer de cerca el ceremonial protocolario Austria. Si bien ofrece de un análisis de la imagen real en su conjunto, su acercamiento a la etiqueta palatina, símbolo y a la vez fábrica de una antropología de la majestad regia en la monarquía de España, nos proporciona las mejores claves de “toda una gama de significados, ideas valores, un metalenguaje” sobre el que eleva una elaborada síntesis interpretativa que deseamos

¹⁴¹¹ BARRIOS PINTADO, Feliciano: “Exequias y ceremonial: las honras fúnebres del rey en la Corte”, en ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio (ed.): *El Rey. Historia de la Monarquía*, Vol. III, Barcelona, 2008, p. 389.

aplicar también al ceremonial funerario¹⁴¹². El autor presenta la monarquía como institución de continuidad y estabilidad, aseguradas en la persona del monarca, legítima autoridad máxima. En ella se presenta una relación dinámica entre simbolismo político y realidad social. La monarquía barroca asume un orden ideal permanente que es, por tanto, trascendente, con ribetes de sacralidad¹⁴¹³. Hacia ella convergían lo deseos del ordenamiento social y político de una monarquía compuesta, considerados valores axiomáticos, inmanentes, sagrados. El monarca es agente de cohesión, reina por su realeza, que en la época significaba “magnificencia, excelencia y generosidad”¹⁴¹⁴.

En la interpretación del ceremonial funerario regio es importante no perder de vista en ningún momento el extraordinario poder simbólico del monarca, a la vez sagrado y secular. Cuando cristalizan las etiquetas funerarias, en el segundo tercio del siglo XVII, la monarquía de España era una heterogénea agregación de reinos, territorios y súbditos de un rey, cuya coherencia no se basaba en caprichosas fronteras geográficas en el sentido actual, o en identidades nacionales al modo del siglo XIX. La clave era la pertenencia a una confesión religiosa y la lealtad a una dinastía, el doble cimienta teológico y político que confería solidez a una sociedad. El ceremonial funerario debía evocar por tanto, de forma ritual, ambas esferas de fidelidad.

Cualquier alusión al término *ceremonial* en el interior de la Corte nos remite a una teoría general que debe definir y relacionar conceptos como *celebración*, que podemos describir como aquella acción pública en el seno de una comunidad consistente en una serie de actos –gestos y palabras– distintos a lo cotidiano y de carácter más o menor solemne; *gesto*, noción que relacionamos con un acto de intención, formal, con valor absoluto y estilo como causante de un efecto en la realidad y *rito*, la articulación de celebración y gesto en su conjunto, acompañados de la palabra. Este último se consagra así definitivamente como acción de valor eminentemente simbólico, en función, por lo tanto, de una norma previa de desarrollo que impone pautas de periodicidad y formalidad, haciendo alusión casi continua a realidades, en ocasiones sobrenaturales –religiosas– o simplemente fuera de lo empírico –símbólicas–.

¹⁴¹² LISÓN TOLOSANA, Carmelo: *La imagen del Rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias. Discurso de recepción del académico de número Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana y Contestación del Excmo. Sr. D. Salustiano del Campo Urbano. Sesión del 4 de febrero de 1992. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid, 1991, p. 15. El seguimiento de la construcción conceptual de Lisón nos parece especialmente idónea por su doble condición de historiador y antropólogo, que dota a sus reflexiones de interesantes puntos de vista para el estudio.

¹⁴¹³ *Ibidem*, p. 53. Esos deseos cristalizaban en valores de una sociedad política como el orden, la justicia, la prosperidad, la paz, la diversidad, de interés común y general.

¹⁴¹⁴ *Ibidem*, p. 54. El autor subraya que el soberano representaba “la parte y el todo” de los reinos.

En palacio, cualquier rito representa, es decir, se realiza un acto que significa algo distinto a los movimientos físicos o las palabras¹⁴¹⁵.

Conceptos como los expresados explican qué una corona sobre almohadón y paño negro, en el crucero de una catedral, en plena Edad Moderna, estimule la reverencia y recuerdo del pueblo hacia el monarca fallecido, como hemos comprobado en el sistema exequial renacentista y barroco. Nos hallamos inmersos en un universo simbólico, del que se sirve la monarquía también a la hora de la muerte. El protocolo, la etiqueta, son empleados para dar una imagen apacible de orden, de *quietud universal*, que no debe quebrarse ni siquiera con el luto, que comienza con el tránsito del monarca.

Es el momento de plantearnos si el ceremonial funerario de la monarquía de España, que se recogió de forma escrita principalmente durante el reinado de Felipe IV fue realmente de nueva creación o se limitó a sistematizar tradiciones anteriores. La utilidad de centrar la cuestión, lejos de desgastar argumentos en un debate estéril, traería como consecuencia considerar si la imagen funeraria regia española se construyó a través de formas propias, foráneas o a través de una mezcla enriquecedora de ambas.

Varela afirma que el ceremonial funerario regio español, habiéndose nutrido de elementos medievales y borgoñones, es una creación autóctona y original que, como veremos, quedó fijada el texto sistemático al que nos referimos en el reinado de Felipe IV. A partir de ahí, su evolución habría sido escasa, al menos en lo que a formas se refiere, durante el resto de la Edad Moderna. Para el autor, el peso de las etiquetas de Borgoña, comúnmente aceptado, no fue tal, ni siquiera en otras realidades de la Casa del rey. Así, la adopción iniciada en 1548 de los usos borgoñones se realizó de manera paulatina, no general ni completa¹⁴¹⁶. Nos proponemos averiguar si ciertamente el protocolo funerario, en el interior y exterior de palacio, surgió con independencia de esquemas importados con las etiquetas borgoñonas traídas por Carlos V, por lo que no podemos olvidar que la afirmación de Varela contó años después con sólidos apoyos, como el de Ezquerro, que recuerda los equilibrios a realizar por el duque de Alba al

¹⁴¹⁵ FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, Álvaro: *Casa y Corte de Isabel I (1574-1504). Ritos y ceremonias de una Reina*, Madrid, 2002, p. 212. Los principales factores que confluirían en el ceremonial como tal son el peso de la tradición, las influencias exteriores, la creatividad de sus protagonistas o ejecutores y la articulación del poder, criterio que establece una auténtica y valiosa sistemática del ceremonial, que podría aplicarse a cada conjunto de ritos celebrado con motivo de la muerte regias de la Edad Moderna en España.

¹⁴¹⁶ VARELA TORTAJADA, Javier: *La muerte del Rey. El ceremonial funerario de la monarquía española. 1500-1885*, Madrid, 1990, pp. 13 y 14. El autor define ceremonial funerario como “conjunto de actos, palabras y gestos que poseen un grado importante de codificación (...) comportamientos ritualizados que comienzan a desplegarse en el momento de la agonía regia y finalizan en las exequias”.

reestructurar el servicio de Felipe II, respetando la preexistente Casa de Castilla en la introducción de la borgoñona, haciendo posible la supresión de oficios de la primera con la coexistencia de oficios y funciones en ambas¹⁴¹⁷.

Toda descripción del ceremonial funerario deberá tener en cuenta que a la evolución de su conformación hacia códigos escritos, a los cambios en su estructura, no se llega de manera abrupta, inesperada, sino como consecuencia de un proceso de convivencia de distintas tradiciones, ritos, de una lenta evolución de la concepción de lo necesario para componer la más digna imagen regia.

Cabría preguntarse si la evolución en el ceremonial del entierro de las reales personas es, precisamente, un símbolo de los cambios o permanencias en lo que a historia de las mentalidades se refiere. Lo comprobaremos mediante el análisis del capítulo dedicado al sepelio en el texto de 1651, así como una mayor profundización en el mismo obituario regio jerónimo. No debemos perder de vista que, ya antes del comienzo de la Edad Moderna, la escenografía pública que se ponía en marcha con el óbito ponía de relieve en cada cortejo fúnebre, cada catafalco, cada réquiem, que el sentimiento privado habría pasado a un segundo plano y que la teatralidad, una teatralidad cortesana, barroca, se imponía como un elemento más, y no menor, de la imagen de la majestad¹⁴¹⁸.

9.2.1. El sepelio regio en las etiquetas de 1651.

El capítulo dedicado al entierro de monarcas y “príncipes jurados” en las etiquetas palatinas de 1651 no se escribe ex novo. Es fundamental contar con un claro antecedente, el procedimiento escrito recogido en las instrucciones de Felipe II en los primeros traslados de restos mortales regios a san Lorenzo. Desde 1573 y 1574 hasta las etiquetas de 1651, transcurrieron casi ocho décadas, con órdenes escritas y verbales

¹⁴¹⁷ EZQUERRA REVILLA, Ignacio: “La Cámara”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, FERNÁNDEZ CONTI, Santiago (dir.): *La Monarquía de Felipe II: La Casa del Rey*, Vol. I, Madrid, 2005, p. 136. El objetivo de Carlos V al introducir la etiqueta borgoñona en el servicio del entonces príncipe de Asturias, el futuro Felipe II, habría sido facilitar la coordinación de las élites políticas, sociales y nobiliarias de los reinos y territorios que iban a componer su herencia dinástica. Tras la abdicación en enero de 1556, Carlos V disuelve su Casa de Castilla. La de Borgoña quedaría disuelta seis meses después. El servicio que viaja con él a Yuste procede de ambas, pero cuando se instala en el monasterio, la pequeña corte tendrá una estructura plenamente borgoñona.

¹⁴¹⁸ La exteriorización y teatralidad del luto no fue exclusiva de la familia del rey y la corte, sino que se generalizó en todos los estratos sociales. Sobre cómo esa dramatización social externa ocultó el luto *vid.* CARO BAROJA, Julio: *Las formas complejas de la vida religiosa. Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1978.

de tres monarcas. Entre unas y otras, es más que probable que ni siquiera conservemos la mayoría, que con la práctica y la tradición conformaron una costumbre que no dejó de influir en la redacción final de las etiquetas¹⁴¹⁹.

Lo cierto es que, en el universo de la corte, la puesta en marcha de los espacios o entornos palatinos –cámara, capilla, caballeriza, guardias – desde el mismo momento del óbito regio, comprendía una significación propia que ha de contextualizarse en el entramado de la rica simbología de la monarquía de España, un conjunto de comportamientos a base de signos exteriores que pasaban de generación en generación. Gómez-Centurión subrayó que la memoria y tradición oral de los servidores veteranos en los sitios reales era la base del funcionamiento de la Casa del rey antes de la sistematización de las etiquetas palatinas a mediados del siglo XVII¹⁴²⁰. La fijación de una etiquetas en materia funeraria tuvo que hacerse, necesariamente, con el testimonio oral de quienes habían estado presentes en la entrega de restos mortales, para así normalizar y sistema que aun así, como veremos, no se respetó enteramente.

A la terminación del panteón escurialense, debe añadirse, como significativa aportación de Felipe IV a la imagen funeraria dinástica, que dispusiera que fuera plasmado por escrito el ceremonial de conducción al mismo de los restos regios. Es este uno de los hitos del proceso abierto tras el óbito en palacio, en cuyo interior se ha seguido un protocolo para la preparación del cadáver y su disposición en la capilla ardiente, como hemos visto. Las etiquetas recogieron lo que se venía practicando en torno al velatorio regio, como hemos visto al tratar la organización de la capilla ardiente. Escritas en principio para óbitos acaecidos en el Alcázar, el cuerpo regio había de colocarse en una “cama rica” en el “salón grande”, sobre un tablado de tres gradas cubierto de alfombra y dosel, tras el que se situaba un altar principal en el que se celebraban las misas de pontifical. En los laterales, “arrimados a las paredes del salón”, se ubicaban seis altares, tres por pared, para las misas rezadas, separados por una valla de quienes acudían a presentar sus respetos. Las principales órdenes religiosas acudían a celebrar misas y responsos. Rodeaban el féretro doce monteros de Espinosa.

Mientras la capilla ardiente se ha dispuesto, tiene lugar en paralelo una intensa actividad preparatoria en el Alcázar. Por orden del nuevo monarca, el mayordomo

¹⁴¹⁹ AGP, Histórica, Etiquetas, Caja 50, Expte. 3, *Etiquetas de palacio, Muertes y entierro de los señores reyes de España y príncipes jurados*, 1651.

¹⁴²⁰ GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos: “La herencia de Borgoña: el ceremonial real y las casas reales en la España de los Austrias (1548-1700)”, en RIBOT GARCÍA, Luis Antonio (coord.): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, vol. I, *La corte. Centro e imagen del poder*, Madrid, 1998, pp. 11-31.

mayor escribe tanto al prelado designado para acompañar los restos mortales al monasterio como al prior del mismo “para que esté todo prevenido”, así como al capellán mayor, al frente de la capilla Real, para que nombre a los doce capellanes que formarán parte del cortejo fúnebre.

El acto físico del traslado precisaba de estas órdenes previas por escrito, entre las que destaca la dirigida al prior del monasterio de El Escorial, en la que se encargaba al superior monástico la recepción del cuerpo y su conducción a los panteones. El documento, firmado por el propio monarca, adquirió con el tiempo caracteres formales comunes, siendo abundantes las expresiones estereotipadas; algo muy lógico teniendo en cuenta la muerte frecuente de infantes sobre todo en las últimas generaciones de la Casa de Austria. Normalmente, era hecho llegar horas antes de la salida del cortejo por el mayordomo mayor, con el fin de que hubiera tiempo para que todo estuviese convenientemente preparado¹⁴²¹. Un buen ejemplo de ello es la orden enviada el 31 de marzo de 1621 al Prior del Monasterio escurialense, precisamente para el entierro de Felipe III, que descansa sobre tres bases: la comunicación del hecho luctuoso en sí, la indicación de que se producirá en tiempo próximo la entrega oficial de los restos y, por fin, su colocación según la costumbre –que, como hemos visto, se perfilaría por orden de Felipe IV a mediados del siglo- en los panteones regios.

Para delimitar quiénes eran los protagonistas o responsables del ceremonial de traslado de los restos regios debemos distinguir dos entornos. El primero abarca el propio palacio –o lugar en donde los restos se hayan- y el trayecto por el que discurre la comitiva que conduce el cadáver del monarca o miembro de la real familia. El segundo centra la atención en el momento en que el féretro es entregado, material y jurídicamente, al prior del Escorial (o autoridad eclesiástica del recinto espacio sepulcral en el que van a quedar depositada la caja). Puede pensarse que prevalece la relevancia del primer ámbito en la extensión de la regulación, pero no debe olvidarse que la obligación de custodia se proyecta hacia la autoridad prioral y sus sucesores, proporcionalmente mucho más prolongada en el tiempo.

Comencemos por el primero de los ámbitos, el palacial, en el que tiene lugar el óbito, velación y desde el que salen los restos mortales hacia la sepultura. Las etiquetas cortesanas señalaban en la España Moderna tres oficios palatinos en la cúspide de la

¹⁴²¹ AGP, *Histórica*, Fallecimientos y Entierros, Caja 56, Expte. 1. La necesidad de anticipación temporal en los preparativos es clara: “El Mayordomo mayor lleva Carta de Su Majestad para el Prior de San Lorenzo el Real y despacha con ella algunas horas antes para que esté todo prevenido”.

Casa del Rey, con derecho de acceso a las cámaras privadas del monarca: sumiller de corps, mayordomo mayor y caballero mayor, si bien durante largo tiempo el tercero de los cargos no fue cubierto como tal¹⁴²². El oficio principal del sumiller era asistir al monarca cuando se levantaba y acostaba, así como cuando comía en sus habitaciones privadas. Teóricamente, rey y sumiller de corps no debían separarse nunca: le acompañaba en todas las audiencias, en las visitas a las habitaciones de la reina o cuando se retiraba a su cámara. Como recuerda Feros podía, teóricamente, dormir en la cámara del rey, aunque ninguno lo hacía desde el reinado de Felipe II¹⁴²³. Su variedad de honores y atribuciones incluían el control –cuando no la influencia decisiva en su nombramiento– de los gentiles-hombres de la cámara, que también accedían a las habitaciones más íntimas del monarca. No extraña que fuese, pues, un cargo apetecido. Y en lo que a nuestro estudio toca, cuando un monarca enfermaba, incluso con riesgo de muerte, solo ellos controlaban el acceso al monarca.

La importancia de mayordomo mayor hace que pueda discutirse que expongamos sus funciones en segundo lugar. Responsable de la infraestructura del Alcázar, su mantenimiento, todo lo relacionado con la alimentación, pero con los valiosos derechos de asistencia a toda reunión que tratase cuestiones económicas y –cuestión fundamental– de firma de cualquier pago oficial¹⁴²⁴. Por fin, el caballero mayor no era solo responsable de los establos reales, vitales para el desplazamiento del rey u otro miembro de la Familia Real, del que era, en paz o en guerra, responsable, y a los que debía acompañar. Fuera a la caza o a visitar una ciudad. Tenía derecho de acceso a la cámara privada del rey después de que este se levantara.

Los tres principales oficios palaciales tenían obligación de residir en el Alcázar. Ser mayordomo mayor no significaba necesariamente contar con mayores preferencias reales. Así, el marqués de Velada, mayordomo de Felipe III desde que era príncipe de Asturias, lo siguió siendo cuando este llegó al trono en 1598. Desempeñó sus funciones hasta su muerte en 1615, coincidiendo con gran parte de la privanza del duque de Lerma, pero no hemos encontrado que entre sus encargos le correspondiese acompañar solemnemente al monasterio los restos de ninguna persona real. A *sensu* contrario, los

¹⁴²² Vid. RODRÍGUEZ VILLA, Antonio: *Etiquetas de la Casa de Austria*, Madrid, 1913.

¹⁴²³ FEROS: *op. cit.*, p. 176. En principio, el titular o encargado de la cámara real era el camarero mayor, pero desde las últimas décadas del siglo XVI no se había nombrado persona alguna para ocupar el cargo, pasando sus funciones al sumiller de corps, que adquirió la más alta importancia cerca del rey. En la Casa de la Reina, el cargo de Camarera Mayor perduró como tal durante los siglos XVII y XVIII.

¹⁴²⁴ También acompañaba al monarca en sus visitas a la cámara de su consorte y podía nombrar a servidores de palacio, como mayordomos de menor rango.

favoritos intentaron acaparar los oficios palatinos, para sí o para sus redes familiares o clientelares, siendo precisamente Lerma claro ejemplo de acumulación funcional. Consiguió que Felipe III, además de confirmarle como caballerizo mayor en 1598, le nombrase sumiller de corps, sustituyendo a Cristóbal de Moura. A partir de entonces, fue prácticamente imposible hablar con el monarca sin evitar la presencia del todopoderoso valido. Y toca preguntarnos si, en el ejercicio de esas funciones, a Sandoval correspondió, después de entregar ceremonialmente el cuerpo de Felipe II, volver a hacer el depósito jurídico de algunos de los restos reales fallecidos durante su privanza, entre 1598 y 1618.

La comitiva fúnebre no fue nunca una costumbre exclusiva de las muertes reales: hasta la más humilde aldea castellana se movilizaba para enterrar a sus muertos. La Iglesia incorporó pronto como práctica de piedad, incluida entre el entierro como obra de caridad, el acompañamiento del difunto, tanto en la llamada capilla ardiente, concebida como velatorio, como en el traslado del féretro a su última morada. La disposición del cortejo en distinta calidad y cantidad de acompañantes para su salida desde el Alcázar o Palacio será una importante nota característica del complejo sistema de precedencias. Felipe IV, al ordenar que se escribieran unas “etiquetas”, cristaliza un lenguaje ceremonial que contribuye decisivamente al desarrollo de la imagen regia a la hora de las exequias. El rito del entierro se planifica detalladamente, encajando piezas de un gran puzzle cuya imagen definitiva pretende ser el mayor honor de la Corona, ensalzada en la sencillez del deber de enterrar a los muertos. Habían pasado más de dos siglos desde el primer cortejo fúnebre regio de la Edad Moderna en España, considerando como tal el de la reina Isabel la Católica, que había salido de Medina del Campo para dirigirse a Granada el 27 de noviembre de 1504¹⁴²⁵.

Las etiquetas recogen que al caballerizo mayor correspondía disponer el nombramiento de los doce gentiles-hombres de boca, otros tantos de casa, alcaldes de corte, capitanes de las distintas guardas reales, así como los concretar la presencia de los

¹⁴²⁵ Compuesto por 25 capellanes –entre ellos el humanista milanés y cronista Pedro Mártir de Anglería y el futuro Obispo de Palencia Pedro Ruiz de la Mota-; catorce cantores; el organista Lope de Baena; 9 capellanes de la Capilla Aragonesa; dos reposteros de capilla; cinco alguaciles de Casa y Corte; el Teniente de Mayordomo de la Reina Pedro Patiño; la Condesa de Carmiña; nueve reposteros de cama; tres reposteros de estrados; cinco porteros de palacio; dos coperos; cinco ballesteros de maza; seis moneros de guarda; dos aposentadores; tres caballeros continos; treinta y siete oficiales (hombre de plata, despenseros, aguador, cereros, barrendero, gallonero, carnicero, regatón, caballerizos de las andas, acemileros), tres cocineros; tres mozos de cocina; treinta y cuatro mozos de espuelas y diez escuderos de pie. Desde Arévalo, delante de las andas con el ataúd, caminó un fraile con una cruz procesional de plata, prestada por el Monasterio de San Francisco de esa villa, protegida por una manga de raso negro (AGS, Obras y Bosques, Leg. 4 y 8, Fols. 437 ss.).

doce religiosos de los conventos madrileños de santo Domingo, san Francisco, san Agustín y el Carmen, que harían un total de 48. En total, la de la comitiva formaban parte en torno a doscientos individuos.

El féretro era bajado por los gentiles hombres de la cámara hasta la puerta del jardín, donde era colocado “en las varas”, el coche en que sería transportado. Ahí le despedían, en su caso, el nuevo monarca e infantes. Al contrario de lo sostenido por algunos historiadores, el rey de España nunca asistía al sepelio de su antecesor¹⁴²⁶. Durante la Edad Moderna, ningún soberano acompañó al interior de la basílica escurialense los restos de uno de los progenitores, esposa o hijos, aunque al tiempo del óbito fallecido y rey estuviesen en el monasterio¹⁴²⁷. Desconocemos noticia histórica de que, tras la despedida en el Huerto de la Priora del Alcázar de Madrid u otro lugar ceremonialmente fijado en cualquier real sitio de óbito, los monarcas participasen en la comitiva, con una curiosa excepción: un cronista áulico como fue el duque de Saint-Simon recogió en sus memorias un hecho que el propio Danvila pone en entredicho¹⁴²⁸. Según el noble galo, al regresar de una jornada de caza, Felipe V se habría encontrado con el cortejo que conducía a María Luisa Gabriela de Saboya a su entierro

¹⁴²⁶ Así, Enciso Alonso-Muñumer, describiendo minuciosamente el funeral de cuerpo presente del Virrey en Nápoles Fernando de Castro, VI Conde de Lemos, en octubre de 1601, afirma: “De la misma forma que el príncipe sucesor lo hacía en la Iglesia donde se oficiaban los ritos funerales por una muerte regia, el lugar privilegiado del nuevo lugarteniente y capitán general del reino de Nápoles emulaba y reproducía el protocolo de los Reyes”. Aunque desconcierta que a continuación acuda a la fuente general de su relato para referir que su hijo emuló en los días siguientes la costumbre del ocultamiento regio para visitar la capilla ardiente, es decir, acudía de incógnito y contemplaba el féretro desde el Coro a espaldas del Altar mayor, como hacía su madre, la condesa viuda (RANEO, J.: “*Exequias de don Fernando Ruiz de Castro*”, en “Serie histórica de los virreyes de Nápoles con el ceremonial político de aquella corte y un resumen curioso de quanto ay digno de saberse en aquel Reyno”, BN mss. 2979, fol 524, cit. en ENCISO ALONSO-MUÑUMER, Isabel: *Nobleza, Poder y Mecenazgo en tiempos de Felipe III. Nápoles y el Conde de Lemos*, San Sebastián de los Reyes (Madrid), 2007, p. 324). En todo caso, el análisis de las exequias posteriores del virrey, especialmente del poder simbólico del túmulo construido por Doménico Fontana, que compitió con el realizado en honor de Felipe II en 1599 en la ciudad partenopea, suponen un formidable despliegue de elementos de estudio de la imitación aristocrática del poder de representación regia en los reinos extrapeninsulares, también con motivo del propio óbito. Un despliegue singular de emulación, como alter ego del monarca, de su poder, pero también de legitimación, de fidelidad de los súbditos y buen gobierno.

¹⁴²⁷ Lo consagrado en las etiquetas de 1651 se prolongó durante la Edad Moderna y Contemporánea, hasta que en 1993 y 2000 los entonces monarcas don Juan Carlos y doña Sofía y el resto de miembros de la familia real y otros miembros de la familia de S.M. el Rey acompañaron los restos de don Juan de Borbón y doña María, respectivamente, al pie del altar mayor de la basílica. En todo caso, la ceremonia de sepultura provisional en el pudridero sigue siendo privada, habiendo sido representado el monarca en el entierro efectivo de los Condes de Barcelona por el jefe de su Casa.

¹⁴²⁸ AGP, Reinados, Fernando VI, Caja 535, Expte. 4, *Reales órdenes dirigidas al caballerizo mayor sobre el entierro y honras fúnebres del rey Felipe V y la entrada pública y proclamación de Fernando VI (1746)*. Los usos y costumbres consagraron en cada Real Sitio un lugar desde el que el cortejo fúnebre partía. A la puerta del Huerto de la Priora, a la que hacemos referencia en el caso del Alcázar de los Austrias, podemos añadir la Puerta de la Fama del Palacio del Buen Retiro, por el que saldrían los restos mortales de Felipe V el 14 de julio de 1746. El cortejo fúnebre salió del palacio por la llamada puerta de la Fama, el 14 de julio.

escurialense, y lo contempló en silencio¹⁴²⁹. Entendemos que la referencia alcanza poca solidez ante el hecho de que la conducción de restos tendía a realizarse de noche o a las primeras horas del alba, aunque no podemos dejar de constatar que el camino a El Escorial atravesaba cotos de caza de uso regio, como el monte de El Pardo. Concluyente resulta contrastar los datos con otros probados históricamente, como fue la casi reclusión –en la práctica– de Felipe V en las casas palaciales del duque de Medinaceli, ordenada por la influyente princesa de los Ursinos. Se nos hace muy cuesta arriba pensar que el monarca abandonara, al menos durante las dos semanas siguientes al fallecimiento, su retiro personal.

Otra problemática que trasciende épocas históricas es la cuestión de las precedencias entre quienes se desplazan con los restos. Como regla general será siempre el mayordomo mayor del Rey quien anteceda, incluso sobre el prelado que fuera a celebrar la misa memorial. Como excepción a la regla hemos hallado el entierro de las reinas consortes, en el que la camarera mayor de la difunta se sitúa inmediatamente detrás del féretro, sobre una mula enlutada. Se trata sin duda de deferencia simbólica hacia quien más cerca estuvo de la soberana. No obstante, esa prelación del mayordomo mayor se concreta en la escasa alusión que las etiquetas realizan a los oficios litúrgicos que se han de celebrar en los lugares en los que la comitiva funeraria realice paradas:

“En todas partes donde para el cuerpo a misa, o por otro accidente, precede el mayordomo mayor al prelado”.

Como comprobaremos en lo realizado en la conducción de las reinas consortes, los descansos se realizaban siempre junto a iglesias de localidades significativas del trayecto.

En lo que al obituario regio jerónimo se refiere, fuente clave para comprobar la aplicación de las etiquetas, la primera llave que hace referencia a un acompañamiento de los restos por parte de autoridades será la 22, que corresponde a la infanta Margarita, hija de Felipe III y Margarita de Austria. Años antes de la redacción de las mismas, el obituario comienza a desarrollar lo que denominaremos como un principio de doble custodia de los restos, según el cual el cadáver de la persona real llegará siempre al

¹⁴²⁹ DANVILA, Alfonso: *El reinado relámpago. Luis I y Luisa Isabel de Orleáns (1707-1742)*, Madrid, 1952, p. 65.

monasterio acompañado por una autoridad eclesiástica con rango al menos de obispo, y una autoridad de palacio, con oficio, generalmente, de mayordomo:

“Vinieron con el Cuerpo y hicieron la entrega el Obispo de Valladolid y el Conde de Salazar mayordomo de Su Magd. al P. Prior y Diputados”¹⁴³⁰.

El aspecto temporal de la conducción es relevante. En general, el proceso de traslado de los restos comenzaba y proseguía sin prisa pero sin pausa tras la emisión de la orden regia a la que hemos hecho referencia. Pero no podemos hablar de uniformidad total, ya que el tiempo comprendido entre el óbito y la entrada del cuerpo en la basílica de San Lorenzo osciló, al menos durante la Edad Moderna, entre las menos de veinticuatro horas que transcurrieron desde la muerte de la infanta María Carlota¹⁴³¹, hija del infante Gabriel de Borbón (y nieta, por tanto, de Carlos III), hasta su entierro a pocas decenas de metros de donde falleció el 7 de noviembre de 1787, hasta los quince años que aguardaron en el convento de san Pedro de Alcántara, en Arenas de San Pedro (Ávila) los restos del infante Luis Antonio Jaime, último vástago de Felipe V e Isabel de Farnesio, que no fue conducido al monasterio hasta el 7 de junio de 1800. Reseñamos dos personajes históricos opuestos, sobre los que se abre un abanico de muestras diversas. Si el fallecimiento de una persona regia tenía lugar en Madrid, la conducción de los restos se efectuaba, en la mayoría de los plazos, en el término de cuarenta y ocho horas. La muerte en el propio monasterio de El Escorial sería poco frecuente. Un siguiente estrado serían los óbitos acaecidos en reales sitios próximos a san Lorenzo o a la capital madrileña, como los Palacios de Aranjuez, san Ildefonso o Valsaín, que lógicamente amplió en la mayoría de los casos el tiempo del cortejo fúnebre en marcha. Hablaremos de meses cuando el fallecimiento se produce fuera de la península, como fueron los casos del infante don Fernando de Austria, hermano de Felipe IV, o el propio don Juan de Austria, que falleció en Namur (Países Bajos). Ejemplos paradigmáticos serían los de Carlos IV y María Luisa de Parma, cuyo óbito se produjo, como veremos, con menos de tres semanas de diferencia en Roma y Nápoles, siendo depositados en el Panteón diez meses después.

¹⁴³⁰ AGP, *Lista...*, Llave 22, *La Infanta Doña Margarita*.

¹⁴³¹ AGP, *Histórica*, Fallecimientos y Entierros, Caja 56, Expte. 31, *Noticia de Fallecimientos y Entierros de Personas Reales...*. La muerte de la Infanta a los tres días de edad marcó, como veremos más adelante, el comienzo del declive físico de Carlos III, que vio desaparecer sin remedio a su hijo predilecto, el Infante Don Gabriel, su nuera, la Infanta portuguesa María Ana Victoria, y los dos hijos de la pareja, la párvula citada y un varón, Carlos José. En dieciocho meses, los cinco bajaron al sepulcro, como en los tiempos de mayor luto de 1568 (reinado de Felipe II) ó 1660-1661 (reinado de Felipe IV).

La distancia desde el lugar del óbito hasta el monasterio de san Lorenzo o cualquier otro sistema sepulcral de la monarquía de España hacía necesaria la formación de largos cortejos, de las que quedan numerosos testimonios iconográficos y reinterpretaciones posteriores. Contamos con dos significativos ejemplos. El primero fue la mejor excusa para el éxito de la pintura historicista española del siglo XIX. Nos referimos, claro está, a la visión del mito de comitivas mortuorias regias por los campos de Castilla, representado en el lienzo de Francisco Pradilla conservado en el Museo del Prado, que recoge la presencia sobrecogedora de Juana I de Castilla ante el féretro de Felipe el Hermoso¹⁴³². Se trata de la mejor muestra del mito de cortejo regio errante, cuando el trayecto de los restos del primer Felipe fue menor a quince días. Un segundo caso actuará precisamente como cierre de la Edad Moderna, el grabado que recoge el cortejo fúnebre de la reina consorte María Luisa de Parma a su salida de Roma, en 1819¹⁴³³. A pesar del relativo escaso espacio de la ilustración, aparecen más de trescientas personas en ordenado ceremonial, lo que llama la atención por dos razones: hablamos ya de principios del siglo XIX, finiquito de la Edad Moderna en cuanto a sistemas sepulcrales se refiere, y nos referimos a una reina fallecida en el exilio, dos argumentos que deben subrayar la importancia de ese ceremonial regio que en tiempos de Felipe IV, como estamos analizando, fue perfilando su contenido de forma nítida.

La nocturnidad es nota frecuente en las conducciones al monasterio. En varias actas de traslado de reyes e infantes, conservadas en el Archivo General del Palacio Real de Madrid, se constata que la comitiva penetraba al monasterio de san Lorenzo al alba, accediendo por el paseo de los Álamos. La noche servía –y acompañaba– al luto para recorrer un camino que obviamente se cubrió paulatinamente en menor tiempo. En todo caso debemos tener en cuenta que durante toda la Edad Moderna no se alteró sustancialmente la cronometría de las llegadas a San Lorenzo, al menos cuando los restos salían de la ciudad de Madrid: hasta 1851 no fue inaugurada la línea férrea que aún así no fue usada en la generalidad de los casos.

¹⁴³² Vid. GARCÍA MELERO, José Enrique: “Lugar de encuentros de tópicos románticos: Doña Juana la Loca de Pradilla”, *Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del arte*, 12 (1999), pp. 317-342.

¹⁴³³ FERRARI, Filippo, PETRINI, Giovanni: *Transporto solenne del cadavere di Maria Luisa di Borbone regina delle Spagne e delle Indie*, Grabado (52 cm de alto por 73 cm. de ancho). La obra fue adquirida por un coleccionista privado en subasta celebrada en Madrid a principios de la década de 2000. La composición sorprende por su detalle y perspectiva, detectándose una voluntad decidida por los coautores por mostrar la majestuosidad del cortejo que corresponde a una reina, aun fallecida en el exilio.

9.2.2. La entrega de los restos mortales a la comunidad jerónima.

Las etiquetas son parcas en lo que la entrega y participación de la comunidad jerónima se refiere, pues el texto no se extiende en cuestiones que la práctica hizo necesario definir:

“Sube el entierro desde El Escorial à San Lorenzo por la calle de los álamos, sale la comunidad hasta el pórtico à recibir el cuerpo, y alli le ponen sobre un bufete cubierto con un paño de brocado y el suelo alfombrado, los gentiles hombres de la boca le bajan de las baras, y desde alli le llevan los grandes, mayordomos y de la camara y le ponen en la yglesia encima de un tumulo donde se quedan los moneros de guarda, y haviendo hecho los oficios toman el cuerpo los grandes, mayordomos y de la casa y le llevan hasta la sacristia donde esta la puerta de la boveda y sobre un bufete adornado de la misma manera que el del portico asientan la caxa y la abren con la llave que da el mayordomo mayor y el prelado hacen el entrego al prior ante un secretario de estado que se halla alli para este efecto y da testimonio de ello al mayordomo a quien se encarga esta funcion que precede al prelado y tiene el mismo lugar que el mayordomo mayor, y à la puerta de la boveda le toman los moneros y le dejan y ponen en el lugar donde ha de estar, y los cavalleros se buelven à Madrid”.

Lo cierto es que el obituario jerónimo recoge muestras del ceremonial funerario más precisas. Así, con ocasión de la muerte del archiduque don Carlos de Austria, tío materno de Felipe IV, se describe de manera precisa cómo eran acogidos en El Escorial los restos de las reales personas:

“Púsose en la puerta del pórtico debajo de la Librería el Altar que sirve en el monumento, cubierto de un brocado, y debajo del una alfombra, y en el medio de la yglesia, el túmulo que está y se guarda para estas ocasiones en la bóveda debajo de los capítulos, con las alfombras ordinarias, terciopelo y paño de brocado del emperador (...)”¹⁴³⁴.

Aunque el documento fuese de uso interno en la comunidad, la dignidad del rito hacía necesario disponer con antelación de los ornamentos de altar y las vestiduras litúrgicas. La fuente refiere que para el infante don Carlos se puso junto al pórtico el cajón forrado que hacía de altar para el monumento dispuesto para el Jueves Santo,

¹⁴³⁴ AGP, *Lista...*, Llave 26, *El Archiduque Carlos de Austria*.

identificando incluso el lugar donde quedaba guardado tras su uso, así como el terciopelo con las alfombras con que se cubrió:

“quando avisaron salió todo el convento, colegio y seminario con velas encendidas y el celebrante comenzó el oficio como lo dispone el procesionario y mientras el pater noster echo agua bendita y incensó el cuerpo que estaba sobre la dicha mesa y acabada la oración, los cantores comenzaron el responso subvenite, y los caballeros trujeron el cerpo y le pusieron en el túmulo de medio de la yglesia y se cubrió con el paño y dosel que venía con el ataúd desde Madrid y encima la cruz y corona y estoque, y por ser muy tarde no se dijeron los nocturnos de difuntos sino tres responsos. Los dos a cantos de órgano y el uno a canto llano y en todos se rodeó el túmulo y cuerpo al pater noster con Agua bendita y yncienso y se dixerón las oraciones competentes por el celebrante. Luego se comenzó la antífona inparadisum, y en tanto llevaron los caballeros el cuerpo a la puerta de la Bóveda y allí se hizo la entrega dicha por el Sr. Conde y Obispo de Orense y dieron la llave a nuestro p. prior, que se halló presente a este Acto, y entrando el convento seguido en la yglesia cantando el psalmo Miserere mei deus y Benedictus con las Antífonas duplicadas como doble y acabada su entrega volvió el celebrante a la yglesia y dijo la oración y se concluyó con el oficio por este día”

Destaca la descripción de la función que al prior se reserva en la entrega, no sólo la recepción del cuerpo a la entrada principal del monasterio, en el pórtico situado en la parte Oeste de la lonja, sino la presidencia del oficio funerario en sí. Una vez colocado el féretro sobre la segunda mesa, ya en el interior de la basílica, el superior de la comunidad procedía a incensarlo y rociarlo de agua bendita, mientras se rezaba el Padrenuestro. Recogía también la llave “a la puerta de la Bóveda”, es decir, en la antesacristía del monasterio, de manos del mayordomo mayor o el mayordomo que como autoridad civil había presidido la comitiva por encargo del monarca. El cuerpo quedaba ubicado en una tercera mesa en dicha sala, entre el cuadro de la Anunciación y la fuente con la que contaba su amplio espacio. Era allí donde tenía lugar, generalmente, la identificación del difunto, que consistía en la identificación visual de su rostro, cuando era posible, por el diseño de una ventana de vidrio en el féretro. El obituario jerónimo refiere el que se realizó con ocasión del depósito del príncipe Manuel Filiberto de Saboya, en 1625:

“Y aviendo dado la llave para ello el Sr. Obispo de Cartagena se abrió el Ataúd (que traía dos cerraduras a las cuales hacía una llave) en su presencia y del dicho Conde de Orgaz y de los demás caballeros y gentiles hombres de la

Cámara de Su Magestad y de su Alteza y del Padre Vicario y de los Padres Diputados deste Convento y vieron todos que dentro del Ataúd venía otra caja de madera y envima della una Cruz de plomo y dentro desta caja de madera venía otra de plomo a manera también de Ataúd los quales abrieron dos oficiales desta real fábrica lo que vastó para descubrir la cabeza del Serenísmo Señor Príncipe Filiberto y ser conocido por los caballeros y por los P. Vicario y Diputados que estuvieron presentes de los quel dio fe Melchor de Aparicio nuestro escribano por no haber venido secretario de la orden de Su Magestad que la pudiesse dar lo qual hecho y acabado los dicho dos oficiales cmpusieron las dos cajas de plomo y de madera y las clavaron y puestas dentro del Ataúd se cerró con su llave que se entregó al P. Vicario y los caballeros continuaron y llevaron el cuerpo a la bóveda donde se dejaron le dejaron los monteros junto al de su hermano el Príncipe de Piamonte D. Philippe Emanuel como Su magestad lo tenía mandado por su carta”¹⁴³⁵.

La presencia de llaves, que da nombre a los registros del obituario jerónimo, hacía posible la normal apertura de los féretros. En el caso referido fue necesaria la presencia de operarios para abrir los féretros interiores. Hemos omitido la cita de una segunda apertura excepcional, precisamente en aquel sepelio, motivada por la llegada inmediatamente posterior del secretario del Rey, don Antonio González de Legarda. Esta se le permitió en su condición de fedatario regio, realizándose ya en la bóveda intermedia.

La llave referida al archiduque Carlos continúa refiriendo lo realizado en el segundo día de los actos de su sepelio, en que

“se quitó el túmulo y vaneos, y se puso el ordinario con su dosel, cruz y corona y se dispuso lo necesario para la misa que celebró el dicho Sr. Obispo de Orense de pontifical, con los mismos ornamentos y con lo que la sacristía tiene y todos los ministros fueron de religiosos de la casa, y acabada la misa se quitó la casulla, manípulo, dalmática y tunicela y le vistieron la capa del dicho ornamento y se hizo la absolución con el Responso a canto de órgano con la solemnidad acostumbrada y mientras se cantaba estuvo sentado el Señor obispo en la Silla que para esto se baxó del altar y hizo lo demás que ordena el misal con el agua bendita y ynciensó y dixo la oración absolve y luego los cantores Requiescat in pace con que se acabó este oficio y los caballeros y demás que acompañaron el cuerpo se volvieron a Madrid”.

El obispo que había acompañado al féretro desde Madrid celebraba una misa de réquiem vestido de pontifical, si bien se le bajaba la silla del altar mayor, como símbolo

¹⁴³⁵ AGP, *Lista...*, Llave 27, *El Príncipe Filiberto, Gran Prior de S. Juan*.

de la separación de jurisdicciones. El último rito de agua bendita e incienso era realizado por este con la capa del ornamento propio que se había escogido para el entierro.

También con ocasión de la muerte de la tercera de las hijas de Felipe IV e Isabel de Borbón, en 1627, se describe con cierto detalle el sepelio de un párvulo a partir de su llegada a san Lorenzo:

“Hizo el oficio nuestro P. Prior fr. Lucas de Alaejos, con ornamentos Blancos que sirven el día de la natividad de nuestra Sra. Diácono y Subdiácono 4 Capas de Acompañados y seis de Cantores (...). En la Puerta Principal del Pórtico se puso una Alfombra y sobre ella un Bufete cubierto con un Paño o Dosel de Brocado y en medio de la Yglesia y cimborrio uno de los Altares que sirve el día del Corpus también cubierto de Brocado y Rodeado de Alfombras (...). El que llevaba la Cruz y los cuatro Acólitos de ciriales, yncienso y Agua bendita fueron vestidos con [d]almática y tunicelas blancas (...)”¹⁴³⁶.

Como en la muerte del archiduque, la alternancia de los ternos se realizaba según la jerarquía y la edad de la real persona que era enterrada, tanto en el altar mayor como en las decenas de altares laterales del templo. En el entierro de párvulos procedía, como vemos, el blanco.

“Las Antiphonas Psalmos y oraciones se dijeron como lo dispone el manual toledano. Salió el que llevaba la Cruz y los Acólitos con los ciriales, Luego los seminarios, Collegio y Convento, cubiertos con sus mantos y velas encendidas, quedóse el que llevaba la Cruz en la Última Grada del pórtico y los seminarios por su orden de suerte que los más ancianos y Viejos llegavan a zerca del Cuerpo. El P. Prior estuvo detrás del Cuerpo de su Alteza, a la caveza del con sus ministros y Acólitos que llevavan el incienso y Agua bendita. Comenzaron los cantores la Antiphona *sit nomi domini* y el Salmo *Laudate pueri dominu*. Repetida la antífona *si nomi* dijo el Prior los versos y oraciones como lo pone el Procesionario y acavada comenzaron los Cantores la Antífona *iuvenes et virgines* con el *Salmo Laudate dominu de celis* prosiguiendo todo el coro y llevando el Cuerpo los Cavalleros”.

La mezcla de ceremonial y liturgia muestra el carácter religioso de una ceremonia en la que estaba presente el valor ritual del canto. En nuestra investigación hemos aludido constantemente a la comunidad jerónima del monasterio, sin distinguir entre los religiosos que componían su convento, colegio y seminario. Esta exposición

¹⁴³⁶ AGP, *Lista...*, Llave 28, *La Infanta Doña María Margarita*.

del ceremonial muestra con claridad la precedencia de los ancianos, que ocupaban el lugar más cercano al féretro de la real persona, junto al grupo que encabezaba el prior. Esta cercanía al difunto convivía en perfecta armonía con quienes traían el cuerpo y lo depositaban en la mesa dispuesta en el pórtico, exactamente bajo la “librería” o biblioteca del monasterio, en la que tenía lugar el acto jurídico de recepción de los restos.

“Entró la procesión en la Yglesia y pusieron el Cuerpo sobre la mesa que para esto estava aparejada, y se dijeron por el P. Prior los versos y oración por el manual echando agua bendita y yncienso al pater noster como se acostumbra y acavada la oración los Religiosos subieron al coro y se prosiguió y dijo la Misa de Ángeles votiva con música y organo y en ella se dijo Gloria y Credo. Celebrola el P. Prior y acavada dejó la Casulla en la Sacristía y tomó la Capa y los Religiosos cubiertos con sus mantos y velas Blancas encendidas (como antes) salieron al cuerpo y nave principal de la yglesia y los cantores comenzaron la Antífona y cántico Benedicite y mientras el coro cantó esto y otros psalmos con el órgano se llevó el cuerpo por los cavalleros a la Bóveda y a la puerta Le entregaron a los monteros de Espinosa y se le hizo la entrega al P. Prior y Diputados con todas las solemnidades (...)

Una segunda mesa o sencillo catafalco, muy diferente al de las grandes exequias que analizamos en su momento, se preparaba en la nave central de la basílica, frente al altar mayor. Tras subir los monjes al coro del templo se celebraba, si el fallecido era un párvulo, misa de ángeles. Si era adulto, misa de Réquiem. Tras la eucaristía, el prior bajaba con capa y se procedía a la entrega jurídica, que por lo general, en la Edad Moderna, tenía lugar en la antesacristía del monasterio. En la crónica que contiene la llave de la infanta María Margarita prima, como hemos visto, la descripción del papel de la comunidad de jerónimos.

Es cierto que una vez ante el pórtico principal del Monasterio, antes de penetrar en el patio de los Reyes, comenzaba la fase más ceremonial del proceso, tanto por el carácter simbólico de cada uno de los actos como por su repercusión histórico-jurídica. En las últimas décadas del siglo XVI y las primeras de la centuria posterior, se produjeron situaciones confusas con respecto al principal signo sacro que presidía la comitiva. Desde Madrid o el lugar de óbito, precedía al cortejo una cruz de pie, generalmente la de la Real Capilla. No fue siempre así. En la conducción de los restos de Isabel la Católica hasta Granada, Azcona nos informa que encabezó la comitiva la

cruz del convento de los franciscanos de Arévalo¹⁴³⁷. El uso y disposición de los símbolos religiosos en la comitiva con los restos regios se regularía más tarde, cuando surgieron problemas en la entrada de los cortejos fúnebres al monasterio de El Escorial. Lo precedía, como decimos, la cruz alta que se denomina convencionalmente “de la capilla”¹⁴³⁸. A su llegada, aguardaba la cruz del monasterio, junto a la que permanecían los monjes.

Las discusiones sobre la precedencia de una u otra durante el resto de los ceremoniales (entrada de la procesión y colocación en el interior de la basílica en las misas o el rezo de responsos) llegaron a un punto crítico en noviembre de 1661, cuando falleció el príncipe de Asturias Felipe Próspero, hijo de Felipe IV y Mariana de Austria. Los restos del malogrado heredero, que no llegó a cumplir cuatro años, fueron conducidos por el marqués de Malpica, gentilhomme de Cámara y mayordomo mayor, al monasterio de El Escorial. Sea por la incomodidad de la situación, que traspasó los límites que la comunidad jerónima estaba dispuesta a soportar, o por la repetición de los incidentes y discusiones con motivo de los que habían sido frecuentes entierros de pequeños infantes, el rey terminó disponiendo una real cédula detallando el lugar preciso en que la procedente de palacio debía ceder la posición a la del monasterio, aunque para la primera, en decisión salomónica, aseguró una posición eminente, ante el altar de San Jorge, en el interior de la basílica, durante los actos funerarios.

“Por haberse ofrecido desavenencia, entre los de mi Real Capilla, y este Convento Real, en ocasión que se trajo a él el cuerpo del Príncipe Don Felipe Próspero mi hijo, sobre la entrada de la Cruz de la Capilla, y conviniendo dar en esto una regla fija, para que se excusen semejantes controversias y se corra de toda buena conformidad, como se requiere, particularmente, siendo ambas Capillas mías. He tenido a bien declarar, que en lo casos de esta calidad entren juntas las Cruces de la Capilla y del Convento, hasta un paso antes de emparejar con el principio de los dos pilares primeros que están a los pies de la Iglesia; y en llegando a este sitio, se encaminará la de la Capilla al Altar de San Jorge, que está en el hueco del pilar del lado de la Epístola, y mira a la reja de la entrada de la Iglesia, donde se ha de arrimar; y proseguirá la Cruz del Convento a ponerse

¹⁴³⁷ AZCONA, Tarsicio de: *Isabel la Católica. Vida y reinado*, Madrid, 2002, pp. 603-604. Entendemos que la cruz se incorporó en Arévalo o fue llevada desde el monasterio para tal fin, pues el autor describe la ruta entre la localidad de fallecimiento y la de reposo definitivo: Medina del Campo-Arévalo-Cardenosa-Ávila-San Martín de Valdeiglesias-Toledo-Manzanares-Torre del Campo-Jaén-El Viso-Los Palacios-Mengíbar-Espelique-Granada.

¹⁴³⁸ Como tal es descrita en el orden del cortejo descrito en AGP, Histórica, Caja 56, Expte. 1, en el que se expresa que ésta sigue a “*la caballería con el guión*” y precede al “*capitán de la guardia española*” (en el caso de que este no sea Gentilhombre de Cámara, ya que iría con éstos). La posición protocolaria en la procesión se define como “la Capilla con la Cruz”.

y estar en su lugar acostumbrado, durante los oficios; y así mando se obre, y ejecute, precisa e inviolablemente en todo tiempo, sin contravenir a ello en manera alguna, que tal es mi voluntad. Para lo cual mandé despachar la presente firmada de mi mano, refrendada por Don Luis de Oyanguren, mi Secretario de estado y de despacho universal, y sellada con mi sello secreto. Dada en San Lorenzo, a tres de Noviembre de mil seiscientos sesenta y dos años. YO EL REY. Don Luis de Oyanguren”¹⁴³⁹.

Tan atípica muestra de supremo y moderador arbitraje debió ser conservada como oro en paño por los jerónimos, pues la Real Biblioteca del Monasterio conserva copia exacta de la cédula, que por su signatura tardía apuntamos quizá fuese realizada cuando el grueso de la documentación del archivo escurialense pasó al Archivo del Palacio Real de Madrid¹⁴⁴⁰. El documento regio describe la cruz como “Guión de la Capilla”, otorgando al signo sacro una utilidad de guía de la procesión similar a la de estandarte o bandera, para la que quedaría reservado el término en lengua castellana posteriormente. La existencia de la cédula de Felipe IV volverá a ser puesta de manifiesto expresamente al ser consignado en el obituario regio jerónimo, más de un siglo después, el depósito de uno de los nietos de Carlos III, el infante don Felipe, hijo de los entonces príncipes de Asturias Carlos y María Luisa de Parma¹⁴⁴¹.

Fue tal el celo de la comunidad jerónima en este sentido, que cuando se recibía un féretro bajo el pórtico, antes de continuar la procesión por el patio de los Reyes hacia la fachada de la basílica, tras leer la carta de entrega del cuerpo, se procedía a la lectura de la disposición de Felipe IV de 1662 en la que se ordenaba que la cruz de la Real Capilla debía quedar, con sus miembros, en el altar de san Jorge, sin pasar de los dos primeros pilares del templo. Era una cuestión de jurisdicción territorial canónica. Si el clero proveniente de palacio sobrepasaba ese punto, “los religiosos no pueden estar en el coro, ni tienen para que, sino irse a sus celdas”, rezaba un documento del siglo XVIII que amplía lo contenido en las etiquetas del anterior¹⁴⁴².

¹⁴³⁹ AGP, Histórica, Fallecimientos y Entierros, Caja 56. Expte. 7, *Traslado de la Cédula Real que Su Majestad el Señor Rey Don Felipe Cuarto que Dios guarde dio sobre el punto de entrar el Guión de la Capilla Real en los entierros de Personas Reales en la Iglesia Real de S. Lorenzo*, 3 de noviembre de 1662.

¹⁴⁴⁰ RBME, Caja LIX, 48, Copia de la real cédula de Felipe IV fijando el modo de entrar las cruces en el monasterio en casos de defunciones reales, 3 de noviembre de 1662. El suceso que originó la decisión de Felipe IV también es referido por fray Francisco de los Santos en su *Quarta parte de la Historia de la Orden de San Gerónimo* (Madrid, 1680, pp. 196 y 197).

¹⁴⁴¹ AGP, Lista..., Llave 56, *El Serenísimo Sr. Infante de España D. Felipe*. El monje se referirá a la “Rl. Cédula del S. Phelipe 4º de 3 de noviembre de 1662 sobre el lugar que debe llevar el Guión de la Capilla Rl. y el sitio a donde debe retirarse luego que entre en ntra. Yglesia”.

¹⁴⁴² RBME, Z-IV-17, *Orden de proceder en los entierros de cuerpos reales*, fol. 56 v.

A pesar de que el aparato ceremonial desplegado podía variar notablemente de tratarse de un monarca propietario a un infante malogrado a los pocos días de su nacimiento, toda conducción de cadáver regio a los panteones escurialenses trajo consigo, entre los siglos XVI y XIX, la necesidad de proveer de alumbrado tanto a la comitiva fúnebre que viajaba al monasterio, como al espacio conmemorativo mortuario: la iglesia principal y las criptas situadas bajo su altar mayor. La alusión expresa a la procedencia de la cera, pero sobre todo la cuantificación de su gasto, frecuente no solo en memorias económicas o libramientos conservados, sino en las propias actas de entrega de restos a la comunidad jerónima, revelan la importancia del oficio de cerería en la vida palatina. No pocas veces se mencionarán conflictos en torno a la cera en el obituario jerónimo. En el apartado referido a datos biográficos y mortuarios del infante Alonso Mauricio, último hijo de Felipe III, aparece una nota discordante que no casa con el tono solemne y dinástico de sus antepasados, consignados en el mismo documento:

“...fue recibido en el Pórtico por todo el Convento, Colegio y Seminario con ornamentos y Cera blanca que cedió la Cerería del Rey como en los demás entierros de personas Reales porque estaba aquí Su Majestad y aunque no esté la dan los que vinieren con el Cuerpo Real”¹⁴⁴³.

El autor del texto aclaraba así por primera vez que era el oficio de cerería el encargado de proveer de alumbrado al cortejo fúnebre. Hacía menos de tres lustros que fallecía un monarca en el propio monasterio, pero por alguna razón que desconocemos fue necesario precisar que el hecho de que un infante falleciera en el Cuarto Real de san Lorenzo no significaba que la comunidad debiera proveer la cera en las ceremonias. Y fue necesario volver a hacerlo, al menos que sepamos a través del obituario regio, en numerosas ocasiones, de las que extraemos las expresiones que nos parecen más significativas que los jerónimos escogieron para subrayar que la comunidad no tenía obligación de proporcionar la luz necesaria para la ceremonia del entierro. Así, con motivo de la muerte de la infanta María Margarita, tercera hija de Felipe IV e Isabel de Borbón, cuyos restos llegaron al monasterio el 22 de julio de 1625, su féretro fue colocado en un túmulo:

¹⁴⁴³ AGP, *Lista...*, Llave 21, *El Infante Don Alonso Mauricio*.

“...con los ocho Blandones y Candeleros con hachas de cera blanca de la cerería de su Magestad, que la dieron para éstos y para los del Altar mayor, collaterales y los demás de toda la yglesia y para todos los Religiosos de Conbento y colegio y a los Seminarios”¹⁴⁴⁴.

Por si no hubiese quedado claro, pocos años después, con motivo del depósito de la infanta Isabel María Teresa, hija de Felipe IV e Isabel de Borbón malograda a las pocas horas de nacer, se consignaba:

“se advierte que también en este entierro y Recivimiento de la Sra. Infanta trujo la cera el oficial de casa Real y se quedó el paño que venía sobre el Ataúd, como se a hecho con todas las demás personas Reales”¹⁴⁴⁵.

En marzo de 1634, la comunidad jerónima dio un paso más. A la llegada de los restos de Francisco Fernando de Austria, hijo natural de Felipe IV, dio por sentado que siendo Sábado Santo el alumbramiento extraordinario de la basílica había de correr a cargo del oficio de cerería. Y quedó consignado así en el cuaderno registro:

“de la cerería de su mag. se dio cera al convento collegio y seminario y della también se dio para seis candeleros del altar mayor y quatro en cada una de las reliquias y en todos los demás altares de la yglesia a dos cada uno y en los ocho candeleros que avía en el túmulo y en los seis de las gradas del altar mayor se pusieron hachas grandes de la dicha cerería de su mag. por estar compuestos los altares de blanco para la pascua del ornamento de brocado blanco y amarillo sirvieron para esta ocasión pues todo era blanco”¹⁴⁴⁶.

Con la muerte de otra hija de Felipe IV, la infanta María Antonia, en 1636, la misma fuente nos proporciona los distintos tipos de velas y su distribución durante la ceremonia de entierro, que básicamente respondía a la necesidad de alumbrar el altar mayor de la basílica, al que se destinaban “seis velas grandes”, y “para los candelabros de las gradas seis blandones grandes”, es decir, las escaleras del mismo altar, así como el túmulo donde se depositaba el cuerpo para los oficios, donde se alineaban “ocho blandones” del mismo tamaño¹⁴⁴⁷. Ocho “velas menores que las del altar mayor” se

¹⁴⁴⁴ AGP, *Lista...*, Llave 28, *La Infanta D. María Margarita*.

¹⁴⁴⁵ AGP, *Lista...*, Llave 29, *La Infanta D. Isabel María Theresa de los Santos*. En este caso, la cortísima edad de la fallecida no debe confundir en torno a que fuera posible menor cantidad de cera, como si la misa de gloria en su recuerdo requiriere menos aparato litúrgico.

¹⁴⁴⁶ AGP, *Lista...*, Llave 31, *Don Francisco Fernando*.

¹⁴⁴⁷ AGP, *Lista...*, Llave 33, *Infante Doña María Antonia*. Naturalmente, todas ellas “de la cerería de su magestad”.

repartían entre los dos altares laterales de las reliquias. La misma llave contempla dos “velas ordinarias” en cada uno de los demás altares de la basílica, además de una vela para ser portada por cada uno de los monjes y seminaristas del colegio y seminario que formaban parte de la procesión que acogía el cuerpo desde el pórtico. El número de velas era grande, como el gasto. Incluso algunas llaves del Obituario recogieron expresamente cuántos altares tenían que ser iluminados en la basílica. La primera fue la referida a Manuel Filiberto de Saboya, cuyo entierro había tenido lugar el 21 de diciembre de 1625, con un túmulo

“...con ocho blandones encendidos a dos lados y 6 en las gradas, y en el altar mayor 6 cirios y ocho en los colaterales y dos velas en cada uno de los 40 Altares de la iglesia todas ardiendo con la cera que se trujo por orden de Su Magestad”¹⁴⁴⁸.

La segunda, con expresión casi contable, que choca con la redacción poética, dulce y luctuosa que dedicaba resto de la llave a la infanta María Ambrosia:

“...estaba dispuesta con túmulo con ocho blandones de cera blanca y el Altar Mayor esta encendido con las seis velas y los colaterales cada uno con quatro y cuarenta altares a dos velas cada uno ... llevaba los religiosos y seminarios todo de la cereria de su Magestad como se acostumbra...”¹⁴⁴⁹.

No extraña, por tanto, que a partir de entonces se acusaran fallos en este sentido. Y que no dejasen de quedar por escrito en el propio obituario, que reproducimos por el significado que alcanzan, especialmente en llaves tan representativas como la del cardenal infante don Fernando de Austria, cuyo redactor se extiende en prolijos detalles que parecen mostrar especial aprecio, casi personal, por el finado, nacido en 1609 en el Cuarto Real del monasterio. Por lo que, al convivir con detalles como este, demuestran la preocupación de los monjes por el gasto de la cera:

“Faltaron algunas velas (por descuido, o demasiado cuidado del cerero) para los Religiosos, y para los altares colaterales, y otras seis que se ponen en la bóveda donde están los cuerpos reales, todo esto se suplió de la cera del convento”¹⁴⁵⁰.

¹⁴⁴⁸ AGP, *Lista...*, Llave 27, *El Príncipe Filiberto, Gran Prior de S. Juan*.

¹⁴⁴⁹ AGP, *Lista...*, Llave 37. *La Infanta María Ambrosia*. La infanta María Ambrosia de la Concepción fue enterrada el 22 de noviembre de 1655.

¹⁴⁵⁰ AGP, *Lista...*, Llave 34, *Infante Cardenal Fernando*.

Desde 1655, con motivo del entierro de la infanta María Ambrosía, hija de Felipe IV y su segunda consorte, Mariana de Austria y hasta más de un siglo después, no habrá referencia alguna a la velas e iluminación en el interior de la basílica del monasterio de El Escorial en el cuaderno registro jerónimo. Un hecho excepcional que muestra que o no hubo discusión entre la comunidad del monasterio y el oficio de cerería con motivo de los entierros regios, o estos no fueron de la suficiente envergadura como para ser consignados, una extraña paz lumínica en la fuente jerónima que entendemos fue real.

Al fallecer la reina María Amalia de Sajonia, esposa de Carlos III, en septiembre de 1760, el monje que recogió los datos de la ceremonia de su entierro reflejó que las velas habían corrido, con normalidad, de parte de la cerería, enumerando los puntos de luz¹⁴⁵¹: “La Cera se dio de la Cerería de S. Mgd. para el Altar Mayor, Túmulo, Candelero grande, altares de la yglesia y para los Monges y Seminarios”. Aparece así un “Candelero grande”, que identificamos provisionalmente, pendientes de futuro estudio, con uno de los voluminosos que, con forma externa de *januquia* judía, continúa hoy ubicado en la basílica del monasterio, sin que podamos precisar en qué momento histórico fue incorporado a la decoración litúrgica escorialense o comenzase a ser usado en ceremonias fúnebres.

Cuando diez años y medio después, en abril de 1771, es enterrado en el monasterio el primer hijo de Carlos III y la reina ya fallecida, que muere en España, el infante don Francisco Javier, el Obituariio jerónimo volverá a incluir la pieza artística entre los soportes para sostener velas:

“La Cera se dio de la Cerería de S.M. para el Altar maior, túmulo, candelero grande, Altares de la Yglesia y para los Monges y Seminarios”¹⁴⁵².

Añadiendo una anotación nota en su margen derecho: “+Y para los dos Panteones”, refiriéndose sin duda a que desde hacía tiempo se venían iluminando tanto el panteón de reyes definitivo como la cámara en la que se depositaban los restos de las reinas consortes e infantes. La misma expresión, con casi insignificantes variantes, pero sobre todo, incluyendo expresamente la iluminación con velas procedentes del regio

¹⁴⁵¹ AGP, *Lista...*, Llave 51, *La Serenissima Reyna Doña María Amalia*. La soberana había fallecido en Palacio del Buen Retiro el 27 de septiembre y sus restos llegaron a la lonja del monasterio al amanecer del día 30.

¹⁴⁵² AGP, *Lista...*, Llave 52, *El Serenísimo Señor Infante de España Don Francisco Xavier*.

oficio de cerería en sendos panteones, se repite en las tres llaves siguientes, correspondientes todas ellas a infantes hijos de Carlos IV y María Luisa de Parma: Carlos Clemente¹⁴⁵³, María Luisa¹⁴⁵⁴ y Carlos Eusebio¹⁴⁵⁵, cuyos entierros tuvieron lugar en marzo de 1774, julio de 1782 y junio de 1783. La redacción de cada texto demuestra que se tuvo en cuenta el precedente y que se consideró relevante subrayar de nuevo la procedencia de las velas.

Que el ambiente había hecho necesario constatar quién se hacía cargo de las velas repercutió en la iluminación de la basílica, en otras ocasiones relacionadas con la real familia, no solo las luctuosas. Hasta entonces, cada vez que uno de sus miembros visitaba por primera vez el monasterio, se ordenaba que los espacios más representativos de este fueran iluminados de forma especialmente significativa. Naturalmente esto afectaba a las nuevas consortes de infantes que se incorporaban al sistema de las jornadas en los sitios reales. La Biblioteca del monasterio conserva copia de una carta del conde de Floridablanca¹⁴⁵⁶ al entonces prior, fray Pedro Ximénez, en la que se comunica la decisión de Carlos III de prohibir la iluminación del interior de la basílica “o que en caso de hacerse sea en el patio de los Reyes o en la fachada principal”. Que el conde alegase que las velas “son muy perjudiciales a la primorosa pintura fábrica y excelente coro y altares”, si bien “S.M. aprecia mucho las referidas demostraciones por conocer que provienen del Amor que todo los Religiosos del expresado Monasterio profesan así a S.M. como a toda la Real Familia”, nos parece clara excusa para disminuir el gasto del oficio de cerería en el contexto que estamos analizando.

Pocos días después de aquella carta de Floridablanca fallecía otro hijo de los príncipes de Asturias, nieto del rey. Y el jerónimo que consignó los datos de su entierro, el 13 de noviembre, consideró necesario incluir una valoración sobre la calidad de la

¹⁴⁵³ AGP, *Lista...*, Llave 53, *El Serenísimo Sr. Don Carlos Clemente Antonio de Padua Infante de España*. “Puso la Cera para las Comunidades, Altares, Candelabros Grande y pequeños, y para los dos Panteones el Cerero de su Magd.”.

¹⁴⁵⁴ AGP, *Lista...*, Llave 54, *La Serenísima Señora Ynfanta de España D^a María Luisa*. “La cera se dio de la Cerería de S.M. para el Altar mayor, túmulo, candelero Grande y Blandones, Altares de la Yglesia, los dos Panteones, los Monges y Seminarios ta María Luisa”.

¹⁴⁵⁵ AGP, *Lista...*, Llave 55, *El Serenísimo Señor Ynfante de España Don Carlos*. “La cera se dio de la cerería de S.M. para el Altar mayor, túmulo, candelero grandes, blandones, altares de la Yglesia, los dos Panteones, Monges y Seminarios”.

¹⁴⁵⁶ RBME, Caja XXVIII, 31, *Carta del conde de Floridablanca, en nombre del rey, prohibiendo que se hagan iluminaciones en la iglesia cuando va, por primera vez, una persona de la familia real, por el perjuicio que se causa a la pintura de coro y altares*, 14 octubre 1783.

iluminación, derivada del tipo de velas empleadas para despedir al infante don Carlos, tercer hijo varón de quien llegaría al trono como Carlos IV pocos años después:

“Dio la Cera la Cerería de S.M. como es costumbre y en esta ocasión fueron la vela de media libra y no de quatro onzas como el antecede. a exención de las del Seminario que fueron de cuarterón”¹⁴⁵⁷.

Dado que el nacimiento y óbito se produjeron con dos días de diferencia y en el mismo monasterio de san Lorenzo, quizá fueron aprovechados los recursos disponibles en aquel momento en el mismo. Fue esta la última vez que el Obituario regio jerónimo se refirió a la cuestión, que aparece mencionada en dieciocho de sus 79 llaves, una proporción no menor que demuestra la preocupación de la comunidad a cargo de los panteones por el suministro de velas.

El debate sobre la provisión de la cera no constituye una cuestión menor en el ceremonial funerario de la monarquía. Al ingresar los restos regios en el gran sistema sepulcral de san Lorenzo, la luz juega un papel relevante. Como han subrayado García Gil y Romero Torres¹⁴⁵⁸ al referirse al monasterio “el parcial aislamiento del espacio interior y su juego de penumbras simboliza, además de los ideales de discreción y austeridad de la contrarreforma (...) la pervivencia de un dogma vitruviano: el de la intimidad”. Era intimidad lo que se deseaba para el acto, si bien una intimidad digna, ritual.

Sería reduccionista un planteamiento que abordase esta cuestión reduciendo en entorno funerario a la oscuridad de un panteón-cripta, sótano bajo el altar mayor. Sabemos que desde dos de los lunetos superiores de su cúpula llegaba y llega luz del día, una circunstancia excepcional en el marco de los sistemas sepulcrales de su tiempo. Durante los entierros, la luz de cirios y velas, recreaba una escenografía lúgubre pero solemne, acorde con un momento en el que la dinastía creaba y recreaba su propia imagen funeraria perpetua.

Es precisamente la anotación en el registro en el que se cita por primera vez la cuestión de la cerería, la entrega de los restos del infante don Alfonso, en 1611, la primera descripción sistemática, clara y concreta del ceremonial de llegada de restos

¹⁴⁵⁷ AGP, *Lista...*, Llave 57, *El Serenísimo. Sr. Infante de España Don Carlos el tercero de los hijos varones de los Príncipes nuestros señores*.

¹⁴⁵⁸ GARCÍA GIL, Fernanda, ROMERO TORRES, Justo: “Vínculo de los aspectos físicos y significativos de la materia, luz y sombra en la imagen del monasterio del Escorial”, en CAMPOS FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier (coord.): *Literatura e imagen en El Escorial*, San Lorenzo de El Escorial, 1996, p. 966.

regios y su colocación en la basílica que hemos encontrado¹⁴⁵⁹. Hijo de Felipe III y Margarita de Austria, fue el primer infante de España fallecido en el Cuarto Real del monasterio de El Escorial. El cuerpo era colocado sobre la denominada tumba, una tarima de varias gradas (escalones) sobre la que se colocaba generalmente una mesa, todo ello cubierto por terciopelo negro o *paños*¹⁴⁶⁰. En esencia, se reproduce la estructura de la capilla de cuerpo presente en el interior de palacio, aunque en un espacio de mucha mayor extensión y la presencia de la comunidad, siempre compuesta al menos por decenas de monjes, que participan activamente en las memorias funerarias litúrgicas y honoríficas. Todos los actos son recogidos en un acta con valor de certificado. El cuerpo del difunto pasaba a la plena custodia de los jerónimos, cuyo Prior daba fe del contenido del documento y se hacía responsable de la colocación en el sepulcro y la celebración de las memorias eucarísticas periódicas.

Las exequias de Infantes niños ofrecen atipicidad en cuanto a la eucaristía de cuerpo presente que se celebraba en el monasterio. La misa era “misa de Ángeles” o de gloria¹⁴⁶¹, ya desde los primeros enterramientos en el sistema sepulcral, a finales del siglo XVI: cuando el 9 de julio de 1575 muere el infante Carlos Lorenzo, y sus restos llegaron a El Escorial a cargo del obispo de Sigüenza, don Juan Manuel, el 11 del mismo mes:

“Hízosele también un solemne entierro, aunque el oficio fue todo de alegría y de Ángeles, pues se fue a gozar con ellos el Reino del cielo, desde donde mira riendo lo poco que valen los reinos de la tierra”¹⁴⁶².

La misma fuente empleamos para describir lo acaecido tras el fallecimiento del príncipe de Asturias don Fernando en el Cuarto Real del Monasterio de San Jerónimo, en Madrid, el 18 de octubre de 1578:

¹⁴⁵⁹ Sobre las ceremonias sepulcrales del Infante contamos, comparativamente con sus hermanos, con mayor número de datos.

¹⁴⁶⁰ La presencia de paños en las capillas de cuerpo presente en el interior de palacio, que en buena proporción formaban parte del ornato y acompañamiento de la caja generó no poca controversia. En paralelo a la generación de los denominados “derechos de sepultura” (cantidades que se pagaban en las fábricas de las iglesias y parroquias en concepto de habilitación para el rompimiento de las losas de cobertura y depósito del cuerpo o hacheros de acompañamiento), el destino de dichas telas, generalmente de calidad, que en los entierros en capitales castellanas se regulaba mediante el denominado “rescate de paño”, fue objeto de tensiones entre la Comunidad Jerónima y los funcionarios palatinos encargados de la conducción de los restos regios, como veremos más adelante.

¹⁴⁶¹ Así por ejemplo en los entierros de los Infantes Alfonso el *Caro* (1611) y Margarita Francisca (1617), hijos de Felipe III. AGP, *Lista...*

¹⁴⁶² SIGÜENZA: *op. cit.*, p. 62. El jerónimo destaca que al día siguiente de la sepultura en la cripta de la iglesia de prestado nació el Infante Diego Félix, tercer hijo de la Reina Ana de Austria y Felipe II.

“Se lo llevó nuestro Señor a gozar de aquel felicísimo Reino suyo, dejando lastimadas las entrañas de sus padres, que le amaban tiernamente por mil razones (...) Hízosele el recibimiento debido; las exequias fueron de ángeles, que no mueren los que tuvieron tan dichosa suerte. Entendió el católico y pío Rey que tan fuerte encuentro y azote tan duro nacía de sus pecados y los del reino: recibiólo con mucha paciencia y hacimiento de gracias”¹⁴⁶³.

El carácter hagiográfico del texto viene subrayado por la referencia que Sigüenza realiza a continuación, en la que alude a una carta por la que Felipe II ordenaba que no se hiciesen demostraciones públicas de luto ni honras. No fue la última vez que Felipe II disponía la forma de entierro de un hijo varón: el 21 de noviembre de 1580, el príncipe de Asturias don Diego, que había ocupado el lugar de su hermano como heredero durante dos años, falleció:

“Presentóse él en la gloria en compañía de los ángeles, y el mismo oficio se le hizo aquí, habiendo traído su cuerpo don Juan Manuel, Obispo de Sigüenza, y el Almirante [de Castilla], y con la solemnidad que en los otros entierros reales se había hecho, le pusieron en compañía de otros dos jurados ya Príncipes de España (sic); digo de tres, para que se vea el engaño de la vida y las grandes fuerzas de la muerte, pues ninguna cosa se le resiste”¹⁴⁶⁴.

No encontraría la muerte de la pequeña infanta María, el 4 de agosto de 1583, hueco tan digno en los escritos del P. Sigüenza, que incluye su óbito como pósito a un párrafo sobre distintas actividades de su padre en el monasterio, señalando, ya como protocolo normalizado, que su entrada se hizo con el recibimiento y oficio acostumbrado a los demás príncipes e infantes. A pesar de que falleció a los tres años de edad, entendemos por el contexto que también se celebró misa de gloria, con ornamentos litúrgicos blancos. Niños o adultos, el entierro en sí lo realizaban los monjes, sin que pueda hablarse de discriminación ante la muerte infantil: los restos que accedían a las criptas lo hacían sin pasado propio. No obstante, accedían a las cámaras escurialenses en calidad de hijos de monarca o infante. Pasaban a integrarse, por nacimiento, al igual que sus mayores, en el grupo cerrado del gran sistema sepulcral de la monarquía de sus antepasados.

¹⁴⁶³ *Ibidem*; p. 92. Los restos del tercer hijo de Felipe II que ocupó el primer lugar en la sucesión al trono fueron depositados, como sabemos, en la cripta de *prestado*, dos días después.

¹⁴⁶⁴ *Ibidem*; p. 100. La expresión Príncipe de España no es en absoluto errónea, pues sustituye a la de Príncipe de Asturias ya en escritos referidos a la juventud del propio Felipe II, a mediados del siglo XVI.

Alonso de la Higuera considera que el ceremonial mortuario “se codificaría y recogería definitivamente en las etiquetas generales de palacio, que empezarían a compilarse en 1647, finalmente publicadas en 1651¹⁴⁶⁵. El 9 de octubre de 1646 había fallecido el príncipe de Asturias Baltasar Carlos. En opinión de la misma autora: “A la luz de las relaciones y noticias, se puede concluir que, por lo general, la muerte del Príncipe y sus celebraciones se ajustaron a dicha etiqueta”. A continuación atribuye al Patriarca de Indias la condición de “maestro de Ceremonias” que “se cercioró” de que los actos que se realizaban en Zaragoza se hicieran como en la Corte... en la medida de lo posible. Alonso indica que el cuerpo del Príncipe no podía exponerse sobre la Real Cama porque era “imposible de trasladar desde Madrid con tanta premura”, ignorando que el concepto no se refería a un lecho concreto del Real Alcázar o del Palacio del Buen Retiro. La expresión se refiere a la cama como túmulo sobre el que se exponía el féretro con los restos mortales en la capilla ardiente o la corona y otros símbolos en las exequias que tenían lugar en las grandes ciudades de la monarquía. Alonso constata, lógicamente, que el féretro fue instalado en el Salón Grande del Palacio Arzobispal de Zaragoza y no en el Salón Grande del Alcázar de Madrid¹⁴⁶⁶. En otros aspectos, creemos que la autora subraya notas destacables, como que la capilla ardiente del Príncipe Baltasar Carlos admitió el acceso público. Y, claro está, el recorrido hacia la sepultura fue bien diferente, pues la comitiva con el féretro atravesó los reinos de Aragón y Castilla.

Por todo lo expuesto, se hace necesario precisar que, si bien las etiquetas de 1651 recogieron por escrito las bases generales de una etiqueta funeraria, la práctica anterior y posterior, recogida en actas y ordenes escritas, suponen un corpus legal y consuetudinario que fija el ceremonial luctuoso de la monarquía de España. Es cierto que contamos con documentos que establecieron parámetros concretos, pero nos parece arriesgado establecer una fecha de manera cerrada, proponiendo el último tercio del reinado de Felipe IV, coincidiendo con la terminación material del panteón definitivo y decretos como el de la cruz de la Capilla Real, el núcleo temporal de los principales documentos escritos.

¹⁴⁶⁵ ALONSO DE LA HIGUERA, Gloria: “El ceremonial de la muerte en la Monarquía Hispánica. El Príncipe Don Baltasar Carlos de Austria (1629-1646)” en SERRANO MARTIN, Eliseo (coord.): *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de jóvenes investigadores en Historia Moderna*, Zaragoza, 2013, p. 592

¹⁴⁶⁶ En realidad, si hubiera fallecido en la capital madrileña, habría dependido del lugar. En el Salón de Reinos del madrileño Palacio del Buen Retiro, por ejemplo, se instalaría, décadas después, la capilla ardiente de Luis I.

9.3. La aplicación del ceremonial: Carlos II y el cierre provisional del ciclo sepulcral Austria.

De las 81 cláusulas del testamento de Felipe IV, probablemente la tercera sea una de las de mayor contenido en lo que a imagen dinástica se refiere:

“Mando al Príncipe, mi Hijo y a los demás mis sucesores, que tengan muy especial cuidado de la conservación de este Real Monasterio, en la forma y con la grandeza que le fundó y dotó el rey don Phelipe Segundo, mi abuelo”¹⁴⁶⁷.

Si el reinado del último soberano Austria en España no supuso excesivo número de depósitos en el monasterio, en comparación con los de los anteriores monarcas de la dinastía, es innegable su aportación a la imagen funeraria de la monarquía, pues durante el mismo no solo continuó poniéndose en práctica lo recogido en las etiquetas que hemos analizado, sino que podemos afirmar que terminó de asentarse, sobre todo con el entierro de su segunda consorte, como veremos, el ceremonial funerario como tal.

La mayor huella de la preocupación de Carlos II por los espacios funerarios de sus predecesores en el trono, fueron sus visitas a los panteones de San Lorenzo, interpretadas por los historiadores como exagerada y enfermiza muestra de tanatofilia. Contando con él mismo, entre 1665 y 1700 solo los restos de cinco reales personas accedieron al espacio funerario, cuatro soberanos y un hijo natural de Felipe IV, cuya presencia entre los sepulcros de la dinastía analizamos a continuación.

¹⁴⁶⁷ *Testamento de Felipe IV*, ed. 1982, cláusula 3.

TABLA XII
FAMILIARES DE CARLOS II
SEPULTADOS EN LOS PUDRIDEROS Y PANTEONES DE SAN LORENZO
ENTRE 1665 Y 1700
POR ORDEN CRONOLÓGICO DE FALLECIMIENTO

REAL PERSONA	PARENTESCO	FALLECIDO EN	AÑO
Rey FELIPE IV	padre	Madrid (Alcázar)	1665
JUAN JOSÉ de Austria	hermano de padre	Zaragoza	1679
Reina MARIA LUISA DE ORLEANS	primera esposa	Madrid (Alcázar)	1689
Reina MARIANA DE AUSTRIA	madre	Madrid (Alcázar)	1696
Rey CARLOS II		Madrid (Alcázar)	1700

Fuente: AGP, *Lista de personas reales...*

El día que quedó huérfano, a Carlos II le faltaban dos meses y medio para cumplir cinco años. Es indudable que por corta edad, sin entrar aún en el debate de su debilidad congénita, no pudo ser consciente de lo que suponía la ausencia de su padre y el fin de un largo reinado¹⁴⁶⁸. Nuestra fuente jerónima dedica al difunto monarca un laudatorio registro:

“Murió el Rey Don Philipe Cuatro Nro. Señor Patrón y Ampliador, y Padre con más propiedad que encarecimiento, en el Real Palacio de Madrid jueves 17 de setiembre de 1665”¹⁴⁶⁹.

Es sin duda el mejor homenaje a un monarca que había mostrado afecto y cercanía por la comunidad jerónima. El monje consignó también su filiación paterna y materna, como hijo “del Catholico Rey” Felipe III y Margarita de Austria, y su nacimiento en Valladolid, el Viernes Santo 8 de abril de 1605. Como había hecho con su primer y malogrado sucesor, don Baltasar Carlos, la llave concedía también especial relevancia a un acontecimiento:

“Juráronle en el Real Convento de San Gerónimo de Madrid el año 1608 por sucesor de la poderosa Monarquía de España y de los numerosos y dilatados Reynos sujetos al dominio de Su Corona”.

El escribano volvía a proyectar sobre la jura en Castilla, quizá retóricamente o por desconocimiento de las leyes, validez con respecto a otros reinos peninsulares como Portugal o Aragón.

El féretro llegó al monasterio el domingo 20 de septiembre, “asistido de los Grandes y de muchos Títulos de España”, comenzando los oficios del entierro a las siete de la mañana “y duraron asta más de las doce del día con aquella Majestuosa gravedad acostumbradas”. Aunque el registro no cita a las autoridades de palacio que acompañaron, si refiere, algo poco habitual, que el prior que recibió el cuerpo fue fray Francisco del Castillo.

¹⁴⁶⁸ GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: “El reinado de Felipe IV. El perfil del rey”, en GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: *Historia de España siglos XVI y XVII. La España de los Austrias*, Madrid, 2003, pp. 301-304; VELASCO HERNÁNDEZ, Francisco: “Felipe IV y su tiempo: un periodo histórico en revisión”, *Cartagena histórica*, 4 (2003), pp. 42-49.

¹⁴⁶⁹ AGP, *Lista...*, Llave 40, *El Catholico Rey Don Philipe Quarto el Grande*.

Cuando se leyó el largo testamento de Felipe IV, una de sus últimas cláusulas pudo resultar incómoda, aunque no sorprendente:

“Por quanto tengo declarado por mi hijo a Don Joan Joseph de Austria, que le huve siendo casado y le reconozco por tal; ruego y encargo a mi sucesor y a la Magestad de la Reyna mi muy cara y amada muger, le amparen y favorezcan, y se sirvan de el como se cosa mía, procurando acomodarle de hazienda, de manera que pueda vivir conforme a su calidad, sino se la huviere dado Yo al tiempo de mi fin y muerte”¹⁴⁷⁰.

Es sabido que Felipe IV dejó numerosos hijos extraconyugales, que alcanzarían dignidades y fama en la historia de la monarquía. Son conocidos fray Alonso de Porres, que sería obispo de Málaga; don Alonso Antonio de San Martín, obispo de Oviedo y luego de Cuenca; don Carlos Valdés, que fue general de Artillería en Milán y don Juan Orozco, que alcanzó fama como predicador benedictino con el nombre de fray Juan del Sacramento¹⁴⁷¹. La mención expresa a uno alcanzó una notable repercusión en la primera etapa del reinado de Carlos II. Nos referimos a don Juan José de Austria, fruto de la relación del monarca con María Calderón¹⁴⁷².

El cuaderno escurialense cita el año de su nacimiento, 1629, pero no la fecha exacta ni lugar: en la madrileña calle Leganitos, de Madrid, el 7 de abril. Cuando fue bautizado dos semanas después, fue inscrito como *hijo de la tierra*¹⁴⁷³. Fue educado por los jesuitas de León. García-Cárcel y Alabrús, sin citar fuente, afirman que “En mayo de 1642 había sido reconocido oficialmente como hijo natural del rey” y “En 1643 fue aceptado como príncipe, con el título de Serenidad y una cohorte de varios caballeros, siervos y esclavos”¹⁴⁷⁴. Es cierto, como dicen los mismos autores, que fue investido caballero de la orden de san Juan, con el título de gran prior en Castilla y León, pero no que esta sea una orden eclesiástica¹⁴⁷⁵.

¹⁴⁷⁰ *Testamento de Felipe IV*, ed. 1982, cláusula 57.

¹⁴⁷¹ FLÓREZ: *Memorias...*, p. 957.

¹⁴⁷² RUIZ RODRÍGUEZ, José Ignacio: *Juan José de Austria: un bastardo regio en el gobierno de un imperio*, Madrid, 2005.

¹⁴⁷³ CALVO POYATO, José: *Juan José de Austria. Un bastardo regio*, Barcelona, 2002, p. 21.

¹⁴⁷⁴ GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, ALABRÚS IGLESIAS, Rosa María: *España en 1700. ¿Austrias o Borbones?*, Madrid, 2001, p. 56.

¹⁴⁷⁵ *Vid.* AZNAR MARTÍNEZ, Daniel, SÁNCHEZ MARCOS, Fernando: “Don Juan (José) de Austria, bastardo regio y Gran Prior. La consolidación del poder real sobre la Orden de San Juan en la época de Felipe IV”, en RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel (coord.): *Nobleza hispana, nobleza cristiana: la Orden de San Juan*, Vol. 2, Madrid, 2009, pp. 1555-1581.

Graf von Kalnein atribuye el reconocimiento por parte de su padre y su traslado a Ocaña, en 1642, a que el año anterior había muerto el único hermano varón vivo de Felipe IV, el cardenal infante don Fernando, y “solo le quedaban hijas”. El historiador parece olvidar que vivía entonces el príncipe de Asturias, Baltasar Carlos¹⁴⁷⁶. En 1663 se le habría ofrecido el arzobispado de Toledo.

Aunque en su estudio de las últimas voluntades del rey, Domínguez Ortiz atribuye a la decisión de citar expresamente a don Juan José un sentido tanto político como privado, subraya lo lejos que llegaron los esfuerzos de sus partidarios por encumbrarle y que obtuviera los mayores reconocimientos¹⁴⁷⁷. Si de la dicción literal de la cláusula de protección y acomodo no pueden deducirse más abstractos honores que los que desearan otorgarle, primero Mariana de Austria, claramente enemistada con él desde el principio, y posteriormente Carlos II, al asumir el efectivo ejercicio del poder, muy oportuno parece recordar aquí la aportación de Maura Gamazo de la cláusula apócrifa aparecida en una copia del testamento de Felipe IV en la biblioteca provincial de Cádiz, una perla falsa no presente en ningún otro ejemplar de las últimas voluntades del soberano:

“Yo, en prueba de ser su padre, quiero y es mi voluntad goce desde el día de mi fallecimiento el honor y pensión de infante de Castilla con más trescientos mil ducados cada año para su decencia”¹⁴⁷⁸.

El verdadero testamento creó, en todo caso, una situación ambigua para el resto de su vida, si bien le aseguró, en nuestra opinión, un estatus funerario privilegiado en el sistema sepulcral dinástico escurialense. Mientras tanto, honores y rentas, aunque nunca las suficientes para satisfacer una vanidad que convivía con permanente complejo.

Es notable la querencia de la comunidad jerónima por su persona, probada en la llave que se le dedicó en el obituario¹⁴⁷⁹, que describe los primeros honores que recibió, entre ellos ese hábito de san Juan “para ser gran Prior de Castilla y León” en el mismo monasterio de san Lorenzo. Llamativa es la minuciosa descripción de las responsabilidades que ocupó ya en vida de su padre, como el “título de Capitán General

¹⁴⁷⁶ GRAF VON KALNEIN, Albrecht: *Juan José de Austria en la España de Carlos II. Historia de una regencia*, Lleida, 2001, p. 103.

¹⁴⁷⁷ DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: “Introducción”, en *Testamento de Felipe IV*, Madrid, 1982.

¹⁴⁷⁸ MAURA GAMAZO, Gabriel: *Carlos II y su Corte*, Madrid, 1911, p. 637, cit. en DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: “Introducción”, en *Testamento de Felipe IV*, Madrid, 1982, p. XLIX.

¹⁴⁷⁹ AGP, *Lista...*, Llave 41, *El S. D. Juan de Austria hijo del S. Philipo 4º*.

de Mar y tierra y Gobernador de todas las Armas de España a conducir la Armada Real a Nápoles”, así como la referencia a sus éxitos en el Mediterráneo, recuperando además la sitiada Barcelona; gobernador de Flandes y nuevos triunfos en campañas contra rebeliones en Portugal. A la muerte de Felipe IV, don Juan José era miembro del Consejo de Estado.

Su carácter reservado y resentido, quizá fruto del rechazo a su origen ilegítimo en una España de honores y privilegios, desembocaría en actitudes desafiantes. Y se revelaría especialmente conflictivo durante la guerra de Mesina, cuando la sublevación de la ciudad del noreste siciliano puso en peligro real el gobierno de la monarquía de España en el sur de Italia. A principios de 1675, el Consejo de Estado pensó en su envío como medio de cohesión para las fuerzas hispánicas, a través del liderazgo militar, político y dinástico que pudiera proporcionar la presencia del hermano de Carlos II. Dilató la negociación del desplazamiento durante meses, cifrando su decisión en los títulos que recibiría, sus competencias y la sospecha permanente de que se le alejaría así de los círculos del poder cortesano¹⁴⁸⁰.

El obituario se preocupa de recoger una sutil alusión a su rivalidad con la reina gobernadora, Mariana de Austria, hasta lo que ha sido denominado como golpe de estado que le hizo tomar el poder:

Sucedieron lances que le obligaron a retirarse al Reyno de Aragón siendo la más urgente causa lo muy alto de sus merecimientos. Habitó en la Ciudad de Zaragoza Corte de aquel Reyno algunos años amado de todos, con título de Vicario Genl. de los Reynos de la Corona conocióse allí como en todas las demás partes su Rl. ánimo, su celo, capacidad y valor Nstro. Rey y Señor Carlos 2º cumplidos ya los años de su menor edad le mandó venir a la Corte para que asistiendo a su lado aplicase esos talentos al Gobierno de la Monarquía, que los avía menester.

Apenas pudo ver concertado el matrimonio de su hermano con María Luisa de Orleans, que según nuestra fuente concertó él mismo, falleciendo el 17 de septiembre de 1679, exactamente catorce años después que su padre, “de tercianas dobles”. El afecto por el personaje se prolongó en la introducción de más datos poco frecuentes:

¹⁴⁸⁰ Vid. RIBOT GARCÍA, Luis Antonio: *La Monarquía de España y la guerra de Mesina (1674-1678)*, Madrid, 2002, pp. 256-267. A finales de noviembre, Juan José de Austria se excusó por última vez y escribió una carta a su hermano Carlos II alegando que no aceptaría cargos que supusieran que el monarca no gobernaba por sí mismo.

“Embalsamáronle luego y haviéndole separado en Coraçon, Le allaron mayor que suele ser, que los cuidados grandes y riesgos que tuvo no hubieran cavido en otro sin el peligro de romperse y quebrantarse si ya no fue que como ofrecido a Nra. Sra. del Pilar, donde le llevaron, se ensanchó de favorecido. El resto de las Entrañas se llevó a las Descalzas Reales de Madrid y el Cuerpo, Vestido con Magestad y puesto el Manto Capitular de la Orden de S. Juan, el Bastón y las demás Insignias competentes a su Alteza fue traydo desde el Palacio Real de Madrid”.

No extraña la conducción de su corazón “mayor que suele ser”, a la basílica zaragozana, la ciudad en la que había vivido y tenía muchos partidarios. Así lo había dispuesto en su testamento. Tampoco el depósito de sus vísceras, como dijimos, en las Descalzas. Ahora ya sabemos por qué: una de sus hijas profesó allí como religiosa.

A diferencia del primer hijo natural de Felipe IV que pasó a las cámaras intermedias, el pequeño Francisco Fernando de Austria, enterrado en El Escorial por orden directa en vida del monarca, don Juan José era sepultado en virtud de la conciencia de su hermano de padre, Carlos II, a tenor de lo dispuesto en un testamento. No sabremos nunca que habría decidido el monarca si las últimas voluntades de Felipe IV no hubieran incluido aquella cláusula. El féretro llegó a la puerta del monasterio tres días después del óbito. Fue colocado en “la Bóveda determinada para los Príncipes de la Casa de Austria en España, donde descansa en paz”. El monje amanuense había *nombrado* príncipe a un hijo natural de Felipe IV que nunca había recibido ese tratamiento en vida.

María Luisa de Orleáns falleció, como hemos apuntado, muy probablemente a causa de peritonitis, entre las ocho y media y las nueve de la mañana del sábado 12 de febrero de 1689. Su más conocido biógrafo, el Duque de Maura¹⁴⁸¹, transcribe la parte más importante de la crónica con más datos sobre su enfermedad, muerte y exequias, obra de don Juan de Vera Tassis y Villaroel, publicada en Madrid en 1690, cuidadosamente editada e ilustrada¹⁴⁸², que hemos de interpretar en conexión con el cuaderno obituario jerónimo¹⁴⁸³ y, sobre todo, con el capítulo dedicado a lo funerario en

¹⁴⁸¹ DUQUE DE MAURA: *María Luisa de Orleans, Reina de España. Leyenda e historia*, Madrid, 1938, p. 187.

¹⁴⁸² BNE, ER 3963, *Noticias historiales de la enfermedad, muerte, exsequias de la Esclarecida Reina de las España Doña María Luisa de Orleans Stvart y Austria, Nuestra Señora, digníssima consorte del Rey Nuestro Señor Don Carlos Segundo de Autria, a cuya Cathólica y Avgusta Majestad las dirige y consagra don Iván de Vera Tassis y Villaroel. Con Privilegio. En Madrid. Por Francisco Sanz. Impresor del Reino y Portero de Cámara de Su Majestad. Año de 1690.*

¹⁴⁸³ AGP, Lista..., Llave 42, *La Reina Nuestra Señora D^o María Luisa de Orleans Borvon Estuart y Austria.*

las etiquetas regias de 1651, para la correcta contextualización y análisis de la mentalidad mortuoria y construcción de la imagen funeraria a partir del óbito de la reina. Contiene pruebas, en nuestra opinión concluyentes, del perfeccionamiento del ceremonial funerario, a partir de los óbitos y sepelios de la segunda mitad del reinado de Felipe IV y los del de su hijo, Carlos II.

El cuerpo de la difunta pasó 24 horas en la cámara en la que había muerto, hasta que “la Camarera y las Dueñas de Honor la sacaron a la pieza de las audiencias, que era la de su antecámara, y poniéndola sobre un bufete se la entregaron al Protomedicato, donde los cirujanos ejercieron su oficio para embalsamarla”, siguiendo a Vera Tassis, un proceso que duró tres horas, hasta que a las doce de la mañana la vistieron en el hábito del Carmen y la colocaron en el ataúd. A las cinco, fueron sus mayordomos quienes, a puerta cerrada, condujeron la caja con sus restos al velatorio.

En este punto merece la pena detenernos en la descripción que hace el cronista de la capilla ardiente, que el rey ordenó disponer para su esposa a su mayordomo mayor, a la sazón Íñigo Melchor Fernández de Velasco, condestable de Castilla. Como ya hemos afirmado, los velatorios de personas reales no eran instalados en la capilla real del Alcázar, sino en un salón en el que se disponía, en un tablado especialmente diseñado, el catafalco y altares laterales. Así fue también en 1689, en que el oficio de tapicería preparó en el denominado salón Dorado un entarimado “que por su testera estaba arrimado a la puerta que llaman de Las Furias”, nombre que recibía la pieza en la que aguardaban los embajadores y otros visitantes la entrada de ser recibidos por el monarca. La cama o catafalco para el féretro era “solo de plata y su colgadura y cielo bordados de realces de oro, imaginería y coral”. Parece también significativo que en la amplia estancia fuese ubicada la serie de tapices denominada de Túnez, que plasmaba la campaña de Carlos V en el Norte de África, uno de los conjuntos de paños más ricos de la colección regia española.

Tras colocar el féretro sobre el túmulo, se le rodeó de doce blandones de plata, con doce hachas blancas de baño amarillo. Ante los seis monteros de Espinosa, la duquesa de Alburquerque, como camarera mayor de la reina, realizó una entrega ceremonial: “Monteros de Espinosa, yo os entrego el cuerpo difunto de la Reina Nuestra Señora Doña María Luisa de Borbón, mujer del Rey nuestro Señor Don Carlos Segundo, para que le guardéis; y habéis de estar fuera de la tarima, en pie y descaperuzados”.

Vera informa de la presencia, además del denominado altar mayor de los pontificales, en el lado del Evangelio, de seis altares para la celebración de eucaristías, a diferencia de los cuatro que se habían dispuesto con motivo de la muerte de Felipe IV, en 1665, y en anteriores exequias. Los tres altares de la derecha del féretro fueron ornados por las religiosas del convento de las Descalzas Reales, siendo adornados los de la izquierda por las religiosas del de la Encarnación. El cronista refiere que los seis sirvieron “para las misas rezadas a que asistieron los Ministros de ambas Capillas Reales”, si bien correspondían a las cuatro “religiones” u órdenes religiosas llamadas a celebrar eucaristías por la reina, sin que podamos precisar el destino de los dos restantes.

La crónica precisa también que la zona de féretro, altares y bancos de los grandes estaba separada por una “vallas” separadoras del tránsito del público, que también estaba separado de un coro que contaba con facistol y bancos para los miembros de las tres reales capillas, la de palacio, Descalzas y Encarnación.

El cuaderno jerónimo se centra, como era su vocación, en recoger referencias biográficas de la recién fallecida:

“La Reyna nra. Señora D^a María Luisa de Orleáns Borvon Estuart y Austria Prinzeza de Francia Hija de los Serenísimos Príncipe Ph^o. De Borvon y de Madama Henriqta Ana stuart. Infanta de la gran Bretaña Duquesa de Orleáns, nieta de los Cristianísimos Reyes Luis Dezimo terzio y la Sereníssima D^a Ana María Maurizia de Austria Infanta de España Hija del Sr. Rey Dn. Phelippe 3^o el piadoso y D^a. Margarita de Austria y hermana del Sr. Rey Dn. Phelipe el 4^o el Grande”.

El comienzo de la llave era la descripción de un frondoso árbol genealógico que la enlazaba con la familia real inglesa y francesa, y en el que se subrayaba su ascendencia dinástica Austria, que la había hecho idónea para ocupar el trono como consorte. Es el único caso que hemos encontrado en que se citan las procedencias dinásticas de los cuatro abuelos de un fallecido. La importancia al matrimonio por poderes, propia de la época de la abundancia de tratados políticos signados con alianzas matrimoniales, quedaba consignada con un “Fue desposada Con nro, Catholico Rey Carlos 2^a miércoles 30 de Agosto del año de 1679 En fonteneblau”.

No fue conducida al Panteón de Reyes, sino a la cámara de reinas e infantes, ya que no tuvo descendencia. Carlos II tuvo abierto durante el último periodo de su reinado

una gran cuestión de ubicación sepulcral. No la resolvió, pues los restos cuya colocación definitiva estaba pendiente permanecían aún en el pudridero. Nos referimos a los de las dos consortes de su padre, Felipe IV: Isabel de Borbón (que había sido madre del malogrado príncipe de Asturias Baltasar Carlos) y Mariana de Austria, su propia madre, con la que la dinastía había proseguido al menos hasta él mismo. Al final, Felipe IV quedaría emparejado para la eternidad con Isabel de Borbón, pues de ese matrimonio nacería la infanta María Teresa, uno de cuyos nietos heredaría los tronos hispánicos; Carlos II aguarda el descanso eterno emparejado con su madre, Mariana de Austria. Su primera consorte, aquella efímera María Luisa de Orleans, pasó casi de puntillas por la historia política y dinástica, pero su relevancia en la del arte no fue en absoluto menor. Al tratar del Barroco efímero subrayamos su presencia en España. Tanto el despliegue de recibimiento oficial en su llegada a Madrid como los túmulos de sus exequias supusieron, como señala y demuestra López de Prado¹⁴⁸⁴, el punto álgido de aquel género estético.

Nuestra observación grafológica demuestra que el mismo monje escribió las llaves correspondientes a María Luisa de Orleans y la madre de su esposo, Mariana de Austria, que murió en Madrid el 16 de mayo de 1696, “estando eclipsada casi toda la luna, que fue a onze de la noche”, una curiosa huella astronómica en el cuaderno jerónimo¹⁴⁸⁵. La segunda consorte de Felipe IV había sido hija de Fernando III de Alemania y María de Austria, hermana menor de su esposo. Nacida en Neustadt el 22 de diciembre de 1634, “a las dos de la mañana”, su matrimonio se había celebrado cuando contaba con quince años, el 7 de octubre de 1649, en Navalcarnero, una localidad cercana a Madrid¹⁴⁸⁶. Su aportación a la historia dinástica quedó resumida en la fuente jerónima de forma escueta, lo que relacionamos, además de con la impopularidad de la soberana, con el afecto que, por el contrario, los jerónimos sintieron por uno de sus principales adversarios, don Juan de Austria, que ya hemos comprobado:

“Tubo dos hijos y una hija que de corta edad se los llebo Dios, cuyos nombres quedan escriptos antecedentemente; y después de algunos años parió al Rey Don Carlos Segundo Nro. Sr. (que Dios guarde), y por eso se llamó la Reina Madre”.

¹⁴⁸⁴ LÓPEZ DE PRADO NISTAL, Covadonga: *María Luisa de Orleans, una reina efímera*, A Coruña, 2003, p. 77.

¹⁴⁸⁵ AGP, *Lista...*, Llave 43, *La Reyna Nuestra Señora D^a María Anna de Austria*.

¹⁴⁸⁶ Vid. TERCERO CASADO, Luis: “La jornada de la reina Mariana de Austria a España: divergencias políticas y tensión protocolar en el seno de la Casa de Austria (1648-1649)”, *Hispania. Revista española de historia*, 239 (2011), pp. 639-664.

A diferencia de su etapa como reina consorte, Mariana de Austria intentó como gobernadora aparecer como trabajadora, piadosa y digna de la legitimidad del cargo que ostentaba¹⁴⁸⁷. Probablemente fue la primera reina de España que descubrió el luto como fuente para la proyección de una imagen regia propia, aunque no logró su objetivo, conservar el poder¹⁴⁸⁸. Como subraya Oliván, en el balance de su figura ha seguido pesando, en gran medida, el implacable juicio que la historiografía del siglo XIX, que la opuso a contramodelos entonces vivos como la reina Victoria de Inglaterra o la regente Maria Cristina de Austria¹⁴⁸⁹.

Durante la jornada de otoño del año anterior a su fallecimiento, Carlos II vivía las últimas escenas de la tragedia de su falta de sucesión: “Yo vivo aún y me reparten la monarquía los extraños”¹⁴⁹⁰. Fue entonces cuando dio una última muestra del histórico respeto que los Austria habían sentido siempre por sus antepasados. Con independencia de un acercamiento a la persona física del personaje, de una debilidad tan unánimemente subrayada por sus biógrafos que sin duda ha pesado, en ocasiones como una losa, en la consideración historiográfica de su reinado, la reverencia con que el monarca se acercó al panteón inaugurado por su padre resulta ejemplar. Aunque el presente trabajo no tenga por objeto la realidad política que atravesó su reinado, si conviene subrayar la altísima concepción que el monarca tuvo de su condición dinástica y sentido de la realeza.

Nos referimos a un suceso que pasó a formar parte de la leyenda. Del hecho da cuenta Maura, si bien en algunos puntos no compartimos los datos aportados¹⁴⁹¹. Refiere que a finales de 1699 el prior se vio en la necesidad de cumplir con el reconocimiento periódico del estado de los cuerpos conservados en el pudridero, con el fin de verificar si era posible su traslado al panteón real, “cuando no ofendiesen”, refiriéndose a la expresión de las etiquetas, no tanto por el olor de los mismos, sino por la necesaria reducción que hiciese posible su introducción en las urnas. El biógrafo afirma que permanecían en el pudridero los restos de la madre del soberano, Mariana de

¹⁴⁸⁷ LLORENTE, Mercedes: “Imagen y autoridad en una regencia: los retratos de Mariana de Austria y los límites del poder”, *Studia historica. Historia moderna*, 28 (2006), p. 228.

¹⁴⁸⁸ MARTÍNEZ BONANAD, David: “Mariana de Austria: la adopción del luto como imagen del poder”, en MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor Manuel (coord.): *Las artes y la arquitectura del poder*, Castelló de la Plana, 2013, pp. 1497-1510; LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria: “La figura de doña Mariana de Austria: los ciclos de representación”, en SAURET GUERRERO, María Teresa (coord.): *Luchas de género en la historia a través de la imagen*, Vol. 3, Málaga, 2002, pp. 7-26.

¹⁴⁸⁹ OLIVÁN: *op. cit.*, p. 44. La autora subraya que la consorte de Felipe IV fue juzgada con criterios político-morales ajenos a la cultura de la Edad Moderna.

¹⁴⁹⁰ BAVIERA, Adalberto de: *Mariana de Neoburgo, reina de España*, Madrid, 1938, p. 225.

¹⁴⁹¹ DUQUE DE MAURA: *op. cit.*, p. 215.

Austria; su primera consorte, María Luisa de Orleans, y el hermano del padre de Carlos II, don Juan José de Austria. Habían fallecido tres, diez y veinte años antes, respectivamente, y habrían sido los que estaban a la espera de ubicación. Nos parece extraño que en el pudridero regio también aguardase el de Juan José de Austria, pues claramente refiere el obituario jerónimo que su féretro fue conducido al panteón de reinas e infantes, no a la cámara en que monarcas y consortes madres de soberanos aguardaban la reducción. Siguiendo el relato, el prior habría “invitado” al monarca y al embajador alemán, el conde Harrach, a presenciar el reconocimiento. De Aloys Harrach conservaríamos el testimonio del estado de los cuerpos: las reinas habrían sido halladas “como quedaron recién muertas, sin exhalar hedor ninguno”, a diferencia de don Juan, que “horriblemente descompuesto, despidió emanaciones tan fétidas, que la atmósfera se hizo irrespirable”. Aunque Maura enlaza el episodio con fuentes que lo relacionan con un supuesto envenenamiento como causa de la muerte de don Juan José, debemos consignar que no era fray Juan de Santiesteban –en el mundo, Juan de Muñoz y Salcedo–, prior en aquel momento, como consigna Maura, pues el jerónimo lo fue posteriormente¹⁴⁹². Era prior desde 1696 fray Francisco de Madrid.

El 3 de noviembre de 1700 llegaron a El Escorial los restos del infortunado soberano. Con su entierro, a falta de hijos que le sobrevivieran o siquiera primos que pudiesen morir en la península, quedaba cerrado provisionalmente (a la espera de la llegada de su esposa, Mariana de Neoburgo, cuatro décadas después) el gran ciclo sepulcral de la dinastía Austria. La historia, que no proporciona éxitos ni fracasos de carácter definitivo, sino un aleccionador devenir de acontecimientos protagonizados por seres humanos, que en ocasiones nos empeñamos en interpretar de forma en exceso lineal, quedaba abierta en mil frentes para la monarquía de España. También para su gran sistema sepulcral escurialense.

¹⁴⁹² Juan Muñoz y Salcedo, nacido en Santisteban del Puerto (Jaén), y bautizado el 26 de septiembre de 1650, tomó el hábito jerónimo el 17 de febrero de 1670, estudiando en el colegio del monasterio de El Escorial. Explicó Sagrada Escritura en el mismo. No pudo ser prior en 1699, pues fue Felipe V quien le nombró, así como obispo de Mondoñedo, tomando posesión de la sede en diciembre de 1705. Murió el 25 de mayo de 1728. ZARCO CUEVAS, Julián: *Los Jerónimos de San Lorenzo el Real de el Escorial*, San Lorenzo de El Escorial, 1930, p. 86.

Capítulo 10

LA NUEVA DINASTÍA Y LA UTILIZACIÓN DEL CEREMONIAL FUNERARIO Y EL SISTEMA SEPULCRAL PARA LA IMAGEN DE LA MONARQUÍA

Si la llegada de los Borbones al trono español supuso uno de los más decisivos cambios vividos en la historia de España, nos preguntamos si la nueva dinastía, además de modificar aspectos sustanciales, como el modelo cortesano enclavado en la cultura política del siglo anterior¹⁴⁹³, albergó planteamientos de abandono o modificación sustancial de la imagen funeraria construida por los Austrias. Cuando el 14 de abril de 1701 Felipe V hace su entrada oficial en Madrid, quizá la última de las preguntas que se hicieron los españoles fue si la nueva real familia seguiría la tradición de enterrar a sus reyes e infantes en el monasterio de El Escorial. Nos proponemos abordar la posición de los primeros monarcas del XVIII ante el concepto precedente de imagen sepulcral regia, vigente en los reinados anteriores. Incluyendo a Carlos II, cinco eran los reyes soberanos inhumados en el recinto: el número de urnas ocupadas en el panteón real no llegaba siquiera a la mitad de las dispuestas en el proyecto concluido a mitad del siglo anterior; a ellos se sumaban siete reinas consortes en el trono de san Fernando y más de veinticinco hijos, nietos, hermanos o sobrinos regios. Cronológicamente, las cámaras albergaban los restos de personas regias que se remontaban a 1498 (año de nacimiento de la reina Leonor de Portugal y Francia, hermana mayor de Carlos V). Eran dos siglos completos, mucho más de los que algunas dinastías llevaban en algunos tronos europeos. Se trataba, como hemos visto a lo largo del capítulo anterior, desde hacía décadas, de un sistema perfecto, ya abierto (así se había demostrado con la inclusión de hijos naturales de Carlos V y Felipe IV, como veremos en los epígrafes destinados a la atipicidad en los sistemas sepulcrales españoles), titular y dinástico, que iba a convertirse en mixto con la llegada de la nueva dinastía. Es claro que el lugar de futuro

¹⁴⁹³ Vid. VÁZQUEZ GESTAL, Pablo: *Una nueva majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)*, Madrid, 2013. Como veremos, el historiador subraya que en realidad la segunda consorte del monarca fue la máxima promotora de la renovación de la imagen regia; LÓPEZ ANGUIA, José Antonio: "La imagen de Felipe V y su entorno cortesano a través de la correspondencia de Madame la duquesa de Orleáns", en MARTÍNEZ MILLÁN, José, CAMARERO BULLÓN, Concepción, LUZZI TRAFICANTE, Marcelo (coords.): *La Corte de los Borbones: Crisis del modelo cortesano*, Vol. II, Madrid, 2013, pp. 1127-1162.

enterramiento dependía en gran parte de la voluntad del nuevo monarca. Si la hipótesis inicial es que se continuó con la tradición anterior en fondo y forma, incluso contando con la existencia de lo que denominaremos sistemas sepulcrales colaterales y atípicos, cuyo concepto, rasgos y ejemplos desarrollaremos en próximos epígrafes, es necesario abordar los acontecimientos político-dinásticos y su contexto espacio-temporal para concluir si se plantearon alternativas para que no lo fuera y, sobre todo, cuestión que resulta del mayor interés, como la imagen funeraria continuó siendo empleada como pilar no menor de la de la monarquía de España.

La utilidad de acercarnos con detenimiento a la relación de Felipe V con los entornos sepulcrales dinásticos españoles, en especial con San Lorenzo de El Escorial, y razonar sus primeras decisiones en lo que a depósito de restos mortales de sus familiares se refiere, es analizar a fondo los retos a los que hubo de hacer frente al aceptar la herencia del último Austria: ceñir una corona y crear y fortalecer la identidad de una nueva dinastía, sobre todo tras la gran crisis de la guerra de Sucesión. Se trataba, en definitiva, de renovar y abrir nuevos horizontes a la majestad del trono, utilizando cualquier realidad que hiciera expresable el prestigio de la monarquía. Un bisnieto de Felipe IV no podía negar el legado de la tradición y la historia, pero la libertad que le otorgaba su posición en la cúspide del sistema político del Antiguo Régimen y las expectativas creadas en torno a la renovación familiar le concedían una capacidad de maniobra muy superior a la de sus antepasados. Esa fue precisamente la dicotomía, la alternativa ante la que se halló el nuevo rey. Continuar la tradición de sus mayores, también en lo funerario, que configuró también, como sabemos, la imagen de la monarquía, o iniciar nuevas formas sepulcrales para una imagen dinástica distinta.

10.1. Felipe V ante El Escorial.

Felipe V, segundo hijo del matrimonio formado por Luis, primogénito de Luis XIV de Francia y por tanto Delfín, y María Ana Victoria de Baviera (1660-1690), había nacido en el Palacio de Versalles el 19 de diciembre de 1683. Como duque de Anjou, y nieto por línea paterna de la infanta española María Teresa de Austria, pasó a ser enseguida firme candidato a la herencia de los reinos españoles de su tío, Carlos II, al que nunca conoció. Constituye un cómodo mito afirmar que tanto él como sus dos hermanos, los duques de Bretaña y Berry (nacidos respectivamente en 1682 y 1686), se formaron y vivieron absolutamente integrados en los códigos cortesanos y

representativos de la corte de Luis XIV. No fue así¹⁴⁹⁴. Desde que precisamente Versalles se convirtió en aquellos años en el centro de la monarquía francesa, el Rey Sol tuvo la preocupación constante de atribuir el espacio según el rango¹⁴⁹⁵. Lo hizo con sus especialísimos criterios, que supusieron que los primeros años de vida de los *enfants de France*, como eran conocidos, transcurrieran con lo que Torrión ha denominado marginación espacial y aislamiento social. Es cierto. Extrañamente, a pesar de su posición en la línea de sucesión al trono galo, residían en el ala Norte o nueva, alejada del eje físico y ceremonial del palacio, del Gran Apartamento del Rey, y más lejanos aún del Apartamento del Delfín, en la zona Sur. Recuerda con acierto Vázquez Gestal que la primera vez que los tres hermanos asistieron a una comedia en Fontainebleau fue a finales de octubre de 1698¹⁴⁹⁶. La fecha supone que fue exactamente dos años antes del histórico fallecimiento del rey de España, que cambiaría la vida del duque de Anjou, que contaba entonces con 16 años. Y los tres dieron escasas muestras de escasa sociabilidad y habilidades cortesanas, a tenor del testimonio de su tía la duquesa de Orleans, que lo presenció y dejó testimonio escrito. Para desventaja del futuro monarca español, estaba finalizando su periodo de formación, con sus aciertos y errores, y al abandonar la corte francesa con el fin de 1700, no volvería a tener contacto –al menos visual- con el proceso final de refinamiento simbólico, ritual, mayestático con el que Luis XIV concluyó su reinado, los tres primeros lustros del siglo XVIII. Seguiría siendo sometido, con altibajos, a la omnipresente presión de su abuelo, incluso en materia de etiqueta de corte¹⁴⁹⁷. No obstante, nunca regresó a Versalles.

¹⁴⁹⁴ TORRIONE, Margarita, TORRIONE, Béatrice: “De Felipe de Anjou, *Enfant de France*, a Felipe V: la educación de Telémaco”, en MORÁN TURINA, José Miguel (coord.): *El arte en la corte de Felipe V*, Madrid, 2002, pp. 41-88.

¹⁴⁹⁵ Sobre la distribución de espacios en el plano de una teoría de la representación del poder en Versalles *vid.* TORRIONE, Margarita: “El espacio afectivo del príncipe: Felipe V, Duque de Anjou, en los palacios de Luis XIV (1683-1700)”, *Reales Sitios*, 177 (2008), pp. 4-27; RODRÍGUEZ LLERA, Ramón: “Geometría del poder en Versalles”, en ACCIAIOLI, Margarida, CUNHA LEAL, Joana, MAIA, Maria Helena (coords.): *Arte & Poder*, Lisboa, 2008, pp. 225-246; NEWTON, William: *L'Espace du roi. La cour de France au château de Versailles, 1682-1789*, París, 2000. De forma paralela, la construcción del Palacio Real de Madrid plantearía, en reinados posteriores, la distribución de sus espacios representativos y privados, reflejo de los equilibrios entre las necesidades ceremoniales, simbólicas, familiares, con concepciones bien distintas (*Vid.* SANCHO GASPAS, José Luis: “La planta principal del Palacio Real de Madrid”, *Reales Sitios*, 109 (1991), pp. 21-36; “La distribución de habitaciones del piso principal de palacio”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 31 (1992), pp. 19-40).

¹⁴⁹⁶ Carta de la Duquesa de Orléans a la Duquesa de Hannover, Fontainebleau, 1 de noviembre de 1698, en JAEGLÉ, E.: *Correspondance de Madame, Duchesse d'Orléans, extraité de ses lettres originales déposées aux Archives de Hanovre et de ses lettres publiées par M. de Ranke et M.L.W. Holland*, 2º ed. vol. I, París, 1890, cit. en VÁZQUEZ GESTAL: *Una nueva majestad...*, p. 77.

¹⁴⁹⁷ A finales de mayo de 1701, Luis XIV le impuso la equiparación del tratamiento protocolarios de los duques y pares de Francia al de los grandes de España, generando gran descontento entre ese sector de la nobleza. Entre las prerrogativas históricas más llamativas de un grande de España figuraban sentarse y

Durante los primeros años de su reinado, el monasterio de san Lorenzo el Real de El Escorial fue la residencia cercana a Madrid menos visitada por el nuevo rey. Entendemos que por motivos psicológicos. El Versalles natal del monarca también era extenso, pero El Escorial, aun siendo un gigantesco complejo edilicio, estaba enclavado en un entorno natural, paisajístico, bien diferente al ajardinado palacio de Luis XIV. Los jerónimos de la comunidad y colegio no parecían tener mucho en común con la pléyade de aduladores cortesanos de la Francia de comienzos del XVIII. San Lorenzo representaba el espíritu de la dinastía heredada, en la práctica un esquema que no casaba, al menos inicialmente, con la infancia y juventud del nuevo rey. Vivir junto a un convento, a pocos metros del panteón en el que reposaban los antepasados... A ello se añadía la impresión de aislamiento que causaba la impresionante construcción, majestuosa en sí, pero lejos de la concepción fastuosa, del brillo teatral y representativo, de la escenografía retórica y deslumbrante de la corte de su abuelo. No es opinión unánime entre los historiadores, pero Felipe V no encontró en El Escorial el ambiente que le rodeó en su infancia y primera juventud¹⁴⁹⁸.

Morán sostiene que la posición de los monjes de El Escorial fue ambigua durante la guerra de Sucesión¹⁴⁹⁹. Es explicable que la comunidad sintiera desconcierto ante la contienda, como sostiene Gil Meana¹⁵⁰⁰. No consta que Felipe V tuviera animadversión por los monjes, aunque al menos durante la primera parte de su reinado, entre 1700 y su abdicación en su hijo Luis I, en 1724, escogiera a jesuitas como confesores¹⁵⁰¹. El dato no significa tampoco que tuviese menos cercanía a otras órdenes tampoco escogidas. Felipe V renovó los privilegios de la comunidad monástica en 1701. Su primera esposa, María Luisa Gabriela de Saboya, con la que se casó aquel mismo año, no visitó el real sitio hasta 1705, como refiere la *Gaceta de Madrid*:

cubrirse en presencia del monarca en los actos públicos tras la indicación del soberano, o acceder a persona (GARCÍA-BADELL ARIAS, Luis María: “Los primeros pasos de Felipe V en España: Los deseos, los celos y las primeras tensiones”, *Cuadernos de historia del derecho*, 15 (2008), p. 59).

¹⁴⁹⁸ RODRÍGUEZ RUIZ, Delfín: “La sombra de un edificio: El Escorial en la cultura arquitectónica española durante la época de los primeros Borbones (1700-1770)”, *Quintana, revista de estudios do Departamento de Historia da Arte*, 2 (2003), pp. 57-94.

¹⁴⁹⁹ QUEVEDO, José: *Historia del Real Monasterio de San Lorenzo llamado comúnmente del Escorial*, Madrid, 1948, pp. 173 a 181; SAINT-SIMON, Duque de: *Viaje a España*, en GARCÍA MERCADAL, J.: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, 1962, pp 331-333; HOYO, C. del, marqués de la Villa de San Andrés: *Madrid por dentro* (ed. de CIORANESCU, A.), Madrid, 1983, p. 277, cit. en MORÁN TURINA, Miguel: *La imagen de Felipe V y el Arte*, Madrid, 1990, p. 114.

¹⁵⁰⁰ GIL MEANA, María Luisa: “Temores y actuación de la Comunidad del Monasterio del Escorial durante la Guerra de Sucesión (1706)”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 225 (2012), pp. 527-542.

¹⁵⁰¹ Lo fueron el padre Daubenton (1648-1723), entre 1701 y 1705; el p. Pierre Robinet (1652-1738), entre 1705 y 1715 y de nuevo el p. Daubenton, entre 1715 y 1723 (DÉSOS, Catherine: *Les français de Philippe V. Un modèle nouveau pour gouverner l'Espagne*, 1700-1724, Estrasburgo, 2005, p. 185).

“(…) El Jueves después de comer partieron sus Magestades al Escorial. Y según la costumbre del primer recibimiento de los Reyes, se iluminó aquella gran Maravilla con más de 40.000 luces, que parecía aver descendido el Cielo a la Tierra. Cantó la Música el Te Deum, asistiendo toda su gravísima Comunidad con la solemnidad de muchas Capas Plubiales, todas bordadas de rica pedrería. Sus Magestades se han admirado, assí de la exterior Magnificencia de toda aquella grandiosa maquina como de las preciosísimas e innumerables Reliquias, primorosas Pinturas, e inestimables alhajas, destinadas parte para el Culto Divino, y parte para hospedage de sus Monarcas”¹⁵⁰².

Cuando la consorte tuvo que refugiarse dentro de sus muros, junto a su primogénito, en 1707, por la entrada de las tropas austracistas en la capital, únicamente le fue ofrecido, por un malentendido, unos colchones en el suelo, donde durmió junto al príncipe de Asturias. El monarca ya había pedido en 1703 a la Academia Francesa estudios para posibles reformas que hicieran más cómodo el lugar, pues incluso tuvo que amenazar con represalias la primera vez que tuvo dificultad para acceder a las antiguas habitaciones de Felipe II, celosamente custodiadas.

Los cambios sí que llegaron, aparentemente sin dificultad, al Alcázar de Madrid. Y en doble dirección, como recuerda Morán. Por un lado, se dotó a las zonas privadas de los nuevos soberanos, de una *comodidad* como no habían conocido los reyes del siglo XVII, a pesar de las continuas obras de mejora y ampliación anteriores. Por otro, se proporcionó a las grandes salas de recepción y aparato del carácter escenográfico y la magnificencia que requerían el nuevo concepto de majestad para las ceremonias de corte¹⁵⁰³. De la disposición laberíntica de las piezas y estancias, tanto en Madrid como en El Escorial, que pretendía garantizar la intimidad de la regia familia, o al menos limitar el acceso al monarca, se tendió a la imitación de puertas alineadas que proporcionaban versallescas perspectivas, un sistema de largas enfiladas, iluminadas por amplios ventanales. Ya no se trataba de ocultar al soberano¹⁵⁰⁴. Había que mostrarlo, hacer pública su presencia, tanto en grandes salas como –razona el historiador del arte– paseando en jardines que también fueron sometidos al capricho geométrico de la perspectiva.

¹⁵⁰² *Gaceta de Madrid*, Madrid, 24 de febrero de 1705, cit. en TORRIONE, Margarita (ed.): *Crónica festiva de dos reinados en la Gaceta de Madrid (1700-1759)*, Málaga, 1998, p. 56.

¹⁵⁰³ MORÁN TURINA: *La imagen...*, p. 15.

¹⁵⁰⁴ Vid. SANCHO GASPAS, José Luis: “El interior del Alcázar de Madrid durante el reinado de Felipe V”, en CHECA CREMADES, Fernando: *El Real Alcázar de Madrid: dos siglos de arquitectura y coleccionismo en la corte de los reyes de España*, Madrid, 1994, pp. 96-111.

Si Felipe V todavía mantiene la prohibición de asentamiento en los Sitios Reales, Fernando VI la levanta en Aranjuez, donde a orillas del Tajo nacerá un lugar populoso. Y Carlos permitirá lo propio en San Lorenzo de El Escorial. Nos preguntamos por tanto qué pensaba hacer Felipe V con respecto al panteón del monasterio, si asociaba, de manera peyorativa, la cámara y su bóveda bajo el altar mayor, la uniformidad de sus veintiséis urnas de mármol, a una dinastía que había administrado con tanta frecuencia la imagen de un monarca *oculto*.

10.2. Los sistemas sepulcrales precedentes como fuente de legitimidad dinástica.

Es unánime entre los historiadores la caracterización de los primeros años del reinado del quinto Felipe como de búsqueda del reconocimiento interior y exterior de su legitimidad. El soberano mantuvo una constante preocupación por ser presentado ante los reinos de la monarquía de España como justo heredero, por mejor derecho, de los Austria. Uno de los medios retóricos y estéticos de reivindicarlo era presentarse y ser presentado como monarca sucesor de las dinastías medievales peninsulares. En este sentido no extraña que en 1712 –año de especiales dificultades en la guerra de Sucesión, que se acercaba a su fin- ordenase la colocación en el Panteón Real de la catedral de Oviedo de una nueva lápida, cenotafio de piedra, ocasión de recuperación de la huella histórica de antiguos soberanos asturianos cuyos restos habían sido reagrupados, bien aprovechada para unir el nombre del nuevo monarca al de los primeros reyes peninsulares de la Reconquista¹⁵⁰⁵.

¹⁵⁰⁵ La mayor parte de los reyes asturianos y sus familiares fueron sepultados en el primitivo panteón que ordenó construir Alfonso II. Los restos fueron unificados en una reforma de la catedral ovetense realizada durante el Barroco. Transcribimos a continuación la leyenda que figura desde entonces sobre la lápida: “En este Real Panteón yacen Los Cuerpos de los Señores Reyes y Reynas siguientes: El Señor Rey Don Fruela, I de este Nombre, hijo del Señor Rey Don Alonso el Católico de este nombre, quien Pobló esta Ciudad y trasladó esta Santa Iglesia al sitio que hoy tiene [se refiere a la primitiva iglesia de San Salvador, sobre cuyos terrenos se edificó la catedral]. El Señor Rey Don Bermudo I, llamado el diácono, sobrino del Señor Rey Don Fruela [se trata de un error genealógico, pues no lo fue]. El Señor Rey Don Alonso el Casto, hijo de dicho Señor Rey Don Fruela que fundó esta Real Capilla para su Real sepultura y de sus progenitores. El Señor Rey Don Ramiro I de este Nombre, hijo del Señor Rey Don Bermudo. El Señor Rey Don Ordoño I de este Nombre, hijo del dicho Señor Rey Don Ramiro. El Señor Rey Don Alonso el Magno III de este Nombre, hijo del dicho Señor Rey Don Ordoño. El Señor Rey Don García, hijo del Señor Rey Don Alonso el Magno. La Señora Reina Doña Geloria, mujer del Señor Rey Don Bermudo. La Señora Reina Doña Urraca, mujer del Señor Rey Don Ramiro el I. Y otros muchos cuerpos de Señores Príncipes Infantes e Infantas. Reedificóse en el año de 1712, Reinando la Majestad Católica del Señor Rey Don Felipe V de este Nombre”. Elevada aproximadamente a dos metros y medio de altura, se inscribe en nuestra opinión en la tradición de las inscripciones tras los cenotafios regios del altar mayor de la basílica de San Lorenzo de El Escorial.

Como podemos comprobar en la tabla que sigue, sobre los depósitos sepulcrales en el monasterio de El Escorial durante su reinado, la primera decisión de Felipe V, en lo que a un entierro dinástico se refiere, había tenido lugar tres años antes, cuando falleció uno de los cuatro hijos varones que alumbró su primera consorte, María Luisa Gabriela de Saboya.

TABLA XIII
FAMILIARES DE FELIPE V
SEPULTADOS EN LOS PUDRIDEROS Y PANTEONES DE SAN LORENZO
ENTRE 1709 Y 1740
POR ORDEN CRONOLÓGICO DE FALLECIMIENTO

PERSONA REAL	PARENTESCO	FALLECIDO EN	AÑO
Infante FELIPE LUIS	hijo de Felipe V	Madrid (Alcázar)	1709
LUIS JOSÉ Duque de Vendôme	bisnieto de Enrique IV de Francia	Vinaroz, Valencia	1712
Reina MARÍA LUISA	primera consorte de Felipe V	Madrid (Alcázar)	1714
Infante FRANCISCO	hijo de Felipe V	Madrid (Alcázar)	1717
Infante FELIPE PEDRO	hijo de Felipe V	Madrid (Alcázar)	1719
Rey LUIS I	monarca	Madrid (Buen Retiro)	1724
Reina MARIANA	segunda consorte de Carlos II	Guadalajara (Palacio del Infantado)	1740

Fuente: AGP, *Lista de personas reales...*

No hemos encontrado huellas de que se reflexionase sobre el destino de los restos del pequeño infante Felipe Luis, pero sí de su rápida conducción a las cámaras de El Escorial, a donde llegó el 10 de julio de 1709¹⁵⁰⁶. La extensión de la llave correspondiente al infante destila la habitualidad propia de hijos no primogénitos de monarcas españoles precedentes. Con 111 palabras, el jerónimo describe su filiación de los nuevos reyes, su nacimiento en Madrid, “martes dos de Jullio de 1709 entre siete y ocho de la tarde”, y su muerte en la misma ciudad el día 8, entre las diez y la doce de la mañana, así como su sepelio dos días después.

Si la decisión apuntaba a que a partir del óbito se reanudaba el normal ciclo funerario dinástico en España, tres años después, precisamente cuando se restauraba el panteón real de la catedral de Oviedo, se presentó un caso de atipicidad sepulcral que lo confirmaba. En mayo de 1712 fallecía el duque de Vendôme. Bisnieto de Enrique IV de Francia, había llegado a la península dos años antes para dirigir las tropas hispano-francesas en las campañas de la guerra de Sucesión. Felipe V decidió el traslado de sus restos a san Lorenzo de El Escorial. A pesar de que la sola voluntad del monarca era motivo jurídico suficiente para su conducción y depósito, el hecho se configura también como la opción decidida del monarca por continuar el uso de los panteones disponibles. Nos preguntamos cuál era el mejor título que otorgaba al finado *derecho* a reposar junto a los infantes y reinas Austrias. Quizá fuera su extraordinario celo en la defensa del trono de Felipe V, o su condición de sobrino de Luis XIII, enlazando de forma colateral con Ana de Austria y su añeja dinastía.

Luis José de Borbón es un claro caso de error en la identificación de personas reales en el censo sepulcral regio jerónimo, que inscribe al “Duque de Bandoma” como “hijo natural del Cristianísimo Rey de Francia Don Luis Décimo Quarto”, como si al aumentar la cercanía en el árbol genealógico con el monarca se justificase su entierro en la cámara intermedia¹⁵⁰⁷. El jerónimo escribe que nació en París el 1 de julio, dejando en blanco un espacio que fue completado a distinta grafía y tinta, posteriormente, con el año “1654”, lo que confirma que no se poseían datos concluyentes sobre el personaje, como demuestra su errónea filiación. Su relación con Felipe V y Luis XIV residía en ser hijo primogénito y legítimo de Luis de Borbón, V Duque de Vendôme (1612-1669), y de Laura Manzini, sobrina del cardenal Mazarino. Su abuelo paterno, César de Borbón

¹⁵⁰⁶ AGP, *Lista...*, Llave 45, *El Ynfante Don Phelipe Luis*.

¹⁵⁰⁷ AGP, *Lista...*, Llave 46 [Tachada en el original], *Duque de Bandoma*. “No ay llave de su Ataud porque no la trajo”: el obituario no consignó número a la referencia al duque de Vendôme, pues su ataúd venía sellado.

(1594-1665) fue hijo natural de Enrique IV y de Gabrielle d'Estrées¹⁵⁰⁸. Con tan egregia ascendencia, además del ducado de Vendôme ostentó los títulos de duque de Mercoeur, d'Etampes y de Penthievre, príncipe d'Anet y de Martigues, par de Francia, general de las Galeras y gran senescal del mismo reino y gobernador de Provenza. Durante su estancia en España fue capitán general de los Ejércitos con mando en jefe de los de Castilla y Valencia, así como virrey de Cataluña. Como miembro de la familia real gala fue nombrado caballero de la orden de Santo Espíritu, y recibió de Felipe V el Toisón de Oro. En todo caso, no era la primera vez que el duque de Vendôme venía a España, aunque eso, naturalmente, no fue recogido, por desconocimiento o deliberadamente, por el jerónimo: Luis José de Borbón fue nombrado jefe del ejército francés que invadió Cataluña en 1695, durante el enfrentamiento bélico en las tensiones de la última etapa del reinado de Carlos II. Voltes no trazó del personaje un atrayente perfil humano, aunque sí militar: “obeso, desvergonzado, se sabía superior en casta y talento a sus émulos y contaba en su historial con victorias memorables”¹⁵⁰⁹. Era cierto. Había llegado a tomar Barcelona en 1697, hecho que probablemente quedaría olvidado en la mente de los españoles al recuperar Brihuega y vencer en la batalla de Villaviciosa en 1710. Kamen, que fija su muerte en el 10 de junio del mismo año que el obituario jerónimo, como consecuencia de un fulminante ataque de apoplejía, subraya que su desaparición supuso un duro golpe, aunque la relativa cercanía de la paz culminaría la misión que el mariscal (sic) había impulsado¹⁵¹⁰.

Llama la atención que, a pesar del error en su filiación, nuestro obituario precise con detalle, en contraste, que “vino a España el año de 1710 a Gobernar las Armas españolas, y en este ejercicio murió en un lugar pequeño del Reyno de Valencia en el mes de mayo del año de 1712 de edad de 57 años y 4 meses”. Ese “lugar pequeño” fue Vinaroz. Su llegada a El Escorial, el 9 de septiembre de ese mismo año, planteó algunos problemas a la comunidad: por primera vez en la historia de los panteones, la caja mortuoria llegó sellada y sin llave alguna, lo que hizo imposible cumplir en el ceremonial con el habitual reconocimiento visual, que suponía la identificación de los restos. Por ello, provisionalmente, provisionalmente, la comunidad lo depositó “*en el Panteón viejo*”, es decir, las cámaras intermedias que llevaban décadas sin ser usadas

¹⁵⁰⁸ CRAVERI, Benedetta: *Amantes y reinas. El poder de las mujeres*, Madrid, 2006, p. 87. En 1595 Enrique IV de Francia legitimó a su hijo César, que había nacido el 7 de junio de 1594, reconociéndolo con cartas patentes ante el parlamento de París.

¹⁵⁰⁹ VOLTES BOU, Pedro: *Felipe V, fundador de la España contemporánea*, Madrid, 1991, p. 112.

¹⁵¹⁰ KAMEN, Henry: *Felipe V. El rey que reinó dos veces*, Madrid, 2000, p. 103.

desde los traslados al panteón definitivo y a las cámaras de reinas consortes e infantes, hasta que por orden del rey pasó a las segundas.

La muerte de la reina María Luisa, el 14 de febrero de 1714, no plantearía mayor cuestión de relevancia en lo que a descanso sepulcral se refiere. Al aportar sus datos biográficos, el jerónimo reflejó el acierto del monarca en la elección para su matrimonio, sin privarse de una sucinta apostilla que podría parecer reflejar un destello del alejamiento inicial de la pareja real del monasterio escurialense:

“fue una Reyna muy prudente y paciente en las adversidades que tuvo el tiempo que vivió, quien al principio mostró mucho cariño a los españoles aunque después por malos influjos mudó de parecer”¹⁵¹¹.

La introducción de esta referencia a todo un cambio en la visión de la consorte sobre los españoles convive en la llave con una pulcra alusión a sus datos biográficos, así como los de filiación. La reina había nacido en Turín el 17 de septiembre de 1688, siendo hija de Víctor Amadeo, “Duque de Saboya y Rey de Chipre”, si bien el obituario no indica el nombre de su madre, Ana María de Orleans, hija de Felipe de Orleans, el hermano de Luis XIV. Una extraña omisión de filiación materna en nuestra fuente. Había contraído matrimonio con Felipe V, de quien era, por tanto, prima en segundo grado, en 1702. Tuvieron cuatro hijos, de los que tres sobrevivieron a la reina, asegurando la presencia de la saboyana entre las consortes regias de la cámara octogonal, si bien, como veremos, no como pareja de su esposo, sino de su hijo Luis I.

La reina falleció “de edad de 25 años 4 meses y 28 días” cuando la guerra de Sucesión no había concluido aún, “entre las 8 y las 9 de la mañana” del 14 de febrero de 1714. Era Miércoles de Ceniza. Su energía en ausencia de su esposo durante la campaña en la península italiana, su fecundidad, su juventud al morir o haber sido la primera consorte de la dinastía contribuyeron a su popularidad y leyenda¹⁵¹².

La llegada de sus restos al pudridero, cuando más de la mitad de las urnas de mármol negro en la cámara real permanecían aún disponibles, confirmaba definitivamente la opción general de Felipe V por la conservación de El Escorial, no ya como fuente de legitimidad dinástica que lo enlazaba con sus mayores, sino como sólido lazo de integración para los propios Borbones.

¹⁵¹¹ AGP, *Lista...*, Llave 46, *Reyna D^a María Luisa de Saboya*.

¹⁵¹² Vid. PEREY, Lucien: *Une reine de douze ans. Marie Luise Gabrielle de Savoie. Reine d'Espagne*, París, 1905.

Como si fuera una manera de reafirmar la mentalidad ante la muerte y el recuerdo de sus familiares al escurialense modo, el monarca retomó al año siguiente la costumbre regia de fundar aniversarios, interrumpida desde el fin de la dinastía precedente, encomendando a la comunidad jerónima un aniversario por su fallecida consorte y por el monarca al que había sucedido en el trono, Carlos II. Sabemos por una carta dirigida al prior, entonces fray José de Talavera, del 1 de abril de 1715, que Felipe V le había pedido un informe sobre la cuestión en anteriores reinados, y que le pedía se hiciera lo necesario para que comenzase su celebración¹⁵¹³. En un principio, la alusión a ellos que realiza otra carta del marqués de Grimaldo al mismo prior comunicándole, años después, que tenía en su poder recibo del estipendio por su celebración¹⁵¹⁴, nos parece indicio bastante para pensar que ambos aniversarios fueron constituidos. La confirmación absoluta sobre la preocupación de Felipe V por el recuerdo eucarístico de sus antepasados se confirma con una reclamación sobre retrasos en el abono del estipendio por otro cuádruple aniversario cuatro décadas más tarde, en 1761. El documento define con claridad que Felipe V fundó el 6 de febrero de 1721 aniversarios por la viuda de Felipe IV, Mariana de Austria (fallecida en 1696), María Luisa de Orleans, primera consorte de Carlos II (muerta en 1689), el propio rey Carlos, su predecesor, y su primera esposa, desaparecida en 1714. La relevancia de la fuente es significativa, pues el monarca los constituyó sobre las rentas del arzobispado de Toledo, con la que la comunidad jerónima no tuvo históricamente buenas relaciones¹⁵¹⁵. Parece especialmente significativo fray Francisco de Fuentidueña, que llevaba como prior desde mayo de 1753, aguardase ocho años a realizar la reclamación. Sin noticias de que formulase petición alguna durante el reinado de Fernando VI, la remitió cuando Carlos

¹⁵¹³ RBME, Caja XX, 50, *Carta de don Manuel de Vadillo y Velasco al prior del monasterio en la que le comunica el deseo del rey de fundar dos aniversarios: uno por Carlos II y otro por María Luisa de Saboya y que se ponga en contacto con el marqués de Mejorada para tratar la dotación y ejecución*, 1 de abril de 1715. La carta estaba firmada en el Palacio del Buen Retiro, donde había fallecido la soberana catorce meses antes.

¹⁵¹⁴ RBME, Caja XX, 66, *Carta del marqués de Grimaldo al prior para comunicarle que ya obraba en su poder el recibo de los cuatro aniversarios mayores (...)*, 16 de mayo de 1721. Al referirse a cuatro “aniversarios mayores”, el marqués alude sin duda a los celebrados el día de nacimiento y fallecimiento, como era costumbre, de los dos monarcas, Carlos II y la primera consorte de Felipe V, María Luisa Gabriela de Saboya. No tendría sentido que mencionase otros referidos a monarcas extranjeros.

¹⁵¹⁵ RBME, Caja XXV, 17, *Dos copias de la súplica del prior y monjes del Escorial al rey para que intervenga ante el cardenal arzobispo de Toledo y abone la deuda que tiene con el monasterio por los ocho aniversarios y misas que fundó Felipe V sobre los frutos de la mesa arzobispal de Toledo*, 1761. La fundación se realizó por contrato y cédula real, obligando a la celebración de ocho aniversarios mayores cantados (celebrando, como ya sabemos, las fechas de nacimiento y fallecimiento de los cuatro soberanos), dotando a los celebrantes con una pensión de 83.600 reales de vellón a cargo de la sede primada. El complejo sistema rotacional afectaba a bulas, diezmos y otros recursos del cabildo.

III llevaba en el trono nominalmente dos años, como si hubiera esperado a que el nuevo rey se familiarizase con el monasterio y sus usos funerarios.

Que no fuera hasta quince años después de comenzado su reinado cuando Felipe V tuviera la iniciativa, o le fuese sugerida, de fundar un aniversario por Carlos II, puede explicarse en el contexto de la guerra de Sucesión que concluía, en coincidencia con la muerte de quien había sido su fiel compañera. Indudablemente alguien presentó al soberano la celebración de las misas tanto como sufragio en el marco del recuerdo a los antepasados, cuanto eficaz medio de reforzamiento de imagen dinástica que enlazaba la nueva familia con la precedente. Una vez constituida la primera fundación de aniversarios, Felipe V decidió incorporar el sufragio como medio de honrar a sus antecesores e implementar su ligazón al pasado de la monarquía de sus mayores.

Mientras tomaba sus primeras decisiones en torno a los panteones históricos españoles, Felipe V mantenía nutrida correspondencia con su abuelo y la corte francesa. Es relevante comprobar que Luis XIV subrayó, durante sus últimos tres lustros de reinado, según hemos adelantado, todo el ceremonial mayestático. Para ello renovó incluso la arquitectura, los espacios de su entorno cortesano. Como subraya Vázquez Gestal, superando sus campañas iconográficas de años precedentes, inspiradas en la identificación con la mitología clásica o la historia militar¹⁵¹⁶, girará hacia la simbología del catolicismo, construyendo una grandiosa capilla en el propio Versalles, consagrada en 1710¹⁵¹⁷. Por el contrario, pensamos que Felipe V sí asumió esas mutaciones en primera persona. Siendo cierto que una nueva centralidad de lo religioso en la Francia del final del reinado del rey Sol no pudo ser contemplada in situ por el nuevo monarca español, no lo es menos que el nieto de Luis XIV estaba ciñendo una monarquía en la que esa misma centralidad se había impuesto en lo visual desde la dinastía anterior. La práctica totalidad de las residencias regias españolas significativas contaba con capillas bien caracterizadas. Aranjuez, el Alcázar de Madrid y otras residencias regias así se disponían espacialmente... El monasterio de El Escorial se asentaba en el eje basilica-panteón.

¹⁵¹⁶ VÁZQUEZ GESTAL, Pablo: *Una nueva majestad...*, p. 79.

¹⁵¹⁷ Vid. MARAL, Alexandre: "Aspects politico-religieux de la Chapelle royale de Versailles sous Louis XIV", en MARTÍNEZ MILLÁN, José, RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, VERSTEEGEN, Gijls (coords.): *La corte en Europa: política y religión (siglos XVI-XVIII)*, vol. I, 2012, pp. 85-92; MARAL, Alexandre: "Le Systeme dévotionnel de Louis XIV à Versailles", en SABATIER, Gérard, TORRIONE, Margarita (coords.): *Louis XIV espagnol? Madrid et Versailles, images et modèles*, 2009, pp. 221-236; HOURS, Bernard: "De la piété personnelle de Louis XIV", en SABATIER, Gérard, TORRIONE, Margarita (coords.): *op. cit.*, pp. 237-254.

El segundo matrimonio del monarca, aunque no cambió, como vamos a comprobar, la vocación de permanencia de san Lorenzo de El Escorial como mausoleo familiar, sí modificó el inicial destino personal de Felipe V en lo que a su incorporación al gran sistema sepulcral de la monarquía de España se refiere. Porque Isabel de Farnesio fue, como afirma Vázquez Gestal, además de la principal protagonista o agente de cambio en la concepción de la majestad y el entorno cortesano del reinado del primer Borbón en nuestro país, quien contribuyó decisivamente a forjar un renovado modelo de exhibición de *potestas* y *auctoritas*, sobre todo tras la abdicación del soberano en su hijo Luis y regreso al trono en agosto de 1724, tras el inesperado fallecimiento de este¹⁵¹⁸. En lo que a imagen funeraria se refiere, ese nuevo esquema de cultura cortesana, política y, en definitiva, dinástica, culminaría en decisiones como el sepulcro definitivo de ambos monarcas fuera del sistema funerario histórico de El Escorial, en la Colegiata del Palacio Real de La Granja de San Ildefonso.

Hemos cifrado en tres conducciones de restos mortales a los panteones de San Lorenzo las primeras decisiones que revelan un deseo de “continuidad sepulcral” en Felipe V (su primer hijo malogrado, Felipe; su tío el duque de Vendôme y su primera consorte, María Luisa Gabriela de Saboya, en 1709, 1712 y 1714, respectivamente). Deben ser indudablemente enmarcadas en un sexenio, 1709-1715, en la que la muerte acompañó de una manera familiar al soberano, que no dejó de recibir noticias bien cercanas de óbitos dinásticos, que nos parece importante destacar, con objeto de subrayar la importancia que la cuestión subsiguiente, decidir el lugar de sepultura, hubo de motivar, al menos puntualmente, en su pensamiento. Su padre, Luis, *le Grand Dauphin*, murió en 1711. Su hermano Luis, *le petit Dauphin* y la esposa de este, María Adelaida de Saboya, duques de Borgoña, fallecen en febrero 1712, y su otro hermano, Carlos, duque de Berry, en mayo de 1714, un año antes que el propio Luis XIV, cuyo óbito el 1 de septiembre de 1715 cerró toda una época de la historia europea.

Si la fecundidad volvió a visitar con largueza el cuarto real con la llegada de Isabel de Farnesio, la parca siguió obligando a la comunidad jerónima a recibir los restos de infantes malogrados. Aunque en diciembre de 1716 nacía el primogénito de la nueva soberana y Felipe V, que reinaría con el nombre de Carlos III, el segundo hijo varón de los esposos, el infante Francisco, abandonaba el mundo en abril de 1717, sólo nueve días después de nacer, habiendo vivido entre los días 12 y 21 de aquel mes y,

¹⁵¹⁸ VÁZQUEZ GESTAL: *Una nueva majestad...*, p. 49.

llegando sus restos a El Escorial tres días después de su muerte. El obituario constató una vez más que el sepelio se había celebrado “según lo disponen las rúbricas para los párbulos con la solemnidad acostumbrada”¹⁵¹⁹.

Todavía fallecería en la infancia uno de los hijos de difunta reina, Felipe Pedro, que moría el 26 de diciembre de 1719. El texto de su llave en el registro funerario regio jerónimo acoge dos tradiciones aparentemente contradictorias. Además de recordar, en oposición a lo mencionado con su hermano de padre, que habiendo fallecido con siete años y medio, el entierro se hizo ya “según disponen las rúbricas para los adultos con la solemnidad acostumbrada”, es decir, que por haber superado los siete años no se le dijo misa de Gloria, se expresa sentimiento y pesadumbre por una muerte temprana –“en tan corta edad manifestó una gran majestad y seriedad apacible de que daba grandes esperanzas por ser un gran Príncipe por lo que causó gran sentimiento a los Reyes y a toda la Corte”-, como hemos vistos en otros antecedentes¹⁵²⁰. Es fácil apuntar en el jerónimo que lo escribió recuerdo y simpatía hacia su madre, reflejada incluso en el enunciado de la dignidad del fallecido, al que presenta como “Primer Ynfante de Castilla”. Lamentablemente, una mancha de tinta en el original impide consignar la fecha exacta del depósito, que habría sido, probablemente, el 1 de enero de 1720. Otra fuente sobre la muerte y sepelio del infante es la Gaceta de Madrid que, aunque dispar en fechas a nuestra fuente escurialense, proporciona un interesante dato sobre el óbito, como es la autopsia que se practicó sobre los restos:

“El viernes 19 a las ocho de la noche murió el señor Infante Don Felipe, de edad de siete años, seis meses, y veinte y dos días, aviendo nacido a siete de junio de 1712. Supo su Alteza en tan corta edad hermana tanto la seriedad con el agrado que causaba admiración y respeto a quantos le conocían; lo que aumenta más y más el sentimiento de su pérdida, que la templó la consideración de lo más arreglado de sus Christiana costumbre en tan tiernos años. El Sábado al embalsamarle, se le hayallaron muy lastimados los pulmones y el cerebro. El domingo a las siete de la noche se llevó su cuerpo a El Escorial, con la ostentación y pompa acostumbrada, acompañado de la Casa del Rey, de su Real Capilla y las Religiones; y se le dio ayer spultura en el Panteón de los señores Infantes”¹⁵²¹.

¹⁵¹⁹ AGP, *Lista...*, Llave 47, *El Ynfante don Francisco*.

¹⁵²⁰ AGP, *Lista...*, Llave 48, *El Ynfante don Phelipe Pedro*.

¹⁵²¹ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 1, 2 de enero de 1720, cit. en TORRIONE, Margarita (ed.): *Crónica festiva de dos reinados en la Gaceta de Madrid (1700-1759)*, Málaga, 1998, p. 98.

Esa autopsia hará apuntar a Gargantilla que probablemente falleció de una meningitis tuberculosa¹⁵²².

Felipe V ordenó el depósito de su hijo Luis I en el panteón de san Lorenzo de Escorial, sin albergar ninguna duda sobre la conveniencia de su decisión, convirtiéndole en el primer monarca soberano de la dinastía Borbón en ser enterrado en el monasterio. Había abdicado el trono en su primogénito, nacido el 25 de agosto de 1707, cuando el príncipe de Asturias contaba apenas con diecisiete años, el 16 de enero de 1724. Fue un reinado efímero, pues el nuevo monarca falleció el Palacio del Buen Retiro, como refiere la llave del obituario jerónimo, “a las dos de la noche del día treinta y uno de agosto de 1724, habiendo reinado solos siete meses y medio de edad 17 años”. La misma fuente, que consigna la llegada del cuerpo por mandato de su padre, que corrió a recuperar la corona, el 4 de septiembre, contiene un atípico error impropio de la categoría de un documento obituario del rango que analizamos. Se trata de la repetición, palabra por palabra, de la llave correspondiente al monarca. Claramente escritos por distinto autor, de la comparación paleográfica de ambos podemos extraer varias conclusiones: en primer lugar, muy posiblemente, los monjes a quienes se encargaba la redacción –y quizá custodia- del cuaderno elaboraban frecuentemente un escrito a modo de borrador. Se trataría de textos prácticamente definitivos, sobre los que no sería descartable autorización final por parte del prior para su inserción definitiva, tintero de por medio, a continuación de la llave anterior y de forma correlativa. Una confusión pudo llevar a volver a escribir el texto de Luis I, proporcionando de nuevo el párrafo correspondiente al monarca a un monje que nunca se había hecho cargo del obituario. Porque la observación caligráfica no presenta anomalía repetitiva alguna, como decimos, en la llave anterior –la 48-, dedicada al infante Felipe Pedro, ni la posterior, destinada, como veremos, a la viuda de Carlos II, que se numeró con el 50- a las dos llaves espejo. Por otro lado, podemos concluir también con avanzado grado de seguridad que la segunda consignación de la muerte del joven monarca hubo de hacerse años después de 1724, al comparar algunas grafías del castellano empleado, tales como los ejemplos que citamos, que corresponden al orden en que fueron escritos (primero el de la llave anterior, seguido del de la posterior). Así, “Catholico” evolucionó a “Cattholico”; “reynado” a “reinado” o “fray Luys” por “fray Luis”, si bien en otros

¹⁵²² GARGANTILLA MADERA, Pedro, *Las enfermedades de los Borbones*, Madrid, 2007, p. 34.

términos, como el santo que da nombre al Palacio de La Granja, si la primera llave habla de “san Yldefonso”, la segunda lo hará de “Yldifonso”.

Con todo, durante la centuria El Escorial no dejó de proporcionar imágenes contradictorias en lo que a suficiencia para albergar restos reales se refiere. Cuando en 1779 el militar y diplomático británico Alexander Jardine visita el lugar, escribe posteriormente desde Madrid una carta en la que describe el emplazamiento del real sitio como escarpado y romántico, pero califica al conjunto del edificio:

“muy por debajo del grado y la impresión de belleza y grandeza que cabría esperar de tanto esfuerzo y materiales. Y como suele ocurrir con esto, y con todo demás en este país, parece condenado a deteriorarse debido a algún que otro detalle desagradablemente melancólico, sucio o mezquino; en este caso, alunas ventanas pequeñas y rotas, una falta de reparaciones y limpieza, un tipo de piedra feo y castigado por el tiempo, etc. que contribuye todo ello a proporcionar al conjunto un aspecto triste y deshabitado”¹⁵²³.

No consta en el resto de su texto que visitara el interior del monasterio. Muy probablemente, siendo súbdito de Jorge III, en casi permanente enfrentamiento con los Borbones, no recibiría permiso para entrar en la corte que incluyó en sus tópicos sobre España. A pesar de ello, su testimonio sobre el aspecto exterior del edificio debe consignarse en los tiempos en que la familia de Carlos III observaba, cadenciosamente, un ritmo de estancias en los palacios cercanos a Madrid, que reservaba para San Lorenzo casi tres meses en la denominada jornada de otoño.

Aunque pensamos que la exposición de los motivos de legitimidad política y dinástica hubieran sido suficientes para Felipe V, nos parece de especial interés una doble consideración: al menos durante la primera mitad del siglo XVIII, ningún sistema sepulcral regio en España que no fuera El Escorial fue elegido para acoger los restos de las personas reales que fallecieron durante el periodo. Y en esas mismas cinco décadas, no se proyectó a construcción de ningún espacio funerario de carácter general para la nueva dinastía. Las excepciones de Felipe V y Fernando VI no tuvieron nunca vocación de generalidad dinástica, por lo que deben ser considerados como sistemas colaterales. La última vez que un sistema sepulcral regio preexistente había sido usado en los reinos

¹⁵²³ JARDINE, Alexander: *Cartas de España*, ed. PÉREZ BERENGUEL, José Francisco, Alicante, 2001, p. 305. Su autor, nacido hacia 1736, llegó a teniente coronel del Ejército inglés, y fue cónsul británico en La Coruña. Durante una estancia en España, entre 1776 y 1779 redactó un conjunto de cartas con informes políticos, militares, sociales y consideraciones personales que publicó en Londres en 1780. En viaje posterior, en 1793, conoció a Jovellanos.

españoles para un enterramiento atípico fue en el caso de la duquesa de Mantua, en 1655, cuyos restos reposan en el monasterio de las Huelgas Reales, en Burgos, como expusimos. Es obvio que a principios del siglo XVIII todos los sistemas repartidos por la península, como Leire (Navarra), la catedral de Toledo, el monasterio de Poblet o Covadonga se consideraban ya como perfectos, pero cerrados. Constituían neta fuente de imagen histórica proyectada hacia el futuro de las dinastías que albergaban, y no ofrecían especiales ventajas técnicas para ser usados de nuevo por una dinastía que comenzaba a hacer gala en lo político y en lo artístico de la idea de centralidad cortesana. En otras circunstancias, el duque de Vendôme podría haber sido conducido a una de las decenas de dignas catedrales, iglesias o monasterios del Reino de Valencia, pero Felipe V optó por el Escorial, y el interés por los restantes sistemas, como hemos visto, sería el referido a los beneficios para su imagen ideal e iconográfica de legitimidad. Con ello se mostró nítidamente que si se elegía un panteón sería el abierto en la etapa inmediatamente anterior a su llegada, en una especie de afirmación del principio jurídico de tracto sucesivo en el descanso funerario.

Sostenemos que Felipe V no llegó a albergar la idea de construir un nuevo sistema sepulcral propio, para el conjunto de una dinastía que sintió pronto la necesidad de crear sistemas iconográficos que plasmasen su concepción del poder soberano, y de la organización política de la monarquía a la que había sido llamada. En buena lógica, ese deseo podría haber supuesto, como hemos visto con ocasión de la llegada de los Austria, la construcción de espacios sepulcrales específicos. No fue así, si bien constituye un importante reto comprobar si le fueron propuestos al monarca proyectos en este sentido. Aunque en varios historiadores del arte han subrayado la importancia del desembarco de arquitectos franceses en España durante el reinado de Felipe V, lo cierto es que, al menos durante la primera parte de este, las obras civiles de la capital siguieron en manos de maestros como Ribera, Arce, Moradillo, Churriguera o Ardemans¹⁵²⁴. Pedro de Ribera conocía bien las necesidades y planteamientos de una arquitectura funeraria, tanto efímera como permanente, pues participó en 1711 y 1712 en el diseño de los túmulos conmemorativos de las muertes del Gran Delfín y del duque de Borgoña, padre y hermano, respectivamente, del nuevo rey. Incluso al fallecimiento de Luis XIV, en 1715, fue llamado para realizar un gran catafalco dentro de los cánones

¹⁵²⁴ TOVAR MARTÍN, Virginia: "Felipe V y la arquitectura española de la Corte en el primer tercio del siglo XVIII", en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid, 1994, p. 230.

de lo que ya conocemos como Barroco efímero. Churriguera y Ardemans también realizaron aportaciones para la conmemoración del óbito de reales familiares al otro lado de los Pirineos. Pero su arquitectura, en lo funerario, no nació con vocación de permanencia.

Felipe V e Isabel de Farnesio conocieron bien varios de los más importantes sistemas sepulcrales peninsulares. Durante su viaje Madrid en 1701 para hacerse cargo de la herencia de sus mayores, el nuevo rey pasó por Burgos, donde visitó la catedral y la Cartuja de Miraflores. Allí descansaban desde el siglo XVI, como sabemos, los restos de Juan II y su esposa, Isabel de Portugal, así como los de su hijo don Alonso¹⁵²⁵.

Muchos años después, la Gaceta de Madrid da cumplida cuenta de la real visita, brillantísima, de Felipe V, ya acompañado por Isabel de Farnesio y al menos el príncipe de Asturias, don Fernando (futuro Fernando VI) a la catedral de Toledo, el 18 de mayo de 1723, tercer día de Pascua:

“Fueron sus Magestades y Altezas a apearse a la Iglesia Primada, saliendo a su encuentro el Excelentissimo Señor Don Diego de Astorga, su Arçobispo, vestido de Pontifical, y acompañado de todo su Cabildo, y las Dignidades con Mitras, y luego entonaron el Te Deum; y aviendo adorado el Santíssimo en el Altar Mayor, passaron a la Capilla de Nuestra Señora del Sagrario, donde oyeron Missa, y oyeron tambien la Muzarabe, en la Capilla donde esta se celebra (...); y por la tarde bolvieron a baxar a la Iglesia, donde adoraron, con su acostumbrada devoción y edificación las Reliquias que se veneran en aquel Santiario, y con especialidad el Cuerpo de la Gloriosa Virgen y Mártir Santa Leocadia, a cuyo fin se abrió el Arca donde descansa su Sagrado Cuerpo. También se esmeró la Real Piedad en querer besar los pies de Nuestra Señora del Sagrario, como lo ejecutaron también los Sereníssimos Príncipes passando a adorar el sitio, y la Piedra donde la Reyna de los Angeles baxo a dar a San Ildefonso la Celestial Casulla; y vistas las demás particularidades y grandezas de aquella Santa Iglesia, se restituyeron sus Magestades a Aranjuez (...)”¹⁵²⁶.

Es difícil pensar que en el recorrido de los monarcas no se incluyese una visita a la Capilla de los Reyes Nuevos, a pesar de que su entrada no se encuentra precisamente

¹⁵²⁵ La visita tuvo lugar el 7 y 8 de febrero. *Gaceta de Madrid*, Madrid, 15 de febrero de 1701, cit. en TORRIONE: *Crónica festiva...*, p. 31.

¹⁵²⁶ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 21, 21 de mayo de 1723, cit. en TORRIONE: *Crónica festiva...*, p. 115. No consta expresamente que les acompañase el infante don Carlos, futuro Carlos III, entonces de siete años de edad, pero al texto reproducido antecede la frase “passaron sus Magestades y Sereníssimos Príncipes a Toledo”. El príncipe de Asturias no estaba aún casado con Bárbara de Braganza, por lo que necesariamente la expresión tiene que incluir a los hijos vivos de Felipe V que residían en la Corte española, que en ese momento, además de Fernando, eran Carlos y Felipe (futuro Duque de Parma).

cerca de los lugares descritos por el texto reproducido. La capilla mozárabe se sitúa en el extremo opuesto, pero el necesario paso por la girola y el hecho de que se mencionen expresamente “las demás particularidades y grandezas”, nos remiten, necesariamente para un monarca, a los sepulcros de sus antepasados Trastámara.

Durante el lustro andaluz tenemos al menos constancia de su visita, en la catedral de Sevilla, a la Capilla Real, donde pudieron contemplar, en la tarde del 5 de febrero de 1729, los sepulcros de Alfonso X y Beatriz de Suabia, con la asistencia del arzobispo de una concurrida ceremonia en la que se canto el *Te Deum*¹⁵²⁷. El domingo 13 del mismo mes, la Familia Real volvía al sepulcro de Fernando III, de forma privada:

“...fueron los Reyes, y Príncipes nuestros señores, y los Señores Infantes Don Carlos y Don Phelipe, de secreto, y con limitado acompañamiento, desde su Real Alcázar a la Iglesia Metropolitana, y con esas prevenciones, y la de aver mandado cerrar las puertas, pudieron (...) ver con singular satisfacción y espiritual consuelo, el Cuerpo de su glorioso ascendente el Santo Rey Don Fernando, que se mantiene milagrosamente incorrupto”¹⁵²⁸.

Visita, pero también solemne reordenación del sistema sepulcral regio sevillano¹⁵²⁹, que había permanecido sin apenas transformaciones desde que Felipe II impulsara el traslado de los restos a la Capilla tras su visita¹⁵³⁰ y Felipe IV visitase “de incógnito” (sic) el lugar en 1624, lo que nos parece poco probable¹⁵³¹. El 15 de mayo de aquél año participaron en el solemne traslado al mismo lugar del cuerpo momificado de Fernando III el Santo, desde el cofre que guardaba sus restos mortales, a la urna de plata

¹⁵²⁷ *Gaceta de Madrid*, Sevilla, 9 de febrero de 1729, cit. en PÉREZ SAMPER, María Ángeles: *Isabel de Farnesio*, Barcelona, 2003, p. 243.

¹⁵²⁸ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 8, Sevilla, 17 de febrero de 1729, cit. en TORRIONE: *Crónica festiva...*, p. 115.

¹⁵²⁹ Tras enterrar a su padre ante el altar mayor de la catedral, Alfonso X ordenaría el traslado de los restos a la Capilla Real, donde también recibieron sepultura los de su esposa, Beatriz de Suabia, que habían estado depositados provisionalmente en el monasterio de las Huelgas Reales, en Burgos¹⁵²⁹. Cuando a comienzos del siglo XIV comenzaron las obras de la nueva catedral gótica, los restos iniciaron un curioso peregrinar en el interior del templo: primero fueron conservados en la parte alta del Patio de los Naranjos, y cuando se decidió el traslado a aquél lugar de la valiosa biblioteca de Hernando Colón, hijo del descubridor, fueron conducidos a la capilla de San Clemente, en el otro extremo del mismo Patio. Los tres féretros reales, de madera y cubiertos de plata, habrían estado en el lado izquierdo de dicha capilla hasta comienzos del siglo XV. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel: *Fernando III el Santo. El rey que marcó el destino de España*, Sevilla, 2006, p. 283.

¹⁵³⁰ En 1570 Felipe II apoyó con una sustanciosa ayuda económica la finalización de las obras de la Capilla Real, a donde fueron conducidos definitivamente los restos de Fernando III por orden del monarca en 1579. ORTIZ DE ZÚÑIGA: *Anales*, vol. V, año 1671, [7].

¹⁵³¹ GONZÁLEZ JIMÉNEZ: *op. cit.*, p. 285. Pensamos que quizá la fuente de la que el autor toma el dato empleó el término para referirse a una visita privada o muy discreta por parte del monarca a la tumba de su antepasado.

en el altar mayor de la misma Capilla¹⁵³². En la cripta inferior, a la que todavía hoy se accede por los laterales de la misma urna colocada en esa fecha, están depositados los restos de Pedro I de Castilla, llamado el Cruel, su primera consorte, María de Padilla, y otros familiares¹⁵³³. En pocas ceremonias como la enunciada podrían participar de carácter tan legitimador.

Sabemos también que los monarcas presenciaron en la catedral de la ciudad del Guadalquivir funciones religiosas de Navidad y Epifanía¹⁵³⁴. Estuvieron en la ciudad de Granada entre el 23 de marzo y el 12 de abril, alojándose en La Alhambra y visitando la Catedral el domingo de Pascua por la tarde¹⁵³⁵. En su análisis de la documentación sobre el lustro andaluz de la familia real, Kamen afirma que la experiencia más emocionante para el monarca fue visitar el sepulcro de los Reyes Católicos¹⁵³⁶, “venerados” (sic) “tradicionalmente como los fundadores de la monarquía española”.

Durante aquél lustro andaluz de la familia de Felipe V e Isabel de Farnesio, los monarcas despidieron al infante don Carlos, que saldría hacia Italia a reclamar los derechos dinásticos que su madre poseía sobre el ducado de Parma. Sin citar fuente, Lavallo-Cobo informa que en 1732, el futuro Carlos III escribió a su progenitora que, habiendo visitado el panteón de los Médicis, en Florencia, lo encontraba más bello que

¹⁵³² La urna que desde esa fecha acoge los restos de San Fernando fue realizada por el orfebre Juan Laureano de Pina (Jerez de la Frontera, 1642 – Sevilla, 1723), uno de los más relevantes plateros de la época. Las dificultades económicas para hacer frente al costoso encargo le obligaron a fabricarla en dos periodos, 1690-1701 y 1717-1719, en los que colaboraron otros orfebres. Su material es plata, plata sobredorada y bronce, que forma una urna exterior que protege la interior, de cristal, en la que reposan los restos momificados del monarca. La decoración externa consiste en una glosa de las virtudes de Fernando III y una alegoría de la Monarquía de España (SANZ SERRANO, María Jesús: Juan Laureano de Pina, Sevilla, 1981). La urna, ubicada bajo la Virgen de los Reyes, que fue un regalo al monarca de su primo Luis IX de Francia (San Luis), permanece cerrada habitualmente, a excepción de la festividad, 30 de mayo; Vid. SANCHO CORBACHO, Heliodoro: “Historia de la construcción de la urna de plata que contiene los restos de San Fernando”, Boletín de Bellas Artes, nº Extra 1 (1973), p. 93-140. Vid. MORALES, Alfredo: “Rey y santo. Ceremonial por Fernando III en la catedral de Sevilla”, en MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor Manuel (coord.): *Visiones de la monarquía hispánica*, Castelló de la Plana, 2007, pp. 89-120.

¹⁵³³ GARCÍA BERNAL, José Jaime: “Rito y Culto en la Monarquía Filipina: el solemne traslado de los Cuerpos Reales a la Capilla Nueva de Sevilla (1579)”, en *Revista de Humanidades*, 15 (2008), pp. 171-198. Los soberanos e infantes castellanos que reposan en la cripta, desde que Felipe II impulsara su definitivo depósito en la concluida Capilla Real y este se realizara en 1579, son: Pedro I el Cruel (1334-1369), rey de Castilla y León; su esposa María de Padilla (c.1334-1361); Alfonso de Castilla (1359-1362), hijo de ambos; Juan de Castilla (1355-1405), hijo de Pedro I y Juana de Castro; y Fadrique de Castilla (1333-1358), Maestre de la Orden de Santiago, hijo de Alfonso XI de Castilla y Leonor de Guzmán.

¹⁵³⁴ LAVALLO-COBO, Teresa: *Isabel de Farnesio. La reina coleccionista*, Madrid, 2002, p. 113. Es impensable que no volvieran a visitar la Capilla Real, no solo por tratarse del espacio regio por excelencia en el templo catedralicio sevillano, sino por reunir especiales características sonoras para la interpretación de piezas musicales a cargo de músicos de la Real Capilla, hechos venir expresamente desde Madrid.

¹⁵³⁵ *Gaceta de Madrid*, Madrid, 4 de abril de 1730, cit. en PÉREZ SAMPER: *op. cit.*, p. 250.

¹⁵³⁶ *Jornada de los Reyes a la frontera de Andalucía*, AHN, Estado, Leg. 2551/10, en KAMEN, Henry: *Felipe V. El rey...*, p. 215.

el del Escorial¹⁵³⁷. La capilla funeraria de los Médicis, en la Sacristía Nueva de la Basílica de San Lorenzo, obra de Miguel Ángel, había sido construida entre 1520 y 1534. Concebida como mausoleo para los miembros entonces más recientes de la importante dinastía florentina, pues la Sacristía Vieja ya acogía a los más antiguos, en su diseño el autor se apartó del esquema de túmulo central exento de ésta, obra de Brunelleschi. Para los sepulcros de Lorenzo, duque de Urbino, y Juliano, duque de Nemours, integró en la pared dos impresionantes sepulcros adosados a los muros, que al ser bañados por la luz del alto techo parecen tallados en la pared. A los pies de la representación clásica de los enterrados, permaneces recostadas las figuras alegóricas Día y Noche, Aurora y Crepúsculo. Y en un tercer sepulcro, un sencillo catafalco con los restos de Lorenzo el Magnífico y su hermano Juliano, sobre el que se sitúa una talla de la Virgen con el Niño, hacia donde dirigen su mirada las estatuas sedentes de los duques, que contemplando a la Madre de Dios dirigen y ordenan toda la arquitectura del conjunto. El futuro Carlos III de España bien pudo admirar la armonía de un sistema sepulcral perfecto, cerrado, suficiente. Un mausoleo que prescinde incluso de cartelas con los nombres de los difuntos, ordinales, fechas, hazañas. Un conjunto sepulcral que Miguel Ángel decidió más idealizado que celebrativo, y por tanto tuvo, necesariamente, que deslumbrar a un infante de España de dieciséis, desplazado a Italia a reclamar la herencia de sus mayores, los Farnesio.

Cuando Carlos de Borbón visitaba Florencia, hacía años que sus padres habían decidido intervenir arquitectónicamente en las residencias regias, consideradas anticuadas en su mayoría para los nuevos servicios y funciones demandados. La construcción de varios reales sitios y la reforma de algunos de los heredados se realizaron con nuevos planteamientos arquitectónicos que supusieron no solo un diálogo entre la etapa que concluía con novedosos planteamientos artísticos y técnicos, sino la herencia a la historia de un fruto artístico y simbólico de primer orden. Al poco tiempo de llegar a Madrid, Felipe V encargó al arquitecto galo Robert de Cotte la reforma del Alcázar y el Palacio del Buen Retiro. Mientras tanto, comenzaba la construcción del real sitio de La Granja de San Ildefonso bajo la dirección de Teodoro Ardemans¹⁵³⁸. Sin que tengamos noticia de que los nuevos diseños incluyesen huella de sistema sepulcral.

¹⁵³⁷ LAVALLE-COBO: *op. cit.*, p. 121.

¹⁵³⁸ Ardemans fue nombrado en 1702 arquitecto mayor del Rey y pintor de cámara dos años después, cargos que ocupó hasta su muerte en 1726. Fue también maestro mayor del Ayuntamiento de Madrid. Como iniciador del conjunto palatino segoviano (al que en este epígrafe hacemos referencia como complejo arquitectónico, desarrollando más tarde sus claves como espacio sepulcral) su papel fue clave.

La Granja es también un nuevo emblema de representación de poder regio. En cierto momento de su reinado, Felipe V planeó la reconstrucción del Palacio de Valsaín, pero abandonó la idea prefiriendo construir un nuevo palacio en las cercanías de Segovia, en el interior de una finca de los monjes del monasterio de El Parral¹⁵³⁹. Pero con los diseños iniciales, el maestro demostró que no se había emancipado artísticamente del modelo arquitectónico precedente a la llegada del monarca¹⁵⁴⁰. Ni siquiera otros proyectos arquitectónicos sobre reales sitios, ya entrado el siglo XVIII, contemplarían la creación de sistemas sepulcrales, como pudieron ser los planos de los italianos Santiago Bonavía para el Palacio de Aranjuez o Virgilio Rabaglio para Riofrío (Segovia).

El definitivo pistoletazo de salida había llegado en la Nochebuena de 1734: el incendio del Alcázar de Madrid supuso la desaparición de principal símbolo edilicio capitalino de los Austrias. Ante la contemplación del solar explanado se descartó desde el primer momento cualquier esfuerzo de reconstrucción¹⁵⁴¹: se iba a aprovechar la oportunidad única de crear un emblema arquitectónico definitivo, que pudiera hacer frente incluso al significado político y dinástico del monasterio de san Lorenzo de El Escorial. Varios arquitectos comenzaron a realizar propuestas de complejos palaciales. El propio Pedro de Ribera creó uno que incluía hasta cinco patios de gran extensión, pero fallecería en 1742 sin que su proyecto, que no incluía espacio funerario alguno, fuese aprobado. Lo cierto es que ninguno de los planos de posible nuevo palacio cuya referencia o traza conservamos hace alusión a que el Palacio Nuevo albergase una capilla funeraria o cripta¹⁵⁴². Incluso diseños de gran calidad, como los de José de Arce o Manuel Losada -este último proponía una planta cuadrada, simétrica, de proporciones bastante parecidas a las del actual Palacio Real-, a cual más majestuoso, no incluían entre el despliegue de grandes espacios y elementos ornamentales la creación de un panteón. ¿No lo diseñaron porque se especificó que no se deseaba?, ¿era general la conciencia de que seguiría empleándose el de El Escorial?

¹⁵³⁹ BLASCO ESQUIVIAS, Beatriz: “El Madrid de Filippo Juvarra y las alternativas locales a su proyecto para Palacio Real”, en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid, 1994, p. 59.

¹⁵⁴⁰ TOVAR: *op. cit.*, p. 231. La autora subraya que dado el “poder artístico” que Ardemans acumuló durante la primera parte del reinado del primer Borbón, bien podría haber aportado ideas originales que se hubiesen impuesto. En realidad, Ardemans vivió una suerte de lucha entre el peso de la tradición arquitectónica de una dinastía que había creado el Monasterio de El Escorial con la importada por un linaje real con incógnitas artísticas. En ella habría optado por un conservadurismo presente, en opinión de la catedrática, en las torres angulares empizarradas del palacio segoviano.

¹⁵⁴¹ Véase GÄRMS, Jörg: “El proyecto de Juvarra para el Palacio Real de Madrid”, en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid, 1994, p. 239 ss.

¹⁵⁴² BLASCO: *El Madrid...*, pp. 89-104.

Ni siquiera los arquitectos galos, con tumbas o sin ellas en los papeles, triunfaron en el empeño. Varios pintores franceses, entre los que destacan Rigaud, Van Loo o Houasse, habían acertado de lleno averiguando las preferencias de técnica y composición para el retrato cortesano de aparato del nuevo monarca y los suyos, sustentando una base sólida de propagación de la imagen de la majestad de la dinastía recién llegada. Pero sería la creatividad arquitectónica italiana la que triunfaría en el modelo edilicio –y escultórico– quintofilipino, cuya resolución de los modelos sepulcrales son los que interesan en el presente trabajo. Es concluyente pues la consideración de que el panorama de la arquitectura cortesana española de la primera mitad del siglo XVIII es la historia del paso del primigenio barroco madrileño al más puro estilo italiano, atravesando por un balbuciente y fracasado intento de lo francés por abrirse hueco.

El análisis de la trayectoria y presencia en España de uno de los arquitectos italianos más célebres de la Edad Moderna nos parece esclarecedor en cuando a modelos sepulcrales se refiere. Nos referimos a Filippo Juvarra (1678-1736), el mejor ejemplo de cómo se hizo frente a los complejos problemas edilicios del reinado. A pesar de su estancia de pocos meses en España, su huella fue honda y significativa. Aunque pasó a la historia como el gran arquitecto de los Saboya¹⁵⁴³, había acumulado también

¹⁵⁴³ Juvarra (hemos optado por la forma italiana de su apellido, respetada en la mayoría de los estudios sobre su obra publicados recientemente en nuestro país), fue nombrado arquitecto real con patente el 15 de diciembre de 1714. Entre las obras que realizó en complejos regios saboyanos y sicilianos figuran la ampliación del palacio real del siglo XVI de los Viceré en Mesina (Sicilia), en el verano de 1714; dibujos para la terminación de la Galería Grande de la Venaria Real (entre 1714 y 1726); la capilla de San Uberto, aneja al castillo de la Venaria Real, proyectada en 1716 pero suspendida en 1730; la reconstrucción del castillo de Rivoli (1718-1724, obra incompleta); la fachada y escalinata del Palacio Madama (1718-1721); la escalera “*delle Forbici*” del Palacio Real de Turín, (1720-1721) construida con ocasión del matrimonio del Príncipe del Piamonte Carlos Manuel con Ana Cristina de Baviera Sultsbach (en 1722), para proporcionar acceso digno a las habitaciones reales de la segunda planta; dibujos para diseño de adornos de la segunda boda de este, futuro Carlos Manuel III, con Polissena de Hesse-Rheinfelds (1724), del salón de baile, que fue demolido en 1781; intervenciones en el conjunto de Viña Ludovica, entre 1723-1724 y más intenso en 1729, tras la muerte de Ana de Borbón Orleáns, mujer de Víctor Amadeo II (el conjunto había sido la residencia de la pareja y se conocía como Villa de la Reina, una de las residencias habituales del soberano), el palacete de caza de Stupinigi, en 1729; la nueva decoración de las habitaciones reales tras la subida al trono de Carlos Manuel III en 1730, por abdicación de su padre y la redecoración de las habitaciones de invierno del rey y las de verano de la reina; el Palacio “de los archivos de la Corte” (uno de los primeros ejemplos de atención artística a estos espacios administrativos) en 1731 y los llamados “Archivos privados del rey” en el Palacio Real de Turín, entre 1733-1734. BRETANA, Cesare Enrico: “Iconografía de los Sitios Reales de Juvarra en el Piamonte”, en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid, 1994, pp. 205 ss. En realidad, su éxito residió en haber puesto en práctica un complejo entramado de simbología regia sobre el propio plano de Turín, la capital del Piamonte, lo que le convertía en idóneo para un nuevo planteamiento del Madrid Borbón. Juvarra había situado en un triple eje lineal la residencia de caza regia de Rivoli, en las cercanías de la urbe, el Palacio Real, en el centro de esta, y la gran basílica sepulcral de la dinastía en Superga, convirtiendo el lugar en una referencia visual a escala regional, al que sumó en sentido transversal otra regia residencia saboyana, Stupinigi.

amplia experiencia creativa en otras cortes europeas, como consumado experto tanto en diseños palaciales¹⁵⁴⁴ como en escenografías teatrales¹⁵⁴⁵; pero, en lo que interesa al capítulo que desarrollamos, el valor de Juvarra residió en su magnífica proyección y ejecución de depuradas ideas simbólicas en sistemas sepulcrales regios del primer tercio del siglo XVIII¹⁵⁴⁶. Entendió como pocos las exigencias de una arquitectura áulica, centrada en las necesidades de la imagen de la monarquía¹⁵⁴⁷. Cuando los escombros del incendio del Alcázar comenzaban a ser retirados, Felipe V e Isabel de Farnesio ya conocían bien el currículum del arquitecto: había trabajado para Víctor Amadeo II, primer suegro del monarca, como padre de la reina María Luisa Gabriela, y en 1716 había comenzado la construcción de la basílica de Superga, el perfecto sistema sepulcral de la Casa de Saboya, a pocos kilómetros de Turín¹⁵⁴⁸. En 1735, el Rey solicitó a su cuñado italiano, Carlos Manuel III, los servicios del artista por un periodo de tres años. Juvarra llegó a Madrid y fue plenamente consciente de que la monarquía se había quedado sin residencia administrativa y cortesana, aunque seguía manteniéndose en pie el Palacio del Buen Retiro, concebido a principios del reinado de Felipe IV por el Conde-Duque de Olivares, como lugar de recreo, si bien con poca capacidad para albergar demasiadas dependencias organizativas o jurisdiccionales. A pesar de albergar el antiguo cuarto real

¹⁵⁴⁴ Juvarra había desempeñado su labor profesional en el París de Luis XV, en la Roma papal, en Londres y en Lisboa, donde había diseñado entre 1719 y 1720 un gran palacio para Juan V, que no culminó por problemas presupuestarios. Realizó trabajos también para los reyes Augusto y María Casimira de Polonia, Federico IV de Dinamarca (preparando una reconstrucción gráfica, por encargo del Papa Clemente XI, con objeto de regalársela al monarca nórdico en un viaje de aquél a Roma, proyectado para 1709 pero nunca realizado) y el landgrave Carlos de Hesse-Cassel (para quien diseñó un castillo de grandes dimensiones entre 1705 y 1708). MILLON, Henry: "Dibujos de Filippo Juvarra", en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina...*, p. 121.

¹⁵⁴⁵ Como los decorados de *Giunio Bruto*, que le fueron encargados por José I de Austria en 1711, en los que mostró un profundo conocimiento del valor simbólico de la reproducción de entornos arquitectónicos históricos clásicos.

¹⁵⁴⁶ Ideó los túmulos funerarios de varios monarcas, príncipes y nobles europeos, como Pedro II de Portugal, Leopoldo I de Austria (en cuyo catafalco conmemorativo en la iglesia romana de Santa María del Ánima participó en 1705) o de la reina Polissena d'Assia [Hesse], segunda esposa de Carlos Manuel III de Saboya. BONET CORREA, Antonio: "Filippo Juvarra y la gran arquitectura borbónica en España", en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina...*, p. 31. También diseñó un auténtico sistema sepulcral para la Casa Real francesa, que no fue construido, y numerosos bocetos y dibujos de escudos de armas para tumbas y monumentos sepulcrales.

¹⁵⁴⁷ Vid. BONET CORREA, Antonio: "El abate y arquitecto italiano Juvarra y el arte monárquico en España", *Reales Sitios*, 119 (1994), pp. 2-3.

¹⁵⁴⁸ Víctor Amadeo II de Saboya (1666-1732), rey de Sicilia hasta 1718 y luego, en virtud de tratados territoriales de la Europa posterior a la Guerra de Sucesión en España, rey de Cerdeña hasta 1730, con soberanía sobre la isla de Sicilia, en cuya capital había nacido, cuando pertenecía aún a la monarquía de España. Filippo Juvarra tuvo la habilidad de mostrar a monarca saboyano, protector de los estudios históricos, la oportunidad de construir en Mesina un nuevo palacio real, como medio de unión de la capital siciliana con su glorioso pasado romano y la legitimidad de la dinastía que llegaba al trono. SCOTTI TOSINI, Aurora: "Filippo Juvarra y las Cortes europeas del siglo XVIII", en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina...*, p. 155.

de San Jerónimo y su Iglesia, nunca se contempló que el templo fuera sede de sistema sepulcral regio alguno. El arquitecto creó un proyecto de Palacio Nuevo que podemos calificar como revolucionario, tanto en diseño como en extensión. Propuso el traslado del complejo edilicio a los altos de Leganitos o de san Bernardo¹⁵⁴⁹. En los bocetos que preparó, nunca ejecutados, concebía un edificio aproximadamente tres veces mayor al finalmente construido (si bien no tan elevado como el resultado final). No había sitio para sistema sepulcral. Ni siquiera otorgó especial precedencia a espacios tan significativos en los siglos precedentes como el salón de audiencias (o “del trono”), las escaleras... y la capilla real, dato definitivo para sostener que Felipe V se mantenía firme en su decisión de continuar la tradición sepulcral escurialense. La capilla ya aparece no como elemento central, sino en una posición lateral respecto de la entrada, aunque ocupa la planta principal y en el primer piso se instalan galerías para los monarcas y su familia. Además, en el proyecto de Juarra, al espacio sagrado se accede desde el interior del palacio, mientras al coliseo o teatro regio, situado en espacio simétrico similar, se entra directamente desde el patio. Incluso podemos decir que en su proyecto prima la comunicación de espacios -aún conservando su simbolismo- sobre la monumentalidad. Se buscaban enormes patios interiores que iluminasen todos los alojamientos, o escaleras interiores que diesen comunicación a cuartos y piezas palatinas.

Dos fueron las principales frustraciones del maestro siciliano: el rechazo a su propuesta de emplazamiento inicial, pues se decidió ocupar el propio solar disponible tras la retirada de elementos arquitectónicos que estorbaban, y la reducción en extensión y presupuesto del modelo ideado¹⁵⁵⁰. Sea en espacios habitables o en funerarios –ambos igualmente representativos de la majestad regia de las dinastías del Barroco tardío-, se había convertido en un consagrado especialista en la creación de monumentos arquitectónicos enlazados con los más adecuados escenarios ambientales. Ante sí al menos contempló un gran reto: el Palacio Nuevo debía elevarse sobre los cortados del actual Campo del Moro. En esa preferencia –no aceptada por Felipe V e Isabel de Farnesio- por los altos de san Bernardo no sabemos si pesaba más un atisbo de nueva concepción urbanística de Madrid –cuya historia hubiese cambiado definitivamente desplazando hacia el este el peso del urbanismo central capitalino- o un rechazo a las

¹⁵⁴⁹ Una amplísima extensión de terreno que incluía lo que ocupa el Palacio de Liria o los Cuarteles del Conde Duque, extendiéndose hacia el oeste de la capital.

¹⁵⁵⁰ GÄRMS: *op. cit.*, pp. 239 ss.

dificultades técnicas que encontró ante un terreno en puro terraplén, que finalmente fue integrado a la perfección en el nuevo Palacio que concluiría su sucesor, Sachetti. Juvarra murió de pulmonía el 31 de enero de 1736. Es innegable que como arquitecto mayor del rey pudo tener esquemas en su mente sobre una nueva concepción del sepulcro dinástico Borbón¹⁵⁵¹. Quizá nunca sepamos si las concibió en bocetos sobre papel. En todo caso, su obra es una referencia continua a la puesta en escena del simbolismo de las monarquías europeas.

Cuando todas estas cuestiones arquitectónicas se suscitaban entre eruditos, cortesanos y monarcas, ni siquiera había concluido definitivamente el ciclo sepulcral Austria. La viuda de Carlos II, Mariana de Neoburgo, tuvo noticia del incendio de la que había sido su antigua residencia palatina en sus últimos años de su exilio en Bayona, al Suroeste de Francia¹⁵⁵². Regresaría a España en septiembre de 1738, viviendo su último año en Guadalajara y falleciendo en el Palacio del Infantado de la capital alcarreña. La llave número 50, el extenso perfil que el cuaderno obituario jerónimo le dedica, consigna que “hija del Serenísimo Príncipe elector Dn. Phelipe Guillermo Conde Palatino del Rhin y de Isabel Amelia Magdalena Princesa de Lansgrave de Hasia [Hesse], Príncipes muy illustres no solo por sus casas emparentadas ambas con todas las principales de Europa sino por su dilatada sucesión de diez y seis hijos ocho varones y ocho hembras”. En realidad, Isabel Amalia de Hesse-Darmstadt tuvo veinticuatro embarazos, dando a luz diecisiete hijos vivos. La alusión a los ventajosos matrimonios de sus hijas muestra el valor como fuente genealógica del documento, entre ellos el de una de las hermanas de Mariana, Dorotea Sofía –que no aparece con su nombre- con el duque de Parma, y el posterior nacimiento de Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V, como fruto del mismo¹⁵⁵³.

¹⁵⁵¹ La Maestría Mayor de obras reales se suprimiría en 1764, a la muerte de Sachetti –el maestro que concluyó el Palacio Real de Madrid-, y la Junta de Obras y Bosques se extinguió definitivamente en 1768, culminando así el proceso de reformas en la estructura administrativa de las Obras iniciado por Felipe V con la distinción de Maestro Mayor (más bien destinado a obras ordinarias de mantenimiento de los Palacios) y Arquitecto Real (para obras extraordinarias, más bien vinculado a la creación de nuevos espacios u obras de envergadura, cargo creado por Felipe V en 1703, para salvar los escollos burocráticos y poder dar libertad a su arquitecto Ardemans en materias que quería que fuesen más ligeras. BLASCO: *op. cit.*, p. 51. Así, en los reinados de Felipe V, Luis I y Fernando VI convivieron dos modelos distintos de gestión de las obras cortesanas, hasta que se impuso el nuevo modelo de Arquitecto dependiente de forma más directa del monarca.

¹⁵⁵² Vid. BAVIERA: *Mariana de Neoburgo...*, Madrid, 1938.

¹⁵⁵³ AGP, *Lista...*, Llave 55, *El Serenísimo Señor Ynfante de España Don Carlos*. Los matrimonios fueron los de dos de ellas con archiduques de Austria, una con Pedro II de Portugal; otra con el príncipe Jacobo, primogénito de Juan III de Polonia; las citadas Dorotea Sofía con el duque “Duarte ó Odoardo, príncipe hereditario de Parma” y Mariana con Carlos II de España, “y las otras dos por aver muerto en

La princesa nació en el Palacio de Benrath, en Dusseldorf, el 28 de octubre de 1667. A la muerte de María Luisa de Orleans, primera consorte del monarca español, la fertilidad familiar y el hecho de que su hermana Leonor llevase ya cuatro años casada con el emperador Leopoldo I la convirtieron en novia idónea para Carlos II, con quien contrajo matrimonio primero por poderes. La misa de velaciones tuvo lugar el 14 de mayo de 1690 en el Palacio Real de Valladolid. El monje recoge, décadas después de los años convulsos del final del reinado del último Austria, que

“vivió diez años con el Sr. Carlos II en que no le ayudó poco en el peso del gobierno, y en ellos especialmente a los últimos mostró en un gran cariño a esta Casa y a sus Religiosos; pero no habiendo querido Dios darles sucesion, experimentó luego una dilatada y penosa viudez”.

Efectivamente. Mariana apoyó en todo momento las opciones de su sobrino el archiduque Carlos. No extrañó que Felipe V exigiese su salida de Madrid, por lo que la reina viuda abandonó discretamente la capital, sin saber que era para siempre, el 2 de febrero de 1701, dirigiéndose a Toledo. Mientras habilitaban el ala del Alcázar de la ciudad, en la que fijaría su residencia, se alojó en el Palacio arzobispal, donde el cardenal Portocarrero vio claro que ofrecía un servicio al nuevo monarca, que deseaba solucionar la cuestión antes de su entrada en la corte¹⁵⁵⁴. El obituario refiere de manera ambigua las consecuencias para la reina de haber acogido a las tropas austracistas cuando llegaron a la ciudad del Tajo durante la guerra de Sucesión: “con la ocassion de aver entrado por Castilla las armas del Emperador Joseph y sus Aliados el año de 1706, la trasladaron a Bayona de Francia”. Allí vivió 32 años. Aunque se afirma que su situación económica no fue holgada, su séquito y casa superaba los 200 componentes, y el contexto de su posición política y dinástica debe modularse, como hemos referido, a partir del matrimonio de su sobrina carnal, Isabel de Farnesio, con Felipe V.

El rey permitió al fin que, ya anciana, regresara a España. Abandonó la ciudad en la frontera franco-española el 17 de septiembre de 1738. Tras convalecer en Pamplona de una larga enfermedad, llegó a Guadalajara, donde le permitieron vivir. Se reencontró por última vez con los monarcas en Alcalá de Henares a principios de julio

muy pequeña edad se coronaron en otro mejor Reyno”. La precisión de la fuente es tal que firma que la soberana era “entre estas ocho señoras la quinta en el nacimiento fue nuestra serenísima Reyna”.

¹⁵⁵⁴ Felipe V guardó las formas y acudió el 3 de agosto del mismo año a Toledo a visitar a la viuda de su predecesor, y se reunirían de nuevo, junto a María Luisa Gabriela de Saboya, en Aranjuez, en marzo de 1703. RÍOS MAZCARELLE, Manuel: *Mariana de Neoburgo (segunda esposa de Carlos II)*, Madrid, 1999, p. 184.

de 1740. A su vuelta al Palacio del Infantado su salud empeoró, gangrenándose su pierna izquierda. Falleció, como informa el cuaderno jerónimo, a las tres y media de la madrugada del sábado 16 de julio “y de edad de 73 años poco menos”.

Al dar fe de su llegada, entre las seis y las siete de la mañana del 25 del mismo mes, a El Escorial, el monje constató la duda litúrgica que planteaba la celebración de una misa de réquiem en la festividad de Santiago Apóstol, “día tan clásico según las Rúbricas”. Sin embargo, “considerando lo grande de la Persona”, tras consultar al prior, fray Pedro Reynoso, que había sido testigo en Roma, como refiere el obituario, de la dispensa del papa para enterrar a un cardenal en el día de san Juan, “lo que sin duda haría mejor con una Reyna de España, si fuera fácil el recurso a Su Santidad”, se le dijo su oficio de difuntos y la misa correspondiente, habiendo celebrado antes las correspondientes al patrón de España. Nos hayamos así ante una evidencia de la búsqueda del equilibrio entre el rigor de la mentalidad religiosa de la comunidad rectora del monasterio y el cumplimiento de su función protectora e impulsora de la imagen funeraria regia, que las hace compatibles de manera mutuamente enriquecedora dentro de los cánones de la liturgia y el ceremonial funerario de la época.

En una llave llena de enjundia en el marco de esta conformación del perfil obituario de la soberana quedaba aún dar razón del aprecio que la comunidad sintió por la difunta:

“En su testamento, no olvidandose del cariño que avia tenido a esta Comunidad, la mandó el Árbol Genealógico de su Casa, todo de plata, con figuras de todos sus Ascendientes, que dicen está tasado en 80 pesos, pero aunque sea mucho de apreciar el legado por el valor mucho más se debe apreciar por la memoria de esta señora”.

Una nota marginal a la derecha añade “está esta Alhaja en esta Rl. Biblioteca de Sn. Lorezno”, proporcionando no sólo el paradero del legado de la viuda de Carlos II al monasterio, sino del propio cuaderno jerónimo a mediados del siglo XVIII. La real biblioteca, entonces denominada librería. Simbólicamente, el cuaderno obituario se guardaba sobre el zaguán del pórtico del monasterio, en el que tenía lugar la cesión de los féretros reales por parte de la autoridad comisionada por el monarca al prior del monasterio mediante la lectura de la carta, entregada al jerónimo por parte de aquel.

En las mismas últimas voluntades, como otros miembros de su dinastía en su rama española y austríaca, pidió que su corazón y vísceras fueran depositados en lugar

distinto al de su cuerpo. En su caso, fue el monasterio madrileño de las Descalzas Reales¹⁵⁵⁵. La Gaceta de Madrid fue ceremoniosa y protocolaria al informar sobre su tránsito, dedicando un párrafo exacto y medido que presenta claros rasgos de haber sido preparado con detenimiento:

“El sábado 16 del corriente murió en Guadalajara la Reyna primera Viuda nuestra Señora Doña Mariana de Neuburg, a los 72 años, ocho meses, y 18 días de su edad: Fue muger del Señor Carlos Segundo, y Princesa dotada de las más recomendables prendas, y su pérdida ha merecido un tierno universal sentimiento: Será su entierro en el Monasterio de El Escorial con todas las fúnebres demostraciones que corresponden a su alta jerarquía; y desde mañana comenzará el riguroso luto, que se debe a este fallecimiento...”¹⁵⁵⁶.

La Gaceta otorgaba a la dama el tratamiento protocolario que en la corte le correspondía, pues la monarquía española había contado hasta ese momento con tres reinas: la consorte, Isabel de Farnesio, así como dos viudas, la primera, Mariana de Neoburgo, que lo había sido de Carlos II, y Luisa Isabel de Orleans, que lo sería, aunque sólo dos años más, del efímero Luis I. Que se la despidiese con un abstracto recuerdo a “las más recomendables prendas” y el “tierno universal sentimiento” que merecía su pérdida deben contextualizarse, en nuestra opinión, en el más puro ejercicio de construcción de imagen dinástica a través de un breve obituario regio.

10.3. Los sistemas atípicos del siglo XVIII.

Al igual que hemos expuesto las excepciones históricas que, durante los siglos XVI y XVII, convirtieron espacios funerarios diferenciados en objeto de interés en la exposición de los sistemas sepulcrales de la monarquía de España, el siglo de los primeros Borbón presenta situaciones y soluciones en gran parte paralelas, debidas principalmente a decisiones personales relacionadas con la posición dinástica de los fallecidos y de los monarcas –propietarios o consortes–, que tenían en su mano dejar por escrito su lugar de descanso o cuyos restos fueron depositados en panteones singulares. Hemos escogido el término excepciones históricas porque nos interesa mantener ya desde este punto de la exposición que, a partir de la continuación, por parte de Felipe V, con la tradición escurialense de la dinastía precedente, como creemos haber demostrado,

¹⁵⁵⁵ RÍOS MAZCARELLE: *op. cit.*, p. 207.

¹⁵⁵⁶ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 29, 19 de julio de 1740, cit. en TORRIONE: *op. cit.*, p. 207.

la aparición de sistemas colaterales y auxiliares no supondrá en absoluto minoración del valor de los panteones de San Lorenzo como sistema dinástico principal, empezando por el propio monarca, cuya muerte y sepelio supondrá, como veremos a continuación, ruptura pero no anulación de esa tradición. Lo cierto es que a excepción de Luis I, cuyos restos ingresaron, a la tradicional manera y en tiempo y forma, en la cripta de sus antepasados, en 1724, todos los monarcas españoles del siglo fueron afectados por la construcción –cuando no la decidieron personalmente- de espacios mortuorios diferenciados. A continuación expondremos los principales.

Isabel de Farnesio y Bárbara de Braganza son las principales impulsoras de las dos relevantes excepciones dinásticas en el sistema sepulcral de El Escorial. La descendencia de un matrimonio precedente, en el primer caso, y la esterilidad, en el segundo, motivaron que idearan un medio excepcional, si bien legítimo, de descansar para la eternidad junto a sus regios consortes. Con muy distinto carácter, la relación con sus esposos tuvo una nota común: un ascendente sobre ellos en materia familiar, íntima, que supieron ejercer, en no pocas ocasiones, de forma decisiva, que en la mentalidad ante mortem coronaron en la más importante decisión sepulcral, el apartamiento del panteón preexistente para componer sendos ensayos de sistema colateral. Ambos matrimonios quedaron individualizados en el marco de la historia de la dinastía.

10.3.1. La Colegiata de La Granja de San Ildefonso.

Desde la celebración de sus esponsales en 1714, la segunda consorte de Felipe V tuvo varias ocasiones, como hemos visto, de visitar sepulcros reales en los monasterios o catedrales que recorrieron los monarcas. Además de las jornadas periódicas en el propio monasterio de las faldas del Abantos, Isabel de Farnesio fue quien decidió la celebrada estancia de la corte en Andalucía, el llamado Lustró Real. Cuando los reyes hicieron su entrada en Sevilla, el 3 de febrero de 1729, hacía ciento cinco años que ningún soberano visitaba la ciudad, pero más de trescientos desde que se elegía un espacio sepulcral hispalense para el descanso de un monarca. Durante la jornada hispalense de Felipe V hubo tiempo de realizar obras de mejora arquitectónica y decorativa en los Reales Alcázares, indicio de que había voluntad y capacidad de modificación de espacios representativos de la memoria histórica de la monarquía. Bien pudo disponerse alguna cuestión en cuanto a sistemas sepulcrales, pero no hay huella de que se concibiera ni menos realizase finalmente proyecto alguno. Ciertamente, como

sabemos, en aquellos años no falleció ningún miembro de la primera familia de la monarquía, y ningún cuerpo fue depositado en el pudridero escurialense¹⁵⁵⁷.

A principios de la década de los cuarenta el declive de la salud de Felipe V impuso a Isabel de Farnesio valorar el peso de la tradición histórica, que emparejaba, en el panteón de San Lorenzo, desde la iniciativa de Felipe IV en 1654, a cada monarca con la consorte que hubiese alumbrado a su sucesor en el trono. Al entonces príncipe de Asturias, el futuro Fernando VI, correspondería con razonable probabilidad ordenar el descanso conjunto de su padre con María Luisa Gabriela de Saboya, mientras que a los restos de Isabel de Farnesio correspondería aguardar en la cámara de la meseta intermedia la construcción de una cripta, proyecto del que no tenemos noticia se tratase en aquella época. Una reina con aquella personalidad hubo de tener también presente la absoluta libertad de los monarcas propietarios españoles a la hora de disponer su entierro, a la que hemos hecho referencia ya en varias ocasiones. La conclusión era lógica: cualquier solución que hiciese posible que descansara junto a Felipe V pasaba por que su sepultura conjunta no se construyera en los panteones preexistentes. Isabel de Farnesio sabía que tenía que convencer a Felipe V de un entierro independiente. El lugar óptimo era el real sitio de La Granja de San Ildefonso.

Es oportuno hacer una reflexión sobre lo que supusieron aquellos últimos años de convivencia de la reina con Felipe V. Pérez Samper subraya el esfuerzo personal que hubo de suponer para la soberana el desgaste de convivir con un enfermo de grave depresión, “mantenerlo a él, mantenerse ella misma a flote, contra toda tentación de tristeza y abandono, fuese cual fuese su situación, sin permitirse el mínimo desfallecimiento”, un aspecto importante de aquellos años¹⁵⁵⁸. No es difícil pensar que sus cualidades personales y una demostrada pasión por el poder le aportaban ser mujer de “ánimo esforzado, valiente, segura de sí misma, positiva, optimista”. Ella mantuvo al rey en pie. No obstante, tenía que pensar en el futuro. Y el transcurso del tiempo acercaba a la pareja regia a la separación temporal del sepulcro.

Una observación detenida de los planos de creación y reformas del palacio segoviano lleva a la conclusión de que Felipe V e Isabel de Farnesio no concibieron las intervenciones sobre el mismo, en la década de 1720, como espacio sepulcral propio. El complejo edificio guarda huella de la presencia de Juarra, que le aportó la uniformidad

¹⁵⁵⁷ Incluso en noviembre de 1729, en Sevilla, Isabel de Farnesio dio a luz a la que sería la última de sus hijas, la Infanta María Antonia, futura Reina de Cerdeña.

¹⁵⁵⁸ PÉREZ SAMPER, María Ángeles: *Isabel de Farnesio*, Barcelona, 2003, p. 100.

de su majestuosa fachada sur. Teodoro Ardemans diseñó los planos del correspondiente templo anexo e integrado en su parte norte, la colegiata que sería concluida por Sabatini como lugar de culto. En este sentido, nos parece importante destacar que, desde el proyecto inicial, se incluyeron suntuosas tribunas para la asistencia a los oficios litúrgicos –a escurialense modo-, de los monarcas y, como novedad, de los infantes de corta edad, que podían provocar inevitable ruido infantil, por lo que estaban acristaladas. No corresponde al presente trabajo el análisis del resto del entorno palacial segoviano como símbolo de poder político y dinástico, pero es indudable que si desde el principio hubiera estado presente una concepción mínima de sistema funerario, ésta se hubiese plasmado en un sepulcro en distinta extensión y ubicación al actual. En 1735, tras su construcción, la pequeña sacristía a la que se accede por el altar mayor fue consagrada por orden de Felipe V como capilla relicario, que albergase decenas de restos de santos, en la añeja tradición de los monarcas españoles¹⁵⁵⁹. No pudo ser ese espacio, por tanto, concebido originalmente como el panteón regio en el que fue convertido años después, ni por ubicación ni por extensión.

Pensamos que es indudable la intervención directa de Isabel de Farnesio en la decisión de Felipe V. Parece que esta fue tomada por el propio monarca, como revela un informe conservado en el Archivo General de Palacio, redactado seis décadas más tarde¹⁵⁶⁰. Para Martínez Shaw y Alonso Mola, la mezcla de melancolía y ascetismo del monarca pudieron coadyuvar a la decisión de que se le enterrase en aquel lugar tranquilo y apartado, que habría concebido como retiro temporal y eterno. Que el rey no hubiera dejado un espacio más digno construido para su mausoleo y el de Isabel de Farnesio, en opinión de ambos historiadores, no podría achacarse exactamente a imprevisión real, sino a la propia actitud del soberano, temerosa y esquivada ante la muerte, que le generaba una angustia enfermiza, “que le llevaba a disimular el luto en la

¹⁵⁵⁹ AGP, Caja 13552, Carta de Sani (apostador y jefe de la Furriera) a José Patiño fechada el 7 de febrero de 1735, comunicando el traslado de las reliquias y el ceremonial dispuesto para el mismo. De hecho, en la pared Norte de la pieza, a la que se accede desde el propio altar de la Colegiata, fueron colocadas decenas de urnas de cristal en un conjunto relicario de bronce sobredorado. En la misma capilla relicario, en la parte opuesta, fue enterrada en 1990 la infanta Isabel de Borbón (1851-1931), primogénita de Isabel II, que descansa desde entonces frente a los fundadores de su dinastía en España. El traslado de los restos de la condesa de Girgenti, que habían descansado hasta la fecha en el cementerio parisino de Père Lachaise desde su muerte en el exilio en 1931, fue promovido por don Juan de Borbón (1913-1993), conde de Barcelona, y respondía al deseo –hasta entonces desconocido- de la que fue princesa de Asturias de ser enterrada en el palacio, lo que supuso la retirada de las urnas.

¹⁵⁶⁰ AGP, Reinados, Gobierno Intruso, Caja 61, Expte. 20, *Nota sobre la situación e historia de la Colegiata*. Un informe sobre la Colegiata de La Granja solicitado por José I en 1809 indica que el motivo fue “haber resuelto el Señor Rey Don Felipe V pasar en el [Real Sitio] toda su vida, destinando la nueva Iglesia para panteón o sepulcro de su cadáver y del de la reyna Isabel de Farnesio”.

Corte para evitar sobresaltos”¹⁵⁶¹. Aunque en opinión de Sancho Gaspar, en su fuero interno Fernando VI quisiera oponerse, se encargó un proyecto a Fernando Puga en 1748; Sempronio Subisati hubo de reformarlo más tarde porque se concibió para un espacio en principio mayor¹⁵⁶². Es un hecho objetivo que en 1746, diecisiete años después del matrimonio sin descendencia del príncipe de Asturias don Fernando, la sucesión al trono acabaría pasando por la línea dinástica del entonces rey de Nápoles, su hermano. Pensamos que la cuestión no era ya descansar en El Escorial, sino junto a su esposo. Aunque se perdiera la majestuosidad exterior del sistema sepulcral, la reina había logrado su objetivo: la cercanía. No importaba que la Real Colegiata, formando parte del conjunto palatino, parezca casi exenta del mismo¹⁵⁶³.

Hemos hecho ya referencia a las circunstancias de la muerte, el 9 de julio de 1746, del soberano. Como en tantas otras ocasiones en la historia de las dinastías regias españolas, su óbito no se produjo en el real sitio que quedaría más vinculado a su figura –y en el que acabaría reposando, como estamos exponiendo–, sino en el palacio madrileño del Buen Retiro. Conviene detenernos en el ceremonial de su traslado y sepelio para comprobar que, no siendo integrado en el sistema sepulcral escurialense por propia decisión, la etiqueta funeraria fue respetada en su integridad. El cuerpo de Felipe V se mantuvo en la cama de la pieza dormitorio en la que falleció durante el día siguiente. En la alcoba se había dispuesto un altar para la celebración de misas. La decisión no facilitó la labor de preparación del cadáver, pues el calor de la estación veraniega, así como la falta de aseo derivada del estado psiquiátrico del monarca, plantearon serias dificultades para su lavado y embalsamamiento.

El cuerpo fue conducido a la sala llamada de besamanos, en la que quedó instalada la capilla ardiente. Se dispusieron, seis altares, distribuidos a derecha e izquierda del féretro. Tres de ellos fueron ornamentados por las religiosas del monasterio de las Descalzas Reales, y otros tantos por las del monasterio de la Encarnación. El 12 de julio la capilla se abrió al público. Danvila refiere desórdenes en el velatorio por el número de personas que quisieron pasar ante los restos del soberano, que desbordaron “las providencias das en las puertas para evitar el desorden”, añadiendo que:

¹⁵⁶¹ MARTÍNEZ SHAW, Carlos, ALFONSO MOLA, Marina: *Felipe V*, Madrid, 2001, p. 171.

¹⁵⁶² Vid. SANCHO GASPAR, José Luis: *Real Sitio de La Granja de San Ildefonso y Riofrío*, Madrid, 1996.

¹⁵⁶³ Concebida como capilla, fue elevada a colegiata por Benedicto XIII en 1723. VILA JATO, María Dolores: *Panteones Reales de las Monarquías Hispánicas*, Madrid, 2000.

“en la propia sala malparieron dos mujeres y a otra sacaron un ojo. Un alabardero fue muerto de una estocada por un guardia de Corps, y de no acudir prontamente el duque de Medinaceli, capitán de Alabarderos, y el de Atri, sargento mayor de guardias, matáranse sus respectivos soldados”.

La gravedad de unos hechos como los relatados constata las tensiones internas en la Casa del rey al finalizar un largo reinado. Probablemente la sala escogida no reunía las características necesarias para el desarrollo de un velatorio regio. El último que había tenido lugar en el mismo palacio había sido el de Luis I, primogénito del mismo rey, en agosto de 1724, si bien se había dispuesto para honrar sus restos otro salón. En la noche del 14 de julio, el féretro fue trasladado a la iglesia de los Jerónimos. La comitiva fúnebre salió por la puerta de la Fama y bajo hacia lo que luego se conoció como Salón del Prado, encaminándose hacia la Puerta de Recoletos. Martínez Shaw y Alfonso Mola subrayan la novedad en el cortejo fúnebre, que portó el féretro en coche de caballos, lo que hizo posible acelerar el trayecto¹⁵⁶⁴. El cuerpo llegó a la Colegiata del Palacio de La Granja el domingo 17 de julio. El cadáver de Felipe V permaneció enterrado provisionalmente en la antesacristía, en el arco del muro que separa la capilla de las reliquias del altar mayor¹⁵⁶⁵, desde el día de su llegada hasta el 7 de julio de 1758, en que fue trasladado al nuevo panteón¹⁵⁶⁶.

Desde entonces, a la izquierda de la entrada de la pequeña pieza está el conjunto sepulcral¹⁵⁶⁷, acompañado de tres figuras alegóricas: la Fama, España y la Caridad. Sobrio, de pórvido, en forma de pirámide truncada, colocado sobre un pedestal semi-

¹⁵⁶⁴ MARTÍNEZ SHAW, Carlos, ALFONSO MOLA, Marina: *Felipe V*, p. 169.

¹⁵⁶⁵ El enterramiento, que no se conserva, consistía de dos pisos de mármol blanco y negro. El mayor tenía trofeos y pilastras con cabezas de león sosteniendo la cornisa, en el centro estaba colocado el sarcófago, decorado con un corazón, unas guirnalda y el toisón de oro, todo ello coronado por el busto del rey. No contaba con inscripción. VILA JATO, *op. cit.*

¹⁵⁶⁶ NOVERO PLAZA, Raquel: “El sepulcro de Felipe V, iniciador de la Real Academia de Bellas Artes, en la colegiata de La Granja de San Ildefonso”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 108-109 (2009), pp. 93-110.

¹⁵⁶⁷ La propia presencia del monumento parece indicar que el sarcófago sobre el pedestal acoge los restos regios –así lo menciona en propio marqués de Borja-, pues la caja de mármol cuenta con dos cerraduras de bronce que parecen sellarlo, además de tener justo encima los medallones de alabastro con la efigie de los reyes y bajo la urna un almohadón con la corona real. Lo cierto es que, ya en el siglo XX, en el transcurso de unas obras para la instalación de la calefacción en la colegiata, los operarios, al romper el muro posterior al enterramiento, descubrieron que los cuerpos momificados de los reyes estaban depositados en su base. La sorpresa de los técnicos destruye la teoría de la gran cartela de bronce como irregular epigráfico, si bien se trata de una cuestión de matiz, pues es un menos de un metro la distancia que separa inscripción y depósito efectivo.

elíptico también de pórvido y mármol negro español, en el está fijada la placa de bronce que contiene la inscripción que identifica el mausoleo¹⁵⁶⁸:

PHILIPPO V. HISPANIARVM REGI.
PRINCIPI MÁXIMO.
OPTIMO PARENTI.
FERDINANDVS VI
POSSVIT.

Isabel de Farnesio sobrevivió veinte años a su esposo. Inicialmente permaneció en los apartamentos reales del Palacio del Buen Retiro, mientras se acondicionaban las casas palaciegas del duque de Osuna y el príncipe Pío, en la plaza de los Afligidos¹⁵⁶⁹, en las que enseguida inició obras para fijar su residencia junto a sus hijos, los infantes Luis Antonio y María Antonia¹⁵⁷⁰. Su carácter intrigante agotó la paciencia del rey. En julio de 1747 Fernando VI la obligó a escoger otro palacio fuera de la capital, que naturalmente fue La Granja de San Ildefonso. Nunca le perteneció en propiedad, lo habitó en calidad de reina viuda, usufructuaria, como disponía el testamento de Felipe V. Aunque no tenía la energía de antaño, la viuda de Isabel de Farnesio lo cuidó con esmero. Al crearse, sesenta años después de su muerte, el Museo del Prado, se trasladaron al mismo 350 piezas procedentes de La Granja, buena muestra de las 900 de su colección privada¹⁵⁷¹.

Es imposible dejar de pensar que la propia reina viuda no contase con que la corona española pasase a su hijo Carlos. En 1746, Fernando VI y Bárbara de Braganza

¹⁵⁶⁸ “A Felipe V. Rey de las Españas. // Príncipe Máximo. // Buenísimo Padre. // Fernando VI // lo dedicó”. Las letras fueron labradas directamente sobre el bronce, por el método de vaciado. El Marqués de Borja atribuyó la composición de la leyenda se atribuye al célebre humanista y fabulador Iriarte. Al no preverse inicialmente su entierro allí, no figura mención a Isabel de Farnesio; pero la imagen de la soberana sí está presente en uno de los dos medallones de la parte superior, concluidos ya en tiempos de su hijo. Llama la atención el carácter escueto de la leyenda epigráfica en medio de la exhuberancia literaria barroca que influiría, como veremos, en un sepulcro regio posterior, el de Fernando VI.

¹⁵⁶⁹ BONET CORREA, Antonio: “El infante don Luis y la arquitectura”, en *Goya y el infante don Luis: el exilio y el reino. Arte y ciencia en la época de la Ilustración española*, Madrid, 2012, p. 96. La residencia, que contaba con jardines, estaba situada cerca de la actual plaza de España.

¹⁵⁷⁰ TORRIONE, Margarita: “Isabel de Farnesio en el “Palacio Viejo” del Duque de Osuna (1746-1747)”, *Archivo español de arte*, 287 (1999), pp. 243-262.

¹⁵⁷¹ La herencia de Isabel de Farnesio es una de las más interesantes en la historia de las dinastías regias españolas. A su muerte se conservaban en san Ildefonso obras de autores como (entre paréntesis, el número de piezas): Teniers (60); Murillo (29); Rubens (28); Bassano (16); Ribera (15), Brueghel (13); Guido Reni (13); Correggio (11); Tintoretto (10); Van Dyck (8); Tiziano (8); Rafael (6); Durero (3); Velázquez (3); Miguel Ángel (1); Leonardo da Vinci (2) y Fra Angélico (1). Para evitar su dispersión, Carlos III ordenó incluir esculturas y pinturas en la hijuela de la Corona. El grueso del resto permanece en Patrimonio Nacional. ANES ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo: *Las colecciones reales y el Museo del Prado*, Madrid, 1996, p. 14, cit. en PÉREZ SAMPER: *Isabel...*, p. 491.

llevaban diecisiete años casados. El monarca tenía 30 años, pero la posibilidad de sucesión era cada vez menor. Era cuestión de tiempo. Afortunadamente, el infante don Luis Antonio, hijo menor de Felipe V y su segunda consorte, hermano de padre, por tanto, del soberano, acompañaba con frecuencia a los soberanos en la corte, y viajaba a visitar a su madre comunicándole noticias de primera mano. Cuando en 1758 falleció Bárbara de Braganza, como veremos, y el estado de salud psíquica y mental de Fernando VI se deterioró irreversiblemente, la ya anciana reina reverdeció. Al morir este, se hizo cargo como reina gobernadora y acudió al Buen Retiro a esperar a su hijo, al que recibió como nuevo monarca. Sus últimos seis años de vida gozó del triunfo personal de verle en el trono, aderezado por la circunstancia de, tras la muerte de su nuera, que falleció, como veremos, a los pocos meses de llegar a Madrid, en septiembre de 1760, ser la primera mujer en el protocolo de la monarquía y por la alegría de ver que una de sus nietas contraía matrimonio con el príncipe de Asturias. Otra princesa de Parma, como ella, alcanzaría el trono de san Fernando.

Como contrapeso, las dificultades iniciales a la llegada de Carlos III, como el motín de Esquilache, que motivaron la salida de la real familia de Madrid en marzo de 1766, fueron un contratiempo en su ancianidad, quizá provocando un agravamiento de su inevitable delicado estado de salud. Del 20 de junio de 1766 hemos encontrado una sólida prueba de la alarma con la que la corte vivía ya en torno al estado de la madre del monarca, pues el prior del monasterio de El Escorial recibía una discreta carta, avisándole de la necesidad de que tuviese todo preparado, por si Carlos III quisiera ir a pasar allí los días posteriores al eventual fallecimiento de su madre, el denominado *novenario*:

“Mui Sr. mio: Hallandose la Reyna Madre nra. sra. gravemente postrada y sacramentada desde el anochecer de ayer y no saviendose, en el caso de fallecer S.M., donde gustará el Rey de pasar el Novenario, me veo en la precisión de suplicar a V.S. se sirva, inmediatamente que reciva esta y sin darse por entendido con persona alguna, disponer que todas las avitaciones de Personas Reales de ese Palacio estén limpios, barridos y desesterados, aún quando se hallen con esteras, por si S.M. resolviese ir a él.

Espero que V.S. desempeñe este encargo con la puntualidad propia de su mucho y notorio celo, y me mande, si quiere que yo le acredite los deseos que me asisten de servir a V.S.”¹⁵⁷².

¹⁵⁷² RBME, Caja XXV, 54, 1, *Carta del marqués de Montealegre para comunicar al prior tenga preparadas y limpias las habitaciones de palacio por si tuviese lugar el fallecimiento de la reina y el rey quisiese ir al monasterio a celebrar el novenario*, 20 de junio de 1766.

Fray Antonio del Valle hubo de responder a vuelta de correo, pues en la siguiente carta de Montealegre, adjuntó desde Aranjuez al alcalde mayor de El Escorial las oportunas órdenes para proveer de pan, carne y vino para las personas, así como de paja y cebada para el ganado¹⁵⁷³.

Isabel de Farnesio falleció tres semanas más tarde, el 10 de julio, en el Palacio Real de Aranjuez, y su cuerpo fue conducido al mismo sepulcro en el que ya reposaba quien había sido su esposo¹⁵⁷⁴. La Gaceta, aunque no informaba con exactitud de la fecha del óbito, que fijaba en el día 11, si calculaba la edad con la que abandonaba el mundo: setenta y tres años, ocho meses y dieciséis días, “rodeada y llorada de sus amados Hijos y tiernos Nietos, y principalmente del Gefe y Cabeza de todos su reverente Hijo el Rey nuestro Señor Don Carlos III que Dios guarde”¹⁵⁷⁵.

La comitiva mortuoria, relata también la Gaceta, salió a las seis y media de la tarde del día 13, haciendo ruta y descansos en Villaverde, Galapagar, Cercedilla y Valsaín¹⁵⁷⁶. El 17 por la mañana llegó a la Colegiata, donde el abad celebró misa de pontifical y, tras la celebración de los oficios, se procedió a la colocación del féretro.

La Colegiata de La Granja sufrió los devastadores efectos del incendio que asoló el palacio en 1918, si bien el fuego afectó sobre todo a las bóvedas de la iglesia, sin que tengamos noticia de que el sepulcro regio resultase dañado. La invasión francesa tampoco había parecido afectar al sepulcro, que debió pasar en cierto modo “inadvertido” por las tropas ocupantes. De las dos piezas labradas con forma de mujer colocadas sobre el mausoleo ni siquiera hay referencias en los inventarios de esculturas que se ordenaron realizar a la llegada de José I, en 1808, lo que nos da un indicio de que durante su reinado la conservación general del sepulcro, y por tanto su inscripción material, no fue objeto de especial atención¹⁵⁷⁷.

¹⁵⁷³ RBME, Caja XXV, 54, 2, Respuesta del marqués de Montealegre con carta adjunta al Alcalde Mayor.

¹⁵⁷⁴ La biografía de la soberana (Parma, 1692-Aranjuez, 1766) es una de las más excepcionales de la historia de la monarquía de España: Reina consorte (1714-1724 y 1724-1746), madre del rey (enero-agosto de 1724), reina viuda (1746-1759), reina gobernadora (1759) y reina madre (1759-1766). Hija de Odoardo III Farnesio, duque de Parma, y de Dorotea Sofía, condesa Palatina del Rin y duquesa de Baviera, había nacido el 25 de octubre de 1692. Su matrimonio, celebrado previamente por poderes, fue ratificado en Guadalajara el 24 de diciembre de 1714. Tenía, por tanto, 22 años al llegar como consorte al trono español. Tuvo siete hijos con Felipe V.

¹⁵⁷⁵ *Gaceta de Madrid*, Madrid, 15 de julio de 1766, nº 28, p. 230.

¹⁵⁷⁶ *Gaceta de Madrid*, Madrid, 22 de julio de 1766, nº 29, p. 238. Presidía el cortejo el marqués de Montealegre, en su calidad de mayordomo mayor del rey, con el relevante papel de la camarera mayor de la difunda, la marquesa de Torrecuso.

¹⁵⁷⁷ AGP, Reinados, José I, Caja 61, Expte. 2, *Inventario de las obras de escultura de San Ildefonso*, 24 de julio de 1808.

10.3.2. El monasterio de las Salesas Reales.

Una situación con rasgos paralelos, como venimos analizando, se había vivido al finalizar el reinado de Fernando VI. Pero esta vez fue la regia consorte la primera del matrimonio en fallecer. La preocupación de la reina María Bárbara de Braganza por su estatus, ante la eventualidad de quedar viuda, fue decisiva para impulsar la construcción en Madrid del monasterio de la Visitación de Nuestra Señora, encomendado a las Salesas Reales, que fue concebido desde el principio con esa múltiple función conventual, colegial y de residencia regia que ya conocemos en El Escorial¹⁵⁷⁸. Las obras comenzaron el 30 de junio de 1750, y en ella no se escatimaron medios materiales y artísticos. Ciertamente el acta de fundación del monasterio como tal, signada por Fernando VI el 6 de diciembre de 1753, solo recoge el deseo de la soberana de fundar un colegio para acoger doncellas jóvenes, de entre cuatro y nueve años de edad, sin hacer alusión ninguna a la posibilidad de que sus muros acogiesen sepulcros regios; encomendaba su iniciativa a las religiosas fundadas por san Francisco de Sales, especializada en la crianza y educación de jóvenes de la nobleza. Se escogió un solar despejado en el entonces límite norte de la villa, cerca de la puerta de Recoletos, y se pidieron proyectos a Italia. Aunque se consideró el de Sacchetti, se acabó prefiriendo el del arquitecto que había levantado la capilla del Palacio Real de El Pardo en tiempos de Felipe V, François Antoine Carlier¹⁵⁷⁹. Una vez más un monasterio de patronazgo regio incluiría cuarto real. En la zona norte de la planta, se dispuso apartamento completo, con nueve estancias grandes y habitaciones de servicio, comunicadas con la tribuna real de la Iglesia y con escalera y entrada independientes. El 29 de septiembre de 1757 se consagraba el templo¹⁵⁸⁰, que había concluido Francisco Moradillo, y se trasladaban las primeras religiosas¹⁵⁸¹. La decisión de la consorte, con las bendiciones del monarca,

¹⁵⁷⁸ La soberana no había inventado nada nuevo, pues la unión palacio-monasterio era algo más que una tradición en la monarquía. RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ DE CEBALLOS, Alfonso, “La piedad y el sentimiento de la muerte en el reinado de Fernando VI y Bárbara de Braganza”, en *Un reinado bajo el signo de la Paz. Fernando VI y Bárbara de Braganza. 1746-1759*, Madrid, 2002, p. 370. Así había sido en el caso de la emperatriz viuda María de Alemania a finales del siglo XVI en las Descalzas Reales, o el proyecto inicial de la propia Isabel de Farnesio para el palacio de Riofrío.

¹⁵⁷⁹ François Carlier era hijo del creador de los jardines del Palacio de La Granja.

¹⁵⁸⁰ AGP, *Reinados*, Fernando VI, Caja. 201, Expte. 2, *Inauguración del convento de las Salesas Reales*, 1757.

¹⁵⁸¹ Vid. LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, TÁRRAGA BALDÓ, María Luisa; “Ceremonias de la corte de Fernando VI y Bárbara de Braganza: inauguración del Monasterio de la Visitación de Madrid”, en TORRIONE, Margarita (dir.): *España festejante. El siglo XVIII*, Málaga, 2000, pp. 239-248; AGUILÓ ALONSO, María Paz, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, TÁRRAGA BALDÓ, María Luisa: “La Reina

respondía también a su poco apego por El Escorial como lugar de difuntos, un sentimiento que pensamos se vinculaba también a la ubicación tradicional de las consortes que no habían sido madres de monarcas.

Bárbara de Braganza murió a los cuarenta y siete años, el 27 de agosto de 1758, casi treinta años después de su boda¹⁵⁸². Sin descendencia. Su cuerpo, con hábito de clarisa salesa, sería depositado al día siguiente en la cripta situada en una cámara inferior al Coro bajo, donde también recibían sepultura las monjas, hasta que se instalaron en el templo principal, años más tarde. los monumentos funerarios definitivos¹⁵⁸³. Como soberano, Fernando VI podía haber dispuesto perfectamente que su consorte ocupase una urna en el panteón regio del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, pero no fue necesario: el monarca había tomado ya su propia decisión. El infante José Eugenio de Baviera, en un elogio a su antepasado, describe que:

“Tan verdadero fue, en efecto, su cariño a la dulce compañera portuguesa, que renunció a habitar en El Escorial hasta la resurrección si doña Bárbara de Braganza, por no haberle dado un Infante, no podía descansar también allí, a su lado, esperándole”¹⁵⁸⁴.

Fernando VI falleció en el castillo de Villaviciosa de Odón un año después que su esposa, a las cuatro y cuarto de la madrugada del 10 de agosto de 1759, tras consignar en su testamento que los dos reposarían juntos en el monasterio recién inaugurado¹⁵⁸⁵.

Al referir el sepelio de ambos esposos, la Gaceta proporciona, lógicamente, datos en torno al ceremonial que no encontramos citadas en el cuaderno obituario

Bárbara de Braganza y la fundación del Monasterio de las Salesas Reales de Madrid”, en *La mujer en el arte español, VIII Jornadas de Arte*, Madrid, 1997, pp. 229-238.

¹⁵⁸² Vid. PIMENTEL, António Filipe: “El “intercambio de las princesas”: arte y política en las fiestas de la boda entre Fernando de Borbón y Bárbara de Braganza”, *Quintana. Revista de estudios do Departamento de Historia da Arte*, 9 (2010), pp. 49-73.

¹⁵⁸³ La comitiva partió de Aranjuez a las siete y media de la tarde del día 28, haciendo altos para descansos y responsos en Valdemoro, Pinto y Villaverde. El féretro llegó al monasterio de las Salesas a las ocho de la mañana del día 29 de agosto. Un documento muestra la composición del cortejo fúnebre que condujo a los restos de la Reina desde el Palacio de Aranjuez, el 28 de agosto de 1758, al Real Monasterio de las Salesas, así como el procedimiento de su entrega, paralelo, aunque con menos formalidades protocolarias, al del monasterio de El Escorial. AGP, *Reinados*, Carlos IV, Leg. 168.

¹⁵⁸⁴ BAVIERA Y BORBÓN, José Eugenio: “Elogio de Fernando VI”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 3 (1952), p. 336.

¹⁵⁸⁵ AGP, *Reinados*, Fernando VI, Caja 201, Expte. 8, *Copia del Testamento de Fernando VI*. El monarca incluye la determinación de lugar y una atípica alusión al objeto con el que fue construido: “Mando que después de mi fallecimiento mi cuerpo sea llevado, con la mayor moderación y la menor pompa que mi estado real permita, al Real Monasterio de la Visitación de Nuestra Señora, fundado en Madrid por mí y por la Reyna difunta mi muy amada muger, para la educación de las Niñas Nobles, afin de que allí sea sepultado juntamente con el cuerpo de la misma reyna difunta, o a su lado”.

jerónimo, derivadas de la variación en el lugar de la entrega de los restos mortales. Una de ellas se refiere a los honores militares. Si la alusión a los de Bárbara de Braganza era fue breve, con Fernando VI se extendió en las tropas y los tres momentos destinados a ello en la plaza ante la fachada del templo:

“Al entrar el Real Cadáver en la Iglesia, hizo toda la Tropa de Guardias de Corps, de Infanterías Españolas, y Walonas, y de Inválidos una descarga general: otras al elevar la Hostia en la Missa; y otra al entrar el Cuerpo en el Coro de las Monjas para entregársele, que sería a las doce del día”¹⁵⁸⁶.

El monasterio de El Escorial disponía de una amplia lonja, del jardín de los frailes o de amplias huertas en los que realizar la descarga, pero en ninguna de las llaves del cuaderno jerónimo se recoge descarga en honor de los fallecidos.

El marqués de Montealegre, mayordomo mayor de la difunta, realizó la entrega de los restos de doña Bárbara, mientras que el duque de Alba hizo lo propio con los del monarca. Quien los recibió fue la priora del monasterio de la Visitación, a cuya comunidad quedaba encomendada la custodia de los restos. El acto jurídico de la entrega se efectuó en ambos casos en el Coro Bajo, situado a la derecha del altar mayor, donde posteriormente se situaría el sepulcro definitivo de doña Bárbara. El 29 de agosto de 1758, al llegar el féretro de la reina, quedó en la amplia capilla¹⁵⁸⁷, si bien “El día siguiente se baxó el Real Cadaver a la Bobeda de las Religiosas, donde ha de subsistir interin se dispone el Sepulcro con su Lápida, en la forma que lo dexa prevenido S.M. difunta”, una bóveda situada exactamente bajo ese Coro. En el caso de Fernando VI, hizo entrega del cuerpo a la priora el mayordomo mayor, duque de Alba, haciendo de notario el marqués de Campo del Villar, secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia.

Los mausoleos fueron construidos entre 1761 y 1765. Subrayamos que es una fecha relativamente temprana dado que Carlos III acababa de llegar a España, lo que nos hace pensar que si el nuevo monarca intervino en la opción artística y monumental elegida –de lo que no hemos encontrado huella–, denotó gran delicadeza en la prontitud por que fuesen concluidos. El 19 de abril de 1765, el mismo año en que contraía matrimonio el príncipe de Asturias, futuro Carlos IV, se condujeron los cuerpos desde la cripta de las monjas a los sepulcros actuales. El de Fernando VI fue diseñado por

¹⁵⁸⁶ *Gaceta de Madrid*, Madrid, 21 de agosto de 1759, nº 34.

¹⁵⁸⁷ *Gaceta de Madrid*, Madrid, 5 de septiembre de 1758, nº 36.

Francesco Sabatini y realizado por Francisco Gutiérrez, el mismo artista que crearía años más tarde la madrileña fuente de la diosa Cibeles. Se construyó en la parte derecha del crucero a base de mármoles, pórfidos, jaspes y bronce dorados. El conjunto funerario es adosado. Sobre un pedestal, flanqueado por Justicia y Fortuna, donde se encuentra el epitafio (la placa de la inscripción, que ocupa casi toda la base, es de mármol blanco), se sitúa la urna, sostenida por leones de bronce y con un relieve que representa las bellas artes que tanto amó el monarca. El sarcófago está medio tapado por un paño de mármol rosado, guarnecido con flecos de bronce muy movidos; sobre él, Cronos sustenta un medallón con la imagen del rey. El dios está sentado en un pequeño pedestal con la corona real y dos esferas entre ángeles llorosos. Sobre el arquisolio, que cobija el conjunto, una fama y un ángel sostienen el escudo de armas reales. Se trata de uno de los conjuntos sepulcrales españoles con mayor abundancia de elementos alegóricos y metafóricos, superando claramente, en este sentido, el programa iconográfico de El Escorial. El epitafio del monarca dice así¹⁵⁸⁸:

HIC YACET HVIVS COENOBI CONDITOR.
 FERDINANDVS VI HISPANIARVM REX.
 OPTIMVS PRINCEPS QVI SINE LIBERIS,
 AT NVMEROSA VIRTVTVM SOBOLE PATER
 PATRIAE OBIT IVID AVG. AN. MDCCLIX.
 CAROLVS III FRATRI DILECTISSIMO,
 CVIVS VITAM REGNO PRAE. OPTASSET,
 HOC MOERORIS ET PIETATIS MONVMENTVM

Como nota epigráfica señalamos el uso de comas, inusual hasta entonces en las inscripciones latinas, y la escasez de abreviaturas. A diferencia del de su consorte, no se señala la fecha de su muerte ni su edad, resaltando así su carácter de inscripción homenaje, no cronológica. El carácter laudatorio es claro. Se aporta un esbozado interés de legitimación de su hermano y sucesor al señalar la falta de descendencia, elegantemente resuelta en la leyenda.

El sepulcro de la reina, obra de Juan de León, se encuentra a la espalda de su marido, en el coro bajo de la misma iglesia, hoy capilla sin culto¹⁵⁸⁹. Consiste en una

¹⁵⁸⁸ “Aquí yace el fundador de este monasterio, Fernando VI, Rey de las Españas, Padre de la Patria, Óptimo Príncipe que murió sin hijos pero con numerosa descendencia de virtudes, el día cuatro de los idus de agosto de 1759/ Carlos III dedicó este monumento de tristeza y piedad a su queridísimo hermano, cuya vida hubiese preferido al reino”.

¹⁵⁸⁹ TÁRRAGA BALDÓ, María Luisa: “El sepulcro de la Reina María Bárbara de Portugal, esposa del Rey Fernando VI”, *Reales Sitios*, 178 (2008), pp. 46-65.

urna sobre pedestal, flanqueada por ángeles que lloran. En el sarcófago, el escudo de armas de los Braganza, y sobre él, un almohadón que sostiene una calavera y una corona. Como remate, árboles que soportan el medallón con un retrato de la reina de perfil, no de frente como su esposo. La conservación actual de la inscripción ofrece un curioso contraste: mientras la de Fernando VI, estando expuesta al público en la Iglesia parroquial, se conserva en buen estado, son varias las piezas de la leyenda epigráfica de la reina que se han desprendido, a pesar de que el mausoleo permanece en lugar cerrado. El epitafio, deteriorado, reza¹⁵⁹⁰:

MARIA BARBARA PORTVGALLIAE
 FERDINANDI VI HISP. REGIS VXOR
 POST CONDITVM D.O.M. TEMPLVM
 SACRIS VIRGINIBVS CAENOBIVM
 OPTATO FRVITVR SEPVLCRO
 ET VOTIS PROPIOR ET ARIS.
 OBIIT ANNOS NATA XLVII.
 VI. CAL. SEPT. MDCCLVIII.

De nuevo una inscripción es también de contenido laudatorio, destacando la vinculación de la reina con el monasterio que acoge su sepultura¹⁵⁹¹. La data cronológica es doble, algo verdaderamente inusual en los sepulcros regios que analizamos en el presente trabajo. Es un carácter que nos atrevemos a señalar como paralelo al estilo rococó, exuberante, de la iglesia donde fueron construidos. Contrasta con los panteones de san Lorenzo de El Escorial la extensión de la leyenda sepulcral, que responde más a un homenaje del monarca posterior al sepultado que a la intención del fallecido¹⁵⁹².

En los enterramientos se plantea se plantea paralela cuestión espacial que en el sepulcro de Felipe V, que es la colocación de los restos en sus bases o en los sarcófagos.

¹⁵⁹⁰ “María Bárbara de Portugal, esposa de Fernando VI, Rey de las Españas, después de construir el templo a Dios Máximo Omnipotente cenobio para vírgenes consagradas goza del deseado sepulcro, el más apropiado a sus votos y generosidad. Murió a los cuarenta y siete años el sexto día después de las calendas de septiembre de 1758”.

¹⁵⁹¹ Al igual que en el de Fernando VI, una nota característica de ambos mausoleos es la impaginación epigráfica, que abarca todo el espacio disponible en el frente de las bases, casi de forma excesiva que rompe en cierta medida la armonía artística del sepulcro.

¹⁵⁹² Ambas inscripciones fueron realizadas con letras de bronce dorado sobre mármol blanco, si bien la de la reina Bárbara está enmarcada por una cabeza de león, dos garras a los lados y guirnalda. En la inscripción de Fernando VI se emplean las versales en las iniciales de comienzo y de los nombres del monarca fallecido y su hermano y sucesor. Curiosamente, una observación detallada de la inscripción del de la reina permite apreciar las consecuencias de la dilatación en algunas de las letras de bronce, que rompen en proporción mínima el uso de mayúsculas, aquí empleadas de manera uniforme.

Que fueran concluidos en la misma época nos hace suponer que permanecen junto al suelo, pues la medida de los sepulcros no parece capaz de acoger féretros.

Las Salesas abandonaron el convento tras las leyes desamortizadoras de mediados del siglo XIX. El 27 de octubre de 1870 el gobierno se incautó del monasterio y de todas las dependencias del mismo, dejando a la diócesis únicamente el templo, que fue erigido como parroquia en septiembre de 1891¹⁵⁹³. Hoy, el edificio del convento propiamente dicho es la sede del Tribunal Supremo de Justicia y otros organismos judiciales.

Tanto los sepulcros de Fernando VI y Bárbara de Braganza como el que reúne los cuerpos de Felipe V e Isabel de Farnesio fueron realizados bajo la inspiración del último Barroco, lo que motivó preeminencia de motivos alegóricos de carácter clásico en su ornamentación escultórica, por encima incluso de la iconografía católica. El concepto de imagen regia atravesaba una etapa cambiante al emanciparse de los modelos iconográficos y epigráficos de El Escorial. Los sepulcros reales del siglo XVIII muestran la suntuosidad propia de la centuria: materiales costosos como mármoles, jaspes y bronce. Se continuaban empleando los símbolos reales del pasado, y reminiscencias del barroco como figuras femeninas como alegorías. Las efigies reales se encierran en medallones en los cuatro casos, muy al gusto de la época.

Al igual que hicimos en el caso de María Tudor al describir la sistemática funeraria de la Monarquía Hispánica en el siglo XVI, no podemos dejar de hacer referencia a otra simbólica nota de colateralidad –excepción– sepulcral que se produjo en el siglo XVIII. Nos referimos al caso de la reina María Luisa Isabel de Orleans, consorte de Luis I, a quien acompañó ocho meses en el trono en un episodio verdaderamente atípico de la historia dinástica de los Borbones.

Hija de Felipe de Orleans (1674-1723), regente de Francia durante la minoría de edad de Luis XV, y María Francisca de Borbón (1677-1749), hija legitimada de Luis XIV y madame de Montespan, la princesa de Montpensier había nacido el 11 de diciembre de 1709 en el Palacio de Versalles. Casada con el heredero de Felipe V, su carácter infantil crearía problemas en la corte española, a la que nunca se adaptó. No obstante, dio muestras de gran serenidad y entrega en la enfermedad de su marido, al que perdió cuando tenía dieciséis años.

¹⁵⁹³ En la actualidad, la cripta que albergó temporalmente los restos de los monarcas acoge columbarios para cenizas de los fieles.

Como hiciera la segunda consorte de Felipe II, aunque por muy distintos motivos, la reina viuda no falleció en la península. El 15 de marzo de 1725 abandonó la corte de sus suegros en dirección a Francia, al romper Luis XV su compromiso matrimonial con la infanta española Maria Ana Victoria. Fue una doble ruptura que supuso la extraña devolución de ambas jóvenes, si bien Luisa Isabel de Orleans era, de pleno derecho y protocolariamente, una soberana. Tras residir hasta el 23 de diciembre en el castillo de Vincennes¹⁵⁹⁴, se fijó su residencia en el Palacio del Luxemburgo, de la capital francesa, el mismo lugar en el que fallecería el 16 de junio de 1742.

Sus restos mortales fueron velados durante cinco días y el féretro se condujo el 21 de junio a la Iglesia de san Sulpicio¹⁵⁹⁵. La reina había elegido su lugar de sepultura, en un espacio en el lado del Evangelio. Dado que se colocó una losa con una simple leyenda, algunos españoles asistentes, como el marqués de Robecq, pensaron que los restos permanecerían allí provisionalmente. Lo cierto es que ni la familia real española ni la francesa quisieron costear el preceptivo funeral de estado en la basílica de Saint-Denis, por lo que hubo que celebrar uno en la abadía de santa Genoveva, en la que la difunta había realizado obras de caridad; fue costeadado por la propia comunidad religiosa, y asistió el embajador de España. Sobre su tumba se escribió, según refiere Danvila, la inscripción “Cy gît Élisabeth, reine douairière d’Espagne”, lo que provocó que el duque de Orleáns preguntase al párroco de san Sulpicio el motivo de no citar la familia de procedencia de la reina¹⁵⁹⁶.

¹⁵⁹⁴ FLÓREZ: *Memorias*, t. II, p. 1012.

¹⁵⁹⁵ Princesa de sangre francesa, pero reina viuda de España al fin: “Abría el cortejo un Caballerizo en manteau en crêpes, montado sobre un caballo con gualdrapa negra. Después venía el clero de San Sulpicio con el del seminario vecino y muchos eclesiásticos más, con velas encendidas; cien niños pobres; ocho Oficiales montados; la carroza de seis caballos con los Gentileshombres designados para llevar las puntas del paño mortuario; otra carroza de seis caballos del Guardasellos y Secretario de la Reina, Mounseur Doublet, al que acompañaban Monsieur de Saint-Amarant y de Pidansat; la carroza de ocho caballos de las Damas de Su Majestad con la Condesa de la Rivière, la Marquesa del mismo nombre y la Marquesa de Clermont-Gallerande; la carroza de seis caballos del cura de la parroquia, precediendo a otra carroza tirada por ocho caballos, y rodeada de guardias montados, suizos, y lacayos que llevaban hachas encendidas, donde se había colocado el féretro de Luisa Isabel, al lado del cual rezaban sus dos Capellanes. El Barón de Masparault, el Conde de Échenay, Juan de Gese y el Caballero de Pimodan seguían, con grandes mantos de luto, sobre caballos caparazonados de negro. Por último, cerraba el cortejo la carroza de los seis caballos con las Señoritas de Honor y un destacamento de guardias con las alabardas y los fusiles cara al suelo. Otro destacamento de soldados formaba a ambos lados de las calles, desde el Luxemburgo hasta la Iglesia de San Sulpicio” (DANVILA: *El reinado relámpago...*, p. 432). El biógrafo enumera también los dignatarios de la Corte francesa presentes en el sepelio, citando al Duque de Orleáns o su hijo el Duque de Chartres, y hace notar que ni Luis XV ni su esposa, naturalmente no presentes (al menos según el protocolo español) enviaron representación alguna.

¹⁵⁹⁶ BARTHELEMY, Edouard de: *Les filles du Régent*, 1874, tomo II, p. 346, cit. en DANVILA: *op. cit.*, p. 433. El sacerdote contestó que la propia reina le había indicado el texto.

A pesar de haber atravesado la localidad fronteriza de Bayona hacía justo diecisiete años, la Gaceta de Madrid informaba con toda solemnidad de la muerte de una reina de España:

“Con Extraordinario, que antes de anoche llegó de París, se recibió la infausta noticia de que el día 16 de este mes a la una de la tarde falleció en el Palacio de Luxemburgo de aquella ciudad, a los 32 años, cinco meses y veinte y seis días de su edad, la Reyna segunda viuda nuestra Señora Doña Luis Isabel de Orleans, de recaída de su enfermedad de Hydropesía. Fue Muger del Señor Luis Primero, y su temprana muerte ha sido universalmente sentida, por sus recomendables prendas; y desde mañana Miércoles ha mandado S.M. se trayga Luto riguroso por seis meses...”¹⁵⁹⁷.

Mientras la corte española comenzaba en La Granja un luto de seis meses, la francesa guardaba apenas uno de tres semanas. No eran cuestiones de matiz ni de principio de reciprocidad, pero son numerosas las huellas del que se había seguido por la muerte de Luis XIV, Luis *le Grand Dauphin* y el duque de Borgoña, abuelo, padre y hermano, respectivamente, de Felipe V. Entonces actuó en plenitud para las exequias un rabioso barroco efímero, del que París no acusó respuesta cuando murió una *fille* de Francia que había ceñido el trono español.

La integración de aquella efímera reina en la imagen funeraria de la monarquía no quedó ahí. Tres años después de su muerte seguían celebrándose honras anuales en la capilla de palacio, que entendemos era la Colegiata de San Ildefonso de La Granja:

“Los días 25 y 26 de este mes se celebraron en la Real Capilla de Palacio las Honras por la difunta Reina Doña Luisa Isabel de Orleans, en cuya Función ofició Pontificalmente el señor Patriarca de Indias, con asistencia de la Grandeza, Mayordomo de Semana, y demás Oficiales de la Real Casa de S.M...”¹⁵⁹⁸.

Y estas volvían a celebrarse diez años después, el 15 y 16 de julio de 1755, con la estructura litúrgica de vísperas la tarde anterior y eucaristía la mañana siguiente, como atestigua la misma fuente¹⁵⁹⁹, así como trece, catorce y quince años tras su

¹⁵⁹⁷ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 26, 26 de junio de 1742, cit. en TORRIONE: *op. cit.*, p. 214.

¹⁵⁹⁸ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 27, 29 de junio de 1745, cit. en TORRIONE: *op. cit.*, p. 227.

¹⁵⁹⁹ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 25, 20 de junio de 1752, cit. en TORRIONE: *op. cit.*, p. 284. En esa ocasión se cita al arzobispo de Pharsalia (Farsalia, ciudad de la Antigüedad, que daba nombre a una diócesis no territorial cuyo nombre solía atribuirse a obispos auxiliares), Manuel Quintano Bonifaz, que presidió la celebración.

muerte¹⁶⁰⁰. Entendemos que la fidelidad en los aniversarios no sólo respondió a una estricta aplicación de la etiqueta funeraria cortesana o a una orden dada. Tuvo que responder al aprecio que Fernando VI sintió por su hermano y la huella que en él dejó su temprana muerte, o quizá la admiración por una esposa que le acompañó junto al lecho en su agonía, cuando Luisa Isabel permaneció constantemente junto al moribundo poniendo en riesgo su propia vida en la enfermedad contagiosa del monarca.

De la imagen de Luisa Isabel de Orleans apenas queda testimonio en Francia. Durante la revolución, su tumba fue expoliada y los restos desaparecieron. Hoy, en la pared donde estuvo el sepulcro, algunas letras apuntan a que en aquél lugar hubo, un día, algo digno de ser contemplado.

¹⁶⁰⁰ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 24, 17 de junio de 1755, cit. en TORRIONE: *ibidem*, p. 305. En 1756 presidió en obispo de Tricomý. En 1757, al cumplirse 15 años, presidieron el cardenal Patriarca y el obispo de Cartagena, pronunciando la oración fúnebre el trinitario fray Agustín Sánchez, predicador de S.M.

Capítulo 11

EL SISTEMA SEPULCRAL ESCURIALENSE EN EL FIN DE LA EDAD MODERNA

La última etapa de la Edad Moderna, en lo que al gran sistema sepulcral de la monarquía de España se refiere, abarca los reinados de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII. Dedicaremos el último capítulo de nuestra investigación a comprobar si los depósitos de restos mortales de las regias personas y el seguimiento de la tradición y las normas de etiqueta ceremonial en los sepelios, se vieron afectados por la crisis dinástica y política, derivada de los acontecimientos del fin del segundo de los reinados, la guerra de la Independencia y la tensión entre absolutismo y liberalismo.

La continuidad sería nota característica en el estado material de la cripta y bóvedas anejas bajo el altar mayor, pues el largo aplazamiento de un espacio definitivo para reinas consortes, príncipes e infantes continuó durante todo el periodo que procedemos a estudiar. La mayoría de los hijos de monarcas españoles y príncipes de Asturias de la Edad Moderna, es decir, aquellos a los que la tradición, desde las Leyes de Partidas, atribuye la condición de infantes, siguieron siendo sepultados, como vamos a ver, en san Lorenzo. Incluso algunos descendientes de esos mismos Infantes recibieron la misma consideración por parte de monarcas propietarios, que les concedieron el honor de ser tratados como tales en calidad de *Infantes de gracia*. Conviene realizar una agrupación cronológica de los mismos al comienzo de esta etapa

Por un lado, los infantes de la iglesia de prestado, fueron aquellos sepultados en la primera cripta bajo el altar mayor de la primitiva iglesia, la que albergó los restos regios entre 1573 y 1586. La primera de ellas, la infanta Leonor, primogénita de Juana I de Castilla –reina que fue de Francia y Portugal-, y la última la infanta María, hija de Felipe II y Ana de Austria, solo permanecería tres años en el recinto funerario, pues falleció en 1583. Desde 1586, año en que se procedió al traslado de todos los restos a las cámaras intermedias que hemos venido denominando como primitivos panteones, hasta 1603, no ingresaron restos mortales de ningún infante en el monasterio.

Un segundo grupo lo integraran lo que podríamos denominar los infantes que se incorporaron a las denominadas cámaras o bóvedas intermedias, correspondientes al periodo 1603-1654, fecha de la terminación del definitivo Panteón de Reyes. La serie

comienza en la infanta María, primera hija malograda de Felipe III, para finalizar, en esta clasificación, con el cardenal-infante don Fernando, hermano de Felipe IV muerto en 1643. Conviene tener presente que aunque nos referimos genéricamente a infantes, al año siguiente fallecería, la reina consorte Isabel de Borbón, y el príncipe de Asturias, don Baltasar Carlos, que también fueron conducidos a dichas cámaras.

Por fin, el tercer grupo estaría formado por los infantes de los panteones frente al pudridero. Tras la colocación de los restos de los monarcas propietarios y algunas soberanas consortes en el denominado Panteón definitivo, en marzo de 1654, los cuerpos de reinas que no tenían cabida en este y los de infantes siguieron colocándose en la cámara que, situada exactamente frente al pudridero real, inmediatamente junto al nuevo panteón, quedó ya caracterizado como primitivo panteón de Reinas e Infantes. La infanta María Ambrosia, hija malograda de Felipe IV y Mariana de Austria, fue la primera en descender a las criptas, en 1655. Dado que, como explicamos en los primeros epígrafes del presente trabajo, la Edad Moderna en España, en lo que a sistemas sepulcrales se refiere, concluye con la salida de la comunidad jerónima del Monasterio de El Escorial y el cierre del cuaderno obituario jerónimo, citaremos a un hijo del duque de Montpensier y la infanta Luisa Fernanda, el infante Eduardo – fallecido en 1834, - como el último de ese grupo... en la Edad Moderna. Porque hasta la construcción del actual Panteón –“definitivo”- de Reinas e Infantes, comenzado a iniciativa de Isabel II, los restos de éstas y aquellas siguieron siendo depositados en el panteón primitivo.

Recordemos que el espacio que ocupaba había sido creado según los parámetros arquitectónicos del siglo XVI, herederos de una tradición sepulcral que vinculaba el depósito de restos a cámaras subterráneas con escasa luz. Aunque el definitivo y actual Panteón de Reyes responde a un estadio avanzado de evolución, como puede comprobarse en la dosis de luz natural –procedente del patio de Mascarones- que penetra en su cúpula, no sería hasta finales del siglo XIX cuando, para la construcción el actual Panteón de Reinas e Infantes, se empleasen salas ya iluminadas directamente, las situadas bajo las capitulares del monasterio. La disposición de esos espacios, menos recogidos pero sí de carácter más ceremonial o representativo, hizo posible la disposición de un sistema de enfiladas, de piezas contiguas con accesos que permiten una amplia perspectiva visual, más acorde con el modelo francés que con el recoleto Austria, más cercano al laberinto de cámaras.

11.1. Los hijos y nietos malogrados de Carlos III.

Carlos III, como su hijo Carlos IV, contó con numerosa descendencia, aunque vió como gran parte de sus hijos se malogró a corta edad. Mucho antes de que esto sucediera, con catorce años, el primogénito de Felipe V e Isabel de Farnesio había salido de España, hacia la península italiana, para reivindicar los derechos dinásticos de su madre. Felipe V acertó al emplear una estrategia distinta a la de la Casa de Austria al reivindicar territorios para la monarquía de España. Como sostiene San Miguel, “No se trata ya de anexionar nuevos dominios al patrimonio común de la Monarquía Hispánica, sino de instaurar a la Casa de Borbón en aquellos escenarios geopolíticos que resulten más esenciales a su programa dinástico”¹⁶⁰¹. El infante comenzó haciendo valer en 1732 los derechos hereditarios de su madre en los ducados de Parma y Piacenza, y como consecuencia del enfrentamiento con el imperio y el apoyo de Francia, alcanzó el trono como Carlos VII de Nápoles y VI Sicilia en 1734. Su estancia italiana se prolongaría durante cinco lustros, abriendo una línea dinástica Borbón que reinaría al sur de la península durante más de un siglo¹⁶⁰². A cierta distancia cronológica y geográfica le seguiría otro de los hijos de los monarcas españoles, el infante don Felipe, que como estudió Pérez Fernández-Turégano, había sido nombrado en 1737 almirante general de la Marina de España, cargo heredero del almirantazgo de Castilla, una dignidad que le proporcionaría rentas y posición institucional. Menos de una década más tarde, en 1748, la Paz de Aquisgrán supuso su elevación como duque soberano de Parma, Piacenza y Guastalla¹⁶⁰³.

El rey de Nápoles contrajo matrimonio en 1738 con la princesa de Sajonia María Amalia. Cinco de sus primeros hijos fueron niñas malogradas a muy corta edad, como podemos comprobar en la siguiente tabla.

¹⁶⁰¹ SAN MIGUEL PÉREZ, Enrique: *La instauración de la Monarquía Borbónica en España*, Madrid, 2001, p. 161. El autor denomina este sistema como “poligénesis dinástica”, calificándolo como no original, señalando el antecedente en la Corona de Aragón en el Mediterráneo occidental entre los siglos XIII y XV, también en el reino de Nápoles.

¹⁶⁰² Vid. URREA FERNÁNDEZ, Jesús: *Carlos III en Italia. Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989.

¹⁶⁰³ PÉREZ FERNÁNDEZ-TURÉGANO, Carlos: “El Almirantazgo del Infante don Felipe (1737-1748). Conflictos competenciales con la Secretaría de Estado y del Despacho de Marina”, *Anuario de historia del derecho español*, 74 (2004), p. 419.

TABLA XIV

**HIJAS DE CARLOS VII DE NÁPOLES (CARLOS III DE ESPAÑA)
NACIDAS Y FALLECIDAS ENTRE 1740 Y 1755
ENTERRADAS EN LA REAL IGLESIA DE SANTA CLARA (NÁPOLES)**

PERSONA REAL	NACIMIENTO	ÓBITO
MARÍA ISABEL ANTONIA	6 septiembre 1740	31 octubre 1742
MARÍA JOSEFA ANTONIA	20 enero 1742	3 abril 1742
MARÍA ISABEL ANA	29 abril 1743	17 marzo 1749
MARÍA TERESA	3 diciembre 1749	2 mayo 1750
MARÍA ANTONIETA	3 julio 1754	11 mayo 1755

Fuente: FLÓREZ: *Memorias de las Reynas Catholicas*, t. II, pp. 1031-135.

Hemos comprobado falta de unanimidad a la hora de ubicar cronológicamente los nacimientos y defunciones de aquellas cinco hijas del monarca, sin duda por la ausencia de fuentes documentales en España. Ni siquiera podemos contar como sólida referencia con el más conocido de los biógrafos coetáneos del Carlos III, el duque de Fernán-Núñez, pues en su extensa hagiografía del soberano, que contiene muy útiles datos sobre la época napolitana del rey y María Amalia de Sajonia, afirma de manera genérica que:

“Esta Princesa tuvo nueve hijos y sólo perdió una niña en vida”¹⁶⁰⁴.

Carlos Gutiérrez de los Ríos, VI conde de Fernán-Núñez, haría referencia al primer parto de la reina, en 1740, sin siquiera citar el nombre que recibió la infanta María Isabel, aunque sí especifica que “murió poco después”. Fueron Morel Fatio y Paz y Meliá, como editores de su obra en 1898, los que aportaron en notas las exactas de su nacimiento y muerte.

Hemos acudido al P. Flórez, que en su “Memoria de las Reynas Catholicas” no solo ofrece datos sobre los primeros partos de María Amalia de Sajonia, sino las deferencias que Felipe V e Isabel de Farnesio tuvieron con aquellos nietos que no llegaron a conocer. Así, al nacer la primera niña, María Isabel, el 6 de septiembre de 1740, fueron representados como padrinos en su bautismo. De interés resulta que el historiador recogiese que murió el 31 de octubre de 1742, “y en 2 de Noviembre recibió sepultura en la Real Iglesia de Santa Clara de Nápoles”¹⁶⁰⁵. Probablemente Fernán Núñez estaba acostumbrado a ver en palacio el monumental cuadro de Van Loo “La Familia de Felipe V”, pintado en 1743, gigantesco retrato de aparato en el que el pintor francés había reunido a los hijos y nietos vivos del monarca tres años antes de su muerte a través de su imagen en otros lienzos, pues varios de sus protagonistas no llegaron a conocerse. En el suelo, jugando en primer plano con su prima carnal de parecida edad, hija del duque de Parma, aparecía aquella primogénita de los reyes de Nápoles.

La segunda infanta fue María Josefa Antonia, que vivió entre el 20 de enero y el 3 de abril de aquel mismo 1742. Pocos días después de aquella muerte, el 29 de abril, nacía la tercera, que también recibió el nombre de María Isabel y fue apadrinada por sus abuelos paternos. Como si Flórez sospechase que el mismo nombre fuera indicio de

¹⁶⁰⁴ FERNÁN-NÚÑEZ, Conde de: *Vida de Carlos III*, ed. Madrid, 1988, Tomo I, p. 157.

¹⁶⁰⁵ FLÓREZ: *Memorias*, t. II, p. 1031.

poco rigor en su crónica, añadía “según testimonio que tengo de D. Giacomo Taccone, Capellán de Honor y Cura del Real Palacio de Nápoles”.

En el parto del 3 de de diciembre de 1749, la reina dio a luz una infanta que recibió por nombre María Teresa “la qual fue luego à reynar con los Serafines, subiendo al Cielo en 29 de abril del 1750”. La última de las hijas malogradas, María Ana, nació en Portici el 3 de julio de 1754, muriendo el 11 de mayo siguiente.

Aunque da cuenta de los nacimientos, en 1755 y 1757, de los infantes don Antonio Pascual y don Francisco Javier, respectivamente, que superarían la infancia y acompañarían a sus padres a España, Flórez añade como corolario a la última de las hijas de los monarcas que “subió a acompañar a las quatro hermanas que tenía en el Cielo, y todas cinco yacen en el Real Convento de Santa Clara de Napoles”¹⁶⁰⁶.

De las décadas napolitanas del monarca quedaron numerosas huellas, tanto escritas –numerosas cartas a sus padres-, como artísticas. Entre el envío de esculturas y pinturas a sus familiares, que serían incorporadas a las colecciones reales españolas, constituyendo una importante fuente de para el conocimiento de la historia del arte, la corta vida de aquellas infantas no permitió más que la remisión de retratos cuyos autores buscaban caracterizar una personalidad que apenas había comenzado a esbozarse, capturando una vivaz expresión, que, como nos recuerda Urrea, mostrase “la gracia, la viveza u otras circunstancias que poseían estos niños o recién nacidos”, para dar a conocer su imagen a sus parientes¹⁶⁰⁷. Era necesario hacerlo, pues el escaso intervalo de tiempo entre los fallecimientos hace difícil identificar con precisión a las retratadas. Sus rasgos fisonómicos no estaban muy definidos. Era un reto para los pintores individualizar a aquellos pequeños modelos, de los que probablemente en pocos meses tan solo quedaría la tumba de un niño malogrado y aquel retrato en la corte de sus abuelos.

Cuando en julio de 1759 llegaron a Caserta las noticias de la muerte de Fernando VI, el ya rey Carlos III no dispuso el traslado de los restos de las infantas a la península. Quizá no llegó a plantearse si siquiera en personal fuero, pero era indudable que aquellas niñas, nacidas y muertas lejos de palacios españoles, formaban parte de su pasado italiano, del que, en puntuales asuntos, el monarca dio indicios de querer deshacerse. La conservación de la sus tumbas como tales, sin que se trasladase resto humano ni piedra

¹⁶⁰⁶ *Ibidem*, p. 1035.

¹⁶⁰⁷ URREA FERNÁNDEZ, Jesús: “La corte como observatorio de retratos”, en *El retrato*, Madrid, 2004, p. 301.

alguna a España, debe ser puesta sin duda en relación con otra decisión verdaderamente significativa del monarca. Carlos III dejó en la corte a su primogénito, Felipe, al que apartó de la sucesión por enfermedad psíquica y física, mostrando claramente su intención de regresar a España sin complicación dinástica ni genealógica alguna en cuestiones sucesorias¹⁶⁰⁸. A la muerte del príncipe e infante, sus restos serían conducidos a la misma capilla lateral del templo en el que descansaban sus hermanas, donde fueron depositados en sepulcro individual, frente a los cenotafios que indican la presencia de las tumbas de las cinco hermanas que le precedieron en el óbito¹⁶⁰⁹.

Santa Clara de Nápoles se configuró así como importante sistema sepulcral colateral dinástico, auxiliar, incompleto, dado que no acoge a todos los hijos fallecidos de Carlos III, pero sí perfecto, pues su agrupación de restos es símbolo suficiente de la presencia inicial de la nueva rama de la dinastía Borbón injertada en la península italiana, en la que quedó como monarca su tercer hijo varón, Fernando, bajo la regencia del ministro Bernardo Tanucci. A través de una capilla lateral, proyecta en el tiempo la imagen funeraria del fecundo reinado en tierra italiana de un monarca español. En un plano histórico, no puede olvidarse que, para aquellas infantas malogradas, ser sepultadas en aquel espacio les evitó pasar a engrosar la larga lista de párvulos, es decir, los hijos de monarcas que, no habiendo superado los siete años de vida, hubieron de aguardar hasta el siglo XIX para ser enterrados, de forma definitiva, en un mausoleo compartido –que no común– en la Sala IV del denominado Panteón de reinas e infantes del monasterio de El Escorial.

Tras sus casi cinco lustros italianos, de ellos dos décadas reinando en Nápoles, Carlos III desembarcó en Barcelona el 12 de octubre de 1759. Le esperaban casi 28 años de reinado en España, en los que tendría que firmar la orden de depósito y custodia de no pocos de sus familiares en el monasterio de El Escorial.

¹⁶⁰⁸ Nacido el 13 de junio de 1747, a su discapacidad se unían fuertes episodios epilépticos. Vivió una existencia discreta en la corte napolitana hasta su muerte, a los treinta años (MATEOS SÁINZ DE MEDRANO, Ricardo: *Los desconocidos Infantes de España*, Madrid, 1996, p. 67).

¹⁶⁰⁹ Además de ser creado duque de Calabria por su padre, recibió la consideración de infante de gracia por decisión de su tío, Fernando VI.

TABLA XV

**FAMILIARES DE CARLOS III
SEPULTADOS EN EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL ENTRE 1760 Y 1788
POR ORDEN CRONOLÓGICO DE FALLECIMIENTO**

PERSONA REAL	PARENTESCO	FALLECIÓ EN	AÑO
Reina MARÍA AMALIA de Sajonia	consorte de Carlos III	Madrid (Buen Retiro)	1760
Infante FRANCISCO JAVIER	hijo de Carlos III	Aranjuez (Palacio Real)	1771
Infante CARLOS CLEMENTE	hijo de Carlos IV	El Pardo (Palacio Real)	1774
Infanta MARÍA LUISA	hija de Carlos IV	La Granja (Palacio Real)	1782
Infante CARLOS EUSEBIO	hijo de Carlos IV	Aranjuez (Palacio Real)	1783
Infante FELIPE	hijo de Carlos IV	La Granja (Palacio Real)	1784
Infante CARLOS (gemelo del anterior)	hijo de Carlos IV	El Escorial	1784
Infanta MARÍA CARLOTA	nieta de Carlos III	El Escorial	1787
Infanta MARÍA ANA VICTORIA	nuera de Carlos III	El Escorial	1788
Infante CARLOS JOSÉ	nieto de Carlos III	El Escorial	1788
Infante GABRIEL	hijo de Carlos III	El Escorial	1788

Fuente: AGP, *Lista de personas reales...*

En lo que al sistema sepulcral escurialense se refiere, Carlos III comenzó su reinado, prácticamente, teniendo que disponer el entierro de su propia esposa. María Amalia Walburga, reina consorte de España en el momento de su muerte, fue hija de Augusto II, príncipe elector de Sajonia y rey de Polonia, y María José de Austria. Fiel a su vocación de constituir un documento obituario, pero con fuerte carácter biográfico, el cuaderno jerónimo refiere que había nacido en Dresde el 24 de noviembre de 1724, definiéndola durante su reinado partenopeo como “dulce imán de sus vasallos”. Tuvo su primer embarazo a los quince años, alumbrando trece hijos en los dieciocho siguientes, de los que ocho le sobrevivieron. Abandonó el reino de Nápoles junto a su marido y familia el 7 de octubre de 1759, desembarcando en Barcelona diez días después. Fue una efímera reina consorte de España. Como ya referimos al tratar las causas de los óbitos regios, la travesía, emprendida con mal estado de salud, hubo de acelerar que el jerónimo constataste que la “Monarquía disfrutó poco tiempo de sus dulces y amables prendas”, pues su muerte se produjo el 27 de septiembre de 1760, a las tres y veinte de la tarde, en el Palacio del Buen Retiro:

“dejando a todos sumamente desconsolados, no por transferirse a la Celestial Patria, pues se presumía su total dicha de su devoción, Afabilidad y Virtud, sino por haver quedado para siempre privados de la grande afabilidad y amor que mostró a los Españoles, lo que será causa de que aunque confiados en la seguridad de su gloria, no se enjugarán las lágrimas en muchos días”¹⁶¹⁰.

Sería oportuno precisar si nos hayamos únicamente ante una cláusula de estilo en la llave destinada a la reina o, por el contrario, debemos oponer el texto a interpretaciones historiográficas que han sostenido que María Amalia de Sajonia nunca se adaptó a nuestro país, basándolas en la correspondencia con el ministro Tanucci, que había quedado de regente de Fernando IV, primogénito de Carlos III y la soberana, en Nápoles. En nuestra opinión, los fastos del recibimiento inicial en las diferentes ciudades y el deterioro irreversible de su estado de salud, en el último tramo de su escaso año de vida española, no pudieron permitir un conocimiento excesivamente profundo del carácter de la soberana a muchos de los que la conocieron. Incluso a quienes formaron parte de la corte, incluyendo en esta consideración a los propios monjes de la comunidad jerónima escurialense, que probablemente trataron a la consorte del monarca en escasas ceremonias litúrgicas palatinas, y su imagen de la

¹⁶¹⁰ AGP, *Lista...*, Llave 51, *La Serenísima Reyna Doña María Amalia*.

nueva pareja real no pudo ir más allá, en el momento en que se escribió el texto de la llave, del entusiasmo por la llegada de una relativamente joven pareja regia -44 años el monarca, 35 su consorte-, con abundante prole. Debemos por tanto inclinarnos a inscribir el elogio en el marco de la mentalidad de la muerte regia en la construcción de una excelsa imagen dinástica de monarca consorte cuya vida se ve quebrada, dejando a sus súbitos en una tristeza leal, prolongada y obsequiosa.

Al constatar a continuación que el sepelio tuvo lugar tres días después, en la festividad de san Jerónimo, y que aquel 30 de septiembre de 1760 la comunidad de El Escorial no celebró su patrón, como era habitual, el monje dio testimonio de la contribución al luto general.

Contamos con un valioso documento sobre el ceremonial del sepelio de María Amalia de Sajonia, una crónica conservada en la Biblioteca Nacional, sin fecha ni firma, que además de seguir con fidelidad lo preceptuado por las etiquetas de 1651, un siglo antes, amplía detalles en torno a los usos ceremoniales del sepelio regio. Lo extractamos y analizamos por fragmentos, al constituir una fuente de especial importancia para acercarnos a la vivencia del regio duelo a mediados del XVIII:

“Luego que expiró S. Majestad, no se movió hasta las 24 horas, que se puso en la caja, y conducida por los 6 mayordomos de la reina, se hizo la entrega al duque de Alba, mayordomo mayor del Rey, y la llevaron al salón, que se llama Casón, y la colocaron en la cama de cuerpo presente descubierta. Después cantaron Vísperas, a las que asistió el Mayordomo Mayor y Grandes, arreglando éstos de 2 de 2 horas quedarse cada uno para velar el cuerpo, como lo hicieron las damas y señoras de honor; y se manifestó al público hasta el día siguiente a las 7 de la mañana, que empezó el entierro...”¹⁶¹¹.

Esta crónica, cuyo lenguaje toma cariz de acta notarial, permite prácticamente establecer un cronograma desde el momento del óbito a la finalización del entierro en sí. Destaca ya en su comienzo el respeto a los restos mortales de la reina, que habiendo fallecido a las tres de la tarde, no son trasladados hasta 24 horas después desde el lugar en el que murió –la pieza dormitorio de la soberana en palacio- al que hizo la función de capilla ardiente. Como exigía el ceremonial, hubo una primera entrega de la custodia del cadáver, realizada físicamente por seis ayudas de cámara de la Casa de la reina – denominados “mayordomos” en el documento, pero jurídicamente efectuada por la

¹⁶¹¹ BNE, ms. 11044, *Entierro de María Amalia de Sajonia*, pp. 199-202.

autoridad a cargo del cadáver al mayordomo mayor del rey, duque de Alba, en aquel momento Fernando de Silva y Álvarez de Toledo¹⁶¹².

El féretro fue conducido al salón de embajadores del Palacio del Buen Retiro, en el edificio denominado Casón, uno de los dos únicos, junto al que alberga el antiguo salón de reinos, que hoy perviven del complejo palacial¹⁶¹³. Quedó abierto bajo la cúpula que Luca Giordano decorado con “La apoteosis de la monarquía española”, un estudiado programa iconográfico ideado para mostrar a cualquiera que accediese al enorme salón, de doce metros de ancho por veinte de largo, la majestad regia.

La asistencia del duque de Alba y otros grandes al canto de la hora litúrgica de las vísperas cifra el hecho en el atardecer del día 28, en el que la alta nobleza hacía turnos de dos horas para velar el cuerpo de la reina consorte, una tradición ceremonial que ha continuado vigente en la monarquía española hasta la actualidad. Sin duda con objeto de ensalzar y subrayar el papel femenino en la etiqueta funeraria de una soberana, el documento incluye que también se añadieron a esos turnos “las damas y señoras de honor”. La informar de la apertura al público de la capilla ardiente, no se especifica si el acceso se realizaba por los jardines, en la parte este del salón, o por la entrada que comunicaba mediante amplios patios y plazas el Casón con los restantes edificios que conformaban el Buen Retiro. Estimamos, por tanto, que la capilla ardiente permaneció abierta entre las tres de la tarde del día 28 y las siete de la madrugada del día 29, un total de diecinueve horas, hasta que:

“(…) empezó el entierro como sigue: 24 alguaciles de corte; 12 frailes carmelitas; 12 agustinos; 12 franciscanos; 12 dominicos; 2 alcaldes de corte; 16 gentiles- hombres de la casa (más 12 de boca y 4 de cámara); la Caballeriza con el guión; la cruz de la capilla real con dos pajes con hachas; el furrier de la capilla; el ayuda de oratorio; 12 capellanes de S.M.; 4 mayordomos; 4 grandes; 18 pajes con hachas; 12 monteros de Espinosa; Sr. inquisidor; mayordomo mayor del Rey; un destacamento de guardias y otro de guardias de Corps.

El coche con el cuerpo siguió de esta forma: llegó el entierro a las Rozas; el cuerpo se puso en la iglesia donde cantaron el responso las voces de la

¹⁶¹² Fernando de Silva y Álvarez de Toledo (Viena, 1714 – Madrid, 1776), a quien ya nos hemos referido al tratar las exequias reales, fue desde 1755 XII duque de Alba de Tormes. Militar y diplomático, fue embajador en París. A su regreso en 1754 fue nombrado mayordomo mayor de Fernando VI, cargo en el que permaneció tras la llegada de Carlos III, si bien pidió el relevo un año después. Fue director de la real academia española de la lengua desde 1754 hasta su muerte. Ostentó el Toisón de Oro y la orden del Santo Espíritu.

¹⁶¹³ Iniciada su construcción en 1637, el Casón se concibió como pabellón para la celebración de fiestas, por lo que fue conocido como Salón de Baile. Junto al Coliseo, habría sido uno de los últimos edificios del complejo palacial en concluirse. BLASCO ESQUIVIAS, Carmen: *El Palacio del Buen Retiro de Madrid. Un proyecto hacia el pasado*, Madrid, 2001, p. 124.

Capilla Real, y quedó guardado por 2 Monteros de Espinosa, mientras fueron a cenar; para cuyo fin la primera mesa era de 40 cubiertos, que ocupaban damas, gentiles hombres, grandes y mayordomos; la segunda de 60 cubiertos ocupada por gentiles-hombres de Boca y Casa, caballerizos de campo, pajes y los 2 alcaldes; la tercera de 20 para los capellanes de S.M. y capilla; la cuarta de 60 para los frailes de las cuatro religiones; y la quinta, 60, para los oficiales de guardia de Corps y todos los guardias”.

Encontramos una descripción pormenorizada de la composición del cortejo fúnebre. Semejante a las del siglo XVII, la presidía una autoridad de la Casa del rey, que custodiaba jurídicamente los restos de la real persona, en esta ocasión, tratándose de los restos de una soberana, no podía ser sino el propio mayordomo mayor, el duque de Alba. Acompañaba, como sabemos, una autoridad eclesiástica, que el documento precisa fue el “Sr. Inquisidor”, aunque sin especificar su nombre¹⁶¹⁴. En este punto, el manuscrito omite una tercera autoridad que sí es mencionada en la llave correspondiente al entierro de la reina en el obituario jerónimo, “la Excma. Señora Princesa de Yachi, que hizo de Camarera mayor”. Como ya sabemos, en los sepelios de soberanas consortes la camarera mayor, en la cúspide de la autoridad y organización de la Casa de la Reina, acompañaba en un último servicio y etiqueta a quien había servido. No sorprende la omisión en la fuente que comentamos, ni la presencia en la fuente escurialense, indudablemente más cercana a los hechos del día a día en la real familia.

La comitiva tenía una triple estructura: militar, religiosa y –si se nos permite el término- civil. Militares eran, sin duda, los monteros de Espinosa, los guardias y los guardias de Corps, si bien cabría cuestionar ampliamente el carácter castrense de las dos docenas alguaciles de corte, y los dos alcaldes de corte¹⁶¹⁵, aunque no su función en la seguridad en la ruta, siquiera testimonial, como lo era la presencia del guión, que era portado a caballo. Entre el personal que clasificamos como religioso, quien portaba la cruz de la capilla real era acompañado por dos pajes con la función de iluminarla, así como un furrier de la capilla y un ayuda de oratorio. En número real, pero también simbólico de doce, asistían capellanes de Su Majestad, es decir, pertenecientes a la Capilla Real, pues como sabemos la capilla no estaba separada para rey y reina. En la enumeración del documento no se incluyen ahora, como comprobaremos después, las

¹⁶¹⁴ El cuaderno jerónimo precisa que en el entierro de María Amalia de Sajonia el inquisidor general que actuó como autoridad eclesiástica acompañando los restos fue Manuel Quintano Bonifaz. AGP, *Lista...*, Llave 51, *La Serenísima Reyna Doña María Amalia*. Quintano (Briviesca, Burgos, 1695 – Madrid, 1774) había sido confesor de Fernando VI y gobernador del arzobispado de Toledo en nombre del cardenal infante don Luis, hermano del rey (FERNÁN-NÚÑEZ: *op. cit.*, p. 288).

¹⁶¹⁵ Agradecemos las precisiones en torno al tema del profesor Pérez Fernández-Turégano.

“voces” del coro, que participan en los responsos de las paradas. Sin duda, los 48 miembros de las “cuatro religiones”, denominación con la que se designaba a las cuatro órdenes religiosas que participaban en la conducción de los restos, doce por cada una, caracterizaban definitivamente el aspecto funerario del grupo. En el orden por el que se citan con los carmelitas, agustinos, franciscanos y dominicos que, aunque no fuera tampoco mencionado en la crónica que abordamos ni el obituario jerónimo, hubieron de disponer, cada una de ellas, de altares laterales en el salón de embajadores del Palacio del Buen Retiro, para la celebración de misas por el alma de la difunta.

Los grandes, gentiles-hombres de boca y cámara y mayordomos, así como de pajes, hacen presente el acompañamiento de las Casas del rey y de la reina en varios de los estamentos que conforman la estructura palatina.

La ruta seguida hacia san Lorenzo pasaba por Las Rozas, en cuya iglesia de san Miguel, de estilo gótico aunque construida en el siglo XVI, la más antigua edificación de la localidad, situada en un alto, entró la comitiva y se dijo un responso en el que cantaron “voces” de la capilla real, lo que demuestra que también el coro estaba presente. Permaneció el féretro en su interior unas horas durante la cena y descanso de la comitiva, si bien nos llama la atención que se consigne que únicamente acompañado por dos moneros de Espinosa, lo que parece escasa guardia de honor para una soberana consorte en el contexto del ceremonial funerario.

La crónica describe la distribución de las mesas según la composición que hemos constatado, aportando un número de comensales para cada una de ellas que permiten un cálculo total de componentes del cortejo fúnebre en torno a 240 personas.

“Acabada la cena se volvió a la iglesia, y se puso el cuerpo de la reina en el coche; luego siguió la marcha hasta el Escorial, donde llegó a las 8 de la mañana; a la puerta de su iglesia estaba el prior con capa de coro, y toda la comunidad para recibir el cuerpo, y antes se leyó una carta en que S.M. mandaba al prior cómo enterrar a la Reyna [la cruz de la Capilla no pasase del primer cuerpo de iglesia, por ser la del Escorial también Capilla Real y evitar disputas]; luego se puso el cadáver en el féretro por los grandes y mayordomos, como es práctica, y empezó el oficio toda la comunidad; acabado bajaron al Panteón el cadáver grandes y mayordomos con la comunidad y se hizo la entrega, asistida por el marqués de Campo de Villar como secretario. Acabada la reunión, se retiraron todos a comer, en la misma conformidad que en las Rozas, y después cada uno se restituyó a Madrid en el coche que le correspondía”.

No extraña que, como en ocasiones anteriores ya en el siglo XVII, se programase el trayecto fúnebre con el fin de llegar al alba al arroyo de El Escorial. La crónica recoge, sin diferencia alguna con la etiqueta observada desde hacía más de un siglo, que prior y comunidad esperaban el féretro en la puerta principal de la iglesia, es decir, el pórtico Norte del monasterio, bajo la biblioteca, donde tenía lugar el rito de transmisión jurídica de la custodia de los restos con la lectura de la carta, firmada por el rey, para el entierro.

La fuente no trata la formación de procesión de entrada al templo más que para referir que la cruz de la capilla no pasara del “primer cuerpo de iglesia”, como sabemos, a partir de la polémica suscitada en el siglo XVII y ya resuelta por decisión de Felipe IV.

“[la cruz de la Capilla no pasase del primer cuerpo de iglesia, por ser la del Escorial también Capilla Real y evitar disputas]”

Durante el siglo XVIII, el trayecto fúnebre hasta el monasterio continuó realizándose de noche, con el fin de llegar al alba a El Escorial.

1766 fue un *annus horribilis* para Carlos III. Al anochecer del 24 de marzo abandonaba casi de incógnito el Palacio real de Madrid. La capital había sido escenario de un motín contra su ministro Esquilache, blanco de la ira contra las reformas impulsadas por el rey¹⁶¹⁶. La familia real salió hacia Aranjuez, en cuyo palacio falleció, el 10 de julio, la madre del monarca, conduciéndose sus restos a La Granja de San Ildefonso. Es importante subrayar que en el momento de perder a quien durante trece años había aguardado su regreso para hacerse cargo del trono, Carlos III abandonó la ribera del Tajo y se encaminó hacia el mismo lugar en el que acaban de sepultar a la viuda de Felipe V, el real sitio de san Ildefonso. Y elude el paso por la capital. Su disgusto hacia la villa tras el motín de marzo era manifiesto. La interpretación de aquella ruta puede tener un elemento de cercanía funeraria. No obstante, en el cálculo cronológico de los tiempos que durante su reinado pasó Carlos III en la capital, apenas superaron los dos meses, setenta días anuales, quizá en gran parte generados por los sucesos de marzo, que pudo quedar asociada en la mente del rey al único momento en que su seguridad se vio amenazada.

¹⁶¹⁶ Vid. MACÍAS DELGADO, Jacinta: *El Motín de Esquilache a la luz de los documentos*, Madrid, 1988; RISCO, Antonio: “Flujos y reflujos del “motín de Esquilache”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 5 (1984), pp. 11-36.

Pasarían cinco años hasta que el rey ordenase nuevo luto en la corte. El primer hijo de Carlos III que falleció en España fue el infante Francisco Javier. Había nacido en Nápoles el 17 de febrero de 1757, fecha en que su padre le concedió la orden dinástica de san Genaro. Su posición dinástica, pues fue el último de sus trece hijos, le supuso, lejos de posibilidades reales de sucederle en el trono, dignidades y honores como las de comendador de Alcañiz, Fresneda y Rafales, de la orden de Calatrava¹⁶¹⁷. Murió en Aranjuez, durante la jornada de primavera, el 10 de abril de 1771, “a las 5 y 20 minutos de la tarde”, como refiere con precisión el escrito jerónimo¹⁶¹⁸: “Fue traído su Cuerpo a este Rl. Monasterio de Sn. Lorenzo el Lunes 15 de dicho mes y año”, cinco días más tarde que se justifican plenamente por la distancia para el traslado de su cuerpo entre ambos reales sitios. La llave dedicada al infante confirma de nuevo la autoría jerónima de aquella fuente, al constatar de nuevo la identidad del prior que regía el monasterio en aquella fecha, “celebrando el entierro Ntro. Rvmo. P. Prior Fr. Bernardo Lorca”, que había sido confirmado en su cargo en mayo de 1768.

Si la mortandad infantil femenina había sido una constante en la primera descendencia de Carlos III, como vimos, la masculina será predominante en la del matrimonio de los príncipes de Asturias Carlos y María Luisa. No lograron su primer vástago hasta 1771, seis años después de contraer matrimonio. Dieciocho años más tarde, cuando accedían al trono, habían enterrado a cuatro varones y una niña. Las conducciones de los cadáveres de aquellos pequeños, todos infantes, se circunscriben al reinado de Carlos III, que como soberano ordenó el depósito de sus nietos en la cámara al uso. Ninguno de los varones llegó a ostentar la dignidad de príncipe de Asturias, que ya ocupaba su padre.

El primogénito de los príncipes fue Carlos Clemente Antonio de Padua Genaro Pascual José Francisco de Asís Luis Vicente Ferrer Rafael, nacido en El Escorial al comenzar la jornada de otoño de 1771, el 19 de septiembre¹⁶¹⁹. La llave correspondiente al mismo en el obituario regio jerónimo constituye una valiosa fuente para conocer lo que supuso su nacimiento y muerte para la familia real. El religioso que la escribió solo

¹⁶¹⁷ MATEOS SÁINZ DE MEDRANO: *op. cit.*, p. 363. Como hijo del rey, recibió el preceptivo Toisón de Oro, en una ceremonia que tuvo lugar el 22 de mayo de 1768.

¹⁶¹⁸ AGP, *Lista...*, Llave 52, *El Serenísimo Señor Infante de España Don Francisco Xavier*.

¹⁶¹⁹ Recibió los nombres de su padre y abuelo, el sumo pontífice (Clemente XIV, que le apadrinó), san Antonio de Padua (nombre que también llevaba su padre), san Genaro (patrón de Nápoles), Pascual (también de su padre), José (incorporado a la devoción en la familia real española en el siglo XVII, como sabemos), Francisco de Asís (devoción de origen italiano incorporada en tiempos de Felipe V e Isabel de Farnesio), san Vicente Ferrer (el santo patrón de valencia que incorporó Felipe III a la devoción regia) y san Rafael Arcángel.

compuso su texto en todo el documento, sin redactar anteriores ni precedentes, lo que aumenta la importancia del fragmento en orden a subrayar cómo aquel infante representó durante su corta vida la esperanza de la sucesión. Tras indicar su dignidad como infante de España, subraya su llegada tras más de seis años desde el matrimonio de sus progenitores: “a quien con mucha razón podemos llamar el Deseado y conseguido por las oraciones del Rey nro. Sr. y de estos Reynos”. El conocimiento tan exacto de los datos muestra un llamativo grado de cercanía a la real familia y no escaso orgullo por lo referido. Más llamativas resultan aún las referencias históricas que proporciona el cronista, que aunque no consigna más que los tres primeros nombres que recibió el niño en su bautismo, recibiendo como cuarto el de Genaro, introduce en el texto toda una exposición de motivos sobre la creación de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, fundada con motivo de su nacimiento, que reproducimos por la importancia que adquirió en el mismo obituario, siendo mencionada posteriormente en las llaves correspondientes a otros miembros de la real familia, que fueron en su mayoría caballeros de la misma:

“Nació en el Palacio de este Rl. Monasterio de Sn. Lorenzo dadas las cinco de la tarde de el 19 de Spt, de 1771, día de el Sr. Sn. Genaro (otro de los de más devoción para el Rey Ntro. Sr. y más plausible para su Magd. por la institución de el R. Orden llamado de Sn. Genaro que hizo luego que entró en su Reinado de Nápoles y que aprobó y confirmó el Papa Benedicto XIV por su Bula de 30 de Junio de 1741) por cuya intercesión no dudaba haberle concedido Dios este consuelo y dándole este gozo tan particularísimo y tan no visto en estos Reynos de España; pues desde el año de 1545 en que nació al Srmo. Phelipe II (entonces Príncipe) su Primogénito el Infante Dn. Carlos (que murió siendo ya Príncipe en el de 1568) no había logrado esta Monarquía el consuelo de ver ni tener otro hijo de sus Príncipes, por cuyo especialísimo beneficio, perpetua memoria y eterno agradecimiento determinó su Magd. instituir en el mismo día a honra y gloria de Dios y de su Sma. Madre vajo el Misterio de su Concepción purísima la Real distinguida Orden Española de Carlos III [subrayado en el original]; que se compone de cavalleros Grandes Cruces, y Cavalleros Pensionados, aquellos en número de 60 y estos de 200: sobre cuya Orden insignias y demás hizo su Magd. sus Constituciones y Ntr. Smo. Ppe. Clemente XIV lo aprobó y confirmó todo por su Bula de [...] de [...] de [...] 177[...]¹⁶²⁰”.

¹⁶²⁰ AGP, Lista..., Llave 53, *El Serenísimo Sr. Don Carlos Clemente Antonio de Padua Infante de España*.

Era cierto. Desde que en 1545 vino al mundo el primogénito del que sería Felipe II, y María Manuela de Portugal, el infortunado infante don Carlos, que ocuparía también la dignidad del heredero de la corona, hacía más de dos siglos que no nacía en la corte ningún hijo de unos príncipes de Asturias mientras reinaba un monarca. Interpretar la presencia del dato en un texto obituario caracterizándolo como mera curiosidad, o elevarlo a referencia erudita por parte del autor de la fuente, agostarían el valor de su ubicación sistemática en la redacción. Nos parece que es empleado como argumento para presentar la génesis de la orden de Carlos III, iniciativa del abuelo del infante, en el mismo plano en el que es expuesta la existencia de una orden dinástica paralela, creada al inicio del reinado carolino en Nápoles. Para mayor solidez expositiva, si se refería que un papa había avalado la primera, también se mencionaba ahora que otro pontífice, esta vez Clemente XIV, que había apadrinado al infante y le había proporcionado uno de sus muchos nombres, quien protegía con otra bula la nueva orden española, si bien el amanuense desconocía la fecha de la misma, que quedó en blanco¹⁶²¹. Extraña que en un obituario regio se explicase además su estructura interna básica, en caballeros grandes cruces y pensionados, así como su número. Si se hizo es porque se consideró idóneo o necesario consignarlo; constatemos que el nacimiento de un infante, que apenas viviría dos años y medio, motivó una de las prestigiosas ordenes hoy vigentes en nuestro sistema premial.

Con toda precisión, la llave informa de la muerte del infante, “de enfermedad natural”, en el Palacio de El Pardo, a las seis de la madrugada del 7 de marzo de 1774, “de suerte que vivió dos años, cinco meses y diez y siete días; con cuya fatal desgracia quedó nuestro buen rey y los Príncipes, Infantes y toda la Corte y el Reyno con el desconsuelo que no se puede explicar”. Dos días después, a las 10 de la mañana, la comitiva mortuoria llegó a El Escorial, donde se la esperaba para comenzar la misa de Ángeles.

La segunda de los hijos de los príncipes de Asturias que se malogró fue María Luisa Juliana, que recibió el nombre de su madre y no llegó a cumplir cinco años. Había nacido en La Granja el 11 de septiembre de 1777. Habiendo fallecido en el mismo real sitio el jueves 2 de julio de 1782, no extraña que su cuerpo llegase el día siguiente al panteón escurialense, pues el obituario registra con precisión que había fallecido a las cinco y diez de la madrugada del día anterior¹⁶²².

¹⁶²¹ La bula es de fecha 21 de febrero de 1772.

¹⁶²² AGP, *Lista...*, Llave 54, *La Serenísima Señora Ynfanta de España D^a María Luisa*.

En el registro del óbito del segundo infante varón, hijo de los entonces príncipes de Asturias Carlos y María Luisa, fallecido en la infancia, figura un varón llamado de nuevo Carlos, de nuevo como primer nombre el de su padre y abuelo, al que se añadió “Antonio”, que fue tachado en el original del obituario regio escrito por la comunidad jerónima. La historiografía ha consignado genealógicamente a aquel infante con el nombre de Carlos Eusebio, que un amanuense posterior escribió a lápiz acompañando al tachado en tinta sobre el papel, sin que podamos estimar la fecha de tachadura y añadido¹⁶²³. Sus tres años de vida transcurrieron entre su nacimiento en el Palacio de El Pardo, donde vino al mundo a las tres de la madrugada del 4 de marzo de 1780, y su muerte en el de Aranjuez, a las once menos diez del miércoles 11 de junio de 1783. Tres días tardaron en llegar sus restos a El Escorial. Menos de dos meses después, el 5 de septiembre, la princesa de Asturias tenía un parto gemelar de otros dos niños, los infantes Carlos Domingo y Felipe, en La Granja de san Ildefonso. La alegría de un alumbramiento de aseguraba doblemente la sucesión masculina duró escasamente un año. El infante Felipe murió el 18 de octubre de 1784. Su hermano Carlos, el 11 de noviembre.

Buena prueba de la cercanía a la real familia del escribano de las llaves de uno y otro son apreciaciones cercanas de las circunstancias que rodearon sus cortas vidas. El monje recoge que el doble natalicio¹⁶²⁴ “fue celebrado y en todas la Iglesias y todos los Pueblos de España”, tras las muertes de otros dos infantes varones, constatando además que habían llegado al mundo “al tiempo mismo en que cesaron las hostilidades de la Guerra y se hizieron las Paces con los ingleses”. No obstante, el infante don Felipe “Crióse bastante delicado, vino malo de Sn. Ildefonso, a este Palacio [El Escorial] en el día mismo de Ntro P. Sn. Gerónimo de este año de 84 (en cuio día llegó aquí toda la Corte) y agravándose cada día más su enfermedad e debilidad murió al fin a las 12 de la noche del día 17 de Octe.”. Carlos III ordenó que el entierro se retrasara al día 20. Era el tercer nieto varón que fallecía a tan corta edad. Ordenó una autopsia para intentar averiguar la causa de aquella muerte temprana, que se realizó al día siguiente del fallecimiento. El jerónimo recoge que “se aseguró no haber hallado otra que la extenuación de los líquidos y casi nada de sangre”.

¹⁶²³ AGP, *Lista...*, Llave 55, *El Serenísimo Señor Ynfante de España Don Carlos*.

¹⁶²⁴ AGP, *Lista...*, Llave 56, *El Serenísimo Sr. Infante de España D. Felipe*. Como único consuelo para la real familia, la llave consigna textualmente que el óbito se produjo “62 horas después que su Sra. Madre la Princesa ntra. Sra. dio a luz en este mismo Palacio [El Escorial] con todo felicidad al Sermo. Sr. Infante Dn. Fernando María Carlos”. El futuro Fernando VII había llegado al mundo el 14 de octubre de 1784.

Dado que el deceso se había producido en el cuarto real de san Lorenzo, el féretro salió por la puerta del palacio Borbón, en la fachada norte, y la comitiva fue recibida en la puerta principal del monasterio, para proceder al acto de entrega de los restos en el zaguán del pórtico, bajo la biblioteca. La llave consigna la larga crónica del reto litúrgico que suponía el fallecimiento en El Escorial. Al no haber muerto en el monasterio más que Felipe II, en 1598, y Margarita de Austria, consorte de Felipe III, en 1611, la lejanía en el tiempo y que no se contase en aquellos tiempos con un ceremonial depurado para la formación de la procesión de entrada hizo que se plantease el lugar del patriarca¹⁶²⁵, presente en la corte. Se optó por que presidiese a los componentes de la capilla real durante el recorrido por la lonja, vestido de pontifical y acompañado de capellanes con capas de coro a izquierda y derecha, situándose tras el féretro tras quedar este bajo custodia del prior y la comunidad en el zaguán, una liturgia paralela a la observada con la cruz de la capilla, que se retiraba a la altura de los altares iniciales de la basílica. Al entrar en el templo, el patriarca se retiró y subió al coro para presenciar la misa, sin participar en la entrega.

El primer gemelo falleció, a las seis de la madrugada del 11 de noviembre, solo tres semanas después que su hermano. La ceremonia reprodujo la anterior, comenzando a las ocho y media de la mañana del día siguiente al fallecimiento. El obituario jerónimo consigna una cuestión económica en la llave correspondiente a la entrega de sus restos, cuya repercusión supone un hito en la evolución del ceremonial funerario de la monarquía:

“dando ntra. Comunidad de agasajo mil y quinientos reales de vellón como se acostumbra desde el entierro de la Sra. D^a María Amalia, en el que después de algunos días y varias disputas con los Excmos. Duques de Alva y Medina Celi se convinieron al fin en dicha cantidad y que quedase así para siempre. El Excmo. Sr. Conde de Gausa vino haciendo de Notario para dar fe de la entrega cuyo testimonio se puso en el Archivo”¹⁶²⁶.

Nos encontramos ante un dato relevante. La llave menciona que la cantidad ya se había entregado con motivo del sepelio de la reina María Amalia de Sajonia, consorte

¹⁶²⁵ Agustín Rubín de Cevallos (Dueñas, Palencia, 1724 – Madrid, 1793) fue obispo de Jaén entre el 27 de septiembre de 1780 y el 8 de febrero de 1793 (BARRIO GOZALO, Maximiliano: *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen*, Madrid, 2004, p. 434). Fue nombrado Inquisidor General en 1784, cargo que ocupó hasta su muerte, así como caballero de la orden de Carlos III en 1791.

¹⁶²⁶ AGP, *Lista...*, Llave 57, *El Serenísimo. Sr. Infante de España Don Carlos el tercero de los hijos varones de los Príncipes nuestros señores*.

de Carlos III. Al volver sobre esa fecha en la fuente, comprobamos que, en el registro correspondiente a la soberana difunta, el mismo monje que escribía la de este infante escribió en el margen izquierdo: “Nota. Por este Paño se pagaron 1.500 rs. la primera vez, finiquito de los debates pasados y presentes”, a modo de anotación marginal complementaria, indicando que en ese momento se inició la costumbre –entendemos que ya norma- de abonar, a modo de “agasajo”, la cantidad indicada. Dado que entre las llaves 52 y 56, todas ellas correspondientes a hijos y nietos de Carlos III, no se hace alusión a abono ninguno de esta cifra, cabría pensar que la posible reclamación de los duques de Medinaceli y Alba sobre el derecho de paño, que pusiera realmente en peligro el mismo ante el propio Carlos III, hiciera ceder a la comunidad jerónima, proponiendo el pago de una cantidad en concepto de gastos por la organización y desplazamiento del cortejo fúnebre. No olvidemos que se trataba de la segunda muerte, en pocos días, en el mismo monasterio. Bien pudo alegarse que los monjes se apropiaban del paño funerario, que tenía que ser suministrado por el oficio de tapicería, cuando la comitiva fúnebre sólo había recorrido unos centenares de metros¹⁶²⁷.

Por parte de la Casa del rey actuaron el duque de Medinaceli, caballerizo mayor, y el duque de Alba, mayordomo mayor. En esa misma época ocupaban otras altas responsabilidades el duque de Losada, sumiller de Corps y el duque de Maserano, capitán de la compañía italiana de Corps.

Al igual que con las cinco hijas tempranas malogradas de Carlos III en Nápoles, la muerte de cuatro infantes varones en diez años, prematuros lutos en la descendencia de Carlos IV y María Luisa de Parma cuando aún no habían alcanzado el trono, hizo reflexionar al conde de Fernán-Núñez al publicar la biografía de su egregio abuelo:

“Es muy sensible que no se piense con más tesón y menos respetos humanos y precauciones en conocer y corregir desde luego la causa de la desgracia que han experimentado los hijos varones de este matrimonio. El asunto es de tanta importancia, que todo cuidado y diligencia es poco para lograr destruir es humor picante que se ve traen consigo, sin culpa de sus padres, y cuyo origen no sería difícil hallar en su anterior generación materna, si no se olvida la verdadera causa de la muerte de su abuelo”¹⁶²⁸.

¹⁶²⁷ Deseamos dedicar próximas investigaciones a las continuas reclamaciones y disputas que sobre los paños y almohadas que acompañaban a los féretros se producían el monasterio, reflejadas en numerosas llaves del obituario jerónimo.

¹⁶²⁸ FERNÁN-NÚÑEZ, Conde de: *Vida de Carlos III*, ed. Madrid, 1988, Tomo II, p. 7.

El conde atribuye al duque Felipe de Parma, padre de la reina María Luisa, haber transmitido una enfermedad congénita a los hijos de María Luisa.

El último año de Carlos III fue el más triste de su vida en lo familiar. Sufrió la desaparición de su hijo el infante don Gabriel, la esposa de este y dos de los hijos de la pareja, una tragedia que se sucedió entre noviembre de 1787 y noviembre de 1788. No es difícil pensar que el dolor pudo acelerar su muerte, al mes siguiente.

El infante don Gabriel había nacido en Nápoles el 11 de mayo de 1752. Contrajo matrimonio en Aranjuez, en 1785, con la infanta portuguesa María Ana Victoria, hija de los reyes María I y Pedro III. Se trató de un doble matrimonio, pues al mismo tiempo se celebraba el enlace de la infanta Carlota Joaquina, hermana de don Gabriel, con el infante portugués don Juan, que llegaría al trono como Juan VI.

El primogénito de Gabriel y María Ana, Pedro Carlos, nació el 18 de junio de 1786 y recibió la doble dignidad de infante de España y Portugal. Al año siguiente llegaría la infanta María Carlota, que enseguida se malogró. La llave del obituario, como venía siendo tradicional en los últimos nietos del rey, consignó con pasmosa exactitud que, aunque había nacido el 3 de noviembre¹⁶²⁹, viviendo “3 días 3 horas y 15 minutos”, pues moría el día 7 en el cuarto real del monasterio escurialense. De la lectura del mismo texto se colige que el entierro habría tenido lugar ese mismo día, con el tradicional oficio de Ángeles. Carlos III había perdido otra nieta, aunque el 29 de marzo de 1788 nacía en el Palacio Real de Madrid, el cuarto de los hijos de los príncipes de Asturias que recibió por primer nombre el de Carlos, el infante don Carlos María Isidro, que sería de nuevo apadrinado por el monarca y viviría hasta 1855, protagonizando la escisión dinástica carlista.

La infanta María Ana Victoria volvió a quedar en estado, dando a luz a su tercer hijo, el infante Carlos José, el 28 de octubre de aquel año de pesadumbres, en un parto del que ya no se repondría. El 2 de noviembre, como refiere el obituario, “a las 8 y 35 minutos de la noche mientras la Comunidad estaba en los maytines del día de las Ánimas”, fallecía en los aposentos de los infantes en el cuarto real del monasterio¹⁶³⁰. Se refería el cronista a la festividad litúrgica de los fieles difuntos. Durante toda la jornada la capilla ardiente permaneció abierta, teniendo lugar el sepelio a una hora poco habitual, “entre nueve y diez de la noche y se acabó más de las onze con solo oficio de

¹⁶²⁹ AGP, *Lista...*, Llave 58, *La Serenísima Ynfanta D^a María Carlota*.

¹⁶³⁰ AGP, *Lista...*, Llave 59, *La Serenísima Ynfanta D^a M^a Ana Victoria Esposa del S. Sr. Infante Don Gabriel y resobrina y nuera del S. Rei D. Carlos III*.

sepultura que es un nocturno y laudes y el siguiente día 4 se dixo los dos nocturnos y missa la que celebró N. Rmo. P. Prior”. La llave dedicada a la difunta, que abandonaba el mundo sin llegar a haber cumplido veinte años, pues había nacido en el Palacio lisboeta de Queluz el 15 de diciembre de 1768, incluía como variante una preciosista descripción física y personal, “esta Sra. era de mediana estatura y gruesa más de lo regular con tan corta edad, tenía la cara de mucha gracia, hermosos ojos y muy cándida de corazón, y alma según lo que por de fuera, de manifiesto, y es de creer, si fue verdad lo que se dijo, que solo quería ser compañera, y no mujer”, que muestra el agrado que causó en la corte y la comunidad jerónima.

La desgracia seguía cebándose con la familia del infante don Gabriel. Una semana después, a las ocho y media de la mañana del domingo 9 de noviembre, fallecía también el recién nacido infante Carlos José, a los once días de vida, siendo enterrado al día siguiente¹⁶³¹. Su padre no llegaría a ver el fin de aquel mes. La llave que recoge su depósito es quizá una de los obituarios más elogiosos de todo el cuaderno jerónimo que venimos recorriendo¹⁶³². El perfil que traza del infante permite detenernos con detalle en en la mentalidad y psicología ante la muerte de toda la corte presente en san Lorenzo en aquellos días, en la imagen que la comunidad jerónima responsable de la custodia de sus restos conservó del personaje desde entonces y el dolor de su propio padre, que contemplaba como en un año se perdía prácticamente una familia, viviendo únicamente un pequeño infante huérfano de dos años, Pedro Carlos, que quedó a su cuidado.

La forma en que el obituario jerónimo aborda la figura de don Gabriel merece que nos detengamos con detalle para comprobar cómo la mentalidad ante la muerte de un personaje singular contribuye a componer la imagen luctuosa de la monarquía en el ocaso del reinado de Carlos III. Es su biógrafo, Juan Martínez Cuesta, quien traza una trayectoria marcada por sus aptitudes intelectuales, la actitud receptiva hacia la educación que recibió o sus inquietudes culturales como el coleccionismo, la literatura y la música, apoyándose también en el obituario jerónimo¹⁶³³.

¹⁶³¹ AGP, *Lista...*, Llave 60, *Infante Don Carlos Joseph, Hijo de los Infantes Don Gabriel y D^a. M^a Ana Victoria*. Aunque la referencia biográfica del infante comenzaba en la llave indicando como fecha del alumbramiento la misma que la del óbito de su madre, una nota al final de la misma añadía enfáticamente: “El día de nacimiento deste Infante fue el de Sn. Simón y Judas 28 de octubre de 1788 y no el día que se dice arriba”.

¹⁶³² AGP, *Lista...*, Llave 61, *Infante Don Gabriel de Borbón*.

¹⁶³³ MARTÍNEZ CUESTA, Juan: *Don Gabriel de Borbón y Sajonia. Mecenas ilustrado en la España de Carlos III*, Valencia, 2003; “El infante Don Gabriel de Borbón y Sajonia: hijo favorito del Rey Carlos III”, *Reales Sitios*, 95 (1988), pp. 28-36.

Como hemos referido, nació en Nápoles el 11 de mayo de 1752. Fue el décimo de los hijos del monarca, cuarto de los varones, con su única consorte, María Amalia de Sajonia¹⁶³⁴. Dada su condición de varón en principio no llamado a heredar el trono, su padre pretendió que le fuera otorgado el gran priorato de la orden de san Juan¹⁶³⁵, lo que suponía rentas dignas en su condición de infante¹⁶³⁶. Entre los rasgos que el obituario recoge de su biografía destacan sus estudios de clavicordio, en los que tuvo como maestro a José de Nebra, que le permitieron interpretar piezas compuestas por el monje jerónimo Antonio Soler, maestro de capilla en El Escorial. Recibió clases de latín del padre Francisco Pérez Bayer, traduciendo posteriormente dos obras del historiador Cayo Salustio, *La Conjuración de Catilina* y *la Guerra de Yugurta*, que fueron publicadas en una esmerada edición en 1774. Más llamativas resultan sus iniciativas en ingeniería, de las que el mismo documento refiere que:

“por su dirección se echaron en la lucerna del refectorio [del monasterio] dos globos aerostáticos, y otro en la casita del Príncipe N.S. que está entre la Huerta y la Villa del Escorial, estos eran de tripa de vaca y solo para prueba. Luego se hizo otro más grande de tafetán encarnado y se echó en la casa deste Sr. Ynfante que está en el Camino de las Navas, y subió hasta perderse de vista, y fue a parar a Castilla la Vieja en donde descendió luego que se le acabó la fuerza del gas”.

Aquella experiencia por iniciativa propia en su casa de recreo, el 15 de diciembre de 1783, avala que nos encontramos sin duda ante el infante con mayores inquietudes intelectuales en varios siglos de la historia de España. El hijo de Carlos III hizo posible que dos meses después de que se elevase, en Versalles, un globo aerostático por primera vez en la historia, se repitiese el acontecimiento en El Escorial, con una prueba previa en la Casa del príncipe, el pabellón de recreo empleado por el su

¹⁶³⁴ La *Gaceta de Madrid* del martes 27 de junio, fechada en Génova el 22 de mayo, recogía que el nuncio Gualteri le había bautizado con los nombres de Gabriel, Antonio, Francisco Javier, Juan Nepomuceno, José, Serafín, Pascual, Salvador (MARTÍNEZ CUESTA: *op. cit.*, p. 223).

¹⁶³⁵ LLANOS GÓMEZ, Rafael: “Casa real y orden militar de San Juan. Entrada y toma de posesión del Gran Priorato de Castilla y León en nombre del infante don Gabriel (1766)”, en RUIZ GÓMEZ, Francisco, MOLERO GARCÍA, Jesús (coords.): *La Orden de San Juan entre el Mediterráneo y La Mancha*, Alcázar de San Juan, 2009, pp. 453-478. Se trataba del Gran Priorato del Hospital de San Juan de Jerusalén en los reinos de Castilla y León, instituyéndose un mayorazgo en el mismo que garantizaba las rentas para el infante y sus descendientes

¹⁶³⁶ MARTÍNEZ CUESTA: *op. cit.*, p. 98. Carlos III obtuvo inicialmente de Clemente XIII un breve de nombramiento, hasta que Pío VI, el 17 de agosto de 1784, eximió a don Gabriel de requisitos de edad y profesión religiosa para ostentar la dignidad de gran prior y que quedase así constituido un mayorazgo que beneficiase a sus descendientes primogénitos con una importante novedad: dicho mayorazgo no era incompatible con la posible herencia de la corona, lo que es interpretado por el historiador como relevante papel del infante en la mente de Carlos III.

hermano mayor, el príncipe de Asturias, y posteriormente, ensayo definitivo, en su propia casa de asueto, junto a la salida norte del monasterio, el palacete construido según el proyecto de Villanueva entre 1773 y 1775, hoy conocido como Casita de Arriba o del Infante.

El infante poseyó habilidades para el dibujo y la pintura, recordando el monje que “se dijo en casa que sacó una copia de la N^a S^a de Raphael de Urbina que está en el oratorio de la Celda Prioral y en lugar de colores se pintó con limaduras o polvos de paño de varios colores (no la ví)”. La apostilla, entre paréntesis en el original, además de abrir camino a razonar que el amanuense no había ocupado, al menos hasta ese momento, responsabilidades en la comunidad que le permitiesen el acceso a las estancias del prior, nos remite al lugar del fallecimiento de don Gabriel, que fue efectivamente la celda del prior. El sistema de acogida a la corte en las jornadas en el monasterio, generalmente las de otoño, suponía desalojar a buena parte de la comunidad jerónima de sus celdas ordinarias, que eran ocupadas por los miembros de las Casas del rey, los príncipes de Asturias e infantes, pasando a ocupar los jerónimos a otros espacios, como salas comunales que eran toscamente compartimentadas. El archivo de la Real Biblioteca del mismo conserva documentación en torno a tan peculiar costumbre, referida a las jornadas de 1737¹⁶³⁷, así como del año siguiente, en que sin aumentar el número de celdas, se especificaba en la petición la calidad de la destinada a alguno de los acompañantes palatinos¹⁶³⁸. Cuando la regia familia se amplió, incluso la sala de Batallas, que recorre el lienzo posterior Este de la basílica en el piso superior, era distribuida en estancias temporales para alojar a infantes, como fue el caso de don Felipe, hijo de Felipe V, en 1740, para el que se creó un cuarto utilizando la misma¹⁶³⁹. Aunque en un principio estimábamos que la “reserva” de celdas sería aminorada, al menos en lo que a necesidades de la real familia se refiere, por la adecuación y reforma de la zona en la que construyó lo que aun hoy se denomina palacio Borbón, en el ángulo

¹⁶³⁷ RBME, Caja XXII, Correspondencia, viajes y jornada de la Familia Real, 1737. Varios oficios fechados en 1737 en los que se pide al prior, entonces fray Pedro Reinoso, que desaloje 72 de las celdas de los monjes.

¹⁶³⁸ RBME, Caja XXII, 3, *Carta comunicando al prior que para la próxima jornada de los reyes se utilicen las 72 celdas del año pasado y se dan normas para el alojamiento de los guardas*, 10 de octubre de 1738. Se trata de un documento de cuatro páginas en la que se solicita que se modifique la destinada al cantante Farinelli, porque la del año anterior “estaba expuesta a los tufos del carbón” y era “muy factible que se le deteriorase la voz”.

¹⁶³⁹ RBME, Caja XXII, 51, *Cartas de los marqueses Scotti y Villarias avisando de la ida de Jacome Bonavia que se encargará de hacer, entre otras obras, un cuarto para el infante don Felipe y su esposa en la sala de Batallas*, mayo-agosto de 1740. El prior Reynoso consultó qué obras iban a realizarse exactamente, para dar las órdenes oportunas en la “galería de Batallas”.

Noreste del monasterio, lo cierto es que la petición de celdas aumentó considerablemente con la llegada al trono de Carlos III, que en su primera visita al monasterio precisó 103 de aquellas¹⁶⁴⁰.

Don Gabriel y su esposa ocuparon en El Escorial “el quarto que llaman del Principe que es al piso de los jardines a espaldas de la iglesia”, es decir, en ese palacio Borbón. Allí fallecería la infanta María Ana Victoria, aunque no su esposo, precisamente, como refiere su correspondiente llave, por el alejamiento dispuesto por su regio padre, dado que se estimó que su enfermedad eran viruelas contagiosas:

“Llegó la enfermedad del parto de su esposa asta la muerte, y con este motivo mandó el Rei su Padre que se mudase a la Celda Prioral en donde lleno de sentimiento y de la misma enfermedad de Biruelas dentro de pocos días mandaron darle el Viático como se ejecutó el día 18 de Noviembre de 1788. Administrándole el Patriarca, se llevó de la tribuna de Palacio, por la sala de las Batallas, por el Coro y Claustro Principal, el Palio le llevaron los de la Patriarchal, cercado de Guardia de Corps y Alabarderos y la Procesión de muchas gentes de Palacio, a la Comunidad no avisaron y fueron los Monges que quisieron (esta es la primera vez que se ha ofrecido desde que la Patriarchal sacó Bula para administrar sacramentos a las Personas Rs. dentro del Monasterio). Por último agravándose la enfermedad se administró la S. Unción a S.A. y con mucha conformidad dio su Alma a Dios el día 23 de Noviembre del mismo año a las 12 y media del día. Vistióse su Cadáver y se puso en la Pieza mayor de dicha Celda”

El monje cronista no perdió ocasión de constatar que no se avisó oficialmente al prior, fray Carlos de Arganda, de la extremaunción al moribundo. Tal era el celo de las competencias en la administración de los sacramentos en el monasterio-palacio, si bien un acontecimiento de semejantes características como era el desplazamiento bajo palio de una sagrada forma por el interior del complejo suscitó enseguida el acompañamiento de jerónimos. Contemos además con la popularidad de don Gabriel, a la que ya hemos referencia, que no deja de constatar en la lectura de nuestra fuente.

El entierro se formó al día siguiente, 24 de noviembre, bajando por la escalera principal al claustro y pasando por la sala de la Trinidad. No obstante, la llave refiere con detalle que, en vez de acceder a la basílica, “atravesaron por delante de la iglesia,

¹⁶⁴⁰ RBME, Caja XXV, 1, 1, *El duque de Alba avisa del viaje de la familia real al monasterio para el día 24 de julio. Se necesitarán 103 celdas*, 14 de julio de 1760; Doc. 9, *Razón de las celdas que se necesitan para acoger a la familia real en San Lorenzo en este año de 1760*. Sería necesario distinguir si se trataba de la primera visita del monarca al real sitio tras su llegada a la península tras heredar el trono o aquel primer año de reinado la jornada escurialense se adelantó a fechas veraniegas.

entraron por el Pórtico de Palacio y salieron por la Puerta de el que mira al norte y dieron la vuelta hasta el Pórtico donde estaban las tres comunidades”. Es la mayor confirmación del respeto al ceremonial mortuario de la monarquía de España en El Escorial. La comitiva fúnebre accederá siempre por la puerta principal del monasterio, siendo esperada por el prior y las comunidades del monasterio, colegio y seminario. Quizá era tal el deseo del amanuense de subrayar este hecho que no creyó necesario destacar nada más referido a paño, velas, cruces de la capilla o estipendio, consignando que a partir de ese momento “Se hizo la misma ceremonia acostumbrada y todo el oficio regular sin haber novedad en nada”.

Concluían así, en lo funerario, casi tres décadas de reinado español de Carlos III¹⁶⁴¹, caracterizadas por la continuidad y fidelidad al modelo sepulcral escurialense, si bien sorprende que en un periodo tan rico en lo simbólico para la monarquía, en el que la creación edilicia y urbanística brilló en número y calidad de las obras, el monarca no decidiese la creación de un panteón específico para infantes y reinas consortes sin sucesión en el trono. No puede alegarse alejamiento psicológico al monasterio escurialense, pues el rey ordenó la reforma de espacios para alojar a su numerosa familia en el cuarto real del monasterio. Y el contexto previo de un sistema sepulcral en la Real Iglesia de Santa Clara de Nápoles, donde había tenido que habilitarse un panteón infantil para cinco hijas malogradas antes de regresar a España, hace que nos extrañe no haber encontrado huellas –sospechamos que no existen– no ya de adecuación de espacios preexites en El Escorial, sino de construcción de nuevos. Todo esto nos hace concluir que la conducción de María Amalia de Sajonia al pudridero en 1760, su posterior traslado a su correspondiente urna definitiva, y la de Isabel de Farnesio como monarca consorte a la colegiata de La Granja de San Ildefonso, en 1766, bastaron al soberano, que entendió suficientemente construida la imagen de la monarquía como para ejecutar una estrategia sepulcral más allá de la incorporación de las soberanas consortes a sus correspondientes sistemas sepulcrales. En todo caso, no parece que se realizase en la época un detenido estudio sobre la cuestión en lo relacionado a príncipes de Asturias que no llegaron al trono, infantes y otros personajes que permanecían en la doble cámara intermedia.

Entre las aportaciones de Carlos III a la historia dinástica figura la regularidad en las estancias de la corte en los reales sitios. El monarca comenzaba el año cronológico

¹⁶⁴¹ Vid. AGUILAR PIÑAL, Francisco: *Bibliografía de estudios sobre Carlos III y su época*, Madrid, 1988.

en el Palacio Real de Madrid, desplazándose el día siguiente a la festividad de Reyes al cercano Palacio de El Pardo, donde permanecía hasta el domingo de Ramos, fecha en que regresaba a la capital, en la que pasaba diez días. Marchaba luego a Aranjuez para la jornada de primavera, que solía prolongarse hasta últimos de junio. El regreso al Palacio Real de Madrid suponía esperar a mediados de julio, hasta que el 16 o 17 iba a cazar uno o dos días a El Escorial, desde donde se dirigía directamente al sitio de La Granja de San Ildefonso, para casi tres meses de verano, regresando de nuevo a El Escorial de nuevo el 7 u 8 de octubre, para pasar el otoño en el monasterio, no regresando a Madrid hasta primeros de diciembre, de cara a la Navidad y cerrar así el ciclo anual. A duras penas por su propia enfermedad y con el dolor por la muerte del infante don Gabriel, el monarca volvió al Palacio Real de Madrid aquél diciembre de 1788, falleciendo el domingo 14.

11.2. Los sepelios de la familia de Carlos IV.

Debemos al canónigo Juan de Escoiquiz el relato de un incidente sucedido durante la salida de la comitiva con los restos de Carlos III del Palacio Real de Madrid hacia san Lorenzo de El Escorial¹⁶⁴². Sus memorias refieren que el heredero:

“además de la frialdad que manifestó en aquel sensible lace, tuvo la serenidad, con escándalo de todo el pueblo que le observaba, estar mirando por los cristales de uno de los balcones de Palacio, en compañía de la Reina, la salida del cadáver para El Escorial, indecencia muy reparable, particularmente en las costumbres de España”¹⁶⁴³.

La cuestión estriba en que, contando con la conocida animadversión del clérigo hacia Carlos IV y María Luisa de Parma, el hecho referido es perfectamente creíble. Tanto si el féretro hubiera salido por la puerta principal de la plaza de la Armería –Sur-

¹⁶⁴² Juan de ESCOQUIZ Y MEZETA (Ocaña, 1747 – Ronda, 1820), maestro de infancia de Fernando VII y miembro de su camarilla, estuvo junto al entonces príncipe de Asturias y heredero de Carlos IV en los acontecimientos de El Escorial, escribiendo posteriormente unas Memorias desde principios de 1807 a mayo de 1808, recogiendo acontecimientos e interpretándolos en clara oposición a los textos de Manuel Godoy.

¹⁶⁴³ ESCOQUIZ, Juan de: *Memorias (1807-1808)*, Sevilla, 2007, p. 87. Pocos párrafos antes, el autor describe a la nueva reina consorte como una mujer que “juntaba un corazón naturalmente vicioso, incapaz de un verdadero cariño, un egoísmo extremado, una astucia refinada, una hipocresía y un disimulo increíbles y un talento que, aunque claro, dominado por sus pasiones, no se ocupaba más que en hallar medios de satisfacerlas”. La objetividad del autor queda comprometida, si bien no podemos precisar si fue hasta afectar a la veracidad del hecho relatado.

como si lo hubiera hecho por la puerta del Príncipe –Este-, la distribución de las estancias del Palacio Real de Madrid obligaba a abandonarlo de forma que la zona Sureste, denominada ala de San Gil, que los nuevos monarcas habían habitado como Príncipes de Asturias y desearon no modificar durante su reinado, dominaba perfectamente, en cualquiera de sus amplios balcones, el avance del cortejo fúnebre por la que décadas más tarde se convertiría en la calle Bailén. Y la importancia del suceso es constatar, fuese cierto o no, que la tradición ceremonial de la monarquía de España incluía que el sucesor del trono no acompañase –ni presenciase- el cortejo hacia El Escorial.

Curioso sepelio el de Carlos III, cuya llave en el obituario jerónimo recogió con normalidad su filiación y algunos acontecimientos de su vida, como su partida hacia Italia y su largo reinado en Nápoles, si bien no podemos resistirnos a reproducir y comentar un pasaje en el que el monje amanuense, inmediatamente después de referir su matrimonio, reprodujo un suceso que, escrito al menos en diciembre de 1789, tuvo lugar en 1725:

“Estuvo antes tratado de casar con la Princesa de Beaujolois quinta hija del Duque de Orleáns y lo descompuso el Cardenal Alberoni de que le resultó su caída”¹⁶⁴⁴.

Lo que podría significar que un anciano jerónimo que llevaba más de sesenta y cinco años en el monasterio recordaba lo sucedido cuando se devolvió a la pequeña princesa a la corte francesa y, encargado de la escritura del obituario, decidiese inocentemente –o no- consignar tanto la ruptura del compromiso como su particular interpretación de las consecuencias políticas del mismo, la pérdida del poder de Julio Alberoni.

Fuese o no cierto, la llave correspondiente a Carlos III se escribió comenzado el reinado de su sucesor, que en lo sepulcral estuvo marcado por los depósitos que recogemos a continuación.

¹⁶⁴⁴ AGP, Lista..., Llave 62, *El Católico Rey D. Carlos III y Borbón*.

TABLA XVI

**FAMILIARES DE CARLOS IV
SEPULTADOS EN EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL ENTRE 1788 Y 1808
POR ORDEN CRONOLÓGICO DE DEPÓSITO EN LOS PANTEONES**

PERSONA REAL	PARENTESCO	FALLECIÓ EN	AÑO
Rey CARLOS III	padre de Carlos IV	Madrid (Palacio Real)	1788
Infante FELIPE MARÍA FRANCISCO	hijo de Carlos IV	Madrid (Palacio Real)	1794
Infanta MARÍA TERESA	hija de Carlos IV	El Escorial	1794
HIJO / A (?) de la Infanta MARÍA AMALIA	nieto de Carlos IV	Madrid (Palacio Real)	1798
Infanta MARÍA AMALIA	hija de Carlos IV	Madrid (Palacio Real)	1798
Infante LUIS ANTONIO	hijo de Felipe V	Arenas de San Pedro, Ávila	1800
Princesa de Asturias MARÍA ANTONIA	nuera de Carlos IV	Aranjuez (Palacio Real)	1806
Rey LUIS I de Etruria	yerno de Carlos IV	Florenia, Italia	1808

Fuente: AGP, *Lista de personas reales...*

El infante Felipe María Francisco fue el último de los cinco hijos varones de Carlos IV que no superó la infancia. Había nacido en el Palacio de Aranjuez el 28 de marzo de 1792. Su delicado estado de salud hizo que, tras regresar a Madrid de la jornada de primavera, no viajara a ningún otro real sitio, falleciendo en el mismo palacio a las cinco y cuarto de la madrugada del 1 de marzo de 1794¹⁶⁴⁵. El obituario jerónimo refiere oraciones que su Aya dedicó a la imagen de san Pío V que le llevó el padre que hacía las veces de portero del monasterio, por las que al principio mejoró el infante. Lo cierto es que con la candidez propia del desconocimiento médico, el monje relata que por determinación de los galenos “dijeron que era necesario tomar nuevamente el pecho como le tomó y esto (según han dicho) le sentó tan mal que a pocos días murió”, como si ambos cuidados hubieran sido incompatibles en la mentalidad de la época. Con cierta pena, el monje refiere que por tanto no se le pudo hacer la ceremonia de la primera entrada en el monasterio, con su vistosa luminaria a base de velas en el patio de los Reyes, pues sólo entró ya en féretro, dos días después de su fallecimiento, en El Escorial, donde el prior, fray Ysidro de Jesús, presidió la celebración de la tradicional misa de Ángeles por su alma. Exactamente una semana después, el 10 de marzo, nació el último de los hijos varones de los reyes, el infante don Francisco de Paula, que fue el más longevo de todos sus hermanos, alcanzando los 71 años de edad.

El 2 de noviembre de 1794, “mientras la Comunidad estaba de Maitines de Ánimas”, como nos informa nuestra fuente jerónima, fallecía en el monasterio la última de los hijos de Carlos IV y María Luisa de Parma que se malograba en la infancia. Se trataba de la infanta María Teresa, que había nacido en el Palacio de Aranjuez el 16 de febrero de 1791. Parece que dio pronto señales de que su vida sería corta:

“Esta sra. gozo muy poca salud; la prendió un poco de calentura, que la fue deteriorando por mucho tiempo, y aunque se llevaron a su cuarto unas stas. Reliquias, las que adoró con todo se conoció hera la voluntad del Sr. llevarla para sí antes que conociese la malicia; se verificó su muerte en este Rl. Monasterio”¹⁶⁴⁶.

¹⁶⁴⁵ AGP, *Lista...*, Llave 63, *Infante D. Felipe María Francisco*.

¹⁶⁴⁶ AGP, *Lista...*, Llave 64, *D^a María Teresa Infanta de España*. Al indicar la fecha de su nacimiento, el monje refirió que había hecho su entrada pública en el monasterio de san Lorenzo, un vistoso acto solemne, a principios de octubre de aquel año. Hubo de ser al comenzar la jornada de otoño de 1791.

Un tardío testimonio de la presencia de reliquias en la pieza en la que muere una real persona, a seis años de finalizar el siglo XVIII, unido al espiritual consuelo de un tránsito antes de haber conocido “la malicia”, en el contexto de la búsqueda de la paz ante el óbito infantil. Aunque había muerto en el cuarto real del monasterio, el entierro tuvo lugar al día siguiente, entre las seis y siete de la tarde.

A las seis de la mañana, poco antes del amanecer del 23 de julio de 1798, el Conde de Canillas, mayordomo de semana comisionado desde la capital, llegaba al monasterio de El Escorial con una caja que contenía el feto muerto del parto fallido de la infanta María Amalia, hija de Carlos IV y María Luisa de Parma, que había tenido lugar el día anterior en el palacio real de Madrid. Casada desde hacía tres años con su tío, el hermano del monarca e infante don Antonio Pascual, había sido el fruto malogrado de su primer embarazo. La situación fue atípica, pues se depositaban restos de quien no había llegado a recibir nombre. Se optó por titular la llave con un breve enunciado¹⁶⁴⁷, “El feto Cadáver estraído a la Infanta D^a María Amalia”, confirmando que había salido ya muerto del seno materno¹⁶⁴⁸, “... dudando le haya alcanzado el Bautismo que se le suministró *sub conditione*”. La orden regia dirigida al prior, fray Diego de la Mota, fue que “se hiciese la entrega sin solemnidad alguna”, lo que se cumplió a las seis y cuarto de la madrugada, sólo un cuarto de hora después de la llegada: “bajó Su Reverendísima con los Padres Diputados, y otros Religiosos Ancianos, quien, haviéndose entregados de los Rl. Difuntos huesos, (...), fueron llevados sin aparato ni formalidad de entierro por quatro Religiosos al Panteón”. La madre de la criatura moriría cuatro días después, y sus restos hicieron el mismo recorrido, llegando al pórtico de san Lorenzo el 28 de ese mes. El cuaderno jerónimo¹⁶⁴⁹ se refirió a la infanta como “de complexión delicada, pero humilde, y de buenas costumbres”. Había nacido en el Palacio de El Pardo el 10 de enero de 1779 y logró superar la infancia para ser destinada a un matrimonio familiar, aunque también aquél obituario resumía de forma convencional el final frecuente de aquellas mujeres que no salieron de lo que los parámetros dinásticos les exigían: “Murió muy cristianamente (...) de resultas del primer mal parto, en que se hizo preciso extraer la criatura, que ya hacia dos días que estaba muerta en su útero (...) de la que se fue agrabando hasta quitarla la vida”. No llegó a cumplir veinte años.

¹⁶⁴⁷ AGP, Lista..., Llave 65, *El feto Cadáver estraído a la Infanta D^a María Amalia*.

¹⁶⁴⁸ AGP, Histórica, Caja 105, Preñados y partos, *Parto de la Infanta M^a Amalia, esposa del Infante Don Antonio Pascual*, 1798.

¹⁶⁴⁹ AGP, Lista..., Llave 66, *D^a María Amalia, Infanta de España*.

Analizar la figura, la muerte y el definitivo sepelio del infante don Luis Antonio en El Escorial supone acercarnos a una de las reales personas más peculiares del XVIII español, que concluyó precisamente con el depósito de sus restos en el monasterio de san Lorenzo en 1800, como si simbólicamente terminase no solo el siglo, sino una excepción histórica, una suerte de exilio sepulcral de quince años. A la hora de tratar su óbito los motivos se presentarán con toda nitidez.

El último hijo varón de Felipe V e Isabel de Farnesio había nacido en Madrid el 25 de julio de 1727. Recibió los nombres de Luis Antonio Jaime, el tercero de sus hijos en claro honor al santo patrón de España, que se celebraba aquel día. Lejos de una sucesión más que asegurada en sus hermanos varones mayores, se le dirigió hacia la carrera eclesiástica. Nombrado arzobispo de Toledo con ocho años, el 9 de septiembre de 1735, fue creado cardenal con el título de Santa María de Scala el 9 de diciembre del mismo año. Recibió el arzobispado de Sevilla en 1741. Nunca recibió las órdenes mayores¹⁶⁵⁰.

Don Luis vivió en la corte, haciendo pleno uso de sus prerrogativas como infante de España. Durante sus estancias en El Escorial ocupaba un espacio bien caracterizado en el contexto de la distribución del cuarto real del monasterio, como hemos abordado al hablar de la muerte de su sobrino, el infante don Gabriel. En 1747, refiere correspondencia conservada, se le reservó la celda prioral alta, que tuvo que cederle el entonces prior fray Blas de Arganda¹⁶⁵¹.

El 11 de agosto de 1754, con sólo 27 años, el infante pedía dispensa para abandonar su carrera eclesiástica. Pensamos que es Mena Marqués, en un sugerente ensayo, quien mejor penetra en la psicología del infante, perfilando con destreza el papel que representó en las cortes de sus hermanos Fernando VI y Carlos III¹⁶⁵². Ambos, como monarcas, no le procuraron la esposa que los monarcas buscaban a sus hijos o hermanos entre las dinastías europeas. El trato con Carlos III era cortés, pero tenían caracteres muy distintos. Habría tenido al menos dos hijos naturales que nunca

¹⁶⁵⁰ BARRIO GOZALO, Maximiliano: “La embajada del Cardenal Troiano Acquaviva d’Aragona ante la Corte romana (1735-1747)”, *Cuadernos Dieciochistas*, 14 (2013), pp. 250 y 251.

¹⁶⁵¹ RBME, Caja XXIII, 14, Carta 4, *Don José de Carvajal y Lancaster envía relación de personajes y celdas a ocupar en la jornada real*, 10 de octubre de 1747. En ella se especificaba la necesidad de desalojar la celda prioral para el hermano de Fernando VI. Hacía un año que el monarca ocupaba el trono y el nuevo rey acudía a El Escorial para la jornada de otoño acompañado de su hermano de padre.

¹⁶⁵² MENA MARQUÉS, Manuela: “Encuentros y desencuentros en la vida del infante don Luis”, en CALVO SERRALLER, Francisco (dir.): *Goya y el infante don Luis: el exilio y el reino. Arte y ciencia en la época de la Ilustración española*, Madrid, 2012, pp. 49-75.

fueron reconocidos¹⁶⁵³. El Auto Acordado de 1713, aún vigente, disponía que el rey de España debía ser varón nacido y criado en el reino, condiciones que no cumplía el futuro Carlos IV. Era claro que el soberano alargaba la cuestión, temiendo una posible pretensión del trono. En marzo de 1776 promulgó una real pragmática sobre matrimonios desiguales, que afectaría al infante y a la nobleza, privando a la mujer o varón con los que contrajesen el enlace, así como a su descendencia, de “los títulos, honores y prerrogativas que les conceden las leyes de estos Reinos”. Don Luis se casó el 27 de junio de aquel año con María Teresa de Vallabriga¹⁶⁵⁴. No son pocos los historiadores que sostienen que el monarca tendió una trampa a su hermano¹⁶⁵⁵, hablando incluso, como Junquera Mato¹⁶⁵⁶, de “aparente ensañamiento”, refiriéndose a una boda forzada.

Don Luis vivió 58 años. Murió en el palacio que poseía Arenas de San Pedro (Ávila) el 7 de agosto de 1785, pocos meses después de haber asistido en marzo a las celebraciones de las dobles bodas de sus sobrinos, los infantes Gabriel y Carlota Joaquina, con sendos infantes portugueses, María Ana Victoria y Juan, futuro rey. Matrimonios reales como el que a él le había sido vedado. Carlos III ordenó que sus restos fuesen depositados en la capilla del convento de san Pedro de Alcántara, a tres kilómetros de la localidad, donde fue enterrado en un espacio triangular en el lado de la Epístola, contiguo a la capilla circular en la que precisamente Ventura Rodríguez había

¹⁶⁵³ De Antoñita María Rodríguez, en 1769, habría nacido José de Flores. Otra relación, con la joven Mariquita García, habría dado lugar a un escándalo en 1774, que motivó el destierro de la madre a Palencia (MENA: *Ibidem*, p. 62). También se sostiene que la segunda joven se llamaba Ana María García (RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, Carlos María: *Don Luis de Borbón, el cardenal de los liberales (1777-1823)*, Toledo, 2002, p. 27).

¹⁶⁵⁴ María Teresa de Vallabriga (Zaragoza, 6 de noviembre de 1759 - Zaragoza, 26 de febrero de 1820) era la segunda de los tres hijos de José Ignacio Vallabriga Español, capitán del regimiento de caballería de Voluntarios de España y de Josefa de Rozas y Drumond, condesa de Torres Secas. Sobrina de Pedro Stuart y Colón, marqués de san Leonardo y caballerizo del rey, procedía de familia hidalga aragonesa. Al quedar huérfana de madre, pasó a ser educada en Madrid la familia de su tío, Pedro Stuart y Colón, marqués de san Leonardo y también caballerizo del rey. El infante la habría conocido en La Granja de San Ildefonso. Vid. PEÑA LÁZARO, Rosario: “María Teresa de Vallabriga. Su vida y su pinacoteca”, *Boletín del Museo Camón Aznar*, 35 (1989); ARCO, Ricardo del: “La Infanta Vallabriga”, en *El Genio de la Raza. Figuras Aragonesas (tercera serie)*, Zaragoza, 1956, p. 195.

¹⁶⁵⁵ Así, CALVO SERRALLER, Francisco: “El exilio y el reino” en Calvo Serraller (dir.): *Goya y el infante don Luis: el exilio y el reino. Arte y ciencia en la época de la Ilustración española*, Madrid, 2012, p. 17; ARNAIZ TEJEDOR, José Manuel: “Goya y el infante don Luis”, en *Goya y el infante don Luis de Borbón. Homenaje a la “infanta” doña María Teresa de Vallabriga*, Zaragoza, 1996, p. 19; ÁLVAREZ DE LINERA, Antonio: “La extraña conducta de Carlos III con su hermano don Luis”, *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, 56 (1948), pp. 33-71.

¹⁶⁵⁶ Para el historiador, en un comentario no exento de fina ironía “Don Luis de Borbón tuvo la escasa fortuna de nacer en una Corte, en una familia, donde sobaban los infantes, situación inédita en la monarquía moderna española, en las que sus iguales siempre habían tenido la cortesía de morir pronto y sin descendencia” (JUNQUERA MATO, Juan José: “El infante don Luis y su gusto: del mundo galante al *Sturm und Drang*”, en JUNQUERA MATO: *Goya y el infante...*, p. 9).

diseñado un sepulcro para los restos del santo que daba nombre al templo¹⁶⁵⁷. Allí permaneció quince años.

La llave destinada don Luis recogió un atípico contenido, sin duda por el alto destino que sus sobrinos Carlos IV y María Luisa de Parma, así como Manuel Godoy, habían decidido para la descendencia del rehabilitado infante. Sin embargo, aunque en 1800 hacía ya tres años que se había celebrado el matrimonio del favorito con María Teresa, hija del infante, el jerónimo encargado omitió en el texto que reproducimos toda referencia al poderoso ministro:

“Los tres hijos que le sobrevivieron a S.A. son el primogénito D. Luis María de Borbón Grande de España de 1ª clase nació en Cadalso el día 22 de Mayo de 1777; su hermana Dª. María Teresa de Borbón Grande de España de 1ª clase nació en la Villa de Velada el día 26 de Nvbre. de 1780 y la otra hermana soltera Dª. María Luisa de Borbón Grande de España nació también en la citada Vª. de Velada día 6 de Junio de 1782.

Luego que falleció en Señor Ynfante Dn. Luis el S. Rey Dn. Carlos 3º expidió un Rl. Decreto en que por lo mucho que debía interesarle la educación de los tres hijos de su difunto hermano les confió al cuidado y dirección inmediata del Emmo. Cardenal de Lorenza Arzobispo de Toledo a cuya ciudad se trasladaron y se entregó S. Emma. de ellos; y la señora madre viuda se quedó en Arenas, hasta que el año de 1792 se transfirió a la ciudad de Zaragoza”.

Estimamos que el amanuense comprendió a la perfección la necesidad de reparar históricamente la imagen del infante, confirmando mediante la larga referencia de sus datos de lugar y fecha de nacimiento su ligazón con el tronco principal de la dinastía, cumpliendo el deseo de su primo, Carlos IV. No habían dejado de ser parientes cercanos del rey. Aunque situó la referencia en el texto final, consideró oportuno aludir a la preocupación de Carlos III por la educación de sus sobrinos, que al morir su progenitor encomendó al cardenal Lorenzana, culto arzobispo de Toledo que marcó el destino del mayor de ellos.

Durante su matrimonio, el segundo de los hijos del infante don Luis se malogró. Fue un varón llamado Antonio María. Peña Lázaro halló documentación que demuestra que nació el 6 marzo de 1779 en el Palacio de la Mosquera, en Arenas de san Pedro, y murió el diciembre de aquél mismo año. Se trata de una carta sobrecogedora que el infante envió a Floridablanca comunicando la noticia, que permite sacar conclusiones

¹⁶⁵⁷ Vid. ORIA GONZÁLEZ, Clemente: “La Capilla Real de San Pedro de Alcántara, en Arenas de San Pedro (Ávila)”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 33 (1971), p. 88.

sobre la actitud de Carlos III con su hermano. Es la muestra del más desgarrador contraste en la mentalidad ante la muerte de dos hijos de Felipe V a los que no la vida, sino el miedo a las circunstancias político-dinásticas, había separado:

Amigo Floridablanca: acabo de perder esta mañana mi chiquito último; si te parece conveniente decírselo a mi hermano, díselo, en la suposición que en la carta que le escribo hoy no le toco nada sino de la caza y de mi viaje a Guadalupe que es mañana, puedes considerar cómo estoy”¹⁶⁵⁸.

El infante exiliado, que iba a viajar al monasterio de Guadalupe al día siguiente del óbito de su segundo hijo varón, no se atrevía a escribir directamente a su hermano el rey, para comunicarle la desgracia, en una epístola diferente a la que le remitiera protocolaria y habitualmente informándole de sus actividades cotidianas o algún desplazamiento. En este punto, el obituario jerónimo alcanza alto valor como fuente, en el marco de la historia funeraria, dinástica al referir el lugar en el que fueron depositados sus restos, la iglesia de Nuestra Señora de la Piedad, en la villa de Chinchón, “de que era Patrón perpetuo S. A. como dueño propietario del Estado y condado de Chinchón”, un condado que don Luis había adquirido al infante don Felipe¹⁶⁵⁹, duque de Parma, otro de los hijos de Felipe V, en 1761. Se trataba de un templo¹⁶⁶⁰ sobre cuyas veinticinco capellanías, paradójicamente, don Luis había dictado, en su condición de arzobispo de Toledo, normas para gobierno y administración, en un escrito firmado el 24 de octubre de 1750 en el Palacio de san Ildefonso, mientras acompañaba a su madre en su retiro¹⁶⁶¹.

¹⁶⁵⁸ AHN, Estado, Leg. 2566, cit. en PEÑA LÁZARO, Rosario: “Don Luis de Borbón y Teresa de Vallabriga”, en JUNQUERA: *op. cit.*, p. 44. La autora refiere que la fecha de la carta no se distingue bien, pudiendo ser el 13 ó 15 de dicho mes.

¹⁶⁵⁹ MENA: *op. cit.*, p. 60.

¹⁶⁶⁰ El templo que acogió a aquél sobrino de Carlos III fue por tanto sistema sepulcral dinástico de carácter auxiliar. Su cuya construcción fue iniciada en 1626 sobre un proyecto de arquitectura gótica de Alonso Covarrubias, fue reconstruido bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción tras su incendio por las tropas francesas durante la guerra de la Independencia.

¹⁶⁶¹ *Establecimiento para el gobierno de la capilla y capellanes de Nuestra Señora de la Piedad de la villa de Chinchón, Patronato de Serenísimo Señor Infante Don Phelipe, Duque de Parma, Plasencia y Guastala, Señor y Posseedor de el Estado de Chinchón. Fecho y mandando publicar por Su Alteza Real el Serenísimo Señor Infante Cardenal, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas. Con vista de la visita que de Su Real orden hizo de la mencionada Capilla el Licenciado Don Nicolás Joseph Lobo, su Visitador ordinario en los Partidos de Ocaña, y la Guardia de este Arzobispado. Año de MCDDL.* Se trataba de reorganizar las capellanías fundadas por anteriores condes de Chinchón, que a tenor del prolijo escrito pervivían en un confuso sistema jurídico y práctico que precisaba aclaración. Es indudable pensar que el escrito fue instado, entre otros motivos, si no en un contexto de mentalidad pre-mortem, sí contando con la previsión de aniversarios y misas por los nuevos patronos.

La viuda del infante continuó viviendo en Velada, hasta que siete años más tarde, ya en el reinado de Carlos IV, consiguió permiso regio para establecerse en Zaragoza. Abandonó el palacio el 15 de noviembre de 1792 para dirigirse, tras visitar durante tres días a sus hijos en Toledo, a la capital del Ebro. Durante la guerra de Independencia se refugió en Mallorca, de donde regresó en mayo de 1814. Falleció en la ciudad donde había nacido el 26 de febrero de 1820. Peña Lázaro, que halló su testamento en el Archivo de Protocolos de Zaragoza, refiere que pidió ser enterrada en “el panteón de la basílica del Pilar”, con el hábito de religiosa carmelita descalza, a cuyos conventos dejó importantes limosnas¹⁶⁶².

Si de algo no puede acusarse a la comunidad jerónima, es de permanecer alejada a la realidad histórica que se vivía en la corte española, sobre todo durante la jornada de otoño en El Escorial. Que la situación dinástica en la monarquía se complicaba en el exterior era notorio por la amenaza del expansionismo del imperio de Napoleón, algo agravado por la situación familiar de Carlos IV. El príncipe de Asturias mantenía pésimas relaciones con el favorito Godoy, lo que le alejaba irremediabilmente de sus padres. Había contraído matrimonio en 1802 con una de sus primas napolitanas, débil de salud y con menos carácter del necesario para sobrevivir políticamente en una corte de intrigas y rumores. Los jerónimos asistieron a aquellos acontecimientos que se desarrollaron en aquel ambiente familiar complejo, viciado, del final del reinado. La lectura del título dedicado al fallecimiento y sepelio de aquella princesa de Asturias, que murió durante la jornada de primavera, en Aranjuez, el 21 de mayo de 1806, asombra por su asepsia y frialdad, como si el monje que la escribió fuese consciente de la escasa simpatía que la difunta había despertado en el favorito y la reina María Luisa. Aquello no impidió la errónea consignación del ordinal del progenitor de la princesa, al indicar su filiación¹⁶⁶³, “Fue hija del Rey de Nápoles Fernando 6º y de D^a. María Carlota de Lorena Archiduquesa de Austria”, pues el rey Fernando IV, hermano de Carlos IV de España, no era el sexto de tal nombre que reinaba al sur de la península italiana. Había nacido el 14 de diciembre de 1784, viajando a Madrid con 16 años para un matrimonio de conveniencia durante el que tuvo dos gestaciones que no culminaron, sufriendo dos

¹⁶⁶² PEÑA LÁZARO, Rosario: “Don Luis de Borbón y Teresa de Vallabriga”, en JUNQUERA: *op. cit.*, p. 57. Los restos de la infanta reposan así en el mismo lugar que el corazón de don Juan José de Austria, hijo natural de Felipe IV.

¹⁶⁶³ AGP, *Lista...*, Llave 68, *La Serenísima Sra, D^a María Antonia de Borbón y Lorena Princesa de Asturias primera muger de Fernando 7º*. Su féretro llegó a El Escorial el 24 de mayo.

abortos, el primero el 22 de noviembre de 1804 y el segundo en agosto del año siguiente¹⁶⁶⁴, cuyos fetos, de corto desarrollo, no fueron depositados en los panteones.

El 16 de febrero de 1808, a menos de dos meses del levantamiento contra las tropas de Murat en Madrid, llegaba a El Escorial el féretro de Luis de Borbón, príncipe de Parma, que había sido rey de Etruria, un reino creado artificialmente por Napoleón Bonaparte en el juego político y territorial de principios del siglo XIX. Fallecido en Florencia en 1803, sus restos habían permanecido provisionalmente desde el 31 de mayo de aquel año en la catedral, hasta que, por deseo de su viuda, hermana de Fernando VII, fueron conducidos a España¹⁶⁶⁵. Aquel traslado fue el último realizado antes de las turbulencias de la guerra de Independencia.

11.3. Los panteones regios en la crisis de la imagen de la dinastía.

El Escorial no se libró de la invasión de las tropas francesas, corriendo peligro su panteón real¹⁶⁶⁶. Contamos con un interesante testimonio, las memorias del general galo Hugo, padre del célebre escritor Víctor Hugo¹⁶⁶⁷. El 6 de diciembre de 1808, durante su estancia en España como colaborador del rey José, se desplazó a San Lorenzo con el fin de formar el Regimiento Real Extranjero, donde se encontraría con una división de dragones al mando del general Lahoussaye, que había liberado a varias familias francesas que habían sido retenidas “en los sótanos del convento”¹⁶⁶⁸. La literalidad del pasaje nos obliga a pensar que, dado que el espacio en el que estaba y está el denominado convento del real monasterio es el ángulo Sureste, un grupo de ciudadanos franceses podría haber permanecido retenido en una zona que, siendo los sótanos, correspondería a la que ocupan actualmente los denominados Panteones de Infantes.

¹⁶⁶⁴ De ambos informan sendas cartas de su suegra, la reina María Luisa de Parma, a Manuel Godoy, publicadas por IZQUIERDO HERNÁNDEZ, Manuel: *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*, Madrid, 1963 (cit. en GONZÁLEZ DURO, Enrique, *Fernando VII, el rey felón*, Madrid, 2006, p. 107).

¹⁶⁶⁵ AGP, *Lista...*, Llave 69. *Don Luis de Borbón Rey de Etruria*. Hijo del duque de Parma e infante de España don Fernando y de María Luisa de Lorena, había nacido, según el obituario jerónimo, en Plasencia, el 5 de julio de 1773. Según Mora habría nacido en Colorno, localidad cercana, (MORA, Alba di: “Ludovico I di Borbone, re d’Etruria”, *Dizionario Diografico degli Italiani*, Vol. 66 (2006).

¹⁶⁶⁶ Vid. CAMPOS FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier: “Repercusiones de la guerra de la Independencia en El Escorial”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 202 (1989), pp. 313-364.

¹⁶⁶⁷ Joseph Léopold Sigisbert Hugo (Nancy, 1773 – París, 1828), soldado raso a los catorce años y oficial a los diecisiete, participó en varias batallas memorables de su época. Acompañó como coronel a José Bonaparte durante su etapa como rey de Nápoles (1806-1808) y, más tarde, como general y posteriormente mariscal, en España, donde sus éxitos militares iniciales, según sus propias memorias, harían que le fueran ofrecidos el condado de Sigüenza o el de Cogolludo.

¹⁶⁶⁸ HUGO, Sigisbert: *Memorias del General Hugo*, Sevilla, 2007, p. 41. Desde El Escorial, Hugo partió hacia Villacastín con el objetivo de garantizar la comunicación de distintas unidades y tropas. No volvió a referirse al real sitio.

Llama la atención que el autor no haga mención ninguna a la importancia, al menos simbólica, del conjunto edilicio, si bien se entiende que en la página anterior, reseñando su estancia dos días antes en El Pardo, subrayase la cantidad “algo exagerada” de “medio millón de cabezas de caza mayor en el inmenso “parque” de la residencia real, consideración comprensible por los planteamientos militares y estratégicos que abundan en el resto de sus recuerdos. Aunque finalmente el panteón real se libró del expolio que realizaron en otros sepulcros reales peninsulares, como en el monasterio de santa María la Real de las Huelgas, en Burgos, el saqueo en el interior del monasterio, donde desaparecieron numerosas obras de arte, y la localidad, fue importante¹⁶⁶⁹.

A su regreso en 1814, Fernando VII se negó a jurar la constitución de Cádiz, abriendo, más que una etapa de regreso al Antiguo Régimen, un periodo político absolutista, restableciendo el poder real a partir de lo que Artola califica como un auténtico golpe de estado¹⁶⁷⁰. La Parra López define bien la intransigencia al regreso del monarca tras la guerra de Independencia: “no se registró ningún intento de transacción política, sino todo lo contrario: hubo un claro propósito de suprimir mediante la represión o el silencio a quienes mantenían las ideas de la época revolucionaria anterior e, incluso, de eliminarlos físicamente”¹⁶⁷¹. La represión hizo su aparición en la historia política de España, en este primer periodo, como respuesta a las reacciones ante la concepción legitimista del poder, impuesta de manera férrea. Comienza así una dinámica de silencio en el temor, de reflexión para valorar las posibilidades de éxito de cualquier conjura, conspiración y pronunciamiento, una estructura que se pondría en marcha en numerosas ocasiones durante el siglo que comenzaba¹⁶⁷².

El rey atesoraba en marzo de 1814 un inmerecida fama de heroicidad, nacida del desconocimiento de lo sucedido tanto durante las abdicaciones de Bayona, en 1808, como durante el exilio en Valençay, en la que el servilismo hacia el emperador había sido notorio. Gori y Gutiérrez de Angelis exponen su teoría sobre la evolución de la imagen del monarca, en el contexto geográfico del virreinato del Río de la Plata,

¹⁶⁶⁹ GIL MEANA, María Luisa: “Documentos inéditos referentes a la desaparición de las joyas del Monasterio del Escorial durante la Guerra de la Independencia”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 226 (2013), p. 474.

¹⁶⁷⁰ ARTOLA GALLEGU, Miguel: *La España de Fernando VII*, Madrid, 1999, p. 419. El 27 de mayo restablecía el régimen de Consejos, característico de la monarquía, y un año y medio más tarde restablecía la Junta Suprema de Estado, creada por Carlos III en 1787, una suerte de Consejo de Gabinete para coordinar ministerios.

¹⁶⁷¹ LA PARRA LÓPEZ, Emilio: “La restauración de Fernando VII en 1814”, *Historia constitucional. Revista Electrónica de Historia*, 15 (2014), p. 207.

¹⁶⁷² Vid. COMELLAS GARCÍA-LLERA, José Luis: *Los primeros pronunciamientos en España*, Madrid, 1958.

refiriéndose incluso a un proceso de sacralización, alimentado por la lejanía y la leyenda del sufrimiento por sus súbitos. Pensamos que esa evolución fue más dinámica en la península, por la rapidez cronológica y mayor cercanía geográfica de los acontecimientos, donde también el rey fue desplazado hacia “una figura lejana, despreciada y frágil”¹⁶⁷³. Si al soberano le preocupaba esta cuestión, nunca tuvo en duda su legitimidad. No podemos plantearnos siquiera si Fernando VII llegó a pensar en emplear la imagen sepulcral de la monarquía como medio de subrayar su excepcional posición simbólica, o reforzar la percepción que la nación tenía de la misma. Probablemente en palacio nadie se paró a pensar entre la relación entre imagen sepulcral y soberanía. El monarca no se halló nunca ante interrogantes personales de esa índole. A diferencia de su bisabuelo, Felipe V, lo que se había puesto en cuestión era la esencia del poder real, no la legitimidad de una dinastía, como analizamos al abordar el principio del siglo XVIII en lo funerario. No obstante, nos preguntamos qué repercusión pudo tener la personalidad y política del monarca en la forma de llevar el propio sistema sepulcral escurialense.

11.3.1. Fallecimientos y entierros de reales personas durante el reinado de Fernando VII.

Acompañado por su tío don Antonio Pascual y su hermano don Carlos, Fernando VII visitó el monasterio de El Escorial, por primera vez tras su retorno a España, a finales de octubre de 1814. Aunque recuperaría la costumbre de las estancias cíclicas en los reales sitios, incluyendo, como en vida de su padre y su abuelo, el cuarto real escurialense, fueron cuatro días, si bien intensos, como refiere el la crónica que La Atalaya de la Mancha publicó dos semanas más tarde. El periódico, dirigido por el propio monje jerónimo fray Agustín de Castro, teólogo y polemista, antirreformista, se publicó entre julio de 1813 y abril de 1815, con repercusión en toda España por sus refutaciones antirreformistas y contrarias a los afrancesados. La adhesión al monarca, desde las primeras líneas, se expresaba también al describir su estrecha vinculación con el monasterio:

¹⁶⁷³ GORI, Esteban de, GUTIÉRREZ DE ANGELIS, Marina: “Lenguajes e iconografías de desmesura y amor por Fernando VII en los avatares de la crisis dinástica”, *Temas americanistas*, 22 (2009), p. 39. Los autores describen etapas de sacralización, amor –*amor regis*– y lealtad, hacia el desencanto y desprecio.

“Allí nació para alegría universal del pueblo español; allí recibió el carácter indeleble de heredero del reyno de los cielos; allí recobró la salud en los repetidos ataques en que fue quebrantada; allí pasó una buena parte de su puericia; allí recibió su corazón las primeras impresiones de la Religión santa; allí tiene en depósito las cenizas de sus abuelos y señaladamente las de aquella esposa que le alludó á soportar las adversidades á que no era acreedor; allí fue sorprendida su inocencia, y recudida á una injusta prisión que excitó las lágrimas de todo buen español; allí en fin de supuede decir que volvió a nacer para desarmar la máquina que el enemigo común de la paz iba forjando contra la existencia política de nuestra amada Patria”¹⁶⁷⁴.

Parece ser que los habitantes de El Escorial compitieron en obsequiosidad con los de otras localidades españolas, pues la crónica se asemeja sospechosamente a otras, al referir que “no bien había llegado el coche de S.M., desengancharon los tirantes entre mil vivas, tirando de él por aquella cuesta” como había sucedido en Valencia¹⁶⁷⁵. La similitud en los hechos plantea cierta duda en su absoluta veracidad. Nuestra fuente confirma, al describir la entrada del monarca y los infantes por el pórtico principal, al Este, un importante dato en el ceremonial cortesano de la Edad Moderna, a punto de concluir en lo funerario. Al esperar el prior, entonces fray Francisco Cifuentes, y el resto de la comunidad jerónima, en la puerta principal, bajo la biblioteca del monasterio, al rey, se vivía una situación excepcional. Tanto el monarca como la real familia hacían siempre su entrada al edificio por la puerta del palacio, en la fachada Norte, que comunicaba directamente con el cuarto real cuya reforma, en tiempo de Carlos IV, había modificado la fisonomía y decoración de las estancia que ocupaba la real familia en la parte Noreste del edificio¹⁶⁷⁶. Esa conciencia de excepción hará que fray Agustín de Castro, seguramente autor de la crónica, se atreviese a escribir que, tras besar el monarca en un reclinatorio la reliquia que le ofreció el prior, al comenzar a atravesar el patio de los Reyes:

¹⁶⁷⁴ BNE, *Relación del primer viage del Rey N. Sr. D. Fernando VII al Real Monasterio de S. Lorenzo, y del recibimiento que aquella Comunidad y los vecinos del Real Sitio y Villa del Escorial hicieron á S. M., Atalaya de la Mancha en Madrid*, num. 210, Sábado 12 de Noviembre de 1814, pp. 1697-1712. Entre los sumarios del encabezamiento, respetuosamente, el periódico informaba “Gala con uniforme y besamanos por el feliz cumpleaños del augusto Padre de nuestro Soberano el Sr. D. Fernando VII”, si bien omitía el nombre de Carlos IV.

¹⁶⁷⁵ SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: *Fernando VII*, Madrid, 2001, p.117. El monarca había sido recibido en las cercanías de la ciudad levantina, el 16 de abril, por el capitán general Elío, y por su primo, el cardenal don Luis de Borbón, primado de España, al que con ostentoso gesto obligó a besar su mano, alargándola.

¹⁶⁷⁶ Vid. SANZ DE MIGUEL, Carlos: “El nuevo Palacio Real de San Lorenzo de El Escorial. La creación de la residencia regia escurialense de Carlos IV y M^a Luisa de Parma”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, CAMARERO BULLÓN, Concepción, LUZZI TRAFICANTE, Marcelo (coords.): *La Corte de los Borbones. Crisis del modelo cortesano*, Vol. 3, Madrid, 2013, pp. 2037-2072.

“partió la procesión á la Iglesia, llevando á S.M. baxo del palio, excitando en su alma multitud de reflexiones bien patéticas; siendo una de ellas que no volverá á entrar por aquel patio hasta el día triste en que sea conducido á descansar en el panteón con sus abuelos”¹⁶⁷⁷.

Tras el Te Deum, el monarca se dirigió a “la celda prioral que se dignó escoger para su alojamiento, como lo era en 29 de Octubre que 1807”. La crónica se refería sin citar lo a los sucesos del proceso de El Escorial¹⁶⁷⁸, en los que el soberano, entonces príncipe de Asturias, había sido confinado en sus estancias en la celda prioral alta, al descubrirse una conjura dirigida a acabar con la privanza del todopoderoso Godoy¹⁶⁷⁹.

Es indudable que el rey quiso dar a aquellos días un contenido familiar, de recuerdo a sus difuntos, de valoración hacia el papel funerario de la comunidad jerónima. En la tarde del 26 de octubre, se celebraron vísperas y vigilia correspondientes a honras por la primera consorte del rey, María Antonia de Nápoles. El soberano ocupó la silla prioral, mientras que los infantes ocuparon la rectoral y vicarial. Y a la mañana siguiente se celebró la misa de honras, que no fue aniversario en sí, pues no se conmemoraba fecha de muerte ni nacimiento de la difunta. No quedó en oficios litúrgicos en coro y basílica. La fuente es nítida:

“La noche del 28 al 29 manifestó al P. Prior que deseaba baxar al Panteón en que yacen tantos Soberanos y ascendientes de su dinastías deducido á polvo. Lo hizo en efecto con imperturbable serenidad, informándose por muy menor de todo; subió después al Panteón llamado de los Infantes, donde se conservan las cenizas de su difunta Esposa; allí se detuvo el tiempo preciso para el fin que se había propuesto”¹⁶⁸⁰.

El relato inscribe así al soberano entre los monarcas que bajan al panteón a visitar a sus antepasados difuntos, como ya los reyes Austria, reflexivos antes los restos de sus mayores. No es que parezca que el cronista quisiera extender a Fernando VII aquella aureola de religiosidad ante mortem propia de los siglos XVI y XVII, de la

¹⁶⁷⁷ BNE, *Relación del primer viage del Rey N. Sr. D. Fernando VII al Real Monasterio de S. Lorenzo...*, p. 1703.

¹⁶⁷⁸ Vid. MARTÍ GILABERT, Francisco: *El proceso de El Escorial*, Pamplona, 1965.

¹⁶⁷⁹ SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: *Fernando VII*, Madrid, 2001, p. 51. Sin duda, de las dos celdas priorales, entendemos que hubo de ser la alta, pues el autor reproduce el testimonio de un monje jerónimo que presencié el paso del príncipe por el coro del monasterio.

¹⁶⁸⁰ BNE, *Relación del primer viage del Rey N. Sr. D. Fernando VII al Real Monasterio de S. Lorenzo...*, p. 1708.

mentalidad de la reflexión ante el óbito. Es que la crónica, a la que se añade la asistencia del rey a la procesión y restitución de la Sagrada Forma a su altar en la Sacristía escurialense, tras su ocultación durante la invasión napoleónica, le presenta como paladín de la defensa de la fe, en clara operación de propaganda¹⁶⁸¹. Una maniobra en la que se une la presentación de esa mentalidad ante la muerte, la religión y la política en la restauración de un reinado, en el que la imagen de la monarquía no contaba ya con la aquiescencia general.

Cuando “Al siguiente día, cumplidos sus votos, y fortalecida su alma con los actos repetidos de religión y humildad, salió del Monasterio con sentimiento de los Monges”, el rey se había asegurado la lealtad de la comunidad jerónima. Como veremos a continuación, siguiendo la tabla que presentamos, no habría de tomar decisión ninguna en cuanto a depósitos en el panteón hasta tres años después. Y lo haría con respecto a uno de los infantes que le habían acompañado en la visita.

¹⁶⁸¹ Vid. SÁNCHEZ LÓPEZ, Gustavo: “La visita de Fernando VII al Escorial en 1814, según la relación de La Atalaya de la Mancha en Madrid”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 227 (2014), pp. 435-457.

TABLA XVII

**REALES PERSONAS
DEPOSITADAS EN LOS PUDRIDEROS DE SAN LORENZO ENTRE 1817 Y 1833
POR ORDEN CRONOLÓGICO DE FALLECIMIENTO**

PERSONA REAL	PARENTESCO	FALLECIDO EN	AÑO
Infante ANTONIO PASCUAL	hijo de Carlos III	Madrid (Palacio Real)	1817
Infanta MARÍA ISABEL LUISA	hija de Fernando VII	Madrid (Palacio Real)	1818
Reina ISABEL de Braganza	segunda consorte Fernando VII	Madrid (Palacio Real)	1818
Rey CARLOS IV	monarca	Nápoles (Palacio Real)	1819
Reina MARÍA LUISA	consorte de Carlos IV	Roma (Palacio Barberini)	1819
Infante FRANCISCO DE ASÍS	nieto de Carlos IV	San Lorenzo de El Escorial	1821
Reina MARÍA LUISA de Etruria	hija de Carlos IV	Roma	1824
Reina M^a JOSEFA de Sajonia	tercera consorte Fernando VII	Aranjuez (Palacio Real)	1829
Infanta M^a TERESA CAROLINA	nieta de Carlos IV	Madrid (Palacio Real)	1829
Infante EDUARDO FELIPE M^a	nieto de Carlos IV	Palacio Real (Madrid)	1830
Rey FERNANDO VII	monarca	Palacio Real (Madrid)	1833

Fuente: AGP, *Lista de personas reales...*

El 20 de abril de 1817 fallecía en el Palacio Real de Madrid el infante don Antonio Pascual, tío carnal de Fernando VII¹⁶⁸². Había sido también, breve tiempo, cuñado del propio monarca, pues contrajo matrimonio con la infanta María Amalia de Borbón, hija de su hermano Carlos IV y María Luisa de Parma, el 25 de agosto de 1795, quedando viudo en 1798. El infante, que al partir los reyes a Bayona encabezó la Junta Suprema de Gobierno, terminó acompañando a su sobrino durante su exilio en Valençay, regresando con él a España¹⁶⁸³. Las 68 palabras que le dedica el Obituario regio jerónimo no proporcionan apenas más información que su filiación y lugar y fecha de nacimiento y óbito, así como la de su ingreso en el panteón, tres días después del fallecimiento¹⁶⁸⁴. Quien escribió sobre su muerte y depósito sepulcral no reflejó especiales honores para un familiar que había sido muy cercano al rey, en difíciles momentos personales y dinásticos. No había permanecido junto a Carlos IV, ni partido con él, María Luisa de Parma y Manuel Godoy al exilio en Roma. Fue partidario del absolutismo y vivió junto a su sobrino en palacio. Por eso podría llamar la atención lo escueto de la llave, frente a otras anteriores que desarrollan un estilo elogioso para el regio difunto.

Así fue con este y los restantes depósitos de cuerpos regios que restaron. La característica general de las llaves será su brevedad, recogiendo prácticamente datos de nombre y dignidad regia, fechas y lugares de nacimiento y muerte, con pequeñas excepciones. Sucedió con el fallecimiento de la infanta Isabel, primera hija de Fernando VII de tal nombre, que no llegó al trono, como la sucesora del monarca años más tarde, y se malogró a los cuatro meses de edad¹⁶⁸⁵. El 11 de enero de 1818, el pequeño cuerpo de la hija de la segunda consorte del monarca, Isabel de Braganza, fue recibido a su llegada al monasterio, dos días después de su muerte, con una misa de gloria¹⁶⁸⁶. Es como si el cuaderno jerónimo hubiera querido renunciar al papel que había

¹⁶⁸² Hijo de Carlos III y María Amalia de Sajonia, recibió los nombres de Antonio Pascual Francisco Javier Juan Nepomuceno Ángel Raimundo Silvestre. Nació el 31 de diciembre de 1755 en el palacio Acquaviva, en Caserta (la construcción del palacio real, impulsada por el entonces Carlos VII de Nápoles, no había concluido). De físico y carácter parecido al de su hermano, Carlos IV, fue muy aficionado al arte y poseyó una valiosa biblioteca personal.

¹⁶⁸³ El castillo de Valençay pertenecía al ministro Talleyrand, príncipe de Benevento. A la propiedad llegaron Fernando VII, su hermano el infante don Carlos María Isidro y su tío el 18 de mayo de 1808, junto a al mayordomo mayor, duque de San Carlos, o el capellán, Escoiquiz, entre otros, abandonándola para regresar a España el 13 de marzo de 1814. ARTOLA GALLEGO, Miguel: *La España de Fernando VII*, Madrid, 1999, p. 101 y 404.

¹⁶⁸⁴ AGP, *Lista...*, Llave 70, *Serenísimo Señor Ynfante de España Don Antonio Pascual de Borbón*.

¹⁶⁸⁵ La infanta María Isabel Luisa había nacido en el palacio real de Madrid el 21 de agosto de 1817, falleciendo en el mismo lugar el 9 de enero siguiente.

¹⁶⁸⁶ AGP, *Lista...*, Llave 71, *Serenísima Sra. Ynfanta D^a M^a Ysabel Luisa*.

desempeñado durante más de dos siglos, honrar y ensalzar a cada persona regia, incluso a aquellas a las que la muerte había arrebatado al comienzo de su vida la posibilidad participar, siquiera en un destello de infancia, en la imagen de la monarquía. De llaves como la de la infanta María Ambrosia, aquella hija de Felipe IV a la que se habían dedicado florida redacción y más de mil palabras, se pasaba a un lenguaje aséptico que convierte nuestra fuente más que en un libro necrológico, en un frío registro impropio del Romanticismo. O no. Porque la continuidad en este rasgo estilístico tiene que responder necesariamente a un motivo.

Es oportuno consignar que con el siguiente fallecimiento y depósito cambió el amanuense del obituario, que estimamos fue quien escribió las restantes y concluyó el documento. La muerte de Isabel de Braganza, inesperada y accidental, se consignó como tal en su llave, cuya parquedad ni siquiera incluyó la consideración de la tragedia que constituyó el hecho de la cesárea que se practicó a la soberana, creyendo que estaba ya muerta, ni que el feto sobrevivió unas horas¹⁶⁸⁷. El depósito de los restos de la soberana consorte se realizó el 30 de diciembre de 1818, cuando habían transcurrido cuatro días desde su muerte¹⁶⁸⁸. Tampoco los inmediatos tránsitos de los reyes padres, María Luisa de Parma y Carlos IV, que fallecieron en el exilio italiano pocos días después, el 2 y el 19 de enero de 1819, respectivamente. Pensamos que una sutil referencia histórica en el caso del soberano, constatando que “hizo renuncia de la Corona a favor de su hijo el Sr. Dn. Fernando 7º. en 19 de marzo de 1808 estando en Aranjuez”, proporciona una pista¹⁶⁸⁹. A nuestro entender, probablemente se tenía que dejar claro o se quería dejar sentado que la corona correspondía de pleno derecho al monarca reinante desde hacía más de diez años y, de paso, que la abdicación había tenido lugar, ¡oh, casualidad!, en Aranjuez, no con ocasión del conocido motín de El Escorial, que tan negativas consecuencias tuvo para el partido fernandino y, temporalmente, para el propio príncipe de Asturias. Al recoger que los cuerpos de ambos monarcas llegaron al monasterio el 18 de septiembre del mismo año, el registro mortuario constataba que Fernando VII cumplía con una doble obligación. Por un lado, la cristiana de dar sepultura a los muertos. Por otro, la de incorporar a sus padres al sistema sepulcral dinástico, realizando el traslado con la normalidad propia con la que

¹⁶⁸⁷ María Isabel Francisca de Braganza fue hija de Juan VI de Portugal y la infanta española Carlota Joaquina, hija de Carlos IV y María Luisa de Parma. Nacida en Lisboa el 19 de mayo de 1797, falleció en el palacio real de Madrid el 26 de diciembre de 1818.

¹⁶⁸⁸ AGP, Lista..., Llave 72, *La Reyna Dª María Ysabel Francisca de Braganza*.

¹⁶⁸⁹ AGP, Lista..., Llave 73, *El Católico Rey Don Carlos 4º*.

se había hecho en los siglos precedentes. Apuntamos así a un interés concreto por no abordar asuntos que pudieran resultar espinosos o, precisamente, tratarlos de la manera más equidistante.

Carlos IV se incorporaba así al sistema sepulcral de sus mayores. Se cumplió *avant la lettre* con el ritual funerario, sin especial consideración a su aportación a historia dinástica¹⁶⁹⁰. Tímidamente, María Luisa de Parma encontró algún equilibrio en estudios biográficos posteriores, aunque el peso de la losa de su relación con Godoy sigue siendo insuperable¹⁶⁹¹. Como vimos al hablar de las regias exequias, los monarcas recibieron honras conjuntas con su nuera, Isabel de Braganza, a la que no conocieron. Fue en la iglesia de san Francisco el Grande, bajo los frescos de Goya, el pintor que mejor había captado su psicología y la de aquella España inmersa en un siglo convulso.

Pensamos que la realidad política pudo influir en la propia redacción del obituario jerónimo un documento *vivo* que se iba recogiendo hechos sucesivos. Y así fue. Tan vivo, que quien escribía no llegó a consignar, dejando espacios en blanco, la fecha de nacimiento del niño malogrado que ocupó la llave 74, un hijo del infante don Francisco de Paula y Luisa Carlota de las Dos Sicilias¹⁶⁹². Porque el depósito se produjo en plena efervescencia de lo que la historiografía ha venido denominando Trienio liberal o constitucional, iniciado con el levantamiento de Riego en Cabezas de san Juan, en enero de 1820, que consiguió el restablecimiento de la constitución de 1812 con el juramento por parte del rey el 9 de marzo del mismo año¹⁶⁹³. Quizá la situación política hizo que la comunidad jerónima, temerosa de su propia estabilidad y supervivencia, se replegase en si misma también en este punto, y quien consignaba los datos en el

¹⁶⁹⁰ Entre 1759 y 1789, durante las tres décadas en que ostentó el principado de Asturias, Carlos IV reunió una importante colección artística, sobre todo pictórica, en la que sobresalen piezas de maestros españoles, aunque también foráneos, de variadas escuelas. Sus conocimientos sobre creadores antiguos y coetáneos y su buen gusto continuaron acrecentando las colecciones reales españolas durante su reinado. LUNA GARRIDO, Juan José: “España entre dos siglos y el gran despliegue de la pintura española en la corte de Madrid”, en *1802. España entre dos siglos y la devolución de Menorca*, Madrid, 2002, p. 67.

¹⁶⁹¹ CALVO MATURANA, Antonio Juan: “*Del lodo de los panfletos al incienso de las exequias: la paradójica rehabilitación fernandina de María Luisa de Parma (1815-1819)*”, en CASTELLANO CASTELLANO, Juan Luis, LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Miguel Luis (coords.): *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz*, Vol. III, Granada, 2008, pp. 183-202; *María Luisa de Parma: reina de España, esclava del mito*, Granada, 2007; “*María Luisa de Parma: la “Madre virtuosa” eclipsada por la leyenda negra*”, en LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, FRANCO RUBIO, Gloria Ángeles (coords.): *La reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica. Actas de las VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, Vol. I, Madrid, 2005, pp. 623-644.

¹⁶⁹² AGP, *Lista...*, Llave 74, *La Reyna D^a María Luisa de Borbón*. Al texto completo correspondiente a la reina María Luisa de Parma, escrito inmediatamente después al de Carlos IV –Llave 74–, se le adjudicó la Llave 75, para redactar a continuación el del hijo malogrado del infante don Francisco de Paula, con la 74. La causa más probable sería un error en el orden.

¹⁶⁹³ ARTOLA: *op. cit.* p. 529. El historiador define el periodo como trienio constitucional en el que se restauró el sistema liberal.

obituario regio renunció a consultar a quien procediera no ya dicha fecha, sino el nombre de pila del difunto, pues la llave 74 lleva por título “Gran Duque de Cádiz”, dignidad nobiliaria que Fernando VII concedió a quien recibió el nombre de Francisco de Asís. Mateos Sáinz de Medrano apunta la fecha de su nacimiento en el 6 de mayo de 1820¹⁶⁹⁴. Falleció en la segunda semana de noviembre del año siguiente, durante la jornada de otoño en el monasterio. El cuaderno fija el óbito en el día 12, con depósito en la cámara de infantes el 16. Cuatro días de velatorio parecen excesivos para la costumbre regia, por lo que hemos de dar cabida a la fecha que de nuevo proporciona el historiador para la muerte del infante, que habría fallecido el 14, lo que supondría admitir la posibilidad de un error en la consignación de fechas en la fuente jerónima. No admitiríamos la duda si, en la llave que abordamos, no hubiésemos observado que la fecha de nacimiento, como hemos hecho notar, fue dejada en blanco. Un misterio que, constatando la extraordinaria economía de lenguaje de estas últimas referencias, deseamos abordar ampliando fuentes en próximos estudios.

El último año de aquél trienio liberal la situación del monarca se complicó. El periodo finalizaría con una intervención militar francesa, si bien ante la entrada de las tropas extranjeras se obligó al monarca y la real familia, la semana del 20 de marzo de 1823, a abandonar Madrid, hacia el Sur¹⁶⁹⁵.

En medio de tanta agitación, fallecía un primo carnal de Carlos IV, nieto de Felipe V, sobre cuyo velatorio y sepelio no nos extraña la ausencia de disposiciones de Fernando VII. No pudo darlas. El día 19 había muerto en Madrid el cardenal arzobispo de Toledo, don Luis María de Borbón y Vallabriga, hijo el infante don Luis. Si hemos hecho cumplida referencia a su progenitor, que también ocupó la mitra toledana, recordando su conducción a las cámaras escurialenses en 1800, corresponde ahora abordar la figura y entierro en un sistema sepulcral parcialmente atípico de su hijo del mismo nombre.

Como consigna el cuaderno escurialense al tratar óbito de su padre, Luis María de Borbón, hijo del hermano de Carlos III, había nacido en el Palacio del marqués de Villena, en Cadalso de los Vidrios, el 22 de mayo de 1777, siendo primogénito del infante don Luis Antonio Jaime y de su esposa morganática, doña María Teresa de

¹⁶⁹⁴ MATEOS Y SÁINZ DE MEDRANO: *op. cit.*, p. 364. El infante fue distinguido también por su tío con el Toisón de Oro, así como nombrado caballero de la Orden de Carlos III.

¹⁶⁹⁵ ARTOLA: *op. cit.* p. 661. Las tropas francesas ocuparon Madrid el 23 de mayo de 1823, extendiéndose por toda la península. Habían pasado diez años desde el fin de la Guerra de la Independencia. El monarca cruzó la bahía de Cádiz el 1 de octubre, siendo recibido por el duque de Angulema.

Vallabriga¹⁶⁹⁶. Nacido sin rango dinástico por efecto de la Pragmática de matrimonios, a la muerte del infante pasó a ser educado en Toledo por el cardenal Lorenzana, siendo designado arcediano de Talavera¹⁶⁹⁷. Nombrado arzobispo de Sevilla en 1799, y creado cardenal el 20 de octubre de 1800, con 23 años, recibió el mismo título de cardenal de Santa María de la Scala, que había llevado su padre. Diez días antes, el cardenal Lorenzana, que había sido enviado a Roma en 1797, oficialmente para defender los intereses españoles¹⁶⁹⁸, había renunciado al arzobispado de Toledo, que también se le adjudicó¹⁶⁹⁹.

El 8 de marzo de 1813, las Cortes de Cádiz le eligieron presidente de la Regencia, una jefatura de estado provisional de tres miembros, en medio de la retirada de los franceses, que recibiría en Valencia a Fernando VII. Fue un caso único, aunque puntual y nominal, de acumulación de poder eclesiástico y político en su tiempo. El cardenal siguió participando de importantes ceremonias de corte, como el nacimiento y bautizo, en 1817, de la hija malograda que el rey tuvo con su segunda consorte, o la celebración del matrimonio con su tercera esposa, en el que actuó como testigo.

El cardenal, que sufrió de gota, sintió en enero de 1823 el agravamiento de una hidropesía humoral¹⁷⁰⁰. Murió en el Palacio arzobispal de Puerta Cerrada, en el que desde 1816 estaba instalado en Madrid. Tenía 45 años. Entendemos que un posible sepulcro en El Escorial no llegó ni a plantearse, quizá por primar su condición eclesiástica, además de su mala relación con el monarca, alimentada por su carácter liberal. El difunto había dispuesto su entierro en la sacristía de la catedral de Toledo – seguimos a su biógrafo, Rodríguez López-Brea –, una amplia sala que él mismo había ordenado decorar con estilo neoclásico al comienzo de su pontificado. Sus restos, embalsamados, llegaron a la sede primada cuatro días después de su muerte, domingo de Ramos, donde se instaló la capilla ardiente durante otros nueve. Fue un sepelio deslucido por la falta de recursos económicos, el 1 de abril, martes de Pascua. A Luis María de Borbón se le enterró provisionalmente en un arco lateral izquierdo a la entrada de la sacristía. Y la falta de recursos o su fama de liberal hizo que finalmente, a pesar la

¹⁶⁹⁶ AGP, *Lista...*, Llave 67, *Don Luis Antonio Jayme de Borbón Ynfante de España*.

¹⁶⁹⁷ Vid. GUTIÉRREZ GARCÍA-BRAZALES, Manuel: “Don Francisco Antonio de Lorenzana, cardenal ilustrado”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 23 (1989), pp. 161-191; “El cardenal Lorenzana, preceptor de los hijos del Infante don Luis”, *Anales toledanos*, 18 (1984), pp. 181-230.

¹⁶⁹⁸ OLAECHEA ALBISTUR, Rafael: *El cardenal Lorenzana en Italia (1797-1804)*, León, 1980.

¹⁶⁹⁹ RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, Carlos María: *Don Luis de Borbón, el cardenal de los liberales (1777-1823)*, Toledo, 2002, p. 66.

¹⁷⁰⁰ *Ibidem*, p. 369.

idea inicial de hacerle un grandioso sepulcro en el centro de la misma, a los pies de *El Expolio* de El Greco, en ese arco lateral se cerrase su sepulcro definitivo¹⁷⁰¹. Una lápida junto a su tumba le define como¹⁷⁰² “Pius, Mansuetus, Comis, Beneficus”. Quizá benevolentes adjetivos para un arzobispo de regio origen, rehabilitado en su juventud, que vivió un agitado periodo de la historia española.

Es inevitable pensar que, a pocos metros de la capilla de los Reyes Nuevos, en el primer tercio del siglo XIX, cuando no se había cerrado aún la Edad Moderna en el sistema sepulcral escurialense, se articulaba una suerte de sistema sepulcral auxiliar en la catedral primada, que no acogía desde el siglo XV los restos de un nieto de monarca de Castilla. El hijo de un infante, nacido sin dignidades familiares regias, aunque rehabilitado con veinte años, había llegado a acumular las mayores en el seno de la iglesia: arzobispaes y cardenalicias, además del carácter representativo de una jefatura de estado. Una mixtura funeraria que ha de conceptualizarse como verdaderamente excepcional en la historia de la imagen de los mausoleos de la monarquía de España.

Las dos hermanas del cardenal, que recuperaron como él la condición de miembros de la real familia, también acabarían siendo sepultadas en sendos mausoleos que hemos de considerar constituyeron, en los tipológico, un sistema sepulcral auxiliar, como auxiliar, aunque sólo una de ellas falleciera en el periodo objeto del presente estudio.

Ambas, como sabemos, habían nacido en Velada. En la localidad, cerca de Talavera de la Reina, los condes de Altamira cedían al infante su palacio para las estancias de su familia. María Teresa Josefa vino al mundo, como sabemos, el 26 de noviembre de 1780, mientras que María Luisa nació el 6 de junio de 1783, y no 1782, como consigna por error el obituario jerónimo¹⁷⁰³. Tras la muerte de su padre pasaron doce años en el convento toledano de san Clemente, del que la mayor salió, el 11 de septiembre de 1797 para casarse por poderes, en la capilla del Palacio arzobispal de la ciudad, con Manuel Godoy. La misa de velaciones se celebraría el 2 de octubre en el palacio del valido en El Escorial. En agosto de 1799, Carlos IV elevaba a los tres hermanos a la grandeza de España de primera clase y les autorizaba a usar el apellido y

¹⁷⁰¹ Esculpido en Roma por Valeriano Salvatierra, hijo de Mariano Salvatierra, que había sido escultor oficial de la sede primada dieciséis años atrás, representa al prelado en actitud orante, con capa pontifical, sobre un reclinatorio en el que reposa una mitra cardenalicia. El sencillo epitafio reza: D.O.M // HIC IACET // LVDOVICVS MARIA DE BORBON // R.I.P.

¹⁷⁰² “Piadoso, manso, suave, benigno”. Traducción del autor.

¹⁷⁰³ Peña concluye con exactitud el año de nacimiento por la partida de bautismo conservada en el archivo parroquial de Velada (PEÑA LÁZARO: *op. cit.*, p. 44).

las armas heráldicas Borbón, como decisión personal que no derogaba la Pragmática que les había afectado por su origen. María Teresa de Borbón y Vallabriga tuvo una única hija con Godoy. Fue abandonada por éste cuando el perdió el poder, y no se separaría de su hermano hasta la muerte de don Luis. Tras el óbito del cardenal arzobispo, ambas hermanas salieron hacia el exilio, en París. Allí falleció doña María Teresa el 24 de noviembre de 1828¹⁷⁰⁴.

Sus restos reposan el Palacio de Boadilla del Monte, una creación neoclásica, como afirma Bonet, “con una magnificencia digna de lo áulico”¹⁷⁰⁵. Edificado entre 1762 y 1765 bajo la dirección de Ventura Rodríguez para el infante don Luis, el oratorio que acogió los restos de las hermanas Borbón, sin ocupar el eje central, siguiendo el estilo que había desplazado la capilla en construcciones palatinas, es una muestra acabada de excelencia cortesana y, probablemente, de fidelidad a las costumbres dinásticas de la monarquía de España. Como sostuvo Machín, pensamos con toda probabilidad que la tribuna de madera con ornatos de bronce que se alza en el piso superior, frente al altar de dicha capilla, correspondería a la pieza alcoba del infante, en la tradición que facilitaría a la regia persona la asistencia a los oficios litúrgicos¹⁷⁰⁶. Si esa tribuna no se diseñó como la de Felipe II, junto al altar mayor del monasterio de san Lorenzo de El Escorial, o la habilitada inicialmente en el del san Jerónimo a comienzos del reinado de Felipe IV, es decir, en la misma cota de la pieza dormitorio de quien la utilizaba, identificamos dos siglos después un claro antecedente en las amplias tribunas de la colegiata de la Trinidad, en el Palacio de La Granja de san Ildefonso, que incluyeron también en el piso superior no sólo una galería acristalada principal, a modo de tribuna, para uso del rey, sino una reservada para los “infantes chicos”, como llamaba Isabel de Farnesio a sus hijos menores, entre los que estaba don Luis Antonio.

El infante disfrutó de aquel palacio diez años como soltero. Era una agradable residencia campestre, con abundante caza y amplio espacio para su recreo¹⁷⁰⁷. No pudo hacerlo después, pues Boadilla del Monte estaba a menos de tres leguas de Madrid y su matrimonio le impedía residir en el mismo. No hemos encontrado documento que lo pruebe, pero el cariño que don Luis tuvo por un palacio en el que reunió importantes

¹⁷⁰⁴ *Ibidem*, p. 61.

¹⁷⁰⁵ BONET CORREA, Antonio: “El infante don Luis y la arquitectura”, en *Goya y el infante don Luis: el exilio y el reino. Arte y ciencia en la época de la Ilustración española*, Madrid, 2012, p. 99.

¹⁷⁰⁶ MACHÍN HAMALAINEN, Carlos: *El palacio del Infante Don Luis Antonio de Borbón*, Madrid, 1999, p. 45.

¹⁷⁰⁷ MOYA BLANCO, Luis: “Palacio y jardines de Boadilla del Monte (Madrid)”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 31 (1970), pp. 88-90.

colecciones artísticas y científicas permite albergar la duda sobre si contempló la posibilidad de ser enterrado en su capilla, que ocupaba un amplio lugar en el bloque suroeste, una caja completa que se alzaba hasta el torreón derecho, de proporciones cuadradas, con ventanas ovales a cada lado¹⁷⁰⁸.

Quien sí escogió descansar en aquél selecto espacio fue su hija, que retomó el uso del palacio tras su boda con el válido de sus primos, Carlos IV y María Luisa de Parma. Su sepulcro, realizado el mismo año del óbito, se ubicó, solitario, en el lado del Evangelio. Quien había sido su esposo, Manuel Godoy, nunca reposó allí¹⁷⁰⁹. El mausoleo lo encargó quien fuera la única hija de ambos, Carlota, al mismo autor que el sepulcro del cardenal don Luis, en Toledo, Valeriano Salvatierra. Una columna que un joven rodea con su brazo izquierdo, en cuya mano lleva una corona, sostiene el busto de perfil de la condesa, que mira hacia el altar. En la derecha, apoya una antorcha caída. El fondo de todo el conjunto es una pirámide plana, truncada, de mármol gris¹⁷¹⁰.

La última de los hijos del infante, María Luisa Fernanda Norberta, se casaría el 29 de mayo de 1817 con Joaquín José Melgarejo y Saurín, duque de San Fernando de Quiroga, miembro de una ilustre familia ligada al servicio de Fernando VII, que concedió la mano de su prima como premio a quien presidía el Consejo de Órdenes¹⁷¹¹. Quedó viuda en 1835. Y los restos del duque de San Fernando fueron depositados en la sacristía del Palacio de Boadilla. Antonio Solá realizaría hacia 1840 un sepulcro de mármol blanco para él. María Luisa de Borbón le acompañaría en el mismo, tras fallecer el 1 de diciembre de 1846 en su residencia madrileña de la calle ancha de San

¹⁷⁰⁸ Realizada en mármoles y estuco, se proyectó dentro de un rectángulo que crea la ilusión óptica de un templo de cruz griega. Cuenta con una cúpula semiesférica con casetones, propia del estilo neoclásico, sobre pechinas. Ocho pilastras corintias definen su crucero, sobre las que se soporta un entablamiento del que nacen cuatro arcos y la cúpula (MACHÍN: *op. cit.*, p. 45).

¹⁷⁰⁹ Godoy falleció en el exilio, en París, el 4 de octubre de 1851. Fue sepultado inicialmente, tres días después, tras un modesto funeral al que asistió el entonces embajador de España, Juan Donoso Cortés, en la cripta de la parroquia de Saint Roch. Sus restos se trasladaron el 16 de enero de 1852 al cementerio parisino de Père Lachaise, donde reposan desde entonces en la denominada “isla de los españoles” (BELMONTE DÍAZ, José, LESEDUARTE GIL, Pilar: *Godoy. Historia documentada de un expolio*, Bilbao, 2004, pp. 400 y 412). La sepultura, llana, bajo una estela vertical neogótica, está coronada por una cruz. Toda ella en piedra, en la parte superior figura, enmarcado en un arco apuntado, un medallón con su rostro, a modo clásico, mirando hacia la izquierda. En la parte inferior consta la leyenda: DON MANUEL GODOY // PRÍNCIPE DE LA PAZ // DUQUE DE LA ALCUDIA // NACIO EN BADAJOZ // A 12 DE MAYO DE 1767 // FALLECIO EN PARIS // A 4 DE OCTUBRE DE 1851.

¹⁷¹⁰ Vid. PARDO CANALIS, Enrique: “Los sepulcros monumentales de Boadilla del Monte”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 5 (1970), pp. 143-147.

¹⁷¹¹ Joaquín José de Melgarejo y Saurín (Cox, Alicante, 1780 – Madrid, 1835), era II marqués de Melgarejo y señor del castillo de Larache. Brigadier de los Reales Ejércitos, había participado en la Guerra de la Independencia. Pertenecía a la Orden de Calatrava. Fue nombrado caballero Gran Cruz de la orden de Carlos III y distinguido con el Toisón de Oro. El matrimonio no tuvo descendencia.

Bernardo¹⁷¹². Quedó así compuesto ese atípico sistema sepulcral para la imagen de una monarquía que, entre la duda y las normas dinásticas, había mantenido puntualmente exiliado a un infante a finales del siglo XVIII. Le había reincorporado con todo los honores a El Escorial y ahora, en un palacio que conceptualmente muchos consideran real sitio, albergaba los restos de dos mujeres que habían participado, en un segundo plano, en la historia familiar de la corona.

Tras la referencia a aquellos sistemas sepulcrales auxiliares que nacieron entre la fidelidad a la monarquía y la crisis dinástica, individualizando en lo funerario la imagen de sus protagonistas, regresamos a un Fernando VII que, durante los tres años del *Trienio liberal*, se había visto obligado a reinar como un rey constitucional, aunque aquel teórico acatamiento de una carta magna, como dice Sánchez Mantero, “no sólo no lo acercó al liberalismo, sino que acentuó más su rechazo a esta doctrina y fue generando en su interior un deseo de venganza ante la humillación que sufrió a lo largo de este periodo”¹⁷¹³. Al día siguiente de verse liberado de sus compromisos, en Jerez, prohibía a cualquier liberal mantenerse a menos de cinco leguas de la ruta seguida en su regreso a Madrid, desde el Cádiz en el que había sido rescatado, así como su destierro de su lugar de residencia si este era visitado por el rey¹⁷¹⁴. Cuando en el último trimestre de 1823 recuperó su pleno poder, comenzó una nueva etapa absolutista que se prolongó durante una década, hasta el final de su reinado.

De la península italiana volvieron a proceder unos restos regios, que ingresaban en el monasterio en agosto de 1824. Eran los de la viuda de Luis I, rey de Etruria, aquel monarca que había reinado, entre 1801 y 1803, en el estado creado artificialmente por Napoleón con porciones del ducado soberano de Parma. Nacida infanta de España, María Luisa¹⁷¹⁵, hermana de Fernando VII, venía a reunirse en la muerte con su esposo, pero lo hacía en condición de duquesa de Luca, estado creado en el Congreso de Viena¹⁷¹⁶. De nuevo, el cuaderno funerario regio dejaba en blanco la fecha de su nacimiento, como si el encargado de escribir la llave desconociera donde consultarlo y no se atreviese a hacerlo. Ante la alternativa de pensar que por descuido no lo hiciera,

¹⁷¹² PEÑA: *op. cit.*, p. 61

¹⁷¹³ SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: *op. cit.*, p. 112.

¹⁷¹⁴ GONZÁLEZ DURO, Enrique: *Fernando VII, el rey felón*, Madrid, 2006, p. 322.

¹⁷¹⁵ Vid. ÁLVAREZ-COCA GONZÁLEZ, María Jesús: “María Luisa de Borbón (1782-1824). De reina de Etruria a duquesa de Lucca. Su documentación en el Archivo Histórico Nacional”, en *Spagnoli a Palazzo Pitti: il Regno d'Etruria (1801-1807)*, Florencia, 2012, pp. 437-478.

¹⁷¹⁶ AGP, *Lista...*, Llave 75, *La Gran Duquesa de Luca*. Comienza el texto con su nombre y títulos: “D^a. María Luisa de Borbón Ynfanta de España Reyna Viuda de Etruria Gran Duquesa de Luca...”. El fallecimiento tuvo lugar el 13 de mayo de aquel año.

un hecho inaudito dado el carácter del documento a su cargo, no queda otra alternativa que pensar que no quiso o no pudo preguntar. Que el miedo estaba instalado en la corte es un hecho constatado, como ha estudiado Moral Roncal¹⁷¹⁷. A ello no podía ser ajena la comunidad jerónima cuando llegasen noticias de lo que sucedía en Madrid, en otros sitios reales o cuando el propio monarca visitase el monasterio.

Fernando VII quedó viudo por tercera vez el 17 de mayo de 1829, tras diez años de matrimonio. La reina consorte María Josefa Amalia, hija del príncipe Maximiliano de Sajonia y Carolina de Parma, falleció en el Palacio de Aranjuez y sus restos eran acogidos en la cámara de reinas e infantes cuatro días más tarde. Quien escribió la llave decidió recuperar una tradición que se había perdido en 1787, cuando se consignó el entierro de la infanta María Carlota, nieta de Carlos III, precisando que había vivido “3 días 3 horas y 15 minutos”¹⁷¹⁸. No sabemos si por ser despedir a una reina consorte de España, si por modular la mentalidad ante el óbito o por ser Fernando VII el viudo, la llave de María Josefa Amalia de Sajonia consignó que había pasado por el mundo “25 años, 5 meses y 11 días de su edad siendo sentida y llorada en toda España su pérdida por sus relevantes virtudes”¹⁷¹⁹. María Josefa Amalia Beatriz Javiera Vicenta Aloysia Francisca de Paula Francisca de Chantal Ana Apolonia Juana Nepomucena Walburga Teresa Ambrosía de Sajonia había nacido en Dresde el 7 de diciembre de 1803. Contrajo matrimonio a los dieciséis años, el 20 de octubre de 1819, con el rey de España, primo de su madre. No tuvo descendencia. Será esta la última valoración que leeremos de una consorte española en el Obituario regio jerónimo. Según los criterios de nuestro trabajo, la última reina de la Edad moderna funeraria regia española¹⁷²⁰.

Dos pequeños infantes malogrados, hijos de don Francisco de Paula y doña Luisa Carlota de las Dos Sicilias, serán las últimas llaves del Obituario. Se trata de una niña que no llegó a cumplir un año, María Teresa Carolina¹⁷²¹, y un varón, con cuatro, nacidos y fallecidos en Madrid. La muerte del último, Eduardo Felipe María¹⁷²², tuvo lugar en el Palacio Real de la capital el 22 de octubre de 1830, doce días después del

¹⁷¹⁷ MORAL RONCAL, Antonio Manuel: *¡El enemigo en palacio! Afrancesados, liberales y carlistas en la Real Casa y Patrimonio (1814-1843)*, Alcalá de Henares, 2005.

¹⁷¹⁸ AGP, *Lista...*, Llave 58, La Serenísima Ynfanta D^a María Carlota.

¹⁷¹⁹ AGP, *Lista...*, Llave 77, *La Reyna D^a María Josefa Amalia de Sajonia*.

¹⁷²⁰ AGP, *Histórica*, Enfermedades, Caja. 48, Expte. 22, *Enfermedad de la Reina Josefa Amalia de Sajonia en Aranjuez. Fallecimiento y entierro*.

¹⁷²¹ AGP, *Lista...*, Llave 78, *Serenísima Sra. D^a María Teresa Carolina*. Nacida el 16 de noviembre de 1828, murió el 3 del mismo mes del año siguiente, “de enfermedad natural”, llegando su cadáver al monasterio dos días después.

¹⁷²² AGP, *Lista...*, Llave 79, *Serenísimo Señor Ynfante Don Eduardo Felipe María*. Había venido al mundo el 4 de abril de 1826

nacimiento, en el mismo edificio, de una niña, hija de Fernando VII y su cuarta consorte, María Cristina de Borbón, que pocos años después heredaría el trono y pasaría a la historia como Isabel II. No nos atrevemos a afirmar con rotundidad que la cercanía del acontecimiento fuera causa directa, si bien llama la atención que los restos del pequeño infante, fallecido también “de enfermedad natural”, como informa su correspondiente llave, llegasen ya al día siguiente, el 23, al monasterio, como si se hubiera pretendido alejar cuanto antes la sombra de la muerte infantil de las habitaciones regias, ante la esperanza que representaba para la sucesión la llegada de una heredera, en el otoño de tan convulso reinado.

El obituario regio jerónimo apunta hacia una normalidad en el cumplimiento de las funciones del personal de palacio en la conducción de los restos regios durante todo el reinado, que se explica en el contexto de rigor y control al que fue sometido desde el regreso de Francia de Fernando VII. Sánchez Belén, en un estudio sobre los componentes de la Capilla Real, que como sabemos participaba con gran protagonismo en los cortejos fúnebres, refiere que la servidumbre, independientemente de su rango¹⁷²³, “se vio sometida a un riguroso examen en el que, en contraste con épocas anteriores, lo importante no será ya los méritos, profesionales y sí, en cambio, el amor al rey, a la patria y a la religión, los tres baluartes sobre los que se va a erigir el reinado”.

Fernando VII falleció el 29 de septiembre de 1833. Sus restos fueron expuestos en capilla ardiente durante tres días. Según González Duro, el 13 de octubre ingresaban en el pudridero¹⁷²⁴.

11.3.2. La salida de la comunidad jerónima.

En 1820 la comunidad de jerónimos de El Escorial había sido obligada a jurar la Constitución. Aunque la década absolutista había devuelto gran parte de las cosas a la situación anterior, la situación económica general del monasterio sufrió un deterioro imparable a partir de la muerte de Fernando VII, pues las fincas que eran patrimonio de

¹⁷²³ SÁNCHEZ BELÉN, Juan Antonio: “La Capilla Real de Palacio en la crisis del Antiguo Régimen: 1808-1820”, *Cuadernos de historia moderna*, 27 (2002), p. 121.

¹⁷²⁴ GONZÁLEZ DURO: *op. cit.*, p. 352. Tuvo que ser el día 13, entendemos que se trata de un error en la fecha.

la comunidad pasaron a disposición del estado como consecuencia de las leyes desamortizadoras¹⁷²⁵.

El cuaderno jerónimo concluyó su función como registro obituario tras la muerte de Fernando VII, al que no dedica ya una llave específica, anunciando que con la del monarca se iniciaría un nuevo tomo:

“El nº. 80. que es el correspondiente al Sr. D. Fernando 7º. de Borbón Rey de España, constará en el Libro 2º destinado al mismo fin que este quedando concluido el presente y archivado en el de Sn. Lorenzo”¹⁷²⁶.

Las páginas en blanco de las que aun se disponía son el signo más claro de lo que sucedía: la comunidad iba a dejar de ser la encargada de velar por de los restos mortales de los monarcas y sus familiares. El obituario concluyó con la referencia a los féretros que continuaban en los pudrideros, pendientes de su definitiva ubicación en el panteón real y las cámaras intermedias:

“Cadáveres que existen en los pudrideros hoy día 16 de Junio de 1834.
El de la Srma. Sra. Princesa D^a M^a Antonia de Borbón y Lorena: En el de la Sacristía
El del Srmo. Sr. Ynfte. Dn. Antº. Pascual: En el 1º debajo del Panteón de Infantes
El de la Srma. Ynfte D^a. M^a. Ysabel Luisa: En el 2º debajo de dicho Panteón
El de la Reyna D^a. María Ysabel de Braganza: En el mismo
El de la Reyna D^a María Amalia de Sajonia: En el dicho
El del Sr. Dn. Fernando 7º: En el mismo.
El del Gran Duque de Cádiz: En el de la Sacristía
El de la Ynfte D^a. M^a. Teresa Carolina: En el mismo
El del Ynfte. Dn. Eduardo: En el dicho”¹⁷²⁷.

Nos parece de especial interés considerar que el amanuense de estos textos finales fue un monje de cierta edad. El mismo jerónimo redactó todas las llaves a partir de la 68, correspondiente a la princesa de Asturias María Antonia de Nápoles, lo que quiere decir que, si su obituario fue escrito en torno a la fecha de su muerte, en mayo de 1806, el religioso llevaba casi treinta años a cargo del cuaderno registro. Por otro lado,

¹⁷²⁵ DONATE MARTÍNEZ, José: *Fuentes para la Historia del Monasterio de El Escorial*, El Escorial, 1964, p. 311, cit. en MADRUGA REAL, Ángela: “El Escorial a debate. Informes, discusiones y propuestas en las Cortes del siglo XIX”, *Anales de Historia del Arte*, 11 (2001), p. 294.

¹⁷²⁶ AGP, *Histórica, Lista...*, Referencia a la “llave 80”.

¹⁷²⁷ AGP, *Histórica, Lista...*, Cadáveres en los pudrideros a 16 de junio de 1834.

merece la pena recordar que la llave dedicada a la primera consorte de Fernando VII es la inmediatamente posterior a la del infante don Luis Antonio, que fue, como sabemos, repetida en un incomprensible error que pudo motivar, en buena lógica, que se encomendase a un monje con experiencia y conocimientos en las cuestiones funerarias, metódico y ordenado, probablemente que llevase ya años en la comunidad, las funciones de compilador.

En el aspecto formal, la inclusión del nombre de la tercera esposa del rey como “María Amalia de Sajonia” no puede inducirnos a confusión con la consorte de Carlos III, fallecida en 1760, pues aunque de igual nombre, la que aguardaba su depósito en las cámaras de infantes y consortes era María Amalia Josefa, fallecida en 1829.

La comunidad escorialense era plenamente consciente de lo que se avecinaba. En 1835, eran unos 1.000 los jerónimos españoles, distribuidos en 46 casas. A su frente, el padre general fray Francisco Campos, profeso precisamente de El Escorial¹⁷²⁸.

El real decreto de 9 de marzo de 1836, publicado al día siguiente en la Gaceta de Madrid, era claro en su artículo primero: “Quedan suprimidos todos los monasterios, conventos, colegios, congregaciones y demás casas de comunidad o de instituto religioso de varones, incluso las de clérigos regulares”. Sánchez considera que los estudiantes del seminario abandonaron el edificio ese mismo mes, quizá en abril¹⁷²⁹.

El 4 de agosto se había publicado una real orden en sentido taxativo y definitivo en torno a la desamortización y exclaustación, disponiendo expresamente el destino de bienes materiales e inmateriales de las comunidades:

“Todos los bienes raíces, rentas, derechos y acciones de todas las casas de comunicad de ambos sexos incluso las que quedan abiertas, se aplican a la caja de Amortización para la extinción de la deuda pública, quedando sujetos a las cargas de justicia que tengas sobre ti. Los muebles de las casas que continúen abiertas, quedarán en ellas para su uso, formándose el correspondiente inventario”¹⁷³⁰.

Quedaron exceptuados de la incautación los colegios de misión para las provincias de Asia, la obra pía de los Santos Lugares de Jerusalén y obras destinada a

¹⁷²⁸ RODRÍGUEZ LUNA, David: “Desamortización y monjes jerónimos: Extinción y restauración de una orden monástica”, en CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier (coord.): *La desamortización: el expolio del patrimonio artístico y cultural de la Iglesia en España. Actas del simposium*, San Lorenzo de El Escorial, 2007, p. 106.

¹⁷²⁹ SÁNCHEZ LÓPEZ, Gustavo: “Los niños de la desamortización. El caso del Monasterio del Escorial”, en CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA: *op. cit.*, p. 440.

¹⁷³⁰ *Gaceta de Madrid*, Madrid, nº 977, viernes 4 de agosto de 1837, artículo 20.

hospitalidad, beneficencia e instrucción pública, enumerados en el artículo 21, “como también la parte de los correspondientes al monasterio del Escorial que resulte pertenecer al Real patrimonio”, lo que significaba que la disposición no afectaba a las colecciones reales o el panteón.

San Lorenzo de El Escorial, que había sufrido el saqueo de la guerra de la Independencia, con la salida temporal de su comunidad y su regreso en 1814 y una nueva salida de buena parte de los monjes en 1820, dejaba de estar encomendado a los jerónimos¹⁷³¹. El 30 de noviembre, una real orden extinguía la comunidad, a la que seguía otra en la que se nombraba al prior abad administrador. Se dejaba en el monasterio una Capilla con dieciséis capellanes para hacerse cargo de las eucaristías en sufragio¹⁷³².

Los monjes salieron del monasterio el 2 de diciembre de 1837.

¹⁷³¹ Tras un fallido intento de restauración jerónima de cuatro meses en 1854, se le dotó de un patronato de capellanes seculares. En 1869 los escolapios pasaron a ocuparse de su colegio, asumiendo la custodia del monasterio entre 1872 y 1875. Tras otro periodo con capellanes seculares, san Lorenzo pasó a cargo, en 1885, de la orden de san Agustín, que permanece en la actualidad.

¹⁷³² MADRUGA: *op. cit.*, p. 295. Los diecisiete monjes tuvieron que abandonar el monasterio al año siguiente.

CONCLUSIONES

Al finalizar la investigación y proceder a enunciar un elenco de conclusiones, somos conscientes de una primera y principal, la necesidad de no presentar el fruto de este trabajo como definitivo. Al dar no pocos pasos han surgido inquietudes para desarrollo futuro. Queremos comenzar constatando que hemos hallado la mayor perspectiva en nuestro recorrido atendiendo a planteamientos historiográficos que, desde el rigor, dejaban puertas abiertas, proponiendo diferentes interpretaciones, o estando especialmente pendientes de la posibilidad de relacionar una visión con otras inicialmente no contempladas.

Era necesario un estudio en profundidad de la historiografía en torno a la historia de la muerte, determinar el estado actual de la cuestión, que nos permitiese contar con las herramientas conceptuales y metodológicas adecuadas en la investigación. Se ha considerado que los estudios de la Escuela francesa de los Anales sobre el tema, en el segundo tercio del siglo XX, son el origen del amplio desarrollo del trabajo de los historiadores españoles en los 80 y 90. Hemos constatado con detalle la riqueza de ensayos y monografías. No obstante, queremos aportar los acercamientos de autores de nuestro país al óbito, desde variados enfoques, ya en los años 30. Si bien con distintos parámetros procedimentales, no equiparables a una perspectiva de mentalidades, conviene subrayar que, en lo que a historiar la muerte se refiere, son claros antecedentes de inquietudes posteriores. Su tratamiento del perfil antropológico y psicológico del tránsito, o de la relevancia de las últimas voluntades, presentan cierto paralelismo con esquemas que veremos presentes décadas más tarde.

La historiografía española sobre la muerte ha vivido una intensa polaridad entre lo local y lo general, con un resultado paradójico. Los estudios locales, en muchos casos, a pesar de la distancia entre núcleos rurales, urbanos o comarcas, presentan mayor similitud en sus conclusiones. Realizados en base al análisis de series documentales notariales, su ámbito específico revela que la actitud ante la muerte no era esencialmente distinta en muy lejanas localizaciones geográficas. Por el contrario, las monografías realizadas con carácter general suelen arrojar más diferencias y matices entre reinos, áreas, zonas o regiones de la monarquía en la época que hemos estudiado, al igual que los ensayos referidos a fuentes específicas e individualizadas, como testamentos o inventarios de personajes de épocas concretas, en ocasiones bien cercanos en espacio y tiempo, de los que se extraen con frecuencia ricas trazas y matices.

Los monarcas españoles de la Edad Moderna son conscientes de su propio fallecimiento como óbito-símbolo. Entre 1504 y 1833 tiene lugar en España, aproximadamente, el sepelio de un monarca o consorte cada diez años; si añadimos las muertes de infantes obtendríamos un luto cada cuatro. Se trata de un designio aceptado que se convierte en hecho con vocación de permanencia en el recuerdo de los súbditos de los reinos peninsulares. El monarca trata de ser también soberano de su propia muerte, apareciendo como tal en el imaginario colectivo, en el testamento, en las crónicas. Hemos reconstruido una casuística de la enfermedad que motivó los óbitos, atendiendo principalmente a la moderna historiografía en torno a los soberanos y sus consortes. El resultado ha sido constatar, como nota común, la imposibilidad de identificar con certeza absoluta las patologías con los conocimientos existentes en la época, así como la resignación de médicos y pacientes. Tal realidad discurre de forma paralela, como armazón constructivo del relato en torno a la *buena muerte*, generalizada entre los reyes españoles de la etapa. Es cierto. Salvo puntuales excepciones de óbito imprevisto, la mayor parte de las fuentes refieren esperas serenas en la aceptación del fin, muestra de una mentalidad impregnada de religiosidad cristiana ante el tránsito, un paso que se realizaba de forma solidaria, con despedida y acompañamiento de los cercanos. La propia estructura de los palacios como residencias, sobre todo en los siglos XVI y XVII, pero también como sede de la corte y, en definitiva, de la monarquía, hacía posible la convivencia entre el carácter íntimo de la situación y la inmediata difusión del hecho luctuoso y posterior homenaje al monarca.

El testamento, escrito y cerrado, fue la expresión más depurada de religiosidad regia ante el tránsito, durante el periodo analizado. Desde el estudio historiográfico realizado al comienzo de nuestra investigación, necesario para entender sus parámetros como instrumento legal, psicológico y espiritual, hasta el análisis específico de las últimas voluntades regias modernas, hemos constatado que estamos ante una fuente clave para el conocimiento de la historia de las mentalidades y de la muerte. Acto por naturaleza libre, hemos comprobado que su doble carácter religioso y político se mezclará constantemente, con abundantes referencias a la creencia tradicional de la dinastía. Los monarcas españoles del siglo XVI y XVII compartieron con el resto de la sociedad no pocos rasgos formales de un documento escrito que reflejaba aspectos materiales, si bien hemos descubierto un interesante perfil común de su religiosidad. El estudio del santoral testamentario de los soberanos españoles de los siglos XVI y XVII nos ha permitido comprobar que, siendo su espiritualidad la de la época, conservaron en

menor medida algunas costumbres como la de acudir a santos considerados protectores en el momento del óbito, sintiéndose especialmente vinculados a los patronos de la monarquía, así como a particulares devociones que incorporaron, según su personal estilo, especialmente en los casos de Felipe II y Felipe III.

De igual manera, el acercamiento a las últimas voluntades en este periodo nos ha permitido trazar una teoría sobre la presencia de la eucaristía como sufragio por el alma de las reales personas, presentando por un lado una situación paradójica: los monarcas abandonaron en parte, según los cánones de la Contrarreforma, los ciclos de misas dedicados a los santos, cuyo desenfoco había caído en prácticas supersticiosas en no pocas diócesis de la Europa católica. Por otro lado, conservaron para la celebración de funerales y aniversarios misas dedicadas a Cristo y la Virgen, en número que nos ha permitido trazar una teoría sobre la evolución de su número para la que hemos empleado el término inflación, ascendente entre 1500 y 1700, de las 20.000 solicitadas por Isabel la Católica a las 300.000 de María Luisa de Orleans, y descendente a partir de esa fecha, hacia una moderada María Luisa de Parma, con 2.000 en 1819.

De la misma forma, la previsión de una mortaja, en no pocos casos el hábito de una orden religiosa a la que se tenía especial devoción, se recogía por escrito como un deseo expreso y la plasmación de un íntimo ruego de que sirviese como atuendo de eternidad. En ese sentido, la interpretación que hemos realizado del testamento ha sido doble. Por un lado, como muestra de mentalidad y devoción. Por otro, hemos querido subrayar que la exposición del monarca en su capilla ardiente con tal hábito suponía una fuente de prestigio religioso y social para franciscanos, su rama femenina de clarisas u otra orden escogida.

Si bien hemos centrado el estudio de los testamentos de la primera etapa de la Edad Moderna en los soberanos titulares, hemos encontrado en el testamento regio femenino no menor poder como fuente de mentalidad y religiosidad ante la muerte, que nos vemos obligados a abordar en mayor profundidad en futuras investigaciones. Una constante en la mayoría de los mismos es la cercana maternidad como condicionante temporal para su otorgamiento, siendo frecuente que las consortes contemplasen que fuera el rey quien designara su lugar de sepultura.

Todo ello nos ha permitido concluir que, en general, el testamento regio se inserta en buena medida en los caracteres del testamento común, en el marco de la historia de las mentalidades y de la muerte que, salvando cifras como las expuestas, reflejo del necesario contenido de unas cláusulas diferentes en lo cuantitativo, nos

presenta seres humanos que desean reflejar por escrito sus deseos más íntimos para su cumplimiento, de manera veraz y sincera en el momento postrero.

Hemos hallado en las ceremonias de honras públicas a los reyes, sus consortes y no pocos príncipes e infantes la expresión más excelsa de continuidad en la lealtad a la monarquía. En este sentido, en el marco de la actualidad de los estudios sobre la Corte y el ceremonial, nos ha parecido de interés dedicar especial esfuerzo a proponer amplia visión historiográfica de las exequias reales, pues era fundamental conocer en qué lugares y cómo se había rendido homenaje y se habían alzado túmulos por el alma de los regios difuntos, para comprender el alcance real de la imagen funeraria de la monarquía de España fuera de la presencia física de los restos mortales. El resultado nos parece positivo, pues se generó auténtica competencia entre las ciudades –y en ocasiones, entre instituciones convocantes, como ayuntamientos o universidades- por celebrar las más brillantes y espectaculares. La singularidad pedagógica y valor iconográfico de los programas estéticos preparados en las ceremonias permite afirmar que, en cierta medida, cada ciudad aportaba nuevas formas de fidelidad a la monarquía, superando el poder simbólico que hubiera tenido, en muchos caso, la propia presencia de los asistentes en la capilla ardiente del monarca en palacio.

Ha sido especialmente grato en nuestra investigación hallar fuentes que prueban la participación directa de la comunidad jerónima en exequias madrileñas organizadas en la propia corte, en templos como los monasterios de la Encarnación o las Descalzas, a través de la cesión temporal de valiosos lienzos litúrgicos, lo que demuestra la implicación del monasterio en la imagen funeraria de la monarquía más allá de su papel como custodio de los restos mortales regios.

Entre otros elementos que configuraban el universo exequial, abordar el papel del sonido a través de la campana, nos permite concluir el privilegiado trato que recibía el anuncio del óbito regio, en el contexto de la imagen de la monarquía, en los templos, singularmente en piezas históricas como algunas catedralicias, como la calderona, de la sede metropolitana primada de Toledo.

Hemos propuesto –y confirmado la utilidad como herramienta conceptual- el concepto de sistema sepulcral, conjunto de enterramientos de personas relevantes organizado con criterios determinados de acceso y permanencia, y diseñado con el triple fin de servir de sede para la conservación de los restos mortales, de manera prolongada en el tiempo, unificar y diferenciar externa e internamente el concepto de grupo cerrado al que se ha pasado a pertenecer bien por características personales, bien por méritos

propios, así como componer una referencia representativa espacial bastante, estética, simbólica, que constituya el principio de una imagen perpetua para generaciones posteriores.

Los monarcas de las dinastías que conformaron los reinos peninsulares bajomedievales articularon su imagen funeraria mediante sistemas sepulcrales, si bien los antecedentes inmediatos del gran sistema de la Edad Moderna será el reinado de los Reyes Católicos. El testamento de Isabel la Católica y la evolución de las últimas voluntades de Fernando el Católico y su nieto, Carlos V, en torno a sus propios emplazamientos funerarios, son muestras de la conciencia del valor reconocido en el sepulcro para la formación de la propia imagen de la monarquía de España. Constituyen, en nuestra opinión, ensayos o propuestas de sistema sepulcral. Aun siendo escritas en un contexto de humildad y momento postrero, las cláusulas sobre sepultura revelan el convencimiento de estar proponiendo lugares a sus sucesores, que debían establecer con el suficiente poder representativo el entorno estético que transmitiese la idea de la majestad regia, que había de proyectarse en el recuerdo de quienes descansaban, ya difuntos. En este sentido, la Capilla Real de Granada pervivió, sistema sepulcral perfecto y cerrado, símbolo de la transición accidentada entre dos dinastías que culminaron la unión de coronas, epígono e inauguración de eras. Yuste fue el más directo antecedente de una manera de entender la humildad. El cuerpo físico bajo el altar. Otro cuerpo, el familiar, el dinástico, orante para siempre en sufragio, como se dispuso en los cenotafios a un lado y otro del altar mayor de la basílica escurialense.

No hemos hallado vinculación legal que obligue a los monarcas o el resto de las reales personas, durante la Edad Moderna, a ser sepultados en determinado panteón, si bien hemos presentado rasgos de mentalidad ante la muerte, en muchos de ellos, que nos permite afirmar que la mayoría sintió vinculación afectiva y, en no pocos casos, cuasi efectiva, al de sus inmediatos predecesores, sobre todo en los soberanos de la Casa de Austria. En sus testamentos dispusieron, por supuesto, el entierro cristiano de sus restos mortales, que incluía el depósito de su cuerpo entero y excluía la práctica de la cremación. Preveían sepultura o dejaban a elección de su sucesor o consorte la elección de la misma. En todo caso, no puede negarse la fuerza de los usos del reinado precedente, con la sutil fuerza de la costumbre, en un entorno político y dinástico que la consagraba como origen de muchas decisiones relevantes. Aun siendo consciente de no haber concluido un panteón definitivo, Felipe II dejó tras su muerte una propuesta inicial de mausoleo de tal magnitud conceptual que la conveniencia de su uso particular

será evaluada inevitablemente en el fuero interno de cada uno de sus sucesores. Su fuerza será tal, que incluso los monarcas y consortes que fallecieron lejos del trono por circunstancias históricas, como exilios o retiros voluntarios, fueron conscientes de su derecho a ser enterrados en las criptas escurialenses. Sin que falten, como decimos, los que optaron por la creación de espacios funerarios regios de carácter auxiliar o colateral.

Entendemos que Felipe II no construye el monasterio de san Lorenzo en cumplimiento de un voto de carácter religioso en agradecimiento al triunfo bélico en San Quintín. Algo diferente es que dedicara la edificación al santo de la fecha de la batalla. Fue fruto de una decisión en la que influyeron múltiples factores. No renunciamos a reivindicar el peso decisivo de su mentalidad religiosa en la mayoría de ellos y, en ese contexto, su voluntad de crear un panteón dinástico. El rey no concibe un sistema sepulcral absolutamente *ex novo*. Estudia los sistemas medievales en los reinos peninsulares –Castilla, Aragón, Navarra-, y decidió el traslado o permanencia de cada familiar hasta tres generaciones anteriores teniendo en cuenta la estructura y valor representativo del panteón en el que había reposado. Algunos quedaron vacíos, otros perdieron su carácter de relativo sistema sepulcral perfecto y titular. Tuvo especial empeño en componer, aunque fuera provisionalmente, un sistema regio cerrado y perfecto. Prueba de ello son los primeros traslados a la iglesia vieja o de prestado, en 1573 y 1574, y los traslados a la primitiva bóveda bajo el altar mayor en noviembre de 1586, realizados a pesar de no haberse resuelto las dificultades técnicas para un panteón definitivo, y ser depositados los restos en un lugar que no agradó al monarca por ser demasiado oscuro.

Entendemos que el acervo funerario de la monarquía de España en la Edad Moderna fue construido de manera complementaria. Un monarca creó los parámetros conceptuales, dando forma al sustrato mental, práctico, a los fundamentos religiosos que hicieron de El Escorial un magma sepulcral indefinido, en el que unas criptas no concluidas comenzaron a proporcionar destellos inconfundibles de imagen sepulcral, mientras hubo que esperar décadas a que su nieto, Felipe IV, perfilase una cámara barroca que completó en lo material el sistema sepulcral más depurado de nuestra historia: perfecto, completo y dinástico.

La participación de la comunidad jerónima será fundamental en la construcción material e ideal de la imagen funeraria de la monarquía. Su implicación será en todo momento leal, con una actitud profundamente reverente y defensora de la majestad regia, en perfecta armonía con la observancia de su regla y espiritualidad. Los jerónimos

de El Escorial se beneficiaron del doble perfil de su regio encargo: material, como la capilla sede de los restos mortales, y religioso, siendo también “capellanía”, como encargados de infinidad de aniversarios funerales por las reales personas. Con todo, no eludieron la reclamación de lo que entendieron derechos materiales en asuntos espinosos, como los gastos derivados de la iluminación, que reivindicaron debían ser sufragados por el oficio de cerería, y la reclamación de los paños que acompañaban los restos, problemática que deseamos abordar en futuras investigaciones.

El reinado de Felipe III, entre las dos grandes figuras que definen el sistema sepulcral escurialense, es una etapa de transición, una mezcla de alejamiento psicológico, como indudable reacción a la saturación estética y simbólica de los años inmediatamente precedentes, y mantenimiento de la majestad de la imagen funeraria de la monarquía. En ello tuvo notable influencia la figura del duque de Lerma y el traslado de la corte a Valladolid. Hemos encontrado en la reconstrucción de galería de retratos del Palacio de El Pardo, tras el incendio de 1604, una suerte de panteón iconográfico, a modo de sucedáneo de aquél panteón *expectante* cuyas obras no dan comienzo hasta prácticamente la caída del valido. Es de justicia constatar que el depósito de restos mortales en la primera bóveda bajo el altar de la basílica de El Escorial no fue interrumpido en todo el reinado. No hemos hallado pruebas suficientes de la posibilidad de una sugerencia, por parte de Sandoval, de la creación de un panteón dinástico en un templo vallisoletano.

La importancia del reinado de Felipe IV en la configuración definitiva del sistema sepulcral viene determinada no sólo por la terminación de la cámara octogonal de reyes y ubicación en ella de los primeros soberanos, sino por el establecimiento de criterios escritos para el acceso a la misma, basados en la titularidad de la Corona, es decir, serían depositados únicamente los reyes propietarios, así como aquellas consortes que hubieran sido madres de estos. La norma sería quebrada con el traslado desde el pudridero –pieza previa dedicada a la reducción de restos a través del contacto con cal de los féretros agujereados-, de su primera esposa, la reina Isabel de Borbón, que pasaría al mismo en el sepulcro frente al monarca. Será Mariana de Austria, su segunda esposa, quien haga pareja con el hijo de ambos, su sucesor, Carlos II. Situación parecida se reproducirá con la ubicación definitiva de Luis I, que fue asociado a su madre, la reina consorte María Luisa Gabriela de Saboya, primera esposa de Felipe V, rey que no reposa en El Escorial. Es precisamente esta decisión una de las muestras más claras de

la voluntad del primer monarca de la Casa de Borbón en España de respetar los criterios sepulcrales de la dinastía precedente.

Los criterios materiales de organización sepulcral no agotan la contribución a la que hacemos referencia. Felipe IV experimentó una considerable frecuencia de lutos familiares, que hicieron posible el asentamiento en lo que a usos se refiere del ceremonial funerario. Hemos atendido al aparato cortesano, a través de la estabilidad y rigor en el reparto de sus funciones, para comprender cómo contribuye a caracterizar el óbito regio, a través del ceremonial, como símbolo de la permanencia de la monarquía. Desde que a partir de la Alta Edad Media la primogenitura se consolide como principio de sucesión hereditaria, la muerte va pasando de ser un momento de incertidumbre o apertura de la caja de Pandora de inestabilidad social, política y militar a un elemento generador de sistemas automáticos de continuidad regia. La organización de la casa del Rey participa de resortes del mismo automatismo.

A pesar de la compilación de las etiquetas de palacio de 1651, a iniciativa del Rey Planeta, que contemplaban un capítulo dedicado al entierro de las reales personas, debemos entender que estas no podían recoger en su totalidad el protocolo a seguir en el ceremonial a seguir en los sepelios. Su vocación de texto general les obligaba a sistematizarlo en lo que a palacio se refiere. Y parcialmente. Hemos encontrado puntuales muestras de desconocimiento de las mismas en el personal palatino, si no exigible, al menos sospechoso de tensiones o disfunciones.

La casuística más rica del ceremonial tenía lugar, sin duda, en lo que debía desarrollarse en el monasterio de san Lorenzo. Allí hemos observado verdadera convivencia de un ceremonial litúrgico y cortesano, en el que se producían no pocos conflictos que hubieron de solventarse de manera práctica. En materia de fuentes, puede predicarse una cierta uniformidad en los documentos de carácter netamente administrativo, como las órdenes de traslado y depósito de los restos, si bien las que refieren los hechos en sí del depósito de reyes y otros miembros de la real familia nos ofrecen las situaciones más variadas. En este sentido debe mencionarse precisamente esa numerosa casuística mencionada en el reinado del cuarto Felipe, que a través, principalmente, de la experiencia de la comunidad jerónima, podemos contemplar como punto de referencia.

El reinado de Carlos II constituye un punto de inflexión: a pesar de su duración, que supera el tercio de siglo, supone el cierre provisional de lo que hemos denominado *ciclo sepulcral* Austria –en 1740 será enterrada la segunda consorte del monarca,

Mariana de Neoburgo-, mientras se aplica el ceremonial funerario en todo su alcance simbólico, integrándose perfectamente en la maquinaria cortesana de la construcción de la imagen de la monarquía.

Los Borbones emplearon el sistema sepulcral escurialense como fuente de legitimidad dinástica. Tras su llegada al trono, Felipe V tomó pronto conciencia de la importancia simbólica y representativa de los sistemas sepulcrales de los reinos peninsulares, que recorrió, especialmente El Escorial. Desde sus primeras decisiones en materia funeraria, adoptó el modelo inmediatamente anterior y se identificó en medios y fines con el poder que para la imagen funeraria de la monarquía poseían las cámaras escurialenses. Un sólido aval de dicha teoría es la ausencia de espacios funerarios alternativos para la nueva familia real, a pesar del desarrollo arquitectónico y artístico de la centuria. El monarca ordenó el depósito de los restos mortales de sus primeros familiares fallecidos en España, tanto un hijo con su primera esposa y uno de los parientes que había acudido en su ayuda a España, con motivo de la guerra, el duque de Vendôme, como si incorporarlo al sistema sepulcral de sus mayores fuera objeto de distinción premial post mortem por sus logros militares.

La decisión del monarca de enterrarse en un panteón distinto al escurialense, junto a su Palacio de La Granja, no debe ser interpretada en clave de desafecto a El Escorial. Por un lado, Felipe V fue influido de tal manera por su segunda consorte, Isabel de Farnesio, que modificó lo que hubiera sido una decisión según la tradición. Por otro lado, la pareja real consideró que los sepelios del reinado –que incluyeron a Luis I, hijo del primer matrimonio del rey, que reinó brevemente entre enero y agosto de 1724-, confirmaban fehacientemente la continuidad del sistema sepulcral de san Lorenzo. La misma situación se dio en el reinado siguiente, con la decisión de Fernando VI y Bárbara de Braganza de reposar en el monasterio madrileño de las Salesas Reales, en la que primó aun más la infecundidad de la reina para la construcción de un edificio que, aparentemente monasterio y escuela de doncellas nobles, fue concebido por su impulsora como eventual residencia y lugar de reposo final en caso de quedar viuda y repetirse otras situaciones históricas, no lejanas, de soledad y retiro tras tener que abandonar la primera línea en el trono.

En torno al sistema sepulcral de la monarquía de España en la última etapa de la Edad Moderna, sorprende que un reinado como el de Carlos III, tan rico en lo simbólico, en el que la creación edilicia y urbanística brilló en número y calidad de las obras, no se distinguiese por la adecuación de un panteón para infantes o reinas

consortes sin sucesión en el trono español. El monarca había dejado en Nápoles, en una capilla lateral del monasterio de santa Clara, a cinco de sus hijas malogradas, fallecidas entre 1740 y 1757. Es extraño que no hayan quedado huellas, en medio de la actividad de arquitectos y del interés del monarca por la imagen de la monarquía, siquiera de ideas de adecuación de espacios en el monasterio de san Lorenzo. Entendemos que se creyó suficiente la conducción de los restos a las cámaras provisionales, eludiéndose un análisis de la imagen funeraria regia en todo aquello que no se refiriese exclusivamente a monarcas titulares y sus herederos, así como a las consortes que finalmente les fueron asociados en el panteón real.

Tampoco en el reinado de su hijo, Carlos IV (1788-1808), un rey con clara formación estética y refinado gusto por lo artístico, se tomó decisión alguna en esa materia, una ausencia de iniciativa que encontraría justificación en el interregno convulso de la Guerra de la Independencia y las tensiones de la primera mitad de Fernando VII en el trono, a partir de su regreso en 1814. No parece tampoco que la voluntad del monarca, libre de ataduras, en la segunda década, de carácter absolutista, de su reinado, tuviera entre sus prioridades la creación de cámaras específicas para albergar restos de infantes en el mismo monasterio que le vio nacer y acogería sus restos en 1833. La cuestión quedó aplazada hasta finales del siglo XIX, fuera ya de los parámetros del presente trabajo.

En suma, creemos haber demostrado que lo funerario contribuyó a enriquecer, en no poca medida, la imagen de la monarquía de España en la Edad Moderna.

Morir menos

No fueron los monarcas, ni su real familia, ajenos al tránsito. No pudieron sustraerse a la pesada factura de su condición humana. Intentaron –y quizá lograron– *morir menos*. Dúctiles prisioneros de la imagen de majestad regia, algunos lograron, de alguna manera, sustraer al olvido la devolución de la vasija de barro que era su cuerpo, dejando el reflejo sutil de su paso por la historia, en un juego de espejos, grabado o vaciado, su imagen perpetua. La suya y la de su dinastía. En realidad, la de toda una monarquía, la monarquía de España. Los reyes de la Edad Moderna son plenamente conscientes de que su fallecimiento es un óbito-símbolo. *Duermen* y dejan que usos y costumbres funerarias les incorporen a un sistema sepulcral legítimo. Y legitimador.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Archivo de la Capilla Real de Granada

Legajo 21, 1.

Archivo General de Navarra

Tribunales reales, Archivo Secreto: Tit. 1, fajo 1, núm. 37, 38 y 41.

Archivo General del Palacio Real de Madrid

Histórica:

Caja 48: Expte. 22.

Caja 50: Expte. 3.

Caja 53.

Caja 56: Exptes. 1, 5, 7, 13, 14 y 31.

Caja 76: Exptes. 7 y 11.

Caja 105.

Reinados:

Felipe V: Leg. 269.

Luis I: Caja 9, expte. 3.

Fernando VI: Caja 201, exptes 2 y 8; Caja 535, expte. 4; Caja 127, expte. 5; Caja 201, expte. 208; Caja 361, expte. 1; Caja 535, expte. 4.

Carlos III: Leg. 189 y 192.

Carlos IV: Leg. 168 y 177.

Gobierno intruso: Caja 61, exptes. 2 y 20.

Fernando VII: Caja 241, expte. 59; Caja 374, expte. 41.

Patrimonios:

El Escorial: Monasterio; Caja 2735, expte. 28; Caja 2741, expte. 7; Caja 13552; Caja 16227, expte. 25.

Archivo General de Simancas

Casa y Sitios Reales: Leg. 69, 73 y 329.

Estado: Leg. 71, 109, 263, 372 y 2708.

Patronato Real: Leg. 30, 31, 51-107, IV

Casa y Sitios Reales: Leg. 5, 45, 73 y 302.

Obras y Bosques: Leg. 4 y 8.

Escribanía Mayor de Renta, Mercedes y Privilegios: Leg. 30 y 62

Archivo Histórico Nacional

Estado: Leg. 2551, 2566 y 2685.

Archivo Municipal de Guadalajara

Libro de Actas Capitulares, 1603, sesión 28 de febrero.

Archivo Municipal de Viana (Navarra)

Leg. 17, L. Acuerdos, 1580 y Leg. 22, doc. 11, L. Acuerdos, 1665.

Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial

Caja I, 44.
Caja XI, 40.
Caja XIV, 23, 1.
Caja XIV, 28, 11.
Caja XIV, 28, 14.
Caja XV, 35, 7.
Caja XVI, 1.
Caja XVI, 27.
Caja XVI, 53.
Caja XVI, 45, 2.
Caja XVI, 45, 3.
Caja XVIII, 47.1.
Caja XVIII, 47.2.
Caja XVIII, 50.4.
Caja XVIII, 52.1.
Caja XVIII, 52.2.
Caja XX, 50.
Caja XX, 54.
Caja XX, 66.
Caja XXI, 10.
Caja XXI, 19.
Caja XXI, 34.
Caja XXII, 3.
Caja XXII, 51.
Caja XXII, 60, 2.
Caja XXIII, 14, 4.
Caja XXIII, 45.
Caja XXIII, 51.
Caja XXIV, 21, 2.
Caja XXIV, 21.
Caja XXIV, 55.
Caja XXIV, 67.
Caja XXIV, 69.1.
Caja XXV, 1, 1.
Caja XXV, 17.
Caja XXV, 54, 1.
Caja XXV, 54, 2.
Caja XXVIII, 31.
Caja XXIX, 3, 1.
Caja XXIX, 3, 2.
Caja XXIX, 3, 3.
Caja XXXIV, 75, 3.
Caja XXXIV, 75, 1.
Caja XXXIV, 75, 2.
Caja LIX, 48.
Caja LIX, 354.
Caja LX, 7, 1.
Caja LX, 2.
Z-IV-17

Biblioteca Nacional

Manuscritos: 2348, 2377, 2979, 3963, 6803, 6916, 10330, 11044, 18120 y 18642.

Bibliothèque Nationale (París)

Fondos españoles. Manuscritos: 23038.

Biblioteca del Palacio Real de Madrid

Manuscritos: K-1-7.

Biblioteca Pública de Toledo

Fondo Borbón-Lorenzana: Manuscritos, 184.

Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España (CODOIN)

Vol. VI, VIII, X, XVI.

Gaceta de Madrid

Madrid, 15 de febrero de 1701.
Madrid, 24 de febrero de 1705.
Madrid, nº 8, 20 de febrero de 1714.
Madrid, nº 1, 2 de enero de 1720.
Madrid, nº 21, 21 de mayo de 1723.
Madrid, nº 36, 5 de septiembre de 1725.
Sevilla, 9 de febrero de 1729.
Sevilla, nº 8, 17 de febrero de 1729.
Madrid, 4 de abril de 1730.
Madrid, nº 29, 19 de julio de 1740.
Madrid, nº 26, 26 de junio de 1742.
Madrid, nº 27, 29 de junio de 1745.
Madrid, nº 28, 12 de julio de 1746.
Madrid, nº 25, 20 de junio de 1752.
Madrid, nº 24, 17 de junio de 1755.
Madrid, nº 31, 1 de agosto de 1758.
Madrid, nº 15, de agosto de 1758.
Madrid, nº 36, 5 de septiembre de 1758.
Madrid, nº 34, 21 de agosto de 1759.
Madrid, nº 28, 15 de julio de 1766.
Madrid, nº 29, 22 de julio de 1766.
Madrid, nº 977, viernes 4 de agosto de 1837.

FUENTES MANUSCRITAS E IMPRESAS

- ALCIATO, A.: *Emblemas*, LVI, Augsburgo, 1531, ed. Madrid, 1975.
- ALONSO DE SANTA CRUZ: *Crónica de los Reyes Católicos*.
- ANDRÉS DE UZTÁRROZ, Juan Francisco: *Obelisco histórico i honorario que Zaragoza erigió a la memoria del Señor Don Baltasar Carlos de Austria*, Zaragoza, 1646.
- ANGLERÍA, Pedro Mártir de: *Epistolario*.
- AYALA, Lorenzo: *Sermón que Predicó el Padre Maestro Fray Lorenzo de Ayala, Predicador de San Benito el Real de Valladolid en las Exequias que a la muerte del Catholico Rey don Felipe II hizo Aquel Real Monasterio*, Madrid, 1601.
- BARRIONUEVO, Jerónimo de: *Avisos (1654-1658)*, ed. PAZ Y MELIA, A., 1892.
- BARTHELEMY, Edouard de: *Les filles du Régent*, 1874.
- CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, ed. Salamanca, 1997.
- *Historia de Felipe II*.
- CALVETE DE ESTRELLA, Juan: *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Phelippe*, ed. CUENCA, Paloma, Madrid, 2001.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio: *Historia de la decadencia de España, desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II*, Madrid, 1910 (1º ed. 1854); *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*, Madrid, 1911 (1º ed. 1869).
- CARDUCHO, Vicente: *Diálogos de la pintura* [Madrid, 1633], ed. de CALVO, F., Madrid, 1979.
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco: *Túmulo imperial de la gran ciudad de México*, ed. México en 1554 y *Túmulo imperial*, México, 1963.
- CERVERA DE LA TORRE, Antonio: *Testimonio auténtico y verdadero de las cosas notables que pasaron en la dichosa muerte de Rey Nuestro Señor Don Felipe II*, Madrid, 1600.
- COXE, William: *Memoirs of the Kings of Spain of the House of Bourbon, from the Accession of Philip the Fifth to the Death of Charles te Third, 1700 to 1788. Drawn from Original and Unpublished Documents*, vol. I-III, Londres, 1813.
- *España bajo el reinado de la Casa de Borbón (1700-1788)*, Alicante, 2011.
- Crónica de Juan I*, ed. ROSELL, Cayetano, Madrid, 1877.
- Descripciones del Cardenal Lorenzana*, ed. de PORRES DE MATEO, J., RODRÍGUEZ DE GRACIA, H. y SÁNCHEZ GONZÁLEZ, R., Toledo, 1986.
- DORMER, Diego José: *Discursos varios de historia*, Zaragoza, 1683.
- ESCOIQUIZ, Juan de: *Memorias (1807-1808)*, ed. Sevilla, 2007.
- Establecimiento para el gobierno de la capilla y capellanes de Nuestra Señora de la Piedad de la villa de Chinchón, Patronato de Serenísimo Señor Infante Don Phelipe, Duque de Parma, Plasencia y Guastala, Señor y Posseedor de el Estado de Chinchón. Fecho y mandando publicar por Su Alteza Real el Serenísimo Señor Infante Cardenal, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas. Con vista de la visita que de Su Real orden hizo de la mencionada Capilla el Licenciado Don Nicolás Joseph Lobo, su Visitador ordinario en los Partidos de Ocaña, y la Guardia de este Arzobispado. Año de MCDDL.*

Exequias reales que a la gloriosa memoria del Serenísimo Señor Don Carlos II celebró en la muy Santa Iglesia Primada la Imperial ciudad de Toledo los días 22 y 23 de diciembre de 1700. Toledo, 1701.

FERNÁN-NÚÑEZ, Conde de: *Vida de Carlos III*, ed. Madrid, 1988.

FLÓREZ, P. Enrique: *Memorias de las reynas católicas, Historia Genealogica de la Casa Real de Castilla, y de León, Todos los Infantes: trages de las Reynas en Estampas; y nuevo aspectos de la Historia de España*, Madrid, 1761, ed. Valladolid, 2002, 2 vol.

FRAY LUIS DE GRANADA: *Guía espiritual*, ed. 1945.

GARCÍA DE SANTA MARÍA, Alvar: *Crónica de Juan II*.

GONZÁLEZ DÁVILA, Gil: *Historia de la vida y hechos del inclito. Monarca amado y santo don Felipe Tercero*, Madrid, 1771.

GRACIÁN DE LA MADRE DE DIOS, Jerónimo: *Arte de bien morir*, ed. en *Obras*, Madrid, Vda. de Alonso Martín, 1616.

HOYO, C. del, MARQUÉS DE LA VILLA DE SAN ANDRÉS: *Madrid por dentro*, ed. de CIORANESCU, A., Madrid, 1983.

HUGO, Sigisbert: *Memorias del General Hugo*, ed. Sevilla, 2007.

JAEGLE, E.: *Correspondance de Madame, Duchesse d'Orléans, extraité de ses lettres originales déposées aux Archives de Hanovre et de ses lettres publiées par M. de Ranke et M.L.W. Holland*, 2º ed. vol. I, París, 1890.

JARDINE, Alexander: *Cartas de España*, ed. PÉREZ BERENGUEL, José Francisco, Alicante, 2001.

LÓPEZ PONCE DE SALAS, M.: *Vida de San Hermenegildo, Rey y Martyr de España; grano fecundo, que con su muerte aumentó de estos Reynos la mejor cosecha*, Madrid, 1680.

MADRID, Bernardino de: *Oración fúnebre en las reales exequias que a nuestro rey difunto católico monarca Don Carlos II... consagró la Villa de Madrid en el Convento de Santo Domingo el Real el 17 de diciembre de 1700*.

MALVEZZI, Virgilio, MARQUÉS DE: *Historia de Phelipe IIIº desde el año 1612 hasta su muerte que fue el año de 1621*.

MELGAREJO, Pedro, *Compendio de contratos públicos. Autos de particiones, ejecutivos y de residencia*, Madrid, 1704.

MONTERO Y ALÓS, Fr. Joseph Gregorio de: *Oración fúnebre que en las solemnes exequias y funeral con que la fidelísima ciudad de Barcelona honró la amable y venerable memoria de la Augustísima Señora Doña Isabel de Farnesio, Duquesa de Parma y Reina de las España (que Dios haya), madre del Augustísimo Señor Don Carlos II nuestro muy amado monarca (que Dios guarde), dixo en la Iglesia Cathedral de Barcelona, estando presentes el M. Ilustre Aiuntamiento, el día 27 de setiembre de 1766*.

NOAILLES, Duque de: *Mémoires politiques et militaires pour servir à l'histoire de Louis XIV et de Louis XV*, París, 1777.

Noticias historiales de la enfermedad, muerte, exsequias de la Esclarecida Reina de las España Doña María Luisa de Orleans Stvart y Austria, Nuestra Señora, dignísima consorte del Rey Nuestro Señor Don Carlos Segundo de Autria, a cuya Cathólica y Avgusta Majestad las dirige y consagra don Iván de Vera Tassis y Villaroel. Con Privilegio. En Madrid. Por Francisco Sanz. Impresor del Reino y Portero de Cámara de Su Majestad. Año de 1690.

NOVOA VARELA, Miguel: *El Real Monasterio de Las Huelgas de Burgos. Reseña de su fundación, sus privilegios casi inverosímiles, por lo extraordinarios, su hermosa fábrica, sus gloriosos sepulcros y su estado actual*, Burgos, 1884.

ORTIZ DE ZÚÑIGA, Anales, vol. V, año 1671.

PALMA, P. Juan de la: *Vida de la serenísima Infanta Sor Margarita de la Cruz, religiosa descalza de Santa Clara*, Sevilla, 1653.

PALOMINO, Francisco: *Vidas*, ed. AYALA MALLORY, Nina, Madrid, 1986.

PIQUER, Andrés: *Discurso sobre la enfermedad del Rey Nuestro Señor D. Fernando Sexto (1759)*.

QUEVEDO, José: *Historia del Real Monasterio de San Lorenzo llamado comúnmente del Escorial*, ed. Madrid, 1849.

RAMÍREZ DE ARELLANO, Teodomiro: *Paseos por Córdoba, o sea, apuntes para su historia*, ed. Madrid, 2003.

RODRÍGUEZ DE MONTFORTE, Pedro: *Descripción de las honras que se hicieron a la Católica Majestad de Felipe IV*, Madrid, Francisco Nieto, 1666.

RODRÍGUEZ VILLA, Antonio: *La reina doña Juana La Loca*, Madrid, 1892.

RODRÍGUEZ, P. Antonio José: *Nuevo aspecto de Teología médico-moral*, 1742.

Sacrosanto Ecuménico y General Concilio de Trento traducido al idioma castellano por Ignacio López de Ayala. Agregase el texto latino corregido según la edición auténtica de Roma, publicada en 1564. 41 edición, Madrid, imprenta de Ramón Ruiz, 1798.

SAINT-SIMON, Duque de: *Viaje a España*.

SÁNCHEZ PINILLOS, Miguel (ed.): *Testamento y Codicilo del Rey don Felipe II*, Madrid, 1882.

SANDOVAL, Fray Prudencio de: *Historia del emperador Carlos V*.

SANTA CRUZ, Alonso de: *Crónica del emperador Carlos V*.
- *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. MATA CARRIAZO, Juan de, Sevilla, 1951.

SANTA TERESA DE JESÚS: *Epistolario, Obras Completas*, ed. de Efrén de la MADRE DE DIOS y O. STEGGINK, Madrid, 1959.

SEPÚLVEDA, Fray Jerónimo de: *Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han acaecido en España y otras naciones desde el año de 1584 al de 1603*.

SIGÜENZA, Fray José de: *Fundación del Monasterio de El Escorial*, ed. Madrid, 1963.

Testamento de Carlos II, ed. 1982.

Testamento de Carlos V, ed. 1982.

Testamento de Felipe II, ed. 1982.

Testamento de Felipe III, ed. 1982.

Testamento de Felipe IV, ed. 1982.

Testamento de Fernando el Católico, ed. 2001.

Testamento de Isabel la Católica, ed. 2001.

VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José: *Anales de Sevilla*, Sevilla, 1872.

VENEGAS DE BUSTO, Alejo: *Agonía del tránsito de la muerte con los avisos y consuelos que cerca de ella son provechosos*, Toledo, Juan de Ayala 1553.

VERA TASSIS Y VILLARROEL, Iván de: *Noticias historiales de la enfermedad, muerte y exequias de la Esclarecida Reina de las Españas Doña María Luisa de Orleáns Borbón Stuart y Austria, Nuestra Señora, dignísima consorte del Rey Nuestro Señor Don Carlos Segundo de Austria*, Madrid, 1690.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD PÉREZ, Antolín: “Un obituario del siglo XVIII: el almocraz de San Vicente Mártir, de Toledo, 1734-1804”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 22 (1988), pp. 67-114.
- ABELLA RUBIO, Juan José: “El túmulo de Carlos V en Valladolid”, *Boletín de Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLIV (1978), pp. 177-200.
- ACIDINI LUCHINAT, Cristina: “La oscura pléyade”, en *Glorias efímeras. Las exequias florentinas por Felipe II y Margarita de Austria*, 1999, pp. 21-26.
- ADAMSON, John: “Introduction. The Making of the Ancien-Régime Court, 1500-1700”, en ADAMSON, John (ed.): *The Princely Courts of Europe. Ritual, Politics and Culture under the Ancien Régimen, 1500-1750*, Londres, 1999, pp. 7-41.
- ADEVA MARTÍN, Ildefonso: “Ars bene moriendi. La muerte amiga”, en AURELL CARDONA, Jaume PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, p. 295-360.
- “Cómo se preparaban para la muerte los españoles a finales del siglo XV”, *Anuario de historia de la Iglesia*, 1 (1992), pp. 113-138.
- AGAPITO REVILLA, Juan: “Honras por Felipe II y proclamación de Felipe III en Valladolid”, *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, I (1923), pp. 126-162.
- *El Real Monasterio de Las Huelgas de Burgos. Apuntes para un estudio histórico-artístico*, 1903.
- AGUADO DE LOS REYES, Jesús: “La vida y la muerte en el barroco sevillano a través de las fuentes notariales”, *Estudis històrics i documents dels arxius de protocols*, 15 (1997), pp. 151-166.
- AGUILAR PIÑAL, Francisco: *Carlos III en el recuerdo (honras fúnebres en memoria del rey difunto)*, Madrid, 1989.
- *Bibliografía de estudios sobre Carlos III y su época*, Madrid, 1988.
 - “Las exequias salmantinas de Carlos III”, *Revista de dialectología y tradiciones populares*, Cuaderno 43 (1988), pp. 21-26.
- AGUILÓ ALONSO, María Paz, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, TÁRRAGA BALDÓ, María Luisa: “La Reina Bárbara de Braganza y la fundación del Monasterio de las Salesas Reales de Madrid”, en *La mujer en el arte español, VIII Jornadas de Arte*, Madrid, 1997, pp. 229-238.
- AGUIRRE SORONDO, Antxon: “Campanas y campaneros de Gipuzkoa”, *Boletín de estudios históricos sobre San Sebastián*, 45 (2012), pp. 369-485.
- ALCALÁ GALVE, Ángel: “Política religiosa de los Reyes Católicos. La Inquisición. La expulsión de los judíos”, en VALDEÓN BARUQUE, Julio (ed.): *Isabel la Católica y la política*, Valladolid, 2001, pp. 117-157.
- ALDANA FERNÁNDEZ, Salvador: “Imágenes y símbolos en los túmulos barrocos valencianos”, *Archivo de Arte Valenciano*, LXI (1980), pp. 48-56.
- “La emblemática valenciana del Barroco y el funesto Geroglífico”, *Archivo de Arte Valenciano*, LX (1979), pp. 46-58.
- ALDEA VAQUERO, Quintín: *El Cardenal Infante Don Fernando o la formación de un príncipe de España*, Madrid, 1997.

ALEMÁN ILLÁN, Anastasio: *Entre la Ilustración y el Romanticismo. Morir en Murcia, siglos XVIII y XIX*, Murcia, 2002.

- “Comportamientos funerarios y estatus social de una élite de poder local: Murcia, siglo XVIII”, *Studia historica. Historia moderna*, 22 (2000), pp. 171-211.
- “Sociabilidad, muerte y religiosidad popular: Las cofradías en Murcia durante el siglo XVIII” en BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos (coords.): *La religiosidad popular*, vol. 2, Barcelona, 1989, pp. 361-383.
- “Actitudes colectivas ante la muerte en Murcia durante el siglo XVIII”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 9, (1988), pp. 95-120.
- “La muerte en la sociedad murciana a finales del Antiguo Régimen: un estudio cuantitativo de testamentos”, *Contrastes. Revista de Historia Moderna*, 3-4 (1987-1988), pp.71-90.

ALEXANDRE-BIDON, Danièle: *La mort au Moyen Âge, XIII^e-XVI^e siècle*, París, 1998.

ALLO MANERO, María Adelaida: “Líneas de investigación sobre el lenguaje emblemático del arte efímero: las composiciones simbólicas para las exequias reales de la casa de Austria”, en REDONDO VEINTEMILLAS, Guillermo, MONTANER FRUTOS, Alberto, GARCÍA LÓPEZ, María Cruz (coords.): *Actas del I Congreso Internacional de Emblemática General*, Vol. III, Zaragoza, 2004, pp. 1701-1710.

- “Las exequias reales de la Casa de Austria y el arte efímero español: estado de la cuestión”, en GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, LOBATO LÓPEZ, María José (coords.): *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*, Valladolid, 2003, pp. 117-135.
- “La mitología en las exequias reales de la Casa de Austria”, *De arte: revista de historia del arte*, 2 (2003), pp. 145-164.
- “Líneas de investigación sobre el lenguaje emblemático del arte efímero: las composiciones simbólicas para las exequias reales de la Casa de Austria”, *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, 85 (2001), pp. 5-12.
- “Exequias del emperador Carlos V en la monarquía hispana”, en ZALAMA RODRÍGUEZ, Miguel Ángel, REDONDO CANTERA, María José (coords.): *Carlos V y las artes: promoción artística y familia imperial*, Valladolid, 2000, pp. 261-282.
- “Exequias reales y arquitectura provisional en la Seo de Zaragoza”, en *La Seo de Zaragoza*, Zaragoza, 1998, pp. 479-491.
- “La arquitectura provisional en los túmulos para exequias reales, 1516-1700”, en *Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna. VIII Muestra de Documentación histórica aragonesa*, Zaragoza, 1995, pp. 131-154.
- “El libro de exequias reales”, en *Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna. VII Muestra de Documentación histórica aragonesa*, Zaragoza, 1995, pp. 68-83 y 188-196.
- “Organización y definición de los programas iconográficos en las exequias reales de la Casa de Austria”, en *Sémata, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 6, (1994), “El Rostro y el Discurso de la Fiesta”, p. 227.
- “La emblemática en las exequias reales de la Casa de Austria”, en *Actas del I simposio internacional de emblemática*, Teruel, 1994, pp. 11-26.

- “Organización y definición de los programas iconográficos en las exequias reales de la Casa de Austria”, *Sémata*, 6 (1994), pp. 223-235.
- “Dirigismo y propaganda en las exequias reales de la Casa de Austria: el artista y su obra al servicio del poder”, en SERRANO MARTÍN, Eliseo: *Muerte, religiosidad y cultura popular: siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, 1994, pp. 499-508.
- *Exequias de la Casa de Austria en España, Italia e Hispanoamérica*, Zaragoza, 1993.
- “La mitología en las exequias reales de la Casa de Austria”, *De Arte. Revista de Historia del Arte*, 2 (1993), pp. 145-164.
- “Las exequias reales de la Casa de Austria en España, Italia e Hispanoamérica”, *Artigrama*, 10 (1993), pp. 597-602.
- “Aportación al estudio de las exequias reales en Hispanoamérica: La influencia sevillana en algunos túmulos limeños y mejicanos”, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 1 (1989), pp. 121-138.
- “Tradición ritual y formal en las exequias reales españolas de la primera mitad del siglo XVIII”, en *El Arte en las cortes europeas del siglo XVIII, Actas del Congreso, Madrid-Aranjuez 27-29 de abril de 1987*, Madrid, 1989, pp. 33-42.
- “Origen, desarrollo y significado de las decoraciones fúnebres. La aportación española”, *Lecturas de Historia del Arte, Ephialte*, 1 (1989), pp. 87-104.
- “Estudio iconográfico y mensaje simbólico de los jeroglíficos realizados en las exequias de Felipe IV en el Real Convento de la Encarnación de Madrid”, en *Arte Funerario. Actas del Coloquio Internacional de Historia del Arte, México, 6-10 de octubre de 1980*, México, 1987, pp. 217-229.
- “Exequias celebradas en la Universidad de Oviedo a la muerte de Felipe IV el Grande”, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 105-106 (1982), pp. 353-366.
- “Honras fúnebres de Felipe IV en Salamanca”, *Cuadernos de investigación: Historia*, VIII, 1-2 (1982), pp. 33-52.
- “Iconografía funeraria de las honras de Felipe IV en España e Hispanoamérica”, *Cuadernos de investigación: Historia*, 1-2 (1981), pp. 73-96.

ALLO MANERO, María Adelaida, ESTEBAN LORENTE, Juan Francisco: “El estudio de las exequias reales de la Monarquía hispana: siglos XVI, XVII y XVIII”, *Artigrama*, 19 (2004), pp. 39-94.

ALONSO ABAD, María Pilar: *El Real Monasterio de las Huelgas de Burgos. Historia y Arte*, Burgos, 2007.

- “Santa María la Real de las Huelgas de Burgos: historia y arte de un monasterio real”, *Cistercium. Revista cisterciense*, 240 (2005), pp. 973-984.

ALONSO DE LA HIGUERA, Gloria: “El ceremonial de la muerte en la Monarquía Hispánica. El Príncipe Don Baltasar Carlos de Austria (1629-1646)” en SERRANO MARTÍN, Eliseo (coord.): *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de jóvenes investigadores en Historia Moderna*, Zaragoza, 2013, pp. 585-599.

ALONSO FERNÁNDEZ, Carmen: “Campanas y campaneros: el taller de fundición del siglo XVIII de la ermita de Vera Cruz de Frandovínez (Burgos)”, *Hispania sacra*, Extra 1, 2014, pp. 265-296.

- ALONSO MORALES, Mercedes: “El tañer de las campanas de la Catedral de Toledo”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 56 (2009), pp. 209-219.
- ALONSO MORALES, Mercedes: “Médicos del Cabildo de la Catedral de Toledo (1684-1901)”, *Toletana. Cuestiones de teología e historia*, 20 (2009), pp. 129-164.
- ALONSO VAÑES, Carlos: “Más datos sobre la llegada al Escorial de la reliquia de san Hermenegildo”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 214 (2001), pp. 449-461.
- “Envío a Felipe II de reliquias de San Lorenzo desde Florencia y Roma para El Escorial”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 212 (1999), pp. 685-711.
 - “La muerte de Felipe II en los “Avvisi” de fondo “Urbinate Latini” de la Biblioteca Vaticana”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 211 (1998), pp. 973-987.
 - *Doña Ana de Austria, Abadesa del Real Monasterio de Las Huelgas. Sus primeros años de gobierno (1611-1614)*, Madrid, 1990.
- ALVAR EZQUERRA: *La Emperatriz Isabel y Carlos V: Amor y Gobierno en la corte española del Renacimiento (1503-1539)*, Madrid, 2012.
- *El duque de Lerma. Corrupción y desmoralización en la España del siglo XVII*, Madrid, 2010
- ALVAR, Elena: “Exequias y certamen poético por Margarita de Austria (Zaragoza, 1612)”, *Archivo de filología aragonesa*, Vol. XXVI-XXVII (1980), pp. 225-392.
- ÁLVAREZ ÁLVAREZ, Arturo: “Guadalupe, paraíso de la Reina Católica”, en NAVASCUÉS PALACIO, Pedro (ed.): *Isabel la Católica. Reina de Castilla*, Barcelona, 2002, pp. 357-386.
- ÁLVAREZ DE LINERA, Antonio: “La extraña conducta de Carlos III con su hermano don Luis”, *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, 56 (1948), pp. 33-71.
- ÁLVAREZ FORTES, Anna María: *El sentit de la mort en l'Elx medieval: un llibre de clàusules testamentàries de l'església de Santa Maria (1294-1444)*, Alicante, 1997.
- “El testament com a font de la història religiosa i social: notes per al seu estudi a Elx a l'època foral”, *Festa d'Elx*, 49 (1997), pp. 189-221.
 - “El sentit de la mort per a l'home de l'Elx medieval”, *Festa d'Elx*, 42 (1990), pp. 19-38.
- ÁLVAREZ GÓMEZ, Daniel: “Els testaments del jurista Narcís de Sant Dionís (1458) i del seu germà Dalmau (1432)”, *Cuadernos de historia del derecho*, 19 (2012), pp. 233-255.
- ÁLVAREZ MÁRQUEZ, María del Carmen: “La biblioteca de Don Antonio Juan Luis de la Cerda, VII Duque de Medinaceli, en su palacio del Puerto de Santa María (1673)”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 15 (1988), pp. 251-390.
- “La biblioteca de Don Fadrique Enríquez de Ribera, I Marqués de Tarifa (1532)”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 13 (1986), pp. 1-40.
- ÁLVAREZ SANTALÓ, Carlos, BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, (coords.): *La religiosidad popular*, 2 vol., Barcelona, 1989.
- ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos: “Noticia del dolor: enfermedad y medicina en la literatura devota del siglo XVII; un ejemplo, al paso, de 1671”, *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 12-13 (2000-2001), pp. 69-98.
- ÁLVAREZ-COCA GONZÁLEZ, María Jesús: “María Luisa de Borbón (1782-1824). De reina de Etruria a duquesa de Lucca. Su documentación en el Archivo Histórico

Nacional”, en *Spagnoli a Palazzo Pitti: il Regno d'Etruria (1801-1807)*, Florencia, 2012, pp. 437-478.

ALVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, Antonio: “Las esferas de la Corte: príncipe, nobleza y mudanza en la jerarquía”, en CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco, MONTEIRO, Nuno Gonçalves (coord.): *Poder y movilidad social: cortesanos, religiosos y oligarquías en la península Ibérica (siglos XV-XIX)*, Madrid, 2006, pp. 129-214.

- “Facciones cortesanas y arte del buen gobierno en los sermones predicados en la Capilla Real en tiempos de Carlos II”, *Criticón*, 90 (2004), pp. 99-123.

- “Las esferas de la corte: príncipe, nobleza y mudanza en la jerarquía en la monarquía de España”, *Annali di storia moderna e contemporanea*, 8 (2002), pp. 47-111

- “De la gravedad a la gracia: El príncipe Felipe en Italia”, en CALVETE DE ESTRELLA, Juan: *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Philippe* (ed. CUENCA, Paloma), Madrid, 2001.

- “El arte de medrar en la corte: rey, nobleza y el código del honor”, en CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco, HERNÁNDEZ FRANCO, Juan (ed.): *Familias, poderosos y oligarquías*, Murcia, 2001, pp. 39-60.

- “Proteo en Palacio. El arte de la disimulación y la simulación del cortesano”, en MORÁN TURINA, Miguel, GARCÍA GARCÍA, Bernardo José (ed.): *El Madrid de Velázquez y Calderón. Villa y corte en el siglo XVII*, Vol. I, Madrid, 2000, pp. 111-138.

- “Del caballero al cortesano: la nobleza en la monarquía de los Austrias”, en *El mundo de Carlos V: de la España medieval al Siglo de Oro*, Madrid, 2000, pp. 135-155.

- “Ceremonial de palacio y constitución de monarquía: las embajadas de las provincias en la corte de Carlos II”, *Annali di storia moderna e contemporanea*, 6 (2000), pp. 227-358.

- “La discreción del cortesano”, *Edad de oro*, 18 (1999), pp. 9-45.

- “Rango y apariencia: el decoro y la quiebra de la distinción en Castilla (siglos XVI-XVIII)”, *Revista de historia moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 17 (1998-1999), pp. 263-278.

- “El cortesano discreto. Itinerario de una ciencia áulica (ss. XVI-XVII)”, *Historia social*, 28 (1997), pp. 73-94.

- “La corte: Un espacio abierto para la historia social”, en CASTILLO, Santiago (coord.) *La historia social en España: Actualidades y perspectivas*, Madrid, 1991, pp. 247-260.

- “El laberinto de la corte”, en *Felipe II, un monarca y su época. Las tierras y los hombres del rey*, Madrid, 1998, pp. 81-90.

- “El cortesano discreto: itinerario de una ciencia áulica (s. XVI-XVII)”, en *Historia Social*, 28 (1997), pp. 73-98.

- “Leyes suntuarias y circulación de elites: el consumo suntuario frente a la sociedad estamental (siglos XVI-XVIII)”, *Actas del I Congreso de Jóvenes Geógrafos e Historiadores*, Sevilla, 1995, pp. 267-273.

- “El favor real: liberalidad del príncipe y jerarquía de la república (1665-1700)”, en MOZZARELLI, Cesare, CONTINISIO, Chiara (coord.): *Reppublica e Virtù: Pensiero politico e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo*, Roma, 1995, pp. 393-453.

- “La corte: un espacio abierto para la historia social”, en CASTILLO ALONSO, Santiago (coord.): *La historia social en España: actualidad y perspectivas*, Zaragoza, 1991, pp. 247-260.
- AMIGO VÁZQUEZ, Lourdes: “Reliquias de una dinastía: el traslado del cuerpo de María de Hungría de Valladolid a El Escorial (1574)”, en MARTÍNEZ ALCALDE, María, RUIZ IBÁÑEZ, José Javier (coords.): *Felipe II y Almazarrón. La construcción local de un Imperio global*, Vol. 1, Murcia, 2014, pp. 383-402.
- ANDERSON, Jaynie: “Le roi ne meurt jamais: Charles V’s Obseques in Italy”, *Studia Albortiana*, XXVI, 1 (1979), pp. 379-399.
- ANDRADA PFEIFFER, Ramón: “Panteón de Reyes de El Escorial. Enterramiento del Rey Alfonso XIII”, *Reales Sitios*, 63 (1980), p. 16.
- ANDRADE CERNADAS, José Miguel: “Los testamentos como reflejo de los cambios de actitud ante la muerte en la Galicia del siglo XIV”, *Sémata. Ciências sociais e humanidades*, 17 (2006), pp. 97-114.
- ANES ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo (dir.): *Isabel la Católica y el Arte*, Madrid, 2006.
- *Las colecciones reales y el Museo del Prado*, Madrid, 1996.
- “Lo rural en la Castilla de Felipe II”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 59-68.
- ANSÓN CALVO, María del Carmen: “Baltasar Carlos y Zaragoza: apuntes de un recuerdo”, *Cuadernos de Zaragoza*, 17 (1977), pp. 3-21.
- ARAM, Bethany: *La reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*, Madrid, 2001.
- ARANDA MENDÍAZ, Manuel: *El hombre del siglo XVIII en Gran Canaria. El testamento como fuente de investigación histórico-jurídica*, Las Palmas de Gran Canaria, 1993.
- ARANDA PÉREZ, Francisco José: “Prosopografía y particiones de bienes: una propuesta metodológica para el estudio de las oligarquías urbanas castellanas en la Edad Moderna”, *Cuadernos de historia moderna*, 12 (1991), pp. 259-276.
- ARAÚJO, Ana Cristina: *A morte em Lisboa. Atitudes e representações, 1700-1830*, Lisboa, 1997.
- ARBURY, Andrew S.: “Spanish catafalques of the Golden Age”, *Rutgers Art Review*, 12-13 (1992), pp. 1-22.
- ARCO Y GARAY, Ricardo del: “La Infanta Vallabriga”, en *El Genio de la Raza. Figuras Aragonesas (tercera serie)*, Zaragoza, 1956, p. 195.
- “Honras fúnebres de la reina Doña Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV. Año 1644”, *Linajes de Aragón*, IV (1913), pp. 152-156.
- ARELLANO CÓRDOBA, Alicia: “Sebastián Medrano y Alvarado”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 27 (1991), pp. 93-107.
- ARELLANO GARCÍA, Mario: “Pedro Calderón de la Barca, Capellán de la Real Capilla”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 42 (2000), pp. 163-186.
- “La familia Sánchez Cota”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 31 (1994), pp. 283-309.
- ARIÈS, Philippe: *El hombre ante la muerte*, Madrid, 2011 (*L’homme devant la mort*, París, 1977).

- *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad media hasta nuestros días*, Barcelona, 2011 (*Essais sur l'histoire de la mort en Occident du Moyen Âge à nos jours*, París, 1975).
- "Note critique. Le purgatoire et la cosmologie de l'au-delà", *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 38 (1983), pp. 151-157.
- ARNAIZ TEJEDOR, José Manuel: "Goya y el infante don Luis", en *Goya y el infante don Luis de Borbón. Homenaje a la "infanta" doña María Teresa de Vallabriga*, Zaragoza, 1996, pp. 19-35.
- ARRANZ GUZMÁN, Ana: "La reflexión sobre la muerte en el medievo hispánico: ¿Continuidad o ruptura?", *En la España medieval*, 8 (1986), pp. 109-124.
- ARRIBA CANTERO, Sandra de: *Arte e iconografía de san José en España*, Valladolid, 2013.
- ARTOLA GALLEGO, Miguel: *La España de Fernando VII*, Madrid, 1999.
- AUGE, Jean Louis: "Plañidero. Taller de Jaume Cascals", en *Obras maestras españolas en el Museo Goya de Castres*, Madrid, 2002, p. 170.
- AURELL CARDONA, Jaume PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002.
- AURELL CARDONA, Jaume: "La impronta de los testamentos bajomedievales: entre la precariedad de lo corporal y la durabilidad de lo espiritual", en AURELL CARDONA, Jaume, PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte: actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, p. 77-94.
- AURENHAMMER, A., DAUBLE, F.: "Die exequien fur Faiser Karl V. in Augsburg, Brussel und Bologna", *Wolfenbuttelor Forschungen*, 22 (1983), pp. 141-190.
- AVENTÍN I PUIG, Mercè: "La familia ante la muerte: el culto a la memoria", en IGLESIA DUARTE, José Ignacio de la (coord.): *La familia en la Edad Media. XI Semana de Estudios Medievales*, Nájera, 2001, pp. 387-412.
- AZANZA LÓPEZ, José Javier: "La catedral de Pamplona como escenario del drama barroco: las exequias de María Amalia de Sajonia (1760)", *Cuadernos de la Cátedra de Patrimonio y Arte Navarro*, 1 (2006), pp. 433-456.
- "Los jeroglíficos de Felipe IV en la Encarnación de Madrid como fuente de inspiración en las exequias pamplonesas de Felipe V", en ZAFRA, Rafael, AZANZA LÓPEZ, José Javier (ed.): *Emblemata áurea: La emblemática en el arte y en la literatura del Siglo de Oro*, Madrid, 2000, pp. 33-55.
- "Túmulos y jeroglíficos en Pamplona por la muerte de Isabel de Farnesio", *Archivo español de arte*, 289 (2000), pp. 45-61.
- AZCÁRATE RISTORI, José María de: "Datos sobre los túmulos de la época de Felipe IV", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXVIII (1961), pp. 289-296.
- AZCÁRRAGA SERVERT, Joaquín de: *La insigne Orden del Toisón de Oro*, Madrid, 2001.
- "Felipe II, el Toisón de Oro y los sucesos y Flandes", *Cuadernos de historia del derecho*, 6 (1999), pp. 475-490.
- AZCONA, Tarsicio de: *Isabel la Católica. Vida y reinado*, Madrid, 2002.
- "Isabel la Católica bajo el signo de la revolución y de la guerra (1464-1474)", en VALDEÓN BARUQUE, Julio (ed.): *Isabel la Católica y la política*, Valladolid, 2001, pp. 51-83.

- “El Príncipe Don Juan, heredero de los Reyes Católicos, en el V Centenario de su nacimiento (1478-1797)”, *Cuadernos de investigación histórica*, 7 (1983), pp. 219-244.
- AZNAR MARTÍNEZ, Daniel, SÁNCHEZ MARCOS, Fernando: “Don Juan (José) de Austria, bastardo regio y Gran Prior. La consolidación del poder real sobre la Orden de San Juan en la época de Felipe IV”, en RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel (coord.): *Nobleza hispana, nobleza cristiana: la Orden de San Juan*, Vol. 2, Madrid, 2009, pp. 1555-1581.
- AZPEITIA MARTÍN, María: “Historiografía de la “Historia de la muerte”, *Studia historia. Historia medieval*, 26 (2008), pp. 113-132.
- “El libro de los aniversarios de la Catedral de Salamanca”, *Salamanca. Revista de Estudios*, 55 (2007), pp. 107-146.
- BAENA GALLÉ, José Manuel: “1793: Exequias reales en Sevilla por Luis XVI, Rey de Francia”, *Atrio. Revista de historia del arte*, 5 (1993), pp. 65-71.
- *Exequias reales en la catedral de Sevilla durante el siglo XVII*, Sevilla, 1992.
- BALADO PACHÓN, Arturo, ESCRIBANO VELASCO, Consuelo: “Los enterramientos reales de la Iglesia de la Cartuja de Miraflores. Estudios arqueológicos y antropológicos”, en *La Cartuja de Miraflores*, Madrid, 2007, pp. 82-85.
- BALANSÓ AMER, Juan: *La Casa Real de España*, Madrid, 1976.
- BALBÁS, Presentación: “Las infantas “señoras” de las Huelgas. Un caso excepcional en la historia monástica”, *Reales Sitios*, 92 (1987), pp. 65-69.
- BALDÓ ALCOZ, Julia, GARCÍA DE LA BORBOLLA GARCÍA DE PAREDES, Ángeles, PAVÓN BENITO, Julia: “Registrar la muerte (1381-1512). Un análisis de testamentos y mandas pías contenidos en los protocolos notariales navarros”, *Hispania*, 219 (2005), pp. 155-226.
- BALDÓ ALCOZ, Julia: “La tradición cristiana del culto a los difuntos: sufragios, misas e indulgencias”, en LÓPEZ OJEDA, Esther (coord.): *De la tierra al cielo: ubi sunt qui ante nos in hoc mundo fuere? XXIV Semana de Estudios Medievales (La Rioja)*, Nájera, 2014, pp. 141-188.
- “Las misas post mortem: simbolismos y devociones en torno a la muerte y el más allá en la Navarra bajomedieval”, *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, 28 (2006), pp. 353-374.
- BALDUQUE MARCOS, Luis Miguel: *El Ejército de Carlos III: Extracción social, origen geográfico y formas de vida de los Oficiales de S.M.*, Tesis doctoral, Madrid, 1994.
- BANGO TORVISO, Isidro: “El espacio para enterramientos privilegiados en la arquitectura medieval española”, *Anuario del Departamento de Historia y teoría del Arte*, 4 (1992), 93-132.
- BARBEITO DÍEZ, José Manuel: “Juan Gómez de Mora, Antonio Mancelli y Cassiano dal Pozzo”, *Archivo español de arte*, 342 (2013), pp. 107-122.
- “Olivares en palacio”, *Libros de la corte*, 2 (2010).
- “Velázquez, Gómez de Mora y Carbonel: tres artistas en la Corte de Felipe IV”, *Reales Sitios*, 141 (1999), pp. 18-28.
- BARBERO, Alessandro: *Carlomagno*, Barcelona, 2001.
- BARCELÓ Y CRESPI, Maria, “El testament de dos humanistas: Gabriel Mora i Gregori Genovard”, *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana. Revista d'estudis històrics*, 58 (2002), pp. 281-290.

BARCIA PAVÓN, Ángel: “Pompa fúnebre de Carlos V”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, IX (1903), pp. 429-439.

BARREIRO MALLÓN, Baudilio: “La nobleza asturiana ante la muerte y la vida”, en *II Coloquio de Metodología Aplicada*, Santiago de Compostela, 1982, pp. 27-60.

- “El sentido religioso del hombre ante la muerte en el Antiguo Régimen: un estudio sobre archivos parroquiales y testamentos notariales”, *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas*, Santiago de Compostela, 1973, vol. V, Santiago de Compostela, 1975, pp. 181-197.

BARREIRO, P. Agustín, O.S.A.: “El testamento del doctor Francisco Hernández”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 94 (1929), pp. 475-497.

BARRERA AYMERICH, Modesto: “Religión y asistencia social en el Antiguo Régimen. Las mandas pías de los testadores de Castelló y Borriana durante los siglos XVII y XVIII”, *Estudis*, 16 (1990), pp. 115-140.

- “La representatividad social del testamento y la importancia de mecanismos sustitutorios durante los siglos XVII y XVIII: un estudio sobre la documentación parroquial de Borriana”, *Estudis castellonencs*, 4 (1987-1988), pp. 351-362.

BARRIO GOZALO, Maximiliano: “La embajada del Cardenal Troiano Acquaviva d’Aragona ante la Corte romana (1735-1747)”, *Cuadernos Dieciochistas*, 14 (2013), pp. 233-260.

- *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, Madrid, 2004.

BARRIO MOYA, José Luis: “Don Nicolás Sanz Palanco, médico campeño al servicio de Fernando VI y Carlos III”, *Anales Complutenses*, 20 (2008), pp. 219-249.

- “Una importante biblioteca jurídica madrileña del siglo XVII: la del oidor don Luis Barahona Saravia (1689)”, *Anuario de historia del derecho español*, 77 (2007), pp. 481-506.
- “Don Pedro Barba, médico palentino del rey Felipe IV: Aportación documental”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 77 (2006), pp. 385-406.
- “El caballero menorquín don Isidro Márquez, secretario de la Reina Mariana de Austria en el Despacho Universal. Testamento y muerte (1672)”, *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana. Revista d’estudis històrics*, 62 (2006), pp. 245-252.
- “El inventario de los bienes de Dionisio Sánchez Escobar, un batidor de oro palentino en el Madrid de Felipe V (1746)”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 76 (2005), pp. 509-517.
- “La Biblioteca Jurídica de don Fernando Queipo de Llano y Valdés, Consejero de Carlos II en el Real de Órdenes (1677)”, *Anuario de historia del derecho español*, 75 (2005), pp. 683-702.
- “La testamentaria de D. Andrés Gómez de la Real, un maestro del arte de la seda palentino en el Madrid de Felipe IV y Carlos II (1682)”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 75 (2004), pp. 375-394.
- “Don Mateo Cabrer, contrabajo mallorquín en la Capilla Real de Madrid durante los reinados de Carlos II y Felipe V”, *Bolletí de la Societat Arqueologica Lul·liana. Revista d’estudis històrics*, 60 (2004), pp. 233-250.

- “La librería de don Juan Álvarez de Prado, procurador de los reales Consejos en tiempos de Carlos II (1700)”, *Anuario de historia del derecho español*, 73 (2003), pp. 537-543.
- “Don Francisco de Rivas del Castillo, catedrático de medicina de la Universidad de Alcalá de Henares y médico de cámara de los Reyes Felipe V y Carlos II”, *Anales Complutenses*, 14 (2002), pp. 77-96.
- “Testamento y muerte de Don Diego Sarmiento de Sotomayor, Obispo de Astorga de 1555 a 1571”, *Tierras de León. Revista de la Diputación Provincial*, 89-90 (1993), pp. 71-82.
- “El inventario de bienes del hidalgo leonés don Andrés González de Bricianos, contador de los gastos secretos de Carlos II y Felipe V (1708)”, *Tierras de León. Revista de la Diputación Provincial*, 99 (1995), pp. 29-56.
- “El Inventario de los Bienes de Doña María Francisca Dávila y Zúñiga, marquesa de Mirabel (1659)”, *Revista de estudios extremeños*, vol. XLIX, 3 (1993), pp. 603-626.
- “La librería de Don Antonio Álvarez de Castro, presidente de la Audiencia de Guadalajara (México) durante el reinado de Carlos II”, *Anuario de historia del derecho español*, 60 (1990), pp. 489-496.
- “La librería de don Felipe de Iturrucha Retes, abogado del secreto de la Inquisición de Valladolid”, *Anuario de historia del derecho español*, 57 (1987), pp. 609-616.
- “La librería de don Tomás de la Tajada, abogado de los Reales Consejos durante los reinados de Carlos II y Felipe V (1714)”, *Anuario de historia del derecho español*, 56 (1986), pp. 759-780.
- “Velázquez y Gómez de Mora juntos en una libranza”, *Archivo español de arte*, 203 (1978), pp. 346-360.

BARRIOCANAL LÓPEZ, María Yolanda: “Exequias reales y arte efímero en la ciudad de Santiago de Compostela”, en NIETO ALCAIDE, Víctor, *Santiago y la Monarquía de España (1504-1788)*, Madrid, 2004, pp. 191-206.

- “La metáfora de la nave: un tópico religioso-político en la decoración fúnebre de las exequias regias”, en PABA, Antonia, ANDRÉS RENALES, Gabriel (coords.): *Encuentro de civilizaciones (1500-1750): informar, narrar, celebrar: actas del tercer Coloquio Internacional sobre relaciones de sucesos*, Alcalá de Henares, 2003, pp. 39-48.
- “La permanencia dinástica en la literatura e iconografía fúnebre de las exequias reales celebradas en la Galicia del Antiguo Régimen”, en LÓPEZ POZA, Sagrario (coord.), PENA SUEIRO, Nieves (coord.): *La fiesta: actas del II Seminario de Relaciones de Sucesos (A Coruña, 1998)*, Ferrol, 1999, pp. 19-28.
- *Exequias reales en la Galicia del Antiguo Régimen: poder ritual y arte efímero*, Vigo, 1997.

BARRIOS PINTADO, Feliciano: “Símbolos de la monarquía y representación regia”, en GARCÍA-FRÍAS CHECA, Carmen, JORDÁN DE URRÍES Y DE LA COLINA, Javier (coord.): *El retrato en las colecciones reales de Patrimonio Nacional*, Madrid, 2014, pp. 15-27

- “Exequias y ceremonial: las honras fúnebres del rey en la Corte”, en ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio (ed.): *El Rey. Historia de la Monarquía*, Vol. III, Barcelona, 2008, pp. 189-295.

- “Las Cortes de los reinos españoles en los siglos XVI y XVII”, en ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio (coord.): *Cortes y Constitución de Cádiz. 200 años*, Vol. 1, Madrid, 2011, pp. 138-155
- “Los Borbón en España: nueva dinastía, nuevos títulos y nuevas instituciones” en *La Casa de Borbó / La Casa de Borbón: ciència i tècnica a l'Espanya il·lustrada / ciencia y técnica en la España ilustrada*, Valencia, 2006, pp. 37-50.
- “La atracción de la corte: burócratas y pretendientes”, en *El mundo que vivió Cervantes*, Madrid, 2005, pp. 78-87.
- “Consolidación de la Polisinodia Hispánica y Administración Indiana”, en BARRIOS PINTADO, Feliciano (coord.): *El gobierno de un mundo: virreinos y audiencias en la América hispánica*, Madrid, 2004, pp. 119-134.
- “Los hidalgos vascongados y la administración de la Monarquía hispánica: una aproximación al tema”, en IGLESIAS CANO, María del Carmen (dir.): *Nobleza y sociedad III: las noblezas españolas, reinos y señoríos en la Edad Moderna*, Madrid, 1999, pp. 65-78.
- “Sólo Madrid es corte”, en *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, Madrid, 1998, pp. 167-184.
- “La creación de la Secretaría del Registro general de Mercedes en 1625”, *Anuario de historia del derecho español*, 67 (1997), pp. 943-956.
- *Los Reales Consejos. El Gobierno central de la Monarquía en los escritores sobre Madrid del siglo XVII*, Madrid, 1988.
- “Práctica diplomática de la Corte de España a principios del siglo XVIII: Notas a un reglamento de ceremonial de 1717”, *Revista de estudios políticos*, 62 (1988), pp. 163-184.

BARRIOS ROZÚA, Juan Manuel: “El Convento de San Francisco de la Alhambra: de cenobio a ruina romántica”, *Reales Sitios*, 168 (2006), pp. 36-51.

BARRIOS SOTOS, José Luis: *Vida, Iglesia y Cultura en la Edad Media. Testamentos en torno al cabildo toledano del siglo XIV*, Alcalá de Henares, 2011.

BARRIOS, Manuel: *Matrimonios desafortunados de la Realeza española*, Madrid, 1996.

BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, Juan Manuel: “Las actitudes religiosas colectivas ante la muerte: un punto de partida: una práctica testamentaria baja; el testamento...; invocaciones y creencias; intercesora para la salvación del alma...; muerte, entierro y parafernalia; las misas post-mortem, aniversarios, memorias y capellanías”, en RUBIO PÉREZ, Laureano Manuel: *La historia de León*, Vol. III, *Edad Moderna*, 1999, pp. 476-487.

- “Las actitudes sociales ante la muerte y las prácticas religiosas en el Bierzo en el s. XVIII”, *Estudios humanísticos. Geografía, historia y arte*, 17 (1995), pp. 275-296.
- “El sistema hereditario en Palencia en el siglo XVIII según los testamentos”, en CALLEJA GONZÁLEZ, María Valentina: *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, Vol. III, *Edad Moderna y Edad Contemporánea*, 1995, pp. 167-176.
- “Testamentos, inventarios y cuentas de testamentaría: un acercamiento al status socioeconómico y al estilo de vida de la población palentina de la primera mitad del siglo XVIII”, en CALLEJA GONZÁLEZ, María Valentina: *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, Vol. III, *Edad Moderna y Edad Contemporánea*, 1990, pp. 469-482.

- BAUTISTA PÉREZ, Francisco: "Memoria de Carlomagno: sobre la difusión temprana de la materia carolingia en España (siglos XI-XII)", *Revista de poética medieval*, 25 (2010), pp. 47-110.
- BAVIERA Y BORBÓN, José Eugenio: "Elogio de Fernando VI", *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 3 (1952), pp. 312-340.
- BAVIERA, Adalberto de: *Mariana de Neoburgo, reina de España*, Madrid, 1938.
- BEJARANO PELLICER, Clara: "El paisaje sonoro fúnebre en España en la Edad Moderna: El caso de Sevilla", *Obradoiro de Historia Moderna*, 22 (2013), p. 249-282.
- BEJARANO PÉREZ, Rafael: "Santa Teresa, Patrona de España", *Isla de Arriarán*, 6 (1995), p. 33-34.
- BEJARANO RUBIO, Amparo y MOLINA MOLINA, Ángel Luis: "Actitud del hombre ante la muerte: los testamentos murcianos de finales del siglo XV", *Miscelánea medieval murciana*, 12 (1985), pp. 185-202.
- BEJARANO RUBIO, Amparo: *El hombre y la muerte. Los testamentos murcianos bajomedievales*, Cartagena, 1990;
- "La elección de sepultura a través de los testamentos medievales murcianos", *Miscelánea medieval murciana*, 14 (1987-1988), pp. 333-347.
- BELADIEZ NAVARRO, Emilio: *Españolas, reinas de Francia*, Madrid, 2002.
- BELDA NAVARRO, Cristóbal: *Emblemas, jeroglíficos, enigmas y laberintos en el arte efímero de Murcia durante el Siglo de Oro*, Murcia, 1990.
- "Los jeroglíficos de las exequias reales del siglo XVII. Las justas poéticas de Murcia", *Lecturas de Historia del Arte. Ephialte*, II (1990), pp. 134-143;
- BELMONTE DÍAZ, José, LESEDUARTE GIL, Pilar: *Godoy. Historia documentada de un expolio*, Bilbao, 2004.
- BENNASSAR, Bartolomé: *Le lit, le pouvoir et la mort. Reines et princesses d'Europe de la Renaissance aux Lumières*, París, 2006.
- *Don Juan de Austria. Un héroe para un imperio*, Madrid, 2004.
 - *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*, Valladolid, 1989.
 - "Los inventarios post-mortem y la historia de las mentalidades", en EIRAS ROEL, Antonio (coord.): *La documentación notarial y la historia. Actas del II Coloquio de metodología histórica aplicada*, Vol. II, Santiago de Compostela, 1984, pp. 139-146.
- BERENDSEN, Olga: "R. Taddeo's Zuccaro's Painting for Charles V's Obsequies in Rome", *Burlington Magazine*, CXII (1971), pp. 809-811.
- BERMEJO CABRERO, José Luis: "Amor y temor al rey. Evolución histórica de un tópico político", en *Revista de Estudios Políticos*, 192 (1973), pp. 107-127.
- BERTELLI, Segio: *Il corpo del re. Sacralità del potere nell'Europa medievale e moderna*, Florencia, 1990.
- BIETTI, Monica: "Los lienzos con historias de la vida de Margarita de Austria, reina de España. 3 de octubre de 1611-6 de febrero de 1612", en *Glorias efímeras. Las exequias florentinas por Felipe II y Margarita de Austria*, 1999, p. 225-228.
- BLASCO ESQUIVIAS, Beatriz, "El Madrid de Filippo Juvarra y las alternativas locales a su proyecto para Palacio Real", en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid, 1994, pp. 45-112.

- “Túmulos de Teodoro Ardemans durante el reinado de Felipe V”, *Cuadernos de arte e iconografía*, V, 9 (1992), pp. 157-180.

BLASCO ESQUIVIAS, Carmen: *El Palacio del Buen Retiro de Madrid. Un proyecto hacia el pasado*, Madrid, 2001.

BLOCH, Marc: *Les rois thaumaturges*, París, 1924.

BOCCHERINI SÁNCHEZ, José Antonio: “Los testamentos de Boccherini”, *Revista de musicología*, 22 (1999), pp. 93-122.

BONET CORREA, Antonio: “El infante don Luis y la arquitectura”, en *Goya y el infante don Luis: el exilio y el reino. Arte y ciencia en la época de la Ilustración española*, Madrid, 2012, pp. 91-104.

- “La arquitectura efímera del Barroco en España”, en CHECA CREMADES, Fernando (dir.): *Arte barroco e ideal clásico: aspectos del arte cortesano de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, 2004, pp. 19-42.
- “Un reinado bajo el signo de la paz”, en *Fernando VI y Bárbara de Braganza, 1746-1759. Un reinado bajo el signo de la Paz*, Madrid, 2002, pp. 1-28.
- “Las exequias de Felipe II”, en *Felipe II y su época. Actas del Simposium (El Escorial, 1-5 septiembre de 1998)*, San Lorenzo de El Escorial, 1998, Vol. 1, pp. 311-322.
- “El abate y arquitecto italiano Juvarra y el arte monárquico en España”, *Reales Sitios*, 119 (1994), pp. 2-3.
- “Filippo Juvarra y la gran arquitectura borbónica en España”, en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid, 1994, pp. 25-44.
- “La arquitectura efímera del Barroco en España”, *Norba*, 13 (1993), pp. 23-70.
- *Fiesta, poder y arquitectura: aproximaciones al Barroco español*, Madrid, 1990.
- “La fiesta barroca como práctica de poder”, *Diwan*, 5-6 (1979), pp. 53-85; “El túmulo de Felipe IV de Herrera Barnuevo y los retablos-baldaquinos del barroco español”, *Archivo español de arte*, 136 (1961), pp. 285-296.
- “Túmulos del Emperador Carlos V”, *Archivo español de arte*, 129 (1960), pp. 55-66.

BOROBIA PAÑOS, Ramón: “El lenguaje de las campanas de Santa María de Borja”, *Cuadernos de estudios borjanos*, 46 (2003), pp. 123-124.

BORRÀS I FELIU, Antoni: “Els testaments catalans del segle XV, testimoni de la vida religiosa de la burgesia catalana i valenciana d'aquell segle”, *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 26 (2005), pp. 1051-1062.

BORROMEO, Agostino: “Felipe II y el absolutismo confesional”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 185-196.

BOUZA ÁLVAREZ, Fernando: “María, “Planeta de Lusitania”. Felipe II y Portugal, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 105-118.

- “El rey, a escena: mirada y lectura de la fiesta en la génesis del efímero moderno”, *Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia Moderna*, 10 (1997), pp. 33-52.

- BOUZA REY, Fermín: “Las exequias del emperador Carlos I en la catedral de Santiago. Textos y documentos”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XIV (1959), pp. 267-276.
- BRETAÑA, Cesare Enrico: “Iconografía de los Sitios Reales de Juvarra en el Piamonte”, en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid, 1994, pp. 205-216.
- BROWN, Jonathan, ELLIOTT, John: *Un palacio para el rey. El Buen retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid, 2003.
- BROWN, Jonathan: “Felipe IV como mecenas y coleccionista”, en ÚBEDA DE LOS COBOS, Andrés (ed.): *El Palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro*, Madrid, 2005, pp. 45-62.
- BUCHOLZ, Robert O.: *The Augustan Court. Queen Anne and the Decline of Court Culture*, Stanford, 1993.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel: “Filiberto de Saboya, un príncipe que llega a ser Gran Prior”, en RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel (coord.): *Nobleza hispana, nobleza cristiana: la Orden de San Juan*, Vol. 2, Madrid, 2009, pp. 1529-1554.
- BURGOS HERVÁS, Lourdes: “Felipe II y las reliquias del apóstol Santiago”, *Iacobus. Revista de estudios jacobeos y medievales*, 5-6 (1998).
- BURKE, Peter: *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1984*, Barcelona, 1994.
- *The Historical Anthropology of Early Modern Italy*, Cambridge, 1987.
- BURKOLTER-TRACHSEL, Verena: *The patronage system. Theoretical remarks*, Basel, 1976.
- BURROWS, Simon: *Blackmail, Scandal and Revolution. London's French Libellistes, 1758-92*, Manchester, 2006.
- BUSTAMANTE GARCÍA, Agustín: “Las Trazas de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid. Felipe II y sus Arquitectos”, en LÓPEZ-VIDRIERO ABELLO, María Luisa (coord.): *Las trazas de Juan de Herrera y sus seguidores*, Madrid, 2001, pp. 287-336.
- CABEZAS FONTANILLA, Susana: “Los testamentos y codicilos más antiguos de Madrid: estudio paleográfico y diplomático”, en GALENDE DÍAZ, Juan Carlos, SANTIAGO FERNÁNDEZ, Javier de (dir.): *La muerte y sus testimonios escritos. IX Jornadas Científicas sobre Documentación*, Madrid, 2011, pp. 9-35.
- *Función social del testamento en el Madrid del s. XVI*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2003.
- CABRERA SÁNCHEZ, Margarita: “La muerte de los miembros de la realeza hispánica medieval a través de los testimonios historiográficos”, *En la España medieval*, 34 (2011), pp. 97-132.
- CALARESU, Melisa, VIVO, Filippo de, RUBIÉS I MIRABET (coords.): *Exploring cultural history: essays in honour of Peter Burke*, Aldershot, 2010, pp. 55-76.
- CALDERÓN, Carlos: “Testamentos, codicilos y escrituras públicas. Evolución y contenidos de la última voluntad femenina en Galicia (siglos XII-XV)”, *Minius. Revista do Departamento de Historia, Arte e Xeografía*, 15 (2007), pp. 7-32.
- “Cambios y persistencia en la mentalidad nobiliaria gallega en el tránsito de la edad media a la moderna según la literatura testamentaria: un estudio comparativo”, *Cuadernos de estudios gallegos*, 120 (2007), pp. 171-188.

- “Patrimonios nobiliarios gallegos finimievales: la fortuna de Sancho de Ulloa, conde de Monterrey, según su testamento; un estudio de caso”, *El Museo de Pontevedra*, 59 (2005), pp. 39-62.

CALDERÓN, Emilio: *El rey ha muerto (Cómo y de qué murieron los reyes de España, desde Fernando el Católico hasta Alfonso XIII)*, Madrid, 1991.

CALLEJA LEAL, Guillermo: “Fernando VI: Semblanza de un reinado de paz, justicia y progreso, 1746-1759”, en CALLEJA LEAL, Guillermo: *1759-2009. Fernando VI en el Castillo de Villaviciosa de Odón. Archivo Histórico del Ejército del Aire*, Madrid, 2009, pp. 12-39.

CALVO MATURANA, Antonio Juan: “Del lodo de los panfletos al incienso de las exequias: la paradójica rehabilitación fernandina de María Luisa de Parma (1815-1819)”, en CASTELLANO CASTELLANO, Juan Luis, LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Miguel Luis (coords.): *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz*, Vol. III, Granada, 2008, pp. 183-202.

- *María Luisa de Parma: reina de España, esclava del mito*, Granada, 2007.

- “María Luisa de Parma: la “Madre virtuosa” eclipsada por la leyenda negra”, en LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, FRANCO RUBIO, Gloria Ángeles (coords.): *La reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica. Actas de las VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, Vol. I, Madrid, 2005, pp. 623-644.

CALVO POYATO, José: *Juan José de Austria. Un bastardo regio*, Barcelona, 2002.

CALVO SERRALLER, Francisco: “El exilio y el reino” en Calvo Serraller (dir.): *Goya y el infante don Luis: el exilio y el reino. Arte y ciencia en la época de la Ilustración española*, Madrid, 2012, pp. 15-29.

CAMACHO MARTÍNEZ, Rosario: “Exequias sevillanas por la reina D^a María Isabel de Braganza”, *Archivo hispalense*, 252 (2000), pp. 37-50.

CÁMARA MUÑOZ, Alicia: “El Escorial de Felipe III. Historia y Arquitectura”, *Fragmentos. Revista de Arte*, 4-5 (1985), pp. 32-42.

CAMPBELL-ORR, Clarissa: *Queenship in Britain, 1660-1837: Royal Patronage, Court Culture, and Dynastic Politics*, Manchester, 2002; *Queenship in Europe 1660-1815: The Role of the Consort*, Cambridge, 2004.

CAMPO JESÚS, Luis del: “Algunos aspectos del tocar de las campanas”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 51 (1988), pp. 165-178.

CAMPOS FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier (coord.): *La desamortización: el expolio del patrimonio artístico y cultural de la Iglesia en España. Actas del simposium*, San Lorenzo de El Escorial, 2007

- “Repercusiones de la guerra de la Independencia en El Escorial”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 202 (1989), pp. 313-364.

CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA, María Dolores, VIFORCOS MARINA, María Isabel: *Honras fúnebres en el León del antiguo régimen*, León, 1995.

CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA, María Dolores: “El lenguaje artístico de la Orden del Toisón de Oro, leyenda, signos y símbolos”, *Estudios humanísticos. Geografía, historia y arte*, 19 (1997), pp. 227-252.

CANABAL RODRÍGUEZ, Laura: “La capilla de los Reyes Nuevos de la Catedral de Toledo: adiciones y constituciones otorgadas por Felipe II”, *Toletana. Cuestiones de teología e historia*, 17 (2007), pp. 157-195;

- “Constituciones de la Capilla Real de Reyes Nuevos de la Catedral de Toledo: impreso de Biblioteca Nacional (continuación)”, *Toletana. Cuestiones de teología e historia*, 19 (2008), pp. 215-263.
- CANNADINE, D. y PRICE, S. (ed.): *Rituals of Royalty. Power and Ceremonial in Traditional Societies*, Cambridge, 1987.
- CANTERA MONTENEGRO, Jesús: “La devoción a San José como vía para la formación de su iconografía”, *Pasos de arte y cultura*, 14 (2010), pp. 36-38.
- “La escalera como pieza arquitectónica de carácter emblemático”, *Pasos de arte y cultura*, 11 (2009), pp. 39-43.
- CANTERA MONTENEGRO, Margarita: “Notas sobre los libros en los testamentos riojanos medievales (siglos XIII-XV)”, *Mayuqa: revista del Departament de Ciències Històriques i Teoria de les Arts*, 22 (1989), pp. 89-94.
- “El testamento bajomedieval”, *Historia* 16, 161 (1989), pp. 32-38.
- “Derecho y sociedad en La Rioja bajomedieval a través de los testamentos (siglos XIII-XV)”, *Hispania*, 165 (1987), pp. 33-82;
- “Religiosidad en la Rioja bajomedieval a través de los testamentos (siglos XIII-XV)”, *Berceo*, 110-111 (1986), pp. 111-154;
- CANTERA MONTENEGRO, Santiago: *San Bernardo o El medievo en su plenitud*, Madrid, 2001.
- CANTERLA MARTÍN DE TOVAR, Francisco: “Testamentos de onubenses fallecidos en la empresa de Indias”, *Huelva en su historia*, 3 (1990), pp. 213-250.
- CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María: “Los protocolos notariales y la historia de la mujer en España en el Antiguo Régimen”, en GARCÍA-NIETO PARIS, María del Carmen: *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX*, *Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, 1986, pp. 169-180.
- CÁRCEL ORTÍ, Vicente: *Breve historia de la Iglesia en España*, Barcelona, 2003.
- CARLÉ, María del Carmen: “La sociedad castellana del siglo XV en sus testamentos”, *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), pp. 537-549.
- CARO BAROJA, Julio: *Las formas complejas de la vida religiosa. Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1978.
- CARRASCO MANCHADO, Ana Isabel: “La ceremonia de entrada real: ¿un modelo castellano?”, en González Jiménez, Manuel (coord.): *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico. Siglos XIII-XV*, Cádiz, 2006, pp. 651-657.
- CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: “Fisonomía de la virtud. Gestos, movimientos y palabras en la cultura cortesano-aristocrática del siglo XVII”, *Reales Sitios*, 147 (2001), pp. 26-37.
- “Herencia y virtud. Interpretaciones e imágenes de lo nobiliario en la segunda mitad del siglo XVI”, en RIBOT GARCÍA, Luis Antonio, BELENGUER CEBRIÀ, Ernest (coord.): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, Vol. 4, Madrid, 1998, pp. 231-371.
- CARRERAS LÓPEZ, Juan José: “El Parnaso encantado: las representaciones de la música en la entrada real de Ana de Austria en Madrid, 1570”, en *Un príncipe del renacimiento. Felipe II, un monarca y su época*, Madrid, 1998, pp. 251-268.
- CARVAJAL GONZÁLEZ, Helena: “San Jorge”, *Revista Digital de Iconografía Medieval*, 7 (2012).

CASEY, James: “Las causas económicas de la expulsión de los moriscos”, *Revista de Historia Moderna*, 27 (2009), pp. 135-150.

- “*Queriendo poner mi ánima en carrera de salvación*”: la muerte en Granada (Siglos XVII-XVIII)”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 1 (2002), pp. 17-43.

CASTAÑO PEREA, Enrique: *La Capilla del Alcázar de Madrid, 1434-1734*, Alcalá de Henares, 2013.

CASTILLA SOTO, Josefina: *Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV): su labor política y militar*, Madrid, 1992.

CASTILLO UTRILLA, María José: “El mausoleo de Luis I en Cádiz”, en *Tiempo y espacio en el arte: homenaje al profesor Antonio Bonet Correa*, Vol. 1, Madrid, 1994, pp. 355-364.

- “Jerónimo Balbás y el Mausoleo de Luis XIV en Sevilla”, *Laboratorio de Arte*, 2 (1989), pp. 115-122.

CASTRO, Manuel de: “Supresión de franciscanos conventuales en la España de Felipe II”, *Archivo Iberoamericano*, 165-168 (1982), pp. 185-265.

CASTRO PÉREZ, Candelaria, CALVO RUIZ, Mercedes, GRANADO SUÁREZ, Sonia: “Las capellanías en los siglos XVII-XVIII a través del estudio de su escritura de fundación”, *Anuario de historia de la Iglesia*, 16 (2007).

- “Análisis de una defunción en los siglos XVII-XVIII a través de las anotaciones contables que realizaba el colector parroquial”, *Tiempos modernos*, 15 (2007).

CATALÁN MARTÍNEZ, Elena: “El precio del purgatorio”, *Obradoiro de historia moderna*, 8 (1999), pp. 31-63.

CÁTEDRA GARCÍA, Pedro M., ROJO VEGA, Anastasio: *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI*, Salamanca, 2004.

CAYETANO MARTÍN, María del Carmen, FLORES GUERRERO, Pilar, GALLEGU RUBIO, Cristina: “Honras fúnebres que el Ayuntamiento de la Villa de Madrid celebró en memoria de las reinas María Luisa de Orleans y Mariana de Austria y del rey Carlos II”, *Hispania sacra*, 75 (1985), pp. 313-325.

- “El Concejo de Madrid y las honras fúnebres en memoria del rey don Felipe, año 1665”, *Hispania sacra*, 72 (1983), pp. 723-738.

CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Alfonso de, GARCÍA-MERCADAL Y GARCÍA-LOYGORRI, Fernando: *Las Órdenes y Condecoraciones civiles del Reino de España*, Madrid, 2002.

CELA ESTEBAN, María Estrella: *Elementos simbólicos en el arte castellano de los Reyes Católicos. El poder real y el patronato regio*, Tesis doctoral, Madrid, 1990.

CERECEDA, Feliciano, S. J.: “La vocación jesuítica del Duque de Lerma”, *Razón y Fe*, 137 (1948), p. 521.

- *Semblanza espiritual de Isabel la Católica*, Madrid, 1946.

CERVERA VERA, Luis: “Túmulos reales diseñados por Francisco Mora”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 42 (1976), pp. 27-46.

CHARTIER, Roger: “Formación social y economía psíquica: la sociedad cortesana en el proceso de civilización”, en *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, 1992, pp. 81-104.

CHARTIER, Roger: “Les arts de mourir, 1450-1600”, *Annales, Économies. Sociétés. Civilisations*, 31 (1976), pp. 51-75.

CHAUCA GARCÍA, Jorge: “Exequias realizadas en el reino de Chile por Carlos III”, *Espacio, tiempo y forma*, 17 (2004), pp. 255-272.

CHAUNU, Pierre: *La mort à Paris*, Paris, 1978.

- “Mourir à Paris (XVI^e-XVII^e-XVIII^e siècles)”, *Annales E.S.C.*, 31 (1976), pp. 29-50.

CHECA CREMADES, Fernando: “Arte, poder y religión en el siglo XVI. Las ideas de Felipe II en el monasterio de El Escorial”, en CHECA CREMADES, Fernando (dir.): *De El Bosco a Tiziano. Arte y maravilla en El Escorial*, Madrid, 2013, pp. 15-33.

- “Anatomías sagradas”, en CHECA CREMADES, Fernando: *De El Bosco a Tiziano. Arte y maravilla en El Escorial*, Madrid, 2013, pp. 123-125.
- “La ceremonia de la muerte”, en CHECA CREMADES, Fernando: *De El Bosco a Tiziano. Arte y maravilla en El Escorial*, Madrid, 2013, p. 165-167.
- “Imágenes de la muerte en el arte cortesano europeo del siglo XVI: el papel de la escultura”, en CAMPOS FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier: *La escultura en el Monasterio del Escorial*, San Lorenzo de El Escorial, 1994, pp. 59-72.
- “Las ceremonias funerales de Carlos V y el sentido de la muerte en el siglo XVI”, en CHECA CREMADES, Fernando: *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento*, Madrid, 1987, pp. 259-273.
- (dir.): *Arte Barroco e ideal clásico. Aspectos de Arte Cortesano de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, 2004.
- (coord.): *Isabel la Católica. La magnificencia de un reinado. Quinto centenario de Isabel la Católica*, Madrid, 2004.
- “Monasterio de las Descalzas Reales”, *Reales Sitios*, 102 (1989), pp. 21-30.
- “La intervención de Juan Bautista Crescenzi y las pinturas de Antonio de Pereda en un retablo perdido”, *Archivo español de arte*, 239 (1987), pp. 299-306.
- “Imágenes para un cambio de reinado: Tiziano, Leoni y el viaje de Calvete de Estrella”, en CALVETE DE ESTRELLA, Juan, *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Phelippe* (ed. CUENCA, Paloma), Madrid, 2001, pp. CXV-CLXXVIII.
- “Un programa imperialista: el túmulo erigido en Alcalá de Henares en memoria de Carlos V”, *Revista de Archivos, Biblioteca y Museos*, LXXXII (1979), pp. 369-379.

CHIFFOLEAU, Jacques: *La comptabilité de l'au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du Moyen Âge (vers 1320-vers 1480)*, Roma, 1980.

CHIVA BELTRÁN, Juan: “Triunfos de la Casa de Austria: entradas reales en la Corte de Madrid”, *Potestas: Religión, poder y monarquía. Revista del Grupo Europeo de Investigación histórica*, 4 (2011), pp. 211-228.

CHUECA GOITIA, Fernando: “El Escorial, un enigma arquitectónico”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 206 y 207.

CLARAMUNT RODRÍGUEZ, Salvador: “La muerte en la Edad Media. El mundo urbano”, *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 7-8 (1986-1987), pp. 205-218.

CLARE, Lucien: “Un nacimiento principesco en el Madrid de los Austrias (1657): esbozo de una bibliografía”, en CÁTEDRA GARCÍA, Pedro Manuel, LÓPEZ-VIDRIERO

- ABELLO, María Luisa (coords): *El libro antiguo español. Actas del Primer Coloquio Internacional*, Salamanca, 1988, pp. 119-137.
- COLLADO RUIZ, María José: “El secretario del rey, Antonio de Aróstegui, a la luz de su testamento: la persona y el personaje”, *Potestas: Religión, poder y monarquía. Revista del Grupo Europeo de Investigación Histórica*, 7 (2014), pp. 179-190.
- “Las peticiones de ciclos de misas en los testamentos granadinos en los siglos XVI-XVII”, *Erebea. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 2 (2012), pp. 321-336.
- COMELLAS GARCÍA-LLERA, José Luis: *Los primeros pronunciamientos en España*, Madrid, 1958.
- CONTRERAS CONTRERAS, Jaime: *Carlos II el Hechizado. Poder y melancolía en la corte del último Austria*, Madrid, 2003.
- CONTRERAS RAYA, Antonio: “Testamento del obispo Juan de Fonseca”, *Boletín del Centro de Estudios Pedro Suárez. Estudios sobre las comarcas de Guadix, Baza y Huéscar*, 9 (1996), pp. 25-38.
- CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA, Juan, MARQUÉS DE LOZOYA: *El Monasterio de San Antonio el Real en Segovia*, Madrid, 1918.
- CÓRCOLES JIMÉNEZ, María del Pilar: “Aspectos de la situación jurídica de la mujer en el Antiguo Régimen a través del estudio de los protocolos notariales: algunos ejemplos de la Villa de Albacete a fines del siglo XVI”, *Al-Basit. Revista de estudios albacetenses*, 42 (1999), pp. 61-101.
- CORIA COLINO, Jesús: “El testamento como fuente de estudios sobre mentalidades. Siglos XIII a XV”, *Miscelánea Medieval Murciana*, vol. IX, Murcia (1982), pp. 194-219.
- CORNEJO VEGA, Francisco Javier: “Felipe II, San Hermenegildo y la imagen de la “Sacra Monarquía”, *Boletín del Museo del Prado*, 36 (2000), pp. 25-38.
- CORTÉS ECHANOVE, Luis: *Nacimiento y crianza de personas reales en la Corte de España, 1566-1886*, Madrid, 1958.
- COSANDEY, Fanny: *La reine de France. Symbole et pouvoir. XV^e-XVIII^e siècle*, París, 2000.
- CÓZAR GUTIÉRREZ, Ramón, CAPARRÓS RUIPÉREZ, Francisco de: “La muerte ante la batalla. Actitudes religiosas y mentalidades colectivas en Almansa a principios del siglo XVIII”, *Cuadernos de historia de España*, 83 (2009), pp. 247-274.
- CRAVERI, Benedetta: *Amantes y reinas. El poder de las mujeres*, Madrid, 2006.
- CRIADO MAINAR, Jesús Fermín: “Arte efímero, historia local y política: la entrada triunfal de Felipe II en Tarazona (Zaragoza) de 1592”, *Artigrama. Revista del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza*, 19 (2004), pp. 15-38.
- CRUZ VALDOVINOS, José Manuel: “Santiago, luz de Europa”, en CRUZ VALDOVINOS, José Manuel: *Lucas de Peregrinación*, Santiago de Compostela, 2003.
- CUESTA GARCÍA DE LEONARDO, María Josefa: “El camino hacia la corte de Fernando VII en 1814. El discurso ciudadano en los recibimientos y en sus arquitecturas efímeras”, en CABAÑAS BRAVO, Miguel, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, RINCÓN GARCÍA, Wifredo (coords.): *El arte y el viaje*, Madrid, 2011, pp. 339-352.
- DANDELET, Thomas J.: *La Roma española. 1500-1700*, Barcelona, 2002.

- DANVILA, Alfonso: *El reinado relámpago. Luis I y Luisa Isabel de Orleáns (1707-1742)*, Madrid, 1952.
- DAVIÑA SÁINZ, Santiago: “Un traslado original del testamento de don Juan Beltrán de Anido”, *Cátedra. Revista eumesa de estudios*, 6 (1999), 187-210.
- DESDEVISES DU DÉZERT, Georges: *L’Espagne de l’ancien régime*, París, 1904.
- DÉSOS, Catherine: *Les français de Philippe V. Un modèle nouveau pour gouverner l’Espagne, 1700-1724*, Estrasburgo, 2005.
- DEVENGA, Álvaro: “Las honras de Doña Isabel de Borbón en la iglesia de San Jerónimo el Real”, *Arte Español*, 2 (1914-1915), pp. 148-152.
- DIAGO HERNANDO, Máximo: “La tutela nobiliaria sobre los monasterios benedictinos castellanos en la Baja Edad Media: Relaciones entre los Velasco y el monasterio de san Salvador de Oña”, *Hispania Sacra*, 113 (2004), pp. 69-102.
- “La pervivencia y utilización histórica del mito: los casos de Carlomagno y Federico I Barbarroja”, en IGLESIA DUARTE, José Ignacio de la, MARTÍN RODRÍGUEZ, José, Luis (coords.): *Memoria, mito y realidad en la historia medieval. XIII Semana de Estudios Medievales*, Logroño, 2003.
- DÍAZ GARCÍA, Gonzalo, “Presencia de santa Teresa en El Escorial”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 195 (1982), pp. 471-488.
- DICKENS, Arthur Geoffrey: *The Courts of Europe: Politics, Patronage and Royalty 1400-1800*, Londres, 1977.
- DIEGO SÁNCHEZ, Manuel: *Bibliografía sistemática de Santa Teresa de Jesús*, Madrid, 2008.
- DÍEZ ALONSO, Matías: “Las campanas de León”, *Tierras de León. Revista de la Diputación Provincial*, 76 (1989), pp. 17-32.
- DÍEZ DE REVENGA TORRES, Francisco Javier: “Dos aspectos del tema de la muerte de la literatura del siglo XV”, *Anales de la Universidad de Murcia*, vol. XXIX (1970-1971), pp. 91-117;
- DÍEZ MARTÍNEZ, Marcelino: “El lenguaje de las campanas: un ingrediente de la vida diaria gaditana en el siglo XVIII”, *Tavira. Revista de ciencias de la educación*, 16 (1999), pp. 147-160.
- DIXON, Annette (ed.): *Women who Ruled. Queen, Goddesses, Amazons, in Renaissance and Baroque Art*, Michigan, 2002.
- DOMÍNGUEZ CASAS, Rafael: “Ceremonial de la Orden del Toisón de Oro (1501-1598)”, en JONGE, Krista de, GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, Esteban Estrígana, Alicia (coords.): *El legado de Borgoña. Fiesta y ceremonia cortesana en la Europa de los Austrias (1454-1648)*, Madrid, 2010.
- “La casa real de Medina del Campo (Valladolid), residencia de los Reyes Católicos”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 78 (1994), pp. 315-350.
 - “San Juan de los Reyes: espacio funerario y aposento regio”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 56 (1990), pp. 364-383.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: “Balance de un reinado”, en *Felipe II. Un monarca y su época. p*, Madrid, 1998, pp. 449-460.
- “Introducción”, en *Testamento de Felipe IV*, Madrid, 1982, pp. I-LIV.
 - “Introducción”, en *Testamento de Carlos II*, Madrid, 1982, pp. I-LVIII.

- DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, José María: “El cardenal José Sáenz de Aguirre en el contexto cultural romano de finales del siglo XVII”, *Berceo*, 166 (2014), pp. 31-62.
- DONATE MARTÍNEZ, José: *Fuentes para la Historia del Monasterio de El Escorial*, El Escorial, 1964.
- DOSSE, François: *L’histoire en miettes. Des “Annales” à la “nouvelle” histoire*, Paris, 1987, ed. española: *La historia en migajas. De “Anales” a la “nueva historia”*, Valencia, 1989.
- DUBY, Georges (et al.): *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y en el Arte de la Edad Media*, 2 vol., Santiago de Compostela, 1992.
- DUÑAITURRIA LAGUARDA, Alicia: “Muertes violentas en la capital de la Monarquía. Siglo XVIII”, *Cuadernos de historia del derecho*, 14 (2007), pp. 285-327.
- ECHEVARRÍA ARSUAGA, Ana: “Margarita de Antioquía, una santa para la mujer medieval”, en Muñoz Fernández, Ángela: *Las mujeres en el cristianismo medieval: imágenes teóricas y cauces de actuación religiosa*, Madrid, 1989, pp. 31-46.
- EDWARDS, John: *La España de los Reyes Católicos. 1474-1520*, Barcelona, 2001.
- EGIDO LÓPEZ, Teófanos: “La devoción a san José: reliquias y leyendas”, *Estudios josefinos*, 121 (2007), pp. 83-104.
- “La nueva historia de la muerte”, *Revista de espiritualidad*, 40 (1981), pp. 43-65.
- EIRE, Carlos M.N.: *From Madrid to Purgatory: The Art and Craft of Dying in Sixteenth Century Spain*, Cambridge, 1995; *A very brief history of Eternity*, Princeton, 2009.
- ELÍAS, Norbert: *Die höfische Gesellschaft*, 1969.
- *La sociedad cortesana*, México, 1982.
- ELORZA GUINEA, Juan Carlos (coord.): *El Panteón Real de las Huelgas de Burgos. Los enterramientos de los reyes de León y de Castilla*, Valladolid, 1988.
- ELTON, Geoffrey Rudolph: “Tudor Government: The Points of Contact. Part III: The Court”, en *Transactions of the Royal Historical Society. 5th series*, vol. XXVI, Cambridge, 1976, pp. 211-228.
- ENCISO ALONSO-MUÑUMER, Isabel: *Nobleza, Poder y Mecenazgo en tiempos de Felipe III. Nápoles y el Conde de Lemos*, San Sebastián de los Reyes (Madrid), 2007.
- (coord.): *Carlos III y su época. La monarquía ilustrada*, Barcelona, 2003.
- ENCISO RECIO, Luis Miguel: “La Corte de dos mundos”, en ALCALÁ-ZAMORA QUEIPO DE LLANO, José: *Felipe IV. El hombre y el reinado*, Madrid, 2005, pp. 67-135.
- EQUIP BROIDA: “Actitudes religiosas de las mujeres medievales ante la muerte: (Los testamentos de Barcelonesas de los siglos XIV y XV)”, en MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángela (coord.): *Las mujeres en el cristianismo medieval: imágenes teóricas y cauces de actuación religiosa*, Madrid, 1989, pp. 463-476.
- ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio (ed.): *El Rey. Historia de la Monarquía*, 3 vol., Barcelona, 2008.
- “La nobleza y los altos cargos de la administración en la España del antiguo régimen”, en SOBERANES FERNÁNDEZ, José Luis, MARTÍNEZ DE CODES, Rosa María (coord.): *Homenaje a Alberto de la Hera*, México, 2008, pp. 321-338
- “Felipe II y el gobierno de la monarquía”, en PINO Y MORENO, Rafael del, ANES ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo (coord.): *La América hispana en los albores de la emancipación. Actas del IX Congreso de Academias Iberoamericanas de la Historia*, Madrid, 2005, pp. 685-697.

- “Los poderes de Lerma”, en ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio (coord.): *Los validos*, Madrid, 2004, pp. 121-175.
 - “El gobierno de Carlos V hasta la muerte de Gattinara: canciller, consejos y secretarios”, en GARCÍA GARCÍA, Bernardo José (coord.): *El imperio de Carlos V: procesos de agregación y conflictos*, Madrid, 2000, pp. 83-96.
 - “El traslado de la corte a Valladolid”, en IGLESIAS PRADA, Juan Luis (coord.): *Estudios jurídicos en homenaje al profesor Aurelio Menéndez*, Vol. 4, Madrid, 1996, pp. 4161-4180.
 - “El Consejo de Cámara de Castilla y la reforma de 1588”, *Anuario de historia del derecho español*, 67 (1997), pp. 925-942; *Los orígenes del Consejo de Ministros en España: La Junta Suprema de Estado*, Madrid, 1979; *Los secretarios de Estado y del Despacho (1474-1724)*, Madrid, 1972.
- ESPAÑOL BERTRÁN, Francesca: “Sicut decet. Sepulcro y espacio funerario en la Cataluña bajomedieval”, en AURELL CARDONA, Jaume, PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte: actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, pp. 95-156.
- ESPINO LÓPEZ, Antonio: “Las bibliotecas de juristas catalanes en la primera mitad del siglo XVII: el caso de don Narcís Garbí”, *Anuario de historia del derecho español*, 73 (2003), pp. 545-574.
- ESPINOSA DE LOS MONTEROS SÁNCHEZ, Francisco, “La religiosidad popular gaditana a través de las disposiciones testamentarias del siglo XVI”, *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 17 (2005), pp. 147-162.
- ESPONERA Cerdán, Alfonso: “San Vicente Ferrer, un desconocido santo valenciano”, *XX Siglos*, 45 (2000), pp. 44-53.
- ESTAL GUTIÉRREZ, José Manuel: “Escritura de ejecución del codicilo último de Felipe II por su hijo y sucesor Felipe III”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 214 (2001), pp. 753-859.
- “Inventario de las reliquias veneradas en el Real Monasterio de El Escorial”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 212 (1999), pp. 713-794; “Felipe II y el culto a los santos”, en *Felipe II y su época*, Vol. II, San Lorenzo de El Escorial, 1998, pp. 457-504.
 - “Culto de Felipe II a San Hermenegildo”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 77 (1961), pp. 523-552;
- ESTEBAN LLORENTE, Juan Francisco: “Mensaje simbólico de las exequias reales realizadas en Zaragoza en la época del Barroco”, *Seminario de Arte Aragonés*, 34 (1981), pp. 121-143.
- ESTEVEZ SANTAMARÍA, María del Pilar: “Prácticas testamentarias en el Madrid del siglo XVI: norma y realidad”, en GALENDE DÍAZ, Juan Carlos, SANTIAGO FERNÁNDEZ, Javier de (dir.): *La muerte y sus testimonios escritos. IX Jornadas Científicas sobre Documentación*, Madrid, 2011, pp. 37-60.
- ESTÉVEZ, Marcela: “El castillo de Villaviciosa de Odón. Última morada de Fernando VI”, en CALLEJA LEAL, Guillermo: *1759-2009, Fernando VI en el Castillo de Villaviciosa de Odón, Archivo Histórico del Ejército del Aire*, Madrid, 2009, pp. 74-89.
- ESTRADA NÉRIDA, Julio, TRAPOTE SINOVAS, María del Carmen.: “Las honras fúnebres celebradas por la reina Doña María Luisa de Orleans en Palencia”, en CALLEJA GONZÁLEZ, Valentina (coord.): *Actas del III Congreso de Historia de Palencia, marzo-abril de 1995*, vol. IV, Palencia, 1996, pp. 649-664.

EZQUERRA REVILLA, Ignacio Javier: “Los intentos de la corona por controlar la orden de San Juan: la “expectativa” del archiduque Wenceslao de Austria en el Gran Priorato de Castilla y León”, en RUIZ GÓMEZ, Francisco, MOLERO GARCÍA, Jesús (coords.): *La Orden de San Juan entre el Mediterráneo y La Mancha*, Alcázar de San Juan, 2009, pp. 401-430.

- “La Cámara”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, FERNÁNDEZ CONTI, Santiago (dir.): *La Monarquía de Felipe II: La Casa del Rey*, Vol. I, Madrid, 2005, pp. 121-143.

FALOMIR FAUS, Miguel: “San Juan Bautista, hacia 1565-70”, en FALOMIR FAUS, Miguel: *Tiziano*, Madrid, 2003, p. 278.

- “Santa Catalina de Alejandría, hacia 1560”, en FALOMIR FAUS, Miguel (ed.), *Tiziano*, Madrid, 2003, p. 276.

- “Santa Margarita, hacia 1555”, en FALOMIR FAUS, Miguel (ed.), *Tiziano*, Madrid, 2003, p. 258.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Juana la Loca. La cautiva de Tordesillas*, Madrid, 2000.

- “Introducción”, en *Testamento de Felipe II*, Madrid, 1982, pp. I-XXXVI.

- “Introducción”, en *Testamento de Carlos V*, Madrid, 1982, pp. I-XXXVIII.

- “María de Hungría y los planes dinásticos del Emperador”, *Hispania. Revista española de historia*, 83 (1961), pp. 391-419.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, Álvaro: *Casa y Corte de Isabel I (1574-1504). Ritos y ceremonias de una Reina*, Madrid, 2002.

FERNÁNDEZ DEL HOYO, María Antonia: “Fiestas en Valladolid a la venida de Felipe IV en 1660”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. BSAA*, 59 (1993), pp. 379-392.

FERNÁNDEZ GRACIA, Ricardo: “El túmulo de Felipe II en la Catedral de Pamplona”, en *Felipe II y las Artes. Actas del Congreso Internacional (Madrid, 9-12 de diciembre de 1998)*, Madrid, 2000, pp. 453-464.

FERNÁNDEZ MARTÍN, Luis: “El sepulcro del Príncipe don Juan”, *Cuadernos abulenses*, 15 (1991), pp. 209-212.

FERNÁNDEZ TERRICABRAS, Ignasi: “Un ejemplo de la política religiosa de Felipe II: el intento de reforma de las monjas de la tercera obra de San Francisco (1567-1571)”, en VIFORCOS MARINAS, Isabel, PANIAGUA PÉREZ, Jesús (coords.): *I Congreso Internacional del Monacato Femenino en España, Portugal y América, 1492-1992*, Vol. 2, León, 1993, pp. 159-172.

FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ DE RETANA, Luis: “La Corte. Primera infancia”, en *Historia de España (dir. por Ramón Menéndez Pidal)*, t. XXIV, *España en tiempo de Felipe II (1556-1598)*, vol. I, Madrid, 1976, pp. 55-87.

- “Vida íntima. Muerte de la emperatriz”, en *Historia de España (dir. por Ramón Menéndez Pidal)*, t. XXIV, *España en tiempo de Felipe II (1556-1598)*, vol. I, Madrid, 1976, pp. 109-139.

FERNÁNDEZ, Pedro Jesús: *Quién es quién en la pintura de Velázquez*, Madrid, 1996.

FERNÁNDEZ-GALLARDO JIMÉNEZ, Gonzalo: *La supresión de los franciscanos conventuales de España en el marco de la política religiosa de Felipe II*, Madrid, 1999

FEROS, Antonio: *El Duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, 2002.

- FERRER GARCÍA, Félix A.: “Felipe II y la conquista de reliquias por los Tercios de Flandes: el ejemplo de Leiden (1570-1574)”, *Hispania sacra*, Extra 1 (2014), pp. 67-95.
- FITÉ I LLEVOT, Francesc: “Entorn al testament de Brunissèn d’Alentorn y alguns costums funeraris de la Lleida Medieval”, *Acta històrica et archaeologica mediaevalia*, 26 (2005), pp. 659-676.
- FLORES RODRIGO, Susana: “La música en las exequias reales de la ciudad de Barbastro en el siglo XVII”, en MARÍN LÓPEZ, Miguel Ángel, BOMBI, Andrea, CARRERAS LÓPEZ, Juan José (coords.): *Música y cultura urbana en la Edad Moderna*, Valencia, 2005, pp. 295-306.
- FONCEA LÓPEZ, Rosana: “La casa-palacio de los Salazar en Haro (La Rioja)”, *Berceo*, 142 (2002), pp. 7-38.
- FRADEJAS LEBRERO, José: “Bibliografía crítica de fray Hernando de Talavera”, en SOTO RÁBANOS, José María (coord.): *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, Vol. II, Madrid, 1998, pp. 1347-1358.
- FUENTE CHARFOLÉ, José Luis de la: “La intervención musical en las exequias reales de la catedral de Cuenca (1598-1621)”, *Hispania Sacra*, 131 (2013), pp. 103-138.
- GACHO SANTAMARÍA, Miguel Ángel: “Médicos y nodrizas en la Corte española (1625-1830)”, *Reales Sitios*, 124 (1995), pp. 57-63.
- GAGLIARDI, Donatella: “La biblioteca de Bartolomé Barrientos, maestro de artes liberales”, *Studia Aurea. Revista de Literatura Española y Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro*, 1 (2007).
- GALENDE DÍAZ, Juan Carlos, SANTIAGO FERNÁNDEZ, Javier de (dir.): *La muerte y sus testimonios escritos. IX Jornadas Científicas sobre Documentación*, Madrid, 2011, pp. 9-35.
- GALINDO BLASCO, Esther: “¿Olvido o memoria?: La muerte y la fama en las ceremonias fúnebres y en los libros de emblemas”, en TORRIONE, Margarita (dir.): *España festejante: el siglo XVIII*, Málaga, 2000, pp. 543-554.
- “El penúltimo homenaje a la Casa de Austria en Barcelona: los emblemas en las exequias del emperador José I”, en *Emblemática. Actas del I Simposio Internacional. Teruel, 1-2 de octubre de 1991*, Teruel, 1994, pp. 539-566.
 - “La escritura y la imagen en las exequias de Carlos II en la catedral de Barcelona: una lectura del túmulo y de las poesías, caligramas y jeroglíficos”, *Cuadernos de Arte e Iconografía*, IV, 7 (1991), pp. 273-283.
- GÁLLEGO SERRANO, Julián: “Aspectos emblemáticos de las reales exequias españolas de la Casa de Austria”, *Goya*, 187-188 (1985), pp. 120-125.
- GARCÍA ÁLVAREZ, Emilio, “Del morir y de la muerte en las Coplas de Jorge Manrique”, *Ciencia Tomista*, vol. CVI (1979), pp. 303-318.
- GARCÍA BERNAL, José Jaime: “Rito y Culto en la Monarquía Filipina: el solemne traslado de los Cuerpos Reales a la Capilla Nueva de Sevilla (1579)”, en *Revista de Humanidades*, 15 (2008), pp. 171-198.
- GARCÍA BERNAL, Juan José: “Triunfos reales y teatros funerarios: del ritual ciudadano al salón cortesano (siglos XVI-XVIII)”, en *Fiesta y simulacro*, Sevilla, 1992, pp. 64-83.
- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, ALABRÚS IGLESIAS, Rosa María: *España en 1700. ¿Austrias o Borbones?*, Madrid, 2001.
- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: “El reinado de Felipe IV. El perfil del rey”, en García Cárcel, Ricardo: *Historia de España siglos XVI y XVI. La España de los Austrias*, Madrid, 2003, pp. 301-304.

- *De los elogios a Felipe V*, Madrid, 2002, p. XVI.
 - “La muerte en la Barcelona del Antiguo Régimen (aproximación metodológica)”, en *II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada*, Santiago de Compostela, 1982, pp. 115-124.
 - “Prefacio”, en CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, Salamanca, 1997, pp. 9-42.
- GARCÍA CUESTA, Timoteo: “Doble homenaje tributado a la Reina Doña Margarita de Austria en Palencia”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 30 (1971), pp. 127-155.
- GARCÍA DE LA BORBOLLA GARCÍA DE PAREDES, Ángeles: “El recurso a la intercesión celestial en la hora de la muerte: un estudio sobre los testamentos navarros”, *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 26 (2005), pp. 151-168.
- *La “Praesentia” y la “virtus”: la imagen y la función del sano a partir de las fuentes hagiográficas castellano-leonesas del siglo XIII*, Santo Domingo de Silos, 2002.
- GARCÍA DE VALDEAVELLANO, Luis: “La cuota de libre disposición en el Derecho hereditario de León y Castilla en la Alta Edad Media”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, 9 (1932), pp. 129-176.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo: *Los castellanos y la muerte. Religiosidad y comportamientos colectivos en el Antiguo Régimen*, Valladolid, 1996.
- “Misas post-mortem y ofrendas funerarias: la documentación testamentaria en Cevica de la Torre y Camporredondo de Alba en el siglo XVIII”, en CALLEJA GONZÁLEZ, María Valentina, *Actas del II Congreso de Historia de Palencia, Vol. III, Edad Moderna y Edad Contemporánea*, 1990, pp. 509-527.
 - “Vida y muerte en Valladolid. Un estudio de religiosidad popular y mentalidad colectiva: los testamentos”, en ÁLVAREZ SANTALÓ, Carlos, BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, (coords.): *La religiosidad popular*, vol. II, Barcelona, 1989, pp. 224-246.
 - “Herencias y particiones de bienes en Valladolid durante el siglo XVIII: Testamentos e inventarios post-mortem”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 8 (1988), pp. 72-108.
- GARCÍA GARCÍA DE CASTRO, RAFAEL: *Virtudes de la Reina Católica*, Madrid, 1961.
- GARCÍA GARCÍA, Francisco: “El Ritual de la muerte en Zalamea la Real en la segunda mitad del siglo XVIII”, *Huelva en su historia*, 11 (2004), pp. 139-174.
- GARCÍA GIL, Alberto: *La arquitectura del Monasterio de San Antonio el Real de Segovia*, Segovia, 2009.
- GARCÍA GIL, Fernanda, ROMERO TORRES, Justo: “Vínculo de los aspectos físicos y significativos de la materia, luz y sombra en la imagen del monasterio del Escorial”, en CAMPOS FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier (coord.): *Literatura e imagen en El Escorial*, San Lorenzo de El Escorial, 1996, pp. 953-968.
- GARCÍA GONZÁLEZ, Fernando: “Comportamientos religiosos de los ferrolanos durante el siglo XVIII”, *Obradoiro de historia moderna*, 3 (1994), pp. 187-192.
- GARCÍA GUINEA, Miguel Ángel: “San José en el Barroco Español”, *Estudios Josefinos*, 4 (1948), pp. 187-216.
- GARCÍA GUZMÁN, María del Mar y ABELLÁN PÉREZ, Juan: *La religiosidad de los jerezanos según sus testamentos (siglo XV)*, Cádiz, 1997.

GARCÍA HERRERO, María del Carmen, FALCÓN PÉREZ, María Isabel: “En torno a la muerte a finales de la Edad Media aragonesa”, *En la España medieval*, 29 (2006), pp. 153-186.

GARCÍA HERRERO, María del Carmen: “Ritos funerarios y preparación para bien morir en Calatayud y su comunidad (1492)”, *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 59-60 (1989), pp. 89-120.

- “La muerte y el cuidado del alma en los testamentos zaragozanos de la primera mitad del siglo XV”, *Aragón en la Edad Media*, 6 (1984), pp. 209-245;

GARCÍA IGLESIAS, Luis: “Testamento y codicilos otorgados en Badajoz y Cáceres por el Obispo D. Diego López de la Vega”, *Revista de estudios extremeños*, 53 (1997), pp. 31-74.

GARCÍA LEÓN, José María: “La abolición del voto de Santiago en las Cortes de Cádiz”, *Revista de Estudios Regionales*, 64 (2002), pp. 291-308.

GARCÍA LÓPEZ, David: “La fortuna de un regalo regio. La Apoteosis de Claudio de Roma a Madrid”, en SCHRÖDER, Sthepan: *La apoteosis de Claudio. Un monumento funerario de la época de Augusto y su fortuna moderna*, Madrid, 2002.

GARCÍA LÓPEZ, Jorge: “El estilo de una corte: apuntes sobre Virgilio Malvezzi y el laconismo hispano”, *Quaderns d’Italià*, 6 (2001), pp. 155-169.

GARCÍA MELERO, José Enrique: “Lugar de encuentros de tópicos románticos: Doña Juana la Loca de Pradilla, *Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del Arte*, 12 (1999), pp. 317-342.

GARCÍA MERCADAL, J.: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, 1962.

GARCÍA ORO, José: *Cisneros. El cardenal de España*, Barcelona, 2002.

- *La reforma de los religiosos españoles en tiempo de los Reyes Católicos*, Valladolid, 1969.

GARCÍA PÉREZ, Francisco José: “Las exequias de Isabel de Farnesio en Guatemala, 1767-1768”, *Imago. Revista de emblemática y cultura visual*, 2 (2010), pp. 61-77.

GARCÍA RODRÍGUEZ, Antonio (Antonio LERÍA): “Proclamación y jura reales. El Caso de Carmona”, *Carel. Carmona. Revista de estudios locales*, 2 (2004), pp. 591-667.

GARCÍA SÁINZ, Ana, RUIZ GÓMEZ, Leticia: “Linaje regio y monacal: la galería de retratos de las Descalzas Reales”, en *El linaje del emperador*, Madrid, 2000, pp. 135-158.

GARCÍA SÁNCHEZ, Jorge: “Los funerales de María Isabel de Braganza en Roma”, *Goya*, 301-302 (2004), pp. 265-274.

GARCÍA VICENS, Daniel: “Sobre las fuentes manuscritas de Sucesos principales de Virgilio Malvezzi”, en FOSALBA VELA, Eugenia, VAÍLLO, Carlos (coord.): *Literatura, sociedad y política en el Siglo de Oro*, Barcelona, 2010, pp. 209-226.

GARCÍA-BADELL ARIAS, Luis María: “Los primeros pasos de Felipe V en España: Los deseos, los recelos y las primeras tensiones”, *Cuadernos de historia del derecho*, 15 (2008), pp. 45-127.

GARCÍA-ESCUADERO LÓPEZ, Ángel: “Carlos II: Del hechizo a su patología génito-urinaria”, *Archivos españoles de urología*, 62 (2009), pp. 179-185.

GARCÍA-FRÍAS CHECA, Carmen: “Las colecciones del monasterio de El Escorial”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 213-234.

- “Retrato de la infanta doña María de Portugal”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 486.
- GARCÍA-NIETO PARIS, María del Carmen: *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX, Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, 1986, pp. 169-180.
- GARCÍA-VILLOSLADA, Ricardo (dir.): *Historia de la Iglesia en España*, t. III, Madrid, 1980.
- GARGANTILLA MADERA, Pedro: *Las enfermedades de los Borbones. De la depresión de Felipe V a la cardiopatía de Alfonso XIII*, Madrid, 2007.
 - *Enfermedades de los Reyes de España. Los Austrias*, Madrid, 2005.
 - *Enfermedades de los reyes de España. De la locura de Juana a la impotencia de Carlos II el Hechizado*, Madrid, 2005;
- GÄRMS, Jörg: “El proyecto de Juarra para el Palacio Real de Madrid”, en *Filippo Juarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid, 1994, pp. 239-250.
- GAROFALO, Enmanuela: “I Solenni Funerali di Filippo V nella Cattedrale di Palermo”, *Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del arte*, 13 (2000), pp. 221-244.
- GERARD, Veronique: “Los sitios de devoción en el Alcázar de Madrid: Capilla y oratorios”, *Archivo Español de Arte*, 56 (1983), pp. 275-284.
- GIESEY, Ralph: *Le Roy ne meurt jamais. Les obseques royales dans la France de la Renaissance*, París, 1987.
- GIL MEANA, María Luisa: “Documentos inéditos referentes a la desaparición de las joyas del Monasterio del Escorial durante la Guerra de la Independencia”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 226 (2013), p. 474.
 - “Temores y actuación de la Comunidad del Monasterio del Escorial durante la Guerra de Sucesión (1706)”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 225 (2012), pp. 527-542.
- GIORGI, Rosa: *Santos*, Madrid, 2003.
- GÓMEZ BÁRCENA, María Jesús: “El Panteón Real de las Huelgas de Burgos”, en MANCINI, Mateo (coord.): *Vestiduras ricas. El Monasterio de las Huelgas y su época. 1170-1340*, Madrid, 2005, p. 51-72.
- GÓMEZ CID, Graciela: “A morte feminina no Ourense baixomedieval”, *Diversarum rerum. Revista de los Archivos Catedralicio y Diocesano de Ourense*, 4 (2009), pp. 227-242.
- GÓMEZ DE MERCADO Y DE MIGUEL, Francisco: *Isabel I, Reina de España y Madre de América. El espíritu y la obra de la Reina Católica en su testamento y codicilo*, Granada, 1943.
- GÓMEZ DE VALENZUELA, Manuel: “Funerales en Jaca por los Reyes de la Casa de Austria”, *Aragonia sacra*, 21 (2011), pp. 201-226.
 - *Testamentos del Valle de Tena (1424-1730)*, Zaragoza, 2003.
 - *La vida cotidiana en el valle de Tena (en los siglos XI, XVII y XVIII)*, Zaragoza, 1992.
- GÓMEZ LÓPEZ, Consuelo: “El apóstol Santiago y la corte: mentalidad, imagen y promoción artística”, en NIETO ALCAIDE, Víctor: *Santiago y la Monarquía de España (1504-1788)*, Madrid, 2004, pp. 87-100.

GÓMEZ NAVARRO, María Soledad: “La fe como patrimonio inmaterial del catolicismo en la “confessio” testamentaria española del antiguo régimen: una reflexión metodológica”, en CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier (coord.): *Patrimonio inmaterial de la Cultura Cristiana*, San Lorenzo de El Escorial, 2013, pp. 53-66.

- “Rogad a Dios en caridad por el alma de... las misas ordinarias en España del Antiguo Régimen y su servicio al análisis de las actitudes colectivas ante la muerte”, *Cuadernos de historia de España*, 81 (2007), pp. 135-164.
- “La eucaristía en el corazón del siglo XVI”, *Hispania sacra*, 118 (2006), pp. 489-515.
- “Acción y regulación: sobre el sentido religioso del testamento en la Edad Moderna”, *Anuario jurídico y económico escorialense*, 33 (2000), pp. 697-712.
- “Testamento y tiempo: historia y derecho en el documento de última voluntad”, *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 10-11 (1998-1999), pp. 49-72.
- *Materiales para la experiencia del morir en la Córdoba del Antiguo Régimen: historiografía, heurística, metodología*, Córdoba, 1998.
- *Una elaboración cultural de la experiencia del morir: Córdoba y su provincia en el Antiguo Régimen*, Córdoba, 1998.
- *La muerte de la provincia de Córdoba: inventario de escrituras notariales de Córdoba, Montilla y Fuente Ovejuna (1650-1833)*, Sevilla, 1996.
- *Un estudio de mentalidades: la muerte en la provincia de Córdoba desde la segunda mitad del seiscientos hasta el final del antiguo régimen*, Córdoba, 1995.
- “La documentación notarial y su utilización en el estudio de la muerte y la religiosidad: los testamentos por “abintestatos” en Córdoba durante la segunda mitad del siglo del siglo XVIII”, *Archivo hispalense*, 210 (1986), pp. 49-62.

GÓMEZ NIETO, Leonor, “Las misas por los difuntos. Testamentos madrileños bajomedievales”, *En la España Medieval*, 15 (1992), pp. 353-366.

GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos, SÁNCHEZ BELÉN, Juan Antonio: *La herencia de Borgoña. La hacienda de las Reales Casas durante el reinado de Felipe V*, Madrid, 1999.

GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos: “La Corte de Felipe V: el ceremonial y las casas reales durante el reinado del primer Borbón”, en SERRANO MARTÍN, Eliseo (coord.): *Felipe V y su tiempo*, Vol. 1, Zaragoza, 2004, pp. 879-914.

- “La Corte de Carlos III”, en ENCISO ALONSO-MUÑUMER, Isabel (coord.): *Carlos III y su época. La monarquía ilustrada*, Barcelona, 2003, pp. 271-294.
- “Al cuidado del cuerpo del Rey: Los sumilleres de corps en el siglo XVIII”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 2 (2003), pp. 199-239.
- “La Corte de Felipe V: el ceremonial y las Casas Reales durante el reinado del primer Borbón”, en MORALES PADRÓN, Francisco (coord.): *XIV Coloquio de historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria, 2002, pp. 2113-2141.
- “La imagen de la monarquía española”, *Cuenta y razón*, 115 (2000), pp. 56-64.
- “La herencia de Borgoña: el ceremonial real y las casas reales en la España de los Austrias (1548-1700)”, en RIBOT GARCÍA, Luis Antonio, BELENGUER CEBRIÀ, Ernest (coord.): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, Vol. 1, Madrid, 1998, pp. 11-31.

- “La reforma de las Casas Reales del marqués de la Ensenada”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 20 (1998), pp. 60-83.
- “El felicísimo viaje del príncipe don Felipe”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 81-96.
- “Etiqueta y ceremonial palatino durante el reinado de Felipe V: el reglamento de entradas de 1709 y el acceso a la persona del rey”, *Hispania*, 914 (1996), pp. 965-1005.
- “La herencia de Borgoña: Casa Real española en el s. XVIII”, *Torre de los Lujanes*, 28 (1994), pp. 61-72.

GÓMEZ-MENOR FUENTES, José Carlos: “El testamento del Doctor Francisco de Pisa”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 4 (1969), pp. 213-233.

GÓMEZ-MORENO MARTÍNEZ, Manuel: “Historia y arte en el Panteón de las Huelgas de Burgos”, *Arbor*, 21 (1947), pp. 397-434; *El Panteón Real de las Huelgas de Burgos*, Madrid, 1946.

GONZÁLEZ ÁLVAREZ, Jaime: “La “Vida de San Andrés Apóstol”. Una versión castellana inédita en el Ms. 15.001 de la Biblioteca Lázaro Galdiano”, *Archivum. Revista de la Facultad de Filología*, 58-59 (2008-2009), p. 433.

GONZÁLEZ ARCE, José Damián: *Apariencia y poder. La legislación suntuaria castellana en los siglos XIII y XIV*, Jaén, 1998.

GONZÁLEZ ARCE, José Damián y GARCÍA PÉREZ, Francisco José: “Ritual, jerarquías y símbolos en las exequias reales de Murcia (siglo XV)”, *Miscelánea Medieval Murciana*, Vol. XIX-XX (1995-1996), pp. 129-238.

GONZÁLEZ CARBALLO, Genaro: “Miedo y actitudes supersticiosas en algunos comportamientos religiosos del siglo XVII extremeño”, *Revista de estudios extremeños*, vol. XLIII, 1 (1987), pp. 107-140.

GONZÁLEZ CRUZ, David: *Religiosidad y ritual de la muerte en la Huelva del Siglo de la Ilustración*, Huelva, 1993.

GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín: *Isabel de Valois*, Madrid, 1949.

GONZÁLEZ DE FAUVE, María Estela, FORTEZA, Patricia de: “Ciencia y prácticas: a imagen del médico “perfecto” en tres autores españoles (siglos XIV-XVII)”, *Estudios de historia de España*, 12 (2010), pp. 227-244.

- “La construcción de la figura del enfermero a través de un discurso especializado (Reino de Castilla, siglos XIV-XVII)”, *Fundación*, 9 (2008-2009).
- “El tiempo de la enfermedad: cuatro médicos al servicio de los reyes castellanos a fines del siglo XV”, *Fundación*, 2 (1999-2000), p. 325.

GONZÁLEZ DURO, Enrique: *Fernando VII, el rey felón*, Madrid, 2006.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: “El testamento de Don Alonso Mexía de Tovar, obispo de Mondoñedo y Astorga en el siglo XVII: Apunte sobre su iconografía y versos de un poeta mindoniense coetáneo”, en *El legado cultural de la iglesia mindoniense. Ferrol, 16, 17, 18 de setembro, 1999. I Congreso do Património da Diocese de Mondoñedo*, 2000, pp. 545-555.

- “Testamento del platero Roque Colmenero”, *Porta da aira. Revista de historia del arte orensano*, 5 (1992-1993), pp. 321-324.

GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel, *Fernando III el Santo. El rey que marcó el destino de España*, Sevilla, 2006.

GONZÁLEZ LOPO, Domingo: “Actitud ante la muerte en la ciudad de Santiago durante los siglos XVII y XVIII: La actuación de las órdenes mendicantes”, *Liceo Franciscano*, 38 (1985) pp. 147-165.

- “Vida e morte nas parroquias galegas da idade moderna: cambios e permanencias”, en GARCÍA PAZOS, FERNANDO (coord.): *A Parroquia en Galicia: pasado, presente e futuro*, Santiago de Compostela, 2009, pp. 105-122.
- “El ritual de la muerte barroca: la hagiografía como paradigma del buen morir cristiano”, *Sémata. Ciencias sociais e humanidades*, 17 (2006), pp. 299-320.
- *Los comportamientos religiosos en la Galicia del Barroco*, Santiago de Compostela, 2002.
- “La evolución del lugar de sepultura en Galicia entre 1550 y 1850: los casos de Tuy y Santiago”, en *Obradoiro de Historia Moderna: homenaje al profesor Antonio Eiras Roel en el XXV aniversario de su cátedra*, Santiago de Compostela, 1990, pp. 163-180.
- “La mortaja religiosa en Santiago entre los siglos XVI y XIX”, *Compostellanus*, 3-4 (1989), pp. 271-295.
- “La vivencia de la muerte en las ciudades del antiguo régimen: Santiago en los siglos XVII al XIX”, en VILLARES PAZ, Ramón (coord.): *La ciudad y el mundo urbano en la historia de Galicia*, Santiago de Compostela, 1988, pp. 179-198.
- “La actitud ante la muerte en la Galicia occidental de los siglos XVII y XVIII”, en EIRAS ROEL, Antonio (coord.): *La documentación notarial y la historia. Actas del II Coloquio de metodología histórica aplicada*, vol. II, Santiago de Compostela, 1984, pp. 125-138.
- *Mentalidades y grupos sociales en la Galicia del siglo XVIII a través de la documentación de protocolos*, Santiago de Compostela, 1981.

GONZÁLEZ MARTÍN, Luis Antonio: *Música para exequias en tiempo de Felipe IV*, Barcelona, 2004.

GONZÁLEZ MENA, María Ángeles: “El almohadón o cojín como símbolo ritual de dignidad y jerarquía social”, *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 43 (1988), pp. 317-330.

GONZÁLEZ NOVALÍN, José Luis: “San Carlos Borromeo y su relación con España: nota crítica”, *Hispania sacra*, 81 (1988), pp. 193-204.

GONZÁLEZ RUIZ, Manuel: “Las capellanías españolas en su perspectiva histórica”, *Revista española de derecho canónico*, 14 (1950), pp. 475-501.

GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Vidal: GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Vidal: *El Testamento de Isabel la Católica y otras consideraciones en torno a su muerte*, Valladolid, 2001.

- “Los Reyes Católicos y el Camino de Santiago: Un viaje entre piadoso y administrativo”, *Isla de Arriarán*, 14 (1999), pp. 9-26.

GONZÁLEZ TORNEL, Pablo, ALBA PAGÁN, Ester: “Roma 1819: dos reinas, dos funerales y un cadáver. Las exequias de María Luisa de Borbón y María Isabel de Braganza”, *Reales Sitios*, 195 (2013), pp. 50-64.

GOÑI GAZTAMBIDE, José: “El licenciado Pedro Fernández Navarrete: su vida y sus obras (1564-1632)”, *Berceo*, 97 (1979), pp. 27-48.

GORDON, Daniel: *Citizens without Sovereignty. Equality and Sociability in French Thought, 1670-1789*, Princeton, 1994.

GORI, Esteban de, GUTIÉRREZ DE ANGELIS, Marina: “Lenguajes e iconografías de desmesura y amor por Fernando VII en los avatares de la crisis dinástica”, *Temas americanistas*, 22 (2009).

GRAF VON KALNEIN, Albrecht: *Juan José de Austria en la España de Carlos II. Historia de una regencia*, Lleida, 2001.

GRAHAM, Lisa Jane: *If the King only Knew. Seditious Speech in the Reign of Luis XV*, Charlottesville (Virginia), 2000.

GRANADO VALTUEÑA, Diego: “Comportamientos y actitudes de la población de Martorellas ante la muerte (1700-1750)”, en *Actas del I Congr s d’Historia Moderna de Catalunya*, vol. II, Barcelona, 1984, pp. 549-556.

GUENÉE, Bernard y LEHOUX, Françoise: *Les entrées royales francaises, 1328-1515*, París, 1968; BRYANT, Lawrence: *The king and the city in the Parisian royal entry ceremony. Politics, ritual and art in the Renaissance*, Ginebra, 1986.

GUERRA GUERRA, Arcadio: “Testamento otorgado en 1592 por Luis Martínez de Salcedo en la ciudad de Cuzco”, *Revista de estudios extremeños*, vol. XXXIX, 2 (1983), pp. 343-362.

- “Testamento otorgado en Indias por el encomendero Francisco Marmolejo, natural de Fregenal”, *Revista de estudios extremeños*, vol. XXXIV, 3 (1978), pp. 459-486.

GUERRERO CABANILLAS, Víctor: “Enfermedades y muerte de Carlos V”, *Revista de Estudios Extremeños*, 65 (2009), pp. 1163-1203.

GUIANCE BASUALDO, Ariel: *Muertes medievales, mentalidades medievales. Un estado de la cuestión sobre la historia de la muerte en la Edad Media*, Buenos Aires, 1989.

GURIEVICH, A: *Las categorías de la cultura medieval*, Madrid, 1990.

GUTIÉRREZ GARCÍA-BRAZALES, Manuel: “Don Francisco Antonio de Lorenzana, cardenal ilustrado”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 23 (1989), pp. 161-191.

- “El cardenal Lorenzana, preceptor de los hijos del Infante don Luis”, *Anales toledanos*, 18 (1984), pp. 181-230.

HAINDL UGARTE, Ana Luisa: “Ars bene moriendi: el arte de la Buena Muerte”, *Revista chilena de estudios medievales*, 3 (enero-junio 2013), pp. 89-108.

HAMER FLORES, Adolfo: “La herencia corporal: muerte y salubridad en el reino de Córdoba durante la Edad Moderna”, *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 18 (2006), pp. 149-160.

HANLEY, Sarah: *Le Lit de justice des rois de France: l’ideologie constitutionnelle dans la légende, le rituel et le discours*, París, 1991.

HENARES DÍAZ, Francisco: “1598 en Murcia: las exequias de Felipe II. Literatura, sermones, historia”, *Carthaginensia. Revista de estudios e investigación*, 27 (1999), pp. 139-165.

HERMOSA ESPESO, Cristina: “El testamento de Felipe IV y la Junta de Gobierno de la minoridad de Carlos II. Apuntes para su interpretación”, *Erasmus. Revista de Historia Bajomedieval y Moderna*, 1 (2014), pp. 102-120.

- *Una mirada a la Monarquía española de finales del reinado de Felipe IV. José Arnolfini de Illescas*, Valladolid, 2010.

HERNÁNDEZ CASTELLÓ, María Cristina: “El Memorial de las obras del Convento de San Francisco de la Alhambra y el II Conde de Tendilla”, *BSAA Arte. Boletín del Seminario de Estudios de Arte*, 75 (2009), pp. 75-83.

HERNÁNDEZ NÚÑEZ, Juan Carlos: “Juan de Pedroso y la fundación de la capilla de San Juan de Letrán de Pedroso, La Rioja”, *Berceo*, 156 (2009), pp. 213-228.

- “Don Fernando Carrillo, presidente de los Reales Consejos de Hacienda e India, su testamento, inventario de bienes y el contrato de rejería para su capilla en la Catedral de Córdoba”, *Laboratorio de Arte*, 16 (2003), pp. 427-442.

HERNÁNDEZ PALOMO, José Jesús (coord.): *Enfermedad y muerte en América y Andalucía (Siglos XVI-XX)*, Sevilla, 2004.

HERRÁEZ ORTEGA, María Victoria: “La fundación y dotación de la capilla de San Pedro en la catedral de Toledo”, *Laboratorio de Arte*, 25 (2013), pp. 79-96.

HERRÁN HERRÁN, Laurentino María: “Historia de la devoción y la teología de san José”, *Scripta Theologica*, 14 (1982), pp. 355-360.

HERRANZ, Juan: “La creación de una divisa: el príncipe Felipe, Gaspar de Vega y el Monasterio de San Felipe el Real de Madrid”, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 5 (1993), pp. 91-98.

HERRERO SANZ, María Jesús: “Doña Ana de Austria, abadesa del Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas”, en GARCÍA-FRÍAS CHECA, Carmen, JORDÁN DE URRÍES Y DE LA COLINA, Javier (ed.): *El retrato en las Colecciones Reales de Patrimonio Nacional. De Juan de Flandes a Antonio López*, Madrid, 2014, p. 220.

- *Monasterio de Santa María La Real de Huelgas*, Burgos, Madrid, 1999.

- “Los sepulcros del panteón real de las Huelgas”, *Reales Sitios*, 105 (1990), pp. 21-30.

HERVELLA VÁZQUEZ, José: “Para la Historia del arte de Ourense. Testamentos de artistas. Siglo XVII-XVIII, anotados”, *Porta da aira. Revista de historia del arte orensano*, 10 (2004), pp. 363-380.

HIDALGO, Lucio: *La Real Capilla de los Reyes Nuevos de Toledo. Apuntes históricos y artísticos*, Toledo, 1975.

HORCAJO PALOMERO, Natalia: “Joyas del siglo XVI en seis retratos infantiles de las Descalzas Reales de Madrid”, *Archivo español de arte*, 308 (2004), pp. 397-410.

- “Amuletos y talismanes en el retrato del Príncipe Felipe Próspero de Velázquez”, *Archivo español de arte*, 288 (1999), pp. 521-530.

HORTAL MUÑOZ, José: “El gobierno de los Países Bajos y la regencia de María de Hungría”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, CARLOS MORALES, Carlos Javier de (coords.): *La corte de Carlos V*, Vol. 1, Tomo 2, *Corte y gobierno*, Madrid, 2000, pp. 63-67.

HOURS, Bernard: “De la pieté personnelle de Louis XIV”, en SABATIER, Gérard, TORRIONE, Margarita (coords.): *Louis XIV espagnol? Madrid et Versailles, images et modèles*, 2009, pp. 237-254.

- *Louis XV et sa cour. Le roi, l'étiquette et le courtesan. Essai historique*, París, 2002.

HUERGA TERUELO, Álvaro: “La irradiación de San Carlos Borromeo en España a principios del siglo XVII”, *Hispania sacra*, 81 (1988), pp. 179-191.

HUGON, Alain: *Felipe IV y la España de su tiempo. El siglo de Velázquez*, Barcelona, 2015.

HUIZINGA, Johan: *Herbst des Mittelalters. Studien über Lebens und Geistesformen des 14. und 15. Jahrhunderts in Frankreich und in den Niederlanden*, Munich, 1924.

- *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Madrid, 1996.

IANNUZZI, Isabella: "Gobernar a los fieles y "predicar" discursos socio-religiosos. Fray Hernando de Talavera, confesor y consejero de los Reyes Católico", *Mágina. Revista Universitaria*, 13 (2009), pp. 73-84.

IBÁÑEZ GARCÍA, Miguel Ángel: "La Misa de San Gregorio: aclaraciones sobre un tema iconográfico. Un ejemplo en Pisón de Castrejón (Palencia)", *Norba. Revista de arte*, 11 (1991), pp. 7-18.

IBISATE LOZARES, Ángel: "Una bula de difuntos a favor del hospital de Sancti Spiritus de San Adrián, impresa a principios del siglo XVI", *Sancho el sabio. Revista de cultura e investigación vasca*, 12 (2000), pp. 221-230.

IGLESIAS DÍAZ, María Jesús: "Santa Margarita", en CHECA CREMADES, Fernando: *Tiziano, técnicas y restauraciones. Actas del simposium*, Madrid, 1999, pp. 67-72.

ISRAEL, Jonathan I., "Olivares, el cardenal Infante y la estrategia de España en los Países Bajos (1635-1643). El camino a Rocroi", en KAGAN, Richard L., PARKER, Geoffrey (ed.): *España, Europa y el mundo atlántico. Homenaje a John Elliott*, Madrid, 2001, pp. 347-380.

IZQUIERDO HERNÁNDEZ, Manuel: *Bosquejo histórico del Príncipe Baltasar Carlos*, Madrid, 1968.

- *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*, Madrid, 1963.

JACKSON, Richard A.: *Vivat rex. Histoire des sacres et couronnements en France, 1364-1825*, Estrasburgo, 1984.

JACOPS, Marie-France: "Le pompe funèbre de Charles V à Nancy", *Pays Lorrain*, LXIV, 3 (1983), pp. 167-178.

JAMBOU, Louis: "El testamento de Francisco Correa de Araujo", *Revista de musicología*, 4 (1981), pp. 343-348.

JORDAN GSCHWEND, Annemarie, PÉREZ DE TUDELA GABALDÓN, Almudena: *El retrato del príncipe Felipe Manuel de Saboya. La imagen de un príncipe italiano en la corte de España*, Bilbao, 2008, p. 17-73.

JULIÁ DÍAZ, Santos: "El historiador escéptico", en AZCONA PASTOR, José Manuel, *Debates por una historia viva*, Bilbao, 1990, p. 26.

JUNCEDA AVELLO, Enrique: *Ginecología y vida íntima de las reinas de España*, 2 vol., Madrid, 1991.

JUNQUERA MATO, Juan José: "El infante don Luis y su gusto: del mundo galante al *Sturm und Drang*", en JUNQUERA MATO, Juan José: *Goya y el infante don Luis de Borbón. Homenaje a la "infanta" doña María Teresa de Vallabriga*, Zaragoza, 1996, pp. 9-18.

JUNQUERA RUBIO, Carlos: "Los inventarios de bienes: documentos históricos que permiten reseñar el patrimonio para repartir la herencia entre los diversos herederos en la provincia de León", *Tierras de León. Revista de la Diputación Provincial*, 101 (1997), pp. 19-44.

JUSTI, Carl: *Velázquez y su siglo*, Madrid, 2000.

KAGAN, Richard L: *Los Cronistas y la Corona. La política de la historia de España en las edades Media y Moderna*, Madrid, 2010.

- “Fray Prudencio de Sandoval, obispo e historiador (familia y estudios)”, *Príncipe de Viana*, 158-159 (1980), pp. 161-190.
- KAMEN, Henry: *Felipe V. El rey que reinó dos veces*, Madrid, 2000.
- “Anna de Austria”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 265-274.
 - “Baltasar Carlos: el problema de la sucesión en la monarquía de los Austrias”, en *Velázquez*, Barcelona, 1999, pp. 237-246.
 - *Felipe de España*, Madrid, 1997, p. 235.
- KANTOROWICZ, Ernst. H.: *The King's Two Bodies. A Study in Medieval Political Theology*, Princeton, 1957.
- *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, 1985.
- KAWAMURA, Yayoi: “Culto a la monarquía católica en las exequias reales y arte efímero en la catedral de Oviedo durante el siglo XVII”, en RAMALLO ASENSIO, Germán Antonio (coord.): *La catedral guía mental de la Europa Barroca Católica*, Murcia, 2010, pp. 479-510.
- KELLER, Katrin: *Hofdamen. Amtsträgerinnen im Wiener Hofstaat des 17. Jahrhunderts*. Viena, 2005.
- KERTZER, David I.: *Ritual, Politics, and Power*, Yale, 1988.
- KHEVENHÜLLER, Hans: *Geheimes Tagebuch, 1548-1605*, Graz, 1971, pp. 136-1039.
- KLANOVICZ, Jó, RODRIGUES, Icles, PRATES DE ANDRADE, Rodrigo: “*Venha a nós o Vosso reino*”: a legitimação da Corte Medieval através da imagem da Corte Celestial”, *Mirabilia. Revista Eletrônica de História Antiga e Medieval*, 9 (2009), pp. 134-147.
- KUSCHE, María: *Juan Pantoja de la Cruz y sus seguidores B. González, R. de Villadrando y A. López Polanco*, Madrid, 2007.
- “Vivir para representar a la corona. Las damas reales bajo el reinado de Felipe II y Felipe III”, en POTTHAS, B., BOSSE, M. y STOLL, A.: *La creatividad femenina en el mundo barroco hispánico*, Kassel, 1999.
- LA PARRA LÓPEZ, Emilio: “La restauración de Fernando VII en 1814”, *Historia constitucional. Revista Electrónica de Historia*, 15 (2014), pp. 205-222.
- LABEAGA MENDIOLA, Juan Cruz: “Viana celebra los acontecimientos de la monarquía”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 82 (2007), pp. 67-112.
- “Aspectos históricos y etnográficos de un libro manuscrito sangüesino”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 50 (1987), pp. 239-262.
- LABRADOR ARROYO, Félix: “Un proyecto de revitalización de la casa real de Portugal: el virreinato de la duquesa de Mantua”, *Libros de la Corte*, 4 (2012), pp. 111-119.
- LACADENA Y BRUALLA, Ramón de, *El Cardenal de España. Retrato del más poderoso asesor de los Reyes Católicos*, Barcelona, 2005.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: “Castilla a la muerte de Isabel la Católica: balance del reinado y testamento de la reina”, en GONZÁLEZ ALONSO, Benjamín (coord.): *Las Cortes y las leyes de Toro de 1505. Actas del congreso conmemorativo del V Centenario de la celebración de las Cortes y de la publicación de las Leyes de Toro de 1505*, Valladolid, 2006, pp. 19-44.
- “Isabel la Católica: perfil político de un reinado decisivo”, en CHECA CREMADES, Fernando: *Isabel la Católica. La magnificencia de un reinado. Quinto centenario de Isabel la Católica*, Madrid, 2004, pp. 33-48.

LALIENA CORBERA, Carlos, IRANZO MUÑO, María Teresa: "Las exequias de Alfonso V en las ciudades aragonesas. Ideología real y rituales públicos", *Aragón en la Edad Media*, 9 (1991), pp. 55-75.

LAPUERTA MONTROYA, Magdalena de la: *Los pintores de la Corte de Felipe III. La Casa Real de El Pardo*, Madrid, 2002.

LARA OLIVEROS, José Manuel: "La Capilla de San Diego de San Nicolás del Convento de Santa María de Jesús de Alcalá de Henares: un santo andaluz y su devoción en la Corte española", en PELÁEZ DEL ROSAL, Manuel (coord.): *El Franciscanismo en Andalucía. Clarisas, Concepcionistas y Terciarias regulares*, Córdoba, 2006, pp. 127-139.

LAVALLE-COBO, Teresa: *Isabel de Farnesio. La reina coleccionista*, Madrid, 2002.

LAYNA SERRANO, Francisco: "Noticias documentales sobre antiguos conventos de Logroño", *Berceo*, 1 (1946), pp. 9-58.

LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI*, 4. vol., Madrid, 1942.

LE GOFF, Jacques: "Au Moyen Âge: temps de l'Église et temps du marchand", *Annales ESC*, XV, pp. 417-433.

- "Reims, ville du sacre", en NORA, P. (dir.): *Les lieux de mémoire*, París, 1986, pp. 89-114.

- *La naissance du Purgatoire*, París, 1981.

- *El nacimiento del Purgatorio*, Madrid, 1981.

- "Prefacio", en CHIFFOLEAU, Jacques: *La comptabilité de l'au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du Moyen Âge* (vers 1320-vers 1480), Roma, 1980.

- *La civilización en el Occidente medieval*, Barcelona, 1969.

LE ROY LADURIE, Emmanuel: "Appendix One: On Norbert Elias", en *Saint-Simon, and the Court of Louis XIV*, Chicago-Londres, 2001, pp. 349-354.

- "Auprès du roi, la Cour", *Annales ESC*, 38 (1983), pp. 21-41.

LEBLIC GARCÍA, Ventura: "El testamento de D. Ventura Jiménez el "héroe del Tajo", *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 20 (1986), pp. 151-155.

LEDESMA GÁMEZ, Francisco: "Noticias sobre Diego de Mendoza, entallador y carpintero de Osuna", *Laboratorio de Arte*, 9 (1996), pp. 105-124.

LEGG, Keith: *Patrons, clients and politicians. New perspectives on Political Clientelism*, Berkeley, 1975.

LEONE, Giuseppina: "I funerali di Carlo III nella cattedrale di Palermo", *Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del arte*, 13 (2000), pp. 271-292.

LEROY, Béatrice: "La mort et la vie chrétienne en Navarre au XIV^e siècle (Étude de testaments de la seconde moitié du XIV^e siècle)", *De la Iglesia y de Navarra. Estudios en honor del Prof. Goñi Gaztambide*, Pamplona, 1984, pp. 245-257.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa: *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, México, 1952.

LINDE DE CASTRO, Luis María: *Don Pedro Girón, duque de Osuna. La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*, Madrid, 2005.

LISÓN TOLOSANA, Carmelo: *La imagen del Rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias. Discurso de recepción del acaémico de número Excmo. Sr. D.*

Carmelo Lisón Tolosana y Contestación del Excmo. Sr. D. Salustiano del Campo Urbano. Sesión del 4 de febrero de 1992. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1991.

LIZOAIN GARRIDO, José Manuel, GARCÍA, Juan José: *El monasterio de las Huelgas de Burgos. Historia de un señorío cisterciense burgalés (siglos XII y XIII)*, Burgos, 1988.

LLANOS GÓMEZ, Rafael: “Casa real y orden militar de San Juan. Entrada y toma de posesión del Gran Priorato de Castilla y León en nombre del infante don Gabriel (1766)”, en RUIZ GÓMEZ, Francisco, MOLERO GARCÍA, Jesús (coord.): *La Orden de San Juan entre el Mediterráneo y La Mancha*, Alcázar de San Juan, 2009, pp. 453-478.

LLANOS Y TORRIGLIA, Félix de: “Isabel la Católica no murió en la Mota”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 111 (1942), pp. 201-216.

LLEÓ CAÑAL, Vicente: “Recibimiento en Sevilla del rey Fernando el Católico (1508)”, en *Rito y fiesta: una aproximación a la arquitectura efímera sevillana*, Sevilla, 2004, pp. 16-29.

LLORENTE, Mercedes: “Imagen y autoridad en una regencia: los retratos de Mariana de Austria y los límites del poder”, *Studia historica. Historia moderna*, 28 (2006), pp. 211-238.

LOPE TOLEDO, José María: “Logroño en el siglo XVI. Honras funerales por Felipe II”, *Berceo*, 71 (1964), pp. 111-132.

LÓPEZ ANGUITA, José Antonio: “La imagen de Felipe V y su entorno cortesano a través de la correspondencia de Madame la duquesa de Orleáns”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, CAMARERO BULLÓN, Concepción, LUZZI TRAFICANTE, Marcelo (coords.): *La Corte de los Borbones: Crisis del modelo cortesano*, Vol. II, Madrid, 2013, pp. 1127-1162.

LÓPEZ ARANDIA, María Amparo: “Dominicos en la corte de los Austrias: el confesor del rey”, *Tiempos modernos*, 20 (2010).

LÓPEZ BENITO, Clara Isabel: “La oligarquía salmantina en los inicios de la edad moderna: actitudes ante la vida y la muerte”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 12 (1992), pp. 31-42.

LÓPEZ DE PRADO NISTAL, Covadonga: *María Luisa de Orleans, una reina efímera*, A Coruña, 2003.

LÓPEZ GARCÍA, María Trinidad: “Gastos en el ceremonial en Murcia de las exequias a la muerte de la reina Margarita de Austria (1611)”, en LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, FRANCO RUBIO, Gloria Ángeles (coords.): *Actas de la VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna* (Madrid, 2-4 de junio de 2004), vol. I, Madrid, 2005, pp. 447-464.

LÓPEZ GUTIÉRREZ, Antonio José: “Los expedientes de bienes de difuntos del Archivo General de Indias y su aportación a la historia del arte”, en ARANDA BERNAL, Ana María (dir.): *Barroco Iberoamericano. Territorio, arte, espacio y sociedad*, vol. I, Sevilla, 2001, pp. 107-121.

LÓPEZ I MIQUEL, Olga: *Actituds col·lectives davant la mort i discurs testamentari al Mataró del segle XVIII*, Mataró, 1987; “La sensibilitat religiosa davant la mort a finals del segle XVIII. El cas de Mataró”, *Manuscrits. Revista d'història moderna*, 3 (1986), pp. 175-193.

- “La mort a Mataró: 1690-1800”, *Pedralbes: Revista d'història moderna*, 6 (1986), pp. 231-235.

LÓPEZ LÓPEZ, Roberto Javier: “Donaciones regias a la catedral de Santiago en la Edad Moderna”, en NIETO ALCAIDE, Víctor: *Santiago y la Monarquía de España (1504-1788)*, Madrid, 2004, pp. 135-152.

- “*Ordenar las almas y disponer las haciendas*”: la finalidad de los testamentos asturianos durante el Antiguo Régimen”, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 149 (1997), pp. 169-194.

- “Las disposiciones testamentarias sobre misas y fundaciones de misas en Asturias en los siglos XVI al XVIII”, en BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos (coords.): *La religiosidad popular*, vol. II, Barcelona, 1989, pp. 244-260.

- *Comportamientos religiosos en Asturias durante el Antiguo Régimen*, Gijón, 1989; *Oviedo: muerte y religiosidad en el siglo XVIII (Un estudio de mentalidades colectivas)*, Oviedo, 1985.

LÓPEZ MARTÍN, Francisco, SUÁREZ BERMEJO, Juan Carlos: “El entierro del señor de Orgaz”. Identificación de los personajes retratados como san Esteban y como caballero de Santiago con actitud declamatoria”, *Toletana. Cuestiones de teología e historia*, 16 (2007), pp. 287-310.

LÓPEZ VILAR, Jordi: “Dr. Pedro Gómez de Almodóvar (1601-1667). Médico, matemático y astrónomo hellinense”, *Al-Basit. Revista de estudios albacetenses*, 58 (2013), pp. 197-214.

LÓPEZ VIZCAÍNO, Pilar, CARREÑO, Ángel Mario: *Sepulcros de los Reyes de España*, León, 1999.

LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, FRANCO RUBIO, Gloria Ángeles (coords.): *La reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica. Actas de las VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, Vol. I, Madrid, 2005.

LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria: “Entre damas anda el juego: las camareras mayores en Palacio en la edad moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 2 (2003), pp. 123-152.

- “La figura de doña Mariana de Austria: los ciclos de representación”, en SAURET GUERRERO, María Teresa (coord.): *Luchas de género en la historia a través de la imagen*, Vol. 3, Málaga, 2002, pp. 7-26.

LOPEZOSA APARICIO, Concepción: “Solemne despedida. Brillante memoria. Las Exequias de María Luisa de Orléans en Palermo a través de la Relación de Francisco Montalbo”, *Pecia Complutense*, 14 (2011), pp. 39-53.

- “La residencia del Duque de Lerma en el Prado de San Jerónimo, traza de Gómez de Mora”, *Madrid. Revista de arte, geografía e historia*, 1 (1998), pp. 457-486.

LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, TÁRRAGA BALDÓ, María Luisa: “Ceremonias de la corte de Fernando VI y Bárbara de Braganza: inauguración del Monasterio de la Visitación de Madrid”, en TORRIONE, Margarita (dir.): *España festejante. El siglo XVIII*, Málaga, 2000, pp. 239-248.

LORENZO PINAR, Francisco Javier: “La familia y la herencia en la Edad Moderna zamorana a través de los testamentos”, *Studia historica. Historia moderna*, 9 (1991), pp. 151-202.

- *Muerte y ritual en la edad moderna: el caso de Zamora (1500-1800)*, Salamanca, 1991.

- *Actitudes religiosas ante la muerte en Zamora en el siglo XVI: un estudio de mentalidades*, Zamora, 1989.

LORES MESTRE, Beatriz: *Fiesta y arte efímero en el Castellón del setecientos: celebraciones extraordinarias promovidas por la Corona y por la Iglesia*, Castelló de la Plana, 1999.

- “Fiesta y arte efímero en la villa de Castellón durante el Setecientos”, *Millars. Espai i historia*, 19 (1996), pp. 41-64.

LUJÁN MUÑOZ, Jorge, BERLIN, Heinrich: *Los túmulos funerarios en Guatemala*, Guatemala, 1983.

LUJÁN MUÑOZ, Jorge: “Algunos comentarios acerca de la situación de las artes en Santiago de Guatemala en la última parte del siglo XVII”, *Revista de la Universidad del Valle de Guatemala*, 23 (2011), pp. 35-40.

LUNA GARRIDO, Juan José: “España entre dos siglos y el gran despliegue de la pintura española en la corte de Madrid”, en *1802. España entre dos siglos y la devolución de Menorca*, Madrid, 2002, p. 55-73.

LUNA, Giovanni de: *El cadáver del enemigo. Violencia y muerte en la guerra contemporánea*, Madrid, 2007.

MACHÍN HAMALAINEN, Carlos: *El palacio del Infante Don Luis Antonio de Borbón*, Madrid, 1999.

MACIÁ SERRANO, Antonio: “San Juan de los Reyes y la Batalla de Toro. Discurso por el académico correspondiente Excmo. Sr. D. Antonio Maciá Serrano”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 9 (1979), pp. 55-70.

MACÍAS DELGADO, Jacinta: *El Motín de Esquilache a la luz de los documentos*, Madrid, 1988; RISCO, Antonio: “Flujos y reflujos del “motín de Esquilache”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 5 (1984), pp. 11-36.

MACÍAS ROSENDO, Baldomero: “El ocaso del reinado de Felipe II visto por un confidente de Arias Montano”, *Estudios humanísticos. Historia*, 9 (2010), pp. 51-72.

MADARIAGA ORBEA, Juan José: “Muerte y mentalidad en el ámbito rural del País Vasco a fines del Antiguo Régimen”, *Cuadernos de investigación histórica*, 18 (2001), pp. 11-34.

- “Mentalidad: estabilidad y cambio. Un estudio de actitudes ante la muerte en los siglos XVIII y XIX”, *Historia contemporánea* 5 (1991), pp. 73-106.

- “Thanatos en el archivo. Consideraciones sobre la investigación histórica de las actitudes ante la muerte”, en HUICI URMENEA, Vicente (coord.): *Las otra(s) historia(s) (Una reflexión sobre los métodos y los temas de la investigación histórica)*, Bergara, 1988, pp. 77-108.

MADRID, Ignacio de: “La orden de san Jerónimo. Historia, espíritu y espiritualidad. Servicio a la iglesia y a la sociedad”, en MATEOS GÓMEZ, Isabel, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, PRADOS GARCÍA, José María: *El arte de la orden jerónima. Historia y mecenazgo*, Bilbao, 1999, pp. 9-40.

MADRUGA REAL, Ángela: “El Escorial a debate. Informes, discusiones y propuestas en las Cortes del siglo XIX”, *Anales de Historia del Arte*, 11 (2001), p. 294.

MAISO GONZÁLEZ, Jesús: “Baltasar Carlos y Zaragoza”, *Cuadernos de Investigación Geografía e Historia*, 2 (1975), pp. 95-100.

MALCOLM, Alistair: “La práctica informal del poder. La política de la Corte y el acceso a la Familia Real durante la segunda mitad del reinado de Felipe IV”, *Reales Sitios*, 147 (2001), pp. 38-48.

MALDONADO Y FERNÁNDEZ DEL TORCO, José: *Herencias a favor del alma en el Derecho español*, Madrid, 1944.

MANERO SOROLLA, María del Pilar: “Santa Teresa y Felipe II”, en STROSETZKI, Chistph (coord.): *Actas del V Congreso Internacional de la Asociación Siglo de Oro (AISO)*, Madrid, 2001, pp. 826-834.

MANGLANO CUCALÓ DE MONTULL, Jesús, BARÓN DE TERRATEIG: “El principio religioso en los antiguos testamentos valencianos”, *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia i Història*, 3 (1945), pp. 20-29.

- “Sobre testamentos valencianos en la época foral” [3], *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, 22 (1948), pp. 158-179.

- “Sobre testamentos valencianos en la época foral” [2], *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, 21 (1948), pp. 77-95.

- “Sobre testamentos valencianos en la época foral” [1], *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, 20 (1948), pp. 1-13.

MANSO PORTO, Carmen: “Escultura yacente de don Juan, Príncipe de Asturias. Santo Tomás de Ávila. Valentín Cardenera. Emile Beau”, en SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis (dir.): *Isabel la Católica en la Real Academia de la Historia*, Madrid, 2004, p. 203.

MARAL, Alexandre: “Aspects politico-religieux de la Chapelle royale de Versailles sous Louis XIV”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, VERSTEEGEN, Gij (coords.): *La corte en Europa: política y religión (siglos XVI-XVIII)*, vol. I, 2012, pp. 85-92.

- “Le Systeme dévotionnel de Louis XIV à Versailles”, en SABATIER, Gérard, TORRIONE, Margarita (coords.): *Louis XIV espagnol? Madrid et Versailles, images et modèles*, 2009, pp. 221-236.

MARAÑÓN POSADILLO, Gregorio: *Antonio Pérez*, Madrid, 1947.

MARÍAS FRANCO, Fernando: “La memoria de la catedral de Toledo desde 1604: la descripción de Juan Bravo de Acuña y la planta y dibujos ceremoniales de Nicolás de Vergara el Mozo”, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 21 (2009), pp. 105-120.

- “El primer proyecto de Juan Gómez de Mora para el Colegio de La Clerecía de Salamanca”, en *Tiempo y espacio en el arte: homenaje al profesor Antonio Bonet Correa*, vol. I, Madrid, 1994, pp. 469-480.

- “El palacio Real de El Pardo: de Carlos V a Felipe III”, Madrid, *Reales Sitios*, nº extraordinario (1989), pp. 137-146.

MARINA BARBA, Jesús: “La proclamación de Carlos III en Granada”, *Chronica nova. Revista de historia moderna de la Universidad de Granada*, 16 (1988), pp. 233-242.

MARTENS, Pieter, MOUSSET, Jean-Luc, RÖDER, Bernd: “La donación Mansfeld a Felipe III: un primer resumen de las investigaciones”, *Reales Sitios*, 168 (2006), pp. 16-35.

MARTÍ GILABERT, Francisco: *El proceso de El Escorial*, Pamplona, 1965.

MARTÍN ABAD, Julián: “Bula desconocida en favor de las iglesias y el hospital de Bermeo tras el incendio de 1504”, *Sancho el sabio. Revista de cultura e investigación vasca*, 3 (1993), pp. 303-308.

MARTÍN CEA, Juan Carlos: “El modelo testamentario bajomedieval castellano y su reflejo en los diferentes grupos sociales”, *Edad Media. Revista de historia*, 6 (2003-2004), pp. 103-156.

- “La muerte a fines de la Edad Media: el ritual funerario en los testamentos paredños del siglo XV”, en CALLEJA GONZÁLEZ, María Valentina (coord.): *Actas del II Congreso de Historia de Palencia, 27, 28 y 29 de abril de 1989*, vol. II, Palencia, 1990, pp. 627-642.
- MARTÍN GIL, Tomás: “Testamento de D. Rodrigo Pérez: Arcediano, en 1550, de la archidiócesis de Lima”, *Revista de estudios extremeños*, vol. IX, 3 (1935), pp. 233-285.
- MARTÍN GÓMEZ, Pedro: *La Casa perpetua del rey de España o las tumbas de El Escorial*, Madrid, 1987.
- MARTÍN LÓPEZ, María Encarnación: “El documento como fuente para la epigrafía”, en MORÁN SUÁREZ, María Antonia, RODRÍGUEZ LÓPEZ, María del Carmen: *La documentación para la investigación: homenaje a José Antonio Martín Fuentes*, vol. I, León, 2002, pp. 261-384.
- MARTÍN MIGUEL, María Ángeles: “La imagen del Príncipe Baltasar Carlos a través del túmulo erigido en la iglesia colegial de Vitoria”, *Cuadernos de arte e iconografía*, 12 (1993), pp. 29-37.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Fernando Gabriel: “La fiesta de la muerte: el túmulo de Ana de Austria en la Catedral de Las Palmas”, en MORALES PADRÓN, Francisco (coord.): *XI Coloquio de Historia Canario-Americana*, Vol. I, Las Palmas de Gran Canaria, 1996, pp. 391-408.
- MARTIN, Hervé: *Mentalités médiévales. XI^e-XV^e siècle*, París, 1996.
- MARTÍNEZ ARCE, María Dolores: “Fiestas en Navarra”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 68 (1996), p. 218.
- MARTÍNEZ BONANAD, David: “Mariana de Austria: la adopción del luto como imagen del poder”, en MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor Manuel (coord.): *Las artes y la arquitectura del poder*, Castelló de la Plana, 2013, pp. 1497-1510.
- MARTÍNEZ CAVIRÓ, Balbina: “El franciscanismo toledano en tiempos de Isabel la Católica”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 50 (2004), pp. 51-78.
- *El Monasterio de San Juan de los Reyes de Toledo*, Madrid, 2002.
- MARTÍNEZ CUESTA, Juan: *Don Gabriel de Borbón y Sajonia. Mecenaz ilustrado en la España de Carlos III*, Valencia, 2003.
- “Consideraciones iconográficas sobre las decoraciones fijas anteriores al siglo XVIII del Palacio Real de El Pardo”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie VII, Historia del Arte*, 8 (1995).
- “Juan de Austria”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 520.
- “Retrato de una infanta muerta”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 516.
- “Retrato de doña Leonor de Austria”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, p. 469.
- “La muerte de don Carlos”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 197-204.
- “El infante Don Gabriel de Borbón y Sajonia: hijo favorito del Rey Carlos III”, *Reales Sitios*, 95 (1988), pp. 28-36.
- MARTÍNEZ GIL, Fernando: “Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás: las implicaciones del modelo de la buena muerte”, *Historia social*, 58 (2007), pp. 23-46.

- “Del modelo medieval a la Contrarreforma: La clericalización de la muerte”, en AURELL CARDONA, Jaume, PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte: actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, pp. 99-116.
- “Actitudes ante la muerte e historia social en la España Moderna”, *Historia Social*, 16 (1993), pp. 19-32.
- *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Cuenca, 2000.
- *Actitudes ante la muerte en el Toledo de los Austrias*, Toledo, 1984.

MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago: “Cultura festiva y poder en la monarquía hispánica y su mundo: convergencias historiográficas y perspectivas de análisis”, *Studia historica. Historia moderna*, 31 (2009), pp. 127-152.

MARTÍNEZ LLAMAS, Antonio: *Isabel de Valois*, Madrid, 1996.

MARTÍNEZ LÓPEZ, Francisco: *La Casa del Príncipe de Asturias. D. Juan, heredero de los Reyes Católicos*, Madrid, 2007.

MARTÍNEZ MARTÍN, Carmen: “La estirpe de Ana Vélez de Loyola entre los siglos XVI y XVII: de la aventura americana a la vida social logroñesa”, *Berceo*, 148 (2005), pp. 125-152.

MARTÍNEZ MARTÍN, Cruz María: “María de Hungría: su papel dinástico como mujer Habsburgo reflejado en su patronazgo y coleccionismo artístico”, en CABRERA ESPINOSA, Manuel, LÓPEZ CORDERO, Juan Antonio: *V Congreso virtual sobre Historia de las Mujeres*, 2013.

MARTÍNEZ MILLÁN, José, CAMARERO BULLÓN, Concepción, LUZZI TRAFICANTE, Marcelo (coords.): *La Corte de los Borbones: Crisis del modelo cortesano*, 3 vol., Madrid, 2013.

MARTÍNEZ MILLÁN, José, CARLOS MORALES, Carlos Javier de, FERNÁNDEZ CONTI, Santiago (coords.): *La corte de Carlos V*, 5 vol., Madrid, 2000.

MARTÍNEZ MILLÁN, José, FERNÁNDEZ CONTI, Santiago (dir.): *La monarquía de Felipe II: la Casa del Rey*, 2 vol., Madrid, 2005.

MARTÍNEZ MILLÁN, José, GONZÁLEZ CUERVA, Rubén (coords.): *La dinastía de los Austrias. Las relaciones entre la Monarquía católica y el Imperio*, 3. vol., Madrid, 2011.

MARTÍNEZ MILLÁN, José, JIMÉNEZ, Esther: “La Casa de Austria: una justificación político-religiosa”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, GONZÁLEZ CUERVA, Rubén (coord.): *La dinastía de los Austria: las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, Vol. 1, Madrid, 2011, pp. 9-58.

MARTÍNEZ MILLÁN, José, VISCEGLIA, María Antonietta (dir.): *La monarquía de Felipe III*, 4 vol., Madrid, 2008.

MARTÍNEZ MILLÁN, José: “La corte de Madrid y las etiquetas cortesanas como modo de distribución del espacio”, en ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS, Inmaculada, LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Miguel Luis (coord.): *Vida cotidiana en la Monarquía Hispánica. Tiempos y espacios*, Granada, 2015, pp. 39-58.

- “La reforma de las casa reales de la monarquía hispana a finales del siglo XVII: la sección de la caza”, en DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar, MARTÍNEZ LILLO, Pedro Antonio, SOTO CARMONA, Álvaro (coord.): *El Poder de la Historia. Huella y legado de Javier M^a Donézar Díez de Ulzurrun*, Vol. I, 2014, pp. 91-118.

- “Los estudios sobre elites de poder y la Corte”, en LÓPEZ DÍAZ, María (coord.): *Elites y poder en las monarquías ibéricas: del siglo XVII al primer liberalismo*, Madrid, 2013, pp. 17-36.
- “La evaporación del concepto de “Monarquía católica”: La instauración de los Borbones”, en *La Corte de los Borbones. Crisis del modelo cortesano*, Vol. 3, Madrid, 2013, pp. 2143-2196.
- “Política y religión en la corte: Felipe IV y sor María de Jesús de Ágreda”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, VERSTEEGEN, Gijs, *La corte en Europa: política y religión (siglos XVI-XVIII)*, vol. 3, Madrid, 2012, pp. 1377-1456.
- “La vida cotidiana en la corte durante el siglo XVIII”, en ARIAS DE SAAVEDRA ALIAS, Inmaculada (coord.): *Vida cotidiana en la España de la ilustración*, Madrid, 2012, pp. 81-112.
- “Corte y casas reales en la monarquía hispana: la imposición de la Casa de Borgoña”, *Obradoiro de historia moderna*, 20 (2011), pp. 13-42.
- “La sustitución del sistema cortesano por el paradigma “estado nacional” en las investigaciones históricas”, *Libros de la Corte*, 1 (2010), pp. 4-16.
- “La Casa de Castilla durante el reinado de Felipe IV”, en GAMBRA GUTIÉRREZ, Andrés, LABRADOR ARROYO, Félix (coords.): *Evolución y estructura de la Casa Real de Castilla*, Vol. 1, Madrid, 2010, pp. 297-384.
- “La santidad de los reyes de la dinastía Austria” en *La monarquía de Felipe III*, Vol. 1, pp. 299-302.
- “La Corte de la Monarquía Hispánica”, *Studia Histórica. Historia Moderna*, 28 (2006), pp. 17-61.
- “Las facciones cortesanas ante la expulsión de los moriscos”, *Chronica nova. Revista de historia moderna de la Universidad de Granada*, 36 (2010), pp. 143-196.
- “Las élites urbanas castellanas y la Casa Real durante el siglo XVI”, en ARANDA PÉREZ, Francisco José (coord.): *Letrados, juristas y burócratas en la España moderna*, Cuenca, 2005, pp. 61-106.
- “Las naciones en el servicio doméstico de los Austrias españoles (siglo XVI)”, en GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, Antonio (coords.): *La monarquía de las naciones: patria, nación y naturaleza en la monarquía de España*, Madrid, 2004, pp. 131-162.
- “Elites de poder en las Cortes de las Monarquías española y portuguesa en el siglo XVI: los servidores de Juana de Austria”, *Miscelánea Comillas. Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 118 (2003), pp. 169-202.
- “La articulación del poder en la Corte durante la segunda mitad del siglo XVI”, en IMÍZCOZ BEUNZA, José María (coord.): *Redes familiares y patronazgo: aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)*, Bilbao, 2001, pp. 65-82.
- “La monarquía”, en *El mundo de Carlos V: de la España medieval al Siglo de Oro*, Madrid, 2000, pp. 37-82.
- “Para un estudio del Imperio de Carlos V a través de la corte”, en GARCÍA GARCÍA, Bernardo José (coord.): *El imperio de Carlos V: procesos de agregación y conflictos*, Madrid, 2000, pp. 325-343.

- “El control de las normas cortesanas y la elaboración de la pragmática de cortesías (1586)”, *Edad de oro*, 18 (1999), pp. 103-133.
- “Las luchas por la administración de la gracia en el reinado de Felipe II. La reforma de la Cámara de Castilla, 1580-1593”, *Annali di storia moderna e contemporanea*, 4 (1998), pp. 31-72.
- “La monarquía hispana de Felipe II”, en *Felipe II y el arte de su tiempo*, Madrid, 1998, pp. 13-28.
- “Las investigaciones sobre patronazgo y clientelismos en la administración de la Monarquía Hispana durante la Edad Moderna”, *Studia Histórica. Historia Moderna*, 15 (1996), pp. 83-106.
- “Introducción: Los estudios sobre la Corte. Interpretación de la Corte de Felipe II”, en *La corte de Felipe II*, vol. I, Madrid, 1994, pp. 13-36.
- *Instituciones y elites de poder en la monarquía hispana durante el siglo XVI* (dir.), Madrid, 1992, pp. 137-198.
- “Elites de poder en tiempos de Felipe II (1539-1572)”, *Hispania. Revista española de historia*, 171 (1989), pp. 119-149.

MARTÍNEZ MONTERO, Jorge: *El protagonismo de la escalera como símbolo de distinción social e imagen del poder en la arquitectura del siglo XVI en España: su proyección en el foco artístico burgalés*, Tesis doctoral, Madrid, 2012.

MARTÍNEZ PEÑAS, Leandro: “La reorganización de la casa de María de Hungría para su traslado a España: las ordenanzas de 1556”, en *Historia iuris. Estudios dedicados al profesor Santos M. Coronas González*, Vol. 2, Oviedo, 2014, pp. 969-986.

- “El rey y su confesor en el Antiguo Régimen”, en ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio: *El Rey. Historia de la Monarquía*, Barcelona, 2008, Vol. III, p. 122.

MARTÍNEZ QUESADA, Juan: “Documentación de la capellanía y enterramiento del Presidente don Juan de Ovando”, *Revista de estudios extremeños*, v. XIV, 1 (1958), pp. 145-158.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique, NEGREDO DEL CERRO, Fernando: “La voz de San Francisco en la Real Capilla: los predicadores franciscanos de Felipe IV”, en GRAÑA CID, María del Mar, BOADAS LLAVAT, Agustín: *El franciscanismo en la península Ibérica. Balance y perspectivas*, Barcelona, 2005, pp. 481-500.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: “Estudio introductorio”, en COXE, William: *España bajo el reinado de la Casa de Borbón (1700-1788)*, Alicante, 2011, pp. 31-87.

- “Felipe II: de hombre y rey a mito”, en *Felipe II y las artes. Actas del Congreso Internacional*, Madrid, 2000, pp. 21-34.
- (coord.): *Madrid, Felipe II y las ciudades de la monarquía*, 3 vol., Madrid, 2000.

MARTÍNEZ SHAW, Carlos, ALFONSO MOLA, Marina: *Felipe V*, Madrid, 2001.

MARTÍNEZ VEGA, María Elisa: “Los franciscanos descalzos, Felipe II y la Contrarreforma”, en *Felipe II y las artes. Actas del Congreso Internacional*, Madrid, 2000, pp. 71-84.

- “La vida franciscana en tiempos de Felipe II: los Estatutos Provinciales”, en MARTÍNEZ RUIZ, Enrique (coord.): *Madrid, Felipe II y las ciudades de la monarquía*, vol. 3, Madrid, 2000, pp. 251-298.

MARTÍNEZ VERDÚ, Domingo: “Muerte y traslaciones del cuerpo de San Vicente Ferrer”, en SATACREU SOLER, José Miguel: *Actas de las II Jornadas de Historia, Economía y Sociedad del Raspeig*, San Vicente del Raspeig, 2000, pp. 13-37.

MATÉ SADORNIL, Lorenzo: “Silos dentro de la Congregación Benedictina de Valladolid en los siglos XVI-XVIII”, en *Silos: un milenio. Actas del Congreso Internacional sobre la Abadía de Santo Domingo de Silos*, vol. 2, Burgos, 2003, pp. 297-320.

MATEO BRETOS, Lourdes: “Actitudes ante la muerte de la población de Sitges en los siglos XVI y XVII”, en ÁLVAREZ SANTALÓ, Carlos, BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, (coords.): *La religiosidad popular*, vol. II, Barcelona, 1989, pp. 261-272.

MATEOS GÓMEZ, Isabel, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, PRADOS GARCÍA, José María: *El arte de la orden jerónima. Historia y mecenazgo*, Bilbao, 1999.

MATEOS SÁINZ DE MEDRANO, Ricardo: *Los desconocidos Infantes de España*, Madrid, 1996.

MAURA GAMAZO, Gabriel, DUQUE DE MAURA: *El príncipe que murió de amor. Don Juan, primogénito de los Reyes Católicos*, Madrid, 1944.

- *María Luisa de Orleáns, Reina de España. Leyenda e Historia*, Madrid, 1943.

- *Carlos II y su Corte*, Madrid 1911.

MAYORGA, Ricardo: “Los crucifijos del Real Monasterio de El Escorial”, *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 93 (1913), pp. 176-189.

MAZA ZORRILLA, Elena, RIBOT PÉREZ, Luis, VAL VALDIVIESO, Isabel del, VALDEÓN BARUQUE, Julio (coords.): *Isabel la Católica. Reina de dos mundos (1451-1504)*, Madrid, 2005.

MAZA, Francisco de la: *Las piras funerarias en la historia y en el arte de México. Grabados, Litografías y Documentos del siglo XVI al XIX*, México, 1946, p. 15.

MEDIAVILLA DE LA GALA, Luis Manuel: “Equipamientos personales y domésticos de las familias en la comarca palentina de “La Peña” en los siglos XVII y XVIII”, *Revista de folklore*, 308 (2006), pp. 59-65.

MEDIAVILLA MARTÍN, Benito: “El relicario de El Escorial”, en CHECA CREMADES, Fernando: *Del Bosco a Tiziano. Arte y maravilla en El Escorial*, Madrid, 2013, pp. 65-71.

- *Inventario de documentos sobre el Real Monasterio del Escorial existentes en el Archivo de su Real Biblioteca (1631-1882)*, San Lorenzo de El Escorial, 2005.

- “Convento de San Felipe el Real de Madrid”, en LAZCANO GONZÁLEZ, Rafael (coord.): *Conventos agustinos*, Vol. I, Madrid, 1998, pp. 293-337.

MEJÍAS ÁLVAREZ, María Jesús: “Pyras Philipicas. Los túmulos de Felipe III y Felipe IV erigidos en la ciudad de Écija”, *Laboratorio de Arte*, 18 (2005), pp. 193-200.

- “Muerte regia en cuatro ciudades peruanas del Barroco”, *Anuario de estudios americanos*, 49 (1992), pp. 189-205; *Fiesta y muerte regia: Las stamps de túmulos reales del Archivo General de Indias*, Sevilla, 2002.

MELGAR Y ABREU, Bernardino, “Autógrafo epistolar inédito de Santa Teresa de Jesús en el que se narra su entrevista con Felipe II”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 66 (1915), pp. 347-482.

MELGOSA OTER, Óscar Raúl: “Monumentos efímeros en las exequias burgalesas de los Austrias”, *Boletín de la Institución Fernán González*, 248 (2014), pp. 237-252.

MENA MARQUÉS, Manuela: “Encuentros y desencuentros en la vida del infante don Luis”, en CALVO SERRALLER, Francisco (dir.): *Goya y el infante don Luis: el exilio y el reino. Arte y ciencia en la época de la Ilustración española*, Madrid, 2012, pp. 49-75.

MENDIÓROZ LACAMBRA, Ana María: “El Archivo de Protocolos como base para la elaboración de una historia de mentalidades: seis inventarios de bienes pertenecientes a la Nobleza sevillana (1721-1731)”, *Laboratorio de Arte*, 7 (1994), pp. 327-247.

MENICUCCI, Roberta: “El sol de España y las mediceas estrellas”; la política Toscana hacia la corona española”, en *Glorias efímeras. Las exequias florentinas por Felipe II y Margarita de Austria*, 1999, pp.63-78.

MENJOT, Denis: “Un chrétien qui meurt toujours: les funérailles royales en Castille à la fin du Moyen Âge”, en DUBY, Georges (et. al.): *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y en el Arte de la Edad Media (II)*, Santiago de Compostela, 1992, pp. 127-138.

- “Les funérailles des souverains castillans du bas Moyen Âge racontées par les chroniqueurs : une image de la souveraineté”, *Annales de la Faculté des Lettres el Sciences Humaines de Nice. Mélanges Jean Larmat*, 39 (1982), pp. 195-209.

MERRICK, Jackson: *The Desacralization of the French Monarchy in the Eighteenth Century*, Baton Rouge (Louisiana), 1990.

MESEGUER, J: “Isabel la Católica y los franciscanos”, *Archivo Iberoamericano*, 30 (1970), pp. 265-310.

METTAM, Roger: *Power and faction in Louis XIV's France*, Londres, 1988.

MIERA DE SANTOS, Carmen: “Túmulos madrileños del siglo XVII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXI, (1984), pp. 37-42.

MILLON, Henry: “Dibujos de Filippo Juvarra”, en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid, 1994, pp. 113-122.

MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor Manuel: “*Sine Fine*: Dios, los Habsburgo y el traspaso de las insignias de poder en el Quinientos”, *Libros de la Corte*, Extra 1 (2014).

- *La invención de Carlos II. Apoteosis simbólica de la Casa de Austria*, Madrid, 2013.

- *Los reyes solares. Iconografía astral de la Monarquía Hispánica*, Castellón de la Plana, 2001.

- “Emblemas solares, la imagen del Príncipe y los programas astrológicos en el arte efímero”, en *Actas del I simposio internacional de emblemática, Teruel, 1-2 de octubre de 1991*, Teruel, 1994, pp. 209-253.

- “El fénix y la perpetuación de la realeza: el catafalco de Carlos II en la catedral de Lima en 1701”, *Millars. Geografía e Historia*, 14 (1991), pp. 53-62.

- “Exequias de Felipe IV en Nápoles: la exaltación dinástica a través de un programa astrológico”, *Ars longa. Cuadernos de Arte*, 2 (1991), pp. 53-62.

- “Arte efímero e iconología: esquema iconográfico de túmulos de reinas españolas de la Casa de Austria”, en *Actas del VIII Congreso Nacional de Historia del Arte*, Cáceres, 1990, pp. 727-732.

- “La muerte del Príncipe. Reales exequias de los últimos Austrias en México”, *Cuadernos de Arte Colonial*, 6 (1990), pp. 5-32.

MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: “Muerte y modelos de muerte en la Edad Media clásica”, *Edad Media*, 6 (2003-2004), pp. 11-31.

- *Fantasmas de la sociedad medieval. Enfermedad. Peste. Muerte*, Valladolid, 2003.
 - *Una muerte para un rey: Enrique III de Castilla (Navidad de 1406)*, Valladolid, 2001.
 - “La muerte primera y las otras muertes. Un discurso para las postrimerías en el Occidente medieval”, en AURELL CARDONA, Jaume, PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, pp. 27-48.
 - “Muerte y memoria del rey en la Castilla bajomedieval”, en DUBY, Georges (*et al.*): *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y en el Arte de la Edad Media*, vol. II, Santiago de Compostela, 1992, pp. 17-26.
 - “La muerte del rey: La historiografía hispánica (1200-1348) y la muerte entre las élites”, *En la España Medieval*, 11 (1988), pp. 167-183.
 - “La preparación de la muerte en torno a 1300 (Algunos elementos configuradores del “ars moriendi” en Occidente)”, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 7-8 (1986-1987), pp. 219-243.
 - *La muerte vencida: imágenes e historia en el occidente medieval (1200-1348)*, Madrid, 1988.
 - “El sentido medieval de la muerte. Reflexiones desde el prisma del siglo XX”, *Anuario de Estudios Medievales*, 16 (1986), pp. 621-630.
- MOLAS RIBALTA, Pere: “Austria en la orden del Toisón de Oro, siglos XVI-XVII”, *Pedralbes. Revista d’historia moderna*, 26 (2006), pp. 123-152.
- MOLINA I FIGUERAS, Joan: “Arnau de Montrodon y la catedral de San Carlomagno. Sobre la imagen y el culto al emperador carolingio en Girona”, *Anuario de estudios medievales*, 34, 2004.
- MOLINA RECIO, Raúl, PEÑA DÍAZ, Ramón: “Los espacios de las fiestas urbanas y el culto a las apariencias (siglos XVI-XVIII)”, en MOLINA RECIO, Raúl, PEÑA DÍAZ, Ramón (coords.): *Poder y cultura festiva en la Andalucía Moderna*, Córdoba, 2006, pp. 1-8.
- MONOD, Paul K.: *El poder de los reyes. Monarquía y religión en Europa (1589-1715)*, Madrid, 2001.
- MONTANER LÓPEZ, Emilia: “Las honras fúnebres de Margarita de Austria y de Felipe III en la Universidad de Salamanca”, en *Actas del I simposio internacional de emblemática, Teruel, 1-2 de octubre de 1991*, Teruel, 1994, pp. 509-526.
- MONTEAGUDO ROBLEDO, María del Pilar: “La muerte en la emblemática. La exequias de Mariana de Neoburgo en Valencia”, en *Emblemática. Actas del I Simposio Internacional. Teruel, 1-2 de octubre de 1991*, Teruel, 1994, pp. 509-523.
- “La exaltación de la monarquía en Valencia: Poder, sociedad e ideología en las exequias de Carlos III”, *Estudis*, 16 (1990), p. 171-192.
 - “Liturgia y monarquía: la legitimación del poder monárquico en la Valencia barroca”, *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia i Història*, 43 (1993), pp. 221-230.
- MONTERROSO MONTERO: Juan Manuel: “A la sombra de Santiago. La afirmación del culto jacobeo y su identificación con la Monarquía en la Edad Moderna”, en NIETO ALCAIDE, Víctor: *Santiago y la Monarquía de España (1504-1788)*, Madrid, 2004, pp. 53-70.

- MORA, Alba di: "Ludovico I di Borbone, re d'Etruria", *Dizionario Diografico degli Italiani*, Vol. 66 (2006).
- MORAGAS I GALLISSÀ, Jerónimo de: *De Carlos I emperador a Carlos II el hechizado. Historia humana de una dinastía*, Barcelona, 1983.
- MORAL RONCAL, Antonio Manuel: *¡El enemigo en palacio! Afrancesados, liberales y carlistas en la Real Casa y Patrimonio (1814-1843)*, Alcalá de Henares, 2005.
- MORALES FOLGUERA, José Miguel: *Cultura simbólica y arte efímero en la Nueva España*, Sevilla, 1991; "Iconografía Solar del Túmulo de Carlos II en la Catedral de México", *Boletín de Bellas Artes*, 18 (1990), pp. 233-240.
- "El túmulo de Felipe IV en la catedral de México", *Boletín de Arte*, 11 (1990), pp. 105-118.
 - "Los túmulos funerarios de Carlos III y la imagen del Rey en Hispanoamérica y Filipinas", *Boletín de arte*, 9 (1988), pp. 135-158.
- MORALES MARTÍNEZ, Alfredo José: "Gloria y Honras de Carlos V en Sevilla", en *Arquitectura Imperial*, Granada, 1988, pp. 137-158.
- MORALES ROCA, Francisco José: "Mercedes concedidas con motivo de la exaltación al trono del Rey Don Carlos IV: Su entrada en Madrid, celebración de Cortes Generales y jura de Don Fernando, príncipe de Asturias", *Hidalguía*, 304-305 (2004), pp.463-474.
- MORALES, Alfredo: "Rey y santo. Ceremonial por Fernando III en la catedral de Sevilla", en MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor Manuel (coord.): *Visiones de la monarquía hispánica*, Castelló de la Plana, 2007, pp. 89-120.
- "Las honras fúnebres por Floridablanca en Sevilla y el túmulo proyectado por Cayetano Vález", en *Academia, Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 73 (1991), pp. 179-190.
- MORÁN TURINA, José Miguel (coord.): *El arte en la corte de Felipe V*, Madrid, 2002.
- *La imagen de Felipe V y el Arte*, Madrid, 1990.
 - "Felipe III y las artes", *Anales de Historia del Arte*, 1 (1989), pp. 159-180.
- MORENA BARTOLOMÉ, Áurea de la: "El Monasterio de San Jerónimo el Real, de Madrid", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 10 (1974), pp. 47-78.
- MORENO ALMÁRCEGUI, Antonio: "La devoción a San José ¿un nuevo modelo de virilidad? El caso de España. Siglos XV al XVIII", *Cauriencia. Revista anual de Ciencias Eclesiásticas*, 9 (2014), pp. 245-286.
- MORENO CUADRO, Fernando: *Arte efímero andaluz*, Córdoba, 1997.
- "Estructura simbólica del túmulo de Isabel de Borbón en la Capilla Real de Granada", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. BSAA*, XVI (1979), pp. 462-469.
- MORENO FABARO, Carlos: "Reconstrucción de la realidad familiar de tres emigrantes de Río de la Plata fallecidos en Cádiz.
- MORENO Y GIL DE BORJA, Luis, MARQUÉS DE BORJA: *Panteones de Reyes y de Infantes en el Real Monasterio de El Escorial*, Madrid, 1909.
- MOROCHO GAYO, Gaspar: "El testamento de Pedro de Valencia, humanista y cronista de las Indias", *Revista de estudios extremeños*, vol. XLIV, 1 (1988), pp. 9-48.
- MORRÁS RUIZ-FALCÓ, María: "Mors bifrons: Las elites ante la muerte en la poesía cortesana del Cuatrocientos castellano", en AURELL CARDONA, Jaume, PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, pp. 157-196.

- MOYA BLANCO, Luis: "Palacio y jardines de Boadilla del Monte (Madrid)", *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 31 (1970), pp. 88-90.
- MOYA MALENO, Francisco Javier: "Las campanas en el Campo de Montiel: un estudio preliminar", *Revista de Estudios del Campo de Montiel*, 1 (2009), pp. 15-46.
- MOZZARELLI, Cesare (ed.): "*Familia*" del príncipe e famiglia aristocratica, Roma, 1988.
- "Onore, utile, principe, stato", en *La corte e il "cortegiano"*, Roma, 1980, pp. 241-253.
- MULCAHY, Rosemarie: "Juan Fernández de Navarrete "el Mudo", pintor de Felipe II", en FERNÁNDEZ PARDO, Francisco (coord.): *Navarrete "el Mudo", pintor de Felipe II*, Logroño, 1995, pp. 141-178.
- MULRYNE, J. R., WATANABE, Helen, SHEWING, Margaret (ed.): *Europa Triumphans. Court and Civic Festivals in Early Modern Europe*, 2 vol., Londres, 2004.
- MUNSURI ROSADO, Nieves: "Principales devociones en la Valencia del XVI a través de los libros bautismales de la parroquia de San Esteban Protomártir", *Memoria ecclesiae*, 20 (2002), pp. 673-686.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángela (coord.): "Notas para la definición de un modelo socioreligioso femenino: Isabel I de Castilla", en MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángela (coord.): *Las mujeres en el cristianismo medieval. Imágenes teóricas y cauces de actuación religiosa*, Madrid, 1989, pp. 415-434.
- MUÑOZ NAVARRO, Daniel: "Religiosidad y comportamientos económicos ante la muerte de los comerciantes de telas al por menor en la Valencia del XVIII", *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia i Història*, 58 (2008), pp. 239-245.
- NAVASCUÉS PALACIO, Pedro (ed.): *Isabel la Católica. Reina de Castilla*, Barcelona, 2002.
- "Villaviciosa, la última morada", en *Fernando VI y Bárbara de Braganza. 1746-1759. Un reinado bajo el signo de la paz*, Madrid, 2002, pp. 375-387.
- NEWTON, William: *L'Espace du roi. La cour de France au château de Versailles, 1682-1789*, París, 2000.
- NICOLÁS, Antonio de: *El testamento de Isabel la Católica*, *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, 1 (1903-1904), pp. 446-445.
- NIETO ALCAIDE, Víctor, GARCÍA MORALES, María Victoria: "Santiago y la Monarquía española: orígenes de un mito de Estado", en NIETO ALCAIDE, Víctor: *Santiago y la Monarquía de España (1504-1788)*, Madrid, 2004, pp. 33-52.
- NIETO SORIA, José Manuel: "Los fundamentos ideológicos del poder regio", en VALDEÓN BARUQUE, Julio (ed.): *Isabel la Católica y la política*, Valladolid, 2002, pp. 181-216.
- *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, 1993.
- NIEVA OCAMPO, Guillermo: "*Reformatio in membris*: conventualidad y resistencia a la reforma entre los dominicos de Castilla en el siglo XV", *En la España medieval*, 32 (2008), pp. 297-341.
- NOVERO PLAZA, Raquel: "El sepulcro de Felipe V, iniciador de la Real Academia de Bellas Artes, en la colegiata de La Granja de San Ildefonso", *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 108-109 (2009), pp. 93-110.

NÚÑEZ RODRÍGUEZ, Manuel, “Maximiliano de Austria. Honra, memoria y fama”, en AURELL CARDONA, Jaume PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, pp. 257-294.

O'DONNELL DUQUE DE ESTRADA, Hugo: “Felipe II e Isabel de Valois, un matrimonio político del que nació el amor, probado en la felicidad y en la desgracia”, *Anuario de estudios atlánticos*, 59 (2013), pp. 121-160.

- “El reposo del ejército. Estudio del campamento temporal del tiempo de los Austrias”, en GARCÍA HERNÁN, Enrique y MAFFI, Davide (ed): *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, Estrategia y Cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, Vol. I. *Política, estrategia, organización y guerra en el mar*, Madrid, 2006, pp. 381-400.

OESTREICH, Gerhard: *Neostoicism and the Early Modern State*, Cambridge, 1982.

OLAECHEA ALBISTUR, Rafael: *El cardenal Lorenzana en Italia (1797-1804)*, León, 1980.

OLIVÁN SANTALIESTRA, Laura: *Mariana de Austria: Imagen, poder y diplomacia de una reina cortesana*, Madrid, 2006.

OLIVERA ARRANZ, María del Rosario, IZQUIERDO GARCÍA, María Jesús: “Testamentos femeninos vallisoletanos: la voz airada de Beatriz García de Villandrando”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 18 (1991), pp. 263-296.

OLMOS SÁEZ, Ángel Manuel: “El testamento y muerte de Tomás Luis de Victoria. Nuevos familiares del músico posible razón para su vuelta a España”, *Revista de musicología*, 35 (2012), pp. 53-58.

ORIA GONZÁLEZ, Clemente: “La Capilla Real de San Pedro de Alcántara, en Arenas de San Pedro (Ávila)”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 33 (1971), p. 88.

ORLANDIS ROVIRA, José: “Sobre la elección de sepultura en la España medieval”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, 20 (1950), pp. 5-49.

ORSO, Steven N.: “Praising the Queen. The Decoration of the Royas Exequies for Isabella of Bourbon”, *The Art Bulletin*, LXXII, I (1990), pp. 51-73.

- *Art and death at the Spanish Habsburg Court. The Royal Exequies for Philip IV*, Columbia, 1989.

OSÉS URRICELQUI, Mercedes: “Ceremonias funerarias de la realeza navarra en la Baja Edad Media”, en RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa (dir.): *Estudios sobre la realeza navarra en el siglo XV*, Pamplona, 2005, pp. 103-127.

OTEIZA PÉREZ, Blanca: “Elegía en la muerte del Señor Infante Don Carlos, al Señor Infante Cardenal”, por Don Pedro Calderón de la Barca”, en ARELLANO, Ignacio, VEGA GARCÍA-LUENGOS, Germán: *Calderón, innovación y legado. Actas selectas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Teatro Español y Novohispano de los Siglos de Oro*, Pamplona, 2000, pp. 309-324.

PALACIOS MARTÍNEZ, Roberto, PÉREZ CALVO, Jorge: “Morir en Bilbao (siglos XV-XVI): un estudio de las actitudes ante la muerte a través de las Ordenanzas”, *Vasconia. Cuadernos de historia-geografía*, 36 (2009), pp. 85-100.

PALOMAR DEL RÍO, Javier, MERINO DE LA PUENTE, Marisa: *El cronicón de Laguna*, Laguna de Duero (Valladolid), 2004.

PAPAGNO, Giuseppe, QUONDAM, Amedeo: “La Corte e lo Spazio. Appunti problematici per il Seminario”, en *La corte e lo spazio: Ferrara estense*, Roma, 1982, vol. III, pp. 823-838.

- PARDO CANALIS, Enrique: "Los sepulcros monumentales de Boadilla del Monte", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 5 (1970), pp. 143-147.
- PARDO LESTA, Rubén: "Un acercamiento iconográfico a las exequias de la reina Margarita de Austria (A Coruña, 1612)", en LÓPEZ POZA, Sagrario, PENA SUEIRO, Nieves (coords.): *La fiesta: actas del II Seminario de Relaciones de Sucesos (A Coruña, 1998)*, Ferrol, 1999, pp. 281-292.
- PARRA LÓPEZ, Santiago: "Sobre las causas de la expulsión de los moriscos", en GONZÁLEZ ESTEVE, Elia, SANTONJA CARDONA, José Luis (coord.): *Conversos i expulsats. La minoria morisca entre l'assimilació y el desterrament*, Muro, 2010, p. 143-172.
- PARRADO DEL OLMO, Jesús María: "Testamento y otros datos de Juan de Villoldo", *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 42 (1979), pp. 134-152.
- PASCUA SÁNCHEZ, María José de la: "La muerte y sus discursos en la España del Antiguo Régimen", *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, 8-9 (1996-1997), pp. 149-174.
- *Vivir la muerte en el Cádiz del Setecientos (1675-1801)*, Cádiz, 1990.
 - *Actitudes ante la muerte en el Cádiz de la primera mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1984.
- PASCUAL MOLINA, Jesús Félix: *Fiesta y poder. La corte en Valladolid (1502-1559)*, Valladolid, 2013.
- PAVÓN BENITO, Julia: "Ut post nostrum obitum mereamur regna celorum. Actitudes ante la muerte en la Navarra altomedieval", en AURELL CARDONA, Jaume, PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte: actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, pp. 49-76.
- PAYO HERNANZ, René Jesús: "El palacio ducal de Lerma y la arquitectura señorial burgalesa durante la primera mitad del siglo XVII", en GUTIÉRREZ ALONSO, Adriano: *Lerma y el valle de Arlanza: historia, cultura y arte*, Burgos, 2001, pp. 143-158.
- "Fiestas y solemnidades públicas en Burgos (1598-1833): El arte efímero y su significado simbólico", *Boletín de Museo e Instituto Camón Aznar*, 69 (1997), pp. 181-208.
- PECK, Linda Levy (ed.): *The mental World of the Jacobean court*, Cambridge, 1991.
- PEINADO GUZMÁN, José Antonio: "La iconografía de Santa Ana Triple. Su casuística en el arzobispado de Granada", *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 26 (2014), pp. 201-222.
- PEÑA LÁZARO, Rosario: "Don Luis de Borbón y Teresa de Vallabriga", en JUNQUERA MATO, Juan José: *Goya y el infante don Luis de Borbón. Homenaje a la "infanta" doña María Teresa de Vallabriga*, Zaragoza, 1996, pp. 37-62.
- "María Teresa de Vallabriga. Su vida y su pinacoteca", *Boletín del Museo Camón Aznar*, 35 (1989).
- PEÑAFIEL RAMÓN, Antonio: *Testamento y buena muerte. Un estudio de las mentalidades en la Murcia del siglo XVIII*, Murcia, 1987.
- "Aproximación al estudio de los testamentos en el siglo XVIII: el murciano ante la muerte", *Áreas*, 6 (1986), pp. 95-101.
- PEREIRA IGLESIAS, José Luis, RODRÍGUEZ CANCHO, Manuel: "Inventarios post-mortem y riqueza campesina en Extremadura: aproximación metodológica", *Norba. Revista de arte, geografía e historia*, 4 (1983), pp. 351-360.

- PERELLÓ FERRER, Antonia María: “Las exequias de Carlos III en Palma de Mallorca”, *Pedralbes. Revista d’historia moderna*, 8/2 (1988), pp. 591-603.
- PEREY, Lucien: *Une reine de douze ans. Marie Luise Gabrielle de Savoie. Reine d’Espagne*, París, 1905.
- PÉREZ BUENO, Luis: “Del casamiento de Felipe II con su sobrina Ana de Austria”, *Hispania. Revista española de historia*, 28 (1947), pp. 372-416.
- PÉREZ BUSTAMANTE, Ciriaco: “Siglo XVII: Españoles, berberiscos, persas y turcos”, en *Historia de España (dir. por Ramón Menéndez Pidal)*, t. XXIV, *La España de Felipe III*, Madrid, 1979, pp. 389-415.
- PÉREZ DE VILLARREAL, Vidal: “Testamento de don Blas Alexandre de Lezaeta (1597-1647)”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 45 (1985), pp. 37-86.
- PÉREZ DEL CAMPO, Lorenzo, QUINTANA TORET, Francisco Javier: *Fiestas barrocas en Málaga. Arte efímero e ideología en el siglo XVII*, Málaga, 1985; PÉREZ DEL CAMPO, Lorenzo: “Arquitectura funeraria efímera en Málaga (1550-1650)”, *Boletín de Arte*, 4-5 (1984), pp. 157-178.
- PÉREZ ESCOLANO, Víctor: “Los túmulos de Felipe II y de Margarita de Austria en la catedral de Sevilla”, *Archivo hispalense: Revista histórica, literaria y artística*, LX, 185 (1977), pp. 149-178.
- PÉREZ FERNÁNDEZ-TURÉGANO, Carlos: “El Almirantazgo del Infante don Felipe (1737-1748). Conflictos competenciales con la Secretaría de Estado y del Despacho de Marina”, *Anuario de historia del derecho español*, 74 (2004), pp. 409-476.
- PÉREZ GREDILLA, Claudio: “Relación de la orden que se tuvo en el recibimiento y obsequias del cuerpo de la Princesa Nuestra Señora y de los Señores Infantes en Granada”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 20-21 (1875), pp. 348-352.
- PÉREZ HERRERO, Enrique: “El testamento “Apud Acta Conditum” (o Testamento por Comisario)”, *Vegueta: Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 2 (1995-1996), pp. 131-142.
- PÉREZ MARTÍN, María Jesús: *María Tudor. La gran reina desconocida*, Madrid, 2008.
- PÉREZ SAMPER, María Ángeles: “La figura de la reina en la monarquía española de la Edad Moderna: Poder, símbolo y ceremonia”, en *La Reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica. Fundación Española de Historia Moderna. VII Reunión científica*, Madrid, 2005, pp. 275-307.
- *Isabel de Farnesio*, Barcelona, 2003.
 - “Felipe V en Barcelona: un futuro sin futuro”, *Cuadernos Dieciochistas*, 1 (2000), pp. 57-106.
 - “El Rey y la ciudad: La entrada real de Carlos I en Barcelona”, *Studia historica. Historia moderna*, 6 (1988), pp. 439-448.
- PÉREZ SÁNCHEZ, Alfonso Emilio: “Las lágrimas de San Pedro. Iconografía de San Pedro penitente en la pintura española”, en *Las lágrimas de San Pedro en la pintura española del Siglo de Oro*, Bilbao, 2000, pp. 13-29.
- *Francisco Camilo: Un pintor en el Madrid de Felipe IV*, Madrid, 1998.
- PÉREZ, Joseph: “Isabel de Valois. Felipe II y Francia”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 147-166.
- PÉREZ, Pero: “Testamento de Doña Isabel de Aguilar”, *Revista del centro estudios extremeños*, XIV, 1 (1940), pp. 15-32.

PÉREZ-BUSTAMANTE, Rogelio, CALDERÓN ORTEGA, José Manuel: *Felipe I. 1506*, Palencia, 1995.

PFANDL, Ludwig: *Juana la Loca*, 1930.

PIMENTEL, António Filipe: “El “intercambio de las princesas”: arte y política en las fiestas de la boda entre Fernando de Borbón y Bárbara de Braganza”, *Quintana. Revista de estudios do Departamento de Historia da Arte*, 9 (2010), pp. 49-73.

PINO MOYA, Juan del: “Religiosidad popular en Jaén durante el siglo XVIII: Actitud ante la muerte”, en BUXÓ I REY, María Jesús, RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos (coords.): *La religiosidad popular*, vol. 2, Barcelona, 1989, pp. 309-327.

PIÑOL ALABART, Daniel: *A les portes de la mort: religiositat i ritual funerari al Reus del segle XIV*, Reus, 1998.

PIQUERAS GARCÍA, María Belén: “Inventario de bienes de Juan Martínez, escribano público de Jerez de la Frontera en la primera mitad del siglo XV”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 40 (2013), pp. 303-326.

PIQUERAS JUAN, Jaime: “Disposiciones espirituales y modelo familiar en los testamentos medievales valencianos: Una aproximación económica. 1381-1450”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 39 (2012), pp. 241-258.

PITA ANDRADE, José Manuel: “Pinturas y pintores de Isabel la Católica”, en ANES Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo: *Isabel la Católica y el Arte*, Madrid, 2006, pp. 13-71.

- “Un informe de Francisco de Mora sobre el incendio del Palacio del Pardo”, *Archivo español de arte*, 139 (1962), pp. 265-270.

PIZARRO GÓMEZ, Francisco Javier: “Astrología, Emblemática y Arte Efímero”, *Goya*, 187-188 (1985), pp. 47-59.

PIZARRO LLORENTE, Henar: “La orden de San Juan y la familia real: Manuel Filiberto de Saboya Gran Prior de Castilla y León”, en RUIZ GÓMEZ, Francisco, MOLERO GARCÍA, Jesús (coords.): *La Orden de San Juan entre el Mediterráneo y La Mancha*, Alcázar de San Juan, 2009, pp. 351-366.

POPA-LISEANU, Doina: “Las huellas de una peregrinación imaginaria: Carlomagno en Oriente”, *Revista de filología románica*, Extra 1, 1991, pp. 39-54.

PORRES MARTÍN-CLETO, Julio: “Los franciscanos en Toledo”, *Anales Toledanos*, 17 (1983), pp. 17-28.

PORTELA SANDOVAL, Francisco José: “Varia sculptoria escurialensia”, en CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA (coord.): *La escultura en el Monasterio del Escorial*, San Lorenzo de El Escorial, 1994, pp. 215-254.

PORTELA SILVA, Ermelindo, PALLARES MÉNDEZ, María del Carmen: “Muerte y sociedad en la Galicia medieval (siglos XII-XIV)”, *Anuario de Estudios Medievales*, 15 (1985), pp. 189-202.

PORTELA SILVA, María José, GARCÍA ORO, José: “Felipe II frente a la reforma de monasterios y abadías regulares de la Corona de Castilla”, *Archivo Iberoamericano*, 238-239 (2001), pp. 1-64.

POSTIGO CASTELLANOS, Elena: “El Segundo Jasón: Los Habsburgo y la imagen mítica del Maestrazgo del Toisón de Oro”, en FERRERIRA FERNANDES, Isabel Cristina (coord.): *As ordens militares e as ordens de cavalaria na construção do mundo ocidental*, Lisboa, 2005, pp. 715-768.

- PRADILLO ESTEBAN, Pedro José: “El túmulo a Isabel de Borbón en la Iglesia de Santa María (un ejemplo de arquitectura efímera en Guadalajara, 1644)”, *Wad-al-Hayara. Revista de estudios de Guadalajara*, 17 (1990), pp. 233-254.
- PRAWDIN, Michael, *Juana la Loca*, 1953.
- PRECIADO RUIZ DE ALEGRÍA, Dionisio: “Testamento de Joaquín Beltrán, organista “primero primero” de la catedral de Toledo”, *Revista de musicología*, 4 (1981), pp. 349-356.
- PRO RUIZ, Juan: “Las capellanías: familia, Iglesia y propiedad en el Antiguo Régimen”, *Hispania sacra*, 84 (1989), pp. 585-602.
- PUGA GARCÍA, María Teresa: *Fernando VII*, Barcelona, 2004.
- PUIG, Rogelio: “El cardenal-infante don Fernando de Austria. Evocación militar de una gran figura histórica”, *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia e Història*, 8 (1951), pp. 66-71.
- PUIGARNAU I TORELLÓ, Alfons: “Muerte e iconoclastia en la Cataluña medieval”, en AURELL CARDONA, Jaume, PAVÓN BENITO, Julia (coords.): *Ante la muerte: actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, pp. 197-214.
- PULIDO BUENO, Ildefonso: “La documentación testamentaria en Huelva en el siglo XVII: una aproximación a su estudio”, *Archivo Hispalense*, 202 (1983), pp. 115-140.
- QUERALT HIERRO, María Pilar: *La vida y la época de Fernando VII*, Barcelona, 1997.
- RADER, Olaf B.: *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*. Madrid, 2006.
- RAINER, Johann: “Tú, Austria feliz, cástate: La boda de Margarita, princesa de Austria Interior, con el rey Felipe III de España: 1598/99”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 25 (2005), p. 46.
- RAMÍREZ MARTÍNEZ, José Manuel, ÁLVAREZ PINERO, Francisco Javier: “El pintor Pedro Ruiz de Cenzano”, *Berceo*, 101 (1981), pp. 3-18.
- RAMÍREZ MARTÍNEZ, José Manuel, GUTIÉRREZ PASTOR, Ismael: “Noticias sobre algunos canteros montañeses del siglo XVII en La Rioja”, *Berceo*, 104 (1983), pp. 7-48.
- RAMÍREZ MARTÍNEZ, José Manuel: “Notas sobre Mateo de Zabalia, arquitecto de retablos”, *Berceo*, 99 (1980), pp. 101-110.
- RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa: *Estudios sobre la realeza navarra en el siglo XV*, Pamplona, 2005.
- “Los restos de la reina Blanca de Navarra y sus funerales en Pamplona”, *Príncipe de Viana*, 208 (1996), pp. 345-357.
- RAMIS DE AYREFLOR Y SUREDA, José: “Exequias y lutos por la muerte de la reina de España Margarita de Austria”, *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, 13 (1919), pp. 73-76.
- RAMOS SOSA, Rafael: *Arte festivo en Lima Virreinal*, Sevilla, 1992.
- “Los túmulos de Carlos III en Hispanoamérica: México, Lima, Santiago de Chile y Valparaíso”, *Cuadernos de Arte Colonial*, 6 (1990), pp. 33-51.
- REDER GADOW, Marion: “Málaga y la fiesta de la muerte: exequias por la Reina María Luisa de Orleans (s. XVII), *Baetica. Estudios de arte, geografía e historia*, 22 (2000), pp. 411-426.
- “Religiosidad popular y mensaje ideológico: lutos reales por la Reina Doña María Ana de Neoburgo”, en *Religiosidad popular en España, (I)*, San Lorenzo de El Escorial, 1997, pp. 1029-1047.

- “Honras y exequias en Málaga por la muerte de la serenísima Reina Doña Luisa Isabel de Orleans, viuda de Luis I (1742)”, *Baética. Estudios de arte, geografía e historia*, 19 (1997), pp. 161-174.
- “Un recuerdo para la reina Mariana de Austria en el III Centenario de su muerte: exequias por la reina en Málaga (16 de mayo de 1696)”, *Baetica*, 18 (1996), pp. 421-436.
- “¿Ritual propuesto o impuesto? Exequias reales por los Delfines de Francia en Málaga”, en ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos, CREMADES GRIÑÁN, Carmen (eds.): *Mentalidad e ideología en el Antiguo Régimen*, Murcia, 1993, pp. 431-442.
- *Morir en Málaga. Testamentos malagueños del siglo XVIII*, Málaga, 1986.
- “Vivencia de la muerte en el Antiguo Régimen”, *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 9 (1986), Málaga, pp. 346-356.

REDONDO CANTERA, María José: “La itinerancia de la emperatriz Isabel de Portugal y de su recámara”, en CABAÑAS BRAVO, Miguel, LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, Amelia, RINCÓN GARCÍA, Wifredo (coords.): *El arte y el viaje*, Madrid, 2011, pp. 483-498.

- “Linaje, afectos y majestad en la construcción de la imagen de la emperatriz Isabel de Portugal”, en *Congreso Internacional Imagen Apariencia*, Murcia, 2009.
- “Nos habebit humus: espacio docente y rito funerario en la Universidad de Valladolid durante la Edad Moderna”, en SERRANO MARTÍN, Eliseo: *Muerte, religiosidad y cultura popular: siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, 1994, pp. 471-497.
- “Nuevos datos sobre la realización del sepulcro de Felipe el Hermoso y Juana La Loca”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. BSAA*, XLIX (1983), pp. 325-330.

REDONET Y LÓPEZ-DÓRIGA, Luis: “Honras a Felipe II”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXXXIX (1956), pp. 203-233.

REGUERA ACEDO, Iñaki: “Monarquía y sociedad. Fiesta política y sociabilidad en Vitoria en la Edad Moderna”, *Vasconia. Cuadernos de historia-geografía*, 33 (2003), pp. 481-505.

REQUENA BRAVO DE LAGUNA, José Luis: “Arte, devoción e iconografía en torno a la cabeza cortada de san Juan Bautista en el Barroco hispano”, en CRUZ CABRERA, José Policarpo (coord.): *Arte y cultura en la Granada renacentista y barroca. La construcción de una imagen clasicista*, Granada, 2014, pp. 295-336.

RESINES LLORENTE, Luis: *Hernando de Talavera, prior del Monasterio de Prado*, Salamanca, 1993.

REVENGA DOMÍNGUEZ, Paula: “El pintor madrileño José de Paz Ribera y el túmulo de Luis I en la Catedral de Toledo”, en *Madrid en el contexto de lo Hispánico desde la época de los descubrimientos. Congreso nacional*, Madrid, 1994, pp. 573-583.

REVILLA, Federico: “La magnificación simbólica del monarca en el cenotafio barcelonés de Carlos II”, *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, 18 (1984), pp. 5-14.

- “Un ejemplo característico de arte efímero dieciochesco: El cenotafio barcelonés de María Amalia de Sajonia”, *Goya*, 181-182 (1984), pp. 55-62.

REY CASTELAO, Ofelia: “El voto de Santiago en tierras de Tabeirós”, *A Estada. Miscelánea histórica e cultural*, 14 (2011), pp. 155-174.

- “La financiación de la fábrica catedralicia compostelana, siglos XVII-XIX”, *Sémata. Ciências sociais e humanidades*, 22 (2010), pp. 311-328.
- “La fiscalidad jacobea en Andalucía (1492-1834)”, en CASTELLANO CASTELLANO, Juan Luis, LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Miguel Luis, Muñoz, Guadalupe (coords.): *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz*, Vol. 1, Granada, 2008, pp. 773-798.
- “La disputa del patronazgo de la Monarquía: ¿Santiago o Santa Teresa?”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, VISCEGLIA, María Antonietta (dir.): *La monarquía de Felipe III*, Vol 1, Madrid, 2008, pp. 227-245.
- “Las reinas y Santiago”, en NIETO ALCAIDE, Víctor: *Santiago y la Monarquía de España (1504-1788)*, Madrid, 2004, pp. 117-134.
- “El voto de Santiago”, en NIETO ALCAIDE, Víctor: *Santiago y la Monarquía de España (1504-1788)*, Madrid, 2004, pp. 101-116.
- “La crisis de las rentas eclesiásticas en España: el ejemplo del voto de Santiago”, *Cuadernos de investigación histórica*, 11 (1987), pp. 53-88.
- “La protección jurídica de las rentas eclesiásticas en España: el ejemplo del voto de Santiago”, *Hispania sacra*, 80 (1987), pp. 457-503.
- *La historiografía del Voto de Santiago. Recopilación crítica de una polémica histórica*, Santiago de Compostela, 1985.
- “El Voto de Santiago en tierras de León: regímenes contributivos y evolución de las series”, *Estudios humanísticos. Geografía, historia y arte*, 7 (1985), pp. 95-108.

REYES DE LA CARRERA, Manuel Ramón: “Exequias por María Teresa Álvarez de Toledo y Haro, XI duquesa de Alba en la villa de Salteras”, *Anuario de estudios locales*, 6 (2012), pp. 70-78.

REYES RUIZ, Manuel (ed.): *Testamento de la reina Isabel la Católica. Testamento del rey Fernando el Católico*, Granada, 2004.

RIBOT GARCÍA, Luis Antonio: *La Monarquía de España y la guerra de Mesina (1674-1678)*, Madrid, 2002.

RICO SANTAMARÍA, Marcos, “Real Monasterio de las Huelgas de Burgos: Un somero análisis de sus arquitecturas”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 73 (1991), pp. 89-102.

RÍO BARREDO, María José del: “Rituals of the Viaticum: Dynasty and Community in Habsburg Madrid”, en CALARESU, Melisa, VIVO, Filippo de, RUBIÉS I MIRABET (coords.): *Exploring cultural history: essays in honour of Peter Burke*, Aldershot, 2010, pp. 55-76.

- “El viaje de los príncipes de Saboya a la corte de Felipe III (1603-1606)”, en BIANCHI, Paola, GENTILE, Luisa Clotilde, (coord.): *L'affermarsi della corte sabauda. Dinastie, poteri, élites in Piemonte e Savoia fra tardo medioevo e prima età moderna*, Turín, 2006, pp. 407-434.

RÍOS MAZCARELLE, Manuel: *Mariana de Neoburgo (segunda esposa de Carlos II)*, Madrid, 1999.

- *Diccionario de los Reyes de España*, Vol. II, Madrid, 1995.

RÍOS RODRÍGUEZ, María Luz: “Aproximación a los testamentos de la catedral Auriense (s. XII-XIII): disposiciones terrenales y espirituales”, *Sémata. Ciências sociais e humanidades*, 17 (2006), pp. 75-96.

RIVAS ÁLVAREZ, José Antonio: *Miedo y Piedad: testamentos sevillanos del siglo XVIII*, Sevilla, 1986.

RIVERA RECIO, Juan Francisco: “Los restos de Sancho IV en la Catedral de Toledo. Crónica retrospectiva”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 16 (1985), pp. 127-138.

RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel: “La Casa del príncipe Filiberto de Saboya en Madrid”, en RAVIOLA, Franca, VARALLO, Blythe Alice (coord.): *L’Infanta. Caterina d’Austria, duchessa di Savoia (1567-1597)*, Roma, 2013, pp. 499-517.

RODA HERNÁNDEZ, Francisco: “Consideraciones y fuentes para un estudio de la actitudes ante la muerte. Navarra 1700-1815”, *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 59 (1992), p. 86.

RODRIGO ESTEVAN, María Luz: *Testamentos medievales aragoneses: ritos y actitudes ante la muerte (siglo XV)*, Zaragoza, 2002.

RODRÍGUEZ ARBETETA, Benito: “Datos sobre la utilización de piezas en los lutos reales del barroco: identificación de tres elementos constructivos”, *Tiempos Modernos*, 29 (2014).

RODRÍGUEZ DE DIEGO, José Luis: *El testamento de Felipe II*, Madrid, 1997.

RODRÍGUEZ DE GRACIA, Hilario: *Vivir y morir en Montilla*, Córdoba, 1994.

- “Hacer testamento en Jaén durante el siglo XVII”, *Boletín de Estudios Giennenses*, 149 (1993), pp. 73-104.
- “Análisis de algunos inventarios y testamentos toledanos”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 26 (1991), pp. 121-146.
- “Las ceremonias mortuorias en Montilla y Puente Genil durante el siglo XVII”, en *Encuentros de Historia Local. La Campiña*, Córdoba, 1991, p. 307-342.
- “Muerte y religiosidad en Baena en el transcurso de los siglos XVII y XVIII”, *Hespérides*, 9 (1989), p. 511-551.
- “El inventario post mortem del licenciado Gerónimo de Ceballos”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 22 (1988), p. 149-164.
- “El ritual de la muerte en Cabra a fines del siglo XVII”, *Hespérides*, 7 (1988), pp. 291-308.

RODRÍGUEZ DE LA FLOR ADÁNEZ, Fernando: “Economía simbólica de la relación de conmemoración fúnebre en el Antiguo Régimen: gasto, derroche y dilapidación del bien cultural”, en LÓPEZ POZA, Sagrario, PENA SUEIRO, Nieves (coords.): *La fiesta: actas del II Seminario de Relaciones de Sucesos* (A Coruña, 1998), Ferrol, 1999, pp. 121-132.

- “Espejo de la Corte: honras fúnebres a la dinastía borbónica en Salamanca”, en *El arte en las Cortes europeas del siglo XVIII, Actas del Congreso, Madrid-Aranjuez 27-29 de abril de 1987*, Madrid, 1989, pp. 639-646.

RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, Manuel Alejandro: *Los reyes sabios. Cultura y poder en la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media*, Madrid, 2008.

RODRÍGUEZ GIL, Magdalena: “La geometría cortesana en el siglo XVIII”, *Anuario de la Facultad de Derecho*, 19-20 (2001-2002), pp. 317-319.

- *La Nueva Planta de la Real Casa: los oficios de Contralor y Grefier General*, Madrid, 1989.

- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ DE CEBALLOS, Alfonso: “La piedad y el sentimiento de la muerte en el reinado de Fernando VI y Bárbara de Braganza”, en *Fernando VI y Bárbara de Braganza, 1746-1759. Un reinado bajo el signo de la paz*, Madrid, 2002, pp. 361-374.
- RODRÍGUEZ LLERA, Ramón: “Geometría del poder en Versalles”, en ACCIAIUOLI, Margarida, CUNHA LEAL, Joana, MAIA, Maria Helena (coords.): *Arte & Poder*, Lisboa, 2008, pp. 225-246.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Amancio: *El Real Monasterio de las Huelgas y el Hospital del Rey*, 2 vol., Burgos, 1907.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, Carlos María: *Don Luis de Borbón, el cardenal de los liberales (1777-1823)*, Toledo, 2002.
- RODRÍGUEZ LUNA, David: “Desamortización y monjes jerónimos: Extinción y restauración de una orden monástica”, en CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier (coord.): *La desamortización: el expolio del patrimonio artístico y cultural de la Iglesia en España. Actas del simposium*, San Lorenzo de El Escorial, 2007, pp. 101-118.
- RODRÍGUEZ MOYA, Inmaculada: “El retrato mortuario: imágenes regias de tránsito a la Gloria”, en BARRAL RIVADULLA, María Dolores, FERNÁNDEZ CASTIÑEIRAS, Enrique, FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Begoña, MONTEROSO MONTERO, Juan Manuel (coords.): *Mirando a Clío: el arte español espejo de su historia. Actas del XVIII Congreso del CEHA*, Santiago de Compostela, 2012.
- RODRÍGUEZ RUIZ, Delfín: “La sombra de un edificio: El Escorial en la cultura arquitectónica española durante la época de los primeros Borbones (1700-1770)”, *Quintana, revista de estudios do Departamento de Historia da Arte*, 2 (2003), pp. 57-94.
- RODRÍGUEZ SALGADO, María José: “Una perfecta princesa. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Segunda parte”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 28 (2003), pp. 71-98.
- “Una perfecta princesa. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Primera parte”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 2 (2003), pp. 39-96.
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Angel: “Morir en Extremadura. Una primera aproximación”, *Norba*, 1 (1980), pp. 279-297.
- RODRÍGUEZ VALENCIA, Victoriano: *Perfil moral de Isabel la Católica*, Valladolid, 1964.
- RODRÍGUEZ VILLA, Antonio: *Etiquetas de la Casa de Austria*, Madrid, 1913.
- ROJO ALBORECA, Paloma: *La mujer extremeña en la Baja Edad Media: amor y muerte*, Cáceres, 1987.
- ROJO VEGA, Anastasio: “Testamento de Manuel Ramírez Carrión (Valladolid, 1654)”, *Al-Basit. Revista de estudios albacetenses*, 46 (2002), pp. 275-282.
- “Francisco López de Villalobos, médico real (1473-1549)”, *Brigecio. Revista de estudios de Benavente y sus tierras*, 3 (1993), pp. 175-186.
- ROKISKI LÁZARO, María Luz: “Túmulo de Felipe II”, *Cuenca*, 14-15 (1978-1979), pp. 49-54.
- ROMERO FERNÁNDEZ-PACHECO, Juan Ramón: “Morir en Madrid a fines del siglo XV: Economía monástica y mentalidades religiosas”, *Anuario de estudios medievales*, 19 (1989), pp. 573-586.
- RONQUILLO RUBIO, Manuela, VIÑA BRITO, Ana del Carmen: “Actitud ante la muerte a través de los testamentos canarios del primer cuarto del siglo XVI”, en MORALES PADRÓN, Francisco (coord.): *III Coloquio de Historia Canario-Americana. VIII*

Congreso Internacional de Historia de América (AEA), Las Palmas de Gran Canaria, 1980, pp. 2309-2334.

ROSSO, Claudio: “España y Saboya: Felipe II y Carlos Manuel I”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, VISCEGLIA, María Antonietta (dir.): *La Monarquía de Felipe III*, Vol. IV, *Los Reinos*, Madrid, 2008, p. 1092-1099.

ROYER DE CARDINAL, Susana: *Morir en España (Castilla. Baja Edad Media)*, Buenos Aires, 1989.

- “Tiempo de morir y tiempo de eternidad”, *Cuadernos de historia de España*, 70 (1988), pp. 153-182.

RUBIO MERINO, Pedro (ed.): *Reglas del tañido de las campanas de la Giralda de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla 1533-1633*, Sevilla, 1995.

RUBIO SEMPER, Agustín: “Breve aproximación al comportamiento de los agredederos ante la muerte en el siglo XIV”, en VAL VALDIVIESO, María Isabel del, MARTÍNEZ SOPENA, Pascual (coords.): *Castilla y el mundo feudal: homenaje al profesor Julio Valdeón*, vol. III, Valladolid, 2009, pp. 521-524.

- “Morir en Ágreda (1500-1520)”, *Edad Media*, 6 (2003-2004), pp. 91-102.

- “Los testamentos del Canónigo Jaime de Sancta Cruz”, en *Calatayud y comarca: actas. IV Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, vol. II (La Antigüedad, Historia), 1997, pp. 407-414.

- “El testamento del canónigo Juan de Oblitas”, *Aragón en la Edad Media*, 10-11 (1993), pp. 1781-792.

- “Piedad, honras fúnebres y legados piadosos en Aragón (Calatayud) en la Baja Edad Media”, en SERRANO MARTÍN, Eliseo: *Muerte, religiosidad y cultura popular: siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, 1994, pp. 241-277.

RUBIO VELA, Agustín: “Un hospital medieval según su fundador: el testamento de Bernat dez Clapers (Valencia, 1311)”, *Dynamis. Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, 3 (1983), pp. 373-387.

- “Una fundación burguesa en la Valencia medieval: el Hospital de En Clapers (1311)”, *Dynamis*, 1 (1981), pp. 17-49.

RUBIO, José Antonio: “Donaciones post obitum” y “donaciones reservato usufructo” en la alta Edad Media de León y Castilla”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, 9 (1932), pp. 1-32.

RUIZ ALCÓN, María Teresa: *Monasterio de las Descalzas Reales*, Madrid, 1987.

RUIZ CABELLO, Francisco Miguel: “Testimonio y circunstancia de las honras fúnebres por el rey Felipe IV en la Villa de Pilas”, *Anuario de estudios locales*, 3 (2009), pp. 5-12.

RUIZ DE ELVIRA, Antonio: “La “Crux Decussata” y el martirio de San Andrés Apóstol”, *Cuadernos de investigación filológica*, 19-20 (1993-1994).

RUIZ JIMÉNEZ, Juan: “Música y ritual en la procesión del día de difuntos en la catedral de Sevilla (siglos XIV-XVII)”, *Medievalia*, 17 (2014), p. 247.

RUIZ MORENO, A.: “Enfermedades y muertes de los reyes de Asturias, León y Castilla”, *Cuadernos de Historia de España*, 6 (1946), pp. 100-130.

RUIZ RÍO, Fidel: “Juan Fernández de Navarrete “El Mudo”, *Berceo*, 91 (1976), pp. 227-236.

RUIZ RODRÍGUEZ, José Ignacio: *Don Juan José de Austria en la Monarquía Hispánica. Entre la política, el poder y la intriga*, Madrid, 2007.

- *Juan José de Austria: un bastardo regio en el gobierno de un imperio*, Madrid, 2005.
- SABATÉ I CURULL, Flocel : *Cerimònies fúnebres i poder municipal a la Catalunya baixmedieval*, Barcelona, 2003.
- *Lo senyor Rey és mort! Actitud i cerimònies dels municipis catalans baix-medievals davant la mort del monarca*, Lleida, 1994.
- SABATIER, Gérard y EDOUARD, Sylvène: *Les monarchies de France el d'Espagne (1556-1715). Rituels el pratiques*, París, 2001.
- SABORIT BADENES, Pere: *Morir en el Alto Palancia. La religiosidad popular a través de los testamentos (siglos XVI-XVIII)*, Segorbe, 1991.
- "Morir en el Alto Palancia. Religiosidad popular a través de los testamentos (1500-1799)", *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 15 (1989), pp. 291-303.
- SÁENZ MANERO, Reyes: "Arte Provisional del Barroco en Valencia: el túmulo de María Luisa de Borbón en la Seo", en *Primer Coloquio de Arte Valenciano*, Valencia, 1981, pp. 18-26.
- SALAS ALMELA, Luis: "Realeza, valimiento y poder: en torno a las últimas aportaciones sobre el reinado de Felipe III", *Hispania*, 234 (2010), pp. 165-180.
- SALAZAR Y ACHA, Jaime de: "Proclamación del rey y juramento" en ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio (coord.): *El Rey. Historia de la Monarquía*, Vol. 1, pp. 164-182.
- SALVADOR Y MONTSERRAT, Vicent, MARQUÉS DE CRUÏLLES: *Noticias y documentos relativos a doña Germana de Foix, última reina de Aragón*, ed. BELENGUER CEBRIÁ, Ernest, Valencia, 2007.
- SAN MIGUEL PÉREZ, Enrique: *La instauración de la Monarquía Borbónica en España*, Madrid, 2001.
- SÁNCHEZ AMEJEIRAS, Rocío: "El "cementerio real" de Alfonso VIII en las Huelgas de Burgos", *Semata: Ciencias sociais e humanidades*, 10 (1998), pp. 77-109.
- SÁNCHEZ BELÉN, Juan Antonio: "La Capilla Real de Palacio en la crisis del Antiguo Régimen: 1808-1820", *Cuadernos de historia moderna*, 27 (2002), pp. 99-130.
- SÁNCHEZ CANTÓN, Francisco Javier: *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica*, Madrid, 1950.
- "Felipe el Hermoso y doña Juana la Loca en Compostela", *Finisterre*, 21 (1945).
- SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel: "Los puestos de libros de las gradas de San Felipe de Madrid en el siglo XVIII", *Goya*, 335 (2011), pp. 142-155.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Ángeles: *Mentalidad social y religiosa a través de las fuentes testamentarias: Peñaranda de Bracamonte (1580-1598)*, Salamanca, 1988.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Ramón: "Religiosidad barroca y sentimientos ante la muerte en el Cabildo catedralicio de Toledo", *Studia historica. Historia moderna*, 18 (1998), pp. 299-320.
- SÁNCHEZ LÓPEZ, Gustavo: "La visita de Fernando VII al Escorial en 1814, según la relación de La Atalaya de la Mancha en Madrid", *Ciudad de Dios. Revista agustiniana*, 227 (2014), pp. 435-457.
- "Los niños de la desamortización. El caso del Monasterio del Escorial", en CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier (coord.): *La desamortización: el expolio del patrimonio artístico y cultural de la Iglesia en España. Actas del simposium*, San Lorenzo de El Escorial, 2007, p. 433-452.

- SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: *Fernando VII*, Madrid, 2001.
- SÁNCHEZ ROMERALO, Jaime, FERNÁNDEZ MARTÍN, Julio: “El maestro Alonso de Villegas: postrimerías de su vida”, *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 26 (1991), pp. 147-182.
- SÁNCHEZ, Magdalena: “Mujeres, piedad e influencia política en la corte”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, VISCEGLIA, María Antonietta (dir.): *La monarquía de Felipe III*, Vol. 3, Madrid, 2008, pp. 146-162.
- SANCHÍS AMAT, Víctor Manuel: “Construiré un monumento más imperecedero que el bronce: el Túmulo imperial de la gran ciudad de México, 1560, primera relación funeraria de la Nueva España”, en LÓPEZ CALDERÓN, Carme, FERNÁNDEZ VALLE, María de los Ángeles, RODRÍGUEZ MOYA, María Inmaculada (coords.): *Barroco Iberoamericano: identidades culturales de un imperio*, Vol. II, Santiago de Compostela, 2013, pp. 105-114.
- SANCHO CORBACHO, Heliodoro: “Historia de la construcción de la urna de plata que contiene los restos de San Fernando”, *Boletín de Bellas Artes*, Extra 1 (1973), p. 93-140.
- SANCHO DE SAN ROMÁN: “Los médicos de la Reina Isabel”, *Toletum, Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 50 (2004), pp. 129-144.
- SANCHO GASPAS, José Luis: *Real Sitio de La Granja de San Ildefonso y Riofrío*, Madrid, 1996.
- “El interior del Alcázar de Madrid durante el reinado de Felipe V”, en CHECA CREMADES, Fernando: *El Real Alcázar de Madrid: dos siglos de arquitectura y coleccionismo en la corte de los reyes de España*, Madrid, 1994, pp. 96-111.
 - “La distribución de habitaciones del piso principal de palacio”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 31 (1992), pp. 19-40.
 - “La planta principal del Palacio Real de Madrid”, *Reales Sitios*, 109 (1991), pp. 21-36.
- SANTOS MÁRQUEZ, Antonio Joaquín: “Exequias y túmulo de la emperatriz doña Isabel de Portugal en la Catedral de Sevilla”, *Reales Sitios*, 181 (2009), pp. 28-41.
- SANTOS PUERTO, José: “Conflictos benedictinos: el caso de Silos y San Martín de Madrid”, en *Silos: un milenio. Actas del Congreso Internacional sobre la Abadía de Santo Domingo de Silos*, vol. 2, Burgos, 2003, pp. 593-608.
- SANTOYO MEDIAVILLA, Julio César: “El testamento de Valentín de Foronda”, *Sancho el Sabio. Revista de cultura e investigación vasca*, 16 (2002), pp. 177-182.
- SANZ AYÁN, Carmen: “Las condiciones materiales del reinado”, en *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía Hispánica*, Madrid, 1998, pp. 45-58.
- SANZ DE LA HIGUERA, Francisco José, “La terrible f(r)actura de la muerte. Fallecer en el Burgos del setecientos”, *Cuadernos de investigación histórica*, 23 (2006), pp. 251-284.
- “Vestiduras, hábitos, papeletas y ataúdes: el cadáver clerical en el Burgos del XVIII”, *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, 12 (2005), pp. 215-246.
- SANZ DE MIGUEL, Carlos: “El nuevo Palacio Real de San Lorenzo de El Escorial. La creación de la residencia regia escurialense de Carlos IV y M^a Luisa de Parma”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, CAMARERO BULLÓN, Concepción, LUZZI TRAFICANTE, Marcelo (coords.): *La Corte de los Borbones. Crisis del modelo cortesano*, Vol. 3, Madrid, 2013, pp. 2037-2072.
- SANZ HERMIDA, Jacobo: “Literatura consolatoria en torno a la muerte del Príncipe Don Juan”, *Studia historica. Historia medieval*, 11 (1993), pp. 157-16.

SANZ HERMIDA, José María y SANZ RAMOS, José: “Honras solemnes que la Universidad de Salamanca hizo a la muerte de la reina doña Anna, seguidas de los poemas inéditos a las mismas de Henrique Cock Gorcomio, notario apostólico y archero de la guardia del cuerpo real”, *Salamanca. Revista de estudios*, 44 (2000), pp. 369-405.

SANZ SERRANO, María Jesús: “Arquitecturas efímeras levantadas en Sevilla para la entrada de Carlos V: relaciones con otras entradas reales del siglo XVI en la ciudad”, en *El arte en las Cortes de Carlos V y Felipe II*, Madrid, 1999, pp. 181-187.

- “Estudio iconográfico del túmulo a Felipe II levantado en la colegiata de la ciudad de Belmonte”, *Revista de ideas estéticas*, 141 (1978), pp. 33-47.

SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA, Nicomedes: *Doña Juana I de Castilla. La reina que enloqueció de amor*, Zaragoza, 1939.

SARASA SÁNCHEZ, Esteban: “El tiempo histórico, político y cultura, de San Diego de Alcalá”, *Anales Complutenses*, 18 (2006), pp. 31-44.

SCHAICH, Michael (ed.): “Introduction”, en SCHAICH, Michael (ed.), *Monarchy and Religion. The Transformation of Royal Culture in Eighteenth-Century Europe*, Oxford, 2007, pp. 1-40.

SCHMIDT, Steffen W. (ed.): *Friends, followers and factions. A reader in political clientelism*, Berkeley, 1977.

SCOTT, Hamish y SIMMS, Brendan (ed.): *Cultures of Power in Europe during the Long Eighteenth Century*, Cambridge, 2007.

SCOTT, John Beldon: “The catafalques of Philip II in Saragosa”, *Studies in Iconography*, V, 5 (1979), pp. 107-134.

SCOTTI TOSINI, Aurora: “Filippo Juvarra y las Cortes europeas del siglo XVIII”, en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid, 1994, pp. 141-164.

SEBASTIÁN LÓPEZ, Santiago: “Arte funerario y astrología: la pira de Luis I”, *Ars Longa. Cuadernos de arte*, 2 (1991), pp. 113-126.

- *Contrarreforma y barroco*, Madrid, 1981.

- “El túmulo de Carlos V en Valladolid”, en *Arte y Humanismo*, Madrid, 1978, pp. 308-312.

- “El túmulo de Carlos V”, en *Homenaje a Justino Fernández*, México, 1977.

SECO SERRANO, Carlos: “Introducción”, en *Testamento de Felipe III*, Madrid, 1982, pp. I-XLVII.

- “Vida y obra de fray Prudencio de Sandoval”, en SANDOVAL, Fray Prudencio de: *Historia del emperador Carlos V*, Madrid, 1955, pp. VII-XLVIII.

SEGURA BONNÍN, Maria Antònia, BARCELÒ I CRESPI, Maria: “Inventari del botoguer Pere Ylari (1465)”, *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana. Revista d'estudis històrics*, 69 (2013), pp. 289-310.

SERRANO MARTÍN, Eliseo (coord.): *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de jóvenes investigadores en Historia Moderna*, Zaragoza, 2013.

- *Muerte, religiosidad y cultura popular: siglos XIII-XVIII*, Zaragoza, 1994.

SERRANO MONFERRER, Alberto: “Imagen e iconografía en las exequias del príncipe Baltasar Carlos en Zaragoza en 1646”, *Imago. Revista de emblemática y cultura visual*, 5 (2013), pp. 101-109.

SICARD, Frédérique: “Política en religión y religión en política: el caso de sor Margarita de la Cruz, archiduquesa de Austria”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José, GONZÁLEZ CUERVA, Rubén (coords.): *La monarquía de los Austrias. Las relaciones entre la Monarquía católica y el Imperio*, v. I, Madrid, 2011, pp. 631-646.

SILANES SUSAETA, Gregorio: “Comportamientos ante la muerte en la Pamplona moderna a través de los testamentos”, *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, 7 (2000), pp. 165-194.

SIMÓN DÍAZ, José: “Hagiografías individuales publicadas en español (1480-1700)”, *Hispania Sacra*, 30 (1977), pp. 421-480.

SIMÓN PALMER, María del Carmen: “Notas sobre la vida de las mujeres en el Real Alcázar”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 19 (1997), pp. 21-37.

SMERDOU ALTOLAGUIRRE, Luis: *Carlos IV en el exilio*, Pamplona, 2000.

SMITH, Hannah: *Georgian Monarchy. Politics and Culture, 1714-1760*, Cambridge, 2006.

SMUTS, R. Malcolm (ed.): *Culture and power in England, 1585-1685*, Nueva York, 1999.

- *The Stuart Court and Europe. Essays in Politics and Political Culture*, Cambridge, 1996.

SOBRADO CORREA, Hortensio: “Los inventarios post-mortem como fuente privilegiada para el estudio de la historia de la cultura material de la Edad Moderna”, *Hispania. Revista de historia*, 215 (2003), pp. 825-862.

- “Ceremonial religioso y más allá. Actitudes populares ante la muerte en el mundo urbano de la Galicia de Antiguo Régimen: La ciudad de Lugo, 1550-1860”, *Lucensia. Miscelánea de cultura e investigación*, 17 (1998), pp. 267-286.

SOLETO LÓPEZ, Antonio, “Sociología testamentaria en Badajoz durante el siglo XVIII”, *Revista de estudios extremeños*, vol. 46, 1 (1990), pp. 171-230.

SOLIVÁN ROBLES, Jennifer: “Exequias de Felipe IV en México y Lima: consolidación del poder monárquico”, en LÓPEZ CALDERÓN, Carme, FERNÁNDEZ VALLE, María de los Ángeles, RODRÍGUEZ MOYA, María Inmaculada (coords.): *Barroco Iberoamericano: identidades culturales de un imperio*, Vol. II, Santiago de Compostela, 2013, pp. 115-129.

SOTO CABA, María Victoria: “Ceremonia, arte y poder. En torno a las exequias madrileñas por Juan V de Portugal”, en ACCIAIUOLI, Margarida, CUNHA LEAL, Joana, MAIA, Maria Helena (coords.): *Arte & Poder*, Lisboa, 2008, pp. 217-224.

- *Los catafalcos reales del barroco español (un estudio de arquitectura efímera)*, Madrid, 1992.

- “Sobre los cortejos en los funerales reales del Barroco: notas en torno a su origen y configuración”, *Boletín de arte*, 10 (1989), pp. 121-140.

- “Alegorías y programas iconográficos en los túmulos cortesanos de los primeros Borbones”, *Cuadernos de arte e iconografía*, t. II, 4 (1989), pp. 142-148.

- “La configuración de un modelo: Los catafalcos madrileños durante el reinado de Felipe V”, *Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del arte*, 2 (1989), pp. 169-196.

- “Los catafalcos de Carlos III: Entre la influencia neoclásica y la herencia del barroco”, *Fragmentos*, 12-14 (1988), pp. 129-143.

- “Maquinaria efímera dieciochesca: persistencia barroca y reiteraciones en los monumentos funerarios granadinos”, *Boletín de arte*, 9 (1988), pp. 119-134.
 - “Teatro y Ceremonia: algunos apuntes sobre las exequias barrocas”, *Espacio, tiempo y forma. Serie VII, Historia del arte*, 1 (1988), pp. 111-138.
- SPADA, Gianfranco: “Arquitectos italianos en España, relaciones y contexto”, *Zibaldone. Estudios italianos de La Torre del Virrey*, 2 (2014), pp. 49-65.
- STHENDAL: *La Cartuja de Parma*, Barcelona, 2003.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: “Dimensiones religiosas en Isabel la Católica”, en CHECA CREMADES, Fernando: *Isabel la Católica. La magnificencia de un reinado. Quinto centenario de Isabel la Católica*, Madrid, 2004, pp. 49-62.
- “La muerte de la reina Isabel según el pintor Rosales”, en ANES ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo (dir.): *Isabel la Católica y el Arte*, Madrid, 2006, pp. 203-216.
 - *Enrique IV de Castilla. La difamación como arma política*, Barcelona, 2001.
 - “Santa María la Real de las Huelgas de Burgos: modelo de monasterio femenino”, *Reales Sitios*, 92 (1997), pp. 49-55.
 - “Análisis del Testamento de Isabel la Católica”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 13 (1992), pp. 81-90.
- SUÁREZ QUEVEDO, Diego: “Arte efímero, exaltación monárquica y concordatio entre antigüedad clásica y humanismo cristiano: entrada triunfal y matrimonio real de Ana de Austria en Segovia, 1570”, en *Felipe II y las artes. Actas del Congreso Internacional*, Madrid, 2000, pp. 423-452.
- TÁRRAGA BALDÓ, María Luisa: “El sepulcro de la Reina María Bárbara de Portugal, esposa del Rey Fernando VI”, *Reales Sitios*, 178 (2008), pp. 46-65.
- TAYLOR, René: “Juan Bautista Crescencio y la arquitectura cortesana española (1617-1635)”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 48 (1979), pp. 61-126.
- TERCERO CASADO, Luis: “La jornada de la reina Mariana de Austria a España: divergencias políticas y tensión protocolar en el seno de la Casa de Austria (1648-1649)”, *Hispania. Revista española de historia*, 239 (2011), pp. 639-664.
- TESTÓN NÚÑEZ, Isabel: “El hombre cacereño ante la muerte: testamento y formas de piedad en el siglo XVII”, *Norba. Revista de arte, geografía e historia*, 4 (1983), pp. 371-382.
- THOMAS, Chantal: *La Reine scélérate. Marie-Antoinette dans les pamphlets*, París, 1989.
- TÓ I FIGUERAS, Lluís: “L'evolució dels ritus funeraris a Catalunya a través dels testaments (segles X-XII)”, *Lambard. Estudis d'art medieval*, 3 (1983-1985), pp. 75-96.
- TOAJAS ROGER, María Ángeles: “El tesorero Alonso Gutiérrez y su capilla en San Martín: notas y documentos sobre patronazgo artístico en el Madrid del quinientos”, *Anales de historia del arte*, 15 (2005), pp. 87-125.
- TOMÁS Y VALIENTE, Francisco: *Los validos en la monarquía española del siglo XVII*, Madrid, 1982.
- TORO PASCUA, María Isabel: “Esperanza y fin de la dinastía Trastámara: El príncipe don Juan, heredero de los Reyes Católicos, en la historia y en la literatura”, *Ínsula. Revista de letras y ciencias humanas*, 630 (1999), pp. 3-6.

- TORRE FAZIO, Julia de la: *El gran recibimiento de Isabel de Valois en España*, Málaga, 2012.
- TORRE REVELLÓ, José: “Las exequias de Carlos V en Lima”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, XIV, 51-52 (1932), pp. 60-78.
- TORRE Y DEL CERRO, Antonio de la: *Testamentaría de Isabel la Católica*, Valladolid, 1968.
- TORREMOCHA HERNÁNDEZ, Margarita: “Exequias para las reinas de la casa de Austria”, en LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, FRANCO RUBIO, Gloria Ángeles (coords.): *Actas de la VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna (Madrid, 2-4 de junio de 2004)*, Vol. I, Madrid, 2005
- TORRES-FONTES SUÁREZ, Cristina: “Proclamación de Luis I como Rey de España en Murcia”, *Imafronte*, 8-9 (1992-1993), pp. 423-430.
- TORRIONE, Margarita, TORRIONE, Béatrice: “De Felipe de Anjou, Enfant de France, a Felipe V: la educación de Telémaco”, en MORÁN TURINA, José Miguel (coord.): *El arte en la corte de Felipe V*, Madrid, 2002, pp. 41-88.
- TORRIONE, Margarita: “El espacio afectivo del príncipe: Felipe V, Duque de Anjou, en los palacios de Luis XIV (1683-1700)”, *Reales Sitios*, 177 (2008), pp. 4-27.
- “Isabel de Farnesio en el “Palacio Viejo” del Duque de Osuna (1746-1747)”, *Archivo español de arte*, 287 (1999), pp. 243-262.
 - (ed.): *Crónica festiva de dos reinados en la Gaceta de Madrid (1700-1759)*, Málaga, 1998.
- TOVAR MARTÍN, Virginia: “El edificio madrileño de San Felipe Apóstol de la Orden de San Agustín en el siglo XVI”, en *Felipe II y las artes*, Madrid, 2000, pp. 317-328.
- “Felipe V y la arquitectura española de la Corte en el primer tercio del siglo XVIII”, en *Filippo Juvarra (1678-1736). De Mesina al Palacio Real de Madrid*, Madrid, 1994, pp. 217-238.
 - “Juan Gómez de Mora y la cárcel de la corte de Madrid”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 36 (1996), pp. 99-116.
 - *El Real Sitio de El Pardo*, Madrid, 1995.
 - “Juan Gómez de Mora: Datos complementarios para el estudio de su obra en Madrid”, en *Homenaje al profesor Martín González*, Valladolid, 1995, pp. 269-274.
 - “El arquitecto Juan Gómez de Mora y su relación con lo “escorialense”, en *Real Monasterio-Palacio de El Escorial. Estudios inéditos en conmemoración del IV centenario de la terminación de las obras*, Madrid, 1987, pp. 185-202.
 - *El barroco efímero y la fiesta popular, la entrada triunfal en el Madrid del siglo XVII*, Madrid, 1985.
 - “El arquitecto Juan Gómez de Mora iniciador del Barroco en España: Proyecto del templo de San Antonio de los Portugueses”, *Goya. Revista de arte*, 174 (1983), pp. 338-342.
 - “Juan Gómez de Mora en la reconstrucción del Monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 19 (1982), pp. 33-47.
- “Influencias europeas en los primeros años de formación de Juan Gómez de Mora”, *Archivo español de arte*, 218 (1982), pp. 186-193.

- “Significación de Juan Bautista Crescencio en la arquitectura española del siglo XVII”, *Archivo español de arte*, 215 (1981), pp. 297-318.
 - “Contribución a la obra de Juan Gómez de Mora”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 15 (1978), pp. 59-72.
 - “Juan Gómez de Mora, en el convento real de Santa Isabel y en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto de Madrid”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, BSAA, t. XL-XII (1975), pp. 321-342.
- TRIGO CHACÓN, Manuel: *La España imperial. Con los testamentos de los reyes de la dinastía austriaca española*, Tres Cantos, Madrid, 2009.
- TRIGUEROS MUÑOZ, Ángel: “Las formas de religiosidad popular en la Extremadura del Antiguo Régimen: Devoción, piedad y superstición”, *Revista de estudios extremeños*, vol. L, 3 (1994), pp. 645-668.
- ÚBEDA DE LOS COBOS, Andrés (ed.): *El Palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro*, Madrid, 2005.
- “El ciclo de la Historia de Roma antigua”, en ÚBEDA DE LOS COBOS, Andrés (ed.): *El Palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro*, Madrid, 2005, pp. 168-189.
- UREÑA UCEDA, Alfredo: *La escalera imperial como elemento de poder: sus orígenes y desarrollo en los territorios españoles en Italia durante los siglos XVI y XVII*, Madrid, 2007.
- URREA FERNÁNDEZ, Jesús: “La corte como observatorio de retratos”, en *El retrato*, Madrid, 2004, pp. 289-310.
- “Exequias por la reina Margarita de Austria en Valladolid”, en *Glorias efímeras. Las exequias florentinas por Felipe II y Margarita de Austria*, Madrid, 1999, pp. 79-85.
 - *Carlos III en Italia. Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid, 1989.
- UTRILLA UTRILLA, Juan: “Una biblioteca nobiliar aragonesa de mediados del siglo XV: inventario de libros de Alfonso de Liñan (1468), señor de Cetina (Zaragoza)”, *Aragón en la Edad Media*, 7 (1987), pp. 177-198.
- VALDEÓN BARUQUE, Julio, “La reina y sus planteamientos políticos”, en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (coord.): *Doña Juana, reina de Castilla*, Madrid, 2006, pp. 45-54.
- (ed.): *Isabel la Católica y la política*, Valladolid, 2001, pp. 117-157.
- VALDIVIESO GONZÁLEZ, Enrique: “Alegorías de la vida y de la muerte en la época de Felipe IV”, en PITA ANDRADE, José Manuel, RODRÍGUEZ REBOLLO, Ángel (coords.): *Tras el centenario de Felipe IV: Jornadas de Iconografía y Coleccionismo dedicadas al profesor Alfonso E. Pérez Sánchez*, Madrid, 2006, pp. 415-441.
- VÁLGOMA Y DÍAZ-VARELA, Dalmiro de la: “Honras fúnebres en tiempos de Felipe II”, en *El Escorial, 1563-1963*, Madrid, 1963, pp. 359-398.
- *Norma y ceremonia de las reinas de la Casa de Austria, discurso leído por el autor en su recepción solemne como académico de la Real de la Historia el 14 de diciembre de 1958*, Madrid, 1958.
- VALLE PÉREZ, José Carlos: “La construcción del monasterio de las Huelgas”, en MANCINI, Mateo (coord.): *Vestiduras ricas. El Monasterio de las Huelgas y su época. 1170-1340*, Madrid, 2005, pp. 35-50.
- VALLEJO GARCÍA-HEVIA, José María: “Testamento de Pedro Rodríguez Campomanes, primer conde de Campomanes, otorgado en Madrid el 28 de junio de 1791, y

protocolizado por el escribano de provincia, Manuel Isidro Valdés del Campo, el 9 de julio de 1791”, en GONZÁLEZ, Manuel Jesús: *Campomanes y su tiempo*, 2003, p. 143.

VAQUERÍN APARICIO, Daniel, VILACOBIA RAMOS, Karen María: “Perspectiva franciscana del Arte del Bien Morir en tiempos de Felipe II”, en MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: *Madrid, Felipe II y las ciudades de la monarquía*, vol. 3, Madrid, 2000, pp. 463-474.

VARA SANZ, Vicente: “Perfil espiritual de Isabel la Católica”, en CASTAÑEDA DELGADO, Paulino, COCIÑA ABELLA, Manuel José, GARCÍA DE LOMAS MIER, Josemaría (coords.): *En el V Centenario de Isabel la Católica. XVI Simposio de Historia de la Iglesia en España y América*, Córdoba, 2008, pp. 81-110.

VARAS RIVERO, Manuel: “Sobre la orfebrería y la arquitectura efímera: apuntes sobre su conexión formal a través de algunos ejemplos sevillanos del siglo XVI y primer tercio del XVII”, *Laboratorio de Arte*, 19 (2006), pp. 101-121.

VARELA TORTAJADA, Javier: *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*, Madrid, 1990.

VARGAS HIDALGO, R: “Documentos inéditos sobre la muerte de Felipe II y la literatura fúnebre de los siglos XVI y XVII”, Madrid, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 192 (1995), pp. 377-460.

VARGAS MURCIA, Laura Liliana: “Arte efímero en las fiestas regias borbónicas en el nuevo Reino de Granada”, *Atrio. Revista de historia del arte*, 13-14 (2007-2008), pp. 5-14.

VÁZQUEZ DE PARGA Y CHUECA, María José: “Una visión cercana de la muerte de Felipe II”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 206 (2009), pp. 255-268

VÁZQUEZ DE PARGA, Luis: *Testamento y Codicilo de la Reina Isabel la Católica. 12 de octubre y 23 de noviembre de 1504*, Madrid, 1969.

VÁZQUEZ GESTAL, Pablo: *Una nueva majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)*, Madrid, 2013.

VELASCO HERNÁNDEZ, Francisco: “Felipe IV y su tiempo: un periodo histórico en revisión”, *Cartagena histórica*, 4 (2003), pp. 42-49.

VENTURA RIUS, Albert: “El testamento de Don Pedro Miralles "El Antigo" (1550-1627), fundador del Colegio de Jesuitas de Segorbe y otras instituciones religiosas en Caudiel”, *Anales valentinos. Revista de filosofía y teología*, 63 (2006), pp. 123-141.

VERA Y DE LA TORRE, Juan de: “Funerales por la reina Margarita”, *Estudios Segovianos*, 3 (1951), pp. 286-288.

VICENS VIVES, Jaime: *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón* (ed. MARTÍN GELABERT, Miquel Àngel), Zaragoza, 2006.

VIDAL CASTAÑ, Salvador Antonio: “La muerte del héroe-la muerte del rey: Un modelo de la muerte en la Corona de Aragón. Siglos XIII-XV”, *Millars. Espai i historia*, 22 (1999), pp. 5-30.

VIDAL FERNÁNDEZ, Rafaela: “Devoción y muerte en la Lorca bajomedieval”, en SEGURA ARTERO, Pedro (coord.): *Actas del Congreso La Frontera Oriental Nazarí como Sujeto Histórico (s. XIII-XVI)*, Almería, 1997, pp. 571-582.

VIFORCOS MARINA, María Isabel: *La ciudad de León en el siglo XVII: la fiesta barroca y su instrumentalización ideológica*, León, 1991.

VIGO TRASANCOS, Alfredo Manuel: “Muerte, luto y memoria fúnebre en el Ferrol del Siglo de las Luces: del cementerio parroquial de Canido a la fuente-cenotafio de Churruca”, *Sémata. Ciencias sociais e humanidades*, 17 (2006), pp. 387-410.

- VILA JATO, María Dolores, *Panteones Reales de las Monarquías Hispánicas*, Madrid, 2000.
- VILAPLANA ZURITA, David Manuel: "Iconografía de los Santos Juanes en el arte valenciano", *Saitabi. Revista de la Facultat de Geografia i Història*, 45 (1995), pp. 393-412.
- VIÑA BRITO, Ana del Carmen: "El testamento de Don Pedro Girón", *Anuario de estudios medievales*, 19 (1989), pp. 493-506.
- VIOLA I GONZÁLEZ, Ramiro: "Un testament canonical (16 d'agost de 1561)", *Analecta sacra tarraconensa. Revista de ciències historicoeclesiàstiques*, 71 (1998), pp. 907-920.
- VOLTES BOU, Pedro: *La vida y la época de Fernando VI*, Barcelona, 1996.
- *Felipe V, fundador de la España contemporánea*, Madrid, 1991.
- VOVELLE, Michel: *Mourir autrefois. Attitudes collectives devant la mort aux XVII^e et XVIII^e siècles*, París, 1974.
- *La mort et l'Occident, de 1300 à nos jours*, París, 1983.
 - *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIII^e siècle. Les attitudes devant la mort d'après les clauses de testaments*, Paris, 1973.
 - *Vision de la mort et de l'au delà en Provence d'après les inter vivos, autels des âmes du purgatoire, XV^e-XX^e siècles*, París, 1970.
 - "La mort et l'au-delà en Provence, d'après les autels des âmes du Purgatoire (XV^e-XX^e siècles)", *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 24 (1969), p. 1602-1632.
- WALKER, Rose: "Memoriales de guerra: Recuerdo y olvido más allá de Las Huelgas", *Quintana. Revista de estudios do Departamento de Historia da Arte*, 11 (2012), pp. 13-36.
- WHEATCROFT, Andrew: *Los Habsburgo. La personificación del imperio*, Barcelona, 1996.
- WILENTZ, Sean (ed.): *Rites of Power. Symbolism, Ritual and Politics since the Middle Ages*, Philadelphia, 1985.
- WILLIAMS, Patrick: "El favorito del rey: Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, V marqués de Denia y I duque de Lerma", en MARTÍNEZ MILLÁN, José, VISCEGLIA, María Antonietta (dir.): *La monarquía de Felipe III*, Vol. 3, Madrid, 2008, pp. 185-259.
- YANKO, Aroni: *Doña Juana de Austria, una mujer en la sombra*, Madrid, 1994.
- YÁÑEZ NEIRA, Damián:, *San Bernardo de Claraval*, Burgos, 2001.
- "Doña Ana de Austria, abadesa de las Huelgas de Burgos", *Anuario jurídico económico escurialense*, 29 (1996), pp. 1035-1078.
- ZALAMA RODRÍGUEZ, Miguel Ángel: "El rey ha muerto. El Rey continúa presente", en ZALAMA RODRÍGUEZ, Miguel Ángel, VANDENBROECK, Paul: *Felipe I el Hermoso. La belleza y la locura*, Madrid, 2006, pp. 195-212.
- *Vida cotidiana y arte en el palacio de la reina Juana I en Tordesillas*, Valladolid, 2003.
 - "Juana I de Castilla y el monasterio de Santa Clara de Tordesillas", en *Reales Sitios*, 151 (2002), p. 14-27.
 - "En torno a las exequias de la princesa doña María de Portugal en Granada y la intervención de Pedro Machuca", en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXII (1996), pp. 311 y 312.

ZALAMA RODRÍGUEZ, Miguel Ángel, VANDENBROECK, Paul: *Felipe I el Hermoso. La belleza y la locura*, Madrid, 2006.

ZANGER, Abby E.: *Scenes from the Marriage of Louis XIV. Nuptial Fictions and the Making of Absolutist Power*, Stanford (California), 1997.

ZAPATA FERNÁNDEZ DE LA HOZ, María Teresa: “Los jeroglíficos del convento de San Felipe el Real de la Corte para la entrada de María Ana de Neoburgo”, en REDONDO VEINTEMILLAS, Guillermo, MONTANER FRUTOS, Alberto, GARCÍA LÓPEZ, María Cruz (coords.): *Actas del I Congreso Internacional de Emblemática General*, Vol. 3, Zaragoza, 2004, pp. 1847-1874.

- “Una imagen para la eternidad: aspectos simbólicos de las exequias de Carlos V”, en *El mundo de Carlos V: de la España medieval al Siglo de Oro: México, 3 de noviembre 2000 – 25 de febrero 2001*, Madrid, 2000, pp. 209-228.

- “El catafalco para las exequias reales de Carlos II”, *Anuario del departamento de Historia y Teoría del Arte*, 11 (1999), pp. 251-262.

- “El barroco efímero madrileño y las fuentes clásicas”, en *La visión del mundo clásico en el arte español*, Madrid, 1993, pp. 237-250.

ZÁRATE TOSCANO, Verónica: “La muerte y su noble ceremonia en Nueva España: siglo XVIII”, en GONZÁLEZ CRUZ, David (ed.): *Ritos y ceremonias en el mundo hispano durante la Edad Moderna*, Huelva, 2002, pp. 373-380.

- *Los nobles ante la muerte en México. Actitudes, ceremonias y memoria (1750-1850)*, México, 2000.

ZARCO CUEVAS, Julián: *Los Jerónimos de San Lorenzo el Real de el Escorial*, San Lorenzo de El Escorial, 1930.

- *Documentos para la Historia del Monasterio de El Escorial*, Madrid, 1924, 4 vol.

ZUDAIRE HUARTE, Claudio: “Testamento del organero Juan de Tabar (1634-1682), *Revista de musicología*, 9 (1986), pp. 411-426.

- “Testamento de Miguel de Echarren: el Maestro de Capilla Miguel Navarro († 1627)”, *Revista de musicología*, 6 (1983), p. 581-586.

ZUDAIRE HUARTE, Eulogio: “El Cardenal Infante, Virrey de Cataluña”, *Hispania. Revista española de historia*, 84 (1961), pp. 580-630.